LA ILUSTRACION ARTISTICA

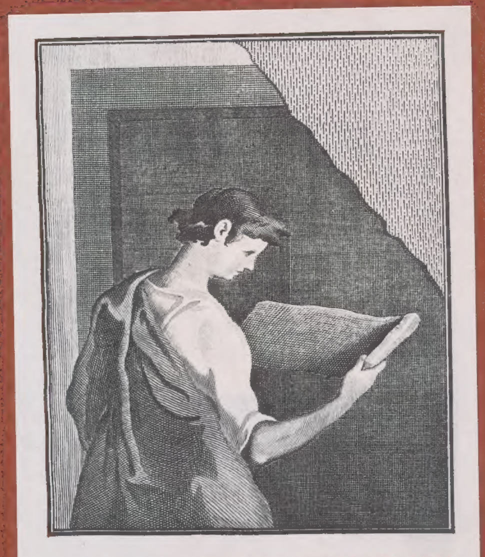


ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR LOS MÁS NOTABLES ESCRITORES NACIONALES

PROFUSAMENTE ADORNADO CON UNA

MAGNIFICA COLECCIÓN DE GRABADOS

DEBIDOS Á LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS



TOMO VI. - AÑO 1887

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMS. 309 Y 311

1887

INDICE

DE LOS ARTÍCULOS CONTENIDOS EN EL SEXTO TOMO DE **LA ILUSTRACION ARTISTICA**

INDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL SEXTO TOMO DE **LA ILUSTRACION ARTISTICA**

SUPLEMENTOS ARTÍSTICOS Y PÁGINAS QUE CONTIENEN SU DESCRIPCIÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 3 DE ENERO DE 1887 — NUM. 262

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EN LA ANTECÁMARA, cuadro de J. Kemendy

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EN LA ANTECÁMARA, cuadro de J. Kemendy

No hay como un lacayo antiguo en una casa para desconocer, á espaldas de su amo, el respeto que á éste se debe. Así en la antecámara que ha trazado Kemendy tiene lugar un conato de seducción que, afortunadamente, no tendrá consecuencias. Si el vejete es ladino, la moza no es lerda, y si la cosa tomara carácter, buena musculatura tiene la niña para dar cuenta del extemporáneo seductor.

Sencilla es, por demás, la composición de esta obra: bien se echa de ver en ella que su autor ha querido llamar exclusivamente la atención hacia los dos únicos personajes de la picaresca escena. Esto prueba la confianza que le inspiraban las figuras que trazó expertamente y que parecen animarse á medida que con mayor atención se las considera. El resultado de la observación es una bofetada que flota en la atmósfera y que antes de poco ha de ponerse en contacto con la mejilla de ese ridículo Tenorio de antesala.

LA NINFA Y EL AMOR, cuadro de León Perrault

Hay en el arte notas verdaderamente inspiradas, horas felices en que la materia obedece á la concepción como si se enorgulleciese de estar al servicio de lo que vale más, mucho más que ella. Una de esas horas debe haberla tenido el autor de este cuadro, discípulo de Bougnereaux y, como éste, muy inclinado á reproducir el desnudo. Pero no ese desnudo sensual y grosero á que han rendido culto algunos pintores harto reñidos con el idealismo, fuera del cual no existe el arte; sino el desnudo de los clásicos griegos que imponía respeto aun á los libertinos.

ENTRE LA VIDA Y LA MUERTE, cuadro de Carlos Hoff

(Presentado en la última exposición de Berlín)

En lugar quebrado y solitario ha sido encontrado, herido y maltrecho, un noble caballero. Un crimen ha sido perpetrado, un crimen que puede costar una vida; y el rumor del triste acontecimiento reune en torno del moribundo, no sólo á su familia, sino á multitud de labriegos que, unos con espanto, otros con respeto, contemplan el cuerpo inerte de su señor.

La composición de este cuadro es hábilmente concebida y ejecutada con holgura. Los grupos se hallan bien distribuídos, las figuras no se incomodan unas á otras, antes bien se mueven con desahogo, y su expresión es verdaderamente fiel espejo de los sentimientos que las animan. En la anciana madre es de ver el dolor comprimido; en la joven esposa la desesperación que estalla, en el sacerdote la unción que consuela, en el grupo de gentes del pueblo diversas emociones, desde la simple curiosidad al terror.

Este cuadro ha llamado la atención en la Exposición del Jubileo celebrada en Berlín, y su autor ha demostrado que sin necesidad de apelar á recursos extremos, cabe producir una obra de sensación.

EL PREDILECTO DE LA ABUELA, cuadro de Jorge Jakobides

La patria de Apeles, la cuna del arte clásico, ha permanecido durante muchos siglos contemplando indiferente las ruinas de sus glorias. Sombra de lo que fué en otros tiempos; teatro de continuas guerras que postraron el resto de sus fuerzas; apenas ha vuelto á constituir una nacionalidad más ó menos importante, han empezado las manifestaciones de su vida literaria y artística; nacimiento que aun no ha llamado la atención de los grandes pueblos, pero que demuestra una vez más cómo no es tan fabulosa como se cree la leyenda del ave Fénix.

El autor del cuadro que nos inspira estas líneas es griego de nación, natural de la isla de Lesbos, discípulo de la Academia de Atenas y perfeccionado en la de Munich. Tiene únicamente treinta y tres años de edad y ha dedicado las primicias de su arte á reproducir asuntos de la historia de su patria. *Ifigenia* y la *Muerte de Krensa* son lienzos que le honran como pintor de historia; al paso que *El predilecto de la abuela* es un cuadro de estudio digno de un verdadero maestro en el natural. Hay en él un conjunto admirable de verdad y de minuciosidad y una fuerza de expresión digna del mayor encomio. Su autor ha reproducido con admirables detalles la ancianidad y la infancia, y del contraste de lo que empieza y de lo que acaba ha resultado que Jakobides lo mismo trata felizmente las carnes pastosas y la ensortijada cabellera del nieto, que la tez arrugada y la despoblada cabeza de la abuela. Iguales condiciones de buen naturalista ha demostrado en otros cuadros que le han merecido temprana y justa reputación.

UN SITIO VACÍO, cuadro de Toby E. Rosenthal

Desde el modesto albergue del honrado obrero un ángel ha tendido el vuelo á la mansión de la luz eterna. Vacío se encuentra el sitio que la honrada esposa y amante madre ha dejado en torno á la mesa frugalmente servida; pero mayor es el vacío causado en el corazón del marido que siempre consideró á su amada compañera como el genio protector de su hogar y de sus hijos. El asunto del cuadro no necesita explicaciones: tan bien lo ha sentido el artista y tan cumplidamente ha servido la mano á la inspiración de Rosenthal.

Los desamparados del ángel no se entregan á una desesperación de mal género: lo que pesa sobre el obrero es la melancolía y el abatimiento, es la contemplación de un porvenir en que aparecen como tres nubes lo que hasta entonces habian sido tres estrellas. ¡Y cuán bien entendida la distinta expresión de esas criaturas, según la escasa conciencia que tienen de la pérdida sufrida!

El pintor que así concibe y ejecuta es digno de penetrar en el templo de la gloria, porque comprende la misión del arte; producir un sentimiento noble, puro, digno de ser poetizado por los medios de que dispone el buen artista. Decía el gran preceptista latino:—Si quieres hacerme llorar, empieza por llorar tú mismo.—Esto ha hecho Rosenthal y esto explica el efecto que su obra produce. Si alguno la contempla impasible, no se jacte de ello; daría pruebas de muy mal corazón.

LA ABUELA, cuadro de Hugo Salmson

(Presentado en la última exposición de Berlín)

Sin que este asunto impresione al que lo contempla, es notable por la naturalidad con que está representado. Cualquiera pudiera confundir este cuadro con una fotografía instantánea obtenida en un momento de feliz disposición.

CORREO DE AMOR, cuadro de E. Unger

El asunto de este cuadro, escena de la antigüedad griega, participa de realidad y de mito: tiene de la primera las dos jóvenes, y de lo segundo al mensajero alado, un cupidillo que no puede estar muy satisfecho de su nodriza. Sin negar que este cuadro tiene buenas condiciones artísticas, el conjunto se resiente de frialdad; esas jóvenes, para una de las cuales conduce amor un mensaje, lo reciben como pudieran recibir la carta del conocido más indiferente. La figura adosada al pedestal tiene algo de una estatua, pero no de una estatua animada por Fidias. Esas muchachas podrán conocer los cantos de Safo, pero nunca amarán como ésta poetisa.

PALOMAS VARIAS, cuadro de Echtler

Todo en esta composición es candoroso, personas y aves. Su autor no ha acometido uno de esos asuntos para cuya ejecución se requiere un grande aliento; pero ha demostrado que sabe producir tipos graciosos y hacer con ellos un grupo simpático.

HISTORIA DE UN HOMBRE, CONTADA POR SU ESQUELETO (1)

POR DON MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

PRÓLOGO

Paseábamos por la Fuente Castellana.

Lloviznaba y hacia frío.

El sol acababa de ponerse.

Todo era triste y lúgubre á mi alrededor, incluso el semblante de mi amigo Arria.

Entrambos estábamos en una de esas disposiciones de espíritu durante las cuales se piensa mucho y se habla muy poco.

Sin duda el calor de la tarde; el estado de la atmósfera; la lluvia escasa, lenta, cernida, que nos daba en el rostro; la tierra desnuda de verdor; los témpanos de hielo que colgaban de la fuente; los horizontes velados por una niebla opaca, excepto por la parte de Occidente, donde aparecían algunos jirones de un cielo frío y pálidamente rojo; el sordo ruido de nuestros pasos, que se apagaba sobre la tierra mojada, sin que le acompañase otro ruido que el tenue silbo del viento entre los esqueletos de los árboles, despojados de su carne, las hojas, y la absoluta soledad de aquellos lugares, determinaban el estado de nuestro espíritu.

Aunque la noche avanzaba, distraídos el uno y el otro en nuestras meditaciones, seguíamos prolongando nuestro paseo, apartándonos de Madrid.

Pero arreciando el viento y la lluvia, nos advirtieron de que debíamos volvernos, y por una coincidencia instintiva nos volvimos á un mismo tiempo, y apresuramos el paso para llegar á la población, y á la hospitalaria mesa de un café, antes de que cerrasen completamente la noche y la lluvia.

De repente mi amigo Arria se detuvo.

Le miré y le ví pálido y tembloroso.

– ¿Qué es eso? – le pregunté.

– ¿No has oído? – me contestó con la voz dominada por el miedo.

– No, respondí.

– Pues espera y escucha con atención.

Alarmóme la expresión del semblante de Arria: su mirada inmóvil, su palidez, su atención eran muy semejantes á la mirada, á la palidez, á la atención de un loco.

– Escucha, escucha, – me dijo: – ello volverá á sonar.

Y permanecía parado, á pesar de que la lluvia se hacía á cada momento más densa y más fuerte el viento.

Arria escuchaba. Una fuerte ráfaga rompió la rama seca de un árbol, produciendo un sonido seco, crujidor, áspero, desapacible, especial.

– Eso es, – dijo Arria: – otra rama rota por el viento.

– ¿Y qué tiene eso de singular?

– Nada: pero por todas partes el recuerdo de aquel maldito esqueleto: así sonaban sus manos cuando tocaba al cristal.

– Pero ¿qué esqueleto es ese?

– ¡Qué! ¿No te he contado...?

– No por cierto.

– ¡Ah! ¡Es verdad! ¡Yo no lo he contado á nadie! Continuemos.

Y se puso en marcha.

– ¿Has visto á Enriqueta? – me dijo como queriendo cubrir con una impresión buscada la impresión que dominaba indudablemente su alma.

– Sí por cierto: la ví anoche en el teatro Real.

– ¡Las máscaras! ¡La máscara de color de rosa!

– ¡Efectivamente! Llevaba un traje veneciano de color de rosa, con adornos negros...

– ¡Ah! ¡diablo! – exclamó Arria, procurando sonreirse: – siempre la reproducción, por todas partes, de aquella maldita aventura.

Arria guardó silencio.

De improviso me dijo:

– ¿Crees tú en lo fantástico?

– Sí por cierto, porque creo que el hombre es supersticioso.

– No, no me refiero á lo fantástico que sólo vive en la fantasía, sino á lo fantástico real y efectivo: á los hechos sobrenaturales.

– Lo fantástico, lo sobrenatural, presentado como hecho, me parecería ridículo.

– Sin embargo H. y B. y C. y G. – y me citó una cáfila de autores de sueños – han sido aplaudidos, se les lee con ansia, no se sueltan sus libros de la mano, una vez abiertos, sino después de haberlos devorado con fiebre.

– Indudablemente, porque el hombre es soñador y supersticioso.

– ¿Y crees tú que un cuento fantástico (llamémosle cuento) podrá interesar hoy?

– Indudablemente, si está bien escrito.

– Pues bien, no hablemos más de esto.

– En buen hora.

– Hablemos de Enriqueta.

Y cambió de acento y de expresión, y llegamos á Madrid á buen paso, él hablándome de Enriqueta, y yo escuchándole.

Pero, á pesar de todo, Arria no podía ocultar el efecto de la extraña y para mí incomprensible fascinación de que se encontraba poseído.

En la calle de Alcalá Arria se separó de mí.

Pasé la primera parte de la noche en un café, fuí luego á un teatro, y á las doce me metí en la cama.

Al día siguiente, cuando ya me había olvidado de mi extraña conversación con Arria, mi patrona me entregó un voluminoso pliego, de marca mayor, que acababa de traer el cartero.

Yo, que soy el hombre de menos correspondencia del mundo, sentí una viva curiosidad á la vista de aquel abultadísimo paquete.

Lo abrí con impaciencia, y encontré un cuaderno manuscrito.

La letra era de Arria.

Al ver el título de aquel manuscrito, recordé mi singular conversación con Arria la tarde anterior.

– Ya pareció aquello, me dije: al fin voy á salir de dudas.

Y dejando para otro día algunas visitas que me había propuesto hacer, me senté al lado de la chimenea, avivé el fuego, encendí un cigarro, y me puse á leer aquel manuscrito, en cuya cubierta estaba escrito en letras gordas y encarnadas:

HISTORIA DE UN HOMBRE, CONTADA POR SU ESQUELETO

I

Ya ha pasado un año.

Era el segundo día de carnaval.

Un amigo y yo nos dirigíamos, cansados de bailar, hacia la fonda del teatro Real, cuando nos hizo detener la voz de una mujer que exclamaba con una cólera mal contenida por la educación:

– ¡Esta es una cobarde indignidad!

Nos volvimos, y vimos á una hermosa joven, asida de otra, pálida, irritada y fijando una mirada amenazadora en un polichinela, que se reía de una manera insolente, y mostraba á la joven una pequeña careta de raso blanco, que sin duda la había arrancado.

– ¡Ah! ya sabía yo que eras Enriqueta, – dijo el polichinela.

– Y ahora sabremos quién es V., – dije acercándome al polichinela y arrancándole la careta.

– Gracias, – me dijo Enriqueta: – ya sabía yo que sólo un miserable podía haber sido tan bajamente audaz con una señora.

Y nos volvió la espalda.

– Usted, amigo mío, renovador del hermoso tipo de don Quijote, no tendrá inconveniente en decirme cómo se llama y dónde vive, – me dijo el polichinela, que era un viejecillo repugnante, de esos que parecen perpetuar sobre la tierra la raza de los sátiros.

Le dí una tarjeta, y mi amigo y yo nos fuímos detrás de la joven que había dado ocasión, ó más bien sido la causa inocente de aquel lance.

Enriqueta, al llegar yo junto á ella, me habló la primera y me volvió á dar las gracias.

En seguida, y cediendo ella á una invitación mía, nos lanzamos en el baile.

Al despedirnos á las seis de la mañana, ya estaba yo enamorado de aquella niña, tan bella, tan poética, tan pura; de aquel ángel que dentro de poco será mi mujer.

II

Al día siguiente se presentó en mi casa un hombre alto, pálido, de cabellos negros, de ojos negros, vestido de negro, que tenía la palabra incisiva y la mirada punzante.

Despues de saludarme con una perfecta, pero glacial cortesanía, sacó una cartera, y de ella una tarjeta, que yo reconocí al momento.

Por contestación, tomé la pluma, escribí en un papel las señas del amigo que me había acompañado la noche anterior y sido testigo del lance, dí el papel al hombre vestido de negro, y éste volvió á saludarme y salió.

Aquella noche, fuera de la puerta de Alcalá, nos encontramos el viejecillo del baile y yo, acompañado cada cual de dos amigos.

Yo alcancé al viejo con una cuchillada en la cabeza.

El me tocó en un hombro.

El lance se dió por terminado.

Mis dos amigos y yo entramos en nuestro carruaje, y nos volvimos á Madrid.

(1) Habiendo adquirido de la casa editorial propietaria, de Madrid, el derecho de publicar esta preciosa novela, una de las más interesantes de cuantas han salido de la fecunda pluma del popular novelista don Manuel Fernández y González, damos hoy principio á su inserción en las columnas de la *Ilustración Artística* en la fundada creencia de complacer así á nuestros constantes abonados.

(N. de los E.)

III

Uno de mis amigos, el que me había acompañado en el teatro Real, el que había convenido con el enviado de mi contrario las condiciones del duelo, era médico.

Mi herida no ofrecía el menor cuidado, pero me había ensangrentado profusamente la camisa.

Yo no quería ir á mi casa, por evitar una primera impresión desagradable á mi buena madre.

Nos dirigimos, pues, á casa del médico, mi amigo.

– Te curaré la herida, se lavará la camisa, se planchará, y mañana puedes ir á tu casa, sin que tu madre se aperciba de nada, – me dijo mi amigo.

– Sí, pero pasar la noche fuera de casa sin avisarla...

– Escríbela que vas al baile: es tercer día de carnaval.

Escribí

Después me dijo mi amigo:

– Voy á curarte, y en seguida que te deje en la cama, me voy al teatro Real: tengo una cita.

– En buen hora: si ves á Enriqueta, dila la causa por qué no puedo ir.

– De seguro, cuando la sepa, acaba de entregarte el corazón. Tienes suerte: hermosa, rica, huérfana, libre como el aire... me he informado por una casualidad... ya te diré: vamos, quítate la camisa, siéntate en esta butaca, estate quieto y no me grites. Me repugnan los heridos cobardes.

—¡Ah! ¿qué es eso? – dije reparando al sentarme en el sillón en un armario dentro del que había un esqueleto.

– ¡Bah! una magnífica pieza de anatomía. Un esqueleto que me ha costado bien caro, pero me hacía falta: en el estudio de un literato luce muy bien una armadura del siglo XIII ó XIV, una armadura antigua, el esqueleto de una civilización muerta: en el gabinete de un médico es indispensable...

– Sí, sí, pero ese esqueleto tiene no sé qué de singular.. parece que se tiene de pie, que vive, que nos mira...

– ¡Ah! está muy bien colocado... como que le he armado yo. Estate quieto. Pedro, agua fría. Te dolerá un poco, pero esto no es nada: solamente la epidermis, el músculo está intacto: un arañazo. El otro ha salido peor: con esos puños de que Dios te ha provisto, hijo, no tendrá nada de extraño que le hayas dado pasaporte: no me gustó nada de la manera como cayó. Razón más para que estés quieto en casa hasta que yo salga mañana á tomar lenguas.

Yo no le contesté.

Estaba dominado por aquel no sé qué fantástico que tenía para mí aquel esqueleto, blanco como el marfil, destacándose sobre el fondo oscuro del armario, tras del claro cristal de Venecia que le encerraba.

Mi amigo continuó curándome.

Cuando me hubo vendado, tomó mi camisa, la lió y se la dió al asturianillo que le servía.

– Lleva esta camisa á la Margarita, – le dijo, – que, valga lo que valga, la lave y la traiga planchada para mañana á las ocho: tú á la cama.

Y me llevó á su alcoba, que estaba en su mismo gabinete.



LA NINFA Y EL AMOR, cuadro de León Perrault

– Me duele, – le dije, – me duele demasiado.

– ¡Ah! ¡te duele! pues bien: voy á quitarte ese dolor, y á hacer que duermas como una piedra.

Y fué á su botiquín, le abrió, compuso una bebida en cinco minutos, y me la dió en un pequeño vaso de plata.

Después se vistió lentamente de caballero de la corte de Francisco I, tomó su careta, se envolvió en su capa, se despidió de mí y salió.

IV

Pasó algún tiempo y no logré dormirme.

Es cierto que el dolor de la herida había cesado, y que dilataba, acariciaba mis miembros, una dulce languidez.

Me encontraba perfectamente.

Pero una extraña fascinación me dominaba.

Por la entreabierta vidriera de la alcoba, veía, allá en un ángulo del gabinete, el blanco esqueleto dentro de su armario.

Yo no podía apartar los ojos de él.

Persistía en el extraño pensamiento de que la actitud de aquel esqueleto era la de un ser viviente que tiene la conciencia de sí mismo.

Y el esqueleto me miraba, ó me parecía que me miraba: es decir, que tenía apuntados á mí, á falta de ojos, los dos agujeros de las profundas cuencas de su cráneo.

Yo no sé si digo algún disparate; yo no soy médico, y no tengo obligación de saber anatomía.

Basta con que me entienda el que me lea, si alguna vez me decido á publicar este manuscrito.

Y así continuamos mirándonos el esqueleto y yo; tan inmóvil yo como él.

Dieron las doce en un reloj en el gabinete.

¡Las doce!

¡La hora de las apariciones!

No sé por qué me causó una extraña sensación el sonido grave, opaco, vibrante, del alambre del reloj.

Cuando expiró la prolongada vibración del último golpe, se unió á él otro sonido extraño: un sonido semejante al que produce la rama seca de un árbol al romperla el viento.

Aquel sonido, no podía dudarlo, partía del armario del esqueleto, como producido por un cuerpo que golpea de una manera acompasada é insistente en un cristal.

Me incorporé en el lecho y miré, dudando de si estaba despierto ó dormido.

Ví que el esqueleto golpeaba, en efecto, el cristal, con el manojo de huesos de sus manos.

Yo permanecía inmóvil, mirando, oyendo aquello, fascinado, pero sin terror.

El esqueleto levantó sus dos manos y se puso á redoblar en el cristal con la punta de sus dedos.

Y aquel ruido se parecía al del rebotar de los granizos en las vidrieras, oído desde el interior de una habitación cerrada.

Entonces adelanté más el cuerpo y eché una pierna fuera de la cama, mirando siempre al esqueleto.

Y parecióme que sus mandíbulas se abrían.

Y luego oí que pronunciaba mi nombre.

¿Cómo le pronunciaba? ¿Con qué órganos?

No lo sé.

Pero el esqueleto decía, con un acento dulce y suplicante como el de una persona necesitada:

– ¡Eugenio!

– Esto es ya demasiado, – dije: - yo debo estar soñando: un esqueleto que se mueve, que habla, que mira, es una singularidad demasiado singular para que pueda creerse en ella.

Pero yo no dormía, no: estaba despierto.

Perfectamente despierto.

Y os lo digo, porque es muy vulgar la frase con que concluyen los cuentos fantásticos:

«Cuando el espectro me estrechaba entre sus descarnados brazos, me besaba frenético, y me hacía aspirar el aliento fétido de su boca; cuando.. etc... etc... dí un grito horrible, hice un terrible esfuerzo y.. desperté. Aquello había sido un sueño, una pesadilla, un horror, un... etc.»

No, no, señores; no crean ustedes que les cuento un



ENTRE LA VIDA Y LA MUERTE, cuadro de Carlos Hoff (presentado en la última exposición de Berlín)



EL PREDILECTO DE LA ABUELA, cuadro de Jorge Jakobides



UN SITIO VACÍO cuadro de Toby E. Rosenthal



ESTUDIO Á LA PLUMA, de A. F. W.

sueño... yo no me tomaría tal trabajo. ¿A dónde iríamos á parar si uno escribiese todo lo que sueña?

Cuento una historia, y pretendo que se me crea, ó que se me pruebe que me he vuelto loco.

Locura, fascinación pudo ser; pero sueño no.

Y luego, yo me encuentro, después de aquel extraño suceso, en el completo y normal uso de mis facultades: yo no estoy loco, sino cuando me mira Enriqueta enamorada, con sus lucientes y grandes ojos negros.

V

—¡Eugenio! – repitió el esqueleto: – levántate: ve á la mesa de Juan; abre el primer cajón de la derecha; toma una llave que encontrarás, y abre este maldito cristal que me aprisiona; pero abrígate con algo, que hace mucho frío.

La manera con que el esqueleto pronunció estas palabras, su acento afectuoso y benévolo, y su entonación hueca, retumbante, me hicieron sospechar si sería aquello una broma de carnaval que me daba mi amigo para probar mi valor. Este pensamiento era absurdo, bien lo sabía; el estado en que me encontraba, aunque nada tuviese de grave, hubiera retraído indudablemente á Juan. Pero por lo mismo que mi herida no ofrecía cuidado alguno, y atendido á que Juan era, como suele decirse, la *piel del diablo*, el absurdo parecía modificarse y pasar á la categoría de una excentricidad. Suponiendo esto, que las manos del esqueleto se moviesen por un resorte, que aquella voz proviniese de otra habitación por un conducto, no quise pasar por cobarde, y me levanté, fuí á la mesa, abrí el cajón indicado por el esqueleto, encontré una llave, y, sostenido por mi vanidad, adelanté hacia el armario, llegué á él, metí la llave en el marco de ébano de su puerta de cristal, dí vuelta, y abrí.

Entonces el esqueleto se movió todo, hizo un esfuerzo, puso los pies en el marco, y se asió con las manos á los costados del armario, pero no pudo salir.

– ¡Ah! ¡ah! – exclamó con acento triste: – me había olvidado de que estoy sujeto brutalmente por un tornillo al perno de hierro que me sostiene: hazme el favor, Eugenio, de revolver un poco en ese mismo cajón, y encontrarás un desarmador: suéltame de este tornillo, y Dios te lo pagará.

No pude ya dudar de que el esqueleto se movía por sí mismo, de que hablaba, de que sentía.

Era preciso creer en aquel milagro.

Yo no sé por qué no tenía miedo, ni por qué me interesaba por aquel hombre sin carne.

Fuí, revolví, encontré el desarmador, y saqué el tornillo.

– Dios te lo pague, – me dijo el esqueleto saltando fuera del armario, y estirando sucesivamente su espinazo, sus brazos y sus piernas: – ¡válgame Dios, y qué frío hace en este endiablado gabinete! y luego ¡estoy tan desnudito, tan desnudito!... permíteme un momento, Eugenio: voy á encender la chimenea... después de encenderla hablaremos: pero arrópate, arrópate, hombre; vas á coger una pulmonía; me está dando en las narices sutil, sutil, un airecillo que se cuela por una rendija del primer tablero de la hoja de la izquierda del balcón. Para desalojar á ese endiablado viento de Guadarrama de una habitación, no hay cosa como una chimenea bien encendida. Ya verás.

Y el esqueleto tomó algunos pedazos de leña que estaban junto á la chimenea, los apiló, metió astillas de pino, y luego se fué á la mesa, tomó una carta cerrada, la abrió, la acanutó y la encendió por un extremo, viniendo con ella á poner fuego á la leña de la chimenea.

– ¿Qué has hecho? – le dije. – ¡tal vez una carta importante!

– No lo creas: era un atrevimiento del sastre de Juan: Pedro el asturiano, dejó esa carta sobre la mesa, y se ha olvidado de llamar sobre ella la atención de su amo. Así evito á Juan un disgusto, que, por ligero que sea, siempre es un disgusto. Cuando yo he recibido una de estas cartas, jamás he incurrido en la falta de dignidad de contestarla, y para no conservarla siquiera, la he destinado á cualquier uso doméstico... sin leerla, ya se sabe lo que esas cartas dicen: se las lee por el sobre y... basta.

Y el esqueleto, puesto en cuclillas delante de la chimenea, soplaba con el fuelle.

– Pero ¿querrás explicarme...? – le dije.

(Continuará)

EPISODIOS CÓMICOS DE UN VIAJE Á RUSIA

(Conclusión)

El gran reformador de Rusia acertó en abrirla á las corrientes civilizadoras, para conseguir en uno lo que de otro modo fuera obra de quince ó veinte siglos. Pero los hechos tienen una lógica irresistible. Quien quiere el antecedente ha de aceptar el consiguiente. Al hacer esto dió el golpe mortal al czarismo, y con él á todo el régimen autocrático. No se puede vivir á la europea y pensar á lo tártaro. Si el comercio es internacional, luego lo serán la ciencia, las ideas, la educación, la política y el gobierno. Un ciego se resigna á no ver, pero la vista sana no se resigna á un poco de luz. Quiere la claridad completa. Los rusos se enamoraron del progreso y cultura de la Francia, dejaron á un lado el traje nacional, el idioma nacional, las costumbres y la educación nacional. ¿Quién les detendrá en esta vía? Mañana considerarán un atraso su política y un error el imperio y una preocupación sus creencias religiosas. El tiempo lo dirá.

Mr. de Clairville aceptó y rechazó algunas de estas ideas con un eclecticismo envidiable, concluyendo con que la nación rusa hacía perfectamente en tomar de la civilización francesa la finura y cortesanía y en desechar la incredulidad, impiedad, inmoralidad é ideas disolventes que la desdoran.

Pero lo que más le encantaba era la afición al militarismo, sin duda por ser su suegro proveedor de uniformes, placas y condecoraciones. – Mañana, – continuó, – ha de verificarse una gran parada de la guardia imperial en la Plaza del Almirantazgo, y aconsejo á V. que no pierda este espectáculo, único en el mundo. Yo le prometí asistir, si él tenía la bondad de acompañarme, y dándome su palabra y después de hablar de otros varios asuntos, él partió para visitar á su novia y yo me retiré á cuidar de mi nariz y orejas, cada vez más delicadas y doloridas.

XII

Muy de mañana, al día siguiente, atronaban las inmediaciones de nuestra residencia, las cajas, cornetas y músicas militares. Era un gran día de cielo despejado é intenso frío. Doquier discurrían al galope de los gallardos corceles multitud de ordenanzas y oficiales de Estado mayor, y las gentes iban incesantemente poblando la gran Plaza, con ánimo y provisiones para pasar en ella el día si necesario fuese.

Mi amigo se presentó á la una de la tarde, y me condujo á pie hacia el palacio de Invierno, bajo cuyas galerías tomamos una excelente posición en uno de los arcos con antepecho á dos ó tres pies de elevación sobre el nivel de aquel nuevo campo de Marte.

– Mucho me alegro de que gocemos de tan buen punto de vista, porque tendré ocasión de ver de cerca al emperador y V. de conocer á nuestro embajador, que está especialmente convidado, como mariscal de campo.

En efecto, poco tiempo había trascurrido cuando un movimiento general en las tropas que estaban tendidas delante del Palacio, nos anunció la venida del Czar. Venía éste al frente acompañado del Duque de Osuna, ambos sobre magníficos caballos árabes, y seguidos de una brillante escolta.

El emperador se colocó delante de la arcada que ocupábamos, y que nos permitía divisar en línea recta la gran columna de Alejandro I y el elegante semicírculo que ocupa el Estado mayor, y á su izquierda se situó el Duque de Osuna. Vestía el emperador un gran capotón gris, y ceñía su cabeza un luciente casco, traje favorito suyo. Nuestro representante llevaba uniforme de general español, sin protección alguna contra el frío. La escolta tomó posición á izquierda y derecha de ambos, y comenzó el desfile general de los cuerpos.

Sin duda alguna había en la plaza sus setenta mil hombres de tropa escogida, de todas armas. Los soldados, en inmensas dobles filas, daban la vuelta á la plaza, sirviéndoles de punto de apoyo la columna de Alejandro, y al pasar por delante del Czar, todos volvían el rostro hacia él y lanzaban un entusiasta ¡hurra! La perspectiva era grandiosa, á no dudarlo, aunque algún tanto monótona por el color uniforme de los capotes y las tiras de paño negro que cubrían cuerpo y orejas de los soldados. El Czar dirigía la palabra á menudo al Duque de Osuna, quien contestaba acompañando sus palabras con un gallardo saludo á lo militar. Hemos de convenir en que si Alejandro ofrecía la estampa de verdadero jefe de un imperio, el descendiente de los Vellez Girones presentaba la de un cumplido caballero.

Sin embargo, con toda la fama que de militar tiene la Rusia, aquel desfile no me impresionaba al modo que el de nuestras tropas españolas. Dos causas había para ello. La primera es, que el frío hace agrupar á los soldados rusos convirtiéndoles en verdaderas masas movientes. La segunda es, que la servidumbre les hace pesados y sin garbo en sus movimientos. Tan cierto es esto, que cuando tocaba el turno á algún batallón de cadetes nobles, se le distinguía desde muy lejos por la soltura y marcialidad de su paso. En cambio, hay que confesar que llama la atención la regularidad de las estaturas, y la uniformidad de colores de los caballos en cada regimiento.

Uno de éstos es una especialidad de que no hay ejemplo en Rusia. Se llama el regimiento Pauloski, el cual se distingue á distancia por la extraña hechura de sus morriones, que son por el frente como altas mitras encarnadas, con una chapa dorada en el centro.

– ¿Quiénes son aquellos que allí vienen? – pregunté á Mr. de Clairville, – ¿son por ventura obispos?

– Este, – dijo mi amigo, – es el cuerpo más singular de



LA ABUELA, cuadro de Hugo Salmson *(Presentado en la última exposición de Berlín)*

tropas que en el mundo existe. Observe usted bien cuando pasen las fisonomías de los soldados y jefes, y verá que todos son chatos, y la poca nariz que tienen está respingada.

–¡Aun ahí sería el diablo! – respondí yo, tomándolo á broma.

– Llámase de Pauloski, en conmemoración del Czar Pablo, y escogen entre los reclutas á los que poseen una nariz de esa forma, pues, según parece, así la tuvo este infortunado emperador.

Brincaba yo de curiosidad por ver espectáculo tan original y nuevo, aunque todavía tenía mis dudas; pero éstas se desvanecieron al dar los batallones la vuelta á la columna y presentar sus rostros. No se me borrará nunca de la memoria el aspecto del coronel del regimiento. Como jefe era una especialidad fisonómica. La punta de la nariz, sin exageración, le subía hasta las cejas, y para mayor abundamiento, llevaba unas patillas aplastadas en su nacimiento, y disminuyendo en dirección paralela á las mejillas, hasta acabar en unas inmensas guías sostenidas á fuerza de cosmético, que le daban el aspecto más risible que pudiera imaginarse, aunque evidentemente, á juzgar por el desenfado é importancia que él se daba debía creerse una notabilidad del imperio en punto á hermosura.

Yo pasé de sorpresa en sorpresa sus diez minutos bien contados, pues aun viéndolas por mis ojos, dudaba de la posibilidad de ver tantas narices respingadas juntas.

– No debe V. admirarse de esto, – dijo Mr. de Clairville, – cuando sepa que hay otros regimientos de soldados picados de viruela, y que para la policía escogen hombres del mismo tipo de facciones, color y estatura.

– ¡Qué! – exclamé casi fuera de mí, interrumpiéndole. – ¿Quiere V. repetir esas últimas palabras?

– Digo que los individuos de la policía son tan parecidos en cuerpo y facciones, que apenas los puede usted distinguir.

– ¡Ta, ta! – volví á exclamar, con una expresión de gozo que debió habérseme pintado en el semblante.

– Pero ¿qué le pasa á V.? – preguntó mi amigo.

– Nada, nada, me río de la ocurrencia pueril de esta gente. Al demonio se le ocurre idea semejante.

– Es un detalle de clasificación, muy propio de la uniformidad militar. Si hay tres mil chatos en medio millón de hombres, más vale que los junten, ya que Dios los cría, que no que alteren la regularidad de las filas. La uniformidad de tipo de los que sirven en la policía, tal vez reconoce por causa la necesidad de que sean de iguales temperamentos, mirada observadora y genio sufridor, ó tal vez se quiere que aparezca al ciudadano como que siempre se halla vigilado por esta gente del orden público.

– ¡Vive Dios! – respondí, – que esas palabras de V. me han quitado de encima una pesadilla.

– ¡Ah! – exclamó Mr. de Clairville, – ya comprendo. El suceso de la otra noche me hace creer que le ha pasado á V. lo que á muchos extranjeros, que los primeros días se creen seguidos y vigilados por los polizontes.

– Pero yo tenía otra razón, que es el secreto que había prometido revelarle. Y ya que el desfile va tocando á su término, hágame el obsequio de venirse conmigo, y le contaré mi temerosa historia, convertida en el lance más cómico del mundo.

Mi amigo y yo nos alejamos de la plaza, y tomando la Perspectiva de Newski, le hice entrar en un café restaurant donde, con la grata compañía de un par de botellas de Champagne, le desembuché la historia de la remesa de los libros incendiarios, que me había puesto con la barba sobre el hombro, y mis dares y tomares con varios individuos de la policía, á quienes yo juzgaba prevenidos por el comité de la sección tercera de la Chancillería imperial.

– Aun no las tengo todas conmigo, – añadí, – porque esa malhadada caja es motivo legítimo de cierta alarma; pero no es flojo el alivio y desvanecimiento de una alucinación que tenía para mí toda la apariencia de una triste verdad.

– Tranquilícese V. respecto á los libros, – dijo Mr. de Clairville, – y deme V. el talón en el momento que lo reciba. Yo sé cómo arreglar ese asunto en la aduana y pasar, no digo una caja, pero toda la librería del Museo de Londres.

Yo le dí las gracias anticipadamente y me separé de él como otro hombre nuevo. Pasáronse algunos días, y al cabo vino respuesta del apoderado de París á mi alarmante carta sobre re-expedición de la caja, y entre otros párrafos había el siguiente:

«Al salir V. de París, me encargó le remitiese los consabidos libros; pero no diciéndome á qué punto, me figuré que sería á su residencia en Londres, tanto más cuanto que no le supongo tan imprudente, que se expusiera á introducir en Rusia libros de esa clase, y mucho más teniendo V. su biblioteca en Inglaterra.»

¡Oh fantasía inquieta, loca y ligera, cuántos castillos formas con el más leve fundamento! Muchos han sido de oro y color de rosa, y mucho tengo que agradecerte en mi vida por los buenos ratos que me has hecho gozar con tus fantasmagorías, tramoyas y embelecos de ventura; pero no te perdono los sustos que me hiciste pasar en mi primer viaje á Rusia.

NICOLÁS DÍAZ DE BENJUMEA.



CORREO DE AMOR, cuadro de E. Unger

ORÍGENES de la pintura

El célebre biógrafo italiano Giorgio Vasari, dice que los orígenes de la pintura deben buscarse en la época anterior al diluvio, y como quiera que el consejo de comenzar las cosas por el principio deba ser atendido, procederemos ante todo á investigar los primeros pasos del arte en el período geológico en que el hombre aparece sobre la tierra.

Sesenta años atrás, nos hubiéramos tenido que contentar con las escasas noticias que el Génesis ofrece de los primeros hombres ó con las leyendas más ó menos fabulosas de los escritores griegos y romanos; hoy gracias á los trabajos de la arqueología, combinados con los de la geología y paleontología, podemos aventurarnos á tratar del arte anti diluviano de la época del reno, segunda de las tres en que se divide la Edad de piedra; á la cual no nos atreveremos á fijar fecha toda vez que las autoridades de la ciencia prehistórica, discuten con calor este punto, quitando y poniendo siglos con una facilidad asombrosa.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto hasta ahora parece ser que en esos tiempos del reno tan lejanos es cuando el sentimiento del arte se manifiesta por primera vez en Francia; y citamos á la nación vecina, porque en efecto en su región Suroeste, ó sea en los departamentos del Ariege, Tarn y Garona, Charente, Vienne y Dordogne es donde se han encontrado, casi en su totalidad, los restos que demuestran la idoneidad nativa del hombre para el cultivo de las artes del diseño.

Pero no imaginen nuestros lectores, que las creaciones de los primitivos pobladores de Europa constituían una verdadera obra de arte; no era aún tiempo de ello; el hombre, apenas cubiertas sus carnes con pieles sin curtir, sin más abrigo que el encontrado en las cuevas y teniendo á cada momento que defenderse de los ataques del gigantesco mamhut ó del oso de las cavernas, armado tan sólo con groseras armas de hueso y piedra, no podía atender con tranquilidad al desarrollo del sentimiento que le lleva á realizar una obra plástica ó gráfica.

A pesar de todo, los rudimentos de pintura y escultura encontrados en las cavernas, y que en 1867 figuraron en número de cincuenta y dos en la Galería del Trabajo de la Exposición Universal de París, atestiguan especial disposición artística y espíritu observador. Aunque muy groseros, los dibujos reproducen bastante el natural y por su actitud y detalles se puede reconocer el objeto que se quiso representar; cosa admirable, teniendo en cuenta que el hombre primitivo no disponía de más instrumentos que un punzón de sílice ó cuerno de reno para hacer rústicas entalladuras en trozos de pizarra, hueso ó madera donde previamente había dibujado la figura con ocre rojo ú amarillo; sustancia que es de presumir sirviera también al artista para embadurnarse el cuerpo, como hacen en la actualidad algunas tribus de la Oceanía.

Los ensayos de los precursores de Rafael y Miguel Angel, como les llama M. Figuier, se reducen en su mayoría á representar los animales que les rodeaban, tales como los mamhuts, renos, caballos, ciervos y bisontes. Los dibujos de reptiles, pájaros y flores son más raros; en cambio los de peces abundan extraordinariamente, sobre todo esculpidos en bastones de mando. Entre estas entalladuras son dignas de llamar la atención, una sobre pizarra y otra sobre hueso, encontradas por los señores Lartet-Christy y Vibraye en las cavernas de la Madelaine

Langerie-Basse; la primera representa un combate entre dos renos y la segunda un mambut, caracterizado por la pequeñez de los ojos, largas crines, encorvados colmillos y potente trompa, que distinguían al elefante primitivo

La figura humana, á pesar de la dificultad que ofrece su dibujo, tampoco falta en el arte prehistórico. En las cavernas ya citadas del Perigord se ha descubierto un fragmento de marfil en que aparece groseramente modelado un hombre; un bastón de hueso donde se ve un guerrero con una lanza entre varios animales, y un sílice con unas manos de cuatro dedos. Su descubridor, M. Lartet, hace notar que ciertos pueblos salvajes figuran hoy en día las manos supriméndoles el dedo pulgar.

Tales son los restos que nos suministran las investigaciones modernas acerca del origen del arte. ¡Qué inmenso camino tenían aún que recorrer los pueblos del mediodía de Europa para llegar á la Venus de Praxiteles y á las Logias del Vaticano!

Después de la época del reno, los descubrimientos no demuestran que el arte siguiera una marcha progresiva, ya que en el período de la piedra pulida faltan las representaciones iconográficas. Es preciso llegar hasta la edad de los metales para descubrir detalles de ornamentación y algunos mangos de cuchillos de bronce figurando seres humanos, siendo de reparar que estas armas pertenecen ya á los tiempos históricos en que el arte fenicio comienza á influir en las costas del Mediterráneo.

Agotado el tema por lo que á la raza latina se refiere, veamos si los pueblos griegos nos proporcionan mayores datos sobre el origen de la pintura.

Dos caminos se nos ofrecen para ello, el de la tradición y el de la arqueología. La primera, por medio de los escultores greco-romanos, nos refiere como punto de partida una interesante leyenda.

Allá por el siglo x antes de J. C. vivía en Sicione un alfarero llamado Dibutade, con su hija Cora, bella como las heroínas de la Odisea y como ellas amante y apasionada de un apuesto mancebo. Por causas que no refiere la historia, el prometido de Cora hubo de abandonar el país, mas antes quiso despedirse de su amada. Durante la entrevista que debió tener lugar al aire libre y tal vez junto á las tapias del horno del alfarero, la doncella inspirada por el amor, reparó que la silueta del joven reproducía su imagen sobre el muro, y cogiendo un carbón, recorrió con él los contornos, que dieron por resultado una figura humana, dulce recuerdo del dueño de su corazón. Dibutade, lleno de asombro ante el dibujo trazado por su hija y deseando fijarlo de un modo permanente, cogió barro del que usaba para sus vasos y con él modeló un ligero bajo relieve: primera obra del arte helénico, que dicen se conservó en Corinto hasta el saqueo llevado á cabo por el cónsul Mumio.

Después de esta tradición, Pausanias, Luciano y otros escritores nos hablan de pinturas angulosas, dibujadas al trazo, y junto á las cuales era preciso escribir el nombre del personaje que querían representar, pues su rudeza impedía reconocer la intención del autor. En época posterior Plinio menciona los pintores que acertaron á fijar los pliegues de un manto, abrir la boca á las figuras, dibujar los dientes y expresar la alegría y la tristeza por medio de las contracciones del rostro. Mientras el dibujo progresaba de esta suerte, Cleofas de Corinto inventó colorear sus personajes con polvo de ladrillo; poco después Bularco, el lidio, introdujo los tres colores fundamentales, rojo, azul y amarillo, y en el siglo IV antes de J. C. el famoso Polignoto de Thasos aumentó la paleta con el negro y el verde, en tanto que su contemporáneo Apolodoro de Atenas perfeccionaba el claro oscuro y la perspectiva, que Agatarco había iniciado, preparando así el camino á Nicias, Antides y al famoso Apeles.

Todos estos datos serían apreciabilísimos si fuesen exactos, pero la arqueología, implacable con las tradiciones, por más poéticas que sean, ha venido en época muy reciente á destruir esas pretendidas invenciones de los griegos, demostrando el origen oriental del arte helénico, hijo de influencias fenicias y lido-frigias, y por consiguiente asirias y egipcias. Ya no es lícito señalar á Cora y Dibutade, ni á Bularco y Polignoto, como los fundadores de la pintura; en vez de ello hay que estudiar la cerámica griega y las placas votivas de tierra cocida y pintada que atesoran los museos de Europa como los primeros ejemplares del arte gráfico griego, cuya antigüedad se hace ascender á 2,000 años antes de J. C.

Limitando nosotros su estudio á la época más primitiva ó sea á la que Max Collignon en su *Arqueología griega*, denomina del estilo antiguo (siglos XX á VII antes de J. C.), encontramos primero los vasos de Santorín que imitan groseramente la forma humana; aparecen después las vasijas fenicias de las Cycladas con pinturas geométricas, de gusto oriental; sigue la cerámica indígena, en que ya se ven dibujadas de un modo infantil, con negro sobre fondo rojizo, zonas de animales de carácter asirio, escenas fúnebres y procesiones de guerreros; viene después la época de transición, en que las pinturas propias del Asia se confunden y compenetran con la mitología helénica, tras de la cual se manifiesta por fin el arte autóctono, libre casi de la tutela oriental, en los vasos corintios, decorados con mil escenas variadas é interesantes, preludio de la cerámica de la buena época, que se extiende desde el siglo VII al IV y es la misma en que Apeles y Zeuxis elevaron el arte pictórico á tan alto grado que pudo rivalizar con las esculturas de Fidias y Praxiteles.

Mas si los griegos no inventaron la pintura y la recibieron del Oriente, ¿qué datos nos suministran la Fenicia, la Asiria y el Egipto? Desgraciadamente muy pocos y de escasa importancia en lo que á nuestro tema se refiere. El arte fenicio y el lido-frigio, á pesar de muchas y pacientes investigaciones, no aparece más que en restos sin ilación cronológica, que no permiten seguir una marcha histórica. Lo mismo sucede en la Asiria y Caldea, donde inmensos lapsos de tiempo separan los descubrimientos de M. Savzec de los de Botta y Layard. Réstanos sólo el Egipto, padre de la civilización, que por boca de sus sacerdotes se vanagloriaba de haber sido el inventor de las bellas artes 10,000 años antes que los griegos.

Platón, refiriéndose al arte faraónico, nos dice que la escultura y la pintura, ejercitadas en Egipto durante tantos siglos, no habían producido nada mejor al principio que al fin; y en efecto, esta afirmación del filósofo griego queda plenamente probada por el examen de las obras plástico-gráficas del período menfita descubiertas por Mariette Bey. Si alguna diferencia ofrecen con las de épocas posteriores se reduce á demostrar que el arte en las orillas del Nilo comenzó por un período de libre imitación de la naturaleza para luego hacerse simbólico é inmutable bajo el influjo sacerdotal, que le quitó el movimiento, la expresión y la vida que ostentaba en sus comienzos. De éstos sólo se conserva algún resto de pintura en la necrópolis de Menfis y las estatuas de Chefrén, Sepa y Nesa, ejecutadas con sorprendente realismo cuatro mil años antes de la era cristiana, durante la época en que los pueblos que hoy nos envanecemos con el título de civilizados figurábamos en las entalladuras de Bibán el Moluc como unos verdaderos salvajes, adornados con plumas, cubiertos de pieles y extrañamente tatuados.

El carácter inmutable del arte egipcio nos impide, pues, conjeturar el modo cómo haría su aparición la pintura en la patria de Moisés. La oscuridad y la confusión aumentan si acompañando el curso de las emigraciones humanas subimos hasta los Patriarcas de la Biblia, toda vez que nada puede deducirse de los textos sagrados. La Mesopotamia y la Caldea guardan aún, si es que existieron, los restos del arte primitivo, que las leyendas locales atribuyen á un presente del cielo. Fuerza nos será pues detener el curso de nuestras investigaciones y echando una mirada retrospectiva, emitir nuestro juicio sobre el origen del arte y en especial de la pintura.

Por lo que conocemos de la época prehistórica del arte griego y de las civilizaciones orientales, podemos inferir que la escultura, hermana menor de la arquitectura, debió preceder á la pintura en su desarrollo, porque en efecto es mucho más fácil al que ignora las prácticas del arte modelar una figura rudimentaria de barro, para lo cual basta el simple recuerdo del natural, que dibujar el mismo objeto sobre un plano reduciendo á dos las tres dimensiones de todo cuerpo. No debió, sin embargo, tardar mucho el hombre en pasar del modelado al dibujo y en ir perfeccionando poco á poco sus procedimientos, merced á dos palancas poderosas, el realismo y el idealismo.

El primero le suministró los fundamentos del arte, que en sus comienzos no fué más que una imitación servil de la naturaleza. Los animales, las plantas y luego la figura humana le sirvieron de modelos; llegó un momento en que satisfecho de su obra el artista quiso rendir un tributo á la divinidad, y surgieron las primeras figuras de dioses y genios, á los que un idealismo elemental dotó de extrañas fisonomías y atributos especiales, símbolo de otras ideas superiores. Así á favor de estos dos grandes elementos, el arte, espontáneamente nacido en algunas razas, como la céltica, la heleno-pelásgica, etc., se halló en situación de recibir las enseñanzas que el más civilizado de los pueblos orientales había de esparcir por el mundo conocido, enseñanzas merced á las cuales la Grecia pudo llegar al siglo de Pericles, á la época del Partenón y de la Venus Anadyómena, creando un arte, que á pesar de las modificaciones impuestas á orillas del Tíber, y de los embates del bizantinismo y del estilo ojival, había de renacer al fin de la Edad media para servir de norma en la arquitectura á San Pedro de Roma y á San Lorenzo del Escorial, en la escultura á Juan de Pisa y Miguel Angel y en la pintura al Giotto y Rafael de Urbino.

A. Danvila Jaldero



PALOMAS VARIAS, cuadro de Echtler

Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 10 DE ENERO DE 1887 — NUM. 263

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

AL AIRE LIBRE, cuadro de Echena

Pintar así es la pasión del día, pasión que posee también á las pintoras. Echena, de quien en más de una ocasión nos hemos ocupado, habrá sorprendido la escena que constituye su lindísimo cuadro en las umbrías de la Villa Borghese, ó en las poéticas alturas de la Doria Panfila. En cualquiera de aquellos amenos prados habrá visto lindísimas jóvenes que procuran sorprender los encantos de la naturaleza, y cautivado por el sencillo cuadro, ha hecho uno que llama la atención por todos conceptos.

ESTUDIO, de Hugo Kauffmann

Buen tipo; buena cabeza, llena de expresión; una frente, unos ojos, un cutis que contienen toda una biografía. De niño salió á la mar: el sol del trópico y la nieve del norte curtieron su piel é hicieron del imberbe un lobo marino. Quizás el aguardiente de caña ha contribuído algo á la temprana decadencia de nuestro hombre; sus ojuelos parecen hechos á propósito para estimar la transparencia del wiskey á través del cristal que lo contiene. Ya no navega, pero conserva el uso de uniforme y su opinión es consultada por los novicios, que le contemplan con merecido respeto. De mañana le encontraréis donde se construye una embarcación ó se aguarda la llegada de un buque; de tarde trinca en el café del puerto, donde califica de detestables todas las consumaciones alcohólicas, cuya sofisticación denuncia á fuer de inteligente, y llegada la noche horripila á sus nietos con la descripción de los temporales que ha corrido y de los que tal vez pudo correr.

LA CANCIÓN TESALA, cuadro de Agustín Salinas

Inspirándose en las bellas escenas que dejó trazadas Bulwer Lytton en su célebre novela: *Los últimos días de Pompeya*, un joven artista, Agustín Salinas, ha hecho un cuadro que publicamos con muchísimo gusto. Nidia entonando una canción de su país, célebre en hechicerías, para distraer á Jone y Glauco, y un fondo bonito en detalles, son elementos que han servido á Salinas para un cuadro bien sentido é interesante por su composición. Esta obra no seguirá á tantas otras de nuestros compatriotas en su excursión por el extranjero: adquirida por un rico propietario de Valdepeñas, será testimonio en España del valer de nuestros artistas en Roma.

RETRATO, por Enrique Augusto Janet

En el último *Salón* de París llamaba la atención el cuadro que reproducimos, no precisamente porque nuestros lectores puedan apreciar sus condiciones como retrato, sino como una muestra no muy común de la manera de emplear en una obra, de índole poco artística, los recursos del talento y el fruto de un estudio de natural, muy apreciable, aun prescindiendo del mayor ó menor parecido de la dama retratada.

CORONACIÓN DEL CADÁVER DE Sta. ISABEL, cuadro de Hermann Kaulbach

El día 19 de noviembre de 1231 entregaba su alma á Dios la princesa Isabel, hija de Andrés II, rey de Hungría, y viuda del landgrave de Turingia. Murió á la edad de veinticuatro años, y los últimos cuatro de su existencia fueron tan azarosos y tristes que la mayor parte de ellos puede decirse que los vivió de las limosnas que le hacían sus admiradores, con peligro de su seguridad personal. ¡A tal extremo llegó la saña del hermano y sucesor de su marido, que hizo perseguir cruelmente á la ilustre viuda porque había empleado en obras de beneficencia una gran parte de las rentas del Estado!...

A los cuatro años de su muerte fué canonizada Isabel por el papa Gregorio IX, y un año después, en 1236, fué exhumado el cuerpo de la santa princesa, enterrado en el hospital de Marburg, por el arzobispo de Maguncia. Asistió á la ceremonia el emperador Federico II, el cual levantó el primero la losa de la sepultura y puso en la cabeza del cadáver una corona de oro. Tal es la escena representada con grandiosidad y la posible exactitud en el cuadro que reproducimos. El joven que se encuentra junto al emperador es el landgrave Hermann, hijo de Isabel, é hijas suyas son, asimismo, las tiernas princesas arrodilladas junto al estrado, de nombre Sofía y Gertrudis.

Este grandioso lienzo está ejecutado con la maestría propia de su autor. El conjunto es imponente y en los detalles se revelan los peculiares estudios de Kaulbach, que nada deja al azar ó á la impresión no justificada. El artista debe mucho á su reputación, y una vez más ha pagado espléndidamente su deuda.

SUPLEMENTO ARTISTICO

LA BACANAL, bajo relieve de Mariano Benlliure

La Bacanal, representación de un culto degenerado que la antigua Roma heredó de la artística Grecia, ha tenido en todas las esferas



AL AIRE LIBRE, cuadro de Echena, grabado por Sadurní

del arte intérpretes de eterna fama, que en asunto tan escabroso lucieron sus potentes facultades. Estudiadas estas representaciones, se observa que son de dos géneros: fiestas escandalosas en que sátiros y bacantes desnudos, danzan al son de los instrumentos poseídos de lúbrica pasión y bacanales más humanas, en las que diversos personajes celebran las ceremonias de un culto alegre siempre y siempre digno de más tupido velo que el empleado por los astistas para disisimular lo que llegó á ser extravío de los sentidos. A este último género pertenece la obra de Mariano Benlliure, maravilla del arte contemporáneo, pensada como todas las suyas, bastante á despertar recuerdos del arte antiguo por el carácter clásico que tiene y bastante original para no procurar reminiscencias de las que lucen en los Museos Pío Clementino y Borbónico, ni para hacer recordar las de Rafael, Caraccio, ni Pussino. De esmeradísima ejecución, *la Bacanal* del menor de los Benlliure marcará una época en su carrera y será siempre de sus más notables obras, que analizaremos en conjunto en época no lejana.

EL VIAJE DE BODA

No es muy antigua la costumbre. Nuestros padres ignoraban por completo que para ser personas distinguidas era preciso recibir la bendición nupcial y poner la mayor distancia posible entre la Iglesia y el hogar. Figurábanse las pobres gentes, que aquella casa amueblada de nuevo, que iba á ser desde entonces el *at home* de los ingleses, el *chez soi* de los franceses y el *rinconcito conyugal* de los españoles, necesitaba ser consagrada en el acto por los jefes de la «nueva familia.»

Allí iba á verificarse la despedida de la madre: allí iban á oirse por la recién casada los consejos y las advertencias de parientas y amigas: allí las bromas, más ó menos atrevidas de primos y vecinos, iban á colorear con la encantadora tinta del rubor aquellas lindas mejillas, donde el amante esposo había de borrarlas con sus legítimas y apasionadas caricias; allí, en fin, terminado el baile de rigor, ó la cena obligada, iban los nuevos esposos á tomar posesión de sus vastos dominios, y á plantear rápidamente, con las naturales impaciencias de la felicidad, el problema difícil de la dicha futura ó de la desdicha eterna.

Hoy todo esto ha desaparecido. La moda exige que eso se vea al *regreso*. Que los recién casados tomen el tren: que vayan á pedir libertad y amor, secreto y expansiones á los hoteles de provincia, ó á las fondas extranjeras; y que los santos recuerdos del amor correspondido y santificado, no estén reunidos y al alcance de la mano, sino desperdigados y confundidos con las impresiones de viaje y las molestias de la casa ajena.

A las desilusiones de la vida íntima, á las necesidades materiales de la pobre humanidad, que en la casa propia pueden mejor disimularse ó pasar desapercibidas, se añaden desde luego el gorro de viaje, el ronquido de la postura incómoda, el polvo que ensucia las manos, el carbón que hace lagrimear los ojos y el tragar ridículo y hambriento de los que sólo pueden disponer de *20 minutes d'arret*, ó de *Parada y fonda*, para todas las perentorias necesidades de la vida.

La bella Condesita del Puente, una de nuestras más distinguidas damas, y en casa de la cual se recibe los viernes, por ser el día en que tradicionalmente no tiene abiertas sus puertas el teatro Real, fué hace dos meses madrina de boda de su amiga de colegio Elena de ***. Todos los íntimos acompañamos á Elena á la estación del Norte, concluída la ceremonia nupcial, y con apretones de manos, sonrisas maliciosas y abrazos oficiales despedimos al feliz grupo matrimonial que iba á emprender su viaje de boda. Han trascurrido dos meses, y anoche, con gran contentamiento de los presentes, y suprimiendo las piezas de piano y los juegos de cotillón, la Condesita, sentada en una de esas sillas de tijera, que la moda ha declarado de buen gusto, y la estética reputa por impropias del confort y del mueblaje serio, nos leyó en alta voz, como ella sabe hacerlo, la epístola siguiente, acabada de recibir ayer mañana y que tenía la firma de su amiga Elena.

Una salva de aplausos coronó la lectura de la epístola. Si mis lectores la saludan con una sonrisa, es todo lo que podemos apetecer.

«Condesa de mi alma:

»¡Por fin! No; no me preguntes nada!... Yo no puedo decirte dónde estoy, á dónde voy, ni de dónde vengo. Un ruido confuso y un aturdimiento extraño embargan todas mis facultades intelectuales y sensitivas. Creo que lloro en este instante... He concluído mi viaje de boda, *mi viaje al cielo*, como dice mi mamá!

»En fin; creo que estoy de vuelta.

»Hablemos en primer lugar de mi matrimonio. Ya lo sabes tú; fué como casi todos los matrimonios de nuestra clase. El padre de mi marido, después de los preliminares de costumbre, dijo al mío una mañana en su despacho, – porque su padre es banquero más que conde, como el mío es más hombre de negocios que político: – «Bien! tomamos á su hija de V. á cien mil duros fin de mes.» – Mi papá respondió: «Convenido, se la abono á V. en cuenta,» y me liquidaron... es decir, me casaron. Creo que entre ellos viene á ser lo mismo.

»Me han dicho que hay gentes infelices que después de la boda suelen almorzar en la Fonda del Retiro, ó en las Ventas del Espíritu Santo, y luego pasean por la Castellana y después comen en su casa y luego... pero las gentes distinguidas, la *highe liffe* como nosotros, el mundo de los *cien mil* á *fin de mes*, emprende un viaje á cualquier parte – á Italia sobre todo – justo... á Italia, eso es lo correcto, lo indispensable, lo *pichut*.

»Y como sabes, partimos mi marido y yo... completamente solos. Es decir, nos acompañaron papá y mamá hasta Niza. Eso es más distinguido. Allí se separaron de nosotros.

»Mi mamá estaba muy conmovida. «Ya comprendes tus deberes, ¿no es verdad? – me dijo. – Sé sumisa, amable, previsora. Tu marido es naturalmente una nulidad; sin ideal, sin poesía, en fin, no le hagas caso. Sin embargo, habrá circunstancias en que tengas que obedecerle... ¡cómo ha de ser! ¿Llevas el agua de Melisa?»

»Mi papá ha estado sublime. «Querido amigo, – le ha dicho: – Nada de frases... las bases sagradas de la familia de acuerdo con las leyes... en fin, para concluir; la verdadera felicidad consiste en ser dichoso. Ya sabe V. lo que debe hacer... orden, cariño... y después de todo, mejor es casarse que pasar tres ó cuatro horas en el café, ó trasnochar en el Casino.»

»Nos encontramos por fin solos en el *Slepen-kar*, con una familia inglesa. Asusta el número de ingleses que hay en todas partes, hasta en Londres.

»En Milán, – me habían hablado mucho de Milán, – he visto á dos ó tres modistas, he visitado diez ó doce almacenes, he comprado siete vestidos, dos sombreros, algunas medias, encajes, etc., para el viaje solamente; está todo muy barato. Milán es más triste que Madrid; la catedral está muy oscura; bien podrían blanquearla. Luego hay mucha gente; no se puede estar solos: no puede haber intimidad... quietud... salimos aquella misma noche.

»Claro, como que mi sueño no era aquel. Mi deseo, mi encanto era Venecia... la Venecia que se ve en las romanzas en el piano, con el puente de los Suspiros á lo lejos, y un queso blanco melancólico que se refleja en el agua... ¡Venecia!... ¡el Adriático inmenso!... ¡el canto de los gondoleros!... ¡los palacios de los Borgias!... ¡La vida del amor, del misterio, de la soledad íntima... del olvido del mundo!...; El canal! ¡El otro canal! ¡El pequeño canal! ¡El gran canal!... Allí encontramos á muchos ingleses de Milán, en una góndola ómnibus que iba detrás de la nuestra!... y detrás otras! y otras! ¡Cuánta gente! ¡Cuánta góndola! No hay manera de estar solos nunca, á menos de no ir lejos... lejos... muy lejos – mar adentro – y entonces el mareo... ya comprendes... y los vómitos... ¡horror!... Salimos de Venecia aquella misma noche.

»Mamá me había dicho: «Sobre todo, hija mía, no dejes de ir á Verona! te enseñarán la habitación donde nacieron Romeo y Julieta.» No sé si me dijo los dos, ó uno de ellos, en fin, no importa: para el caso es lo mismo. En el hotel donde preguntamos, nos dijeron: – ¡Si es aquí! Sí, señora. Arriba en el piso cuarto, un cuartito pequeño con vistas al patio. – Subimos, y yo no ví nada más que un reloj muy antiguo bajo un fanal, – sin duda el reloj era de aquella época. – Comimos: nos dieron un pollo, que era de la misma época que el reloj y, naturalmente, salimos en el acto de Verona.

»Además, que había que ver Florencia. ¡Florencia! ¡Allí pasa el primer acto de *Boccacio!*

Mujercita, fresca y bonita...
tu marido te necesita...

»En Florencia hemos visitado los museos... las iglesias... pero, ¡cuánta gente! ¡cuánto *touriste!* Eso es fastidiosísimo, y después tanto retrato... tanto cuadro... tantas estatuas!... parece que todos aquellos monigotes le siguen á uno con los ojos. En fin, que no se puede estar un momento á solas. Sin embargo, mientras el cicerone nos explicaba detalladamente todos los cuadros de Guido Reni, mi marido y yo hemos tenido algunos minutos de tranquilidad y de calma. Él me miraba fijamente... yo le miraba á él... ¡largo éxtasis! Parece que aquellos cuadros son magníficos. No nos hemos enterado.

»De Florencia á Roma, á donde llegamos en pleno carnaval. ¡Qué multitud abigarrada y alborotadora! ¡Qué gritería! ¡qué confusión! Imposible estar abstraídos un solo momento, y después los ingleses de Milán y los de Florencia y los de todas partes. Nos han dicho que el carnaval en Roma es sumamente divertido y muy alegre! mucho! Efectivamente, hemos visto muchísimos trajes, hasta un individuo iba por el coso con traje italiano: obtuvo un éxito loco, parece que allí no conocían esos trajes! En fin, por la noche, rendidos y hastiados, nos retiramos temprano al hotel. Era la primera noche que no dormíamos en vagón desde nuestro matrimonio. Así es que en cuanto entramos en el cuarto, nos quedamos dormidos como unos benditos: yo, en la butaca en que empecé á desnudarme, él, en un baño de pies que pidió al entrar.

»¡Cosa rara! En esa primera noche de intimidad, hemos tenido nuestra primera reyerta. Poca cosa, pero en fin, nos hemos incomodado. Mi marido estaba de un humor infernal, yo no sé por qué, y yo bostezaba... bostezaba como una marmota. Entonces le oí decir: «¡Vaya un viaje de boda: lo que es si me tengo que casar otra vez!...»

»Después hemos ido á Nápoles, al día siguiente de nuestra llegada á Roma. Nápoles es otra ciudad llena de tradiciones y de paparruchas. Parece que hay un antiguo volcán extinguido, que se llama el Vesubio, y que los guardas tienen cuidado de encender en cuanto va gente á visitarle. Es cosa muy fea: siempre está echando humo. Por lo demás, á mí me tenía sin cuidado Nápoles, Pompeya y todo lo demás. Ya nos habíamos reconciliado en el camino y estábamos muy contentos, aunque rendidos. Mi marido me miraba, yo le miraba á él... ¡largo... muy largo éxtasis!...; ¡Nápoles! ¡el golfo! ¡el mar! ¡el cielo! ¡el azul por todas partes! No hemos visto más color que el azul. ¡En la bóveda celeste!... ¡en la gruta azul!

»Pensábamos ir más lejos... pero, ¿para qué? Hemos tomado el primer tren, y á España. En Niza, papá había tenido desgracias en la ruleta, pero siempre con una dignidad!... Nada de frases: «El demonio del juego...» «la sed abrasadora del oro...» «el...» «en fin, mejor es eso que pasar tres ó cuatro horas en el café.» Marchemos.

»Y aquí estoy de vuelta.

»En mi casa. No más vagones, no más hoteles, no mas ingleses... no. La vida tranquila... el rincón del hogar... la felicidad... á duo .. la dicha que habíamos ido á buscar tan lejos y que nos esperaba aquí!... Créeme, Condesa... lo mejor que tienen los viajes, es siempre la vuelta.

»Si vuelvo á casarme alguna vez, te juro que lo primero que suprimiré será *el viaje de boda*. – Tuya, *Elena*.»

Luis Mariano de Larra

HISTORIA DE UN HOMBRE CONTADA POR SU ESQUELETO

por don Manuel Fernández y González

(Continuación)

—Eso quisiera yo, – me contestó sin dejarme concluir, y persistiendo en su tarea de dilatar y acrecentar la llama; eso quisiera yo: que me dijeran, primero: qué motivo he dado para encontrarme en el estado en que me veo, y para haber sufrido los diferentes é inauditos martirios que han precedido á este estado, y luego: por qué pienso sin sesos, por qué veo sin ojos, por qué hablo sin lengua *organaque cetera*, por qué siento sin nervios, y sobre todo, por qué vivo sin corazón, sin sangre, sin entrañas, sin ninguna de las partes, en fin, que constituyen el organismo humano, además de los huesos. Es una cosa que me admira, que me tiene aterrado, desesperado, no sabes, hasta qué punto. Quisiera saber por qué no soy, ni siento, ni vivo, sino desde las doce de la noche hasta que el gallo canta por la mañana. Sí, señor, que quisiera que me explicasen... pues ya lo creo, y mucho más.

– ¿Todavía?

– Sí, por cierto. Antes de morir, ó por mejor decir, porque yo no he muerto, antes de cambiar de manera de ser, cuando yo tenía todo aquello con que me dió á luz mi madre, cuando era un hombre como tú, como aquél, como aquéllos, antes de ser un espectro involuntario, veía, oía, sentía lo que físicamente podía ver, sentir y oir. Pero ahora es distinto. ¿Quieres que te diga lo que está haciendo en este momento el emperador de la China?

– ¡Bah!—dije soltando la carcajada, porque el extraño humor del esqueleto me había puesto de buen humor, en vez de aterrarme.

– No te burles; yo te diré lo que está haciendo. Está presenciando la aplicación de quinientos palos en las plantas de los pies á su cocinero, porque ha tenido la osadía inaudita de olvidarse de poner sal en un guiso de perros chinos *non natos*, servidos hace una hora á su majestad celeste, que por este horrible atentado se ha propuesto poner azul á su cocinero. Oyendo estoy los alaridos del pobre diablo, y eso que de aquí á la China hay... no sé cuántos miles de leguas: soy poco fuerte en geografía; pero puedo contarlas en dos minutos haciendo un viaje con la imaginación.

– ¡Bah! – repetí, – tú ó yo debemos estar locos.

– Lo estamos los dos, – me contestó el esqueleto: – tú por lo que no te sucede, y yo por lo que me sucede.

– ¿Y qué es lo que no me sucede?

– Estar en el teatro Real hablando con Enriqueta, con mi buena, con mi querida Enriqueta.

– ¡Cómo! – exclamé, – ¿pues qué tienes tú que ver con Enriqueta?

– Es hueso de mi hueso, sangre de mi sangre, carne de mi carne.

– ¡Tu hija!

– Sí, señor, mi hija.

– ¡Tu hija! ¿eres acaso D. Juan Camus?

– Porque ella se llame Enriqueta Camus, y D. Juan Camus estuviese casado con su madre, ¿ha de ser una consecuencia precisa para que Enriqueta pueda ser mi hija, que yo me llame ó me haya llamado D. Juan y no don Gabriel?

– ¡Adúltera su madre!

– ¿Y qué te importa? Nadie lo sabe, Enriqueta lo ignora: sobre la tumba de su madre hay un epitafio hecho por uno de los padres graves de la poesía española, epitafio en el que lo que más se pondera es la fidelidad conyugal de doña Isabel Arce de Camus. Además, Isabel no era mala: fué una ocasión desgraciada, hace diez y ocho años: un mal cuarto de hora, un momento de soledad conmigo. Después nos vimos muy poco, y siempre delante de gentes: luego el marido se fué empleado á provincia, y... pasó aquello para mí: no volví á ver á Isabel sino después de muerto, en el otro mundo: entonces, como quien da una noticia importante, me reveló al oído, para que los otros muertos no se enterasen, que de aquella ocasión funesta, de aquel fatal cuarto de hora, traía su origen la existencia de una preciosa niña que se llamaba Enriqueta... Pero permíteme; como estoy exageradamente desnudo, me quemo por delante y me hielo por detrás. Voy á vestirme.

– ¡A vestirte!

– Sí, por cierto: con la ropa que Juan ha dejado para vestirse de máscara.

Y sobre la marcha se puso la camisa y la ropa interior

que Juan había dejado sobre una silla: los pantalones, la bata, las pantuflas, y un gorro griego de terciopelo encarnado, con una larguísima borla de oro y bordaduras del mismo género.

– Esto es distinto, distinto de todo punto, – dijo; – esto es estar ya en condiciones aceptables; sólo me falta un cigarro; pero aquí los tenemos.

Y tomó de sobre la repisa de la chimenea un habano, y lo encendió: luego se aplicó el cigarro á una de sus fosas nasales, y el cigarro ardía y chispeaba, y el humo salía por la otra fosa, por los orificios de los alvéolos de los ojos y por el occipucio.

– Este Juan se trata muy bien, – dijo el esqueleto, – toma tú otro: son exquisitos.

Y me alargó otro cigarro, que yo encendí maquinalmente.

Estaba trastornado con lo que veía.

El esqueleto vestido con el traje de casa de Juan, era, sin quitar ni poner, un capricho realizado de Goya ó de Callot.

Y por el desarrollo de la frente de aquel cráneo, por sus formas generales, por su perfil incompleto, y por una completísima, blanca é igual dentadura, se comprendía que aquel esqueleto debió ser la armazón de un hombre hermoso.

Había yo formulado apenas este pensamiento, cuando el esqueleto me dijo:

– Tienes razón; he sido bello y simpático, y gran cosechador de aventuras amorosas: lo digo sin vanidad, aunque no sin dolor; la mujer me ha puesto en el estado en que me veo.

– Debe ser muy interesante tu historia.

– ¡Eh! ¿qué sé yo? la historia de un devaneo continuo, de una continua equivocación.

– Yo creo que así es la historia de todos los hombres

—Tal vez. Pero yo no te había llamado ciertamente para contarte un cuento más.

– ¡Un cuento!

– Mintieron los que dijeron: *Vanitas vanitatum, et omnia vanitas; la vida es sueño;* es decir, Salomón y Calderón, ó el relato de un sueño no es más que cuento. Pero como decía, yo te había llamado para otra cosa distinta.

– ¿Para qué?

– Para que me acabases de matar; es decir, para que me librases de esta situación dolorosa, fría, absurda, inconcebible; pero puesto que tengo ropa, fuego y cigarro, consiento en pasar algunas horas más de esta vida incomprensible, satisfaciendo tu curiosidad y algo más, algo más.

– ¿Y qué más?

– Yo puedo hacerte feliz

– ¡Feliz! ¿Y cómo?

– Haciéndote conocer el corazón de la mujer que amas.

– ¡Ah! ¡Enriqueta!

– ¿Dónde está? ¿dónde está Enriqueta? – dijo el esqueleto echando la calavera atrás sobre el respaldo del sillón, y arrojando por todos los agujeros de su cráneo un humo blanco y espeso. – ¡Ah! ya la veo, ya la veo, estoy también en baile.

– ¡Cómo! ¡está bailando!



ESTUDIO, de Hugo Kauffman

– No por cierto; está sentada allá en el fondo del salón y... sin careta.

– ¡Sin careta! ¡Pero si acaban de dar las doce!

– Es que Enriqueta no está en las máscaras.

- Pues no entiendo.

– Un ser humano no está allí donde no está su alma... y el alma de Enriqueta... está aquí... y tú debes sentirla, Eugenio... ó el magnetismo es una mentira; tú debes sentirla, porque el alma de Enriqueta está aquí, porque está en tí.

– ¡En mí!... Los del otro mundo usáis de un lenguaje incomprensible.

– ¡Oh! ¡primer sueño de amor de las vírgenes! – exclamó el espectro sin contestar á mis últimas palabras: – ¡sueño de un ángel que aun no ha descendido del cielo! ¡Oh! ¡oh! ¡Si yo hubiese sido el objeto de uno de esos sueños!

El espectro calló, y poco después continuó con acento lánguido, cadencioso, armónico, casi semejante á un canto; pero tan original y tan sentido como no le he escuchado nunca:

– El sol de la mañana es brillante, pero tibio; el cielo y las nubes y el espacio toman de él un color de rosa dorado.

El sol de la tarde es frío y triste, y delante de él extiende el cielo ráfagas de sangre.

¡Oh! ¡virgen! ¡Oh, hija mía! Tú levantas tus negros ojos y absorbes en su brillante pupila esa luz de gloria; esa luz que no quema, que brilla en el rocío de las flores, en la hierba acariciada por la noche, en las húmedas alas de las mariposas!

Tú escuchas el dulce murmurio de la tierra que despierta entumecida: tú oyes el coro de las aves, la melancólica música del arroyo, la cencerrilla de la cabra que trisca alegre en las cortaduras saludando á un día que empieza.

Para tí todo es fresco y puro, y nuevo y desconocido. Tú sueñas, tú amas.

Pero tú seguirás el curso de ese sol; tú le sentirás cada vez más ardiente hasta que deslumbre tus ojos, y cuando vuelvas á abrirlos le verás trasponiendo, rojo y sombrío, allá en la inmensidad de los mares.

¡Oh! ¡virgen! ¡oh, hija mía! Tú amas soñando; ¡pobre hija mía! si yo tuviera corazón y ojos, lloraría por tu despertar: ¡oh! ¡y cuán horrible es despertar de un hermoso sueño!

De repente cambió de entonación el espectro:

– ¡Tontería! – dijo, – he probado hacer una poesía lírica y sentida, á la vista de mi hija soñando su primer amor, y sólo he conseguido ensartar una cáfila de vulgaridades; la poesía no es de nuestro siglo; hemos nacido después... muy después: hoy cuando más, cuando más, podemos ser filósofos... y la filosofía... ¡bah! no merece la pena... no conozco nada más vago ni más impertinente: ¿querrás creer que preferiría estar viviendo cien años de esta manera absurda, á tener al lado durante uno solo á un filósofo, aunque supiese que terminado el año había de morir por completo?

– Pero tú divagas... estábamos hablando de Enriqueta...

– Ese es el destino del hombre: divagar, y no más que divagar.

– Y el tuyo especialmente filosofar.

– Tienes razón, y por lo mismo voy á decirte lisa y llanamente lo que puedes esperar de mi hija.

– ¿Y qué puedo esperar?

—¡Todo!

– ¿Todo?

– Sí, todo; porque la pareces hermoso, porque la pareces.. todo lo que á una mujer que piensa como mi hija, que siente como mi hija, que ama como mi hija ha empezado á amar amándote, necesita para enamorarse, para hacer de un hombre un semidiós y adorarle.

– ¿De modo que...?

- Puedes, cuando quieras, casarte con mi hija... Si esto no te conviene, porque los inconvenientes del matrimonio te espanten, cuando quieras será tu querida... Si quieres estacionarte con ella... ella vivirá para tí solo y por tí solo... Si mañana te cansas y la dejas... mi hija llorará, empalidecerá, se pondrá tísica y se morirá... ¡Tú puedes salir del paso para con tu conciencia, ó echando tu conciencia á la calle por importuna, ó creyendo que Enriqueta no se ha muerto por tí. Si ya que eres pobre, atenido á tu aun no conocido bufete, quieres hacerte rico á costa de mi hija, ella te dará cuanto tiene: ¡cuando te digo que á pesar de no haberte visto hasta anoche esa desgraciada te adora!

– Hablas acerca de la suerte de tu hija de un modo incomprensible, repugnante.

(Continuará)



LA CANCIÓN TESALA, cuadro de Agustín Salinas



CORONACIÓN DEL CADÁVER DE SANTA ISABEL, cuadro de Hermann Kaulbach



LA BACANAL, NOTABL



BAJO RELIEVE DE MARIANO BENLLIURE



RETRATO, por Enrique Augusto Janet



ATAQUE INESPERADO, cuadro de Basilio Vereschagin

UN PINTOR DE ORIENTE

BASILIO VERESCHAGIN Y SUS OBRAS

«Siempre se debe esperar algo nuevo de Africa,» decían en otro tiempo los romanos; y nosotros podríamos repetir las mismas palabras, cambiando sólo el nombre del país y refiriéndonos á Rusia, pues todo cuanto de allí procede, relativo á cultura, es fuerte y vigoroso, reconociéndose que la fuente de donde emana, joven, rica y abundante, no está debilitada, agotada como la nuestra. Rusia nos ha dado un nuevo pintor, esencialmente moderno á la vez que original, cuyas obras deberían formar época en la historia del Arte. Las Academias, las reglas y tradiciones no son nada para Vereschagin, que prescindiendo de todo esto, y como hijo de un país semi civilizado, ha sabido eludir rancias preocupaciones, absteniéndose además completamente de los asuntos convencionales. Después de observar la vida sin someterse á las trabas que pesan sobre nosotros, los hijos de Occidente, desde nuestra misma infancia, nos presenta el resultado de su estudio con un arte tan viril como original, lleno de palpitante realismo y de la más elevada filosofía. El hombre es inseparable de su obra, como sucede siempre con los verdaderos genios, y en este caso el artista ha escrito en sus lienzos su biografía, porque reprodujo todo cuanto vió; ante todo ha pintado como testigo ocular, y sus cuadros son otros tantos capítulos de su vida.

Basilio Vereschagin nació en 14 de octubre de 1842 en la provincia de Novgorod, país caracterizado por sus espesos bosques y sus vastas estepas, donde la familia había poseído dominios durante varias generaciones. La abuela materna de Basilio era una tártara de rara hermosura, casada con un hombre muy rico, que la envió á buscar al Cáucaso; y he aquí por qué Vereschagin se complacía más tarde en decir que tenía tres cuartas partes de ruso y una de tártaro. A decir verdad, ciertos rasgos de su expresiva fisonomía revelan que por sus venas corre la sangre oriental.

Cuando aun era niño, manifestóse ya en él su afición al arte, pues dibujaba mal ó bien todo cuanto veía; pero su familia, considerando que dar al joven la carrera por él indicada sería rebajarse socialmente, á su modo de ver, resolvió destinarle á la marina. En su consecuencia, comenzóse por enviarle á una escuela de náutica, donde no tardó en distinguirse, pero sin dejar por eso de consagrarse á su estudio artístico en todos los ratos de ocio. Con el auxilio de su madre, pudo vencer al fin la oposición del autor de sus días, y aunque éste le aseguró que si se empeñaba en ser pintor no le daría jamás un cuarto, los sentimientos generosos se sobrepusieron al fin á la severidad del padre, que de vez en cuando entregaba á su hijo sumas de no poca importancia. Entretanto, el joven había ganado dos cursos en la Academia de San Petersburgo, donde comenzó á disgustarle el pseudo-clasicismo; y aunque obtuvo medalla de plata por la composición presentada, inutilizó esta última después, asegurando que le era forzoso cambiar de escuela, porque siendo esencialmente amante del naturalismo, estaba en completa oposición con lo antiguo.

Al cabo de poco tiempo, el instinto de Vereschagin le impulsó á viajar; y después de una rápida, pero instructiva correría por París, los Pirineos y Alemania, marchó al Cáucaso para estudiar en su fuente los asuntos orientales, que ya le atraían mucho. No tardó en aparecer en el *Tour du Monde* un relato muy gráfico, escrito é ilustrado por el mismo artista, dando cuenta de su primera excursión á Oriente, en cuyo relato Vereschagin demostró que era tan apto para manejar la pluma como el pincel. Tres álbums llenos de acuarelas y de dibujos fueron el resultado de aquella visita, y habiendo recibido el joven por entonces mil rublos de su padre, marchó á París en 1864. Deseaba ver ante todo al pintor Gerome, y con su natural actividad, presentóse al punto al estudio del artista y solicitó que le admitiera para aprender. – «¿Quién le ha enviado á V. á mí? – preguntó Gerome. – Sus pinturas,» contestó sencillamente Vereschagin. – La franqueza del joven y sus obras le recomendaron al maestro, que accedió á la brusca petición; Vereschagin trabajó dos años con él, y asistió al mismo tiempo á la Escuela de Bellas Artes. Aquí fué el primero en emanciparse de las reglas tradicionales, y su energía con los que le criticaban hizo comprender á éstos que no era un hombre común; opúsose á copiar á los antiguos maestros; y también rehusó servirse de colores, alegando que él no se creía con suficiente aptitud para ello. El nuevo artista no permaneció largo tiempo en París; para su estudio no eran suficientes las escenas de una refinada civilización; necesitaba el espacio libre, la naturaleza salvaje; y así es que en las vacaciones de 1865, saliendo de París como quien huye de una prisión, dirigióse á las regiones caucásicas, bosquejando á su paso todo cuanto veía, con un ardimiento que rayaba en frenesí. – Mi álbum, – escribía Vereschagin, revela mi afán; y esta vez ha sido tan considerable el número de mis bosquejos en el Cáucaso, que Gerome no pudo menos de manifestar su asombro. Sin embargo, los colores se me resisten siempre, y por lo mismo prefiero trabajar con mi pincel.

De vuelta á París, Vereschagin hizo vida de anacoreta, dedicando á sus trabajos diez y seis horas diarias.

En el año 1867 terminó el aprendizaje de Vereschagin, que comenzó á pensar de nuevo en la poesía del Oriente. Sólo necesitaba un empuje para lanzarse, una oportunidad para emprender la marcha, y afortunadamente no tardó en presentarse bajo la forma de una expedición rusa á las estepas del Asia Central con objeto de castigar á los merodeadores turcomanos, que cometían numerosas depredaciones. El general Kaufmann acababa de ser nombrado jefe de las fuerzas expedicionarias, y Vereschagin solicitó ser admitido como voluntario artista, lo cual se le concedió al punto, nombrándosele desde luego teniente para facilitarle los medios. Desde aquel momento, Vereschagin tuvo en perspectiva un espacioso campo de acción, y pudo estudiar el Oriente como pocos pintores lo hicieron antes, tanto, que se le hubiera debido considerar como el Vambery del arte, porque penetró con sus pinceles donde los demás habían pasado sólo con la pluma. Allí conoció la guerra á fondo, mejor que ningún artista pudiese conocerla antes; por eso nos la ha representado con tanta verdad, desnuda del oropel y de los caprichosos accesorios con que nos la retrataban hasta aquí los artistas, más aún que los historiadores; y también nos ha hecho ver cuán horrible, sangriento y repugnante es en realidad el espectáculo de esa lucha de los reyes. Las pinturas de Vereschagin, aunque todos sus asuntos sean asiáticos ó se refieran á Europa y Asia, se pueden dividir en dos grupos principales, las de género ó que representan paisajes, y las relativas á los episodios de la guerra; pero el artista clasifica sus obras en tres secciones: las que tratan de la India, las relativas al Turkestán y las que se refieren á la guerra turco-rusa. Debe advertirse que Vereschagin no pinta sus lienzos como composiciones separadas, sino en colección, la cual no quiere truncar por ningún concepto, negándose á vender pinturas separadas. He aquí por qué no los vemos nunca en los museos, como los de otros artistas; sólo se encontrarán en las exposiciones aisladas, como la del Palacio de Cristal en 1873, y la de South Kensington más recientemente: en sus catálogos se leen siempre las palabras «No se vende.»

Mientras estuvo con el general Kaufmann, Vereschagin no se limitó á bosquejar y pintar, sino que también se batió. Durante la defensa de Samarcanda, vióse encerrado con quinientos hombres en la antigua capital de Timur, cercada por una horda de feroces sitiadores; y cuando los rusos comenzaban á desanimarse, el artista, olvidando sus pinturas, al ver que el enemigo acababa de clavar el estandarte en las murallas, reunió á su gente en el momento crítico, amenazó á los que huían con un revólver en cada mano y obligóles á prepararse para la defensa.

Para recompensar el heroísmo del artista, se le concedió la Cruz de San Jorge, que es la primera condecoración militar; pero Vereschagin rehusó este honor, como había rehusado siempre cuantos se le ofrecieron antes, alegando que el arte es un estado libre y que cuando busca semejantes recompensas deja de ser digno de su alta misión.



DEFENSA DE LA CIUDADELA, cuadro de Basilio Vereschagin



ACCIÓN DE GRACIAS, cuadro de Basilio Vereschagin

Poco después de haber vuelto el artista de su excursión al Asia, es decir en 1869, expusiéronse algunos de sus cuadros en San Petersburgo, donde produjeron honda sensación, particularmente los que llevan por título *Ataque inesperado* y *Defensa de la ciudadela* (véanse los grabados). Estas pinturas, que representaban con la más viva expresión los horrores de la guerra, impresionaron de tal modo al czar Alejandro II, que los conservó en su gabinete particular hasta el día de su muerte.

Después de pasar un verano en Amberes y Bruselas, Vereschagin marchó otra vez al extremo Oriente, para levantar más el velo misterioso que tanto tiempo ha ocultado sus secretos. Esta vez llegó á la China y pudo contemplar los lúgubres desiertos y la fatal frontera, tumba de tantos hombres No era fácil penetrar hasta aquellos parajes, pero el general Kaufmann había facilitado los medios al artista, y por otra parte, éste acababa de recibir la parte de su herencia de familia, entregada generosamente por su padre. Sin embargo, también esta vez se salvó de no pocos peligros gracias á su energía y valor.

De regreso del Asia, Vereschagin se estableció en Munich, donde construyó su primer estudio al aire libre: era una especie de habitación movible, montada en ruedas que se deslizaban por unos rails como los de un tranvía circular: el artista había tomado la idea de los instrumentos que se usan para las observaciones astronómicas; y en su nuevo estudio le era fácil colocar su modelo de modo que estuviese bien iluminado por la luz directa del día, mientras que él trabajaba en el interior con toda comodidad. De este modo el artista se entregó á sus tareas durante dos años, y al cabo de este tiempo, cuando el mundo vió por primera vez el número y la variedad de sus pinturas, la calumnia murmuró que no era posible que fuera obra de un solo hombre. Muchos de estos cuadros se expusieron en el Palacio de Cristal.

La prensa inglesa ensalzó las obras de Vereschagin con justo entusiasmo, y *El Spectator*, entre otros diarios, después de asegurar que en nada se asemejaban á lo que se había visto antes, terminaba su artículo diciendo: «Por su belleza y bizarría son únicas en su género.» Toda la colección fué trasladada después á San Petersburgo, donde la compró por 92,000 rublos el Mecenas moscovita P. M. Tretjakow; pero Vereschagin impuso tres condiciones: que las pinturas no saldrían de Rusia; que no se truncaría la colección; y que se permitiría al público verla. Tretjakow aceptó generosamente, y hasta mandó construir una galería especial para colocar los cuadros. Entretanto, el artista marchó otra vez á Oriente, que seguía atrayéndole como antes. Estaba resuelto á ir á la India, y quiso que le acompañara su esposa, con la cual se había casado en Munich. La excursión duró algo más de dos años, y durante este tiempo la feliz pareja sufrió no pocas fatigas y privaciones; pero como su visita coincidió con la del príncipe de Gales, Vereschagin pudo ver la India en todo lo que tiene de bueno y de malo, tanto más cuanto que había recibido una atenta invitación para reunirse con el cortejo real.

Sin embargo, no eran las pomposas ceremonias, ni la falsa India de las *Mil y una noches* lo que Vereschagin buscaba; quería estudiar tipos y castas para representar el indecible encanto de ese singular país. Cuando el artista fué á visitar el Himalaya, subió hasta el pico más alto, acompañado de su esposa, sin hacer caso de los que trataron de disuadirle. Vereschagin quería estudiar desde allí los efectos de la nieve y de las nubes, y después de esta visita pintó un cuadro magnífico, en el cual representaba la cordillera del Himalaya, con sus picos cubiertos de nieves eternas: el conjunto era soberbio; y difícil es que nadie pueda pintar la nieve como Vereschagin, pues sabe expresar la sensación del frío con admirable elocuencia.

No es posible ni siquiera enumerar los bosquejos de asuntos indios y orientales que Vereschagin hizo en París á su vuelta, en el enorme estudio construído para él durante su ausencia; en ellos revelaba que en aquellas regiones hay un tesoro para el arte, no explotado aún.

Entre las notables pinturas presentadas por Vereschagin ha llamado principalmente la atención la que se titula *Contemplando los trofeos:* representa un patio de rica arquitectura, donde el blanco mármol y las columnas esculpidas constituyen un majestuoso conjunto; en el suelo se ve un montón de cabezas cortadas, y el emir las contempla con desdén, empujando con el pie una que ha rodado, separándose de las demás; al rededor están sus cortesanos, cuyas fisonomías no revelan disgusto ni piedad ante aquel sangriento espectáculo. Aquí se ve también la tumba de Tamerlán, con sus cúpulas y sus gigantescas moles de mármol.

En Maisón-Lafitte, á corta distancia de París por el camino de hierro, es donde Vereschagin ha construído un estudio á su manera; situado en el claro de un bosque, circuído de árboles, sin más compañía que su esposa para compartir su soledad, trabaja sin descanso, y vive á su gusto cuando la nostalgia no le abstrae, haciéndole pensar en más grandiosos paisajes. Pocas personas visitan á ese extranjero, sobre el cual se ha comenzado ya á forjar una leyenda, porque los sociables campesinos franceses no pueden comprender un hombre que pinta desde la mañana á la noche, que nunca les habla y que cuando sale á paseo no lleva más compañía que dos temibles dogos. Vereschagin no se cuida de lo que puedan decir, y parece muy satisfecho en su estudio, que es tal vez el más grande del mundo, pues mide 100 pies de longitud por 50 de anchura, y las ventanas 40 de elevación por 27 de ancho, mientras que el techo se halla á la altura de 30 pies. De este modo puede pintar cuadros de grandes dimensiones, cuando así le conviene; pero además de esto tiene un estudio movible como el de Munich, aunque más grande. Desde que Vereschagin habita en Maisón-Lafitte, se ha dedicado solícitamente á sus pinturas indias, con objeto de «englobarlas en dos colecciones,» según sus mismas palabras. Con esto esperaba ganar mucho dinero, no para sí, pues nunca gastó en beneficio propio el producto de sus trabajos, sino para aplicarlo á la fundación de escuelas.

Vereschagin se hallaba en Maisón-Lafitte cuando estalló la guerra turco-rusa: por consideraciones á su esposa, no había querido separarse antes de ella cuando se produjeron las complicaciones con Servia, pero esta vez no pudo resistir ya más; ansiaba trasladarse al lugar de la acción para estudiar ó para batirse en caso necesario, y preparándose para la muerte, trasladóse al cuartel general de los rusos. Allí fué muy bien recibido por el emperador y su séquito, y al punto se le facilitaron todos los medios para que pudiera seguir el curso de la campaña. El autócrata ruso no quedaría tal vez muy satisfecho de su condescendencia con el artista, porque éste, que en sus pinturas sobre la guerra del Turkestán había representado todo cuanto vió con una verdad comprometedora, ahora que estaba en toda su fuerza y vigor, no podía menos de representar en el lienzo asuntos de fuerza incisiva, que demostraban con los más vivos colores, como nunca se había demostrado antes, el horror y la miseria que á los pueblos ocasionan las sangrientas luchas de los reyes.

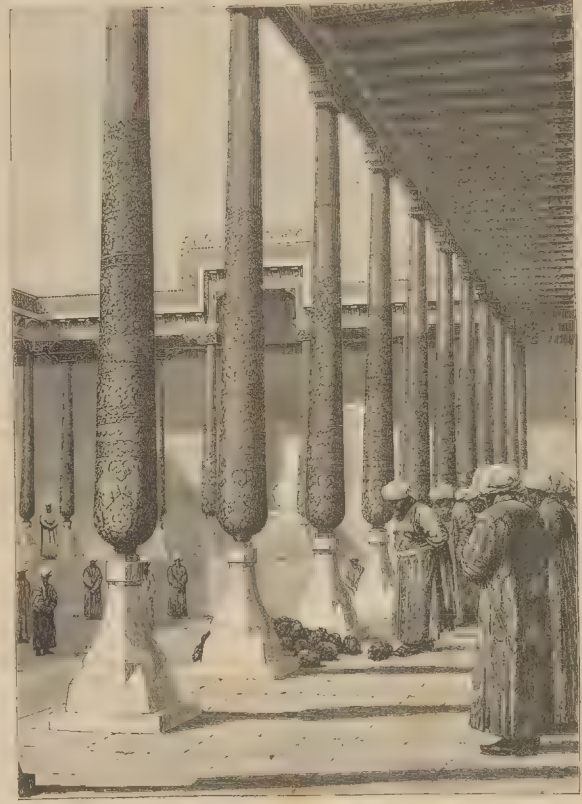
Así es que cuando algunos diarios le dieron el nombre de Horacio Vernet de Rusia, sobrada razón tuvo para juzgarse indignamente calumniado, porque en sus lienzos no glorifica la lucha de los reyes; más bien satiriza á los déspotas ambiciosos, y por lo tanto se le puede considerar como un moralista entre los pintores. A los que le censuraban por representar horrores, contestóles que sus pinturas no eran nada en comparación de las espantosas realidades que él había presenciado.

Accediendo á los deseos del gran duque Nicolás, Vereschagin se agregó al cuerpo de guardias mandado por Skobeleff, y resuelto á verlo todo, hasta insistió para que se le permitiera servir en un torpedero, puesto peligroso que á toda costa quiso ocupar, por más que se tratara de disuadirle, habiéndole dicho el jefe de las fuerzas: «Rusia tiene muchos centenares de oficiales, pero no dos pintores como usted.» Su obstinación le costó una grave herida que le tuvo dos meses en el hospital de Buckarest, donde renegaba de su suerte por no haber podido seguir á Gourko en su expedición más allá de los Grandes Balkanes Apenas se hubo restablecido, marchó apresuradamente á Plewna, y pudo llegar á tiempo para presenciar la destrucción de la fortaleza. Esto le proporcionó asunto para pintar un cuadro magnífico, que puede considerarse como uno de los más expresivos en el género, y también de los más propios para execrar los horrores de la guerra.



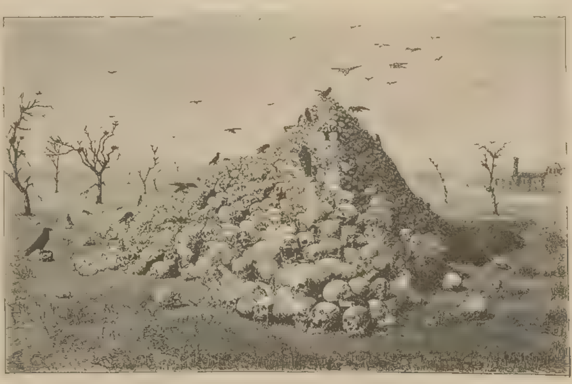
OLVIDADO, cuadro de Basilio Vereschagin

Al día siguiente de la batalla, dice Vereschagin, los hospitales del campamento estaban atestados de heridos, porque la lucha había sido más encarnizada de lo que se creía; los médicos debieron convertirse en héroes, y los hermanos de la caridad no tenían tiempo para acudir á todas partes; mas á pesar de esto, los más de los heridos debieron pasar dos ó tres días sin que se les atendiera en lo más mínimo, y muchos de ellos hallábanse casi sumergidos en el barro y el agua de la lluvia. El ancho camino desde Plewna al Danubio estaba completamente ocupado por los furgones de la ambulancia y toda especie de carros llenos de heridos que volvían á sus casas; pero la mala construcción de los vehículos por una parte, y el polvo y el calor por otra, hacía imposible la curación para muchos, porque sus heridas se convertían en espantosas llagas, declarándose la gangrena en la mayoría de casos. Vereschagin observó detenidamente todos estos detalles para no omitir nada en sus cuadros, y á fin de demostrar que la guerra no se reduce á un belicoso aparato, á una exposición de elegantes uniformes y briosos caballos. Lo mismo sucedió con los heridos de los turcos: el camino de Plewna estaba lleno, aunque se habían distribuído muchos en las casas de la población, y nadie se cuidaba de aquellos infelices. Vereschagin nos dice que, habiendo entrado en una granja, preguntó al amo si tenía en su casa algún herido turco. – «Algunos había, – contestó con indiferencia el hombre, – pero creo que algunos de ellos han muerto ya; si V. quiere, vamos á verlo.» – Así diciendo, condújole á un cobertizo, y el artista vió que estaba lleno de cadáveres: muchos de aquellos infelices se habrían podido salvar si no se les hubiese olvidado.


CONTEMPLANDO LOS TROFEOS, cuadro de Basilio Vereschagin

Seguramente se necesita mucho nervio para contemplar las pinturas de Vereschagin sin impresionarse, y nada tiene de extraño que el Czar Alejandro II, al ver los últimos lienzos del artista, dijera á las personas que le rodeaban: «Ese hombre es un revolucionario.» Uno de los cuadros de la colección, el que representaba un episodio de la batalla de Plewna, había sido expuesto en San Petersburgo, y asegúrase que cuando el presunto heredero de la corona le vió, oyósele decir: «El que ha pintado esto es un loco ó un...» Vereschagin suprime la palabra, porque el Gran Duque pronunció una demasiado fuerte, aunque á pocos pasos de él se hallaba el artista; quien se limitó á contestar: «Siempre he dicho que mis pinturas no eran propias para los palacios.» Al día siguiente, Vereschagin recibió orden de presentarse en la gran residencia ducal, porque el príncipe deseaba conocerle más de cerca. El artista obedeció, pero después de haber hecho antesala mucho tiempo, díjosele que Su Alteza Imperial no estaba en disposición de recibirle aquel día, y que por lo tanto debería volver al siguiente. Vereschagin no creyó oportuno obedecer esta vez, y sin perder tiempo salió de Rusia, pues temía que se le impusiera un viaje involuntario de algunos años á la Siberia, para estudiar allí los paisajes.

La pintura que lleva por título *Olvidado*, impresiona profundamente á cuantos la contemplan (véase el grabado): una incierta luz amarillenta ilumina la llanura; en primer término se ve un soldado ruso muerto, con el fusil al lado: á lo lejos divísanse sus compañeros que han emprendido la marcha, y á la derecha hay un montón de tierra sobrepuesto de una cruz, bajo el cual reposan los que, más afortunados, han recibido sepultura. Aquel infeliz será pasto de los cuervos, que se acercan presurosos para caer sobre su presa; una de esas repugnantes aves se ha posado ya sobre el pecho del cadáver, y llama á sus compañeras para que vayan á tomar parte en el hediondo festín.


APOTEOSIS DE LA GUERRA, cuadro de Basilio Vereschagin

Vereschagin tiene una habilidad especial para comunicar expresión á sus personajes, representándolos en las posiciones más naturales, y por este concepto nos da á conocer con su pincel un drama en todos sus detalles mejor que algunos lo harían con una larga descripción, ó por lo menos con más elocuencia, y por eso no es extraño que muchos no puedan menos de estremecerse al contemplar sus lienzos. Y es que Vereschagin prescinde de las bellezas cuando se propone un objeto, procurando representar el asunto con la mayor verdad posible, por trágico que sea.

En uno de esos cuadros se ve la tumba de Tamerlán, ante la cual un Emir y su séquito dan gracias á Dios por las victorias alcanzadas. Para demostrar su inferioridad como partes de la obra, el artista coloca á los personajes en un ángulo del lienzo; la arquitectura del sagrado recinto presenta un conjunto majestuoso, con sus columnas de mármol, sus arabescos de oro y sus soberbias balaustradas, contra las cuales se apoya la tumba. La composición es magnífica, rica en luz y en detalles.

Sainte-Veuve se admiraba de que un hombre tan bondadoso y afable como Flaubert pudiese pintar los horrores que representa en *Salambo;* lo mismo podrían extrañar los que conocen á Vereschagin y saben hasta qué punto llegan sus nobles y humanitarios sentimientos; pero debe advertirse que si este artista pinta horrores, es porque está dominado por una idea que le acosa sin cesar, que le impulsa, y á la cual no puede resistir. Vereschagin considera la guerra como una inmensa calamidad, como un terrible azote, como una especie de danza de la muerte. El que haya presenciado alguna vez una de esas luchas fratricidas que el artista censura, y visto después sus obras, sabrá apreciar justamente, y no olvidará jamás el lienzo que lleva por título *Apoteosis de la guerra* al pie del cual ha escrito lo siguiente: «Dedicado á todos los conquistadores del pasado, del presente y del porvenir.» Este cuadro representa una pirámide de cráneos humanos, extraño monumento que, no sólo Tamerlán, sino también otros tiranos, azotes del mundo, erigieron en toda el Asia para recordar sus hazañas guerreras. Esta pintura no necesita comentarios, porque representa una llave simbólica de todo el ciclo de la guerra.

Nadie extrañará que en enero de 1878 se viese acometido Vereschagin de una dolorosa afección de nervios, á consecuencia de los horrores que había presenciado. Después de tomar parte, en calidad de secretario, en las negociaciones de paz, volvió á París y quiso utilizar sus recientes impresiones. En 1880 había terminado una serie de lienzos, los cuales envió á la exposición de San Petersburgo; Tretjakow, su protector, los compró casi todos, y otra vez Vereschagin destinó la suma á obras caritativas. Esta vez quiso dotar á varias escuelas de música y de dibujo, y también algunos colegios donde había alumnas que cursaban la medicina, pues sabía muy bien cuánto valen los auxilios de las mujeres en el campo de batalla. En los años siguientes, las pinturas de Vereschagin se exhibieron en la mayor parte de las capitales europeas, y el artista destinó de nuevo en favor de la educación cuantas cantidades obtuvo. Tal fué el éxito de la exposición en Viena, que continuamente era preciso poner carteles á la puerta del local anunciando que no se podía entrar por haber demasiada gente. Lo que más complacía á Vereschagin era observar, que no sólo las clases superiores de la sociedad, sino también la gente del pueblo, iba á ver sus cuadros y comprendía su significación, sino su mérito artístico. Así como ya hiciera antes, rehusó toda distinción personal, y cuando se le ofreció una condecoración muy honorífica, dijo que no le era posible admitirla de ningún modo. Los estudiantes habían dispuesto un banquete en su honor, y apenás tuvo noticia de ello, sin dar tiempo para que se le pudiera enviar la invitación oficial, salió de la ciudad, enviando después el siguiente telegrama: «Quedo agradecido á los estudiantes y les doy las más expresivas gracias por el honor que me dispensan; pero no me es posible asistir á la reunión.»

Vereschagin asegura que no es ningún agitador: tal vez no lo sea en el sentido más vulgar de la palabra, pero sí en el más útil; y añadiremos que es más temible con su arte que cualquiera otro con sus teorías proclamadas en alta voz. Este notable pintor señala gráficamente sus principios, y para combatir el barbarismo y la teoría se sirve de armas mucho más contundentes que las de los déspotas. No se da con frecuencia el caso de que un artista sea pensador; pero Vereschagin lo es, y no sólo pensador sino también filósofo y político con mucho de poeta.

Terminados todos sus trabajos, Vereschagin, atraído aún por la India, volvió á este país en 1882, y á su regreso trajo un número enorme de bosquejos. Aun no le bastó este viaje, pues á principios del año último volvió de nuevo al mismo país, donde ahora se ocupa en pintar una colección de veinte grandes cuadros que ilustrarán la historia de la India desde los primeros tiempos hasta nuestros días. Esta colección está destinada al Príncipe de Gales, amigo personal del artista ruso.

Siempre es curioso conocer el método particular de cada artista. Habiendo yo pedido á Vereschagin algunos bosquejos, contestóme que nunca los hacía para sus pinturas. «Yo llevo en la cabeza, me dijo, la idea de mi composición, y la maduro por espacio de seis meses, ó con más frecuencia durante uno, dos, tres, cuatro ó cinco años; pero pasado este tiempo la traslado al lienzo ya arreglada, faltándome sólo añadir algunos pequeños detalles. Tal vez tenga esto sus inconvenientes, pues puede suceder que me sea necesario introducir modificaciones, con frecuencia costosas; mas por otra parte, utilizo mi primer impulso en la pintura y no en el bosquejo. No me siento capaz de ocuparme dos veces en el mismo asunto.»

Tal es el pintor ruso, moralista, filósofo, agitador ó revolucionario, como le llaman diversamente, según que halague ú ofenda la idiosincrasia de los que ven sus obras.

Helen Zimmern

Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI —— BARCELONA 17 DE ENERO DE 1887 —— NUM. 264

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



CABEZA DE ESTUDIO, dibujada por Pablo Thumann

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

CABEZA DE ESTUDIO, dibujo de P. Thumann

Es muy común en los artistas que se sienten con aliento para hacer verdaderos trabajos de estudio, escoger como tipo alguna cabeza que acuse facciones muy acentuadas ó que revele los estragos que, ya el trabajo, ya las pasiones, ya los vicios, causan en el semblante humano. Verdaderamente estos modelos se prestan para hacer obras de impresion que el inteligente aprecia del modo debido, como han podido apreciarlas nuestros favorecedores en las diversas obras de esta índole que hemos reproducido, debidas á clásicos maestros y á profesores de reconocido talento. Pablo Thumann, que es hoy por hoy uno de los primeros dibujantes del mundo, parece haber desdeñado, en el estudio que de él publicamos, lo que pudiera llamarse auxilio del artista que tales empresas acomete. Nada de fisonomía ruda, nada de pieles curtidas, nada de profundas arrugas, nada que no sea juventud, belleza, inocencia.

La empresa, en tal caso, aumenta en dificultades; los recursos con que se producen los grandes efectos pictóricos escasean al artista, éste no tiene más auxiliar que las simpatías inspiradas por la hermosura y el candor, cuando se posee el don de sentirlos y el talento de darles forma acabada. La obra de Thumann es tanto más difícil en cuanto más oculta las dificultades, y de ella podríamos decir que es el estudio de la belleza realzada por la inocencia.

El célebre Weber ha grabado esta cabeza con cariño de artista.

LA PESCA DE LAS TRUCHAS EN SUECIA, cuadro de J. Ekenas

Escena de costumbres con admirable sabor á verdad. Las figuras están dibujadas á conciencia y se mueven, digámoslo así, con una facilidad pasmosa. Por vulgar que sea la escena representada, nada es vulgar en su ejecución, antes bien acusa ésta el cariño con que el autor ha tratado el asunto, que por otra parte debe serle perfectamente conocido.

LA SERENATA, cuadro de Francisco Masriera

Nuestro distinguido paisano ha medido sus fuerzas en el terreno peligroso de lo ideal, y dicho sea en honor á la verdad y al arte, no tiene porqué arrepentirse de haber intentado este género. La serenata está bien concebida, y en su ejecución se ha impreso al asunto un marcado sabor poético, fuera del cual la alegoría no tiene razón alguna de ser.

El genio de la que pudiéramos llamar música nocturna cruza las tinieblas pulsando la lira, cuyas notas han de resonar en el corazón de la doncella á quien se dedica la serenata. El fondo del cuadro, apenas alumbrado por la luz pálida de algunas estrellas, da una idea bastante fiel del silencio de la noche, fuera del cual no cabrían los efectos musicales. La figura principal tiene condiciones realmente fantásticas: su expresión es la de un alma enamorada que confía á la lira que pulsa la interpretación de los sentimientos que la agitan, sentimientos de amor puro, ideal, que parecen contarse á los ángeles del cielo para que éstos se los trasmitan á los ángeles de la tierra.

Masriera ha vencido las dificultades de la alegoría, y por ello es digno de los más sinceros plácemes.

ALMÉE, cuadro de N. Sichel

El Oriente, sea en los tipos de sus pobladores, sea en sus paisajes á que el sol presta una luz en otras regiones desconocida, sea en sus costumbres que en vano la frecuencia de relaciones ha querido asimilar á las de otros pueblos tenidos con razón por mucho más cultos; ofrece singulares atractivos para el artista. No es, pues, de extrañar esa verdadera inundación de cuadros de asunto oriental, en los cuales unos pocos pintores han reproducido fielmente lo que han visto, al paso que otros han *ideado* lo que presumieron ver.

No es, ciertamente, Sichel de estos últimos: el pintor alemán ha visto, ha visto seguramente, la almée que le ha dado asunto para un cuadro. Quizás, nos permitiremos decir, la ha visto demasiado, pues en medio de grandes condiciones artísticas, la bella mujer del lienzo, bella de una belleza oriental, trasciende á modelo, conserva algo de la *postura*.

EL DESPERTAR DEL LEÓN, estudio de Pablo Meyerheim

Un estudio artístico supone siempre una grande observación del natural. Esta observación es tanto menos dificultosa en cuanto el modelo se presta con mayor resignación á los mil y un caprichos del artista, y aun más cuando ese modelo contribuye directamente por su parte á expresar lo que el pintor quiere, hasta penetrar aquél en el pensamiento de éste. He aquí la gran dificultad de encontrar buenos modelos, y aun más buenas *modelas*, desde el momento en que, suponiendo que existieran modernos Rubens, las princesas y las grandes damas han renunciado á un oficio que no favorecía ciertamente á su opinión.

Calcúlese ahora hasta qué punto han de aumentar aquellas dificultades cuando el modelo del estudio es un ser irracional, fiero, que en lugar de respetar las exigencias del artista, en fuerza de la admiración que le inspira, piensa para sus adentros con cuánta delicia se almorzaría á su constante observador. Pues estas dificultades no han impedido que Meyerheim haya estudiado á los leones, ni más ni menos que un pensionado en Roma estudia á un transteverino de alquiler á tanto por hora. Su *despertar del león* es una prueba evidente de lo que el ilustre pintor alemán se ha familiarizado con los terribles felinos.

PAISAJE EN OTOÑO, cuadro de Juan Hermann

Este cuadro tiene marcado sabor á melancolía: la naturaleza parece resentirse ya de la crisis que le producirá el invierno. Como el hombre á quien amaga una grave enfermedad que se viene preparando lentamente en su cuerpo, revela en el semblante la existencia del terrible germen; así la naturaleza demuestra cómo siente extinguirse su fuerza, y á su vez entristece porque está enferma también.

Este es el mayor mérito del paisaje de Hermann, porque, como hemos dicho varias veces, á la naturaleza no basta copiarla: la fotografía lo hace con rigurosa exactitud, y sin embargo, la fotografía no produce obras de arte. Un paisaje, por exactamente que imite á la naturaleza, no podrá contribuir á sostener ó acrecentar la reputación de un autor, sino en cuanto produzca, como ocurre en el de Hermann, una impresión que no ocasionarían por sí solos los diversos elementos que lo componen.

DESDE ROMA

EXPOSICIÓN EN EL CÍRCULO INTERNACIONAL

Existe en Roma un Círculo Internacional, que acredita al par que lo numeroso de la colonia artística extranjera, lo íntimo de las relaciones que median entre todos los cultivadores de las bellas artes que aquí viven. La nueva instalación de este círculo, que se inauguraró antes de pocos días, no deja nada que desear, honra á la Junta directiva y acredita una vez más la chispeante gracia de los artistas que han tomado parte en el decorado.

La nueva construcción de la vía Margutta les ha dejado un local cómodo, amplio y sumamente á propósito. En el piso superior, un gran salón para exposiciones con todas las comodidades que pueden apetecerse: luz cenital bastante extensa, luces de costados perfectamente dispuestas, gran elevación y sencillos adornos; á uno de los lados sala no pequeña, destinada á clase de acuarelas, siempre llena en las noches dedicadas á este género de trabajos; al otro un saloncito japonés, obra de dos artistas italianos, que parece hecha en el Celeste Imperio; más allá la Biblioteca, nutrida de las obras que no deben faltar en un círculo de este género; sala de billar y ancho pasillo que pone en comunicación todas las piezas mencionadas. En el piso bajo un restaurant bastante extenso, decorado como las antiguas cervecerías germánicas y salpicado de chispeantes inscripciones en todos los idiomas.

El extranjero que visite la Ciudad eterna, no podrá menos que convencerse de los estrechos lazos que unen á los inspirados por los mismos sentimientos, aunque sean varias y muy distintas las manifestaciones de los mismos. Ahora que desgraciadamente Europa toda se muestra muy alarmada por los insistentes rumores belicosos que circulan, el Círculo Internacional consuela: á su puerta parece quedan rencores y odios, y en aquellos salones, que tan aproximada idea dan de lo que según la Biblia fué la llanura en que la soberbia humana quiso alzar una torre que llegara al cielo, no se oye más que la discusión artística que jamás degenera en disputa y la franca conversación, que revela corazones abiertos á lo bueno y á lo grande; allí el fogoso francés departe con el flemático alemán; el exaltado italiano procura penetrar en las nebulosidades que le refiere el ruso, que las ve palpables en la columna de humo que surge de su pipa, y nuestros compatriotas queridos y respetados, ven allí un asilo en que hablar de la patria ausente, referirse su vida actual y hacer cálculos para el porvenir, amontonando esperanzas que con toda el alma deseamos lleguen á ser realidades.

Allí como en ninguna parte cuadra perfectamente una exposición que sea, al par que decoroso mercado, palestra en que sin reñir competencias se vean los progresos que se llevan á cabo, se marquen las tendencias nacionales é individuales y se aprecien los caracteres distintivos de las escuelas, que aquí corren tanto riesgo en presencia de los elementos comunes que pueden estudiarse, y como quiera que esto de las exposiciones, reconocidas utilísimas cuando están bien organizadas, es uno de los fines principales de aquel instituto, con una exposición se inaugurará, según hemos dicho, el nuevo local de que hablamos. El deseo de que oficialmente aquella puerta se abra primero para los reyes de esta nación, que tanto favorecen las artes, es causa de que aun no se halle franca para el público, pero nosotros la vimos ya perfectamente organizada y podemos hablar de las obras que han llevado á ella nuestros compatriotas y aun de algunas notables realizadas por artistas extranjeros, dignas todas de ser conocidas en el mundo entero.

Enumerándolas según acuden á nuestra mente, señalaremos primero las de Guinea, artista español más conocido en el extranjero que en la patria: hijo de las Provincias Vascongadas, lleva en su alma todo el fuego de los nacidos en el Mediodía, pero neutralizado por las condiciones que son propias á los naturales de las montañas en que ha nacido, estudia con fe y con constancia, que parece mayor cada vez, pudiendo manifestarse satisfecho, pues palmariamente revelan sus obras que el éxito corona sus laudables esfuerzos. Hasta ahora Guinea no ha revelado afición por acometer obras que puedan llamarse trascendentales juzgadas sólo por el asunto: viene limitándose al estudio de lo intrínsecamente necesario al pintor y sus cuadros revelan cuán acertado es el procedimiento que sigue. Se le ve progresar, y especialmente uno de los dos cuadros que tiene en la exposición de que hablamos, es prueba fehaciente de que su manera ha cambiado, de que va emancipándose de tradiciones y reminiscencias que pesaban sobre su pincel, limitándolo á una nota que no podía consolar del todo á los que sinceramente le apreciamos. El cuadro á que aludimos lo forman dos Chiocharas que avanzan cantando al son de la pandereta: desde luego lo que más llama la atención es la luz y el ambiente de que gozan. Claramente se ve que surcan la campiña romana en un día de primavera, cercano ya á los estivales calores; el tinte dorado de aquellos juveniles rostros, no quita en nada la expresión alegre, propia de una edad en que no hay cuidados; aquellas rosadas bocas se ve que emiten acentos tiernos en los que no va desleída pasión ninguna; el aire de aquellos cuerpos es perfectamente natural, resultan campesinas como deben ser, sin ribetes, ni artificios para producir efectos, fiado sólo en los que deben resultar al pintor que conoce los medios y sabe por dónde se llega al fin. Como ejecución no dejan nada que desear: su nota de color se hace simpática, no hay allí el trozo más cuidado: es un cuadro igual, sin pretensiones de ningun género, sin alardes de mancha, ni alguna cosa de las tan en moda ahora.

El mismo autor expone otro cuadro más complicado, pero no tan bueno. Representa una escena común en los tiempos de la decadencia romana: después de los placeres que aquellos estómagos regalados gustaban con los más complicados manjares, la oferta de la mujer en venta, presentada por quien comerciaba con lo más sagrado y santo. El fondo del cuadro está perfectamente estudiado y tal vez esto no sea su menor defecto: Guinea ha querido probar que estudió efectos naturales en la isla de Capri y lo ha conseguido, pero no vemos la espontaneidad que le es tan propia en otros asuntos. De los efectos de un sol filtrado por entre las hojas de la verde parra, se ha abusado mucho, y esto, que en suma dentro de un cuadro no puede pasar de ser detalle, por ningún concepto puede elevarse á asunto principal. De las figuras hay algunas perfectamente ejecutadas, la composición no presenta defecto que sea digno de censura, y sin embargo, aquel cuadro puede decirse es de la primera manera de Guinea: después ha hecho mucho más.

Silvio Fernández es otro compatriota nuestro de los que luchan y trabajan con fe para conseguir un puesto señalado al que se ve llegará seguramente. Sin pretensiones de ningún género, natural y sencillo, presta atención á lo que importa y desecha toda influencia que pueda tender á bastardear el verdadero arte que cultiva. El considerable trabajo que realiza pintando para la exposición que se ha de celebrar en Madrid el mes de abril próximo, le ha dejado tiempo para hacer dos cuadros, pues cuadro merece llamarse cada una de las dos figuras que presenta en el Círculo Internacional. Una de ellas, á nuestro modo de ver la de más mérito, es un *Augur*, al que sin duda sorprendió el artista cuando estaba solo; ya en la antigüedad se dijo que los augures entre sí se reían, y francamente había de qué: un pueblo que ve su porvenir en el movimiento de los intestinos de un animal cualquiera, en el vuelo de un pájaro, en el modo de comer de un pollo, es digno de la befa que hagan de él sus explotadores, entre los cuales los augures ocupaban el primer puesto. Gerome los pintó ya: en su cuadro, dos de aquellos incomparables adivinos ríen á mandíbula batiente de las fechorías que se cuentan, pero en el de Silvio que vemos solo, riendo con el alma, como vulgarmente se dice, hay mayor malicia, nos parece ver á cualquiera de aquellos que hablando por el conducto que comunicaba con la boca de cualquier dios, le hacían dar una respuesta que no decía nada en suma pareciendo decir mucho, que llenaba de temor y zozobra al demandante y haría desternillar de risa al que con tan poco trabajo ganaba influencia incalculable y caudales sin cuento. La figura hecha por este concienzudo artista revela un grande esmero y un sin igual conocimiento de la luz y del color: sobria de tonos, resulta perfectamente armónica, marcando absoluta relación entre lo representado y la manera de representarlo.

Su otro cuadro, tan cuidado como este, es sin embargo, de menos efecto. Representa una joven castellana de fines del siglo XV, una de esas figuras de estrecho jubón y mangas abullonadas de que se ha abusado mucho en cuadritos de género, interiores de tabernas puro *cinquecento*. Aquel rostro melancólico revela, con sin igual expresión, penas de amor que atormentan y en el fondo de sus tiernos ojos parece leerse una esperanza que consuela.

Prieto, que se revela artista siempre, ora pinte, ora declame; Prieto que es bueno siempre, como hombre, como amigo, como pintor, ha llevado también algunos cuadritos, estudios del natural, de verdes llanuras y procelosos mares, que acreditan no ha perdido su tiempo y sigue progresando en la medida que dejaba prever cuando se reveló en su primer cuadro. Es lástima que, por haber llegado tarde, la colocación de sus cuadros deje mucho que desear y que á la luz que se encuentran no puedan ser admirados como merecen.

Salinas el mayor, como decimos para distinguirlo de su joven hermano que tan grandes aptitudes revela para el arte en que ya hace tanto, presenta una marina de admirable efecto. Su primer término lo constituye una escarpada playa en que abundan esas horadadas rocas contra las que sin cesar baten todos los elementos. El agitado mar ha sido retratado, digámoslo así; las olas, amontonadas en la desigual superficie de las turbias aguas, vienen á romper furiosas formando cascadas de blanquísimas espumas, y en la expresión de este difícil efecto ha llegado el artista á una exactitud tan grande, que parece haber hecho del fondo de sus ojos cámaras fotográficas. Tiempo y tiempo debe haber pasado contemplando el rudo efecto del mugiente mar luchando contra las barreras á que lo sujeta poderosísima mano, pero ha conseguido cuanto podía apetecer y sinceramente le felicitamos por ello.

Benlliure (don José), complaciente con el distinguido artista señor Jacovaci que preside ahora el Círculo Internacional, ha llevado un cuadro no terminado; un *Jardín de Amor*, que es un verdadero amor todo él y del cual hará con el tiempo una preciada joya según tiene por costumbre.

Otro de nuestros compatriotas llegado recientemente, el señor Cañaveral, presenta un sencillo cuadrito en que prueba tener verdaderas condiciones de pintor, por lo que

toca á su ejecución. Representa una aldeana que en compañía de su asno se dirigen sin duda á un mercado: ambos personajes, y valga la frase, tienen expresión, sólo es lástima que el artista haya olvidado que, en un cuadro de esta naturaleza, el inseparable compañero del clásico Sancho debe tener menos importancia que su conductora, y en la obra del señor Cañaveral ocurre todo lo contrario, prueba suficiente (si no hubiera otras) de que el natural no ha sido bien estudiado y de que la memoria no ha sido fiel por completo.

Menos numeroso en escultura, tenemos en dicha sección obras de sólo dos compatriotas: Querol y Mariano Benlliure.

Querol, tan serio y adusto como el que más de los catalanes, revela su alma tierna, su corazón sencillo, sus verdaderas condiciones de artista, en cuantas obras acomete. Es uno de los hombres que más lucha debe sostener, uno de los artistas que con más inconvenientes tropiezan, y sin embargo, sigue adelante con valor, afrontándolo todo, seguro, aun en su modestia, de que ha de llegar un día en que se le haga justicia y en el que sus obras llegarán á ocupar el puesto que legítimamente merecen. De la vocación artística de muchos de los que emprenden la pintura ó la escultura, puede dudarse, pero la de Querol hay que afirmarla sobre todas las cosas: en su lugar muchos habrían renegado; él, por el contrario, confinado en las cuatro paredes de su estudio, vence inconveniente tras inconveniente, avanza sin cesar, deja ver un adelanto en cada obra que presenta y hace entrever esperanzas sin cuento, que se realizarán con certeza en día no lejano. Al Círculo Internacional ha llevado una cabeza de viejo, admirable de expresión y de ejecución, que nuestros lectores conocen por haber merecido que se publicara en este lugar; el retrato de un distinguido periodista italiano; el busto de uno de los hijos de Serra y la estatua del niño de un conocido nuestro.

Como individuo que recibe pensión del Estado, Querol no puede emprender ningún trabajo que le produzca utilidad material: la nación cree que con la miseria que le da de pensión tiene de sobra, cuando para modelos no alcanza, y he aquí por qué el distinguido artista catalán ve un motivo de estudio en cuantas obras artísticas puede realizar. El busto del director del *Fanfulla della Domenica*, es un perfecto retrato, interesante aun para los que no lo conozcan, pues como obra de arte reune condiciones que nadie puede dejar de ver. Además de la espontaneidad de ejecución, que es naturalísima condición de Querol, se ve allí un modelado perfecto, una expresión estudiada y un movimiento general, que parece se le ve latir.

Con el niño de Serra ha hecho una joya artística en la escultura: es un retrato que hace pensar en el cielo, y con el otro niño que, recostado en mullido cojín, se entretiene con un juguete, no podemos decir sino que vive y alienta; se ve el natural, ha sorprendido los raros movimientos de un modelo tan difícil, y aquella tierna edad, encanto de sus padres, alegría de su familia, ha sabido realizarla de modo que se perpetúe y se perpetuará, porque junto con las infantiles gracias retratadas, pasará la obra de arte que tanto vale y tanto merece.

Mariano Benlliure ha querido complacer y sólo por esto ha llevado una reproducción de su célebre Monaguillo, que al sentirse los dedos abrasados con el incensario, lo arroja lejos de sí con un gesto tan natural, que es el principal mérito de una obra á la que no falta ninguno.

En la ocasión presente no podemos menos que felicitarnos del señalado puesto que ocupan nuestros compatriotas en la exposición que está para abrirse. Trabajen con las levantadas miras que deben ser objetivo de los verdaderos artistas y siempre conseguirán resultados de que todos podamos quedar orgullosos.

A. FERNÁNDEZ MERINO

HISTORIA DE UN HOMBRE, CONTADA POR SU ESQUELETO

POR DON MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

(Continuación)

—¿Y qué quieres? hace muy poco tiempo que sé que es mi hija, y no he podido tomarla cariño; además que yo he vivido para mí solo.

—¡Pues por eso te has condenado! ¡Por eso Dios ha permitido que te encuentres en ese excepcionalísimo estado, teniendo tu infierno en tí mismo! —le dije con una precipitación agresiva, porque empezaba á hacérseme odioso aquel malvado espectro.

—¡Ah! con que me he condenado! —exclamó el esqueleto.

Y me pareció ver dos puntos de fuego en lo profundo de las cuencas de sus ojos; dos chispas que relampaguearon un momento y se apagaron, y parecióme oir dentro de aquel cráneo un ruido sordo, poderoso, semejante á un rugido; y luego, sin intervalo, otro ruido semejante á una larga y burlona carcajada.

Yo empezaba á ponerme malo.

—Tú tienes fiebre, Eugenio, —dijo de improviso el esqueleto incorporándose hacia mí y asiéndome una muñeca; —ya lo decía yo: un calenturón feroz; soy de opinión de que te acuestes, hijo.

—¿Es decir, que nos despedimos? Gracias: buenas noches, —contesté desasiéndome de él, levantándome y corriendo á la alcoba cuya puerta cerré por dentro.

Pero en aquel punto oí otra vez aquella carcajada interna, sorda, larga, insolente, sarcástica.

Me volví y ví al esqueleto que arreglaba cuidadosamente la cubierta de la cama.

Había entrado el maldito antes que yo.

—¿Con que es preciso que te sufra? —exclamé enseñándole los puños.

—Te he prometido contarte mi historia, y soy hombre de palabra. Con que acuéstate, Eugenio, arrópate y escucha.

Y tomó un sillón y se sentó junto al ángulo inferior izquierdo de la cama, dando frente á su cabecera.

Yo me acosté, me rebujé, me tapé la cabeza, invoqué á Dios, y me puse á rezar.

VI

Pero á pesar de mi recurso á Dios, y de mi rezo, la voz del condenado espectro se dejaba oir de mí, siempre fría y sarcástica, como si pronunciase sus palabras en mi oído.

—Hace un año, —dijo el maldito, reposada y tranquilamente, y como burlándose de mi repugnancia á escucharle; —hace un año estaba yo sentado á los pies del lecho de un hombre que moría, y que, como tú, por no verme, se tapaba la cabeza: hace un mes, el que estaba en un lecho muriendo, ó mejor dicho, cambiando de manera de ser, teniendo enfrente sentada á los pies de la cama una mujer, y tapándose la cabeza para no verla, y viéndola, sin embargo, como tú me ves á mí, era yo.

El espectro tenía razón; yo le veía al través de mis párpados cerrados, al través de los cobertores con que me había envuelto la cabeza: el espectro seguía fumando, cómodamente arrellanado en el sillón, extendidas las canillas y superpuesta la una á la otra: yo comprendí que no tenía más remedio que escucharle y que había sesión para rato: á lo menos hasta el primer canto matinal del gallo... ¡y eran cuando más las doce y media! es decir, que me quedaban cinco horas por lo menos de sufrimiento.

Procuré resignarme.

—Haces bien, —me dijo el esqueleto, —porque aun cuando tu herida es leve, tienes fiebre, y una irritación inútil podría serte funesta.

Y como yo no le contestase, continuó:

—Me alegro de que no me interrumpas, porque contando con el tiempo que me robarían tus interrupciones del escaso de que puedo disponer, me extenderé un poco más en los detalles de mi narración: no me gustan las historias nerviosas en que todo se precipita, en que ninguna consecuencia se deduce, en que, en fin, no se filosofa ni se comentariza. Bueno es que un drama tenga interés, pero no ha de ser todo suceso y diálogo. Yo tengo mis ideas acerca de la novela moderna, y con arreglo á ellas voy á contarte mi historia. En esto hay una poca de vanidad por mi parte. He sido siempre indolente, y aunque muchas veces he empezado á escribir mis memorias, nunca he pasado, cuando más, de la tercera cuartilla. Y como estoy seguro de que tú conservarás en la memoria, palabra por palabra, lo que yo te refiera, he aquí que escribo al fin mis memorias, sirviéndome de tí como de un escribiente; después de que las hayas escrito, estoy seguro de que las publicarás, porque tú también tienes vanidad, y una vanidad muy semejante á la de tantos y tantos como escriben lo que otros han escrito antes que ellos. En buen hora: te cedo mis memorias; pero no las alteres ni cambies los nombres de los personajes. Después de esta advertencia, empiezo.

—Si al cabo este maldito me contase algo que me entretuviese, ó que por lo menos me hiciese dormir, —dije para mí.

—He aquí que me he engañado y me interrumpes, —dijo el esqueleto, —pero, ¿qué he de hacerle? me conformo con el escribiente que me ha proporcionado la casualidad.

—¿Y por qué, —dije descubriéndome la cabeza y mirando con cólera al esqueleto, —no te has valido de otro? ¿Qué necesidad tenía yo del malísimo rato que me estás dando?

—¿Y de quién me había de valer? Desde que cambié de existencia he estado constantemente solo desde mucho tiempo antes de las doce de la noche, hasta mucho tiempo después de amanecer; y no solamente solo, sino sufriendo... ¡válgame Dios, y de qué modo! figúrate que apenas me quedé inmóvil como un cadáver, apenas creyeron que había muerto, se le figuró al médico, por ciertas señales que quedaban en mi fisonomía de difunto, que había muerto envenenado.

—¡Envenenado! —exclamé

—Sí por cierto, envenenado por mi esposa, que era toda lágrimas y desesperación y retorcimiento de brazos y mesaduras de cabellos. A consecuencia de la opinión, no ya del médico que me había asistido, sino de una junta médica, se me trasladó á una sala de disección, y allí se me lavó con agua caliente y jabón por medio de un estropajo; después se me afeitó por un bárbaro con una navaja mellada, se me extendió desnudo en una mesa de piedra, y luego un asesino, un antropófago, acompañado de otros dos caníbales, uno de los cuales era tu amigo Juan, me metió por el vientre un bisturí, me rasgó, me abrió, me hizo pedazos las entrañas, y todo esto sin que yo pudiese gritar, ni moverme, ni dar la más leve seña de que sentía aquel horrible tratamiento, aquella autopsia, hecha lentamente, según arte, con placer, á vueltas de preciosas observaciones y de deliciosos comentarios, acompañados de mordeduras de pinzas: ¡cuando te digo que la Inquisición se quedó en mantillas! ¡Fué mucho, mucho aquello! ¡Los huesos se me hielan cuando me acuerdo! ¡infames!

—Eres apasionado é injusto, —dije, —ellos no podían suponer que un cadáver sintiese: operaban sobre tí como sobre una materia inerte: en una palabra, cumplían con su deber.

—¡Con su deber! ¡y salvaron á la envenenadora!

—¿La salvaron?

—Como que era hermosa, joven, rica, y se dejaron fascinar por ella: ¡ya lo creo; ¿qué les importaba á ellos que hubiese un cadáver más? Se decidieron por la viva, y dejaron á Dios la venganza del muerto.

—Calumnia: eres malo, —respondí, —Juan es incapaz...

—¡Incapaz el miserable! ¡Incapaz, y no contento con haberme hecho cómplice de un crimen dejándole envuelto en su misterio, se propuso apoderarse de mi esqueleto porque le parecí bien formado, y se atrevió á...

—Te ha hecho un favor: estás limpio y mondo, y tienes una vivienda de lujo.

—Pero demasiado estrecha.

—Peor hubiera sido un nicho ó una sepultura.

—Tienes razón, no había pensado en ello: si me hubiesen encerrado en un nicho... ¡horror...! ¡no quiero pensarlo! hubiera estado en él sepultado vivo, sabe Dios cuánto tiempo; no hubiera podido decir á un hombre, como te lo diré á tí cuando te haya acabado de contar mi historia, ¡mátame! Tienes razón: Juan me ha hecho un favor, y por él le perdono su laxitud de conciencia y el haberse enamorado de mi mujer. Pero, —continuó, —después de que los médicos se pusieron de acuerdo para declarar que yo había muerto de una irritación gástrica (y en esto tenían razón), Juan, tu amigo, dijo á los satélites secundarios: —Quiero su esqueleto. —Muy bien. —Cueste lo que cueste. Muy bien, don Juan. —Y lo más pronto posible. —Descuide usted. —Juan descuidaría sin duda; pero yo me puse en un terrible cuidado. No sabía lo que iban á hacer conmigo: ¡caribes! me desarticularon, me despojaron, arrojaron los despojos en una espuerta, y luego echaron mis miembros en una inmensa y negra marmita de hierro, y me cocieron como á un cangrejo. Cuando estuve cocido, me arrancaron la carne, y luego me sujetaron á tratamientos penosísimos para blanquearme. Después me articularon, á falta de los ligamentos naturales, con alambres; y por último, oí contar pieza á pieza el precio infame de mi horrible martirio. Por último, me ví encerrado, atornillado en ese armario, traspasado de frío. ¡Infame! ¡tres veces infame Juan!

—¿Y sabes, —añadió después de una pausa el espectro, —con quién tenía una cita esta noche en el teatro Real, tu amigo? ¡Con mi viuda! ¡con la única mujer que he amado, á quien amo todavía, por la que siento unos celos desesperados! Ella me vengará de Juan, estoy seguro, segurísimo.

—¡Con tu viuda! pero eso es imposible. Por infame que sea esa mujer, no puede atreverse á faltar de tal modo á las convenciones sociales. ¿Qué mujer que se aprecie en algo va á un baile al mes de la muerte de su marido?

—¿Te olvidas de que es un baile de máscaras? Cuando has ido á uno de esos bailes, ¿no has pensado nunca lo que puede ocultarse bajo un capuchón y una careta?

—¡Ah!

—Eres un pobre diablo, un chiquillo. No has visto el mundo sino al través del falso prisma del sentimiento poético. Pero el mundo te enseñará, hijo, y ya verás, ya verás como dentro de algún tiempo no te espanta el que una mujer vaya á las máscaras caliente aún el cadáver de su padre, de su hermano ó de su marido.

—¡O de su hijo...! —repliqué con indignación.

—No, porque la mujer se ama á sí misma amando á su hijo. Los hijos son los que vengan á la sociedad del egoísmo de sus madres.

—¡Qué horrible escepticismo! ¡qué maldad la tuya!

—Por qué no dices: ¡qué horrible es la verdad!

—Pero todas las mujeres no son malas.

—Casi todas. Y la que no es verdugo es mártir.

—Hablas como un condenado.

—Y tú como un simple.

—Yo tengo corazón.

—Tú tienes egoísmo.

—Yo soy bueno.

—Por casualidad.

—¡Ah! ¡maldito!

—No riñamos: déjame continuar. ¿Sabes por qué yo no he tenido ocasión de hablar con nadie, desde que estoy encerrado en ese armario? pues ha sido porque tu amigo Juan ha pasado constantemente las noches, desde ocho días después de mi muerte, al lado de mi mujer, á quien por razón de mi muerte había conocido.

—¡Pero tu mujer es una Mesalina!

—Es peor. Mesalina á nadie hacía daño más que á sí misma, y mi mujer se lo hace á todo el mundo; es decir, á todo el mundo que se pone en contacto con ella: me envenenó por casarse con un hombre que es más rico que yo lo era, y con quien se casará pasado el luto: pero como el futuro es viejo, y si satisface su vanidad dándola medios con su riqueza, no satisface su deseo, ha escogido en secreto á tu amigo, que es bello y joven, para amante, engañándole, por supuesto, obligándole á que la vea con un profundo misterio en razón, dice, de lo que extrañarían las gentes que le visitase un joven, estando tan reciente mi muerte —Ella y Juan están ahora mismo en un palco del teatro Real, mientras el viejo futuro, don Justo,



LA PESCA DE LAS TRUCHAS EN SUECIA, cuadro de J. Ekenas



LA SERENATA, cuadro de Francisco Masriera

está tranquilamente en su casa, creyendo como un artículo de fe, que su prometida esposa no se ha movido de la suya.

—Me cuesta trabajo creer que Juan pueda amar á una envenenadora.

—Se conoce que no conoces á mi mujer.

– Por hermosa que sea...

– No es eso. Juan la ha creído un ángel, como yo la creí un ángel, como lo creerás tú cuando la conozcas. Ella ha sabido mostrarse inocente, enteramente inculpable de mi muerte. Ha fascinado á los médicos, los ha comprado, primero con su magia y después con su oro.

– Singular mujer.

—Singularísima.

– Me vas poniendo en curiosidad de conocer los detalles de tu historia.

– Ya conocerías algunos si con tus réplicas no me hubieras obligado á hacer del epílogo de mi historia su prólogo.

– Pues empieza.

– Empiezo.

VII

Prescindo de mi nacimiento, de mi juventud, de mis aventuras durante la mayor parte de mi vida.

Y no soy viejo: todavía no he cumplido los cuarenta y dos años.

Mi profesión ha sido la de propietario.

Mi nombre don Gabriel Zea.

Mi única pasión ha sido la mujer.

Una mujer hermosa, joven, pura, impresionada por el primer sueño de amor, confiada por la inexperiencia, poética por sus ilusiones, riente por su feliz ignorancia, flor purpúrea, que abre su cáliz estremecida al primer beso del sol del amor: ese ha sido para mí el primer género amable, el *bocatto di cardinale*, mi supremo sueño.

– ¡Maldito! ¡maldito! – exclamé.

– Si volvemos á las réplicas no acabaremos nunca.

– Sigue.

– Sigo. La mujer ya formada para el amor; la mujer de combate, por decirlo así; la que ya sabe fingir y engañar; la flor lozana, fuerte, vigorosa, encendida; la que mira en el hombre una víctima; la que aun no se ha casado y necesita casarse, hacer reparar á uno la falta de otro... ¡ah! ¡mujer divina! he luchado con muchas de éstas, y las he vencido, las he hecho más fuertes dándoles un segundo desengaño: las he puesto en la situación de invencibles. En una palabra, he recorrido la escala del amor buscando siempre en la mujer al ángel, desde la adolescente á la mujer formada, desde la mujer formada á la mujer consumada, y sólo me he detenido ante la mujer vieja; no he podido encontrar al ángel, pero he adquirido una dolorosa experiencia; he visto cómo se casan las mujeres, cómo aman á su marido vivo, y cómo le lloran muerto: he visto de qué manera una mujer y otra, y ciento, pueden dividir su corazón, su vanidad, su cálculo, entre diez amantes, cada uno de los cuales se ha creído el único. Y en medio de estas mujeres degradadas, como perlas entre cieno, he encontrado algunas virtudes... y estas rarísimas mujeres, estas joyas, me han hecho ansiar la virtud en la mujer, y buscarla sediento, enamorado de ella, loco, soñando con un cielo.

– ¡Tú! – le dije escandalizado de aquella nueva faz que me presentaba el espectro.

– ¡Sí! ¡yo!

– ¡Tú! ¡egoísta! ¡escéptico!

– En primer lugar, la virtud de la mujer es la felicidad del hombre: en segundo, yo no he sido escéptico mientras he sido hombre, no: sólo soy escéptico desde que, dilatado mi espíritu por no sé qué misterio, he visto mi historia por dentro y por fuera, por todas sus fases, por todas sus profundidades: cuando he visto que he sido ciego, que he buscado y no he sabido encontrar, ó no he tenido la fortuna de apoderarme de nada bueno, en ese largo y fatigoso juego de la *gallina ciega*, que se llama vida, he despertado.

¿Qué culpa tenía yo si no encontraba en la mujer el ángel que había soñado?

Y soñar con ángeles en la tierra, es la señal del egoísmo más refinado que conozco. Es pedir á la humanidad un sacrificio continuo hecho en vuestro favor: es querer la perfección en los demás, y no saber sacrificar un tanto de vuestro sueño, á fin de poneros á nivel de los otros.

Es ser malvado.

– ¡Tú te burlas! ¡tú no crees lo que dices!

– Esto consiste en que para no escandalizarte voy á contarte mi historia como si aun fuese hombre, sólo que te la contaré por dentro y por fuera.

– ¡Dichosa historia!

– Voy á suponerme un nombre, ya que te he dicho el mío, y á contarte mi historia como te la contaría uno de esos novelistas que se arrogan la facultad de ver y saber todo lo que concierne á sus personajes, inclusos sus pensamientos. Empiezo al fin.

VIII

Era la noche de un tercer día de carnaval. ¡El carnaval! ¡continuación cobarde, imitación pálida de las antiguas saturnales! Era un tercer día de carnaval, y Madrid estaba dominado por una fiebre de locura.

No se veían por todas partes más que máscaras.

No había teatro ni local á propósito por sus dimensiones en que no hubiese baile público.

Y en muchas casas los había privados.

Delante de una casa, en una de las calles más concurridas y céntricas de Madrid, una multitud de carruajes de lujo, y no pocos de alquiler, daban claro indicio de que en aquella casa se daba uno de estos bailes.

Hacía luna, había nevado en abundancia, y la noche tenía esa claridad especial y fría de la luz de la luna reflejando en la nieve.

Acababa de dar la una en el reloj del Buen Suceso, y ya hacía tiempo que por la alfombrada y resplandeciente escalera de la casa donde se daba el baile, no había subido máscara alguna.

Oíase en la habitación principal la armonía de una numerosa orquesta, el ruido acompasado producido por los que bailaban, y la extraña, múltiple y chillona jerigonza, que es la voz absurda de un baile de máscaras.

A veces se mezclaba á este ruido la algazara de algunas máscaras que pasaban por la calle ensuciando la nieve, que seguían y se perdían á lo lejos, apagándose en el silencio general, hundiéndose en él como en un océano de paz y de silencio, el ruido de sus voces.

De improviso, un carruaje de alquiler apareció en el fondo de la calle, adelantó con cuanta rapidez podía esperarse de sus dos caballos arenques, y se detuvo delante de la puerta de la casa donde se daba el baile.

Un lacayo, con carrik de color indefinible, y sombrero de forma inapreciable, bajó de la zaga, abrió la portezuela, y del interior del carruaje, – era una berlina amarilla con muelles de C., – saltó una mujer envuelta en un abrigo, pero á pesar de su envoltura admirablemente esbelta, quitóse el capuchón ó capa de merino que la cubría, le arrojó dentro de la berlina, y dijo al lacayo:

– Esperen ustedes aquí.

– Muy bien, señora.

– ¡Ah! ¡qué mujer! – exclamó un máscara masculino que á pie acababa de llegar á la puerta de la casa, á tiempo que la máscara hembra había atravesado el portal y llegado al primer tramo de las escaleras.

La exclamación del máscara-hombre, estaba justificada por el aspecto, por la gallardía, por un no sé qué magnífico, inexplicable que emanaba de la máscara mujer, de la máscara de color de rosa.

Porque, – lo mismo da describirla en el portal que en el salón; – aquella máscara llevaba un traje á la veneciana, de raso color de rosa, guarnecido de riquísimos encajes negros: los adornos de su peinado eran de azabache; sus pendientes, su collar y sus pulseras, de perlas negras que se destacaban sobre un cuello y sobre unos brazos de una blancura nítida y de una suavidad de tez que se tocaba, se apreciaba con la vista. Era alta, esbelta, pero ancha de hombros y de caderas, delicadamente grave, hechiceramente majestuosa á su andar, su ancha falda crujía acompasada, y la huella de sus pies era pesada y breve á un tiempo, uno de esos ruidos que os enamoran, porque son el claro indicio de encantos ocultos, de un lujo embriagador de hermosura en las formas.

Emanaba un perfume ardiente de voluptuosidad de aquella mujer.

El máscara que la había sorprendido al bajar del carruaje, se había quedado inmóvil, contemplándola en el dintel de la puerta, mientras ella mostraba á un obeso y colosal portero, vestido con una enorme levita negra y una descomunal corbata blanca, y plantado como una estatua en el primer descanso de la escalera, el billete de convite que la daba derecho á entrar.

La máscara de color de rosa pasó, y muy pronto se perdió el ruido incitante de su traje y de sus pisadas á lo largo de las escaleras.

El máscara que se había detenido en la puerta, cuando hubo desaparecido la máscara de color de rosa, se volvió al carruaje de alquiler de que había salido, y le examinó con atención: echó adelante, subió lentamente las escaleras, mostró su billete al portero, y pasó.

Aquel hombre, que por su aspecto parecía una persona distinguida, iba sencillamente disfrazado con un dominó de raso negro, bajo el cual se veían un pantalón perfectamente confeccionado, y dos pies pequeños, calzados por botas de charol, que parecían no haber pisado la nieve.

Parecía extraño á primera vista que aquel hombre no hubiera venido en carruaje.

Subió las escaleras, siempre en paso lento, atravesó una gran puerta, un recibimiento donde había algunos lacayos, una antesala amueblada con arreglo á las exigencias del lujo y de la moda, y por último, entró en un salón, bastante para estrado de una casa principal, pero insuficiente para contener á la multitud ruidosa que en él se comprimía.

Porque en Madrid á cualquier sala se la llama salón.

Se abren los gabinetes, los pasillos, las alcobas que se habilitan, desterrando las camas al comedor, y cada cual se coloca donde puede, y llega hasta donde llega, y baila en dos palmos de terreno, y suda por todos sus poros, y respira una temperatura de horno.

Sin embargo, al día siguiente, los periodistas que han sido convidados para que dén fe, embuten cada cual en su respectivo diario, con pocas variaciones, lo siguiente:

«Anoche tuvimos el placer de asistir al baile de máscaras que, por despedida del carnaval, ha dado, en sus espaciosos y magníficos salones, la bella duquesa de tal (importa poco que la duquesa tenga sesenta años): era aquello, todo aquello, encantador, y una muestra más del buen gusto, de la esplendidez, etc., etc., de la encantadora dueña de aquella casa, que, en noches como la pasada, inolvidable para nosotros *e tutti quanti*, se convierte en un verdadero edén; la concurrencia fué de lo más (aquí unos cuantos adjetivos *ad hoc* en que el periodista luce la brillantez de su estilo); el ambigú... (se repite el adjetivado); incalculable el número de hermosas damas: allí vimos á la señorita de... y á la señora de... y á la viuda de... (cada nombre con una sarta de calificativos hiperbólicos á la turca); vimos además al ministro tal, al general cual, al banquero H., al diplomático R., á etc., etc... y si algún amargor hemos encontrado en tan deliciosa fiesta, ha sido la triste expectativa de un año mortal, hasta que vuelva á repetirse.»

Cuando el gacetillero ha llenado con su descripción fabulosa una columna, lo que no es mucho tratándose de un asunto tan importante y de tan general interés, corta el vuelo de su elucubración y pone por bajo su firma seudónima, como por ejemplo: El barón de Bobaliches.

Pero á nadie se le ocurre decir, estampar, en las columnas de un periódico:

«Estamos sufriendo las consecuencias de un catarro pulmonal, pescado á la salida del baile á que nos invitó en mal hora la duquesa de... y al que asistimos cediendo á una mala tentación; ya sabíamos que el local de que esta señora dispone, no es á propósito para este género de reuniones; pero no creíamos que la duquesa hubiese abusado de la buena fe de sus conocidos convidando á tantos; aquello era una especie de hormiguero, una colmena, un barril de arenques: no se podía dar un paso; abundaban, porque abundan en todas partes, las mujeres feas y descaradas; la duquesa parecía un loro con su traje de terciopelo verde esmeralda y su toquilla encarnada: había muchos ricos collares sobre muy pobres cuellos, y muchas flores contrahechas: para sufrir la temperatura y el olor de la mezcla de mil perfumes fuertes, era necesaria una cabeza organizada á propósito, y un alma de estuco para adivinar con paciencia las intrigas repugnantes que se cruzaban por todas partes: vimos allí mujeres sin marido, maridos sin mujer, hijas sin madre, madres sin hijas, solteras casadas, y viudas sultanes. Vimos caretas que eran semblantes, y semblantes que eran caretas, y á todo el mundo sin disfraz, disfrazado. Vimos desorden y pobreza en el buffet (ambigú le llamaban entonces) recogidos para él los manimientos de las fondas, y por champagne, vino blanco de Yepes gaseado. Huímos, y al huir sofocados, aturdidos, trabamos relaciones que durarán algunos días, con un regalo del aliento de Guadarrama. Si fuera posible, el gobierno, por moralidad y por caridad, debía intimar á la duquesa de... que no atentase á la vida, ó cuando menos, al estómago de sus conocidos, invitándolos á asistir á sus bailes.»

Algunos no podrían hacer insertar un suelto como el precedente sino remitiéndole desde la eternidad.

La *Pulmonía*, esa terrible dama, adora los bailes de salón, y asiste á ellos vestida de máscara, en compañía de la vanidad, de la soberbia y de la envidia.

El baile y los salones de la señora doña Clara Alvarado de Lemus, viuda de un rico comerciante mejicano, eran poco más ó menos una especie de prensa ó baño de vapor, como mejor queramos: sin embargo, concedida la falta de espacio había algo de magnificente, algo de embriagador en aquel hervidero de seres humanos.

Como eran las primeras horas del baile, todos conservaban las caretas; pero, sin embargo, abundaban las mujeres hermosas, salvo la cara que no se les veía, y chispeaban ojos misteriosos y sonreían bocas adorables, y se balanceaban en el baile talles de primer orden, y deslumbraban ricas joyas: por último, doña Clara Alvarado de Lemus, si no era joven, no era vieja, si no era un ángel, era todavía notablemente hermosa.

Esta mujer, que contaría á lo más treinta y cinco años, era morena dorada, pero con un tono límpido y trasparente; su tez, aunque no mostraba el brillo de la primera juventud, era tersa, delicada, sin una arruga: sus cabellos negros y brillantes aun, mostraban alguna cana dejada como de intento, y que abonaba de una manera adorable por la lisura y la falta de pretensiones de aquella mujer: en cambio sus ojos negros, brillantes, lucientes, velados á medias por unas pestañas espesas y largas, tenían en su foco un fuego concentrado, un volcán de pasión, pero dulce, sentido, tranquilo: no sonreía con demasiada frecuencia, á pesar de que su dentadura conservaba la pureza y la frescura de su esmalte; sus formas eran turgentes, no con la compacta turgencia de las jóvenes, sino con la lánguida inflexión de las formas de las matronas: su talle no era reducido, pero sí esbelto, y llevaba además con suma gracia un prendido de brillantes y un traje descotado de moaré azul de cielo con tornasol de plata, guarnecido de riquísimos encajes blancos.

Hay mujeres que han nacido para dejarse ver de noche, para dejarse admirar de noche, para ser adoradas de noche, rodeadas del indefinible encanto de la luz profusa de los salones, que presta á cierta clase de mujeres una magia, un poder de fascinación incomprensibles: los brillantes destellan resplandores más dulces que los que les arranca la luz del sol, y menos apagados que los que lanzan de vez en cuando entre el polvo de un paseo á la fría luz de la tarde; las ropas parecen más ligeras, más vaporosas, y sobre todo, la incomparable tez de esas mujeres... y es que la luz artificial protege el fraude del cosmético y de las drogas con que se componen y se restauran los quebrantos de una piel empalidecida por el insomnio, por la envidia, por cien pequeñas miserias, por mil satánicas pasiones mujeriles.

Pero la hermosa viuda, Clara, no necesitaba de los auxilios del perfumista: era una mujer adorable por su hermosura, que aun combatía en las primeras filas, ayudada por su talento y por sus inmensas riquezas.

Orgullosa por instinto y por costumbre, había desdeñado las relaciones de la aristocracia de la sangre, y aceptado de la manera más natural las de la aristocracia de la banca; esa aristocracia berroqueña dorada por el tanto por ciento, que compra cuadros porque son objeto de lujo; para la que se construyen esos bronces fundidos que constituyen el arte de pacotilla, y á los cuales los arquitectos, cuando piensan construir un palacio, les hacen una casa muy grande, recargada de escayola, y pintorreada, y dorada y barnizada en el interior como un país de abanico.

Y á más de estas gentes, infladas como calamares rellenos, constituían la sociedad de Clara los aristócratas del talento, á saber: los sabios, los literatos, los novelistas, los dramáticos, los poetas de la escuela romántica – entonces en gran boga – los artistas (no hablamos de los sastres), los periodistas (excluímos las tijeras), los empleados de cierto rango, los hombres del foro, ennoblecidos por la administración de la justicia, y los militares, aristocracia ambidextra que tanto se roza con los hombres de los pergaminos como con los de las letras de cambio.

La sociedad cuotidiana de Clara, á la que recibía en un bello gabinete al lado de la chimenea, tenía un decidido carácter masculino. Clara era una mujer que de todo sabía algo, que tenía la preciosa cualidad de hablar y de callar á tiempo, que era tolerante, indulgente, que carecía de todo punto de pretensiones, que no imponía su lujo, que no coqueteaba, que se mostraba ajena de una manera decidida á los galanteos por delicados que fuesen, y que sabía hacer desistir de sus pretensiones con la más encantadora lisura á los que, arrastrados por las mil bellas cualidades que en ella sobresalían, la invitaban á que abriese al amor un corazón todavía joven, á que concediese al amor unos encantos todavía adorables.

Y llegó el caso de que siendo público y notorio que Clara era una hermosura retirada á la que nadie podía, en vista de uno y otro desengaño, hacer volver al servicio activo, la tratasen los hombres buena, lisa y llanamente, contentándose con su amistad, sin que á nadie se le ocurriese acometer la empresa de despertar ó de resucitar aquella alma dormida ó muerta para el amor.

Así que, generales, ministros, banqueros, literatos, artistas y alguna que otra mujer seria y alguno que otro joven grave, eran los únicos que asistían á la sociedad diaria de Clara, donde se hablaba de política, de ciencias, de literatura, de artes, y nunca se murmuraba ni se galanteaba; donde se jugaba al tresillo y al ecarté, y donde resonaban las toses crónicas más respetables y se extendían las piernas más noblemente favorecidas por la gota.

Clara era banquera; es decir, tenía en actividad sus inmensos capitales, bajo la firma de un antiguo cajero y socio de su marido, llamado don Severo López, hombre de mirada profunda, de pocas palabras, y á quien nadie veía como no fuera los días de despacho al pie de la caja.

Por lo demás, el orden de la casa era inflexible: cada hora tenía su objeto. Se vivía con comodidad, con molicie, con lujo: se tenía cuanto se pueda tener en Madrid: una casa bella y elegante, exenta de vecinos, y cuyo ornato y mueblaje se renovaban todos los años; un tren completo de carruajes, una docena de troncos, una servidumbre numerosa, una mesa excelente, abono en todos los teatros y palco en los toros.

Y todo sin excentricidad, de la manera más natural del mundo, porque todo esto debe tenerlo el que es rico.

(Continuará)



ALMÉE, cuadro de N. Sichel

UNIDADES DE MEDIDA

Existe una diferencia, el parecer sin importancia, y en el fondo esencialísima, entre las ciencias exactas por una parte, y por otra todas aquellas ciencias que se llaman morales y políticas, en que están comprendidas las históricas, y cuyas aplicaciones son del orden sociológico, si se nos permite acudir á esta denominación, poco artística en verdad, pero grandemente expresiva.

Y consiste la diferencia á que nos referimos, en esto no más: que en las primeras hay *unidades de medida* para todos los fenómenos ó hechos que comprenden, al paso que en las segundas los hechos y los fenómenos se determinan por apreciaciones individuales, á veces caprichosas, no pocas de todo punto erróneas, y siempre vagas é indefinidas.

¿Hay que comparar *dos líneas?* pues el metro, ó el kilómetro, ó el milímetro resuelven el problema; y no hay discusión posible, una vez *medidas*, sobre cuál es la mayor, al menos en la inmensa mayoría de los casos. Toda la elocuencia del orador más elocuente, todas las argucias del más sutil abogado, el irritado interés de la más poderosa colectividad, no podrían engendrar la duda, cuando se supiese que *una de las líneas* vale 20 metros y que sólo mide 2 metros de longitud la segunda. *Dos* y *veinte* son dos números inquebrantables: *veinte* es mayor que *dos:* y la relación de ambos es *diez:* y su diferencia *diez y ocho:* y nadie puede negar estas verdades, y el que fuere osado á negarlas demostraría aptitudes especialísimas para ocupar plaza muy distinguida en el más próximo manicomio.

Pero trátase de inquirir: ¿cuál es mejor y más valedero entre dos derechos sociales; si esta ó aquella producción artística cumple mejor con las leyes de la estética; quién, de dos pueblos alcanzó mayor grado de prosperidad; ó qué gobierno entre varios cumplió más á conciencia sus deberes?

Pues las opiniones brotan en confusión, y la polémica se enardece, y á veces el juicio definitivo queda en suspenso siglos y siglos.

¡Ah! si para todas estas cuestiones hubiese un buen metro ó por lo menos una buena vara severamente aplicada sobre las cosas y las personas, y qué pronto terminarían los debates y quedaría grabada la verdad en unos cuantos números, para satisfacción de unos, castigo de otros y enseñanza de todos!

Tan evidente es la ventaja de este sistema, que todas las ciencias y todas las artes pugnan por alcanzar el grado de exactitud de aquellas privilegiadas y singularísimas que han conseguido un *étalon* fijo é incorruptible; aspirando de este modo, las que van rezagadas, á la perfección suprema, que en la vida mundana es permitido lograr, y poniendo término á luchas estériles de opiniones tanto más osadas y vocingleras, cuanto menos firmes y demostrables son. Así vemos en Economía política, los esfuerzos de Dupuit, Cournot, Walras y algún otro escritor inglés, para fundar la ciencia económica en el método matemático y en la teoría de las funciones analíticas; así vemos en la moderna psico-física medir las sensaciones, buscar para todas ellas unidades comunes de medida y aplicar el metro, el gramo y el segundo á los fenómenos de la conciencia y de la voluntad; así en aquellos problemas de la Estética que se relacionan directamente con los sentidos, la Geometría y la Dinámica avanzan hasta las fronteras del arte, y la armonía de los colores y de los sonidos se reducen á compatibilidad de vibraciones del éter, del aire ó de los cuerpos elásticos que las ondas lumínicas ó sonoras atraviesan en su maravillosa propagación; así por último la Estadística trabaja por reducir á tablas y á números toda la Sociología, desde la producción de la riqueza hasta la criminalidad ó el azar. Esfuerzos todos naturales y fecundos que van echando los cimientos de las ciencias positivas para lo porvenir.

Pero no es esto solo: el sistema de *unidades de medida* tiene sobre las ventajas señaladas, que si en general son importantísimas, pueden en ciertos casos ser mínimas, otras ventajas y otras excelencias de orden más elevado.

Al fin y al cabo toda ciencia no es un montón más ó menos abultado de *hechos*, por reales y positivos que sean. La ciencia es un organismo y su esencia es la *ley;* y mientras los hechos no se coordinen en series análogas, y no se determinen sus relaciones permanentes, y no se sujeten á un código y se descubran sus leyes, la ciencia no existirá: será el caos, de donde podrá brotar la luz, pero caos seguirá siendo hasta tanto que el *fiat* del genio no descubra la *unidad* constante en la *variedad* móvil.

Las *leyes* científicas que no se reduzcan á fórmula matemática y que no puedan calcularse numéricamente, por importantes que sean, serán deficientes é incompletas: serán leyes de *desigualdad*, expresarán lo que es *mayor* ó lo que es *menor*, lo que vale *menos* ó lo que vale *más*, pero nunca llegarán al grado supremo, que es el de la *igualdad*, ó la *constancia*, á través de la variedad; es decir, que nunca alcanzarán la verdadera *unidad científica*.

Así, por ejemplo (para dar forma concreta á estas ideas que han de parecer quizá un tanto abstractas, cuando no fantásticas), la Estética moderna puede en muchos casos determinar las relaciones de *desigualdad* entre dos producciones artísticas: y no es difícil decidir, y es casi evidente, que tal cuadro de Rafael es superior á la creación mediana de un pintor vulgar: representad por A el mérito intrínseco del primero, por B el del segundo, y la ciencia y aun el instinto de cualquier aficionado establecerán sin vacilación que A es *mayor* que B, ó en escritura matemática $A > B$.

Pero pedid á esa ciencia ó al mas insigne crítico, que os determine la relación de ambas magnitudes; que os diga con cierta aproximación que A vale *mil veces, cien mil veces, un millón de veces* B; que os escriba con mano segura $A = 1.000.000\ B$ y le pediréis un verdadero imposible. Pero un imposible relativo: una imposibilidad que depende del atraso de la Estética, de la impotencia humana, no de que sea absurda en sí la cuestión propuesta. Para un ser superior, el metro, y el gramo, y el segundo que sirvan para medir cuadros de Rafael ó de Murillo y cuadros vulgares de los que confecciona un modesto pintor, existirá sin duda alguna, aunque hoy para nosotros el *etalon* artístico, como el etalon *económico*, ó el *político*, sean unidades entre imaginarias y fantásticas.

Toda ley científica y perfecta supone una ó varias *unidades* de *medida*, una *ecuación* y una *resolución numérica;* que al fin y al cabo la hipótesis pitagórica era un concepto admirable que *la ciencia moderna* ha venido á restablecer en todo lo que vale, con sus prodigiosas creaciones.

Y para destruir toda objeción, basta con que recordemos esta verdad, que no hay filósofo ni metafísico que pueda poner en duda: el concepto de *cantidad es universal;* pues de la comparación entre las cantidades resultan la *unidad*, el *número*, la fórmula matemática y su aplicación numérica.

Sólo que en el estado actual, para unos fenómenos existen *unidades de medida;* para otros fenómenos no existen, es decir, no son conocidos; y esta es la única diferencia práctica entre las ciencias exactas y las que no han llegado á serlo.



EL DESPERTAR DEL LEÓN, estudio de Pablo Meyerheim

antinomias que brotan del *movimiento;* si en vez de aplicar la *medida directa* y el cálculo matemático á los fenómenos de la Luz ó de la Electricidad, nos propusiéramos buscar el substratum del éter ó del fenómeno eléctrico; ni la Geometría, ni la Mecánica, ni la Optica, ni las maravillas del electro-magnetismo existirían hoy.

Afortunadamente la ciencia positiva sin negar ni tener en poco los estudios filosóficos, pero abandonándolos á filósofos y metafísicos, ha seguido sus métodos propios y ha buscado terreno más firme en que afianzar sus cimientos.

Acaso no sabe el geómetra lo que es la *línea*, pero tiene medios para saber cuándo dos líneas son iguales y concibe idealmente su igualdad absoluta por la superposición ideal.

Ignora el mecánico lo que la fuerza sea, pero la mide por el peso y la balanza, y comprende en la región pura la igualdad de dos fuerzas.

Ni el físico podrá decirnos con certeza qué misterios se ocultan en el fluido eléctrico, pero tiene medios para conocer cuándo dos cantidades de electricidad son iguales, pudiendo pasar de la igualdad á la multiplicidad numérica perfectamente definida.

Y de este modo *mide* lo desconocido por lo desconocido, el misterio por el misterio mismo; la línea por la línea, la electricidad por la electricidad, la fuerza por la fuerza, *un algo*, sea lo que fuere, por *otro algo* de la misma especie; y la medida le da el número, la fórmula matemática y la ley de *las relaciones*.

Lo cual no impide que por este camino al parecer extraviado vaya penetrando, aunque sea muy poco á poco, en la esencia de las cosas: astucia de sabios: estrategia contra lo incognoscible: movimiento envolvente de la ciencia al rededor de los misterios.

El procedimiento *de medida* tiene aún sobre todas las ventajas señaladas otra fundamental.

No sólo convierte en *verdad indiscutible* la mera *opinión* ó la *apreciación* instintiva; no sólo establece la relación exacta, la ley matemática, la fórmula general, la *ecuación* en suma, símbolo admirable de la unidad y de la permanencia que se sobreponen á la variedad; no sólo, en fin, da base firmísima á las aplicaciones prácticas convirtiendo la fórmula algebraica en fórmula numérica, sino que *elude*, ya que no resuelva, los más difíciles problemas metafísicos, todo ese conjunto de cuestiones trascendentales que en el pórtico de la ciencia esperan al sabio cerrándole el paso como otras tantas esfinges.

Si no penetráramos en la geometría de Euclides hasta no depurar y comprender metafísicamente lo que son la *línea*, la *superficie* y el *espacio;* si no estudiásemos la Estática y la Dinámica hasta que nuestra razón se posesiona se plenamente de la esencia íntima de las *fuerzas* ó de las

José Echegaray



PAISAJE EN OTOÑO, cuadro de Juan Hermann

Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 24 DE ENERO DE 1887 — NUM. 265

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EXPOSICIÓN ARTÍSTICA DE BERLÍN



ASTARTÉ, cuadro de Gabriel Max

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

ASTARTÉ, cuadro de Gabriel Max

El asunto, ó mejor dicho, la figura de este lienzo está inspirada por el *Manfredo* de lord Byron. Ha sido expuesto en la última Exposición artística de Berlín y su autor, ilustre representante de la escuela de Munich, ha obtenido un triunfo completo, hasta el punto de que un concienzudo crítico ha dicho de esta obra que basta por sí sola para destruir la preocupación de que el genio moderno no produce cosa alguna verdaderamente nueva ni esencialmente clásica.

Max ha leído y releído á Byron; ha hecho más, ha penetrado en su pensamiento, ha sentido como él á la desdichada amante de Manfredo, desterrada en castigo de su criminal amor. Su Astarté es la verdadera imagen de la mujer concebida por el gran poeta inglés; algo como una aparición fantástica, etérea, que toma forma humana á la proximidad de su amado; en cuyos labios, como dice Byron, asoma una sonrisa y cuyos ojos abrillantan tiernas lágrimas. Lleva las manos al corazón; quisiera arrojarse al cuello de Manfredo; pero toda manifestación de amor la está vedada y por esto es tan grande su tormento.

El profesor de Munich ha dado una prueba indiscutible de su mérito.

LA ORACIÓN DE LA TARDE, cuadro de F. Roubaud

La oración es uno de los mandamientos de la doctrina mahometana. Todo buen creyente debe orar cinco veces al día. La trompeta del muezín anuncia la hora de las oraciones desde lo alto de la mezquita; mas el mahometano no prescinde de sus deberes religiosos aun cuando deje de llegar á sus oídos la advertencia de las trompetas. Si la hora de la oración le sorprende fuera de la localidad en que habita, ora trepe á la cima de las montañas, ora atraviese el solitario bosque, ora cruce el arenoso desierto, se apea de caballo, descalza sus pies, humilla su cabeza, é invoca al Señor según previene el rito. Poco le importa que el cumplimiento de este deber no tenga testigos; en el Corán está escrito que el soplo del Todopoderoso se extiende también por el desierto y que el ojo del Señor está en todas partes.

Esta piadosa práctica ha reproducido Roubaud en un cuadro que da de ella una idea muy exacta. El sitio es imponente: ni la mirada del hombre penetra hasta él, ni á él llega el rumor del mundo; el musulmán, sin embargo, eleva sus preces á Alá, en actitud perfectamente recogida y mística. Es un lienzo sin rebuscados efectos; la impresión que causa nace de la fuerza de su ejecución; el sentimiento dominante es comunicativo. No puede proponerse más un artista, ni tampoco obtener mayor resultado.

¡ABANDONADA!.., cuadro de Carlos Rickelt

Este asunto ha sido tratado por varios artistas, á pesar de que no carece de dificultades. Para ejecutarlo con éxito es preciso que el autor esté muy seguro de condensar todo un drama en una sola figura. La imagen de la mujer abandonada por su amante, quizás después de vilmente seducida, ha de excitar la imaginación de todo poeta, y el pintor es un poeta que dibuja, como el poeta es un pintor que escribe. Rickelt no ha retrocedido ante lo difícil del propósito; todo lo contrario, parece como que haya aumentado deliberadamente esas dificultades, encerrando una tragedia de amor dentro de un cuadro esencialmente rústico y prosaico.

El problema, pues, queda reducido á la más ó menos feliz expresión de la figura dominante, y la trazada por Rickelt satisface completamente las exigencias de la crítica. Esa mujer es víctima de una pena aguda, profunda, pero esencialmente oculta. Es un dolor el suyo que no da derecho á proferir ayes, un tormento que no puede desahogarse, una preocupación de todas las horas, de todos los instantes, que se agrava con el recuerdo del pasado, la soledad del presente y el negro horizonte del porvenir. Por esto su mirada es vaga, por esto su actitud es la de la desesperación, por esto su pensamiento se encuentra tan lejos del mundo que éste se abriría bajo sus plantas sin que fuese bastante la inminencia de una catástrofe para arrancarla del estado que por completo la domina. ¡Pobre mujer abandonada!... ¡Únicamente el artista la comprende; únicamente Rickelt la compadece!...

LA NAVIDAD EN EL CAIRO

Este grabado, dibujo de J. Seymour, representa un vendedor de volátiles en la Pascua de Navidad, tipo de nueva creación, sin duda, y que sólo existe desde que los ingleses se hallan en Egipto, puesto que en el Cairo no se conocía la fiesta tan ruidosamente celebrada en diversos países de Europa. Estos vendedores suelen recorrer los cuarteles y distínguense por su característica indolencia, propia de los hijos de Oriente.

DESEO VEHEMENTE, cuadro de F. Vinea

Antojo sería el verdadero título de este cuadro en nuestro idioma, pues sin duda su autor, artista italiano de mucho talento, ha querido representar esos deseos inexplicables, ridículos algunas veces, que asaltan á las mujeres con extraña vehemencia cuando Dios las eleva al sublime estado de la maternidad. También el autor del lienzo debe ser antojadizo, pues va de tres veces que ha pintado el mismo tipo: la última ha sido el cuadro que reproducimos, expuesto con éxito en Berlín.

GENIO SEPULCRAL, estatua de Hans Peter

La escultura funeraria se ha prestado en todos tiempos á grandes manifestaciones del arte. La que hoy reproducimos no tiene quizás las formas místicas é ideales de que nos complacemos en revestir á los ángeles del cristianismo; quizás tenga algún resabio del genio ó cupidillo mitológico. Pero es indudable que por su correcto dibujo, sus elegantes formas y hasta por el bello pensamiento que determina su actitud, es digna de su reputado autor.

GRATA MAÑANA, cuadro de Anton Braith

Todo, en este lienzo, es realmente grato, apacible; todo respira calma, tranquilidad; hasta los mismos animales parecen salir alegremente del establo, respirar con fruición el aura matutina y gozar de su libertad como niños á quienes el profesor concede un asueto. Es un buen estudio del natural ejecutado con admirable espontaneidad.

LA PROCESIÓN DEL CORPUS, cuadro de Francisco P. Michetti

Francisco Pablo Michetti es uno de los notables pintores italianos contemporáneos, émulo de Morelli y gran imitador de nuestro malogrado Fortuny. Nacido en Chieti, ciudad situada en medio de los Abruzzos, ha dedicado varios de sus trabajos á reproducir los pintorescos tipos y escenas de aquel país, y la obra que representa nuestro grabado le ha valido particular renombre, por lo mismo que, como Morelli, rompe en ella con toda tradición rutinaria y se ostenta con la vigorosa originalidad de su genio, que, á no dudarlo, le colocará un día entre los primeros pintores de su país.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

PANORAMA DE LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL que ha de celebrarse en París en 1889

Por cuarta vez la nación francesa da cita al mundo entero cabe las orillas del Sena. Se aproxima el centenario de la famosa Revolución que marca una de las etapas de la humanidad, y para celebrarlo se invita al arte y á la industria universal á que luchen en pacífico palenque allí mismo donde lucharon violentamente y chocaron las ideas de la edad caduca y de la edad moderna. El acontecimiento conmemorado es grande, sin duda alguna; y sin entrar á discutir si todos los gobiernos y aun todos los pueblos lo recuerdan con igual entusiasmo, es incuestionable que una Exposición es la forma más colosal y simpática de recordarlo á la generación presente.

¡Cien años trascurridos!... ¡Qué de acontecimientos en un siglo!... La Revolución trajo el Imperio; el Imperio, que había paseado en triunfo las águilas francesas por toda Europa, atrajo á su vez sobre París á los ejércitos aliados de sus enemigos. ¡Cuántos odios, cuántas catástrofes, cuánta sangre en ese tiempo!... Al cabo de un siglo ¡qué de trasformaciones en los hombres y en las cosas!... Desgraciadamente no se ha extinguido aún el estruendo de las armas, desgraciadamente aun se inventan corazas que resistan á los cañones y cañones que destruyan esas corazas; desgraciadamente aun existen conquistas que afirmar y desquites que enardecen la sangre de los pueblos...

Pero en medio de tantos temores, es eminentemente consolador que una gran nación, la más designada para intentar una guerra de desquite, convoque á todas sus hermanas al gran certamen de las artes y la industria, que únicamente florecen á la sombra de la paz. Para albergar dignamente al mundo entero dispone Francia soberbio palacio, dominado por esa gran torre destinada á eclipsar las orgullosas pretensiones de los hijos de Babel. ¡Ojalá en lo más alto de esa torre florezca la simbólica rama de olivo y al pie de ella se estrechen lealmente las manos los que hoy se contemplan con desvío y hasta con odio! ¡Qué triunfo, entonces, para la Exposición Universal de 1889!

EL ALCALDE DE MONTERILLA

(De mis CARICATURAS, *libro inédito)*

I

No hace mucho tiempo vivía en la capital de Aragón un señor de muchas campanillas, pues sobre los respetos de su noble alcurnia, los de sus cincuenta años y los de su estatura, si no gallarda, gigantesca, tenía el riñón muy bien cubierto y era otrosí letrado; aunque en esto de letras pudiéramos quitarle algunas sin cometer cosa de despojo, como quiera que no tuvo nunca estudio abierto, quién diz que por falta de título, quién por sobra de trigo.

Sea de esto lo que quiera, ello es que el letrado, una vez en coloquio, ó sea en pleito, porque todo lo hacía cuestión jurídica, tenía siempre á mano para probar sus tesis una partida ó dos, cuando no eran tres ó cuatro, ó todas las siete echando el resto. Con este hablar á guisa de Alonso el Sabio, por sabio pasaba en el concepto ajeno y aun por sapientísimo en el propio.

Vivía más que holgadamente solo y señero en su casa del Coso de Zaragoza, y dueño y pacífico poseedor de una hacienda de saneados rendimientos, sita en no lejano término de un pueblo de la ribera, adonde iba á su agosto anualmente; sino que apenas se dignaba tratar al párroco y al doctor, mirando por debajo del hombro á la demás gente lega, no ya sólo por su grande estatura, sino también y sobre todo por su descomunal jurisprudencia.

Había al servicio del párroco un pobre mozo, al cual hubo de enseñar su merced en sus ratos de ocio, si no letras humanas, de que estaba falto, ni divinas, de que no estaba muy sobrado, todo lo que en finiquito sabía, lo cual no era ya poco: mucha gramática parda, mucho Alfonso de Ligorio, pardo también, y algunos cánones del mismo color.

No quedó en este punto la carrera del zagal, pues habiendo entrado en suerte para el reemplazo del ejército y sacado bola negra, bien que él mismo la sacara por su mano, con fe y esperanza de sacarla blanca, tuvo que dejar el servicio de cura, por el servicio del rey (que era reina á la sazón), aprendiendo en tan rígida escuela, si no la teoría, la práctica, el ejercicio, digámoslo así, del derecho.

Terminada su campaña, volvió á su pueblo natal, donde no quiso ya servir á nadie, si no es á su novia, que fué luego la madre de sus hijos, y á la agricultura, que le dió honra y provecho, sudando sobre cuatro terrones que le dejara al morir el bueno del párroco.

Ni estudió más; pero conservó siempre su gramática, su moral *ejusdem furfuris* y su práctica de andar derecho, que vale á veces todo un código.

Con esto, se halló luego en aptitud de figurar en el pueblo, y figuró con tal ventaja, que sin aspirar al poder él por su parte, fué nombrado como á la fuerza alcalde constitucional, ó sea regente de la real jurisdicción, ó si queréis, presidente del consejo de ministros de su pueblo, mal que pesara al letrado, que había presentido en él un rival no despreciable.

Y no sin motivo en verdad, pues siempre que iba el letrado al pueblo, luego al punto iba á visitarlo el licenciado, el cual, con serlo sólo del ejército, no sino parecía de ambos derechos.

¿Era esta puntual visita un acto de mero cumplimiento, ó anhelo de medir sus armas un licenciado con otro?

He aquí lo que no sabemos ni nos hace maldita la falta. Lo cierto es que, con elocuencia igual por una y otra parte, aunque más parda la lega que la técnica, saludarse y entrar en pleito todo venía á ser uno.

En vano alegando derecho, sacaba todas sus partidas el letrado: nunca podía sacar más de siete. El otro sacaba siempre más, no se sabe de dónde; pero ocho, diez y aun catorce tenía él siempre á disposición de su colega, dicho sea sin agravio del letrado.

No pudiendo éste ya sufrir con paciencia la demasía de un alegato, que él llamaba calumnioso, se iba al fin por los cerros de Ubeda sin parar hasta Zaragoza, y á veces sin haber acabado de encerrar la cosecha del año.

II

Al volver al pueblo un agosto, empuñaba ya la vara el licenciado, y la empuñaba como cosa propia, con fuerza y no sin garbo, habiendo sido cabo de escuadra en el ejército.

De más está decir que si el letrado hubiera puesto en juego todas sus campanillas ó respetos para derrotar al candidato, habríase visto negro el cabo segundo para ascender á alcalde primero. Por fortuna, no creyó prudente una hostilidad manifiesta y se limitó á la muda expresión de su alto desagrado.

El alcalde fué á visitarlo esta vez como las anteriores. Investido ahora de la real jurisdicción, hubiérase dicho que deseaba romper lanzas ó varas de justicia en un letrado tan empedernido y rebelde á toda avenencia, abocándolo á una cuestión de derecho ruidosa y decisiva, tanto más cuanto que en el poco tiempo que de jurisdicción llevaba había encontrado fondo de donde sacar hasta setenta partidas, que fueran menester, ó sean sesenta y tres y más que Gregorio López y el mismo rey que las engendró.

Tampoco rehusaba el letrado, enfrente de un juez lego, la contienda que se veía venir; mas con tan buenos deseos por una y otra parte, huían los dos del derecho, ó torcían á esta ó á la otra mano, cuando se encontraban, temiéndose ó respetándose mutuamente.

Y se explicaba este respeto ó temor, pues si el letrado era todo un Digesto, toda la jurisprudencia, el alcalde era toda una jurisdicción, todo un tribunal, con su toga ó capa de mangas en todo tiempo, su vara de justicia siempre y siempre con su alguacil al lado.

Pero esa calma aparente tenía su rumor interno y sordo como la calma de inminente tempestad. No era, dicho se está, no era sino una tempestad de derecho la que amagaba en el sereno cielo de la villa entre los dos licenciados, aunque el uno en Sigüenza y el otro en el castillo de Monjuich.

Lo que debía venir vino luego estallando de suyo, sin que ninguno de ellos lo trajera.

Y fué así:

Iba á la iglesia el letrado á oir su misa cuotidiana, siempre la conventual ó mayor por más solemne, cuando al pasar por la calle del Aire para caer á la plaza del Mercado, hubo de enfriársele el sudor y dió un estornudo tan pomposo, rimbombante y magistral, que espantó al perro de un hortelano, que dormía tranquilamente á la puerta de su casa. El perro saltó súbito aullando, cual si hubiera recibido un escopetazo, y atropelló al asno del molinero, el cual (no el molinero, el asno) soltó un par de coces por todo lo alto y salió escapado atropellando á su vez al maestro barbero, quien fué á dar de bruces sobre una cesta de huevos, sin dejar de seis docenas uno sano.

Viendo con despecho la huevera tan grande y lastimosa tortilla, hizo presa en el último causante del tal desaguisado y con tal y tanto ahinco que en ambos brazos le hincó los diez mandamientos ó sean todos los dedos de sus manos.

—¡Suelte V., mujer de Dios! — clamaba el paciente.

—No, hombre del diablo, maestro de desollar caras y de romper huevos, no soltaré ni á dos ni á cien tirones, como antes no me pague el desavío.

—Yo he sido atropellado por un asno.

—Yo por otro.

—Suelte V., buena mujer, y vaya en zaga del asno, que es aquí el único responsable.

—Aquí no hay más asno que responda, si no es el que me ha roto los huevos; y ó me los paga en buena moneda ó me los cobro yo en mala carne.

—¡Favor al rey! — gritó entre la agrupada gente un hombre que resultó luego alguacil. — ¡Favor al rey! — repitió más de recio, aunque era reina quien reinaba, porque las fórmulas tienen su molde invariable.

El grupo abrió paso al alguacil, el cual preguntó exhibiendo su signo de autoridad:

—¿Qué *timulto* es este?

La huevera y el barbero se explicaron á la vez y alzando á cual más el grito.

El alguacil no entendió una palabra ni media, y volvió á preguntar, entendiendo sólo entonces que el pleito era de mayor cuantía, por lo cual se inhibió de autos, reser-



LA ORACIÓN DE LA TARDE, cuadro de F. Roubaud

vando íntegra la decisión á la superioridad, á cuya presencia condujo á los *litigantes*.

Su merced, sentado en su tribunal, que era un sillón de vaqueta ante una mesa de pino cubierta con una manta, dió por presentada la demanda, citando partes y testigos para el juicio verbal que había de celebrarse á las avemarías de aquella misma noche.

III

Y dijo la demandante en el acto del juicio que reclamaba del maestro barbero la justa indemnización de las seis docenas de huevos que le había roto, á razón de tres reales docena. A lo que contestó el demandado asaz mohino que no debía él pagar ni un huevo de los setenta y dos de la tortilla, puesto que habiendo sido atropellado por el asno, el asno era el responsable del daño.

Dióse por aludido el molinero, como dueño del cuadrúpedo, y se defendió diciendo lógicamente que la misma razón que valía para el barbero debía valer también para el asno, como quiera que á su vez había sido atropellado por el perro.

– Cierto, – dijo el hortelano, – cierto que mi perro saltó súbito aullando, como ánima que se lleva el diablo, y espantó al asno que atropelló al barbero; mas es igualmente cierto que no hubiera saltado, tranquilo como estaba á mi puerta, ni espantado ni atropellado á nadie, asno ó barbero, á no estornudar tan de recio su merced del letrado.

– ¿Qué dice á eso su merced? – preguntó el alcalde.

– En la cuestión de hecho nada tengo que rectificar, – contestó el letrado con toda solemnidad; – pero he de disertar sobre la de derecho.

Y el jurista se fué al huevo de Leda, es decir, retrocedió al Fuero Juzgo, extractó los cincuenta libros del Digesto, recorrió las Siete Partidas, pasó por el bosque de la Nueva y Novísima Recopilación, viniendo á parar al fuero de Aragón para deducir que no habiendo premeditación en el hecho de estornudar quedo ó recio, lo único que procedía era sobreseer declarando las costas de oficio.

– Pero mis huevos no, señor letrado, - exclamó la interesada en son de queja y con resolución de cobrar á todo trance.

– También, – contestó impasible el letrado, – pues no debiendo pagarlos nadie, según derecho, claro es que debe V. perderlos.

El alcalde meneó la cabeza en negativa, mientras la pobre mujer protestaba contra un derecho que le parecía por demás tuerto.

– ¿No? – preguntó el letrado en son de reto dirigiéndose al alcalde.

– Nones, – contestó su merced en aragonés cerrado, como recogiendo el guante.

– Sepamos su doctrina jurídica.

– ¡Cuerno! Si por el hilo se ha sacado ya el ovillo.

– ¿Qué quiere decir eso?

– Del barbero al asno, del asno al perro, del perro al letrado...

– ¡A mí!

– A su espantable estornudo, que es lo mismo.

– ¡Qué herejía jurídica! – exclamó el letrado con escándalo. – Pues sepa su merced, – añadió con agresiva intención, – que yo no me dejo atropellar también por asnos.

El alcalde dió un ruidoso golpe en la mesa con su vara de justicia, como para imponer silencio, y lo impuso bastante solemne, incorporándose con toda la rigidez de la ordenanza.

– Señor letrado, – dijo después de una pausa, – sírvase su merced meterse la lengua en el bolsillo, ya que la tiene tan larga.

– Quiere decir, – repuso el letrado, – que estornudaré cada y cuando lo tenga por conveniente.

– Queda prohibido en el término de mi jurisdicción estornudar de un modo tan subversivo bajo la pena de veinticinco duros de multa.

—¡Protesto!

– Queda prohibido protestar en desacato de mi autoridad bajo la pena de cincuenta duros de multa.

– Tengo derecho á ..

– Queda prohibido tener derecho bajo la misma pena

– Pero...

– No hay peros, son huevos. Y en esta cuestión de derecho tengo yo más leyes que el mismo Indigesto. Y cuenta, señor letrado, que no son de las partidas sino de las enteras.

Y esto diciendo exhibió todo su bastón de mando como una vara de medir.

El letrado no despegó ya los labios; y aprovechando el silencio siguió dictando el alcalde aquel famoso juicio de esta gallarda manera:

«Considerando, que, si bien el barbero rompió de hecho los huevos, en derecho no los rompió el barbero, ni el asno, ni el perro, ni Dios que los crió, sino que moral é inmoralmente fué el letrado quien los rompió, espantando á los cuadrúpedos con estornudos que están fuera de la ley civil y dentro de la penal, se condena al causante á pagar los huevos rotos, quedando de su propiedad toda la tortilla.»

Y sentándose ahora con cierto reposo, dejó la vara en hiesta en su mano derecha, que puso sobre la mesa como dando un puñetazo, y cerró el juicio con este otro golpe, que pudiéramos llamar de gracia:

«Lo mandó y firmará el señor alcalde constitucional, regente de la real jurisdicción en esta heroica villa, etc.»

El letrado se fué á Zaragoza por el camino de marras y diz que no volvió más al pueblo.

Pero no se fué sin pagar los huevos rotos.

CECILIO NAVARRO

HISTORIA DE UN HOMBRE CONTADA POR SU ESQUELETO

POR DON MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

(Continuación)

Rodeaba, pues, á Clara una aureola de dignidad. Pero á pesar de ella, el diente envidioso la había mordido cruelmente.

– ¿De dónde ha venido esa mujer? - preguntaban las envidiosas; – dicen que es mejicana.

– Y bien puede ser: huele á indio desde una legua, – decían algunos que habían visitado aquellas remotas regiones de Ultramar; – su orgullo tiene algo de salvaje, y sus ojos...

Nadie podía adivinar, ó mejor dicho, calificar lo que había en los ojos de Clara.

A veces aquellos ojos, en raros momentos de distracción, se fijaban: aparecía en ellos una expresión singular, que causaba espanto, por lo profundo, por lo penetrante de aquella mirada que parecía fijarse en un ser invisible, y comprenderle y hacerse comprender de él: en aquellos momentos Clara estaba pálida, y un ligero temblor agitaba sus labios, que dejaban por un momento de tener el puro y trasparente color de las entrañas de una rosa.

Aquello pasaba, sin embargo, y Clara proseguía su conversación, si por acaso hablaba cuando la había acometido aquella distracción repentina.

No faltó quien reparase en estas singulares abstracciones de la hermosa viuda, y viese en el fondo de aquella mirada lúcida, profunda, un vestigio, una señal, una senda, por decirlo así, á cuyo fin se suponía, se creía ver misteriosa y vaga una historia terrible.

¿Por qué aquella mirada fija, amenazadora y suplicante á un tiempo: aquella palidez en las mejillas y aquella convulsión en los labios?

Cuando se ve una cosa que no se explica por sí misma, que no puede adivinarse, un misterio, una singularidad incomprensibles, todas las hipótesis son aceptables.

La hipótesis que la maledicencia aventuró, fué que Clara era mujer de historia, y que aquella historia debía ser fuertemente dramática.

Y como toda historia tiene capítulos, y como los capítulos de la historia de una mujer vienen á ser la variación cada uno de un capítulo príncipe, por decirlo así, de un capítulo radical é invariable: el amor, se echaron los hipotesistas á poner títulos á los capítulos de la historia sospechada á Clara.

«De cómo una mujer puede jugar su corazón á pares y nones, y perderle.

»De cómo una hija puede ser el remordimiento de sus padres.

»De cómo una casada puede probar que el matrimonio no es indisoluble.

»De cómo se puede quitar de en medio un estorbo.

»De cómo una mujer puede tener pesadillas con los ojos abiertos.

»De cómo una hija puede ser el dedo de Dios para una madre.

»De cómo, etc., etc...»

Y se supusieron á Clara cuantos crímenes, cuantas impurezas, cuantas degradaciones ocultas pueden suponerse en una mujer.

Un padre abandonado por un amante.

Un hijo perdido.

Un hijo hallado.

Un esposo asesinado.

Un... qué sé yo.



¡ABANDONADA!.. cuadro de Carlos Rickelt



PANORAMA DE LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL



QUE HA DE CELEBRARSE EN PARÍS EN 1889



LA NAVIDAD EN EL CAIRO, dibujo de J. Seymour

Porque es el caso que todos los que habían reparado de mala fe en las abstracciones de Clara, habían visto en ellas remordimiento, odio, y al mismo tiempo miedo.

A nadie se le ocurrieron los títulos de dos capítulos, que tanto podían caber en la historia de una mujer como en la de un hombre, á saber:

«De cómo una mujer puede vengarse.

»De cómo la venganza pronto ó tarde se vuelve contra quien la ha consumado.»

Pero no anticipemos, no dejemos vislumbrar los sucesos.

La Clara que tenemos delante, hermosa, riente, haciendo de una manera admirable los honores de su casa, recibiendo las bromas de mujeres enmascaradas, multiplicándose, dando al uno la mano, saludando al otro, reiterando al de más allá su amistad con un leve y expresivo movimiento de cabeza, una mirada y una sonrisa afectuosa, no es la Clara de la mirada terrible y sombría, no es la india, la mujer cuyo marido no ha conocido nadie, á quien tampoco se ha conocido un solo amante: es la mujer de gran mundo que cede á las exigencias de su posición de millonaria y da un baile de máscaras en su casa, el tercer día de carnaval.

No es ni más ni menos que eso.

Y sin embargo, Clara, en los diez años que llevaba de residencia en Madrid, no había dado baile ni soirée de ningún género, ni había pasado de su sociedad diaria.

¿Por qué al fin daba un baile?

¿Y por qué para aquel baile había gastado sumas exorbitantes, renovando su mueblaje, su alfombrado, y llegando hasta tal punto de esplendidez y de buen gusto que sólo se notaba lo que no había estado en su mano remediar, puesto que para ello la hubiera sido necesario construir un local exprofeso, esto es, la falta de espacio?

Y sin embargo, los asiduos concurrentes de la casa notaron que se habían suprimido tabiques, que se habían prolongado salones y ensanchado gabinetes.

En el ambigú había sorprendido á todo el mundo la variedad y la rareza de los fiambres, de los dulces, de los vinos, de los licores, de las frutas.

¡Frutas frescas de mil variedades en el mes de febrero!

Y sobre todo, una vajilla preciosísima de plata cincelada, y cristalería de colores de lo más raro y bello que podía suponerse.

¿Cuánto había gastado la hermosa viuda para aquel baile?

¿Quién podía calcularlo á primera vista?

¿Un millón? parecía poco.

Y dado caso que se hubiese acertado en lo del millón (de reales se entiende, no de pesos, como se sobrentiende cuando se dice un millón en América), dado caso que los tasadores de todo aquel lujo hubiesen acertado, quien para una sola noche gasta un millón... le tiene de sobra, y quien tiene de sobra un millón...

Las hipótesis respecto á Clara, después de este cálculo, llegaron á lo absurdo.

Hemos presentado á Clara.

Después la daremos á conocer.

Continuemos.

IX

– ¿Qué tal, Eugenio? – dijo el esqueleto suspendiendo su relación y tirando la punta de un cigarro, – ¿sé contar historias?

– ¿Pero lo que me cuentas es una historia ó una novela?

– Llámala como quieras: pero bajo palabra de honor, te estoy contando mi historia.

– ¿Es esa viuda tu mujer?

– Si tú te empeñas en poner detalles de tu cosecha en mi historia, será necesario que la llamemos historia-novela original de dos ingenios, á saber: de Dios en la parte histórica, y de Eugenio Arria en la parte de inventiva.

—¿Quieres á todo trance guardar el misterio?

– No; lo que quiero guardar es la lógica.

– Se me figura que tu viuda millonaria es una bribona.

– Puedes figurarte lo que quieras. Mejor si te has engañado. Eso será en honor de la imaginación de Dios. ¿Has acabado ya? ¿No tienes necesidad de interrumpirme otra vez?

– No; te escucho.

– Pues sigo.

X

Hubo un momento en que pasó junto á Clara un hombre con disfraz de chino.

Por la abertura de los ojos del cascarón de pasta que aquel hombre llevaba sobre la cabeza, salió un relámpago que fué á reflejar en los ojos de Clara.

El hombre desapareció.

Poco después Clara atravesó el salón y algunas piezas, y fué á sentarse en un gabinete solitario junto á una chimenea encendida.

Allí, sentado en otra butaca, estaba el chino.

A poco espacio trabaron conversación en voz baja el chino y Clara.

Cuando por acaso alguna máscara, mujer ú hombre, asomaban á la puerta y miraban al chino y á Clara, el chino callaba y Clara soltaba una alegre carcajada, tan bien fingida que todos los que la oían hacían este ú otro razonamiento semejante:

– He allí que la hermosa viuda se divierte á costa de un tonto.

Porque todos conocían á Clara y suponían que un hombre que hablaba con ella no podía hablarla de otra cosa que de amor.

Pero la conversación era harto seria y grave.

La risa de Clara, cuando aparecía algún importuno, era, por decirlo así, la careta de aquella conversación.

Hela aquí:

– Y bien, López, – dijo la viuda; – ¿él está ahí? ¿no es verdad? ¿lo he presentido? me ha sobrecogido un momento ese frío agudo, ese temblor profundo que siento cuando está en el mismo lugar en que yo me encuentro.

– Ahí está, – dijo con voz ronca y breve López.

– ¿Y de qué sirven, pues, las ofrendas que hago á la santa Virgen de Atocha, los huérfanos que mantengo, los desdichados que socorro, el sacrificio horrible que me impongo de renunciar á lo que ningún ser humano renuncia sin consumar un horrible sacrificio: al amor?

– Ahí está, – repitió con voz más ronca y gutural López.

Y al decir esto López, Clara ahogó un grito, tembló toda, se puso de pie, y se dirigió á la puerta del gabinete.

En ella había aparecido un hombre atlético, con el semblante descarnado, es decir, fuertemente demacrado, con la cabeza afeitada y un solo mechón de cabellos en la parte superior, á la que estaban sujetas tres plumas de bengalí. La tez cobriza de aquel hombre dejaba ver este color únicamente á trechos entre las rayas circulares de diversos colores que matizaban su rostro y sus brazos, y la parte desnuda de sus piernas: llevaba un ropón de una tela tejida de plumas, un collar de gruesas perlas negras, y otro de corales al cuello; una especie de anguarina ó taparrabo del mismo tejido que el ropón; pendiente de la cintura un hacha y un par de pistolas, y cubiertas las piernas con esos botines peculiares de los indios, que se llaman mocasines.

Era una magnífica máscara, un tipo completo de indio; y aquel hombre no tenía careta; aquel hombre, cuando más, había imitado admirablemente los extravagantes dibujos que fijan de una manera indeleble en su piel, cortándola con una concha y rellenando las cortaduras con colores, los jefes indios.

Aquel hombre había fijado una mirada sombría en López y en Clara; los había abarcado en ella, y al levantarse Clara, al adelantar hacia él, había vuelto la espalda, y había, al fin, desaparecido.

Clara volvió junto á la chimenea, se dejó caer sobre la butaca, se cubrió el rostro con las manos y rompió á llorar.

– Estamos delante del mundo, — dijo López con acento breve.

Clara levantó la cabeza, se enjugó las lágrimas, y se serenó; es decir, compuso su semblante.

—Hoy es el 28 de febrero, – dijo López.

Y entonces su voz cavernosa y ronca parecía venir de la eternidad.

—He hecho un loco gasto, creyendo que la animación, el ruido, la música le ahuyentarían... pero al mediar la noche... como todos los años...

—Peor aún.

—¿Peor?

—¿No ha visto usted una joven que ha entrado sola en el baile? ¿una joven que lleva un magnífico aderezo de perlas negras?

– Sí, sí, la he visto.

– ¿Pero la ha visto usted la cara...?

– La boca, el cuello, los hombros... blanca, blanquísima, pelinegra y ojinegra.

—¿Y dice usted que ha venido sola...?

—He preguntado, y Antonio me ha dicho que esa joven ha bajado sola de un carruaje de alquiler.

—¡Oh! pues es necesario, necesario de todo punto averiguar...

—Su aparición ha causado una sensación muy profunda.

En aquel momento el indio atravesó por delante de la puerta, llevando del brazo á la máscara de color de rosa; se detuvieron: él arrojó una mirada tan sombría como la que había arrojado antes á Clara y á López, y la máscara de las perlas negras dejó oir una leve carcajada.

Pasaron.

Por aquella vez no fué una palidez de miedo, sino de irritación la que cubrió el semblante de Clara.

– Esto es ya demasiado, demasiado, – dijo; – no tengo que arrepentirme de lo que he hecho, y hago muy mal en aterrarme, muy mal en sacrificarme. ¡Ah! – exclamó viendo un máscara que apareció en la puerta del gabinete, cubierto con un dominó negro: – ¡Es él! pues bien, estoy resuelta. Déjeme usted sola, López.

– ¡El! ¡él! – murmuró López saliendo: – él es peor que ese terrible fantasma.

Y salió del gabinete.

PARÍS PINTORESCO



1.—*Notre Dame*, desde el puente Saint-Germain. 2.—*Hotel Cluny*, fachada interior. 3.—*Hotel Cluny*, vista exterior.



DESEO VEHEMENTE, cuadro de F. Vinea

XI

El máscara que había aparecido en la puerta del gabinete, adelantó lentamente, se detuvo junto á Clara y apoyó una mano en el respaldo de la butaca en que estaba sentada.

Aquel máscara era el mismo que había entrado en el baile tras la máscara de color de rosa.

Estaba enteramente encubierto.

Por algún tiempo estuvo observando en silencio á Clara.

– Siéntese usted, Sandoval, siéntese usted, – dijo la viuda.

– ¿Y si yo no fuera Sandoval?—dijo el máscara fingiendo la voz.

—Siéntese usted, Sandoval. Le he conocido á usted desde el momento en que le he visto, – dijo la hermosa viuda sonriendo tristemente.

– Pues si me ha conocido usted, señora, – dijo el máscara ya con su acento natural y sentándose en la butaca que había dejado vacía López, – doy á usted las gracias.

– ¡Las gracias! ¿Y por qué?

Porque no ha huído usted de mí.

—Yo no huyo de nadie, – dijo con seriedad Clara.

– Dispénseme usted, pero creo tener razones, pruebas, para decir que huye usted de mí, no sé por qué.

– Repito á usted, Sandoval, que se equivoca.

– Nunca la he encontrado á usted en su casa, sino cuando ha estado acompañada de otras personas.

– Habré tenido la desgracia de haber salido cuando usted ha venido á visitarme. Pero conserve usted la careta... se lo suplico, – dijo Clara con viveza viendo que Sandoval iba á descubrirse.

– Como usted quiera, señora, – dijo Sandoval retirando la mano de la careta.—Pero volviendo á nuestra disputa... permítame usted la frase.. repito que tengo pruebas de que usted se me ha negado siempre que ha estado sola.

– Quisiera conocer esas pruebas, – dijo Clara sonriendo.

– A la tercera vez que recibí una negativa, tomé un carruaje de alquiler, le hice parar delante de su casa de usted, con las cortinillas echadas...

– ¡Pero eso es indigno, Sandoval!—dijo riendo Clara, risa que la causaba un esfuerzo doloroso; – una embozada á una dama...

– A una dama harto cruel.

(Continuará)

LAS LUNAS DE MARTE

En libros recientes de Astronomía popular se dice aún que los planetas Mercurio, Venus y MARTE carecen de satélites, y que solamente ostentan lunas que los acompañen en su viaje al rededor del Sol, la TIERRA, JÚPITER, SATURNO, URANO y NEPTUNO.

La Tierra tiene un solo satélite, que es nuestra luna. Júpiter tiene cuatro, que se distinguen con los nombres de *primero*, *segundo*, *tercero* y *cuarto*. Galileo fué el astrónomo que primeramente los percibió en enero de 1610 por medio de uno de sus anteojos; pero se dice que en Siberia hay personas de tal vista que los distinguen sin el auxilio de ningún anteojo. Y como estos satélites, en su marcha orbital, son frecuentemente eclipsados por el planeta, de aquí que los hombres de Siberia capaces de distinguirlos digan que Júpiter come estrellas, que después arroja de sí. Y los eclipses tienen que verificarse con frecuencia suma, porque el satélite primero da una vuelta al rededor de Júpiter en 1 día y 18 $^{1}/_{2}$ horas (poco menos), y el segundo emplea 3 días y casi 13 horas y cuarto; el tercer planeta rodea á Júpiter en 7 días, 3 horas y 43 minutos, y el cuarto en 16 días y algo más de 16 horas y media. Júzguese de la velocidad de estos satélites al rededor de su planeta, considerando que nuestra luna, – aun recorriendo una órbita menor que la del primer satélite de Júpiter, – invierte en dar la vuelta al globo que habitamos 27 días, 7 horas y algo más de 43 minutos (si bien de una lunación á otra, por causa del movimiento de la Tierra al rededor del Sol, pasan 29 días con 12 horas y ¾).

Saturno, además de su portentoso anillo, tiene ocho satélites. El primer satélite descubierto (por Huighens en 1655) fué el que hoy, á contar desde el centro del planeta, ocupa el sexto lugar: sucesivamente y en el mismo siglo descubrió Cassini otros cuatro; y estas lunas, según el modo de distinguir las de Júpiter, fueron llamadas *primera*, *segunda*, *tercera*, *cuarta* y *quinta* en proporción al aumento de sus distancias á Saturno. Guillermo Herschell descubrió otros dos satélites en 1789 que, atendiendo al orden cronológico del descubrimiento, se denominaron sexto y séptimo. Pero tal nomenclatura resultaba absurda, porque los dos satélites de Herschell estaban más cerca de Saturno que el primero de los descubiertos por Cassini. Para salvar el inconveniente de confundir el orden cronológico de los descubrimientos con el orden geométrico de las distancias, propuso Juan Herschell bautizar á los siete satélites entonces conocidos con los nombres de siete de los Titanes, hijos de Urano y de Gaea (ó Titæa, de donde les vino el nombre). En la misma noche, 19 setiembre 1848, Bond, en Cambridge, Estados Unidos, y Lassell en Liverpool, Inglaterra, descubrieron el octavo en el orden cronológico y septimo en el de las distancias, y, conforme con lo ya propuesto por Juan Herschell, el nuevo satélite recibió el nombre de otro Titán.

Los nombres de los satélites, tiempo de su revolución al rededor de Saturno, y nombre de los descubridores, son como sigue:

–	*Días*	*Horas*	*Mints.*	*Segunds.*	*Astrónomos*
MIMAS		22	37	22,9	G. Herschell en 1789
ENCÉLADO	1	8	53	6,7	» »
TETIS	1	21	18	25,7	Cassini en 1684
DIONE	2	17	41	8,9	» »
RHEA	4	12	25	10,8	» 1672
TITÁN	15	22	41	25,2	Huighens en 1655
HIPERIÓN	22	12 (?)			Bond y Lassell 1848
JAPETO	79	7	53	40,4	Cassini en 1671

He aquí cómo un simple mortal, un astrónomo, Juan Herschell, puso en los cielos á los Titanes; á pesar de haberlos precipitado en el Tártaro el Gran Padre de los Dioses, después de la terrible Titanomaquia, guerra espantosa que duró diez años, de la cual salió triunfante, gracias á las armas que le suministraron los Cíclopes, laboriosos jayanes de un solo ojo en medio de la frente, y á pesar de haber encomendado la custodia de los vencidos á los vigilantes Hecatonqueiros, poderosos gigantes de cien brazos.

Guillermo Herschell, el 13 marzo de 1781 observando la constelación de Géminis, tuvo la suerte (no siempre el 13 ha de ser infausto), tuvo la suerte de percibir una como estrella que parecía muy grande comparada con las estrellas sus vecinas aparentes. Juzgóla al pronto un cometa; pero después (al mes siguiente) ya hubo datos bastantes para considerar como planeta de nuestro sistema solar al tal cuerpo celeste. Guillermo Herschell quiso ponerle nombre, y propuso llamarlo *Georgium Sidus*, estrella de Jorge, en honor de Jorge III, rey de Inglaterra á la sazón; pero los sabios se amotinaron, y ellos, que no hallan inconveniente en elevar hasta el cielo á los titanes, lo encontraron al tratarse de un nombre real. Lalande propuso llamar Herschell al astro, para gloria de su descubridor; pero los nombres de los mortales no prosperaban por entonces en las candidaturas celestes. Lichtenberg quiso que el nuevo planeta fuese Astrea, pero... Astrea, diosa de la Justicia, después de haber vivido en la tierra durante el siglo de oro, se había huído á los cielos, – precisamente cuando hacía más falta, en cuanto vió que el crimen se entronizaba de la Tierra; y, allá en el Zodíaco, convertida en la constelación de Virgo, se estaba muy tranquila con su balanza en la mano. Poinsinet dijo que el planeta se había de llamar Cibeles. Prosperin dijo que Neptuno; y, cuando ya los astrónomos estaban cansados de negarse á todo, Bode propuso que el planeta de Herschell se llamase Urano; y esta propuesta, aunque no mejor que las demás, fué admitida por unanimidad, como sucede siempre á última hora en el período del cansancio.

Urano, pues, tiene cuatro satélites (Guillermo Herschell creyó haber visto seis); pero esta vez los nombres de tres no salieron directamente de la mitología, sino de las comedias de Shakespeare, *La tempestad* y *Sueño en noche de verbena*. He aquí nombres y períodos de revolución:

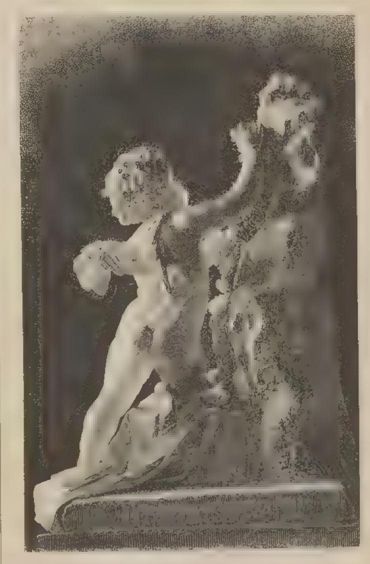
	Días	*Horas*	*Minutos*	*Segundos*
ARIEL	2	12	28	48
UMBRILL	4	3	27	22
TITANIA	8	16	56	31
OBERON	13	11	7	13

Los satélites conocidos hasta antes de 1781 se movían (y se mueven) al rededor de sus planetas en el mismo sentido que los planetas circulan en sus órbitas al rededor del Sol, es decir, en sentido sinistrorsum, ó sea en sentido contrario al de las manillas de un reloj para un espectador que estuviese fuera del mundo allá en el Polo Norte de la eclíptica. Pero he aquí que los satélites de Urano se salen de la regla, y aparecen caminando en sentido retrógrado, como dicen los astrónomos; es decir, en sentido dextrorsum, ó sea como las manillas de un reloj, para el mismo hipotético observador situado allá en el Polo Norte.

Y hay más. Los satélites conocidos hasta 1781 se mueven en elipses coincidentes CASI con el plano de la eclíptica, esto es, con el plano en que circula la Tierra al rededor del Sol; mas los satélites de Urano se mueven, no sólo con movimiento retrógrado, sino en planos casi perpendiculares á la misma eclíptica.

Neptuno es el último planeta descubierto – hace cuarenta años – el 23 setiembre 1846. Fué visto la primera vez por el doctor Galle, de Berlín, en virtud de indicaciones hechas por Leverrier.

Las tablas de Urano, cuidadosamente formadas varias veces, no daban, á los pocos años, cuenta exacta del planeta descubierto por Herschell. Sospechóse que algún otro planeta no conocido aún, introducía perturbaciones en la marcha de Urano; y, con tal sospecha, se emprendieron trabajos de mucho mérito, en Inglaterra por J. C. Adams, y en Francia por Leverrier, calculando, por las perturbaciones, el lugar donde debía hallarse el entonces sólo sospechado planeta perturbador. Adams terminó sus cálculos nueve meses antes que Leverrier; pero en Inglaterra no



GENIO SEPULCRAL, estatua de Hans Peter

se hicieron en todo ese tiempo diligencias para buscar el astro, y la gloria del descubrimiento de Neptuno (que debería haber sido para Adams y para Inglaterra) resultó

para Leverrier y para Francia, á consecuencia de las observaciones del doctor Galle.

Neptuno tiene un satélite que tampoco se mueve, cercano al plano de la eclíptica, pues forma con ella un ángulo de 35° casi: su revolución dura 5 días, 21 horas y 15 minutos.

Todos los planetas, pues, tenían un satélite, ó varios, y solamente constituían una excepción Mercurio, Venus y Marte.

Había dicho Voltaire, dejando correr libremente y sin freno á su imaginación, que el planeta Marte sería un astro muy desairado careciendo de Lunas, como las tienen Júpiter y Saturno; y que, por tanto, debían gravitar nada menos que dos satélites al rededor del desairado planeta.

Los astrónomos rieron de la ocurrencia volteriana, no fundada en ninguna inducción de orden verdaderamente científico; pero en el mes de agosto de 1877 la observación confirmó la ocurrencia humorística de Voltaire. Marte tenía dos lunas efectivamente.

El descubrimiento de las dos lunas de Marte, y la confirmación inmediata, se debe á los astrónomos de los Estados-Unidos de la América del Norte; sin duda porque allí se encuentran los mejores anteojos de moderna construcción.

Asaph Hall, del Observatorio de Washington, descubrió la Luna exterior el 11 de agosto de 1877, y el día 17 vió á las dos. El inmediato día 18 fué confirmado su descubrimiento por varios astrónomos en el mismo Washington; por Alvan Clarke en Cambridgeport, Massachúsetts, y por Pickering en Cambridge, en el mismo Massachúsetts.

La Luna exterior fué observada algún tiempo después en París por Paul y Prosper y también en Greenwich y en Parsonstown; pero solamente los astrónomos americanos gozaron del privilegio de ver las dos; porque estas Lunas son cuerpos relativamente tan diminutos que sólo resultan accesibles á los amplificadores de mayor alcance.

Con toda probabilidad el diámetro de estos dos satélites no excede diez y seis veces la distancia de la fuente de la Cibeles á la Puerta del Sol (un kilómetro). La Luna interior dista del planeta Marte 5630 kilómetros, magnitud bastante menor que la distancia desde la superficie de la tierra al centro de nuestro globo. En efecto, el radio de una esfera de igual volumen que el correspondiente á nuestro elipsoide, es de 6370 kilómetros. La Luna exterior de Marte dista de él 19300 kilómetros.

El satélite exterior da una vuelta completa al rededor de Marte en 30 horas y 15 minutos, y el interior en menos de 8; de modo que la Luna interior sale y se pone dos veces en una noche Marcial, puesto que el día de Marte dura 24 horas, 39 minutos y 25 segundos de los nuestros.

De lo dicho resulta que la Luna interior, como que tiene una velocidad orbital tres veces mayor que la diurna de la superficie del planeta, parecerá á los habitantes de Marte, —si los hay,— que sale por Occidente y se pone por Oriente.

En la *Iliada* de Homero se llama á los caballos de Marte, DEIMÓS y Phobo (Temor y Espanto): el señor Madan, del colegio de Eton en Inglaterra, propuso que se aplicaran estos dos nombres á los satélites recientemente descubiertos; y, habiendo parecido bien la propuesta, los astrónomos llamaron Fobo á la Luna interior y Dimo á la exterior.

Las dos Lunas se mueven casi en el plano del ecuador Marcial.

Sólo, pues, quedan sin satélites Mercurio y Venus.

¿Deberemos decir que no los tienen porque no los hemos visto aun?

E. Benot



GRATA MAÑANA, cuadro de Anton Braith



LA PROCESIÓN DEL CORPUS, cuadro de Francisco P. Michetti

Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

AÑO VI — BARCELONA 31 DE ENERO DE 1887 — NÚM. 266

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

ENTRE DOS FUEGOS, cuadro de Luis Jiménez

No consiste el mayor peligro en asaltar una muralla ó tomar una batería á la carrera. Hay ojos más temibles que la boca de un Krup, que apuntan casi siempre al corazón y, lo que es peor, raras veces dejan de hacer blanco. En Andalucía hay fábrica de esas armas traicioneras, y el desdichado contra quien se dirigen, bien puede darse por muerto, más que revista su cuerpo una armadura como no la construyó Vulcano más perfeccionada.

En nuestro cuadro hay un hombre en peligro, un militar español que no ha pestañeado ante los ejércitos de Napoleón y que acabará por rendirse indefectiblemente como un cadete imberbe. Aquiles tenía un punto vulnerable, y los Aquiles de España no son más privilegiados que el de la antiguedad. Es natural: á un balazo se contesta con otro balazo; una estocada tiene su quite; pero vamos á ver quién es el guapo que resiste á una muchacha sevillana, empeñada en hacer una conquista..... Pues ahí es nada, cuando no se trata de una muchacha, sino de dos muchachas... ¡ Ay pobre corazón!... En vano te atusas el bigote y te das aires de conquistador... Eres hombre al agua, ó mejor dicho, hombre al fuego.

MUCHACHA DE HESSE.-LABRADOR DE SCHWALM, apuntes de K. Ranpp

El valle de Schwalm es uno de los sitios más típicos de Alemania. Ni aun la influencia transformadora del ferrocarril ha podido cambiar las costumbres de sus pobladores, que desde últimos del pasado siglo parecen como petrificados. Esta circunstancia, que empieza á ser rara en nuestros tiempos, atrae al valle numerosos excursionistas, pintores singularmente, que andan siempre en busca de aquello que escasea. Ranpp, artista alemán, insiguiendo los consejos de Jacobo Betker, su profesor, visitó el Schwalm y apuntó sobre el terreno á varios de sus moradores. Muestra de la soltura y fidelidad con que el artista realiza su empeño, son los dibujos que hoy publicamos. A la justa celebridad de esa región contribuyó más que otro alguno el famoso pintor Knaus, tan prendado de sus bellezas que durante muchos años fijó en ella su domicilio y en ella se inspiró para no pocas de sus más preciadas obras.

UN HOMBRE Y UN HERMANO

Este grabado, cuyo dibujo se debe al eminente artista inglés Mr. C. Woodville, representa á un oficial de milicias y á un negro, á quienes se ha impuesto la pena del cepo en castigo de alguna falta. El autor supone que el segundo hace observaciones filosóficas al otro, diciéndole que, aun cuando difieren por el color, la raza y la categoría, en aquel momento son iguales por la adversidad, y que ninguno debe desanimarse por los contratiempos de la vida.

PARÍS.-ORILLAS DEL SENA, dibujo de J. M. Marqués

Quien se figure París una ciudad de hadas, en la cual el arte se ha anticipado á los deseos y hasta á los caprichos de la imaginación, no está en lo cierto. El reconocido buen gusto francés, secundando miras políticas y proyectos económicos, ha convertido la antigua Lutecia en la población sin duda más elegante de Europa y tal vez del mundo; pero este manto de brocado y de armiño no envuelve tan por completo al París de nuestros días que no asomen debajo de aquél algunos sitios lúgubres, algunas construcciones sombrías, algo y mucho que contrasta con los alegres bulevares y la incomparable plaza de la Concordia.

Marqués, á fuer de artista que siente, ha huído del París que bullè, ríe, danza y bebe todos los días y á todas las horas, sintiéndose más atraído por el París solitario, que no conocen la mayor parte de los *touristes*, el menos parisién que darse pueda; porque el verdadero París, el gran París dice muy poco ó nada al sentimiento del artista.

Aplaudimos la manera de ver de nuestro asiduo colaborador: tratándose de la capital de Francia, la que invita al mundo con toda suerte de placeres, un paisaje triste, unas casas tristes, un río triste, tienen algo de filosófico: ello puede recordarnos que, según dice el refrán, no es oro todo lo que reluce, y que no lejos de la *cocotte* que arruina á un lord y un magiar en seis meses, la más espantosa miseria aniquila á muchas honradas madres de familia, para quienes el París brillante es el más horrible de los suplicios ó el más inmerecido de los sarcasmos.

LA FELICITACIÓN DEL CUMPLEAÑOS, cuadro de Alberto Randnitz

Pensamiento ingenioso, ejecutado con notable acierto. El personaje principal, llamémosle así con permiso de esas damas, está poseído del papel que desempeña: su mirada expresa claramente el afecto que siente hacia la joven felicitada; si es mensajero de amor, como parece, su dueño ha escogido un excelente intérprete. No todos los hombres, y en particular no todos los lacayos, desempeñarían el encargo con tanta prudencia y cortesía.

MONUMENTOS DE LA ATENAS MODERNA

Como se dice del ave Fénix que renace de sus cenizas, la Atenas moderna renace de entre sus ruinas. Naturalmente, su renacimiento se efectúa con lentitud, porque las fuerzas se pierden en mucho menos tiempo que se recobran. Pero en cambio los atenienses, dando honroso ejemplo de patriotismo y buen gusto, procuran y consiguen generalmente que las nuevas construcciones monumentales conserven el carácter de su antigua arquitectura, aún no igualada por pueblo, escuela ó genio alguno. Dígalo, sino, la vista que publicamos y que nos transporta mentalmente á la metrópoli del antiguo mundo artístico.

El edificio del centro es la Universidad; á su derecha, en primer término, la biblioteca, que por de pronto no pasa de proyecto. A la izquierda de la Universidad la Academia, espléndido regalo hecho por el barón de Sina á su patria, cuyos planos son debidos al arquitecto Th. Hansen, hermano de Cristián Hansen, autor del proyecto del edificio universitario. El donativo del barón de Sina data del año 1859: sus cimientos son de piedra del Pireo, el resto de mármol pentélico. Su fundador no pudo verlo terminado; ha muerto el gran de admirador del arte griego, pero su nombre correrá unido para siempre á la Academia de Atenas.

ITALIANA, estudio de Francisco de Lenbach

He aquí una italiana poco italiana para aquellos que no conocen un tipo que abunda en Nápoles y Sicilia. Nos referimos á las italianas de sangre sarracena, hermosas mujeres que por la energía de sus líneas y por el fulgor de su mirada, unas veces fiera y otras excitan-



ENTRE DOS FUEGOS, cuadro de Luis Jiménez



LABRADOR DE SCHWALM (APUNTES DE K. RANPP).

te, tienen cierta analogía con la raza bohemia, por más que su estado social no sea generalmente análogo á esta última. Lenbach es un artista alemán que cultiva con preferencia los estudios de mujeres típicas: en Viena y en Munich ha expuesto notables trabajos en este género. Comparando éstos con el de la italiana que publicamos, dicen algunos críticos que falta en ésta la debida expresión, ó que cuando menos su autor ha quedado en ella por debajo de las condiciones expresivas de otras obras suyas del mismo género. Por nuestra parte, aun prescindiendo de que cada tipo tiene su expresión particular y de que cuando de un estudio se trata á la verdad hay que atenerse, no quisiéramos que ninguno de nuestros hijos tuviera que poner á prueba lo que dicen y lo que pueden los ojos de esa mujer.

LA INTIMIDAD

No creo que las personas debemos vivir como fieras, huyendo del trato social, pero ciertas relaciones íntimas ocasionan sinnúmero de disgustos.

Un amigo íntimo puede ser como un hermano y puede ser una pesadilla.

La intimidad excusa de ciertas fórmulas y autoriza varias libertades:

Hay amigos íntimos que nos comen y que nos beben y que nos explotan, por la intimidad.

Pidan Vds. un favor á cualquier amigo íntimo y, generalmente, le concede tarde y mal.

Primero se ha de cumplir con las personas con quienes no hay intimidad: los íntimos todo lo perdonan.

Así decía un hombre vestido de riguroso guiñapo:

—Yo soy íntimo del ministro de..

Y otro elegante de la misma clase, replicaba:

—Ya se le conoce á usted.

Pero la intimidad conyugal ocasiona aún mayores molestias que la intimidad con los amigos.

En el prólogo del amor la novia no piensa en más que en su amante: éste no sabe salir de la casa de su novia, cuando le permiten la entrada: cuando no, vaga por la calle donde tiene su casa la mujer querida, «ella.»

«Ella» y «Mi fulana,» siempre las nombramos de una de estas maneras.

«Ella,» porque para «El» no hay otra mujer con quien poder confundirla.

«Mi fulana» como un anticipo intelectual que nos concedemos.

Por supuesto, para «Ella» no hay más que «El» y «Mi... N.»

¡Cuántas veces se asoma al balcón, si disfruta vistas de hilo! ¡Qué intranquilidad cuando se aproxima la hora de la visita de su amante ó del desfile, á pie ó á caballo, por bajo del balcón!

¡Cuántas veces ha examinado su imagen en el espejo, para deducir el efecto que ha de producir en su novio!

¡Cómo se viste, cómo se peina, con cuánto esmero se adereza, para fascinar al enamorado pretendiente!

¡Y cuán afable y dulce es su palabra, y cuán apasionadas sus miradas!

¡Y cómo le mima, y cómo le cuida, y procura adivinar los pensamientos y la voluntad de su amante!

¿Y nosotros? En las horas que pasamos al lado de nuestras amadas, no parecemos nosotros mismos, sino cándidos palomos, inocentes borregos y sensitivas con bigote

—Tú serás mía.

—Tú serás mío

—Yo seré tuyo ó del revólver

—Yo tuya ó de la caja de cerillas.

Esta es la letra invariable en los *couplets* amorosos, durante la etapa de la ternura, cuando aun no se ha llegado á la intimidad conyugal.

—Para muchachas bonitas,—decimos,—mi novia; para muchachas graciosas.... la misma; para mujeres de talento y de instrucción... la mencionada; y para limpieza y gusto y elegancia y economía, y demás... la susodicha.

Ellas, en sus conversaciones con las amigas, opinan lo mismo de nosotros.

—¡Qué bien te está ese color de la corbata!

—¿Sí?

—Sí, coquetón, ya lo sabes tú.

(Oyendo esto el novio se chupa de gusto los dedos:)

—En agradándote estoy satisfecho.

—Y ese chaquet te sienta admirablemente.

El amante hace como que lo ignora; pero ya se ha visto retratado no sólo en cinco ó seis espejos, sino en los cristales de los escaparates que ha encontrado al paso.

¿Y ella? ¿cómo está ella? Como en día de fiesta.

Para que pasara un día sin peinarse al amanecer, sería preciso que estuviera enferma de sumo peligro.

Pero como todos los plazos se cumplen, llega el día de la boda, y pasa también, y los primeros días y las primeras semanas y los primeros meses.

Los cónyuges han adquirido intimidad: se tratan sin etiqueta.

La esposa piensa:

—Este hombre parece otro: ¡cuánto ha variado desde que pasó de novio á marido!

Y él se dice:

—¡Qué diferencia entre mi esposa y mi novia!

—No sé cómo llevas ese pantalón á la calle.

—¿Qué tiene?

—El color no puede ser de peor gusto; y tan ancho .. Pareces un oso con el pantalón y el gabán del mismo color, y ..

—Un oso, ¿verdad?

—Sí, un oso gris.

—Muchas gracias. Pues mira que tú estás buena; despeinada y con esa bata y esas babuchas... ¡Esto es como si me hubiera casado con el emperador de Marruecos!

Otro tema:

—¿Por qué no te llevas la llave de la puerta y no que obligas á la criada á levantarse á las tres de la madrugada?

—¿A las tres? Nunca he venido á casa después de la una.

—Se conoce que pasas el rato muy alegre cuando tan cortas te parecen las horas.

—Le paso donde no me molestan con reconvenciones. ¿Es que yo soy de otra raza que los demás hombres? ¿No puedo distraerme?

—¿Distraerse hasta las tres? Ya veo que estás excesivamente distraído ¡Que diferencia!

—Salió el paralelo entre la época de nuestros amoríos y la presente; entre la edad antigua y la edad moderna.

Lágrimas, algunas recriminaciones: «Él» sale y «Ella» continúa comparando y llorando.

Se comprende que la mujer necesita cariño, consideración y ciertas distracciones honestas.

Todo esto se comprende antes de casarse.

Ellas reconocen en nosotros ciertos derechos y algunas libertades prudentes.

También todo esto antes de casarse.

—Yo soportaría un tirano, de frac ó con uniforme,—decía conmovida una señora,—¿pero cree usted que puedo doblar la cerviz ante un hombre forrado con bayeta amarilla y con gorro para dormir? ¡sufrir todas las noches esos intermedios de clown!

—¿Qué ha de suceder?—añadía otra aburrida por la intimidad.—¿No ves que la mayoría de los hombres se casan cuando necesitan que los cuiden; veteranos, hija, que piden la jubilación de célibes porque ya se sienten fatigados, hartos de correr.

Oyendo relatar sinnúmero de horrores de una familia muy conocida, pregunté:

—¿Y por quién saben ustedes todo eso?

Y me respondieron:

—Pues por un amigo íntimo de la casa.

EDUARDO DE PALACIO

HISTORIA DE UN HOMBRE, CONTADA POR SU ESQUELETO

POR DON MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

(Continuación)

—No comprendo cómo puedo yo ser cruel con usted.

—Impidiéndome que manifieste á usted mis sentimientos hacia usted; sentimientos que usted sin duda conoce, porque no hay mujer que no conozca que es amada.

—¡Ah! ¿tengo la fortuna de que usted me ame...?

—No creo, señora...

—Sí, ciertamente; es una fortuna para una mujer que un hombre distinguido por más de un concepto, un hombre superior, se apasione de ella: esa mujer cuando menos, debe llenarse de orgullo.

—No sé lo que debo contestar á usted, señora,—dijo un tanto contrariado Sandoval.

—¿Por qué? —dijo Clara con la mayor sencillez.

—Porque no sé cómo interpretar sus palabras.

—Mis palabras no tienen interpretación alguna, no ocultan nada, valen lo que expresan lisa y llanamente; y como creo que no miente usted, quisiera saber lo que ha encontrado en mí, para impresionarse de ese modo.

—¿Qué he encontrado? alma, corazón, hermosura, todo junto, todo grande, todo noble, todo sublime;—exclamó con entusiasmo, y con un entusiasmo que no era fingido, Sandoval.—Pero junto á tantas seducciones, he encontrado en usted un gravísimo defecto.

—¿Cuál?—dijo sonriéndose Clara.

—Un defecto terrible.

—Por Dios, deje usted de asustarme, revelándome ese enorme defecto.

—Es usted inmensamente rica.

—¡Ah!—exclamó Clara con una entonación particular.

—Yo.. he vivido de prisa, lo confieso, he empezado el otoño de mi vida, y he llegado á él casi pobre. Tengo, es verdad, lo suficiente para vivir con decencia y hasta con cierto lujo... pero... como se dice... como se cree generalmente que la avaricia es el vicio de los viejos, y yo voy siéndolo...

—En primer lugar, ni usted es viejo, ni nadie puede creer que usted se enamore del oro... si yo he huído de usted, no ha sido ciertamente porque crea que una pasión innoble, la sed de dinero, le impulse á usted á mí... sino porque...

—¿Porque cree usted que no podía amarme?

—Tampoco es eso.

—¡Cuidado con lo que usted dice, Clara! podría tomar acta de esas palabras, y creerme demasiado afortunado.

—Tómela usted en buen hora. A nuestra edad, hacernos el amor como los muchachos, sería ridículo. Usted se me ha declarado al fin solemnemente, y yo acepto la declaración. Es más, la he provocado; si no hubiera querido recibirla, hubiera permanecido López conmigo, y usted se hubiera visto obligado á seguir callando. Y cuando una mujer que se aprecia en algo recibe una declaración, he dicho mal, cuando la provoca, es porque la desea.

—De modo que,—dijo Sandoval, cuya voz temblaba agitada por una emoción ardiente, profunda,—puedo contar con que...

—Puede usted contar con todo.

—¿Y cuándo?

—Soy libre como el aire. Un casamiento se arregla en muy pocos días.

—Pero asegúreme usted que no sueño.

—No, amigo mío, no, no sueña usted. Sólo hay una dificultad.

—¿Cuál?

—Que usted quiera unirse á mí.

—¡Ah! ¡señora!... es mi deseo más tenaz, más ardiente, más exigente: consagrar á usted el otoño de mi vida, encontrar en usted ese ángel que he buscado constantemente.

—¿Y no ha encontrado usted ese ángel?

—Si le hubiera encontrado me hubiera unido á él... y soy soltero... soltero y mártir.

—¿No ha amado usted nunca, Sandoval, con toda su fe, con todo su corazón?—dijo con acento ardiente Clara.

—Sí, sí, señora, he amado tanto, que tengo el alma, ó por mejor decir, la tenía hecha pedazos. Iba por el mundo como un peregrino sediento, siempre buscando la



MUCHACHA DE HESSE, APUNTE DE K. RANPP

fuente limpia y clara; he creído encontrarla muchas veces, he bebido, pero he bebido en agua inmunda. ¡Cuántas veces, deslumbrado por la belleza casi ideal de una mujer, por su mirada reposada y tranquila, me he dicho: he ahí

el término de mi viaje; ¡y cuántas veces, bajo aquella máscara engañadora, he encontrado á una mujer vulgar, cuando no infame!

—Ha sido V., pues, muy desgraciado,—dijo con seriedad Clara,—y ahora comprendo esa expresión de sufrimiento intenso que hay en sus miradas de V., en su sonrisa, en su acento. Yo había adivinado en V. un alma que sufría de una manera insoportable con un valor inmenso, sin dar al mundo el espectáculo del sufrimiento, y esto me hizo interesarme por V. desde poco tiempo después de nuestro conocimiento. Y ya hace dos años que nos conocemos, dos años, durante los cuales, todas las noches, usted, joven aún, apreciable bajo todos conceptos, hombre de talento y de mundo, ha asistido V. desde el principio hasta el fin á mis severas reuniones, donde no concurren mujeres; donde no hay galanteos, siempre en el eterno tresillo, siempre discreto, sin dar á conocer á nadie el objeto de su asidua asistencia.

—¡Y sin que V. tampoco lo conociera!

—¿Qué mujer no conoce si es amada ó no, y de qué modo, hasta qué punto? Yo sabía que no necesitaba más que extender hacia V. mi mano para que V. la asiese con rasporte.

—¿Y por qué no la ha extendido V. hasta ahora?

—Por amor...

—¿Por amor á otro?...

—No... por amor á V.

—Va V. á volverme loco...

—No lo quiera Dios.

—Pues no comprendo...

—He temido envolver á V. en mi mala suerte.

—Pues menos lo entiendo ahora... ¡Desgraciada V.!

—Y de una manera horrible.

—¡Qué misterio! —exclamó como hablando consigo mismo Sandoval.

—¡Ah! —exclamó Clara, incorporándose de repente en el sillón y fijando pálida de espanto una mirada en la puerta del gabinete.

En ella había aparecido la máscara de color de rosa que había bajado del carruaje amarillo de alquiler.

Pero venía descubierta y deslumbraba su hermosura.

—Perdone V., señora, —dijo adelantando con un continente sumamente gallardo, en paso lento, balanceándose de una manera adorable sobre su talle;—dispénseme usted, pero aunque parezca extraño, tengo frío.

Clara no contestó; se levantó, y convulsa y más pálida aún, saludó á la incógnita y la señaló su butaca.

—No, de ningún modo, —dijo la máscara de color de rosa tomando una silla y sentándose entre la butaca que había dejado Clara y la que ocupaba Sandoval.

—Ya lo sabía yo, —dijo Clara.

Y su mirada se extraviaba

—Dispénseme V.,—dijo Clara,—pero...

Y continuaba fijando una mirada atónita en la máscara color de rosa...

—¡Ah! no..,—dijo la joven...—necesitaba disculparme con V. por haber asistido á esta brillante reunión... pero tiempo tendré de explicar á V. el motivo.

—¡Oh! tendré mucho placer: entretanto se encuentra usted en su casa. Adiós... adiós...

Y el segundo y trémulo adiós de Clara iba dirigido á Sandoval.

Después salió rápidamente del gabinete, como quien huye.

Sandoval se quedó solo con la máscara de color de rosa, fijando en ella una mirada fascinada.

Nunca había visto una mujer, ó por mejor decir, una niña tan hermosa, tan pura, tan rica de seducciones: nunca un semblante tan blanco, encerrado en un marco de cabellos tan negros: nunca unos ojos tan lucientes, tan poderosos, tan serenos, tan expresivos, con una expresión de inteligencia, de sentimiento, de nobleza, de fuerza tales: nunca un conjunto tal de encantos, desde el cabello á la planta, ni jamás una mujer tan elegante, tan sencilla, y tan ricamente prendida.

Emanaba de ella una atmósfera de distinción, por decirlo así: era una de esas reinas de la naturaleza, que pasan siempre entre vasallos, dominados por no sé qué magia, con toda la conciencia de su poder, con toda la influencia de su majestad. Era una de esas mujeres que parecen un sueño realizado. Una mujer nacida para hacer infiernos. Un ángel ardiente, una ilusión de felicidad.

XII

Al llegar el esqueleto á este punto de su relación, bajó su calavera y escuché de nuevo aquella especie de rugido sordo, que parecía nacer, desenvolverse, rodar dentro de su cráneo.

—¡La máscara de color de rosa era tu mujer! —le dije.

—¿Quién sabe? ¿quién sabe? —murmuró el esqueleto: —pero déjame continuar.

Confieso que me iba interesando aquella historia, y que iba perdiendo mi prevención contra el esqueleto, por caridad.

El maldito sufría de una manera horrible. Sus huesos se entrechocaban.

Por algún tiempo continuó con la calavera inclinada sobre su pecho de huesos.

Al fin continuó.

XIII

Sandoval no podía explicarse la causa de por qué sentía un frío agudo junto á aquella mujer tan hermosa

Instintivamente removió el fuego de la chimenea.

—¡Gracias!—le dijo la hermosa máscara sonriéndole.

Sandoval creyó que levantarse y dejar sola á la joven era una grosería, y que era otra permanecer encubierto, cuando ella no lo estaba.

Se quitó la careta.

La verdad era que Sandoval buscaba un pretexto para consigo propio para no levantarse y seguir á Clara, como debiera haberlo hecho, y para encubrir á sus propios ojos el deseo de ver qué efecto causaba en la incógnita su semblante.

Sandoval era uno de esos hombres que sin ser hermosos, lo parecen por lo simpáticos, y que sin ser jóvenes pueden, sin temor de ser rechazados, enamorar á una niña.

Ligeramente moreno, pelinegro y ojinegro, de fisonomía espiritual, melancolía dulce, parecía un hombre nacido para hacer el bien y para inspirarle. Vestía con gusto y con gran sencillez y se comprendía que, como la joven, estaba acostumbrado al trato de gentes.

Cuando dos personas se ven por primera vez, y en la situación en que entrambos se encontraban, la primera palabra es difícil; la hermosa máscara tuvo el buen tacto de no aumentar la dificultad prolongando su silencio, siempre extraño entre dos personas que se encuentran silla á silla, después de la salida de Clara.

—Ruego á V. que me dispense, —le dijo, —si he interrumpido la conversación de Vds.: he llegado sin duda en un momento inoportuno, pero no era tiempo de retroceder. Hubiera sido peor; por el momento sólo había visto el resplandor de la chimenea, y este extraño frío que me ha sobrecogido.

Y la joven se estremeció.

—¿Se siente V. acaso mala, señora? ¿hay alguna persona en los salones á quien yo pueda buscar de parte de usted?

—No, no por cierto. He venido sola. Mi marido está fuera de Madrid. He venido... por un capricho; la señora de Alvarado goza de una reputación muy merecida... yo no tenía la fortuna de conocerla... supe que daba en su casa un baile de máscaras, y quise asistir á él... ha sido una excentricidad, lo confieso: yo pensaba haber permanecido incógnita... nadie me conoce en Madrid...

—Cierto, cierto... jamás la he visto á V., yo que voy á todas partes.

—Vivo fuera de Madrid, muy retirada.

—¡Ah! ¿y no podremos alentar la esperanza de que usted venga á embellecer nuestras reuniones?

Recusando esta galantería, dijo la joven sonriendo:—Yo no podré nunca tener el placer de confundirme entre las notabilidades de la corte. Mi marido es muy celoso.

La joven dijo estas extrañas palabras con una entonación más extraña aún:

—Comprendo sus celos, señora, —dijo Sandoval enteramente trastornado:—yo en su lugar tendría celos del aire que agitase los rizos de V.

—Se ha propuesto V. sin duda agotar conmigo su galantería, y le doy las gracias. Pero ese extraño accidente, ese incalificable frío que me ha acometido, ha pasado. Adiós.

Y se levantó

Sandoval se levantó también.

—Puesto que ha venido V. sola, —dijo...

—¿Quiere V. ser mi caballero? —contestó la joven.

—Sería para mí una felicidad tanto mayor cuanto más inesperada.

—¡Y la señora de Alvarado...!

—¡Ah! ¿V. cree ..?

—Creo que tienen Vds. relaciones serias...

—Soy su amigo.

—¡Ah! ¿nada más que su amigo...?

—Juro á V., señora..

—Acepto su brazo de V. por un momento.

—¿Por un momento?

—Me retiraré pronto.

—Pero bailaremos.

—Bailaremos.

Un momento después, Sandoval y la máscara de color de rosa se lanzaban al baile.

El vals retumbaba.

Sandoval, asido á la cintura de la hechicera máscara de color de rosa, se estremecía.

La joven infiltraba en él una mirada intensa, lúcida, poderosa, ardiente, y le hacía aspirar la fragancia de su boca y el perfume de sus cabellos.

Y al verla pasar los conocidos, los convidados de Clara, se preguntaban:

—¿Quién es esa magnífica joven que baila con Sandoval?

Y á los dos extremos del salón, en las puertas, había dos personas que seguían con una mirada profunda á la máscara de color de rosa y á Sandoval.

La una era Clara.

El otro, López.

—¡Oh!—pensaba Clara,—¡me le robará!

—¡Oh!—decía López,—¡si ese hombre se enamorase de ella y olvidase á la otra!

Y cuando entrambos pensaban de tal modo, Sandoval, fuera de sí, inclinó su cabeza sobre el cuello de la máscara de color de rosa, estampó en él un beso rápido, ardiente y silencioso, y al levantar la cabeza, fijó su mirada entumecida, vaga, extraviada, en la joven, y exclamó con acento opaco:

—¡Yo te amo!

La máscara de color de rosa se estremeció poderosamente al sentir aquel beso, y al escuchar la enamorada exclamación de Sandoval, contestó:

—¡Cuando sea viuda!

Y se desasió de los brazos de Sandoval de una manera tan rápida y tan imprevista, que cuando quiso seguirla, la joven había desaparecido entre la concurrencia.

Sandoval se precipitó á una puerta.

Al llegar á ella, se le puso delante una mujer.

Era Clara.

—Esta noche,—le dijo,—antes de que concluya el baile... ahora, dentro de un minuto, necesito hablar á solas con V.; tome V.

—¿Qué es esto?—dijo Sandoval.

—La llave del postigo de mi casa.

—¡Ah!

—Espero á V. dentro de un momento

—Dentro de un momento estoy en el postigo, señora.

Y Sandoval salió, atravesó la antesala y el recibimiento, y se lanzó á las escaleras.

La máscara de color de rosa entraba en aquel momento en la berlina amarilla.

—Señora,—dijo Sandoval, precipitándose hacia el carruaje.

La joven se detuvo.

—Y bien, amigo mío, ¿qué quiere V.?

—Se lleva V. mi corazón.

—Mañana se lo devolveré á V.

—¡Ah! ¿y dónde?

—Esté V., mañana á la noche, junto al cementerio de San Sebastián.

Y aprovechando el estupor que había causado aquella extraña cita en Sandoval, entró en la berlina; el lacayo cerró la portezuela, trepó al pescante, y la berlina partió.

XIV

—El hombre es una máquina movida por el deseo, —dijo con ronca voz el esqueleto:—un pobre ciego que hace á tientas el camino de la vida.

—Sandoval... ¿qué te parece de Sandoval, Eugenio?

—No sé, no sé qué decirte: ignoro la fuerza de fascinación que podría tener la máscara de color de rosa.

—Era más hermosa, y más joven y menos pura que Clara.

—Sin embargo, Clara no pudo ser más explícita con Sandoval... ó contigo.

—Con Sandoval, con Sandoval, Eugenio... tienes un verdadero flujo de querer pasar por hombre perspicaz. Clara no faltó en nada á su decoro: estaba enamorada, profundamente enamorada del alma que suponía en Sandoval.

—¡Que suponía!

—Sandoval era un deseo impuro, en la figura de un hombre bello y simpático: Sandoval se equivocaba también respecto á sí mismo: buscaba al ángel en la forma, no en el alma. Si hubiera encontrado á San Miguel metido en un cuerpo feo de mujer, no le hubiera amado. Es mucha, es mucha la necedad humana, el afán de los hombres por ennoblecer sus vicios. Sandoval era una especie de vampiro sediento y nada más.

—Así son la mayor parte de los hombres: pero me tienes excitado; hasta ahora sólo he visto en Clara una mujer que no se comprende bien; en López un personaje de melodrama; en la máscara de color de rosa un personaje apenas indicado, que no se sabe si es de este ó del otro mundo, merced á la extraña cita con Sandoval en un cementerio; en Sandoval un niño grande, y en cuanto al jefe indio ó aquella especie de espectro, una extravagancia.

—¿Y no crees que con todo eso haya lo bastante para una acción llena de interés?

—Lo veremos. Continúa. Supongo que Sandoval, el vampiro sediento de hermosura, iría á la cita de Clara, sin dejar por eso de ir á la noche siguiente á la cita de la máscara color de rosa.

—Te has engañado: Sandoval acudió á la cita de la hermosa viuda y faltó á la de la hermosísima máscara. Esto debía curarte de tu manía en querer adivinar sucesos. No me interrumpas más y escucha.

XV

Sandoval, después que partió la berlina amarilla, quedó por algún tiempo fascinado en el mismo sitio donde había cruzado sus últimas palabras con la encantadora incógnita.

Luego se pasó la mano por la frente, y con no sé qué alegría íntima, con qué placer recóndito, por encontrarse en aventura con dos mujeres tales, y entre las que existía indudablemente un marcado antagonismo, y se cruzaba una historia, tanto más interesante cuanto menos prestada á la adivinación, siguió la pared de la casa de Clara, dió la vuelta á la manzana y buscó el postigo.

Detúvose un momento junto á él, y escuchó.

Parecióle oir al poco tiempo de haberse puesto en espera los leves pasos de una mujer al otro lado del postigo.

Entonces metió la llave en la cerradura y abrió.

—Silencio, Sandoval, silencio,—dijo en voz muy baja Clara:—cierre usted.

Sandoval cerró.

Encontróse en un espacio densamente oscuro.

—Deme V. la mano,—dijo Clara.

Sandoval buscó á tientas aquella mano entre la oscuridad, la encontró y la estrechó con audacia.

Clara no retiró su mano ni hizo ningún movimiento en pro ni en contra de la audacia de Sandoval.



UN HOMBRE Y UN HERMANO, dibujo de C. Woodville



PARIS. - ORILLAS DEL SENA, dibujo de J. M. Marqués

La mano de Clara, sin embargo, temblaba y ardía.

– No hable V. ni una palabra, – dijo en voz muy baja Clara, y procure V. recatar sus pisadas.

Sandoval no desplegó sus labios, únicamente llevó á ellos la mano de Clara y la besó.

Aquella mano no se rebeló, pero creció su temblor.

Subieron silenciosamente unas escaleras, atravesaron un corto espacio oscuro y Clara abrió una puerta.

Tras aquella puerta había luz.

Clara soltó la mano de Sandoval, y entró con él en un preciosísimo gabinete de confianza.

Nunca, hasta entonces, había entrado allí Sandoval: yo te puedo asegurar, Eugenio, que tampoco había entrado allí ningún hombre.

Aquél era una especie de santuario.

Sobre una magnífica chimenea de pórfido, sobre un reloj de bronce dorado, alumbrado por la clara luz de dos lámparas de cristal opaco, sostenidas por estatuas de bronce á ambos lados del reloj, se veía un retrato de hombre.

En la chimenea había fuego; el suelo estaba cubierto con una bella alfombra afelpada, los muebles eran de ébano, y las paredes y el techo estaban deliciosamente pintados al fresco, representando escenas de la fábula.

Entre los muebles había un secreter de ébano.

Clara, cuando estuvo dentro del gabinete Sandoval, salió por donde había entrado con él, y Sandoval oyó, con cierto orgulloso placer, cerrar dos puertas: Clara volvió á entrar, atravesó el gabinete, abrió una puerta de cristales y salió por ella. Sandoval oyó cerrar otras dos puertas.

Después Clara entró de nuevo en el gabinete, se dirigió en silencio al secreter de ébano, le abrió y sacó de uno de sus secretos un paquete de papeles y un estuche. Vino junto á la chimenea, puso el paquete y el estuche sobre un velador de maqué, se sentó en un sillón, y dijo con voz opaca y sobrexcitada:



LA FELICITACIÓN DEL CUMPLEAÑOS, cuadro de Alberto Randnitz

– Siéntese V., Sandoval.

Sandoval se sentó dominado por un no sé qué incomprensible.

El acento de Clara, su conmoción, su palidez, la expresión singular de sus ojos, todo era solemne.

– Nadie puede oirnos, – dijo: – nadie puede vernos; – estamos aislados por habitaciones cerradas.

– ¿Se ha retirado usted definitivamente del baile?

– Sí, me he sentido verdaderamente mala, no ha sido una disculpa: pero á pesar de mi indisposición, hubiera permanecido entre esas gentes si no hubiera tenido una imprescindible necesidad de hablar con V.

– ¡Ah, señora! me parece un sueño...

– Hablemos lisa y francamente. Yo sé que usted me ama. Lo sé tanto, que no he tenido celos á pesar de que ha bailado usted, y ha estado usted sumamente galante con esa terrible mujer: con la hermosa criolla de las perlas negras.

– ¿La criolla de las perlas negras? – exclamó Sandoval con asombro.

– Abra V. ese estuche.

Sandoval abrió el estuche de tafilete que estaba sobre el velador.

Dentro del estuche había un magnífico collar, unas pulseras, unos pendientes y un medallón: el collar, las pulseras, los pendientes y la orla del medallón eran de gruesas perlas negras.

En el centro del medallón había un retrato de hombre en miniatura, enteramente igual al que estaba colgado sobre la chimenea, admirablemente pintado al óleo.

Aquel retrato, ó por mejor decir aquellos dos retratos, representaban á un hombre como de unos veinticinco años, blanco, pálido, con enormes ojos negros, frente estrecha, entrecejo negro y poblado, boca de labios sutiles y de expresión dura, y en cuya fisonomía se notaba como una expresión general, algo de siniestro.

La miniatura era sin disputa copia del retrato al óleo. Sandoval palideció al ver aquellas magníficas alhajas.

– Es extraño, muy extraño, – dijo: – esa señora á quien usted llama la hermosa criolla de las perlas negras, llevaba su prendido, cuando hace un momento entró en su carruaje. Y su prendido era enteramente semejante á éste; en el pecho sobre el descote de su berta de encaje, llevaba un medallón enteramente semejante á éste; con ese mismo retrato... ó semejante al menos á ese.

– Es verdad.

– ¿Conoce usted á esa mujer?

– Creo que no la he visto hasta ahora.

– ¿Que cree usted?

– No puedo creer otra cosa.

– ¿Por qué si no la conoce V., Clara, la llama V. criolla?

– Por la blancura de su tez, por esa blancura singular, mate, densa, característica.

—¡Ah!

– ¿Y ningún otro antecedente tiene usted?

– Ya he dicho á V. que no la conozco.

– Pero es una coincidencia singular: un aderezo completamente semejante á ese, y en ese aderezo, un retrato que parece una reproducción de ese otro retrato. ¿De quién es ese retrato, Clara?

– De un hombre que durante doce de los primeros años de mi vida fué mi padre, – dijo con emoción Clara, – y después mi esposo, – añadió encubriendo mal su repugnancia.

– ¡Ah! ¡quedó V. huérfana!

– No he conocido á mis padres. Mis padres fueron ó son indios.

– ¡Ah!

– Lea V., – dijo Clara, abriendo el paquete de papeles, buscando uno y entregándolo á Sandoval.

Aquel papel era una partida de bautismo fechada treinta y tres años antes en Méjico.

«Bauticé solemnemente á Clara María de los Dolores, india de la Sierra-Madre, al parecer de dos años, encontrada en una expedición contra los indios por el señor don Angel de Lemus, comerciante y capitán de las milicias de esta ciudad de Méjico, y adoptada por hija con todas las formalidades prescritas por las leyes, por la señora doña Clara de Alvarado, tía carnal por parte de madre del don Angel...

– ¡Ah! – exclamó Sandoval: – si no sobrasen en V. las seducciones, Clara, esta romancesca circunstancia la haría á usted adorable.

– Esta circunstancia que usted encuentra bellamente romancesca, me ha hecho infeliz, la más infeliz de las mujeres, Sandoval. Tenga V. la bondad de leer este otro documento.

– ¡Una partida de desposorios fechada veintiún años antes!

– Sí, mi partida de desposorios con don Angel de Lemus. Lea V. este otro documento.

– Un testimonio de defunción.

– Sí, el testimonio de haberse encontrado asesinado en su hacienda de Santa María al comerciante don Angel de Lemus, hace catorce años. Pero lea usted aún.

– ¡Diligencias judiciales!

– Sí, las inútiles diligencias, en busca de mi hija, desaparecida hace veinte años de la misma hacienda de Santa María.

Clara reclinó la cabeza sobre su pecho, se cubrió el rostro con una mano, y Sandoval la escuchó sollozar.

– ¿Pero, por qué ese dolor, señora? – dijo Sandoval, contrariado por el aspecto triste y solemne que iba tomando su entrevista con Clara.

– Oigame V., voy á llenar con un relato el vacío que hay delante de ese primer documento, y los que se encuentran entre los otros, y después del último. Si después de oirme, continúa V. amándome, si se atreve á ser mi marido, á partir conmigo mi desgracia, me arrojaré consolada por su amor, y sin condiciones, entre sus brazos.

– ¡Ah, señora! sea como quiera el secreto que V. me revele, mi amor no empalidecerá, es imposible; es mi primer amor, violento, terrible; me domina, es mi vida.

– Escúcheme V., Sandoval, escúcheme V.; y no aventure protestas.

– La escucho á V. vivamente interesado, Clara.

– Me había olvidado, dispénseme V., mi relato será largo... y quiero tratarle á V. con confianza...

Clara se levantó, salió por la puerta de cristales, abrió una puerta y sonó una campanilla.

Poco después la puerta volvió á cerrarse, y Clara entró con una gran bandeja que apenas podía sostener.

En aquella bandeja, en otra más pequeña y en salvillas y platos cincelados y dorados, como la bandeja que los contenía, venían cigarros, una botella, fiambres y conservas.

Sandoval se levantó rápidamente, tomó la pesada bandeja de las manos de Clara y la puso sobre el velador.

– ¡Ah, señora, siempre tan amable!... – exclamó Sandoval.

– Tráteme V. con confianza; fume V., beba V.; los cigarros y el ron son de primera calidad

– Acepto, – dijo Sandoval, tomando un cigarro y encendiéndole y llenando de ron una ancha copa.

– Sírvame V. ron, caballero, – dijo Clara.

– ¡Solo, encerrado, en medio de la noche con una mujer que me encanta, á quien fascino, y que bebe ron! – dijo para sí con la emoción de un entusiasmo embriagador Sandoval.

– Nunca bebo, al menos ron, – dijo Clara tomando la copa que Sandoval le había servido y llevándola á sus labios: – pero esta noche... esta noche necesito envolver en algo mi desesperación... para decirlo de una vez, mi terror...

Después de haber tomado un sorbo de la copa se reclinó en el ancho respaldo del sillón, apoyó su precioso pie en uno de los morrillos de la chimenea, y con los ojos velados por sus largas pestañas, empezó de esta manera:

– Hace treinta y cinco años, los indios de la Sierra Madre difundieron el terror en Méjico; acometían las poblaciones, degollaban á los habitantes, incendiaban, robaban... eran, en fin, un azote formidable.

(Continuará)

VÍA MARGUTTA, 33

Londres tiene su calle, única en el mundo y en todas partes famosa, Lombard-Street, la calle de los grandes banqueros, el punto de partida de los más inmensos negocios, el remanso desde donde parten raudales auríferos

á todos los lugares de la tierra. Pues bien; Roma tiene también su calle propia, la que sintetiza su vida y su idiosincrasia, en todas partes conocida, Vía Margutta, semillero de estudios, pueblo de artistas, desde cuyo recinto emprenden su marcha esos lienzos condensadores de la luz meridional que van á animar las frías casas del Norte. Lombard-Street es la calle que más remueve nuestro positivismo, nuestro anhelo material, la que más despierta la codicia, la de los artistas en letras de cambio; Vía Margutta es la que seduce nuestro espíritu soñador, la que provoca nuestros entusiasmos desinteresados, la mansión de la alegría y de la luz, el nido favorito de las bellas artes. Si me diesen á escoger preferiría ser el primero en Vía Margutta á serlo en Lombard-Street, que al fin y al cabo los grandes artistas sólo con su paleta pueden llegar á millonarios, mientras que los millonarios sólo con su dinero jamás llegaran á artistas.

Y las dos calles no dejan de mantener constantes relaciones. ¡Cuántas veces el billete de Banco que desde el de Londres va á parar á Lombard-Street, después de pasado por mil manos y de haber contribuído casi siempre al mal, va á purificarse en Vía Margutta trocándose por los esplendores de un cuadro!

Entre los innumerables falansterios artísticos que, con aspecto de fábrica ó de cuartel, llenan el espacio de Vía Margutta, es sin duda el más interesante y digno de ser visitado el que ostenta sobre su ancha puerta el número 33. Al fin de la pequeña escalera que conduce al patio superior, llama la atención el busto del propietario de la casa, ceñido por una aureola formada de rayos de carbón, trazada sin duda por la mano de algún artista quejoso de la puntualidad con que exige sus alquileres. Una vez en el patio, descúbrese una vista deliciosa; en las alturas la vegetación exuberante de Monte Pincio se destaca en ese cielo azul y diáfano, núcleo de la luz que se precipita ansiosa á través de los anchos cristales de los estudios para animar allí con sus rayos el medio ambiente donde vienen á la vida tantas y tan bellas obras de arte. En la pared del patio atrae la mirada una serie de lápidas con el nombre de los muchos pintores que tienen allí sus estudios, ofreciendo cierto aspecto funerario en su conjunto. Por regla general los treinta y seis estudios de la casa están constantemente ocupados, si bien en su mayor parte lo son por una población flotante de artistas que se renueva sin cesar, no dejando huella ni rastro de su paso por aquellos lugares; casi todas las naciones tienen representantes en tan abigarrado mundo artístico; el paciente alemán, el flemático inglés, el bullicioso español, el ingenioso francés y el alegre italiano se reunen y codean en aquel reducido espacio. Aun cuando no todos entre sí amigos ni siquiera conocidos, se forman núcleos entre los diversos artistas, debidos en su mayor parte á la afinidad de tendencias, á la nacionalidad y aún á veces á la simple vecindad de estudios. Ventajas indudables proporciona esta tácita asociación que pone á la disposición de todos los objetos y medios de cada uno, si bien origina á menudo dimes y diretes, sordas envidias y aun á veces presta pie para que algún artista falto de sujeto se apodere del asunto que está tratando su vecino, con el más franco desembarazo de este mundo. A pesar de todo, las ventajas son mayores que los inconvenientes, porque esta comunicación constante y este comercio de ideas y de sentimientos, auxilia las concepciones, completa los procedimientos artísticos, favorece la cultura y llena innumerables vacíos que la inspiración individual abandonada á sí misma no podría tal vez suplir. La gente del Norte, los ingleses y alemanes de Vía Margutta huyen sistemáticamente el trato de los artistas meridionales, sin duda llevados de prevenciones injustificadas, pero es preciso confesar que no pierden mucho los últimos, puesto que son aquéllos hombres que pudieran contagiar á los nuestros con su rigidez y seriedad, robándoles la expansión, que es como el acicate de la inspiración artística. Recuerdo, por ejemplo, un alemán, Loventhal creo se llama, que tiene su estudio al lado del de varios artistas españoles, á quienes jamás ha dicho palabra, á no ser cuando se arma *ad hoc* diabólica cencerrada, que pone al alemán los pelos de punta: comienza por un rasgueo de guitarra y muy presto asoman á las puertas de sus respectivos estudios artistas y modelos redoblando el tambor y tocando serpentones y cornetas, armándose algazara de tal calibre que llega á hacer perder los estribos á un alemán del Norte.

Entre los artistas españoles que trabajan en el número 33 de Vía Margutta figuran los hermanos Benlliure, Serra, Gallegos, Peyró, Oliva y algunos otros.

Pepe Benlliure es quien posee el mejor estudio de la casa, tal vez porque es en ella el más antiguo de nuestros artistas por lo menos, habiendo, pues, podido elegir el primero. ¡Cuidado si es aprovechada la familia Benlliure! Dejando aparte los tres hermanos establecidos en Roma, ya de sobras célebres, queda todavía otro hermano pintor escenógrafo y un primo escultor. Mas volviendo al estudio de Pepe: las paredes cubiertas de tapices, un hermoso y expresivo busto, debido á su hermano Mariano, la preciosa lámpara que iluminara un tiempo la cámara de María Cristina, un gigantesco y precioso reloj de pared, que llena aquel espacio con sus acompasados golpes de péndulo, capas flamantes de torero, trajes de valencianos de la huerta, bordados casacones, panoplias, platos adamasquinados, lienzos abandonados ya y bocetos todavía informes, húmedos, agrupados con mucho arte y pulcritud, se admiran en aquel recinto, donde tan distinguido artista madura y realiza sus concepciones. Pepe Benlliure es muy joven, con ser el mayor de los tres hermanos establecidos en Roma; artista de gran imaginación, tiene sello propio y ha dado vida á un género que bien puede decirse suyo; aunque dedicado al cuadro de género, tiene felices disposiciones para cultivar la pintura fantástica, preñada de originalidades y donde el artista puede espaciarse y crear á su gusto, como lo ha demostrado en su *Danza Macabra*, prodigio de luz y de invención, en su *Aquelarre*, deliciosa y originalísima composición, y en su *Juicio Final*, cuyo boceto llamó poderosamente la atención en la exposición celebrada últimamente en Roma por los artistas españoles. Pero no está la Magdalena para tafetanes; el público no premia estos alardes de fantasía, y es necesario no separarse del cuadro de género, so pena de no tener demanda en el mercado, y aquí de payeses valencianos y curas españoles y monaguillos y toreros para llenar los lienzos que entusiasman á los ingleses. Y ora nos cautiva con el aspecto del coro de una iglesia en el acto de la misa mayor, cuadro salpicado de detalles, medio velado por el incienso, lleno de verdad y de poesía, ora con el cura que lee la Biblia á unos labradores valencianos, composición rebosante de malicia y de frescura, ya con el aspecto de la iglesia durante el sermón cuando el sacerdote, levantados los brazos, grita y vocifera, mientras oleadas de pecadores avanzan hacia el altar y se postran de hinojos. En todos estos lienzos hay vida, originalidad, ingenio y sobre todo veo en ellos todos la intervención del elemento cómico en pintura, cosa que me place en extremo, ya que la escuela española ha pecado tal vez de excesiva seriedad en sus buenos tiempos; tan sólo Velázquez y Goya no desdeñaron lo cómico, sin darle predominio señalado en ninguna de sus obras. En nuestros tiempos, por lo mismo que la pintura es más humana, debe necesariamente de ostentar el sello cómico, que es al fin y al cabo el predominante en la humanidad. Pepe Benlliure no desdeña nada por insignificante que sea; cualquier detalle sabe sorprenderlo y trasladarlo al lienzo, ostentando en todos sus cuadros pasmosa fidelidad, lo que llaman realismo los franceses y los italianos verismo. A Pepe Benlliure, además de la gloria propia, correspóndele parte de la ajena, porque ha impulsado las aficiones artísticas de sus dos hermanos, dirigiendo sus primeros pasos, combatiendo sus defectos y señalando sus cualidades; hoy tiene todavía la fortuna de ser consultado al emprender cualquier obra por sus dos discípulos, quienes le consideran al mismo tiempo como artista y como hermano mayor. Pepe ama la vida de familia; modesto en extremo y enemigo de exhibiciones, rehuye la animada vida de los salones y reparte sus horas entre las caricias de sus hijos, el cariño de su esposa y los afanes del estudio. Para dar una muestra de su fuerza de voluntad inquebrantable, baste saber que después de haber trabajado un año seguido en un cuadro que tenía por asunto Colón en el instante de descubrir tierra, tuvo el heroico valor de desmenuzarlo porque no resultó á la medida de sus deseos.

Juan Antonio Benlliure, el más joven de los tres, acaba de revelarse con un cuadro lleno de poesía y sentimiento. Hasta ahora diversas acuarelas, que acusaban ya mano experta y buen ingenio, habían sido las obras de nuestro artista, pero en la última exposición de Madrid ha sorprendido á todos con su aparición en el grande arte. Benlliure ha rehuído las escenas sangrientas que privan hoy en la escuela española, no ha acudido tampoco á la llamada Historia, fijándose en un asunto de estos tiempos, que recuerda la crueldad implacable de nuestras guerras civiles y renueva el horror que inspiran en los pechos generosos. La escena está impregnada de realismo y al propio tiempo de poesía; sin arroyos de sangre ni cadáver alguno consigue humedecer de lágrimas nuestros ojos y llega á la intimidad de nuestro sentimiento.

¿Y qué diremos de Mariano?... En su vivacidad extraordinaria, en la expresión intensa de su fisonomía, en la movilidad de sus ojos y en su conversación chispeante se notan destellos del genio que late en su cerebro. Trabajando el barro, hacen milagros



MONUMENTOS DE LA ATENAS MODERNA

sus manos; nadie sabe como él imprimirle la morbidez de la carne y sobre todo arrancarle ese algo que está fuera del plasticismo, y que no se pone con las manos sino con el alma del artista que sabe sorprender la expresión y la vida moral bajo las formas tangibles.

Nótase lo que digo en todas sus obras: el genio de Domingo lo ha trasladado al barro en admirable busto que recuerda el de Gounod debido á la maestría de Carpeaux; á este busto hacen compañía, con idéntica superioridad, el de Luna, su compañero de estudio, y el de su hermano Pepe. Mariano lo mismo pinta acuarelas que esculpe, si bien, para todos, donde está en su verdadero y propio centro es en la escultura, en esa que pudiéramos llamar escultura de género, que viene á dar modernidad á la esfera de las bellas artes completamente afecta á los moldes clásicos, á la que resiste cual ninguna los embates del arte revolucionario. Huyendo del inaminado reposo de la estatuaria clásica y de las formas retorcidas de la decadencia griega y del barroquismo, no acepta sistemáticamente una manera de ser única, recoge la impresión y la transforma tal como la encuentra, buscando á su través la expresión y la vida que la hermosean, no desdeñando jamás el asunto y convencido de que el espíritu democrático ha penetrado también en la región de esta bella arte, derrocando para siempre los asuntos privilegiados. Esto puede verse pasando desde su célebre estatua *Accidente*, encanto de todos los públicos, á los bajos relieves admirables que ha realizado para New-York, donde á vueltas de sujeto clásico, ha impreso factura y manera modernas completamente á su exquisita obra.



ITALIANA (estudio de Francisco de Lenbach)

Mariano con Juan Antonio y Luna son solicitados en todas partes, y no hay recepción en la embajada ni fiesta señalada en Roma, donde ellos no asistan, siendo por otra parte los que van á la vanguardia de cualquier fiesta que idee el Círculo Artístico, prodigando su ingenio para llevar á buen éxito esas originales é improvisadas festivales que tan sólo la colonia artística de Roma sabe imaginar.

Luna, de quien tanto hoy se habla, es el compañero inseparable de Mariano, el que ocupa parte de su estudio y es también su compañero de habitación. Luna, con su especial fisonomía, donde á la par de rasgos puramente meridionales campean huellas exclusivamente malayas, nos revela ya esa idiosincrasia original, donde se han aliado para formar un gran artista la perseverancia indómita del oriental y la inspiración brillante del latino. Luna no es todavía mayor de edad, habiendo comenzado su vida artística con un cuadro de tanto valor que pudiera servir á muchos artistas para terminar dignamente su carrera. En el *Spoliarium*, ideado, concebido y terminado en menos de un año, con esa infatigable asiduidad que hacía exclamar á Rafael: *Nulle dies sine lineas*, es un lienzo de magnitud colosal tanto por sus dimensiones como por su idea. Allí se ve el arranque atrevido de la juventud, el entusiasmo de la vida; es el florecimiento de un genio que nos dará sin duda opimos frutos. Allí han visto algunos en las figuras del cuadro, principalmente en la mujer que busca entre el montón de cadáveres tal vez el de su prometido, la delicadeza de ejecución del Corregio, pero á mi modo de ver no es en la escuela italiana donde debemos buscar la filiación de Luna, sino en la nuestra; en la gran diosidad de la ejecución, en la manera realista de tratar el desnudo y en el predominio de los toques oscuros y de las grandes sombras, en la decisión de las actitudes y en lo prominente de los rasgos luminosos, noto y sorprendo el modo original de Rivera, gloria y orgullo de la escuela española. Ignoro si Luna ha estudiado preferentemente los anacoretas y santos de Rivera, pero casi me atrevería á afirmarlo, sin que esto pueda significar que debía ser Luna clasificado entre los seguidores de Rivera, cuando tiene más de una nota suya y sobre todo cuando en el procedimiento no desdeña factor alguno de los que emplea la moderna escuela.

Filipinas cuenta ya con otros pintores distinguidos además de Luna, Hidalgo entre ellos; tal vez con el tiempo llegue á formarse la escuela española asiática de pintura, influyendo esto en la marcha de los pintores malayos, entre los cuales, como se sabe, existen grandes coloristas, principalmente los japoneses, pero apegados por completo á la rutina en cuanto al dibujo y la perspectiva.

No en vano se diferencian los sajones y los latinos; véase sino la colonización que ambas razas emprenden en la Oceanía, colonización que da por resultado Australia y Filipinas; aquélla está ya en situación de mandarnos sus máquinas, y ésta artistas de tanto empuje como el que motiva estas líneas.

El estudio de Luna y de Mariano Benlliure poco ofrece de particular, pero nadie puede vestir mejor aquellas paredes desnudas que ambos artistas, poseedores de infinitas riquezas realizables en su imaginación.

No muy apartado de este estudio está el de nuestro conocido paisano Enrique Serra. Alguien llamó á dicho sitio el Consulado de Barcelona, porque no hay catalán ni catalancito que, al pasar por Roma, no se detenga al menos una tarde en el estudio de tan distinguido artista. Aquel recinto está casi siempre lleno, y á pesar de todo, Serra da conversación á todo el mundo y al mismo tiempo no cesa de aplicar pinceladas á diestro y siniestro, asombrando á sus visitantes con esta pasmosa facilidad á prueba de conversaciones vacías é inoportunas. Serra es un artista que todo se lo debe á sí mismo; ha adquirido excepcional ilustración mercęd á continuado estudio y ha llegado á abrirse ancho paso en el mundo artístico gracias á incesante y fecundo trabajo. Saca mayor provecho que nadie de su talento, en virtud de esa laboriosidad continuada que triplica el valor de los capitales y las tierras. No es esto negarle el genio artístico ni mucho menos, sino enaltecer las excelencias del ingenio que no cesa un instante de producirse en vez de yacer en criminal indolencia.

Volviendo al que era su estudio, porque hoy no pinta en Vía Margutta, siempre veíanse allí confundidos y revueltos infinidad de lienzos en vía de ser. Los géneros más opuestos llaman la atención entre aquel enjambre; esto obedece á la fenomenal aptitud del artista para todos los géneros, á la par que á las vacilaciones y dudas que se notan en el escritor y en el artista antes no se define en su estilo y manera. Serra es muy joven, y alguien dijo con razón que hasta los treinta años el escritor, lo mismo pudiera decirse del artista, no ofrece estilo propio. En todas sus obras, sin embargo, se notan destellos de verdadera personalidad artística, lo mismo en el paisaje, que pinta á las mil maravillas, que en el cuadro arqueológico, que sabe llevar á término con verdadera conciencia de erudito, de igual manera en el capricho de género que en la primorosa tabla, donde sabe hacer maravillas. En uno de los rincones del estudio tiene colgado un boceto que merece guardarse como oro en paño, es el de los *Comuneros de Castilla*, de Gisbert, y dondequiera yacen revueltos y mezclados los más diversos objetos, desde el clámide griego al uniforme de húsar de la Princesa, y desde la monumental llumanera catalana al espadón italiano del renacimiento.

Serra tiene abonados á su estudio varios distinguidos visitantes, habiéndome entre ellos llamado la atención un príncipe de la llamada *aristocracia nera*, muy conocido por sus prodigalidades y que acostumbra á poner más su atención en los modelos que en los cuadros; no pasa domingo alguno sin que Luis Suñer, uno de esos españoles que residen en el extranjero dignos de ser conocidos, visite el estudio de Serra, vaya á pasar allí un par de horas inventariando las obras nuevas y haciendo observaciones saturadas de sana crítica. Luis Suñer hace ya muchísimos años que reside en Roma, siendo muy considerado en el mundo literario, donde se ha dado á conocer por sus comedias originales, representadas con aplauso en el Valle, y por sus excelentes traducciones de obras españolas. Posee una magnífica biblioteca, que tiene siempre á la disposición de todos los artistas.

En la misma casa de Vía Margutta tienen ó tenían sus estudios Gallegos, pintor ventajosamente conocido, conocedor á maravilla del desnudo y que habla el italiano con acento andaluz; Peyró, aventajado discípulo de Domingo, viajante constante entre Roma y Valencia, vendiendo allá cerámica española é hispano-árabe, y acá muebles y objetos italianos del renacimiento; pintaba también en aquel mismo local Oliva, pintor cuyo nombre y cuyas obras no me eran desconocidas, pero á quien no tuve el gusto de conocer personalmente. Entre los artistas italianos allí residentes figuran Lacetti, autor del famoso cuadro *Cristus Imperat;* Anastassi, quien presentó este año en la exposición de Turín su *Misa de las Locas*, lienzo que causó impresión profunda, á la par de otros muchos artistas cuyo nombre en este instante no recuerdo, á pesar de ser conocido de sobras y celebrado.

No pasarán muchos años sin que la piqueta demoledora que va arrasando la Roma papal transforme por completo este barrio donde se asienta ahora el arte; las grandes casas de alquiler sucederán á estos edificios que contienen tantos estudios; las calles á cordel sustituirán los callejones mezquinos y sucios, pero al pasar por las nuevas calles, y entre las futuras construcciones, quien haya conocido lo presente deplorará su desaparición, buscará en vano la originalidad y belleza de este conjunto, y echará de menos la gravedad de los *amateurs*, el bullicio de los artistas y el desenfado de los modelos.

FEDERICO RAHOLA

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI —BARCELONA 7 DE FEBRERO DE 1887— NUM. 267

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

MONUMENTO EN SAN LUIS (AMÉRICA DEL NORTE)



ESTATUA DE CRISTÓBAL COLÓN, modelada y fundida por Fernando de Miller

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

CRISTÓBAL COLÓN

Estatua destinada á San Luis (América del Norte).

Pocas glorias han sido más incontrovertidas que la gloria de Colón. Por esto es venerado su nombre, por esto es ensalzada su memoria, por esto la humanidad culta le erige monumentos, testimonios de admiración y de gratitud. Gracias á la ilustrada esplendidez de Enrique Shaw, acaudalado alemán residente en San Luis de Norte-América, esta ciudad pagará muy en breve al ilustre genovés el tributo que debieran rendirle todas las poblaciones situadas en la parte de mundo que presintió con su talento y descubrió con su valor heroico.

La estatua de Colón que reproducimos ha sido modelada y fundida en Munich por Fernando de Miller, escultor alemán de gran valía y el primero en su patria cuyas obras han sido trasportadas y admiradas en América. Su Colón es una demostración más de su potencia artística. El descubridor del Nuevo Mundo figura erguirse en el punto más elevado de su carabela, en el momento de aparecérsele la tierra que tantas veces había visto con los ojos del genio. ¡Día fausto, efeméride sin rival en lo humano, inolvidable fecha la del 11 de octubre de 1492! El gran genovés abarca con la mirada el horizonte, domina ya en ese mundo de que va á hacer presente á España y parece como presagiar la ingratitud con que ha de ser correspondido. Quien adivinó la grandeza de un mundo, bien pudo adivinar las pequeñeces de las humanas pasiones.

La obra de Miller está modelada con holgura; tiene movimiento, vida, riqueza de detalles, y sin traspasar los límites del arte plástico, corresponde al objeto monumental de su destino. Los inteligentes la han calificado de obra la más perfecta salida de la famosa fundición de Munich, que su autor dirige igualmente.

Hoy que nuestra ciudad se dispone á honrar, en soberbio monumento, la memoria de Colón, la estatua de Miller es un dato precioso, un ejemplo de cómo los grandes genios de la ciencia son tratados por los grandes genios del arte.



FERNANDO DE MILLER, autor de la estatua de Colón

Este artista nació en Munich el 8 de julio de 1842 é hizo sus primeros estudios en la Real Academia, de que es hoy miembro honorario. Más tarde, y sintiéndose con decidida vocación para la escultura, visitó París, Berlín y Dresde, donde frecuentó los principales talleres, particularmente el de Hanel, que le fué de gran provecho para fortalecer sus principios y gusto artístico.

Hoy es una de las eminencias del arte y su fama lo mismo se halla asegurada en Europa que en América, que posee sus principales obras monumentales, Shakespeare, Humboldt, Mosquera, Bolívar, admiradas en San Luis, en Colombia, en Cincinati, en Panamá y en otras capitales del Nuevo Mundo. Dueño, juntamente con su hermano, de una fundición de primer orden, establecida por su padre, es tan reputado industrial como egregio artista. Munich tiene en Miller un ciudadano que se ha batido con valor por su patria, un industrial notabilísimo y un escultor que sostiene en ambos continentes la fama de la escuela bávara.

SEGURA DE SÍ MISMA, cuadro de Weingartner

Está aguardando á alguno, es indudable. Ese *alguno* vendrá, la joven está perfectamente segura de ello, tan segura como lo está de sí misma.

El principal mérito de este cuadro corresponde á la expresión de su personaje único. Esa mujer es amada: no afirmaríamos del mismo modo que sea ella la amante del *alguno* á quien nos hemos referido. Cuando una joven está enamorada de veras, por mucho que sea su mérito, cualesquiera que sean sus prendas, no está tranquila, no está segura de sí misma, en el momento en que aguarda al objeto de su pasión. El semblante picaresco de esa mujer revela más talento que afecto, más cálculo que amor. Es un general que cuenta de antemano con la victoria.

El cuadro tiene algo de retrato; quizás lo sea. Si el original existe, como es probable, ¡ay de él!...

Es decir, ¡ay del que no está en el cuadro!...

LA PRIMERA LECCIÓN DE BAILE cuadro de H. Schroder

Feliz en sumo grado ha estado el autor de este lienzo. Su argumento, llamémosle así, no puede ser más sencillo ni más simpático. En cuanto á su ejecución es un verdadero modelo de la difícil facilidad que así aquilata las obras literarias como las artísticas. La madre, profesora de su hija en el estudio de la danza, á la cual se daba en el siglo XVIII una importancia muy superior á la que le otorgamos en nuestros días, no puede adoptar el grave continente de un maestro de baile, título que infundía cierto carácter cómico-serio á su poseedor; antes bien no puede contener su hilaridad al considerar los adelantos de su tierna alumna. Esta se halla perfectamente imbuída de su papel, es una mujercita póstuma, trazada con habilidad y de un efecto seguro. La composición es sobria, como quiera que el autor ha querido concretar la atención exclusivamente sobre los dos únicos personajes que figuran en ella

EL FANFARRÓN, cuadro de W. Lowith

¿Está inspirado este cuadro en una novela de Hans Hoffmann, ó por el contrario, la novela ha sido fruto de la contemplación del cuadro? Nos inclinamos á lo primero, por más que la importancia escasa del asunto podía hacerlo surgir espontáneamente en la imaginación del artista. Un joven, libre apenas del servicio de las armas, refiere sus proezas á cuatro ancianos, al parecer poco dispuestos á la credulidad. La figura del narrador no corresponde á las fanfarronadas que el autor del cuadro le atribuye: si miente, lo hace con pasmosa naturalidad y sangre fría poco común en los pretendidos héroes de homéricas hazañas. En cambio, los cuatro oyentes son un prodigio de naturalidad y de expresión. La desconfianza está pintada en su semblante; la sonrisa del escepticismo es, en sus labios, espejo de su incredulidad.

PLANTEL MILITAR, acuarela de Tapiró

Tapiró tiene formada hace tiempo su reputación. El cuadro que representa nuestro grabado confirma la opinión que su autor merece. Los tipos están bien tomados del natural, las actitudes son espontáneas, el conjunto agradable. Para apreciar debidamente esta obra sería indispensable examinarla animada por el color, vivificada por una luz espléndida del cielo africano, que vierte Tapiró en todas sus obras.

LO QUE CAMBIA LA MODA cuadro de V. St. Lerche

En un bonito cuadro de género hace Lerche una delicada crítica de la sinrazón de la moda. Representa la escena una suntuosa estancia de regio palacio, en una de cuyas paredes es de ver el retrato de una aristocrática señora de allá por los tiempos de María de Médicis. ¡Qué contraste entre su traje y el de las damas que visitan ese palacio! ¡Qué diferencia en el talle, en el tocado, en la gorguera, en el tontillo!... Lo que el artista no resuelve es cuál de las dos exageraciones resulta más ridícula, problema planteado y no demostrado desde la primitiva hoja de parra.

El cuadro de Lerche expresa la idea del autor de una manera natural y nada exagerada. Sin embargo, no resulta neta; el espectador que desconozca el título de la obra, con dificultad descubrirá el propósito del artista. Lo mismo puede ser un epigrama que la escena más inofensiva del mundo, supongamos unos forasteros visitando el interior de una mansión regia. Esto no impide que el salón esté bien estudiado y detallado y que las figuras estén trazadas por mano evidentemente experta.

LAS HERMANAS, cuadro de A. de Kaulbach

Nobleza obliga. Llamarse Kaulbach, siendo pintor, es un verdadero compromiso. El autor de *Las Hermanas* lo ha salvado con talento. Dos preciosas niñas que contemplan con tristeza el oscuro horizonte... ¿Adivina su prematura inteligencia el lóbrego porvenir? Cualquiera las supondría abismadas pensando en los azares de la vida, que apenas se ha iniciado en ellas. Y sin embargo, esta profunda contemplación no borra, ni siquiera empalidece, los rasgos de su fisonomía infantil; nada quita á la ingenuidad de sus semblantes, nada á la candorosa expresión de su inocencia angelical. Kaulbach ha hecho más que un hermoso cuadro: sus dos hermanas son un estudio de maestro.

Ignoramos si el artista ha leído la interesante novela de Walter Scott titulada: *El Pirata*. Si así fuese, creeríamos que se ha propuesto reproducir á las interesantes Minna y Brenda en su infancia.

EL LEÓN DE LUCERNA, dibujo de J. M. Marqués

Raro es el artista que ha visitado Lucerna y no haya tomado siquiera apuntes de esta inmortal obra de Torwalsen, destinada á perpetuar la memoria de los suizos que en París dieron su vida por defender la de Luis XVI. El león, símbolo de la fuerza y de la nobleza, herido de muerte, expira, resguardando aún en su agonía el escudo flordelisado de Francia. La obra está esculpida en una peña, y la mala formación de esta, ayudada por la acción del tiempo y del agua, amenaza destruir un monumento que no puede ser más grandioso ni más comunicativo en medio de su poética sencillez.

SUPLEMENTO ARTISTICO

LA RECEPCIÓN DE LA FAVORITA cuadro de Francisco Beda

Abderramán III, octavo califa ommiada de España, edificó á orillas del Guadalquivir, en honor á su favorita Azzahra (la floreciente) un palacio tan magnífico que no tuvo igual ni aun después de construída la famosa Alhambra. Trazaron y dirigieron la obra los más ilustres arquitectos orientales, y en ella se ocuparon, según tradición, diez mil operarios durante veinticinco años. Añádese que eran de ver en esa espléndida fábrica 4,300 columnas de mármoles de varios colores, traídos de todas las costas del Mediterráneo.

Terminóse en el año 996, y la favorita entró en aquella suntuosa morada que llevaba su nombre, siendo recibida por camareras y esclavas con gran pompa y obsequios, como á mujer que privaba en tan poderoso príncipe. Esta escena ha reproducido Beda, pintor triestino, con grandiosidad y buen gusto; si bien, falto hasta de restos del palacio, que fué destruído por los berberiscos á los 74 años de terminado, se ha inspirado en la arquitectura de la Alhambra, que se edificó nada menos que cuatro siglos después de la Azzahra. Esto no impide que el cuadro de Beda sea una obra maestra de costumbres orientales.

ESCAPARATES

Si levantaran cabeza nuestros antepasados y vieran los adelantos de nuestros días, volvían á «morirse» espontáneamente.

Al poco más ó menos, esto es lo que dice el vulgo y lo habrán oído ustedes repetidas veces.

Las instalaciones que vemos en los establecimientos comerciales, son de invención moderna.

En otro tiempo no usaban los comerciantes esos medios de propaganda.

En las muestras se leía:

«Géneros ultramarinos.—Comestibles.—Chocolate.—Aceite.— Velas.—Jabón,» y otras golosinas.

«Barbería.—Se afeita á real la pieza.—Se corta el pelo á real y se riza el mismo.»

En las puertas de los establecimientos de tintoreros, dos bandas de colores anunciaban la industria á los transeuntes.

Estas señales se conservan en Madrid.

En las muestras de las barberías, colgaban una bacía ó dos, y en algunas una navaja de madera: los instrumentos del martirio de los parroquianos.

Se anunciaba las tabernas colgando el ramo en la puerta.

Los escaparates son de invención moderna, como queda dicho.

Las calles céntricas en las capitales importantes, son exposiciones universales, en pequeño.

Los comerciantes al por menor exhiben en sus escaparates los mejores modelos, las mejores muestras ó los ejemplares de más valor que tienen en el establecimiento.

El escaparate es un anuncio ilustrado: sirve para excitar apetitos y dar á conocer al comprador lo que le conviene.

Algunos escaparates son tentaciones para transeuntes de bien.

Hay mujeres que no pueden resistir los encantos del escaparate de un establecimiento de sedería: un corte de vestido ó un abrigo de terciopelo infunden pensamientos muy tristes en algunas mujeres.

Las instalaciones de una joyería las deslumbran.

Para ellas son los brillantes y las perlas, especie de ortografía de la mujer: la que carece de esos signos, es mujer incorrecta.

El escaparate de un restaurant es un insulto á los hombres sobrios, no por naturaleza sino por «causas políticas.»

He sorprendido alguna vez diálogos conmovedores entre abonados á escaparate.

– ¿De quién será esa cabeza? – preguntaba, con voz de tenorino desfallecido, un caballero á otro, ambos procedentes de la estación anterior: es decir, vestidos como en verano en el mes de noviembre.

—¿De quién ha de ser? – dijo el interpelado—del dueño de la casa.

– Yo creía que era retrato de algún personaje extranjero importante.

– Es una cabeza de jabalí. ¡Hermosa pieza!

– No he tenido el gusto de tratar á alguno.

– Lenguas extranjeras.

– ¡Qué felices serán los jóvenes de lenguas!

– ¡Codornices con corsé! ¡Un pavo en jarras! Siempre me han repugnado los pavos...

– ¿Por qué?

– No he podido comer pavo en mi vida: son odios de raza

Alguna vez he oído un nene que decía á su padre, pasando junto al escaparate de Lhardy:

—¡Mira qué cosas tan buenas!

Y el padre replicó:

– Vanidades, nada más: donde están los garbanzos, no hay faisán que se les iguale.

Los escaparates de las casas de cambio son insultos á la pobreza honrada.

Allí hay billetes de todos los bancos extranjeros y nacionales, monedas de oro de todos los países.

Parece que aquel muestrario incita al vecino pacífico á tomar lo que guste.

He visto á más de un transeunte detenido por la atracción del escaparate de una casa de cambio; era sin duda algún aficionado á numismática. Contemplando aquel capital desperdigado, murmuraba:

– ¿Cuánto pedirán por todo eso? Si lo arreglaran, tomaría mil duros en billetes.

Esas pirámides de boquerones y esas torres de pájaros fritos que exhiben algunos taberneros en los escaparates de su respectivo establecimiento; esas gallinas asadas que parecen bailarinas en mallas en el *Excelsior;* esos cortes de chaleco de cabrito y cordero; esos conejos en salsa y en urna cineraria de Alcorcón, ó sea en cazuela; todos esos son poderosos aperitivos para los caballeros que tienen hambre y sed, y no de justicia.

Pero las instalaciones más sorprendentes para el observador son las de las empresas de servicios fúnebres.

La muerte ha sido siempre considerada con respeto, y parece que cuanto no sea seriedad y modestia, es irrespetuoso.

Hoy se disputan las diferentes empresas el premio artístico de la populachería, en sus escaparates.

He oído asegurar que en París se estima casi tanto como á Dumas y Sardou, á los autores de escaparate: el ciudadano dependiente de comercio á quien sopla la musa de los escaparates, se ve solicitado y mimado por los dueños de los establecimientos.

Parecerá obra fácil á los profanos la de disponer y colocar los objetos en un escaparate.

Pero, según me han asegurado algunos comerciantes, es empresa que requiere cierta intuición y conocimientos de estética al por menor.

Las instalaciones de artículos fúnebres, exigen además alguna fantasía.

Así es que he visto escaparates que recordaban algún



SEGURA DE SÍ MISMA, cuadro de Weingartner

cuadro de *don Juan Tenorio;* otros sobre motivos de *Roberto il diavolo;* y varios *La canción de la Lola.*

En las personas no artistas produce mal efecto ese lujo de féretros de todos tamaños, de angelitos y lámparas, y otros artículos *ad hoc.*

En uno de esos establecimientos he visto una combinación de ataúdes, colocados en pirámide: sirve de base un ataúd para gigante que está creciendo y de cúspide una cajita para borrador de feto.

Un padre de familia, beodo, decía así á los miembros de ella:

–Mira, ese grande, para el casero; ya ves si puede estar desahogado; ese otro para tí; el otro para tu madre; el otro para mi cuñada, y así sucesivamente.

– ¿Y para tí? – le preguntó la que hacía de esposa, y tal vez lo fuera.

– Para mí el de arriba, – respondió el padre perturbado – y si no puedo caber dentro que me lleven en brazos.

A mí me parecen irreverentes esas exhibiciones de artículos mortuorios.

Y ha llegado á tal punto el lujo en esos establecimientos que alguno de ellos más parece confitería que almacen de «efectos fúnebres,» como los denominan algunas personas.

Pasando por delante de uno de esos escaparates se siente como deseo de decir á la novia:

– ¿Quieres tomar algo?

Eduardo de Palacio

HISTORIA DE UN HOMBRE

contada por su esqueleto

POR D. MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

(Continuación)

Para contrarrestarlos, para volverlos á sus bravías guaridas, se formaron milicias de voluntarios, y entre ellos tomó las armas, levantando una compañía á su costa, don Angel de Lemus, joven y rico comerciante de México.

Lemus, en cuanto tuvo equipada su compañía partió contra los indios sediento de su sangre.

Lemus era español, descendiente de uno de aquellos terribles aventureros que fueron á la conquista, y que se establecieron después en el imperio conquistado.

Su altivez por su noble ascendencia española y por sus riquezas, era insoportable. – Mírele V. bien, Sandoval, – dijo Clara interrumpiéndose y señalando el retrato puesto sobre la chimenea. – ¿Qué ve usted en ese hombre?

—Al fin, señora, la ha servido á V. de padre durante los primeros años de su vida, la arrancó á usted...

—De las montañas de los míos, donde salvaje y todo, acaso hubiera sido feliz,—dijo tomando un nuevo sorbo de ron Clara.

—Después fué su esposo de V., el padre de su hija.

—No importa, no importa; dígame V. la impresión que le causa el retrato de Lemus: debo advertir á V. que es exactísimo, que sólo le falta, como se dice vulgarmente, hablar. Así era á los veinticinco años, cabalmente cuando partió sediento de venganza contra los salvajes de la Sierra Madre.

—Pues bien, señora, ya que V. quiere que la hable con franqueza, la impresión que ese retrato me causa es de repulsión.

—Hay que tener en cuenta que ese retrato, y este otro, el del medallón, se hicieron en un momento en que Lemus estaba agitado por una de las pasiones más terribles, por la venganza: los bárbaros habían incendiado su hacienda de Santa María, y su hermana doña Inés, preciosa joven de quince años que se encontraba en ella, había desaparecido.

—¡Ah!

—Y entonces, cuando iba á vengarla, cuando no sabía si perecería también en su empresa, fué cuando se hizo hacer esos dos retratos para dejar un recuerdo en ellos á su padre y á su tía. He ahí el misterio de esa frente ceñuda, tras la cual parecen revolverse sombríos pensamientos; de ese severo entrecejo fruncido, de esa mirada penetrante y cruel y de la sonrisa acerada y fría de esos labios delgados y comprimidos.

—¡Ah! con esa aclaración...

—Lemus no era generalmente así. Cuando estaba tranquilo, lo que sucedía raras veces; cuando hablaba con su madre ó con su tía ó conmigo, era un hombre simpático, dulce, casi hermoso.

—¡Ah! ¡V. le amaba! ¡aun le ama!—exclamó Sandoval con acento melodramático.

—No he amado nunca... nunca hasta ahora,—dijo Clara.

Y reclinó la cabeza sobre su pecho, y durante algún tiempo guardó silencio.

Sandoval la miraba enamorado.

—Decía que Lemus había partido hacia la Sierra Madre; pues bien, dos meses después volvió: había penetrado en las guaridas de los indios, había degollado, saqueado, incendiado selvas enteras, no había encontrado á su hermana; pero traía dos cosas: una presa inmensa de perlas, y una india de dos años. Aquella india era yo.

—Bendiga Dios á Lemus, que rescató de entre los salvajes tal tesoro,—dijo Sandoval.

– Perdónele Dios, – repuso Clara. – Entre las perlas venían como cien negras, riquísimas. Son esas que constituyen ese aderezo. Lemus hizo montarlas, poner en un medallón, orlado de ellas, su retrato, y dijo á su madre: «Este será el dote de Clara» Al poner en aquel dote su retrato, Lemus había sido profeta; porque yo debía ser su esposa.

Se detuvo de nuevo Clara.

—Lemus hizo que se me bautizase, y encargó á su madre y á su tía de mi crianza.

Durante doce años viví ignorando mi origen; yo no había salido de la hacienda de Santa María; y aunque me oía llamar india por los trabajadores de la hacienda, nada sospechaba: me creía de la familia, llamaba padre á Lemus... pero... un día... su tía y su madre habían muerto; yo tenía ya trece años: estaba tan formada como ahora: dirigía las haciendas domésticas, y... hacía ya algún tiempo que Lemus me miraba de una manera extraña.

—¿Se había enamorado de usted?

—Yo no podía comprenderlo. Evitaba quedarse á solas conmigo, y si alguna vez estábamos solos, me miraba con insistencia, su mirada brillaba, se ponía pálido y huía.

Yo no sabía á qué atribuir esta extraña conducta de Lemus, su taciturnidad, su expresión de sufrimiento, cuan y permado me tenía á su lado.

Así pasó un año, y yo cumplí catorce.

Lemus había pasado la mayor parte de aquel año apartado de la hacienda, viniendo á ella de tarde en tarde, y permaneciendo muy pocos días.

Y cada vez me miraba de una manera más ansiosa.

En mí empezaba á despertarse ese sentimiento vago,



LA PRIMERA LECCIÓN DE BAILE, cuadro de H. Schroder



EL FANFARRÓN, cuadro de W. Lowith



LA RECEPCIÓN DE LA FA



AVORITA, CUADRO DE FRANCISCO BEDA



PLANTEL MILITAR, escena de costumbres marroquíes, copia de una acuarela de J. Tapiró

esa melancolía ardiente, esa distracción profunda, esa gravedad melancólica, que es la primera señal del amor sin objeto, ignorado, incomprendido, de las niñas.

Pasaba largo espacio de la noche bajo los bambúes en el gran patio de la hacienda, mirando la luna y soñando despierta no sé qué.

Una noche... era ya tarde... estaba yo profundamente distraída: nada se escuchaba, más que el leve zumbido del viento que agitaba á largos intervalos las hojas de los plátanos y de los bambúes, y el lejano canto del insonte: todos estaban recogidos menos la esclava destinada á mi servicio particular, que estaba sentada á poca distancia mía en el suelo.

De repente, un grito agudo de la esclava me hizo volver de mi distracción, y al volver en mí sentí que caía una carta sobre mi falda.

Me levanté, y vi á María, á la esclava, con los brazos extendidos hacia la estacada, que separaba al patio del campo y exclamando aterrada:

—¡Un indio! ¡un indio!

En efecto, miré hacia el lugar indicado por María, y vi saltar una sombra por cima de la estacada, oí un grito salvaje, y luego nada.

Recogí el papel y me entré asustada en la casa.

Los hombres, alarmados por María, salieron armados de carabinas.

Entre tanto y encerrada en mi aposento, leía la carta que el salvaje, sin duda, me había dejado.

Aquella carta decía:

«El extranjero de rostro pálido, no es el padre de la virgen de los valles. El extranjero ama á la doncella roja:.. la ama, pero la virgen de los valles morirá si ama al extranjero.»

Por bajo de estas breves palabras se leía un nombre que no he podido olvidar, «Miantucatuc.»

—¡El nombre de algún jefe indio!

—¿Quién sabe?

—¿Y qué hizo usted?

—Esperar con impaciencia á que volviese á la hacienda Lemus. No tuve que esperar mucho, porque al día siguiente al amanecer llegó.

—Tengo que hablar á V., —le dije, —de un gravísimo asunto

¡De un asunto grave! —me contestó poniéndose pálido Lemus.

—Sí, sí señor

—Veamos, ven conmigo.

Y me llevó á su cuarto, cuya puerta cerró.

—¿Qué asunto tan grave es ese? —dijo cuando nos quedamos solos.

Entonces le mostré la carta que me había dejado el indio y le referí mi aventura

—¡Miantucatuc! —exclamó sombríamente Lemus: —¡Miantucatuc te prohibe amarme! ¡te amenaza!

—Sin embargo, padre mío, yo amo á usted.

—¡Ya sabes que no soy tu padre!

—Pero ¿es eso verdad?

—¿No has pensado nunca en que nuestro color es diferente?

—No, no señor.

—Pues bien, esta carta dice la verdad: no eres mi hija.

—Pues ¿de quién soy hija? —exclamé.

Entonces me contó su expedición á la Sierra Madre en busca de su hermana, y que los indios me habían dejado abandonada en su cabaña en el centro de una selva.

Luego añadió:

—Clara, yo creía ser siempre para tí un padre... pero...

Lemus se detuvo.

Yo callaba: no sabía, no conocía la causa de su turbación

—Te amo con toda mi alma, —dijo al fin.

—Y yo... yo también le amo á usted.

—Pero yo te amo de otro modo... ¡oh! te amo como se ama á la vida... yo necesito para vivir que seas mi esposa.

Yo era inocente: yo no conocía la vida, y así las manos de Lemus.

—Pues bien, —le dije, —yo quiero lo que V. quiera.

—¿No amas á nadie, Clara? —me dijo con ansiedad.

—A V., á V. solo.

Entonces Lemus me abrazó sollozando y me dió un beso en la boca.

Hacía mucho tiempo, desde que empecé á ser una mujercita, que Lemus no me abrazaba.

Aquel primer beso de amor de Lemus me causó una sensación dolorosa, indefinible: mi alma se encogió.

Yo sólo le amaba como á padre... como amante...

Yo entonces ni aun comprendía lo que era un amante.

Lemus fué á los cofres que había traído de México, y que aun estaban esparcidos por la estancia y los abrió y sacó de ellos ropas riquísimas y magníficos trajes.

—Estas son tus galas de boda, —me dijo, —había venido resuelto á proponerte que fueras mi esposa...estamos de acuerdo, y sólo faltan las formalidades legales y la ceremonia religiosa. Te amo demasiado para retardar mi dicha. Esta misma tarde marcharemos á México.

—Yo no comprendía en qué podía fundar su dicha Lemus.

Tres días después lo comprendí.

Tres días después era mujer de Lemus.

Entonces comprendí lo que era amor... lo que era el amor del hombre... En cuanto á mí... al perder mi inocencia perdí mi esperanza. Yo había consumado á ciegas, por ignorancia, un horrible sacrificio. Podía amar como padre á Lemus, como marido me repugnaba.

—¿Y no amó V. á otro?

—No, Sandoval, no: ¿cómo he de decir á V. que V. es el primer hombre á quien amo?

—¿Es decir que yo soy el hombre afortunado que obtengo la virginidad del amor de V.?

—No sé aún si V. le aceptará: aun no he concluído.

—Perdone V., señora: la escucho á V. por cortesanía; si la escucho con interés, es porque me refiere V. su historia; pero para unirme á V. indisolublemente, nada necesito saber... ¿no cree V. que la amo?

—Lo creeré si después que haya concluído, me repite usted la expresión de su amor.

—¿Con que es necesario...?

—Sí, es necesario de todo punto que V. me escuche. Póngame V. más ron.

Sandoval llenó de nuevo, y con cierta alegría de mal género, la copa de Clara.

Esta continuó:

—Yo no podía ser feliz: pero me guardé muy bien de nublar la felicidad de Lemus, mostrándome desgraciada.

Y era mi situación horrible.

El amor constituye casi por completo la vida de la mujer.

Para las mujeres de corazón el amor es todo.

Mi alma estaba replegada en sí misma, fría, como sepultada en una tumba.

Habíame, sin embargo, resignado.

Había aceptado mi suerte.

Pero sufría ese martirio lento, continuo; esa hambre desconsoladora del corazón.

Y sonreía, sin embargo, á Lemus, porque no tenía la culpa de mi desgracia; porque la había causado involuntariamente, porque creyéndome feliz, lo era él, y ¿para qué habíamos de ser los dos desgraciados? Bastaba con que yo lo fuese.

Entonces comprendí cuánta puede ser la fuerza del alma de una mujer.

Cuántos recursos tiene en sí misma, para parecer lo más feo del mundo cuando en realidad es lo más desgraciado.

Lemus gozaba de una felicidad envidiable.

—Dios le había dado un ángel, —dijo Sandoval.

—Dios le había dado una mujer de buen corazón.

Clara guardó un momento silencio.

Luego tomó un nuevo sorbo de rón y continuó:

—Pasemos, pasemos rápidamente por las primeras situaciones de mi casamiento con Lemus. Era rico, me amaba, prevenía todos mis deseos, y yo lo tenía todo, menos un corazón que se hiciese comprensible al mío.

Pero Dios tuvo compasión de mí y me envió un amor infinito, puro, el amor de un ángel.

Dios quiso que fuese, sin voluntad, madre, como había querido que sin voluntad fuese esposa.

Antes de cumplirse el primer año de mi matrimonio, cuando aun no tenía quince, dí á luz á mi hija, á mi pobre perdida Isabel

Clara no tomó ya entonces un sorbo de rón, sino que apuró la copa

—Póngame V. más, Sandoval: —dijo con la voz ligeramente enronquecida. —Necesito olvidar, quiero olvidar, y luego tengo frío, un frío extraño, un frío que me aterra

Sandoval llenó la copa de Clara, y removió la chimenea.

—No, no, es inútil; para templar este extraño frío, no hay fuego que baste: es como si tuviera muerto el corazón.

—¡Muerto un corazón que ama, un corazón que da á los hermosísimos ojos de V. un brillo sobrenatural, divino; una expresión de gloria!

—¡De veras! le parezco á V. muy hermosa, ¿no es verdad?

Y Clara se inclinó hacia Sandoval, y le dejó ver su semblante pálido, estremecido por una convulsión casi imperceptible, pero persistente, poderosa; brillaban sus ojos dejando ver un no sé qué luminoso, profundo en su foco; su boca entreabierta y húmeda, parecía anhelar algo que calmase su sed de amor; su delicioso seno se alzaba y se deprimía, se hinchaba su magnífica garganta; su mano que sostenía la copa temblaba.

De repente apuró de una vez aquella copa, la dejó en un movimiento nervioso sobre la bandeja, y luego se echó sobre el respaldo del sillón, y fijó en Sandoval una mirada indescribible, cuya fuerza aumentaba la sombra de sus largas y negras pestañas entreabiertas.

Sandoval sintió un vértigo y se atrevió á tomar con pasión una mano á Clara.

Aquella mano estaba fría como la de un cadáver.

Al sentir el contacto ardiente de la mano de Sandoval, Clara se estremeció toda, retiró bruscamente su mano, se levantó de su posición abandonada, y abriendo los ojos dejó ver un relámpago de fuego á Sandoval.

Este empezaba á impresionarse de una manera extraña.

Empezaba á sentir frío.

—Oiga V., —dijo Clara.

Y después de un momento de silencio, añadió:

—¿Qué decía á V.?

—Me decía V., señora, que al ser madre había V. sido feliz.

—No, yo no pude haber dicho eso, al ser madre fuí más desgraciada.

—¡Cómo! ¿le inspiraba á V. antipatía su hija sólo por ser hija de Lemus?

—Tampoco he dicho eso. Yo adoraba á mi Isabel. Isabel llenaba en mi corazón todo el lugar reservado en él al amor de madre: pero el otro vacío... se aumentó...se aumentó: Lemus para mi corazón no era el padre adorado de aquella niña.

—¡Ah!

—Fuí, pues, más desdichada que antes de ser madre; mi corazón estaba en desequilibrio, su dolor había crecido.

Y sin embargo, sonreía á Lemus como una mujer enamorada.

Le hacía dichoso.

¡Oh! no crea V. á las mujeres, Sandoval.

El frío de Sandoval creció.

—Un día, —continuó Clara con voz ronca, —llegó á la hacienda de Santa María un hombre.

Lemus estaba en México.

El hombre que acababa de llegar llevaba un poncho, un sombrero de palma y una carabina.

Era joven y hermoso.

Se acercó lentamente, se apoyó en el marco de la puerta de la empalizada, por la cual iba yo á salir á la hacienda, y me dijo posando en mí la tranquila mirada de sus grandes ojos negros:

—Contenga V. á esos perros, señora, y tenga V. la caridad de mandarme dar agua y pan.

Aquel hombre estaba muy pálido y la parecer enfermo.

Su poncho estaba deshilachado, su sombrero pasado por el sol, sus botines rotos. Su traje era de mendigo, pero su aspecto altivo, y su palabra digna y grave.

—¿Es V. español? —le dije.

(Continuará)

QUÍMICA DEL CIELO

ANÁLISIS DE UN COMETA

No hay, en verdad, descubrimiento ni más útil, ni más sorprendente que el análisis espectral, considerado, de una parte, en la sencillez misma del procedimiento y de otra en razón de las maravillas y descubrimientos realizados por su adecuado empleo. Entre ellos hay dos que revisten extraordinaria importancia, en cuanto uno á otro se completan y en cuanto agrandan notablemente el campo de las investigaciones experimentales, creando una ciencia nueva, no distinta, en lo tocante á sus principios, de la ciencia conocida, pero sí muy diferente, por el género especial de los objetos sobre los cuales se dirigen sus experimentos y por el mismo fin que anhelante persigue. Refiérome, en primer término, á las investigaciones relativas á los metales nuevos, y, en segundo término, al análisis y estudio espectroscópico de los cuerpos celestes, asunto del presente artículo. En punto á este último, conviene á mi propósito advertir que el estudio físico de los planetas, nebulosas y estrellas reconoce actualmente, como base y fundamento, el método espectroscópico, porque consiente determinar elementos componentes, en estados particulares, por los que algo puede inferirse acerca del origen y naturaleza de las acciones que en los astros notamos, tales como el calor y la luz que emiten, propia ó reflejada.

Cuanto se agrandan, de esta suerte, los dominios de una ciencia, no hay para qué decirlo. Desde que el físico alemán Kirchhoff descubrió los procedimientos simplicísimos, en cuya virtud llégase á reconocer la composición química de los astros, con la misma seguridad que la de cualquiera cuerpo de la Tierra que se somete á operaciones químicas en los laboratorios, la parte física de la Astronomía no se limitó á determinar, en los cielos, las leyes generales de la dinámica, sino que, investigando los elementos constitutivos de los astros, remóntase hasta demostrar que se hallan formados de elementos idénticos á los encontrados en nuestro planeta. Y hay todavía otra singularidad en los resultados obtenidos y es que consienten decir el estado particular de los cuerpos en el astro que se examina y decirlo con un grado de certeza que supera á toda ponderación. La maravilla realízase sin la menor hipótesis demostrándose, en ella, todo el valor y eficacia del procedimiento experimental y lo fecundo de los descubrimientos científicos, que llevan siempre en sí, aun los más abstractos, algo como el germen de numerosas aplicaciones prácticas, útiles é importantes, no sólo en lo que al carácter de la misma ciencia se refiere, sino también en lo que á la satisfacción de las necesidades humanas atañe, en cuyo punto, viendo los adelantos realizados en todo género de artes é industrias, nadie podrá dudar del influjo inmenso de los descubrimientos en el progreso en todos los órdenes de la vida.

Tiene sus fundamentos la *Química del Cielo* en varios fenómenos debidos á la luz, por la que revélase, precisamente, la composición de los astros; así ellos mismos, al enviarnos la más notable manifestación de las acciones físicas que en su seno cúmplense, lo hacen trasmitiendo señales y signos que sirven para reconocerlos, de igual suerte que las cifras y emblemas de las armas denuncian su procedencia. Un rayo de luz, modificado y estudiado en regla, es suficiente para revelar la naturaleza del foco que lo produce. Al paleontólogo bástale reconocer algunos restos fósiles para construir entero el animal á que pertenecen; con fragmentos de objetos, pedazos y detalles arquitectónicos, resucita el arqueólogo una época lejana y no precisa el sabio, versado en filología, sino algunas palabras, restos de muerto idioma, y por virtud de su ciencia lo constituye, lo forma y crea de nuevo y resiste toda crítica, adquiriendo, á cada paso, nuevo apoyo, que hace nacer la certidumbre. De igual suerte, bastan al físico las señales que deja la luz al descomponerse para consignar la naturaleza del astro que gira en el universo infinito, las sustancias contenidas en la nebulosa apenas visible y que tardará millares de siglos en resolverse, los ele-

mentos químicos que componen el núcleo y la cola del errante cometa, perdido allá en las inmensidades del cielo, la carencia de atmósfera en la luna y el estado de gas incandescente de cuantos metales contiene la cubierta exterior del Sol. Bandas oscuras interpuestas entre los colores producidos por la luz que se descompone, brillantes rayas, de colores diversos, que interrumpen, siempre coloreadas en los mismos puntos, la negrura y oscuridad de la franja que determinadas rayos luminosos presentan al desdoblarse, son todo el medio de que el físico y el químico y el astrónomo se valen en el analisis de los diferentes astros.

Sábese, desde que el gran Newton hubo realizado el experimento, que todo rayo de luz blanca se descompone y desdobla en distintas actividades, al atravesar un prisma, formando así el llamado espectro luminoso, en el cual residen propiedades y caracteres especiales, hoy bien conocidos y determinados. Fijándonos sólo en lo que á la luz respecta y tomando, como ejemplo, un rayo de Sol, pronto se advierte que se halla compuesto de siete grupos de radiaciones, dotado, cada uno, de un matiz distinto, formando los siete aquel hermoso iris que se ve dibujado sobre el color plomizo de las nubes, en los días lluviosos, y produciendo unidos la luz blanca. La diferente refrangibilidad de sus distintos rayos es causa de que se descomponga y de que pueda hacerse un análisis completo, separando las diversas suertes de actividades; que es un rayo de Sol resultante de muchas fuerzas, unidas y enlazadas por vínculos estrechos, y una vez rotos, aíslanse con manifestaciones distintas y mientras los movimientos menos rápidos producen sonido y elevación de temperatura, tradúcense los más veloces por colores y acción química.



LO QUE CAMBIA LA MODA, cuadro de V. St. Lerche

Desde luego se comprende que la luz, emitida por cualquiera cuerpo, ha de tener algunas relaciones con su naturaleza íntima y estado particular de agregación de los elementos que lo constituyen; en tal sentido, cada metal, por ejemplo, ha de caracterizarse por ciertas condiciones de la luz que produzca y los cuerpos, según sean sólidos, líquidos ó gaseosos, darán luz particular, dependiente de su estado. En el primer caso se funda el método analítico de las coloraciones de las llamas, signo perfectamente claro para determinar la presencia de muchos metales. Nadie ignora que el ácido bórico colora la llama del alcohol en verde, el sodio en amarillo, el potasio en violeta y el estroncio en rojo púrpura, por todo lo que, teniendo una tabla ó lista, en la cual se indiquen las coloraciones de los diferentes cuerpos, es cosa fácil dar con ellos, al menos con los más notables, en todo problema de análisis. En el segundo caso fúndase el procedimiento espectroscópico, ya se aplique al examen de las materias encontradas en la tierra, ya se indague la naturaleza y composición de los astros. Igual es el principio para ambos problemas y sólo cambian los pormenores experimentales. Los minerales hallados en nuestro planeta y los que se determinan en un cometa se encuentran por el examen ordenado de los espectros y poco importa que la luz sea producida por la combustión del gas en los laboratorios ó venga de millones de kilómetros; todo se reduce á descomponerla con un prisma de cristal y á examinar luego los productos del desdoblamiento, ni más ni menos que el químico examina las sustancias obtenidas después de las reacciones provocadas por el agente de metamorfosis que los métodos convenientes aconsejan.

Se hace preciso tener en cuenta los resultados que son consecuencia del examen detenido del espectro luminoso del Sol. No lo forma una faja continua de siete colores desigualmente intensos; si no hay entre ellos límites definidos ni separaciones muy marcadas, tampoco son, considerados aisladamente, radiaciones puras, porque Fraünhofer y Wollastón observaron rayas ó bandas oscuras, como si la radiación coloreada se interrumpiera un punto y continuase después con el mismo color que antes de la raya oscura tenía. Este hecho, tan sencillo y de insignificante apariencia, dió origen á la *Química del cielo*. Primeramente advirtióse que la posición de las citadas rayas, lejos de ser accidental y caprichosa, era fija y definida, al menos para el mayor número, señalándose, al punto, el lugar de las principales. Luego hizo la observación señalar categorías; pues vióse que la intensidad de las rayas variaba, que unas eran sencillas y otras componíanse de dos ó mayor número de bandas más finas y tenues Con esto pudieron aventurarse ciertas indicaciones, que fueron á modo de anuncio y preliminar de los métodos actuales, en sentido de que podían conocerse los diferentes espectros luminosos por las rayas negras, fijas é invariables.

Nada se sabía ni sospechaba, sin embargo, acerca de su causa y origen; túvose por condición especial de las radiaciones y más se cuidaron los sabios de contar y señalar muchas rayas, que se ocuparon en investigar su procedencia. Así á Bunsen y Kirchhoff corresponde entera la gloria del invento del análisis espectral, fundado en el hecho de ser las bandas características de los metales y en el fenómeno de los espectros de absorción que presentan, sobre una banda negra, rayas diversamente coloradas, según la naturaleza del foco de luz. Para entender el método, por ser preciso, si han de explicarse sus resultados, en lo referente á consignar la composición química de los cometas, es necesario poner atención en las ligeras indicaciones que siguen y han de ser brevísimas.

Origínase la luz por incandescencia de sólidos, combustión de los mismos y de los líquidos é incandescencia de gases y vapores y los rayos luminosos, como atraviesan atmósferas de naturaleza variada, modifícanse de manera análoga á la que el poder absorbente del vapor de agua modifica los rayos térmicos del Sol, disminuyendo notablemente su intensidad calorífica. Ahora bien, observando atentamente los diferentes espectros, producidos por luces provenientes de focos distintos, pueden establecerse tres categorías principales, á saber: espectros continuos, coloreados y sin rayas, siempre originados por rayos emanados de cuerpos sólidos incandescentes; espectros luminosos, con rayas oscuras, procedentes de la combustión de gases ó incandescencia de los mismos, advirtiéndose que las rayas son peculiares de cada gas; y, por último, espectros oscuros con rayas brillantes que ocupan, para determinado cuerpo, la posición que tenían las bandas negras en el caso del espectro luminoso. Cabalmente en semejante fenómeno hubieron de fijarse Kirchhoff y Bunsen y la explicación que dieron de él constituye el primer principio del análisis espectral. Debe advertirse que las rayas son características de los metales y en tal sentido, si le han producido por el vapor de sodio, el espectro ofrece una doble banda oscura que lo caracteriza perfectamente, suponiendo que la luz del sodio atraviesa una atmósfera en la que resida vapor de este metal, porque, descomponiéndola directamente, el espectro es oscuro con dos rayas amarillas que ocupan exactamente la posición y lugar que antes tenía la doble franja oscura. Es decir, que los gases absorben el mismo color que emiten y, de esta suerte, habiendo reconocido la posición, número y lugar de las bandas de un espectro luminoso, al punto sabremos, no solo el estado de la sustancia productora de luz, sino también sus elementos componentes. Recogiendo la luz de los diferentes astros, de los cometas y nebulosas y analizando su espectro, puede consignarse su composición. La del Sol escrita se hallaba en su espectro, que comparado con el de los metales de la tierra dió por resultado hallarse muchos de ellos en el gran luminar, sin que en él hállense sustancias distintas de las encontradas en nuestro planeta.

Pronto han de aparecer sobre nuestro horizonte dos cometas y paréceme oportuno presentar á modo de ejemplo y como muestra de la eficacia del procedimiento los análisis químicos del cometa de 1881, practicados por el sabio astrónomo M. Huggins. Su espectro era continuo con algunas rayas negras características y otras de las indicadas por Fraünhofer, procedentes de aquella parte que recibe su luz del Sol. Había en el espectro del cometa dos grupos de rayas brillantes, uno semejante al del espectro de los compuestos de carbono y el otro, de menor intensidad, en la parte menos refrangible, que pertenece, de igual suerte, al espectro continuo del carbono. Dewar y Liveing demostraron que es condición indispensable, para que tales grupos aparezcan, la presencia del cianógeno, porque sólo habiendo este cuerpo es dable la formación de semejantes bandas. De todo lo cual se infiere que en el hermoso cometa de 1881, acusaban la presencia del carbono, del hidrógeno y del nitrógeno, comprobada con los cometas de 1866 y 1867; es decir, que aquellos elementos, que representan importantísimo papel en la constitución de los seres, forman parte de esos astros errantes, que describen órbitas inmensas y aparecen, de tarde en tarde, á nuestra vista, compuestos de un núcleo más luminoso y de una cola que semeja derivación suya.

Todavía no paran aquí los resultados maravillosos del análisis del cometa de 1881. El espectro de su luz propia es en todo semejante y presenta iguales bandas que los espectros del acetileno y del ácido cianhídrico,

cuerpos ambos que se estudian en la Química y cuya formación explíquese, sin gran esfuerzo, con sólo tener presentes las leyes generales de la síntesis orgánica. Los dos resultan de la unión de hidrógeno y carbono; el primero es un hidrocarburo de los más sencillos y mejor conocidos, la base de una serie de compuestos notables; el segundo, resultado de combinarse el radical cianógeno compuesto de carbono y nitrógeno con el hidrógeno, es veneno activísimo, cuerpo poco estable, pero que se obtiene con facilidad suma. Teniendo presente este hecho, el insigne químico Berthelot aduce una serie de observaciones interesantísimas, con objeto de esclarecer el origen de la luz en los cometas, atribuida, con frecuencia, á diversas acciones mecánicas, capaces de mantener en incandescencia continua el núcleo y las nebulosidades que lo envuelven y que acaso se explique mejor suponiéndola de origen eléctrico. En efecto, el análisis espectral acusa un género de combinaciones del carbono y del hidrógeno, que con la presencia del ácido cianhídrico constituyen argumento nada despreciable en favor de la teoría eléctrica de la luz de los cometas.



LAS HERMANAS, cuadro de A. de Kaulbach

Demuéstrase hoy que la formación del acetileno es inmediata y necesaria, siempre que se hace pasar una serie de chispas eléctricas por la mezcla de sus elementos carbono é hidrógeno. Añadiendo nitrógeno al acetileno así formado y continuando la acción eléctrica, prodúcese al instante ácido cianhídrico, siendo este fenómeno, según observa Berthelot, el carácter químico más constante y fácil que distingue al nitrógeno. Por tal razón, los espectros del acetileno y del ácido cianhídrico son inherentes á los que, por influencia eléctrica, produzca cualquiera gas que contenga carbono, hidrógeno y nitrógeno, libres ó combinados y es de advertir que, si de la propia suerte el espectro del acetileno se ve en la combustión de los gases de hidrocarburos, el del ácido cianhídrico no acusa la presencia del nitrógeno en un gas que arde y lo contiene, á no ser en las condiciones que se han establecido. De consiguiente parece más fácil concebir que se iluminen eléctricamente las materias cometarias, que suponerlas ardiendo continuamente por efecto de fuerzas cuya naturaleza es desconocida.

Creo inoportuno insistir acerca de la importancia de estos análisis. Ellos permiten extender los dominios de la Química y de la Astronomía, consienten determinar la composición de los astros más lejanos y aventurar hipótesis muy fundadas acerca del origen de su luz, dilatando, de esta suerte, los conocimientos del hombre y satisfaciendo, en parte nada escasa, sus ansias y deseos de conocer la Naturaleza en que vive, fin y objeto de todas las ciencias.

JOSÉ RODRÍGUEZ MOURELO



EL LEÓN DE LUCERNA, dibujo de J. M. Marqués

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI —— BARCELONA 14 DE FEBRERO DE 1887 —— NUM. 268

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EN LA TABERNA, cuadro de Andreotti

No parece ser la taberna sitio á propósito para frecuentado por el artista, que debiera remontar su genio á esferas de luz más intensa y de ambiente menos corrompido. Ello, empero, en la práctica resulta lo contrario, y Velázquez demostró que la brutal estampa de unos cuantos beodos podía reproducirse en un cuadro modelo. Andreotti ha estudiado igualmente á los amigos de Baco, pintando una escena que, sin degenerar en licenciosa, permite apreciar los tristes efectos de la embriaguez. Porque es triste ver á un hombre entrado en años forcejeando con una moza, no con sana intención ciertamente, y á sus compañeros, que en lugar de reprenderle su desvergüenza, hacen de ella objeto de curiosidad y risa.

El lienzo está bien ejecutado; los personajes tienen expresión, movimiento, vida. Andreotti pinta con esa seguridad que únicamente poseen los maestros y no es extraño que sus obras llamen la atención del mundo artístico.

UNA FIESTA DE FAMILIA, cuadro de J. Sperl

Tienen los poetas alemanes el don de inspirarse en las buenas obras de arte, de igual manera que sus poetas se inspiran en las buenas obras poéticas. Raro es el cuadro que llame la atención y no dé lugar á una rima; rara es la poesía de mérito que no despierte la idea de un cuadro. El pintor y el poeta se comprenden perfectamente; después de todo, no es maravilla; uno y otro remontan el vuelo á un mismo espacio, á uno y otro dicen lo mismo Dios y sus obras.

Al cuadro: *Una fiesta de familia*, de Sperl, va unida en Alemania una sentida poesía de Ulrico Meyer. ¿Quién ha inspirado á quién en este caso? Opinamos que al pintor corresponde la primacía; no ha hecho un cuadro único en su asunto, es muy cierto, pero ha escogido una escena tan plácida y la ha realizado con un gusto tan admirable que el idilio del poeta debe haber brotado espontáneamente de su pluma.

La primera exposición de un nuevo artista, cuadro de Franz Kops

Si un buen cuadro es aquel que más se aproxima á la verdad, sin tocar en lo grosero y en un realismo de mal gusto, indudablemente el cuadro de Kops es una obra de arte de mérito superior. El cuadro de género es una especie de comedia de costumbres: la difícil facilidad es la primera de sus condiciones. Ni hay que ir á buscar los tipos entre la canalla, ni cuando el artista desciende á las últimas capas sociales tiene que recargar el original, á pretexto de que obrando de tal suerte, la copia resulta más saliente. En el cuadro, como en la comedia, el que pudiéramos llamar tipo medio es el que está más en carácter, sin negar que sea el que más dificultades ofrezca.

Dentro de este criterio, el lienzo de Kops satisface todas las condiciones didácticas. El asunto es natural y sencillo sin trivialidad. Los personajes están en perfecto carácter: todos se hallan movidos por un mismo resorte; pero las manifestaciones de su impresión individual varían en cada uno de ellos. Esta circunstancia, hábilmente atendida, le quita al cuadro la monotonía, que era su más temible escollo. El mejor elogio que podemos hacer de la obra de Kops es que, dondequiera que fuese expuesta, obtendría el mismo éxito que él ha deferido al imaginario expositor del cuadro.

EL JUEGO

ARREGLO DE UN CUENTO DE HOFFMANN

I

En el verano de 18.., los establecimientos de aguas de Pirmont atraían multitud extraordinaria de personas. Todos los días crecía la afluencia de ricos forasteros y diariamente se avivaba el ávido pensamiento de los especuladores de todas clases; los empresarios de la banca de



EN LA TABERNA, cuadro de Andreotti

faraón abrieron sus salones y ostentaron sobre el tapete verde masas de oro con las cuales esperaban atraer una buena caza.

Sabido es que en la estación de los baños y en esas numerosas reuniones en que todos se alejan de sus hábitos, nos dejamos llevar á la ociosidad abandonándonos luego al mágico atractivo del juego. No es raro entonces ver personas, que en otros tiempos y lugares jamás tocan una carta, instalarse tenazmente en la mesa del juego; y por otra parte, es de buen tono, á lo menos en la sociedad elegante, acercarse todas las noches al tapete verde y perder en él algún dinero.

Un joven barón alemán, á quien llamaremos Sigfried, parecía querer resistirse á este atractivo de las cartas y á éstas reglas de buen tono. Cuando todos buscaban la mesa del juego y perdía él así la ocasión de continuar una conversación agradable, se retiraba á su cuarto á leer ó escribir, ó bien salía á pasearse al campo.

Sigfried era joven, independiente, rico, de noble aspecto, de carácter alegre; y necesariamente era querido y estimado, y tenía mucho partido entre las damas. En todo lo que emprendía no parecía sino que era guiado y sostenido por una estrella feliz. Se hablaba de cien lances de valor muy peligrosos en apariencia, los cuales hubieron de ser resueltos ligera y felizmente por él. Sobre todo, se refería la historia de cierto reloj que probaba su fortuna constante. Sigfried, muy joven aun, hubo de emprender un viaje, y encontrándose un día en necesidad urgente de dinero, se vió obligado á vender su reloj de oro guarnecido de diamantes. Habíase resignado á dar tan preciosa joya por muy poco dinero, cuando llegó á la fonda en que él estaba un joven príncipe que buscaba precisamente un objeto semejante y lo pagó en más de lo que valía. Un año después, habiendo entrado Sigfried en posesión de su herencia, supo por los periódicos que se sorteaba un reloj; compra un billete por una bagatela y le toca el mismo reloj que había vendido. Poco tiempo después, lo cambia por una sortija de diamantes: entra luego al servicio del príncipe de Hesse, y un día, queriendo éste darle una prenda de estimación, le regala el mismo reloj con una preciosa cadena.

Esta historia hizo más notable la tenacidad de Sigfried que no quería tocar una carta y evitaba este medio de hacer uso de su constante fortuna; y se convino en creer que el barón, con todas sus brillantes cualidades, era demasiado tímido, y acaso demasiado avaro para exponerse á la menor pérdida. No se reflexionó que la conducta del barón alejaba antes bien toda sospecha de avaricia; y como sucede comunmente, bastó la satisfacción de haber imaginado una explicación desfavorable á un hecho inusitado.

Pero muy luego hubo de saber Sigfried lo que de él se decía; y como nada odiaba tanto como las apariencias, aun de la avaricia, resolvió destinar algunos centenares de luises á confundir á sus calumniadores, por más repugnante que le fuera el juego.

En efecto, pasó al salón con ánimo de perder la considerable suma que llevaba; pero la buena suerte que lo seguía á todas partes, le fué todavía fiel. Cada carta que elegía él se cubría de oro. Los más sutiles cálculos de los viejos jugadores fracasaban ante la indiferencia del barón, que ya cambiando de cartas, ya conservando las mismas, siempre, siempre ganaba. Ofrecía el raro espectáculo de un punto que se desespera porque la suerte lo favorece; y los espectadores se miraban unos á otros y al parecer dudaban de la razón de aquel hombre que se irritaba de su misma fortuna.

Como había ganado sumas importantes, se creyó obligado á continuar esperando perder más de lo que había ganado; pero no fué así, su destino triunfó. Sin echarlo de ver, comenzó á tomarle gusto á ese juego, que en su misma sencillez ofrece las combinaciones más azarosas.

El barón no estaba ya descontento de su fortuna. El juego hubo de absorber toda su atención y lo retuvo noches enteras. No era el estímulo del lucro, sino el juego mismo, el juego, con esa magia particular de que le habían hablado sus amigos y que él por sí no había podido antes comprender.

Una noche, al levantar los ojos en el momento en que el banquero acababa una talla, vió enfrente de sí un hombre de cierta edad que lo miraba fija y tristemente. Siempre que el barón levantaba la cabeza, encontraba la mirada sombría de aquel hombre, que producía en su ánimo una impresión penosa é irresistible. El desconocido no salió de la sala hasta que se levantó el banquero.

El día siguiente volvió á ponerse enfrente del barón y como la vez primera lo persiguió con su mirada siniestra.

El barón se contuvo esta vez aún; pero cuando lo vió volver la tercera noche, exclamó en son de enojo:

– Caballero, he de rogaros que toméis otro sitio, pues estorbáis mi juego

El desconocido se inclinó con sonrisa melancólica, y, sin pronunciar una palabra, salió de la sala.

La noche siguiente estaba de nuevo enfrente del barón, en la misma actitud y con la misma mirada fija.

Sigfried se levantó colérico y le dijo:

– Caballero, si creéis hacer una gracia mirándome de ese modo, os ruego que elijáis otro tiempo y otro lugar. Por ahora...

Una indicación hecha con la mano hacia á la puerta dijo más que las rudas palabras que el barón se abstuvo de pronunciar.

Como la noche anterior, sonrió tristemente el desconocido, se inclinó y salió de la sala.

Agitado por el juego, por el vino que había bebido y por el choque con el desconocido, el barón no pudo dormir aquella noche.

Cuando amaneció, aun tenía al desconocido delante de sus ojos; veía aquel rostro expresivo, vivamente dibujado y alterado por el dolor; veía sus ojos profundos y sombríos, y aquel humilde traje bajo el cual se distinguía á un hombre de buena casa. Al mismo tiempo recordaba la triste resignación con que el desconocido se había retirado de la sala.

– Efectivamente, – se dijo, – he sido injusto con él, cruelmente injusto. No está bien arrebatarse así como un estudiante casquivano y grosero y ofender á un desconocido sin motivo ninguno.

El barón reflexionó entonces que aquel hombre lo había contemplado con tal fijeza sólo porque se veía obligado á luchar contra la amarga necesidad, mientras enfrente de él amontonaba el oro el joven jugador.

Sigfried resolvió buscarlo el día siguiente y reparar los agravios que él mismo se reprochaba.

Por casualidad, la primera persona que encontró el barón paseándose fué precisamente el desconocido.

El barón se acercó á él y se disculpó noblemente por la dureza con que lo había tratado, y acabó por pedirle formalmente perdón.

El desconocido contestó que no tenía nada que perdonar; que era menester pasar muchas cosas al jugador enardecido por la fiebre del juego; y fuera de esto, que él mismo se había atraído el enojo del barón manteniéndose fijamente en un sitio, en que lo incomodaba.

El barón tomó otra vez la palabra diciendo que solía haber en la vida ciertos embarazos que debían de afectar penosamente á una persona decente, y le dió á entender que estaba dispuesto á emplear parte del dinero que había ganado en subvenir á sus necesidades.

– Caballero, – contestó el desconocido, – me suponéis en una situación embarazosa y no es así. Aunque soy en verdad más pobre que rico, lo que tengo basta á mi modesto género de vida. Por otra parte, bien comprendéis, caballero, que si después de haberme ofendido, quisierais reparar esta ofensa con dinero, no podría yo, como hombre de honor, aceptar semejante reparación.

– Creo comprenderos, – repuso el barón, – y estoy dispuesto á daros todas las satisfacciones que podáis desear.

– ¡Dios mío! – exclamó el desconocido ¡qué desigual sería un combate entre los dos! Estoy convencido de que, como yo, no consideráis el duelo como un juego de niños; creo que no pensáis que dos gotas de sangre que caen de un arañazo del dedo, puedan borrar una mancha hecha al honor. Hay casos en que dos hombres no pueden vivir juntos en la tierra, aunque el uno estuviera en el Cáucaso y el otro á orillas del Tíber; porque no hay punto de separación en cuanto el pensamiento se dirige á la existencia de un ser aborrecido. En tal caso, el duelo es el que decide cuál de los dos ha de hacer lugar al otro; entonces el duelo es necesario. Entre nosotros sería demasiado desigual, porque mi vida no tiene el mismo valor que la vuestra: si os mato, aniquilo todo un mundo de esperanzas; si sucumbo, habéis puesto fin á una existencia llena de ansiedades y penosos recuerdos. Pero lo esencial es aquí que yo no me creo ofendido. Me habéis dicho que saliera y he salido.

El desconocido pronunció estas palabras en un tono que revelaba un resentimiento interior: lo cual fué un motivo para que el barón renovase sus disculpas, y añadió que no sabía cómo ni por qué la mirada del desconocido producía en su ánimo tal turbación que no podía sufrir ni sostener su fijeza.

– ¡Pluguiera á Dios, exclamó el desconocido, – que penetrara mi mirada bastante adentro en vuestro corazón para mostraros el peligro á que estáis expuesto! Con genio ligero y corazón alegre marcháis al borde del abismo, y un solo golpe puede precipitaros en él sin esperanza. En una palabra, estáis á punto de ser un jugador desenfrenado.

El barón aseguró que se equivocaba completamente. Le refirió por qué circunstancias se había puesto á jugar, y añadió qué cuando hubiera llegado á perder algunos centenares de luises, cesaría de apuntar. Hasta entonces había tenido la más decidida fortuna.

– ¡Ah! – exclamó el desconocido. – Esa fortuna es el cebo, el incentivo engañoso, espantable, de las fuerzas enemigas. Esa fortuna con que jugáis, los motivos que os han inducido al juego, toda vuestra conducta, que revela claramente cuánto crece vuestro interés, vuestra afición á las cartas, todo en fin me recuerda vivamente el espantoso destino de un desgraciado que os parecía por muchos conceptos y empezó como vos. He aquí por qué no podía yo apartar de vos la vista; he aquí por qué apenas podía callar lo que mis ojos debían de haceros adivinar. ¡Cuántas veces os hubiera gritado: ¡Cuidado, joven! ¡Los demonios extienden sus garras para arrastraros al precipicio! Deseaba conoceros y lo he conseguido. Aprended la historia del desgraciado de que acabo de hablaros; acaso os convenza ella de que no me dejo yo turbar por vanos sueños procurando arrancaros á un peligro inminente.

El desconocido se sentó en un banco al lado del barón y refirió la historia siguiente:

II

– Las mismas brillantes cualidades que os distinguen, – dijo el desconocido, – granjearon al caballero de Menárs la estima y admiración de los hombres y el amor de las mujeres. Sólo bajo el concepto de los bienes de fortuna, no lo había favorecido la suerte tanto como á vos Era casi pobre y se veía obligado á vivir de la manera más estricta para poder mostrarse en público sin desdoro de su clase y de su noble familia. Como la más mínima pérdida podía turbar toda la economía de su casa, no jugaba jamás, sin imponerse por eso ningún sacrificio, puesto que el juego no tenía para él ningún atractivo.

Por lo demás, salía bien de todo lo que emprendía y la fortuna del caballero Menárs llegó á ser proverbial. Una noche, contra su costumbre, se dejó llevar á una casa de juego. Los amigos que lo habían arrastrado allí muy luego quedaron arruinados.

Preocupado de otros pensamientos, paseábase Menárs á lo largo de la sala y sólo de vez en cuando se detenía enfrente de la mesa de juego, donde el banquero iba acumulando pilas de oro.

De pronto, un antiguo coronel ve al caballero y exclama:

– ¡Por todos los diablos! El caballero Menárs está aquí con su buena fortuna y nosotros no podemos ganar porque él no toma parte en el juego ni en favor del banquero ni de los puntos. Pero esto no durará más, porque es preciso que apunte por mí ahora mismo.

El caballero se excusó con su falta de experiencia; pero el coronel insistió y, que quieras que no, lo condujo á la mesa de juego.

Sucedió, señor barón, al caballero Menárs, lo que os ha sucedido á vos mismo. Acertaba todas las cartas, y muy luego hubo de ganar una suma considerable para el coronel, que no cesaba de congratularse por la excelente idea que había tenido de valerse de la buena estrella del caballero.

Esta fortuna, que admiró á todos los circunstantes, no hizo la menor impresión en el ánimo de Menárs; más aún, su aversión al juego subió de punto y se aumentó de tal modo que el día siguiente, cuando sintió las fatigas físicas y morales de aquella noche de insomnio, juró no volver jamás á casa de juego por ninguna razón. La conducta del coronel vino á robustecer más y más esta resolución: cuando éste tocaba una carta, perdía irremisiblemente y atribuía su desgracia al caballero. Suplicó de nuevo á Menárs que fuera á apuntar por él, ó á lo menos á estar á su lado á fin de alejar con su presencia al funesto demonio que desbarataba todas sus combinaciones. Sabido es que en ninguna parte hay tan locas supersticiones como entre los jugadores. El caballero Menárs no pudo sustraerse á sus importunas solicitaciones que declarando al coronel que prefería batirse con él á volver al juego.

Esta historia, bordada, embellecida, rodeada de multitud de detalles misteriosos, corrió de boca en boca, y el caballero Menárs pasó por un hombre que tenía pacto secreto con seres sobrenaturales. Pero como á pesar de su fortuna se obstinaba en no tocar una carta, hubo de hacerse justicia á su firmeza de carácter, y aun creció la estimación en que se le tenía.

Cosa de un año había pasado, cuando el caballero se encontró en un apuro grave por la suspensión de una renta de que vivía, y tuvo que recurrir á un amigo que lo sirvió desde luego, pero que al mismo tiempo lo acusó de ser el hombre más raro que existía.

El destino, le dijo, nos indica el camino que debemos seguir para llegar á la fortuna, y sólo nuestra indolencia nos impide observar y comprender estas indicaciones. El poder supremo que nos gobierna ha hecho oir estas palabras á tu oído: «¿Quieres adquirir oro? Ve y juega. De otro modo serás pobre, débil, dependiente.»

En aquel momento el recuerdo de la suerte extraordinaria que había tenido en la banca, se presentó vivamente á su espíritu. En sus sueños é insomnios no veía ya más que cartas; ni oía ya más que el sonsonete de las monedas de oro.

Ciertamente, se decía á sí mismo, una sola noche como aquella me sacaría de la miseria, me libraría del temor de vivir sobre mis amigos. Mi deber es obedecer á la voz del destino

El amigo que le había aconsejado jugar lo condujo al fin á una casa de juego y le dió veinte luises de oro para probar fortuna. Si jugando para el coronel el caballero Menárs había jugado con lucimiento, esta noche fué otra cosa muy distinta: esta vez apuntaba á ciegas, sin reflexionar; una mano invisible, la mano del destino, parecía cuidarse de sus intereses.

Cuando se levantó de la mesa había ganado veinte mil luises.

El día siguiente se despertó con gran turbación de espíritu. El oro que había ganado estaba sobre su mesa. Creyó que estaba soñando y se frotó los ojos y acercó la mesa. Cuando recordó bien lo que había pasado, cuando contó y volvió á contar sus ganancias, un veneno fatal se deslizó por la primera vez en sus entrañas y allí quedó la pureza de sentimientos que había conservado tanto tiempo.

Apenas podía esperar la hora de volver á la mesa de juego. La fortuna continuó favoreciéndolo cada noche que fué á tentarla, y al cabo de algunas semanas reunió cantidades fabulosas.

Hay dos clases de jugadores: para muchos es el juego un goce inexplicable. El singular encadenamiento del azar cambia á cada instante. Las potencias sobrenaturales nos rodean al parecer y hay no sé qué misteriosa emoción que agita nuestro espíritu. Diríase que debemos lanzarnos á las sombrías regiones de estas potencias, observar sus obras, espiar sus secretos. He conocido un hombre que, encerrado día y noche en su aposento, jugaba contra sí mismo: éste era á mi modo de ver un verdadero jugador.

Otros sólo piensan en la ganancia y consideran el juego como un medio de enriquecerse rápidamente.

El caballero Menárs entró en esta última categoría y probó que la pasión del juego depende de la naturaleza individual y es en cierto modo innata.

El estrecho círculo á que está limitada la acción del punto le pareció muy luego mezquino é insuficiente á sus aspiraciones; y con el dinero que había reunido estableció una banca que llegó á ser en breve la más rica de París.

La mayor parte de los jugadores se reunieron al rededor de él.

La sombría y tempestuosa existencia del jugador aniquiló muy pronto las prendas físicas y morales que habían granjeado al caballero Menárs el afecto, estimación y respeto de todos los que lo habían conocido. No era ya aquel amigo fiel, aquel tipo de salón, alegre, fino, simpático, aquel caballeresco galán adorador de las damas; su entusiasta amor á las letras y á las artes se había extinguido también en su alma; su ardiente deseo de aprender, de saber, había desaparecido; en su pálido y marchito rostro, en el sombrío ardor de sus hundidos ojos sólo se veía brillar la siniestra pasión que subyugaba todas sus facultades.

No, no era el amor del juego lo que lo agitaba; era la horrible avaricia que Satanás le había introducido en el corazón.

Así llegó á ser el banquero más perfecto que puede haber jamás.

III

Una noche, – continuó diciendo el desconocido, – el caballero Menárs echó de ver que, sin sufrir grandes pérdidas, la suerte lo favorecía menos que antes.

Un hombrezuelo viejo, flaco, enteco, mal vestido y de aspecto repugnante, se acercó á la mesa y con trémula mano puso á una carta una moneda de oro.

Muchos jugadores miraron con sorpresa al vejete y después lo trataron con evidente desprecio, sin que él lo sintiera al parecer ni menos se quejara.

Perdió una puesta tras otra, y cuanto más perdía tanto más se alegraban los demás jugadores.

Cuando llegó á perder quinientos luises doblando siempre sus puestas á la misma carta, uno de los puntos inmediatos exclamó sonriendo:

—¡Bravo, señor Vertua! ¡bravo! No os desaniméis; continuad. Creo que haréis saltar la banca y que ganaréis una suma enorme.

El vejete lanzó al que así se burlaba una mirada de basilisco, y salió de la sala, volviendo media hora después con los bolsillos llenos de oro. Pero á las últimas tallas tuvo que hacer alto, porque había perdido todo lo que llevara.

El caballero, que en medio de su vida desordenada, había conservado, sin embargo, el sentimiento de las conveniencias, sintió mucho el desdén con que se había tratado al viejo; y, al acabar el juego, dirigió una amistosa reprensión á los jugadores rezagados que lo acompañaban aún.

¡Bah! ¡bah! – exclamó uno de ellos. - No conocéis al viejo *Francesco Vertua*; de otro modo, muy lejos de dirigirnos cargos, aprobaríais nuestra conducta. Habéis de saber que el napolitano Vertua, establecido en París quince años há, es el avaro más sórdido y el usurero más cruel que existe en el mundo. Es extraño á todo sentimiento humano. Vería á un hermano suyo retorcerse á sus pies en las convulsiones de la muerte y no daría para salvarlo un luis de oro.

Las maldiciones de multitud de hombres é innumerables familias, arruinados todos por sus diabólicas especulaciones, pesan sobre su cabeza. Es aborrecido de todos los que lo conocen y todo el mundo desea que la venganza divina lo castigue ejemplarmente por el mal que ha hecho. Nunca ha jugado, á lo menos desde que está en París, y esto explica nuestra sorpresa al verlo entrar aquí y nuestro regocijo de verlo perder, porque hubiera sido muy triste que la fortuna favoreciera á ese malvado. La verdad es que el oro de vuestra banca cegó al avaro viejo, y esperando desplumaros, ha sido él quien os ha dejado las plumas. Y no se comprende cómo el sórdido avaro haya podido decidirse á jugar tan fuerte. Pero bien castigado se fué para no volver jamás, de lo cual todos debemos felicitarnos.

Esta predicción no se cumplió, mal que pesara á los puntos.

La noche siguiente, el viejo Vertua se sentó de nuevo enfrente del banquero, y perdió mucho más que la víspera.

Sin embargo, permaneció tranquilo y alguna vez hasta sonrió con amarga ironía, como si hubiera previsto un pronto cambio; pero la pérdida del avaro creció, como una bola de nieve las noches siguientes, calculándose al fin que había dejado en la banca 30,000 luises de oro.

Una noche entró pálido y descompuesto; sentóse á alguna distancia de la mesa y fijó los ojos en las cartas que manejaba el afortunado banquero.

Al comenzar una nueva talla, exclamó con una voz que estremeció á todos los circunstantes:

—¡Alto!

Después, abriéndose paso por entre los jugadores, se acercó al caballero Menárs y le preguntó con voz sorda:

—¿Queréis admitir por 80,000 francos mi casa de la calle de San Honorato con mis muebles, alhajas y joyas?

– Va, – contestó fríamente el banquero sin volverse hacia el avaro.

– Juego, – dijo después tendiendo las cartas.

– Soy sota, – dijo el avaro.

Y vino la contraria.

El avaro dió un salto hacia atrás y se apoyó como desfallecido en la pared.

Allí permaneció como una estatua inanimada y nadie se ocupó ya de él.

Luego terminó la partida y los jugadores comenzaron á desfilar.

El banquero recogía con su camarada sus ganancias en su caja y el viejo Vertua se adelantó entonces como un espectro y le dijo con voz sombría:

– Caballero, una palabra, una sola.

– Hablad, – contestó el banquero guardándose la llave de la caja y mirando de pies á cabeza al avaro con manifiesto desdén.

– Caballero, – repuso Vertua, – he perdido en vuestra banca toda mi fortuna y no me queda nada... nada absolutamente. No sé dónde reclinaré mañana mi cabeza ni cómo remediaré mi hambre. A vos recurro, prestadme la décima parte de lo que me habéis ganado para dedicarme otra vez á mi oficio y evitar así una horrible miseria.

¿Qué estáis diciendo, Vertua? ¿No sabéis que un banquero no debe prestar nada de lo que ha ganado? Eso es contra las reglas y yo no puedo infringirlas.

– Tenéis razón; mi petición es exagerada y loca. La décima parte es mucho; prestadme solamente la vigésima.

– Os repito, – dijo el banquero de mal humor, – que yo no presto nada de lo que gano.

- Es verdad, – replicó Vertua, cuyo rostro palidecía más y más y cuyos ojos se oscurecían como si hubiera de expirar; – es verdad que no debéis prestar nada; yo obraré por mí mismo. Pero una limosna se da á un mendigo: dad siquiera cien luises de oro á un hombre cuya fortuna os ha entregado el ciego destino.

– Verdaderamente, señor Vertua, – exclamó colérico el banquero, – verdaderamente os complacéis en atormentar á vuestra gente. Os digo que no obtendréis de mí ni cien, ni cincuenta, ni veinte, ni un solo luis de oro. Sería menester que estuviera loco para daros los medios de emprender de nuevo vuestro cruel oficio. La suerte os ha derribado en el polvo como un insecto nocivo y sería un crimen levantaros. Idos y vivid allá como merecéis.

Vertua se cubrió el rostro con las manos y lanzó un prolongado gemido.

El banquero ordenó á sus mozos que llevaran la caja á su carruaje, y dijo con voz dura:

– Señor Vertua, ¿cuándo me entregaréis vuestra casa y demás efectos?

Vertua se enderezó súbitamente y contestó en tono firme:

– Ahora mismo. Venid conmigo, caballero.

– En hora buena. Os conduciré en mi carruaje á vuestra casa, que mañana abandonaréis para siempre.

– En todo el camino ni Vertua ni Menárs pronunciaron una palabra.

Llegado que hubieron á la puerta de la casa, Vertua tiró de la campanilla.

Salió á abrirle una vieja, que exclamó al verlo:

—¡Dios del cielo! ¿Sois vos al fin? Angela está para morir de las angustias que le hacéis pasar.

– ¡Silencio! – contestó Vertua. – Dios quiera que no haya oído la pobre el sonido de la campanilla. Angela debe ignorar mi vuelta.

Esto diciendo, tomó la luz de manos de la vieja estupefacta y alumbró al caballero Menárs.

– Estoy preparado á todo, caballero, – le dijo. – Me despreciáis, me aborrecéis y os complacéis como otros en mi ruina; pero no me conocéis. Habéis de saber que en otro tiempo fuí yo jugador como vos; que como á vos me favoreció la fortuna; que recorriendo la Europa, me detenía dondequiera que un juego considerable daba esperanzas de lucro, y que en todas partes afluía el oro á mis manos como á las vuestras. Tenía yo una esposa tan bella como honrada y no me cuidaba de ella, haciéndole pasar una vida miserable en medio de mis riquezas. Un día, en Génova, vino un joven romano á jugar á mi banca su opulenta herencia: lo mismo que yo os he implorado hoy, me imploró él para obtener algún dinero á fin de volver á Roma. Yo lo rechacé con desdén y el pobre, en el estravío de su furor, me clavó un puñal en el pecho.

A duras penas, – continuó diciendo Vertua, – pudieron los médicos salvarme, y mi convalecencia fué larga y difícil. Entonces me asistió mi esposa; me consoló, me sostuvo en mis sufrimientos, y á medida que renacía á la salud experimentaba sentimientos desconocidos para mí hasta entonces. El jugador es extraño á todos los afectos humanos. Yo no sabía lo que era el amor y la fiel abnegación de una esposa, y entonces conocí cuán ingrato había sido con la mía y á qué culpable propensión la había sacrificado. Ví aparecer como los demonios de la venganza á todos aquellos hombres cuyo reposo y felicidad había destruído con cruel indiferencia; oí salir de la tumba voces irritadas que me echaban en cara todas las faltas, todos los crímenes cuyos primeros gérmenes había hecho brotar yo. Sólo mi esposa alejaba de mi conturbado espíritu las angustias y terrores que me atormentaban.

Con esto, hice voto de no tocar nunca una carta, y al efecto, rompí todos los lazos que me encadenaban, rechacé las instancias de mis camaradas, que confiaban en mi fortuna. Alquilé una casita de campo cerca de Roma, y gocé en aquel retiro la calma y satisfacción cuyo presentimiento ni siquiera había tenido. Pero ¡ah! esta satisfacción no duró más que un año. Mi esposa dió á luz una hija y murió algunas semanas después. En mi desesperación, acusé al cielo, me maldije á mí mismo; maldije la culpable vida que había llevado y por la que me castigaba la Providencia arrebatándome mi única esperanza y mi consuelo único. Como el criminal que teme á la soledad, abandoné mi retiro y vine á establecerme á París.

Angela, – continuó diciendo Vertua, – la dulce imagen de su madre iba creciendo á mi vista. Mi corazón entero estaba en ella y por ella quise aumentar mi fortuna. Es verdad que he prestado dinero á crecido interés; pero acusarme de haber ejercido usura fraudulenta es una calumnia. ¿Quiénes son mis acusadores? Pródigos que me persiguen y atormentan sin cesar hasta que les presto el dinero que ellos disipan como un objeto sin valor, y se enojan cuando exijo el reembolso de una cantidad que no me pertenece, que es de mi hija, pues yo me consideraba como simple administrador de sus bienes. No hace mucho tiempo que salvé de la infamia á un joven prestándole una cantidad considerable, y no se la reclamé hasta que supe que había entrado en posesión de una rica herencia. Pues bien, ¿creeríais, caballero, que el miserable tuvo valor de negar su deuda y todavía me trató como á un vil usurero ante los tribunales? Y aun podría citaros muchos casos de este género que han contribuído á hacerme duro é inexorable. Más aun: podría aseguraros que he enjugado muchas lágrimas; que se han elevado al cielo muchas plegarias por mí y por mi Angela; pero ¡ah! vos oiréis mi narración como un cuento vano y presuntuoso, porque sois un jugador.

Después de un momento, añadió:

– Creía haber aplacado la justicia del cielo y estaba en un error; estaba entregado al demonio que debía cegarme más que nunca. Había oído hablar de vuestra fortuna en el juego, caballero, y diariamente me citaban el caso de tal ó cual hombre á quien habíais reducido á la mendicidad. Entonces se me metió en la cabeza la funesta idea de que estaba destinado á probar contra vos la fortuna que no me había abandonado nunca; que estaba llamado á poner fin á vuestra rapacidad; y esta idea, engendrada en mi delirio, no me dió ya ni tregua ni reposo.

Entonces acudí á vuestra banca y no reconocí mi locura hasta haber perdido todo lo que poseía Angela...

Ahora ya todo se acabó... ¿Permitís á lo menos que mi hija conserve sus vestidos?

– Me es indiferente – contestó el banquero – el guardarropa de vuestra hija. Podéis también conservar vuestras camas y los utensilios domésticos. ¿Me había yo de cuidar de esas miserias? Pero ¡cuenta con sustraerme un objeto de algún valor!

Vertua miró en silencio á Menárs algunos instantes y después prorrumpió en amargo llanto. Se prosternó á las plantas del jugador afortunado y, juntando las manos, le dijo con acento de verdadera desesperación:

– Si aun queda en vuestro corazón un sentimiento humano, tened piedad de ella. No, no es á mí á quien precipitáis al abismo, es á Angela, al ángel inocente y puro, que no es responsable de mis faltas. Sed compasivo con ella, sed misericordioso con una pobre niña, y prestadle la vigésima parte no más de los bienes que me habéis ganado. ¡Ah! bien lo sé; al fin se os ablandará el corazón y tendréis piedad de ella. ¡Angela! ¡Hija mía!

Y Vertua lloraba y gemía, repitiendo con voz desgarradora el nombre de su hija.

– Esta comedia ridícula, – dijo Menárs desdeñosamente, – se me hace ya pesada.

En esto, una hermosa doncella, vestida de trapillo, con los cabellos sueltos y el sello de la muerte en su semblante, se precipitó hacia el viejo Vertua, lo levantó del suelo en que estaba de rodillas, lo estrechó contra su seno y exclamó:

– ¡Padre mío! todo lo he oído, todo lo sé. Lo habéis perdido todo, ¿no es eso? Y bien, ¿no os queda vuestra Angela? ¿No sabré yo asistiros y cuidaros? Padre, ¡oh padre! no os rebajéis más ante ese hombre despreciable. No, no somos nosotros en medio de nuestra desgracia los dignos de compasión; es él, él, pobre y miserable, y ruin en su misma riqueza, porque está abandonado en su horroroso aislamiento, porque ningún corazón late junto al suyo, ni alma ninguna se abre para recibir sus dolores. Venid, padre mío; abandonad conmigo esta casa, y pronto, sin demora, cuanto antes, para que no se goce en vuestro sufrimiento un hombre tan odioso.

Vertua se dejó caer en una silla casi desfallecido, y era de ver allí la piadosa solicitud de Angela. En efecto, el ángel de aquel hogar se arrodilló ante su padre y asiéndole las manos, se las estrechaba entre las suyas contra su corazón, contra sus labios, depositando en ellas blandos ósculos, suaves y olorosos como suspiros de plegaria. Luego, con ligereza infantil é ingenuidad angelical, le enumeró todas las habilidades, todos los conocimientos que podía poner en juego para procurarle lo necesario para vivir modestamente, y le suplicaba por su amor que no se abandonara á la desesperación, asegurándole que sería feliz desde el día en que tuviera que bordar, coser y cantar para asistir á su padre.

El hombre más empedernido no hubiera podido oir con indiferencia á aquella joven en todo el esplendor de su hermosura, prodigando á su padre los tesoros del amor más puro y de la santa piedad filial.

Y el caballero Menárs sintió en aquel momento el implacable torcedor del remordimiento, las torturas todas de la conciencia. Angela le pareció un ángel vengador cuya mirada fulgúrea disipaba las sombras del vicio y del crimen; y á este puro fulgor se vió á sí mismo en toda su indignidad.

(Continuará)



UNA FIESTA DE FAMILIA, cuadro de J. Sperl, inspirado en una poesía de Ulrico Meyer



LA PRIMERA EXPOSICIÓN DE UN NUEVO ARTISTA, cuadro de Franz Kops



Avenida que conduce al Panorama, dibujo de F. Wahle

LA PASIÓN Y MUERTE DE JESÚS

Grandioso Panorama circular inaugurado en Munich

Un particular de Munich, M. José Halder, tuvo la idea felicísima de presentar al público de la capital de Baviera la pasión del Salvador en un grandioso panorama circular. Hasta aquí el asunto principal de esta clase de cuadros había consistido en viajes por tierras desconocidas y sobre todo en batallas célebres, con sus matanzas, heridos, cadáveres, campos devastados, pueblos incendiados y reducidos á escombros, árboles tronchados; destrucción, odio, furor, sangre y miseria. El señor Halder y su socio Francisco José Holop, comprendieron que el arte de la pintura aplicada á los panoramas circulares podría servir para algo mejor que glorificar y perpetuar semejantes escenas, y entonces decidieron valerse de las vistas panorámicas, para representar, en lugar de los triunfos y miserias de la guerra, el triunfo del amor al prójimo, la pasión y muerte de Jesús, el grandioso sacrificio en aras de la reconciliación, de la emancipación y salvación de la humanidad; la idea más grande y más noble de cuantas se hallan ejemplo en la historia.

Decidido el objeto, faltaba elegir el artista que reuniera las circunstancias necesarias para ejecutar una obra tan notable. El elegido fué Bruno Piglhein, artista de Munich, que había adquirido ya mucho renombre por sus innumerables cuadros al pastel y brillantes apuntes y bosquejos. Al saberse esta elección anduvieron muy divididas las opiniones respecto de la idoneidad del elegido. Los que recordaban sus figuras de mujer, copiadas de modelos muy apreciados por los artistas, pero no por el público, que por su parte no las consideraba como modelos de virtud, dijeron:

«Este hombre no es á propósito para pintar una larga serie de escenas tan conmovedoras, sentimentales, desgarradoras y augustas como las de la pasión, muerte y resurrección del Salvador del mundo.» Otros que recordaron sus Centauros, retratos de personas distinguidas y otros cuadros, dijeron:

«Quizás salga bien de la empresa;» y los admiradores de su *Cristo expirante*, de su *Virgen* y de su *Moritur in Deo*, dieron ya por probable el éxito feliz del trabajo que el artista había acometido.

Una interrupción

Bruno Piglhein, á pesar de sus estudios y de sus viajes, estaba muy lejos de conocer la naturaleza, la arquitectura, los trajes, costumbres y caracteres de los habitantes del país distante y de la época lejana en que tuvieron lugar los sucesos que se había encargado de pintar. Se puso pues, á leer la Biblia, la historia Sagrada, la geografía de Palestina y las obras notables que sobre la Jerusalén antigua ha publicado el catedrático Max Sattler, de Munich; pero todo esto no bastaba, y era indispensable ver la Palestina, Jerusalén y los sitios más notables por sus propios ojos, pero verlos con ojos de pintor que, como se sabe, ven de otra manera, y otras cosas que los demás mortales. Para esto y para tomar apuntes y componerlos, no bastaba, empero, un hombre solo por artista que fuese, y cierto día del mes de febrero del año 1885, Piglhein, acompañado de su esposa y de los señores Frosch y Krieger, de Munich, emprendieron el viaje en dirección á la Tierra de Promisión.

La primera impresión que recibieron al llegar á Jerusalén no fué favorable, porque estaba lloviendo; todo les parecía monótono.

– Esto es muy tétrico, – murmuró Piglhein; – triste, – añadió el paisajista Krieger, y el pintor arquitectónico Frosch se contentó con exclamar: ¡desconsolador!

Dos cosas abundan hoy día en Jerusalén, á saber: la variedad de sectas y los modelos para los pintores europeos, pero modelos caros.

Los individuos que á esta profesión especial se dedican acosan verdaderamente al artista-viajero, no faltando nunca entre ellos un anciano rabino que pretende descender de los judíos expulsados de España, pero que por ambas cualidades y por su cabeza, realmente hermosa, pide por una sesión 100 francos.

Los musulmanes, en cambio, no se prestan fácilmente á servir de modelo y para obtener sus tipos es menester valerse de la astucia, esto es, del empleo de aparatos fotográficos instantáneos. De ellos y de sus correspondientes utensilios se habían provisto nuestros viajeros antes de salir de Munich, y fingiéndose encargados por el gobierno turco de tomar datos fotográficos plantaban su aparato donde les parecía más á propósito y fotografiaban individuos sueltos y en grupos, atraídos por la curiosidad y el aire misterioso é importante de los extranjeros.

Mejorado el tiempo pensaron nuestros viajeros en trabajar seriamente, pensamiento laudable cuya realización les facilitaron las recomendaciones que llevaban del nuncio del papa cerca del gobierno de Baviera y del arzobispo de Munich para el patriarca y los superiores de las varias órdenes religiosas establecidos en Jerusalén y otros puntos. Con el auxilio, pues, del patriarca y de los religiosos de San Francisco, pudieron sacar vistas de la misma ciudad desde la cúpula de la iglesia del Santo Sepulcro, y de otros muchos puntos. Luego hicieron una excursión de tres días al Mar Muerto, con víveres, cuatro tiendas de campaña, quince caballerías para el trasporte, un intérprete, un criado, hijo del país, y una escolta de beduínos.

El primer día atravesaron el desierto y acamparon por la noche al pie de la montaña de Carantel en cuyas escarpadas laderas han plantado sus sencillas chozas numerosos anacoretas, y mientras el cocinero preparaba con arte las tórtolas y otras aves silvestres que los beduínos habían muerto en el camino con sus certeros tiros, ejecutaron estos infatigables hijos del desierto sus danzas características á la luz de los últimos rayos del sol que doraban la verde cuenca del Jordán. Al día siguiente visitaron respetuosos el sitio donde según la tradición bautizó San Juan á Nuestro Señor. Allí excitó su admiración y compasión un anciano abisinio cristiano que había peregrinado á aquel lugar sagrado para morir allí. Estaba extenuado de hambre, pero fuera de una simple fruta, nada admitió. La expedición siguió su marcha por la cuenca del Jordán hasta llegar al término de su viaje, el Mar Muerto cuyo nivel está 394 m. más bajo que el del Mediterráneo. Los bávaros contemplaron un rato la tranquila superficie, y dos de ellos aprovecharon la ocasión para tomar un baño. El criado Hana, cansado de ir y venir y de correr á recoger los objetos que á sus amos accidentales se les caían á cada paso en todo el camino, por no estar acostumbrados á montar, no les dijo nada á pesar de saber muy bien que el agua salada del lago causa al cabo de un rato una comezón inaguantable si al salir del baño no se lava todo el cuerpo con agua dulce del Jordán; y cuando los dos bañistas prorrumpieron después en lamentos, limitóse Hana á decir impasible: «¿Quién ignora eso?»

Poco después el cielo se cubrió de nubes y cayó un chubasco acompañado de rayos y truenos. La expedición abandonó, pues, aquel sitio á toda prisa y llegó en el estado que es de presumir al convento cismático griego de San Sabas en cuya inmediación plantaron los beduínos las tiendas, que por poco se lleva el viento durante la noche. Al día siguiente hizo buen sol y los viajeros se pusieron en la cumbre de una colina á sacar vistas fotográficas; y la expedición regresó á Jerusalén, y desde allí por Jafa, Constantinopla y Varna á Munich, donde los artistas encontraron ya muy adelantado el edificio circular destinado al famoso panorama en la calle de Goethe número 45. La pieza de tela, de descomunales dimensiones, había llegado también. Medía 15 metros de ancho por 120 de largo. Fué colgada circularmente en los postes del interior del edificio, luego mojada y estirada en este estado con gran número de objetos de mucho peso. Cuando se hubo secado se le dió el fondo blanco, sobre el cual fué proyectado por medio de una especie de linterna mágica el dibujo preparado en diez cartones y en la escala de uno por diez. Estos dibujos, ampliados así diez veces sobre la tela preparada, fueron estampados siguiendo los contornos con carbón, y después se dieron las primeras capas ligeras de color.

Entretanto se habían ido preparando los colores, á la manera antigua, á fuerza de brazos en el taller de Piglhein. El cielo oriental tan trasparente requirió muchas tintas graduadas, obtenidas con diferentes mezclas de albayalde y de azul de ultramar.

Nueve meses trabajó Piglhein con sus auxiliares Krieger el paisajista, Frosch el pintor de arquitectura, Heine otro paisajista y Block, discípulo de Piglhein.



Nivelación del terreno destinado para vestíbulo del Panorama, dibujo de F. Wahle

Para pintar aquel cuadro colosal hubo necesidad de construir al rededor de él un elevado andamio sobre ruedas, y desde sus diferentes secciones pintaban asiduamente Piglhein y sus auxiliares siempre que la luz de la melancólica atmósfera alemana lo permitía.

La obra quedó por fin concluída, y en 1.° de junio de 1886 pudo abrirse al público el «Gran Panorama cir-



Molienda de los colores, dibujo de F. Wahle

cular, representando la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo, pintado por el profesor Bruno Piglhein.»

El éxito recompensó los sacrificios de todo género hechos por los empresarios Holop y Halder; y Piglhein alcanzó honra y provecho, pues el público acudió á contemplar con aplauso y admiración el magnífico panorama.

El conocido artista F. Wahle ha tenido el capricho de dibujar de un modo original las escenas ocurridas durante el trabajo llevado á cabo por el profesor Piglhein y nosotros las publicamos con sumo gusto para la ilustración de este artículo.

Artículo tomado del periódico: *El arte para todos*.

HISTORIA DE UN HOMBRE CONTADA POR SU ESQUELETO

POR DON MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

(Continuación)

– Sí, señora, español y cazador de búfalos. Traigo una larga jornada desde el Sur; he sido herido por los indios y mis heridas aun no están bien curadas.

– ¿Y qué edad tenía aquel hombre? – dijo con acento inseguro Sandoval.

– Veinticuatro ó veintiséis años, – respondió Clara.

– ¿Y era hermoso?

– Sí, muy hermoso.

– De modo que...

– ¿Sospecha V. que yo pude encontrar un peligro en aquel hombre? ¿es V. de los que creen que la hermosura del hombre es la primera cualidad que necesita para enamorarse la mujer?

– No, pero cuando concurren otras circunstancias...

– En López sólo existían las circunstancias de un desgraciado, y le sirvieron para excitar mi caridad.

– ¡Se llamaba López!

– Sí, sí ciertamente, le conoce V., es don Severo López, el que está al frente de mis negocios.

– ¡Y ese hombre ha sido hermoso!

– Hermosísimo.

– Y ha vivido veinte años al lado de usted.

– ¿Y qué importa? Yo no podía amar á López: había algo de duro en su mirada, algo de cruel en la expresión de su boca: comprendía, sin embargo, que aquella expresión sombría era hija de su desgracia.

– ¿Y ese hombre no la ha demostrado á V. amor?

– Desde el momento en que me vió.

– ¡Ah!

– Pero el amor de López, ha sido siempre un amor respetuoso, concentrado: un amor de hermano, casi de padre, desde poco tiempo después de nuestro conocimiento.

– Creo que López ha procurado engañarla á V., y la ha engañado, haciéndola creer su amor desinteresado y respetuoso, como V. engañaba á su marido, haciéndole creerse amado por usted.

– Sólo Dios puede ver los corazones: los hombres sólo juzgan por las apariencias. López jamás me ha dejado conocer ese amor ardiente que he visto en V. desde el principio de nuestro conocimiento.

– Es que yo soy franco y leal.

– ¿Quién sabe si se engañará V. á sí mismo?

– ¡Oh! ¡no!

– Continúo, continúo. Hice entrar á López y mandé que le diesen de comer, y luego un aposento en que descansar.

Al día siguiente, me refirió en pocas palabras su historia. Era huérfano. Había venido á México muy joven en la servidumbre del virey: pero demasiado altivo para servir, quiso procurarse su subsistencia de una manera independiente, y se hizo cazador de búfalos. Llevaba ocho años en aquella profesión, decía que estaba cansado de ella, casi enfermo, y que se replegaba á la ciudad para ganar su vida de cualquier modo.



Anfiteatro del Panorama

Acabó pidiéndome recomendaciones para mis conocimientos.

Yo no conocía en México más que á mi marido, y dí á López una carta de recomendación para Lemus.

López partió.

Ocho días después vino con mi marido, que le había empleado como escribiente en la caja.

Desde entonces, López ha estado constantemente á mi lado.

– ¿Amándola á usted...?

– Y respetándome.

– ¡Oh! ¡nunca! ¡nunca me ha gustado ese hombre! – dijo Sandoval.

. . . .

XVI

Cortó bruscamente el esqueleto su relación, y dijo dirigiéndose á Arria que le escuchaba con los ojos dilatados y la boca abierta, con las muestras, en fin, del mayor interés:

– Vamos, señor adivinador de sucesos, ¿qué te parece de López?

– ¡Eh! ¡qué sé yo! un hombre que durante veinte años no revela su amor á una mujer, no la exige nada, ni aun siendo viuda, la ama de una manera especial, desinteresada; no es un amante, es un hermano.

– ¡Ah! ¡pobre tonto! ¡alma inocente que no miras más que la superficie de las cosas!

– ¿Amaba López de otro modo á Clara?

– La amaba con una pasión furiosa; con el furor con que ama al cielo Satanás.

– ¿Y entonces cómo pudo sufrir...?

– Por no perder más.

– No te comprendo: ¿qué menos puede tener un hombre de una mujer á quien ama que no ser comprendido de ella?

– Puede perder... el verla continuamente, el hablar con ella, el gozar de su confianza: pregunta á un amante desesperado qué quiere, y te contestará: me basta con verla, con tenerla á mi lado... es verdad, que cuando un amante consigue eso, desea más; pero López, que no se había puesto en la posición de amante despreciado, porque había comprendido á primera vista que jamás le amaría Clara, tuvo el suficiente talento para asegurar la única dicha que le era posible, no comprometiendo su permanencia en la casa de Lemus, al lado de Clara, con demostraciones imprudentes.

– ¡Bah! eso no puede ser. López no podía amar de ese modo tu hermosa india. Si la hubiera amado así, al verla poseída por otro hombre, hubiera tenido celos; los celos le hubieran matado.

– Ve ahí, ve ahí: López sufrió y sufrió unos celos horribles; pero no murió... encontró mejor matar.

– ¡Ah!

– Escucha, escucha.

– ¿Vas á continuar la revelación de Clara?

– No por cierto. Clara no conocía su propia historia más que por un lado, y yo que la sé, que la conozco perfectamente por todas sus fases desde que he dejado de ser hombre para ser esqueleto, voy á referírtela tal como es por dentro y por fuera. Vas á saber lo que era don Severo López: á lo que había ido á la hacienda de Lemus.

– Pero permíteme, voy á encender otro cigarro. Si tú quieres...

– Gracias.

– He sido gran fumador, – dijo el esqueleto saliendo y volviendo á poco con un cigarro encendido. – Cuando he necesitado pensar, contar, ó hacer algo bueno, mi inspiración ha sido un cigarro. ¡Salud á Colón que descubrió la isla de Cuba! y sobre todo: ¡tres veces salud al que inventó el cigarro!

El esqueleto se arrellanó en el sillón, se envolvió bien en la bata, y prosiguió.

XVII

Estamos en un país virgen.

Atravesamos una selva por los senderos de los gamos.

Arboles gigantescos cruzan sus copas sobre nuestras cabezas, á una inmensa altura.

No hay catedral gótica que tenga una ojiva tan majestuosa.

La luz es opaca. Ni un jirón de cielo se ve bajo el espeso follaje.

Las lianas atraviesan de un tronco á otro, determinando inmensas cortinas.

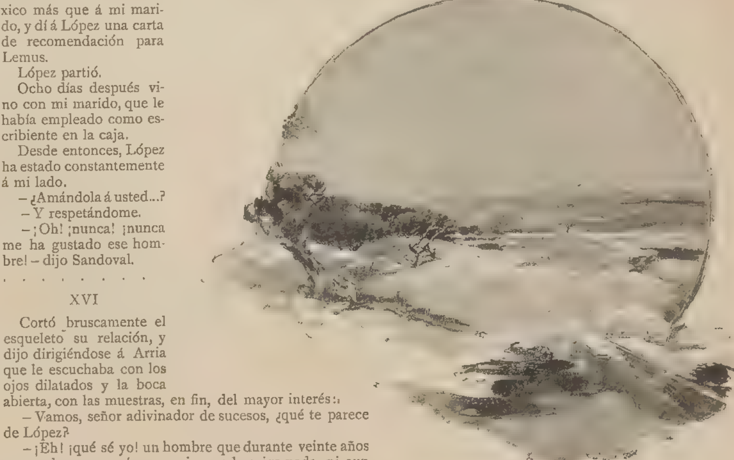
La maleza, segunda selva más baja, envuelve los monstruosos troncos cubiertos de musgo y esflorescencias.

Un tupido césped verdinegro cubre la senda.

Estamos en un desierto silencioso.

Sólo se escucha de tiempo en tiempo el gemido fantástico del viento que pasa sobre las copas de los árboles, repetido allá en lo infinito y de una manera sonora por los ecos de la selva.

Si marchásemos materialmente por aquel intrincado laberinto, sería necesario que para volver determinásemos con señales la huella de nuestro paso.



Vista de Jafa (tomada del Panorama), dibujo de F. Wahle

Pero hacemos el viaje con la imaginación: lo que, entre otras cosas, es muy cómodo.

Mejor dicho, no hacemos un viaje: seguimos con la imaginación á un hombre que atraviesa aquella selva infinita sin nombre.

Este hombre es López.

Tiene cuando más veintidós años.

Robusto y fuerte, parece nacido, desarrollado á propósito para atravesar por aquellas inmensas soledades, para vencer sus mil obstáculos, para arrostrar sus mil peligros.

Es moreno, y á primera vista se descubre en él la raza española.

Viste con sencillez y con elegancia un traje característico: un ancho sombrero gacho, alto de punta, rodeada su copa cónica de un terciopelo; una redecilla de seda verde que sujeta sus cabellos; una camisa rayada, con un pañuelo negro anudado al cuello; una chaqueta y unos pantalones anchos y abiertos con botones de plata afiligranados; unos botines de cuero bordados, unos zapatos de gamuza; al talle un cinto de piel de toro, con dos bolsas, la una llena de tabacos (cigarros), la otra llena de cartuchos: aseguradas por los ganchos al cinto cuatro pistolas de dos cañones; al lado izquierdo pendiente un machete, y bajo el brazo izquierdo, revuelta por un poncho rayado, una larga carabina inglesa.

Este hombre va cantando con toda la extensión de sus pulmones una copla de fandango, á la cual sigue otra y otra, entre las bocanadas de humo de un enorme cigarro.

De tiempo en tiempo, con una entonación particular, dice:

– Adelante, Galán, adelante... ya estamos cerca, hijo, y te espera un buen pienso de heno fresco; adelante, Galán.

Galán es un caballo indígena, pequeño, peludo, pero



Interior del Panorama

fuerte, que camina lentamente delante de López, pesadamente cargado con dos fardos cubiertos con una manta.

Y el caballo sigue en su lenta marcha, y López en su cadencioso fandango, que entona de memoria al descuido, porque en su cabeza inclinada sobre el pecho, en lo concentrado de su mirada, en lo inmóvil de su semblante, se adivina que va entregado á profundas meditaciones.

Al cabo de algunas horas de marcha, la luz de la selva fué haciéndose más clara, poco á poco fueron viéndose al través de la bóveda de verdura algunos puntos azules y radiantes, y al fin, allá á lo lejos, se vió un resplandor brillante: era el sol que se ponía.

– Adelante, Galán, adelante, ya estamos cerca del rancho de los pintos, —exclamó López dirigiéndose á su caballo: — en llegando descansaremos.

Al poco tiempo, López y su caballo desembocaban en una inmensa pradera, en una pradera de muchas leguas.

Por medio de ella, y entre rocas, corría un río, torrente unas veces, lago otras, extensa sábana acá, allá canal tranquilo con arreglo á los caprichosos accidentes del terreno.

Sobre una roca cónica, ancha, tajada, sobre un lago formado por el río, había una población singular, que te describiré más adelante.

Alrededor de esta roca monstruosa, y más allá de las márgenes del río hasta el horizonte, sólo se veía una inmensa sábana de verdura, que ondulaba como el mar al más leve soplo del viento, y entre la cual se levantaban acá y allá, rocas, colinas y algunos grupos de árboles.

Antes de entrar en esta pradera, y en la senda que conducía á la población, veíanse por tierra árboles centenarios sobre los que brotaban flores: montones de tierra gris, sobre los que no aparecía vegetación alguna, indicios claros por todas partes de que un antiguo incendio había abierto en el corazón de la selva aquella inmensa pradera.

Por último, al confín opuesto al lugar por donde caminaba López, el sol se ponía en un horizonte de fuego.

Cuando nuestro viajero estuvo fuera de la selva, ó mejor dicho, dentro del claro abierto en ella, desenvolvió de entre su poncho la carabina y soltó un tiro al aire.

Después fijó una mirada ansiosa en la parte más alta y saliente de la roca sobre que se divisaba el pueblo, y donde aislada, casi colgada como el nido de un águila, se veía una casita blanca.

Al retumbar el estampido de la carabina de López, se abrió la puerta de aquella casita blanca y apareció en el borde de la roca una mujer que agitó un pañuelo.

López se puso pálido y agitó el extremo de su poncho.

Poco después aquella mujer se precipitó por un escarpado sendero de la roca, llegó á su pie y adelantó hacia López.

Cuando estuvo á poca distancia pudo ver perfectamente á aquella mujer.

Era sin disputa una europea: blanca, pelinegra, con ojos negros y rasgados, hermosa, esbelta y de edad indefinible.

Sólo se notaba que era joven, en el vigor de su edad.

– Dios guarde á la Virgen-de-la-mañana, – dijo López en español.

– Dios guarde al valiente cazador de búfalos, – dijo la joven tristemente: – ¿por qué me llamas la Virgen-de la-mañana?

– Ese es el nombre que te dan las pieles rojas.

– Tú sabes que ese nombre no me conviene, – dijo la joven: – deja que ellos me lo den; pero tú no, tú no: allá bajo los álamos del río, la luna plácida y tranquila, las aguas sonoras, ya no repiten el eco de ese nombre: ellos saben que es mentira: llámame tu alma... tu alma, sí... la Virgen-de-la-mañana es madre.

– ¡Ah! – exclamó López.

– Cuando mi hermoso español se vuelva á las grandes ciudades me llevará consigo; él no querrá que me mate el *Padre-rojo*.

– ¿Está en la floresta Miantucatuc?

– Ha venido hace algunos días vencedor de las pieles rojas de las montañas azules. Me ha mirado fijamente y me ha dicho: – ¿por qué está triste mi hija? yo traigo para su garganta perlas y para su lecho pieles. La hija de un gran jefe no debe estar triste; todos creerán que no está contenta con la grandeza de su padre.

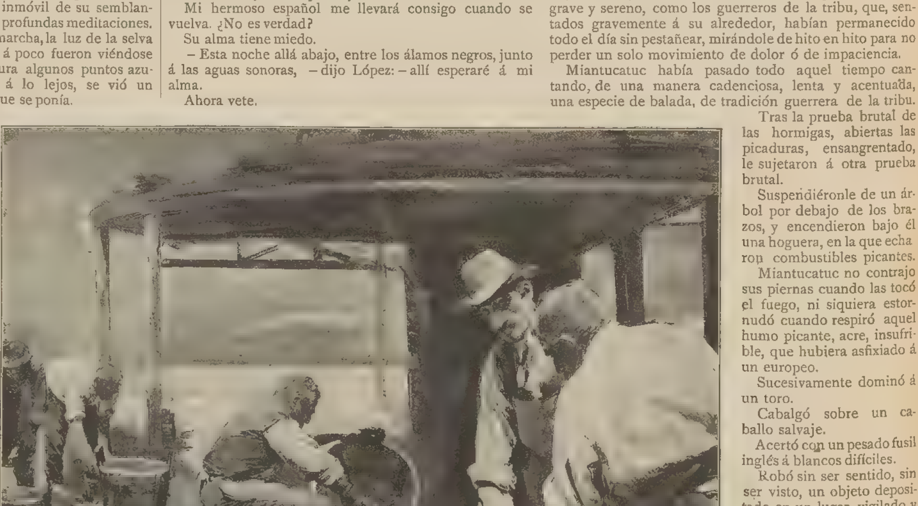
Desde que ha vuelto Miantucatuc, no quita los ojos de mí, y yo tiemblo porque creo que sus ojos llegan hasta mis entrañas y ve lo que hay en ellas.

Mi hermoso español me llevará consigo cuando se vuelva. ¿No es verdad?

Su alma tiene miedo.

– Esta noche allá abajo, entre los álamos negros, junto á las aguas sonoras, – dijo López: – allí esperaré á mi alma.

Ahora vete.



Construcción del vestíbulo, dibujo de F. Wahle

Miantucatuc tiene los ojos de águila y los oídos de serpiente.

– Está allá abajo, muy abajo, con sus indios de la

[illegible]

sierra cazando búfalos. El Padre-rojo no volverá hasta muy tarde. ¿Y qué traes? ¿qué traes de las grandes ciudades? – dijo la joven con una volubilidad y una curiosidad infantiles, arrojando una mirada curiosa, á los fardos que conducía el caballo.

– Traigo hermosas telas, bellas alhajas, armas para el Padre-rojo.

Oyóse un sonido semejante al de un cuerno al otro lado de la roca.

La joven se puso instantáneamente seria, y escuchó con atención.

– El Padre-rojo vuelve, – exclamó; – mi pira se apagaba cuando sonó tu señal, y sin renovarla corrí á tu encuentro. ¡Oh! ¡si Miantucatuc la encontrase apagada! ¡Adiós, mi hermoso español, adiós! ¡Cuando salga la luna, allá abajo entre las rocas, bajo los álamos negros!

La Virgen-de la-mañana escapó hacia el pueblo, y López siguió lentamente el lento paso de su caballo.

XVIII

Miantucatuc era un joven, jefe de los apaches...

– ¿Pero á dónde vamos á parar? – dijo Arria impaciente: – tú saltas como un cigarrón de acá para allá: de la Virgen-de-la-mañana á Miantucatuc.

– Miantucatuc era un joven, jefe de una de las tribus rojas de los apaches – prosiguió el esqueleto desatendiendo, de un modo harto grosero, la observación de Arria. – Miantucatuc había hecho con un valor heroico todas sus pruebas de guerra.

Había estado metido todo un día, sin exhalar un solo grito, sin contraer una sola vez su semblante, en un saco de hormigas hambrientas, tamañas como abejas.

El joven guerrero que había en el saco á la salida del sol, había salido de él cuando éste se puso, ensangrentado, mordido, hecho una carnicería, con la piel roída, pero grave y sereno, como los guerreros de la tribu, que, sentados gravemente á su alrededor, habían permanecido todo el día sin pestañear, mirándole de hito en hito para no perder un solo movimiento de dolor ó de impaciencia.

Miantucatuc había pasado todo aquel tiempo cantando, de una manera cadenciosa, lenta y acentuada, una especie de balada, de tradición guerrera de la tribu.

Tras la prueba brutal de las hormigas, abiertas las picaduras, ensangrentado, le sujetaron á otra prueba brutal.

Suspendiéronle de un árbol por debajo de los brazos, y encendieron bajo él una hoguera, en la que echaron combustibles picantes.

Miantucatuc no contrajo sus piernas cuando las tocó el fuego, ni siquiera estornudó cuando respiró aquel humo picante, acre, insufrible, que hubiera asfixiado á un europeo.

Sucesivamente dominó á un toro.

Cabalgó sobre un caballo salvaje.

Acertó con un pesado fusil inglés á blancos difíciles.

Robó sin ser sentido, sin ser visto, un objeto depositado en un lugar vigilado y de difícil acceso.

Venció á un caballo á la carrera.

Luchó, venciendo á los más esforzados.

En fin, sostuvo sobre sus hombros, inmóvil como una estatua y durante muchas horas, un pesado pedrusco.

– ¿Y no reventó con todas esas pruebas? – dijo Arria.

– Miantucatuc era un gran jefe, – dijo solemnemente el esqueleto.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

Año VI —BARCELONA 21 DE FEBRERO DE 1887— Num. 269

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL LIBRO DE AGUINALDO, cuadro de H. Lindenschmit

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EL LIBRO DE AGUINALDO, cuadro de H. Lindenschmit

Gran día, ó mejor dicho, gran noche es para los niños aquella que precede á la repartición de los aguinaldos. Su temprana imaginación forma toda suerte de ilusiones tocantes á la mayor ó menor largueza de aquellos seres fantásticos que han de premiar á los niños según su comportamiento. ¡Oh! ¡Cuántos arrepentimientos, cuántos actos de contrición tienen lugar en la noche del 5 al 6 de enero! ¡Con cuánto temor se encaminan los niños al balcón que deben haber escalado los Reyes Magos! ¡Con qué temblor tienden la mano al pañuelo que cubre la cestita ó los botitos del peticionario! Pero en cambio, ¡cuánta y cuán ingenua alegría, cuando los cinco sentidos del agraciado se convencen de que los Reyes, siempre magnánimos, han olvidado las travesuras hechas durante doce meses y han premiado rumbosamente la aplicación y los actos meritorios practicados en igualdad de tiempo! Si los niños discutieran de política el día de Reyes, no habían de dejar republicano para contarlo.

Una escena subsiguiente á la visita de los Magos representa nuestro cuadro, y la representa con una inteligencia y un candor dignos de todo elogio. El artista ha hecho un buen estudio de los personajes, según su edad, temperamento y malicia, y en conjunto ha producido su lienzo embelesador, sobre todo para aquel que tiene hijos y aspira con fruición el perfume de estas poéticas escenas de familia.

¡Qué hermosos ojos! ¡Qué bien pintados están! cuadro de Federico Gehrke

El extraño título de este cuadro, ¿debe aplicarse al retrato expuesto ó á la dama vestida de negro que visita la exposición? En este último caso, que es á nuestro entender el más probable, aquel título es un epigrama y el cuadro una sátira muy justificada de esas mujeres que afean sus gracias naturales ó hacen resaltar más y más su fealdad, con el empleo de afeites y menjurjes que á nadie engañan. Si tal ha sido la intención del autor, no diremos que la forma no sea ingeniosa, pero opinamos que la pintura no es el medio más á propósito para criticar en serio hasta las prácticas más criticables. La caricatura es el único género pictórico utilizable en ciertos casos; y aun en estos es muy difícil evitar indiscreciones en que no debe incurrir el verdadero artista.

EL PIMPOLLO DEL TALLER Y LA REINA DEL SALÓN dibujos de Llovera

Tienen estas dos composiciones la lozanía, la elegancia, la belleza, que hacen tan simpáticas las obras todas de su autor. Dentro de estas circunstancias comunes á los dos tipos, existen entre uno y otro las diferencias naturales de su respectivo estado. La hija del pueblo es hermosa sin duda alguna; pero hay en su semblante cierta sombra de tristeza, cierta carencia de fe en sí misma, que permiten adivinar las luchas que interiormente sostiene. Está convencida de su belleza, y la coquetería, propia de su edad, tiene algo de provocativo, como si temiera pasar desapercibida de los transeuntes. La violeta del bosque se resigna con su suerte; pero el alma de las mujeres es muy distinta del alma de las flores, en el supuesto de que las flores de verdad tuvieran alma como las de los apólogos de Selgas.

Por el contrario, la reina del salón está segura de su poder: esto la hace feliz y su felicidad irradia en su semblante. Su mirada es hipócritamente lánguida; bien convencida se encuentra del imperio que ejerce; sus labios sonríen porque su pecho no puede contener la satisfacción que la inunda; es una verdadera soberana que con sólo abrir ó cerrar los ojos promueve ó aplaca las tempestades, digo, las revoluciones.

Ambos dibujos representan con acierto los tipos en que se ha inspirado su autor.

LA RELIGIOSA, cuadro de F. Volaperta

Leyendo en su horario la ha sorprendido, no el sueño, sino un dulcísimo éxtasis. Ha cerrado los ojos para mejor emanciparse del mundo y ha abierto los del alma á toda suerte de místicas contemplaciones. Lo que *ve* en su delicioso estado podría explicárnoslo quien sintiera y viera como Santa Teresa vió y sintió. El autor del cuadro ha hecho cuanto podía y debía, produciendo un tipo de religiosa de semblante dulce, sereno, hermoso; no tan hermoso empero, como su alma. Esos tipos únicamente pueden amar á Dios, si el amor no ha de darles la muerte.

SUPLEMENTO ARTISTICO

VISTAS DE BRUNSWICK Y SUS ALREDEDORES

La ciudad de Brunswick está admirablemente situada á orillas del río Olker, y encierra muchos y bellos edificios, que atestiguan una residencia de soberanos. Sus alrededores son preciosos, como la mayor parte de este pequeño estado.

El ducado de Brunswick, de que es capital la ciudad de su nombre, forma parte integrante de la Confederación germánica. Sus habitantes pertenecen á la raza alemana de los sajones y tienen grande apego á sus antiguas costumbres. Así es que el aspecto de la población ha cambiado muy poco, aun en el trascurso de los dos últimos siglos. Los extranjeros que la visitan pueden hacerse la ilusión de que han nacido doscientos años antes de la fecha consignada en su fe de pila.

DESDE ROMA

AYER Y HOY

Hace más de un año, se conmovió toda Europa al escuchar que Roma perdía diariamente lo más esencial de su carácter; que pasado poco tiempo, dejaría de ser el eterno museo que pone en comunicación el mundo moderno con aquel mundo de que debíamos tener malos recuerdos y que sin embargo nos enorgullece. Tales cosas decían arqueólogos tan distinguidos como Mommsen, Gregorovius y Grimm, que algunos pensaron se repetían ahora hechos de pasados tiempos en que príncipes romanos, arruinaban los más preciados monumentos antiguos, para con sus materiales levantar suntuosos palacios que acreditaran la grandeza de sobrinos de pontífices.

Afortunadamente estas no pasaban de ser exageraciones; lo que queda de la grandiosa Roma se conserva; lo que atestigua el poderío de la República, lo que prueba el exceso de riqueza del Imperio y las exageraciones de los Césares, se cuida con verdadero interés, con especial cariño. Lo que cambia aquí como en todas partes, es el aspecto de la ciudad medioeval; poco á poco van desapareciendo las estrechas y sucias calles faltas de condiciones higiénicas; aquellas antiguas casas que parecían antros, dejan el sitio á edificios bellos y bien acondicionados; los tendajos miserables donde apenas se veía, se sustituyen con almacenes lujosos que nunca pueden inspirar repugnancia; en una palabra; Roma cambia en lo que debe cambiar, se moderniza en la parte que no debe ser antigua: matrona bien educada, conserva las joyas que le legaron sus antepasados, se pule y asea para ostentarlas mejor, sabiendo que así será más grande el número de sus admiradores.

Como todo en este mundo se encuentra perfectamente relacionado, modificándose la ciudad, se modifica la vida de sus moradores, á la antigua apatía sucede actividad propia de nuestro siglo, las interminables siestas que á todos hacían parecer ricos prebendados, se han acortado, la sopa boba falta, el trabajo regenerador de todo abunda y todo brilla aquí, todo se agita. Roma, en lo general, es hoy una gran ciudad moderna; los antiguos usos y costumbres se van perdiendo, porque no pueden ejercitarse en atmósfera impropia para ello y esto como todo tiene su lado bueno, sin que le falte el malo y las ventajas de estos cambios y modificaciones, justo es decirlo, más han perjudicado que favorecido á la vida artística

Al decir vida artística, no entendemos la particular que cada pintor ó escultor tenga como hombre, que será ni más ni menos como la de los demás que no cultivan las bellas artes; entendemos decir la vida de la colectividad, elemento de animación y alegría en pasados tiempos, que desgraciadamente se va perdiendo en el nuestro. Ser artista parece llevar consigo algo risueño que lo embellezca todo, que distraiga y anime al mismo tiempo, que pruebe las influencias del sentimiento bello, que convenza de la riqueza de la fantasía que ilumina y seduce. Rafael, como artista, aparece siempre más simpático que Miguel Angel, sin que á éste se le pueda negar mayor grandeza: aquél, alegre siempre, rodeado de amigos, gustando los placeres y muriendo en ellos, tiene mayores encantos que el colosal pintor de la Sixtina, que da lugar con sus genialidades á que de una puñada le desfiguraran las narices y que se hacía temer desde lo alto de sus andamios, Olimpo desde el cual, no pudiendo despedir rayos, arrojaba vigas.

El artista de nuestros días ha entrado casi por completo en la vida moderna, ha procurado y procura armonizarse con ella y esto puede probarse comparando sus fiestas de antes y las de ahora. *La Carchofolata* y *la Cervara*, los certámenes de disfraces y los bailes del Círculo internacional.

El pueblo más perseguido y vilipendiado de la historia, el que habiendo perdido su patria no ha podido ni reconquistarla ni rehacerla; aquel pueblo que, sordo á la voz de sus profetas, ha sido insensible á los castigos é indiferente á las vejaciones y se conserva tal como fué, augurando que siempre será así, tuvo también su rincón en la Roma de los papas, y como se cuenta que allá en las playas africanas viven familias que como sagrado legado recibido, se trasmiten de generación en generación las llaves de la casa que remotos abuelos suyos habitaron en el Albaicín ó en la Alcazaba, convencidos de que ha de llegar un día en que nuevamente las posean, posible es también que entre las familias hebreas, se conserven recuerdos traídos de la destrozada Judea por algún jerosolimitano de los que maniatados seguían el carro triunfante de aquel á quien con horror oirían llamar Delicias del género humano. Desde aquella época poblaron un barrio que no han abandonado; allí, en revuelto montón, habitan sucios, casi asquerosos, comerciando con todo, acaparando riquezas que sepultar sin pararse en medios, sin evitar escollos, todo lo cual hace que el judío resulte un tipo hipócrita, sufrido por conveniencia, pero despiadado y terrible cuando halla ocasión para ello.

Poco se sabe de la cocina hebrea, mas en vista de los que pueden hacerla, debe ser poco apetitosa: puede, sin embargo, establecerse una excepción en favor de las alcachofas preparadas de una manera tal, que hicieron históricas las *Carchofolatas;* verdad que en ellas lo de ir á comer la sabrosa legumbre, era más un pretexto que verdadero apetito: para el día señalado reuníanse los artistas y, precedidos de guitarras y mandolinas, formaban alegre y bulliciosa comitiva en la que campeaban hombres que en su vida artística habían conseguido valiosos laureles, á fuerza de mostrar su genio; para Roma era una diversión, un motivo de alegría, aquel paseo de los artistas á través de sus mejores calles; á la luz de humosas antorchas desfilaba lo más florido de una juventud ávida de placeres en medio del cansancio del trabajo y, cuando la noche cerraba, con su música y algazara se encaminaban al Gheto, al lugar por que habitualmente se siente repugnancia; aquellas estrechas y tortuosas calles se animaban con los sones de dulces instrumentos, al que hacían coro las voces juveniles; por una noche los viejos hebreos dormían dos horas menos pensando desquitarse, y quién sabe si las jóvenes judías de aguileña nariz, negros ojos y tez mate, dormirían menos en las noches sucesivas pensando gustosas en algo que vieron al trasnochar por fuerza, cuando la Carchofolata.

El Gheto, que se ha mantenido tanto tiempo, aquel barrio por que han pasado tantas vicisitudes, va cambiando de aspecto poco á poco: su conformación particular y la índole de los que allí habitaban, daban lugar á que pudiera ser considerado con justa razón como un peligro para la salud pública, y ésta interesa hoy infinitamente más que parecía interesar en los pasados tiempos. Cuando pasen algunos años, en el emplazamiento del antiguo barrio se alzarán edificios que no dirán nada á la historia; las torres mochas, testimonios de antiguos medios de defensa que aun se conservan, irrecusable prueba de la soberbia de barones de la Edad media, dejarán su puesto á casas de común apariencia donde se aglomerarán los vecinos como se aglomeran ahora en los tugurios que habitan, y nuestros artistas al discurrir por aquellas calles, á donde sólo podrá llevarlos la curiosidad, recordarán, con pena los alegres ratos pasados en las que allí fueron oscuras, sucias y ahumadas *trattorias*, que entre el estruendo de los cánticos y amistosas conversaciones, los gratos recuerdos y las doradas esperanzas, aparecen como encantados palacios de los que forjaron los exaltados autores de libros de caballería.

Ni menos clásica ni menos reputada era la histórica Cervara: los llanos en que tan celebrada fiesta tenía lugar y que tan animados estaban en ciertos días del año, permanecen ahora mudos y silenciosos: van pasando las antiguas aficiones y es una verdadera lástima, pues el espíritu artístico lucía más en aquélla que en las que las han suplantado. El día en que se celebraba la Cervara era de fiesta para Roma, y en verdad que merecía serlo: los artistas ponían á contribución su ingenio, y todos, afanándose por sobresalir, contribuían á la constitución de un alegrísimo día de carnaval, que sólo tenía parecido con los de locura que preceden á la cuaresma en los disfraces. Por lo demás, las diferencias eran enormes, hasta el punto que nada, absolutamente nada tenía que ver el carnaval de los artistas, con el carnaval popular que en todas partes se asemeja.

La Cervara era puramente una fiesta de artistas: en ella todos se conocían, todos eran amigos, nadie se tapaba la cara y cada uno procuraba ser un motivo de alegría por lo raro de su disfraz ó por lo curioso de la mascarada de que formaba parte. Los objetos de los estudios, vistosísimos en general y muchos de ellos de gran precio, salían al aire en aquel día, y para el público no podía menos que ser un motivo de regocijo la vuelta de aquella jira campestre que los artistas se habían permitido: la multitud agolpada en los sitios adyacentes á Porta Maggiore, veía desfilar en completa confusión, gendarmes y soldados del imperio, toreros españoles y cosacos rusos, airosas majas y chulas madrileñas de estaturas colosales, juntas con Preciosas ridículas y damas del directorio demasiado fornidas, guerreros de otros tiempos y soldados derrotados, cabalgatas caprichosísimas, escenas de países remotos, cuanto puede ser motivo de alegría y contento. Esta fiesta, como decimos, ha desaparecido también; en vano el público se pregunta por qué, nadie contesta y pasan los años, y aquella alegre romería no se repite, con grandísimo sentimiento de todos.

En las dos fiestas, de que dejamos hecha mención, los artistas españoles descollaron siempre, y al hacer esta declaración no nos mueve el amor patrio ni particulares amistades. La nuestra es la clásica tierra de la guitarra, á sus sones se canta y se llora, y las alegrías y tristezas propias de nuestras regiones, llaman siempre la atención: de nuestros aires populares dijo Rossini eran los de mayor subjetivismo que había oído, y en todas partes hemos podido comprobar verdad tan grande: en la Cervara el buen humor de los españoles fué proverbial siempre, nuestros compatriotas los más animados y bulliciosos, y hasta sus exageraciones han quedado en la mente de todos.

De algún tiempo á esta parte parece como que los artistas se han aristocratizado; han perdido sus aficiones por las fiestas campestres; el amor al aire libre lo dejan como medio para sus estudios, en este ambiente no quieren lucir ya más que sus facultades como pintores, lo demás quieren realizarlo en las intimidades del Círculo internacional y sus fiestas en el fondo van quedando reducidas á la categoría de las particulares que se celebran en las casas donde puede disponerse de un salón algo espacioso; esto es, un baile en que las señoras llevan vestidos en cuyas colas emplearon la tela economizada en el cuerpo y al cual van los hombres con frac, la prenda más ridícula y antiartística que pudo inventarse.

Nótese sin embargo, que hemos dicho en el fondo; en la forma queda aún mucho que revela el sentimiento artístico de los inspiradores de estas fiestas. El círculo en que los artistas dan estos bailes, á que toda la buena sociedad romana se empeña en asistir, es ciertamente el mismo, mas sus adornos cambian todos los años. En el presente tenemos la seguridad de que lo más digno de llamar la atención será aquello que más hace recordar á España, que lo más notable será lo que nos hace pensar constantemente en nuestra patria. Uno de los lados del salón grande lo ocupa una casa suiza, simulada con arte, y en el saloncito del fondo donde se hallaba establecida la clase de acuarela, por arte y gracias al trabajo de artistas



¡QUÉ OJOS TAN HERMOSOS! ¡QUÉ BIEN PINTADOS ESTÁN!

españoles, quedará trasformado en patio de elegante casa sevillana; Villegas, el artista ameritado, que para nada blasona de maestro y á todos llama compañeros, Mariano Benlliure, Romea, Echena y una porción más de nuestros compatriotas, hace días que no descansan y dentro de aquella pieza no puede menos que ensancharse el corazón de todo español.

La denominación de patio sevillano, tal vez no sea del todo propia: aquello más que un patio casero de la moderna joya del Betis, es lugar de solaz y esparcimiento de una antigua casa morisca, hecha con cuanta lógica puede apetecerse; esto es, nada de lujo exterior, nada de encantos que sirvan únicamente á quien no los paga, sino por el contrario todo concentrado en el interior, todo en abierta oposición con el espíritu que preside á las construcciones modernas. Alrededor de los muros, ancho friso de azulejos, para cuya pintura sirvieron de modelos algunos de los que forman la rica colección de D. F. Benlliure; sobre ello, en simétrica faja, imitaciones de las alabanzas á Dios y á su profeta, que forman las inscripciones del Alcázar de Sevilla, de la Alhambra de Granada y de la Alhama de Córdoba, combinadas de modo que cada cual tenga allí representación de su tan ornamental tipo cúfico. Los huecos de puertas que no sirven, convertidos en ventanas de vistosas celosías y acicaladas rejas, que forman con lo demás un agradabilísimo conjunto, y para que nada falte, en un ángulo bien dispuesto, la apetecida noche del baile, se expenderá la ligera manzanilla y el cálido jerez, pero esto como espiritualmente nos decía un compatriota, no pintado, sino de veras y que se pagará de veras

Léjos de nuestro ánimo censurar estos cambios, pero déjesenos lamentar el que se hayan verificado de una manera tan absoluta y violenta; creemos que ambas cosas eran posibles, porque la una no excluye la otra.

Hasta aquí han llegado voces de que la Exposición de Bellas Artes que debía celebrarse en Madrid el mes de abril próximo, tendrá que aplazarse hasta setiembre, por no estar terminado aún el local para ella. No pocos artistas se alegrarán de esta dilación, que pone ante ellos un espacio de tiempo tal vez mayor que el empleado en la ejecución del cuadro que pensaban enviar: nosotros nos alegramos con ellos, pues así estudiarán mejor y terminarán sus obras á conciencia, cosa necesaria á buen número de ellos. Otros, por el contrario, sentirán tener que esperar cinco meses más, para saber el fallo que debe merecer la obra que acarician desde hace tanto tiempo.

Veremos al fin quién podrá quedar tranquilo, en la alegría del más largo plazo que se le concede, y quién triste al diferir más y más la realización de sus vehementes deseos.

A. FERNÁNDEZ MERINO

EL JUEGO

ARREGLO DE UN CUENTO DE HOFFMANN

(Conclusión)

Hasta entonces no había amado el caballero Menárs; pero en cuanto vió á Angela se sintió subyugado á la vez por la pasión más violenta y por un dolor sin esperanza, como el dolor de los réprobos, pues ni se atrevía á concebir la menor esperanza cuando él mismo se comparaba con aquella niña sin mancha, con aquella joven purísima, bellísima, encantadora.

Quiso hablar y no pudo proferir una palabra: tenía la lengua pegada al paladar. Hasta que haciendo un gran esfuerzo, pudo balbucear con voz trémula, extinta y como avergonzada:

– Escuchad, señor Vertua... yo no os he ganado nada... nada. Aquí está mi caja.. tomadla... vuestra es... y todavía os debo más... tomad, tomad.

– ¡Oh Angela! ¡hija mía! – exclamó Vertua.

Angela se levantó de repente, se dirigió al caballero y, mirándolo de arriba abajo con altiva dignidad, le dijo:

– Sabed que hay algo que vale más que el dinero de la fortuna, y es el tesoro de los sentimientos que os son extraños y á nosotros nos animan y consuelan. Yo rechazo con desprecio vuestro donativo y vuestra generosidad: guardad, pues, ese oro que arrastra la maldición que os persigue, hombre sin alma, jugador desenfrenado.

– Sí, – exclamó el caballero desesperado, – quiero ser maldito y hundirme en las profundidades del infierno, si esta mano vuelve á tocar jamás una carta; y si me repeléis sin compasión, vos seréis quien me perdáis para siempre. ¡Oh! no me comprendéis; me miráis como un insensato; pero lo reconoceréis todo y todo lo sabréis cuando venga á levantarme la tapa de los sesos á vuestros pies. Angela, en esto va la vida ó la muerte. Adiós.

Y el caballero Menárs se precipitó fuera del aposento con todas las apariencias de la desesperación.

Vertua adivinaba la situación de aquel hombre; recordaba lo que á él mismo le había sucedido y procuró hacer comprender á Angela que podía haber circunstancias que lo obligaran á aceptar el donativo del caballero.

Angela se estremeció á esta idea; no podía imaginar siquiera que nunca pudiera mirar sino con desprecio á aquel hombre.

Pero la suerte que cambia los pensamientos humanos, trajo un resultado imprevisto.

El caballero Menárs se halló de pronto como si despertara de un sueño espantoso: se vió al borde del abismo y tendió los brazos hacia la luz celestial que se le había aparecido.

VI

Con gran sorpresa de todo París, desapareció la banca del caballero Menárs. Él mismo dejó de presentarse en público y este suceso dió origen á los más extraños y fabulosos rumores.

Menárs huía de toda reunión y revelaba en todo la más profunda tristeza.

Un día el viejo Vertua, acompañado de su hija, se lo encontró en una avenida de Malmaisón.

Angela, que pensaba què nunca podría mirarlo sino con horror y desprecio, se sintió vivamente conmovida viéndolo ahora delante de sus ojos, pálido como la muerte, desencajado, trémulo y sin atreverse á levantar la vista.

Sabía ya la joven que desde la siniestra noche en que lo había visto por la primera vez, había cambiado completamente de vida. Sólo ella había obrado este cambio; sólo ella había arrancado al empedernido jugador á sus funestas propensiones. ¿Era menester más para lisonjear la vanidad de una mujer?

Luego que Vertua hubo cambiado con Menárs algunas palabras de cortesía, díjole Angela con voz dulce y benévola:

– ¿Qué tenéis, caballero Menárs? Parece que estáis enfermo y deberíais cuidaros.

Estas dulces palabras penetraron como un rayo de esperanza en el corazón de Menárs, el cual levantó la cabeza y volvió á encontrar en su emoción el lenguaje seductor con que en otro tiempo ganaba los corazones.

Vertua le recordó que debía ir á tomar posesión de su casa.

– Sí, señor Vertua, – contestó Menárs, – mañana mismo iré á vuestra casa; pero no tengáis prisa en acabar y permitid que hagamos con cuidado nuestras convenciones, siquiera duren muchos meses.

– En hora buena, – repuso Vertua, – con tiempo podremos hablar de muchas cosas, en las cuales no es permitido pensar todavía.

Reanimado por la esperanza, recobró el caballero Menárs la amabilidad natural que había perdido en el torbellino de su vida de jugador. Sus visitas á casa del viejo Vertua se hicieron más y más frecuentes, y Angela se mostró dispuesta más y más á escuchar al que la llamaba su ángel salvador.

En fin, llegó á creer que lo amaba verdaderamente y le prometió su mano á gusto y contentamiento del padre, que recobraba así la fortuna que había perdido.

Angela, la dichosa prometida del caballero Menárs, estaba un día sentada á su ventana y absorta en los dulces sueños de la nueva existencia que se abría á sus ojos, cuando veis aquí que un regimiento de cazadores, que partía para España, pasó por la calle al bélico son de las trompetas.

La bondadosa Angela miró con interés aquellos hombres, destinados acaso á perecer en aquella cruel guerra.

Un joven oficial sacó bruscamente su caballo á un lado y dirigió la vista á Angela, la cual cayó desmayada.

Este hombre, que iba al encuentro de la muerte, era hijo de un vecino suyo, llamado Duvernet, el cual se había criado con Angela, iba á verla todos los días y sólo cortó sus visitas cuando el caballero Menárs comenzó las suyas

En la triste mirada del joven hubo de conocer Angela no solo cuánto él la amaba, sino también cuánto lo amaba ella misma sin saberlo, dejándose cegar y seducir por el prestigio del talento y del escogido lenguaje de Menárs.

Entonces comprendió por la primera vez los hondos suspiros del joven oficial, su adoración modesta y silenciosa; entonces supo, en fin, por qué se sentía tan vivamente conmovida y turbada cuando Duvernet iba á verla y cuando oía su voz.

– Ya es demasiado tarde,— se decía,—ya es perdido para mí.

Con esto, tuvo el valor de combatir el sentimiento que la torturaba y de recobrar la apariencia de la tranquilidad.

Con todo eso, la perspicaz mirada de Menárs hubo de entrever la agitación de la joven; sino que tuvo la delicadeza de no querer penetrar un secreto que se creía ella en el deber de ocultar; y se limitó á apresurar su enlace, cuyos preparativos hizo con tal liberalidad y tanto gusto que no podían menos de lisonjear á su amada.

Menárs dió pruebas á Angela del más delicado amor, de la más sincera estimación, de la mayor solicitud en satisfacer todos sus gustos y deseos.

Poco á poco hubo de pensar menos en Duvernet, cual cumplía á una mujer honrada.



EL PIMPOLLO DEL TALLER, dibujo de Llovera



VISTAS DE BRUNSWICH



Y DE SUS ALREDEDORES



LA REINA DEL SALÓN, dibujo de Llovera

La primera nube que vino á oscurecer la vida pacífica y feliz de los esposos, fué la enfermedad y muerte del viejo Vertua.

Desde la infausta noche en que perdiera toda su hacienda en la banca de Menárs, no había vuelto á tentar una carta; pero en los últimos momentos de su vida, la pasión del juego volvió al parecer á tomar posesión de su alma. Mientras el sacerdote le ayudaba á bien morir, ofreciéndole los consuelos de la religión, el moribundo, con los ojos cerrados, decía entre dientes: «Juego... Soy sota... saltó y vino... el rey. ¡Maldito rey! ¡He perdido!»

En vano Angela y su marido, inclinados sobre él, pronunciaban los nombres más dulces y tiernos.

El moribundo había cesado de ver, de oir.

Muy luego dió un prolongado suspiro y murió balbuceando:

–¡La sota!... He ganado.

En su profundo dolor sentía ó presentía Angela un terror secreto, recordando las últimas emociones del anciano. Representóse aquella triste y pavorosa noche en que se presentó Menárs con la inflexibilidad brutal del jugador empedernido, y tembló, tembló con miedo de toda su alma, no fuera que algún día arrojara su máscara de ángel para volver á sus antiguos hábitos y á su aspecto infernal.

No eran sino muy fundados tan funestos presentimientos.

Por mucho que hubiera sido el terror de Menárs viendo al viejo Vertua rechazar en sus últimos momentos las piadosas palabras de la Iglesia para pensar en su funesta pasión, sintióse muy luego más seducido que nunca por la misma indigna pasión, y todas las noches soñaba que seguía tallando en su banca y atesorando riquezas.



LA RELIGIOSA, cuadro de F. Volaperta

Al mismo tiempo que Angela, contristada por los antiguos extravíos de Menárs, iba perdiendo poco á poco la confianza que le había probado en otro tiempo, sentía él por su parte negras sospechas y atribuía la reserva de su esposa al secreto que le había ocultado. Esta desconfianza recíproca engendró por una y otra parte cierto malestar y descontento que se revelaron en palabras desagradables, que hubieron de ofender á Angela.

Entonces sintió ésta renacer en su corazón la imagen del infeliz Duvernet, y todos los pensamientos y recuerdos, cuyo encanto había conocido en su juventud

Siendo mayor cada día el desacuerdo de los esposos, llegó á encontrar Menárs tan pesada y fatigosa su vida, que convirtió sus ojos y sus deseos al mundo de que se había alejado.

Un hombre acabó de dar impulso á sus mal nacidos anhelos. Este fué uno de sus camaradas de banca que sin cesar ridiculizaba la oscura existencia de Menárs y la resignación con que había abandonado por una mujer el mundo más brillante.

Algún tiempo después la banca de Menárs reapareció más deslumbradora que antes, como quiera que la loca fortuna no se había cansado aún de mimar á su favorito.

Diariamente contaba nuevas víctimas y amontonaba nuevas riquezas. Pero la felicidad de Angela había pasado como un rápido sueño. Menárs la trataba con fría indiferencia; á veces también con desprecio.

Muy á menudo pasaba la pobre semanas y aun meses enteros sin verlo. Un antiguo mayordomo se cuidaba de los intereses de la casa; los criados cambiaban al capricho de su marido, y Angela, forastera en su propia casa, no encontraba ya consuelo en sus tristezas.

Con no poca frecuencia, en sus noches de insomnio, oía el carruaje de su esposo parar á la puerta de su casa y el metálico son de la pesada caja llena de oro, que se depositaba en la habitación de aquél. Oía también á su marido pronunciar rudamente algunos monosílabos y encerrarse luego en su aposento.

Entonces un torrente de lágrimas inundaba las pálidas y descoloridas mejillas de la pobre mujer menospreciada, pronunciaba con angustioso anhelo el nombre de Duvernet y rogaba á la Providencia de Dios que pusiera fin á sus dolores.

Una noche, un joven de buena familia, que había perdido toda su fortuna al juego, se pegó un pistoletazo en la misma sala en que Menárs estaba tallando. La sangre y hasta los sesos de la víctima saltaron sobre los jugadores, que se alejaron con espanto. Sólo Menárs conservó su impasibilidad, y preguntó con mucho sosiego si era uso abandonar la banca antes de la hora ordinaria por un loco que no sabía conducirse en el juego.

Este suicidio produjo gran sensación; los jugadores más determinados se sintieron indignados ante la conducta del banquero; todo el mundo se sublevó contra él. La policía prohibió su banca; se le acusó de jugar con cartas vistas, y su escandalosa suerte hacía verosímil semejante acusación.

Menárs no pudo justificarse y la considerable multa que se le impuso importó gran parte de su fortuna. Con esto, vióse injuriado, despreciado, escupido, y tuvo entonces que refugiarse en los brazos de su mujer, á quien había tenido tan pocos miramientos; pero que más noble y generosa que él, aceptó su arrepentimiento y creyó en su enmienda y regeneración.

Menárs abandonó á París con ella y se trasladó á Génova, ciudad natal de su esposa.

Allí vivió algún tiempo bastante retirado. Pero en vano procuró gozar el reposo doméstico, la serena paz del matrimonio que le ofrecía el ángel de su hogar. Su pasión maldita, mal cubierta de ceniza como el rescoldo, se reavivó al primer soplo y enardeció su corazón dándole otra vez la infernal fiebre del oro.

Pero su mala reputación de tramposo lo había seguido de París á Génova, y no se atrevió á poner banca por mucho que lo tentara su deseo.

Por aquel tiempo, un coronel francés, obligado por sus heridas á retirarse del servicio, tenía la más rica banca de Génova. Impelido por un sentimiento de odio y de envidia, el caballero Menárs acudió á esta banca con la esperanza secreta de arruinar á su rival, contando siempre con su fortuna en el juego.

El coronel lo recibió con una alegría que no le era habitual y aseguró que el juego iba á tomar nuevo interés, toda vez que el caballero Menárs se presentaba en él guiado, como siempre, por su buena estrella.

En efecto, en las primeras tallas ganó Menárs, según costumbre; pero cuando con demasiada confianza con su invariable suerte dobló una carta, diciendo: «¡Copo!» entonces perdió de una vez una cantidad considerable.

El coronel banquero, que de ordinario parecía indiferente á la ganancia y á la pérdida, recogió ahora el oro de Menárs con todas las muestras de la más viva alegría.

Desde aquel momento la loca fortuna abandonó completamente al esposo de Angela. El, sin embargo, jugaba todas las noches, pero todas las noches perdía, hasta que al fin se vió reducido á la suma de 2,000 ducados en papel por todo capital.

Todo el día hubo de correr de aquí para allá para convertir este papel en dinero contante, y con esto no pudo volver á su casa hasta bien entrada la noche. A la hora del juego se metió en el bolsillo sus monedas de oro, y se disponía á salir, cuando Angela, que presintió sin duda su desgracia, se le puso delante, se arrodilló á sus pies y le rogó por la Virgen y los santos que no la hundiera en la miseria.

Menárs la levantó, la estrechó dulcemente en su seno y le dijo con voz sombría:

– Angela, mi amada Angela, no puedo obrar de otra manera, es preciso que ceda á la misteriosa influencia que me subyuga á mi pesar. Pero mañana... mañana todas las inquietudes habrán cesado, pues te lo juro por esa Providencia divina que vela por nosotros, juego hoy por la última vez. Tranquilízate, pues, Angela amada, duerme sin ningún temor y sueña una vida de delicias: esto me dará buena fortuna.

Y diciendo estas palabras besó á su mujer y salió corriendo en dirección de la banca.

A las dos tallas lo había perdido todo Menárs, y se quedó inmóvil al lado del coronel, con los ojos fijos en el tapete en una especie de aniquilamiento.

– ¿No apuntáis más, caballero? – le preguntó el coronel peinando las cartas para una nueva talla.

– Lo he perdido todo, – contestó Menárs procurando afectar serenidad.

– ¿No tenéis ya nada? – preguntó otra vez el coronel á la segunda talla.

– Nada... soy un mendigo, – contestó Menárs con voz trémula de cólera, y con la mirada siempre fija en el tapete, sin notar que los puntos comenzaban á desquitarse contra el banquero.

El coronel continuó tranquilamente su partida.

– Tenéis una mujer muy bonita, – le dijo en voz baja al arruinado Menárs, sin mirarlo y peinando de nuevo las cartas.

– ¿Qué queréis decir? – preguntó el otro con cólera.

El coronel hizo su talla sin contestar.

– ¡Diez mil ducados por Angela! – dijo luego volviéndose á medias hacia Menárs, al mismo tiempo que daba á cortar el naipe.

– Estáis loco, – exclamó Menárs, que recobrando su calma, echaba de ver que el coronel estaba ya en desgracia y perdía cada vez más.

– ¡Veinte mil ducados por Angela! - dijo el coronel en voz baja, suspendiendo un instante la talla como esperando la resolución del marido.

Este guardó silencio sin indignarse ya ni mucho menos.

El coronel siguió jugando y perdiendo.

Al comenzar otra talla, eligió una carta Menárs, diciendo al paño al coronel:

- Va.

Pero vino la contraria.

El perdidoso se hizo atrás bruscamente rechinando los dientes y mordiéndose la lengua desesperado.

El juego había concluído.

El coronel se acercó á Menárs y le dijo en voz irónica:

– Y bien, ¿qué vamos á hacer?

– ¡Ah! – exclamó fuera de sí Menárs. – Me habéis reducido á la miseria, á la mendicidad; todo me lo habéis ganado; pero sería menester que estuvierais loco para figuraros que me podíais ganar también esta partida. ¿Dónde estamos? ¿Vivimos en un país salvaje, donde la mujer es una esclava? No, mi mujer no es una esclava entregada al capricho de un hombre que pueda jugarla y venderla así.

– ¿Y si hubierais ganado la partida?

– ¡Oh! entonces...

– Entonces me hubierais exigido, y era justo, los veinte mil ducados convenidos.

– Ciertamente .. pero no es lo mismo.

– Sois un mal caballero.

– En el juego... no hay más que jugadores.

– Sois un tramposo.

– ¡Ira de Dios! – exclamó Menárs mordiéndose la lengua.

– Y un infame, añadió el coronel, acabando de perder su sangre fría.

Menárs crispó las manos y se mordió ahora los puños.

– Pero exigís lo imposible, – dijo desesperado.

– ¡Lo imposible! ¡Y sabéis que por vuestra vil conducta os odia la virtuosa Angela, unida á mí desde la niñez por el amor más puro! Pero tahur empedernido y astuto, me ganasteis la partida y ahora quiero recobrar mis pérdidas.

– En hora buena, – dijo Menárs tomando súbitamente una resolución. – Os espero en casa dentro de una hora.

– En buen hora, – contestó el coronel. - Pero os advierto, - añadió rechinando los dientes y estrechándole la mano hasta hacerle gemir, – os advierto que si me burláis, os mataré como á un perro en la calle, en el foro, en la iglesia.

Una hora después, se abrían al coronel todas las puertas de la casa de Menárs como por una mano invisible, y así llegó hasta el aposento de Angela.

Pero muy luego retrocedió espantado ante el espectáculo que se ofreció á su vista.

Angela yacía en el suelo muerta y Menárs se la indicaba en silencio con la punta de su puñal ensangrentado.

El coronel levantó las manos y los ojos al cielo, dió un prolongado y doloroso gemido y desapareció rápidamente, sin que se haya podido hasta ahora saber su paradero.

Luego que el desconocido hubo acabado su historia, se levantó del banco en que estaba sentado y se alejó de allí, sin que el barón, profundamente afectado, hubiera podido dirigirle una palabra.

Pocos días después, tuvo el desconocido un ataque de apoplejía fulminante, y á las dos horas había dejado de existir.

Por sus papeles se reconoció que este hombre, que había tomado el apellido de Beaudasson, no era sino el desgraciado Menárs.

El barón dió gracias á Dios, que le había enviado en el momento de acercarse al abismo aquel desconocido para que lo salvara contándole su desastrosa historia, y prometió resistir en adelante todas las fascinaciones del juego tentador.

Hasta el presente ha cumplido su palabra.

C. N.

HISTORIA DE UN HOMBRE CONTADA POR SU ESQUELETO

POR DON MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

(Continuación)

XIX

La Cierva-gentil era una doncella roja, lo más hermoso que podía darse.

Su hermosura estaba aumentada por los dibujos que la habían abierto en la piel.

Las tres plumas de águila que llevaba sobre la frente, eran menos ligeras, menos esbeltas que su talle.

La Cierva-gentil era el premio que reservaba su padre Anauhac jefe de la tribu de los matachets, al guerrero más valiente de la misma tribu.

La hermosa Cierva-gentil, que conocía sus altos destinos, era orgullosa, y grave y erguida como un cedro, y se sentaba con toda la prosopopeya de una emperatriz en la puerta de la casa de una madera labrada de su padre el viejo y feroz Anauhac, donde permanecía inmóvil sentada sobre una esterilla de palma labrada, recibiendo con molicie el aire de los abanicos de plumas de las jóvenes prisioneras de las tribus enemigas de la de los matachets.

Los niños, los jóvenes, los hombres y los ancianos, al pasar por delante de ella, inclinaban la cabeza sin mirarla, se ponían las manos sobre la cabeza y sobre el rostro, y pasaban.

¡Desgraciado del individuo de la tribu que al pasar por delante de la Cierva-gentil, no la hubiese rendido aquel homenaje de respeto, ó se hubiese atrevido á mirarla!

El hubiera sido una víctima del terrible dios Maluc, el monstruo de las siete cabezas, puesto sobre una ara de piedra en medio de las cabañas de los matachets.

La Cierva-gentil, era, pues, una verdadera reina.

XX

Y había un valle estrecho entre dos montañas.

Por medio del valle corría un río casi tan ancho como él, serpiente de agua que pasaba casi oculta entre las altas cortaduras, bajo toldos de lianas, orlado de una cabellera de bejucos, entre dos largos festones de plátanos.

El río era profundo, lento, terso, hasta el punto de parecer inmóvil como un canal.

Servía de camino á los indios, que en sus ligeras piraguas salían por él del valle á las vecinas praderas, y al mismo tiempo de línea divisoria á dos tribus enemigas.

A la derecha del río, sobre la vertiente de la montaña, se levantaban dentro de su empalizada de hayas, las cabañas de los matachets; á la izquierda, sobre otra vertiente, las de los anapas: en un tiempo habían estado reunidas estas tribus; pero el jefe de la una, el de los anapas, había robado su hermana al jefe de la otra, la de los matachets, y aunque después de aquel suceso habían pasado muchos años, hasta el punto de no existir ya viejos que conservaran de él memoria, las dos tribus guardaban aún su odio recíproco, aumentándose, en vez de disminuirse, de generación en generación.

XXI

¿Sabes que Europa, la grande Europa, – dijo Arria interrumpiendo al esqueleto, – comete un crimen en no llevar la civilización á esas regiones?

– Europa tiene bastante con sus asuntos propios, y no hará poco si logra civilizarse en vez de ir á civilizar á los demás. ¡Pues qué! ¿crees tú que en Europa, y en el siglo XIX, no existen barbaries? Vamos, ¿quieres que te busque en París, en la moderna Atenas, en el corazón de la civilización moderna, algunos cientos, y aun miles de salvajes, comparados con los cuales, son *unos señores* los apaches?

¿Y quieres que te demuestre las barbaries de nuestra Europa, no respecto al individuo, sino respecto á la sociedad?

¿No has visto en Londres una riña, un lance de *trom pis*? sin moverte de Madrid, ¿no has estado un lunes en los toros? ¿has estado alguna vez preso é incomunicado? ¿has sido pobre y te has visto obligado á vivir de tu trabajo? ¿no has escuchado silbar las balas de cañón por medio de las calles de las ciudades? ¿y por último, tan ciego eres que no has visto las barbaries encarnadas en nuestras costumbres, en nuestra civilización, en nuestro modo de ver y de sentir?

¡Civilizar las inmensas regiones del Nuevo-Mundo!

¡Llevar nuestras costumbres buenas ó malas, á aquellas inmensas soledades, defendidas por selvas interminables, practicables sólo para los animales feroces y para el indio tan feroz y salvaje como ellos!

¡Allí, donde inmensas distancias separan á los ríos; allí, donde se suceden las inconmensurables pampas de arena movediza; allí, donde un cielo irritado desploma fuego!

¿Qué administración bastaría para alimentar un ejército numeroso? sobre todo, ¿quién poblaría aquellas inmensidades hasta el punto de hacer imposible la existencia del indio, en el centro de un bosque, de una pradera, en las sinuosidades de un río?

Lo que allí ha podido entrar de la civilización moderna, ha entrado. El fusil y la pólvora.

XXII

Los anapas, pues, y los matachets, eran dos tribus enemigas, dos ramas desgajadas de un mismo tronco, ó por mejor decir, un tronco partido en dos y unido solo por raíces podridas.

Por el odio.

Por un odio inveterado, sostenido, cruel, que no se procuraba amenguar.

Un día, ó mejor, una noche, los anapas pasaban silenciosamente el río en sus largas piraguas; saltaban á la orilla contraria, atravesaban en silencio el valle y caían sobre los matachets.

El combate se entablaba poco después.

Siempre sucedía una de estas cosas:

O los anapas ó los matachets acometedores ó acometidos, se retiraban, llevándose prisioneros ó dejándolos.

Los primeros eran reducidos á la esclavitud, y los jefes sacrificados indistintamente, en una ú otra tribu, al mismo ídolo, al sangriento Maluc.

Se celebraba el festín de la victoria devorando en la plaza pública los vencedores á los vencidos sacrificados, y algunos cráneos más aparecían alrededor del altar del ídolo, y algunas cabelleras más se suspendían de las paredes de la sala-del-consejo de la tribu vencedora.

XXIII

Un día Miantucatuc se levantó de su estera de palma con la aurora, y con un deseo voraz de cazar zorras.

Cogió su carabina de dos cañones, se colgó á todo evento de la cintura su hacha y un par de pistolas, y salió solo de las chozas de los anapas, atravesó el valle y se metió en la espesa arboleda que orlaba las márgenes del río.

Pero por más que buscó, y anduvo y revolvió por la maleza, no encontró uno solo de los animales á quienes iba buscando.

Llegó á la margen del río por una estrecha garganta.

Iba por allí el agua mansa, encañonada, profunda, serena: un tiro de carabina era la distancia que separaba la una margen de la otra.

Miantucatuc fijó con deseo la mirada en la ribera opuesta.

Pero los indios son prudentes.

La ribera contraria le era enemiga.

El era el gran jefe de los anapas.

Pisar solo aquella tierra adversa era exponerse á dar un gran día de triunfo á los matachets.



Fig. 1.—Fachada de la fábrica de relojes de Waltham, en los Estados Unidos

Pero el deseo de cazar zorras era más fuerte en Miantucatuc que su prudencia.

Ató á la boca de su carabina su bolsa de municiones, suspendió del mismo modo sus pistolas, y se metió en el río y le atravesó nadando con un solo brazo y sosteniendo con el otro, fuera del agua, su carabina, sus pistolas y sus municiones.

En muy pocos segundos tomó tierra en la margen opuesta.

Apenas había salido del agua, cuando de entre la maleza saltó un animal.

Miantucatuc lanzó un grito salvaje de alegría, sonrió y sus ojos centellearon.

(Continuará)



Fig. 2.—Taller de recortes de piezas de la fábrica de Waltham

LAS FÁBRICAS DE RELOJERÍA AMERICANAS

Los antiguos medían el tiempo con relojes de sol, de arena y de agua (clepsidras). Consta que en el siglo XII existían en algunos conventos relojes movidos por ruedas, y en el siglo XIV en campanarios. La invención de los relojes de bolsillo se atribuye á un vecino de Nuremberga, llamado Pedro Hele, que vivió por el año 1500. El descubrimiento de la oscilación constante del péndulo por Galileo en el año 1595, fué propuesto por Gemma Frisius en 1530 para regularizador de los relojes movidos por pesas, y Huygens construyó en 1665 con buen éxito un reloj basado en este principio. En 1714 ofreció el parlamento inglés, á excitación de Newton, un premio de 30,000 libras esterlinas (750,000 pesetas) por un buen cronómetro, y en 1728 resolvió John Harrison el problema. Desde entonces se sucedieron los perfeccionamientos y tomó incremento la fabricación de relojes en Inglaterra y en el continente. Hasta que el francés Breguet coronó la serie con sus admirables inventos, había conservado Inglaterra una especie de privilegio en la fabricación de relojes exactos, ya de bolsillo, ya de pared y de sobremesa. En París se concentró hasta época reciente la fabricación de esta última clase de relojes que se distinguían por su elegancia y buen gusto; la industria de los de bolsillo se concentró en Suiza, en los cantones de Ginebra y de Neufchatel y en las comarcas más pobres del Jura, y la de los relojes movidos por pesas en la Selva Negra en Alemania.

El bello axioma del eminente patricio español, Alejandro Oliván: «Procurar que el trabajo prospere es la política grande de los gobiernos,» ha sido llevado en otros países á la práctica con solicitud constante, acaso sin haberlo formulado allí nadie; así es que hoy abundan fábricas de relojes de toda especie en varias ciudades de Francia, además de París, especialmente en el país de Besançon, como también en Alemania, en Berlín, Augsburgo, en Sajonia, Silesia y Turingia, y en Austria, en Viena, Praga y Gratz.

La fabricación de relojes, en su mayor parte de pared, en la Selva Negra se evalúa en 700,000 anuales, y la de los de bolsillo, en Suiza, en 800,000 á 900,000 que representan aproximadamente un valor de más de 34 millones de pesetas, con la particularidad de que las clases buenas compiten con los ingleses, y les son superiores tocante á la construcción.

El gran centro de la fabricación de relojes en Suiza está en la llamada aldea (pues en realidad es una brillante y opulenta ciudad) de La Chaux-de-Fonds, situada en el Jura, á 1,000 metros sobre el nivel del mar, en una región árida y tétrica. En este valle y en el de Lode existe la industria relojera hace más de dos siglos, gracias á un simple herrero llamado Juan Richard, que vivía en la aldea cercana de La Sagne. Este desmontó hace doscientos años, un reloj de bolsillo, rarísimos entonces, y lo volvió á montar. Sobre este modelo hizo un reloj nuevo; enseñó su arte á sus cinco hijos y fué así el fundador de esta grande industria en su país. En el cantón de Neufchatel se fabrican hoy anualmente unos 300,000 relojes de bolsillo, al precio medio de 700 pesetas la docena.

El pueblo de La Chaux-de-Fonds sólo constaba en tiempo de Juan Richard de 7 casas y hoy cuenta 19,930 habitantes.

Los activos y emprendedores norte-americanos, una vez concluída la guerra separatista, comprendieron la importancia de este poderoso y lucrativo ramo de industria y se apresuraron á introducirlo en su país con tanto éxito y buen acierto que conmovieron la fabricación suiza, la cual hizo desde entonces nuevos y grandes esfuerzos para luchar ventajosamente con la competencia americana.

La relojería americana, industria reciente en el país, puesto que no es anterior á 1852, ha conquistado en muy poco tiempo un lugar importante en los mercados comerciales del mundo entero, los cuales inunda con el producto de sus máquinas. Esto no parecerá nada extraño si se recorre la lista de las fábricas en que se trabajaba á fines de 1884, y que reproducimos á continuación, tomándola del *Almanaque de los relojeros*, de M. Charles Gros de Saint-Imier.

Waltham y C.ª, 1852; capital 1 500,000 duros (1); 2,800 obreros; 1,200 relojes diarios. Nashua y C.ª N. H., 1860; capital 30,000 duros (sólo existió algunos años). Elgin, Compañía Nacional, 1864; capital 1.000,000 de duros; 2,000 obreros; 1,200 relojes diarios: Tremont y C.ª, 1864; capital 15,000 duros (sólo existió cuatro años). Mariol y C.ª, N. J. de los Estados Unidos; 1865; capital 500,000 duros (subsistió hasta 1874). Newark y C.ª, N. J., 1865; capital 200,000 duros (sólo existió algunos años). Springfield y C.ª, Illinois, 1873; capital 250,000 duros; 1,100 obreros; 500 relojes diarios. Rockford y C.ª, 1874; capital 260,000 duros; 225 obreros; 100 relojes diarios. Springfield Hampden y C.ª, 1877; capital 200,000 duros; 430 obreros; 150 relojes diarios. Lancaster y C.ª, de Pensilvania, 1877; capital 250,000 duros; 300 obreros. Waterbury y C.ª, de Connecticut, 1880; capital 400,000 duros; 390 obreros; 400 relojes diarios. Howard Roxbury y C.ª, 1881; capital 250,000 duros; 100 obreros; 300 relojes al mes. Fredonia y C.ª, V. Y.; capital 150,000 duros; 110 obreros. Colombo y C.ª, 1882; capital 150,000 duros. Stevens y C.ª, 1882; capital 100,000 duros. Aurora y C.ª, 1883, capital 250,000 duros; 200 relojes diarios. New-Haven y C.ª, 1883; capital 100,000 duros. Seth Tomás y C.ª, 1883. Cheshire y C.ª, 1883. Manhattan y C.ª (2), 1884.



Fig. 3.—Taller de minuteros de la fábrica Waltham

La fábrica de Waltham, que elegiremos como tipo, fué fundada en 1852, Roxbury, por Aaron L. Dennison y Eward Howard; es la más importante de los Estados Unidos y del mundo entero; pero no se inauguró con buena suerte. Dos veces faltó el dinero, y al fin, la fabrica, que había costado 250,000 duros, se vendió en pública subasta, por 56,000, á M. Royal E. Robbins, que la trasladó á Waltham en 1857. Esta fábrica entregó el primer millón de relojes en veinticinco años; el segundo se terminó siete años después, en febrero de 1884; y el 24 de mayo de 1886 concluyóse el tercero, habiéndose rifado el 3.000,000° reloj á beneficio de la asociación de los contramaestres de fábrica.

La fachada de ese establecimiento mide 646 pies de longitud (fig. 1), y toda la fábrica ocupa cinco acres de terreno. 4,700 poleas, 10,600 pies de trasmisión y 39,000 pies de correas funcionan por medio de una poderosa máquina de vapor de fuerza de 125 caballos.

Para el alumbrado de la fábrica se emplean doscientas lámparas eléctricas y tres mil quinientos mecheros de gas.

Todas las piezas del reloj se fabrican en Waltham, excepto los resortes y las cajas de oro; estas últimas se construyen en Nueva York.

Para los tornillos se emplean treinta y cuatro máquinas automáticas, que dan de tres mil á cuatro mil cada día; y hay otra que corta á la vez cincuenta ruedas de escape.

En la fábrica hay veinticinco talleres distintos, los cuales tienen su director y se comunican, por medio del teléfono, con la oficina central. Las figuras 2, 3 y 4 representan otros tantos talleres.

La enormidad de las cifras que antes hemos apuntado debe causar asombro, y demuestra la extraordinaria extensión que las fábricas de relojería han alcanzado allende el Atlántico.

C. SAUNIER

(Artículo tomado del periódico: *La Nature*)

Fig. 4.—Taller de construcción de cajas de reloj de la fábrica Waltham

(1) El duro americano vale 5 pesetas y 18 céntimos.

(2) Algunas de las fábricas cuyo género de producción no se indica, ocúpanse, según creemos, en la industria de relojes de pesas y de torre.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 28 DE FEBRERO DE 1887 — NUM. 270

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

INTERPRETES DE LA OPERA DE VERDI «OTELLO»



ROMILDA PANTALEONI (Desdémona)

SUMARIO

TEXTO.—*El acontecimiento de Milán.—El maestro José Verdi.—Arrigo Boito.—El libreto.—La ópera.—Los intérpretes del Otelo.—El triunfo de Verdi*, por don Manuel Angelón.

GRABADOS.—*Romilda Pantaleoni* (Desdémona).—*Arrigo Boito* (autor del libreto).—*La hostería de Roncole*, casa natal de Verdi.—*La quinta Santa Agueda*, residencia habitual de Verdi.—*El maestro José Verdi.*—*Franco Faccio* (maestro concertador y director de orquesta).—*Víctor Maurel* (Yago).—*Francisco Tamagno* (Otelo).—*Francisco Navarrini* (Ludovico).—*Ginevra Petrovich* (Emilia).

EL ACONTECIMIENTO DE MILÁN

ESTRENO DEL OTELO, DE VERDI

El siglo XIX no está tan materializado como algunos creen de buena fe y muchos pregonan solapadamente para fingirse mejores de lo que son en realidad. Tienen los hombres de hoy los mismos defectos que tuvieron los hombres de ayer; pero en cambio las costumbres se suavizan, reinan corrientes de atracción entre los pueblos, y la mente, desligada de las ataduras que contenían su vuelo, se remonta á las alturas de lo sublime, incomprensible para los más antes de ahora. Generalizada la instrucción y dispuesto el ánimo para adoptar las más admirables aplicaciones de las leyes naturales, no hay temor de que la práctica de *la magia* conduzca á la hoguera ni de que un nuevo Galileo tenga que retractar su teoría acerca del movimiento de la tierra, mientras, como dice nuestro inmortal Quintana, la siente rodar bajo su planta.

Las condiciones sociales y aun las materiales de la existencia han sufrido no menos radicales trasformaciones. Ya no tan sólo han desaparecido los esclavos y los siervos, para dar lugar á la cristiana igualdad de los hombres ante el derecho, sino que al ennoblecer á la humanidad, ésta ha demostrado cuán digna era de su ejecutoria. Cual ocurrió al célebre doctor Pinel, que al desencadenar á los infelices alienados, lejos de ser destrozado por ellos, como se tenía por cierto, los vió caer á sus pies á impulsos de su gratitud; así los hombres libertados por el progreso han prorrumpido en un formidable *¡excelsior!* que debe haber resonado agradablemente en la mansión del Señor.

No diremos ciertamente que se ha llegado á la perfección, pero se ha adelantado mucho, muchísimo, en poco tiempo; y si bien es deplorable que las contiendas de príncipe á príncipe ó de pueblo á pueblo se ventilen aún en el terreno de la fuerza, no deja de ser altamente consolador que, mientras la Europa se apresta á una lucha titánica que se dice ser inminente, hijos notables de todos sus pueblos se den cita en una hermosa ciudad de Italia, sin más objeto que el de asistir al estreno de una nueva obra de arte y aclamar al mortal afortunado cuyo ruidoso triunfo no ha costado ni una lágrima ni una gota de sangre. Sí, lo repetimos, es consolador, altamente consolador, y dice mucho en favor de la sociedad moderna, que un Wagner desde Beyrouth, un Verdi desde Milán, publiquen la tregua pacífica en nombre del arte; y que de todos los puntos de Europa, y aun de fuera de ella, se emprenda una peregrinación al santuario de la paz, donde los elementos nacionales más contradictorios, más antagónicos, se confunden en una sola y nobilísima aspiración. Pueblos que unánimes reconocen el poder del arte y se sienten atraídos por la corriente que establece en el mundo todo, son pueblos que reconocen un elemento común de fraternidad y que se tenderán antes de mucho la mano amiga, á despecho de todas las ambiciones y de todas las cábalas.

Compárense, en apoyo de nuestro aserto, las costumbres de otros tiempos con nuestras costumbres, en el orden de los espectáculos. La antigüedad convoca á los ciudadanos para que asistan á las fiestas del Circo. ¿Qué son las fiestas del Circo? Una lucha sangrienta y repugnante ó una hecatombe que clama venganza al cielo, si en el cielo se conociera la venganza. Primero se sueltan en la arena multitud de animales feroces para que mutuamente se devoren; más tarde ya no son fieras, sino hombres, que se dan muerte unos á otros para entretenimiento de emperadores que se titulan *máximos*, de vestales que se dicen púdicas y de una masa de ciudadanos que pretenden imponer al mundo sus leyes y por ende sus costumbres, sus leyes de que hacen mofa los pretorianos; sus costumbres que preparan la gran bacanal del imperio bizantino. Y cuando las fieras ya no producen sensaciones bastante fuertes, y cuando, de puro vistos, ya se encuentran monótonos los combates de los gladiadores, ahí están los infelices discípulos de Cristo que darán lugar á un espectáculo nuevo, el espectáculo de unos venerables ancianos, de unas tímidas doncellas, de unos vigorosos jóvenes, que se dejan despedazar por tigres y leones y elefantes, sin oponer la menor resistencia, confundiéndose los rugidos de los animales carniceros con los himnos dulcísimos que á Dios elevan las resignadas víctimas. Un día Nerón, que se precia de artista, dispone algo verdaderamente nuevo, verdaderamente extraordinario. Multitud de cristianos son atados á un elevado poste; se embrean sus cuerpos, envuélveseles en flexibles ramas de resinosos árboles, y, llegada la noche, se les prende fuego. ¡La *Ciudad eterna* es fantásticamente iluminada por centenares de cuerpos humanos que arden en vida!... Nunca se había proporcionado al *pueblo rey* fiesta tan bella... Lucio Domicio Claudio Nerón paseó en litera las calles de Roma, admirando su obra y saludando á la muchedumbre que le aclamaba por su buen gusto y proponía elevarle á la categoría de un Dios. Tales eran los espectáculos del mundo antiguo; los placeres de aquel pueblo que, más aún que el pueblo hebreo, se titulaba *el escogido* por sus divinidades.

La Edad media no se preocupa gran cosa de espectáculos: la guerra absorbe casi por completo todos los instantes. Sin embargo, de vez en cuando, heraldos y trompeteros anuncian la celebración de algún torneo ó de alguna liza en campo abierto ó cerrado. No es cosa que se renuncie á tan favorable ocasión de alterar la monotonía de la existencia. En la ciudad todo son preparativos; en el castillo todo es movimiento. Disponen las damas sus más ricas vestimentas y, mientras llega el gran día, sus delicadas manos bordan las bandas que han de adornar el pecho de los combatientes. Descuelgan éstos sus armas mejor templadas, adiéstranse en su manejo, hacen prodigios de habilidad en su corcel favorito y de antemano se complacen en la gloria que les aguarda y en la vergüenza de sus adversarios. El plazo termina; llegó la hora. El aspecto del campo en que la liza ha de celebrarse, es deslumbrador. El monarca preside la fiesta, rodeado de cuanto tiene la corte más preclaro. Al pie de los palcos se extienden las galerías, que los hidalgos disputan á los plebeyos y éstos á los judíos y conversos. En el palenque se agitan jueces del campo, hombres de armas, pajes y escuderos; suenan clarines y atabales, y la más plausible alegría brilla en todos los semblantes. Pero el espectáculo, el verdadero espectáculo, el motivo que ha reunido á tantas gentes endomingadas, ¿en qué consiste?... Vamos á verlo; el espectáculo empieza. Dos escuadrones de bizarros jinetes aparecen en la arena, saludan al monarca y al concurso con algo parecido al *¡ave morituri!* del romano, juran no emplear en la contienda hechicerías ni armas de mala ley, toman campo, se arremeten y al poco tiempo corre su sangre... Y no se crea que esos hombres sean mortales enemigos que se han emplazado para satisfacer las exigencias de fundados odios... Son simples actores en la fiesta; el espectáculo semeja una batalla en pequeño y á las batallas se va á matar ó á morir, no á decirse lindezas ó prodigarse flores. Otras veces la lucha tiene lugar entre acusador y acusado ó entre sus campeones: á este duelo á muerte se llama *Juicio de Dios* y á él asisten rectos magistrados y seráficos ministros del Señor... Finalmente, con igual pompa y alegría el escogido concurso asiste á los *Autos de fe*, por medio de los cuales el Santo Oficio depura, gracias á las hogueras encendidas, el cuerpo y el alma de los que viven en voluntario pecado mortal.

¿Son estas las costumbres modernas? ¿Son estas nuestras leyes, nuestros tribunales, nuestros espectáculos?... No, por fortuna; antes bien, siempre que una nación, siempre que una localidad, siempre que un hombre extraordinario, dan una cita al mundo, lo primero que hacen es agitar el ramo de olivo y asegurar que sólo emociones gratas preparan para recibir á sus huéspedes dignamente. Londres, París, Viena, Filadelfia, construyen sucesivamente vastos palacios donde albergar con pompa, no al conquistador que vuelve á su patria teñido de sangre y seguido de esclavos, sino á los productos del trabajo universal que empeñarán en su recinto la lucha fructífera de su mayor ó menor perfección. Baviera erige un templo al arte, para que en él se estrenen dignamente las obras de Ricardo Wagner, y todos los días llegan á Beyrouth y de Beyrouth parten todas las noches numerosos trenes de viajeros que de Europa y de América acuden á gustar las primicias musicales de los *Niebelungos* y de *Parsifal*. Y, por último, el día 5 de febrero de 1887, mientras en las nebulosas regiones de la diplomacia se forjaban los rayos que han de abrasar al continente, según los pesimistas, y en las Bolsas se arruinaba impunemente á un sinnúmero de familias, víctimas de más ó menos legales especulaciones; la fama de un artista reunía en Milán á los representantes de los pueblos cultos y por un momento preocupó más que las intrigas de Bismarck el éxito que aguardaba al *Otello* de Verdi.

¡Poder civilizador del genio! ¡Influencia avasalladora del arte! ¡Bien haya el siglo que te siente y á tí se rinde; bien haya el siglo que hace del estreno de una ópera un acontecimiento general! Este siglo está en el buen camino; distingue perfectamente entre los hombres célebres y los hombres útiles; y á este paso es de esperar que los pueblos que unánimes han ceñido laureles á la frente de Verdi y ayer los depositaron en la tumba de Fortuny, se los negarán muy pronto á esos pretendidos héroes que vuelven triunfantes á su patria y no pueden dar cuenta de los hijos que la arrebataron y que duermen el sueño de la muerte en extranjero suelo. ¿Qué debe la humanidad á Alejandro, á César, á Gengis-Kan, á Carlos V, á Napoleón I ó al general Moltke? Sus triunfos todos no valen lo que el de Vicente de Paul en el orden del amor cristiano, ni sus hechos excitarán sentimiento alguno afectivo, como los produjo Rafael con sus lienzos y Meyerbeer con sus pentagramas.

Y pues el arte ha obtenido un nuevo triunfo en Milán, á celebrar este triunfo acude la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Perpetúen otros periódicos los tristes victorias de los modernos procónsules; den cita á sus lectores para los campos de batalla... Nosotros nos atenemos á las fiestas del arte que son las fiestas de la paz, las fiestas propias de la sociedad nueva, las fiestas de que se vuelve con una gota más de bálsamo aplicada á las heridas del alma.

Mucho tiempo hacía que los amantes del arte se ocupaban de la última obra del maestro Verdi. El teatro de la *Scala* de Milán, así llamado por haberse construído (1778) en el solar que ocupaba el antiguo templo de Santa María *della Scala*, obtuvo los honores del estreno, y mucho antes de haberse fijado el día en que tuviera lugar *el acontecimiento*, se pagaban sumas relativamente fabulosas por una localidad en aquel coliseo. La preferencia á éste concedida se explica naturalmente: Milán pudiera titularse la ciudad santa del arte lírico. Durante muchos años, mientras privó en Europa la música italiana, Milán expidió los diplomas de honor reconocidos como indiscutibles en todo el mundo. El gran teatro de Nápoles puede únicamente disputar al de la *Scala* la supremacía como coliseo; pero esta disputa podrá referirse tan sólo á la parte arquitectónica y decorativa del edificio; nunca á la tradición artística de la casa.

La *Scala* había expedido á Verdi, al principio de su gloriosa carrera, el título de continuador de Donizetti. A Milán, que había presentido al genio en su juventud, correspondía el honor de estrenar la que posiblemente será su obra postrera. El verdadero compositor de música se alberga en Milán como los hijos en la casa paterna; la *Scala* es el Capitolio de los triunfos líricos de la escuela italiana. Verdi acaba de subir á él, conducido por un público cosmopolita que ha ceñido á sus ya venerables canas el verde laurel que sombrea la tumba de los autores de *Guillermo*, de *Norma* y de *Lucía*.

EL MAESTRO JOSÉ VERDI

No es cosa extraordinaria que un hombre haya nacido en humilde cuna y se haya creado una envidiable posición á fuerza de inteligencia y de trabajo; pero no son numerosos los casos de aquellos que, subidos á muy alto desde muy bajo, no han pretendido contemplar á la humanidad desde la cumbre de la torre de su orgullo, como el rapazuelo de la fábula. Una de esas raras individualidades, humildes en sus triunfos, modestas en su grandeza, respetuosas con los mismos que las acuerdan un pedestal glorioso, es el ilustre José Verdi, el más popular compositor de música de nuestro siglo. Al arte debe su posición y al arte rinde culto, cuando pudiera descansar holgadamente sobre sus laureles. Enemigo de las exterioridades, leal en su amistad, pero no pródigo de ella, extraño á las múltiples intrigas con que las medianías y aun las nulidades se labran una fama artificial, no acierta á comprender ni siquiera el interés con que el público se preocupa de sus obras, y lo único que se le ha hecho extraño en Milán, cuando el estreno de su *Otello*, es la importancia que se ha dado á un acontecimiento que le parece el más natural de este mundo y de su vida. Que ha escrito una ópera más á los 73 años cumplidos de edad... Que esta ópera revela un genio lozano, una inspiración espontánea, una frescura y hasta una novedad impropias de un anciano... Todo esto para el autor del *Otello* significa poco ó nada. Juzgue el público la composición por lo que ella en sí resulte: el viejo maestro aguarda el fallo con la resignación y hasta con el temor natural del recluta que entra por primera vez en fuego.

A este cariño profundo por el arte, á este círculo estrecho por sus afectos, traspasado únicamente por algunos verdaderos amigos que al arte rinden culto, á esta sociedad especial que se ha creado un hombre que al arte lo debe todo y todo lo sacrifica al arte, se debe que el autor de *Otello* haya alcanzado cierta reputación de excéntrico y huraño. ¡Pobre Verdi! ¡Excéntrico y huraño porque, contra los desengaños del mundo, se refugia en el santuario de su musa predilecta; excéntrico y huraño porque no invita á la muchedumbre á que contemple sus arrobamientos artísticos; excéntrico y huraño porque no solicita un lugar para su nombre en las gacetillas de ciertos periódicos, á razón de tantas liras el trompetazo!...

Vengamos á la biografía del célebre maestro.

José Verdi nació en la aldea de Roncole el día 9 de octubre de 1813, de padres posaderos, con lo cual queda dicho que al pobre muchacho se le limitaba el horizonte á la exigua distancia que separa la cocina de la cuadra. El sentimiento musical brotó en él espontáneamente Tal vez, de rapaz, mientras ayudaba misa en la iglesia de su pueblo, los sonidos del órgano, tocado por Baistrocchi, hicieron vibrar en su corazón algo ignoto, algo que le estremeció sin sospecharlo y que encaminó su pensamiento hacia un ideal aún no bastante definido, pero que le arrastraba incontrastablemente por el camino de una nueva existencia. El citado Baistrocchi, modesto organista de la no menos modesta iglesia de Roncole, fué el primer maestro de Verdi. Respecto á la importancia del profesor, debió ser escasa si hemos de juzgar por los emolumentos que le producía su destino oficial; pues cuando le reemplazó Verdi en él, á la edad de 12 años, se le asignó la retribución fija de 36 pesetas *anuales*, que al cabo de un año se le aumentó hasta 40, aunque no pagadas con toda puntualidad. Tales fueron los comienzos artísticos del autor de *D. Carlos* y de *Aida*.

Cierto comerciante de Busseto, llamado Antonio Barezzi, en cuyos almacenes compraba el padre de Verdi las provisiones de su hostería, tomó al precoz niño bajo su protección y consiguió para él una pequeña pensión en Milán, á fin de que continuara su educación artística en aquel Conservatorio. Pero la desgracia persiguió al joven músico: no sólo no fué admitido en aquel centro de en-

señanza, sino que habiendo hecho (1833) oposiciones para sustituir al difunto Provesi, de quien había tomado lecciones de música, en su plaza de organista de la catedral de Busseto, hubo de sufrir el desaire de ser pospuesto á un tal Juan Ferreri. Los amigos del futuro maestro tomaron la cosa á pecho, hubo disgustos y hasta conflictos locales con este motivo, y el municipio, que se puso de su parte, le confió la plaza de director de la Sociedad filarmónica á la edad de 20 años, plaza que desempeñó hasta 1836, en cuya época contrajo matrimonio con Margarita Barezzi, hija de su antiguo protector el almacenista de Busseto.

Sintiéndose ya con el aliento necesario para dedicarse á la música dramática, se dirigió nuevamente á Milán, donde su amigo Temístocles Solera, más joven aún que el mismo Verdi y que con el tiempo había de ser uno de los primeros *libretistas* de Italia, escribió para aquél *Oberto conde de San Bonifacio*, que tras muchas peripecias fué estrenado en el *Scala* el 17 de noviembre de 1839. Verdi tenía 26 años, y á esta edad un triunfo es el más poderoso aguijón del genio. Ocupado se hallaba en escribir una ópera bufa para el empresario Morelli, que había patrocinado el *Oberto*, cuando el cielo puso á prueba su resignación de una manera harto dura.

Primeramente enfermó de anginas malignas, y como sus recursos eran más que limitados, su digna compañera hubo de vender los pocos dijes de algún valor con que la había obsequiado su amante esposo. Curó éste de su enfermedad; mas al cabo de no largo tiempo murió su hijo; breves días después su hija, y seguidamente su esposa. ¡En dos meses había perdido á toda su familia! Calcúlese cuál sería el estado de su ánimo y en qué disposición se encontraba para escribir música bufa un hombre que lloraba constantemente lágrimas de sangre. La ópera no pudo sostenerse: una parte de culpa la tenía sin duda el compositor; la otra parte bien pudo adjudicarse á la falta de voluntad de sus intérpretes.

Verdi, bajo la presión de su dolor, había hecho propósito de no componer más música, cuando un día, al tiempo de acabar su almuerzo en una hostería de último orden, que más no le permitía su estado económico, el empresario Morelli dióle á conocer el *libretto* de *Nabuco*, cuyos versos y situaciones dramáticas, verdaderamente musicales, dieron al traste con la resolución del maestro. Compuso éste el *spartitto* con vertiginosa inspiración, y el 9 de marzo de 1842 tuvo lugar el estreno, que fué un grandioso triunfo para Verdi. En el propio año se le representó *I lombardi*, en 1844 *Ernani*, y en los dos años siguientes quince teatros de Italia pusiéronle sucesivamente en escena *I due Foscari*, *Giovanna d'Arco*, *Alzira*, *Attila*, *Macbeth*, *Masnadieri* y el *Corsaro*. En todas ellas siguió el gusto de la escuela italiana; pero el público encontraba, con razón, algo valiente, algo innovador, algo revolucionario del arte, que cuajaba perfectamente con el estado de ánimo de los italianos. El pueblo que aspiraba á emanciparse en política, se sentía identificado con un compositor que á su vez aspiraba á romper no pocas de las tradiciones del arte. Verdi fué declarado patriota, y cuando en 1848 estalló el movimiento de Italia, se trasladó de París á Milán, donde compuso el *Corsaro*, estrenado en Trieste en octubre del mismo año. Esta ópera es una de las menos conocidas de Verdi, y en ella estuvo poco más feliz que en su ópera bufa. La causa de esta analogía es muy sencilla: cuando escribió la ópera bufa lloraba las desgracias de su familia; cuando escribió el *Corsaro* lloraba las desdichas de la patria.

El 27 de enero de 1849 estrenóse en Roma la *Batalla de Leñano*, ópera de argumento patriótico, cuya primera representación no pudo tener lugar en Milán á causa de la presión que la política tedesca ejercía hasta en las artes. Desde dicho año al de 1859 compuso Verdi *Las vísperas sicilianas*, la *Traviata* y *Ballo in maschera*: mas las mismas razones políticas precisaron el cambio de título de las dos primeras, que se estrenaron con los nombres respectivamente de *Juana de Guzmán* y de *Violeta*; exigiendo respecto de la tercera que en lugar de asesinarse, según su argumento, á cierto rey de Svezia, lo fuese un gobernador inglés de Boston; variación á que el maestro se opuso enérgicamente. Gracias á esas miserias de los gobiernos, gracias también al patriotismo del popular compositor, y gracias, finalmente, á la combinación que favorecía su nombre, vino un día en que éste fué utilizado como manifestación de las aspiraciones italianas. Así, durante el invierno de 1859, en las fachadas de todos los edificios se leía esta sencilla y al parecer inofensiva inscripción: VIVA V. E. R. D. I.; la cual, poniendo en acróstico el nombre del maestro, decía ni más ni menos por sus iniciales:

VIVA

V ittorio
E manuele
R e
D '
I talia

No es de extrañar, por lo tanto, habida consideración al mérito y popularidad de Verdi, que cuando empezó á cambiar el destino político de su patria, fuese elegido diputado y más tarde miembro de la comisión que pasó á ofrecer una nueva corona al rey del Piamonte. Por aquel tiempo había ya compuesto el *Trovador*, á cuyo propósito dijo el conde de Cavour que quien tal ópera había escrito, bien merecía un sitio en el Parlamento. La opinión del insigne estadista italiano fué confirmada, en 1874, por el nuevo rey de Italia, que elevó á Verdi á la dignidad senatorial. La existencia del antiguo organista de Roncole había cambiado por completo. Hijo de sus obras, á ellas ha debido su fama, sus honores y su fortuna; pero, hijo agradecido, jamás, ni aun hoy que ha llegado á la ancianidad, renuncia á cultivar el arte que ha sido siempre el elemento de su vida. Transcurre ésta apaciblemente en su famosa y bella quinta de Santa Agueda, donde rodeado de pocos y buenos amigos, encuentra todavía elementos de inspiración que reverdecen y aumentan sus laureles con éxitos tan grandiosos como le ha valido el estreno de *Otello*.

En la previsión de este triunfo, el Ministerio de la casa del Rey le había remitido poco antes la siguiente comunicación:

«S. M. el Rey os remite las insignias de caballero Gran Cruz de la Orden de los Santos Mauricio y Lázaro. Al conferir de *motu proprio* á Vuestra Señoría tan alta distinción, nuestro Augusto Soberano ha querido atestiguar solemnemente su vivísima admiración hacia el genio que honra al arte y á Italia.

»S. M. el Rey se felicita, asimismo, de que Vuestra Señoría haya dado á la patria tan grande ejemplo de infatigable laboriosidad y hace los mas fervientes votos para que Vuestra Señoría goce por muchos años de la gloria que ha conquistado para sí y para la patria.»

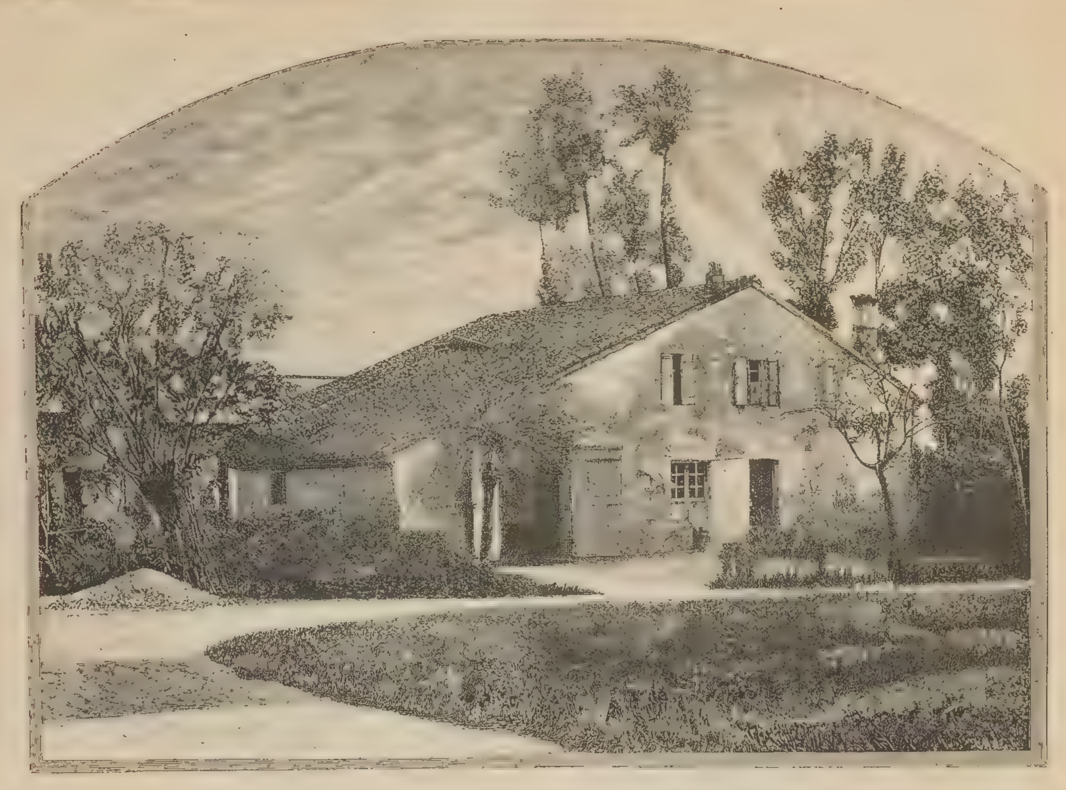
Verdi es, sin disputa, el compositor más fecundo y puede decirse que el más laborioso de nuestros tiempos. Nada puede comprobarlo como la siguiente lista de sus óperas, sin contar otras muchas obras musicales de importancia y reconocido mérito artístico, entre ellas la célebre *Misa*, que por sí sola basta para dar fama y renombre á un compositor.



Estreno de Otello. – ARRIGO BOITO (autor del libreto)

TÍTULOS	TEATRO QUE LA ESTRENÓ	FECHA	
Uberto di S. Bonifacio	Scala de Milán	17 nov.	1839
Un giorno di regno	»	5 set.	1840
Nabucodonosor	»	9 marzo	1842
I lombardi alla prima crociata	»	11 febrero	1843
Ernani	Fenice de Venecia	9 marzo	1844
I due Foscari	Argentina de Roma	3 nov.	1844
Giovanna d'Arco	Scala de Milán	15 febrero	1845
[illegible]	San Carlos de Nápoles	12 agosto	1845
Macbeth	Pérgola de Florencia	14 marzo	1847
[illegible]	Teatro de S. M. de Londres	22 julio	1847
Jerusalem (variante de I lombardi)	Gran Opera de París	26 nov.	1847
Il corsaro	Comunal de Trieste	25 octubre	1848
[illegible]	Argentina de Roma	27 enero	1849
Luisa Miller	San Carlos de Nápoles	8 diciem.	1849
Stiffelio	Comunal de Trieste	16 nov.	1850
Rigoletto	Fenice de Venecia	11 marzo	1851
Trovatore	Apolo de Roma	19 enero	1853
Traviata	Fenice de Venecia	6 marzo	1853
Vespri siciliani	Gran Opera de París	13 junio	1855
Simón Bocanegra	Fenice de Venecia	12 marzo	1857
Aroldo (variante de Stiffelio)	Nuevo de Rímini	16 agosto	1857
Un ballo in maschera	Apolo de Roma	17 febrero	1859
La forza del destino	Imperial de S. Petersburgo	10 nov.	1862
Macbeth (corregido y aumentado)	Lírico de París	21 abril	1865
Don Carlos	Gran Opera de París	11 marzo	1867
Aida	Kedive del Cairo	24 diciem.	1871
Otello	Scala de Milán	5 febrero	1887

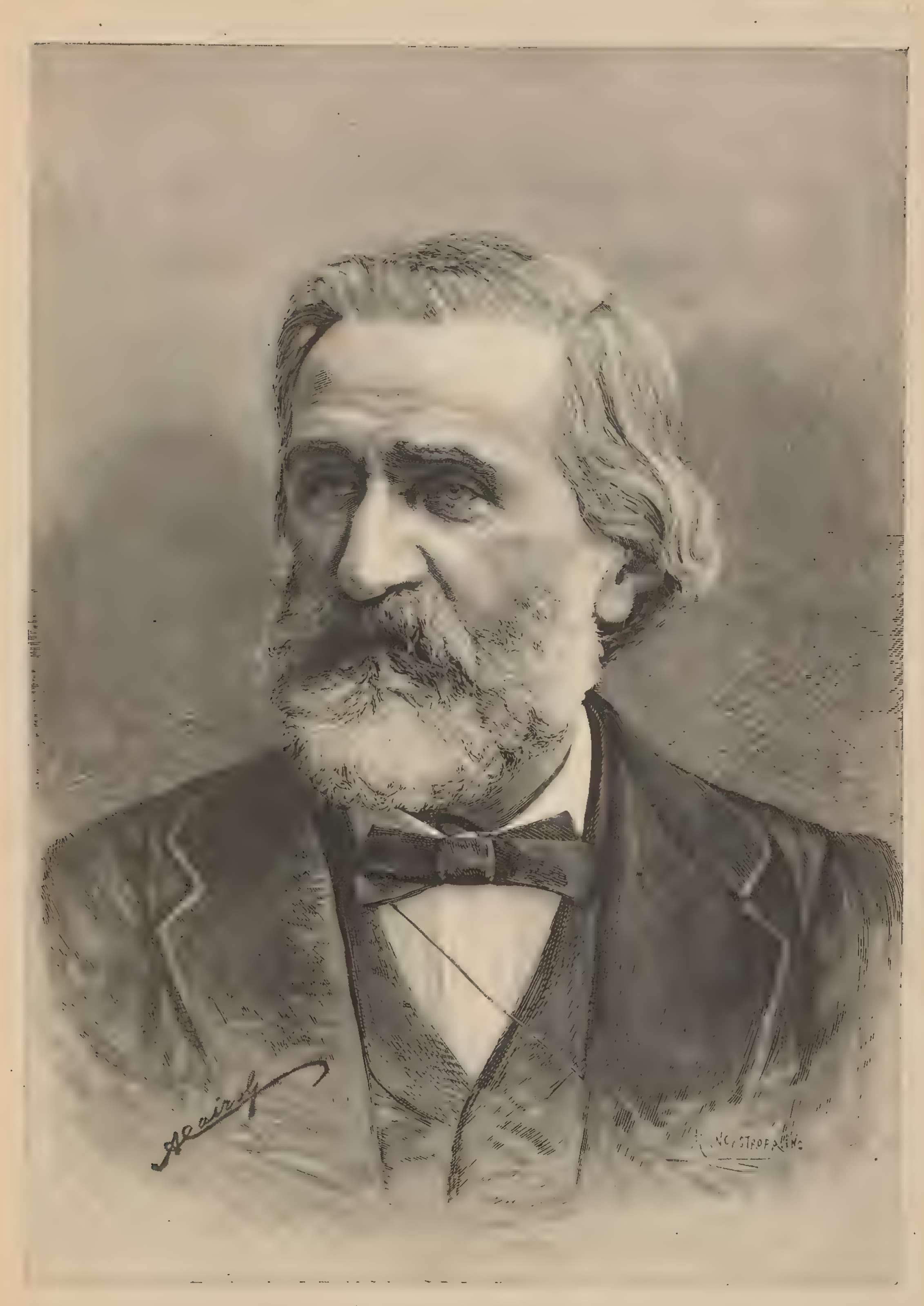
Tal es la que pudiéramos llamar *Hoja de servicios* de José Verdi. Pocos generales podrían ostentarla tan gloriosa. El puede decir como ninguno: – Tantas batallas reñidas, tantas victorias alcanzadas.



LA HOSTERÍA DE RONCOLE, casa natal de Verdi



LA QUINTA SANTA ÁGUEDA, residencia habitual de Verdi



EL MAESTRO JOSÉ VERDI, dibujo de A. Cairoly, grabado por Mancastropa

ARRIGO BOITO.—EL LIBRETO DE OTELO

Cuando se oye pronunciar el nombre de Arrigo Boito se recuerda instantáneamente al autor de *Mefistófeles*. ¿Quién no conoce la ópera que, después de fracasada cuando se estrenó en Milán, quizás por efecto de su originalísima forma, ha dado la vuelta al mundo artístico y en todos sus escenarios ha sido aplaudida con igual entusiasmo? ¿Quién no conoce á Boito el compositor?

Falta, empero, que muchos conozcan á Boito el poeta y dejen de sorprenderse cuando se enteren de que el famoso maestro es autor del *libretto* últimamente puesto en música por Verdi. Sin embargo, nada menos nuevo en él, pues ya en el año 1862 escribió la letra del *Himno de las naciones*, cuya música compuso el propio Verdi con destino á la Exposición Universal de Londres. Quizás sepan igualmente muy pocos que, aparte el citado *Mefistófeles* y el *Nerón*, cuyos poemas son suyos como lo es la música, Boito es autor del *libretto* de *Gioconda*, que escribió para Ponchielli, de *Hero y Leandro* para Bottesini, de *Hamlet* para su amigo Faccio, y de otros dramas líricos que, juntamente con otros trabajos poéticos, le han valido ser considerado como distinguido literato italiano.

Si algo le hubiera faltado para completar su reputación en este concepto, el *libretto* de *Otelo* se lo hubiera dado con toda justicia. No puede reducirse á las formas de una ópera el inmortal drama de Shakespeare con más perfección y buen gusto que los demostrados por Boito en este trabajo, tanto más difícil de llevar á cabo felizmente en cuanto el maestro Verdi, por razones de delicadeza fáciles de comprender, le había encargado separarse cuanto le fuera dable del otro *libretto* que acerca del mismo asunto había puesto en música el insigne Rossini.

Boito ha tenido el tacto de dar una completa idea del drama inglés, no permitiéndose otras alteraciones esenciales que anticipar de un siglo la época (la supone en el XV en vez del XVI) y presentar en escena á Otelo y Desdémona ya unidos en matrimonio, con lo cual gana la acción en unidad de tiempo, como ha ganado también en unidad de lugar haciendo que toda ella transcurra en la isla de Chipre, por más que la idea de Otelo parezca inseparable de la idea de Venecia. A Chipre, pues, deben seguirnos los que quieran enterarse del *libretto* últimamente escrito por Arrigo Boito.

Representa la decoración del acto primero el exterior de un castillo, en cuyos muros vienen á estrellarse las olas del mar. Desátase furiosa tempestad que pone en peligro á la escuadra veneciana que se halla á la vista. La pericia de Otelo, jefe de esta escuadra, triunfa de los elementos, como su valor ha triunfado de los musulmanes. Yago está celoso de los triunfos de Otelo y ha jurado perderle. Sabedor de que Rodrigo está perdidamente enamorado de la esposa del vencedor, le ofrece hacerla suya con tal de que siga sus instrucciones. Seguidamente promueve un lance entre Montano y Casio: éste ha de ser el instrumento inconsciente de la venganza de Yago. Resulta herido Montano; Otelo se indigna contra Casio, á quien exonera de sus grados, y termina el acto con un *duo* de amor entre Desdémona y su esposo, que se retiran al castillo en el colmo de la felicidad.

Tiene lugar el segundo acto en un salón de la planta baja de ese castillo. Yago aconseja á Casio que interponga la influencia de Desdémona para que Otelo le devuelva su confianza; y Casio, siguiendo este pérfido consejo, va al encuentro de Desdémona, que pasea por el jardín contiguo. Entra Otelo en escena y el traidor amigo llama su atención hacia la intimidad con que departen su esposa y Casio, consiguiendo que el fogoso africano se sienta herido por el puñal de los celos. Desdémona se interesa realmente por Casio; Otelo ve en la intercesión de su esposa una prueba de infidelidad; rechaza sus caricias, el sudor de la cólera empapa su frente; Desdémona, amante, quiere enjugárselo con su pañuelo; el moro, cegado por los celos, le arrebata aquella prenda que arroja al suelo con desprecio; recógela Emilia y la entrega á Yago, cediendo á sus instancias. Quedan solos en escena el amigo traidor y el arrebatado africano, y aquél, para confirmar más y más las horribles sospechas de éste, le asegura haber visto en poder de Casio el pañuelo de Desdémona, precisamente el primer recuerdo de amor que recibiera de su esposo. Otelo, en el colmo de la desesperación, jura vengarse de la indigna esposa y del infame amante.

La acción del tercer acto tiene lugar en el gran salón de honor del castillo. Otelo se entera del arribo de una galera que conduce á los embajadores de Venecia. Entra Desdémona en escena y, su esposo la reclama el pañuelo que se encuentra en poder de Yago: la inocente esposa, sin dar importancia á este detalle, contesta que lo buscará; pero comprendiendo que Otelo sospecha indignamente de ella, protesta de su inocencia y reclama de su marido que la haga justicia; pero el desdicado esposo está loco de celos y sin compasión rechaza é insulta á la calumniada Desdémona. Retírase ésta, y Yago, que hace llamar á Casio, obtiene fácilmente de éste la confesión de que ama á una mujer y la exhibición de un pañuelo, que dice haber encontrado en su estancia. El pañuelo es el de Desdémona: no se necesitaba tanto para que estallase el volcán en el pecho de Otelo. Apenas Casio se retira, el moro manifiesta que se propone envenenar á su esposa; mas el cruel Yago le aconseja ahogarla entre sus manos. A todo esto penetra en el salón Ludovico, embajador de Venecia, y haciendo presente cuánto le extraña la ausencia de Casio, responde Desdémona que también á ella le sorprende é inquieta, pues se trata de un joven de mérito por quien se interesa vivamente. Al oir estas palabras, Otelo, fuera de sí, levanta la mano contra su esposa; contiénele Ludovico, pero el africano alcanza á su esposa y la arroja al suelo con violencia. El embajador anuncia que la República llama á su general, confiando á Casio el mando de las galeras; Yago aconseja á Otelo que apresure su venganza; éste, ebrio de furor, así se lo ofrece; sucumbe luego bajo el peso de su pena y de su enojo; todo es desorden y sorpresa en los circunstantes, y únicamente el rostro del maléfico amigo brilla con la expresión del más horrible triunfo.

En el cuarto y último acto se realiza la prevista catástrofe. Apenas Desdémona ha despedido á Emilia y á sus doncellas, buscando en el lecho el olvido transitorio de su dolor, se introduce Otelo en la estancia, resuelto á consumar su venganza. Increpa á la inocente esposa su amor criminal, y las negativas de la infeliz calumniada excitan más y más su furor salvaje. Desdémona muere ahogada por Otelo, á tiempo que Emilia, forzando la puerta, penetra en la sala y da cuenta de que Casio ha muerto en duelo á Rodrigo, cuyo hecho confirman Ludovico, Casio y Yago. Montano, que ha recogido el último suspiro de Rodrigo, añade que éste ha proclamado la virtud de Desdémona y descubierto las malas artes de Yago, el traidor amigo. Huye éste precipitadamente la cólera natural de Otelo, el cual, abrumado por el dolor y el remordimiento, vuelve contra sí mismo y hunde en su pecho el puñal que no ha podido clavar en el corazón del infame.

Así termina el *libretto* de *Otelo*, cuyas situaciones dramáticas, y por lo mismo esencialmente musicales, se suceden con admirable actividad, á pesar de lo sobrio que se ha mostrado el poeta en los detalles del drama inglés. El maestro y *libretista* Boito ha ido rectamente al objeto; pero á fuer de experimentado en ambas artes, ha producido una obra en que Verdi ha encontrado toda suerte de facilidades, como, dentro de su género, las encontró Bellini en los admirables poemas líricos de Romani. Al ver cómo la acción entra en calor y el *crescendo* de la calumnia de Yago va en aumento hasta la catástrofe final, cualquiera recuerda la incomparable aria de D. Basilio en el *Barbero de Sevilla*, que Boito habrá tenido presente más de una vez durante su trabajo.

LA MÚSICA DEL OTELO

Cuando Verdi empezó á cultivar el arte, la escuela musical italiana privaba casi por completo en Europa. Rossini era el ídolo de los *dilettanti;* hacia su estrella esplendente volvían los ojos cuantos se sentían impulsados por la fuerza del genio, y la opinión y el gusto del rey de los compositores de la época eran dogmas para cuantos confiaban al pentágrama el fruto de su más ó menos feliz inspiración. Donizetti y Bellini, quizás menos *maestros* que el *cisne de Pésaro*, pero quizás, también, dotados de más exquista sensibilidad, nada se permitían modificar en el arte, separábanse apenas de las reglas rosinianas, y aun cuando *Lucía* y los *Puritanos* arrancaron al público espontáneas lágrimas que nunca provocó la musa, más sabia si se quiere, de Rossini, jamás osaron mirar á éste frente á frente, como si temieran ser deslumbrados por el sol de su gloria incuestionada.

Verdi, por lo tanto, debió educarse en la forma italiana y creer, como muchos creen todavía, que la melodía del canto es lo que constituye esencialmente la música, opinión seductora que prohijarán cuantos la sienten resonar en el alma antes que en la cabeza. A este temperamento obedecen las primeras manifestaciones artísticas de Verdi, cuya forma en nada se separa de aquella especie de *reglamento* establecido para uso de los cantantes que entonces imponían la ley á los compositores y que exigían en las partituras la más perfecta igualdad de medios para lucirse individualmente en la escena. El joven maestro de Roncole carecía aún de aquella autoridad que únicamente concede el éxito repetido; pero esencialmente innovador por temperamento, ya que no podía, ni menos quería, alterar las formas, alteró las *tesituras* y la manera de emitir los pensamientos musicales, exigiendo al pulmón notas desacostumbradas y dejando en paz á la garganta, que tan gran papel desempeñaba en la ejecución de las antiguas óperas italianas. Rossini, que era de sobra perspicaz y que ni aun en la cumbre del favor público dejó de sentir la ruin pasión de los celos, adivinó á Verdi, y mientras, por una parte, llamaba ruido vulgar á su música, de otra parte le denunciaba como á un futuro revolucionario del arte, como si el arte fuese un estado político, ó como si él mismo no hubiera hecho una verdadera revolución en la música del siglo XVIII, cuyos recursos y efectos aumentó con tanta audacia como talento.

El autor de *Guillermo* no podía equivocarse tratándose de música. El nuevo maestro no se dormía sobre sus laureles; estudiaba simultáneamente las obras antiguas y las contemporáneas; apreciaba de la manera debida las modificaciones que en el gusto del público introducían algunos eminentes compositores alemanes, á cuyo genio innovador daba Rossini escasa ó ninguna importancia, y sin renunciar á ser esencialmente italiano, no quiso petrificarse en la senda del progreso artístico, ni se resignó al pasivismo ordenancista del soldado, cuya opinión para nada es tenida en cuenta antes de librar la batalla.

Este conato de emancipación se inició, aunque débilmente, en *Luisa Miller*, cuyos ritmos se hallan ya más en armonía con las pasiones contenidas en el drama que se representa; y se fué acentuando sucesivamente hasta romper del todo aquel anti-natural sistema, á cuyo tenor con el mismo acento se decía – yo te amo – ó – yo te odio – y los mismos gorgoritos se empleaban para morirse que para casarse; siendo condición indispensable que, desde el *duo* al *septimino*, cada una de las partes repitiera nota por nota el canto de su predecesor, hasta el unísono al cabo de un cuarto de hora, cuando el público se sabía de memoria el motivo.

Es indudable que en la nueva manera de componer de Verdi influyó notablemente Meyerbeer y con posterioridad el mismo Wagner: sus etapas pueden apreciarse desde *Luisa Miller* al *Rigoletto*, de ésta á *Le Vespri siciliani*, de ésta á la *Forza del destino* y el *Don Carlos*, y, finalmente, de esta última á *Aida* y *Otello*, donde la nueva forma se halla ya más desembarazadamente adoptada. Pero, lo repetimos, ni aun en su bien entendida evolución ha olvidado Verdi su origen musical italiano; siempre la melodía descuella en sus trabajos, y dialogando en escena cuanto es dable dialogar cantando, nunca ha llevado su respeto al autor de los *Nibelungos* al extremo de invertir la respectiva significación del canto y del acompañamiento orquestal, convirtiendo la *ópera* en una simple melopea, más ó menos hábilmente organizada.

Teniendo en cuenta estos antecedentes no era difícil presentir lo que había de ser, y ha sido realmente, la *partitura* del *Otello*, melódica como obra de un gran maestro de la escuela italiana; profunda como trabajo estudiado por quien admira y conoce la filosofía y los recursos de los más insignes maestros alemanes. Tres tipos se destacan en el drama; Otelo, el amor arrebatado, la pasión indómita, el africano que no puede sojuzgar los impulsos de su sangre; Desdémona, el amor puro, la virtud sencilla, lo que hubiera sido Ofelia casada con Hamlet; Yago, el hombre ruin, el hipócrita vengativo, Mefistófeles que se ha propuesto perder un alma. A estudiar estos tres caracteres, á profundizar las situaciones hijas de su conjunción, á dar forma musical comprensible á las expansiones naturales de esos sentimientos heterogéneos, debía atender Verdi; y á ello atendió realmente con cariño, con sus personajes se identificó su indisputable talento; los comprendió, los sintió; y lo que es más, los hizo comprender y sentir. El carácter de Otelo está trazado desde el momento que aparece en escena, desde el momento, puede decirse, en que la ópera comienza. Con efecto, apenas se levanta el telón, sin precedente de sinfonía ni de preludio, la orquesta simula una tempestad: esta tempestad es la que se desencadenará en el drama. El maestro ha estado en lo justo; si la sinfonía es la síntesis de una ópera, la tempestad con que se inicia naturalmente la acción es la verdadera sinfonía del *Otello*.

Siendo la naturaleza de este drama de carácter que podríamos llamar íntimo, su música refleja perfectamente este carácter, que no la impide llegar á lo sublime; sin que el compositor, que hartas pruebas tiene dadas de saber combinar las masas vocales ó instrumentales, haya dejado de aprovechar este recurso, de grande efecto cuando al general no le estorba el número de los soldados, en el final del tercer acto, digno del autor del segundo de *Aida*. Lo más admirable en este caso y lo que constituía el verdadero problema, es si el maestro Verdi, á los 74 años de edad y después de 15 de inacción, volvería á encontrar aquellas melodías espontáneas, aquellos cantos frescos, inspirados, que al parecer son patrimonio exclusivo de la juventud, porque la juventud es irreemplazable para sentir los efectos de las pasiones. Pues bien, el autor de *Otello* ha demostrado que la nieve de las canas no trasciende á la sangre, que las arrugas de la frente no son arrugas en el corazón, que hay una juventud más duradera que la resultante de una fe de bautismo, y es la juventud del genio. Cuando, en el *duo* del primer acto, Otelo y Desdémona, esposos felices, se dan cuenta de sus afectos, Verdi ha encontrado frases tan amantes como las que Ernani dirigía á Elvira cuarenta y tres años antes; cuando *el moro* echa en cara á su esposa supuestas liviandades que sublevan su ánimo, el compositor vuelve á encontrar los terribles efectos de Manrique maldiciendo á Leonor ó de Armando insultando á Violeta; y lo que es superior á todo esto, crea un nuevo tipo para Yago, al cual no falta el más pequeño toque para que resalte por completo su fealdad. En el momento de la catástrofe, final de la *ópera*, Verdi da lugar á una escena realista por excelencia, capaz de helar el entusiasmo del público más arrebatado; y sin embargo, el arrebato continúa, la ilusión subsiste, el horror del cuadro no impide que los espectadores tengan ojos y oídos pendientes de las figuras y notas de los artistas... Es el poder del genio que se impone á todos y á todo; es que el talento del maestro avasalla al auditorio y le hace olvidar por un momento las debilidades de su naturaleza y las frivolidades del mundo en que vive fuera del teatro.

¡Gloria al genio! ¡Gloria á Verdi!... Cuando éste salió del teatro, una parte del público desenganchó los caballos del carruaje que le conducía, y tiró de él en el paroxismo del entusiasmo... Ante el maestro que acababa de escalar el Capitolio, ¡cuán pequeños debían ser esos *admiradores* que, descartando lo sublime de un triunfo, lo empequeñecen hasta hacer la caricatura de la humanidad!...

LOS INTÉRPRETES DE OTELO

Es natural que Verdi haya querido confiar la interpretación de su nueva obra á artistas de gran mérito, esco-

giéndolos entre los mejores que pisan las escenas de nuestros teatros. En cuanto á director de orquesta, no ha tenido necesidad de buscarlo, pues Franco Faccio, director y concertador de orquesta de la Scala desde 1872, tiempo há que goza de la completa confianza de Verdi.

Nacido en Verona, en 1841, estudió FACCIO hasta los 12 en el Gimnasio, pero sintiendo luego gran vocación por la música, fué discípulo de Bernasconi hasta el año 1855. En aquella época pasó á Milán siendo admitido en el Conservatorio, en donde tuvo á Mateviti por maestro de composición. Condiscípulo de Arrigo Boito, ligóse con él en estrecha amistad y juntos escribieron, para el concurso final, el misterio *Le sorelle d'Italia;* juntos obtuvieron el premio de 2,000 liras para perfeccionar fuera de Italia sus estudios musicales; juntos también hicieron la campaña de 1865 como voluntarios de Garibaldi.

En 1863 había hecho representar en la Scala su primera ópera *I profughi fiamminghi* y en 1865, en el teatro Carlo Felice de Génova, su *Hamlet*, cuyo libreto había escrito Arrigo Boito.

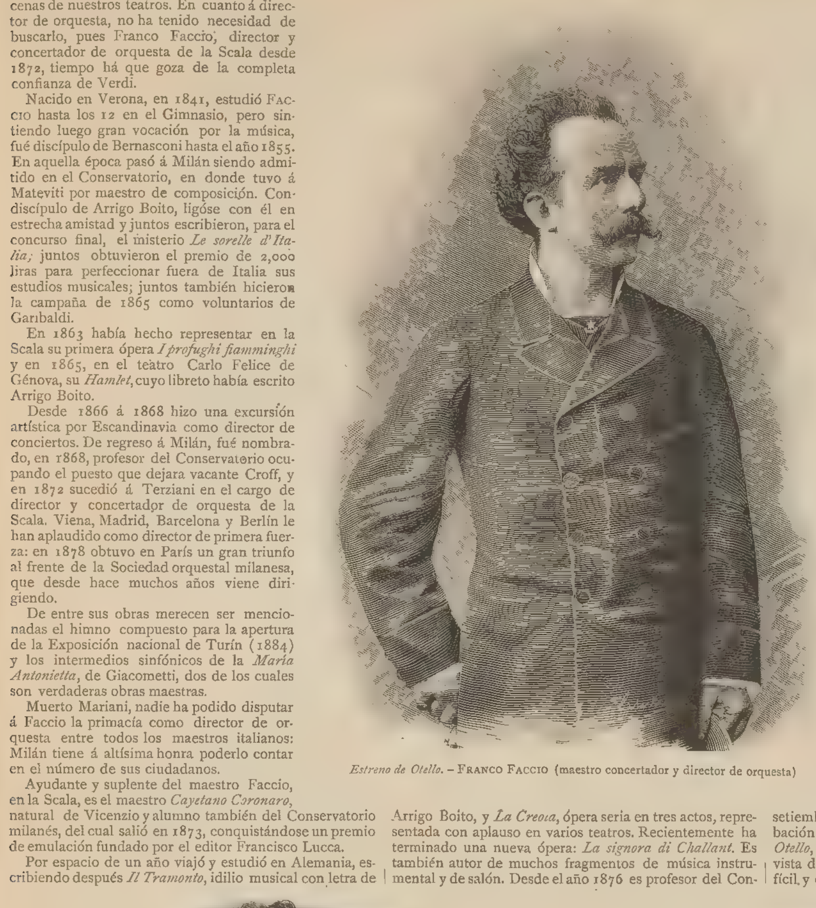
Desde 1866 á 1868 hizo una excursión artística por Escandinavia como director de conciertos. De regreso á Milán, fué nombrado, en 1868, profesor del Conservatorio ocupando el puesto que dejara vacante Croff, y en 1872 sucedió á Terziani en el cargo de director y concertador de orquesta de la Scala. Viena, Madrid, Barcelona y Berlín le han aplaudido como director de primera fuerza: en 1878 obtuvo en París un gran triunfo al frente de la Sociedad orquestal milanesa, que desde hace muchos años viene dirigiendo.

De entre sus obras merecen ser mencionadas el himno compuesto para la apertura de la Exposición nacional de Turín (1884) y los intermedios sinfónicos de la *María Antonietta*, de Giacometti, dos de los cuales son verdaderas obras maestras.

Muerto Mariani, nadie ha podido disputar á Faccio la primacía como director de orquesta entre todos los maestros italianos: Milán tiene á altísima honra poderlo contar en el número de sus ciudadanos.

Ayudante y suplente del maestro Faccio, en la Scala, es el maestro *Cayetano Coronaro*, natural de Vicenzio y alumno también del Conservatorio milanés, del cual salió en 1873, conquistándose un premio de emulación fundado por el editor Francisco Lucca.

Por espacio de un año viajó y estudió en Alemania, escribiendo después *Il Tramonto*, idilio musical con letra de Arrigo Boito, y *La Creola*, ópera seria en tres actos, representada con aplauso en varios teatros. Recientemente ha terminado una nueva ópera: *La signora di Challant*. Es también autor de muchos fragmentos de música instrumental y de salón. Desde el año 1876 es profesor del Conservatorio y maestro concertador adjunto de la Scala.


Estreno de Otello. – FRANCO FACCIO (maestro concertador y director de orquesta)

La señora ROMILDA PANTALEONI, natural de Udini, pertenece á una familia de artistas: hermanos suyos son el maestro Alceo Pantaleoni, director de orquesta en los bailes de la Scala y actualmente del Eden Théatre, y el bajo cantante Pantaleoni, que ha sido aplaudido en la Scala cantando la parte de Amonasro. Debutó la Pantaleoni como soprano de gracia y fué, por ejemplo, una de las primeras cantatrices italianas que interpretó el difícil papel de protagonista de *Mignon*, que le valió hace algunos años grandes aplausos en el teatro de Apolo, en Roma. Como en éste, ha sido siempre muy aplaudida en teatros italianos y extranjeros. No hace, sin embargo, más que siete ú ocho años que se ha revelado por completo su talento como cantante dramática. El público milanés, que la había oído ya en *La Sehaggia*, del maestro Schira, predíjole un gran porvenir cuando cantó, en el Dal Verme, *La forza del Destino*, y ha tenido la satisfacción de ver confirmadas sus predicciones volviendo á oir durante estos últimos años á la Pantaleoni en *Gli Ugonotti*, *Gioconda* y *Marión Delorme*. En esta ópera de Ponchielli, creó la parte de protagonista, mereciendo grandes elogios como artista y como cantante. La señora Pantaleoni está dotada de una sensibilidad artística exquisita y de una verdadera pasión por la música y por el teatro. El maestro Verdi la ha preferido á todas para confiarle el papel de Desdémona de su *Otello*, que requiere tanta habilidad en el canto como fuerza de expresión dramática.

La señora GINEVRA COLOMBO DE PETROVICH nació en 1858 en Milán, en cuyo Conservatorio ha seguido sus estudios artísticos. Después de haber cantado en varios de los principales teatros de Italia, cantó en España y en Grecia; en el teatro Dal Verme, de Milán, fué aplaudida en *Due Foscari*. Poco después de haberse casado con el tenor Petrovich, los deberes de madre la obligaron á abandonar la escena por espacio de dos años, pasados los cuales estuvo en la India, en China y en Rumanía y obtuvo muy simpática acogida en el principal teatro de Bucharest. Escriturada por el empresario Ducci para la América del Sur, embarcóse en el *Italia*, que naufragó en las costas de Chile. En setiembre, la empresa de la Scala la escogió, con aprobación del maestro Verdi, para la parte de *Emilia* del *Otello*, parte de no mucha importancia bajo el punto de vista de la acción dramática y de escaso efecto, pero difícil y cansada por ser de una tessitura que abarca desde


Estreno de Otello.—VÍCTOR MAUREL (Yago)


Estreno de Otello. – FRANCISCO TAMAGNO (Otello)



Estreno de Otello. – FRANCISCO NAVARRINI (Ludovico)



Estreno de Otello. – GINEVRA PETROVICH (Emilia)

notas casi de contralto hasta los agudos de soprano absoluta.

El caballero Francisco TAMAGNO nació en Turín en 1851. Dióse á conocer en el teatro Bellini, de Palermo, cantando el *Ballo in maschera* y maravillando al auditorio por la extensión y potencia de su voz. Cantó luego en el Fenice de Venecia y en otros principales teatros de Italia, y el público de la Scala le confirmó la fama de tenor «de primo cartello» que ya se había conquistado, cuando, en 1880, cantó el *Ernani* con la D'Angeri y con Maurel, y cuando terminó la temporada con el *Boccanegra*. En ese mismo gran teatro, que siempre le demostró gran simpatía, fué continuamente aplaudido durante otras temporadas, cantando *Don Carlos, Aida, Profeta* y creando la parte de primer tenor en el *Figlio Prodigo* y últimamente en *Marión Delorme*. Escriturado por cuatro años por el empresario Ferrari, ha hecho furor en Montevideo, en Buenos Aires y en Río Janeiro. En 1880-1881 cantó en Lisboa y en 1885-1886 en Madrid. No hay ya ningún tenor italiano que pueda disputarle la primacía, estándole reservada la suerte de acabar su carrera artística creando el papel de protagonista del *Otelo* de Verdi; y decimos esto, porque Tamagno ha manifestado á sus amigos que tiene la intención de retirarse del teatro después de terminada la presente temporada de la Scala y la de primavera del teatro Constanzi, de Roma, en donde ha de cantar el *Otelo*. Tamagno es rico y posee una magnífica quinta cerca de Varese; acaricia la idea de retirarse, aunque joven, de la escena para gozar tranquilamente, como propietario pacífico, del patrimonio acumulado durante quince años de carrera afortunada. Pero es lícito esperar que no abandonará completamente el teatro y que á lo menos, ya que no le seduzcan los largos viajes y los triunfos de allende los mares, consentirá en dejar oir de cuando en cuando su hermosa voz en aquel país en donde florece el naranjo, pero no florecen, desgraciadamente, los tenores.

Víctor MAUREL, nacido en Marsella en 1847, es hijo de un ilustre arquitecto autor de muchos edificios grandiosos, entre los cuales merece mencionarse el casino de Monte Carlo. También él estudió arquitectura en la Escuela de Artes y Oficios de Aix y comenzó á ejercer su profesión con su padre; pero á la edad de 17 años, sintiendo una verdadera pasión por la música, obtuvo de su padre permiso para abandonar la arquitectura y dedicarse al arte del canto, que le enseñó Julio Benedict, profesor del Conservatorio de Marsella. A los 20 años dióse á conocer en el *Guglielmo Tell*, sustituyendo improvisadamente al barítono Merly que se encontraba enfermo y sacando de un verdadero apuro al maestro Halanzier. De Marsella pasó al Conservatorio de París para completar sus estudios musicales, y un año después, habiendo merecido el primer premio de canto y declamación, fué escriturado para la Opera, en donde debutó con el *Trovatore*. Al célebre Faure le gustaba poco la competencia de un artista joven y de mérito, así es que en 1869 Maurel decidió pasar á Italia, siendo escriturado en la Scala, en donde creó el papel de cacique en el *Guarany*; en el propio teatro cantó el *Don Carlos*, y luego el *Ruy Blas* y la *Favorita* en Vicenza; después recorrió los principales teatros de Venecia, Roma, Trieste, Florencia, Inglaterra, América del Norte y Rusia, volviéndose á presentar en la Scala con el *Ernani* y el *Simón Boccanegra*, que entonces había modificado Verdi. Estuvo luego en la Opera de París, en donde cantó el *Amleto* de Thomas, en Barcelona, en Madrid y nuevamente en la Scala, cantando en éste la *Stella del Nord*. En 1883 intentó, en unión de los hermanos Corti, dar nueva vida al teatro Italiano de París, pero la tentativa no dió buen resultado, por cuya razón hubo de volver á su carrera artística, cantando en España y en la Opera Cómica de París, en ésta la *Stella del Nord, Zampa*, de Herold, y el *Sogno d'una notte d'estate* de Thomas. Elegido por Verdi para cantar una parte en su *Otello*, reapareció por sexta vez en el teatro en que debutó como cantante italiano. El papel que en esa ópera se le confió es importantísimo no sólo por lo que se refiere al canto, sí que también por lo que toca á la acción dramática. El talento de Maurel es tan grande que ha sabido interpretar la intención del maestro y la del poeta.

Francisco NAVARRINI nació en Cittadella (Padua) en 1858, estudió el arte del canto en Milán con el maestro Bazzoni; debutó en 1878 en Treviso, cantando luego en el San Carlo de Nápoles, en el Reggio de Turín, en el Bellini de Palermo, en el Comunale de Bolonia, en el Comunale de Trieste y en otros principales teatros de Italia, y en el San Carlos de Lisboa, en el Real de Madrid, en Sevilla, en Oporto, en Buenos Aires y en Río Janeiro. En el teatro de la Scala ha sido escriturado para varias temporadas consecutivas y el público ha apreciado siempre, como se merecen su hermosa voz de bajo y su buen estilo de canto. En el *Otello* se ha encargado del papel de Ludovico.

EL TRIUNFO DE VERDI

El día 5 de febrero de 1887 formará época en los anales del arte.

Milán albergaba representantes de todas las aristocracias; la cuna, el talento y el capital se habían dado cita, ¡raro ejemplo de unanimidad de pareceres! á un solo efecto, y este efecto era oir una ópera. Los periódicos más reputados de Europa habían enviado sus redactores; los más eminentes compositores de música quisieron asistir al espectáculo; opulentos banqueros pagaron tres mil pesetas por un palco y doscientas cincuenta por una butaca; la nobleza de sangre estaba representada por esclarecidos títulos é ilustres príncipes; los más insignes hombres de estado asistían á la fiesta; y hasta el rey de Italia manifestaba el sentimiento que le cabía por impedirle una crisis ministerial concurrir á la manifestación pública que se estaba preparando en obsequio de un simple artista. ¡Qué tal sería éste!

A las ocho y media debía empezar el espectáculo: al mediodía quedaba formada la inmensa cola del público, que á las siete de la tarde había invadido y más que colmado los sitios libres del vasto coliseo. Más de cuatro mil espectadores se aprestaban á oir y juzgar por sí mismos; fuera del teatro, un pueblo entero aguardaba conocer el éxito de cada una de las piezas que iban á ejecutarse. El fallo no se hizo esperar mucho tiempo. Apenas terminada la escena primera, aria coreada del tenor, precedida de una pieza orquestal descriptiva, el público exige su repetición, aclama entusiasmado á Verdi y le llama á la escena. El ilustre maestro se retrae de presentarse: las piezas sucesivas pueden modificar el concepto de los espectadores, no quiere un triunfo por sorpresa. Mas á cada nuevo trozo de música el entusiasmo general aumenta; la escena de la embriaguez de Casio es calificada de tan nueva en su forma como profunda en el fondo; y terminado el duo de Otelo y Desdémona, que pone fin al acto primero, no puede el compositor resistirse más tiempo al deseo del concurso, y empieza la ovación, que ya no se interrumpe sino para oir las piezas que restan aún de la ópera. Aparece en escena el maestro, y el público desahoga su emoción con bravos, palmadas y repetidas exclamaciones de: ¡Viva Verdi!

Estas manifestaciones se repiten á cada escena hasta el fin de la obra, que conmueve de una manera visible á los espectadores, en particular á las damas, que contribuyen directamente al triunfo del anciano maestro. El efecto que la ópera causa al público de la *Scala* trasciende al pueblo que rodea el teatro; de tal suerte, que cuando el compositor sube en su carruaje, la multitud desengancha sus caballos y los sustituye con la fuerza de sus brazos, que el entusiasmo decuplica. Verdi se conmueve: enhorabuena que haya acrecentado el número de sus admiradores, pero nunca se le ocurrió uncir esclavos á su carro triunfal.

Una súbita indisposición del tenor Tamagno retardó la segunda representación de la ópera, que no tuvo lugar hasta el domingo 13 de los corrientes. El público no era el mismo del estreno; el efecto fué acaso mayor, la ovación revistió la solemnidad de una apoteosis. Uno de los más populares periódicos de Milán afirma que el triunfo alcanzado por Verdi en los días 5, 13 y 15 de febrero (tercera representación) es comparable únicamente, en los anales de la escena, al obtenido por Voltaire en el teatro de la Comedia francesa (París) el día 30 de marzo de 1778. Pero, añade oportunamente aquel periódico, la comparación entre una y otra apoteosis resulta por completo en ventaja de la obtenida por Verdi. El entusiasmo por Voltaire era, más que todo, una forma adoptada por la oposición al gobierno, una manifestación de un partido filosófico y religioso. La apoteosis tributada á Verdi no es fruto de ninguna previa inteligencia, no contiene segundas miras, es en todo y por todo dedicada al gran maestro. Además, en el triunfo de Voltaire hubo mucho de amanerado, de ridículo, digámoslo de una vez, de falso. El señor de la Villette, que paseaba á Voltaire por entre el público para darle carta de grande hombre, resultaba un ente cómico, como el mismo filósofo, con su peluca á estilo de medio siglo antes, que él mismo peinaba cuidadosamente todos los días. Al paso que Verdi, en medio de su triunfo, no ha perdido su serena calma, y sin disimular la singular predilección que le merecen los niños, cuando otros se hubieran desvanecido de orgullo ante la ovación que le tributaban tantas grandezas reunidas, levanta en brazos y besa en la frente á una hermosísima criatura que le entrega una corona de plata, ofrenda de Tamagno.

De todo corazón unimos nuestros aplausos á los del público milanés, á los de Europa entera, unánime en juzgar una de sus glorias más legítimas al insigne autor del nuevo *Otello*.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

Año VI ↔ Barcelona 7 de marzo de 1887 ↔ Num. 271

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



CABEZA DE ESTUDIO, cuadro de Roubalika

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

CABEZA DE ESTUDIO, cuadro de Roubalika

Cuando un compositor de música quiere dar una prueba de sus conocimientos en el arte que profesa, escribe una *fuga*. Cuando un pintor se propone demostrar su talento observador y la altura de sus medios de ejecución, hace un *estudio*. Por esto han sido siempre tan estimados estos trabajos cuando el éxito corona el propósito. El estudio de Roubalika que hoy publicamos es digno de llamar la atención de los inteligentes. A primera vista se echa de ver la firmeza con que la obra está trazada, la seguridad del procedimiento, la pastosidad de las carnes, la verdad de las ropas y un atrevimiento en la ejecución que tiene algo de la desenfadada factura del Gran Velázquez. En suma, es un estudio que merece ser estudiado.

EL REGAZO DE LA ABUELA, cuadro de Schmith

Tienen los padres obligación de educar á sus hijos conforme manda la ley de Dios, y esto hace que algunas veces ocurre aquello de: «Quien bien te quiera, te hará llorar.»

Cuando esto se efectúa, cuando la voluntad contrariada ó cuando el convencimiento de la propia falta, agolpa á los ojos el llanto del arrepentimiento ó del despecho, ¡dichosa la criatura que tiene abuela! ella será consolada.

La abuela se pone siempre del lado del débil contra el fuerte: para obrar así, no necesita saber de qué parte está la razón; la abuela no discute, ama, siente, es dos veces madre, quiere doblemente, nunca ha de perdonar á su nieta, porque nunca la condena. ¡Cómo saben esto los nietos!... Y al par de los nietos lo sabe el autor de este cuadro, que debe haber presenciado más de una vez la escena en él descrita. Unicamente así se produce un grupo tan interesante, en el cual la poesía y el arte se han combinado para causar un efecto á todas luces simpático.

EN LA PLAYA, dibujo de D. Baixeras

Baixeras es uno de los artistas, paisanos nuestros, que adquiere más importancia á medida que más expone. Lejos de adormecerse sobre los laureles que de joven ha conquistado, dedica su no común inteligencia á la observación de la naturaleza, y la reproduce con éxito en todas sus manifestaciones. El espectáculo del mar y de cuanto con el mar se relaciona, merece su especial predilección: se comprende, porque el mar habla al genio el lenguaje de lo grandioso, de lo sublime, de lo inmenso.

Todo cuanto con el mar se relaciona adquiere un tipo especial, que Baixeras ha estudiado detenidamente, hasta hacerse tan típico como típicos son los hombres de mar. Prueba de ello el dibujo que hoy publicamos, á cuyo original, si original existe, ninguno de nosotros se atrevería á asegurar que no ha visto cien veces en la playa, en esa playa que viene á ser el *mar en seco* de los marinos.

LA MADRE ENFERMA, cuadro de N. Bordignon

He aquí un lienzo verdad, demasiado verdad por desgracia, y que sin embargo no podemos calificar de groseramente realista. El espectáculo no puede ser más desgarrador; el artista nada ha omitido para causar toda la impresión que se ha propuesto. La miseria y la enfermedad afligen á la reducida familia de la viuda. Gime ésta en el lecho del dolor y á través de las viejas mantas que la cubren se adivinan la demarcación de su cuerpo y el latido anormal de su corazón. La calentura la abate; tanto mejor para la enferma: la naturaleza no sufre y el pensamiento se halla atrofiado: el tránsito de la vida á la muerte se hará insensiblemente.

Junto á la mísera cama donde expira la madre, un rapaz sostiene en brazos á su hermanita de pocos meses. El niño contempla á la enferma, la contempla solamente; sus pocos años y sus menores fuerzas no le permiten más. Harto hace si impone silencio al hambre que le mortifica; harto hace si, presintiendo su próxima orfandad, se acuerda de aquellas sencillas oraciones que parecen escritas expresamente para los momentos de tribulación.

Este cuadro no puede contemplarse con indiferencia: el espectador sabe que la escena es real, que tiene lugar á nuestro lado todos los días; que hay enfermos que mueren sin asistencia y huérfanos desfallecidos de necesidad junto al cadáver de su madre. Esta consideración influye en nuestros sentimientos y excita poderosamente el de la caridad, que es el patrimonio algo dudoso del pobre. Lienzos que tales efectos producen cumplen una de las misiones del arte; y si el autor ha creído que al hacer vibrar la cuerda sensible debía hacerlo de suerte que produjera sangre, puede perdonársele su crueldad en gracia del noble motivo que la determina.

MARISTA, cuadro de N. Sickel

Marista fué recogida de niña por unos bohemios y llevó la vida errante propia de la infeliz tribu que la había adoptado. ¡Qué existencia tan triste!... Acampar fuera de las poblaciones cual si su simple proximidad infestara la atmósfera; cubrir apenas el cuerpo con miserables andrajos; saciar el hambre con los más groseros manjares; dedicarse á las faenas más repugnantes y adquirir la persuasión, la horrible persuasión, de que la sociedad la rechazaba instintivamente, como se rechaza lo despreciable, lo envilecido, lo estigmatizado... Marista lloró mucho de niña; pero ni el llanto ni las fatigas contuvieron el desarrollo de su esbelto cuerpo ni destruyeron las hermosas líneas de su rostro. Era el ídolo de la tribu; sus padres de ocasión la llegaron á querer como si fuera su propia hija; todos se miraban en ella como el devoto en el santo de su predilección.

Un día Marista abandonó el campamento... Pasaron horas ¡horas de ansiedad y temores! y al cabo de ellas reapareció la imagen. De sus orejas pendían gruesos aretes de oro purísimo; del mismo metal estaban fabricados los ricos brazaletes que oprimían sus escultóricos brazos. Un ¡ay! un ay tristísimo salió de todos los labios; todos los ojos se fijaron en ella con pena; algunos se fijaron con horror. Solamente Marista dejó de comprender lo que aquellas miradas significaban. ¡La infeliz criatura no comprendía que un cuerpo hermoso pudiera encerrar la fealdad moral!

Tal es el asunto que ha inspirado á Sickel el admirable tipo del cuadro que hoy reproducimos.

ECHANDO CUENTAS.—ENCENDIENDO LA PIPA, dibujos de Echena

Dos modelos de naturalidad, ejecutados con seguridad pasmosa. Son verdaderas pruebas fotográficas *sans retouche.*

TODO SE HA PERDIDO... MENOS EL BUEN HUMOR

En esta figura hay todo un drama. Ese personaje debe haber sido estudiante con tantos *suspensos* como cursos ha seguido; posteriormente hortera y ha medido más veces el paño del billar que el de las piezas del almacén; después ha de haberse dedicado... á todo, á todo lo que permite tomar el sol en invierno y buscar la horizontal en verano; á todo lo que no impide vagar durante el día y dormir al acaso durante la noche; es decir, que no se ha dedicado á maldita de Dios la cosa.

Sus aventuras dejan tamañito á Guzmán de Alfarache; no hay tabuco, burdel ó cuartelillo de policía que no puedan dar cuenta de él. Todo lo ha perdido sucesivamente, la carrera, el dinero y la vergüenza. Lo único que le resta es el buen humor del gandul clásico. Se ha propuesto no trabajar; no trabaja; ha resuelto el problema de sus aspiraciones. No hizo más Julio César.

SUPLEMENTO ARTISTICO

EL HIJO DEL ACRÓBATA, cuadro de S. Durand

Delicioso lienzo, interesante por el asunto y por su ejecución. El acróbata, el saltimbanqui, es un ser indefinible, que discurre sin cesar cómo se ganará la vida exponiendo á mayor peligro la vida misma. Y tiene un hijo... Padre bárbaro y cruel, le dedica á su profesión, llamémosla así; y tortura el cuerpo del pobre niño para que se preste á las dificultades de los ejercicios acrobáticos. El niño ha de ganarse el escaso y amargo pan que come; y un día, que harto debió preveerse, se lo llevan descalabrado á su padre. Este deja de ser el histrión, el bufón de la sociedad moderna: no hay máscara que esconda el sentimiento de la paternidad. El pintor Durand se ha inspirado en este asunto y ha producido un cuadro de sensación, en condiciones de buena ley.

HISTORIA DE UN HOMBRE CONTADA POR SU ESQUELETO

POR DON MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

(Continuación)

El animal que había saltado era una enorme zorra negra, que en vez de perderse entre la maleza tomó á toda la carrera un sendero.

Miantucatuc la siguió.

Pero por mucho que un hombre corra, aunque este hombre sea un indio, una zorra india corre más que él.

El único resultado que produjo á Miantucatuc el encuentro de aquella zorra perdida, fué el internarle en la tierra, en la demarcación, por decirlo así, de los matachets sus enemigos.

Era prudente volverse á las márgenes del río, y Miantucatuc se volvió.

De repente se detuvo y aplicó con suma atención el oído.

Había escuchado entre la maleza, sobre la hierba, un roce lento, sordo, continuo.

– ¡La gran serpiente! – exclamó.

Y lento también, cauteloso, encogido, arrastrándose entre la maleza, adelantó hacia el lugar de donde provenía aquel ruido singular.

Otra vez se detuvo Miantucatuc; alzó la cabeza, y fijó con asombro su mirada en un objeto á poca distancia de él.

XXIV

Aquel objeto era una india joven.

Tenía toda la esbeltez de la caña que se balancea al más leve impulso de las brisas, y una belleza de formas imponderable.

Estaba engalanada: alrededor de sus largos cabellos negros, naturalmente rizados, tenía una gruesa sarta de corales, y de aquella sarta, por delante, sobre la frente, se alzaban tres altas plumas de águila: en la garganta, larga, mórbida, bellísima, tenía un collar de perlas negras tan gruesas y en tanto número, que valían un tesoro: tenía asimismo en las orejas pendientes de perlas iguales y sartas de ellas en los brazos: sobre los hombros un pequeño manto labrado de colores; desde la cintura hasta las rodillas una especie de saya labrada tambien, y en las piernas mocasines.

Era admirablemente hermosa.

Singularmente sus ojos negros y brillantes eran incomparables.

Pero esta hermosura natural estaba como manchada por un capricho que para los indios aumenta la hermosura.

Sobre su frente, sobre sus mejillas, sobre su garganta, sobre su seno, sobre sus brazos, en todas las partes de su cuerpo desnudas, se veían círculos, espirales, caprichosas labores á manera de arabescos, negros, rojos y azules, hechos menudamente, con delicadeza, con primor, pero que habrían estado mejor aplicados en una alfombra.

Esto, sin embargo, era un noble distintivo entre los indios.

Una mujer que estaba de tal modo pintada, que llevaba sobre sí aquel manto y aquellas ropas, no podía menos de ser la hija de un gran jefe.

La situación en que la joven india se encontraba era horrible.

Estaba trémula, contraída, fijando una mirada aterrada é inmóvil en un punto fijo, entreabierta la boca, temblando.

Miantucatuc comprendió la causa del estado de la india, y lanzó su mirada al punto donde la joven fijaba la suya.

Entonces vió un monstruoso boa, uno de esos leviatanes de la tierra, que adelantaba lentamente con las enormes fauces abiertas, lanzando sobre la india su aliento emponzoñado.

Al ver á la serpiente, Miantucatuc se alzó, sacó algunas balas de la bolsa de municiones, y las metió en la carabina, luego miró cuidadosamente la piedra, renovó el cebo, apuntó con lentitud y disparó.

Inmediatamente á la detonación, la serpiente se estremeció de una manera poderosa, lanzó un ronco silbido, y su cabeza que estaba levantada hacia la joven se desplomó, cesó la corriente magnética, por decirlo así, que fascinaba á la joven india, y ésta, desfallecida por el terror, cayó en tierra desmayada.

Miantucatuc saltó sobre la maleza con la agilidad de un tigre, y cayó junto á la joven.

Esta había quedado sin sentido.

Miantucatuc la contempló de una manera avara, y al fijar una mirada sobre su seno, una sonrisa de odio, de desprecio, y al mismo tiempo de inmensa alegría, contrajo sus labios.

Sus ojos indicaron un pensamiento de venganza.

Los músculos de su semblante se dilataron.

Lo que había causado aquella emoción, de una manera tan vigorosamente expresada por el jefe de los anapas, era un dibujo fijado sobre la parte superior del pecho izquierdo de la joven.

Aquel dibujo representaba, aunque de una manera ruda, una pantera encorvada, contraída, como en el momento de prepararse al salto sobre una presa.

Aquella pantera era el signo, el distintivo, el blasón, por decirlo así, del gran jefe de los matachets.

– ¡La Cierva-gentil! – exclamó con ronca voz Miantucatuc, – ¡la hija del Matachet! las doncellas de su tribu la han saludado con el sol, y la han visto sonreir alegre al día: cuando el sol se ponga, las vírgenes de los matachets verán volver triste, como una flor que ha marchitado el viento de fuego, á la alegría de Anahuac. ¡Oh! sabio y poderoso Maluc: ¡yo te ofrezco las entrañas de diez prisioneros en recompensa de mi ventura! ¡Yo robaré á la luz de los matachets su alegría! ¡Yo me llevaré su cabellera y sus perlas! ¡Yo os enviaré con ellas la enemistad de los anapas!

La selva estaba solitaria; el sol descendía; la sombra de los grandes árboles empezaba á cubrir á la Cierva-gentil. Esta estaba desmayada.

Miantucatuc la levantó en sus brazos, y á despecho de su odio heredado la besó en la boca.

Y en medio de su desmayo, la Cierva-gentil fué del gran jefe de los enemigos de su padre.

Luego Miantucatuc quitó á la joven su adorno de corales con las tres plumas de águila; su collar, sus pendientes y sus brazaletes de perlas: sacó su cuchillo, la cortó la negra y undosa cabellera, la ató con ella misma, la sujetó á su cintura, dejó á la joven, desmayada aún, junto al boa muerto, se alejó lentamente, llegó al río, le atravesó á nado y entró en las cabañas de los anapas á tiempo que salía la luna.

Puso las plumas y la cabellera de la Cierva gentil en su cabaña, sobre la estera en que dormía, guardó las perlas negras, y se recogió.

Pero no pudo dormir como otras noches.

La imagen de su víctima, de la virgen de los matachets, profanada por él, no se separaba de su imaginación.

Era ese pensamiento tenaz que toma la forma ardiente de una mujer, que la embellece, que dilata nuestro corazón, que inflama nuestra sangre, que nos arroba en no sabemos qué fiebre dulce, que nos enlanguidece, que nos transporta á otra vida, á la vida de los sueños voluptuosos; tósigo dulce que nos mataría si fuera persistente, como nos roba á todo otro pensamiento: asimilación misteriosa de una forma y de un espíritu con nuestro deseo; enfermedad del alma que tortura al cuerpo; ansia deseada que no procuramos dominar; sed que no se apaga sino cuando arrojamos de nosotros, cuando olvidamos el vaso que contiene el licor divino que aumenta al beberle nuestra sed en vez de calmarla.

Miantucatuc amaba.

Y amaba á su despecho.

Y no se confesaba aquel amor, no creía en él, no quería creer, porque la Cierva-gentil era la hija, la nieta de sus enemigos.

El amor estaba en su corazón, pero el odio en su cabeza

XXV

Al día siguiente al amanecer, después de una noche de delirio, Miantucatuc salió de su cabaña.

Hizo sonar sus instrumentos bárbaros como en un día de batalla, y todos sus guerreros se presentaron delante de él armados.

Y los ancianos de la tribu y los sacerdotes de Maluc, con sus largas túnicas negras y sus barbas blancas, se sentaron á su lado á la puerta de la cabaña.

Miantucatuc mostró á sus guerreros la negra cabellera de la Cierva-gentil y su adorno de plumas.

Les refirió su aventura del día anterior, y una exclamación de alegría salió de todas las bocas á la noticia de la profanación de la virgen de los matachets por el gran jefe de los anapas.

Dos prisioneros matachets fueron sacrificados.

Después del horrible festín del sacrificio, Miantucatuc llamó á otro de los prisioneros y le dijo:

– Los senderos que conducen á los tuyos están abiertos: tú volverás la frente hacia los matachets y caminarás hacia ellos como el gamo que busca su lecho.

Oye tú, y que mis palabras resuenen en los oídos del jefe de los matachets.

Si mañana las entrañas de la Cierva-gentil dieran un hombre, ese hombre sería sangre del anapa.

Hijo del odio, él haría que el odio estuviese entre nosotros eternamente como está eternamente el sol en los cielos.

El anapa sabe lo que ha hecho.

Que sus palabras resuenen en los oídos del matachet.

Tus ojos están vueltos al hogar de tus padres.

Los senderos están abiertos para tí, matachet.

Al fin de ellos está tu cabaña.

Vé á dormir en ella, vé, y que oigan los que tuvieren oídos, cómo odia el gran jefe de los anapas

El prisionero partió.

Al día siguiente los matachets bajaron como un aluvión de las alturas, lanzando gritos de venganza, atravesaron á nado el río, treparon por la opuesta vertiente del valle y acometieron las cabañas de los anapas.

Tres días duró el combate.

Al cabo de ellos los matachets se retiraron vencidos, dejando un número considerable de cabelleras á los victoriosos anapas.

La suerte empezaba á volver las espaldas de una manera decidida á los matachets.

En cambio el corazón de Miantucatuc empezaba á vencer á su cabeza.

El amor al odio.

XXVI

Un día al fin, Miantucatuc se levantó enteramente vencido.

La Cierva-gentil había llegado á ser su alma.

Sabía demasiado que toda unión, toda reconciliación era imposible entre las dos tribus enemigas.

Miantucatuc no podía ir á la luz del sol y al frente de sus ancianos y de sus guerreros á sacar de la cabaña de su padre á la Cierva-gentil.

Sus dones no podían entrar en ella.

Pero para vivir necesitaba ver, tener á su lado á la hermosa india.

Llamó á cuatro de los más valientes guerreros de la tribu, les llevó á la selva, y habló con ellos en secreto.

Aquella noche, Miantucatuc y los otros cuatro atravesaron el río y se encaminaron silenciosos á las cabañas de los matachets.

Cuando llegaron á cierta distancia, no fueron ya hombres, sino serpientes; se arrastraron, procurando no hacer el más leve ruido, y lentamente, sin mover una hoja á su paso, adelantaron y entraron, deslizándose junto á los descuidados guardas, entre las cabañas, llegando hasta sus puertas.

Y una vez allí, delante de una cabaña, mayor que las otras, Miantucatuc entró solo.

Poco después se oyó un agudo grito de mujer, y Miantucatuc salió, llevando á la Cierva-gentil entre sus brazos.

Un momento después, el gran jefe de los anapas, y sus cuatro guerreros, corrían hacia el río, llevando consigo á la Cierva-gentil, que gritaba.

Y despiertos los matachets por los gritos de la joven, salieron medio dormidos de las cabañas, se armaron y se pusieron en persecución de los raptores.

Pero cuando llegaron al río, ya, á causa de su delantera, Miantucatuc tenía en su cabaña á la Cierva-gentil.

XXVII

Oyéronse muy pronto los disparos de los matachets.

La hora de un nuevo y sangriento combate se acercaba.

Miantucatuc ató á las espaldas las manos de la Cierva gentil, y sujetó el extremo de las ligaduras á uno de los troncos de su cabaña.

Dejó en guarda de la joven á los cuatro guerreros que le habían ayudado á robarla, animó á los demás anapas, y se lanzó al combate contra los matachets.

Ayudaba á estos la venganza, la rabia, el despecho que había causado en ellos la hazaña de Miantucatuc, que se había atrevido á robar de entre sus mismas cabañas á la hija de su gran jefe.

Y éste, excitado por el dolor y por la vergüenza, acometía al frente de los suyos á los anapas, con la misma insistencia con que el mar combate las rocas.

El combate era horrible, pero la ventaja estaba de parte de los matachets.

Los anapas, aunque lentamente, retrocedían.



EL REGAZO DE LA ABUELA, cuadro de Schmith

Las primeras cabañas habían sido incendiadas por los matachets.

El incendio se propagaba.

De repente, á la roja luz del incendio, se vió correr hacia el centro de las cabañas un indio que llevaba sobre su frente tres plumas de águila.

Era un gran jefe.

Era Miantucatuc.

Se le vió entrar en una gran cabaña y salir de ella con una mujer en los brazos y partir á la carrera.

Los matachets se lanzaron tras él.

Pero se encontraron contenidos por el fuego continuo y certero de cuatro anapas que defendían la estrecha entrada de la especie de plaza ó ciudadela, situada en medio de las cabañas.

Pero al fin aquellos valientes cayeron.

Aquí y allá los matachets vencedores, incendiaban, degollaban, cometían todo género de horrores.

Muy pronto de las cabañas de los anapas solo quedó una inmensa hoguera.

Hombres, mujeres, viejos y niños, todos habían sido degollados.

Los guerreros matachets orlaban su cintura con sangrientas cabelleras.

Habían triunfado, al fin, de una manera decisiva.

Sus enemigos habían sido exterminados.

Todo el valle de montaña á montaña era suyo.

Pero ni el gran jefe de los anapas, ni la hermosa Cierva gentil, habían parecido.

XXVIII

– ¿Y qué fué de ellos? – dijo Arria incorporándose sobre el lecho, y mirando con curiosidad al esqueleto que había hecho una pausa solemne, por decirlo así, en su relato.

– Miantucatuc, – dijo el esqueleto, – había ganado la montaña con su preciosa carga y había tomado la dirección del Sudeste.

Incansable, y conociendo el peligro, no cesó de correr durante todo el día.

Al fin, al ponerse el sol, se detuvo en medio de una selva, y dejó en tierra á la Cierva-gentil.

Lo había perdido todo, pero la tenía á ella, y era feliz.

Sin embargo, su felicidad estaba amargada por la conducta de la Cierva-gentil.

Cuando la dejó en tierra, se sentó al pie de un árbol, fijó su vista en el suelo y permanecía inmóvil, serena, como si nada la hubiera acontecido, sin dirigir ni una palabra, ni una mirada á Miantucatuc, á pesar de que éste la encarecía su amor, y se esforzaba en demostrarla los peligros que había corrido y cuánto había perdido por ella.

Cuando Miantucatuc se convenció de que por entonces todas sus palabras eran inútiles, trepó á un árbol, y poco después bajó trayendo consigo algunos nidos de pájaros llenos de huevos, y los puso al lado de la Cierva-gentil.

Con ese estoicismo del prisionero indio que ni se queja, ni habla, ni resiste, la Cierva-gentil sorbió uno á uno los huevecillos, hasta que satisfizo su hambre, y después volvió á su inmovilidad.

Miantucatuc encendió una hoguera para ahuyentar á los animales feroces, y se sentó junto á la Cierva-gentil.

Rodeó un brazo á su cintura, y la joven permaneció quieta.

La habló con el fuego de la desesperación, y la joven guardó silencio.

Miantucatuc, desesperado, se reclinó junto á ella, y rendido por el cansancio, se durmió.

Al despertar vió que amanecía.

La Cierva-gentil estaba inmóvil en la misma posición que había tomado cuando algunas horas antes se sentó al pie del árbol.

Miantucatuc tomó de nuevo la carabina, y se puso en marcha.

La Cierva-gentil le siguió dócilmente, pero siempre en silencio y con la vista fija en el suelo.

Durante la marcha, Miantucatuc mató algunos patos, algunas aves, y al fin de la jornada, encendió una hoguera y asó aquellas aves entre la brasa.

Mientras comió Miantucatuc, la joven no se permitió comer.

Pero cuando éste hubo concluído, comió en silencio.

Y así pasaron muchos días.

Caminando siempre Miantucatuc hacia el Sudeste, alimentándose con la caza, y durmiendo de noche en los bosques.

Al fin, cuando ya se acercaban á las moradas vecinas á las grandes poblaciones, Miantucatuc construyó dentro de la selva una cabaña, y se estableció en ella:

La Cierva-gentil no fué su amante; pero fué su mujer y su sierva.

Cuando salía á caza, ó cuando á trueque de sus pieles de búfalo, iba á buscar pólvora y municiones á los ranchos de los pintos, la Cierva-gentil se quedaba en la cabaña y desempeñaba todas las faenas que coresponden á la mujer de un indio.

Preparaba la comida, la servía á Miantucatuc cuando volvía, pero jamás le hablaba, jamás le miraba, jamás correspondía á sus caricias.

Miantucatuc era el hombre más desdichado de la tierra.

Amaba cada día con más intensidad á la joven, y no tenía en ella más que una estatua animada, fría, muda, resignada á su voluntad.

Era la protesta más enérgica de la debilidad contra la fuerza, de la virtud contra el crimen.

Y digo protesta de la virtud porque...

En las selvas de América abundan las hierbas venenosas, y todos los indios las conocen.

Sin embargo, á pesar de preparar la Cierva-gentil la comida de Miantucatuc, jamás pensó en deshacerse de él: á pesar de tenerle dormido con mucha frecuencia sobre sus rodillas, jamás pensó en matarle.

– ¡Ya! – dijo Arria: – en aquellas inmensas soledades, la jóven india debió meditar que si mataba á Miantucatuc se privaba de un apoyo.

– Los hombres de la civilización, – dijo el esqueleto, – no podéis comprender el valor, la dignidad, la virtud de la virgen alma del hombre de la naturaleza. La Cierva-gentil no mató á Miantucatuc porque... le amaba, le amaba con toda su alma.

– ¡Ah! pues no comprendo.

– ¡Ah! ¿no comprendes la firmeza de una india? ¿Qué había hecho con ella Miantucatuc? La había deshonrado públicamente ante los suyos á nombre de su odio. La había arrebatado de entre los suyos. Había herido el corazón de su padre. La Cierva-gentil tenía pudor, tenía orgullo, decoro en una palabra. Amaba, porque el corazón prescinde de todo, á Miantucatuc; pero no podía perdonarle. Supo guardar su amor dentro de su alma, supo mostrarse digna en medio de su desventura, y Miantucatuc la respetó. Ella era la mártir, la virtud que llenaba aquella cabaña; resignada, sufría en silencio su dolor; pero firme, acusadora, convertida en un remordimiento para Miantucatuc.

Sin embargo, llegó un día en que le miró.

Un día en que le habló.

La mirada de la Cierva-gentil fué para el indio lo que la gloria para un alma del purgatorio.

La palabra de la joven fué para él la armonía de los cielos.

– Yo te amo, – dijo la Cierva-gentil.

Y su mirada, al decir estas palabras, era de amor.

– Antes que las hojas de los árboles caigan, – añadió la Cierva-gentil, – se habrá desprendido de mi seno el hijo de un gran jefe.

– ¿Y no encuentras inconsecuencia en la conducta de tu ponderada india? – dijo Arria.

– No, no, – repuso conmovido el esqueleto, – aquello era que la hija y la mujer habían sido reemplazadas por la madre.

XXIX

Poco tiempo después la Cierva-gentil dió á luz una niña.

– ¿Sabes quién fué esa niña, Eugenio?

– ¡Oh! te vas á burlar de mi perspicacia, si te digo que aquella niña era la máscara de color de rosa.

– Pues has sido muy torpe, Arria; ¿cómo querías que naciese de dos pieles rojas una mujer pálida?

– Pues no adivino.

– Doña Clara...

– ¡Tu viuda...!

– Justamente... mi viuda... mi hermosa viuda era hija de Miantucatuc y de la Cierva-gentil.

– Pero ¿cómo pudo Clara ir á parar á manos de don Angel?

– Te lo diré en dos palabras: Miantucatuc, padre ya, ya más civilizado por el continuo trato con hombres menos salvajes que él, encontró demasiado solitario su bosque, demasiado triste, demasiado silenciosa su cabaña.

Entonces adelantó hacia las poblaciones de los pintos, llevando á una de ellas, á la que estaba situada en la entrada de una pradera en una roca junto á un río, su familia y sus penates.



EN LA PLAYA, dibujo de D. Baixeras

Estos penates consistían en una pequeña y grosera representación del ídolo Maluc que Miantucatuc había labrado con su cuchillo, y que puso en una ara en su pequeña casa, que había construído para sí entre los pintos.

La Cierva-gentil mantenía continuamente el fuego delante del ara, Miantucatuc á falta de hombres que sacrificarle le sacrificaba conejos.

El dios parecía estar contento con Miantucatuc, ó al menos este así lo creía, porque todo le acontecía bien: los pintos, haciendo justicia á su valor y á su astucia, le habían nombrado su jefe para sus excursiones; esto es, le habían elegido su general: aquella pequeña república le respetaba y nunca faltaban carnes, fruta, leche y flores en la casa del gran jefe proscrito.

Un día los pintos avanzaron sobre México, viniendo del Sur; en su larga marcha antes de llegar á la ciudad habían asolado los pueblos, habían vencido á pequeñas partidas de tropas españolas, y sólo habían sido rechazados y obligados á volverse por las tropas y las gentes de la ciudad. Al retirarse, sin embargo, habían entrado en la hacienda de Santa María: los habitantes de ella habían huido llenos de pavor, pero habían dejado desamparada á doña Inés, desmayada por el terror.

Miantucatuc la vió y se apoderó de ella.

– Esta será la virgen, – dijo, – que mantenga vivo el fuego del poderoso Maluc.

Y doña Inés fué trasladada á la comarca de los pintos.

XXX

Ya te he dicho que don Angel de Lemus levantó por sí mismo una compañía para ir á buscar á su hermana.

LA MADRE ENFERMA, cuadro de N. Bordignon



EL HIJO DEL ACRÓBATA, CUADRO DE SIMÓN DURAND



(FOTOGRAFÍA PUBLICADA POR BOUSSOD, VALADON Y COMPAÑÍA DE PARÍS)



MARISTA, cuadro de N Sickel

Que no la encontró, pero que se trajo una pequeña india.

Ya sabes que esta india era doña Clara, y que doña Clara era hija de Miantucatuc y de la Cierva-gentil.

Pero lo que no sabes es que la Cierva gentil murió defendiendo á su hija.

Lemus, pues, se volvió con Clara y con el tesoro del indio, dejándole incendiada su casa.

Miantucatuc pasó muchos días inmóvil, sentado sobre los escombros de su casa incendiada, sin comer, y otros muchos días sin hablar. Al fin, un día se encaminó lentamente á la selva.

Ya bien internado en ella, siguió la margen de un arroyo, y al llegar á su nacimiento, se detuvo en un pequeño claro, en medio del cual se veían algunos álamos blancos.

Apoyada contra los álamos había una cabaña.

La puerta de aquella cabaña estaba fuertemente cerrada por fuera con un lazo de bejuco.

Abrió Miantucatuc la puerta y se encontró con una joven, sentada sobre un lecho de hojas, pálida, triste, como dominada por una atonía horrible.

Aquella joven era doña Inés.

Miantucatuc se estremeció al verla.

Comprendió lo que por aquella infeliz pasaba.

Comprendió que moría de hambre.

Dominado por su dolor, á causa de la muerte de la Cierva-gentil y de la pérdida de su hija, se había olvidado de doña Inés.

Encerrada en aquella cabaña durante quince días, sin alimento, sin auxilio de ningún género, moría extenuada.

Cuando Miantucatuc llegó, doña Inés se mantenía sentada por una razón puramente física: faltaba ya completamente la conciencia, la voluntad en aquella infeliz: era un cadáver.

De improviso Miantucatuc sintió el vagido de una criatura.

Aquel vagido salía de entre las ropas de doña Inés

—¿Pues qué, —dijo Arria, —Miantucatuc...?

—Miantucatuc era hombre; doña Inés joven y hermosa; era su esclava; era dueño de ella; pertenecía á una raza aborrecida.

Un hombre de la civilización acaso hubiera hecho lo mismo que Miantucatuc.

—Pero ¿qué hizo?

—En vez de llevar á doña Inés á su casa, para evitar los celos de la Cierva gentil, la llevó al bosque, la construyó una cabaña y allí iba á verla todos los días. Inútil creo decirte que el indio fué un señor implacable con la pobre niña: tuvo en ella una querida á su manera, á quien á su manera mantenía y cuidaba, á la que dejaba encerrada cuando se volvía á la población.

—Pero eso es odioso. ¿Y dices que el corazón de los salvajes es puro?...

—No moralicemos, Eugenio, estoy refiriendo un hecho: ten presente que no hay hombre que no cometa alguna debilidad, y que doña Inés era muy hermosa.

Miantucatuc amaba á la Cierva-gentil con toda su alma, pero á pesar de ello, amaba ardientemente á doña Inés con los sentidos.

Cuando la vió en aquel horrible estado, se estremeció y corrió á ella.

Como un objeto que nada sostiene, y que cae al más leve impulso, doña Inés al tocarla Miantucatuc, cayó sobre las hojas secas.

Entonces quedó descubierta una criatura recién nacida.

Una niña.

A pesar de ser hija de una piel roja y de una piel blanca, era sumamente blanca.

Miantucatuc se inclinó sobre la madre.

En aquel momento doña Inés fijó en él una mirada débil.

Miantucatuc tembló: se creyó maldecido por aquella mirada.

Después doña Inés quedó inmóvil, con los ojos fijos, el semblante desencajado, los ojos impuros.

Había muerto.

Miantucatuc entonces tomó silenciosamente la niña, salió de la cabaña, la cerró, como si no quedase en ella un cadáver, sino una criatura viva que pudiese huir; atravesó el bosque á la carrera, llegó á la población, entregó su hija á una mujer para que la criase, y volvió otra vez á la carrera al bosque; abrió la cabaña, sacó afuera el cadáver de doña Inés, deshizo la cabaña con su hacha, y formó con las maderas una pira, luego extendió el cadáver sobre aquella pira, y la puso fuego exclamando:

—Las bestias feroces no harán de ella su festín.

Luego se sentó al pie de un árbol delante de la pira, y se puso á cantar en voz lenta y gutural un canto muy semejante al oficio de difuntos.

La manifestación de sentimientos iguales es casi siempre análoga, cualquiera que sea la educación y las costumbres del que la produce.

Cuando la hoguera hubo concluído, cuando sólo quedaron cenizas de la infeliz doña Inés, Miantucatuc cavó una sepultura, arrojó las cenizas en ella, las cubrió con tierra, y se volvió lentamente á la población.

Ya ves, Arria, los frutos que da la venganza: Lemus, matando á la Cierva-gentil, causando en Miantucatuc el intenso dolor que le había hecho olvidarse de todo, había causado la muerte, la horrible muerte de su hermana.

XXXI

Mientras Miantucatuc había estado fuera de la población, ocupado en los solitarios funerales de doña Inés, la mujer á quien había llevado su hija había llamado á un sacerdote de los pintos.

—El jefe indio, —le dijo, —me ha traído no sé de dónde esta niña; él es idólatra: debemos abrir á esta criatura las puertas del cielo: debemos bautizarla.

El sacerdote la bautizó y la llamó María.

Miantucatuc, ignorante de esto que había pasado en secreto, secreto que sólo sabían aquella mujer y el sacerdote, llamó á su hija la Virgen-de-la-mañana, porque María había nacido al amanecer.

XXXII

Y pasaron los años.

Miantucatuc á quien los pintos llamaban el Padre-rojo, se había hecho sombrío.

Hablaba de un espíritu que veía de noche llegar hasta su lecho luminoso y blanco.

Un espíritu que tenía la forma de una mujer.

Cuando hablaba entre dientes con aquel espíritu se estremecía.

Centelleaban sus ojos y miraba de una manera feroz en torno suyo.

Refugiado algunos años antes entre los pintos, había llegado á hacerse su jefe.

Tenía casi las costumbres de un pequeño rey, y una guardia de pieles rojas, que habían venido sucesivamente á la población de los pintos y se habían quedado, seducidos por el valor y el aspecto verdaderamente magnífico de Miantucatuc.

Excepto en los momentos de peligro en que Miantucatuc tomaba el mando, Miantucatuc pasaba una vida grave, silenciosa, entregado frecuentemente á la soledad y á la meditación.

Veíasele perderse como una sombra en los senderos de la selva, y si alguien se hubiera atrevido á seguirle, le hubiera visto seguir la corriente de un arroyo, llegar hasta su nacimiento, sentarse al pie de un álamo blanco y permanecer allí horas enteras con la vista fija en un montecillo de tierra.

Con mucha frecuencia sacrificaba sobre aquel montecillo aves y cuadrúpedos.

Para una sola persona era afable y manso: para su hija.

María le dominaba; la voz de la niña era para él como la armonía lejana de un dulce recuerdo que vibra en la imaginación.

Pero con los demás era intratable.

Una sola vez le vió irritado María.

Una sola vez tembló María ante él.

Un día la pobre niña oraba.

Se encontraba sola en el mundo, porque Miantucatuc era un padre demasiado extraño; pasaba largos espacios de tiempo fuera de su casa, y aun así, cuando permanecía en ella, estaba silencioso, sombrío, replegado en un rincón murmurando palabras ininteligibles, manteniendo la vista fija en un punto y estremeciéndose de tiempo en tiempo.

Además, María no sabía que aquel hombre que la llamaba la Virgen-de-la-mañana era su padre.

Su corazón estaba oprimido.

Había llegado para ella la primavera de la vida, y empezaba á amar.

A amar con ese sentimiento vago, misterioso, incomprendido del primer amor de las vírgenes.

María, que sostenía su fe cristiana frecuentando, durante las ausencias de Miantucatuc, la casa de su nodriza, y el trato del sacerdote que la había bautizado, estaba arrodillada delante del ara del ídolo Maluc, en un aposento oscuro y escondido, alumbrado sólo por la turbia luz de una lámpara alimentada con la grasa de los animales que Miantucatuc le sacrificaba.

Pero María no estaba arrodillada ante el ídolo.

María no le reconocía, y si le reconocía era como un poder infernal.

Estaba arrodillada delante de él por un acaso, pero tenía en las manos un pequeño Crucifijo de cobre.

Miantucatuc estaba fuera de la población.

Sólo en su ausencia, y encerrándose en el lugar donde Miantucatuc tenía escondido su ídolo, se hubiera atrevido María á orar á Dios teniendo su imagen en la mano.

Pero Miantucatuc por uno de sus extraños accidentes se había vuelto desde la pradera adonde había ido con sus pieles rojas á cazar búfalos.

Entró en su casa con su paso silencioso, se deslizó por ella, y llegó sin hacer ruido á aquella especie de oculto adoratorio.

Por el momento no reparó en María.

Pero María rezaba en voz alta y lloraba.

La oración y el llanto de María sacaron de su abstracción á Miantucatuc.

Oyó y escuchó las oraciones cristianas de María.

Miró y vió en sus manos el Crucifijo.

Entonces, ciego por su idólatra superstición, asió á la joven por los cabellos.

María dió un grito.

Vió el hacha del indio brillando sobre su cabeza.

Vió sus ojos sombríos y relucientes fijos en ella, con una expresión terrible.

Pero de repente el hacha cayó de la mano de Miantucatuc, soltó los cabellos de la joven, y huyó.

Había visto levantarse entre él y María la implacable sombra que le acompañaba á todas partes.

Había visto á Inés envolviendo en su ser y en su forma á su hija.

La verdad del caso era, que María se asemejaba á su madre como una gota de agua á otra gota.

XXXIII

Esta escena terrible había pasado un año antes de la llegada de López con mercancías á la población de los pintos.

Miantucatuc miraba á su hija con terror.

Era para él, desde aquel momento terrible, una especie de remordimiento.

Si la amaba como hija, como cristiana le causaba horror.

Sin embargo, una extraña fascinación de Miantucatuc defendía de su furor á la joven.

Siempre que al fijar en ella su mirada, pasaba por su pensamiento una idea horrible, delante de María se levantaba la sombra pálida, severa, tranquila de doña Inés, que fijaba en el indio de una manera glacial é incontrastable sus grandes ojos negros.

XXXIV

Un año antes se había presentado entre los pintos un joven á caballo.

Se apeó en la puerta del cacique del pueblo, y se encerró con él y estuvieron hablando en secreto.

El recién llegado era López.

Sepamos por qué López había ido á la población de los pintos.

López había ido á México empleado en la servidumbre del virrey.

Protegido y favorecido por este, obteniendo comisiones lucrativas, en poco tiempo López, que á pesar de su juventud era avaro, se había enriquecido, relativamente á su clase, porque había llegado al caso de poder ocupar una posición independiente.

Hízosele ya dura la servidumbre, levantó más sus miradas, y osó poner los ojos y el amor en una hija del virrey.

López contaba con que el amor arrastraría á la joven hasta el punto extremo de obligar á su padre á entregarla á su corruptor para cubrir su honra.

Pero la misma inocencia de la hija del virrey deshizo sus proyectos: el virrey conoció que su hija amaba, y quiso saber quién era el hombre objeto de aquel amor.

No le fué difícil averiguar que el hombre amado era López.

Sorprendióle entrando en el aposento de su hija una noche, favorecido por una criada antigua á quien había comprado.

El virrey metió en la cárcel á López y á la criada; envió su hija á España, y de tal manera lo hizo, que esta no supo la causa de aquella repentina separación.

Algún tiempo después, y cuando el virrey pudo convencerse de que todo aquello no había sido más que un intento frustrado, mandó soltar á la criada y á López.

Pero había excitado la venganza de López, que apenas se vió libre, recogió sus fondos de las casas de comercio donde los tenía impuestos, montó á caballo, y se dirigió hacia el Sur.

Iba en busca de los pintos: conocía el odio inveterado de los caciques hacia los españoles; empezaban á cundir las ideas de independencia de México respecto á España, por el ejemplo de los Estados Unidos que habían sabido emanciparse, y abrigando cien proyectos ambiciosos, siguió su camino y llegó, en fin, á la población de los pintos.

Su jefe le escuchó con placer. Se trataba de rechazar el yugo de los conquistadores, y López y los pintos no podían menos de entenderse.

López fué admitido entre ellos, vivió entre ellos, y al poco tiempo de su llegada oyó hablar de la Virgen-de-la-mañana, de la hermosa del pueblo, y después la vió.

López no había amado.

Había pensado en seducir á la hija del virrey por ambición.

Aquellos proyectos habían sido deshechos, le habían producido una prisión, y al huir de ella había querido vengarse.

La venganza es una pasión tremenda; pero el amor es la pasión que las domina á todas.

López amó á la Virgen-de-la-mañana.

La amó con toda la bravía fuerza de su alma, y por ella lo olvidó todo.

Entonces formó el proyecto de establecerse entre los pintos.

Pero como se había presentado entre ellos á título de enemigo de los españoles, por más que fuese español, le fué preciso adoptar una línea de conducta que no le hiciese sospechoso.

Así, pues, con el pretexto de la mercadería ambulante, se ofreció á practicar en servicio de los pintos el oficio de espía: ir, venir, traer noticias, llevar instrucciones á los indios existentes en México, y avisar cuando llegase el momento oportuno de arrojar el grito de independencia.

XXXV

Pero antes de partir con su primera comisión, se puso al paso de la Virgen-de-la-mañana, de María, la habló, la enamoró y se hizo amar de ella.

López era hermoso aunque con una hermosura severa.

Conocía el arte de la seducción y le fué muy fácil hacerse amar por un alma virgen preparada ya para el amor.

Cuando un hombre tiene el amor de una mujer, tiene á la mujer.

María aprovechaba las frecuentes ausencias de Mian-



ECHANDO CUENTAS, dibujo de Echena

tucatuc, y allá por la tarde al descender el crepúsculo de la noche, salía de la población, bajaba por el sendero de la roca, se deslizaba hacia la margen derecha del río, y se perdía entre las rocas hasta ir á parar á un bellísimo remanso orlado por un bosque de álamos negros.

Allí encontraba á López.

Pasaban los dos amantes las primeras horas de la noche entregados á su amor, y después se encaminaban juntos á la población silenciosa y desierta.

Antes de entrar en ella se separaban: María se encaminaba á la casa de Miantucatuc y López á la suya.

XXXVI

Empezó López sus expediciones.

Hizo el oficio de espía, de agente, pero contra su voluntad, porque el sentimiento del amor había borrado en él el de la venganza.

Sobre todo, el oficio que López había adoptado era muy peligroso.

Un descuido podía dar con él en la horca.

López amaba y no quería morir.

Hizo algunas excursiones como mercader ambulante, y trajo y llevó avisos.

La expedición de la cual le vemos volver á la población de los pintos, era su cuarta expedición.

Nunca María, al salir á su encuentro, le había dado una noticia tal, como la que aterró á López.

Y decimos que le aterró, porque sabía demasiado que el Padre-rojo no perdonaría á su hija el que hubiese pertenecido á un extranjero.

XXXVII

Miantucatuc entre tanto había llegado al pueblo.

Cuando llegó á su casa encontró á su hija alimentando el fuego del ídolo.

Pero sorprendió en sus ojos lágrimas.

Hacía mucho tiempo que Miantucatuc sospechaba de una manera vaga de su hija.

Hacía mucho tiempo que Miantucatuc pasaba largas temporadas fuera del pueblo.

Nadie sabía á dónde iba.

Cuando menos se le esperaba, volvía.

Sombrío, más sombrío cada vez, irritada su feroz monomanía.

Miantucatuc, pues, no había podido conocer el cambio que se había operado en el espíritu de su hija.

Pero cuando la sorprendió llorando, su maravilloso instinto, su sagacidad, le dijeron que su hija sufría, y que sufría por amor.

Irritóse terriblemente el alma del indio.

¿A quién podía amar su hija?

Miantucatuc sólo la hubiera dado á un gran jefe; no pudiéndola casar con un gran jefe, Miantucatuc había decidido no darla á nadie.

María había dispuesto de sí misma; y un sentimiento de venganza contra quien había envenenado el alma de su hija rugió en el corazón del indio.

Pero para asegurar su venganza se cubrió con el mayor disimulo.

Su hija no le había sentido acercarse.

Miantucatuc la dejó de nuevo sola sin que María hubiese notado su presencia, sin que le hubiese sentido alejarse.

Pero Miantucatuc esperó con el oído atento, concentrada toda su atención.

Salió la luna y sintió las pisadas de su hija.

María se acercó al aposento de su padre y entró furtivamente.

Miantucatuc se fingió entregado á un sueño profundo.

Entonces María salió de la casa.

Apenas había salido, el indio saltó de su lecho, y se puso en seguimiento de su hija.

Y la siguió sin que ésta le sintiese, á lo largo, como una sombra, sin ruido, encorvándose cuando se paraba, pegándose á la tierra para que no pudiese verle si María miraba atrás.

Y así tras ella, llegó á las rocas, junto al río, y se perdió entre los álamos negros.

Atento, astuto como una serpiente, escuchó con el oído pegado á la tierra, y oyó la voz de dos personas que hablaban á lo lejos.

La de su hija y la de López.

Pero indeterminadas, vagas, perdidas en la distancia.

Miantucatuc quiso saber lo que su hija hablaba con el extranjero; y como si se tratase de sorprender á un enemigo, adelantó arrastrándose, sin ruido, sin mover una hoja, sin dar la más ligera ocasión de ser sentido.

Al fin llegó tan cerca de los dos jóvenes que pudo verlos y oirlos perfectamente.

María estaba en los brazos de López, enloquecida de amor.

Miantucatuc apuró toda la admirable, toda la inverosímil calma de los indios.

Allí estuvo dos horas largas, siendo testigo de las caricias de los dos jóvenes, oyendo sus palabras, sus proyectos de próxima fuga.

Allí escuchó estremecido de furor que su hija era madre.

Cuando los dos jóvenes se volvieron al pueblo, Miantucatuc les dejó ir en paz, salió del bosque, le rodeó y á la carrera, veloz como un gamo, llegó á la población por un camino distinto del que los dos jóvenes seguían, y entró en su casa.

Cuando María llegó, cuando entró de puntillas en su aposento, Miantucatuc dormía ó fingía dormir.

La Virgen-de-la-mañana le contempló por algún tiempo con la mirada inmóvil y con los ojos llenos de lágrimas.

Después salió recatadamente, fué al aposento del ídolo, levantó una tabla y sacó de debajo de ella un objeto envuelto en un paño de algodón.

Aquellas eran perlas que María robaba á su padre.

Luego estremecida, como un ladrón que teme ser sorprendido, salió de la casa, después del pueblo; y al fin llegó al pie de la roca.

Allí la esperaba López con su caballo cargado como había venido.

La puso sobre él y partió.

María miró al pueblo y extendió hacia él los brazos.

Aquella era la despedida á su padre.

XXXVIII

López y la Virgen-de-la-mañana empezaron á caminar por la selva.

La oscuridad era densa.

El silencio profundo.

A pesar de esto, López, llevando del diestro á su caballo y sobre él á María (seguiremos dando su nombre de cristiana á la hija de Miantucatuc), adelantaba rápidamente como si sus ojos hubieran tenido la maravillosa facultad de ver entre las tinieblas, ó como si le hubiese guiado un instinto.

Caminaron así durante cuatro horas.

Debía empezar á amanecer; pero dentro de los bosques, bajo su tupida cubierta de verdura, amanece mucho más tarde que en las praderas y en las pampas.

Al fin, una leve claridad semejante á un crepúsculo opaco, penetró al través de la espesura superior, y se determinaron de una manera vaga é informe los troncos de los árboles.

López siguió caminando de prisa y en el más profundo silencio.

El tupido césped del sendero sobre que marchaba, apagaba el ruido de sus pisadas y las de su caballo.

Al fin, después de muchas horas de una marcha violenta y fatigosa, después de haber marchado para borrar las huellas de sus pasos sobre el musgo, huella que, por ligera que sea, es conocida por un indio; después de haber marchado con tal objeto, repetimos, por el lecho de largos arroyos, López llegó á un lugar de la selva en que se levantaba una roca cónica y verdinegra.

En la parte superior de esta roca se abría una estrecha grieta.

Para llegar á ella no había ni un sendero.

López se detuvo, bajó del caballo entre sus brazos á María, y cargándola sobre sus hombros, empezó á trepar por la roca con gran dificultad y peligro, asiéndose á las escabrosidades.

Después de mucho tiempo y fatiga, llegó á una pequeña plataforma, cerca de la punta de la roca, donde se abría la grieta.

Una vez allí, dejó en tierra á María, y descansó.

—¿A qué hemos subido aquí, Severo?—dijo la joven.

—Tu padre nos busca indudablemente,—contestó López.

María se estremeció.



ENCENDIENDO LA PIPA, dibujo de Echena

—Si nos encuentra, nos matará,—dijo.

—Es muy difícil que nos encuentre: hemos llegado hasta el pie de la roca por el lecho del arroyo que tuerce alrededor de ella, y luego sigue: tu padre y las pieles rojas seguirán por el arroyo, pasarán junto á nosotros buscando un lugar en la orilla donde vuelvan á aparecer las huellas, y se alejarán hasta donde, allá muy lejos, el

arroyo cae en el río. Estamos completamente seguros: esta roca es demasiado dura, y no han quedado absolutamente en ella señales de nuestro paso: tu padre se extraviará: encontrará otras huellas allá más abajo, y las seguirá: aquí permaneceremos hasta que dés á luz nuestro hijo.

–¡Aquí! ¡en esta horrible soledad!

–Yo tenía interés en tener un asilo seguro; un día encontré esta roca, trepé á ella y hallé dentro una caverna bastante capaz, una especie de caracol de piedra: aquí tengo depositadas mis riquezas.

–¡Tus riquezas!

–Sí; ven: entremos.

–Está muy oscuro, dijo María deteniéndose en la entrada de la caverna.

López entró solo, hizo fuego con un eslabón y un pedernal, y encendió una linterna que tomó de sobre una saliente de la roca.

Entonces María vió una especie de aparato de madera.

Era un cabestrante, del cual se avanzaba una especie de percha fuerte con una polea á su extremo.

–¿Para qué es eso? – dijo María.

–Ahora verás: yo lo he previsto todo.

López empujó hacia fuera el cabestrante, que adelantó sobre sus ruedas: muy pronto la percha, que estaba adherida á él por un extremo, estuvo por el otro fuera de la cortadura de la roca.

–Con ese cabo que está puesto en la polea, – dijo López, – puedo bajar con suma facilidad, atar á mi caballo, subir después y luego elevar hasta aquí á Galán con su carga: luego, cuando el aparato desaparezca, ¿quién puede sospechar que ha subido hasta aquí un caballo?

–¡Oh! ¡cuán ingenioso eres!

–La necesidad aguza el entendimiento y hace ejecutar cosas superiores á las fuerzas humanas. Yo he labrado ese cabestrante cuya madera he cortado de la selva: yo, á fuerza de constancia y de esfuerzos, me he procurado un refugio seguro: tengo víveres y municiones para mucho tiempo, y como la roca sólo tiene acceso, y aun así muy difícil, por esta parte, oculto entre esas dos piedras que vienen á ser una aspillera natural, tendido en tierra con mi carabina de dos cañones, puedo defenderme de un ejército.

(Continuará)



TODO SE HA PERDIDO... MENOS EL BUEN HUMOR

PARÍS PUERTO DE MAR

Aunque se han ideado muchos proyectos respecto á la empresa gigantesca de facilitar á la capital de la vecina república un gran desarrollo en su comercio, sólo nos ocuparemos del de M. Bouquet de la Grye, miembro del Instituto, que, si bien no es más que uno de los antiguos, reformado, ha reducido los gastos que en el primero se presupuestaban, á 110 millones. He aquí un resumen del mismo.

Entre Ruán y París se hará un canal marítimo de 6^{m},20 de profundidad en el lecho del río Sena.

Con esta profundidad serán de fácil acceso el canal marítimo del Sena y los puertos de Poissy y Saint-Ouen y de París, aun en las bajas mareas, á los buques mercantes de 2,500 toneladas que suban por el Sena hasta Ruán.

Entre esta ciudad y París todos los puentes serán móviles, con el doble objeto de facilitar la protección de la corriente del río y de la navegación.

Al efecto de facilitar el tránsito de los buques de gran calado, se construirá, cerca de Ruán, un puente de ferrocarril, de 40 metros de elevación sobre el río Sena.

En el grabado representamos el plano del canal, su perfil longitudinal y una sección trasversal.

Se hará el puerto de París, entre Saint-Ouen y el puente de Clichy, con una anchura de 400 metros y un largo de 4 kilómetros.

También se hará un puerto de circunvalación en Poissy-Achères.

Poissy no dista de París más de 18 kilómetros, en línea recta, que es próximamente la distancia que hay entre los nuevos Docks del Támesis y la ciudad de Londres.

Las grandes ventajas que ofrecería el puerto de Poissy obligarían de seguro á los capitanes de los buques á detenerse en él.

Estaría cerca del ferrocarril de Circunvalación, separado de la Mancha por dos esclusas, y de Ruán distaría tan sólo doce horas de navegación, siendo su longitud de 2 kilómetros y su anchura de 200 metros.

También se construirían puertos secundarios en Argenteuil, Mantes, Vernon y en Los Andelys. En estos tres puntos se daría al canal un ensanche de 100 metros, con el que se facilitarían las maniobras de los buques de 140 metros de eslora, lo cual no podrá conseguirse nunca en el Sena.

Entre el mar y París tendrían que pasar los buques cuatro esclusas, operación que les haría retardar su marcha dos horas; pero á fin de aminorar algún tanto este retardo, pueden aquéllas quedar reducidas á tres.

Los trabajos durarían tres años y los puertos de mar de Poissy y de París podrían inaugurarse durante la Exposición universal de 1889.

Los gastos se calculan en 110 millones de francos que serían facilitados por una Sociedad del puerto de mar de París, de su cuenta y riesgo, sin subvención ni indemnización de intereses por el Estado. De esta suma habría que deducir el valor en venta de los 41 millones de metros cúbicos de arena, cascajo y greda que se extraería del lecho del Sena.

Según la estadística de aduanas, el movimiento de navegación del Sena y de sus canales pasa de seis millones de toneladas, y aunque sólo la mitad procedan de París, puede creerse con bastante fundamento que una vez realizado el proyecto, aseguraría al capital empleado un interés beneficioso desde el mismo año en que quedara terminado el canal.

M. Bouquet de la Grye, de cuyo proyecto hemos dado una ligera idea, insiste en la importancia de su trabajo, del que reproducimos las principales bases.

Todos los gobiernos franceses se han ocupado del puerto de París, y Sully quiso unir los tres mares que bañan las costas de Francia por medio de grandes canales marítimos.

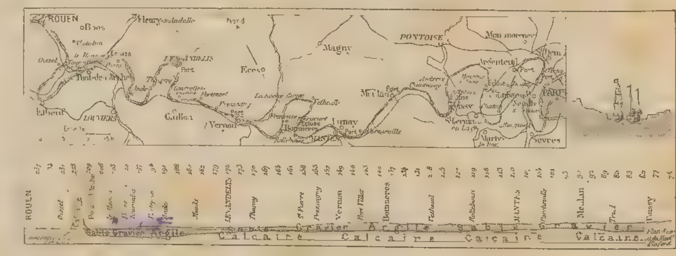
Bajo el punto de vista comercial, tiene una grandísima importancia la realización del puerto de París.

Cuando esto tenga lugar, París será la vía marítima más corta y más económica para el Rhin y el Danubio, por medio del canal Luis cuya reforma está ya proyectada, y se convertirá en centro de un gran comercio internacional; en las orillas del Sena, canalizado desde París á Ruán, se establecerán fábricas, y astilleros marítimos, y se crearán grandes almacenes y docks. París llegará á ser en breve uno de los centros comerciales, industriales y marítimos, y una vez canalizado el Sena, será accesible á buques de todas las naciones.

Pero si se considera la cuestión bajo el punto de vista de la defensa nacional, la creación del puerto de mar de París es de una necesidad imperiosa y urgente que llama vivamente la atención de los que amen la patria cuyo centro está en París; porque si éste volviera á sufrir un sitio, se vería obligado á capitular por hambre, y esto en breve tiempo, pues su población va extendiéndose hacia Versalles y habría imposibilidad de abastecer el crecido número de sus habitantes sin el auxilio de los transportes marítimos.

Para sitiar por el hambre y apoderarse del campo atrincherado de París, privado de comunicaciones marítimas bastaría cortar á alguna distancia de él los ferrocarriles, las carreteras, los canales y los ríos; pero si se encontrase unido al mar por medio del Sena canalizado, sería una ciudad marítima, bien defendida é inexpugnable por el hambre. Su resistencia sería indefinida, porque se podría abastecer diariamente á la ciudad, y llegarían hasta ella buques de todas las naciones que, llevando cada uno una carga equivalente á la de seis trenes de ferrocarril, la suministrarían provisiones de todas las partes del mundo.

(Artículo tomado del periódico: *La Nature*)



TRAZADO DEL CANAL DE PARÍS AL MAR: PERFIL LONGITUDINAL Y SECCIÓN TRASVERSAL. Proyecto de M. Bouquet de la Grye

Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 14 DE MARZO DE 1887 — NUM. 272

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ARTISTAS ESPAÑOLES



UN VALENTÓN, copia de una acuarela de Pradilla grabada por Weber

(Propiedad de D. José Agustí de Aguilas)

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

UN VALENTÓN, copia de una acuarela de Pradilla

¡Buen tipo! ¡Buen porte! ¡Vive Dios!... Vanidad y pobreza todo en una pieza, como decimos en nuestra tierra.

La fortuna no le ha sido propicia; el tiempo, que no el sastre, se ha encargado de acuchillar su ropa; en su semblante hay algo de la majestad caída; tal vez de la majestad degradada. Su actitud es provocadora: jugador y pendenciero por excelencia, ya que no puede envidar á los dados un puñado de oro que no posee, se halla pronto á jugar su vida por un quítame allá esas pajas. Su ánimo y su espada son las dos únicas cosas que en él conservan el temple de sus buenos tiempos. Con verle se comprende quién fué y quién es. De esta obra de arte puede decirse que es una biografía pintada. Debido á la amabilidad del Sr. D. José Agustí de Aguilas, amateur y entusiasta por las bellas artes, tenemos el gusto de publicar la expresada acuarela, cuya ejecución es digna del autor del *Rey de armas* y de *la Reina loca* que poseen nuestros suscritores. Es una factura especial, una manera propia de dar vida á los personajes, un aplomo, una expresión, un calor, que imprimen á las obras de Pradilla un carácter que hace innecesaria la firma del artista. Los grandes maestros no pueden producir de incógnito. En una simple cabeza se ve el pincel de Velázquez; en una sencilla décima la pluma de Calderón.

LEOPARDOS EN ACECHO Y CAZA DEL LEÓN, dibujos del celebrado pintor R. Friese

El dominio del arte se extiende á la naturaleza toda. La vocación del artista es la que determina su preferencia en el vasto campo de la reproducción. Se explica fácilmente, á pesar de ello, que el hombre trate principalmente de copiar al hombre en primer término; porque el artista, cuando se siente con verdadero aliento, tiende siempre á lo más noble, á lo más sublime y vario en sus manifestaciones, á lo que permite combinar la parte física y la parte moral, el cuerpo y el alma, en la obra del genio.

Pero esto no impide que algunos pintores se hayan sentido atraídos por la estructura, costumbres y ¿por qué no decirlo? belleza de los irracionales. Y esto no impide que sus obras sean muy apreciadas; pues, como hemos dicho, la naturaleza toda es del dominio del arte. Así, por ejemplo, Giacomelli es el gran pintor de los pájaros, ya no sólo bajo el punto de vista de su estricta forma, sino de sus costumbres y estado que les imprimen sin duda alguna una fisonomía que pudiéramos llamar afectiva. El pintor Friese, en la especie de los irracionales, es el reverso de la medalla de Giacomelli; en lugar de pájaros, pinta animales carniceros, de los cuales ha hecho un estudio tan perfecto que no parece sino que ha vivido con ellos en familia. Véanse sino los dibujos que publicamos en este número, y dígase si el que ha trazado esos leones y esos leopardos no conoce á los felinos tan bien como Velázquez conocía á los hombres y el Ticiano á las mujeres.

EL DESENFRENO, cuadro de Francisco Vinea

Remóntase el asunto de este cuadro á la famosa guerra de los treinta años. Las tropas italianas han recibido orden de atacar al emperador Fernando II, y el regimiento de Picolomini se despide alegremente de Florencia, celebrando una bacanal en cada una de las tabernas de la ciudad. En víspera de un encuentro, el vino que se prodiga á tropas licenciosas suprime muchas distancias y confunde á todas las clases. ¿Quién, empero, negará el derecho de embriagarse hoy al que ha de morir mañana?... Esto piensan los jefes, esto dicen los oficiales, esto practican los soldados. Resultado, una escena desenfrenada, admirablemente reproducida por Vinea. Por de pronto han desaparecido las jerarquías: capitanes y trompeteros son iguales ante la degradación alcohólica. La igualdad ante la ley, invención bastante moderna, ha sido precedida en todos tiempos por la igualdad ante los efectos de muchas botellas vacías.

El regimiento de Picolomini se halla convertido en cohorte de pretorianos: estos elegían emperador de un día; aquellos soldados eligen reina de una noche y convierten un tonel en trono de tan efímera majestad. Un ¡viva! atronador resuena en la bodega y tiene lugar la prestación del más grotesco pleito-homenaje. Este es, precisamente, el instante escogido por el artista, que ha pintado un lienzo lleno de movimiento, palpitante de vida y trascendente de una manera especial á zumo de vides.

LA BELLEZA FELIZ Y LA ESCLAVA CIEGA, cuadro de J. Luna

El célebre autor del celebrado *Spoliarium* parece haberse propuesto en este cuadro la demostración de que si conoce la antigüedad clásica bajo su punto de vista más repugnante, está igualmente familiarizado con sus costumbres más sencillas y apacibles. Para ello se ha inspirado en una de las escenas de la conocida novela de Sir Eduardo Bulwer *El último día de Pompeya;* y el resultado ha sido trasladarnos al interior de una de esas casas que el artista reconstruye fielmente después de haber visitado las ruinas de la famosa ciudad enterrada y el Museo que en Nápoles guarda preciosos restos de ella.

El autor se ha propuesto representar á la belleza feliz, y realmente todo invita á la dicha y á la vida en el interior de esa morada, cuyos detalles están ejecutados con una minuciosidad y un cariño propios de un pintor estudioso y concienzudo. *La belleza feliz* es el contraste del *Spoliarium:* parece imposible que las dos obras sean debidas á un mismo artista.

FACSÍMILE DE ESTUDIOS, de Tomás Padró

Si el autor de estos estudios hubiera tenido tanta vanidad como tenía talento, de fijo habría sido insoportable. Afortunadamente para él, su mérito igualaba á su modestia y su corazón valía tanto como su cabeza. Padró era un dibujante irreprochable y en el terreno de la caricatura un Aristarco tanto más temible en cuanto la forma del pensamiento epigramático era siempre culta y elegante.

Cansado de fustigar á muchos pretendidos gigantes á quienes su lápiz reducía á pigmeas proporciones, quiso un día espaciar su ánimo y recrearse en ideales más placenteros. Entonces concibió y ejecutó el cuadro alegórico *la Paz* que, gracias á su mérito, fué adquirido por la Diputación provincial de Barcelona. Los apuntes que hoy publicamos fueron hechos con ocasión de ese cuadro. En ellos se evidencia la firmeza de ejecución de nuestro artista y el profundo estudio que tenía hecho de los maestros clásicos, en cuya pura escuela se deleitaba.

¡Pobre Padró! Cuando todo empezaba á sonreirle; cuando el público hacía justicia á sus brillantes cualidades, cuando los mismos que tanto le admiraban sentían por él tanto cariño como respeto; cuando, en la plenitud de sus fuerzas, iba á prodigar los tesoros acumulados por su genio observador y profundo durante muchos años de concienzuda preparación, nos fué arrebatado por la muerte!...

¡Cuántas y cuán sinceras lágrimas se derramaron sobre su cadáver!... Ellas hicieron el elogio del hombre; el del artista lo tenían hecho sus obras.

RETRATO, de Herman Kaulbach

En varias ocasiones hemos dicho cuán difícil es un retrato que resulte una obra de arte; muy difícil, repetimos hoy, pero no imposible. Si no tuviéramos memoria de las sublimes producciones que en este género nos dejaron los más clásicos maestros, el retrato que publicamos abonaría nuestra tesis por sí solo. En el semblante, en la actitud, en el porte todo de ese niño, están reflejadas su edad, sus aptitudes, su temperamento. El padre de este niño debe bendecir á Dios que le ha dado un hijo hermoso, dócil, aplicado; virtudes todas que se traslucen en el semblante simpático y proporcionado de esa criatura. La ejecución es holgada y el efecto de conjunto está producido de una manera natural y sobria á más no poder.

PASEO, cuadro de Luis Passini

Las orillas del mar serán y han sido siempre paseo favorito de los desocupados. Entre el movimiento monótono de las olas y la vida, no menos monótona, del que no tiene qué hacer, hay una analogía que explica aquel favor. Passini, que es un pintor italiano de mucho talento y que en la última Exposición de Berlín ha conquistado merecidos laureles, ha querido darnos una idea del *paseo* bajo el cielo esplendente de Italia, cabe ese mar que parece hecho exclusivamente para mecer las embarcaciones que á él se confían. El cuadro ha resultado notable: al contemplarlo, se siente la impresión caliginosa de su ambiente; el autor nos trasporta á Italia, á la ardiente Italia.

Son notables en este lienzo los contrastes de luz y sombra y aun las simples siluetas de los personajes, en sumo grado expresivos. Véase como ejemplo la mirada especial que la mujer y la rapaza del grupo del centro dirigen á la dama que les da la espalda: esa mirada, medio despreciativa, medio envidiosa, es toda una clave; mas por nuestra parte nos parece algo comprometido descifrar el enigma de la vida privada.

FIESTAS POPULARES EN INGLATERRA

Regatas de Oxford y Cambridge (1)

POR DON NICOLÁS DÍAZ DE BENJUMEA

I

Entre las numerosas regatas verificadas anualmente en los puertos de Inglaterra, para diversión de los bañistas y estímulo de los marinos, descuella la que tiene por teatro el Támesis y por actores los estudiantes de las universidades de *Cambridge*, cuya banda ó divisa es de azul *claro*, y la de *Oxford*, que ostenta el azul *oscuro*. Es en la carrera de veleras naves y voladores esquifes lo que el *Derby* en la de los Bucéfalos y Bayardos. Su aproximación se siente, porque la prensa da minuciosas noticias de antemano sobre los ocho *argonautas* que cada instituto ha elegido, para mostrar al mundo que «el remo no embotó á la pluma, ni la pluma inutilizó al remo,» y como es la fiesta nacional que se anticipa á la temporada de Londres, encuentra fresco y curioso al público para gozar de las primicias de su entusiasmo.

No es esta competencia muy antigua, pero arraigó y creció de manera, que hoy día puede llamarse nacional. ¡Victoria por el azul claro! ¡Victoria por el azul oscuro! Tal es el grito que resuena todas las primaveras en Londres, y se trasmite por telégrafo á toda la Gran Bretaña, sus colonias, y capitales más importantes del mundo. Los *cantabs* han vencido á los *oxonios*, ¡hurrah!: los *oxonios* han vencido á los *cantabs*, ¡aleluya! Ni el triunfo en Waterloo, ni la toma de Malakoff, ni la victoria sobre el bizarro Teodoro ó el galán Ctewayo, produjeron en los hogares ingleses el interés que produce cada año el saber si la universidad liberal y popular de Cambridge ha vencido á la universidad de los teólogos, ó vice-versa.

Días antes de la gran lucha se ven las camiserías llenas de corbatas de los dos colores combatientes, y las cintas para adornar caballos y látigos de cocheros se venden por millares de yardas. Esta profesión es la primera en estimular todos las fiestas nacionales por la cuenta que le tiene. Entre los jóvenes y aun los niños la cuestión es el gusto de adornarse y de acertar por chiripa, y presentarse á sus novias ó amigas con una divisa y la satisfacción de haber adivinado *hechos futuros* Hay mozalbete que lleva por muchos días divisa de azul oscuro y visita cierto número de sus conocimientos. El día de la regata lleva en el bolsillo otra corbata de azul claro, y si á dicha este es el vencedor, se mete en un portal, hace el *cambia colore*, y empieza á visitar la otra mitad de sus relaciones, dándose aire de hombre que lee el porvenir.

El día de la regata pasa los límites de lo descriptible. Hombres, mujeres, carruajes, locomotoras, caballos, perros, gatos, pájaros, hasta las escobas de los barrenderos aparecen engalanadas con cintas de azul claro ó azul oscuro. Las márgenes del Támesis en la extensión de cerca de dos leguas se llenan de espectadores de toda clase, edad, condición y estado; unos á pie, otros á caballo ó sobre jumentillos: aquí sobre la verde hierba, allí sobre improvisados tendidos; acá montados sobre robustas ramas de árboles seculares; allá sobre los puentes ó la complicada trabazón de hierro que forman sus arcos, ó en multitud de vapores y barquillas que siguen como escolta á los esquifes rivales, ó finalmente subidos en toda clase de vehículos, desde el humilde carromato hasta el aristocrático *brougham*.

Algo entra en el fondo de este entusiasmo el espíritu de partido. Como en Inglaterra no hay realmente más que dos, el conservador y el liberal, difícilmente se encuentra una persona que no pertenezca á uno ú otro, y los que no se dan cuenta del color político, tienen sus simpatías por el color de la divisa. A esta clase pertenecen las mujeres en general, y muy especialmente las jóvenes, niñas, criadas, trabajadoras en grandes ó pequeños talleres ó establecimientos, quienes, si son guapas, tienen segura la ganancia en sus apuestas con los hombres, porque si ganan, aseguran por lo menos un par de guantes; y si pierden están exentas de todo pago, *quia nominor mulier et pulchra sum.*

Yo creo que el secreto de gran parte de estas solemnidades nacionales consiste también en la intervención de las apuestas, y que si fuese posible prohibirlas en el *Derby* y la regata *inter-universitaria*, iría decayendo el entusiasmo hasta correr los caballos y bogar los remeros, sin alterar la fisonomía ordinaria de la capital. La apuesta es característica del pueblo inglés, metalizado y positivo en todo; pero hemos de ver la cuestión por otro aspecto, y es que al apostar cantidades, por lo común insignificantes, se supone la intervención del juicio ó criterio individual, y siempre es una ventaja inmensa, que hasta el último ciudadano ejercite su juicio en cuestiones de hecho, ó ya que no su juicio, al menos su voluntad. Parece que no es nada, pero es en realidad mucho, el ver grandes y pequeños formarse su opinión anticipadamente sobre un suceso, según los datos ó factores que da la prensa acerca del porte y gallardía de los remeros, y del número de bogadas que en los ensayos han dado por minuto. Con todo eso, nunca he visto á un liberal apostar en favor de la universidad de Oxford, ni á un conservador por la de Cambridge. Y no parece sino que el genio político que vela por Inglaterra, hasta en estas cosas dependientes de la suerte, hace que vayan alternando las victorias con la misma regularidad que alternan los *tories* y los *whigs* en la gobernación del Estado. Al cabo de tantas competencias están ambos rivales casi empatados en los triunfos, de manera que no puede haber enemiga ni crear mala sangre la continuación ó persistencia de la suerte sobre un partido, como sucede en otras naciones.

Poseen los ingleses el arte de dar gravedad, interés é importancia á las cosas que antes de ahora se tuvieron por fútiles, sin pensar que no hay dirección ó forma de la actividad humana que sea pueril ó insignificante. Apenas pueden los extranjeros formarse idea de la seriedad con que el pueblo y las clases medias y elevadas miran los juegos, pasatiempos y ejercicios, que comprende la palabra *sports*, y prueba de que no van equivocados, es que su ejemplo ha sido contagioso en ambos continentes y que ella ha dado el nombre genérico, que adoptan todas las naciones, aun sin tomarse el trabajo de traducirla, para que quede memoria de su procedencia británica. Periódicos de grandes dimensiones como *The Sportsman* y el *Bell's Life in London*, de impresión compacta y diamantinos tipos, la lectura de uno de cuyos números equivale á un tomo, se consagran diaria y exclusivamente á anunciar y reseñar carreras, cacerías, regatas, partidas de billar, juegos de ajedrez, del *cricket*, del *crocket*, del *foot-ball*, pugilatos, carreras de velocípedos, carreras de andarines, ejercicios de salto, de natación, de tiro de escopeta, de cuanto puede, en fin, excitar la competencia de fuerza ó de agilidad de los miembros del cuerpo, cuyo desarrollo es tan necesario como el de las facultades espirituales. Cada uno de estos pasatiempos se halla patrocinado por varios *clubs*, á cuyo frente hay siempre personajes importantes por su nacimiento, su posición ó su fortuna, y esto les da el sello de buen tono, sin el cual no adelantarían un paso. Pero lo que más ha contribuído de veinte ó treinta años á esta parte á estimular todos los ejercicios de fuerza, habilidad y constancia ó resistencia, es, sin duda alguna, la competencia internacional introducida con el desarrollo de la prensa periódica, la facilidad de viajar en vapores y ferro-carriles y el telégrafo. En último resultado esta competencia entraña la cuestión de raza que ningún ser mira con indiferencia, y en la cual se encierran cuestiones morales y religiosas. Una nación degenera lo mismo por corrupción de costumbres que por fanatismo religioso. Así enflaquece el cuerpo con ayunos, maceraciones, cilicios y una vida extática y contemplativa, como con desarreglo, disipación, placeres y orgías. Siempre que se trae al tapete la degeneración física de los pueblos modernos, ha respondido la Inglaterra, como herida en lo más vivo y presentando ejemplos de tipos viriles, iguales, si no superiores, en resistencia, á los más decantados de la antigüedad. Y la verdad es que en sus proezas ó temeridades cada día avanzan un paso más y sostienen la lucha con todas las naciones, en especial con los Estados Unidos, por la rivalidad que con este pueblo mantienen constantemente.

Años atrás salieron de Inglaterra doce *crickeristas* para

(1) Tenemos el gusto de insertar este artículo inédito del distinguido escritor D. Nicolás Díaz de Benjumea, segundo de una serie que se proponía escribir cuando le sorprendió la muerte y que há tiempo teníamos en cartera, con lo cual creemos rendir un tributo de afecto á la memoria de nuestra malogrado amigo, y proporcionar á nuestros lectores una ocasión más de apreciar el castizo estilo y el gracejo de tan ingenioso escritor.—*(N. de los E.)*



LEOPARDOS EN ACECHO, dibujo del celebrado pintor especialista R. Friese

competir con otros de Norte-América y antes lo habían hecho con igual número de la Australia. De los Estados Unidos han venido estudiantes para habérselas con los escolares ingleses. La lucha famosa del pugilista giganteo *Heenan* con el campeón inglés *Tom Sayer*, no tuvo otro objeto que la competencia de raza. El capitán *Webb* pasa á nado el Canal de la Mancha, por la sencilla razón de haberlo atravesado el capitán *Boyton* en su aparato, y apenas el yankee Payson Weston inaugura sus hazañas pedestres en el *Agricultural Hall* de Londres, nacen como llovidos andarines del país, que oscurecen con los suyos sus esfuerzos.

Los hombres notables por su talento se jactan de haber sido en sus mocedades, quienes, grandes peatones, quienes, remeros, quienes, jugadores de pelota. Palmerston se envanecía de haber sido primer espada en muchos de estos ejercicios, principalmente en el de equitación, que no olvidó apenas un día en medio de los más graves negocios de su vida siempre activa. *Rotten Row* es testigo de haber visto al madrugador Vizconde, luciendo su gallarda persona, cuando muchos políticos de Inglaterra y el continente que leían sus discursos en la cámara popular á las altas horas de la noche, creían que reposaba de sus trabajos en los brazos de Morfeo. El obispo *Selwyn* decía hace pocos años en un *meeting*, que debía el alto puesto que ocupaba á haber sido en su juventud uno de los primeros en el ejercicio del remo: confesión de que se escandalizarían si viviesen, aquellos venerables prelados que obtenían la mitra á fuerza de debilitar la fuerza física y convertirse como otros tantos San Jerónimos en modelos de anatomía. Pero aun subiría de punto su asombro, al oir que este príncipe notable de la Iglesia anglicana, llamó al ejercicio del remo, *elevada lección moral*, y sin embargo, lo es bajo el punto de vista de que el remero tiene que conservar el vigor físico para entrar en estas competencias ó disfrutar de estos pasatiempos, y que en ellos no tiene el diablo esa oportunidad de tentar las almas que le ofrece la soledad de una ermita, el silencio de un claustro, ó la monotonía de los rezos de coro, donde tantos varones sucumbían al enemigo malo, pues las aguas ofrecen tantos accidentes y peligros, que no dejan la vista ni la imaginación ociosas. Otro hermano de este pastor de almas, elevado á la superior magistratura en Inglaterra, comenzó su carrera haciéndose formidable en las regatas sobre el río Cam. *Shadwell*, una de las lumbreras del foro inglés, alcanzó, en su juventud, varias victorias en las aguas del Támesis, y pocos son los hombres famosos de esta nación singular que no conserven alguna dorada copa, plateado remo ó medalla conmemoratoria de algún triunfo en alguno de estos varoniles pasatiempos.

Todo esto, hace veinte ó treinta años era griego para nosotros, «habitantes de una península.» Hoy no lo es tanto, y regatas patrocinadas por lo mejor de la población se han establecido en algunos puertos de mar. En Inglaterra no sólo exigieron estos pasatiempos los provechos inherentes á los mismos, en los que industriales y mercaderes recogen la mayor parte, sino las condiciones del clima, sin contar con que, especialmente, el de las regatas, era una consecuencia lógica en isleños que cantan en su himno nacional, que *Britania domina los mares.* Sin los *sports*, sin estos sistemas de pasatiempos ó ejercicios sistematizados, ó lo que es lo mismo, llevados á una organización que engendra entusiasmo, espíritu de cuerpo, y por consiguiente estímulos naturales, artificiales, directos y colaterales, el número de los suicidios ocasionados por la tristeza, melancolía, *ennui* ó *spleen*, sería alarmante en Inglaterra y en especial en Londres. Dadas las condiciones de esta metrópoli, y lo monótono y fatal de las formas que exigen los negocios y la hinchazón de la capital, si el soltero que goza de pingües rentas no tuviese estos alicientes, que le hacen desafiar la lluvia, la niebla, el frío, el viento, la nieve y los hielos, por alcanzar la palma y verse celebrado en los periódicos como campeón, enervaría sus fuerzas al lado de la chimenea y vendría á ser presa de la enfermedad melancólica que tiene por término el suicidio. Tan cierto es esto, que no ha mucho tiempo se propuso como obligatoria la enseñanza de la natación á los soldados, como medio de contrarrestar la manía del suicidio, que cunde por las filas del ejército.

Pero hay otra causa de orden más espiritual, aunque dependiente ó relacionada en cierto modo con la física ó climatérica que he mencionado. La devoción y *culto* del pueblo inglés á los ejercicios corporales, proviene tanto de la necesidad de compensar la servidumbre de los negocios, que condena á unos á pasar la vida en un escritorio y á otros en una fábrica; tanto de la precisión de oponer una relajación y extremo al aislamiento social y á las vallas de la etiqueta en una gran población, cuanto de la filosofía positivista dominante en Inglaterra, mucho antes que viniesen al mundo *Darwin* y *Spencer*, y, por ende, de su distinta manera de entender la relación de los deberes del hombre hacia el autor de todo lo criado. Llámese á esto punto de vista *protestante* y estaremos dentro de la cuestión. Es un hecho que el cristianismo, en pueblos meridionales, en hombres que viven bajo azules y trasparentes esferas, entre atmósferas diáfanas y en torno de vegetación exuberante, inicia á los creyentes en un ideal más plástico y definido de la gloria, les predispone más al éxtasis y contemplación de la vida futura, que creen divisar al través de esos cálidos horizontes en temperaturas deliciosas y ambientes llenos de fragancia. Por una ley universal de balanza ó compensación, sobre la cual no se ha estudiado mucho todavía, pero que resolverá en adelante muchos problemas, el espíritu de los meridionales, arrobado en tanta poesía y belleza, como asustado de tanto atractivo, se inclinó al extremo opuesto, y creyó que el camino para alcanzar esa felicidad futura, que casi veía en la risueña naturaleza que le rodeaba, era buscar los contrastes, y oponer ideas sombrías y tenebrosas contra la brillantez del sol, palidez y demacración del cuerpo contra los colores y gallardía y virilidad que le rodeaban. En una palabra, temían perder el alma sin una severa disciplina del cuerpo, sujeto á tantas tentaciones, y de aquí que el ascetismo nació en naturalezas meridionales, como peso necesario en esta vida para llegar al equilibrio, como esfuerzo indispensable para no naufragar entre las delicias á que convida la naturaleza.

En pueblos del norte no podía suceder esto, y menos en la nebulosa Albión. Se necesita un supremo esfuerzo de imaginación en Inglaterra, y sobre todo en Londres, para figurarse esa claridad inmensa, que con tan diversos matices de colores pintó el Dante en su paraíso, á cuyo reflejo se veían ángeles, serafines, querubines, tronos y dominaciones, cantando en célicas armonías la gloria y la majestad de Dios. Apenas habrá niño, joven ó doncella de Italia y de España, que no se crea haber visto algo del cielo en el sol y en la luna; pero dudo de que en Inglaterra pueda creer hombre ó mujer (hablo en materia de imaginación), que el sol sea más ni menos que una oblea roja y la luna un farol medio apagado, y el celaje ó esfera ó bóveda celeste un lienzo opaco, sucio, y de color parecido á esas mezclas pardas que reproducen en sus géneros. Bien podrían los teólogos pintarles la luz paradisiaca de un modo silogístico ó dogmático; pero les faltaba la ilustración práctica, viva, á que siempre han apelado los meridionales. Ojos que no ven, corazón no quiebran. Los ingleses no tuvieron ningún estímulo material para figurarse ese paraíso químico de efectos de luz, ni pudieron ver por lo tanto los espíritus angélicos que entre él volaban tocando arpas y cítaras. El juego no valía el candil que le alumbraba. ¿A qué mortificar el cuerpo y castigar los sentidos como penitencia ó expiación de un placer que no se siente, ó de una ilusión que no existe? Así es, que en España, en Italia y otros países, bajo las mismas latitudes, el fervoroso cristiano, impaciente por lograr y gozar de esas dulzuras que entreveía, consideró el *summum bonum* en la tierra, el huir á escabrosos lugares, buscar hórridos desiertos, desterrarse, extrañarse, desligarse de esos goces á que predispone un clima dulce y suave, un cielo puro, un sol esplendente y una luna encantadora, y sobre todo, á mortificar la carne y debilitar el vigor físico, fuente de tentaciones irresistibles en medio de tan bello panorama. Nuestra moral ó regla de conducta tuvo que ser más estricta y severa, por lo mismo que las seducciones naturales eran más numerosas é irresistibles que en climas húmedos y nebulosos y en temperamentos fríos.

Esto explica la corta vida del puritanismo en Inglaterra, donde si se hubiera perpetuado habría concluído con la sociedad. Muy al contrario, lejos de concebir como ideal de una sociedad cristiana hombres viviendo, ó por mejor decir, acortando la vida con rigores, penitencias y privación de todo recreo y goce material; lejos de comprender por rebaño de Cristo una agrupación de seres descarnados y pálidos, ya por la vida sedentaria, la oración, los ayunos ó las penitencias y maceraciones, aniquilando la carne por salvar el espíritu, creyó que tan obra de Dios es el cuerpo como el alma, y que era moral artificial el condenar el suicidio por medio violento é instantáneo, exigiendo en cambio cual obra meritoria el suicidio lento y paulatino. Creyó, por último, que conservar la carne y desarrollar las fuerzas físicas por medio de varoniles y sa-



LA CAZA DEL LEÓN, dibujo del celebrado pintor especialista R. Friese



EL DESENFRENO, cuadro de Francisco Vinea



LA BELLEZA FELIZ Y LA ESCLAVA CIEGA, cuadro de J. Luna, inspirado en una de las escenas de la novela de Sir Eduardo Bulwer «El último día de Pompeya»

ludables ejercicios, formando una asociación de cristianos robustos y vigorosos, era un requisito indispensable para la rectitud y sanidad del alma, y de aquí nació la escuela y divisa de la *cristiandad muscular*, que tantos patronos tiene en el clero anglicano y tantas obras ha dado á la prensa para sostener esta saludable creencia. «No quiero, decía el reverendo *Stoll* en el púlpito de su templo de Baptistas, no quiero cristianos pálidos ni demacrados, cabizbajos ni tristes. Quiero rostros que la religión alegre y cuerpos sanos y robustos para hacer el bien y alabar al Criador.»

Al menos, alucinaciones producidas por frialdad de estómago y vahidos de cabeza no han de padecer estos cristianos robustos y musculares á cuyo frente se encuentra hoy el *barquero* obispo de Lichfield, *sétimo hombre al remo* que fué en la primera regata verificada por tripulantes estudiantiles, en el año 1829. Pasan de ocho, actualmente, los pastores de la Iglesia anglicana que se señalaron, ya en Oxford, ya en Cambridge, como *oarsmen*, ó remeros de más de la marca, y claro está que hombres tales, no se crían con acelgas ni sacándose sangre con disciplinas, sino comiendo buen *roast-beef* y bebiendo sendos vasos de *pale-ale*.

En suma, ya cristiano, ya de otras sectas, el inglés, «adora su *guenille*,» como el personaje de Molière, por la cuenta que le trae, y de aquí nace su afición á todos esos juegos y ejercicios que la desarrollan y le ponen en condición de entrar vigoroso en la batalla de la vida y de luchar contra la inclemencia de su clima.

(Continuará)

HISTORIA DE UN HOMBRE CONTADA POR SU ESQUELETO

POR DON MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

(Continuación)

Pero es necesario ocultar cuanto antes todo lo que pudiera denunciarnos.

Y López aseguró el cabestrante por medio de un cable á una saliente de la roca, se ató á la cintura el cabo que estaba puesto en la polea, y asiendo el otro extremo del cabo, se dejó ir abajo con suma rapidez y absolutamente sin peligro. Cuando estuvo abajo, ató perfectamente á su caballo por debajo de la carga, trepó por las escabrosidades de la roca con mucha mayor rapidez que cuando había trepado con María, y una vez en la plataforma, puso el extremo del cabo en el cilindro del cabestrante, y valiéndose de las palancas, izó á su caballo y empezó á subirlo con su carga.

La operación era sumamente fatigosa.

María ayudaba á López.

Pero de repente faltó el peso del caballo cuando ya estaba próximo á la altura, cedió el cilindro y López y María cayeron de espaldas.

Un estampido de fusil retumbó al mismo tiempo en la selva.

Una bala había cortado el cabo que sostenía á Galán.

El pobre animal había caído desde una grande altura hasta el arroyo rebotando de una manera sorda en la roca hasta el lecho del arroyo.

Un alarido de triunfo había salido de la selva, y al mismo tiempo adelantaron muchos pieles rojas.

López se había levantado instintivamente y corrido á su carabina.

María no se había levantado.

Se había herido gravemente al caer, en la parte posterior de la cabeza.

López lo vió, pero no tuvo tiempo de socorrerla.

Los indios adelantaban saltando, aullando con los fusiles preparados en dirección á la roca.

López se echó en tierra, asomó la boca de su carabina por entre las dos piedras que había indicado antes á María y soltó uno tras otro dos tiros.

Dos pieles rojas cayeron heridos en la cabeza.

Una descarga contestó á los disparos de López.

Las balas vinieron á dar en las piedras que le cubrían, y mientras López cargaba de nuevo, los indios adelantaron.

López apuntó de nuevo y al apuntar contó sus enemigos.

Eran veinte, á más de los dos que habían muerto.

Disparó y otros dos indios cayeron.

Pero los restantes habían llegado al pié de la roca y empezaban á trepar por ella, aunque con suma dificultad.

López siguió haciendo fuego.

A cada doble disparo suyo caían dos salvajes.

Los que quedaban vivos rugían de rabia.

Al fin sólo quedaron seis hombres.

Pero en vez de seguir aquel difícil asalto al descubierto, retrocedieron y se replegaron á la carrera á los árboles inmediatos mientras López cargaba de nuevo su arma.

Muy pronto López no vió á nadie.

Los indios se habían ocultado entre la maleza.

Al alarido anterior había sucedido un profundo silencio.

Pero López estaba seguro de que los pieles rojas no se habían retirado.

No había visto entre ellos á Miantucatuc, pero estaba seguro de su presencia en aquellos lugares y lo temía todo de la astucia del gran jefe indio, demasiado acostumbrado á aquel género de combates y experimentado y práctico en ellos.

Entonces se le ocurrió que Miantucatuc podía incendiar la selva: los árboles estaban demasiado próximos á la roca, la cubrían con sus copas gigantescas, y el fuego debía caer sobre la plataforma.

Procurar retirarse al interior era arrostrar una muerte segura; las piedras tras las cuales se ocultaba, estaban más bajas que la entrada de la caverna: para llegar á ella era necesario ponerse al descubierto; en el momento que esto hiciera podía contar con algunos balazos, porque un indio jamás yerra el tiro.

López estaba completamente sitiado, enclavado en el lugar en que se encontraba sin poderse mover de él.

Los indios no hacían fuego.

No producían el más leve ruido.

Y sin embargo, López tenía la seguridad, la certeza de que estaban allí.

Porque un indio, si dispusiera de la eternidad, se estaría toda una eternidad acechando á su enemigo.

Por lo tanto no se atrevía á levantarse.

Y María estaba descubierta al fuego, desmayada, ó acaso muerta.

Cuando López volvía la cabeza hacia ella, la veía inmóvil, silenciosa.

Lo situación de López era horrible.

–¿Y duró mucho tiempo esa situación? – dijo impaciente Arria.

– No, – contestó el esqueleto: – aquella situación fué resuelta por Miantucatuc. Había trepado silenciosamente á un árbol, desde cuya copa se dominaba el lugar donde estaba tendido López. Miantucatuc le veía de costado. Veía también á su hija ensangrentada é inerte. Y sin embargo, dominaba su cólera para que no hiciese temblar su mano. Apuntó con lentitud y disparó. El tiro dió en un hombro á López que saltó y quedó al descubierto: entonces una descarga desde la espesura se cebó en él y cayó. Instantáneamente los indios salieron de sus puestos, treparon por la roca y llegaron á la plataforma.

Poco después llegó Miantucatuc, se apoderó de López y de su hija, los trasladó á lo más enmarañado de la selva y mandó construir una cabaña.

XL

López pasó, á consecuencia de sus gravísimas heridas, muchos días en un sopor profundo.

Una noche sus sentidos se esclarecieron.

Vió ya distintamente los objetos en torno suyo.

La luna que penetraba por la puerta de la cabaña, le dejó ver á Miantucatuc sentado gravemente sobre sus piernas, junto á su lecho de pieles de búfalo, y mirándole de hito en hito.

. . . .

Durante muchos días López había visto junto á sí, solamente durante el tiempo necesario para curarle, á Miantucatuc.

Siempre con su semblante impenetrable, inmóvil, grave, sombrío.

Siempre silencioso.

Después de curarle salía de la cabaña.

Cuando López le preguntaba por María, el semblante del jefe indio conservaba su inmovilidad y no contestaba una sola palabra.

López estaba desesperado.

Cuando fué necesario que tomase alimentos, Miantucatuc dejaba junto á él sobre un pedazo de hoja de cactus, que es una vajilla tan buena como otra cualquiera, aves perfectamente asadas y se retiraba.

López se decía:

– Cuando Miantucatuc me cuida de tal modo, cuando de tal modo procura volverme la salud, tiene algunos proyectos respecto á mí: si no los tuviera, me hubiera acabado de matar, y me hubiera hecho manjar de su banquete de odio.

Porque López estaba seguro de que Miantucatuc, á pesar de su larga permanencia entre los pintos, no había perdido sus feroces instintos de antropófago.

Los proyectos que pudiera tener respecto á él Miantucatuc, eran una duda formidable para López.

Esperaba con impaciencia, con agonía, á que aquellos proyectos se revelasen.

Llegó al fin un día en que López pudo levantarse de su lecho, y salir á la puerta de la cabaña.

Aquel día Miantucatuc le hizo seña de que le siguiera.

Y grave y tieso tomó con paso lento y acompasado por un sendero de la selva.

López le siguió.

Miantucatuc se detuvo en un lugar excesivamente bravío, lóbrego, enmarañado.

Se sentó sobre una piedra, y señaló otra á López.

López se sentó.

Sabía que era inútil preguntar á Miantucatuc, y esperó á que este le hablase.

El indio tenía inclinada la cabeza.

Después de algunos momentos de silencio, dijo con voz gutural y sin levantar la cabeza como si no hubiese querido mirar á López:

– Miantucatuc es un gran jefe.

Los guerreros, cuyas cabelleras ha cortado lo saben: lo sabe el rostro pálido que tiembla delante de él.

En efecto, López temblaba.

– La palabra de Miantucatuc es breve y nunca miente, sus oídos oyen la verdad: que el rostro pálido no mienta.

– Y bien, Padre-rojo, – dijo López, – ¿por qué estás irritado contra mí?

– El zorro cuando está cogido en la trampa, se finge dócil para engañar al que le tiene preso: el Padre-rojo es sabio: el rostro pálido le odia.

López calló.

– ¿El rostro pálido ama á la Virgen-de-la-mañana?

– Sí, – contestó López.

– ¿El rostro pálido quiere sus tesoros, las perlas que el Padre-rojo ha encontrado en su cueva?

– Sí, – repuso López: – las quiero para hacer feliz á tu hija.

– La Virgen-de-la-mañana no puede ser feliz: su padre la ha maldecido; su padre la desprecia.

– Pero el gran jefe es muy fuerte y no rompe cañas.

– El gran jefe no quiere matar á la Virgen de-la-mañana.

– Su padre la ama, aunque está irritado con ella, – dijo López.

– ¡Ah! ¡la sombra triste y pálida! – exclamó Miantucatuc con acento ronco: – ¡la sombra triste y pálida siempre delante de su hija!

López no se atrevió á preguntar al indio.

Por algún tiempo Miantucatuc guardó silencio.

– El gran jefe ha perdido su hija, – exclamó al fin. El poderoso Maluc no tiene delante de sí el fuego, porque no hay unas manos puras que le mantengan.

Tú has hecho todo esto.

Yo no he dejado caer sobre tí mi hacha, porque también se levanta delante de tí para defenderte la sombra triste y pálida.

Luego dijo con acento más conmovido:

– ¿Mi hijo quiere ver á la Virgen-de-la-mañana?

– ¡Oh! ¡sí!

– Pues mira: has de ir antes, allá lejos, muy lejos, á la gran ciudad de los rostros pálidos. A México.

Fuera de ella, á poca distancia, está una hacienda que se llama de Santa María.

Allí vive un hombre de los que vinieron del Oriente á engañar y vencer á los padres de mi padre.

Aquel hombre se llama don Angel de Lemus.

Tú sabes escribir: retén ese nombre en la memoria y escríbelo para que no lo olvides.

Ese hombre tiene una esposa.

Una hija de los pieles rojas: una hermosa flor de las grandes praderas del Occidente.

La han quitado su nombre, la han bautizado y se llama Clara.

Ella no conoce á sus padres.

Esta mujer tiene una hija.

Vé, roba á esa pequeñuela y tráemela... ó más bien... yo iré contigo, me ocultaré cuando lleguemos en los bosques y tú me entregarás esa niña.

Entonces te daré la Virgen-de-la-mañana, y tus riquezas que encontré en la caverna de la selva donde te herí.

. . . .

Merecía la pena de tomarse en consideración la propuesta del indio y López consintió.

Tres días después el gran jefe y el español tomaron el camino de México.

XLI

Para esto, pues, para robar á doña Clara su hija, se había presentado López en la hacienda de Santa María.

Te he hecho esta larga exposición, Eugenio, para que puedas comprender con claridad los sucesos que van á seguir.

– Temo que si tu historia está en armonía con su exposición, no vamos á tener noche para concluir.

– ¡Ca! ¡no! eres impaciente: si en vez de escucharme estuvieses leyendo esta historia, serías capaz de irte al final para ver en qué concluía: eso está muy mal hecho; es pillar á traición al autor, y hacer inútiles muchos de sus recursos empleados para hacer efecto; pero tranquilízate: empezamos poco después de las doce y son las dos: estamos en invierno y amanece á las siete: tenemos aún cinco horas: además yo cuento muy de prisa. Entre paréntesis: ¿cómo te va de la herida?

– No la siento.

– ¡Bah! no hay como estar entretenido para no sentir los dolores. Sigo, pues, entreteniéndote.

XLII

Volvámonos al perfumado, caliente y silencioso gabinete de Madrid, donde Clara estaba encerrada con Sandoval.

Recordemos que, cuando interrumpimos el relato que Clara hacía á Sandoval, se encontraba aquella en el momento en que decía haber llegado á la hacienda de Santa María, López.

Anudemos el relato de Clara.

XLIII

– Repito á V., Sandoval, – dijo Clara, – que en López nunca hubo más que respeto y consideración hacia mí.

Mi marido había encontrado en él un hombre sobre manera inteligente y excesivamente trabajador.

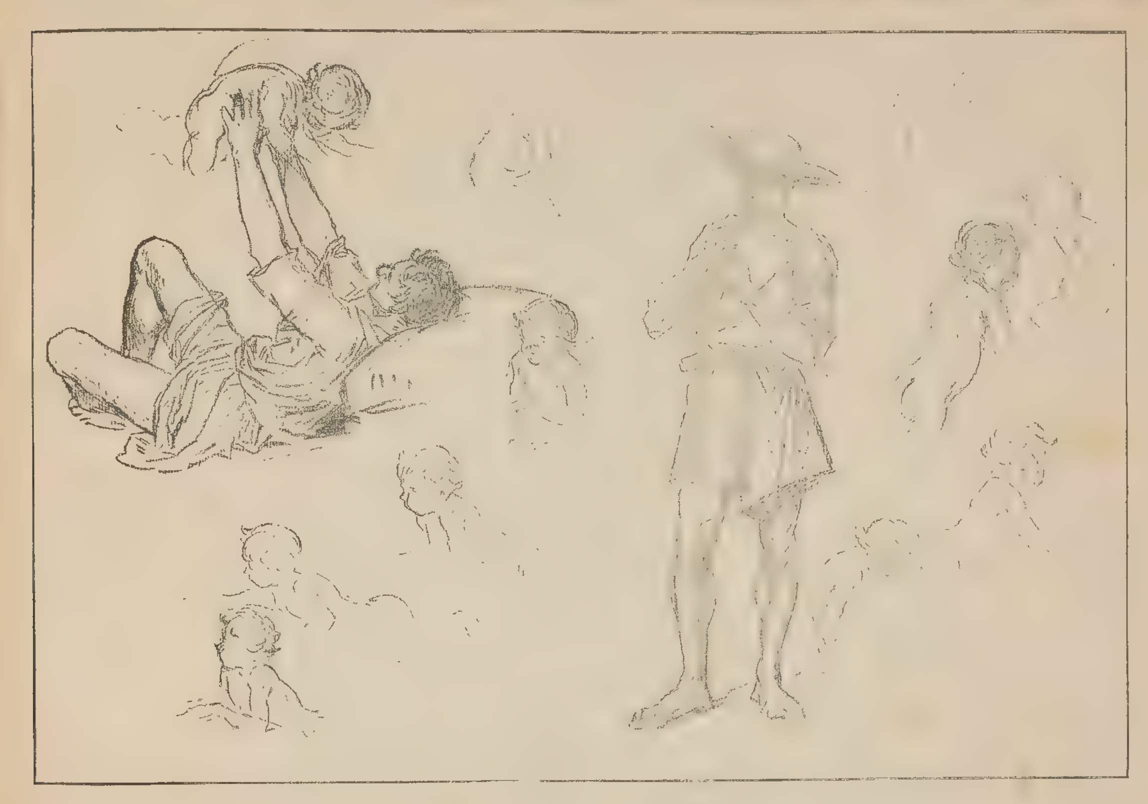
López se había trasformado.

Había perdido el atezado color que había traído del Sur, y vestido de una manera elegante, parecía hermoso.

– ¿Hermoso ese hombre siempre taciturno y sombrío? – dijo Sandoval.

– De día en día ha ido oscureciéndose su semblante, – dijo Clara: – hace veinte años, estaba triste, es cierto, se comprendía que un dolor interno, constante, le devoraba. Pero había en él resignación. Trabajaba durante el día, y de noche, en el terrado de su aposento, tocaba la guitarra y cantaba esos bellos romances populares del país, que tanto se parecen á los del mediodía de España.

(Continuará)



FACSÍMILE DE UNOS ESTUDIOS del malogrado pintor D. Tomás Padró, para el cuadro alegórico *La Paz*, adquirido por la Diputación provincial de Barcelona

ETIMOLOGÍAS

Con razón se llama á la ETIMOLOGÍA la ciencia verdad de las palabras; *veriloquium* de Cicerón.

Lo de menos es que, teniendo en cuenta (siempre que es posible) el origen de las voces, impida la Etimología las corrupciones del lenguaje. Si Espronceda (y los que indiscretamente le han seguido) hubiese considerado que ESPURIO viene del latin *spurius* (griego *spora, semilla, sembradura)* y que *spurius* por tanto significa *mal sembrado, apartado de la semilla propia, degenerado*..., no habría escrito en su sentidísima Elegía á la Patria,

> Hijos *espúreos* y el fatal tirano
> sus hijos han perdido;
> y en campo de dolor su fértil llano
> tienen ¡ay! convertido.

Los que, recalcándose y echándola de más cultos que los demás, dicen *áccido, Occéano*... ignoran que nada justifica el empleo de la doble c; porque ACIDUS no la tiene en latín ni en griego *akis, akidos, punta, aguijón*, ni tampoco se escriben con dos *ces* OCÉANUS en latin ni Okeanos en griego.

Y á propósito: no tienen razón los que han censurado á la Academia por haber escrito OCÉANO y no OCEANO. La niega á los censores la etimología, por ser breve en latín la *a* de *Oceanus*. Verdad es que el uso permite en muchos casos dos prosodias correspondientes á una misma voz; pero esta duplicación no autoriza á nadie para vituperar exclusivamente el empleo de una sola de las dos:

> Llegue do el sacro O-CÉ-A-NO se trabe
> con el piélago austral.
>
> HERRERA

> que ciñe el rico en perlas O-CE-Á-NO
>
> ESPRONCEDA

No dirá EXÓFAGO, sino ESÓFAGO quien entienda de etimologías, ni llamará *gatos de Angola* á los preciosos gatos procedentes, nó de Angola en la Nigricia meridional, país del África, sino de Angora (en turco Angur, la antigua Ancira de los Romanos) ciudad fortificada de Anatolia, en la Turquía Asiática, y famosa por la variedad de gatos, conejos y cabras de pelo largo y sedoso que se crían allí, y del cual se hace lucrativo comercio.

La gran importancia de la ciencia etimológica está en que no hay documentos históricos ningunos que archiven mejor que las lenguas las vicisitudes de los pueblos en sus largas peregrinaciones, sus usos y costumbres, y sus ideas en los tiempos primitivos. La Etimología, penetrando en tales archivos, y fundándose en la evidencia de que no hay en lengua ninguna palabras á que no correspondan ciertas y determinadas ideas, nos revela cuál era el tesoro intelectual de los pastores de la Bactriana y de los campesinos italianos fundadores de Roma; y, señalando los estudios etimológicos la incesante variación de las acepciones que el transcurso de los tiempos ha ido introduciendo en unas mismas voces y en las producciones todas del entendimiento y de la fantasía, recoge inducciones preciosas en que fundar la historia de la evolución de nuestra raza.

Pero ¡cuánto de laboriosidad y de pacientes estudios ha sido necesario, cuánto de GENIO, en una palabra, para elevar la Etimología al puesto de honor que ocupa actualmente!

Porque, no sólo han tenido los etimólogos que hacer pasmosos é increíbles trabajos de erudición, sino que les ha sido menester rehabilitar la ciencia en la opinión pública, y, además, dignificarla.

En efecto, no había ramo de conocimientos que hubiese caído más en descrédito, á causa de los desdichados engendros de muchos filólogos, que, en lugar de explicar los hechos tales como son, dejaban correr insensatamente la fantasía; y, apoyándose en semejanzas insostenibles, concluían por probar desatinos, tales como que el vascuence fué la lengua que habló Adam en el paraíso, ó que los sucesos de la Ilíada pasaron en la isla de Heligoland y que Homero era flamenco.

«La Etimología, — decía Voltaire, — es una ciencia en que las vocales no son nada, y las consonantes poco menos.» — «Es incontestable, — agregaba agudamente en su satírica burla, — que el Emperador de la China YU tomó su nombre del rey de Egipto MENES, y que el Emperador KI es evidentemente el rey ATOES, cambiando la K en A y la I en TOES.»

Para los antiguos soñadores de etimologías la semejanza de los sonidos era el todo, tanto que se resistían á creer que pudiesen derivar del mismo radical palabras en que no hubiera muchas letras comunes, por ejemplo, DÍA y JOUR; aunque fuese muy claro que del latino *dies, diei*, salieron *diurnus* y *diurnum*; de *diurnum* (sobrentendido *tiempo)* el limosín *djurn, iurn*; y, por último, de *iurn* el francés *jour*, el italiano *giorno* y el español *jornada, jornal*, etc.

Pero (como siempre sucede) á una exageración sigue otra.

Al indebido menosprecio de las etimologías ha sucedido un fanático respeto por los orígenes y primitivos significados de las voces, tan rigorista á veces, que, siguiendo hasta sus últimas consecuencias, nos imposibilitaría completamente para hablar; ó, por lo menos, mermaría en gran manera la amplitud y riqueza del lenguaje, tal como hoy se encuentra á nuestra disposición.

En esto, como en todo, la discreción es quien decide. Bien está respetar los orígenes; pero no tan servilmente que nos prive de los derechos adquiridos.

PONTÍFICE significa *el que hace puentes*. Tan importante se juzgó para la defensa de la antigua Roma la solidez, conservación y vigilancia de sus puentes, que al encargado principal de ellos se le concedieron en los principios grandes privilegios, y después hasta carácter sacerdotal. Con el tiempo, asumieron los Emperadores Romanos el carácter de Pontífices en el grado máximo y como la más alta función del Estado. Ahora bien, ¿vamos actualmente, por respeto fanático á los orígenes, á considerar al Papa como á un Sumo Carpintero?

PLAGIARII en Roma eran quienes vendían, como propios, esclavos ajenos ó retenían en servidumbre á un hombre libre. Y, por causa de este antecedente histórico, ¿hemos de no llamar ya *plagiarios* á los que dan por suyos pensamientos ó escritos robados?

FILIBUSTEROS eran los tripulantes de los buques llamados hace dos siglos *Fly-boats, buques voladores*, es decir, muy ligeros. Y ¿sería cuerdo pensar ahora que son hombres de mar los denominados actualmente *filibusteros*?

INDIOS se llama á los indígenas del continente americano: leyes de INDIAS se denominan las que á la América conquistada por los españoles se refieren; y, sin embargo, la INDIA está en Asia. ¿Y deberemos bautizar con nuevo nombre, sólo para evitar la impropiedad geográfica, á esa importante colección de nuestras leyes? Colón murió en la creencia, nó de que había descubierto un nuevo continente, sino de que había arribado á la parte occidental del Asia. Disculpable fué, pues, que los primeros colonizadores de América llamaran INDIOS á los indígenas; pero las últimas leyes de INDIAS se escribieron cuando era ya patente el error de Colón.

¡Mi RIVAL! dice una mujer llena de ira. Y ¿no sería sándio el creer que la iracunda celosa hablaba de otra mujer habitante en la ribera opuesta de su RÍO; toda vez que RIVAL viene de *rivus*, riachuelo, arroyo?

EMPÍREO debía ser la mansión del fuego, y nó la de los bienaventurados, porque *pyr* es fuego: los PRESBÍTEROS habían de ser todos viejos, pues presbys significa *anciano*; *papel-pergamino* debería ser una mentira, ya que esa clase de papel no viene de la ciudad de Pérgamo; por

OBELISCOS necesitábamos entender *asadores* ó *espetones* de cocina, atendiendo á la acepción griega de *Obelos;* si MANIOBRA es obra de las manos, las grandes *maniobras* militares no deberían ejecutarse con los piés... y, en fin, ¡la mar!
¡Cuántos ejemplos acuden á la memoria!

Sí: sería imposible hablar si hubiéramos de usar, conforme á la propiedad etimológica, las palabras más comunes. PERSONA en latín significa *máscara;* ESCRÓFULA, *marranilla;* MÚSCULO, *ratonzuelo;* AUSPICIO (de *avis* y *spicere)* es *inspección de las aves;* ESPÍRITU, *soplo;* SARCÓFAGO quiere decir *come-carne;* ESTAFA (de *stapes,* compuesto de *stare* estar y *pes pedis,* el pie) sería *estribo;...* IMBÉCIL, significaría *sin báculo;* CLIMA, *escalón;* PRECOCIDAD, *cochura-antes-de-tiempo...* y ¡otra vez la mar!

Es más: muchas palabras deberían desaparecer de la lengua, en cuanto desapareciesen las ideas, preocupaciones ó creencias que les dieron origen; por ejemplo, DESASTRE, ya que hoy nadie cree en que nuestros infortunios dependan de la influencia de ningún *astro malévolo;* ó CEMENTERIO, que significa *dormitorio:* ¿cree hoy álguien que los muertos duermen?

Pero no hay nada á que más propenda el hombre que á tomar *(por sinécdoque ó por metáfora)* la parte por el todo y vice-versa; el género por la especie y al contrario; la causa por el efecto y al revés; lo semejante por lo análogo etc., y esta es la razón por cuya virtud las palabras se apartan enormemente de su primitivo significado etimológico.

Y hasta conviene que así suceda; porque las lenguas se enriquecen con expresiones especialísimas que, si nó, no existirían. *Dormitorio* es voz que, por su generalidad, necesita otra, tal como CEMENTERIO, de significación más restricta, aun admitiendo que los muertos duermen; y *comedor-de-carne* no puede suplir, sin grandes limitaciones, á SARCÓFAGO, etc.

Los que quisieran que las etimologías se hermanasen siempre con las acepciones de la actualidad, solicitan una cosa que sería muy buena si no fuese sencillamente un imposible. Lo que es, es porque fué, y es locura el impedir que haya sido. ¿Cree alguien ahora que el *lunes* esté consagrado á la Luna, el *martes* al dios Marte ó el *viernes* á la diosa Venus? Los nombres de los días de la semana en lo antiguo significaron algo como orden de sucesión de fiestas religiosas, y hoy orden de los días solamente. Y ¿quién va á proscribir los nombres de los días de la semana porque no tienen ya nada que ver con las divinidades del paganismo? Tan insensato sería el intento, como impedir que el vulgo haya llamado y siga llamando PERROS CHICOS á las piezas de 5 céntimos.



RETRATO, de Herman Kaulbach

La Etimología, á cuya luz quedan tal vez descifrados los más oscuros problemas lingüísticos, históricos y morales, ocasiona en este caso más perjuicio que utilidad. Con frecuencia es preciso no atender al origen de las fuentes para conocer las virtudes actuales de sus aguas. Lo que, atendiendo sólo el origen, resulta un contra-sentido, una aberración ó un disparate, admitido tal como hoy el uso nos lo presenta, es un precioso elemento de expresión de que no podemos absolutamente prescindir.—ALAMEDAS llamamos á ciertos paseos donde no existe ni un *álamo* siquiera. Si SENEX significa *viejo,* deberían caminar muy agobiados y muy despacio nuestros casi-jóvenes Senadores de 40 años. – GAZZETA fué una moneda veneciana del siglo XVII cuyo valor, como de dos céntimos, era el precio de las primeras hojas periódicas que se publicaron en Europa. PECULIO no indica ya *abundancia en ganados;* ni VITELA es el papel preparado con pieles de *becerros;* ni PASCUA nos representa el *paso del Angel percuciente,* ni las VIÑETAS tienen la forma de las *hojas de la vid,* ni el QUILATE nos recuerda los bazares de la Meca, ni los zaragüelles á los antiquísimos Sátrapas del Asia.

El uso, pues, unas veces, conserva de la primitiva significación etimológica sólo un reducido número de elementos, y elimina todos los demás: otras veces, varía por completo el significado.

Y esto, aun tratándose de aquellas ideas más claras al espíritu; por ejemplo, la de NÚMERO. Si un todo se divide en tres partes ¿cómo puede ser que resulten doce? Y sin embargo, decimos las doce TRIBUS de Israel. – ¿Cómo puede una observación sanitaria de cuarenta días convertirse en una cuarentena de quince? ¿Porqué, pues, decimos corrientemente y hasta en documentos oficiales, *«les impusieron una cuarentena de 7 días?»* – ¿Cómo un prisma octogonal puede tener más de 8 ochavas? Y, sin embargo, nada más frecuente que el oir: «luego nos veremos en la ochava 13 de la Plaza de Toros.» – ¿Cuándo sin los absurdos de la Etimología, 2 de las 17 partes de un real pudieron ser nunca *un cuarto?*

Así, pues, sólo una gran discreción es quien ha de decidir entre lo corriente y lo vitando.

«Le hicimos nuestras genuflexiones con la cabeza,» frase de cierto Alcalde, es uno de los más graciosos desatinos imaginables, porque no hay persona educada á quien sea lícito ignorar que la rodilla *(genu)* no está en el pescuezo – Una *hecatombe humana,* que dice cierto autor, es frase inadmisible, porque pocos ignoran que *hecatombe* significa *cien bueyes (hecaton, bous) sacrificio de cien víctimas;* lo cual no quita que deba admitirse la metáfora de otro escritor, que dice: *«aquello era una hecatombe.»*

¿Cuándo, pues, pueden usarse sin incorrección las expresiones no conformes con la Etimología?

En general; cuando el uso de los doctos lo autorice; y en particular, cuando la etimología sea tan poco conocida que una impropiedad resulte imperceptible para la generalidad.

«En seguida la subieron á su húmeda mazmorra,» se lee en cierta novela. Pero MAZMORRA en árabe significa *cueva, silo, excavación subterránea* y *sin humedad,* donde se guardan semillas, trigo especialmente.

Por último, parece que á estas reglas debe agregarse otra: la de no hacer visible el contrasentido que pueda existir entre la etimología y el significado actual. Con gran donaire patentizaba esto una antigua pieza andaluza.

En Cádiz los sirvientes son en su gran mayoría naturales de Galicia, preferidos generalmente por su honradez y laboriosidad; por manera que *criado* y *gallego* se han hecho allí casi sinónimos sin razón ni sólido fundamento, lo cual satirizaba uno de los personajes de la pieza, diciendo:

«¡Sabes, Curro, que hasta hoy no he reparao que tu gallego es genovés!»

E. BENOT



PASEO, cuadro de Luis Passini

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 21 DE MARZO DE 1887 — NUM. 273

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ESTUDIO, de D. Widhopf

SUMARIO

Texto. —*Nuestros grabados.—Fiestas populares en Inglaterra* (conclusión), por don Nicolás Díaz de Benjumea.—*Historia de un hombre, contada por su esqueleto* (continuación), por don Manuel Fernández y González.—*Experimentos sobre los torbellinos aéreos y las esferas giratorias.*

Grabados.—*Estudio*, de D. Widhopf.—*¡No llores, me encuentro bien!* dibujo de Carlos Max.—*A cubierto de la lluvia*, cuadro de M. Lebling.—*Celebración de una boda en Toscana*, cuadro de A. Ricci.—*Esperando*, cuadro de Smith-Hald.—*La hora del descanso*, cuadro de Guillou.—*Experimentos sobre los torbellinos aéreos y las esferas giratorias* (véanse las págs. 95 y 96).—*Suplemento artístico: Subasta de pescado*, cuadro de F. Skarbina.

NUESTROS GRABADOS

ESTUDIO, de D. Widhopf

Aunque todo en este trabajo revela el profundo conocimiento que el autor tiene en el arte del dibujo, parece haberse propuesto en él demostrar sus conocimientos anatómicos. Gracias á ellos, gracias á la actitud del modelo, podemos señalar los huesos, contar los nervios de un anciano, que se revelan á través de su piel apergaminada. Quien estudia tan á conciencia, bien merece un lugar distinguido entre los artistas que se dedican á tan difíciles trabajos.

¡NO LLORES!... ME ENCUENTRO BIEN... dibujo de Carlos Max

Esta composición, inspirada en cierto pasaje de una novela alemana, es de un efecto desgarrador. En duro lecho agoniza una hermosa joven: junto á ese lecho se postra, desesperado, el hermano de la moribunda. Condolida ésta de su estado y del de su madre, que llora en un rincón de la estancia, hace un esfuerzo sobrehumano para pronunciar las palabras que sirven de título á tan precioso dibujo. La generosidad y el cariño pueden más en la enferma que el dolor; próxima á salir de este mundo, consuela á los que deja en él. Su muerte, como su vida, se resume en estas dos palabras, amor y sacrificio.

A CUBIERTO DE LA LLUVIA, cuadro de Lebling

Este lienzo tiene el apacible interés del idilio. La lluvia sorprende al pastor y éste se guarece de ella debajo de su gran paraguas. Mas como los afectos del alma se revelan en los momentos difíciles, el susodicho pastor hace partícipe de su frágil techo al cabritillo de su mayor predilección, lo cual nos parece trae algo mal humorados á sus compañeros de rebaño.

De lo cual resulta, primero: que los pastores de Alemania tienen la buena costumbre de proveerse de paraguas los días lluviosos, lo cual supone que tal paraguas poseen, cosa que no ocurre á todos los pastores del mundo; y segundo: que con el asunto más insignificante puede pintarse un bonito cuadro... cuando se tiene talento para ello.

UNA BODA EN TOSCANA, cuadro de A. Ricci

No consiste la felicidad en la riqueza, ni es la calidad de los manjares y lo exquisito de los vinos condición indispensable para animar un banquete. Lo simpático del acontecimiento que se festeja, la alegría íntima de los comensales, algún extraordinario en los postres y unos cuantos músicos que dejan oir más ó menos acordes sones; son elementos sobrados, en una aldea de la Alta Italia, para dar lugar á una escena animada, calurosa del grato calor de la familia. Cualquier pintor que recorra esa comarca, se encontrará el asunto de ese cuadro con sólo preguntar dónde hay casorio.

Pero del asunto á la ejecución de él, la distancia á recorrer no es poca. Ricci lo ha hecho con verdadero talento, penetrándose de la diversa situación y sentimientos de cada uno de los personajes. En su lienzo figura que el banquete de boda se encuentra en el período álgido, el período de los brindis expansivos y de las libertades tolerables. Los tipos de los comensales están bien comprendidos y con facilidad representados. El matrimonio anciano, los desposados, el padre del novio, el vecino galante que corteja á la madrina, la hermana de la novia, los músicos, todos los personajes, en una palabra, son de una realidad indiscutible. El espectador se encuentra bien contemplando la escena, y más de un opulento envidiará la honesta alegría que reina en el modesto banquete de Ricci; alegría que raras veces preside cordialmente las fiestas nupciales del *Grand Hotel* ó del *Café Riche*.

LA HORA DEL DESCANSO, cuadro de Guillou

Todo tiene su compensación en este mundo: por algo dijo Iriarte, si mal no recordamos, que á no sentir el hombre picazones, el gusto de rascarse no tendría. El poderoso que no ha conocido la pena del trabajo, no ha podido, en cambio, gustar los placeres del reposo.

Ruda faena es, por ejemplo, la del pescador. Para ganar el negro pan de su familia expone diariamente su existencia y lucha con aquel elemento que no devuelve sino cadáver la presa que una vez ha hecho. Antes de que amanezca abandona su cabaña; lánzase al mar puesta su confianza en Dios más que en su barca y, al atracar de nuevo en la playa, al suspiro de satisfacción que marca el término de la tarea de hoy, sucede el suspiro de temor ante el peligro de mañana.

Pero, en cambio, apenas la barca queda en seco, la invaden la mujer y los hijos del pescador, cuya presencia compensa los rigores del día. Remienda aquella los desperfectos de las redes, mientras los pequeñuelos, imitando lo que han visto hacer á su padre, le dejan esperanzar que dentro de algunos años serán tan buenos pescadores como él. ¡Con cuánto placer les contempla empuñar el pesado remo! ¡Cómo se contempla en sus ojos cuando estos miden con entereza la inmensidad del mar!... El pescador se siente entonces feliz y orgulloso; feliz porque á su trabajo se debe la relativa holgura de su familia; orgulloso porque se contempla en su obra y la barca no carecerá de bravos tripulantes cuando el remo y la red se escapen de sus manos.

Tal es la escena que nuestro grabado reproduce con una verdad y un sentimiento que dejan formar excelente concepto del autor del cuadro.

ESPERANDO, cuadro de Smith-Hald

Partió el pescador muy de mañana: la tarde está al caer, y su familia le espera, inquieta, en la playa. En lontananza se distinguen varias embarcaciones; pero ¿quién adivina la realidad de ese punto negro aparecido en el espacio? Sin embargo el hijo del pescador designa la embarcación de su padre: su corazón se la revela y no sus ojos. Hay corrientes misteriosas que atraviesan la inmensidad del mar con tanta fijeza como el cable atraviesa sus profundidades.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

SUBASTA DE PESCADO, cuadro de F. Skarbina

Este lienzo ha llamado la atención de los inteligentes en la última Exposición berlinesa. Bien lo merecía por la verdad con que el artista ha tratado el asunto en general y el esmero empleado en sus detalles. Hay en este cuadro verdadera animación, movimiento sin barullo, personajes en buen número, que no se estorban poco ni mucho unos á otros, y un todo armónico, cuya nota dominante es el sabor local.

FIESTAS POPULARES EN INGLATERRA

POR D. NICOLÁS DÍAZ DE BENJUMEA

(Conclusión)

Comprendiendo esta necesidad el banquero, naturalista y diputado en la cámara baja, *Sir John Lubbock*, obligado á vivir de día en la estrecha calle de los Lombardos, de la *City*, y á pasar la noche entre debates parlamentarios, pidió y obtuvo para la capital pletórica de Londres, cuatro días de regocijo al año, subsiguientes al domingo, á fin de que los londonenses pudieran espaciarse y gozar del ambiente puro de los campos. Estos días se llaman *fiestas bancarias*, *Bank holidays*, y confirió con ellos tanto bien á la salud de los dependientes y trabajadores, que no hay gran centro de recreo al aire libre en los campos donde no se conmemore anualmente el nombre de este bienhechor, á quien ha canonizado el pueblo, llamándole *San Lubbock*. Tal es la necesidad de esparcimiento que exigen el clima y los negocios de una ciudad como la de Londres.

Con estos antecedentes y condiciones en parte naturales y en parte hijas de las creencias, se comprende el entusiasmo que produce esta fiesta, realzado por la manía de la apuesta connatural en el pueblo inglés. Las apuestas del *Derby* son más fuertes, pero no tan numerosas como en esta regata. El apostar por tal ó cual caballo está mal visto en la buena sociedad, pues sólo demuestran interés los disipados y jugadores de profesión. Hay además la sospecha de que puede intervenir fraude y se hace perder al caballo más favorito, untando la mano al *jockey*, para hacer una gran jugada los maestros del *Turf*. En la regata de Oxford y Cambridge se juega limpio. Nadie puede cohechar ni sobornar á nueve jóvenes de familias distinguidas, que van de buena fe y por cuestión de honra á probar sus fuerzas y habilidad, ó mejor dicho, la fortuna, porque en competencias donde unos remeros ganan á veces por un tercio de esquife y á veces se empatan como ya ha sucedido, bien puede decirse, que los naipes son iguales y que el éxito se juega á cara ó cruz. La cuestión, como ya he dicho, viene á ser de simpatías. No se trata de la buena estampa de un caballo, de la reputación ó conocimientos del dueño, ni de los triunfos obtenidos en otras carreras, ni menos de los padres y las yeguas de que procede. Los que votan por una universidad es porque sus ideas son afines con las que predominan en dicho instituto, ó porque han tenido ó tienen en ella algún individuo de su familia ó porque les gusta más el color de su divisa que el de la contraria, ó en suma, porque viendo, por ejemplo, que *Oxford* ha ganado dos ó tres años consecutivos, juzgan que le toca ganar á *Cambridge*. Estos son los más discretos, pues se ve por la estadística, que en medio siglo que se ha verificado esta competencia, se hallan en punto á triunfos á *pata es la traviesa*.

Los jugadores de profesión contribuyen á aumentar el entusiasmo, ó al menos los que quieren imitarlos, haciendo desde un mes antes operaciones y combinaciones, como agentes de Bolsa, tomando el azul claro y el azul oscuro á tantos contra tantos, que á veces suele ser de nueve y diez contra uno. Y, entre paréntesis, como en todas partes, los incautos que se dejan llevar de esas gangas, juegan con los timadores como con las damas, pues si pierden, pagan; y si ganan, no cobran. La atmósfera creada por estos jugadores merced á infinidad de hábiles artículos en la prensa encomiando la gallardía, apostura y agilidad de tal ó cual de las dos tripulaciones, explica el entusiasmo y los gritos que parten de ambas orillas del Támesis, al rápido pasar de los dos botes, que alternativamente ganan y pierden la delantera, y esto explica también, cómo, declarada la victoria, se sueltan centenares de palomas, con el color victorioso y juegan los alambres telegráficos para extender la nueva por los condados y traspasarla al continente y á la América, á la India y á todas las colonias que une la electricidad con la metrópoli, pues seguro es, que si en las extremidades del polo norte se han encontrado dos ingleses con algo que se parezca á una moneda, no habrán dejado de apostar, el uno por la universidad de los metafísicos y teólogos y el otro por la de los doctores en ciencias naturales. No hay palacio ni hogar, taller ni oficina, lugar público ni privado, donde no se suspendan las faenas y negocios para oir el desenlace y hablar con patriótico sentimiento de vencedores y vencidos. Eso sí, bien podrán ganar los *oxonians*, siempre habrá una expresión honorífica para los *contabs* y vice-versa. A veces son tan hidalgos los comentadores de la contienda, que en medio de su júbilo por haber ganado, aplican á los vencidos aquellas celebradas frases del gran poeta: «no vencieron, pero han hecho más; han merecido la victoria.»

A veces son curiosas las escenas y diálogos que ocurren en este día.

Entra un corredor de bolsa en el escritorio de un comerciante, que le ha dado orden de vender tal papel al mejor precio posible. La primera palabra del jefe de la casa es: —¿A cómo...?—El corredor le interrumpe con la sonrisa en los labios y las sencillas palabras de *Cambridge* ó de *Oxford* según el caso. Suponiendo que un corredor de bolsa debe ser el sabedor de todas las cosas y muchas más, antes que otro mortal alguno, el comerciante, con toda su gravedad á cuestas, se asoma á la puerta de la oficina general, anunciando á los dependientes: *¡Cambridge victorioso!*

—*¡Cambridge!*—repiten quince ó veinte voces de hombres graves por naturaleza ó artificio, más graves, por supuesto, las de los perdidosos y más agudas las de los gananciosos.

En este momento entra un *Telegraph Boy*, ó sea un rapaz con el uniforme, conductor de despachos telegráficos. El entusiasmo iguala á viejos y á niños y un dependiente tiene la amabilidad de decirle:

—¿Sabes que Cambridge es victorioso?

—¡Toma! dice el rapaz, ya he hecho yo la digestión del *pudding* que me he ganado.

En efecto, lo que no sabe esta gente menuda de la brigada telegráfica de Londres es volar. De lo demás nada ignora.

—Alfredo, se oye decir á una linda muchacha en el mostrador de un restaurante; he apostado por Oxford.

Esto significa un par de guantes, cuyo equivalente en dinero esterlino saca el galán de su bolsa.

Antes de entregarlo, dice:

—Pero Vds. nunca pierden aunque se equivoquen de color.

—Eso es con los caballeros, responde la muchacha; pero yo aposté con mi compañera.

—¡Cómo!—exclama Alfredo,—yo creí que no había más que unanimidad entre vosotras.

—Sí, estamos todas unánimes... en...

—Lo comprendo, interrumpe Alfredo, en engañar á los hombres.

La víctima capitula, se entrega, se deja engañar á la condición tan frecuente en Inglaterra como prohibida entre nosotros: un beso salda las cuentas.

—¡Qué incivil! prorrumpe una señora, á quien un joven ha medio atropellado en la calle.

—Usted perdone,—contesta el agresor:—ha ganado Cambridge, y voy á cobrar mi apuesta.

En cambio, nada comparable á la frialdad y melancolía con que el año de 1879 se anunció la indiferente palabra de empate ó tablas: *drawn battle*.

El día de los regateros no concluye aquí. La noche venida, festéjase á los contendientes con la comida tradicional ó de ordenanza, donde se brinda recíprocamente por la destreza y excelente condición física del personal de ambas universidades. Los teatros y salones filarmónicos doblan el precio de las entradas, las jóvenes ostentan elegantes broches á los que van adheridas ricas cintas del color victorioso: los periódicos preparan largas y detalladas reseñas; las ilustraciones representan en sus grabados la acción y episodios más notables, sin olvidar los retratos de los diez y seis remeros, quienes, siquiera por breve tiempo, viven en excitación placentera y gozan de algo parecido á las ovaciones destinadas en lo antiguo á los salvadores de la patria.

En las anteriores líneas he hecho la pintura del suceso con colores nacionales y dominando en ella más bien la simpatía que la crítica. No se me podrá tachar de que haya escogido un punto de vista mezquino ó rastrero, pues me he remontado á buscar á este ejercicio un origen que encierra nada menos que lo teológico, lo filosófico y lo climatérico. Puedo, pues, considerar la cuestión «por el otro lado,» sin que se me tenga por sospechoso. Sobre el fondo nada tengo que decir ni para nada alterar mi opinión. Esas y otras competencias son necesarias y provechosas. En lo que puede nacer disputa es en si han de ser los competidores, jóvenes dedicados á graves estudios, ó jóvenes sacados de otras *capas sociales*, según la expresión de moda: seres que se dedican al cultivo del espíritu, donde más largamente se desarrolla y diviniza, ó seres dedicados á otras profesiones ó industrias. *That is the question.* Posible es que muchos encuentren cierto viso de extravío, tinte de ridiculez, puntas de puerilidad y collares de indiscreción en dar tanta importancia á la fazaña de unos cuantos estudiantes, de recorrer cuatro millas y pico en veinte ó veinticinco minutos. Estos «héroes por fuerza,» después de grandes ensayos y trabajos, vienen á hacer lo que podrían hacer mejor millares de hombres que tienen esto por oficio ó millares de jóvenes, á quienes convendría en sus carreras ó profesiones utilizar esa fuerza de puños. La verdad es, que para realizar esa competencia anual, que apenas consume media hora, se han estado ensayando y disciplinando por seis ú ocho meses, con objeto de convertirse en piezas de una máquina, y aun peor, puesto que se pesan como reses, caballos y jockeys, advirtiendo que los ocho remeros de cada universidad, son escogidos por sobresalientes entre los aficionados al oficio de Aquerón; de suerte que el bogar se supone muy extendido en las Sorbonas inglesas, y si á la mayoría les ocupa gran parte del tiempo, á estos escogidos les lleva todo el que debieran dedicar al culto de Minerva.

Pudiera esto perdonarse si aquí *ficara ó punto*, porque muchas familias ricas mandan sus hijos á las universidades, no para que salgan Papinianos, sino porque es de buen tono, y si estos no fueran, ¿quién había de llenar los claustros y sostener carreras tan costosas? No hay que



¡NO LLORES, ME ENCUENTRO BIEN! dibujo de Carlos Max

pedir á los ingleses, lo que no exigimos á los estudiantes de otros países. En España, por ejemplo, no hay regatas, ni juego alguno de competencia inter universitaria, que pueda quitar el tiempo. y con todo eso, de cien estudiantes, por término medio, que cada año en cada facultad se matriculan, sale uno ó dos famoso y notable. Bien pudiera el resto haberse ocupado en remar, más bien que en otros juegos ruinosos para la salud y el bolsillo, y contribuir de este modo indirectamente á la actividad y ganancia que redunda en Inglaterra en pro de infinidad de industrias con tales competencias.

No puede negarse, que recientemente se ha engendrado cierto espíritu de protesta y oposición á esta competencia, á pesar de sus indirectas ventajas, y no precisamente por las regatas, sino porque la esfera de la rivalidad se va extendiendo de una manera algo alarmante, y si antes se limitaba al remo, hoy tras la contienda náutica, vienen las de partidas de billar en público, tras el billar el *tricket*, tras el *tricket*, los *racquets*, y la carrera y la natación y el juego de pelota y la gimnástica y el tiro de fusil, de lo que puede resultar que los estudiantes vuelvan á sus casas con el *biceps* y el tendón de Aquiles muy desarrollados; pero Dios sabe cómo en las demás ciencias y sobre todo en la que da noticia de todas las cosas divinas y humanas.

Como nadie fué de repente diestro ó sabio en cosa alguna, se requiere mucho tiempo para sobresalir en cualquiera de estos ejercicios. La asiduidad, disciplina y esfuerzo necesarios para que ocho jóvenes muevan los remos con la ligereza, compás y exactitud de una máquina, que es lo que distingue á los rivales Aquerontes en las serenas aguas del *Cam* y del *Isis*, aplicados á cosas serias, darían grandes resultados en hombres cuyo porvenir no es andar al remo ni hacer otras habilidades que después de todo las ejecutan mejor los que hacen de ellas su oficio. Preguntará algún hombre sensato, ¿porqué han de ser estudiantes de ciencias superiores, de quienes la nación espera el vigor de la inteligencia y no la fuerza de los brazos, los llamados á celebrar una regata anualmente? ¿Qué hay de común entre la teología, la jurisprudencia, la filosofía y otros estudios elevados, con este primer ejercicio de marineros, barqueros y pescadores? ¿No hay otras clases en la sociedad, que puedan prestarse á estas exhibiciones? ¿No hay escuelas de marinos en quienes caería de molde y como anillo al dedo?

Puesto que no se divisa la menor relación entre las proposiciones de Euclides y el manejo del remo ni entre las ciencias de Sócrates, Triboniano ó Santo Tomás y el arte de bogar, queda la cuestión de si estos ejercicios son dañosos ó favorables á la índole de las carreras y profesiones de los que los practican. Los ingleses en general los creen favorables; muchos, inofensivos, y pocos son los que los juzgan perjudiciales. En una sociedad modelo ó utópica, claro es que el ideal sería una pléyade de genios tan aptos para resolver problemas espirituales como para correr, saltar, remar y tirar la barra. Nada más bello que la realización del aforismo: *mens sana in corpore sano*. Nadie objetaría el ver el entendimiento de un Newton y el genio de un Shakespeare, en un cuerpo como el de los gladiadores romanos, el pugilista Heenau ó cualquier acróbata que exhibe su bella musculatura en los circos ecuestres. Pero aun no hemos llegado á esa altura de perfección ó de equilibrio entre el espíritu y la materia. Si á los jóvenes que entran en una universidad se les ofrece la alternativa de consagrarse á los estudios y lucir en los exámenes, ó de consagrarse á los juegos y lucir en certámenes donde tienen por jueces un inmenso público y una gran ovación si triunfan, claro es que la tentación es irresistible de parte de los ejercicios corporales, que no son obligación sino diversión y pasatiempo. La balanza ha de inclinarse por el lado de lo agradable y fácil, y vendrá á establecerse el predominio del desarrollo muscular sobre el cerebral, el desarrollo de las fuerzas físicas sobre el de las espirituales. La preferencia del pasatiempo sobre el estudio es como ingénita en la especie humana. Hay más, la confortabilidad de la robustez, la vitalidad física que surge de la fuerza de los músculos, es una especie de embriaguez *sui generis*, que como la embriaguez del alcohol, como la embriaguez del estudio, pide más y más ejercicios, más y más estimulantes. El hombre siente el vigor de la materia como siente el vigor del espíritu, y en uno y otro caso no tiene la discreción de detenerse en un punto para llegar á ese justo medio, ideal de los médicos y filósofos antiguos. Por eso hay tipos espirituales y tipos materiales ó carnales. Obsérvense los tipos antiguos y modernos de los hombres de genio. ¿Hay alguno en que predomine el desarrollo muscular? Al contrario, la generalidad revela una lucha en que lo físico ha llevado la peor parte, porque la vida es corta y no se puede servir á dos señores. Fortaleza, desarrollo y prominencia de músculos, es cosa digna de ver desde las gradas de un anfiteatro en un acróbata ó gimnasta, y en los museos en hermosas estatuas; pero no las encontramos en los tipos representantes del desarrollo de la inteligencia, en esos *remeros* espirituales que dirigen la nave del saber en el mar dilatado de la historia. Muy al contrario; vemos la materia vencida por el espíritu, cuerpos y facciones indicativas de que la balanza se ha inclinado de parte del cultivo de lo ideal más que de lo real, del alma más que del cuerpo. Mientras aquella se recrea en los vastos dominios de la ciencia y procura revelar los arcanos de la naturaleza, no se puede remar ni saltar. Si Inglaterra quiere introducir usos nuevos, todos nos alegraríamos de conocer el secreto de su invención, porque nada habría más admirable que la belleza y desarrollo del cuerpo, unidas á la grandeza y profundidad del alma, que ver un atleta con el genio del Dante, un Hércules con la inteligencia de Newton, ó un acróbata con el alma de Cervantes ó Shakespeare.

Hay, además, detalles ó incidentes de estas fiestas, que tienen algo de ofensivo de la dignidad humana. Los estudiantes elegidos cada año para tripular los botes, en cierto modo descienden de la categoría de hombres. El público, y especialmente los jugadores, ó apostadores, acuden á presenciar sus ensayos y á calcular las probabilidades de triunfo, por la apariencia, contextura de cuerpo, anchura del pecho, desarrollo de los músculos, color del semblante, edad y demás signos ó señas corporales, al modo que en el *Turf* se hace con los caballos de carrera, y hasta se averigua y publica *lo que pesa cada hombre*, como si fuese una res de matadero.

Item, una vez puestos en vía de ensayo, pierden su independencia y su voluntad, y á las dos tripulaciones se las considera como una especie de cantidad ó masa de fuerza bruta, que es preciso cuidar y aumentar si es posible, y sobre la cual se cuenta, como se cuenta y confía en la resistencia y ligereza de un *Gladiator*, *Caractacus*, ú otro caballo destinado á las carreras del *Derby*. El régimen dietético de los jóvenes está arreglado y calculado de antemano, como los piensos, ó como el alimento que ha de tomar un pugilista antes de su lucha. Los paseos que han de dar, las abluciones que han de tomar, las horas de dormir, todo,



Á CUBIERTO DE LA LLUVIA, cuadro de M. Lebling

en fin, es sistemático é impuesto. Esto irá, *secon ces rigles*, pero no según el decoro y la dignidad de hombres de quienes espera la nación, ya un gran filósofo, ya un sabio magistrado, un hombre de gobierno ó un hacendista, un jurisconsulto ó un teólogo. Las cosas sólo parecen bien puestas en su punto; pero eso de convertir á los estudian-



UNA BODA EN TOSCANA, cuadro de A. Ricci



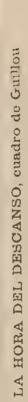
SUBASTA DE PESCADO, COPIA D

PRESENTADO EN LA EXPOS



DEL NOTABLE CUADRO DE FRANCISCO SKARBINA

SICIÓN DE BERLÍN



LA HORA DEL DESCANSO, cuadro de Guillou

tes de las dos grandes universidades de Inglaterra en aprendices ó profesores del remo y del billar, y convertirlos en *cricketistas*, tiradores, andarines, buzos y saltarines, téngolo por indiscreto y pueril, con perdón sea dicho de ambos claustros de doctores. Hay ciertas cosas que se despegan de las naciones como de los individuos, cuando llegan á cierta edad, y la nación inglesa es ya algo zancuda para dar tanta importancia á estas niñerías.

Este es mi punto de vista crítico, mirando la cuestión en absoluto, ó sea abordándola de frente; pero hay que considerarla de un modo relativo, y por los muchos lados á que se presta todo hecho y toda tesis ó tema. Ya dije antes, que de muchos estudiantes llamados, pocos son los escogidos. Seguro es, que los candidatos á la inmortalidad no son los que buscan el aplauso pasajero en las aguas del Támesis, ni se contentan con ver sus retratos en las Ilustraciones inglesas por el mérito de tener fuerza de puños. Bien mirado, esa masa estudiantil que puebla los colegios de Oxford y de Cambridge, porque sus padres pueden costearles la carrera, no tienen vocación visible ni decidida para las ciencias, ni por ellas está llamada á proporcionar grandes glorias á su patria. Si estos jóvenes habían de calar bonetes ó arrastrar bayetas sin sobresalir en cosa alguna, más vale que se hagan notar en estos ejercicios ó pasatiempos. Después de todo, si fuesen marineros, ó barqueros ó gente de baja esfera los contendientes en la regata, no iría á verlos la aristocracia, ni siquiera la clase media.

Bajo este aspecto, son lo que llaman los ingleses *good for trade*, es decir, buenos para el comercio. Con motivo de su competencia ganan los tenderos, los fondistas, y sobre todo, los cocheros y las compañías de ferrocarriles y de vapores. Este es el secreto. La prensa verdaderamente ilustrada suele protestar contra tanto ruido de tan pocas nueces, pero no mira el inmenso número de mercaderes é industriales que hacen su agosto con esta y otras funciones semejantes. Dejadlos vivir, el mundo es ancho y todos cabemos. La vida, en los pueblos civilizados, ha de tener estas combinaciones de intereses, de vocaciones y de gustos, y más vale desarrollar el pecho y dar de comer á las industrias, que romperse el esternón azotándose fieramente, ó debilitarse como anacoreta en un desierto, sin fruto ni provecho para sus semejantes.



ESPERANDO, cuadro de Smith Hald



HISTORIA DE UN HOMBRE CONTADA POR SU ESQUELETO

POR DON MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

(Continuación)

Algunos días de fiesta tomaba su carabina, se despedía de nosotros, se encaminaba á los bosques del río, y á la noche volvía cargado de caza.

Mi marido le demostraba cada día más estimación, hasta que al fin le encargó de todos los negocios de la casa.

Yo, entre tanto, tenía concentrado todo mi amor en mi hija.

Mi pequeña Isabel crecía hermosa, hermosísima.

Un año después de la llegada de López á la hacienda, y cuando acababa de quitar el pecho á mi Isabel... una noche... yo no sé lo que pasó aquella noche... mas que ...oí gritos... disparos... desperté aterrada, encontré toda la casa en movimiento... Lemus y López habían salido... los disparos se oían á lo lejos hacia el Sur... mi Isabel me había sido robada por los indios:

– ¡Por los indios!

– Sí, Sandoval... por el terrible Miantucatuc.

– Pero ¿cómo supo usted?

– Cuando al día siguiente Lemus y López volvieron desesperados sin haber podido rescatar á mi hija, Lemus encontró un papel escrito sobre la mesa de su aposento.

Aquel papel decía:

«Tú robaste una piel roja de entre los pintos.

»El gran jefe de los pieles rojas te robó tu hermana.

»Ahora te roba tu hija.

»Ven por ella.

MIANTUCATUC.»

– ¿Y fué Lemus? – preguntó Sandoval.

– Fué una, dos, tres veces, en tres años consecutivos. Lemus no volvió de su tercera expedición, volvió López solo. Lemus había sido asesinado por los pintos.

– ¡Y entonces cobró V. horror á México, y se vino V. á España! – dijo Sandoval.

– Aun no, aun no; había sentido un odio terrible á los que me habían robado mi hija; mientras hubo un hombre que pudiese obtener una venganza contra ellos, no pensé en vengarme por mí misma; pero cuando me ví sola, en vez de renunciar á la venganza, me decidí á ejecutarla por mi mano.

– ¡Usted, señora!

– Yo, sí: había en mi alma algo de salvaje, algo de bravío, algo de indomable: después, el remordimiento me ha hecho débil y cobarde.

– ¡El remordimiento!

– Sí; ha llegado la hora en que se ponga á prueba el amor de usted.

– ¡Tan terrible fué la venganza que V. tomó!

– Escúcheme V., pero antes lléneme V. otra vez la copa.

Sandoval puso ron en la copa de Clara.

Esta la apuró de un trago de una manera febril.

– Necesito embriagarme para llegar sin miedo al relato que va V. á oir, – exclamó; – y no digo que para recordarlo, porque no lo pierdo un momento de la memoria.

Cuando dije á López que quería ir yo misma, acompañada de los indios más valientes que se encontrasen, á buscar á Miantucatuc, López se puso densamente pálido.

– ¿Sabe V., señora, – me dijo, – que hay que andar centenares de leguas, atravesar selvas, exponerse á mil peligros?

– No importa, – le contesté: – yo quiero hacer lo que no ha podido hacer el desgraciado Lemus: quiero rescatar á mi hija.

– Eso no es fácil. Nosotros no hemos podido dar con ella.

– Mi corazón de madre me guiará.

– Mejor sería que fuese yo solo.

– No, no: V. vendrá conmigo, V. me servirá de guía. Quiero conocer á ese terrible Miantucatuc, y puesto que soy india, puesto que en las dos veces que nos ha escrito, una vez á mí y otra á mi marido, ha dejado comprender que me conoce, veremos... veremos si se deja oir de mí.

– Es exponerse á no volver.

– Dios me ayudará.

López hizo cuantos esfuerzos son imaginables para disuadirme; pero yo me obstiné.

Ocho días después debíamos marchar.

La víspera del día señalado para la partida, cuando ya estaba reunido en la hacienda mi pequeño ejército, me dijo López:

– Me parece, señora, que no será necesario que vayamos tan lejos para esperar á Miantucatuc.

– ¡Cómo!

– ¿Cree V. en los espíritus? – me dijo.

– ¿Que si creo en los espíritus?

– Sí, sí señora: los indios creen que cuando necesitan saber una cosa les basta llenar algunas fórmulas mágicas y pegar su oído á la tierra, para que un espíritu invisible les diga al oído lo que necesitan saber.

– Explíquese V., – le dije

– Mi explicación está en esta carta, que he encontrado en mi aposento, – me dijo López entregándome un papel escrito:

«Hija del Sur, decía aquella carta: sé que me buscas; el grande espíritu me lo ha dicho.

»No he querido que por mí arrostres los peligros de un largo viaje, y vengo á tu encuentro. Fuera de tu hacienda encontrarás esta noche un pinto que te traerá hasta mí.

MIANTUCATUC.»

– ¿Y no le parece á V. extraordinario, señora, – dijo López, – que un indio sepa sus proyectos de usted?

– Creo más bien, – le dije, – que ese hombre tiene medios de introducirse en nuestra casa y de oir nuestras conversaciones. Hace algunos años ví saltar á un salvaje la empalizada de la hacienda.

– Bien puede ser, – dijo. – ¿Y qué piensa V. hacer? – me preguntó.

– ¿Qué? ir.

– Será más prudente que yo me adelante y me informe.

– Como V. quiera.

López salió con su gente en dirección al bosque cercano.

Antes de la noche volvió solo.

– He dejado apostada la gente, – me dijo, – pero no he encontrado á nadie; creo que debe usted desistir.

– ¿No dice esa carta que esta noche se encontrará fuera de la hacienda un indio que nos servirá de guía?

– Sí.

– Pues bien, iremos.

– ¿Y se fiará V. de un hombre que robó su hermana á don Angel, que robó á V. su hija, que la dejó viuda?

– Lo perdonaré todo á ese hombre si me da mi hija.

– Acaso no le sea posible...

– ¡Oh! pues si mi hija ha muerto, necesito matar á ese hombre aunque haya de morir.

– Si está V. decidida no insisto. Prepárese V., y espéreme usted.

Y López salió.

XLIV

Al mediar la noche...

Era una de esas noches que imponen pavor.

En que no hay ni una sola nube en el espacio, y sin embargo, no se ve una sola estrella.

En que el cielo parece un manto de terciopelo negro.

El silencio era tan denso como la oscuridad.

Sólo se oía el ruido de nuestros pasos: esto es, el de los de López y los míos, porque López y yo íbamos solos.

López me llevaba de la mano para guiarme, porque no llevábamos luz, á fin de sorprender á Miantucatuc.

– Pero ¿á qué esa sorpresa? – dijo Sandoval, – ¿no esperaba á V. el jefe indio?

– Indudablemente, – dijo Clara, – pero López y yo habíamos convenido en que yo escuchase sin ser vista por Miantucatuc, lo que López hablase con él. Este había sido un pensamiento de López, á fin de asegurarnos de las buenas intenciones del jefe indio respecto á mí.

– No veo muy claro, – dijo Sandoval; – me parece que López engañaba á usted.

– No, no por cierto. Sígame V. escuchando y se convencerá de que López ha sido siempre mi amigo, de que siempre ha velado por mí.

– Insisto, sin embargo, en mis dudas acerca de ese hombre; me es sumamente antipático.

– El que le sea á V. antipático López, no prueba que sea malo.

– Dispénseme V. si la he interrumpido. Escucho.

– Ibamos, pues, á oscuras: López me llevaba asida de la mano, me conducía. Aquella mano estaba helada como la de un cadáver. Adelantamos hacia el río; muy pronto empezamos á marchar por entre los árboles: el mismo silencio reinaba fuera del bosque que dentro: aquel silencio y aquellos lugares eran pavorosos, y sin embargo, yo no sentía pavor, me animaba la venganza.

¡Oh! la venganza engendra el remordimiento.

¡Oh! ¡cuando matamos á un hombre, á un ser humano que nos ha privado de un ser querido, cometemos otro crimen!

No se vengue V. nunca, Sandoval.

Detúvose Clara como fatigada, como dominada por una conmoción extraña, reclinó la cabeza sobre el pecho, guardó silencio algunos momentos, y luego levantó del pecho la cabeza en cuyo semblante apareció una expresión dolorosa, y continuó:

– No sentía terror sino impaciencia; caminábamos en silencio y siempre asida mi mano á la de López: aquella mano estaba cada vez más fría.

Al fin López se detuvo y me dijo:

– Espéreme V. aquí.

– ¿Y me deja V. sola?

– Alrededor, aunque no se oye, está emboscada nuestra gente; voy por Miantucatuc: cuando venga con él me detendré á poca distancia y le hablaré para que V. pueda oirle y conocer sus intenciones. No tardaré.

López se alejó y poco después oí un leve silbido al que contestó otro.

Sin embargo, pasó mucho tiempo antes de que volviera López.

Al fin oí un ruido vago, poco después pisadas de dos hombres que se acercaron y se detuvieron junto á mí.

No podían verme, porque la noche, como he dicho ya, era muy oscura, y además aunque hubiese sido clara, bajo el espeso follaje del bosque hubieran dominado las tinieblas.

La primera voz que oí fué la de López.

– Con que, según dices, la hija de doña Clara... – dijo López.

– ¡Su hija! – contestó una voz bronca, que hablaba el castellano con el acento y la inflexión particular de los indios. ¡Su hija ha muerto!

A pesar de esta terrible noticia tuve valor para sostenerme de pie. Pero mi corazón se dilató en una rabiosa sed de venganza.

– Su hija ha muerto como su marido, ya lo sabes tú, y

es necesario que ella venga al Sur, á las grandes praderas.

– Yo creía que me habías engañado, Miantucatuc; que la hija de Clara vivía... y que se podría venir á un avenimiento.

– Yo te he pagado para que me la entregues: ¿por qué, pues, ahora dejas pasar el tiempo y me opones dificultades? Lemus debía morir y murió; la hija de Clara era hija del extranjero, del aborrecido español, y ha muerto también: las pieles rojas no deben estar entre los rostros pálidos y vendrá entre nosotros. ¿Dónde está? ¿la has traído?

– Sí, ven conmigo y cumpliendo lo que hemos tratado te la entregaré.

Yo sentí no sé qué vago terror, como el que nos sobrecoge de una manera misteriosa antes de sucedernos una desgracia: una especie de pensamiento de que no nos damos cuenta sino cuando la desgracia ha sucedido.

Yo sentía acercarse un hombre que no era López porque López á alguna distancia hablaba con Miantucatuc.

En aquellos momentos supremos pasó por mí un vértigo horrible...

Más ron, Sandoval, más ron, necesito embriagarme, póngame V. más ron.

Más ron, Sandoval, que había acabado por escuchar de la manera más seria del mundo á Clara, llenó su copa y luego llenó la suya.

Clara bebió.

Sandoval bebió también.

Después de un corto espacio Clara continuó:

– Había yo llevado, resuelta á todo, un puñal: si mi hija había muerto, ó si aquel hombre no quería devolvérmela... yo le había sentenciado... aquel hombre debía morir á mis manos.

Y se acercaba... le sentía ya... entonces... nó sé cómo... desnudé el puñal: por un acaso Miantucatuc tropezó conmigo... y antes que pudiera volver de su sorpresa, le así... y le herí... no sé cómo, pero Miantucatuc cayó... y al caer... ¡Oh! ¡miserable...! – exclamó con voz débil – ¡me has engañado! ¡me has asesinado!

Y esto lo oí en medio de la perturbación de mis sentidos, pero de una manera clara, distinta aunque angustiosa, débil, horriblemente dolorosa.

Yo sentía mojadas mis manos con una cosa tibia... sentí horror, huí... corrí... no sé á dónde... sin dirección determinada... de repente tropecé con un objeto... y me detuve horrorizada: aquel objeto era un hombre tendido, que se revolvía y se quejaba con acento débil .. y aquel hombre, aumentando mi terror, me asió por las ropas y me atrajo á sí.

– ¡Ah! no es él, – exclamó, – no es el miserable: es... una mujer, ella acaso... ¡mi hija!

XLV

¡Su hija! – exclamé interrumpiendo al esqueleto y levantándome de una manera nerviosa sobre los brazos. – ¡Con que era al cabo Miantucatuc el herido, el asesinado!

– Lo mismo dijo sobre poco más ó menos Sandoval á Clara. Como tú de la cama, Sandoval se había levantado del sillón pálido y convulso.

– Y no es para menos, ¡diablo! – contesté, rehaciéndome y dejándome caer de nuevo sobre las almohadas; – la hermosa viuda de tu cuento, era una mujer terrible.

– Déjame continuar, que después veremos si Clara era tan terrible como tú la crees en este momento y como lo creyó Sandoval.

– Sigue, pues.

– Sigo.

XLVI

– ¡Mató V. á su padre! ¡era su padre de V. Miantucatuc! – había dicho Sandoval.

– Sí, – contestó Clara con voz ronca. Mi padre hacia el cual, después de haber huído instintivamente, me había vuelto á llevar la justicia de Dios para que me dijese: ¡tú eres mi hija!

– ¿Y murió?

– No pronunció una palabra más... el horror me dominó y huí, huí, corrí... hasta que me faltaron las fuerzas.

Cuando volví en mí, me encontré en mi aposento, en mi lecho.

López estaba frente á mí.

Ceñudo, pálido, sombrío.

No hablamos una sola palabra.

Pasó mucho tiempo sin que yo le preguntase nada, sin que yo le recordase nada acerca de la fatal noche del 28 de febrero.

– Cabalmente hoy estamos á 28 de febrero, – dijo Sandoval.

– Y á 28 de febrero estamos hoy también, – dije yo.

– Sigues con tu manía de interrumpirme, Eugenio: déjame continuar libremente mi relato si no quieres que dure nuestra historia una eternidad.

Yo me arrebujé en la cama, y para obedecer desde luego al esqueleto no contesté.

El esqueleto continuó:

– Decía, que López y yo no hablamos una sola palabra acerca de aquel suceso, – dijo Clara.

Pasó un año.

Llegó el fatal aniversario del 28 de febrero.

Estaba yo sola en mi aposento.

Pensaba en mi hija... en mi hija perdida.

Dieron las doce de la noche.

Al cesar la última campanada, en el fondo oscuro de la puerta de mi aposento apareció...

– ¿Quién? – dijo Sandoval.

– El... – repuso con terror Clara.

– ¿Miantucatuc?

– Sí.

– Ilusión sin duda... el recuerdo de aquel terrible suceso... – dijo Sandoval.

– No, no fué ilusión... le ví... le ví clara y distintamente, le reconocí...

– Pero creo que V., señora, no le había visto: cuando le hirió V., la noche... las tinieblas... cuando tropezó V. con él...

– Sí, sí: yo no le había visto nunca... pero el rostro de aquel jefe indio que me miraba con amor... y luego... al detenerse delante de mí, extendía hacia mí los brazos... y me llamaba su hija...

– Pero ¿está V. segura de que aquel jefe indio era un fantasma y no un hombre? – dijo Sandoval.

– ¡Oh! siempre antes de verle me acomete un frío intenso, mi cabeza arde... mi razón se extravía... poco después aparece él.

– Pero medite V., señora, que V. está prevenida, preparada: que al llegar el fatal 28 de febrero, al acercarse las doce de la noche, le espera usted.

– Es que le he visto algunas otras veces.

– Pero antes de verle en esas ocasiones extraordinarias, ¿ha tenido V. el mismo frío, la misma fascinación?

– No.

– Eso prueba que la impresión que V. experimenta antes de ver al jefe indio á las doce de la noche de los días 28 de febrero, es una impresión causada por la imaginación... que espera... esto es indudable. Yo creo que aquí hay algo de misterio... Creo que ni V. hirió á Miantucatuc ni Miantucatuc ha muerto.

– Bien: crea V. lo que quiera... pero ¿se atreverá usted á partir su suerte con una mujer que como yo ha cometido un crimen horrible...? ¿combatida como yo por el remordimiento?

– Yo la amo á usted, señora... ahora más que antes... yo no podría ser feliz sino poseyéndola á usted.

– Juro ser de usted, – dijo Clara á Sandoval tendiéndole la mano.

Y los ojos de Clara resplandecían, y su garganta se hinchaba y se levantaba su pecho.

Estaba completamente borracha.

XLVII

– ¡Borracha! – exclamé interrumpiendo al esqueleto.—

– ¡Vaya una frase delicada!

– Pues ¿cómo quieres que califique el estado en que se encontraba Clara, amigo Eugenio? – dijo el esqueleto.

– Había bebido tanto ron, que no era dueña de sí misma.

– ¡Y estaba sola con Sandoval! – exclamé.

– Por fortuna suya no estaba sola.

– Pues ¿quién la acompañaba?

– En el momento en que Sandoval se creía dueño de la hermosa viuda, se abrió con estruendo una puerta de cristales y apareció Miantucatuc.

– ¡Miantucatuc!

– Sí, amigo Eugenio, Miantucatuc, que asió por una mano al atrevido, y llevándole por donde le había traído Clara, le plantó en la calle, y cerró el postigo.

– ¡Diablo!

– Como nevaba abundantemente y hacía mucho frío, Sandoval volvió en sí: meditó y comprendió que por el momento lo mejor que podía hacer, era irse á su casa.

Se fué á su casa y se acostó.

– ¿Y Clara?

– ¡Clara estaba loca!

– ¡Loca!

– Sí por cierto: loca, aunque nadie había podido adivinar su locura.

Al día siguiente Sandoval...

Pero estoy cansado, Eugenio, y hago punto en mi relato.

XLVIII

– Eres un infame, – le dije: – serás capaz de dejarme con mi curiosidad después de haberla excitado fuertemente.

– Lo merecerías: tú eres como aquellos que miran con desdén un libro porque le ven mal encuadernado, que leen las primeras páginas como por fastidio, y que continúan y se desesperan al cabo porque al libro le faltan algunas hojas... mereces, pues, como los tales, quedarte sin saber lo que fué de Sandoval.

Con tu permiso: voy á permitirme un entreacto.

Y el esqueleto se levantó y salió de la alcoba.

Poco después le sentí abrir el piano de Juan.

A seguida escuché un preludio que me crispó los nervios.

Después...

¡Oh! después...

XLIX

¡Si yo pudiera haceros comprender la armonía bárbara, inaudita, espantosa, que salió del piano bajo la presión de los dedos del condenado esqueleto!

No era aquel un piano.

Era un demonio que rugía, silbaba, aullaba, gritaba, blasfemaba..

¡Oh! ¡qué ejecución! ¡qué cosa!

Yo creo que aquel piano, tocado de aquel modo en un cementerio, hubiera hecho levantarse de su tumba á los muertos.

Y en medio de su feroz, de su infernal armonía, había grandilocuencia en aquella música espantosa, frases admirables, originalísimas, maravillosas: parecía aquello un poema del universo en acción, en su pasado, en su presente y en su porvenir, expresado por sonidos.

Saltaban, vibraban, gemían todas las pasiones, todos los afectos, y en medio de una tempestad de frases salvajes, solía abrirse paso un dulce idilio de sentimiento que hubiera envidiado Bellini.

¡Oh Dios mío!

Mi cabeza parecía estar sujeta en un círculo que giraba en todas direcciones.

Alrededor de mí pasaban atropellados, como evocados por aquella música fenomenal, seres incomprensibles, cabezas todas ojos; ojos como cabezas, flamantes, fosforescentes, rojos, azules, amarillos; seres aplastados como una tortilla, ó largos como una línea infinita; cuadrados, redondos, triangulares; unos todo cabeza; otros todo piernas; otros todo manos; y todos aquellos seres, riendo, llorando, guiñando, agitándose, revolviéndose, subiendo, bajando, como los átomos en un rayo de sol; y todos aquellos seres gritando, rugiendo, cantando, silbando, soplando... yo temía volverme loco: aquello era lo supremo de lo monstruoso, el delirio más exagerado de un pintor de extravagancias, viviendo, bullendo, agitándose; yo me asía la cabeza temiendo que se me escapase y me parecía que mi cabeza daba vueltas, que subía, que bajaba, que se revolvía en medio de aquel torbellino.

Y yo gritaba también.

Gritaba apostrofando al maldito esqueleto, amenazándole, suplicándole.

Y al escuchar mis improperios, mis súplicas ó mis amenazas, el maldito se reía y su risa sonaba retumbante y atronadora como hubiera podido sonar un peñasco al caer rebotando por una inmensa escalera de madera.

Aquello era una tempestad.

(Continuará)

EXPERIMENTOS

SOBRE LOS TORBELLINOS AÉREOS Y LAS ESFERAS GIRATORIAS.

M. Weyher, uno de los dueños del importante establecimiento de construcciones mecánicas de Pantin (casa Weyher Richmond), ha practicado una serie de experiencias sintéticas de las más notables sobre los torbellinos aéreos y la atracción por medio de esferas giratorias. MM. Mascart y Cornu, que presenciaron los ensayos, juzgáronlos dignos de llamar la atención de los sabios, y ya en la sesión celebrada por la Academia de Ciencias el 7 de febrero, M. Mascart habló sobre el asunto.

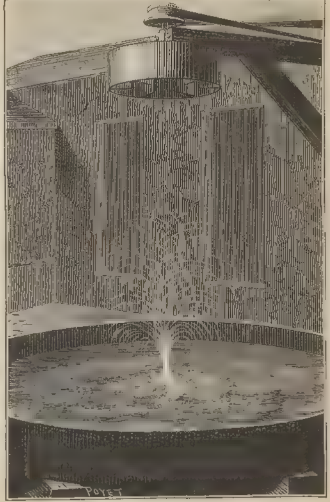


Fig. 1. – Tromba marina artificial obtenida por la rotación de un ventilador.

M. Weyher ha tenido la bondad de hacer funcionar sus aparatos á presencia nuestra, y hemos podido apreciar la originalidad y el interés de los resultados que obtiene con ayuda de ingeniosos mecanismos, hábilmente construídos. En nuestra opinión, por ese método de física experimental del globo queda abierta una nueva vía para los teóricos. M. Ch. Weyher nos ha facilitado la descripción de todos sus experimentos; pero no siéndonos posible reproducirla *in extenso*, nos limitamos á extractar los párrafos relativos á los hechos más importantes que nos han llamado la atención en particular, dando gracias al sabio experimentador por habernos permitido ser los primeros en la publicación de estos detalles.

1.º TROMBA MARINA AL AIRE LIBRE. – Un tambor de un metro de diámetro montado en un eje vertical, puesto en rotación por medio de una polea y una correa (fig. 1),


Fig. 2. – Torbellinos en una vasija cerrada.

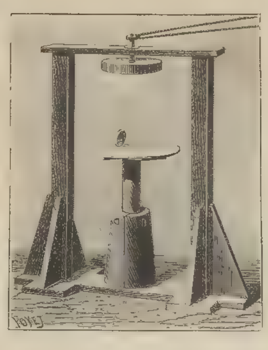

Fig. 3.—Moneda en rotación y cautiva dentro de un torbellino.



Fig. 4. – Experimento que demuestra la atracción producida por un torbellino aéreo

el tambor tiene de ocho á diez paletas y está abierto por abajo; el número de sus vueltas corresponde á una celeridad de 30 á 40 metros por segundo en su circunferencia. Este aparato está colocado á unos 3 metros sobre la superficie del agua contenida en un gran depósito.

Apenas se hace girar el tambor ventilador comienzan á formarse espirales en la superficie líquida, las cuales convergen todas hacia un mismo centro ó foco; y el agua forma en este último un primer cono macizo, que mide 0m,20 de diámetro en su base, y de 0m,10 á 0m,12 de altura.

Este primer cono está sobrepuesto de otro invertido y compuesto de numerosas gotas que se elevan de 1 metro á 1m,50 para caer de nuevo al rededor, á distancias

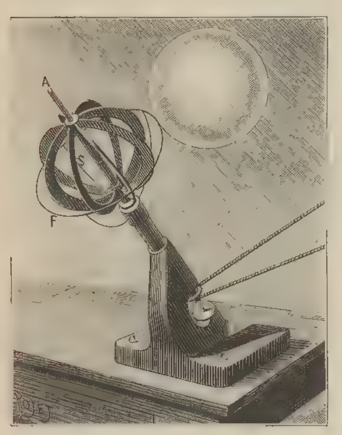


Fig. 5.—Globo libre lleno de aire girando al rededor de una esfera animada de un rápido movimiento de rotación

que varían de 1 á 3 metros. Las gotas más finas y los polvos líquidos suben hasta el tambor giratorio.

Si se pone paja sobre el agua, acumúlase por efecto del torbellino aéreo, formándose un verdadero cabo que se eleva en figura de tirabuzón en el eje del torbellino.

Colocando sobre el agua una tabla húmeda, el torbellino forma un foco de 1 á 2 centímetros de diámetro, de aspecto blanquizco, que produce un silbido particular, como si la tabla estuviese perforada por un agujero á través del cual pasara con violencia una mezcla de aire y agua procedente de abajo.

Es curioso ver cómo el torbellino se concentra y contrae sobre la tabla hasta tener sólo 1 ó 2 centímetros de diámetro, mientras que las paletas del ventilador dejan un círculo libre de 40 centímetros de diámetro en el centro del tambor.

Fácil es demostrar que el torbellino artificial creado por el tambor ventilador presenta exactamente los mismos caracteres que el pie ó la base de un torbellino atmosférico que bajara de las alturas superiores hasta la super ficie del agua.

Como este primer experimento se hace al aire libre, el foco se desvía con facilidad bajo la influencia de un viento más ligero, ó de los remolinos que llegan de las paredes ú obstáculos inmediatos, siendo así difícil estudiarlos bien. Entonces se hace el ensayo más en pequeño, en una vasija cerrada; pero el experimento al aire libre permite ver que esta vasija no es la causa de la formación del centro; no tiene más efecto que el de poder fijar el eje del torbellino poco más ó menos en un mismo punto.

TORBELLINOS AÉREOS.—Un cilindro de cristal de 0m,40 de diámetro por 0m,70 de altura, poco más ó menos (fig. 2) tiene una cubierta superior con un agujero, por el cual pasa el árbol del torniquete, componiéndose este último de una ó dos paletas de cartón montadas en cruz en el árbol vertical.

El cilindro contiene serrín de madera, ó más bien harina de avena: si se dispone esta de modo que forme un cono, haciendo girar después el torniquete, se verá cómo se forma una pequeña tromba en la cúspide del cono; y poco á poco la masa de harina se ahuecará en figura de hemisferio.

La materia corre de continuo en espirales desde la *circunferencia* al *centro;* aquí forma primeramente el cono inferior, y después el invertido superior, cuyas partículas de harina describen espirales que van desde *el centro á la circunferencia.*

El conjunto del sistema indica una *primera esfera* general más ó menos deformada, cuyo foco (ó encuentro de los dos conos) se halla también más ó menos fuera del centro á causa de la gravedad terrestre. Si se mira por arriba, se verá sobre el eje un embudo hueco: aquí es donde el aire está más rarificado por la rotación, y aquí llegan las materias más finas.

Sustituyendo en el aparato la harina por pequeños globos llenos de aire, se puede seguir el movimiento general: cuando aquellos se hallan en las circunferencias exteriores, bajan en espirales lentas; y apenas tocan las más inmediatas al eje de rotación, remontan rápidamente sobre un hélice con paso mucho más prolongado. El experimento, en suma, permite ver que, dada una masa de aire, si se la imprime un movimiento de rotación al rededor de un eje vertical, este aire baja constantemente por las circunferencias exteriores para remontar por las interiores, y *todo* el volumen pasa sin cesar por el centro del torbellino, arrastrando en su movimiento los cuerpos ó polvos sumergidos.

3.° Un plato de cristal ó de cualquiera otra materia se coloca debajo de un torniquete con paletas; y cuando este comienza á girar se pone al punto en el platillo un disco ó una moneda, á la cual se imprime con los dedos un primer movimiento de rotación al rededor de uno de sus diámetros (fig. 3). Si se retira vivamente la mano, el torbellino aéreo sigue haciendo girar la moneda como un trompo, y la retiene cautiva en su radio de acción.

La moneda, dando vueltas en uno de sus diámetros, engendra una esfera, y por medio de un experimento posterior se verá que una esfera giratoria constituye un centro de atracción (1).

4.° El experimento que representamos aquí (fig. 4) tiene por objeto medir la atracción que un torbellino produce: A es un torniquete análogo á los anteriores; B un disco de cartón, con su mango, colocado en la extremidad de una varilla muy ligera, C, que gira sobre dos ruedecillas D muy movibles; un hilo E pasa sobre una polea F, y tiene un platillo de balanza G, equilibrado por un peso H.

I es un freno fijado sobre la varilla C, y K un cursor provisto de una horquilla, que permite algún juego al freno J. Se hace girar el tambor A con un movimiento uniforme; y por medio de pesos colocados en el platillo G, y buscando con el cursor las posiciones correspondientes de equilibrio, por lo demás inestable, reconócese que las atracciones en el disco B están en razón inversa del cuadrado de las distancias. Con el mismo aparato, y por medio de un globo sujeto con un hilo, obsérvase igualmente la atracción lateral del torbellino.

5.° EQUILIBRIO DE LAS ESFERAS GIRATORIAS. – Una esfera libre, mantenida en equilibrio, gira al rededor de otra, animada de un rápido movimiento de rotación (figura 5).

(1) Las experiencias citadas han permitido al autor obtener los elementos necesarios de una teoría muy ingeniosa sobre el granizo; pero en el presente artículo hemos resuelto no salir del dominio puramente experimental.

El aparato consiste en una espiga A que puede girar en un soporte y va provista de una polea destinada á recibir el movimiento de una trasmisión: en la espiga A se monta una esfera S compuesta de 8 ó 10 paletas circulares (bien paletas llenas, ó recortadas en forma de media luna; esto es indiferente). La espiga puede ocupar una posición cualquiera respecto al horizonte; en este experimento tiene una inclinación de 45°, pero puede ser horizontal ó vertical; y se ha elegido dicha posición porque, pareciendo presentar mayores dificultades para el resultado, este será, por lo tanto, más concluyente. Cuando se hace girar con rapidez la esfera S, siéntese en la mano un fuerte soplo que se escapa de toda la circunferencia del ecuador, y si se aproximan algunos pedacitos de papel, serán rechazados á lo lejos; pero si se coloca al encuentro del soplo ó ráfaga un globo, será atraído vivamente hacia la esfera giratoria y trazará á su alrededor órbitas en el plano del ecuador.

Como el experimento se practica en una sala donde hay obstáculos que producen remolinos, y atendido también que la gravedad ejerce una influencia demasiado considerable á causa de la proximidad de la tierra, es muy difícil obtener una marcha regular. El globo se pone fácilmente en contacto con la esfera giratoria, siendo rechazado entonces demasiado lejos para que se pueda coger otra vez. Se puede apelar á un simple artificio que consiste en colocar al rededor de la esfera S un anillo de alambre F de un milímetro de diámetro, sujeto al soporte por otros tres semejantes.

El globo gira entonces indefinidamente al rededor de la esfera matriz, separándose hasta del anillo en la parte inferior bajo la acción de la gravedad. El experimento se puede disponer de diferentes maneras, y hasta se llega á suprimir el anillo; pero estas variantes no enseñan nada más.

Estudiando los movimientos de torbellino que la esfera engendra en el medio en que se halla sumergida, fácil es explicarse la causa de la atracción que ejerce en el globo.

6.° Se retira el anillo de la esfera giratoria y colócase paralelamente á su ecuador otro anillo de papel, de un diámetro interior más grande que el exterior de la esfera:


Fig. 6. – Anillo de papel mantenido en equilibrio y girando al rededor de una esfera animada de un rápido movimiento de rotación.

entonces se verá cómo queda cogido en el movimiento de rotación, manteniéndose enérgicamente en el plano del ecuador.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI ↞ BARCELONA 28 DE MARZO DE 1887 ↠ NUM. 274

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



UN RECUERDO MUNDANO, cuadro de Pablo Vagner

SUMARIO

—

Texto.—*Nuestros grabados.—Entre dos abismos*, por don C. N.— *El tesoro de los Incas*, por la Baronesa de Wilson.—*Historia de un hombre, contada por su esqueleto* (continuación), por don Manuel Fernández y González.

Grabados.—*Un recuerdo mundano*, cuadro de Pablo Vagner.—*Vista de Cebú tomada desde la catedral.—Playa de Cebú.—Caseta de carabineros y muelle en la playa de Cebú.—Murallón de la Cota ó cárcel de Cebú.—En la Rambla de las Flores*, dibujos de Llovera.—*Lectura alegre*, cuadro de R. Dammeier.

NUESTROS GRABADOS

UN RECUERDO MUNDANO
cuadro de Pablo Vagner

Esta composición tiene á primera vista un singular defecto: su figura ó personaje principal según el asunto, resulta ser la menos importante del lienzo. El lector comprenderá que nos referimos á la religiosa que le da la espalda y que, en efecto, es la protagonista del cuadro. Su autor se ha fijado en cierta leyenda alemana, según la cual Irmengarda, una joven de noble cuna, toma el hábito á consecuencia de un idilio de amor, rematado en tragedia. Una paloma, imprudentemente cazada por el amante, es causa de una entrevista entre éste é Irmengarda. Sorpréndeles en ella el padre de la enamorada doncella, y el lance termina á usanza de aquellos tiempos en que cada señor de horca y cuchillo se erigía en fiscal, juez y verdugo de sus querellas: al amante una estocada traicionera, con subsiguiente entrega de su cuerpo al sepulturero, y á la enamorada beldad la maldición paterna por todo lo alto y su entrada *velis nolis* en el claustro. He aquí por qué no bien las palomas torcaces acuden al convento, en busca del refugio á que se las tiene acostumbradas, la triste Irmengarda se siente desfallecer, y un recuerdo profano, á un tiempo grato y horrible, la obliga á buscar en el templo la suspirada paz del alma.

Irmengarda es, por lo tanto, la religiosa que se aleja de la escena dando la espalda al espectador. De esta circunstancia resulta cierta frialdad en la acción, bien así como si en un drama suprimiéramos á la primera actriz. Aparte de esto, que la crítica tampoco ha perdonado á un artista español laureado últimamente, el cuadro de Vagner tiene condiciones que le hacen sumamente recomendable.

VISTAS DE CEBÚ (Islas Filipinas)

(Fotografías de Pertierra, remitidas por nuestro corresponsal don Manuel Arias Rodríguez)

Cebú es la capital de la provincia de su nombre, villa fundada el 1.º de enero de 1571 por el Adelantado Miguel López de Legaspi, y hoy ciudad residencia del gobernador general de las islas Visayas. Dista de Manila 130 leguas, que recorren regularmente algunos buenos vapores y también embarcaciones de vela construídas en el país. Es sede episcopal desde 1598 y recientemente ha sido dotada con Tribunal superior para la administración de justicia.

Su playa es bellísima, no la concibe más risueña el más diestro pintor de marinas. Los dos carretones que aparecen en primer término de nuestra fotografía *Playa de Cebú*, están tirados por una especie de búfalos llamados *carabaos*.

En otra de nuestras reproducciones, asimismo de la playa de Cebú, es de notar un *casco*, como lo llaman en el país. Es una embarcación que tiene la particularidad de que en nada difiere su proa de su popa, salvo que en ésta es de ver el timón, de forma extraña y de una longitud desmesurada.

La *Cota* es un fuerte parecido á otros muchos que hay construídos en el país, de edificación antigua y tosca, pues no tenían más objeto que albergar á los pobladores que hasta hace no muchos años huían de las irrupciones de los moros de Joló y la Paragua.

Creemos que nuestros favorecedores verán con gusto esas fotografías de un país generalmente poco conocido y del cual, por lo mismo, tenemos una idea bastante equivocada.

EN LA RAMBLA DE LAS FLORES
dibujos de Llovera

Los pintores son unos enemigos muy temibles, porque con frecuencia ocultan sus intenciones bajo apariencias indiferentes y bonachonas. Nosotros, por ejemplo, hemos saludado muchas veces, á las nueve de la mañana, en la Rambla de las Flores, á cierto individuo de no muy elevada estatura, en la edad de la ex-juventud, medio oculto el sano rostro por negra barba, oponiendo á los rigores del invierno la simple defensa de una americana poco confortable; un tipo sin cosa que llame la atención; en fin, otro de tantos entre las cincuenta mil personas que en veinticuatro horas cruzan por aquel sitio... Pues bien, ese hombre en quien nadie repara, va allí á reparar en todos, á observarlo todo, á fijarse en todo y á estudiarlo todo, con la sana intención de confiar sus impresiones á los cuatro vientos de la publicidad.

El se sabe de memoria la fisonomía de los taruguistas que han sentado sus reales en la Rambla; él puede señalar una por una á las muchachas de servicio que obsequian con las primicias de la compra á los Tenorios de munición; él es concurrente invisible y asiduo de esas tertulias al aire libre que improvisan frente al mercado las mozas recién venidas de su pueblo; él os dirá en qué mesa se venden más flores por las floristas á los pollos, y en qué mesa prodigan más flores los pollos á las floristas; él puede revelar los misterios que se ocultan en el fondo de una cesta entre coles y chuletas, ó en el contenido de un *bouquet*, entre camelias pálidas y claveles rojos.

¿No le habéis conocido por las señas?... Le conoceréis por sus obras; en este número publicamos los apuntes que ha recogido en la Rambla de que nos ocupamos.

¡Llovera!

Cabalmente: Llovera, el pintor elegante, el discípulo de Goya, el que gusta de sorprender á sus tipos *in fraganti*, para que se diga de sus obras:

—Esta es la verdad, señores; el que quiera comprobarla, tómese la molestia de pasear por la Rambla de las Flores desde las ocho á las diez de la mañana.

LECTURA ALEGRE, cuadro de R. Dammeier

Si la escena representada en este lienzo tuviera lugar en España, diríamos que el artista ha querido darnos idea de un lector del *Quijote*. Pero como la acción del cuadro se supone por el autor en Italia, casi puede asegurarse que el libro que así produce la hilaridad del lector, no es otro que los *Cuentos de Bocaccio*. ¡Con qué fruición se dedica ese joven á su tarea!... Ya se ve, ¿quién no se estremece de gozo leyendo esos *Cuentos* en que un prosista admirable atropella por todo á trueque de disipar el *spleen* de sus lectores?... Lo malo es que la alegría fomentada por Bocaccio, tiene algo de la alegría del vicio: tarde ó temprano, atrofia, embrutece, mata.

El artista prescinde de las consecuencias; se limita, en cuadros como el de Dammeier, á consignar una impresión; y hemos de confesar francamente que lo ha conseguido por completo. El cuadro comunica á quien lo contempla la misma hilaridad que los *Cuentos de Bocaccio* al joven lector que se deleita en su lectura.

ENTRE DOS ABISMOS

La ciencia tiene también sus mártires como una religión, que una religión es la ciencia, con su dogma, su iglesia, su altar, su sacerdocio. El amor á la ciencia ha llevado al hombre á las entrañas de la tierra, á las profundidades del mar, á las pavorosas regiones de la atmósfera, habiendo llegado hoy en este empeño casi á conquistar el cielo, según la valiente expresión de un escritor, á juzgar por los últimos ensayos practicados felizmente en Francia para la dirección de los globos aéreos.

En estas altas regiones han ocurrido catástrofes espantosas, que sólo podían arrostrar con ánimo sereno los hombres extraordinarios que, poseídos del noble afán de saber, despreciaban hasta la vida, exponiéndola á inminente peligro, sólo por sorprender los secretos de la naturaleza dormidos desde la creación en los espacios, y aumentar así los tesoros de la ciencia.

En efecto, sólo el frío heroísmo del sabio puede dar abnegación para tanto. A 700 pies de altura, en los momentos de inaugurar su arriesgado viaje de Francia á Inglaterra salvando el canal de la Mancha, cayó á tierra el joven y entusiasta físico Pilatre de Rozier, el primer aeronauta, pues él fué quien inauguró la aerostación estrenando la mongolfiera. Desde altura mayor cayó igualmente envuelto en las llamas de su aerostato el animoso Dupuis-Delcourt. A tierra vino también desde las nubes el arriesgado Mosment, continuando el globo su rápida ascensión hasta perderse de vista, mientras el desgraciado aeronauta se hundía en la arena de un foso á la violencia del golpe. Entre las llamas de su aparato cayó Bittorff desde gran altura destrozándose en los tejados de las casas. Harris, oficial de la marina inglesa no pudo cerrar la válvula que abrió á grandísima altura para determinar el descenso, y vino al suelo con su globo con rapidez tal y tanta, que hubo de quedar hecho una masa informe. Y ¡cosa rara! la animosa dama que lo acompañaba en su ascensión y cayó abrazada á él, libró bien del siniestro, saliendo si no ilesa, en condiciones de vida para muchos años. Sadler, que había ya hecho más de sesenta expediciones felices, salvando una vez el canal de Irlanda entre Dublín y Hollyhead, por donde tiene más de cuarenta leguas de anchura, tuvo el mismo desastroso fin que los otros, estrellándose en los tejados. Cocking bajó del cielo á la tierra con la vertiginosa celeridad de veinte metros por segundo, quedando naturalmente hecho una masa de carne y huesos rotos. Y tantos y tantos otros que de este ó análogo modo sacrificaron su vida en las regiones aéreas al nobilísimo amor de la ciencia y que no citamos por brevedad.

Fuera de esto, aun contando con una ascensión serena, sin accidentes peligrosos, es cosa que pone á prueba el valor del ánimo mejor templado, ese alejamiento de la vida, esa soledad de los cielos, ese pavoroso silencio, que parece ya algo de la eternidad, silencio á donde no llega ningún rumor de la tierra, pasados cuatro ó seis kilómetros de altura, según la mayor ó menor humedad de la atmósfera, ni aun siquiera se oye la voz del compañero que va en la misma barquilla.

¿Y qué diremos de los mares, verdaderos océanos helados, masas inverosímiles de nieve de 6 y 7,000 metros de profundidad y de extensión incalculable, sostenidas en los espacios aéreos por leyes desconocidas? ¿No es peligrosa y espantable también una atmósfera de nieve?

Hasta en medio de una región despejada ó libre de tales fenómenos, ponen miedo en el ánimo los caprichosos fantasmas de los nubarrones perdidos en aquella infinitud, ahora clara y deslumbradora, ahora parda, fosca, sombría, siempre monótona y pavorosa. Ya es desmesurada serpiente que atraída por el globo, culebrea corriendo á su alcance, como si quisiera devorar al aeronauta; ya es un monstruoso jinete, cabalgado en un bruto monstruoso también, y arrastrados los dos por la misma atracción, siguen, persiguen el globo, lo alcanzan, lo envuelven, y tomando otras formas á cual más caprichosa y fiera, quedan al fin hechos jirones bajo la barquilla.

Ni es menos temible que el mayor siniestro del aerostato la perturbación física que pone en peligro la vida del hombre á los 6 ó 7,000 metros de aerostación. Sienten á esta altura los aeronautas un frío desconsolador que les hiela la sangre en las venas; entorpecimiento en todos los miembros, palpitaciones del corazón, celeridad del pulso, zumbidos ó rumores de oídos, vértigos, náuseas, hemorragias de la nariz, de los oídos, del pulmón, somnolencia, sueño profundo hasta que llega la muerte á mayor altura de ascensión. A 8,850 metros cayó sin sentido en el fondo de su barquilla al célebre físico Glaisher.

Aunque lo hay efectivamente, no es muy seguro el remedio por la dificultad de aplicarlo. El desequilibrio de los elementos que constituyen el aire respirable, es decir, la falta de oxígeno en las altas regiones, determina tan funestos fenómenos: luego supliendo artificialmente esta falta, habrá desaparecido la causa y por consiguiente sus naturales efectos.

Nada menos que eso, como quiera que, entorpecidas las facultades todas del aeronauta, lo privan de su albedrío, de todo movimiento de voluntad, y perece por no ser capaz de tomar el remedio que lleva á mano.

Esto mismo sucedió con los sabios Crece-Spinelli, Sivel y Tissandier.

En efecto, el 15 del abril de 1875, á las 11 y media de la mañana, se alzaba majestuosamente á los aires el *Cenit*, gallardo globo montado por los tres ilustres físicos citados. A las dos horas de ascensión alcanzaba la altura de 8,600 metros; pero insensiblemente, sin darse cuenta del fenómeno, inconscientes de su propio estado, los tres aeronautas estaban desvanecidos en la barquilla.

Pasados los 7,000 metros hubieron de caer en una especie de sopor ó entorpecimiento, de cuyo peligro se creyeron libres al embarcarse, convencidos como estaban de que la inhalación del oxígeno que llevaban preparado bastaría para impedir este accidente. Y bastaba en efecto; sino que á tan altas regiones flaquean poco á poco las facultades de cuerpo y alma, y aun llegan á faltar insensiblemente quedando el sujeto tan indiferente á la vida que no cambiaría de postura para evitar la muerte.

«No se siente ningún sufrimiento, escribía á este propósito el sobreviviente de la catástrofe; al contrario, se experimenta como una alegría interior y como un efecto de esa irradiación de la luz que nos inunda.»

No, no es vana aprensión el vértigo de las altas regiones por más que lo nieguen algunos aeronautas de poca altura.

Tissandier y sus colegas se dejaron sorber por el abismo de arriba, inconscientes de su propio estado. Al cabo de media hora de desvanecimiento, recordó un tanto el mismo Tissandier, y hubo de notar que sus dos colegas se habían hundido en el fondo de la barquilla, privados de conocimiento; pudo observar también que se había iniciado un rápido descenso en el globo, como quiera que el viento era muy impetuoso de abajo arriba.

Pero ¿qué importaba tan inminente peligro, si él no tenía aliento ni voluntad para detener la caída, como tan fácil era, arrojando lastre? También llevaba en el bolsillo, como los otros dos, una botella de oxígeno, y con todo eso, no hacía la inhalación que lo hubiera reanimado y puesto en condiciones de sostener aquella lucha á muerte contra las ciegas fuerzas de la naturaleza.

No podía hacerlo; tenía embotadas, entorpecidas todas sus facultades físicas, intelectuales, morales, porque tampoco le causaba impresión ninguna tan inminente y horroroso peligro de muerte.

Con esto, mientras el abismo de abajo se tragaba el globo atrayéndolo con rapidez espantosa, volvió á dormirse Tissandier con mucho sosiego, sin cosa de horror en el alma ni temblor en el cuerpo.

¿Volverá á abrir los ojos á la luz ó los habrá cerrado ya para siempre?

El globo seguía cayendo, cayendo con celeridad cada vez más creciente, en medio de una naturaleza indiferente y fría.

Momentos después, sintió que le tiraban del brazo y pudo reconocer á su colega Spinelli, que se había despertado á su vez y le gritaba:

—¡Lastre! ¡Lastre! ¡Que nos hundimos!

Tissandier, que apenas podía abrir los ojos, recuerda, sin embargo, haberlo visto arrojar abajo los instrumentos de física y algún otro objeto que tenía á mano.

Aligerado así el globo debió de subir, subió sin duda á más altas regiones, porque cerca de una hora después, despertando de nuevo Tissandier echó de ver que el globo descendía con celeridad horrible y que la barquilla hacía oscilaciones espantosas.

Sus dos colegas permanecían en lo hondo de la barquilla con la cara negra, los ojos vidriosos é inyectados, sanguinolenta y abierta la boca...

Estaban muertos.

Y el globo descendía con rapidez más y más creciente: el choque iba á ser horroroso.

¡Pobre Tissandier! No podía sustraerse á la suerte de sus colegas, y todavía iba á ser su fin más desastroso, cayendo desde el cielo á la durísima tierra.

Pero no: equilibradas ya las proporciones del aire respirable en las bajas capas de la atmósfera pudo reanimarse á tiempo y maniobrar para neutralizar siquiera la violencia del golpe, que fué, á pesar de sus esfuerzos, muy ruda.

Tissandier pudo escapar con vida por milagro, aunque muy quebrantado de todos sus huesos; pero no se curó del amor á la ciencia, y se cuenta también entre sus mártires.

C. N.

EL MUNDO AMERICANO

—

EL TESORO DE LOS INCAS

I

Era un domingo; en la plaza del mercado de la Paz de Ayacucho (Bolivia) se agitaba una multitud inmensa, y el aymara, y el quichúa, y el español, se mezclaban y se confundían entre las mil voces de los vendedores, las de los paseantes y las de aquellas personas que acudían á surtirse de lo necesario.

Los descendientes de los hijos del sol estaban en gran número, y humildes, tristes y cual si lloraran su pasado esplendor, ofrecían los frutos, las flores, las aves y las legumbres con esas frases especiales del indio boliviano.

Los *cholos* y las *cholas*, con su pintoresco traje y sus sombreros, cuyas anchas alas les defienden del aire y del sol, completaban aquel cuadro, tan original como curioso.

Un pesado carruaje de camino atravesó plazas y calles, y tomando por la de Ayacucho, fué á detenerse ante un antiguo caserón de piedra triste y severo, el que durante largo tiempo había permanecido cerrado y solitario.

La curiosidad se despertó, y más aún cuando la pesada puerta abrió sus dos hojas y el coche penetró en el zaguán, en donde aguardaban á los viajeros una criada anciana y un indio.

Del coche bajaron una señora vestida de luto y una rubia y encantadora joven.

En aquel instante, la puerta se cerró de nuevo y los curiosos se entregaron á los comentarios que sugería el acontecimiento.

En aquella casa había vivido uno de los antiguos nobles del coloniaje, quien salió del país al proclamarse la independencia y después de una larga estancia en Lima viajaba á la sazón por Europa.

Sigamos á las viajeras, que desde el zaguán de la vetusta morada se habían internado en las habitaciones del piso bajo.

Con ellas entraremos en un gabinete, cuyos lujosos muebles, aun cuando algo deteriorados, le prestaban un aspecto rico y severo.

Por la puerta, que daba salida á un jardín inculto, cubierto de maleza y de troncos caídos, penetraban torrentes de sol, iluminando los antiguos espejos y dos artísticos retratos de cuerpo entero.

Uno de ellos representaba á un hombre de arrogante presencia y como de treinta años, vestido á la usanza del primer tercio de este siglo.

El otro era de una mujer majestuosa y bella, altiva y de gentil donaire á la vez, y vestida con traje de terciopelo negro.

Fijando la atención en la recién llegada, no podría dudarse fuera el original del retrato, cambiando sólo la expresión de felicidad que se leía en su rostro por el velo de tristeza que en aquel momento le empañaba.

Había algo en aquella mujer que imponía respeto y admiración, era uno de esos tipos que vistos una vez no se olvidan jamás.

Parecía una soberana destronada, que en no lejana época volvería á hollar con su planta regia morada.

Y efectivamente doña Juana Huaína Capac de Pimentel, llevaba en sus venas sangre de los antiguos reyes del Perú y conservaba la orgullosa arrogancia de su raza.

Casada en Lima con don Alfonso de Vargas y Pimentel, no obtuvo de aquella unión sino la felicidad de ser madre de Catalina, que era su ídolo y el único lazo que á la vida le unía.

Su marido, orgulloso, noble y duro de carácter en demasía, no comprendió nunca el tesoro de amor y de ternura que se encerraba en el pecho de la princesa peruana, con la cual se había casado enamorado de su cuantiosa hacienda y de su hermosura; pero después, y cuando apenas la niña tenía cuatro años, las había dejado en Lima y vivía en Europa, sin afecto ni recuerdo para aquellos seres.

Llegó un día en que, abandonado por la suerte, complicado en una conspiración contra el rey, tuvo que buscar en la fuga su salvación, y pobre y desvalido, escribió á doña Juana participándole su miseria y su desgracia en la corte.

II

– Es preciso partir, – exclamó la noble peruana al leer la desconsoladora carta; – es preciso salvar su honra y su existencia.

– Pero, madre mía, para hacer ese viaje se necesita oro, y nosotras carecemos hasta de lo más necesario.

– Catalina, tienes razón; nuestros recursos están agotados, de la inmensa fortuna que aporté al matrimonio, no existe nada, porque don Alfonso, con sus locas prodigalidades, ha dado al traste con todo: pero es tu padre, es mi marido... No debo vacilar, conservo allá, en nuestra casa de la Paz, algunas riquezas que no debía tocar sino para dártelas en herencia... es una historia que sabrás más tarde: esta noche partiremos.

– ¿Solas, madre mía?

– Solas; guardan la casa de la Paz dos fieles y antiguos criados; cuando nacistes estuve allí por última vez, porque de generación en generación nacen allí los herederos de nuestra casa; por eso jamás puede enajenarse.

Aquel mismo día salieron para el Callao doña Juana y Catalina, se embarcaron para Mollendo, subieron hasta Puno, y dos días más tarde llegaron á la Paz.

– Tal vez hago mal, – pensaba la descendiente de los Incas, – tal vez después de haber sufrido el abandono y casi la miseria debía resignarme y continuar guardando la fe jurada; pero el honor de mi marido es el de mi hija y el de ésta es también el de mi raza... ¡Valor; mis antepasados me perdonarán!

III

En la noche de su llegada, cuando todo era silencio y oscuridad en el antiguo caserón, cuando todos dormían, doña Juana, abrazando á Catalina y sentándola á su lado, dijo:

– Antes de que me acompañes al sitio sagrado que encierra inmensas riquezas, debo revelarte la historia de ellas, la cual sólo debe ser conocida de los nobles hijos de nuestra regia estirpe y cuyo secreto nadie sino ellos debe conocer; tu madre no te exige ese juramento, sabe que guardarás fielmente el depósito: la desgracia, hija querida, te hace más precoz y razonable que lo son otras mujeres á tu edad.

Cuando los conquistadores españoles invadieron nuestro suelo, encontraron en él tantas riquezas que su ambición por poseerlas no conoció límites; eramos felices, muy felices, bajo el paternal gobierno de tus antepasados, y por esto mismo, el cambio fué más cruel aún, porque convertidos en siervos, tuvieron los infelices indios que doblegarse ante la voluntad del vencedor.

Conoces bastante la historia para no ignorar que engañado Atahualpa accedió á una entrevista con Pizarro en Cajamarca, y que allí infame traición le hizo prisionero; sabes también el triste desenlace de su vida, y que al perderla, se perdió en el Perú toda esperanza de reconquistar la libertad.

Era en la primera mitad del siglo XVI cuando esto ocurría, y el general Rumiñahui, retirado en el Ecuador y presentándose como enviado por su señor, debía ponerse á la cabeza del ejército y tomar bajo su tutela á los hijos de Atahualpa, de tal modo, que creyendo obedecer al soberano, Cozopanga, gobernador de Quito, entregó la ciudad al general; en ella se encontraban Manca-Oello-Cori-Duchicela, esposa de Atahualpa, y varios de sus hijos.

Inútil es decirte tampoco que el traidor recogió todo el oro que se prodigaba para el rescate y que Pizarro exigía, y en vez de remitirlo á Cajamarca, lo amontonó en Quito.

La muerte del rey dió la razón al infame general y aumentó su prestigio.

Pero esto no bastaba á su ambición, y una noche, en opíparo banquete, después de embriagar á toda la familia real con licores preparados al efecto, la hizo asesinar por sus secuaces.

Acosado después por los españoles, recogió una gran parte del inmenso tesoro de Atahualpa, se internó en las montañas, y cerca de Machachi se dice escondió, en el cerro que hoy lleva su nombre, aquella usurpada fortuna.

Pero una parte de ella había sido enterrada en Quito, y Rumiñahui fué acompañado para ocultar el tesoro por dos parientes de Atahualpa, á quienes había dejado con vida para sacrificarlos más tarde, por convenir así á sus planes. Los acontecimientos no le dieron tiempo y aquellos infelices, temiendo al tirano y á los españoles, se ocultaron en los barrancos y breñas al pie del Cotopaxi.

Quedaba un hijo pequeño de Atahualpa, que estaba á la sazón en el campo para robustecerse y al cual salvó la india que lo criaba.

Corriendo el tiempo y ya hombre, le fué confiado el lugar en donde se encontraba el tesoro guardado en arcas, que podían ser trasportadas.

Lo fueron en efecto, á pesar de la gran distancia y por la magnífica carretera que conducía de Quito al Cuzco, descansando y relevándose en los *tambos* (1), vinieron á ocultarse en esta casa, que entonces era un *Inca huasi* (2).

Muerto el príncipe Huaina Capac, las llaves del tesoro y el secreto pasaron á sus descendientes, y de generación en generación llegó hasta mi madre y de ella moribunda á mí, única descendiente directa de los antiguos reyes.

IV

La fisonomía de doña Juana se había cambiado, su natural majestad había crecido, y al verla, se la hubiera acatado como reina.

– Ahora, hija mía, vamos á bajar adonde se encuentra esa riqueza: jamás tu padre sospechó que existiera. A él, menos aún podía revelárselo, porque sus antepasados habían sido conquistadores, y me estaba prohibido bajo juramento: jamás sabré por qué medio lo salvo.

Doña Juana y Catalina atravesaron varias habitaciones, hasta llegar á una sala cuyo principal adorno era un espejo, al cual se acercó la princesa.

– Aquí es, – dijo.

Y oprimió una moldura que formaba el marco.

El espejo giró, dejando en descubierto una escalera por donde doña Juana y la trémula y vacilante Catalina descendieron.

Una ráfaga de viento amenazó apagar la luz, y por un instante, las oscilaciones formaban extraños reflejos sobre el fondo en donde concluía la escalera.

Ambas mujeres pasearon una mirada atónita por la especie de bóveda en donde se encontraban.

El brillo del oro ofuscó sus ojos, pues además de estar encerrado en arcas de forma extraña, se veía también en grandes trozos, en vasos, en ídolos y estatuitas: allí había millones.

Doña Juana abrió con mano firme una de las arcas; también estaba llena del precioso metal.

Catalina, pálida y conmovida, se estrechó contra su madre y la dijo en voz baja, cual si temiera ser escuchada.

– Tengo miedo.

– ¿Por qué, hija mía?

– No puedo explicarme la impresión que me producen estas riquezas.

(1) Sitios de parada (casas ó cabañas).
(2) Palacio real.

– Son tuyas, y únicamente tuyas.

– ¡Quién sabe, madre mía! ¡tengo miedo!

Y la joven, temblorosa y sin aliento, tuvo que apoyarse encima de las arcas para no caer.

Pánico terror la dominaba; creía ver extrañas figuras y agitarse en torno suyo cuanto la rodeaba.

Doña Juana empezó á participar de las alarmas de su hija.

Sentía un ruido sordo y prolongado; algo que resonaba bajo sus pies.

De repente, les faltó el pavimento, y envueltas en él, cayeron, arrojando un grito de agonía.

El suelo de la bóveda, minado por los siglos y por subterráneas corrientes de agua, se había desplomado.

En doña Juana y su hija concluyó la noble familia de Atahualpa, y con ellas tuvo desconocida tumba la parte de aquel tesoro que Rumiñahui no llevó consigo.

La inmensa fortuna que el traidor general ocultó en el cerro de su nombre (3) tampoco se ha encontrado, y de este modo, el fabuloso tesoro de los Incas, que debía rescatar la vida del último soberano, se ha perdido para siempre tal vez.

Extraños comentarios sugirió la desaparición de doña Juana y de su hija, hasta años después, que demolida la casa se encontraron sus cadáveres entre escombros; pero nadie sospechó la existencia del oro en las profundidades de aquel abismo.

LA BARONESA DE WILSON

HISTORIA DE UN HOMBRE CONTADA POR SU ESQUELETO

POR DON MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

(Continuación)

Pero una tempestad terrible, aterradora, desconocida.

Yo no sé cuánto tiempo duró aquel suplicio.

Al fin el formidable é infernal estruendo fué dibilitándose, siendo sucesivamente menos atronador, hasta que se perdió, como si se hubiera alejado.

Al fin sólo escuché el sordo zumbido de mis oídos que se extinguió también.

Yo había quedado aturdido.

Descansaba jadeando como un caballo después de una larga y violenta carrera.

L

– Decíamos, – dijo el esqueleto – que Sandoval, después de que Miantucatuc le puso en la calle, comprendió que lo mejor que podía hacer era irse á dormir.

Pero lo que había acontecido era de tal volumen, que no pudo dormir en toda la noche.

Al día siguiente fué á casa de Clara.

La señora había salido.

Y eso que hacía un frío insoportable; el peor día, en fin, para que una señora hubiese salido á la calle.

Si le hubieran dicho que Clara estaba enferma, no lo hubiera extrañado.

La cantidad de ron que Clara había bebido, lo que se había excitado en su singular relación, hubieran justificado esta excusa.

Porque por excusa la tomó Sandoval.

Pero cuando bajaba por la escalera se abrió violentamente la puerta y un criado se asomó á la barandilla.

– ¡Caballero! – dijo, – ¡caballero! ¿es V. el señor Sandoval?

– Sí, – contestó aquel.

– Tenga V. la bondad de subir.

– Vamos, – dijo Sandoval subiendo: – estaba incluído en una orden general.

Y subió y siguió á un criado que le hizo atravesar algunas habitaciones, y abrió una puerta y dijo anunciando:

– ¡El señor de Sandoval!

Sandoval adelantó sombrero en mano y sonriendo.

Esperaba encontrar á Clara.

Pero inmediatamente su sonrisa se borró: quien le esperaba no era Clara, sino don Severo López, que le salió severamente al encuentro.

– Dispénseme V., – le dijo, – si me he tomado la libertad de hacerle subir cuando á quien V. venía á ver no era á mí.

– En efecto, – dijo Sandoval, – yo no conozco á usted.

– Nada tiene de extraño; yo no soy más que un dependiente de la casa; especial, es verdad, antiguo, y encargado de todo... absolutamente de todo. Se me ve poco en las habitaciones de la señora, y cuando hay gentes, nunca. Pero como V., según creo, *tiene negocios pendientes* con la casa, negocios que es necesario que ponga yo muy claros, debe cesar su extrañeza de V. Siéntese V. Aquí... junto á la chimenea: hace frío.

– Creo no tener negocio alguno pendiente...

– En efecto, ni V. debe fondos á la casa ni la casa se los debe á V. Por ese motivo yo no hubiera incomodado á V. Pero hay algo mucho más grave que poner en claro. Anoche, doña Clara, mi señora, le llevó á V. á sus habitaciones.

– Permítame V., – dijo Sandoval levantándose; desconozco el derecho que pueda V. tener... Beso á V. la mano.

– Un momento: doña Clara padece de tiempo en tiempo, especialmente el día 28 de febrero de cada año, accesos de... locura... en una palabra... esta es la verdad.

(3) Este cerro existe en el camino de Guayaquil á Quito y domina el pueblo de Machachi.



PLAYA DE CEBÚ

(Fotografía de Pertierra, remitida por nuestro corresponsal D. Manuel Arias Rodríguez)

–¡Ah! ¡los días 28 de febrero doña Clara está loca! pero hoy estamos á 29.

– Por lo mismo que estamos á 29 el acceso ha pasado, y doña Clara ha recordado no sé qué cosa confusa. Yo he ayudado su memoria: la he dicho que anoche se encerró con V., y doña Clara se ha irritado conmigo y me ha dicho estas palabras terminantes: – Usted ha debido suponer que yo haría eso. – Y debí impedirlo, – añadió don Severo dirigiéndose á Sandoval; – pero la casa estaba llena de gentes, doña Clara muy excitada, temí provocar una escena poco conveniente, y me reduje á estar á la mira, á asistir oculto á la entrevista de Vds. Doña Clara contó á usted un cuento...

– ¡Un cuento!

—Sí por cierto: doña Clara tiene la imaginación muy viva y desde que perdió á su hija... muerta, caballero, no robada...se perturbó su razón y soñó ese cuento, en el que no hay más que una cosa cierta: mi celo, mi ardiente celo por esa señora. Después de haber expuesto á V. que lo que V. ha creído una historia es un delirio, vengamos al asunto. Para mí sería un inmenso placer que doña Clara pensase en contraer un segundo enlace, y mucho más recayendo su elección en V., de quien tengo excelentes noticias... (procuro tenerlas de todas las relaciones de mi señora, porque, lo repito, estoy al frente de todo); si doña Clara amase á V., el enlace se verificaría al momento: yo entregaría á V. la casa, y me retiraría á descansar, que harto lo necesito; pero es el caso que doña Clara se ha asombrado cuando la he referido su conversación con usted: me ha asegurado, sin que yo lo preguntase, que no ama á V. porque ha renunciado al amor: ha expresado vivamente su sentimiento por haber dado á V. unas esperanzas que la es imposible realizar: me ha mandado terminantemente suplique á V. la perdone por lo que ha podido decir, prometer á V., en un momento en que su razón estaba perturbada, y que le asegure de su aprecio, de su buena amistad, pero...

– ¡Ah! ¡entra el capítulo de los peros!

– Lo que ha sucedido es demasiado grave: mi señora lo siente, pero... muy á su pesar se ve obligada á suplicar á V... tenga la bondad...

– De no volver... ¿para qué dar un tormento inútil á la imaginación para dulcificar la frase?

– Lo siento... lo siento... pero... la casa está á disposición de V... sería sumamente satisfactorio para nosotros que...

– Permítame V... adivino lo que va V. á decirme y quiero evitar á V. que me ofenda... yo... no es dinero lo



VISTA DE CEBÚ TOMADA DESDE LA CATEDRAL

(Fotografía de Pertierra, remitida por nuestro corresponsal D. Manuel Arias Rodríguez)



CASETA DE CARABINEROS Y MUELLE EN LA PLAYA DE CEBÚ

(Fotografía de Pertierra, remitida por nuestro corresponsal D. Manuel Arias Rodríguez)

que necesito de la casa; necesito algo más... y no me serviré de V. como de intermediario para obtenerlo, ni creo que... por el momento... debo entrar en explicaciones con usted. Beso á V. la mano.

Y Sandoval se levantó y se dirigió á la puerta.

– Beso á V. la mano, señor de Sandoval, – dijo don Severo López acompañándole hasta la salida.

Desde allí saludó otra vez profundamente á Sandoval.

LI

– ¿Hubieras tú previsto ese desenlace de la aventura de Sandoval con Clara, Eugenio? – me preguntó el esqueleto.

– Te aseguro que no, pero continúa; tengo ansia por saber... ¿Y la máscara de color de rosa? ¿la de las perlas negras?

– Ya llegaremos á ella: continuemos ahora con Sandoval. Sandoval salió de la casa enteramente aturdido: aquel desenlace le había contrariado, y, sobre todo, había lastimado su amor propio. Dudaba, además, acerca de lo que debía creer falso entre el relato de Clara y el mensaje que de parte de Clara, según decía, le había dado don Severo.

Sandoval había observado profundamente á este hombre durante su extraña visita, y no había provocado un lance, primero porque no le pareció prudente, hasta saber de una manera positiva si aquel mensaje provenía ó no de doña Clara, y después... porque López le había inspirado miedo: á pesar de su gorro griego, de su bata oscura á grandes ramos, de sus pantuflas de pieles y de su cortesanía, si bien ésta había sido más de lo que debiera seca, Sandoval había visto en él al mismo hombre de la historia de Clara, sombrío, de semblante impenetrable, de mirada fija, de palabra dura, con un sabor fuertísimo, por decirlo así, á hombre de acción, y de acción que tanto podía convenir á un pirata, como á un bandido, como á un cazador de búfalos.

Sandoval, pues, por esta doble razón creyó prudente hacer lo que hizo: salir sin provocar un lance de la casa de Clara.

Aquel día lo pasó en meditar.

Después de lo sucedido, no debía ir aquella noche, como de costumbre, á la sociedad de Clara, y no fué: se metió en un teatro, y allí acabó de fastidiarse.

Cuando volvió á su casa era la una de la noche.

Sobre un velador encontró una carta.

Aquel sobre blanco en que sólo había medio renglón que contenía su nombre; nombre escrito, á juzgar por el carácter, por una mujer, fué para Sandoval un motivo de suposiciones favorables.

Clara había burlado la vigilancia de su cancerbero, y se apresuraba á tranquilizarle.

O bien le citaba fuera de su casa.



MURALLÓN DE LA COTA Ó CÁRCEL DE CÉBÚ

(Fotografía de Pertierra, remitida por nuestro corresponsal D. Manuel Arias Rodríguez)



En la Rambla de las Flores. – TERTULIA AL AIRE LIBRE, dibujo de Llovera

O bien se disculpaba.

De todos modos, era favorable y halagüeño el que Clara le escribiese.

La letra de aquel sobre no pertenecía á ninguna de las mujeres que podían escribir á Sandoval.

Sandoval no conocía aquella letra.

Luego la carta debía ser de Clara.

Y sin embargo, Sandoval contempló en silencio por un largo espacio su nombre escrito por una letra desconocida de mujer.

Y aquella letra era bella.

Y parecía demostrar un temperamento sumamente nervioso en la persona que lo había escrito, atendido su trazo vigoroso y sus rasgos violentos.

Porque es necesario que sepas, Eugenio, que en todas las obras que salen de las manos de una criatura, conoce el que sabe mirar el carácter determinante de la criatura cuya obra mira.

Sandoval antes de abrir aquella carta la dió algunas vueltas.

Y era que temía conocer su contenido, porque no sabía si era favorable ó adverso.

– Sin duda creerás tú, Eugenio, que Sandoval amaba á Clara, – me dijo el esqueleto prosiguiendo en aquella su feroz manera de contar que me torturaba, porque forzaba mi interés por saber, por llegar pronto al fin.

Yo hubiera preferido que me hubiera relatado aquella historia á grandes rasgos.

—Todo parece indicar, – le contesté, – que Sandoval estaba apasionado de la hermosa india.

– Pues te engañas: Sandoval sólo había sentido por Clara un deseo vehemente; si la noche anterior Clara se hubiera arrojado en sus brazos, mejor dicho, si Miantucatuc no hubiera aparecido tan á punto, Sandoval se hubiera desencantado; hubiera continuado siendo amante de Clara algunos días, luego hubieran empezado las interrupciones, primero por días, después por semanas, al cabo por meses: hubiera lucido sus amores por vanidad, y hubiera acabado por abandonar á Clara de todo punto.

– ¡No se hubiera casado con ella! - exclamé.

—De ningún modo; Sandoval era egoísta en el mal sentido de la palabra, y por lo tanto incansable, á no mediar un empeño: ¡pero desdichada de la mujer con quien por empeño se hubiera casado Sandoval! era un malvado.

—Te contradices: si era egoísta y malvado, en una palabra, si no tenía corazón, los millones de Clara debieron excitarle.

– Sandoval apreciaba su independencia, su inviolabilidad de soltero, en más que los millones de Clara. No la amaba, pero había procurado hacerse amar de ella por empeño, había continuado por empeño, y por último, la contrariedad que acababa de experimentar excitó de tal modo su empeño, que se engañó á sí mismo y se creyó locamente enamorado: en aquellos momentos, si un enlace hubiera sido la condición para su triunfo, se hubiera casado.

Así se han casado muchos amigos míos.

A tí te extraña eso, Eugenio, porque eres un chiquillo; cuando tengas mi edad, antes, mucho antes, cuando te hayas hastiado de tu Enriqueta... entonces comprenderás lo que te digo ahora.

Los hombres...

– Pero tú te has empeñado en desesperarme: ¡la carta! ¡la carta que había encontrado en su casa Sandoval!

– «Caballero, creo no haber soñado, – dijo el esqueleto de repente con la entonación del que lee, – que anoche nos vimos, que bailamos, que nos citamos. He esperado á V. fuera del cementerio de San Sebastián cinco minutos. Mañana estaré dentro en el segundo patio á las doce en punto y no esperaré un solo momento. Por lo mismo, debe V. esperarme. Con que toque V. á la puerta y dé su nombre, le abrirán. – Suya A...»

—¡Ah! ¡la carta era de la máscara de color de rosa! —dije con asombro;—¡y esa joven tan hermosa, tan adorable como tú me la has descrito, daba una cita de amores á un hombre en un cementerio! parece que has ido á buscar para tu cuento la suma de las extravagancias.

—¿Cómo te diré para que lo creas que esta es una historia? ¿será necesario probarte que no existe nada extravagante, porque en el solo hecho de existir ya no lo es?

—No, no, Dios me libre de entrar contigo en una disputa. Te ruego que sigas, que te dejes de rodeos y de divagaciones y que concluyas cuanto antes.

—Pues hemos concluído.

—No, eso no.

—Sandoval fué al cementerio á las doce de la noche del día siguiente, me equivoco, antes de las doce.

—¿Y encontró á la máscara de color de rosa?

—Antes debo decirte para llegar á eso, lo que pensó y lo que hizo Sandoval antes de ir al cementerio.

Acabé de desesperarme: la calma y la mala intención del esqueleto me impacientaron de tal modo, que empezó á hacerse gravemente dolorosa mi impaciencia.

Y como si ésta no fuese ya bastante grande, el condenado, antes de continuar, arrojó la punta del cigarro último y salió del gabinete, volvió, encendió un fósforo y en él otro cigarro, y se puso á fumar en silencio.

Yo moría.

—Adivina, Arria,—me dijo el esqueleto,—en lo que pensó Sandoval antes de ir á su cita con la dama de color de rosa.

– Pensó en lo que yo hubiera pensado y en lo que hubiera pensado otro cualquiera: en que aquella cita era muy extraña. Yo por mi parte no hubiera ido.

—¡Ah! ¿eres tú de aquellos que por nada del mundo irían de noche á un cementerio, ni aun acompañados?

—Te confieso que de día el cementerio para mí es melancólico, dulce...

—Y repugnante si tienes estómago, porque siempre huele mal.

—Sí, sí, en efecto; pero de noche... si yo entrase en un cementerio de noche...

—¡Bah! el cementerio en una población es lo mismo que en una casa el rincón retirado donde se echan los despojos: tan ridículo es tener miedo á un cementerio como á un estercolero: repugna y nada más.

—¿No crees tú que los muertos se levantan de sus tumbas?

—Podrá suceder, pero yo no lo creo.

—¿No eres tú un espectro?

—No tal, no tal, ó yo hablo en griego. Yo soy un hombre de hueso, un hombre sin carne; yo soy mi esqueleto, pero mi esqueleto viviente: en prueba de ello no puedo decirte ni una palabra siquiera del otro mundo: no le conozco.

—¿Pero Sandoval acaso creía en las apariciones?

—No por cierto.

—¿A pesar de la fantástica historia del jefe indio?

—Sandoval había visto un misterio humano en la aparición de Miantucatuc; porque has de saber, Eugenio, que Sandoval, como yo y como tú también, creía que los fantasmas son incorpóreos, y se acordaba de que el jefe indio le había asido con fuerza de una mano y tirado con más fuerza de él. Sandoval estaba prevenido pero no asustado; Sandoval temía una asechanza, no una aparición, en aquella cita en el cementerio de San Sebastián y nada más: esto fué lo que Sandoval pensó antes de ir á la cita de la máscara de color de rosa, y á impulsos de este pensamiento se metió un puñal en el bolsillo y se colgó á la cintura un revólver de seis tiros.

Una vez armado de esta manera se fué sin cuidado, y antes de las doce de la noche, al cementerio.

Cuando llegó tocó á la puerta.

Inmediatamente se abrió una rejilla.

—¿Viene V. á buscar á alguien?—le dijo la ronca voz del guarda.

—Sí por cierto, á una persona.

—¿A una señora?

—Eso es.

—Entre usted.

Se abrió la puerta y Sandoval entró.

El hombre tenía un farol ahumado.

Le hizo atravesar todos los patios y bajar al último.

—Aquí tengo que dejar á V. solo,—dijo el guarda. —¿Tendrá V. miedo?

—No;—dijo con orgullo Sandoval;—puede V. retirarse.

—Buenas noches.

LII

—¿Sabes,—dije al esqueleto,—que si un hombre tal al separarse de mí en tal sitio me hubiera dado las buenas noches, me hubiese sentado muy mal?

—¡Bah! los españoles dan siempre las buenas noches. Sandoval no lo extrañó ni más ni menos que si le hubiera dicho quede V. con Dios. Se sentó sobre uno de los peldaños de la escalinata de uno de esos pequeños sepulcros-capillas que ahora están tan de moda y esperó con impaciencia, no porque tuviese miedo, sino porque tenía curiosidad.

Dieron al fin las doce allá á lo lejos en la Puerta del Sol, y con poca diferencia de tiempo repitieron la misma hora la multitud de relojes de Madrid, unos muy lejos y otros más cerca; al fin, y cercano, el de Atocha.

A punto de dar las doce, Sandoval oyó el crujido de un traje de seda en las escaleras del patio, y poco después vió avanzar por las galerías una sombra negra que traía una luz, porque hay que advertir que la noche era muy oscura.

Aquella forma no había salido ni de una tumba ni de la tierra.

Había bajado lisa, llana y naturalmente, como un mortal cualquiera, por el descenso que conducía al patio.

Dirigióse en derechura á Sandoval, y cuando llegó junto á él dejó el farol en la escalinata y se sentó á su lado.

El farol tenía los cristales ahumados y era su luz turbia y opaca.

A aquella luz mortecina, fantástica, veía Sandoval á la mujer negra, con sus lucientes ojos negros, brillando al través de su antifaz, y una blanquísima mano con sortijas sujetando un capuchón.

Sandoval la miraba con interés, pero sin miedo.

Después de un momento de silencio y de observación, la mujer le dijo:

—¡Gracias!

—¡Gracias! ¿Y por qué?

—Por haber venido.

—¿Y cómo no venir si me llamaba usted?

—¿Y por qué no vino V. anoche?



SIN PEDIR PERMISO, dibujo de Llovera



Á LA VUELTA, dibujo de Llovera

—Porque estuve enfermo.
—¡Del corazón!
—Acaso.
—Vuelvo á dar á V. gracias, indudablemente ha hecho usted mucho por mí,—dijo con un ligero acento de sarcasmo la mujer.
- Yo, señora, nada he hecho aún... pero deseo...
—Ha hecho V. demasiado... en primer lugar ha olvidado V. por mí á la hermosísima india.
Había una entonación tan singular en el acento de la mujer cuando acabó de pronunciar estas palabras, que Sandoval temió cometer una torpeza.
El aspecto, el volumen, por decirlo así, la gallarda actitud de cabeza de la tapada eran enteramente semejantes al aspecto, al volumen, á la gallardía de Clara.
Por otra parte, la voz, que podía haberle hecho ver claro, aquella fría y acerada voz que le hablaba, que vibraba en su corazón de un modo extraño, era visiblemente fingida, pero fingida con maestría. Para salir de estas situaciones, sin peligro, es necesario apelar á las frases de dos caras.
—Yo, señora, no he hecho más que asistir á la cita de una señora,—dijo; – tanto más cuando esta cita se me daba para un lugar peligroso: podía creerse si faltaba...
—¿Usted cree peligroso este lugar?



LA QUE COMPRA, dibujo de Llovera

—Sí señora.
—¿Teme V. á los muertos?
—No, no, señora; á los muertos no... los que me dan miedo son los vivos.
La encubierta miró profundamente á Sandoval.
Este se mantenía sereno, como si en vez de estar sentado en las gradas de un sepulcro, rodeado de andenes llenos de desechos de la vida y aspirando un olorcillo leve pero vivamente fastidioso, azotado por el frío viento de una oscura noche de invierno, al lado de un ser ambiguo, se hubiese encontrado en un ancho diván, en un profundo y caliente gabinete, al lado de una mujer joven, hermosa, espiritual, y embellecida á un tiempo con todos los encantos del alma y del cuerpo.
Ni el más leve indicio de terror se veía en él, pero sí mucho de anhelo por conocer el misterio que tenía delante.
La mujer, después de observar durante algún tiempo á Sandoval, le tendió la mano, se echó atrás el capuchón y se quitó la careta, exclamando con entusiasmo:
—¡Es V. muy valiente!
—¿Y era ella?—pregunté al esqueleto.
—Sí, era ella, la máscara de color de rosa, con su bello traje de seda con encajes negros, con sus perlas negras, con sus magníficos ojos negros, con sus labios del rojo más puro y embriagador.
—¡Oh! ¿cómo no venir llamándome V., señora?—dijo Sandoval.
—Usted ha venido por desesperación, por curiosidad y por orgullo, no por amor. Sin embargo, yo le amo á usted.
—¡Que me ama usted!
—Sí por cierto; y le amaría á V. no siendo como es bello, inteligente, bravo; le amaría á V. aunque V. fuese repugnante, procuraría probar con V. la fuerza de lo que muchos llaman mi hermosura.
—Hermosura maravillosa, señora.
—¿Le parezco á V. más hermosa que Clara?
—No lo sé. Pertenecen Vds. á distinto tipo: ella es el ideal del tipo indio occidental; V. es la realización de un ángel fuerte, el mito, por decirlo así, de la hermosura de la raza blanca. Ahora si me pregunta V., no como inteligencia sino como sentimiento, la diré que V. es preferible á Clara, que si me diesen á elegir entre las dos, me decidiría por usted.
—Pues por mi parte la elección está propuesta.
—¡Usted!—dijo con profunda verdad Sandoval.
Y no mentía: la noche antes había visto á aquella mujer de una manera pasajera á la fuerte luz de centenares de bujías de gas, en medio de un torbellino, rodeado por una niebla fascinadora. En esas situaciones, una mujer que no es más que bella, engalanada, pintada, peinada convenientemente, produce un gran efecto; pero un efecto falso que se desvanece cuando al otro día van á visitarla y la encuentran cansada, soñolienta, pálida, ajada, en una palabra: Sandoval lo sabía esto demasiado, y por consecuencia se había dicho:
—Veremos si esta mujer es tan hermosa como en el baile en su casa.
Por lo tanto, temeroso de una decepción, no se había interesado gran cosa; pero cuando la vió delante de sí á la escasa luz de aquel farol mezquino, en medio del doble reposo de un cementerio y de una noche lóbrega, resplandeciendo con su hermosura, como si su hermosura hubiera tenido luz propia, Sandoval, que era sensualismo puro, enloqueció por ella, y no mintió cuando dijo que la prefería á Clara.
—¿Y por qué esa preferencia?—dijo la joven;—no hay sentimiento, no hay acto en la vida humana que no tenga una razón.
—Por más pura, por más joven, por más hermosa.
—¡Por más pura!
—La pureza, la virginidad del alma y del cuerpo, brillan en su mirada de usted.
La máscara de color de rosa soltó una carcajada, y miró á Sandoval de una manera que le espantó.
Aquella mirada era provocadora, sensual, llena de la conciencia de todo cuanto puede saber una mujer.
—Explíquese V.,—dijo Sandoval.
—Soy casada, amigo mío.
—¡Casada!
—Sí, y casada hace mucho tiempo con un hombre que atendió muy poco á mantener en mí esa cosa que V. llama mi poética pasión. Yo no sé cómo viven Vds. los hombres, qué hacen Vds. de la experiencia. Yo creo que la soberbia de pasar por muy conocedores, les hace á Vds. suponer por unas apariencias... no por apariencias, sino por ciertos rasgos fisionómicos convencionales, lo que no existe. He aquí lo malo de la mujer, el juicio equivocado que forman Vds. de ella: una joven viva, ligera, loca, pasa ante Vds. por una mujer sin pudor, y acaso duerme todavía bajo el velo de su inocencia; una mujer seria, grave, pensadora, de pasiones concentradas, que tiene en su corazón una sed de voluptuosidad que nada puede calmar, pero que sonríe con el alma, que mira con el alma, y sonríe de una manera bella, y de una manera bella mira, porque el sentimiento de la voluptuosidad es bello, es el ideal de la belleza, esa mujer pasa por pura: esa mujer es un tesoro que se puede malgastar, es un agua pura que se puede enturbiar, es una luz que se puede apagar, es una alegría que se puede emponzoñar, y como el hombre es un animal dañino...
—¿Sabes,—dije interrumpiendo al esqueleto, – que tu máscara de color de rosa era tan escéptica como tú?
—¡Mi máscara de color de rosa!—exclamó con voz ronca y terrible el esqueleto.—Cuando la conozcas comprenderás la razón que tuve para enamorarme perdidamente de ella.
—¡Ah! ¿con que ese supuesto Sandoval eras tú?
—He sido bastante torpe para contarte mi historia, no he sabido engañarte, y hace mucho tiempo que leo mi verdadero nombre en tu pensamiento.
—¡Ah! yo creía...
—Que me engañabas: no por cierto; yo soy don Gabriel Zea, propietario, comerciante y espectro.
Pero continúo.



LA QUE VENDE, dibujo de Llovera

LIII

La hermosura de Adelaida me fascinaba: me arrancaba de mi manera de ser, de mi manera de sentir. Ella fué franca, explícita conmigo; me reveló que estaba casada con un hombre terrible.
– ¡Con Miantucatuc! – dije con asombro.
– Con Miantucatuc, – repuso el esqueleto.
– Pero eso no puede ser, – insistí: – ajustemos la cuenta. Hace cuarenta años Miantucatuc era gran jefe de los anapas. Después robó á la hija del gran jefe de los...
– Matachets; corriente.
– Tuvo una hija...
– Inmediatamente después.
– Sea como quieras: ¿qué edad tenía el gran jefe cuando robó á... á...?
– Tienes muy mala memoria, Eugenio: la hija del gran jefe de los matachets, se llamaba la Cierva-gentil: cuando la robó Miantucatuc tenía veinte años.
– Bien: veinte años. Cuando robaron su hija á Miantucatuc...
– Tenía veintidós años: veintidós y quince, treinta y siete, y diez y ocho que tenía Adelaida... cincuenta y cinco.
– ¿Pero qué tiene que ver la edad de Adelaida?
El esqueleto continuó sin contestar á mi pregunta:
Cuando yo conocí á Adelaida, Miantucatuc tenía cincuenta y cinco años y había cuatro que se había casado con ella. Es decir, que se casó de cincuenta y un años. ¿Y sabes tú lo que son cincuenta y un años en un indio del Occidente

nacido al aire libre, criado al aire libre, robustecido en una continua fatiga y al que no gastan ni enervan los placeres de la civilización? ese hombre es mucho más fuerte y más joven que uno de tus amigos á los treinta años. Y luego Miantucatuc, prescindiendo de las labores que matizaban su rostro, era hermoso, muy hermoso: si se hubiera presentado vestido de frac negro, civilizado, llevando delante de sí una historia maravillosa, en nuestros altos salones, más de una dama, y dama hermosa y pretendida, se hubiera apasionado de él: además, Miantucatuc era riquísimo.

—¿Con que el indio que se había presentado en el baile de Clara, el que acudió á tiempo de evitar que tú cogieses el fruto de la locura ó del amor de Clara, no era un fantasma?

—Nada menos que eso.

—¿Y era esposo de Adelaida?

—Nada menos que eso.

—Pero Adelaida parecía indicarlo.

—Hay mujeres que en ciertas situaciones pronuncian una misma mentira: y las hay que, no pudiendo llamarse casadas, se llaman viudas.

—¡Ah!

—Y en cierto modo podía llamarse casada Adelaida, porque se había casado con su abuelo...

—¡Con su abuelo...!

—Sí, con Miantucatuc...

—Con que era hija de Clara...

—No por cierto: era hija de la hija de la hermana de don Angel de Lemus.

—Del primer esposo de Clara.

—Eso.

—Y su abuelo se había casado con ella...

—En la forma únicamente.

—¡Ah!

—¿Y para qué eso?

—Para que no pudiese casarse con otro. Ya sabes que Miantucatuc aborrecía á los europeos.

—Tu historia se embrolla, don Gabriel.

—No, tú eres el embrollado. Determinemos.

—Miantucatuc robó á don Angel de Lemus su hermana.

—Vas á hacer el resumen.

—Eso es, robó á don Angel su hermana.

Su hermana murió dando á luz una hija de Miantucatuc.

Esta hija era la Virgen-de-la-mañana.

Don Angel mató á la esposa de Miantucatuc y le robó su hija.

Esta hija era Clara.

La Virgen de-la-mañana amó á don Severo López, y tuvo de él una hija.

Esta hija era Adelaida, la máscara de color de rosa.

—¿Y la hija de López robó á doña Clara?

Murió.

—¿Y la Virgen-de-la mañana?

—Murió al dar á luz á Adelaida.

—Explícame cómo, por qué vino Miantucatuc á Europa llamando su esposa á su nieta.

—Escucha.

LIV

Miantucatuc había sido salvado de una manera providencial. Le había salvado el terror de su hija, y el amor que López profesaba á Clara.

López había seguido á la joven que huía.

Miantucatuc había quedado abandonado.

Cuando López volvió, Miantucatuc había desaparecido.

¿Cómo? No se sabe.

López no había podido explicárselo.

Todo consistía en que Miantucatuc era fuerte como un cocodrilo. Había recibido una puñalada en el pecho, y había caído.

Astuto siempre, al verse fuera de combate, había preferido hacerse el muerto á fin de que no acabasen de matarle.

López se había engañado.

—¡Ya decía yo!—exclamé:—la mano de Clara debía ser débil: cuando hirió estaba aterrada.

—Ve ahí,—me contestó el esqueleto;—el hombre á quien Clara hirió, murió.

—¿Pero no hirió Clara á Miantucatuc?

—No: Clara mató á un pinto que, pagado por López, había consentido en tener á oscuras en el bosque con López, un diálogo que López le había enseñado de memoria. De modo que Clara se equivocó, y fué tan fuerte, tan mortal la puñalada que dió al pinto, que éste no tuvo tiempo más que para hablar algunas palabras que sirvieron por su doble sentido para engañar más á Clara.

Cuando ésta, al huir, tropezó más allá con Miantucatuc, creyó que Dios la había llevado al mismo sitio donde había cometido el crimen.

Clara creía haber matado á su padre.



LECTURA ALEGRE, cuadro de R. Dammeier

Esta era la razón de su remordimiento.

Pero Miantucatuc lo sabía todo: sabía quién le había herido, y cuando sanó de sus heridas pensó en vengarse.

Pero á los indios como á los árabes, como á todos los hijos de los pueblos que se han separado poco de su origen, les gusta la venganza fiambre.

Miantucatuc juró á Maluc vengarse de una manera terrible.

Y esperó.

Ya te he dicho que la Virgen-de-la-mañana, María, había muerto dando á luz una hija.

Esta era hija de López.

Miantucatuc pensó por el momento en valerse de la hija para vengarse del padre.

Pero esta venganza había de dilatarse, porque cuando Miantucatuc volvió, apenas restablecido de sus heridas, á la población de los pintos, Adelaida apenas tenía un año.

LV

Pero Miantucatuc no quería una venganza vulgar.

Se trataba de López: de López que había seducido á su hija la Virgen-de-la-mañana, y que seduciéndola había causado su muerte.

De López, que al conocer en la hacienda de México á Clara, á la otra hija de Miantucatuc, habida por él en la Cierva-gentil, y robada y bautizada por don Angel de Lemus, se había enamorado de Clara.

De López, que devorado por los celos, había tendido una infame celada á don Angel de Lemus, y para hacer viuda á la mujer que amaba, le había asesinado en la última de sus expediciones.

De López, que había tenido suficiente habilidad para hacer creer á Clara que Miantucatuc era el asesino de su marido, el asesino de su primera hija, y había producido el terrible deseo de venganza de Clara contra su padre, ignorando que lo fuera.

Todas estas cosas, mejor dicho, todos estos terribles crímenes, merecían tomarse en consideración para castigarlos: Miantucatuc, como gran jefe indio, estaba acostumbrado á ejercer la justicia y no vaciló en sentenciar á López.

Pero además de que quería que la venganza fuese semejante en grandeza al crimen, López se le había escapado viniéndose con Clara á Europa.

Miantucatuc determinó seguirle: para ello vendió todos sus tesoros, que eran inmensos, en oro, diamantes y perlas, y sólo se quedó con alguna rica pedrería para su nieta, y con el aderezo de perlas negras que llevaba la Cierva-gentil cuando la conoció Miantucatuc, que don Angel de Lemus había robado á Miantucatuc y que Miantucatuc había robado á su vez á Clara.

Miantucatuc no se separó de México sino cuando invirtiendo mucho oro averiguó, como suele decirse, toda la vida y milagros de López, anteriores á su conocimiento con él: entonces supo que López había sido espía doble, obtuvo las pruebas justificadas, y con ellas, con sus tesoros y con su nieta Adelaida, se embarcó y se trasladó á Europa.

—¿Y por qué se llamaba Adelaida esa joven, la máscara de color de rosa, en vez de llamarse Violeta-del-valle, ú otro nombre semejante?—pregunté al esqueleto.

—Porque había entrado en los proyectos de venganza de Miantucatuc, que la hija le vengase del padre.

—¡Oh! ¡qué horror!—exclamé.

—Los indios y los que no son indios, los hombres, llegan, si pueden, hasta el horror en sus venganzas,—dijo fríamente el esqueleto.—Resuelto pues, Miantucatuc á poner á su nieta en comunicación con su padre, llamó en secreto á un viejo sacerdote católico que vivía entre los pintos, y le hizo bautizar en secreto á su nieta. El sacerdote puso por nombre á la niña el de la santa del día en qué fué bautizada.

Adelaida tenía entonces cuatro años y era hermosísima.

Miantucatuc firmó un acta de sumisión y se presentó en México. Dejó su corona, su manto y su taparrabos de plumas y se puso un sombrero de paja y la clásica levita española. Se trasformó, en una palabra, y se guardó muy bien de decir que Adelaida era su nieta.

La puso en un convento para que la educasen, porque cuando Adelaida tenía cuatro años, ni en España, ni en sus posesiones ultramarinas había otros colegios para las jóvenes que los conventos.

Yo no me meteré en decirte si esta clase de educación que se daba antaño á las jóvenes en los conventos era mejor que la que ahora se las da en los colegios; en los conventos se las enseñaban muchas cosas, y hoy en los colegios no se les enseñan menos; yo preferiría que cada madre fuese la maestra única y exclusiva de su hija... pero adelante.

Cuando Adelaida llegó á los doce años, todos encontraron pocos los elogios para celebrarla.

No podía ser más hermosa, ni saber más, ni ser más viva, esto es, más traviesa y de una manera más graciosa.

Su abuelo vió que sabía coser, hacer dulces y flores y otra porción de habilidades, y sobre todo, que empezaba á ser para ella una jaula fatigosa el convento.

La sacó de él.

LVI

Antes de pasar más adelante debo decirte que al mismo tiempo que se había educado su nieta se había civilizado Miantucatuc.

Había entrado en México, si no enteramente salvaje, porque había pasado veinte años entre gentes hasta cierto punto civilizadas, bravío, enérgico y dominador: gran jefe indómito acostumbrado á hacer temblar á los más atrevidos con una sola mirada.

Se necesitaba toda su rabiosa sed de venganza para que Miantucatuc se aviniese á vivir en la gran ciudad, junto á sus enemigos naturales, sin devorarlos: figúrate un gato en medio de un pueblo de ratones, mezclándose con ellos, tratando con ellos, perdonándolos, en una palabra, y comprenderás hasta dónde llegaba el hambre de venganza y la fuerza de voluntad de Miantucatuc.

Acabó de aprender á hablar con pureza el castellano y abrió casa de giro, bajo la razón social de C. Alvarez y compañía.

—¡Ah! ¡Miantucatuc había tomado un nombre cristiano!

—Pero no se había bautizado; todo consistía en una acta falsa de conversión, y en una partida de bautismo falsa en que constaba que había tomado el nombre de Cristóbal y el apellido de Alvarez.

(Continuará)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

Año VI —BARCELONA 4 DE ABRIL DE 1887— Num. 275



DAR AL CÉSAR LO QUE ES DEL CÉSAR, cuadro de Tiziano Vercelli



LA VIRGEN DE LA GRANADA, dibujo de Rafael Sanzio

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

DAR AL CÉSAR LO QUE ES DEL CÉSAR, cuadro de Tiziano Vercelli

«Entonces los fariseos se fueron, y consultaron entre sí, cómo le sorprenderían en lo que hablase.

»Y le envían sus discípulos juntamente con los herodianos, diciendo: Maestro, sabemos que eres veraz, y que enseñas el camino de Dios en verdad, y que no te cuidas de cosa alguna: porque no miras á la persona de los hombres.

»Dinos, pues, ¿qué te parece, es lícito dar tributo al César, ó no?

»Mas Jesús, conociendo la malicia de ellos, dijo: ¿Por qué me tentáis, hipócritas?

»Mostradme la moneda del tributo. Y ellos le presentaron un denario.

»Y Jesús les dijo: ¿Cuya es esta figura é inscripción?

»Dícenle: Del César. Entonces les dijo: Pues pagad á César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.»

EVANG. S. MATEO, CAP. XXII

LA VIRGEN DE LA GRANADA

Nuestro grabado es copia de la reproducción de un dibujo de Rafael, que representa á la Virgen de la granada, existente ahora en la colección Albertina. Es muy probable que Rafael pintara el lienzo después, pero en este caso se ha perdido, desgraciadamente para el arte, que habría podido tener una obra maestra más de aquel genio.

MADONNA CONNESTABILE

La ejecución de este lienzo, cuyas dimensiones apenas exceden de las de una miniatura, fué para el inimitable Rafael el primero de los triunfos notables que debían conducirle al pináculo de la gloria por su preciosa «Madonna di San Sisto». Este pequeño cuadro pertenecía á Alfano di Diamente, tío de un íntimo amigo del maestro; después pasó á manos del Condestable Staffa, y fué vendido por el conde Escipión de Perugia, en 1871, á la Emperatriz de Rusia, que pagó por aquella rica joya del arte 13,000 libras esterlinas (325,000 pesetas). Nuestro grabado es la copia de ese precioso lienzo.

LA VOCACIÓN DE SAN PEDRO

«Y pasando (Jesús) por la ribera del mar de Galilea, vió á Simón, y á Andrés su hermano, que echaban sus redes en la mar, pues eran pescadores.

»Y Jesús les dijo: Venid en pos de mí, y haré que vosotros seáis pescadores de hombres.

»Y luego, dejadas las redes, le siguieron.»

EVANG. S. MARCOS, CAP. I.

MATER DOLOROSA cuadro del Tiziano

Pintó el gran Vercelli la *Mater dolorosa* con destino al emperador y rey Carlos V de Alemania y I de España, y es hoy por hoy uno de los números más inapreciables del Museo de Madrid. Señalan algunos como defecto en esta obra el marcado realismo del dolor de la Virgen, dolor que tiene todas las condiciones del de una madre mortal. Y nosotros nos permitimos decir: – Pues qué, ¿no es acaso María aquella de quien se dice no haberse conocido dolor como el dolor suyo? Y si en la obra del Tiziano es una madre la que padece, ¿no se puede asegurar que su dolor es el más aproximado al *dolor divino*, en el mero hecho de padecerlo una madre?

LA RESURRECCIÓN DE LA HIJA DE JAIRO, cuadro de G. Max

«Cuando aun estaba él hablando, llegaron de casa del príncipe de la Sinagoga (llamado Jairo), y le dijeron: Tu hija es muerta, ¿para qué fatigas más al Maestro?

»Mas Jesús, cuando oyó lo que decían, dijo al príncipe de la Sinagoga: No temas, cree solamente.

»Y no dejó ir consigo á ninguno, sino á Pedro, y á Santiago, y á Juan hermano de Santiago.

»Y llegan á la casa del príncipe de la Sinagoga, y ve el ruido, y á los que lloraban, y daban grandes alaridos.

»Y habiendo entrado, les dijo: ¿Por qué hacéis este ruido y estáis llorando? la muchacha no es muerta, sino que duerme.

»Y se mofaban. Pero él, echándoles á todos fuera, toma consigo al padre y á la madre de la muchacha, y á los que con él estaban, y entra donde la muchacha yacía.

»Y tomando la mano de la muchacha, la dijo: *Talitha cumi*, que quiere decir: Muchacha, á tí te digo: levántate.

»Y se levantó luego la muchacha, y echó á andar: y tenía doce años, y quedaron atónitos de un grande espanto.»

EVANG. S. MARCOS, CAP. V.

UN PASO, de Salcillo EL CRISTO, de Montañés

La escultura española, prescindiendo del arte contemporáneo, es poco conocida y por ende tenida en menos de lo que realmente fué. Sus más ilustres profesores, incluso el eminente Alonso Cano, hubieron de dedicar sus obras casi exclusivamente á la ornamentación de templos y conventos. Distribuidas sus imágenes en multitud de iglesias, se ha hecho sumamente difícil enterarse de ellas en número y calidad para formar juicio acertado respecto de su importancia é influencia en el arte escultural. Unicamente la ciudad de Valladolid posee algo que pueda llamarse Museo de la escuela española de escultura; y tal concepto nos merecen sus ejemplares, que á darlos á conocer en todo lo que valen pensamos consagrar algunas páginas de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Por hoy nos limitamos á reproducir el *Cristo* de Montañés y un *Paso* de Salcillo. La primera de estas obras, renombrada justamente y de inteligentes y profanos admirada con razón, es uno de los más perfectos trabajos escultóricos destinados al culto cristiano. Lo posee la catedral de Sevilla y es joya valiosa aun en la basílica que tantas maravillas de arte contiene.

Murcia tiene muy buenos *Pasos* de Salcillo, considerándose como uno de los mejores de ellos la *Cena* que publicamos en el presente número, y que, á su vez, puede ser tenido por el más notable de su autor. Es un ejemplar que revela la idea que del misticismo se tenía cuando los escultores de talento ejecutaban *Pasos* á falta de asuntos más factibles; siendo de apreciar su ejecución fácil y correcta, digna de un artista que figura por derecho propio en la historia lastimosamente olvidada del arte español.

LA MADONNA SOLLY.—BOSQUEJO DE LA MADONNA DEL GRAN DUCA, cuadro de Rafael

El bosquejo y cuadro de Rafael, que publicamos en este número, propiedad respectivamente de los museos de Oxford y Berlín, son dignos de su inmortal autor. En la *Madonna Solly* se echa de ver ya la factura empleada por Rafael en su segunda época, circunstancia que revelan no sólo los detalles del ropaje y demás accesorios, sino la mayor soltura y elegancia de las líneas y la graciosa redondez de las formas.

UN BOSQUEJO, por Van-Dyck

Probablemente quiso representar al Salvador doblegándose bajo el peso de la Cruz. Así nos lo da á entender la analogía de esta composición con alguna otra del mismo insigne artista, en que reproduce visiblemente aquella escena.

DIBUJOS Y GRABADOS DE ALBERTO DURERO

Jesús en el huerto. – El beso de Judas. — Jesús en la columna. – El descendimiento de la Cruz.

Nuestros favorecedores estimarán en cuanto valen estas obras del insigne precursor del renacimiento artístico. Los cuatro dibujos que publicamos, grabados por su propio autor, son otros de los muchos que dió á luz inspirados en la pasión y muerte del Señor, notables todos ellos por la fuerza de expresión con que reproduce el dolor de Jesús. A propósito de esos dibujos de Durero escribió un célebre crítico: «No conozco tragedia, no sé de poeta alguno, exceptuando Shakespeare, que haya hecho oir tan distintamente á humanos oídos sollozos y gritos de desesperación parecidos á los que uno cree oir contemplando atentamente esos grabados.»

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

JESUCRISTO Y LA ADÚLTERA, cuadro de Wolf

«Y se fué Jesús al monte del Olivar.

»Y otro día de mañana volvió al templo, y vino á él todo el pueblo, y sentado les enseñaba.

»Y los escribas y los fariseos le trajeron una mujer sorprendida en adulterio: y la pusieron en medio,

»Y le dijeron: Maestro, esta mujer ha sido ahora sorprendida en adulterio.

»Y Moisés nos mandó en la Ley apedrear á estas tales. Pues tú ¿qué dices?

»Y esto lo decían tentándole, para poderle acusar. Mas Jesús, inclinado hacia abajo, escribía con el dedo en tierra.

»Y como porfiasen en preguntarle, se enderezó, y les dijo: El que entre vosotros esté sin pecado, tire contra ella la piedra el primero.»

EVANG. S. JUAN, CAP. VIII

LA TENTACIÓN EN EL DESIERTO

(CAPÍTULO DE ISAAC LAQUEDEM)

Después que Jesús hubo recibido del *Precursor* el agua del bautismo, se retiró al desierto, donde permaneció cuarenta días y cuarenta noches sin probar bebida ni manjar de ninguna especie. Allí, prosternado hasta tocar el suelo con la frente, daba gracias al Señor que le había permitido vencer las necesidades de la naturaleza, resistir la sed y el hambre, y conculcar bajo sus pies á la materia; cuando de entre la oscuridad de la cuadragésima noche, vió surgir ante él, como vomitada por la tierra ó precipitada del cielo, una criatura al parecer humana, por más que su estatura fuera medio codo más alta que la del común de los hombres.

El extraño ser que tan imprevistamente se presentaba á Jesús, era hermoso, de esa hermosura triste, altiva y sombría que fué como revelada á Dante y á Milton. Sus ojos parecían lanzar llamas: el viento del desierto, sacudiendo su larga y negra cabellera, dejaba al descubierto su ancha frente, surcada por una profunda cicatriz; su boca desdeñosa procuraba sonreir, pero su sonrisa tenía algo de la desesperación; su cabeza estaba rodeada por una aureola azulada, semejante á la pálida fosforescencia que flota encima de ciertos abismos; y cada vez que su planta se posaba en el suelo, del suelo surgía, cual subterráneo relámpago, una llama parecida á la de aquella aureola.

Este aparecido era aquel á quien las Escrituras llaman, sin duda para no mancharse con su nombre, *la cosa que marcha en las tinieblas*.

Detúvose ante el Cristo, cuya frente tocaba la tierra, como hemos dicho; cruzó sobre el ancho pecho sus brazos hercúleos, y aguardó á que el hijo de María terminara su oración.

Al cabo de un minuto apoyóse Jesús en una de sus rodillas, y dirigió la mirada al formidable desconocido sin sorpresa alguna, como si hubiera estado seguro de su presencia sin necesidad de verle.

– Hijo del hombre, ¿me conoces? – preguntó con voz sorda el sombrío aparecido.

– Sí, – respondió Jesús con acento que, por lo dulce y melancólico, contrastó con el de su interlocutor – sí, te conozco. Tú fuiste un tiempo el muy amado de mi Padre, el más bello de los arcángeles salidos de sus manos; tú conducías la luz que le precedía cuando, entre rayos de sol, mostraba todas las mañanas su faz al oriente. Entonces te hubieran tomado por un aciano luminoso sembrado en los campos del empíreo y notable aún en medio de las demás flores celestes. El orgullo fué causa de tu perdición; te creiste Dios, te rebelaste contra tu Señor, y el rayo de éste te precipitó desde las alturas del paraíso á los abismos de la tierra...



MADONNA CONNESTABILE, de Rafael Sanzio, (tamaño 7 pulgadas de diámetro)



LA VOCACIÓN DE SAN PEDRO

-¡De la tierra que es mi imperio! - dijo el arcángel caído, levantando, soberbio, la cabeza y sacudiendo su flamígera cabellera.

- Es cierto; - respondió Jesús, - tú eres rey del mundo y padre de los impíos.

—¡Padre de los impíos!.. - prosiguió con altivez el arcángel. Precisamente es este mi más preciado título... Todo en la tierra reconocía humildemente el poder de Jehová; los astros seguían silenciosos las leyes por él establecidas; el sedicioso mar obedecía sus órdenes y respetaba los límites que le había impuesto; los montes más elevados se estremecían cuando El cruzaba el espacio en alas del rayo y de la tempestad; los elementos, enfrenados por El, obedecían hasta con miedo su voluntad; los animales todos, desde el diminuto arador hasta el Leviatán; las potestades invisibles desde los Tronos hasta las Dominaciones, se prosternaban en su presencia; todo se nivelaba, todo se doblegaba, todo enmudecía delante de El... Yo, yo solo, en medio de la degradación común y del silencio universal, me erguí potente y exclamé con voz que estremeció al mundo, con voz que subió á la cumbre de los siglos pasados y descendió al abismo de los siglos venideros: ¡Jamás! *¡Non serviam!*...

- Cierto; - respondió Jesús - esto dijiste, y he aquí por qué mi Padre me ha enviado á luchar contigo.

- Antes de aceptar semejante misión, - prosiguió el arcangel, - ¿has tenido en cuenta mi poder? ¿Sabes lo que dicen de mí aquellos que me adoran, en las oraciones que me dirigen?... Oyelo: «Nada resiste á su presencia; todo cuanto se halla debajo del cielo le pertenece! Ni las más elocuentes palabras, ni las más conmovedoras súplicas le enternecen.. Su cuerpo se parece á los escudos de cobre fundido y está cubierto de mallas, tan unidas las unas á las otras que ni el aire las traspasa. Reside la fuerza en su garganta y el hambre le precede; los rayos caen con abundancia encima de él, y él no se digna hacer el menor movimiento á un lado ni á otro. Cuando levanta el vuelo á las altas regiones, los ángeles conocen qué cosa es el espanto y se dan prisa en purificarse. Pisa los rayos del sol y anda por encima del oro puro como pudiera andar por encima del barro. Un simple esfuerzo de su voluntad hace hervir el fondo de los océanos como hierve el agua en una caldera, y montar las olas como monta en una cubeta el líquido sometido al ardor del fuego. La luz brota á su paso y contempla cómo en pos de él blanquea y espuma el abismo. No hay potestad que con él pueda compararse, pues ha sido creado exento de miedo y se titula rey de todos los hijos del orgullo.»

- ¿Y sabes tú - contestó sencillamente Jesús - lo que dicen aquellos que te temen, en las oraciones que dirigen á mi Padre?... Pues dicen: ¡Señor! ¡Señor! ¡Líbranos del maligno!... Y la voz de un simple mortal que pide gracia á Dios, resuena más lejos y sobre todo sube á mucha mayor altura que ese conjunto de blasfemias de que te enorgulleces.

- Si es tan poderoso el Señor á que te refieres, - replicó el arcángel caído, - ¿por qué se contenta con el reino de los cielos y permite que reine yo en la tierra?

- Porque el principio del mal se introdujo en el paraíso con la serpiente, y la serpiente fué coronada reina por la falta de Eva.

- En tal caso, ¿por qué permitió que la serpiente entrara en el paraíso y que Eva cometiera pecado?

- Porque en el momento en que el mundo salía de sus manos, el sublime artífice, el lapidario poderoso, calculó que tenía necesidad de la serpiente como de una piedra de toque en la cual probar á la humanidad. Pero mi Padre ha decidido que harto tiempo había ya imperado el mal sobre la tierra por el pecado de Eva y la presencia de la serpiente. He aquí, pues, cómo yo vengo á expiar ese pecado y tú eres la serpiente cuya cabeza debo aplastar.

- De suerte que vienes contra mí armado de odio y de cólera... Me alegro, pues lucharemos con armas iguales.

- Vengo armado de misericordia y de amor - contestó Jesús. - A nadie odio; ni siquiera á tí.

- ¿No me odias? - exclamó Satán, asombrado.

- No; te compadezco solamente.

- ¿Y por qué me compadeces?

- Porque no puedes amar...

Al escuchar estas palabras, el cuerpo férreo del arcángel tembló como una sensitiva tocada por la mano de un niño.

- Enhorabuena; - dijo - ¡sea! Hijo del hombre ó hijo de Dios, acepto el combate. Nadie mejor que tú conoce el poder que me ha sido dado.

—El poder de tentar al hombre... Mas por experiencia sabes que nada puedes contra el justo.

—¡Acuérdate de Adán!...

—¡Acuérdate de Job!...

El arcángel suspiró con pena, escapándose de sus dientes una especie de silbido.

—¿Por qué causa mi poder se estrelló en Job?—dijo.

—Porque el espíritu de Dios estaba con él.

—¿Y el espíritu de Dios está, igualmente, contigo?

—El espíritu de Dios está conmigo: yo soy el Hijo de Dios!

—Si eres Hijo de Dios, ¿cómo es posible que estés sujeto á las necesidades de la humanidad? ¿Por qué, durante los cuarenta días y cuarenta noches de tu ayuno, has padecido de hambre y de sed?

—Cierto; he padecido de sed y de hambre; es más, he querido padecer; porque, enterado de cuantos dolores he de sufrir antes de realizar mi objeto, he ensayado en la soledad del desierto hasta dónde llegaba mi resignación.

—¿Y estás bien seguro de ella?

—Lo estoy; pues he podido decir á esas piedras: «convertíos en pan,» y á esa arena: «conviértete en agua;» y no se lo he dicho.

—Y si tú se lo hubieras ordenado, ¿las piedras y la arena hubieran obedecido?

- Sin duda alguna.

—Entonces, dásela; y pues tus cuarenta días y cuarenta noches de prueba han transcurrido, ve de satisfacer tu hambre y tu sed.

Jesús sonrió y dijo:

—Escrito está en el Libro Santo: «No solamente de pan se vive, sino de toda palabra que sale de los labios de Dios.»

El arcángel crispó las manos sobre su pecho.

—Pues bien, - dijo á su vez, - ya que invocas los textos sagrados, quiero yo invocarlos asimismo, á menos que tu poder, superior al mío, se niegue á que te conduzca allí donde intento que me sigas.

—Iré á donde tú quieras, para que la fuerza del Señor, siquiera desarmada, contraste con tu debilidad armada de todas armas.

Satán contempló por un instante á Jesús con una indecible expresión de odio. En seguida, realizando su plan, tendió su manto en el suelo, posó ambos piés en una de sus extremidades, y dijo:

—Haz como yo hago.

—Sea así,—contestó Jesús.

Y puso los pies en la extremidad opuesta del manto.

En aquel mismo instante ambos á dos fueron arrastrados por un furioso torbellino, y hendiendo el espacio con la velocidad del rayo que desgarra el cielo, fueron á posarse sobre el frontón del templo de Jerusalén.

Entonces, Satán, acompañándose de su eterna sonrisa, que quiere ser desdeñosa y solamente resulta ser fatal, dijo:

—Si eres, realmente, hijo de Dios, arrójate desde esta altura, pues escrito se halla en el salmo XC: «El daño no podrá alcanzaros por cuanto Dios ha ordenado á sus ángeles que vigilen vuestra conservación, y esos ángeles os recibirán en sus brazos por temor de que os estrelléis contra las piedras.»

—Cierto,—contestó Jesús,—pero escrito está, asimismo, en el *Deuteronomio*, libro VI: «Guardaos de tentar al Señor vuestro Dios.»

El arcángel tembló de coraje, y repuso:

—Conforme; pero dime, ¿estás dispuesto á seguirme?

—Tu voluntad es mi ley durante esta noche: ordena; yo obedeceré.

Y ambos á dos, arrastrados de nuevo con tal rapidez que, con ella comparada, el vuelo del águila más ligera pudiera ser tenido por la inmovilidad del halcón que atisba su presa, cruzaron el espacio, dejando en pos de sí poblaciones, desiertos, ríos, mares; de tal suerte que en pocos segundos se encontraron en el corazón del Thibet, sobre lo más alto del Djavahir.

—¿Sabes dónde nos hallamos?—preguntó Satán.

—Nos hallamos en lo más alto de la montaña más alta de la tierra,—contestó Jesús.

—Acertaste; y desde esta altura voy á mostrarte todos sus reinos.

En aquel mismo instante se hizo perceptible el movimiento de la tierra, por cuanto el Cristo y el arcángel permanecían inmóviles y de pie encima del manto infernal, al paso que la tierra y la atmósfera que arrastra, continuaban su interminable movimiento de rotación.

- ¡Mira! - dijo Satán.

- Miro... - contestó Jesús.

- He ahí la India, - prosiguió el tentador, - la India, es decir, la abuela del género humano, la cuna de las razas, el punto de partida de las religiones... ¿La ves bien? Considera su formidable naturaleza que hace del hombre una débil y sojuzgada parte de la creación, un pobre niño extraviado en el seno de su madre, un átomo perdido en la inmensidad... Contempla bien esa India... En ella, por mucho que la humanidad se multiplique, el hombre no abunda más ni es más fuerte que en otras regiones, por cuanto el poder de la muerte es igual al poder de la vida; en ella el hombre tiene que luchar con



MATER DOLOROSA, cuadro del Tiziano



LA RESURRECCIÓN DE LA HIJA DE JAIRO, cuadro de Gabriel Max



JESUCRISTO Y LA A



DÚLTERA, CUADRO DE O. WOLF

LA CENA



UN PASO, obra escultórica de Salcillo



LA MADONNA SOLLY, cuadro de Rafael

fuerzas desproporcionadas y aterradoras, hasta tal punto que renuncia al combate, y para no avergonzarse de su debilidad, se entrega á discreción, bajo el pretexto de que cuanto le rodea, cuanto en la tierra existe, á excepción de él, es Dios; y él, el hombre, no es otra cosa que un accidente de esa sustancia única, universal, indestructible; en ella el suelo produce anualmente tres cosechas, y las lluvias tempestuosas convierten la llanura en mar y el desierto en verdes prados... En ella los débiles y flexibles juncos son árboles de cien pies de altura, y el moral es un verdadero gigante, cada uno de cuyos troncos produce un bosque de hojas, y su húmeda sombra cobija reptiles de veinte codos de longitud, hordas de tigres y rebaños de leones... En ella, finalmente, la peste devora por millones á los hombres que por millones nacen; de tal suerte que si durante un siglo dejara de ser asolada por el tifus ó por el cólera, arrojaría sobre la Europa un mar de hombres, debajo de cuyas olas desaparecería aquella por completo!...

Y mientras estas palabras salían de la boca del arcángel, desfilaba ante Jesús la India, con su Himalaya que hiende el aire, sus bosques sombríos y sin límites, su Cambodje, su Ganges, su Indus y sus ciento cincuenta millones de pobladores, distribuídos desde el mar de China al golfo Pérsico.

– ¡Mira aún! – exclamó Satán.

– Miro... – respondió Jesús.

– He ahí la Persia, la gran ruta del sol y del género humano; con los Scytas á la derecha y los Arabes á la izquierda; la Persia, gran parador del mundo, donde todos los pueblos se han albergado á su vez. En otros tiempos, cuando aun no estaba convencida de que solamente era la hostería de la humanidad, imbuí en sus hijos la idea de construir la torre de Babel, cuyas ruinas son, aun hoy día, más elevadas que la más elevada de las pirámides. Al presente, después de haber presenciado la caída de sus monumentos y de sus dinastías, edificó, apenas para una ó dos generaciones, casas de frágil ladrillo, que parecen simples cabañas. Cincuenta millones de hombres adoran allí la luz y el fuego, viven en un clima donde el invierno y el verano existen conjuntamente y procuran olvidar su pasado con la ayuda de una embriaguez ficticia, que les ocasiona la muerte con la mayor dulzura apetecible.

Y cual empujada por la mano del arcángel, pasó ante Jesús la Persia toda, desde los orígenes del Oxus hasta el mar Rojo; con su lago Durro, su lago Aral y su mar Caspio, semejantes á tres espejos de desigual tamaño; su Eufrates y su Tigris parecidos á gigantescas serpientes que se desenroscan al sol; su Persépolis, su Babilonia y su Palmira, que al presente no son sino ruinas, pero que hace veinte siglos eran todavía reinas cubiertas de púrpura y coronadas de oro.

– Mira aún, – repitió el arcángel.

Y Jesús contestó con su inefable dulzura:

– Miro...

He ahí el Egipto; un presente que le debo al Nilo. El día en que se me antoje, es decir, cuando sus treinta mil poblaciones y sus sesenta millones de habitantes, griegos, egipcios, abisinios, etíopes, se nieguen á rendirme culto, desviaré ese Nilo hacia el mar Rojo y haré desaparecer el Egipto, vertiendo sobre sus tierras arena en vez de lluvia. Mientras esto se realiza, contempla su suelo desde Elefantina á Alejandría: es un valle de esmeraldas, un granero colmado de frutos, un jardín cuajado de flores. De sus productos se mantienen Roma, Grecia, Italia... Verdad es que, en cambio, sus hijos se mueren de hambre, aguardando perezosamente á que la voluntad omni potente que alimentó á los hebreos en el desierto, le plazca hacer que caiga sobre ellos un nuevo maná...

Y con efecto, ante Jesús fué pasando el Egipto, con su doble desierto, con sus viejas y ruinosas poblaciones, sus espumosas cataratas y sus esfinges enterradas hasta las garras, cuyos ojos inmóviles contemplaban, hacía quinientos años, como el tiempo blanqueaba la calavera de los soldados de Cambyses.



UN BOSQUEJO, de Van-Dyck

– ¡Mira aún! – volvió á decir el arcángel.

– Miro... – contestó Jesús.

– Ve ahí la Europa; compárala con nuestra maciza Asia, y advertirás que está infinitamente mejor distribuída y es más á propósito para toda clase de movimiento; como si fuera producto de un plan concebido con mayor inteligencia y ejecutado con mayor éxito. Contempla como, sobrada de monumentos y falta de hombres, tiende á unirse con Africa, que está sobrada de hombres y falta de monumentos Ve, sino, á la Cerdeña avanzando hacia ella con su roca de Plumbaria, la Sicilia con su lago Lilibeo, la Italia con su punta de Rhegium, la Grecia con su triple promontorio de Acritas, de Ténara y de Malea... Mira esas islas del mar Egeo, que cualquiera tomaría por una flota colosal abrigada en un vasto puerto, dispuesta á hacerse á la vela para dedicarse al comercio del mundo entero; mientras, al norte, se adosa por la Escandinavia á los hielos del polo. ¡Oh! no hay cuidado; Europa está sólidamente asentada; apoya sus piés en el Asia feraz y baña su frente en el mar salvaje... Tiene magníficas ciudades que se titulan Atenas, Corinto, Rodas, Sybaris, Siracusa, Gades, Massilia, Roma!... Repara como atrae hacia un centro único, la roca inmóvil del Capitolio, á la barbarie occidental, es decir, España, Bretaña, las Galias; y á la civilización oriental, es decir, Grecia, Egipto, la Siria... Mírala bien, mírala bien, á esa Europa; es la perla del mundo, el diamante del porvenir...

Y á medida que hablaba Satán, pasaba Europa ante Jesús; primero Grecia; luego Italia; á su derecha Sicilia, á su izquierda la Germania y la Escandinavia; luego Inglaterra, luego las Galias, al final la España.

Trascurrieron algunos momentos durante los cuales no se distinguía otra cosa que agua, desde el polo boreal al polo sur, desde el polo ártico al polo antártico.

– Mira aún, – dijo Satán.

Y Jesús volvió á decir:

– Miro...

– Después del mundo caduco el mundo envejecido; después del mundo civilizado el mundo bárbaro; después del mundo bárbaro el mundo desconocido. Fíjate en este punto; he ahí una tierra completamente ignorada. A primera vista no tiene grande importancia; tres mil leguas de longitud por mil quinientas de anchura. Es la parte del mundo que ha salido la última del seno de las aguas: por esto es que tiene lagos grandes como el Mediterráneo, ríos cuya corriente excede de mil quinientas leguas, montañas que miden mil ochocientos piés de altura, desiertos sin término, bosques sin fin... En su seno germinan el oro y la plata como en otras partes el cobre y el plomo; se halla pegada al polo ártico como el acero al imán y divide el mundo en dos partes, dejando apenas entre ambas el espacio que necesita la embarcación que las cruza... Esa tierra es la tierra soñada por un sabio, ó por un loco, de Grecia, como tú quieras: ese loco se llamaba Platón y á esa tierra la tituló la Atlántida.



BOSQUEJO DE LA MADONNA DEL GRAN DUCA, de Rafael

Y á todo esto, pasaba la América, con sus bosques vírgenes, su catarata del Niágara que se extiende á una distancia de diez leguas, su río de las Amazonas, su Mississippí, sus Cordilleras y sus Andes, su Chimborazo y su pico de Misté.

Acabada la América, apareció de nuevo el Océano.

– Mira aún, – dijo Satán.

Y – miro aún... – contestó Jesús.

– ¿Ves esa inmensa extensión semejante á un espejo de acero bruñido, salpicado de manchas negruzcas? Ese espejo es el Océano Pacífico, esas manchas son islas. A medida que las olas ruedan bajo nuestras plantas, las manchas son más frecuentes. Es que nos aproximamos á la Oceanía, en donde las islas, al brotar del agua, parecen rebaños de gigantescos carneros. Atiende... Son tantas esas islas, que apenas te permiten distinguir el mar que las rodea, y que debe parecerte una cinta movediza... Nada de esto tiene nombre aún; pero no importa: lo cierto es que esas islas contienen hombres, animales, lagos, bosques; es la quinta parte del mundo, una segunda Atlántida desgranada en la superficie del Océano. Por esas islas se va desde las Cordilleras al lago Azul, cuya embocadura se halla á mil quinientas leguas de nosotros y cuyo origen se encuentra bajo nuestra planta.

Y á todo esto pasaba ante Jesús el grande Océano, con sus grupos de islas, su Nueva Guinea, su Nueva Holanda, Borneo, Sumatra, Formosa y las Filipinas.

Y á lo lejos se volvía á distinguir la nevada cima del Djavahir. La tierra había dado una vuelta completa sobre

su eje; el mundo, con todos sus reinos, había desfilado ante los ojos del Salvador.

Entonces exclamó Satán:

– Todo cuanto has visto será tuyo; tuya será la potestad y la gloria de todos esos reinos, si consientes en adorarme; porque su potestad y su gloria me pertenecen y puedo cederlas á quien mejor me plazca...

Y Jesús se limitó á contestarle:

– Está escrito: «Adoraréis al Señor vuestro Dios y á Él solamente rendiréis culto.»

Pronunciadas estas palabras, resonó en el espacio un grito terrible, un grito impregnado de odio y maldición. Era el adiós de Satán á Jesús, en quien no pudo menos de reconocer al Hijo de Dios.

Y cuando se hubo extinguido el rumor de ese rugido formidable, que resonó como el más espantoso de los truenos; se dejó oir una voz dulcísima que con triste expresión murmuraba:

– ¡Oh hermoso arcángel, luminosa estrella de la mañana! ¿Cómo es posible que te hicieras arrojar del cielo, cuando tan brillante aparecías en él, al despuntar el día?...

Así decía Jesús, al recordar, con lágrimas en los ojos, la caída de Satán...

ALEJANDRO DUMAS *(padre)*

FACSÍMILE DE UN ESTUDIO DE ALBERTO DURERO



JESÚS EN EL HUERTO

LA LEY DE GRACIA

Cuarenta siglos había replegado el tiempo sobre la prevaricación del primer hombre y cundido el mal corriendo tras las generaciones como horroroso contagio con hambre de tragarse la humanidad entera.

El mundo estaba perdido, sin noción de Dios ya ni de dignidad humana. El derecho era la fuerza, la fuerza la tiranía, la tiranía una consagración de iniquidades y concupiscencias, el predominio brutal del hombre deificado sobre el hombre embrutecido. No había justicia, ni virtud, ni verdad, ni nada más que sombras dentro y fuera de la conciencia humana. Sólo en el luctuoso velo de aquella larga y pavorosa noche brillaban como pálidas estrellas las lágrimas lloradas por los profetas de Israel, pueblo escogido por Dios para que guardara el arca de la alianza y en ella la promesa de la humana redención; pueblo grande y poderoso un tiempo, ya flaco y envilecido también.

Pero era menester toda la luz del cielo para disipar tales y tantas tinieblas, tinieblas de ignorancia y perversión, de ceguedad de todos los espíritus; y llegando al fin la hora de Dios, hízose otra vez la luz en el caos descendiendo á la ingrata tierra el *fiat* de la nueva creación, el Verbo divino, que era luz de luz encarnada en Jesucristo.

Cumpliéronse, pues, las Escrituras y las esperanzas de los justos de la antigua ley, abriéndose á los júbilos del corazón y á los consuelos del alma la ley de gracia, que es el reinado de Dios.

Trajo á la tierra el Mesías la altísima misión de redimir al hombre caído restableciendo la justicia y la moral, ahuyentando las dudas y sombras del espíritu, rompiendo las cadenas de toda esclavitud y los cetros de hierro de todas las tiranías.

No quiso nacer en un palacio para humillar á los soberbios; nació sobre la paja de un establo para enaltecer á los humildes; y á la altura ya de su soberano destino por la virilidad de sus años, por la plenitud de sus facultades, por la virtud y abnegación de su alma, abrió victoriosamente su Evangelio despreciando riquezas, glorias y honores mundanos en la tentación de Satanás.

Del monte de la tentación subió luego al de las bienaventuranzas, donde inició su predicación evangelizando al mundo. Y alzando al cielo la frente y poniendo en Dios los ojos y abriendo en cruz los brazos como para abarcar y atraer á su seno á la humanidad entera, representada en la piadosa multitud que lo seguía, pendiente de sus labios oliendo siempre á doctrina, á plegaria y bendición, llamó bienaventurados á los humildes, á los que lloran, á los que han hambre y sed de justicia, á los misericordiosos, á los limpios de corazón, á los pacíficos, á los que padecen persecución por causa de la justicia, á todos los perseguidos y calumniados por la causa de Dios.

Y siguió evangelizando:

Si fueres á ofrecer tu ofrenda al altar y allí te acordases de que tu hermano tiene alguna queja contra tí, deja allí tu ofrenda delante del altar y vé primero á reconciliarte con tu hermano, y entonces ven á ofrecer tu ofrenda.

Da al que te pidiere, y al que te quiera pedir prestado no le vuelvas la espalda.

Habéis oído decir: Amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo. Pues yo os digo: Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, orad por los que os persiguen y calumnian.

Para que seáis dignos hijos de vuestro Padre, que está en los cielos, el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores.

Porque si amáis á los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen lo mismo los publicanos? Y si saludáis solamente á vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen esto mismo los gentiles?

Y cuando dés limosna no hagas tocar la trompeta delante de tí como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles para ser honrados de los hombres.

Mas tú cuando dés limosna, no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha.

Y cuando oréis no seáis como los hipócritas que quieren orar de pie en las sinagogas y en los cantones de las plazas para ser vistos de los hombres.

Mas tú cuando orares, entra en tu aposento, y cierra la puerta, ora á tu Padre en secreto, y tu Padre que ve lo secreto te recompensará.

Ni habléis mucho, cuando oraréis, como los gentiles, que piensan que por mucho hablar serán oídos.

No atesoréis para vosotros tesoros en la tierra, donde orín y polilla los consumen y en donde los ladrones los desentierran y roban.

Mas atesorad para vosotros tesoros en el cielo, donde no los consume orín ni polilla ni los desentierran ni roban los ladrones.

Porque donde está tu tesoro allí está también tu corazón.

¿Por qué, pues, ves la pajita en el ojo de tu hermano y no ves la viga en el tuyo?

Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo y entonces verás para sacar la mota del ojo de tu hermano.

REPRODUCCIONES DE ESTAMPAS DEL CELEBRADO ARTISTA ALBERTO DURERO



EL BESO DE JUDAS



JESÚS EN LA COLUMNA



EL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ

Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá.

No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese entrará en el reino de los cielos.

No temáis á los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma; temed antes al que puede echar el alma y el cuerpo en el infierno.

El que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí.

Venid á mí todos los que estáis fatigados y afligidos y yo os aliviaré.

Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis reposo para vuestras almas.

El que no está conmigo, contra mí está, y el que no allega conmigo, esparce.

Y habiendo convocado á sus discípulos, les dijo:

Id y predicad diciendo que se acercó el reino de los cielos.

Sanad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, lanzad demonios: graciosamente recibisteis; dad graciosamente.

No poseáis oro ni plata ni dinero en vuestras bolsas: ni alforjas para el camino, ni dos túnicas, ni calzado, ni báculo, porque digno es el trabajador de su alimento.

Y siguió evangelizando, y predicó la fe queriéndola siempre acompañada de esperanza y caridad, es decir, refiriendo siempre á Dios todos los impulsos y movimientos de la voluntad, que por sí sola, no es sino orgullo, soberbia, vanidad, ó á lo más una fuerza ciega que apenas puede sostenerse, menos resistir, mucho menos triunfar.

Las tres virtudes juntas, la fe para creer en el honesto logro que se anhela, la esperanza para sostener la fe, y la caridad para amar siempre á Dios y en Dios al prójimo y á nosotros mismos, esas tres virtudes cristianas han sellado siempre las grandes victorias.

Sin ellas todos los empeños son dudosos y todas las fuerzas flacas.

Y habiendo convocado á las gentes las enseñaba diciendo:

No ensucia al hombre lo que entra en la boca, sino lo que sale de la boca, eso es lo que ensucia al hombre.

¿No comprendéis que todo lo que entra en la boca al vientre va y de allí á un lugar excusado?

Del corazón salen los malos pensamientos y estos son los que manchan al hombre.

Dejad venir á mí los niños.

En verdad os digo que si no fuereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.

Y al que escandalizare á uno de estos pequeñuelos que en mí creen, mejor le fuera que le colgaran al cuello una piedra de molino y lo arrojaran á lo profundo del mar.

¡Ay del mundo por los escándalos! Y ¡ay del hombre por quien venga el escándalo!

Si tu hermano pecare contra tí, vé y corrígelo á solas. Si te oyera habrás ganado á tu hermano.

– Señor, ¿cuántas veces he de perdonar al hermano que peque contra mí? ¿hasta siete veces?

– No digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete veces

Y Jesús dió el ejemplo de palabra y obra á cada paso de su adorable vida para que en sus obras y palabras aprendieran las gentes y guardaran en la memoria del alma lo que es y lo que vale en el cielo y en la tierra el perdón de las injurias, dándolo, no ya sólo como un triunfo, que triunfo es de la pasión más rebelde, sino también como un derecho al perdón de nuestras culpas

– Maestro bueno, ¿que haré yo para conseguir la vida eterna?

– Guarda los mandamientos.



EL CRISTO, de Montañés
(Trabajo escultórico existente en la Catedral de Sevilla)

– Los he guardado desde mi juventud. ¿Qué me falta aún?

– Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes y dalo á los pobres y tendrás un tesoro en el cielo, y ven y sígueme.

Y el mancebo se fué triste porque tenía muchas posesiones.

Entonces pronunció el Salvador esta terrible sentencia:

– En verdad os digo que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos. Y digo más: Es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de los cielos.

Y luego armó de justo y terrible enojo su brazo para echar del templo á los mercaderes. Los que van á la casa de Dios con otro móvil que el de la debida adoración; los que sacrílegamente toman el nombre de Dios para favorecer sus intereses mundanos; los que se valen de la religión ó de sus piadosas prácticas para hacer valer miras secundarias y fines profanos, esos fueron y son y serán siempre los mercaderes echados del templo y azotados por el mismo Jesucristo.

Después se dirigió á los malos sacerdotes, á los doctores de la ley, á los escribas y fariseos, diciendo en són de anatema y con toda la autoridad del Juez supremo:

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerráis el reino de los cielos delante de los hombres, pues ni vosotros entráis ni dejáis entrar á los que entrarían!

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que devoráis las casas de las viudas haciendo largas oraciones!

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que rodeáis la mar y la tierra para hacer un prosélito, y después de haberlo hecho, lo hacéis dos veces más digno del infierno que vosotros!

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que diezmáis la hierba buena y el eneldo y el comino, y dejáis las cosas que son más importantes de la ley, la justicia y la misericordia!

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, y por dentro estáis llenos de rapiña y de inmundicia!

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que sois semejantes á los sepulcros blanqueados, que parecen por fuera hermosos á los hombres y por dentro están llenos de corrupción y suciedad!

– Maestro, ¿es lícito pagar tributo al César?

– Dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

– Señor, Herodes te persigue para darte muerte.

– Id á decir á esa raposa que yo lanzo demonios hoy y mañana y al tercero día resucitaré.

– Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento de la ley?

– Amarás al Señor, tu Dios, de todo corazón, con toda tu alma y con todo tu entendimiento. Este es el mayor y el primero de los mandamientos. Y el segundo semejante á éste: Amarás á tu prójimo como á tí mismo De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas.

En efecto, toda la ley de gracia es amor; amor divino que acompaña al hombre desde la cuna al sepulcro, y aun más allá, pues dejando el polvo en el polvo, eleva en sus puras alas, victoriosas de la muerte, la escencia, el alma inmortal del hombre á las eternas claridades, donde está el arquetipo del bien, de la verdad, de la belleza, *Dios*.

De aquí la eterna aspiración del hombre á ese fin supremo que es Dios por el medio único, que aunque humano, es divino también; el amor del prójimo, como quiera que se ama á Dios y en Dios y por Dios á todos nuestros semejantes.

Ved, sino, el testamento de Jesús, cuando terminada ya su divina predicación y evangelizado el mundo, se despidió de sus discípulos para abrazarse á la cruz y consumar con abnegación sobrehumana la gran obra de la redención.

Un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos á otros, así como yo os he amado. En esto conocerán todos que sois mis discípulos.

El amor, la hipóstasis de las almas, la unión de los corazones, el abrazo y ósculo de todos los hijos de Dios, dentro de la armonía universal, fraternidad necesaria para poder vivir en paz, cumpliendo cada cual su destino y todos la voluntad de Dios: he aquí la ley de gracia.

Y si el amor es la ley, ¿cómo hay aún odio en los corazones y rebelión en los espíritus y guerra entre los hombres?

«Id á decir á esa raposa que yo lanzo demonios hoy y mañana y al tercero día resucitaré.»

¿No ha resucitado Jesucristo?

Sí; no desmayéis, los pequeños, los humildes, los pobres, los predilectos hijos de Dios. Pero todavía quedan demonios que lanzar hoy y mañana.

Queda el último esfuerzo para el triunfo definitivo del amor y de la paz.

Id á decir á esa raposa que al tercero día reinará la paz sobre la guerra, el amor sobre el odio, el derecho sobre la fuerza, la verdad sobre el error, la luz sobre las sombras, encarnando para siempre la ley nueva en la igualdad, en la libertad y en la fraternidad de todos los hombres, trinidad divina y humana y sublime ideal de la ciencia, de la conciencia, de la civilización moderna.

C. NAVARRO

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 11 DE ABRIL DE 1887 — NUM. 276

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ALFONSO XII DE ESPAÑA, bronce modelado en las fábricas metalúrgicas de San Juan de Alcaraz

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

ALFONSO XII DE ESPAÑA
estatua ecuestre fundida en bronce

La Compañía Metalúrgica de San Juan de Alcaraz ha dado una valiosa prueba de los elementos de que dispone, en el terreno del arte y en el terreno de la industria. De sus talleres ha salido la estatua-retrato del malogrado D. Alfonso XII, trabajo digno de la mayor estima, por cuanto tiende, y tiende con éxito, á emanciparnos del exclusivismo ejercido hasta ahora en este ramo del arte por los escultores y fundidores franceses y alemanes. La prensa local se ha ocupado de esa obra con elogio unánime, y nosotros sentimos una verdadera satisfacción publicando la copia de ella y uniendo nuestro aplauso al del público y al de los inteligentes.

No es la primera vez que la industria española produce un artefacto de esta naturaleza: la casa Vidal de nuestra ciudad, si mal no recordamos, expuso no ha mucho en el Salón Parés un bronce de arte sumamente recomendable. Si todo progreso industrial nos interesa y estimula nuestros patrióticos sentimientos, nuestra satisfacción es mayor cuando la industria se aplica al fomento y propagación de las bellas artes, como ocurre en el caso presente, en que lo perfecto de la fundición hace resaltar la valía de la escultura. El autor de esta ha tenido presente, sin duda, que el difunto rey era apellidado *el pacificador*, y á este hermoso calificativo ha subordinado el semblante, la postura, la impresión general de su obra. A pesar de lo cual no carece ésta de nobleza: la mirada del rey, sobre todo, es la de un joven que quiere penetrar con serenidad en los arcanos del porvenir; su actitud perfectamente tranquila denota que el ánimo se encuentra en disposición de afrontar ese porvenir, bueno ó malo, apacible ó tormentoso.

La Ilustración Artística felicita al autor y á la Compañía fundidora. El consorcio del arte y de la industria no puede dar sino opimos frutos.

AMORCILLOS, cuadro de Clemente de Pansinger

El pueblo griego, artista por excelencia, tendió á dar forma material á los sentimientos, á las pasiones, á las grandezas y á las debilidades, á lo que se ama, á lo que se odia, á lo que se teme y á lo que se adora. A ese pueblo se debe lo que pudiéramos llamar encarnación de Eros ó el Amor, representado por un niño y reproducido hasta lo infinito por los pintores y escultores helenos, satisfechos de tan feliz como simpática invención. Los romanos la tomaron de Grecia, y estos y los griegos, sin suprimir al dios Amor ó dios Cupido, como le llama la mitología, ampliaron la idea y llamaron amorcillos á todas las imágenes de niños hermosos y gordinflones, agradablemente entretenidos en juegos más ó menos inocentes.

Como la creación era realmente bella, nada tiene de particular que el renacimiento la prohijara y, esto es más notable, que diera esa forma excesivamente material y evidentemente pagana, á los ángeles que los más célebres maestros pintaron en sus cuadros místico-cristianos. De aquí la confusión entre amorcillos y angelitos: cada cual los llama á su manera, y el idealismo, inherente á toda idea religiosa, allá se queda muchas veces completamente olvidado, gracias á los ejemplos de Murillo y de los más clásicos profesores.

El grupo de amorcillos que hoy publicamos, debido á Clemente de Pansinger, está sin duda inspirado en sus análogos del Renacimiento; lo cual no impide que tenga carácter propio y que, por esta vez, sea patente el tipo profano de los bellos niños. La escena no puede tener lugar en el cielo; es una verdadera bacanal infantil.

CINCO HUÉRFANOS
copia del notable cuadro de Echtler

El autor de esta composición es un verdadero poeta, un dramaturgo, que probablemente no sabe escribir dramas, pero sabe pintarlos. El que titula *cinco huérfanos* tiene una sola escena, la escena que podríamos llamar final; y sin embargo tiene asunto para distintos actos, á cual más interesantes. Esto prueba que los recursos del pintor son muy superiores á los del autor dramático, porque condensa como éste no puede condensar.

El drama que se desarrolla en el cuadro que publicamos no es de argumento difícil de comprender. A través de las angostas vidrieras se ve pasar un entierro; el de una madre que deja en la orfandad á cinco hijos. De estos, uno solo es capaz de comprender lo irreparable de la desgracia: por esto su dolor contrasta magistralmente con la indiferencia ó simple curiosidad infantil de sus hermanos.

¿De qué ha muerto la pobre mujer á quien conducen en ese ataúd, que el autor ha tenido el buen talento de ocultar por completo?... De lo que mueren todas las madres, cuyo trabajo es el único recurso de cinco hijos: ha muerto de una gran fatiga del cuerpo y de una mayor fatiga del ánimo. ¿Qué ocurrirá mañana en ese hogar cuyo ángel custodio ha subido al cielo?... Esta es la segunda parte del drama, más triste quizás que la primera.

Limitándonos al cuadro de Echtler, digamos que no sólo está perfectamente sentido hasta el punto de trascender el sentimiento al espectador, sino que tiene figuras magistralmente dibujadas. La joven huérfana que desfallece de pena, los tiernos niños que contemplan el entierro de su madre como pudieran contemplar el espectáculo más indiferente, revelan las condiciones nada comunes del autor de ese poético y triste lienzo.

CANSADOS DE LA VIDA, cuadro de E. Neide

El autor de este lienzo no nos dice, ni le fuera fácil decírnoslo, porqué causa están cansados de la vida estos presuntos suicidas. Un hombre y una mujer, esposos sin duda, han unido sus cuerpos por medio de una soga, temerosos de que la muerte rompa el lazo de sus propios brazos. En esta disposición se inclinan hacia las procelosas ondas, y hay tanta verdad en el grupo, que el espectador aguarda oir por momentos el ¡ay! desgarrador del momento supremo.

Al exponerse este cuadro en el último jubileo de Berlín, dió lugar á muy diversas opiniones de parte de la crítica; pero triunfó por fin su mérito real, acrecentando la ya sólida reputación de su autor. Emilio Neide fué, en sus primeros años, discípulo de su madre, una dama belga que le enseñó algo más que los rudimentos del dibujo, le enseñó el amor y el respeto al arte. Más tarde Pietrowski y Trossin le pusieron en condiciones de ganar varios primeros premios de modelo y paisaje; y finalmente Guillermo Díez perfeccionó su educación artística en la Academia de Munich. Visitó posteriormente Bélgica, Holanda y Francia, en cuyos museos pudo admirar y estudiar á los más insignes maestros de todas las escuelas; y actualmente, á los cuarenta y cuatro años de edad, después de haber pintado notables lienzos que son de ver en la universidad y en distintas pinacotecas, vive en Konigsberg, donde sus numerosos amigos pueden apreciar la fe, el entusiasmo, al par de la tranquila satisfacción con que profesa el arte.

CABEZA DE HIENA
estudio del natural de Ramón Martí y Alsina

En distintos números de la Ilustración Artística hemos tenido ocasión de reproducir preciosos tipos de animales carniceros, en cuya especialidad ha adquirido una verdadera y legítima reputación el pintor Friese. Pues bien, sin necesidad de recurrir al extranjero, tenemos entre nosotros quien puede disputar á todos cuantos han hecho estudios de arte en animales feroces, el premio de la observación y de la factura. La cabeza de hiena que hoy publicamos evidencia mejor que todas las palabras, hasta qué punto ha estudiado Martí y Alsina, no tan sólo la forma, sino el tipo, el instinto, el íntimo ser de ese animal horrible. Si no conociéramos la hiena, la adivinaríamos con ese dibujo á la vista: él solo dice más que un pliego de historia natural.

Y es que Martí reune á un talento privilegiado como artista, una conciencia en la ejecución que pocos igualan, cuando acomete un trabajo serio, un estudio por ejemplo. Sus discípulos, que son la inmensa mayoría de los pintores renombrados de Cataluña, pueden atestiguar cuánto es su entusiasmo por el arte y el indiscutible derecho con que ejerce el profesorado. Si alguna vez su frente se nubla, si alguna vez se siente impulsado á arrojar la paleta á que debe tantos triunfos, es que su mente se espacia en esferas á donde no se remonta la del vulgo, y al descender á la tierra se siente herido en lo más íntimo del alma por la prosa de la vida real.

INFANTERÍA FRANCESA Y ZUAVOS,
dibujo de R. Knotel

El autor de este dibujo es uno de los más famosos pintores de tipos y escenas militares. Infinitas son las pruebas que tiene dadas de su talento en esa especialidad, y el presente las confirma con los dibujos que ha ejecutado para ilustrar la obra del teniente coronel Hermán Vogt «Los ejércitos de Europa en la actualidad,» de los cuales damos en este número una bonita muestra.

ALREDEDORES DE SAN MIGUEL DEL FAY
dibujo de J. M. Marqués

Cuando un artista se propone reproducir la naturaleza, no es lo más difícil reproducirla bien; lo principal es, á nuestro entender, escoger aquella parte, aquel fragmento, digámoslo así, que tenga condiciones artísticas propias. La dificultad, pues, comienza en la elección; y de aquí que el pintor, sobre todo el pintor paisajista, recorra el campo de su acción en busca de aquel sitio, de aquel panorama, á cuya vista se detiene involuntariamente, echa mano de sus instrumentos de trabajo, y exclama, como satisfecho de su destino: —¡Te encontré! ¡No te me escapas!...

Esto debió decir Marqués cuando, artista peregrino, se halló en presencia del cuadro que hoy reproducimos, debido á su lápiz. San Miguel del Fay es uno de los sitios más pintorescos y más nombrados de Cataluña; tan nombrado como poco conocido; porque en este caso, como en muchos otros, la popularidad y la importancia resultan más del dicho ajeno que de la convicción propia. Sea dicho en honor á la verdad que San Miguel del Fay es digno de la fama que tiene entre nosotros.

Marqués, como la mayoría de nuestros paisajistas, ha creído más oportuno ir á verlo que creerlo; en lo cual ha estado justo, y resultado de su visita ha sido el dibujo que publicamos en este número, el cual, aparte su ejecución correcta, demuestra que nuestro asiduo colaborador es del todo competente en la elección de asunto. ¡Qué delicioso paisaje!... ¡Qué Arcadia tan apacible!... ¡Con cuánta fruición reposaría el ánimo fatigado de la vida, á la sombra de esos árboles y al sosegado murmullo de esas tranquilas aguas!...

EL MUNDO AMERICANO

LA INDIA DE PUNO

I

La música es el idioma del sentimiento en todos los pueblos, y nos trasporta á un cielo de ventura, á campos bañados por la luz de las ilusiones.

Hay momentos en los cuales inspira placer y alegría, otros, cuando estamos dominados por esa tisis del alma que se llama hastío, nos sumerge en la más profunda melancolía y nos impresiona hasta hacernos derramar lágrimas.

Hubo una época durante la cual, al escuchar las primeras notas del *Rigoletto*, mis ojos se nublaban por el llanto y mi espíritu se perdía en los recuerdos del pasado.

Aquellas melodías despertaban dulcísimas memorias y creía escuchar la voz de un ángel, que había subido al cielo.

Viajando por Hungría y cuando la incierta luz de la tarde esparcía sus postreros destellos, llegaron á mi oído los arpegios de una guitarra.

Estaba muy cerca de donde acampaba una tribu de gitanos, y formé empeño en escuchar sus cantos populares y en contemplar el pintoresco cuadro que presentaban esos seres, sin patria ni hogar, tan magistralmente descritos por Cervantes, en su *Gitanilla de Madrid*.

Seres errantes, especiales en sus costumbres, en su tipo, en sus trajes y en sus ideas.

Que jamás han quebrantado sus leyes, ni se han desviado de la senda marcada por su código, basado en la fraternidad que entre ellos reina y que nada hace vacilar.

Una mujer de pura raza gitana, impetuosa por temperamento, seductora, con ojos aterciopelados, con el cutis bronceado, con su caprichoso vestido de colores vivos; con los cabellos negros como azabache recogidos con largas agujas de oro, forma un conjunto arrebatador y ha inspirado pasiones, fuera del círculo de los suyos.

Pero le está prohibido casarse con quien no sea de su raza y no se deja arrastrar, ni por el amor ni por la perspectiva de vida más tranquila y segura.

Nace en una tienda de campaña; muchas veces al aire libre: la mecen los extraños cantos de su madre: está acostumbrada á los cambios y al movimiento y se ahogaría en un salon y moriría de fastidio en un palacio.

En aquel vivac, á donde la casualidad me había conducido, encontré algunas gitanas, entre ellas mujeres bonitas y sobre todas una joven pálida y bellísima, que cantaba acompañándose con la guitarra.

Estaba medio recostada sobre un tronco de árbol y acusaba tener gallarda y delgada cintura.

Su rostro era un correcto óvalo; sus ojos rasgados y expresivos; sus cabellos estaban medio desprendidos del peine que los sujetaba; su saya corta de color de rosa, dejaba al descubierto sus menudos pies.

Tenía aquella mujer singular atractivo: ese arte de agradar que no se adquiere; esa gracia que no admite descripción.

Me sentí inclinada hacia ella y escuché la música y el extraño canto con profunda atención.

Los cantos de los gitanos hacen soñar con el Egipto y tienen algo de monótono, pero á la par son dulces y melancólicos, como los de los pueblos americanos.

La voz de aquella criatura vibraba á veces como una amenaza, otras era suave cual un suspiro, ó alegre como el canto de los pajarillos al saludar al nuevo día; voluptuosa como esclava en el harem, describía los esplendores de los pasados tiempos ó entonaba romances populares: elevaba himnos á la libertad ó cantaba amorosas cantinelas con tal rapidez en los giros, en las modulaciones y en la expresión, que me encontraba subyugada por lo sublime del arte.

La gitana era una artista sin estudios, sin escuela; la naturaleza la había formado.

La música, se apartaba por completo de todo lo conocido.

Dejaba en mi ser algo febril, incomprensible: tristeza y placer; era la tempestad y el rayo de sol; el arrullo del mar en calma, ó el choque de las olas en ronca tempestad.

Cuando concluyó me alejé, y jamás se ha borrado de mi memoria aquella prodigiosa artista.

II

Años después me hallaba en el Perú, y recordé á la gitana de Hungría al escuchar el melancólico *yaraví*: encerraba alguna semejanza; la misma que encontré más tarde al escuchar *los tonitos* ecuatorianos y el *bambuco* de Colombia, ó *los tristes* de los campos argentinos.

Deseosa de investigar ruinas y sepulcros, salí de la ciudad de Puno, con dirección al cerro de *Silustani*, en donde existen monumentos de notoria antigüedad.

Ya muy cerca de la *Chacra* (1) que se encuentra á orillas del lago Humayo y á la puerta de una choza de mísera apariencia, estaba un indio tocando *la quena*, ese instrumento que parece una flauta, pero hecho de una caña especial, que sólo existe en los bosques y cerros del sur del Perú.

Entonaba un *yaraví* y cantaba con dolorido acento:

La memoria me maltrata
cuando á tu adorada imagen
siempre me la representa
muerta flor, helado jaspe.

—Pobre hombre, se consuela cantando;—dijo Pedro Suárez, uno de los jóvenes que me acompañaban;—su locura no tiene ya remedio.

—¿Loco?—pregunté.

—Sí; hace dos años: es una historia muy triste.

—Cuéntemela usted.

—A la noche, cuando estemos reunidos en la hacienda.

—Mejor aún en las orillas del lago.

—No hay inconveniente,—me contestó.

Y bajo el cielo alfombrado de claras estrellas, al pie del cerro que tantos históricos recuerdos guarda, escuché el tristísimo relato prometido.

II

Misia (2) Estefanía, era una limeña que á una regular fortuna unía belleza y bondad y esa inimitable gracia que ha hecho universal la fama de las hijas del Rimac.

Viuda muy joven, había desechado brillantes partidos para consagrarse á su hijo único Gustavo, y deseosa de aumentar su fortuna determinó trasladarse á Puno, para vigilar por sí misma sus propiedades y disminuir los gastos que tenía en la capital peruana.

Sus esperanzas y sus deseos se habían colmado, y Misia Estefanía veía crecer sus rentas considerando que su hijo podría disfrutar de ventajosa suerte y unirse más tarde, no á una rica heredera, pues no era ambiciosa, pero sí á una bella y virtuosa niña.

(1) Hacienda.
(2) Misia, es como señora, doña, palabra general en el Perú.

Gustavo contaba ya veinte años y era lo que puede llamarse un buen mozo, pero con los defectos de hijo único y adorado por su madre; es decir, caprichoso, gastador y dotado de violentas pasiones, que ni podía, ni pensaba en dominar.

Su madre, ciega por el cariño, se recreaba en prodigarle cuanto podía halagar su vanidad y sólo de vez en cuando solía decirle:

– Gustavo: esos frecuentes viajes á Lima no me agradan, porque eres demasiado joven y fácilmente adquieres amigos que te sean perjudiciales.

El joven la abrazaba y, con algunas palabras cariñosas, hacía olvidar á la viuda sus temores y su extraña antipatía por sus viajes, los que continuaban repitiéndose cada día más.

Fuertes cantidades salían de las arcas de la bondadosa madre, pero ella decía:

– Es rico, que se divierta: está en la edad de gozar: luego se casará y no volverá á ocuparse sino de la familia: así hizo mi difunto.

Los sábados y domingos acudía *la indiada* (1), y Misia Estefanía, buena y amable con todos, prestaba consuelo á unos, consejos á otros, condescendiendo ya en ser madrina de un bautizo, ya de una boda, ó perdonando tal ó cual cantidad, y con esto se granjeaba la estimación y la gratitud de los pobres indígenas.

Entre sus indias predilectas, había una que, dos veces por semana, se quedaba en la casa para ayudar en las faenas, habiendo logrado la completa confianza de su ama.

Manonga vivía con su padre, viudo hacía algún tiempo y capataz en una de las propiedades de Misia Estefanía.

La india era graciosa y coqueta: vestía el *anaco* (2) con soltura y gentileza, y su *topo* (3) estaba siempre brillante y colocado con gracia en la *lliclla* ó manta que usan como chal las indias peruanas.

Largas trenzas ponían de manifiesto el abundante cabello, y la *montera*, al sombrear su frente, aumentaba la picaresca expresión de la fisonomía.

Una noche Manonga, al retirarse á su casa, encontró á Gustavo, y éste por primera vez se fijó en la fresca belleza de la muchacha.

La acompañó y fué bastante para halagar su vanidad, escuchando con intensa satisfacción las dulces palabras que la dirigía.

Aquella noche Manonga sirvió á su padre la *lagua* (4) con cecina, pero ella no la probó: estaba preocupada y deseosa de acostarse, para recordar á solas la conversación con Gustavo.

IV

Cerca de Puno, á la derecha y á corta distancia de la línea del ferrocarril, hay una colina desde la cual se extiende la vista por el famoso lago Titicaca, situado en la mesa que forman las dos ramas de la cordillera andina y á una altura de 3,914 metros sobre el nivel del mar.

El lago acaricia con sus ondas la ciudad de Puno y en su vasta extensión encierra islas, penínsulas, istmos y estrechos, gran número de ruinas, y restos de edificios que se remontan á tiempos más lejanos que el imperio de los Incas.

Desde la altura mencionada se distinguen á lo lejos, en tierra boliviana, las eternas nieves y la elevada cima del Sorata y del Illimani.

Era la caída de la tarde: el sol se ocultaba formando con sus rayos un círculo de fuego entre celajes de oro, que al reflejarse en las apacibles ondas del lago se convertían en vistosos focos de luz con variados colores.

Al pie de la colina, sentada sobre una piedra, se veía á una mujer: era Manonga.

Indiferente á las galas del paisaje, toda su atención estaba fija en la salida de la población.

¿Qué hacía en aquel sitio?

De repente se levantó lanzándose al encuentro de Gustavo, que hacia ella se dirigía.

– ¡Cuánto has tardado! – exclamó la india amorosamente.

– No he podido venir antes... mis despedidas, los preparativos de viaje y Misia Mercedes, que llegó con su hija, no me permitieron acudir más temprano.

Los ojos de Manonga lanzaron un relámpago.

– Es hermosa la Pascualita y tú la amas; – añadió con sordo acento.

– No seas celosa: te he dicho que no, y la prueba es que me voy á Lima.

– Entonces, tampoco á mí me quieres.

– Te amo, ya lo sabes, pero necesito hacer este viaje y después volveré á cumplirte mi promesa.

– ¿No te separarás más de mí?

– No, pero con una condición.

– ¿Cuál?

– Tantas veces te lo he dicho que ya debes comprenderme...

– Soy honrada, y además mi padre me mataría si supiera hasta qué punto me había llevado este amor, esto que siento por tí y que me abrasa...

– No; no me amas: no es verdad puesto que me niegas esa prueba...

Manonga se cubrió el rostro con las manos para ocultar su llanto.

– ¿Qué diría tu madre, tan buena para mí?—contestó la india sollozando.

– Entonces adiós.

La joven detuvo á Gustavo.

– No te vayas todavía.

– ¿Y para qué deseas detenerme? conozco ahora que no debo pensar más en tí; mi madre quiere casarme con la Pascualita; es hermosa y creo que me quiere: haré bien en amarla.

– No; no; – balbuceó Manonga vacilando; – no, eso no: pero soy una pobre india; comprendo que jamás te casarías conmigo...

– ¿Por qué no? la mujer de Guzmán el de la plaza era india... pero en fin, nada quiero exigir de tí: si me amaras, no vacilarías: adiós.

Y Gustavo dió dos pasos hacia atrás y emprendió la vuelta á la ciudad.

– Gustavo, – gritó la india, – *samni, samni* (ven, ven).

El joven volvió la cabeza y al ver á Manonga que se había dejado caer sobre la piedra llorando, se acercó de nuevo é inclinándose la levantó en sus brazos.

– ¿Me amas? – murmuró.

– Te amo y nada puedo negarte.

– ¿Te quedarás esta noche escondida?

– Me quedaré, – contestó sonrojándose, – pero ¿me querrás siempre?

– Siempre, – contestó Gustavo, besando á la india en los ojos.

Manonga lo vió alejarse y permaneció inmóvil y triste.

Era vanidosa y coqueta, pero honrada, y sobre todo temía á su padre y se avergonzaba también de faltar á la confianza de Misia Estefanía.

V

Gustavo al día siguiente salió para Lima, y la india, enloquecida y desesperada, aguardaba su vuelta con impaciencia.

Pasaron tres meses. Un día la llamó su ama y la dijo:

– Manonga, Gustavo me escribe que al fin de la semana estará aquí.

El corazón de la joven latió con violencia.

– Tú eres la más trabajadora de mis indias y por eso te quiero: van á venir albañiles para blanquear y limpiar las piezas de Gustavo y abrir una puerta para la sala grande, porque se aumenta la familia...

La mirada recelosa de Manonga se fijó en su ama, como interrogándola.

– Gustavo se casa, – añadió Misia Estefanía, – y es preciso preparar sus piezas; tú me ayudarás en todo.

La india no contestó: una palidez mortal cubría su rostro, y pareciéndole que le faltaba la respiración, salió sin pronunciar una palabra.

– Esta muchacha tiene algo: hace algún tiempo que no es la misma: estará enamorada y habrá que casarla, – pensó la madre de Gustavo.

– Me engañaba, - murmuró Manonga, mientras como una loca corría por el campo y aspiraba el aire para calmar su agitación: - me engañaba... ama á otra... pero me vengaré.

Cuando el perjuro llegó, no encontró al parecer ningún cambio en la india, sorprendiéndole que la noticia de su matrimonio no causara en ella mayor impresión.

Los preparativos para la boda se hicieron rápidamente y Pascualita recibió los regalos que su futuro le había comprado en Lima.

La novia, considerando ya como suya la casa de Gustavo, estaba siempre con Misia Estefanía, y con frecuencia daba órdenes á Manonga, quien hubiera deseado pulverizarla.

Ella no tiene la culpa, – pensaba; – el malvado es él; él, que todavía me finge amor y culpa á su madre, que le obliga á casarse.

Nadie sospechaba la tempestad que rugía en el pecho de la india: nadie pensaba en la celosa mirada que á cada objeto dirigía.

El día anterior á la boda le dijo á Gustavo:

– Hoy es el último día en que eres libre: ¿quieres concederme lo que te pida? – y sus brazos envolvieron al joven y sus labios lo besaron con pasión.

La belleza de la india conservaba todo su influjo y correspondiendo á sus caricias contestó:

– Sí; pide lo que quieras.

– Esta noche te aguardo en la casita del lago.

– ¿No es mejor en mi cuarto?

– No: podrían vernos: hoy habrá mucha gente hasta muy tarde y mañana, día de tu boda, todos se levantarán temprano.

La voz de la joven temblaba.

– Quiero que estemos solos, solos.

– Siempre te amaré; después de casado no te abandonaré tampoco: pero ya ves...

– Sí; sí: bien lo decía yo, que no podrías casarte con una india.

Aquella tarde se reunieron los indios para festejar al *tatai* (señor amo ó padre) y la *quena*, siempre melancólica, personificación del carácter de los indígenas, acompañó las danzas y los *yaravis* entonados para saludar la próxima luna de miel.

La *quena* parece el lamento de esas razas que perdieron patria y libertad, y nada hay más triste que escuchar en el silencio de la noche su patético són.

Más bien que música festiva, impresionaba y entristecía, y sin saber porqué, Misia Estefanía y Pascualita anhelaban llorar.

VI

La casita del lago era una choza abandonada en donde, desde la vuelta de Lima, solía Gustavo tener citas con Manonga.

En medio del bullicio que reinaba en la casa, desapareció la india, y poco después, pretextando indispensables arreglos para el día siguiente, y no sin haber acompañado á la novia hasta su casa, se dirigió Gustavo á su encuentro.

En la puerta de la choza lo aguardaba: le tendió los brazos, y ambos entraron en el pobre albergue.

La joven lo embriagó con sus caricias, y amorosamente le dijo:

– Te amo tanto, que deseo, á pesar de todo, que seas muy dichoso.

– Y yo te quiero más que nunca.

– En tu casa puse en una botella un poco de licor para que lo bebamos juntos esta noche, en que todavía eres sólo mío: bebe, – añadió, – yo tomaré después.

—Tú primero: - observó cariñosamente Gustavo.

Manonga aplicó á sus labios la botella y bebió la mitad. Su amante apuró el resto.

– Vamos á sentarnos un rato en la orilla del lago, antes de separarnos.

Y la joven, sin esperar contestación, se levantó del banco en que estaban sentados y asiendo del brazo á su amado salió con él.

La luna rielaba en las aguas y era tan clara, que convidaba á disfrutar su luz.

– Es extraño: me parece que el lago da vueltas y que mis pies vacilan: – murmuró Gustavo.

La india lo observó sonriéndose, y haciéndole sentar en el suelo, cayó á su lado.

– Mañana, – le dijo lentamente, – te buscarán en vano y ya no podrás ser de nadie sino mío.

Gustavo la miró espantado: sus ojos tenían el extraordinario brillo de un hombre embriagado.

—Sí,—continuó Manonga,—dentro de un momento no sentiré los celos que me abrasan, ni tú sentirás el pesar de la separación.

– Pero ¿qué dices? – exclamó el perjuro amante pugnando por levantarse.

Le fué imposible. Estaba como paralizado y sus brazos cayeron inertes.

Manonga, menos sensible al sufrimiento, se incorporó y acercando su rostro al del joven, le dijo con voz ronca y medio apagada:

– Los indios conocemos hierbas que matan: de ellas hemos tomado los dos.

Gustavo hizo un movimiento de terror; pero ya no pudo hablar.

La agonía no fué larga: aun pudo arrastrarse la india y arrastrar á su amante hasta el lago, que estaba á pocos pasos, para buscar tumba en su húmedo lecho.

Al día siguiente, muy de mañana, los indios que preparaban sus balsas para ir á la pesca, encontraron los cadáveres estrechamente abrazados.

Tal vez en el supremo instante se buscaron.

En lugar del alegre cortejo de boda, vió entrar Misia Estefanía á los aterrados indios que llevaban la noticia, la cual no tardó en llegar á oídos del padre de Manonga y el infeliz, al ver muerta á su hija, lanzó un grito ronco y dió á correr por el campo.

Estaba loco.

Su locura nunca fué maligna y pasaba horas y horas tocando la *quena* y cantando tristemente.

Misia Estefanía no pudo sobrevivir á tan terrible desgracia.

Pascualita jamás pensó en casarse, y sola y triste se retiró á una chacra (5) cuidando de la subsistencia del padre de Manonga.

LA BARONESA DE WILSON

HISTORIA DE UN HOMBRE CONTADA POR SU ESQUELETO

POR DON MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

(Continuación)

Así, pues, don Cristóbal Alvarez, indio convertido, era uno de los banqueros más fuertes de México, y á pesar de su color rojo, de los dibujos de su semblante y de su cabeza coronada por una cabellera negra y rizada, vestía de frac cuando era preciso, oía misa y practicaba, y estaba relacionado con lo más distinguido de México.

Estaba, pues, completamente civilizado.

Era generoso y hombre de bien.

Todo el mundo le apreciaba

LVII

Un día fué Miantucatuc en carruaje al convento.

Entró en el locutorio y mandó llamar á su pequeña protegida, que así llamaba á su nieta.

Cuando se presentó ésta, la dijo Miantucatuc:

– Vengo por tí, Adelaida.

Adelaida lanzó un grito de alegría.

La abrían la jaula.

(1) Trabajadores en las haciendas.
(2) Especie de bata oscura con una faja de lana de colores vivos.
(3) Es una paleta redonda, pequeña, que sirve de alfiler para sujetar la *lliclla*.
(4) Mazamorra hecha de maíz y cecina ó con cebada tostada y chuño.

(5) Hacienda.



LOS AMORCILLOS, cuadro de Clemente de Pausinger



CINCO HUÉRFANOS, copia del notable cuadro de Echtler, grabado por Brend'amour

En efecto, algunos minutos después el carruaje de don Cristóbal Alvarez rodaba hacia la magnífica casa que tenía en México el gran jefe indio.

LVIII

Cuando llegó, Adelaida se asombró del fausto que había en la casa de su protector (Adelaida ignoraba que Miantucatuc fuese su abuelo).

Magníficas habitaciones, magníficos muebles, numerosa servidumbre: todo era allí ostentoso.

Adelaida se encontraba muy bien.

Su abuelo la entregó á dos doncellas que la llevaron á un magnífico gabinete.

Allí la quitaron sus sencillas ropas de educanda, la vistieron primero finísimas y delicadamente bordadas ropas interiores, y luego un traje de raso color de rosa con encajes negros, y un aderezo completo de perlas negras.

En el medallón del pecho había un retrato de hombre.

El retrato de don Angel de Lemus.

—¡Siempre la máscara de color de rosa! – exclamé.

—Como que el traje que se había puesto Adelaida para asistir al baile de máscaras en casa de Clara, y para acudir á mi cita en el cementerio, era el mismo traje, con las únicas variaciones exigidas por la moda, que se había puesto para su casamiento.

—¡Ah! – dije – ¿con que Miantucatuc se casó con su nieta el mismo día en que la sacó del convento?

—Sí; cuando estuvo ataviada, Miantucatuc entró en su gabinete y las doncellas salieron dejando solos al abuelo y la nieta.

—¿Para qué me han vestido de este modo? – dijo Adelaida abalanzándose al cuello de su abuelo y besándole en la boca.

—Para que te cases, – la dijo Miantucatuc.

—¡Para que me case! – contestó Adelaida con una gravedad superior á sus trece años. – ¿Y con quién?

Miantucatuc vió con no sé qué terror la expresión particular que habían tomado los ojos de su nieta, su semblante, su boca, y que la palabra casamiento no guardaba para ella el interés de un misterio, ni la asombraba.



CANSADOS DE LA VIDA, cuadro de Emilio Neide

—¿Y con quién me voy á casar? – repitió con un acento que asombró de una manera más dolorosa á Miantucatuc.

—Conmigo, – dijo.

—¡Con V.! – exclamó Adelaida, desasiéndose del indio y mirándole de una manera fija y sombría: – V. puede ser mi abuelo: yo no me quiero casar con V.: que me quiten esto.

—Si no te casas conmigo volverás al convento, – dijo fríamente Miantucatuc.

—Pues me caso, – dijo sin vacilar y con el acento más frío que su abuelo, la niña.

La repentina y fría sumisión de Adelaida, fué más terrible para su abuelo que la serenidad con que había escuchado que se trataba de casarla.

Todo estaba prevenido de antemano, sólo faltaba que Adelaida firmase algunos documentos; y como en firmar se invierte poco tiempo, cuatro horas después de haber salido de la clausura, la joven Adelaida era una señora casada, y al día siguiente salía sola y elegantísima en una magnífica carretela, causando la admiración de los hombres, la envidia de las mujeres y siendo el objeto de más de un enamorado proyecto.

LIX

Y alguno de estos proyectos tuvo feliz término para el que lo había concebido.

—¡Cómo! – exclamé.

—Miantucatuc puso su casa en liquidación para trasladarse á España. Pero eran de tal extensión sus negocios, que no pudo retirar completamente de la circulación sus fondos hasta un año después de su casamiento.

Adelaida salía sola en carruaje: los criados de México son como los de España: si la señora les paga bien, engañan al señor, y vice-versa.

Todas las tardes Adelaida salía y no volvía hasta muy entrada la noche, hora en que no iba á su casa, sino á su palco en el teatro, donde iba á buscarla á última hora su abuelo marido.

Cuando no había teatro, Adelaida iba á la tertulia de uno de sus conocimientos, sólo que entonces iba sólo una hora antes de la en que debía ir á buscarla Miantucatuc.

Adelaida había concebido un verdadero capricho por pasear en el bosque de Capultepec.

En carruaje cuando era de día.

Al oscurecer á pie.

Un lacayo la seguía á larga distancia.

Adelaida se alejaba por lo más solitario del bosque.

A poco salía de entre los gigantescos cedros un hombre y Adelaida se asía á su brazo.

El lacayo entonces se detenía, se tendía sobre el césped y esperaba á que su señora volviese sola, lo que no acontecía sino una hora después.

Al pasar junto al lacayo, Adelaida dejaba caer un objeto envuelto en un papel: el criado lo recogía y... se callaba, no decía á nadie, ni aun á sus compañeros, lo que había visto.

El papel contenía una onza de oro.

De cuatro en cuatro días indefectiblemente, Adelaida dejaba caer al pasar junto al lacayo un papel con el mismo contenido.

Y Adelaida no había hablado ni una sola palabra de aquel negocio con el lacayo.

Unicamente la primera vez que se perdió en el bosque con su misterioso acompañante, al volver, dejó caer un papel que contenía cuatro onzas.

El lacayo tonto es un ser desconocido, no existe sino como una frase contrapuesta de la de lacayo bribón.

Miantucatuc dejaba entera libertad á su nieta, porque conservaba algo de su candor de salvaje y no concebía que una niña pudiese engañarle, y sobre todo ponerse en evidencia delante de sus criados.

Adelaida, pues, casada imaginariamente delante del mundo, se había procurado en secreto un amante real y efectivo.

—¿Y quién era ese amante?

—Uno de esos tantos hombres que interesan, no el corazón, sino el deseo de una mujer. Un buen mozo. Un capitán de infantería española: un Tenorio grotesco, una vulgaridad.

—¿Y no le amaba Adelaida?

—No; gustaba de él y esto era bastante: si hubiera amado, teniendo en cuenta que Adelaida es una infame, hubiera matado á Miantucatuc para poder casarse con el capitán: las proposiciones no faltaron: un envenenamiento, un robo y un segundo casamiento.

Pero á más de no amarle, Adelaida, que es muy perspicaz, se dijo:

—Si yo mato á Alvarez... me sería fácil conseguirlo sin excitar sospechas... me sería muy fácil hacer que me dejase por su heredera universal; pero un miserable que me aconseja que le mate á él... me mataría después á mí...

Y Adelaida, á pretexto de virtud, desechó las proposiciones y siguió en sus amores con el capitán.

Pero como á éste le deslumbraba el oro del indio, amenazó á Adelaida con que haría públicas sus relaciones.

Adelaida tomó una resolución decidida: cedió, prometió á su amante que enviudaría, y algunas noches después dió al capitán un dulce.

Cuando se separó de él, al pasar junto al lacayo dejó caer un cartucho: aquel cartucho contenía cincuenta onzas.

Al otro día se encontró en el bosque de Capultepec el cadáver de un capitán de infantería, envenenado según declararon los médicos.

Cundió aquella noticia por México, y el lacayo encubridor lo supo, pero no habló.

Adelaida no estuvo triste ni pensativa un solo momento ni aun cuando nadie la veía.

Es más, siguió yendo al bosque de Capultepec.

Un mes después Miantucatuc concluyó sus negocios, se dirigió con Adelaida, con algunos de sus criados, y con sus inmensas riquezas á Veracruz y se embarcó para España

Desde aquel día han pasado cinco años.

LX

Yo escuchaba saturado de horror al esqueleto.

—¡Y tal era la máscara de color de rosa! – le dije con horror.

—Sí, rosa por fuera, cieno negro y corrompido por dentro. ¡Pero qué mujer! ¡Oh Dios mío! ¡qué mujer! Yo he sido una de sus víctimas, y sin embargo, la amo.

—¿Pues cuántos amantes ha tenido esa mujer?

—Te comprendo: quieres decir, ¿á cuántos hombres ha asesinado esa rosa?

—Eso es.

—Pues bien: siete hombres han desaparecido de entre los seres vivientes por su causa, y todos con un dulce traidor: hasta la muerte toma en ella dulces apariencias; de esos siete hombres, el uno ha sido marido *ad honorem*, el otro marido efectivo, los otros cinco amantes del deseo.

Pero volvamos al cementerio.

LXI

El lugar, la hora, la hermosura, y sobre todo la magia de aquella mujer singular, influían en mí... no puedo decirte cómo.

Yo moría de una muerte dulce.

Yo me sentía dominado, embriagado por ella.

La creía ese ángel vaporoso que los hombres de imaginación ven en el fondo de su fantasía desde el momento en que empiezan á amar.

¿Qué más te puedo decir?

Yo era feliz.

—¿Se acuerda V. de Clara? – me dijo Adelaida con acento apagado.

—No, – la contesté.

—¿Y me ama V. hasta el punto de venir á verme aquí todas las noches?

—Sí, – la contesté; – pero ¿para qué eso? yo lo siento por usted: hace frío.

—El depósito de los muertos nos dará hospitalidad. Yo por mí nada temo.

—Ni yo.

—Ni nada me repugna, porque sólo tengo ojos y sentidos para mi amor.

—Ni á mí: pero quisiera saber la causa.

—Alvarez... mi marido es indio y tiene, como indio, un horror supersticioso á los muertos. Si alguna noche me sigue, al verme tomar el camino del cementerio, se detendrá y no se atreverá ni aun á mandar á otro que me siga, porque cree que todos participan de su horror por los cementerios. No he amado nunca, y cuando al fin cedo al amor de V., á un amor que no sé cómo he concebido... pero, sí, sí, lo sé: antes de anoche adiviné que amaba V. á Clara.

—¡Ah!

—Y mi amor ha empezado sin que yo lo conociese por un empeño de mujer.

—¿Es V. enemiga de Clara?

—¡Oh! ¡no!

—¿La conoce V. de mucho tiempo?

—¡Oh! sí

—Ella parecía no conocerla á usted.

—En efecto, no me conoce.

—Aquí debe haber un misterio.

—Acaso.

—¿Y no puedo yo saberlo?

—Cuando sea viuda.

—Lo mismo me contestó V. antes de anoche, cuando le dije que la amaba.

– Y juro á V. que mientras no sea libre, nuestros amores serán inocentes... inocentes hasta que puedan ser dignos... lo juro por los muertos que nos rodean.

– ¿Y hablaba con sinceridad aquella mujer? – pregunté al esqueleto.

– Sí, – me contestó; – más que con sinceridad, con cálculo.

– ¿Con cálculo?

– Aborrecía á Miantucatuc, le aborrecía de muerte: era su cadena... se había atrevido á descartarse de otros, pero tenía un terror invencible hacia su abuelo: no se atrevía con él sola y buscó en mí un socio de crimen.

Y no sé por qué, al saber que Miantucatuc era un obstáculo para el logro de mis deseos, empecé á pensar en lo que aun no había pensado: en deshacerme de un hombre.

. . . .

Adelaida y yo nos separamos cerca del amanecer, quedando citados para la noche siguiente.

LXII

– Durante muchas noches nos vimos en el cementerio, – continuó el esqueleto.

– ¡En el depósito de los muertos! – repuse yo.

– Sí, – me contestó. – Nos vimos, pues; mi amor era cada día más impaciente: las dificultades le irritaban.

– Es necesario que ese hombre muera, – dije al fin un día á Adelaida.

– ¿Y sería V. capaz de matarle? – me contestó mirándome fijamente.

– Por V.. sí.

(Continuará)



CABEZA DE HIENA, estudio del natural de Ramón Martí y Alsina

DEL HABLAR

Casi todas las gramáticas empiezan con las estereotipadas pregunta y respuesta: *¿Qué es gramática? Es arte de hablar y de escribir correctamente y con propiedad;* pero en ninguna se define, ni aun se intenta siquiera definir, qué cosa sea el HABLAR.

Tan importantísima noción se da siempre por supuesta, y los gramáticos entran de seguida en minuciosísimos pormenores acerca de las palabras, de sus formas y de sus accidentes.

Pero la complejidad de los pormenores es tan enorme á veces que, para abarcarla por completo, se hace necesaria una gran dosis de atención, de que pocos son capaces. Añádase á esto que, ignorándose los fines del HABLAR, falta el hilo conductor que guíe por el oscuro laberinto de las minuciosidades.

Esta falta de método hace con frecuencia odioso el más interesante de los estudios: el del preciosísimo sistema por medio del cual nos comunicamos con nuestros semejantes y sin el que es imposible la sociedad.

Pocas ideas constituyen generalmente la esencia de las cosas. Si un sistema es complicado, ó no es cierto ó va fuera de camino.

Hoy la enseñanza padece una grave enfermedad: la enfermedad de las minuciosidades, tanto más peligrosa cuanto mayores son las preciosidades que el exceso de la división encuentra; pero ¿qué diríamos de quien, para explicar un reloj, no lo presentase como un todo, ni una por una cada cual de sus piezas, sino que para dar razón, exageradamente, del precioso mecanismo hasta en sus más íntimos pormenores, lo metiese en un triturador, y lo redujese á polvo impalpable, con el fin de que el análisis llegase hasta las últimas moléculas? ¿Qué diríamos del arquitecto que, para enseñar arquitectura, raciocinase como sigue? Puesto que en los edificios públicos y privados hay piedras de cien clases, granitos, mármoles... procedamos á estudiar geología, porque sólo esa ciencia profesa la teoría de las rocas y de la sedimentación de los estratos. Además, puesto que en las casas hay maderas, estudiemos selvicultura, porque sólo ella posee la razón del maderamen. Por otra parte, puesto que en los edificios hay hierro, estudiemos también la metalurgia de los altos hornos, y aun química, pues sin química no es inteligible la reducción del hierro. Y estudiemos igualmente alfarería, vidriería, etc. Y así, el arquitecto jamás enseñaría la arquitectura urbana; ciencia bien sencilla por cierto, toda vez que muy pocas ideas le sirven de *substratum*. Si el hombre ha de ponerse á cubierto de las intemperies, necesita techo que lo resguarde: este techo ha de estar sostenido por algo, y á mayor elevación que la estatura humana, para que los habitantes puedan moverse fácilmente por debajo en pie y sin agobiarse; ha de admitirse en la casa aire y luz, luego debe haber ventanas ó balcones; los habitantes tendrán que entrar y salir, luego habrá que calcular puertas, escaleras, etc., etc.; y ACCIDENTE de tan sencillas ideas elementales resultará el que los techos sean horizontales y de ladrillos planos, como las azoteas de los países meridionales en que no nieva, ó de forma piramidal y de tejas ó pizarras como en los países fríos, donde la nieve puede acumularse sobre los edificios en masas considerables, capaces por su peso de ocasionar hudimientos peligrosos; y es ACCIDENTAL también que las paredes y pilares sean de ladrillo, ó de madera, ó de piedra, ó de hierro, etc., etc.; en una palabra, es accidental y acomodaticio á las circunstancias cuanto hace que una casa determinada sea un edificio individual.

Y esto pasa en todo: una idea sencillísima es su base, un portento de pormenores su individualidad.

¿Qué es una locomotora? Un aparato muy pesado para que por su extraordinaria gravedad muerda en los rails; de mucha superficie tubular expuesta al caldeo, para que la vaporización sea considerable, el vapor, después de mover los émbolos, ha de salir por la chimenea en chorros vigorosos para que haya un tiro enérgico en el hogar: y, por último, ha de existir un mecanismo á propósito que imprima á las ruedas un movimiento circular continuo. Cuatro ideas únicamente son el fundamento de la loco motora; pero ¡qué inmensidad de pormenores!

¿Qué es un reloj? Las primeras observaciones astronómicas de alguna precisión se hicieron contando las oscilaciones de un plomo colgado de una cuerda sujeta por uno de sus extremos. Hoy el reloj astronómico es, como antes, un péndulo, al cual, para evitar la molestia de tener que contar sus oscilaciones, va unido un mecanismo de ruedas y resortes que tiene dos oficios: uno, el de registrar el número de esas oscilaciones; y otro, el de restituir al péndulo, por medio de pequeños impulsos, la energía que le quitan las resistencias del aire y los rozamientos del punto de suspensión.

¿Qué es una mesa? Una superficie material sostenida horizontalmente á la altura de los codos, cuando uno está sentado: altura que depende de la longitud de la tibia. Si la mesa es de delineador, ó si la mesa es camera, y destinada á los enfermos, ó valetudinarios, la altura de las piernas de la mesa varía correspondientemente, etc.

Y así de todo lo demás.

Si poquísimas ideas presiden á la ciencia de la arquitectura urbana... poquísimas también á la arquitectura de las lenguas.

Y desde luego debe esto presentarse como evidente, puesto que *hablan* seres de muy escasa inteligencia; los salvajes, por ejemplo.

Si el hablar fuera empresa muy difícil, el hombre no hablaría. Es muy corta nuestra inteligencia, y, por tanto, nuestro sistema de emisión del pensamiento ha de ser sencillo sobremanera.

Y, en efecto, lo es. Y tanto, que pasma la sencillez de los medios á nuestra disposición.

Habría sido imposible expresar todos los grados de la escala de la pluralidad asignando un signo á cada grado: los números son infinitos, y la mente humana jamás habría poseído la aritmética á haber pretendido representar cada número con una figura diferente. ¡Cuánto no cuesta á los niños el conocer y distinguir las nueve cifras y el cero del sistema decimal de numeración! Y ¡qué inteligencia habría sido capaz de diferenciar mil trazos diferentes, dos mil, diez mil, un millón! ¡Imposible! Y ¡cuán fácil resulta el sistema con solos nueve signos, cada uno de los cuales tiene un valor absoluto y otro de posición! ¡Admirable sencillez!

Imposible también el HABLAR si cada palabra hubiese sido el signo de un OBJETO diferente, ó de un ACTO distinto.

El número de los OBJETOS es infinito: no hay un ser siquiera que sea igual enteramente á otro; de modo que cada hombre debía tener un nombre, cada mujer otro nombre, cada buey, cada caballo, cada oveja, cada árbol... de modo que era preciso al ser humano disponer de INFINIDAD de palabras, ó haber hallado un método que supliese á esa infinidad para poder entenderse con sus semejantes.

Pero hay más: los OBJETOS, con el tiempo, dejan de ser idénticos á sí propios: varían: cada niño se hace hombre, cada hombre se hace viejo... por manera que todo ser debía tener tantos *nombres* como fuesen sus estados.

Y todavía queda inmensamente más, con ser ya tanto. Los seres ejecutan ACTOS en número inasignable; ¿iba á hablarse de esos actos inventando una palabra para cada hecho?

Y, como esto habría sido sencillamente una perfecta imposibilidad, la inteligencia humana hubo de acudir á otro recurso.

El niño habla con muy pocas palabras: su vocabulario oscila entre 300 y 400. Lenguas hay en que no existen tantas raíces. El libreto de una ópera italiana no pasa regularmente de 650. Del gran poeta Racine se ha dicho que le bastaron 1,200 voces para escribir todas sus tragedias (lo que parece cuestionable). Contados con celo religioso los vocablos de la Biblia correspondientes al Antiguo Testamento, se ha visto que son 5,642. Un periodista elegante apenas hace uso de más, y un hombre de buena sociedad no emplea nunca tantos en su conversación. El orador más copioso suele no llegar á 10,000; y, por exceder este número en algunos millares, se citan como portentos de facundia y de riqueza á Cervantes, á Lutero y á Shakespeare, especialmente éste último, cuyo vocabulario se acerca á 15,000.

¿Qué es, pues, HABLAR?

Hablar es sacar á las palabras de su generalidad inmensa COMBINÁNDOLAS CON OTRAS de tal modo que, LIMITÁNDOSE MUTUAMENTE en su extensión, vengan á formar el nombre propio de cada OBJETO, ó de cada uno de los ACTOS que se le atribuyan, ó se le nieguen, ó del estado que se le reconozca, relación que se le suponga, etcétera, etc.

La palabra CABALLO es aplicable á todos los caballos del universo; pero CABALLO INGLÉS ya excluye á los caballos no nacidos en Inglaterra; CABALLO NEGRO INGLÉS DE PURA

RAZA sólo puede decirse de muy pocos animales; ESE CABALLO NEGRO INGLÉS, es ya el nombre propio de un solo individuo dé la raza equina.

Así como en la aritmética cada cifra tiene un valor absoluto y otro de posición, así también, y análogamente, los vocablos tienen un valor absoluto y otro de composición.

Las palabras son términos generales que no pueden mirarse como el nombre propio de ningún OBJETO ni de ningún ACTO.

ESTE papel, ESTA pluma, MI tintero, MI lápiz, MI caballo... son individualidades que carecen de nombre propio en el Diccionario; y, por tanto, cuando yo hablo de ellos tengo que formarles su nombre *individual.* Aun los nombres que parecen *más individuales* se hallan en este mismo caso. El MADRID de Felipe IV no es el MADRID de Carlos III, ni mucho menos el actual MADRID. El OCÉANO de la época carbonífera no es el OCÉANO de la época cuaternaria. Las LUNAS de Marte son inmensamente más pequeñas que las cuatro LUNAS de Júpiter.

Y lo mismo pasa con los ACTOS.

Repitámoslo. El arte de hablar consiste en sacar á las palabras de su vaga é incierta generalidad.

Y esto se consigue AGREGÁNDOLES otras voces ó bien MODIFICÁNDOLAS.

LIBRO sale de su inmensa generalidad si digo, por ejemplo, MI libro, TU libro, AQUEL libro, EL libro INGLÉS DE FORRO AZUL, LOS TRES libros QUE ME REGALÓ TU PRIMO JUAN EL DÍA DE MI SANTO, etc. El vocablo ESCRIBIR (expresivo de un ACTO y no de un OBJETO) puede análogamente salir de su vaguedad; (la cual, por lo mismo que lo hace aplicable á todos los actos de la misma especie, le priva del poder de ajustarse á uno solo en particular, á ese y no á otro). AHORA escribo, escribí EL LUNES PASADO, escribiré EL PRÓXIMO CORREO, escribiré LUEGO EN TU CUARTO, yo escribía, CUANDO TÚ JUGABAS, etc. Las modificaciones más comunes son las que se refieren al número y al género en los nombres y al tiempo en los verbos: PERRO, PERRA, PERROS, PERRAS; ESTUDIO, ESTUDIÉ, ESTUDIARÍAMOS...

Y las determinaciones por agregación de palabras son de dos clases: determinaciones por medio de una sola palabra, LA criada, TRES criadas, TUS criadas, ESTAS criadas, MALAS criadas (*artículos, numerales, posesivos, demostrativos, cualificativos);* y determinaciones por medio de muchas palabras, entre las cuales se cuente algún verbo: la criada QUE ME VIÓ, la criada QUE TÚ VISTE, la criada CUYO HIJO CAYÓ SOLDADO, etc.

Por los mismos medios se saca de su generalidad á las palabras expresivas de los ACTOS, á saber, *modificándolas* ó *agregándoles* otras que limiten su generalidad.

¿Puede darse sencillez mayor? El famoso prestidigitador Houdin hacía una vez sus más primorosos juegos de manos delante de unas princesas alemanas. Una de éstas, sorprendida con una de las suertes, hizo llamar al prestidigitador y le dijo:

—¿Consentiríais en la muerte de una princesa de Alemania si pudieseis darle la vida?

—¡Oh! nunca.

—Pues salvadme, porque me voy á morir de curiosidad si no me explicáis esa suerte.

—No quedará por mí, aunque haya de quebrantar yo mi juramento de no explicar jamás mis juegos de manos. Mirad; eso se hace así.

—Pero, mágico seductor, ¿y sólo es eso?

—Esto es todo.

El estudio de la arquitectura de las lenguas es, pues, fácil, agradable y altamente intelectual. El de los detalles, minucias y excepciones, dificilísimo: muy necesario, pero muy enojoso. Se puede ser un gran arquitecto sin ser un gran albañil, carpintero, herrero ó vidriero.

Se puede conocer perfectamente una lengua sin conocer su pronunciación, locuciones de moda, etc.

Una paradoja muy sencilla evidenciará estos pensamientos.

Sin materiales (ladrillos, vigas, hierros, puertas...) no se hacen casas. Evidente. Pero los materiales no son casas. Y esto es lo paradójico, y qué necesita ligera explicación. Después de un terremoto y de que todos los edificios se desplomasen, no habría ya casas; y, sin embargo, la misma cantidad de maderas, hierros, cales, piedras... seguiría existiendo, si bien en otra forma. Pasada la catástrofe, podrían teóricamente esos mismos materiales volver á ser casa, torre, templo, según la construcción.

Pues bien: análogamente, sin palabras no se habla: se habla limitando el significado de las palabras las unas con las otras.

Lo más importante es su arquitectura, sus construcciones, sus formas: lo esencial es pues, el arte de sacar á las palabras de su vaga generalidad hasta convertirla en *individualidad* exclusiva de toda otra, formando así los nombres propios de las cosas y de sus actos, estados y relaciones.

E. BENOT



INFANTERÍA FRANCESA Y ZUAVOS, dibujo de R. Knotel



ALREDEDORES DE SAN MIGUEL DEL FAY, dibujo de J. M. Marqués

BARCELONA.—IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



AÑO VI —BARCELONA 18 DE ABRIL DE 1887— NÚM. 277

NUMERO EXTRAORDINARIO.—REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EMINENCIAS DEL ARTE.—ALMA TADEMA Y SUS OBRAS

PANDORA, grabado de H. Labeon

SUMARIO



LORENZO ALMA TADEMA

su vida y sus obras

POR H. ZIMMERN

El pintor Alma Tadema es hoy día, indudablemente, una de las primeras notabilidades de la Real Academia. Este distinguido artista ha residido tantos años en Inglaterra, que el público parece dispuesto á olvidar que no es inglés, y que de su notoria fama no puede participar del todo su país adoptivo. Sin embargo, no es caso sin precedente que algún extranjero ilustre llegue á naturalizarse de tal manera, que sólo por su nombre pueda recordarse que no es hijo de la Gran Bretaña: de ello tenemos dos ejemplos notables en Herschel y Handel, y en el terreno del arte imitativo podemos hacer mención de Roubiliac, Kneller y Fuseli, así como de Herkomer, más recientemente. A decir verdad, natural es que los casos se multipliquen á medida que vayan desapareciendo los obstáculos opuestos hasta aquí á las relaciones internacionales y el mundo se haga más cosmopolita. Tal vez no fué nunca tan considerable como ahora el número de extranjeros ilustres establecidos en Inglaterra, que hayan llegado á ser ciudadanos adoptivos, ya estuvieran ó no legítimamente naturalizados; y bien podía esperarse que entre esos extranjeros predominaran los artistas, pues para el hombre de letras es una dificultad no dominar el idioma del país, mientras que el lenguaje del arte es universal. Tratándose de Alma Tadema, los obstáculos que hubieran podido oponerse á su adopción entre los artistas ingleses debían disminuir mucho á causa del carácter de sus obras. Si los asuntos de sus cuadros no tienen carácter inglés, tampoco dejan de ser lo que serían temas análogos tratados por un pintor del país. Desde que Alma Tadema se estableció entre nosotros, ha consagrado su pincel, con muy raras excepciones, á bosquejar la vida de la antigüedad, empresa en que se desvanecen las diferencias de país, determinándose la nacionalidad del artista más bien por su residencia que por su nacimiento aquende ó allende el Océano Germánico. Seguramente, jamás inglés alguno negaría su fraternidad al hombre de quien pueden estar orgullosos no solamente su patria adoptiva sino la de su naturaleza.

Lorenzo Alma Tadema vino al mundo en 8 de enero de 1836, en el pueblecillo frisón de Dronrijp, cerca de Leeuwarden (Holanda). Así como los Hobbemas, Dotingas, Ozingas y otras bien conocidas familias holandesas, ó *clanes*, según se llaman allí, los Tademas han sido todos naturales de la localidad desde tiempo inmemorial, y su nombre es bien conocido en las leyendas referentes á la formación del Zuyder-Zee. Podríanse observar con interés no pocas de las cualidades de Tadema como pintor de origen frisón, origen que se revela repetidas veces en sus lienzos, á menudo de la manera más inesperada y en el lugar menos pensado. El apellido Alma, peculiar del pintor, que le recibió de su padrino, también es frisón, y el artista lo agregó al suyo sólo para distinguirse de los demás individuos de la familia.

Por su nacimiento es de puro origen holandés; su padre, Pedro Tadema, era notario, y según dicen, distinguióse por su clara inteligencia, habiendo manifestado sus inclinaciones estéticas por su apasionada afición á la música, afición por el hijo heredada. La madre, mujer de rara energía y de no poco talento, aumentó con su nombre la lista de aquéllas que se hicieron notables por haber dado á luz esclarecidos varones. Viuda ya cuando aun era joven, vióse encargada de cuatro niños, dos suyos y otros dos de la primera mujer de su esposo; y aunque débil de cuerpo y pobre de bolsa, supo hacer frente con valor á todos los apuros y dificultades, sin desmayar ni desfallecer un punto en la batalla de la vida. Serena y animosa, jamás dió muestras de la menor debilidad. En muchas de las obras de su hijo parece predominar el elevado espíritu de aquella noble mujer; y si el artista heredó del autor de sus días la afición á la música, su madre le dejó un legado más precioso aún: la perseverancia, la prodigiosa energía, la resignación para resistir todas las privaciones y el conocimiento de sus deberes. Nuestro artista no tenía más de cuatro años cuando murió su padre, y excepto un hermano suyo, era el más joven de la familia. Favorito de su madre, pudo observar los esfuerzos y sacrificios de ésta con infantiles ojos. Esta especie de enseñanza quedó profundamente grabada en su alma.

Las primeras impresiones son las más fuertes; y para que se forme más clara idea de las que el artista recibió en su primera juventud, diremos dos palabras sobre la localidad que más tarde debía habitar. Todos sabemos que Holanda es un país llano, de aspecto monótono, y aunque no sin ciertos atractivos, algo triste. La primitiva casa de Tadema se hallaba en una de las partes más planas de aquella tierra uniforme; y durante la niñez del futuro artista, muchas de las mujeres de Leeuwarden usaban aún el extraño traje frisón de brillantes colores, los grandes gorros y los velos, que daban un carácter tan singular y típico, no sólo á los habitantes, sino también al paisaje en que figuraban. Debe notarse, además, que la provincia donde el pintor nació y vivió durante su niñez es una de las muchas de Holanda en que se encuentran antigüedades merovingias, tales como medallas y monedas; y según veremos luego, el recuerdo de los merovingios hizo nacer en Tadema su afición al estudio de la historia. Parece que, á causa de la naturaleza aluvial del terreno, aquellos antiguos francos acostumbraban á construir colinas artificiales para las tumbas de sus jefes, las cuales se designaban con el nombre de *terps*. En una de ellas se erigió la iglesia de Dronrijp, pues los habitantes acostumbraban á edificar en esos montecillos á fin de preservarse de las inundaciones; y por esta circunstancia formóse poco á poco el pueblecillo alrededor del templo: esa costumbre de los francos explica la existencia en aquella localidad de tantos recuerdos materiales de su pasado.

Ya en su niñez el futuro pintor manifestó evidentemente su inclinación artística; su juguete favorito era un pincel, y en la familia se recuerda una anécdota, según la cual, cuando Tadema sólo contaba cinco años reconoció y corrigió cierto error en el dibujo de un maestro que estaba al frente de una clase. Mas por marcada que fuese la aptitud artística del muchacho y por mucho que suplicase para que se le permitiera fomentar su vocación, debía tropezar con numerosas dificultades, nada fáciles de vencer. La madre y los encargados de la educación de Lorenzo no consideraban el Arte como una profesión en que se pudiese hacer carrera; atendido el estado de la familia, era preciso que el muchacho eligiese alguna cosa que le permitiera ganar con más seguridad el pan cuotidiano, y se resolvió que estudiara leyes, cual su padre. Hoy día, tanto podríamos reirnos como condolernos reflexionando que se quería consagrar al árido y prosáico estudio de las leyes al pintor de «Safo,» de «Fidias,» del «Recién nacido,» y otras muchas obras maestras. Pero ante todo se debía educar al niño, y al efecto enviósele á la escuela pública de Leeuwarden, donde pasó por la acostumbrada rutina. Todo era allí enojoso para el muchacho, que en griego y latín no aprendió nunca mucho más que las declinaciones, pues durante la clase ocupábase en dibujar á hurtadillas los antiguos dioses clásicos. En la historia romana, por el contrario, encontró al parecer mucho atractivo, hecho digno de tenerse en cuenta, porque debía relacionarse con sus futuras obras. Tadema es siempre más romano que griego, y hasta sus griegos suelen estar algo romanizados.

El estudio no podía satisfacer las inclinaciones artísticas del joven, y así es que en cuantos momentos le quedaban libres ocupábase en dibujar y bosquejar. Hubo un tiempo en que indujo á su madre á despertarle al romper el día á fin de disponer de algunas horas para entregarse á su trabajo favorito; rasgo que caracteriza al hijo y á la madre. El joven había trabajado con algún provecho, siempre solo y sin ayuda de profesor alguno, como se desprende del hecho de que ya en 1851 Tadema había pintado un retrato de su hermana, el cual se expuso en una galería holandesa. Hacia la misma época trazó también su propio retrato, el cual conserva todavía en su poder, cuya composición revela ya vagamente las muchas notables cualidades que debían distinguir las futuras obras del artista.

Este período de su vida fué muy difícil y espinoso, pues luchando entre el deseo de satisfacer las aspiraciones de su buena madre y su dominadora necesidad de consagrarse al arte, pasó por una de esas crisis que elevan á un hombre si sale con bien de ellas, ó le aniquilan de una vez para siempre. Por fortuna, ocurrió lo primero; pero la lucha entre la inclinación y lo que parecía un deber á personas inexpertas, fué demasiado violenta para que el cuerpo la resistiese; el espíritu se sobrepuso con valor, pero la salud física se resintió profundamente, tanto que los médicos declararon que Tadema no pertenecería mucho tiempo á este mundo. Cruel hubiera sido en tan extremado caso oponerse más tiempo á los deseos de un joven cuyo fin se creía próximo, así es que los maestros renunciaron á su proyecto de hacerle estudiar leyes, permitiéndosele tomar la paleta. Procedíase así como con el enfermo cuya muerte es inevitable, á quien se deja comer todo cuanto quiere, por el convencimiento de que de ningún modo podrá salvarse. Sin embargo, aquella concesión bastó para que el esfuerzo del espíritu alejara la enfermedad, haciéndola desaparecer, al fin, del todo, lo cual no se oponía á que los médicos hubieran podido tener razón, si es verdad, como dicen, que cuando el impulso del genio es tan precoz como en Tadema, puede suceder que conduzca á la muerte.

La enfermedad fué la línea divisoria en la vida del artista, y seguramente su resultado el más feliz que hubiera podido esperar, pues á él debió lo que vale más aún que la vida, la libertad del genio y la del cuerpo. Ninguno de los que conocen al pintor dudará hoy que la crisis fué consecuencia de la lucha mental sostenida por el joven. A cuantos han visto las formas vigorosas de Tadema, y conocen su sana constitución, les parecerá casi inadmisible la idea de que aquel hombre tan robusto hubiera sido condenado por los médicos á una muerte precoz; cuando nuestro artista, como tendremos ocasión de indicar después, goza de una salud envidiable. Bien veamos en Tadema á un genio superior, según opinión de muchos, ó sólo al hombre de extraordinario talento, como le juzgan otros, se ha de reconocer evidentemente que sus obras son sanas y puras, como sólo pueden serlo las de un hombre sano de espíritu y sano de cuerpo. *Mens sana in corpore sano.*

Habiendo conseguido, al fin, de su madre y de sus maestros, aunque no sin alguna dificultad todavía, al ambicionado permiso para estudiar el arte pictórico, el primer problema para el joven consistió en resolver dónde iría á tomar sus lecciones. En Holanda, por extraño que parezca, no podía asistir á ninguna escuela de artes ó al estudio de un pintor; y por otra parte, tal vez las personas encargadas de dirigir sus primeros pasos no creyeron que el joven tenía suficiente talento para que valiese la pena hacer un sacrificio. En su consecuencia, Tadema hubo de contentarse con ir á Amberes, punto de su elección, porque allí estudiaba el hijo de una familia amiga. Esta ciudad tenía la doble ventaja de no estar muy lejos de la casa de su madre, y de ser además en aquella época uno de los centros artísticos de Europa. Por entonces disputábanse allí la primacía dos escuelas completamente contrarias, así en los principios como en la práctica: una de ellas era la escuela francesa del pseudo-clasicismo, inspirada por Luis David; y la otra, la llamaba escuela Belga-Flamenca, cuyas tendencias tenían por objeto resucitar las mejores tradiciones del arte nativo, para que volviese á ser lo que había sido en su período más floreciente. El que haya visto cualquier lienzo de Tadema reconocerá seguramente la escuela que el novel artista prefirió. Su primera diligencia al llegar á Amberes fué ingresar en la Academia de Artes, donde estudió bajo la dirección de Wappers, jefe de lo que podía titularse el movimiento nacional. Ya se comprenderá que el joven que había trabajado sin descanso bajo las más difíciles y apuradas circunstancias, redobló su energía apenas se vió en mejores condiciones para verificarlo. «No trabajó, dice un amigo del pintor, sino que se esclavizó completamente para recobrar el precioso tiempo perdido.» Los asuntos de sus primitivas composiciones (el primero de las más grandes lo tomó del Fausto de Goethe) se refieren los más á períodos semi-históricos y semi-místicos; pero nada se conserva ya de esos precoces esfuerzos, pues con rara perspicacia, y aún más rara resolución, el joven pintor destruía las obras que, según su criterio, no alcanzaban el ideal de su creador. Tadema procede todavía del mismo modo con todas sus pinturas, obedeciendo á su juicio crítico; si la más mínima cosa, si el más ligero detalle arqueológico, que probablemente no sería notado por cinco ó seis personas, no le parece perfecto, lo borra al punto y pinta encima una y otra vez, hasta quedar completamente satisfecho. Y si bien se mira, es rasgo característico de todo verdadero artista trabajar á su propia satisfacción, para llenar la necesidad de su espíritu. Aquellos que ven los lienzos de Tadema en una galería de pinturas, pueden observar el resultado de una infatigable perseverancia; pero muy pocos saben, excepto sus íntimos amigos, que un asunto oculta debajo otro, borrado por el artista. Los que han visto á Tadema proceder así no pudieron menos de lamentar que alguna hermosa figura, que algún gracioso detalle desapareciera bruscamente de un solo brochazo; pero después de todo, debían confesar que tenía razón, recordando las palabras de Gleyre: «El arte se compone de sacrificios.» Aunque desaparezca del lienzo alguna cosa verdaderamente buena, seguro es que la obra ganará en su conjunto.

Por más que el artista trabajase con afán y aprendiera no poco en la Academia, en otra parte debemos buscar el maestro cuya influencia fué más profunda y más duradera. Desde la Academia, pasó el joven Alma al estudio



FIDIAS TRABAJANDO EN EL PARTENÓN, grabado de J. D. Cooper

del famoso belga Leys, pintor de historia, y en él encontró precisamente lo que necesitaba. A ese maestro debe mucho de lo que caracteriza sus composiciones, la exactitud histórica y la minuciosidad en los detalles; pero en sus primeras obras también se refleja, naturalmente, algo del amaneramiento de aquel pintor, algo de su dureza y precisión. Sin embargo, la influencia de Leys fué prácticamente muy poco duradera, pues el joven artista tenía demasiado talento para ser plagiario, ni consciente ni inconscientemente.

En 1859, Leys pintaba sus frescos para la Casa-Ayuntamiento de Amberes, y permitió á Tadema que le ayudase en el trabajo, pues sabía que el joven no aceptaba jamás un céntimo por esta clase de servicios. La madre de Lorenzo, viendo que su querido hijo debía permanecer bastante tiempo en la localidad donde se hallaba, accedió á sus instancias, que tenían por objeto inducirla á ir con su hermana á residir en el mismo punto; así fué que las dos mujeres salieron de Leeuwarden, donde habitaban desde 1838, y fueron á reunirse con Tadema, quien ya parecía estar en camino de hacer carrera. Cuatro años después, la madre querida, el ídolo de Lorenzo, fué arrebatada por la parca inexorable, desgraciadamente antes que su hijo alcanzase una fama universal; mas por fortuna no sin tener la satisfacción de contemplar algunas de sus grandes composiciones, entre otras aquella á que debió el principio de su nombradía; *La educación de los hijos de Clodoveo* (véase el grabado), expuesta en Amberes en 1861.

El artista permaneció en Amberes algunos años más; en 1863 contrajo matrimonio con una señora francesa, y dos años más tarde trasladóse á Bruselas, donde habitó hasta la muerte de su esposa, ocurrida en 1869, en cuya época pasó á Londres, pudiendo decirse que con esto terminó una parte de su carrera. La vida inglesa y las costumbres del país agradaron al pintor, que en 1873 recibió carta de ciudadanía de S. M. la Reina. En 1871 Tadema casó con una inglesa llamada Laura Teresa Epps, cuya hermosura hemos admirado repetidas veces en los lienzos del pintor, y de cuyo talento como artista tenemos varias pruebas. Para demostrar el hecho de que Tadema vivió y trabajó desde sus primeros años en todas partes menos en su país natal, su biógrafo holandés dice que desde los años 1856 á 1880 no había ganado más de seiscientos *guldens* en aquél. Y al fin de su escrito añade: «buenas son las alabanzas, pero el artista no puede vivir del aire.»

Sin embargo, aunque Tadema haya vivido tanto tiempo fuera de Holanda, por muchas cualidades esenciales es verdadero holandés Su fama es universal; casi todos los países le han conferido honores; los amantes del arte se disputan sus lienzos con afán, y continuamente se le dirigen pedidos con tal persistencia, que por mucho que trabajara no le sería posible satisfacerlos. Este ruidoso éxito, lejos de inclinarle á descuidar su arte, indúcele á ser más minucioso para obtener su ideal. Es un pintor concienzudo, que por nada firmaría un lienzo, si no le creyese digno de su pincel. Si en cuadros de otros artistas se puede encontrar una falta, notar alguna flojedad en la concepción, ó una inexactitud en los detalles; en los lienzos de Alma Tadema, grandes ó pequeños, inútilmente se buscaría un solo error, ni la menor cosa que desmerezca del conjunto, que no revele el talento y la inspiración. Tadema sabe que para ser fiel al arte debe comenzar por ser fiel á sí propio.

SUS PRIMERAS OBRAS, 1852-1862

La exposición Tadema, celebrada en la Galería Grosvenor en el invierno de 1882 á 1883, aunque no comprendía todas las obras del pintor, porque la tarifa aduanera americana impidió que se remitieran por mar muchos lienzos de importancia, fué, sin embargo, muy interesante y proporcionó á los aficionados ocasión de estudiar, no solamente las obras, sino el estilo de Alma Tadema. Allí vieron, una junto á otra, sus primeras y últimas creaciones; pudieron comparar los esfuerzos del muchacho (la primera pintura expuesta fué ejecutada á la edad de quince años) con las maduras producciones del hombre; y si la exposición no tuvo valor bajo el punto de vista del estudio, debió ser en cambio una cruel prueba hasta para el más célebre pintor. Es un hecho tan elocuente que todas aquellas numerosas composiciones, vistas en conjunto, no se perjudicaban una á otra, sino que ofrecían una prueba inequívoca de los constantes progresos del artista, que todo comentario sobre este punto sería inútil. Ver juntos todos los cuadros de un pintor, ó leer todas las obras de un poeta, desde el principio hasta el fin, cuando el autor no es un verdadero genio, por más que esté dotado de gran talento, debe ser tarea por demás enojosa y que las más de las veces defrauda muchas esperanzas. Tadema sería más que humano si en los ciento cincuenta lienzos expuestos á la vez, no se hubieran podido reconocer señales de amaneramiento, ó si la comparación de los mismos cuadros, aunque revelando siempre las superiores cualidades del pintor, no hubiese puesto más en evidencia ciertas limitaciones de su arte. Adviértase, empero, que en el conjunto no había artificio alguno, y que todo denotaba la estudiosa aplicación del artista.

Al entrar en aquella galería en que estaban coleccionadas las pinturas, lo que primeramente llamaba la atención era lo bien acabado de cada obra, la rapidez con que el autor había encontrado su terreno, y el período relativamente breve en que había obtenido el resultado de sus esfuerzos: pero después, sentíase como la vaga impresión de que allí faltaba alguna cosa, sin que al pronto se pudiera comprender qué; á pesar de que todo parecía perfecto, hubiérase dicho que no todo era completo. Sólo después de observación detenida, despertábase la idea de que aquellas figuras de hombres y mujeres eran verdaderamente hermosas, pero sólo físicamente, y que carecían de vida espiritual. Los personajes que representaban tuvieron seguramente alma, pero rara vez nos lo demuestra así Tadema. En todas ellas hay lozanía, gracia, infinito encanto, colorido vigoroso, pero poca ternura ó intensidad dramática. Si no estuviéramos convencidos de la capacidad de Tadema para alcanzar lo que llamaríamos un nivel más alto, no haríamos mención de ese vacío. Tratándose de un hombre que tanto produce en la esfera del arte, fuera locura é ingratitud exigirle lo que deja de darnos; pero ciertas pinturas del artista parecen indicar que aun no ha hecho todo lo que puede. Hay algunos lienzos suyos (nos referiremos á ellos detalladamente) tan notables por su carácter trágico, por su concepción dramática y por su vigor, que hasta cierto punto se nos debe dispensar si indicamos las faltas donde las hay. Por regla general, los mármoles de Tadema, sus sedas y terciopelos, el oro, la plata y el bronce, á veces las flores, y en una palabra sus objetos inanimados, son los que más vivo recuerdo nos dejan; haciéndonos creer á menudo que sus hombres y mujeres son meros accesorios. Pero el artista que pudo representarnos el carácter trágico y la expresión del *Emperador Romano*, la admirable naturalidad en la *Muerte del recién nacido*, y la exquisita ternura en *La pregunta*, no ha dado testimonio seguramente de todo cuanto sabe. Tenemos derecho á esperar de Tadema alguna cosa que todavía no nos ha dado. En estos últimos años, no obstante faltan obras de esa especie, y con sentimiento vemos que el artista gasta sus prodigiosas facultades en repeticiones, con variantes de poca importancia y frívolos asuntos aunque tan notables por su colorido y belleza, que seducen la vista sin llenar el corazón.

La primera muestra de la habilidad de nuestro pintor en la galería de Grosvenor fué el retrato del mismo Tadema, fechado en 1852. Como producción de un muchacho de quince años, tiene relevantes cualidades: hay en el conjunto una singular precisión muy significativa: y si se nota dureza y aridez en el tono, este defecto queda más que compensado por el vigor y la corrección del dibujo. Cuando Tadema estudiaba en la Academia de Amberes, bajo la dirección del profesor de Historia Detaye, el joven leyó con mucha detención las «Antiguas Crónicas de los Francos» por Gregorio de Tours, que le fascinaron verdaderamente, lo cual no tenía nada de extraño, porque aquella obra es un verdadero tesoro de asuntos artísticos, y ofrece además un interés palpitante. Como historiador, Gregorio no podría apenas satisfacer las modernas aspiraciones; pero como narrador, es inimitable, pues presenta sus héroes con cierto carácter dra



EDUCACIÓN DE LOS HIJOS DE CLODOVEO, grabado de R. S. Lueders



ANTISTIO LABEÓN, copia de un dibujo del autor

mático y con inimitable verdad. El uso que Tadema hizo de aquel antiguo libro tiene la mayor importancia, porque arroja luz sobre el plan de su obra.

Pero el artista no se contentó con estudiar aquel volumen: la verdad arqueológica de su última obra se revela ya en su primer lienzo histórico. El pintor no omitía sacrificio alguno para adquirir datos; la más pequeña moneda hallada cerca de su casa, era objeto de atento examen; y el resultado de este celo fué una pintura magnífica, cuyos menores detalles indicaban el más profundo estudio, á la vez que su método en el trabajo.

El lienzo á que Tadema debió en realidad un verdadero triunfo fué el titulado: *Educación de los hijos de Clodoveo;* y en esta notable composición observamos ya las condiciones que le dieron celebridad, aunque no tan marcadas como en obras posteriores. Aquí se ve la minuciosidad de los detalles, la cuidadosa representación de los hechos, la exactitud histórica, la sabia elección de los accesorios, la pureza de los colores y la habilidad para agrupar las figuras. Reconócese, sin embargo, la influencia de Leyes, sin duda por ser el primer lienzo que el discípulo pintó hallándose aún con el gran maestro; pero esta influencia no es suficiente para eclipsar la propia individualidad del joven artista en la concepción y el tratamiento. Este lienzo revela ya un rápido progreso si se compara con el de *Clotilde en la tumba,* porque hay más variedad en el ropaje, y mayor animación en el conjunto.

El cuadro: *Los hijos de Clodoveo,* exige dos palabras de explicación sobre el asunto que representa. Cuando aquel gran monarca murió, su esposa la reina Clotilde, cuyos padres habían sido asesinados por instigaciones de un tío suyo, envió á buscar sus hijos, niños aún, para tenerlos á su lado, é imbuyó en sus jóvenes corazones el espíritu de odio y la sed de venganza que debía conducirles á vengar el crimen de su tío.

En esta pintura, el artista nos presenta á la reina contemplando los ejercicios de sus hijos, que deben prepararles para llevar á cabo su proyecto. Clotilde mira con orgullo á los pequeños príncipes, el mayor de los cuales tira al blanco con el hacha, mientras que el segundo permanece en pie esperando su vez: otros niños de menor edad están junto á su madre, la cual, aunque contempla con satisfacción á sus hijos, manifiesta en su semblante cierta expresión de profunda tristeza que revela el estado de su alma. El dibujo del primogénito tiene mucha animación y originalidad; las otras figuras no son tan atrevidas; pero la del maestro, que se inclina para observar la destreza de su discípulo, está llena de vida. Este notable lienzo, que aseguró de una vez la posición de su autor, es ahora propiedad del Rey de los belgas; pero primeramente le compró la Sociedad Artística de Amberes por la escasa suma de mil seiscientas pesetas, precio que en aquella época pareció aceptable al pintor.

A este lienzo siguieron otros, ó más bien una serie de obras inspiradas por las crónicas merovingias; pero en este artículo no tendríamos suficiente espacio para describirlas, debiendo limitarnos á decir que todas ellas llamaron la atención por su relevante mérito artístico.

EL SEGUNDO PERÍODO, 1839 á 1869

Era llegado el tiempo de que Alma Tadema dejara de pintar «magníficos bárbaros» para representarnos esas naciones que, no solamente son el origen de nuestra propia cultura, sino también el emporio del arte y de la belleza; y no deja de parecernos un hecho característico que Tadema se fijara desde luego en el país que ha fascinado á tantos poetas y artistas, en el país del misterio y de las maravillas, en la cuna de la ciencia, en la tierra de Isis y Osiris. Habiendo preguntado al pintor el bien conocido egiptologista Jorge Ebers qué le había inducido á estudiar la vida y costumbres de los egipcios, y á retratarlos en sus lienzos, Tadema contestó: «Cuando comencé á familiarizarme con la vida de los antiguos, ¿por dónde había de empezar sino por ese país? La primera cosa que un niño aprende sobre las antiguas épocas se refiere á la corte de Faraón. Si queremos hallar la primitiva fuente del arte y de la ciencia de las antiguas naciones, muy á menudo será forzoso ir á buscarla en Egipto.»

Lo que podría llamarse el segundo período de Tadema se inauguró con su cuadro: *Los Egipcios hace tres mil años;* su método de presentar el asunto era del todo original; ya no se veían allí paisajes y figuras convencionales, ni tampoco la mera exactitud arqueológica; y debió asombrar no poco á muchas personas que la vida egipcia tuviera una parte en que no habían soñado aún; que bajo un exterior estólido se ocultasen hombres y mujeres que habían reído y llorado, que habían conocido los goces y los pesares lo mismo que nosotros. A decir verdad, el principal objeto en el arte de Tadema parece ser el de presentarnos á sus egipcios, sus romanos y griegos de modo que exciten nuestras simpatías, haciéndonos comprender, por lo menos, que son hombres y mujeres, y no simplemente romanos, griegos ó egipcios. No se puede negar que algunas veces flaquea en su propósito; que á menudo se observa con enojo más vida en el mármol y la plata de sus pinturas que en sus seres humanos; que su perfección, como dijo muy bien Ruskis, "parece estar en ciertas ocasiones en razón inversa del valor de la cosa retratada; y por último, que á veces se nota la falta de intensidad dramática y concepción espiritual; mas no por esto se podrá decir nunca que Tadema es solamente un arqueólogo que reproduce restos clásicos y nada más. Cuando nuestro artista está peor, y adviértase que el autor de trescientos cuadros no puede ser siempre perfecto, sus creaciones tienen, sin embargo, admirables cualidades; y cuando está en sus mejores horas, como le sucede siempre que se ocupa de Egipto y de Roma, se le puede considerar por muchos conceptos como único entre los pintores de hoy día, y hasta diremos intachable. Debe notarse que en el conjunto, exceptuando algunas preciosas pinturas, Tadema no nos parece ni con mucho tan feliz en sus Griegos como en sus Romanos, y estamos convencidos de que los primeros son los segundos disfrazados.

Hasta en *Fidias,* del que ahora nos ocuparemos, á pesar de lo mucho que tiene exquisito, á pesar de lo fascinador del asunto, no se nota esa sutileza de muchas de las obras romanas, y apenas podemos imaginar un helenista diciendo lo que cierto crítico dijo de las pinturas egipcias de Tadema. «Estos lienzos, escribió, son muy expresivos para los inteligentes, y revélanles cosas que no pueden comprender los que no están iniciados. Esa es una verdadera resurrección de la vida egipcia; no hay nada que no pertenezca á la época de Faraón; semejantes á este muro eran los del palacio de Ramses III...; todo aquí es verdad; y como si el maestro hubiera adivinado lo que no se descubrió hasta diez años después de pintar *Muerte del recién nacido,* puso á los pies del muerto una corona de flores, singularmente análoga á las que se encuentran en las tumbas reales de Derel-Bachrí.»

Pasando por alto muchos lienzos que Tadema pintó desde 1865 á 1868, y de los cuales no podemos ocuparnos particularmente, sólo nos referiremos aquí á uno de los más notables: *Entrada de un teatro romano* (véase el grabado), en el cual nos representa varios romanos dirigiéndose al coliseo: la pintura está llena de vida, y distínguese por sus toques magistrales; la agrupación de las figuras es admirable, por más que algunas estén acumuladas; la de la mujer parece algo rígida; es uno de esos tipos que el pintor introduce á menudo, y que á pesar nuestro no nos inspira nunca el más mínimo interés.

Otro lienzo de gran mérito, el que lleva por título: *Claudio proclamado emperador después del asesinato de Calígula,* es uno de los que más parecen haber preocupado el ánimo de Tadema, y sin duda se encariñó con el asunto, pues le trató tres veces, primeramente como *Claudio,* después como á *Emperador romano,* y por último representándonos su *¡Ave Cæsar! ¡Io Saturnalia!* Las dos primeras obras son magníficas, pero la tercera es indisputablemente la mejor, pues en ella ha demostrado el artista sus facultades para expresar el carácter trágico. En ese lienzo, no sólo hay vida en todos los semblantes, sino en cada línea de las facciones: la obediencia del soldado que levanta la cortina es tan característica como la actitud de Claudio; su rostro, descompuesto por el terror, no puede ser más expresivo; las mujeres y hombres muertos, y el grupo de soldados, que irónicamente saludan á César, son realmente admirables; y hay tanta verdad en el conjunto, que casi impone al observador. No siempre consigue Tadema producir en tan alto grado este efecto. Los accesorios se distinguen por la perfección que estamos acostumbrados á ver en todas las obras del artista; pero aquí el interés que inspiran las figuras es tan poderoso,



RESERVADO



CLEOPATRA, grabado de W. Biscombe



EL BAÑO, grabado de J. P. Davis

que apenas se fija la atención en los demás detalles; no se miran los mármoles y mosaicos, el rico decorado de la estancia, y si por acaso se les concede una ojeada, muy pronto se vuelve á contemplar los personajes; aquí todo es correcto y magnífico; y los más minuciosos detalles contribuyen por mucho á poner más en relieve el pavoroso efecto de la figura central. El pintor que sabe producir obras como esta, podría, si quisiera, ser uno de los más grandes artistas en ese género, por más que en sus producciones falte tan á menudo la expresión trágica.

Entre otra colección de cuadros merece particular mención el que Tadema ha titulado *Fidias trabajando en el Partenón:* represéntase aquí al célebre escultor, que después de terminar un friso, para completar su obra, el más grandioso trabajo artístico de todas las épocas, le muestra á Pericles, Alcibiades y Aspasia. Al pronto es algo difícil reconocer que esto es una especie de solemnidad griega; pero admitiendo que es posible que Fidias invitara á aquellos amantes del arte á ver su obra, lo cual no tiene nada de improbable, podemos también suponer que el acto se verificara tal como Tadema lo representa. El friso figura una línea de jinetes en el techo del templo, animada por vivos colores, que parecen algo pesados; la disposición de la luz es singular, pues se refleja al pie de las figuras, quedando cortada por las grandes columnas y el tímpano. Los visitantes están separados del escultor por una cuerda y el hombre de la barba, que tiene un rollo en la mano derecha, es el mismo Fidias. Tal vez no sea del todo nuestro ideal del divino escultor, pero la figura tiene mucho caracter y vigor, y hasta la actitud del artista revela cierto orgullo. Los grandes de Atenas han ido á ver su obra; pero, ¿no es él superior á ellos? Esto es lo que parece indicar su actitud. La noble figura que está frente á Fidias debe ser la de Pericles; la mujer que viste el gracioso ropaje será sin duda Aspasia, y el joven que está á la izquierda representa seguramente á Alcibiades. ¡Fidias, Pericles, Alcibiades, Aspasia! ¡Cuánto significan estos nombres para nosotros! Por lo mismo, sus figuras, que representan toda una edad, no pueden parecernos aquí tan interesantes como realmente lo son; pero esto no tiene nada de extraño, porque los más grandes pintores no podrían realizar nuestros ideales. De todos modos, el asunto del lienzo es seductor y se ha de admirar cuando menos el carácter técnico de la obra, perfectamente tratado.

La *Convaleciente*, cuadro que Tadema pintó en 1869 (v. el grabado), nos presenta el interior de un *atrium*. La figura de la enferma no tiene en sí particular atractivo, pues la postura carece de gracia; pero la mujer romana que está leyendo, y la figura de la esclava están perfectamente caracterizadas: las rosas que rodean el busto de mármol, la columna de que pende el retrato del amante, y las cortinas son accesorios magníficos.

La *Danza pírrica*, obra producida también en 1869, es seguramente la composición más original que Tadema ha pintado, y añadiremos que produjo profunda sensación cuando fué expuesta en la Academia. Los individuos que toman parte en esta danza guerrera están pesadamente armados, y dirígelos el que va delante de ellos; aquellos hombres fornidos, á pesar de sus cascos de bronce, sus escudos, sus jabalinas y coseletes, muévense con mucha holgura, cual si apenas sintieran el peso de su equipo. La habilidad con que Alma Tadema nos hace ver si esos objetos son pesados ó ligeros, relativamente á la fuerza del guerrero, es asombrosa. El brusco movimiento de aquellos hombres ha levantado una nube de polvo que oculta casi sus piernas; los notables que contemplan la escena están sentados en una especie de pequeño anfiteatro, y los guerreros se inclinan al pasar por delante. Detrás de las poderosas columnas de mármol se ve agrupado el pueblo, que contempla también la escena con muestras de mayor ó menor interés Podríamos decir que esta pintura revela en el más alto grado el talento del artista; por unos conceptos, ninguna otra obra suya es superior, y por otros, nadie alcanzó su nivel. No era fácil tarea presentar pictóricamente esa «danza mímica de las armaduras,» como Platón la llama. El filósofo sugirió á Tadema el asunto; su representación en vasos antiguos le ayudó á pintarla con la más perfecta exactitud arqueológica; y gracias á su talento la bosquejó con rara precisión, sin el más ligero toque exagerado, que en semejante escena hubiera sido fatal, pues no podía menos de resultar un conjunto grotesco, según se ha observado algunas veces en asuntos históricos. Sabido es que Calígula y Nerón otorgaban el derecho de ciudadanía á los individuos que mejor bailaban en la danza pírrica.

TADEMA EN INGLATERRA, 1869 Á 1875

En 1869 fué cuando Tadema llegó á Londres para domiciliarse en esta ciudad, comenzando entonces lo que podría llamarse su carrera inglesa. Entre los primeros lienzos que produjo después de esta fecha, debemos citar particularmente el que representa la *Fiesta de la vendimia* (véanse los grabados). Es una de las más importantes obras del artista, pero á la vez que nos da una prueba de su habilidad y facultades únicas, justifica á los que sostienen que Tadema posee en escaso grado el sentimiento de la belleza física para sus hombres y mujeres. La sacerdotisa, figura dominante, no satisface seguramente todos los gustos en cuanto á su hermosura; los más juzgarían sus formas demasiado pesadas para expresar el amor; y no se puede negar que carece de gracia femenil; pero en cambio tiene esas cualidades que los pintores de la pura belleza descuidan á menudo. Esa figura está muy bien caracterizada, y si no es hermosa, olvídase esta falta al contemplar la viveza del conjunto. Lo mismo podemos decir de las otras en mayor ó menor grado; y en cuanto á los hombres, cargados con sus enormes toneles, no son de por sí interesantes, aunque, como la sacerdotisa, despiertan en el ánimo la impresión de la realidad. Esta pintura es un notable ejemplo de las facultades del artista para comunicar su idea é intención al observador; pues consigue hacernos olvidar á los personajes, que á decir verdad no tienen particular atractivo, para que nos fijemos en su objeto; se piensa en la procesión, prescindiendo de los actores, por más que se tengan á la vista; y hay tanta vida, tanta verdad en la escena, que casi se creería que se van á oir los acordes de la música, y á ver al pueblo moverse entre las aclamaciones de la multitud. Rara vez ha sido Tadema tan feliz como en esta pintura para expresar la idea del movimiento: con frecuencia se le ha llamado pintor del reposo, y salvo algunas notables excepciones, el calificativo podría justificarse en parte; mas al ver esta composición, nadie comprendería por qué se le aplicó tal dictado. En cuanto al colorido, es magnífico, aun tratándose de un cuadro de Tadema; está saturado de luz; creeríase sentir el soplo de la suave brisa embalsamada; los mármoles y los bronces brillan, los instrumentos musicales, los toneles, las guirnaldas, los mil y un accesorios resplandecen, reflejándose en ellos la clara luz del día. No se comprende hasta qué punto son perfectos esos accesorios sino cuando el observador se empeña en examinarlos particularmente, lo cual no es fácil; tan relacionados están con el conjunto del cuadro. Ya es cosa admitida que Alma Tadema no tiene rival por lo que hace á sus conocimientos arqueológicos, y podemos estar seguros de que todos los detalles son científicamente exactos. Cierto que el artista les consagra muy á menudo toda su atención en detrimento de las figuras; pero es preciso confesar que no tiene, como otros muchos pintores, una colección de accesorios almacenados para aplicarlos cuando parecen oportunos.

Bien sean exagerados algunas veces, ó ya sirvan sólo como medio para obtener un efecto dado, los accesorios de nuestro artista pertenecen á su tema, constituyen parte de él y nunca son supérfluos.

En la pintura de que hablamos son realmente aplicables y necesarios para explicar la verdadera significación del conjunto. Algunas veces, cuando Tadema pinta escenas alegres del mundo pagano, no suele estar muy feliz, pues la expresión de sus figuras indica todo menos el contento; pero esta censura estaría fuera de lugar si se aplicara al lienzo que representa la *Vendimia*.

El año 1873 fué memorable en la carrera del pintor, porque produjo lo que para muchos de sus admiradores constituye la más hermosa de sus obras: *La Muerte del recién nacido*, á la que siguieron *La Viuda*, *La Monja*, *El Improvisador* y *Las Ultimas rosas.* Ya que citamos este cuadro, no podemos menos de referirnos á una especialidad de Tadema, que consiste en su exquisito gusto como pintor de flores. Cierto que las suyas, así como sus hombres y mujeres, carecen á veces de animación, y no siempre llegarán á ser como las que crecerían en el jardín de un poeta; pero el artista parece conocer tanto como Heine, en algunos de sus lienzos, los secretos de las flores.

Para comprender la supremacía de Tadema por tal concepto es preciso ver las muchas pinturas en que las presenta como accesorios; empléalas con el gusto más delicado, y sin que podamos decir por qué se han puesto donde se hallan, ni por qué son de tal ó cual especie, hemos de reconocer que guardan armonía con el asunto, y que precisamente aquellas flores debieron estar en el sitio en que se encuentran. Una prueba de ello tenemos en la *Educación de los hijos de Clodoveo:* un servidor lleva un ramo en la mano; pero la reina no se fija en este detalle, porque la preocupa su futura venganza. Obsérvense también las guirnaldas con que adorna muchas de sus obras y se verá hasta qué punto producen el mejor efecto.

El año 1874 fué fecundo en cuadros de Tadema; pero sólo nos ocuparemos aquí de tres de ellos, que nos parecen los más importantes, y cuyos títulos son: *La Galería de Escultura*, *La Galería de Pintura* y *Antistio Labeón* (véanse los grabados). En este último, Tadema nos ha representado un incidente bien conocido, conduciéndonos otra vez á una casita romana de los antiguos tiempos. Antistio Labeón, algunas veces llamado erróneamente Aterios Lobeo,



JUNTO AL RÍO, grabado de R. S. Lueders



SAFFO

era un artista aficionado, natural de Roma, que vivió en la época de Vespasiano; era procónsul en el distrito de Narbona y pintaba algunos pequeños cuadros por puro pasatiempo. En el lienzo de Tadema represéntasele mostrando una de sus obras á variosamigos. Es muy característico de la época en que Labeón vivía que se considerase su ocupación artística como cosa impropia de un hombre que ocupaba su posición civil y social.

El tecnicismo que observamos en los lienzos *Galería de Escultura y Galería de Pintura* es indescriptible, y el mérito mecánico de estas obras es inimitable. Es de ver en ella una verdadera composición artística: represéntase una tienda antigua de Roma, en cuyo fondo se guardaban los objetos de gran tamaño, y en el departamento anterior los más pequeños; varias personas han entrado para ver y admirar esos productos y su atención se concentra particularmente en la magnífica copa que un esclavo enseña. Esta última ocupa un pedestal, al que un dependiente da vueltas para que se pueda ver el objeto á todas luces. Un visitante se ha sentado cerca de su es posa, y al parecer enumera los méritos y defectos de la obra. Con la curiosidad propia de la infancia, dos niños se han acercado para mirar á su vez, y es tal la naturalidad y animación con que se les representa, que se comprende su intención de tocar el objeto si no se lo impidiera la mujer que está detrás de ellos. En la primera version de Tadema sobre este mismo asunto figuraba una estatua de Sófocles, con un grupo de romanos discutiendo acerca de su mérito. El bronce, el mármol, las esculturas de la galería, el ropaje y los objetos de plata, son realmente prodigios de pintura; y al contemplar el conjunto, nace el asombro ante tan suprema habilidad. No es menos notable en ese lienzo la distribución de la luz: en el *Fidias* vimos que surgía al pie de los personajes, con no poca originalidad; pero aquí se refleja por la parte superior, y Tadema ha desdeñado hacer uso de esos pequeños artificios con que los menos hábiles coloristas quieren producir sus efectos. Se ha indicado, no sin cierta razón, que algunos de los tipos romanos representados en este cuadro son esencialmente ingleses vestidos de romanos, lo cual no puede negarse, porque las figuras pintadas son retratos, casi sin excepción. A este cuadro se refería Ruskin cuando en sus severas observaciones críticas dijo: «que la piedra de Tadema era buena, su plata menos buena, su oro malo, y su carne peor.» Preciso es confesar que las figuras de este lienzo no interesan gran cosa, y que la impresión producida por la obra se debe atribuir, más bien que á los personajes, á los accesorios; pero tal vez en este lienzo es Tadema más lógico de lo que muchos creen. Seguramente, la emoción humana nos afecta más que cualquier objeto magnífico; pero en este cuadro no se puede experimentar ninguna, porque los productos del genio han de interesar mucho más que una rica familia que haya ido á contemplarlos. Tal vez Tadema lo comprendiera también así, aunque inconscientemente. Nosotros pensamos, en resumen, que los magníficos mármoles, los bronces, las sedas y objetos preciosos, interesan más que un grupo de personas no movidas por ningún sentimiento profundo. Si un pintoresco grupo de filisteos romanos contempla las creaciones de un artista, preferiremos estas últimas á los filisteos.

En el cuadro *Galería de Pintura*, el trabajo es más exquisito aún si cabe. ¡Con qué admirable habilidad ha sabido Tadema producir el efecto de luz en el conjunto! Aquí interesan mucho las figuras, tanto de hombres como de mujeres, y sobre todo el joven que mira atentamente un lienzo; parece que toda su alma está concentrada en los ojos, y tan absorto se halla en su contemplación, que no se fija en la hermosa mujer reclinada perezosamente en un diván, detrás del observador, y que también mira la pintura. Hay altivez en la expresión de su rostro, pero las líneas de la boca indican aburrimiento. La actitud del joven es magnífica como dibujo; y en la mujer reclinada hay una gracia indefinible, que no carece de cierta voluptuosidad. En resumen, los dos lienzos de que acabamos de hablar están trazados magistralmente, y los grupos llenos de vida. Ambos pertenecen hoy á Mr. Gambart, quien puede preciarse de poseer dos verdaderas joyas artísticas.

De otros dos lienzos debemos hacer mención: *El Baño* (véase el grabado), en el cual se representa á varias damas romanas bañándose; y *El Escondite* (véase el grabado), escena romana: representa la Villa Albani, calificada por Tadema, con no poca irreverencia, de jardín para el cultivo *del té*; y en ella son de ver las curiosas termas de mármol. Los rayos del sol iluminan las largas galerías que conducen á los jardines; una muchacha se ha ocultado detrás del pedestal de una columna; pero su compañera acaba de encontrarla, y mírala sonriendo con expresión de triunfo, por haber descubierto su escondite.

ALMA TADEMA ADMITIDO EN LA REAL ACADEMIA DE ARTES

En 1876, Tadema fué nombrado socio de la Real Academia Inglesa de Artes, lo cual le complació muchísimo, pues podía figurar en las filas de los artistas ingleses, entre los cuales había vivido desde su llegada á Inglaterra. Recibió la noticia cuando se hallaba en Roma, estudiando con afán el arte antiguo y la arquitectura.

El primer lienzo que exhibió después de su elección fué *Agrippa*, al que siguieron *Las Cuatro Estaciones*, *El modelo del escultor*, estudio de tamaño natural, que Tadema pintó como lección para su aventajado discípulo Juan Collier, un asunto sobre *Fredegunda*, y otras varias obras, de las cuales sólo citaremos dos ó tres. Una de ellas se titula: *¡Junto al río!* (véase el grabado): representa una dama con su hijo y sus servidores, bajando por la escalera que conduce al Tíber, donde un barquero aguarda para conducirlos. Otra dama ha bajado ya, y al parecer se dispone á embarcarse. Vese una larga extensión del



Una parte del cuadro titulado: FIESTA DE LA VENDIMIA

puente y la superficie de las verdes ondas llenas de frescura. El conjunto es muy animado y agradable.

Al mismo período pertenece también el precioso cuadro que lleva por título: *Sueño bien guardado* (véase el grabado). Tadema lo pintó en 1879, y en él hizo también gala de su talento artístico, produciendo un conjunto notable por su sencillez y delicadeza.

En el año 1881 pintó varios lienzos; *Saffo*, *El Tepidarium*, una *Audiencia* y *Pandora* son otras tantas obras maestras. En esta última, la figura, que se representa sumida en muda contemplación de un objeto recogido sin duda en las profundidades, caracterízase por la belleza de las facciones y la corrección del dibujo; es una composición muy bien acabada (véase el grabado). Otro cuadro, que se titula *Timidez*, nos presenta un asunto agradable en el cual el artista ha estado muy feliz, bastando mirarlo para comprender su significado: es una hermosa doncella que al ver á un joven depositar en su regazo un ramo de flores, cubre en parte su rostro con una mano, como para ocultar el rubor que asoma á sus mejillas al recibir aquel presente.

En 1884, Alma Tadema pretendió por primera vez presentarse al público como retratista. Podría dudarse que en esto fuese una especialidad, por hermosas que sean las muestras producidas; al verlas, diríase que sabe modelar muy bien la figura exteriormente, pero que no penetra en el alma ni estudia el carácter de la persona á quien retrata. En los retratos de hombres ha sido más feliz que en los de mujeres, como lo prueba el retrato del Dr. Epps y otro de un escultor italiano llamado Amendola, á quien representa con una pequeña estatua de plata en la mano, estatua que es una maravilla por la ejecución y los detalles, así como por el dibujo y el color, sin duda porque representa á la señora de Tadema. También hizo el retrato que lleva por título: *Mi hija menor*, obra verdaderamente notable. La figura y cuanto la rodea es un ejemplo de la habilidad del pintor para producir los efectos de luz y sombra; y en cuanto al colorido, no cabe mejor. Si tiene alguna falta, consiste solamente en que los accesorios presentan demasiada minuciosidad, hasta el punto de distraer la atención de la figura, modelo de belleza. Tal es el retrato de la hija de Tadema, que parece en camino de alcanzar cierto renombre en la profesión de su padre. Hace dos años ejecutó algunas preciosas acuarelas que se expusieron en la Real Academia.

EL ESCONDITE, grabado de Honemann

En el cuadro *Una lectura de Homero* (véase el grabado) tenemos un asunto que nos recuerda los de otras obras del mismo artista: á la derecha se ve el lector con un rollo de papiro en la mano explicando el argumento; su rostro está animado de una expresión de entusiasmo, é inclínase hacia adelante en graciosa actitud: en lo alto se ve el cielo azul, y á lo lejos el mar. Esta figura tiene en la cabeza una corona de laurel y parece leer para cuatro personas: una de ellas, mujer de notable hermosura, estrecha con su mano la de un joven reclinado en el suelo á sus pies, y cuya diestra oprime una lira; la mirada de sus hermosos ojos está fija en el lector con expresión de entusiasmo, y su figura, más que bella, es sublime. En el centro, tendido en el pavimento de mármol, con la barba apoyada en una mano, otro hombre, cuyo traje se reduce á unas pieles, mira también con interés al lector; á pocos pasos hay una figura que oculta sus formas bajo una especie de túnica; y en el banco, por último, se ven varias flores. Por lo que hace á las carnes de los personajes, es lo mejor que Tadema ha producido en este género y seguramente nunca modeló nada tan perfecto como las figuras de los jóvenes que se estrechan la mano. Del colorido sólo diremos que la obra puede figurar entre las que más se distinguen por tal concepto. En este cuadro la figura del lector es la más principal, como así debía ser, porque las otras son las de los oyentes. Parece casi increíble que un lienzo como éste, con cinco grandes figuras y sus accesorios, tales como Tadema sabe pintarlos, se ejecutara en el espacio de dos meses; pero así fué, y en esto tenemos un buen ejemplo de la rapidez con que el artista trabaja, sin que el conjunto quede por esto menos bien acabado. Debe advertirse, no obstante, que en los estudios preliminares, comprendiendo los de una pintura abandonada que debía titularse: *Platón*, se emplearon ocho meses.

La contribución de Alma Tadema á la Real Academia en el año que corre es demasiado reciente, y el público la recuerda lo bastante, para que necesitemos hacer una larga descripción de sus últimas obras. *El Apodyterium*, que representa el cuarto donde las mujeres se desnudaban en las casas de baños del antiguo imperio romano, es una obra maestra del estilo inseparable de nuestro artista. La habitación de mármol es en sí un delicioso estudio en cuanto al color y una maravilla el conjunto del lienzo por lo bien acabado. La graciosa figura que está sentada en el banco de piedra, junto á la pared, y que se inclina para atar los cordones de su sandalia (véase el grabado), es magnífica por su naturalidad y correcto dibujo. En este pequeño lienzo tenemos una pintura del género del artista llevado á una perfección que ni él mismo podría superar.

Alma Tadema se ocupa ahora en la ejecución de un gran lienzo, cuyo asunto es importante y del todo digno de su pincel. Se expondrá en la próxima Exposición de la Real Academia y llevará por título: *Las Mujeres de Amfisa*. Su asunto, tomado de Plutarco, no será conocido seguramente de la mayoría del público, y por lo tanto no creemos inoportuno dar una idea de él. Amfisa era una ciudad situada cerca del monte Parnaso: según la historia, en el año 350 antes de Jesucristo, cuando los déspotas de la Focia se apoderaron de Delfos y los tebanos emprendieron la guerra que se llamó Santa, las mujeres consagradas á Dionisio, poseídas de furor y errantes una noche, llegaron de improviso á Amfisa, donde rendidas de cansancio y presa todavía de su excitación, echáronse en el suelo de la plaza y quedaron dormidas. Al saber esto las esposas de los habitantes, y temiendo que las recién venidas no conservasen su pureza, pues andaban por allí muchos soldados del tirano, corrieron á la plaza y rodeáronlas silenciosamente en círculo para protegerlas durante su sueño; cuando despertaron, diéronlas el necesario alimento y las acompañaron hasta los límites de su país. En ese lienzo habrá más de cuarenta figuras de mujer,



¡AVE CÉSAR! ¡IO SATURNALIA!

algunas de ellas casi desnudas, ó en traje de Bacantes. Fuera prematuro emitir ningún juicio crítico sobre trabajo que, en su primera parte, promete mucho.

Con esta obra llegamos á los actuales cuadros de Alma Tadema, y al revistar rápidamente cierto número de los más célebres, nos hemos atenido con toda intención al orden cronológico, no sólo por ser más interesante para el lector observar los progresos del artista, sino porque nos parece más oportuno en el caso de ser necesario hacer una referencia. Afortunadamente, Alma Tadema se halla todavía en todo su vigor, y puede vivir lo bastante para doblar el número de sus obras, de las cuales la última es *Opus*, núm. 275. Nuestro pintor observa la muy laudable práctica de los músicos, que consiste en numerar cada lienzo, de modo que nunca puede surgir la menor duda en cuanto á su orden cronológico. Como ya hemos dicho, Tadema tiene su estilo y método propios, y por lo tanto no es probable que nos presente obras de un género del todo diferente del que ya le conocemos. Las opiniones sobre este pintor diferirán, naturalmente, según el gusto de cada cual, pero ni aun sus detractores pueden negar que es un gran artista. Tal vez haya quien diga que no se distingue por condiciones de espiritualismo, y aunque sin rival como colorista, algunos pensarán que no tiene el sentimiento poético de Turner, por ejemplo; pero aun admitiendo que haya algo de verdad en esta crítica, y por más que se reconozca falta de belleza en algunos de los hombres y mujeres que nos ha presentado, nadie discutirá el notable genio de Tadema, y sobre todo su originalidad. Como hombre, se ha de reconocer que es virtuoso, dada esta época de filistenismo. Su amor á la naturaleza, sincero y puro, no es mera afectación. Un mar de zafiro con sus olas de blanquecina cresta, un cielo azul, y el dulce aroma de las flores, son cosas queridas de Alma Tadema, no precisamente por el efecto que de ellas puede obtener sino por lo que son en sí. Finalmente, en Alma Tadema tenemos á un hombre realmente típico, fiel, verdadero amante de la belleza.



UNA AUDIENCIA DE AGRIPA

JUICIO CRÍTICO DEL ARTISTA

Por regla general, los artistas no suelen tener facultades para expresarse en estilo literario, y rara vez les es dado exponer claramente sus ideas respecto á su profesión. En la mayoría de casos, sólo pueden manifestarlas en sus obras, consciente ó inconscientemente, y más bien se fijan en la práctica instintiva que en la teoría al emitir us opiniones. Alma Tadema no es del todo una excepcións de la regla; carece del espíritu analítico, pero tiene su modo de ver respecto al Arte, y sus ideas son muy de apreciar, como debe esperarse de un artista tan notable. Oirle expresar de viva voz sus pensamientos sobre la pintura, cuando se ocupa en trasladar al lienzo algún precioso detalle, ó en el intervalo consagrado á fumar un cigarrillo de papel, es verdaderamente un regalo. En obsequio del público que tenga deseos de saber lo que Alma Tadema opina sobre el Arte, apuntaré aquí algunas de las observaciones que me comunicó verbalmente, con ese lenguaje inglés, no siempre idiomático, con que el pintor se expresa; no debiendo olvidarse que el inglés sólo es para nuestro artista un idioma aprendido ya en la edad madura, por lo cual no ha de extrañarse la falta de pureza ó de buen acento en el decir. En su primera observación me dió la clave respecto á sus ideas.

«El Arte,—dijo,—es pura imaginación, y los que le aman es porque al mirar una pintura despierta su espíritu y les hace pensar; y he aquí también por qué el Arte enaltece el entendimiento.»

Al hablar de lo necesaria que era para el artista una perfecta visión, me dijo:

«Para ver es indispensable cierta instrucción. Así, por ejemplo, para un hombre vulgar todos los carneros son semejantes, mas el pastor conoce cada uno de ellos separadamente, así como nosotros conocemos á nuestros amigos. Hace algunos años, cuando Rosa Bonheur compró, en ocasión de ver cierto rebaño, uno de aquellos animales, quedó muy sorprendida al ver que el pastor le llevaba al día siguiente otro, que no era el elegido, y volviendo con el hombre al redil, escogió el mismo de la víspera, con no poco asombro del pastor, quien no suponía que una dama pudiera entender tanto en carneros. Hoy día tenemos, por desgracia, muchos jóvenes que hablan de lo que ven, y no pueden ver porque no saben bastante.»

Rogué á Tadema que me hablara del arte en general, refiriéndose particularmente al moderno, y he aquí cuáles fueron sus observaciones:

«Una de las mayores dificultades en e Arte es hallar un asunto verdaderamente pictórico, plástico, y muchos pintores han pecado en esto. La elección es, por supuesto, cosa de importancia; pero el asunto no es otra cosa sino el pretexto para hacer la pintura, y por lo tanto, sería erróneo juzgar el lienzo por lo que representa. He conocido muy malos cuadros con magníficos asuntos, y viceversa. En nuestros días, por desgracia, el Arte es juzgado generalmente por literatos incapaces con frecuencia de ver en el lienzo más que el asunto, y que se guían por éste para formar su opinión. Recuerdo que un profesor de historia en la universidad de Gante me recomendaba repetidas veces que pintara un notable incidente histórico relativo á Guillermo el Taciturno cuando organizó la gran guerra contra España. Al marchar, los condes de Egmont y de Horn se despidieron de él, diciéndole: «¡Adiós, noble príncipe sin país!» A lo cual les contestó: «¡Adiós, nobles caballeros sin cabeza!»

»El fondo de semejante escena no se puede expresar en una pintura, como es fácil comprender. ¿Qué asunto hay en la Venus de Milo que pueda ser escrito? Y sin


UNA LECTURA DE HOMERO, grabado de Carlos Dietrich



LA DANZA PÍRRICA

embargo, nadie negará que es una de las más grandes obras artísticas. ¿Qué asunto hay en la Madona Sixtina de Rafael? El éxtasis de la Madona, en la deliciosa serenidad de Venus, es donde está el encanto. El arte debe ser hermoso, porque su misión es elevar, no enseñar; cuando el arte enseña, en la acepción vulgar de la palabra, se hace accesorio de algún otro objeto.

»Al elevar el espíritu sólo enseña porque ennoblece el entendimiento. Ahora tenemos la gran cuestión del arte moderno, del que tanto se ha hablado desde que Courbet comenzó á pintar cualquier objeto que encontraba y Alfredo Stevens sus anuncios para la modista parisiense. No quiero decir que sus pinturas sean peores por eso, que no sean hermosas como tales; pero esos dos apóstoles preeminentes de la «noción hueca» no han tratado nunca de comunicarnos ningún sentimiento de nuestra época. Arte moderno significa expresión moderna del mismo; los pintores más modernos son aquéllos que consiguen producir buenas obras artísticas, no análogas á las de otro tiempo, y que correspondan al espíritu de nuestra época. Si pintan un paisaje, un retrato, una escena doméstica, ó un asunto histórico ó religioso, deben procurar que en su obra haya algo de lo que conviene con nuestro siglo. Ya no somos el pueblo de la religión de la muerte, como en los días de Holbein, y la *Danza Macabra* no influiría en nuestro espíritu ni agitaría el mundo como en aquel tiempo. Ahora buscamos las cosas agradables; preferimos un rayo de sol á una borrasca, y creemos de hecho que con la bondad nos irá mejor que con la opresión. Una sonrisa es más grata para nosotros que una lágrima, y no sentimos ya el amor fanático á las calaveras que predominaba en los pasados siglos. En historia no nos satisfacen ya sólo el rey ó el gran general; deseamos saber cuál era el pueblo que gobernaban, quiénes los soldados que alcanzaron la victoria para su jefe. Plácenos recordar cómo Adriano contribuyó á la felicidad de sus súbditos, atendiendo á sus necesidades y ayudándolos en cuanto podia; y es agradable para nosotros pensar que un Marco Aurelio, al



LA GALERÍA DE PINTURA

mejorar tanto la moral de su época, mereció tal vez de la humanidad más agradecimiento que un Julio César ó un Alejandro el Grande. El Arte moderno busca la verdad, tal vez más que en los pasados tiempos; y de aquí viene ese calificativo hueco de *realista*. Algunos piensan que el realismo en el Arte consiste en pintar lo que ven, cuando sólo se reduce á representar el asunto con más naturalidad, es decir, de una manera más conforme con la naturaleza. Esta última es tan individual en cada forma que produce, en cada sentimiento que despierta, que dos personas no pueden ver, sentir y pensar del mismo modo; y de consiguiente, «fiel á la naturaleza» no significa «fiel á lo que se tiene delante,» porque el arte no se puede medir, pues consiste en representar una impresión recibida que debe ser individual y ha de expresarse personalmente. Por ejemplo, dada una mujer hermosa en todo sentido, á uno le seducirá su complexión, y pintará un cuadro en este sentido; á otro le admirarán las formas, y modelará una estatua. ¿Cuál de los dos será más fiel á la naturaleza? En cuanto á los que de ésta reciben sus impresiones, las diferencias son múltiples: hay hombres ciegos para el color, y otros á quienes les extasía, y entre estos dos extremos cuéntanse muchos grados; también existen personas que miran las formas con indiferencia, mientras que á otras les encantan cuando son bellas. Del mismo modo tenemos artistas, grandes dibujantes, que no podrían pintar por faltarles el sentimiento del color; y si alguno tiene facultades especiales para las formas, seguramente llegará á ser un buen escultor.

»Siempre me admira que nuestro moderno público, con su amor á lo natural, se mantenga todavía fiel al antiguo método de retratar: una cabeza con algún ropaje, á veces una mano, cuando no las dos, y lo demás negro ó pardo, y ya no se pide más; en una palabra, se quiere un retrato representando á la persona en condiciones en que nunca se la ve. Cuando voy á visitar á mis amigos, ó á los que no son mis amigos, siempre me fijo más ó menos en el lugar donde están. Claro es que para pintar los objetos que rodean á un individuo cualquiera, estudiarlos y trasladarlos después al lienzo, se ha de trabajar mucho más, y no es tan fácil como llenar aquél de un color indescriptible; pero si yo mandara hacer el retrato de una persona querida, desearía ver su figura rodeada de accesorios susceptibles de despertar en mi memoria el recuerdo de una agradable conferencia ó de una hora feliz.»

Respecto á la educación de los artistas jóvenes, he aquí lo que una vez me dijo Alma Tadema:

»Opino que el estudiante no debe viajar al principio. Sólo cuando haya llegado á ser artista, y después de fijarse en su plan, comprendiendo su propio valor y sus necesidades, le podrá aprovechar seguramente ver las obras de los grandes maestros, porque entonces será capaz de explicárselas, y si necesario fuese, apropiarse aquellas cosas que en su concepto le sean útiles.

»Salvo una ó dos excepciones, ninguno de los artistas que en diversas épocas obtuvieron el premio en Roma, en París ó Bruselas, considerándoseles desde entonces como notabilidades, llegaron á figurar entre los hombres más adelantados de su época. Meissonier, Gerome y Leys permanecieron en sus casas hasta que fueron consumados artistas; Rembrandt no salió nunca de Amsterdam, y Rubens, cuando viajaba por Italia, sólo hizo varios bosquejos, copiando á Leonardo, pero algunos de ellos se hubieran podido tomar por originales, porque Rubens era ya Rubens cuando los hizo. Vandyk y Velázquez viajaron cuando ya dominaban el arte, pero no antes.»

Rara vez habla Tadema de sus propias pinturas. En ser moderno en medio de todos sus arcaismos consiste al parecer la clave de su arte, que por esto se distingue de las obras de los pintores arqueológicos, muy abundantes, pero que se limitan á pintar la antigüedad clásica copiando servilmente sus restos. Tadema tiene el instinto poético, así como la originalidad y la energía suficientes para comprender con el corazón lo mismo que con la cabeza, y á esto debe su carácter único.

Con frecuencia se le ha tachado de carecer de imaginación, y esta censura le enoja, porque la cree fundada en el hecho de que se confunde entre la imaginación en las combinaciones plásticas y la poesía. A Tadema no le falta imaginación, muy al contrario, tiene mucha imaginación y grandes facultades de inventiva; pero necesitaría un poco de esa forma de sentimiento que comunica á los actos más vulgares una ternura humana muy propia para despertar simpatías hacia la persona representada. Con raras excepciones he observado que nuestro artista evita en sus pinturas los temas en que se han de expresar la pasión ó los tiernos afectos; no le agradan las tragedias y problemas de nuestra asendereada vida mortal; es Hedonista, y pinta la existencia con arreglo á sus principios como tal, resultando de aquí para el pintor ciertas limitaciones, en la visión, en la acción y en la comprensión. Tal vez su origen holandés sea el que le prive de ciertas sutilezas de sentimiento; rara vez sus pinturas despiertan en nosotros profundas emociones; pero de todos modos, injusto fuera que esperásemos recibir más de un hombre que da tanto y tan perfecto.

Por fortuna, Alma Tadema, léjos de descuidar sus obras por efecto de haber alcanzado tantos triunfos, muéstrase cada vez más celoso y severo con sus trabajos, sin perder nunca de vista que «nobleza obliga,» como dicen los franceses. Bien sabido es que nuestro pintor no tiene casi rival como colorista y que con el profundo conocimiento científico relativo á su arte, combina el más exquisito gusto y la más perfecta ejecución. Es verdaderamente un placer verle manejar el pincel y aplicar acá y allá sus magistrales toques, que nunca dejan de producir admirable efecto. En esto de dejar todas sus obras cuidadosamente acabadas, reconócese en Tadema al holandés: holandesas son también su precisión, su paciencia y minuciosidad.

Me complazco en poder añadir que el hombre es tan apreciable como el artista: honrado por todos, ámanle cuantos tienen el privilegio de conocerle á fondo; siempre entusiasta y generoso, jamás apelan á él en vano los artistas jóvenes que necesitan auxilio ó algún consejo; su mano está siempre abierta, su tiempo y sus medios siempre á disposición del verdadero trabajador, sea de la clase que fuere; y por último, no conoce el egoísmo. Su conversación, cuando está en vena, es amenísima y por demás agradable; habla con entusiasmo y exprésase con singular facilidad. Su manera de decir tiene un sello especial, así como sus obras; Alma Tadema dice de una manera original hasta las cosas más vulgares.

«Todas mis pinturas, díjome una vez, son la expresión de una idea; refiérense á diversos asuntos, pero en ellas predomina un estilo y un pensamiento.» Lo mismo se observa en cuanto á él se refiere; este artista es homogéneo en todo. En resumen, Alma Tadema es una de esas pocas figuras originales que nos quedan y que rara vez se destacan como una poderosa roca en el terso mar del



LA GALERÍA DE ESCULTURA

mundo convencional. Londres conoce muy bien al artista y apréciale en cuanto vale. Hombre de energía, entusiasta por todo lo que es bueno y hermoso, su sola presencia basta para reanimar el espíritu de cuantos con él se ponen en contacto y elevarlos á las esferas mentales, haciéndoles olvidar los sórdidos intereses de cada día. Tadema posee en alto grado ese don que, según Goethe, es el más superior de los humanos: la personalidad, que es grande en el artista; tiene personalidad y atrévese á ser veraz en esta moderna época en que el convencionalismo está á la moda del día. «El secreto de mi triunfo en el arte, le oí decir una vez, sólo consiste en que siempre fuí fiel á mis propias ideas; he trabajado según mi propia imaginación y jamás imité á otros artistas. Para llegar á ser algo en la vida es preciso, ante todo, que el hombre sea sincero consigo mismo, y yo puedo decir que siempre lo he sido.» Estas palabras no son en él un simple alarde.

SU CASA Y SU TALLER

Los franceses suelen decir con mucho acierto: «La localidad explica al hombre y el taller comenta la obra.» Tal vez á ningún artista fueron aplicables estas frases tanto como á nuestro pintor. Su casa y su estudio, obras artísticas de sus propias manos, parecían un fragmento de sus pinturas y en los alrededores revelábase el genio peculiar del maestro. La casa de Tadema, situada en la esquina de Townshend Road (camino de Townshend), frente á la parte más pintoresca de Regent's Park, fué durante largo tiempo un agradable golpe de vista para los que tenían el privilegio de levantar la antigua careta de bronce que formaba el llamador de la robusta puerta de encina, en la cual veíase escrita la palabra *Salve*. Para aquellos que disfrutaron tantas horas agradables bajo aquel hospitalario techo, triste es pensar que la preciosa casita,



PARTE DEL CUADRO *Fiesta de la vendimia*

decorada tan cuidadosa y artísticamente, sólo es ya una obra del pasado, de la cual no se conserva más que el recuerdo. El año último, Tadema abandonó aquella preciosa morada, demasiado pequeña ya para sus necesidades domésticas, y hasta pasados algunos meses el artista no podrá habitar en una casa de su propia inventiva. Como el domicilio de Townshend, con todas sus glorias y preciosidades, ha dejado de existir, y atendido que se ha descrito é ilustrado con tanta frecuencia, ocioso sería detallar ahora todos sus encantos, su biblioteca de estilo gótico, su magnífica sala con adornos dorados, su artístico gabinete, su salón de columnas con ventanas de ónix, su taller al estilo pompeyano, con frescos del mismo Tadema, y su precioso comedor con salida al jardín. Repito que para todos los que conocieron esta habitación debe ser muy triste que no exista ya, porque la artística casa era como un sueño, una maravilla, en medio de aquel estrépito de la vida de Londres.

La morada que dentro de algún tiempo debe ocupar Alma Tadema se halla también cerca del parque del Regente, entre los antiguos jardines que aun existen, y podemos decir que esta casa será toda ella, casi desde los cimientos, obra del artista. El estilo de construcción no corresponde á ningún período particular: ha sido indicado por el pintor, con el auxilio de Alfredo Calderón para la parte técnica. Se comenzó en agosto del año último, y probablemente no quedará concluída hasta de aquí á doce meses. Reproducimos tres dibujos hechos por Tadema para ilustrar este artículo, que representan el exterior de la casa: uno está tomado desde el pabellón del jardín, y en él figuran las ventanas del futuro estudio y biblioteca de la señora Tadema; el otro representa la entrada principal, con la gran ventana del estudio, y el tercero es una vista tomada desde la calle. El artista se ha propuesto que su residencia sea esencialmente la morada de un trabajador, sin habitaciones supérfluas, como salas y gabinetes de capricho: todo ha de ser útil allí. En el piso bajo estarán el estudio del maestro y el de su señora, así como un atrio, comedor, biblioteca y un saloncito pequeño, sin contar los vestíbulos y galerías indispensables. Uno de los detalles que más han de llamar la atención será una casita, con una especie de cúpula de cristal, que formará un cuerpo de edificio de la residencia y estará lleno de altas palmeras, enredaderas y flores, formándose así una especie de jardín de invierno ideal. La sala de recibo no estará separada de dicha casita más que por unas puertas vidrieras con ruedecillas, para que se puedan correr fácilmente, detalle que ha de producir muy buen efecto. El salón estará adornado con preciosos plafones, cuyas pinturas ejecutarán varios artistas amigos, entre ellos Cecilio Van Haanen, Alfredo Parsons, Clara Montalba, Juan O'Connor, Carlos Green y otros varios. El pavimento de esta habitación, así como el de las galerías, será de baldosas mandadas hacer expresamente en Nápoles.

en una especie de estrado, roble incrustado de marfil, la admiración del público en 1885. Exceptuando el estudio de la señorita Alma Tadema, las demás habitaciones de la casa serán solamente las precisas para las necesidades domésticas. Cuando la construcción haya terminado, esta casa será seguramente tan hermosa como la anterior; pero ahora no se puede juzgar del todo por lo hecho hasta aquí solamente.

Lo único que se ha concluído es un pequeño estudio, donde Alma Tadema ha trabajado desde que abandonó su residencia anterior; hállase en la extremidad del jardín, y juntamente con una salita constituye de por sí un edificio completo. Aunque el futuro estudio del artista ha de ser mucho más grande, es muy posible que también utilice con frecuencia el actual.

Un hogar construído con mármol blanco y de color, y sobrepuesto de una chimenea plateada con dorados en la base, es uno de los objetos que más llama la atención en el estudio pequeño, donde hay también una ventana de ónix y mármol trasparente. El techo está embellecido con plafones pulimentados de la misma madera usada para el pavimiento; las puertas tienen planchas de metal, en las cuales Leopoldo Lowenstam ha grabado bosquejos del cuadro: *Las Cuatro Estaciones*, de Alma Tadema. Cuando estas puertas se corren, por medio de sus ruedecillas, dejan abierta la comunicación con el jardín, de modo que la sala no puede ser más cómoda en verano. En el centro de la galería que así se forma hay una columna de piedra procedente del condado de Sussex, construída en el siglo XVII por un hermano de Oliverio Cromwell.

El estudio de la señora Alma Tadema, bastante espacioso, tendrá el techo de bloer, con adornos del mejor gusto, revistiéndose las paredes también de tableros. Se han enviado á buscar á Holanda cuatro operarios para ejecutar el decorado del techo, en el que deben figurar varias antiguas esculturas conservadas hace tiempo por el artista. Los más de los muebles serán holandeses y antiguos. La biblioteca, que debe recibir la luz por una gran ventana, tendrá las estanterías de nogal, y Alma Tadema se propone utilizar para el comedor el decorado que tenía en su primera morada. El bonito jardín estará en frente del atrio, separado por una galería con puerta de caoba.

Uno de los detalles más curiosos será que toda la madera de las puertas, armarios y estantes estará simplemente pulimentada, sin ninguna clase de pintura; los trabajos en hierro están encomendados á Newman. En el atrio, decorado al estilo pompeyano, y que ha de conducir al estudio del maestro, se trata de colocar una hermosa fuente de mármol, frente á la cual una escalera conducirá á la galería de estudio. Tadema quiere engalanar su taller con varios tapices de terciopelo rojo que ya tenía en su casa de Townshend, y que en otro tiempo embellecieron algún palacio de Venecia. Debajo de dos ventanas, estará el famoso piano de madreperla y concha, que fué la exposición musical de

El jardín en sí es precioso, y para un Londres, bastante grande. En otro tiempo pertenecía á Tissot, y algunos de los adornos que dejó se han podido utilizar ahora, como, por ejemplo, una columnata y varios enrejados para las enredaderas, objetos que no contribuyen poco á realzar el conjunto de esta ya encantadora morada.

(TRADUCCIÓN DE ENRIQUE DE VERNEUIL)

NOTAS DE MI VIAJE.

EN GRANADA

Hace días que trato de coordinar los pensamientos y recuerdos que bullen en mi cabeza, que dentro de ella se agitan, robándome la calma, ó yacen confundidos en los desvanes del cerebro formando el más abigarrado conjunto y el más extraño consorcio, semejantes al efecto que produce la vista del espléndido vestuario de un teatro. Tan difícil como sería ordenar los innumerables trapos, con perdón sea dicho, que en aquellos se ofrecen, de igual modo, ó aun más, es para mí trabajoso encauzar los vuelos de la fantasía que parece complacerse en aburrirme presentando á mis ojos, animadas con el soplo de la vida, las imágenes de tantas y tantas cosas, que si un día fueron reales, aparecen hoy vagas é indeterminadas como visiones de un sueño. Tengo primeramente que empezar por reconocerlas, colocarlas después en el cuadro de que van á formar parte, pintarlas con sus propios colores é infundirles el poderoso aliento que en otros tiempos las hizo sentir y palpitar, para verlas más tarde desaparecer como una luz que se extingue, como una vibración que se apaga ó como una sombra que se desvanece.

Tal es el término de cuanto existe, pero esta verdad, acaso la única absoluta, nos empeñamos inútilmente en desmentirla con nuestros propios actos. No he podido nunca explicarme la causa del encanto que para mí tiene todo *lo que fué*, exclamando con Jorge Manrique—*cómo á nuestro parecer—cualquiera tiempo pasado—fué mejor;* pero es lo cierto que sin darme cuenta hallo siempre indefinible goce en evocar las plácidas memorias de otros días, rodeándolas con los más pueriles pormenores, sin duda para que la ficción alcance mayor y más sentido realismo, y á medida que los años me van alejando de ellas, más empeñado parece mi espíritu en ofrecerme sus halagadoras visiones ataviadas con todas las galas de una imaginación juvenil.

Semejante al náufrago que en medio de las encrespadas olas lucha desesperadamente para no abandonar la frágil tabla que sobre ellas lo sostiene, así me esfuerzo en con-



LA CONVALECIENTE, grabado de J. D. Cooper

servarlas con toda su pureza, y encariñado con ellas me empeño en detener el voraz trascurso del tiempo creyendo que nada ha cambiado en torno mío, que aun los ensueños de felices horas no han desaparecido para siempre. Pronto la realidad se encarga de demostrarme mi error y á cada paso me sorprende su burlona sonrisa, mofándose de tanta y tanta quimera como la fantasía forja en su empeño de animar las frías cenizas de lo pasado. Nada que hable tan elocuentemente al alma como la soledad y el silencio en que yacen las reliquias y despojos de los hombres que fueron. El poderío de sus imperios, la grandeza y esplendor de monarcas y próceres, todo ha desaparecido. El templo y el palacio, obras de soberanos ingenios, están por tierra; sus patios y estancias vénse desiertas; en donde reinó la alegría y moraba el placer, se oye sólo el canto de las golondrinas que anidan bajo los artesonados de oro, y las esbeltas galerías y suntuosas estancias, en vez de lámparas de oro, no tienen otra luz que la de algun fugitivo rayo de luna que momentáneamente disipa las eternas sombras de sus abandonadas y ruinosas cámaras.

Así han ido sucediéndose cien y cien generaciones sin que de algunas de ellas quede la más débil memoria: ¿qué mucho pues que el hombre vea deslizarse su efímera existencia sin tiempo apenas para volver los ojos á su pasado?

Ejemplo vivísimo de cuánto valen las humanas grandezas es la hermosa ciudad de los Al-ahmares, mansion ha poco de la dicha, lugar hoy de tristezas y recuerdos.

II

Cuando en el silencio de la noche vagaba por las empinadas cuestas que conducen á la Alhambra, creía traducir del acompasado ruido que producían las copas de los árboles al ser acariciadas por las auras, los tristes acentos del cautivo poeta y rey sevillano Motamid, cuando decía: «yo era el émulo de la lluvia bienhechora, el señor de la generosidad, el protector de los hombres cuando mi mano derecha prodigaba los dones en el día de la distribución de los regalos ó quitaba la vida á los enemigos en el día del combate y cuando mi izquierda tenía la brida que sujetaba el corcel asustado con el ruido de las lanzas. Pero ahora yo me hallo en poder de la cautividad y de la miseria; me asemejo á una cosa saqueada que ha sido profanada, á un ave á quien se han cortado las alas... La alegría de mi rostro á que estabas acostumbrado, se ha cambiado en sombría tristeza, los pesares no permiten pensar en alegrías; hoy todas las miradas se apartan de mí, cuando antes todas me buscaban.»

Sin embargo; ¿cómo separar la vista de aquel regio alcázar cuyas profanaciones y cuyo abandono le hacen aún más interesante despertando en el alma la viva simpatía de la desgracia? ¿Cómo permanecer indiferente ante tantos mudos testimonios de su esplendor y de sus perdidas grandezas? ¿Cómo, por último, olvidarnos de tantos hechos históricos ó legendarios hechos cuya memoria nos asalta por doquiera al recorrer sus torres, patios y estancias que tan alto pregonan las glorias de otros tiempos y su triste estado presente?...



SUEÑO BIEN GUARDADO, grabado de Carlos Dietrich

Había llegado al arco construído por Carlos V á la entrada de las grandes rampas que dan acceso á la Alhambra. Las Torres Bermejas, como gigantescos centinelas que defienden la entrada, alzan sus enormes moles por cima de las copas de los árboles: inundadas de luz y de sol, parecían aun más rojizas. Algunas matas de jaramago coronaban sus líneas superiores formando juntas con las purpúreas amapolas las regias diademas con que el Abandono las habia ceñido, mientras que entre las llagas de los ladrillos las parietarias y silvestres flores allí crecidas, podrían tomarse por leves jirones de su destrozado manto.

Próxima á la gallardísima puerta Judiciaria hay una hermosa fuente que llaman el Pilar de Carlos V, de elegante traza, adornada superiormente con el blasón imperial de explayadas águilas esculpido con gran primor. El solitario de Yuste pretendió á no dudarlo, cuando regía el cetro de dos mundos, poner el sello de su poder y de su soberbia, como primer príncipe de la tierra, en todas las fábricas musulmanas y en los magníficos edificios que erigieron los mudejares: pruébanlo, á más de otros, la Alhambra y el Alcázar de Pedro I en Sevilla; así no me causó extrañeza cuando más tarde ví interrumpidas en muchas partes las bellísimas lacerías del palacio granadino por el escudo cesáreo alternando con la famosa empresa inventada por el médico Luis Marliano figurando las columnas de Hércules y el lema PLUS OULTRE. Pero si alguna disculpa pudieran tener estas profanaciones en determinados parajes, no es fácil encontrarla en otras obras importantes, entre ellas la de su soberbio palacio, cuyos descarnados sillares se alzan arrogantes por cima de las filigranadas galerías del Patio de los Arrayanes, formando un contraste harto repulsivo. Resaltando sobre la masa oscura de los árboles, iluminada por los primeros rayos del sol, severa y majestuosa, ofrecióse á mi vista la Puerta de la Justicia. Los siglos trascurridos no han sido bastantes para despojarla de sus singulares encantos: las aristas de sus muros y de sus elegantes arcos túmidos aparecen tan vivas como el día en que se construyeron. Su elegante arrabáa, sus primorosas enju-





COPIAS DIRECTAS DE UNOS ESTUDIOS DE ALMA TADEMA

tas y el riquísimo revestimiento de azulejos del segundo arco forman tan peregrino conjunto, que no en vano atraen la atención del artista que por vez primera la contempla.

Casi oculta en la penumbra de este segundo arco hay una preciosa estatua de la Virgen con el Niño Dios en brazos, ejecutada en el siglo xv. Hállase en una hornacina para cuya construccion no vacilaron en destruir parte de la magnífica decoración de azulejos verdes y azules que revisten esta parte del muro. ¡Qué distante estaría de pensar el *Sultan guerrero y justo* Abul Hachach Yusuf y los alarifes que por su mandato la construyeron que andando el tiempo había de colocarse en este sitio la venerada imagen de María!

La sangrienta epopeya de siete siglos comenzada en las montañas de Asturias, terminaba con la caída de uno de los más brillantes imperios, con la ruina de una fastuosa civilización: en la torre de la Vela ondeaban los estandartes castellanos y la Puerta Judiciaria convertíase en altar de la Madre de Dios. Aquella imagen serena y mística en cuyo rostro se ve reflejado el espíritu cristiano de la época en que fué ejecutada, parecióme como la última página de la gloriosa historia de nuestra reconquista.

Seguí adelante en mi camino; desde la gran explanada del patio de los Aljibes ofrecióse á mi vista el Palacio de Carlos V, la Puerta del Vino, las ruinas de la Alcazaba y otros edificios más que tenían por fondo las alturas de Sierra Nevada, los jardines del Generalife, los deliciosos *cármenes* que riegan Genil y Darro serpenteando por la espléndida vega como un raudal de plata. Por todas partes las galas de una privilegiada vegetación, los mirtos y laureles, los naranjos y limoneros, los gigantescos chopos y los nevados álamos resaltando en un cielo azul purísimo ó junto á las enormes masas rojizas de las Torres de la Cautiva, de las Infantas y de los Picos, cimentadas al borde del abismo, unas más altas que otras que parecen pugnar por levantarse sobre sus vecinas, pero todas severas, imponentes, semejando sombrías cárceles más bien que soñadas mansiones del deleite, ningún pormenor exteriormente que indique sirvieron de morada del placer y de la alegría.

En medio de estas galas de la naturaleza y del arte no sé por qué creía á veces encontrarme en una solitaria y abandonada ciudad, no llegando hasta mí esos mil extraños ruidos de las grandes poblaciones en movimiento. El reposo inefable y la soledad de aquel sitio impresionaban mi alma: á la estruendosa algazara de los cuerpos de guardia había sucedido el silencio; al grito de los centinelas que dominaban los adarves, el agudo chillido de las golondrinas y aviones; á la turba de soldados, mercaderes, cautivos y palaciegos, alguna que otra mozuela que llenaba sus odres en los aljibes interrumpiendo la solemne calma de aquellas horas con esos cantares llenos de poesía y sentimiento que caracterizan á nuestro pueblo.



ESTUDIO PARA «UN APODYTERIUM»

III

El palacio construido por Carlos V pareció á mis ojos como el frío esqueleto de un gigante: la Destrucción se ha posesionado de él y comparte ya su imperio con la Ruina. En otro pueblo sería objeto de especial cuidado, no desdeñándose en verdad de aposentarse dentro de sus muros el más poderoso monarca de la tierra; en cambio para los españoles no ofrece interés alguno, y así poco nos extraña ver que las aguas se filtran por todas partes, que las grietas hacen cada día mayores estragos en sus muros y que todo anuncia ya la próxima caída del coloso. Inútiles fueron las cuantiosas sumas invertidas en su fábrica; cual si llevara sobre sí el peso de las maldiciones lanzadas por los infelices moriscos que tanto ayudaron á levantarlo, á pesar de los deseos del invicto Emperador no pudo habilitarlo para su morada. Abandonado después, ninguno de nuestros reyes ha tendido su mano para salvarlo, y entregado á su mísero destino, habrá de convertirse al cabo en informes ruinas uno de los más hermosos monumentos españoles.

A pocos pasos del sitio en que me hallaba, inmediato á los muros del Palacio, encuéntrase una moderna puerta que da paso á la Alhambra.

La entrada no puede ser más pobre: nadie ha de presumir que tras aquel miserable ingreso se encuentran ocultas las maravillas del risueño y gentil estilo granadino aplicado á las fábricas arquitectónicas. Aquel es el fastuoso Alcázar que nos legaron los musulmanes para acreditar por siempre su cultura y confundir á sus enemigos y detractores que, animados del más odioso de los fanatismos, se complacían en apellidarlos *bárbaros*.

Como sombra no más de lo que fué muéstrasenos al presente y apenas si la imaginación con su portentoso vuelo puede dar vida á las sonrientes imágenes que las poblaron y á las infinitas maravillas que convirtieron su recinto en soñado edén. Todavía á pesar de los vandálicos estragos causados por el hombre, subsisten sus filigranadas arquerías sustentadas por un bosque de marmóreas columnas: las fuentes de alabastro derraman sus aguas que bulliciosas se precipitan en los estanques festoneados de arrayán; las cúpulas de doradas estalactitas, los frisos y arrocabes ostentan su peregrina labor y cromáticos adornos, los riquísimos zócalos de azulejos reverberan al ser heridos por la luz como prodigiosos esmaltes, y finalmente hay momentos en que la ilusión llega á adquirir la fuerza de la realidad creyendo que á través de las celosías, vamos á sorprender los rostros de las esclavas que



FREDEGUNDA JUNTO AL LECHO DE MUERTE DE PRETEXTATO



¿QUIÉN ES?

moran en el harem y que á nuestros oídos llegan los acentos de sus voces acompañados por los acordes de la guzla. ¡Cuán distantes estas fantasías de la realidad! A cualquier parte que se dirige la vista ofrecénsenos los estragos del tiempo y sentimos honda impresión de dolor al observar arcos y columnas fuera de sus sitios, alterados los elegantísimos lineamientos de los tallados frisos de madera, con cual si estuviesen agobiados por las techumbres, hallánse vencidos y amenazando ruina. Manos vandálicas han arrancado en muchas partes los bellísimos alíceres de los zócalos y pavimentos que hoy se ven ¡imitados con escayola!

Renuncio á describir el efecto que me causó la vista del *Patio de los Leones.* Los artistas lo han copiado mil veces en sus lienzos, los poetas y literatos cantado y descrito con todo el entusiasmo de la inspiración, los arqueólogos lo han estudiado hasta en sus mas pequeños pormenores, y sin embargo ni las obras pictóricas, ni las descripciones y cantos poeticos, ni los conocimientos de la crítica arqueológica son bastantes para formar juicio aproximado de lo que es esta parte, la más hermosa, la más original y característica del suntuoso Alcazar. Es necesario, una vez en su interior, situarse bajo los aéreos templetes que avanzan en las fachadas principales y pasar allí muchas horas abismados en la contemplación de tantas maravillas, para ir poco á poco sorprendiendo las infinitas bellezas allí atesoradas: en los primeros instantes la admiración impide fijarnos en aquellas que paulatinamente van ofreciéndosenos. A cada instante se descubren nuevos y delicados primores, ora en los lineamientos de los arcos, ora en los ataurigues de los muros, ya en los intradoses formados de ligeras estalactitas como en las caladas celosías, y á medida que trascurre el tiempo y vamos sintiendo todos sus encantos, crece nuestro asombro al observar que tantos primores se han realizado en su mayor parte con débiles ladrillos y deleznables yeserías. Al modo de una visión que la fantasía forja á los ojos del alma, nacida de uno de esos poéticos relatos que tan frecuentes son en las literaturas orientales, tal parece, más que obra humana, el maravilloso Patio de los Leones.

Lo he visto envuelto en las sombras tranquilas del crepúsculo y más tarde iluminado por la luna. El solemne reposo y la calma que reinaba en sus galerías y estancias, apenas eran interrumpidos por el ruido de mis pasos y el rumor lejano de las aguas del río. Más que un palacio parecióme entonces el inmenso panteón donde reposaban las cenizas de un vasto imperio. Dentro de sus muros dormían el sueño eterno cien generaciones de héroes, de poetas y de reyes. Todo el poderío de los musulmanes españoles, toda la pompa bizantina de sus primeros califas y el esplendor de turbulentos amires, toda la grandeza de sus próceres y sabios figurábame que en aquel estrecho recinto descansaban convertidos en impalpable polvo. Para las almas que viven de los recuerdos y aman lo pasado, ningún lugar más á propósito que éste en que dar rienda suelta á los impulsos de la fantasía y del corazón. Toda la inmensa desdicha de los que un día en él moraron parece que pesa sobre nosotros considerando las lágrimas que brotaban de losojos de aquellos al abandonar ¡para siempre! esta mansion de delicias, juguetes de la inconstante fortuna que se complacía en destruír en pocas horas el coloso levantado durante siglos.

La noche del domingo 1.° de enero, víspera de la entrega del Alcázar, ¡qué aspecto presentarían sus cámaras y salones! ¡Cuántos sollozos arrancados de lo íntimo del pecho, cuántos dolientes ayes se escucharían por doquiera mientras que los servidores leales en la desgracia recogían atropelladamente los tesoros y preseas que enriquecieron las magníficas estancias, alumbrados por las vacilantes luces de las lámparas de bronce y de oro! ¡Horribles horas que la pluma se resiste á describir y que la imaginación nos ofrece con todos los sombríos colores que rodean los grandes infortunios!

Vosotros los que permanecéis indiferentes ante estos elocuentes ejemplos de las humanas desdichas, venid conmigo y después de imaginaros aquellos supremos momentos de la gran catástrofe, decidme si podéis contener el llanto de los ojos y los gemidos del corazón....... Sentaos al borde de la alabastrina fuente, cuyas aguas nos parecen inagotable torrente de lágrimas, dirigid la vista á todas partes, que doquiera veréis cruzar las sombras augustas de los que fueron y cuyos nombres, al par de esta fábrica, es cuanto de ellos ha quedado; poned luego vuestra mano sobre el pecho y entonces apreciaréis cuánto valen vuestras pesadumbres al compararlo con las de aquellos que por última vez miraban el cielo de la patria, y los sitios queridos donde quedaban sus memorias juveniles, los sueños de la adolescencia y más tarde la cuna de sus hijos...... Empero sigamos adelante la línea de murallas, en muchas partes interrumpida, que rodean la Alhambra: he allí las Torres de la Cautiva y de las Infantas. Ambas están solas, aisladas y bien parecen al pronto víctimas del abandono y del olvido. La primera ha estado sirviendo hasta hace pocos años de albergue á un pobre viejo, que no vaciló en convertir en cuadra los aposentos de la planta baja. Afortunadamente las obras de restauración le están devolviendo su oscurecido esplendor y gracias á ellas pueden apreciarse los primores de sus ornatos. Cautivaron mi vista los bellísimos zócalos de azulejos de lacería que me recordaban los del patio de las Doncellas en el Alcázar de Pedro I, si bien estos tienen grandísimo interés por las inscripciones de caracteres africanos azules incrustadas en fondo blanco que ornan las partes superiores del alicatado. Ahora que hablo de azulejos, no quiero olvidar como notables ejemplares, los escuditos que se hallan en los centros de los grandes tableros que decoran los muros de la llamada Mezquita en la Alhambra. Están hechos á modo de primorosísimo mosáico y en los que representan las columnas de Hércules con el lema *Plus Oultre* se ven las coronas imperiales, no obstante su pequeñez, vidriadas con el hermoso reflejo metálico.

IV

Una de las tardes que me complacía mirando la situación de la Alhambra desde el Sacro Monte, ofrecióse á mis ojos un espectáculo que involuntariamente trajo á mi memoria una de las más sentidas composiciones de Fortuny, basada en costumbres populares. Este gran artista que tuvo verdadera predilección por Granada y cuyo nombre es aquí conocido de todas las gentes, impresionado por una de aquéllas, bien característica de esta ciudad, supo trasladarla al lienzo con todo el realismo y magia de color que embellecen sus obras.

Bajaba yo por las empinadas cuestas del histórico monte; entre los gigantescos cactos que por él crecen y sentados á la boca de las grutas que les sirven de albergue, había ido observando la infinidad de gitanos que allí viven y entreteniéndome en pintar con la imaginación mil y mil cuadros compuestos con aquella luz, con aquellos colores y con aquellas líneas que el natural me ofrecía. Los tonos brillantes que producían las abigarradas ropas de las gitanas con sus pañuelos rojos y azules resaltando sobre el fondo oscuro del monte, sus undosos y negros cabellos, sus atezados rostros junto al verde azulado de los cactos y de las pitas y los mil pormenores que por doquiera me salían al paso, todo rebosando lozanía y vida, absorbieron mi atención por completo y así tan distraído iba poco á poco descendiendo, cuando de pronto distrajeron mis pensamientos grandes sollozos que se escuchaban á lo léjos. Aceleré el paso y momentos después descubrí un centenar de personas, en su mayor parte de la nómada raza que habita en las cuevas, que al par de sus lamentos y tristes exclamaciones rodeaban un objeto, que al punto no pude distinguir qué era. Logré introducirme y aproximándome cuanto pude, distinguí un pobre ataud, forrado de blanco con galoncillos azules, que servía de lecho al cadáver de una muchacha como de 18 años, y cuya tapa sostenían por sus ángulos cuatro mozos.

La muerta era una de las más gentiles y gallardas gitanas que vivían en el Sacro Monte y según pude enterarme por las exclamaciones y lamentos de sus compañeras, estaba próxima á casarse, cuando sucumbió en pocas horas. Al novio habían tenido que llevárselo á la ciudad y separarlo de aquellos lugares, testigos de sus dichas, pues al morir su prometida perdió la razón, sin hacer más que reir y cantar, de tal modo esto último, que según el decir de aquellas gentes, *hacia llorar á las piedras de la calle.*



ENTRADA DE UN TEATRO ROMANO







COPIAS DIRECTAS DE UNOS ESTUDIOS DE ALMA TADEMA

Pocos momentos después la fúnebre comitiva empezó á descender, seguida de multitud de personas de todos sexos y edades que no cesaban de dar al aire sus sollozos: los vi bajar la cuesta iluminados por los últimos rayos del sol poniente, sin poder separar los ojos de aquel triste cuadro: de pronto, al volver un recodo del camino y al tiempo mismo que llegaba á ver la pálida cabeza de la muerta rodeada de una corona de margaritas y siemprevivas, un rayo de sol tembló momentáneamente sobre ella y desapareció entre los árboles del fondo.

Acaso en aquel instante también el pobre loco le enviaba su último beso.

Escena análoga á esta sirvió al insigne Fortuny para bosquejar una de sus más sentidas y artísticas obras, cuya vista produjo en mí impresiones que aún no he podido olvidar.

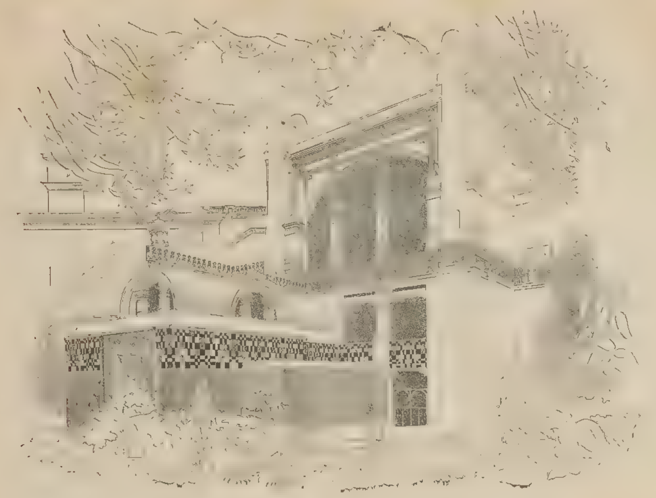
V

Al siguiente día enderecé mis pasos á la catedral debida al ingenio del eximio escultor y arquitecto Diego de Siloe, uno de los artistas españoles que, separándose de las tradiciones del arte ojival, comenzaron á trabajar con arreglo al Renacimiento, aunque sin olvidar por completo las antiguas prácticas. Grandioso es á no dudarlo este templo; sin embargo los recuerdos del viejo paganismo se manifiestan en él y si la imaginación se sorprende y admira al contemplarlo, el alma no experimenta el inefable y misterioso encanto con que el espíritu cristiano nos conmueve al encontrarnos bajo las aéreas arcadas de las catedrales de Burgos, de Toledo y de Sevilla. La fe vivísima de nuestros mayores, las aspiraciones constantes hacia lo infinito, las santas creencias de los siglos que pasaron, no se compadecen ciertamente con el impuro naturalismo de una sociedad corrompida, cuya miserable abyección en vano trataron de ocultar ni la imperial púrpura, ni el ostentoso fausto de matronas y próceres, ni los alegres himnos de las lupercales, ni las aclamaciones de la ébria multitud apiñada en las gradas del colosal anfiteatro.

La idea cristiana, al abandonar los medrosos subterráneos de sus catacumbas y esparcirse por la haz de la tierra á manera de brillantísimo sol que con sus rayos inunda de luz todo lo creado, encontró un día en la mente de oscuros arquitectos la sobrenatural encarnación de sus divinas creencias interpretadas maravillosamente por el arte. Catedrales y monasterios surgen como por encanto de las entrañas de la tierra, coronadas de flechas y pináculos que van á ocultarse en el seno de las nubes: sus espaciosos claustros rodeados de esbeltas arcadas parecen custodiados por las inmóviles estatuas que se destacan de los pilares; la pasionaria y madreselva siguen las ondulantes líneas de las tracerías ó tapizan con su verdor los oscuros sillares y en uno de los ángulos, resaltando sobre la oscuridad, muéstrase la efigie de Cristo con los brazos abiertos ó bien sentado en majestuoso trono parece bendecir á cuantos se le acercan. Luego en el interior las sombrías capillas, alumbradas solamente por la débil claridad de las lámparas que arden tras las negras rejas, bastantes para iluminar los retablos con sus fondos de oro y los sepulcros de alabastro y de granito con sus estatuas yacentes, sus ángeles orantes, sus escudos heráldicos y sus largos epitafios, y allá en el fondo del templo la imponente salmodia, las armonías del órgano y el humo del incienso que se pierde en las alturas, todo parece repetir-



UNA PREGUNTA, grabado de A. Weber



ENTRADA PRINCIPAL DEL TALLER DE ALMA TADEMA, (vista de frente)

gos en acorde sobrenatural y misterioso las divinas frases del salmista rey.

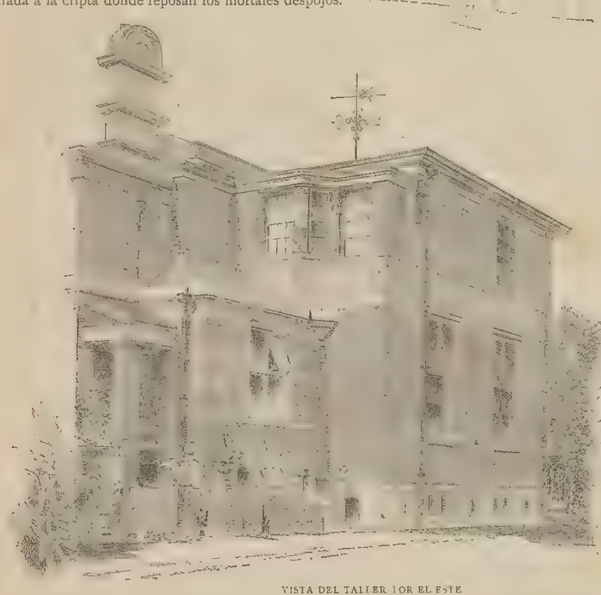
Busco siempre con afán al visitar nuestros grandiosos monumentos, los recuerdos del arte cristiano por ser los que más profundamente conmueven mi alma; así no es de extrañar que anhelase más que ver la hermosa catedral granadina, su capilla real donde estaba seguro había de experimentar las dulces impresiones que ansiaba.

La elegante portada que desde la catedral da paso al grandioso panteón de los Reyes Católicos, corresponde al estilo ojival florido dominante en el siglo XV y hasta los comienzos del XVI: penetrando por ella lo primero que atrae la atención es la hermosa verja plateresca, cargada de follajes y figuras de hierro forjado, obra del maestre Bartolomé (así se lee en la firma), digna de estudio por contener muy interesantes datos de indumentaria española. Detrás de ella se ven los soberbios mausoleos, tumba de aquellos monarcas, bizarramente esculpidos al gusto italiano de la XVIª centuria. Sobre las bellísimas urnas adornadas con esculturas y medallones, están las estatuas yacentes de los conquistadores de Granada.

Al pie de los sepulcros, en el pavimento, hállase la entrada á la cripta donde reposan los mortales despojos.



VISTA DEL TALLER DESDE EL CAMINO DE LA ABADÍA



VISTA DEL TALLER POR EL ESTE

Cuando mi guía levantó la losa y comencé á bajar, sentí una impresión que no puedo expresar y abstraído en confusos pensamientos iba pisando los peldaños hasta encontrarme al final de la escalera. La oscuridad impedía distinguir los objetos, no obstante que me alumbraba con un trozo de vela: poco á poco comencé á reconocer la cripta que es de pequeñas proporciones: en el centro, sobre dos poyos de mampostería, hay respectivamente dos enormes féretros de plomo muy anchos y abultados por las cabezas, cuyas líneas van disminuyendo hasta llegar á las extremidades. El tiempo los ha ennegrecido y los hombres, ya por curiosidad ó acaso por rapiña han tratado de violentarlos, como se advierte en algunos sitios: ambos son iguales al parecer y exteriormente no se encuentra indicación alguna que revele hallarse destinados á encerrar las cenizas de dos poderosísimos monarcas. Distínguese el de D. Fernando por tener en la cabecera una F de carácter gótico y el de D.ª Isabel la elegante Y que tan frecuentemente se ve en los monumentos erigidos durante su reinado. La imperecedera memoria de ambos conservada por la Historia en páginas de oro y estos dos sombríos ataudes es cuanto queda de los que un día fueron árbitros de los destinos de dos mundos.

En este lugar, y en féretros iguales á los de sus padres reposan D. Felipe y D.ª Juana.

Las riquezas que esta Capilla Real conserva se han hecho proverbiales y á este propósito voy á recordar sólo las notabilísimas dalmáticas blasonadas que se custodian en un armario de la sacristía juntamente con dos curiosas banderas de damasco rojo que tienen pintados, atravesándolas diagonalmente *tragantes* de oro, el yugo y las flechas, pero de la misma forma que las llamadas *de la banda* que se ven en la pintura de la batalla de la Higueruela: en cuanto á la preciosa espada que en este mismo lugar se conserva perteneciente á D. Fernando el Católico, dudo haya sido de este monarca, pues si bien por la forma de su guarnición, de brazos caídos, no es rechazable tal concepto, los bellísimos adornos repujados que la enriquecen del más puro estilo Renacimiento, me hacen considerarla posterior á los tiempos del conquistador de Granada, á no ser que esta arma proceda de Italia, en donde tanto auge alcanzó la fabricación de arneses y armas blancas: la guarnición es toda de oro y su forma, como antes dije, de brazos caídos con dos patillas formadas por cabezas de sierpes que tocan la hoja en sus filos: mide ésta de largo algo menos de un metro y tiene de ancho el recazo cuatro centímetros: carece de marcas é inscripciones y á no ser por la riqueza y buen gusto de su empuñadura y guarnición sería poco interesante. Debo recomendar al examen de los entendidos el magnífico porta-paz de plata sobredorada estilo Renacimiento, en cuyo centro aparece un alto relieve de marfil con diminutas figuras, que, si no recuerdo mal, están exquisitamente ejecutadas al estilo ojival florido. El conjunto de esta joya excede á toda ponderación y no vacilo en calificarla de admirable. Mencionaré por último el misal de Isabel I, manuscrito por Francisco Flores, terminado el lunes 18 de julio de 1496, como se lee al final: digno libro de la egregia reina que de él se sirvió. De buen grado me detendría á dar cuenta de otras riquísimas piezas que en la Real Capilla se custodian, pero los límites de este artículo lo impiden y otras cosas atraen nuestra atención por más de un concepto.

VI

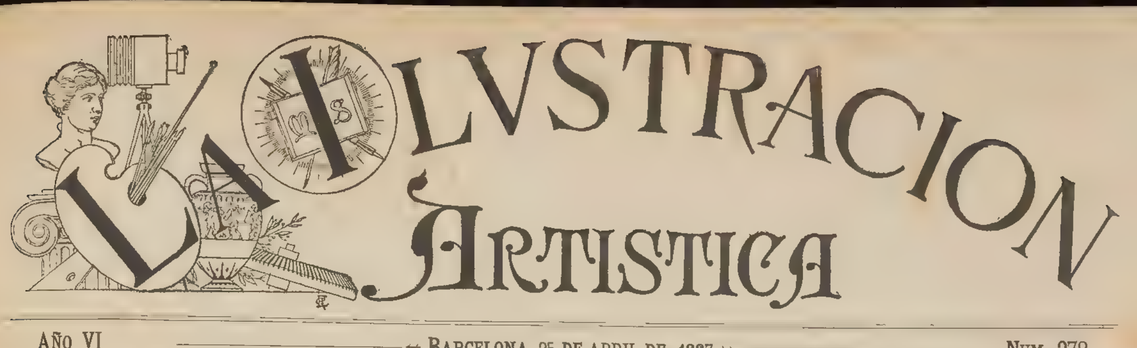
En la calle llamada del Bañuelo y en el interior de una casa de pobre aspecto se conservan interesantes restos de una construcción musulmana que en otros días estuvo destinada á baños. Cuando penetramos en ellos, nos produjo su vista vergüenza y sonrojo al hallarlos convertidos en repugnante muladar, hediondo y lóbrego. Mentira nos parecía que en una de las más visitadas de nuestras capitales se diese tan triste ejemplo de abandono é indiferencia consentida por los Gobiernos y Autoridades municipales que son los principales culpables. ¡Qué alto concepto formarán de nuestra cultura los mil extranjeros que constantemente visitan la encantadora Granada! Hoy que los Gobiernos atienden con preferente interés cuanto se relaciona con las riquezas rústicas y urbanas, que forman estadísticas y ponen gran empeño en conocer á fondo estos elementos de prosperidad en todos los países, causa verdadera tristeza considerar el salvaje desdén con que se ha mirado y aun se mira todo lo que constituye la riqueza monumental y artística de España.

Esta y otras consideraciones vinieron á mi mente al recorrer con la vista el recinto en que me hallaba: sus muros y elegantes arquerías ultrasemicirculares que estriban en columnas con primorosos capiteles árabe bizantinos, muestran por doquiera el abandono en que yacen: la bóveda, con lumbreras en forma de estrellas, se halla en deplorable estado amenazando ruina, y finalmente la falta absoluta de cuidado en conservar esta curiosa fábrica ha hecho desaparecer revestimientos y ornatos de que sólo quedan vestigios.

Muchos ejemplos como este podría citar que me salieron al paso durante mi estancia en la ciudad de los Al-Ahmares, que bien merecería, como dijo mi ilustre compatriota Becquer, refiriéndose á una calle de Toledo, un tarjetón con este letrero: «En nombre de los poetas y de los artistas, en nombre de los que enseñan y de los que estudian, se prohibe á la civilización que toque á uno solo de estos ladrillos con su mano demoledora y prosaica.»

JOSÉ GESTOSO Y PÉREZ

BARCELONA.—IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



AÑO VI — BARCELONA 25 DE ABRIL DE 1887 — NUM. 278

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ROMEO Y JULIETA, cuadro de Julio Kronberg

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

ROMEO Y JULIETA, cuadro de Julio Kronberg

Aunque la entrevista nocturna de los célebres amantes de Verona ha sido reproducida en el lienzo diversas veces, no puede negarse que siempre es un asunto simpático y que excitará á todo artista dotado de sentimiento. Difícil es presentarlo con alguna novedad; pero á falta de ella, Kronberg ha pintado dos figuras interesantes, verdaderos tipos del amor en su período álgido. Tiene lugar la escena á la *hora en que canta el gallo*, como dice en su tragedia el eminente dramaturgo inglés; y los jóvenes amantes se despiden con un beso en que el alma parece escaparse por los labios. La figura de Julieta es tal cual la imaginación puede concebirla; y en cuanto á Romeo besa con toda la fuerza de la pasión, por más que su actitud nos parece un poco violenta y no muy á propósito para pasarse las horas muertas dialogando.

VISITANDO EL MUSEO, cuadro de M. Schmid

Poco acertado estuvo el reverendo padre conduciendo al inocente novicio á las galerías del Museo. Los artistas antiguos y modernos, á pretexto de que el desnudo artístico no es un desnudo licencioso, dan muy poco que hacer á las modistas, y no se necesita ser exageradamente escrupuloso para retraerse de visitar algunas exposiciones, cuyos asuntos parecen tener lugar en lo más fuerte de la estación calurosa.

El provecto religioso de nuestro cuadro debe haber olvidado lo que son Museos ó ha tenido poca ocasión de frecuentarlos: de otra suerte se manifestaría menos airado contra la exhibición de ciertas formas, mucho mejor para ocultadas, sobre todo á los ojos de los novicios. Pero ¡Señor!—dirá para sus adentros el reverendo padre,—¡cómo no se tiene en cuenta que hay novicios en el mundo!...

Por su parte, el joven acompañante lucha ostensiblemente entre el buen parecer y el deseo, y mientras un ojo se le cierra otro se le abre y de buena gana se echaría luego unas disciplinas en desagravio de su pudor ofendido, si se lo dejaran ofender á completa satisfacción.

Del todo resulta un cuadro muy notable, un modelo de expresión, un lienzo en el cual hasta los accesorios están ejecutados con la importancia que el asunto requiere y sin la cual menguaría mucho el efecto causado por el picaresco asunto de Schmid.

TRISTE VISITA, cuadro de F. Brutt

Terrible es, por cierto, que la espada de la ley tenga que herir simultáneamente al inocente y al culpable. El hombre sentenciado ha cometido las más de las veces un delito: quien tal hizo que tal pague; nada más justo. Pero ese hombre á quien la ley no puede compadecer, es esposo, es padre: y la pena que ha de cumplir inexorablemente, alcanza, tal vez con mayor rigor, á la familia del condenado. La consideración de esa inevitable injusticia hace que, al tenerse noticia de una sentencia que impone grave castigo, el pensamiento vuele, no al calabozo, sino al hogar del sentenciado; y esto explica por qué en el cuadro de Brütt atraen con preferencia la mirada y la compasión del espectador esa mujer y esa niña, á quienes el delito ajeno sumen en la orfandad y la miseria. Para comprender la razón de este afecto preferente, basta examinar el semblante, la actitud del condenado y de su esposa. Mientras ésta fija en aquél una mirada entre compasiva y acusadora, el condenado apenas levanta la vista del suelo: más que la idea de la pena, le abate el peso del remordimiento.

La composición es sobria: nada en ella aleja el pensamiento del objeto que se ha propuesto el artista; está verdaderamente sentida, y el sentimiento del autor hiere la fibra del que examina el cuadro á la luz de la compasión que inspiran los desgraciados.

AGILIDAD Y DESTREZA, cuadro de J. Brandt

El autor nos presenta una escena de la estepa asiática; y que ésta pasa en una de las comarcas centrales de aquella parte del mundo, harto se echa de ver en la naturaleza del terreno, así como en la atmósfera, no empañada por nube alguna.

A cierta distancia de la ciudad, cuyos muros se divisan en último término, varios jinetes celebran la llegada de su nuevo jefe con ejercicios militares, en los que hacen gala de su agilidad y destreza, tanto en el manejo de sus rápidos caballos cuanto en el del arco, disparando sus flechas á la carrera contra un blanco colocado en la punta de un alto palo.

En este lienzo campea un vigoroso colorido local; los tipos son verdaderamente asiáticos y el artista ha demostrado en él un gran conocimiento de los efectos de perspectiva, así como del país en que coloca el asunto de su cuadro.

PESCADORES DE MOLUSCOS EN EL MAR DEL NORTE, cuadro de J. Bodenstein

Se ha retirado la pleamar, dejando descubierta la playa de amarillenta arena. Los pobres pescadores aprovechan este momento para buscar y recoger en sus cestas los moluscos que han quedado entre ella, y hombres, mujeres y niños se dedican á esta operación, que les depara parte de su sustento, ó cebo para la pesca en mayor escala.

Conócese que el pintor ha reproducido esta sencilla escena *de visu*, pues no de otra suerte podía haberse representado con tal verdad, ni sacado de ella los efectos que son de admirar en este bonito cuadro.

EL MUNDO AMERICANO

EL BOHÍO DEL MANGLAR

I

En 1881 viajaba yo por el Estado de Panamá.

Habíamos pernoctado en una hacienda llamada de la *Estrella*, y desde allí, muy de madrugada y al galope de buenos caballos, hicimos el trayecto hasta el puertecito de Agua dulce, encontrando á corta distancia á varios jinetes que á nuestro encuentro salían, entre ellos al prefecto don Juan José Díaz.

Espléndido y animado almuerzo restauró nuestras fuerzas, y satisfechos y contentos, salimos para Natá.

La luna clara y bellísima iluminaba el Río Chico, cuando pasamos á la opuesta margen y recordamos que sus cristalinas aguas habían sido teatro de luchas civiles y que un desgraciado presidente del Estado, don Santiago de la Guardia, encontró la muerte en sus orillas.

Una bala disparada por certera mano, dió el triunfo á sus contrarios, mandados por el coronel Neira, quien después, ya general, ocupó la presidencia.

Esto pasaba en 1862, y una medio arruinada iglesia, la Soledad, conserva en Natá señales de aquella campaña.

La población es pequeña y apenas puede creerse que en los siglos pasados fuera capital de importancia.

Hoy sólo conserva de su antiguo esplendor una hermosa iglesia, la ya mencionada de la Soledad, y un convento en ruinas.

Visitaba yo el Estado de Panamá con el presidente general Cervera, con su joven esposa y otras personas que nos acompañaban en ese inolvidable paseo.

El calor que habíamos sentido durante la noche nos hacía desear el baño, y Anais de Cervera y yo indagamos cuál sería el sitio más á propósito para cumplir nuestro deseo.

—El Bohío del manglar,—nos contestó una muchacha que en la puerta de la casa estaba.

Ella misma nos condujo, atravesando algunas huertas, hasta las orillas del río en donde estaba situada la mencionada cabaña.

La india que allí habitaba era joven y agraciada, y vestía con mayor esmero que las que habíamos encontrado por aquellos campos.

Inmediatamente y con esa sencillez y cordialidad americana, nos proporcionó una grande y blanca *totuma*, especie de calabaza útil y muy usada en América, sobre todo en el baño, pues con ella se recoge agua para bañarse la cabeza, añadiendo á este indispensable accesorio su interés para escoger sitio á propósito en el río, en donde tuviéramos agradable sombra.

Un frondoso mango nos formaba como un dosel, y el agua mansa y cristalina se extendía y serpenteaba sobre un lecho de finísima arena.

En ambas orillas levantaban los mangos sus elevadas copas hasta el cielo.

Preciso es confesar que en las campiñas de América vive el pobre sin los afanes y privaciones que en la culta Europa.

Un *bohío* más ó menos extenso le presta albergue: un terreno cultivado con escaso trabajo, gracias á la feracidad de la tierra y á lo benigno del clima, le procura sabroso alimento de frutas y variadas legumbres: vacas y gallinas acompañan á la familia y completan su diario sustento.

En Europa, sufre el pobre los rigores del frío: el invierno es el azote del hambriento, del que vestido de harapos carece de fuego para calentar los entumecidos miembros, de ropa con qué abrigarse, de luz tal vez, y de alimento que vigorice su decaído espíritu.

En el Sur América, jamás el hielo y el rigor del clima seca las hojas de los árboles: no se ven ateridas plantas, que inspiran tristeza y desaliento: eterna primavera cubre los campos con sus dones, y el pobre posee las riquezas de la naturaleza y el calor de un sol siempre esplendoroso.

Cuando el cielo sonríe, todo se presenta más bello ante nuestros ojos.

El baño duró una hora, y cuando subimos hasta el bohío, encontramos á la puerta y sobre una mesa, frutas y miel para nuestro regalo.

A la sombra, y acariciadas por ligera brisa, nos sentamos á descansar.

Un hombre, joven y de simpática presencia, se ocupaba en preparar un carro, que según nos dijo debía conducirle á la cercana Penonomé.

Sus maneras demostraban que había recibido educación, y su tipo no pertenecía á la raza indígena.

Concluídos sus preparativos abrazó á su mujer, nos saludó cortésmente y partió seguido por la mirada de la india, llena de inmensa ternura.

—Se ve que son ustedes muy felices,—dijo Anais:—se quieren y esto basta.

—Mucho... sí señora: es tan bueno, y además todo lo ha dejado por mí; la ciudad, sus parientes y otras comodidades que ahora no tiene.

—¿No es de aquí?—la pregunté.

—No señora: es de Santiago de los Caballeros...

Comprendí que aquel matrimonio encerraba algo interesante: adiviné una historia de amor y quise conocerla.

Bastante trabajo costó vencer la timidez de la india, pero al fin accedió á contarnos aquel episodio de su vida.

II

—Mi marido,—nos dijo,—es hijo de un rico hacendado de Santiago de los Caballeros.

Viuda su madre cuando él era pequeño, y siendo el mayor de tres hermanos, lo dedicaron á las faenas del campo: era trabajador y sólo el domingo dejaba la ruana y el calzón de paño para vestirse como los jóvenes desocupados y ricos, y había muchas señoritas que pensaban en agradar á la viuda para que el hijo las quisiera, sí señora; pero él no había puesto cariño en nadie.

Un día me envió mi padre con una cesta de mangos y dos hermosos racimos de plátanos; porque había sido de la casa, es decir que trabajaba en unas salinas pertenecientes al señor Lucas y de vez en cuando mandaba sus recuerdos á la viuda. Monté en mi caballo, y cuando llegué ví mucha gente en el zaguán, y en él un altar y un crucifijo: las mujeres arrodilladas y el señor cura adentro en la sala al lado de la cama que estaba frente al altar, y tenía sábanas muy limpias y colcha blanca.

Reclinado sobre almohadas y muy pálido y muy cambiado estaba Elías, que según me dijeron tenía un *dolor alto* que no le dejaba respirar.

Me arrodillé también y recé, pidiendo á Dios la salud para aquel joven á quien todos querían.

En aquel instante llegó el médico, quien había pasado toda la noche al lado del enfermo y volvía cuidadoso por las últimas medicinas.

—¿Qué sucede?—preguntó entrando.

—Sigue mal, pero no peor,—contestó el señor cura.

—¿Le pusieron los sinapismos?

—Sí señor,—contestó sollozando la señora Paula.

Elías abrió lo ojos y los fijó en el doctor.

—¡Bravo! ya pasó el peligro y pronto estarás de pié.

—Dios lo quiera, doctor,—contestó con voz débil.

—Esas luces le lastiman los ojos; puede cerrarse la puerta,—dijo el médico.

Entonces quedamos en el zaguán sólo las mujeres, y me contaron que desde las doce de la noche se había empeorado y que el altar se había puesto para el Viático: felizmente el peligro no arreciaba y el doctor creía estaba salvado.

Triste y acongojada volví al *bohío*; y apenas se enteró mi padre de lo ocurrido, montó en el caballo y salió para Santiago.

Durante tres días no tuve ninguna noticia, y al cabo de ellos ví llegar á mi padre alegre y tranquilo.

—Elías está ya levantado y dentro de pocos días le tendremos aquí.

—¿Aquí?

—Sí: el doctor dice que debe cambiar de aire y descansar: vendrá á visitar las salinas y á pasear á caballo para tomar fuerzas.

Sin saber porqué me quedé pensativa; me parecía que mi vida iba á cambiar y esperé con impaciencia. Los días fueron muy largos hasta que llegó Elías.

Era muy pobre nuestro bohío para él, porque entonces no estaba como hoy,—repuso;—ahora es más grande: mi padre y yo no teníamos más que dos cuartos y nuestras hamacas para dormir.

El señor cura le llevó á su casa, pero todo el día estaba aquí.

Salía con mi padre y á véces conmigo; bajábamos á la orilla del río, corríamos por las huertas y pasábamos las horas del sol en el manglar.

¡Qué días tan dichosos! las noches también salíamos por el campo y Elías sorprendía en la hierba á los *cucuyos* y riéndose me los ponía en la cabeza.

Un mes bastó para que recobrara las fuerzas y el buen color de otras veces.

Una noche nos encontrábamos solos en el sitio en donde ustedes se han bañado: mi padre había ido ese día á llevar cartas de su hijo á la señora Paula.

—Ya estoy bien,—me dijo;—pronto tendré que marchar, porque hago falta en mi casa.

Se me oprimió el corazón; creía que jamás me separaría de él: le amaba sin darme cuenta de ello.

—¿Te acordarás de mí?—me preguntó.

—A todas horas,—respondí, sintiendo que mi rostro ardía.

Los ojos azules de Elías estaban fijos en mí.

—¿Por qué no vienes á casa de mi madre? habría ocupación para tí.

—Mi padre no quiere quedarse solo; dice que vale más la pobreza que dejarme ir lejos.

Elías estaba triste; yo lo conocí y ambos guardamos silencio como si temiéramos decir lo que pensábamos.

III

En la segunda mañana partió.

Aquel día el sol no tenía brillo: el aire era pesado: todo vestía, como mi alma, color sombrío.

Las horas corrían largas y tristes, y á veces yo misma me sorprendía de mi silencio y abatimiento.

Pasó la semana y llegó el domingo. Elías había ofrecido venir y el corazón me latía como si fuese á saltar del pecho.

Lo ví llegar á las diez y me dijo alegremente:

—Vengo á pasar el día contigo.

Mi padre se alegró mucho, y yo, tal era mi júbilo, que no pude pronunciar palabra.

Y continuó visitándonos los domingos hasta un día en que me dijo:

—Paulina, mi madre quiere casarme; ¿qué te parece?

Mi corazón sufrió un choque tan fuerte, que las lágrimas acudieron á mis ojos.

—¿Lloras?—me preguntó,—¿por qué?

—No lo sé,—contesté sollozando,—pienso que no nos volveremos á ver.

—Si tú quisieras nos veríamos todos los días.

Le miré sorprendida.

—Sí; ¿no me entiendes? cuando pasa el domingo y vuelvo á mi casa, todo me parece triste y sin luz, y es que tú sola alegras mi vida; es que te quiero y has de ser mi mu-

jer: estoy tan acostumbrado á tí que no puedo querer á otra: vamos, ¿qué dices?

– Jamás su madre de usted consentirá, ni tal vez mi padre, por no enfadarla.

– Pero tú, ¿me amas?

Comprendí que la tristeza por la ausencia y la alegría al verle era amor y no me pude contener.

– Sí, – le dije, – sí; yo sería muy dichosa con usted.

Me abrazó y esa misma noche habló á mi padre.

Pero en vez de alegrarse, se entristeció, manifestando verdadero enojo.

– Su madre de usted no querrá nunca ni yo tampoco, porque es una locura; Paulina es pobre para usted; no vuelva usted más y se olvidarán.

– ¡Nunca! – exclamó Elías.

– Jamás; – dije yo.

– Pero ¿y si mi madre consiente?...

– Entonces veremos,—contestó mi padre.

La señora Paula no consintió, y yo, vigilada por mi padre, fuí enviada á Penonomé, y estuvimos tres meses sin vernos.

Pero Elías cayó gravemente enfermo y entonces sí fué preciso el Viático, porque se moría.

La fiebre era terrible y el doctor le dijo á doña Paula que el alma estaba enferma, que tenía un pesar secreto y que no le quitara lo último que pedía.

– ¿Qué es, señor? dígame pronto: mi hijo, mi hijo antes que todo.

– Quiere ver á Paulina, la india de Natá.

– Pero, señor, ¿qué le ha dado esa muchacha?

IV

– Mi amo, mi amo, – decía mi padre al doctor que se apeaba en la puerta del bohío, – ¿su merced á estas horas en mi casa?

– ¿En dónde está Paulina?

– Ayer llegó de Penonomé y está lavando.

– Pronto, pronto; llámala porque se muere.

– ¿Quién? – preguntó mi padre espantado.

—Elías.

– Ven, Paulina, ven,—gritó mi padre, asomándose á ese altillo del manglar.

– ¿Qué ocurre? – exclamé yo.

– Que Elías está muy malo y te llama.

¡Ay, señora! creo que en un instante me encontré tan pálida y temblorosa que el doctor me tomó por la mano y me dijo:

– No he perdido toda esperanza: tú puedes salvarlo; ven.

Cuando llegamos, Elías estaba peor. El temor de no volverme á ver le acababa la vida y había caído como en una especie de desmayo.

Todos rodeamos la cama y yo, sin poderme contener, le tomé las manos y empecé á llorar llamándole.

Creo que me oyó, porque su mano apretó la mía y abrió los ojos.

El doctor y mi padre callaban y la señora Paula sollozaba. Al fin me reconoció y pudo hablar.

– Paulina ¡no he querido morirme sin verte!

—¿Qué es eso de morir? ¿acaso le permito que se vaya así sin más ni más? – dijo el doctor.—Vamos, Paulina, queda á su lado para cuidarlo: no hable y haga lo que le manden.

Nunca se puede sufrir como sufrí esa noche, creyendo que Elías no llegaría al día siguiente.

En la mañana la calentura había cedido y dos días después me abrazaba diciendo:

—Te debo la vida

Así lo comprendió el doctor, porque severamente dijo á la señora Paula:

– Si quiere conservar á su hijo cáselo con Paulina: dejar de verla, por obedecer á usted, ha podido causarle la muerte: es su primer amor y será el último.

– ¡Mi hijo! ¡hijo de mi alma! su vida antes que todo: ¿qué le parece, doctor? ¿esperaremos á que esté completa mente bien?

—No señora: se casan, para asegurar el restablecimiento.

Mi padre puso la condición de que habíamos de vivir algún tiempo en Natá, y otro en Santiago, para que no se quedara tan solo.

Quince días después Elías era mi marido, y á la muerte de su madre, un año más tarde, nos trasladamos aquí dejando á sus hermanos el cuidado de la hacienda. Soy tan dichosa que bendigo á Dios á todas horas por haberme dado el amor de mi Elías.

Eran cerca de las doce cuando Paulina acabó su relato.

Aquella noche salimos para Penonomé y en la hacienda del general Neira nos detuvimos para cenar.

A las dos de la madrugada llegamos á la pintoresca villa, y volvimos á Natá dos días después.

De nuevo en el bohío del manglar nos acogieron con cariño.

De nuevo las cristalinas aguas nos dieron grato solaz.

Paulina y su sencilla y tierna historia, quedaron para siempre en el templo de mis recuerdos.

LA BARONESA DE WILSON.

HISTORIA DE UN HOMBRE CONTADA POR SU ESQUELETO

POR DON MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

(Continuación)

– Pues mátele V., – me dijo.

– ¿Y cómo?

– Es necesario que entre V. en nuestra casa, que sea usted su amigo.

– ¿Y por qué medio?

– ¿No amaba V. á Clara?

– Sí, pero ya no la amo.

– No importa; pídala V. por esposa á Alvarez.

– A Alvarez... ¿y qué tiene Alvarez que ver con ella?

– No lo sé: pero, ¿recuerda V. un indio que se presentó en el baile de Clara la noche que nos conocimos?

– Sí.

– Pues bien, ese indio era Alvarez.

– ¡Alvarez!

– Sí por cierto: ¿sabe V. para qué me llevó Alvarez al baile? Para que enamorase á don Severo López.

– ¡Ah! ¿ese marido tan celoso?

– Mi amor debía ser un lazo... sólo que... en vez de enamorar yo á López, me enamoré de usted...

– ¡Ah!

– Pero volvamos al interés que tiene Alvarez por Clara, yo no he podido desconocerle en la manera con que la miraba: además, Clara es indudablemente india.

– Su amor de V. me ha hecho olvidarme de todo, - exclamé: – yo puedo arrojar una luz muy clara sobre todas las sospechas de V.: si ese Alvarez antes de convertirse se llamaba Miantucatuc. Clara es su hija.

– ¡Ah! lo sabré – dijo Adelaida.

Y se levantó y se despidió de mí.

LXIII

– He preguntado con astucia á Alvarez, – me dijo á la noche siguiente, – acerca del interés que se toma por Clara, y del odio que profesa á López.

– Es una historia terrible, – me dijo; – la historia de un pariente mío que era un gran jefe.

– ¿Y no ha dicho á V. más?

– Nada más.

– Pues ha dicho bastante. Yo juro á V. que Alvarez es Miantucatuc, y que Miantucatuc es pariente de Clara.

– Pues bien, vuelva V. á sus amores con Clara.

– No: Clara me ha despreciado: la amo á usted...

– Yo no tendré celos, y si Clara le ha despreciado á usted, debe V. vengarse. Es necesario obtener la confianza de mi marido. Halaguemos sus pasiones: pídale V. la mano de su hija, y yo me encargaré de seducir á don Severo.

Adelaida apuró sus recursos de fascinación conmigo y acepté.

LXIV

Al día siguiente y á la misma hora, Adelaida y yo salimos de nuestra casa.

Ella para irse á casa de Clara.

Yo para ir á la de Miantucatuc.

Lo que pasó entre Adelaida y López no lo supe hasta después que me convertí en espectro, porque esa maravillosa cualidad que tengo de ver sin ojos todo lo pasado y lo presente que me concierne, y de oir sin oídos todas las palabras pasadas ó presentes que tienen relación con mi historia, no la poseo sino después de haber sido declarado cadáver.

Voy á contarte lo que sucedió á Adelaida con don Severo.

No te olvides de que Adelaida era nieta de Miantucatuc, hija de la Virgen-de-la-mañana, y por consecuencia hija de López.

Ni Adelaida sabía que era su padre don Severo, ni don Severo que Adelaida era su hija.

– ¿Pero no conocía López á Miantucatuc, no podía sospechar que aquella joven que se había presentado en el baile con el fantasma.. ?

– En primer lugar Miantucatuc no era un fantasma para López, sino un ser real y efectivo. Si para Clara pasaba por un fantasma consistía en que López le facilitaba la entrada de una manera misteriosa en la casa de Clara.

López era esclavo del jefe indio.

López estaba sujeto por las pruebas de crímenes de alta traición contra el Estado que poseía Miantucatuc, y que podían dar con él en la horca.

Sin embargo, López ansiaba deshacerse de Miantucatuc, del mismo modo que ansiaba deshacerse de él Adelaida.

Esta era la posición respectiva de un padre y de una hija que no se conocían; es decir, que ni aun podían sospechar su parentesco.

Porque López, que podía haber sospechado que aquella joven que acompañaba á Miantucatuc podía ser su hija, estaba libre de esta sospecha; porque, ¿cómo creer que el abuelo se hubiese casado con la nieta?

El desorientar á López había sido uno de los objetos de Miantucatuc al casarse ficticiamente con su nieta, además de impedir por este medio que su sangre se mezclase con la de la raza blanca, lo que si había sucedido algunas veces había sido contra su voluntad.

LXV

Mientras yo me encaminaba en un carruaje á la casa de campo donde vivía ignorado de todos Miantucatuc, Adelaida salía de aquella misma casa de campo, vestida de negro y cubierto el rostro con el espeso velo de su capota.

Nuestros carruajes se cruzaron en el camino.

Cuando Adelaida llegó á casa de Clara no subió las escaleras, sino que entró en el piso bajo donde estaban las oficinas.

López se paseaba meditabundo en la caja.

Al ver una señora, convenientemente vestida, de aspecto en que nada había que no augurase una persona decente, y sobre decente rica y con el rostro cubierto, la salió al encuentro con esa reservada cortesanía de los hombres del cambio.

– Necesito, – dijo Adelaida, – que me conceda V. un momento de atención.

– Escucho á V. señora, – contestó López.

– A solas.

– Tenga V. la bondad de pasar, – dijo López abriendo una mampara.

Adelaida entró en esa habitación que hay en todas las oficinas bursátiles, y que yo llamo, porque me parece propia la frase, gabinete de negocios, y tras ella López.

– Suplico á V. que cierre, – dijo Adelaida.

López corrió el fiador de la mampara.

Entonces Adelaida, que se había sentado en un sillón, se levantó el velo y dejó ver su hermosísimo semblante á López.

Este retrocedió.

– Comprendo la extrañeza de V., – dijo Adelaida; – nosotros nunca hemos tenido negocios.

– ¿Y son negocios lo que la traen á V., señora?

– ¡Ay, sí! soy muy desgraciada.

– ¡Desgraciada V...! creo que el señor Alvarez...

Adelaida hizo un gesto de impaciencia.

– Soy su esclava, – dijo.

– Yo creía...

– Sí, es verdad: una mujer decente se ve obligada á ocultar el estado de su alma... pero dejemos esto. Necesito un sacrificio de V., particularmente de V., no de la casa.

– Creo que no haya necesidad de ningún sacrificio.

– Necesito tres mil duros.

López se levantó, abrió un buró, tomó de una carpeta quince billetes de á cuatro mil reales, los envolvió en un papel y se los dió á Adelaida.

– Gracias, – dijo Adelaida: – no puedo dar á V. más garantía que mi buena fe. Espero pagar á V. muy pronto este sacrificio y algunos otros más que necesitaré.

– Si V. no quiere incomodarse, señora, en volver, puede V. decirme la cantidad redonda que necesita.

– No, no: con esto me basta para salir de compromisos del momento. Dentro de un mes me aprovecharé de nuevo de la amistad de V., dentro de poco pagaré á V... acaso mejor que lo que V. puede pensar.

– Tiene el hombre, – dijo interrumpiendo el esqueleto su relación, – una cualidad que es altamente nociva: la cualidad de suponer.

¿Cuántas veces hemos supuesto lo que un enemigo encubierto, que ha dado lugar con una frase insidiosa á nuestra suposición, ha querido que supongamos?

López supuso que en aquella frase «pagaré á V. dentro de poco, y acaso de una manera mejor que lo que usted puede pensar,» esta terrible intención: – Dentro de poco seré viuda, porque yo me haré viuda para dejar de ser esclava, y si V. quiere...

Porque Adelaida había pronunciado las palabras en que López había supuesto aquella perversa intención, de una manera tan lánguida, tan íntima; las había ilustrado, por decirlo así, porque los ojos son la ilustración del discurso, con una mirada tan dulce, y podremos decir, tan franca, que López, que aborrecía á Miantucatuc, creyó que encontraba un instrumento preparado, y aconsejado por su odio, se propuso aclarar cuanto pudiese aquel misterio.

– Nuestra caja, señora, está abierta para V., – dijo; – si la casa Alvarez y compañía necesita de nuestra ayuda...

– ¿Quién trata aquí ni de la casa López ni de la casa Alvarez? - dijo Adelaida; – si bajo ese concepto equivocado me ha entregado V. esta cantidad, se la devuelvo: este es un asunto mío, enteramente mío Nada tienen que ver en ello ni doña Clara de Lemus, ni don Cristóbal Alvarez: este es un negocio reservado entre don Severo López y Adelaida... qué sé yo de qué... Adelaida de Alvarez, porque yo no tengo más apellido que el de mí... marido.

Adelaida, con una intención mortal, pronunció con un acento de profundo sarcasmo, de disgusto, y aun podremos decir de cólera contenida, sus últimas palabras.

– En ese caso, señora, – dijo López rechazando cortésmente los billetes que Adelaida le presentaba, – tengo el placer de ofrecer á V. mi crédito entero.

– Gracias, muchas gracias, López; pero como debe á usted parecer extraño...

– Suplico á V., señora, que no me dé explicaciones... yo respeto los motivos.

– No basta, no basta; yo necesito que V. sepa...

– Supongo...

– No quiero que suponga V. nada: quiero que sepa usted la verdad: Alvarez es un infame

No esperaba tanto López y no supo qué contestar por el momento.

– ¡Ah! pues yo creía que era V. feliz...

– ¡Feliz! Alvarez no ha dejado de ser el sombrío jefe indio: además, es despótico, celoso: me tiene recluída... desconfía de mí; me escatima los medios... la asignación que me da es insuficiente: sólo á fuerza de deudas, que sin la generosidad de V. no podría mantener ocultas por más tiempo, he logrado sostener medianamente mi aspecto. Además, ¿ve V. esa carretela, ese tronco?

Y señaló á una reja por la cual se veía en la calle un magnífico carruaje.



VISITANDO EL MUSEO, cuadro de Matías Schmid



TRISTE VISITA, cuadro de F. Brutt

– Los animales son excelentes, y el carruaje bellísimo – dijo López.

– Le debo... dentro de un mes necesito pagarle... y me veré precisada...

– ¿Cuánto tiene V. que satisfacer, señora?

– Cinco mil duros.

López se levantó.

Adelaida la detuvo asiéndole por una mano.

– No, no; esos cinco mil duros, – le dijo acompañando estas palabras con una expresiva sonrisa, – me los entregará V. en mi gabinete.

– ¡En su gabinete de usted, señora! – exclamó López.—Yo cuando he ido á casa del señor Alvarez nunca he pasado de su despacho.

– Siempre ha ido V. de día.

– Es verdad

– Yo le recibiré á V. de noche.

– ¡Ah!

– Sí, necesito hablar de otros asuntos con V. ¿Tendrá usted miedo de ir?

– ¿Cómo he de tenerle cuando V. no le tiene de recibirme?

– ¿Y cuándo podrá V. ir?

– Esta noche.

– Esta noche... no... es pronto... hoy somos lunes... el sábado.

– ¿El sábado?

– A las doce de la noche.

– ¿Dónde?

– Por el jardín... junto al postigo estaré yo.

– Iré.

– Pues adiós: no quiero detenerme; voy á saldar mis cuentas con mis acreedores, y me vuelvo al momento á casa: con que adiós, gracias: hasta el sábado.

Y Adelaida se echó el velo.

– Adiós: hasta el sábado, – dijo López abriendo la mampara.

Adelaida salió.

López se quedó murmurando:

– Esto es más que la venta de una mujer: el préstamo es un hábil pretexto: esto es una alianza de odio. ¡Oh! Miantucatuc! ¡Miantucatuc!

Y recobró su semblante impasible, salió y se puso á pasear entre los jóvenes empleados en la caja, cuyas murmuraciones intencionadas acerca de la visita de aquella señora tapada á López, cesaron.



AGILIDAD Y DESTREZA, cuadro de J. Brandt

LXVI

Entretanto yo, á una legua de Madrid, entraba por la calle enarenada y flanqueada de árboles de una hermosa casa de campo.

Yo llevaba hecha, como suele decirse, mi composición de lugar para justificar mi visita; pero me faltaba motivar mi excusa.

De repente encontré la justificación.

En una ventana de la quinta estaba asomado un hombre.

Aquel hombre tenía un semblante extrañamente pintorreado.

Era Miantucatuc.

Llegué, bajé del carruaje y entregué á un criado una tarjeta.

A poco me introdujeron en un salón del piso bajo.

Me salió al encuentro un anciano, de aspecto huraño, y á todas luces pinto del Sur de México.

– ¿Necesitaba V. ver al señor Alvarez, caballero? – me contestó después del saludo.

– Por lo mismo suplico á V. me procure el ver á ese caballero.

– Yo le represento para todos los negocios.

– El négocio que me trae sólo puede tratarse entre él y yo.

– Lo siento; pero el señor Alvarez no tiene costumbre de recibir. No tiene relaciones.

– ¿Ha visto el señor Alvarez mi tarjeta?

– Según costumbre la he visto yo.

– Pues vea V. en lo que consiste que el señor Alvarez no me haya recibido. Tenga V. la bondad de hacer que vea mi tarjeta, caballero.

Quedóse un instante perplejo el pinto y luego me dijo:

– Francamente: no me atrevo: no es costumbre: lo tiene expresamente prohibido.

– Yo sé que se incomodará mucho si le escribo directamente y sabe que he estado aquí y no se me ha anunciado.

—No me atrevo, – repitió con acento decidido y un tanto impaciente y enérgico el pinto.

Yo empezaba á irritarme, porque siempre me han irritado las dificultades.

¡Si yo hubiera sabido á dónde habían de traerme aquellos pasos dados á ciegas, en una senda llena de dificultades y de peligros!

Irritábame más la certeza de que Miantucatuc me había visto entrar en su casa, que debía haberme reconocido, haber recordado la singular manera de nuestro conocimiento.

Pero era necesario ceder: el pinto se mantenía firme.

Saludé é iba á salir, cuando se abrió una puerta y apareció Miantucatuc envuelto en una larga bata encarnada.

– ¡Ah! ¡eres tú, Zea! ¡entra! ¡te quiero escuchar! ¡veremos lo que tienes que decirme tú!

Y Miantucatuc pronunció estas palabras de una manera singular, sarcástica, fría, en que había un sabor de amenaza salvaje

Un momento después el gran jefe indio y yo estábamos sentados frente á frente en un singular gabinete.

LXVII

Por el exterior de la casa, no podía suponerse que existiese en él una habitación tal como la en que me había introducido Miantucatuc.

Era, en toda la extensión de la frase, una cabaña india de madera, y de madera indígena: el pavimento estaba cubierto de una rica estera originaria; el fusil, el hacha, el tamabuk del jefe indio, sus vestiduras, estaban colgadas acá y allá: alrededor del hogar apagado, se veían colgadas en largas hileras una multitud de cabelleras, con el casquete ó parte de piel que había estado adherida al cráneo, seca, rugosa, negra como un pedazo de corteza de árbol cóncava: alrededor había despojos de caza, y por la puerta, un gran lienzo de pared, iluminado por lo alto, dejaba ver un paisaje del Sur de México á manera de decoración, pero tan bien buscados la luz, el efecto, el color y los contrastes, que producía una ilusión completa.

¿Quién había pintado aquella maravilla?

Lo que estaba fuera de toda duda, era el buen gusto natural de Miantucatuc que había sabido procurarse en medio de la civilización y por medio del arte, un recuerdo maravilloso de su querida cabaña de gran jefe, allá en las selvas de América.

Yo estaba fascinado.

Todo tenía allí carácter.

Hasta la bata roja y labrada, y el extraño gorro con que estaba vestido el indio.

LXVIII

Miantucatuc se sentó en la estera frente á la puerta, como hubiera podido hacerlo en su choza del desierto; me indicó que me sentase junto á él, y me estuvo contemplando fija y sombríamente durante algún tiempo.

– ¿Quién te ha mostrado el camino por donde debías marchar para encontrarme? – dijo en excelente español.

—Tú mismo, – le dije acomodándome á la manera de que se valía para hablarme.

– ¡Yo!

– Sí, tú. Yo soy cazador.

– ¡Ah! ¡eres cazador!

– Sí... un día que había salido al campo, que vagaba por estos alrededores, me entré distraidamente por la verja de los jardines de tu quinta... y... al levantar los ojos á una de las ventanas, te ví en ellas.

– ¡Ah! ¡me viste...! ¿y cuándo fué eso?

– Hace algunos días... no recuerdo bien.

– Puede ser... puede ser... – dijo Miantucatuc...—pero ¡ay de tí si me engañas! Yo lo conoceré, y entonces...

Miantucatuc me asió la cabeza, rodeó su dedo por su parte superior como indicando el corte de un instrumento, y luego me señaló las cabelleras que estaban colgadas á los lados del hogar.

– No, no te engaño, – dije á Miantucatuc; – pero lo que ha acontecido entre nosotros...

– Sí, es cierto, necesita una explicación, – dijo el indio.

– Yo estaba á punto de obtener envidiables favores de una mujer á quien amo, cuando apareciste tú.

– ¡Clara! – exclamó con acento ronco y gutural el indio: – Clara aquella noche estaba loca.

– Pero ¿por qué me eligió á mí para que fuese testigo de su locura?

– Porque te ama, – dijo Miantucatuc mirándome de una manera singular.

– ¡Que me ama!

– Sí; te ama con toda su alma, como no ha amado nunca.

– Y entonces, ¿por qué se ha negado á recibirme?

– Porque tiene miedo.

– ¡Miedo! ¿á quién?

– A Severo López.

– Ella me habló muy bien de él.

– Porque le teme.

– Pero, ¿por qué le teme?

– Porque la ama.

Explícate claramente.

– Voy á explicarme: las mujeres son muy sagaces, y lo son mucho más cuando son indias.

– Pero Clara no es verdaderamente india.

– Lo soy yo que soy su padre, y lo era la hermosa Cierva-gentil que fué su madre.

Y al pronunciar estas palabras, temblaron los párpados de Miantucatuc, y sus ojos dejaron ver un no sé qué terrible, doloroso y amenazador en su foco.

Hubo un instante de silencio.

Callaba Miantucatuc dominado por sus recuerdos; callaba yo dominado por el aspecto salvaje de Miantucatuc que me inspiraba miedo.

Llegué á arrepentirme de haber provocado aquella entrevista.

Miantucatuc hizo un esfuerzo poderoso como para rechazar un terrible recuerdo, se serenó y dijo:

– Hablábamos del temor que Clara siente hacia López: López, en efecto, es un infame, un infame, de quien yo tomaré una venganza completa, una venganza de indio, refinada por lo que he aprendido entre los europeos. Clara se recata de tí, y ha sido necesario uno de esos accesos de locura para que te confíe su amor; y se recata porque sabe que López la ama; y sabe que López la ama, no porque él se lo haya confesado ni se lo haya dejado conocer, sino porque es muy difícil engañar el ojo de una

mujer, y mucho más, lo repito, cuando esta mujer tiene sangre india en las venas: ha comprendido que López es un infame, y un infame valiente que en nada se detiene, y demasiado astuto para cometer un crimen de modo que este crimen quede impune; Clara sabe que casarse contigo, ó ser tuya, sería la señal de una horrible desgracia para tí, y porque te ama demasiado, te oculta su amor, se recata de tí; pero no importa: si tú quieres, será tu mujer.

–¡Sí quiero! – exclamé.

–Debes quererlo: mi hija es inmensamente rica, maravillosamente hermosa, y pura, purísima, como que no ha amado nunca, nunca... como que tú eres el único hombre á quien ha amado.

–¿Estás seguro de ello?

–Como lo estoy de mi pensamiento: y ¿sabes por qué Clara te ama? ¿Sabes por qué yo, en vez de exterminarte la noche en que estuviste á punto de apoderarte de ella, te llevé fuera de la casa y no te dije ni una palabra? Porque en tí hay algo que fascina. Ella no ha visto en tí más que al hombre que sufre porque ama, y que ama como no es capaz de amarle ninguna mujer para satisfacer su amor: al hombre reservado y tenaz, que un día y otro, sufre, y sufre en silencio, sin quejarse y sin dar ocasión á que nadie sospeche que ama; al hombre que llora con el corazón y ríe con la boca; al alma valiente dispuesta á todo por su amor, y humilde y paciente para la mujer á quien ama; á la esperanza firme que dice al corazón que sufre: un día te llenarás, te extenderás, recibirás aire de vida del corazón de esa mujer que no comprendes, y que es tu vida. Además, el instinto salvaje de Clara ha sentido de una manera misteriosa tu alma, que tiene mucho de salvaje: ella está devorada por un remordimiento ficticio: por el remordimiento de mi muerte, y por el terror de mis apariciones, porque ella me cree un fantasma. Sin embargo, ya lo ves, soy un hombre que vive y bebe como tú y como los demás, á quien López introduce, esclavo de sus preceptos, cuando quiere y como quiere en la casa de su hija. Volviendo al amor de Clara hacia tí, este amor existe por tu constancia, por esa constancia sin quejas, por esa valiente constancia que tanto halaga á las mujeres, y por esa simpatía misteriosa que existe entre su sangre india y tu alma de lobo.

–¡Mi alma de lobo!

–Sí, tú eres un infame, Zea, un infame capaz de todo... menos de no ser esclavo de Clara: he ahí por qué te hablo, he ahí por qué te aprecio, he ahí por qué, si consientes en lo que yo quiero, serás esposo de Clara.

–Pero al declararte amigo mío, porque soy un infame, según dices, te declaras tú infame.

–No: yo soy bueno... demasiado bueno, pero no soy bueno lo bastante para perdonar á mis enemigos los europeos. Sin los europeos, que fueron al desierto á robarme mi hija, á matar á mi esposa, yo no hubiera sufrido las horribles desgracias que me han envenenado el corazón. Yo sería feliz. Mi Clara sería la esposa de un gran jefe y sería también feliz: yo no me hubiera visto obligado á seguir á mi hija á Europa, á vivir sin tener aire que respirar en esta tierra donde todo es mezquino: donde no hay praderas, ni árboles, ni ríos, ni tempestades; donde todo es blando y afeminado: yo vivo aquí como puede vivir en un miserable estanque un gran pez del Océano, muriendo, enervándome, sufriendo de una manera incomprensible para todos: el gran jefe es aquí un mochuelo escondido que se alimenta de moscas, y él era un águila, y todo por ella, por ella, por la hija de la Cierva-gentil.

–Pero tú pudiste llevártela al desierto.

–La hermosa flor salvaje había sido trasplantada, se había hecho delicada y débil y no hubiera podido resistir á los vientos del Sur. La pequeña flor trasplantada á un jardín, se parecía tanto á la otra magnífica flor su madre que había crecido sobre una roca! Los padres son padres en todas partes, Zea, y aman más á sus hijos cuanto están más cerca de la naturaleza. Yo lo he sacrificado todo por ella, todo, hasta mi venganza.

–¡Tu venganza!

–Sí, mi venganza contra López. Ese hombre ha sido fatal, como decís vosotros los europeos, para mi familia: ese hombre... por él he vertido las únicas lágrimas que han salido de mis ojos: un gran jefe nunca llora, y sin embargo, yo, terror del Sur, cayos ecos repiten aún mi nombre, he llorado. ¡Ah, mi pobre Virgen-de-la-mañana! ¡ah mi pobre flor de las riberas del lago, muerta por los amores de ese infame...! ¡y no he de aborrecer yo á los europeos! ¡malditos! ¡malditos! Llevan sus vicios á las cabañas donde no se conocía la impureza hasta que ellos fueron: sus vicios de viejo corrompido, débil y miserable, porque la civilización hace dulces las palabras del hombre, pero ennegrece su alma, la debilita, la anega en miseria. ¡Oh! ¡malditos! ¡malditos!

–Permíteme que te haga una observación.

–Te adivino. Extrañas, y hasta cierto punto con razón, que, aborreciendo yo de tal modo á López, López viva.

–En efecto, eso pienso.

–Vive, porque amo á mi hija y porque aborrezco á los europeos.

–Explícate.

–Es muy sencilla la explicación. Amo á mi hija y sé que Severo López la sirve como un esclavo. Aborrezco á los europeos, me horroriza ó me ha horrorizado hasta ahora, el solo pensamiento de que Clara sea esposa de uno de esos hombres que se convierten en tiranos de sus mujeres, y sé que López, porque ama á Clara, será capaz de exterminar al hombre á quien ella ame: es mi perro; más bien, mi lobo guardián junto á ella, y no me he vengado de él porque me sirve. Pero ahora es distinto: te he encontrado á tí á quien mi hija ama, sé que la amas de tal modo que puedes llenar su corazón, y te la doy: pero es necesario que muera López.

–Que muera, – contesté sin vacilar á Miantucatuc.

–Ya sabía yo que podía contar contigo; pero es necesario que me ayudes.

–¡Te ayudaré!

–Es necesario que mientras yo le entretengo, tú le esperes cerca de mi casa, junto á mis jardines.

–Le esperaré.

–Y que cuando salga le hieras.

–Le heriré.

–Yo no te necesito ciertamente, pero quiero probarte; quiero saber si eres fuerte, si no retrocedes ante la sangre; quiero además tenerte sujeto por el temor de la revelación de un crimen, porque en mi hija voy á entregarte un tesoro.

–Quedarás satisfecho de mí.

–Pues bien, entre hombres no se hablan más palabras que las necesarias. Ven conmigo: vas á salir por la puerta por donde quiero que esperes á López... pues bien, espera junto á esa puerta el sábado en la noche... á las doce.

–¡Ah! ha de ser el sábado á las doce de la noche... bien, me alegro... me alegro... aunque no me gusta esperar... estaré aquí el sabado á las doce.

Miantucatuc se levantó, me asió de la mano, me sacó de la casa, me hizo atravesar un jardín solitario, y abriendo con llave una puertecilla en una tapia, me dijo:

–Toma bien las señas, y espera aquí esta noche, á las doce.

Después de esto cerró.

Yo me retiré alegre.

Aborrecía cordialísimamente á López, y me importaba mucho deshacerme de él; siempre era un enemigo menos y un enemigo que me había insultado. Es cierto que lo que yo había sentido por Clara era un empeño; que á quien yo amaba era á la hechicera máscara de color de rosa, á la mujer de las perlas negras, á la encantadora Adelaida, á la mujer, según yo creí entonces, que era un pobre diablo, un miserable ser vivo, y no tenía la maravillosa doble vista que ahora tengo, esposa de Miantucatuc.

Quitado de en medio López, me era fácil la posesión de Clara.

Yo deseaba esta posesión por orgullo.

Después... Adelaida procuraría librarse de un marido salvaje, y sería mía.

Adelaida era mi sueño.

Yo pretendía engañar á Miantucatuc, y el terrible Miantucatuc pretendía engañarme á mí.

— ¡Cómo! — exclamé interrumpiendo al esqueleto. – ¿Con qué entrambos obrabais de mala fe?

–Después de haber muerto, ó de haber cambiado de ser, he visto mi historia, como ya te he dicho, por la parte de adentro.

(Continuará)



PESCADORES DE MOLUSCOS EN EL MAR DEL NORTE, cuadro de J. Bodenstein

LOS RECIENTES PAQUEBOTES TRASATLÁNTICOS

No hay dos ciencias, una pura y otra aplicada, sino la ciencia con sus aplicaciones. Mostrar las aplicaciones es hacer conocer los principios y la teoría cuya consecuencia son ellas. Así la historia de los medios de trasporte y de locomoción, las mejoras de que son objeto son debidas á los progresos de la ciencia, y esta revista que no podría permanecer extraña á nada científico, debe hablar á sus lectores de los medios empleados para hacer los viajes más rápidos, fáciles, seguros y agradables, y mostrarles cómo se consigue economizar el tiempo, atenuar las molestias, alejar los peligros, y en una palabra, aumentar la cantidad de vida y mejorar su calidad.

¡Ah! si bastara ir aprisa sobre la tierra, los ferro carriles nos darían satisfacción. Pero ¿á qué precio hay que comprar esta preciosa ventaja? ¿De cuántos disgustos es compensación? A pesar de todos los progresos realizados, nuestros descendientes tendrán que hacer mucho todavía. ¿No se logrará evitar ese ruido sordo como el ronquido de un órgano inmenso, aumentado con el sonsonete del herraje, el rechinar del freno y el estridente silbido de la locomotora? ¿Será preciso resignarse siempre á permanecer inmóviles, aprisionados en un compartimiento, cuyas ventanillas no se atreve uno á abrir temiendo ser invadido por el polvo, que enturbia el aire que se respira, ó azotado por el viento, aun en el tiempo más sereno? ¿No se evitará la travesía subterránea, el horroroso túnel, cuya sombría bóveda, semejante á enormes fauces, se traga todo el tren? ¿Y el estruendo que sigue, y el humo que sofoca, la oscuridad que envuelve, la pesadilla que oprime hasta el momento que se oye el silbido libertador anunciando la vuelta á la luz y aliviándonos de inmensa pesadumbre?

¡Qué diferencia entre el trasporte por tierra ó por mar, entre el wagón y el barco!—Del viaje en globo, sólo una persona puede hablar aquí con autoridad y describir sus encantos. A bordo de un barco en marcha, especie de ciudad flotante, el pasajero es dueño de sus movimientos; va, viene, habla, lee, juega, bebe, come, duerme, como en tierra firme, y mejor que en tierra respira el aire libre y puro. El paisaje parece uniforme: no más que el cielo y la tierra: pero las nubes y los astros rompen constantemente la monotonía del cielo, y el mar, con sus olas móviles y cambiantes no tiene uniformidad sino en apariencia.



Un camarote del nuevo vapor-correo trasatlántico *Gascuña*

Esta revista ha tenido ya ocasión de dar á conocer á sus lectores los paquebotes de la Compañía trasatlántica; fué en 1883 al botar al agua la *Normandía*. Desde entonces se han hecho nuevas mejoras en la construcción, en las máquinas, en el arreglo interior. El barco es de más andar y de más segura marcha, y el pasajero va mejor instalado. Los dibujos publicados en otro tiempo representaban las máquinas y el plano del buque, y la serie quedará completa con los dibujos que acompañan este artículo. Con esto, el lector habrá visto todo el edificio, interior y exteriormente, y podrá darse cuenta de todo lo que se gasta en talento, habilidad é ingenio para aplicar á la casa flotante todos los progresos de la ciencia y reunir en ella todas las conquistas de la civilización.

Los cuatro últimos paquebotes construídos, la *Champaña*, la *Bretaña*, la *Borgoña* y la *Gascuña*, están hechos por el mismo modelo: tienen 155 metros de longitud por 16 de latitud con capacidad para 3900 toneladas. Su andar pasa de 17 nudos por hora ó sean unas 8 leguas, y sus máquinas desarrollan una fuerza de 9700 caballos.

En fin, la travesía del Havre á Nueva York, y al contrario, se efectúa en 7 días y 15 horas, sin que hayan de sufrirse las molestias y retardos de un largo trasbordo, porque el ferro-carril termina en el muelle de embarque ó desembarco.

El superintendente del servicio de correos extranjeros en Washington, M. Bell, en su memoria sobre la celeridad media de los barcos que hacen este servicio, término medio calculado desde el momento de recibir la mala hasta el acto de desembarcarla, hace constar que la ventaja está de parte de los barcos franceses de la Compañía trasatlántica. Así, de hoy más, los barcos de la Compañía que vengan de Nueva York traerán no sólo el correo de Francia, sino también el de Bélgica, Suiza, España, Portugal, Italia y Austria; lo cual es casi todo el servicio del continente europeo. Se dice con tanta frecuencia que estamos detrás de las otras naciones que este resultado no puede sernos indiferente.

El mal tiempo tiene poca acción sobre el enorme barco que lleva derecho su rumbo oscilando apenas en la borrascosa mar. La seguridad está singularmente garantida por ingeniosas disposiciones. Así, la parte inferior del buque está dividida en compartimientos aislados completamente unos de otros, de tal modo que si una vía de agua se declara, el resto del buque no corre ningún riesgo, y sólo hay que atender al compartimiento inundado. Grandes capacidades que contienen agua *(water vallast)* permiten aumentar ó disminuir el peso del barco y hacer variar la línea de flotación y el *asiento* del barco; lo que es un lastre variable de peso y de posición. Un rompeolas poderoso lucha victoriosamente contra ellas y les impide invadir el puente, cuando hace mal tiempo. Tres inmensos fanales eléctricos, verdaderos faros móviles, atraviesan las densas nieblas y advierten á lo lejos á los barcos que hacen la misma derrota, á la vez que la poderosa sirena hace oir su gran voz, en cuya comparación parece débil el silbido producido por la caldera de vapor.

Además los botes ordinarios, botes muy ligeros (sistema Berthon) que la marina de guerra acaba de adoptar, y que se pliegan como una cartera para ocupar el menor lugar posible, aumentan en gran manera los medios de salvamento.

Examinemos ahora el interior del barco. Contiene 106 cámaras de 1.ª clase, que pueden alojar 300 pasajeros; 20 de 2.ª para 100 pasajeros, y además camarotes para albergar á 700 emigrantes, en total 1100 pasajeros; sin contar el personal, que es tambien numeroso.

La cámara, cuyo diseño publicamos, es de día un elegante gabinete: de noche, puesto del revés el canapé, viene á ser un cómodo lecho, y se trasforma el gabinete en un dormitorio donde nada falta de lo necesario y aun hay algo de lo superfluo: todos los ángulos y recodos se utilizan allí para encajar los utensilios necesarios á los usos de la vida. Es un nido humano donde se encuentra reunido en un cuadro elegante todo lo que asegura el bienestar material. El nido de pájaro, obra de instinto, es invariable y perfecto; el del hombre, obra de inteligencia, es trasformado constantemente y siempre mejorado.



Comedor del nuevo vapor-correo trasatlántico *Gascuña*

He aquí ahora el comedor, ventilado, inundado de luz, al cual da el carácter que le conviene un alegre decorado: las sillas giratorias, pero fijas, permiten á los comensales levantarse de la mesa sin causar incomodidad ninguna á sus inmediatos. Cuando el mar está agitado, unos soportes puestos sobre la mesa reciben las botellas; pero el movimiento es generalmente bastante débil y puede prescindirse de este utensilio. Un aparato destilatorio suministra el agua potable, y una máquina fabrica el hielo para el regalo de la mesa y las necesidades del arte culinario.

El *fumadero*, tan necesario hoy, es una elegante pieza cuyos ámplios divanes y muelles cojines excitan constantemente á la pereza. Los que no gustan del humo del tabaco, pueden entrar igualmente sin temor ninguno, pues las emanaciones corren luego á fuera, gracias á un ingenioso sistema de ventilación.

Un gabinete de lectura, bien provisto de diarios y libros, ofrece agradables y útiles distracciones.

Para las damas hay un salon especial.

Ni se ha olvidado tampoco un departamento de baños con todos los útiles de la hidroterapia.

Más de 600 lámparas eléctricas difunden la luz por todas partes: unas están agrupadas de manera que forman arañas para los salones y otros puntos de paso frecuente; otras se hallan aisladas en las cámaras, donde cada pasajero puede alumbrarse á su gusto con más ó menos intensidad, sólo con tocar un resorte que encuentra siempre á mano.

Como se ve, no se ha omitido nada de lo que suministran los progresos más recientes para garantir la seguridad, la comodidad y hasta el placer del viajero.

Estos admirables barcos se han construído en astilleros franceses por ingenieros franceses; barcos que hacen mucho honor á la industria francesa.

FÉLIX HÉMENT.

Vista del salón de conversación del nuevo vapor-correo trasatlántico *Gascuña*

BARCELONA.—IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI | BARCELONA 2 DE MAYO DE 1887 | NUM. 279

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EMINENCIAS DEL ARTE.—RAIMUNDO TUSQUÉTS Y SUS OBRAS



DON PEDRO III DE ARAGÓN ACUDIENDO, EN EL PALENQUE DE BURDEOS, AL RETO DE CARLOS DE ANJOU

(Copia de un cuadro de Raimundo Tusquéts)

SUMARIO



RAIMUNDO TUSQUÉTS

Era en el año 1864 cuando se le ocurrió al Gobierno español celebrar una exposición de pinturas, dando á las obras del genio menos que modesto hospedaje en un barracón levantado al efecto en la calle de Alcalá, bien así como en las ferias de ciertas localidades extranjeras se improvisa una construcción para exhibir figuras de cera ú otros espectáculos igualmente recomendables. Tarde y mal se acordaba el gobierno de fomentar la afición y el culto de las bellas artes; pero al fin y al cabo dice un refrán: «Más vale tarde que nunca;» y debiera decir otro: más vale mal que de ninguna manera.

Un día penetró en ese barracón un joven de simpático rostro, apuesta figura y mirada dulce, casi triste... Se llamaba Raimundo Tusquéts, y cuanto de él se sabía entonces, y esto por su carta de seguridad, se reducía á que era natural de Barcelona y de profesión dependiente de comercio.

Sin embargo, el secreto del porvenir solamente de Dios es conocido y cuál sea la hora en que vibrará la cuerda sensible de una criatura, cosa es que pertenece al secreto de los misterios insondables. Macbeth penetró indiferentemente en el bosque donde oyó la terrible frase: *¡Tú serás rey!* y se retiró hecho, en su interior, un pretendiente á la corona. Por su parte, Tusquéts debió oir en el interior del barracón de la calle de Alcalá una voz profética que le dijo: — ¡Tú serás artista!...: — y se retiró de la exposición madrileña aspirando á una corona de laurel, más sólida, más envidiable que la del magnate escocés.

Cuando la mina se halla bien preparada, la mecha prende en ella con suma facilidad; entonces la explosión es una consecuencia lógica, natural, que tan sólo puede sorprender á los que carecen de antecedentes. Un año más tarde, en 1865, el dependiente de comercio exponía, como artista, en la misma corte donde se había determinado su vocación, su primera obra pictórica; y parecidamente á César pudo exclamar: Vine, *me vieron* y vencí.

Con efecto, á la primera exhibición correspondió su primer triunfo, triunfo doble, pues si el Jurado concedía por su parte un premio al cuadro de Tusquéts, el Ministerio de Fomento le adquiría para el Estado; éxito pocas veces obtenido por un expositor, más que novel, desconocido. Representaba el lienzo á un pobre mendigo, con todos los atributos propios del oficio; y en presencia de tan lastimosa verdad, no faltó quien creyese que el principiante entraba en la vía del realismo á todo trance y pese á quien pese. La experiencia ha demostrado el ningún fundamento de esta suposición. Tusquéts pinta la verdad, porque donde no hay verdad, falta la primera condición del arte. Pero, artista por temperamento, poeta del arte por excelencia, comprende que tampoco existe arte donde no se verifica el comercio de lo cierto y de lo bello. Un sentimiento, en él innato, le hace buscar el asunto de sus cuadros en la contemplación y estudio de lo que pudiéramos llamar escenas y hombres de la naturaleza; pero la flexibilidad de su talento y la altura de su aliento, le permiten recorrer la escala del arte en toda su extensión, desde el *boudoir* de la dama á la moda en el cuadro de género, hasta los más heroicos asuntos en el lienzo de historia. En todos los terrenos, en todos los géneros, ha hecho armas, y en todos ha conquistado, en buena lid, inmarcesibles laureles.

Determinada la vocación de Tusquéts, el instinto del arte le llevó á Roma: la *ciudad eterna* se halla destinada á serlo siempre en uno ú otro sentido. Si la invasión de los bárbaros arrastró por el lodo la púrpura de los Césares; si el Señor, que levanta y hunde á las naciones, permitió que las hermanas de los emperadores figurasen en el cortejo triunfal de los caudillos vomitados por el norte, la tea de los soldados de Alarico no fué bastante para reducir á cenizas las preciosidades artísticas de la heredera de Grecia, y al cetro efímero de la fuerza reemplazó la supremacía en el arte. Así, apenas Europa pudo volver la vista á las excelencias del pasado y pudo pensar en algo más que en sostener sangrientas luchas entre unos y otros pueblos, Roma fué, y continúa siendo, el centro del arte, la ciudad santa para el genio, á donde acuden los sucesores de Fidias y de Apeles á completar sus conocimientos, como los peregrinos de otros tiempos se dirigían á la Jerusalén bendita á fortificar su fe cabe el sepulcro del Redentor del hombre.

Tusquéts se dirigió á Roma, y Roma es desde entonces su patria adoptiva. Digamos, en honor á la verdad, que si entraba en ella con buen pie como artista, reunía la circunstancia, muy importante en tal caso, de contar con sobrados medios para no tener que ceder sus primicias por un plato de lentejas. Quien no conozca los sufrimientos, los desengaños, las espinas que la necesidad clava en el corazón del artista, no puede apreciar la influencia que ejerce en su porvenir la posición social, el estado económico del postulante. Ello, en cambio, la seguridad anticipada del pan nuestro de cada día no se halla exenta de ciertos y muy graves peligros. Cuando á la fuerza de la juventud se une la no siempre bien contenida del genio; cuando á las seducciones del mundo se agrega cierta facilidad para satisfacer las imperiosas pasiones de una naturaleza vigorosa y espléndida, es muy difícil hacerse superior á los artificios de la seducción y no adormecerse bajo la influencia del mortífero canto de las sirenas. Pues bien, Tusquéts, joven, de arrogante figura, en posición holgada y, digámoslo así, adulado por sus prematuros triunfos, como el prudente Ulises, cerró sus oídos para no dejarse vencer por la tentación y cifró todos sus afectos, todas sus aspiraciones, todas sus delicias, en el estudio y el cultivo del arte.

Como en la frente del inmortal Fortuny brillaba espléndido el sol de Africa, la de Tusquéts irradia con el sol de Italia. Los mismos hijos del Tíber, los que desde su niñez están acostumbrados á ver el alba y el ocaso en la campiña romana, conocen menos, *sienten* menos que nuestro paisano, la luz, el cielo, el campo, los idilios del romano agro. Pocos le igualan, ninguno le excede, en transportar al lienzo las escenas de ese país singular y único, en donde los hombres de la ciudad y del campo reunen en su físico y en su moral algo de los viejos soldados labradores de la república, y algo de los perezosos y degradados ciudadanos del pervertido imperio.

No hay que negarlo: Tusquéts se ha identificado con Roma, y Roma no ha sido ingrata con él. A su taller, uno de los más confortables y ricos de la ciudad de los artistas, acuden los *amateurs* de todas las naciones, y si por especiales circunstancias no posee España ni las más en número ni las más en mérito de sus obras, quédale al país que le vió nacer la compensación de que su hijo muy querido es uno de los que con mayor éxito proclaman que aun da de sí, en el terreno del arte, la patria de Velázquez y de Zurbarán, de Murillo y de Ribera. No se le crea, empero, tan desligado de sus compatriotas, ni á éstos tan desligados de él, que ni nuestros aficionados hayan prescindido de sus obras, ni nuestro artista haya dejado de inspirarse en los grandes fastos de la española historia. Varios son los salones y galerías de nuestros acaudalados convecinos que poseen valiosos cuadros de Turquéts, y los señores Marqueses de Casa Brusi, Arnús, Carbó, Prats, Marcet y otros varios, pueden demostrar que nuestra amada Barcelona no está dominada por el vértigo industrial y mercantil hasta el punto de renunciar á las gratas emociones que proporciona la posesión de una obra de nuestro artista. ¡Dichosos los que pueden darse tales satisfacciones y Dios les inspire siempre la buena idea de compensar los costosos esfuerzos de sus compatriotas!...

Gracias á aquéllos posee nuestra ciudad cinco grandes lienzos terminados hace poco más de un año por Tusquéts, en que se reproducen otros tantos hechos de la catalana historia. Copia de esos lienzos son los tres grandes grabados que publicamos en este número y ellos dan una idea de la flexibilidad del talento de nuestro compatriota, á que antes aludíamos. Imposible parece que el insigne pintor de las populares escenas de la campiña romana, renuncie á sus acostumbrados ideales y, con poderoso esfuerzo imaginativo, se transporte á los pasados tiempos, reproduciéndonos sus hombres y sus cosas con un vigor, con una amplitud, con una conciencia, con un talento, que le confieren un diploma de maestro en este género pictórico, el menos cultivado, sin duda, por ser el más difícil. En esos cuadros, propiedad de los sucesores de don Miguel Boada, en vano se busca la menor reminiscencia del autor del *Mercado de Amalfi* y de la *Recolección del cáñamo*. A otro asunto, otro hombre; á otro motivo de inspiración otro artista. El talento de Tusquéts recorre toda la escala de la naturaleza; podrán serle más familiares los campos de Italia, pero no se pierde porque de repente penetre en los alcázares de la edad media, y la holgura de movimientos de sus campesinos no se echa de menos en sus hombres de armas cubiertos de hierro, ni en sus cortesanos vestidos de seda y armiños.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA se complace en dedicar uno de sus números á Raimundo Tusquéts: los amadores del arte y de la patria unirán á los nuestros sus aplausos.

SUPLEMENTO ARTISTICO

CENA EN UN BAILE DE GALA

cuadro de Adolfo Menzel

También los dioses tienen sus debilidades; es decir, también los grandes del mundo viven de comer y beber como el más humilde de los mortales.

La diferencia consiste en el qué y el cómo: Murillo nos dijo, en un lienzo inmortal, el qué y el cómo engullen los granujas; Menzel nos pone de manifiesto, en un lienzo lleno de vida y rico hasta la exuberancia en detalles, el qué y el cómo de una cena palaciega. Con dificultad puede producirse en pintura cuadro más animado; si concebido con grandiosidad, ejecutado con un esmero digno de más noble asunto. El pintor no ha amontonado á granel un sin número de figuras con el exclusivo objeto de llenar una tela de muchos metros; los hombres del talento de Menzel no incurren en semejantes vulgaridades. El aparente desorden obedece á un cálculo; cada personaje ocupa con entera propiedad y razón de ser el sitio que le ha designado el artista, después de un detenido estudio. El argumento del cuadro podrá no ser poético ni épico, pero la ejecución es de maestro. En compromisos de este género se avaloran los grandes profesores.

HISTORIA DE UN HOMBRE CONTADA POR SU ESQUELETO

POR DON MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

(Continuación)

Apenas había yo salido de la casa de campo de Miantucatuc, cuando este se fué al aposento de Adelaida.

Esta no estaba porque, cabalmente en aquellos momentos, acababa de hacer su visita á López.

Miantucatuc la esperó.

Cuando llegó Adelaida la dijo:

— ¿Has visto á ese hombre?

— Sí, — contestó sombríamente Adelaida.

— ¿Le has enamorado?

— Sí.

— ¿Consiente en venir?

—Sí: el sábado en la noche estará aquí.

—¿A las doce?

—A las doce.

—Muy bien, muy bien, hija mía: estoy contento de tí.

Y Miantucatuc dejó sola á su nieta.

LXIX

Aquella noche, Adelaida y yo nos vimos como de costumbre en el cementerio.

—¿Ha visto V. á López? — la dije.

—Sí, — me contestó. — ¿Y V. ha visto á Miantucatuc?

—Sí.

—Refirámonos fielmente lo que ha pasado en ambas entrevistas, — me dijo Adelaida.

—Empiece usted.

Adelaida me contó su escena con López.

— ¿Ha citado V. por casualidad á López á las doce de la noche del sábado, por la puerta de los jardines de Miantucatuc? — le dije.

—No; Alvarez... ó Miantucatuc, sabía que yo iba á citar á López... él me dió la hora de cita.

—Es que á mí me ha citado para la misma noche, á la misma hora, con el objeto de que espere en la puerta del jardín y mate á López.

—¡Oh! aquí debe de haber un lazo: no vaya V.

—¿Y por qué?

—No vaya V.

—Pero lo he prometido... si me niego, lo perdemos todo, porque pierdo la confianza de Miantucatuc.

—¡Es verdad! pues bien, no hay necesidad de que usted vaya... yo haré lo que V. deba hacer.

—¡Cómo! ¡Usted!

—Yo... ¿qué importa?... ¿acaso no le amo á usted? ¿acaso no aborrezco á Miantucatuc?... ¿acaso no es necesario que nos libremos de él para ser felices? Si para obtener la confianza de Miantucatuc es necesario que V. hiera, que asesine á López, engañemos á Miantucatuc. Yo debo esperar á López; al abrir la puerta le hiero... cae... nadie puede saber si le han herido de la parte de adentro ó de la de afuera, y como López llevará los cinco mil duros que le he pedido, cuando encuentren el cadáver y esos valores sobre él, creerán que le han matado por robarle, que no han tenido tiempo porque... yo haré que acuda gente; mi habitación cae hacia aquel lado... diré que he oído gritos...

—Pero V. se atreverá...

—Por el amor de V., á todo...

. . . .

La infame me engañaba, Eugenio.

Ella lo arrostraba todo por verse libre de su abuelo, que la desesperaba impidiéndola entregarse á sus desenfrenadas costumbres... ¡una mujer tan interesante! ¡que parece una musa! ¡á la que tanto ama tu amigo Juan!

— Lo que me estás contando, — dije al esqueleto, —por

lo repugnante, por lo inverosímil, parece un mal melodrama escrito exprofeso para ser aplaudido por el público de la puerta de San Martín de París.

—Es que el hombre está haciendo continuamente el melodrama disparatado: el drama, el buen drama, es lo artístico, lo razonado: parece imposible que el hombre cometa crímenes por satisfacer pasiones que podría muy bien dominar, cuando nada le amenaza, cuando nada le obliga; y sin embargo, se cometen crímenes bien horrorosos por pasiones harto miserables.

—Pero á consumarse el crimen de Adelaida, se consumaba un parricidio.

—Y esta era la terrible venganza de Miantucatuc.

—¡Cómo!

—A pesar de la creencia en que estaba Adelaida de que Miantucatuc tenía horror á los muertos, Miantucatuc la seguía: Miantucatuc, haciéndose servir á peso de oro por el guarda del cementerio, nos espiaba: Miantucatuc preparaba una escena terrible con López.

Sabía que Clara me amaba y que Adelaida me amaba, y había tejido hábilmente aquella trama... Pero no anticipemos los sucesos. Oye hasta el fin y no te estremezcas, porque no hay para qué: si amaras como tu amigo Juan á Adelaida, sería distinto; pero como amas á mi desconocida hija Enriqueta y Enriqueta es un ángel, y te hará feliz, nada debe importante de lo demás, porque es un necio el hombre que se apura por los crímenes ó por las desgracias ajenas.

—Buena doctrina.

—No soy profesor de primeras letras.

—Sin embargo...

—Continuemos.

LXX

Llegó aquel terrible sábado.

A pesar de las encarecidas súplicas de Adelaida, un poder superior me llevó aquella noche á la cerca de los jardines de la casa de campo de Miantucatuc.

Cuando llegué, como entonces era un miserable mortal como tú, sentí cierta fascinación incomprensible.

La noche era oscura.

Acá y allá se veían entre la sombra los espectros de algunos árboles, y hubo un momento en que creí que aquellos árboles se inclinaban para saludarme como si hubieran sido seres maravillosos, y que se movían y que andaban y que danzaban.

Hubo un momento en que me arrepentí de coadyuvar al horrible crimen que se preparaba y me propuse impedirlo.

En aquel momento, dieron á lo lejos las doce de la noche.

Resonaron unos pasos de hombre hacia el postigo de la cerca.

Yo en mi distracción me había separado un tanto... Acudí.

Sentí el ruido del postigo que se abría.

Forcé el paso.

De repente me heló de terror un grito terrible, un grito de muerte que exclamaba:

—¡Asesinos! ¡socorro!

Yo reconocí la voz de López.

Me arrojé al postigo, y sin saber cómo, me encontré dentro del jardín.

Entonces ví una cosa horrible.

LXXI

Un hombre saltó al lugar del crimen, é inmediatamente se oyó un ligero grito de mujer.

Aquella mujer era Adelaida.

—¡Ah!—exclamó con voz ronca;—¡ya lo sabía yo! El no ha venido: ¡tú has ocupado su lugar! pues bien, ha sucedido como yo había querido que sucediera: le has matado tú.

—Suéltame, suéltame,—decía ella en voz baja: —aquí estamos perdidos, pueden venir... y ese hombre grita... —dijo Adelaida.

En efecto, López gritaba; pedía socorro; pero nadie acudía y sus gritos eran cada vez más débiles.

—Vé por una luz que he dejado en la habitación baja, —dijo Miantucatuc.

—¡Por una luz! ¡pueden vernos!

—Del lado de la casa nadie nos verá: trae la luz.

Pronunció Miantucatuc de una manera tan imperativa estas palabras, que Adelaida arrojó un objeto que tenía en la mano al suelo, sobre el que produjo un ruido metálico, y se encaminó hacia la casa.

Entretanto sentí á Miantucatuc acercarse al postigo, y decir poco después:

Sí.. voy á socorrerte, Severo López, voy á meterte en mi casa. Y arrastraba á López.

—¡Ah! ¡tú me has asesinado, miserable!—exclamó López con voz apenas perceptible.

Entonces oí el ruido de la llave de la cerradura del postigo.

Al mismo tiempo brilló una luz entre la calle de espesos árboles, y se adelantó Adelaida vestida de blanco: pero sobre su traje había largas manchas de sangre.

Yo estaba oculto detrás de un seto de rosales, y temblando más de horror que de miedo.

Porque lo que tenía delante era verdaderamente horrible.

En una especie de glorieta, formada por tilos cuyas ramas se cruzaban sobre un césped verde, oscuro y fino como una alfombra de felpa, estaba tendido, inmóvil, boca arriba, con los ojos cerrados, López.

Por cima de su corbata y por debajo, se veía fluir, al través de su camisa de batista, sangre negra que se coagulaba, y que había enrojecido horriblemente sus ropas; junto á él había puesto Miantucatuc un candelero de plata con una bujía de color de rosa que había traído Adelaida.

Junto á la bujía, relumbraba uno de esos largos y anchos puñales de Albacete, que tan sombría fama alcanzan, ligeramente manchado de sangre.

Detrás de López, de pie, vestida de blanco, ensangrentaba, se destacaba sobre el fondo oscuro de los árboles la figura bellísima, esbelta, admirable, pero entonces sombría, de Adelaida.

Tenía desordenadas las anchas trenzas de sus cabellos negros, inclinado el semblante, densamente pálidos, fijos los ojos en el herido, que permanecía inmóvil, abandonados los brazos y puesta la una mano sobre la otra.

La izquierda sobre la derecha, y sin embargo, no podía ocultar la sangre que la manchaba.

Miantucatuc se sentó en el suelo sobre sus piernas, sacó su petaca, encendió en la bujía un largo cigarro, arrojó una tras otra algunas bocanadas de humo, y reteniendo el cigarro entre sus dientes, asió una mano del herido, y le pulsó.

—Aun tienes bastante vida para escuchar lo que tengo que decirte,—dijo Miantucatuc, mezclando sus palabras con densas evacuaciones de humo;—te tengo ante mí, tendido, inmóvil, como tú me tuviste hace doce años... tengo memoria, y no me he olvidado: era una noche oscura como ésta; como ésta la hora avanzada; estábamos en un bosque de gigantescos cedros: ahora estamos en un jardín, y nos cubren, nos ocultan pobres tilos: yo hubiera querido que fuese allá en México... pero tengo que contentarme con que suceda aquí... por lo demás... una mujer te ha herido y con mano demasiado fuerte y certera: quien me hirió á mí fuiste tú, porque no tenías confianza en la fuerza del brazo de otra mujer: y, sin embargo, aquella mujer mató de un sólo golpe al miserable á quien engañaste, y que al prestarse á servirte, á pasar ante Clara por Miantucatuc, no sabía que tú le llevabas á la muerte; tú, en cambio, que confiabas más en tu brazo, no pudiste asesinarme aunque lo intentaste, y un día, cuando creías haberte librado de mí...

Miantucatuc volvió á inclinarse sobre López que permanecía inmóvil y con los ojos cerrados, y le pulsó de nuevo.

—Aun te queda vida para escuchar lo que te voy á decir, —continuó Miantucatuc volviendo de nuevo á su actitud reposada:—pero como no quiero que mi... mujer sepa lo que voy á decirte, te voy á hablar en el lenguaje de las praderas, y de las selvas: el que sólo resuena en las cabañas de los habitantes del desierto.

Y Miantucatuc dijo ya sus últimas palabras en el lenguaje antiguo mejicano.

Ví á Adelaida estremecerse de impaciencia, de curiosidad, y de una curiosidad terrible; yo me sentí fuertísimamente contrariado, porque entonces no entendía aquel idioma bárbaro: ahora, por ese fenómeno que no puedo explicarme, los entiendo todos: hasta los dialectos muertos.

Y como tengo una memoria prodigiosa desde que soy espectro, mejor dicho, como puedo ver y oir, y entender todo lo que tiene relación, por leve que sea, con mi pasado, voy á decirte lo que Miantucatuc dijo á López y no pudimos entender entonces ni Adelaida ni yo: lo que todavía no ha entendido Adelaida porque todavía vive.

—López, —dijo Miantucatuc:—tú has sido un infame: tú quisiste deshacerte de mí de una manera horrorosa: quisiste al mismo tiempo engañar á mi hija; hacerla creer que yo era el asesino de la hija que Clara había perdido; me aborrecías y amabas á Clara: creo hacer un ultraje á la humanidad suponiendo que pueda haber un solo hombre tan malvado como tú: tú levantaste el puñal de una madre vengativa contra su propio padre; tú diste ocasión á que esa desdichada se creyese parricida.

Volvió á estremecerse de nuevo López.

—Hiciste cuanto estuvo de tu parte para que aquel crimen inaudito se consumara y lo creiste consumado. El terror te impidió volver al lugar de la traición, del horror; si hubieras vuelto, hubieras temido, al no encontrarme en el lugar en que caí, que hubiese sobrevivido. Y sobreviví en efecto. Me había aturdido el golpe. . golpe formidable, como de una mano acostumbrada á herir; pero Dios envió una lluvia, cuyo frío me hizo volver en mí, como ahora envía otra lluvia: pero esta lluvia no te salvará; esta lluvia no servirá para otra cosa que para lavar tu sangre de sobre la tierra y borrar las huellas de tu muerte. Serás... un hombre que se pierde y que nadie encuentra; una gota de agua que cae en el mar.

En efecto, había empezado poco antes á lloviznar; lentamente la lluvia fué haciéndose más espesa, hasta que por último creció.

—Un día,—añadió Miantucatuc,—me encontraste de repente delante de tí en Madrid, á donde habías venido con Clara: al principio me tuviste por un fantasma y te aterraste: pero después, cuando te convenciste que yo era Miantucatuc vivo y sano, te aterraste más; porque yo tuve el capricho de darte á conocer que poseía ciertos papeles, que presentados al gobierno español, eran bastantes para dar contigo en la horca.—Mi existencia, pues, estaba asegurada por tu terror.—Yo me guardé muy bien de acusarte del crimen que conmigo habías cometido, y eché toda la culpa á mi hija, á mi pobre hija que es inocente, á mi pobre hija que no ha visto un solo aniversario de aquel crimen sin estar loca durante algunos días. ¡Oh! ¡oh! ¿y cuánto he sufrido y cuánto he esperado? yo quería vengarme de la misma manera que tú me habías ofendido, que tú me habías hecho sufrir, pero retardaba mi venganza que me extremecía por horrible.

La lluvia acabó de arreciar convirtiéndose en un aguacero furioso: hacía ya tiempo que la bujía se había apagado y que la tremenda voz de Miantucatuc, pronunciando las palabras en el antiguo dialecto indígena mejicano, resonaba entre la oscuridad.

De tiempo en tiempo, un momentáneo relámpago me dejaba ver á López tendido, á Miantucatuc inclinado sobre él como pretendiendo hacerle oir mejor sus palabras, y á Adelaida, de pie, inmóvil, mojado el traje, manchada de sangre.

Aquello era horrible.

Y entonces era más horrible para mí, porque yo no comprendía de las palabras de Miantucatuc más que el acento reconcentrado y cruel con que las pronunciaba.

Al apagarse el relámpago, quedaba una densísima oscuridad, y en un punto de ella una chispa roja y ardiente.

Era el cigarro de que fumaba sin cesar Miantucatuc.

Y no sabes tú qué efecto tan diabólico, tan fantástico, tenía entonces el fuego de aquel cigarro.

Parecía el pequeño ojo de un demonio que lloraba humo.

Y entretanto Miantucatuc prosiguió, siempre en su idioma bárbaro mejicano.

—Al fin ha sido necesario que mueras. Clara ama á un hombre.

Parecióme escuchar una especie de quejido débil, pero de rabia, de López.

—Tú,—continuó Miantucatuc,—has aterrado á Clara.

Un segundo gemido más fuerte me dejó conocer que López recobraba algunas fuerzas.

—Pero Clara es tenaz en sus empeños, y te hubiera precipitado á una violencia. Tú mismo, pues, has hecho sonar la hora de mi venganza que yo dilataba.

Sonó un tercer gemido de López ya más distinto.

—¿Y sabes cuál ha sido mi venganza? —dijo con una refinada crueldad Miantucatuc.—¿Te acuerdas de la otra mi hermosa hija, que era á un tiempo hermana de Clara y sobrina de su marido? ¿Esto es, hija de la hermana de Lemus? ¿Te acuerdas de mi hermosa Virgen-de-la-mañana?

Sentía á López agitarse, revolverse.

La lluvia caía á torrentes.

Brilló un relámpago, y ví á López pugnando por levantarse, con los ojos dilatados y fijos en Miantucatuc.

Adelaida permanecía inmóvil.

Miantucatuc sonreía mirando á López de una manera que daba horror, y el cigarro ardía, y chispeaba.

El relámpago pasó.

Miantucatuc prosiguió.

—La Virgen-de-la-mañana ó María, como quieras, murió al dar á luz una niña: yo te he dicho que esa niña había muerto; pero era mentira: esa niña vive: para engañarte, para que no pudieras sospechar, yo me casé en la apariencia, en la forma, ante el mundo, con mi nieta.

—¡Mi hija! ¡mi hija!—exclamó con voz débil López.

—Sí, Adelaida, que ha heredado tu sangre y que es tan infame como tú... Adelaida que te ha muerto...

Entonces López dió un grito, se agitó y cayó desplomado.

Luego...

A la luz del relámpago ví á Miantucatuc, arrojado sobre él, como una pantera del desierto, oprimiéndole el cuello.

Y López se revolvía... se revolvía.

Y el cigarro de Miantucatuc brillaba sin cesar, brillaba.

Yo no ví más.

Me desmayé .. de miedo, de horror.

LXXII

Detúvose el esqueleto, y yo, que estaba aturdido con lo que me contaba, tuve lugar de recobrarme.

—¿Sabes que eres un autor de muy mal gusto?—le dije: —lo que acabas de contar no sólo es horrible sino repugnante, y sobre todo falso, inverosímil.

—¿Sí?—dijo el esqueleto;—pues no te cuento más.

—Como quieras.

—Pues entonces hemos concluído.

—Me alegro.

—Y yo. Ahora cúmpleme tu palabra.

—¿Qué palabra?

—Espera.

Y salió de la alcoba, y volvió á entrar trayendo en las manos el fuelle de la chimenea.

—¡Toma!—me dijo.

—¿Y para qué?

—Para que me mates.

—No te entiendo.

Voy á explicarte de qué modo me puedes matar.

—Espera, espera aún. A pesar de lo absurdo, de lo repugnante de tu historia...

—¡Ah! ¡quieres acabar de oirla! ¡ya lo sabía yo! no debía ceder, pero en fin, continúo.

Y dejó caer el fuelle al suelo, se sentó de nuevo en el sillón, y dijo:

—Cuando abrí los ojos, me encontré en los brazos de Adelaida.

—¿En el jardín?

—En el jardín, y hecho una sopa, hijo: me había caído



JUAN FIVALLER, EXIGIENDO AL REY D. FERNANDO I DE ARAGÓN EL PAGO DEL «VECTIGAL» Ó IMPUESTO SOBRE LA CARNE

(Copia de un cuadro de Raimundo Tusquéts)



CENA EN UN BAILE DE



E GALA, CUADRO DE ADOLFO MENZEL



EMBARQUE DEL REY D. JAIME EL CONQUISTADOR EN SALOU PARA EMPRENDER LA CONQUISTA DE MALLORCA

(Copia de un cuadro de Raimundo Tusquets)





COPIAS DIRECTAS DE UNOS ESTUDIOS DE RAIMUNDO TUSQUETS

encima el aguacero más formidable que puedes imaginarte.

Empezaba á alborear.

Adelaida me daba á respirar sales.

Cuando volví enteramente en mí, me dijo.

—Es necesario que se esfuerce V., que yo le salve. Si Miantucatuc se apercibe de que V. sabe lo que aquí ha pasado, es V. hombre perdido.

—¡Cómo!... ¿no está aquí ese hombre, esa fiera?

—No, pero puede volver á buscarme; es necesario que se esfuerce usted.

Probé á ponerme de pie y lo conseguí.

—Luego, apoyado en el brazo de Adelaida, llegué á una puertecita, subí unas escaleras, y poco después me encontré en un gabinete; era el gabinete particular, reservado de Adelaida.

LXXIII

Lo que aconteció durante el tiempo que pasé desmayado por el horror, fué doblemente horrible.

López, que había empezado á morir de la puñalada de Adelaida, acabó de morir, es decir, murió más pronto estrangulado por Miantucatuc.

Cuando estuvo muerto, el indio, obedeciendo á su feroz instinto, buscó á tientas el puñal con que Adelaida había herido á López, y asiéndole de los cabellos escalpeló la parte superior del cráneo, arrancándole la piel con los cabellos.

Miantucatuc hacía á López los honores del combate apoderándose de su cabellera como de la de un enemigo.

Luego dijo con voz serena á Adelaida, que permanecía inmóvil entre la oscuridad:

—Trae una linterna: las bujías se apagan: el viento y la lluvia arrecian. Cuando bajes, toma un azadón que en contrarás y tráelo.

Adelaida obedeció en silencio: se puso en movimiento y se alejó, sin producir ruido con sus pasos, como una fantasma.

Miantucatuc se puso á pasear junto al cadáver, sin cuidarse de la lluvia que le empapaba, y chupando constantemente de su cigarro.

Estaba satisfecho: había consumado su venganza y ya no tenía absolutamente que pensar en López.

Adelaida apareció al fin.

Llevaba en una mano una linterna encendida y en la otra un azadón.

Adelantó en silencio y se detuvo, y permaneció inmóvil delante del cadáver.

Miantucatuc cesó en su paseo y se acercó á Adelaida.

—Este no es lugar á propósito para sepultarle,—dijo —por aquí pasan todos: verían la tierra removida y es muy difícil desfigurar una sepultura. Dame el azadón y la linterna.

Adelaida entregó aquellos objetos á Miantucatuc.

Miantucatuc asió con una sola mano la linterna y el azadón, y luego se inclinó sobre el cadáver de López y le asió por la corbata.

—Levántale por los pies,—dijo á Adelaida,—y vámonos con él á lo más espeso de los álamos.

Adelaida asió impasible por los pies el cadáver.

Desprovisto de piel en la parte superior de la cabeza, ensangrentado en el pecho, con la expresión repugnante de la agonía, aquel cadáver estaba horrible.

El tremendo grupo de los dos vivos y el muerto, penetró entre los dos árboles: en un lugar espesísimo, cubierto de maleza, se detuvieron el abuelo y la nieta y dejaron caer el cadáver con la misma indiferencia que si hubieran arrojado un fardo.

—Toma la linterna,—dijo Miantucatuc á Adelaida.

Adelaida la tomó y permaneció inmóvil, impasible, como lo había estado durante toda aquella larga escena de horror.

Es necesario que no olvides, Eugenio,—dijo el esqueleto poniendo una nota á su relato,—que mientras esto sucedía, yo, sin que lo supiera Miantucatuc, estaba desmayado en otro lugar del jardín, y que lo que pasó desde que me desmayé hasta que volví en mí, no lo he sabido sino después de haber sido convertido en esqueleto viviente, por el incomprensible misterio en que estoy envuelto, y que no comprenderé acaso sino después de que haya muerto definitivamente.

Continuemos.

Miantucatuc desbrozó la maleza en un reducido espacio con el azadón, desembarazó el terreno, y se puso á cabar con un vigor maravilloso. En pocos minutos estuvo practicable una profundísima sepultura.

Miantucatuc en el fondo, arrojando incesantemente tierra á uno de los costados, con su semblante cobrizo cubierto de extrañas labores azules, López al otro costado ensangrentado, descabellado, espantoso, y Adelaida de pie, fría, severa, con la linterna en la mano y su blanco traje manchado á trechos por ráfagas rojas, constituían un cuadro cuyo efecto era difícil de apreciar á no verlo.

Y erizaba los cabellos.

Cuando la sepultura tuvo tal profundidad, que Miantucatuc á pesar de su elevada estatura se escondía dentro de ella, saltó fuera, asió de López y le arrojó dentro.

—Este hombre traía sombrero,—dijo á Adelaida:—búscalo: tú le has herido con un puñal; trae el puñal y el sombrero.

—Ese hombre, dijo Adelaida,—debe traer consigo cinco mil duros.

—Que reposen con él. Busca el sombrero y el puñal y tráelos.

Adelaida fué á paso lento á cumplir el mandato de su abuelo que había empezado á arrojar tierra sobre el cadáver.

Poco después volvió Adelaida con el sombrero y el puñal.

Miantucatuc los tomó y los arrojó en la sepultura.

Luego continuó arrojando tierra sobre la huesa hasta que la llenó.

Después arrojó sobre la tierra removida, la maleza, y la colocó de modo que hubiera sido muy difícil al ojo más perspicaz descubrir las señales de la tumba.

—Que te busquen, infame,—dijo Miantucatuc lanzando una última mirada sobre la sepultura:—ó mejor, que te encuentren. Hemos concluído, Adelaida. Lo que he hecho con ese hombre, lo haré si es necesario con el otro.

Aquel otro era yo.

(Continuará)

EL CHICO DEL DRAMA

Parecía buen sujeto.

Era tímido, encogido y no llevaba buena ropa.

Penetraba casi todas las noches en el *saloncillo* cuando era más animada la conversación y las carcajadas más ruidosas: cualquiera hubiese creído que permanecía oculto detrás de las cortinas á fin de aprovechar el momento en que nadie reparase en su entrada para deslizarse humildemente y ocupar el rincón menos alumbrado y menos visible de la estancia.

¡Hola! solía decirle—sin moverse de su asiento—el primer actor: y había en aquel saludo mezcla extraña de impaciencia, de cortesía y de protectora superioridad: era su ¡hola! como yo no lo he oído decir nunca más que á los primeros actores cuando reinan en su saloncillo:

Alguno parecido suele oirse á los ministros cuando se dirigen á un pretendiente posma; pero no llega á ser nunca lo que era el ¡hola! del primer actor.

Todos volvíamos instintivamente los ojos hacia el rincón en que procuraba incrustarse el recién llegado, y como su aspecto nada tenía de extraordinario, continuábamos muy luego la conversación interrumpida por espacio de algunos segundos.

—¿Quién es?—solía, cuando mucho, preguntar uno al que se hallaba al lado.

—No sé:—contestaba invariablemente el interpelado encogiéndose de hombros.

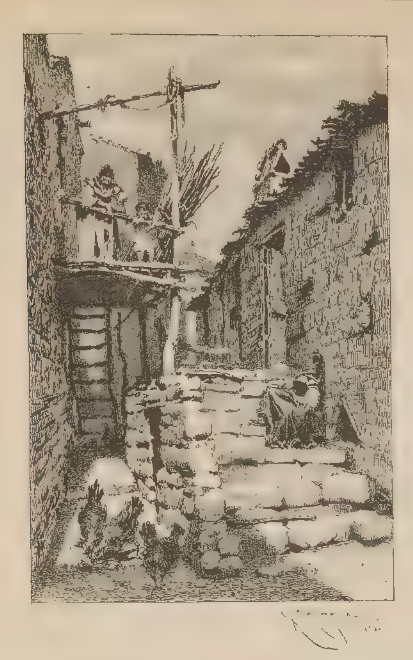
Y en esto paraban y á esto se reducían todas las investigaciones.

El proseguía visitando todas las noches el saloncillo, el primer actor continuaba diciéndole ¡hola! todas las noches y nosotros sin saber quién era, aunque presumiendo á lo que iba.

Yo, que tengo algo y aún bastante de curioso, aproveché una ocasión en que me pareció que *el divo* (dicho sea sin ofensa de nadie) se hallaba de excelente humor para preguntarle quién era aquel desconocido:—Es un chico que trae un drama, me contestó—¿Y es bueno el drama? pregunté.—No lo sé, contestó, aun no he podido leerlo: es muy probable que sea malo,—y varió de conversación.

Comuniqué á mis contertulios lo que, gracias á mi atrevimiento, había yo averiguado y desde entonces, cuando queríamos aludir al individuo en cuestión, solíamos nombrarle: *El chico del drama.*

Comencé desde entonces á mirarle con más atención y descubrí en su fisonomía rasgos que no me parecieron vulgares: aquella mirada viva, penetrante aunque recelosa, decía algo; aquella frente ancha, despejada, prevenía en su favor y la sonrisa permanente, invariable, que se dibu-





COPIAS DIRECTAS DE UNOS ESTUDIOS DE RAIMUNDO TUSQUETS

jaba en sus labios, anunciaba al propio tiempo bondad y modestia. Lo confieso, me sentí atraído hacia *El chico del drama* y habría yo dado cualquier cosa por convertirme en su protector; desgraciadamente antes me hallaba en condiciones de solicitar protección que en el caso de dispensarla.

Esto no obstante y decididamente resuelto á intentar algo, hablé al actor eminente para conseguir de él que leyera el drama: «Mire V., amigo mío, - dijo él, - yo lo deseo, yo me lo propongo muchas veces; pero ¿qué quiere usted? no puedo. Usted conoce mi vida; me levantó de la cama para venir al ensayo sin que me quede apenas el tiempo indispensable para asearme un poco y tomar el desayuno. En el ensayo paso el día; por la noche hago la función; salgo de la función y he de ponerme á estudiar el papel de la comedia que está en ensayo, y me duermo á las cinco de la mañana. ¿Quiere V. decirme cuándo leo? - Y sin embargo, le dije, V. no puede menos de leer las obras nuevas para ver si son ó no son aceptables. - Claro que las leo, y justamente esa es una de mis ocupaciones; pero leo las de aquellos autores cuyo nombre es una garantía de que no es tiempo perdido el que se emplea en leerlas. - Entonces están excluídos de aquí, en absoluto, los autores nuevos. - Casi - Y, sin embargo, los autores más ilustres, los más aplaudidos poetas hubieron de comenzar por no ser conocidos. - Hagamos una cosa,—dijo él,—¿quiere V. leer el drama? si V. me dice que le gusta, lo represento sin leerlo.—Vacilé un poco antes de aceptar; pero por último, dije: Sea; leeré el drama y diré á usted con lealtad lo que me parece.

Al despedirnos aquella noche, el *eminente* me entregó el manuscrito y yo prometí devolvérselo antes de ocho días.

Ocupaciones ineludibles y poco amenas por cierto, me impidieron cumplir mi ofrecimiento. Sobre la mesa de mi despacho descansó el drama cerca de tres semanas, trascurridas las cuales me fué anunciada un día la visita de un *joven*: así lo anunció mi doncella.

—¿Un joven?—pregunté;— pero ¿quién es ese joven?

—Dice que V. no le conoce,—respondió la fámula.—El parece así... vamos que no viene muy bien portado.

—Dile que pase.

Dos minutos después tenía delante de mí al *Chico del drama.*

Yo no voy á contar al lector la tristísima y conmovedora historia que aquel poeta me refirió: sería demasiado larga y acaso también demasiado triste; diré solamente que el actor le había indicado que yo podía decidir de su suerte, y venía á rogarme que leyera el drama lo más pronto posible, porque llevaba esperando tres años y ya no podía esperar más.

—Prometo á V. leerlo hoy mismo,—le dije: y después, cambiando de parecer, le pregunté:—Usted tiene inconveniente en leérmelo ahora?

—¡Oh! de ningún modo, muy al contrario, lo habría pedido si no hubiera temido abusar.

Y dicho y hecho; leyó él con entusiasmo, escuché yo con arrobamiento; cuando lo esperábamos menos nos encontramos con que había terminado la lectura.

Confieso ingenuamente que pocas veces he leído ú oído leer drama que me haya gustado tanto y que tan honda impresión me haya producido.

Era, al menos tal me pareció, una obra admirable.

Como así lo sentía así se lo dije, y él, trémulo todavía por la agitación nerviosa que el leer su propia obra le había causado, me preguntó:

—¿Le parece á V. bien de veras?

—Me parece admirable.

—¿Y querrá V. hacerme el favor de recomendarlo á la empresa?

—No será á V. á quien haga el favor, amigo mío, á la empresa será á la que yo favorezca, diciéndola, como creo de justicia, que no ha representado hasta ahora un drama que pueda ser comparado con este.

—¡Bah!—contestó él con modesta incredulidad; pero al mismo tiempo con visible satisfacción.

—Esta misma noche devolveré el manuscrito á mi amigo y le diré lo que es el drama.

Faltó muy poco para que el poeta, en cuyos ojos veía yo brillar lágrimas de agradecimiento, se arrojase á mis pies y me besase las manos. Tuve necesidad de esforzarme mucho para convencerle de que no había en mi conducta nada de extraordinario.

—Imagínese V.,—le decía yo,—que el drama no me hubiese gustado: sería mía la culpa; ¿habría V. sido justo conmigo porque con igual franqueza que ahora le hubiese yo manifestado mi opinión? En decir á la empresa que la obra de V. me gusta mucho, no dispenso á usted favor alguno como no le inferiría ofensa si, en caso contrario, la dijese á la misma que me parecía muy mala.

- Comprendo todo eso, - me respondía él, - pero el hecho sólo de oir el drama, de haberle escuchado con atención, es un favor inmenso que no olvidaré en toda mi vida, aunque sea muy larga: cosa que ahora creo, aunque al entrar aquí hoy pensaba de muy distinto modo.

Pronunció estas últimas palabras sin dejar su perpetua sonrisa de benevolencia; pero con un tono tan firme, que no pude menos de dirigirle una mirada en la cual había muchas preguntas.

El las comprendió y se apresuró á contestarme.

- Ya conoce V. mi historia, nada le he ocultado de ella; mi amor, mis esperanzas, mis ilusiones, mis osadías y mis desfallecimientos, mis dudas y mis entusiasmos: mis luchas de un día y otro día, y un año y otro año; lucha incesante, que parece próxima á terminar hoy y que se renueva mañana. Esta obra es todo para mí: si el público la acepta, si el éxito feliz corona mis esfuerzos habré anochecido pigmeo y amaneceré gigante: seré el vencedor, habré *llegado:* mi amor desinteresado y puro tendrá dulce cuanto anhelada recompensa; mis ilusiones se habrán trocado en realidades; el loco de ayer será para su familia e genio de mañana; las asperezas del camino se habrán suavizado para mí; si por el contrario soy vencido, caeré con gloria, habré combatido, habré arrostrado el peligro, resultará que tenían razón los que me llamaban insensato; habré de renunciar para siempre á mi sueño de gloria, á mi ambición de aplauso y celebridad y fortuna; pero aun esto mismo, será mil veces preferible á esta incertidumbre, á este penar de todos los días al cual no se ve límite; crea V. que para llevar, como yo llevo, tres años de visitar diariamente á empresarios, actores, actrices, críticos, sin lograr ni aún los honores de un par de horas de atención, ni aun el favor de una palabra de estímulo ó un leal desengaño, es preciso tener un valor que no todos tienen. El suplicio es tal que yo no volveré á sufrirle aunque en ello me fuera la vida: y no lo sufriré, ¿por qué he de sufrirle? Si es tan difícil permanecer aquí y tan fácil la salida.

También advertí en estas últimas palabras el tono melancólico, pero firme, que antes había advertido: no me sonaron aquellas expresiones á fanfarronada necia, ni á infantil deseo de producir determinado efecto, pareciéronme hijas de profunda y arraigada convicción. Le animé como pude, le ofrecí la poca protección y el apoyo escaso que yo podía ofrecerle y que él manifestó agradecer con toda su alma, y nos separamos.

Cumplí mi palabra.

Aquella noche devolví el drama al actor, le hablé de las bellezas que había en la obra, del gran éxito, que á mi juicio, obtendría; el actor, con ese desdén olímpico que caracteriza á los genios de guardarropía, mostróse distraído, sonreía de vez en cuando sin entender lo que le hablaba, daba órdenes á su criado, se retocaba el rostro, repartía saludos y por último me dejó con la palabra en la boca, para dar un vistazo á su traje mirándose al espejo.

Cuando hube concluído mi recomendación, hizo seña, el actor eminente, á uno de sus criados para que recogiese la obra y la guardase, juntamente con otras muchas, en el sitio mismo de donde pocos días antes la había sacado para dármela.

No volví á saber más del drama.

Salí de Madrid, viajé por el extranjero algunos meses y confieso que olvidé, si no del todo, casi por completo este episodio de mi vida de bastidores.

Pocos días después de haber regresado á Madrid, y en ocasión de hallarme leyendo un periódico tropezaron mis ojos con esta noticia: «Anoche puso fin á su existencia un sujeto nombrado G., muy conocido en los círculos literarios. Para realizar su funesto propósito se disparó un pistoletazo que le destrozó la cabeza produciéndole una muerte instantánea.»

No presumía yo quién era ese señor G. tan conocido en los círculos literarios: parecíame que en los pocos meses de ausencia no era fácil que los círculos se hubiesen renovado tan por completo que persona muy conocida fuese completamente extraña para mí.

Por la noche visité el saloncillo y allí nadie me habló del señor G., ni se dijo una sola palabra del suicida.

Para terminarse estaba ya la función cuando uno de los más asiduos concurrentes al saloncillo, hombre muy ocurrente, que desempeñaba allí el papel de dicharachero y gracioso (no siempre con fortuna), dijo en voz alta:

- ¿Sabéis quién se ha suicidado esta mañana?

- ¿Quién? - preguntamos todos.

- Pues Cirilo Gutiérrez.

- Y ¿quién es Cirilo Gutiérrez? - pregunté.

- Ese que venía aquí todas las noches hace cuatro años: *¡El chico del drama!*

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

P. D.

El actor, por decontado, no ha leído el drama todavía.

PROCEDIMIENTO

para quitar las nieves en las grandes ciudades

(Tomado del periódico: *La Nature*)

Hemos dado en otro lugar algunas noticias sobre los procedimientos puestos en práctica en las grandes ciudades de Europa para el desembarazo de las calzadas después de las grandes nevadas, y hecho resaltar la importancia del empleo de la sal aplicada como fundente en las vías de la aglomeración parisiense. Sabido es por otra parte que esta acción está fundada en la propiedad que tiene el cloruro de sodio de formar con la nieve una mezcla líquida que no se congela á una temperatura mayor de 15.° Este descenso, raro en nuestros climas después de una fuerte nevada, puede producirse con más frecuencia bajo otras latitudes, y es una de las razones invocadas por los municipios americanos para rechazar el procedimiento empleado en París.



Cañerías de distribución de vapor para derretir las nieves. Proyecto de M. Locke de Nueva York



Cañería central para los tubos de vapor y con luctos laterales para los hilos telegráficos y telefónicos

Las sociedades de protección de los animales, muy poderosas en los Estados Unidos, invocan otro. El temor de estropear los pies de los caballos con un líquido demasiado frío; temor que, dicho sea de paso, creemos nosotros quimérico, porque la licuefacción se opera en algunas horas y permite la intervención de los barrenderos; y por otra parte, no hay más que engrasar convenientemente el interior del pie del caballo para evitar el daño que se teme.

Sea como quiera, se procura sustituir en Nueva York el procedimiento por otro menos imperfecto para restablecer la circulación, y se han presentado varios proyectos para aprovechar las numerosas canalizaciones de vapor que destribuyen á domicilio la fuerza motriz.

Tomamos del *Científico Americano* las dos descripciones que siguen:

El primer sistema preconizado por M. C. E. Emery, ingeniero general de la Compañía de distribución de vapor en Nueva York, consiste en lanzar en las vías embarazadas fuertes trineos ó rastros provistos de un toldo de tela impermeable en cuyo centro hay dispuesto un ajuste que se puede unir por un tubo flexible á un asidero sobre los conductos subterráneos. Los bordes del toldo están reforzados por hierros planos, que permiten hundirlos en las capas de nieve sobre todo el perímetro que se ha de desembarazar. Así hay la certeza de no perder al aire libre una fuerte proporción del vapor empleado, como sucede necesariamente cuando se opera con una lanza más ó menos gruesa sobre una capa de nieve de poco espesor. En las vías no recorridas por canalizaciones, se engancha al trineo una locomóvil que suministra el vapor necesario. Cantones con su contador situados en las esquinas de las calles ó á trechos en la canalización, permiten á la vez enlazarse á ellos y evaluar el gasto de vapor.

El diario americano juzga que podrían reducirse así á la mitad los gastos ocasionados por la carga en carretones. Pero este procedimiento conserva siempre el inconveniente que se achaca á la sal de suministrar un líquido que puede congelarse á baja temperatura y reemplazar la nieve por una capa de hielo, con la diferencia agravante de que el líquido obtenido por la mezcla de vapor y de nieve se congelaría al punto ordinario y no permitiría la fácil operación de los barrenderos.

Bien se concibe que este procedimiento no se haya podido poner seriamente en práctica.

El segundo sistema, propuesto por M. S. D. Locke de Nueva York, consiste en establecer los conductos de distribución de vapor á lo largo de las aceras en una canalera de hierro ó de hormigón cerrada en la parte superior por una rejilla como lo indica la figura 1.ª y en comunicación por diversos puntos de la alcantarilla. Se echa en esta rejilla la nieve que se funde al contacto de los tubos, corriendo el agua del deshielo á la alcantarilla.

M. Locke tenía igualmente la intención de unir á una canalera central dos conductos laterales destinados á llevar los hilos telegráficos y telefónicos y que cerrados por simples planchas se prestarían fácilmente á las visitas y á las reparaciones. Nuestra figura 2.ª representa la disposición adoptada á este efecto por el inventor.

Tenemos este sistema, tal como se describe, como absolutamente impracticable. Desde luego la canalera serviría en el estado ordinario para la evacuación de las aguas provinientes del deshielo, es decir que haría el oficio de un arroyo embarazado por tubos de vapor y de una limpia difícil. Necesitaría además muy fuertes dimensiones para arrastrar rápidamente las nieves, aun cuando no fueran copiosas, y el sistema ha menester el arranque en las calles y el trasporte á la rejilla, es decir que sólo suprime la carga.

Finalmente, está en abierta contradicción con la instalación de los mismos conductos que pretende utilizar. En efecto, destinados éstos á trasportar el vapor, deben estar revestidos de envolturas aisladoras, pues no se podrían emplear los mismos conductos para la distribución de la fuerza motriz y el derretimiento de las nieves. Para esta última aplicación sería menester una instalación especial que no debería funcionar por consiguiente sino á intervalos más ó menos frecuentes é impondría condiciones muy onerosas.

No creemos inútil reproducir por conclusión un cálculo muy sencillo establecido por M. Barabant, ingeniero general de puentes y calzadas, en la nota que últimamente ha consagrado á la cuestión del empleo de la sal en París para el desembarazo de las nieves.

Admitiendo, dice, que un kilogramo de hulla pueda dar 7500 calorias; que el calor latente de fusión del hielo á 0° bajo la presión atmosférica sea de 79,40 calorias; que el calor específico de la nieve sea 0,50; en fin, que se trate de liquidar la nieve á la temperatura de —5°

1 kilogramo de nieve absorberá para pasar de 5° á 0° $5 \times 0{,}5$ . . . . =2,50 calorias.

Y para pasar del estado sólido al líquido. . . . . . 79,40 —

Total. . . 81,90 calorias

1 kilogramo de hulla fundiría pues. $\frac{7500}{82} = 91$

kilogramos de nieve, admitiendo que no hubiera ninguna deperdición de calor ni ninguna pérdida en la trasformación del agua en vapor, ó en la acción del vapor sobre la nieve.

Pero hay que disminuir la cifra de 60 por 100 para considerar el efecto útil en la fabricación del vapor, y lo menos el 20 por ciento para apreciar las pérdidas inevitables en la acción del vapor sobre la nieve, la cual da un 80 por 100 lo menos.

Esto, con el precio de 35 francos por tonelada de hulla, trae un gasto de 0,0024 fr. por centímetro de espesor de nieve y por metro cuadrado, sin comprender los gastos de alquiler de máquinas, de tracción de nieve á pie de obra, etcétera, conservando siempre el temor de ver congelarse el líquido formado. El gasto correspondiente con la sal asciende á fr. 0,00062 solamente; sin comprender los gastos de dispersión y produciendo siempre un líquido incongelable.

Aparte la preocupación humanitaria de que hemos hablado, no vemos ninguna razón para preferir la acción del vapor á la de la sal en las grandes ciudades. Si no sufre la temperatura descensos bruscos y considerables, el ejemplo de París es del todo concluyente; si sucede lo contrario, se restringirá la aplicación del uno y del otro sistema; pero el vapor elevado á un grado proporcional á su empleo, es á la vez mucho más caro y expone mucho más las calzadas á la interrupción del tránsito por la producción de un líquido más fácilmente congelable.

G. Richou

Ingeniero de Artes y Manufacturas

EL FIN DEL MUNDO

El fin del mundo terrestre se producirá, al parecer, dentro de diez millones de años. Es el término fijado por Sir William Thomson, eminente físico inglés, profesor en la Universidad, de Glasgow. M. Thomson ha desarrollado sus motivos en uno de los últimos viernes científicos de la Real Institución de Londres, ante un brillante concurso de sabios y personas notables. Juzga con Helmholtz que el sol es una vasta esfera ígnea que tiende á enfriarse, es decir á contraerse por efecto de la gravedad sobre su masa, á medida que se produce este enfriamento, de tal modo que la temperatura permanece aun sensiblemente constante. El calor solar, añade M. Thomson, es igual al que sería necesario para desarrollar una potencia de 476,000 millones de millones de caballos-vapor, ó sean unos 78,000 caballos-vapor por metro cuadrado superficial de la foto-esfera.

Por enorme que nos parezcan estas cifras, la teoría dinámica del calor prueba que debe bastar al sol una contracción de 35 metros por año para continuar difundiendo en el espacio la misma cantidad de calórico.

En estas condiciones, el rayo de la foto-esfera disminuye un centímetro *plus minusre* en 2000 años. Necesariamente llegará el momento en que baje la temperatura; y en virtud de cálculos muy precisos, pueden fijarse á diez millones de años el término en que esta temperatura llegará á ser insuficiente para mantener la vida en el globo terrestre.

El doctor Ricoux, jefe de la oficina de estadística demográfica y médica de Argelia, ha publicado recientemente los resultados del año de 1885.

De ellos resulta que desde hace algunos años las condiciones de aclimatación para los europeos en aquel país son las mismas que venían siendo, que aun van mejorando y que en el año mencionado el número de nacimientos en los varones ha superado al de las defunciones, lo cual no se había observado hasta la fecha más que en las hembras.

FÍSICA SIN APARATOS

(Del periódico: *La Nature*)

Tómese una aguja de acero de las de coser y póngase en un tenedor ó una horquilla formada de un alambre de cobre encorvado que se bajará lentamente en un vaso lleno de agua. Si se procede con precaución de modo que la aguja esté horizontalmente tendida sobre el líquido, se llegará á verla flotar como una pajita.

Este fenómeno es debido á que el acero no es mojado por el líquido, formando en su contorno un menisco cuyo volumen es considerable con relación al del cuerpo flotante. El volumen del líquido desalojado, bien por el cuerpo, bien por el efecto capilar, puede tener el mismo peso que el cuerpo flotante, de donde resulta que éste no se sumerge. Para facilitar el éxito de este experimento es conveniente engrasar la aguja previamente pasándola simplemente entre los dedos.

La figura que acompaña ofrece otro medio de producir el mismo fenómeno. Se tiende un papel de cigarro sobre la superficie del agua contenida en un vaso, y sobre el papel la aguja: el papel empapado en el líquido no tarda en irse á fondo y la aguja queda flotando en la superficie como se ve en la segunda copa de la figura.



Modo de hacer que se mantenga una aguja en la superficie del agua

Nosotros hemos logrado hacer flotar así un trozo de alumbre de cobre, de un milímetro de diámetro y hasta una moneda de oro de cinco francos.

Se puede hacer también el experimento con una pluma metálica, que nada perfectamente á la superficie del agua. Y si se imaniza previamente la pluma, constituye flotando una verdadera brújula.

Barcelona.—Imp. de Montaner y Simón

LA ILVSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 9 DE MAYO DE 1887 — NUM. 280

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

ENSAYO DE UNA ÓPERA EN VERSALLES, cuadro de Luis Jiménez

El célebre compositor Gluck había terminado, en 1775, su obra más notable, *Ifigenia en Aulis*. Como se concibe fácilmente, su mayor preocupación consistía en no desmerecer, por una interpretación inhábil, el mérito notorio de su *partitura*. La única compañía de *ópera* que podía asegurarle tan apetecido éxito, era la de la *Escuela Nacional de música*, precursora de la Grande Opera, como se ha dado en llamarla posteriormente.

María Antonieta, á la sazón Delfina de Francia, era apasionada de la música de Gluck, y no hubo de serla muy difícil satisfacer los deseos del ilustre maestro. El autor de *Ifigenia* fué llamado á París y la corte dispensó al compositor, y á su distinguida y noble esposa, Mariana Pergin, una afectuosa acogida.

No fué tan simpático, ni siquiera tan cortés, el recibimiento que hicieron á Gluck los artistas, y sobre todo *las* artistas de la *Escuela Nacional*. Habituados á una dirección poco enérgica, infatuados por un nombramiento que tenía verdadera importancia en la esfera del arte; se resistían á las exigencias del compositor, que no veía en ellos sino otros tantos elementos puestos á su disposición para el mejor logro de sus naturales aspiraciones. Cada ensayo venía siendo un nuevo desastre; hasta que, irritado con razón el maestro, se expresó un día en estos términos:

– Señoras: aquí me han hecho venir para estrenar mi *Ifigenia*, no para sostener una lucha contra la insubordinación de unas cuantas princesas de la ópera. ¿Quieren Vds. cantar?... Enhorabuena. ¿No quieren Vds. cantar?... Enhorabuena, también; de Vds. depende. Yo daré parte á la reina de lo que ocurre, retiraré mi composición y mañana mismo saldré para Viena.

El lenguaje de Gluck desconcertó la resistencia de las encopetadas artistas: estudiaron estas sus papeles con mejor voluntad, y al profundizar la música del maestro austriaco, no pudieron menos de sentirse atraídas luego, subyugadas más tarde y finalmente entusiasmadas por aquellas sublimes notas, precursoras de la revolución musical, cuyo triunfo estamos presenciando en nuestros días. El estreno de *Ifigenia en Aulis* fué una ovación continuada para su autor y para su augusta protectora y discípula, la Delfina María Antonieta.

El cuadro de Jiménez que publicamos en este número está inspirado en el asunto que acabamos de referir, por más que no conste que la insubordinación de las *princesas de la ópera*, como las llamó Gluck, tuviera lugar en los salones de Versalles; circunstancia no imposible después de todo, dada la elevadísima influencia que protegía al insigne compositor. El argumento está bien entendido; los personajes se hallan colocados á propósito y su expresión es sumamente feliz. Jiménez ha pintado á los ejecutantes de *Ifigenia* ni más ni menos que eran cuando se hicieron dignos de la reprimenda de Gluck.

MARINERO, estudio de Baixeras

Baixeras es uno de nuestros artistas más concienzudos. Cada una de sus obras nuevas marca un progreso de reflexión y de ejecución. Por este camino se llega indefectiblemente al verdadero término.

LOS CUATRO GRUPOS del palacio de la Exposición llamada del Jubileo, en Berlín

LA INSPIRACIÓN, por Nicolás Geiger

Un genio alado, el genio del arte, besa al artista. El *virus*, llamémosle así, del genio, queda inoculado: el artista tiende los brazos



ENSAYO DE UNA ÓPERA EN VERSALLES, cuadro de Luis Jiménez

á la inspiración, sin apercibirse de que la corona que esta lleva en la mano, es una corona de espinas, símbolo de los desengaños y amarguras que á aquel aguardan y que, no por estar convencido de ello, le retraen de su noble empresa.

El autor del grupo nació en Lausingen (Baviera) y cuenta apenas 38 años de edad. Es discípulo del profesor Knobl, de Munich; vive en Berlín desde 1873 y sus obras le han merecido justísima reputación.

LAS CONDICIONES FUNDAMENTALES DEL ARTE, por Kaffsack

También bávaro (natural de Ratisbona), también nacido, como Geiger, en 1849, es Kaffsack, autor del grupo en que están representadas la armonía y la ley del arte; la primera por una mujer hermosa que obtiene acordes de las cuerdas de una lira; y la segunda por un genio que, sentado á sus piés, escucha atentamente los acordes y funda la esencia de la armonía en el número y la medida de aquellos.

Kaffsack es tenido por uno de los primeros pintores decorativos de nuestro tiempo y en Leipzig tiene producidas obras suficientes para avalorar su mérito en este ramo del arte.

FANTASÍA Y ARTE, por Hundrieser

El autor ha representado la creación artística en sus dos elementos; el interno, ó sea la fuerza imaginativa ó fantasía; y el externo, ó sea la ejecución de lo concebido, es decir, el arte. La fantasía, saliendo de los límites del espacio y del tiempo, está representada por un genio varonil, robusto, de ardiente mirada, de cabellera flamígera, sosteniendo con ambas manos las antorchas que esparcen por la naturaleza toda el fuego celeste del espíritu creador. A sus piés aparece el arte, con el buril en la mano, dando forma á la inspiración de la fantasía; y completa el grupo un geniecillo en actitud de esparcir flores.

Emilio Hundrieser nació en 1846 en Konigsberg, y durante ocho años recibió lecciones en el taller de Siemering. Escultor de primera fuerza, probado en el monumento de Magdeburgo y en el palacio de justicia de Posen, obtuvo el primer premio en el concurso de la galería berlinesa de la Fama, por su estatua de Federico Guillermo III.

EL ARTISTA Y LA NATURALEZA, por Eberlein

Simboliza este grupo la penetración del artista en el estudio de la Naturaleza, una de las principales condiciones que ha de demostrar la obra de arte. Una hermosa matrona, la madre Naturaleza, se levanta sobre una concha pedestal, dando á todo animación y vida. El autor de este grupo ha querido significar que los efímeros productos de la simple fantasía únicamente merecerán la calificación de creaciones artísticas, cuando el pintor ó el escultor abarquen con clara mirada los secretos y el ritmo de la Naturaleza.

Este grupo es obra de Gustavo Eberlein, nacido en 1847, cerca de Hannover.

ENCUENTRO DE DANTE Y BEATRIZ

Cabe el río Arno, en Florencia, la ciudad clásica del arte italiano, tuvo lugar el encuentro del primer poeta del mundo y de aquella mujer que había de ser inmortal, gracias al poema gigantesco de su amante.

El autor de la DIVINA COMEDIA, al apercibirse de la mujer que había de ejercer en su vida una influencia decisiva, lleva la mano al corazón y se siente próximo á desfallecer. Beatriz, esencialmente modesta, no se apercibe del efecto producido por su aparición.

La última página de este idilio de amor platónico, la conocen cuantos han leído la inimitable obra del insigne florentino.

LAGO SUIZO, dibujo de J. M. Marqués

Quien no ha visitado Suiza, no puede sentir la impresión que causan sus enhiestas montañas, coronadas sucesivamente del verdor de los pinos y de la blancura de la nieve; y sus mansos lagos, bañando los más pintorescos pueblecitos. La antigua Helvecia es una especie de Arcadia abrupta, cuyos pastores constituyen el pueblo más culto y probablemente el más feliz de Europa. En ella todo invita al descanso: el hombre fatigado del mundo, siente, cuando recuerda á Suiza, como una nostalgia, como un deseo vehemente de acabar sus días en los tranquilos lugares en que amó más á Dios, porque se le aparecía más grande en sus obras.

Ejemplo de esa apacible tranquilidad, tan grata al ánimo, es el paisaje de Marqués que publicamos en este número. El nos recuerda momentos, tan efímeros como gratos, de nuestra existencia... Algún día nuestro joven colaborador, que no ha mucho visitó Suiza, recordará las horas plácidas que disfrutó cabe el Monte Blanco y la Jungfrau.

EL BRINDIS DE CLEOPATRA

I

Allá en la tierra sagrada del Nilo, río divino y monstruoso también, cuyos peces son hipopótamos y caimanes y cocodrilos, y cuyas inundaciones de treinta ó cuarenta pies de altura son mares ó diluvios que fecundan la vida vegetal; en el reino de los Faraones y Tolomeos, donde están las célebres pirámides, sepulcros de antiguas dinastías, piedras miliarias gigantescas de civilizaciones que pasaron, y donde estuvo el tesoro más precioso, el oro y los diamantes y las perlas del pensamiento humano, en la primera biblioteca del mundo; en el país de cielo más azul, de aire más dorado, de vegetación más verde, de temple más tibio, de aves más raras, de flores más vivas, de mujeres más morenas, ardientes y voluptuosas; en el viejo y misterioso Egipto, cuna de la historia y de la ciencia y del arte y de toda cultura; allí hay una hermosa, alegre y nobilísima ciudad, recostada muellemente á orillas del Mediterráneo, como en su lecho nupcial, y dormida aún en su primer sueño de amor y de gloria, al ósculo generador del épico é inmortal Alejandro. Es la ciudad fundada, hace dos mil años, por Alejandro Magno; es la grande Alejandría, centro de la ilustración hasta el sétimo siglo cristiano, y emporio siempre del comercio de Levante.

II

Aclaraban ya el horizonte de los tiempos los primeros albores de la era cristiana. Corría la época del triunvirato romano, y Antonio, general afortunado, que con Octavio y Lépido compartía el imperio del mundo, después de la muerte de César, recabó para sí el gobierno de las provincias de Oriente.

Tocóle, pues, en esta repartición de pueblos, el reino de los Tolomeos, conquistado ya por César; y victorioso de otros reinos, y enriquecido de despojos, y fuerte con sus legiones, y altivo y fastuoso, entró por arcos de triunfo en la ciudad de Alejandría.

Tenía por mujer legal á la virtuosa Octavia, hermana de uno de sus colegas de triunvirato, y á Lícoris por concubina; sin renunciar por eso á los despojos de amor que le ofrecía la victoria, afortunado en toda lid y tan avasallador y violento, como sensual y vicioso.

Con tan pocos escrúpulos y tal y tanta potestad, capaz era de sacrificarlo todo á sus pasiones; pues el que sojuzgaba tantos pueblos, estaba á su vez sojuzgado por su orgullo, por su ambición, por su envidia, por su intemperancia, pero sobre todo, por su lujuria.

¡Y estaba en la corte de Cleopatra, reina de Egipto, y también de la hermosura y del amor!

¡Y menesterosa de su apoyo y valimiento, la reina de la hermosura y del amor estaba á sus plantas!

¡Pobre Octavia!

III

En el palacio de los Tolomeos, precioso monumento de arte griego, aunque no puro, sostenido en alta plataforma á un extremo de Alejandría, por figuras colosales, y guardado aún por la antigua esfinge egipcia, que empinaba su busto humano sobre su cuerpo de bruto á cada rellano de la escalinata exterior, había una cámara con vistas á un jardín no menos delicioso que el edén.

Las artes suntuarias exornaron á porfía esta cámara, especie de gineceo real; pero no le dieron carácter ó confundieron allí todos los caracteres del adorno. Había en él muebles y objetos de gusto egipcio, griego, romano, romano sobre todo, como una revelación de preferencia, de afición, de cariño.

En un bello y rico lecho ó reclinatorio á la romana, de oscuro y oloroso cedro con incrustaciones y molduras de oro y marfil, de nácar y piedras preciosas de todos colores, y sobre un manto de púrpura real tendido sobre el muelle cojín, estaba voluptuosamente recostada una mujer hermosa y joven, que respiraba en su mismo desdén altiva distinción y majestad.

Era morena pálida, de ojos grandes, negros, húmedos, brillantes, de nariz correcta, griega, de labios rojos, abultados, entreabiertos, africanos, dejando entrever, como dos sartas de perlas, una dentadura blanquísima, limpia, esmaltada, igual. Una gran mata de pelo negro y lustroso como el azabache, prendido en la coronilla con un cordón de oro y alfileres de diamantes, caía luego, mitad en trenzas, mitad maliciosamente ensortijada sobre los desnudos hombros y sobre el seno, desnudo también en parte.

Su estatura debía de ser prócer, sus formas completas y firmes, y todo su cuerpo gallardo, según se adivinaba fácilmente al través de la túnica de seda de Corinto que se ceñía á sus carnes.

Sus sandalias bordadas de oro y pedrería y sujetas á la bien cortada pierna con cintas de seda roja, terminaban en punta de falo, como las que usaban las cortesanas de Roma.

Era indefinible su edad: ni era niña ni vieja. Cuando alegre ó plácida, dejaba oir su voz argentina y sonora como un canto, parecía frisar en los veinte años; cuando enojada fruncía las cejas, ó bien con frente serena, departía de ciencia, de arte, ó de gobierno, parecía pasar ya de los treinta.

De todas maneras era una mujer hermosa, arrogante, soberana, tentadora.

Era la reina de Egipto; era Cleopatra.

IV

Al rededor de la reina había hasta doce esclavas de diferentes lenguas; y todas usaban sus trajes gentilicios, menos sus dos favoritas, Tulia y Terencia, que vestían de ninfas mitológicas.

Las dos favoritas; atentas á su voz, estaban de pie á su cabecera; las egipcias Taia y Hemva, de rodillas á sus plantas.

Las demás, distribuídas en dos grupos á una y otra puerta de la cámara, esperaban humildemente sus órdenes.

– ¿No ha venido aún Amenemhe? – preguntó la reina.

– No es medio día aún, señora, – contestó Tulia.

– Que entre en cuanto venga.

Tulia hizo un ademán, y luego al punto salieron Taia y Hemva á cumplir el real mandato, reemplazándolas otras dos esclavas á las plantas de la reina.

– Mientras tanto, distraedme, – repuso Cleopatra.— Cuéntame una historia, Tonau.

Una de las esclavas de rodillas, se levantó á una indicación de la reina, y dijo en són de maestra:

– Te contaré ¡oh reina mía! el misterio de la Triada formada por las tres partes de Amon-Ra: Osiris el padre, Isis la madre, y Horo el hijo.

– No, – contestó desdeñosamente Cleopatra.

– Te contaré la historia de Apis, el buey sagrado, que...

– No.

– Te contaré la de Ibis, que es también...

– No.

– Te contaré...

– No me cuentes nada tú, que siempre cuentas lo mismo, – dijo la reina con enfado en cierto modo pueril.

Tonau volvió á arrodillarse á las plantas de la reina, la cual, dirigiéndose ahora á sus favoritas, añadió:

– Entretenedme vosotras, que sabéis cosas más gratas y las contáis mejor.

Tulia contó la historia de Venus; Terencia la de Marte.

Y Cleopatra, muy complacida, enseñó varias veces las perlas engarzadas en los corales de su boca.

V

– ¡El sabio Amenemhe! – dijo anunciando Hemva.

Y ella y Taia se pusieron á uno y otro lado de la puerta de entrada.

Cleopatra se incorporó sobre su mismo reclinatorio, se abrochó la túnica sobre el pecho, y con ayuda de Terencia, se echó encima un paño de la púrpura, en cuya cenefa resaltaban en dorados jeroglíficos los atributos de su reino, de su majestad y dinastía.

Después de una larga pausa, se dignó hacer la reina un imperioso ademán como autorizando la entrada de Amenemhe.

Este apareció muy luego entre los rojos paños del pabellón de la puerta, entreabiertos por las dos esclavas, y á otra indicación real, salieron todas ellas, menos Tulia y Terencia, que discretamente se quedaron, aunque entre cortinas.

El sabio Amenemhe, viejo ya por sus años, y más y más envejecido en los pervigilios de la ciencia, hizo una profunda reverencia y avanzó modestamente quedando á mucha distancia, donde repitió la inclinación, más profunda y extremada todavía.

Cleopatra lo autorizó á acercarse más con una graciosa y expresiva seña.

Amenemhe no se acercó más; pero se adelantó algunos pasos quedando siempre á respetuosa distancia.

– Reina de Egipto, dijo inclinándose por tercera vez casi hasta el suelo, – te has dignado mandarme venir, y vengo á recibir tus órdenes.

– ¡Sabio Amenemhe! ¡Cuán mísera es la mujer que no sabe, siquiera sea reina de Egipto!

– ¡Por Osiris! No, no debe quejarse de su poca sabiduría la mujer que sabe tantas letras y artes, ni menos la reina que no ignora la ciencia del gobierno.

– ¿Y la ciencia de la naturaleza?

– ¡Oh ilustre princesa! Déjanos algo á los viejos, que no sabemos ya leer más que en ese libro.

– Necesito que me ayudes con tu ciencia.

– Tu derecho es mandar; mi obligación obedecer. Manda pues, reina mía.

—Bien sabes cuán fastuoso es Antonio.

– ¡Oh! le cuesta á él poco un fausto que paga el sojuzgado y pobre Egipto.

– Anoche mismo, – repuso Cleopatra, desentendiéndose de esta queja del viejo Amenemhe, – dió en mi honor un banquete á cuya mesa se sirvieron los más preciosos manjares y la dulcísima ambrosía de sus dioses inmortales, servido todo por ninfas y amorcillos. Y no ya sólo las flores que adornaban las ánforas, hasta los peces que se sirvieron en tan espléndido festín brillaban con reflejos de sol en medio de la noche, pues los ojos de los peces y las semillas de las flores no eran sino puntas de diamante.

– ¡Pobre Egipto! – exclamó el sabio Amenemhe moviendo la cabeza con despecho.

Cleopatra continuó sin hacer caso del sabio.

– Soy la reina de Egipto, y aunque halagada por las finezas de Antonio, me siento deprimida ante su lujo. El parecía el rey de Egipto y yo...

Una nube pasó por la frente de Cleopatra, cuyas cejas se fruncieron, mientras el viejo Amenemhe apretaba los labios y meneaba la cabeza.

Después de una pausa, repuso Cleopatra:

– Yo quisiera...

– ¿Devolverle el obsequio?

– Sí.

– ¿Para igualar el decoro?

– No; para superar el suyo, para vencer á Antonio.

– ¡Oh reina, desgraciada hija de los ilustres Tolomeos! ¿Olvidas que es el romano el vencedor y tú la vencida?

– ¿Y quién sabe si mañana seré yo la vencedora y el romano el vencido?

El viejo Amenemhe movió la cabeza con incredulidad, sin comprender la intención de la reina.

VI

– Quiero brindar á la salud de Antonio, – dijo Cleopatra animándose. – Dime, sabio Amenemhe, ¿puedes tú con auxilio de tu ciencia componer un licor más precioso que la ambrosía de los dioses olímpicos?

El sabio se sonrió.

– Bien sabes por tus mismas letras, ¡oh ilustre reina! – le dijo – que la ambrosía de los dioses y los mismos dioses y todo el Olimpo no son sino mitos de la fábula griega y latina.

– En hora buena; pero á lo menos sabrás hacer un licor precioso, muy precioso, tan precioso que no puedan gustarlo más que los potentados de la tierra que tengan mis riquezas y mi aliento, y quede en la fama para siempre como el licor de Cleopatra.

– ¿Y para qué hacer lo que hizo ya la misma naturaleza? ¿Hay licor más precioso para el caso que el añejo de Palestina ó de Corinto?



MARINERO, estudio de Baixeras

Cleopatra soltó una carcajada y luego se puso seria de repente.

– Corinto y Palestina lo beben á pasto los comensales de Antonio. Quiero que me disuelvas en una copa de vino mi mayor diamante.

– Imposible, reina, – contestó el sabio Amenemhe.

– ¡Imposible!.

– Señora mía...

– ¡Imposible y te lo mando yo!

– No hay cuerpo en la naturaleza, ni sólido ni líquido, que hiera al diamante, mineral divino que bajo la acción del tiempo forman todos los elementos. Sólo se hieren mutuamente un diamante con otro, y así hasta puede reducirlos á polvo la fricción continua.

– Pues bien, redúceme á polvo mi mayor diamante, pues para el caso es lo mismo.

Ni aun así, señora mía, ni aun así sería soluble en ningún líquido, quedando en el fondo de la copa el polvo de cristal.

– Se remueve al tiempo de beber.

– Causaría la muerte.

– Entonces no, – dijo Cleopatra con despecho.

Después de una pausa añadió:

– ¿Y no hay en tu ciencia otro medio más fácil, pero igualmente dispendioso, para hacer el licor de Cleopatra?

– Si tanto es tu empeño ¡oh reina! – contestó Amenemhe, – preciosas también son las perlas, y estas se disuelven facilmente.

– Quiero un licor muy precioso.

– Tendrá todo el precio de las disueltas perlas; pero el licor no será dulce ambrosía, como quiera que el agente de esta disolución ha de ser vinagre fuerte.

– En hora buena: brindaré con vinagre; pero tan precioso como mis mejores perlas.

—¡Por Isis! – exclamó el sabio egipcio. – Basta, oh reina, la más inferior de tu joyería, que aun así, no dejará el licor de ser precioso.

– ¿Has olvidado que quiero vencer á Antonio? – preguntó Cleopatra de un modo indefinible. – Disolveré á su vista mis dos mejores perlas y brindaré á su salud.

– Pero esas perlas, tamañas como dos huevos de paloma, son un tesoro inapreciable, – dijo Amenemhe con lástima.

– ¿Qué importa? – contestó Cleopatra con desdén.

– Una sola vez las colgó á sus orejas tu augusta madre para el acto de su casamiento con Bala, rey de Siria. No, Cleopatra, no sacrifiques esas perlas, herencia de tus mayores y tesoro de tu dinastía. Y al fin para una competencia pueril.

– En vinagre ¿eh?

El viejo Amenemhe inclinó la cabeza pesaroso.

VII

Habían pasado tres días, y en la noche del último se notaba más esplendor y movimiento y júbilo en el palacio de los Tolomeos.

Los soldados de la guardia, mixta de romanos y egipcios, anunciaban ya la alegría de la casa, reunidos en el vestíbulo al rededor de las ánforas cargadas de Falerno, charlando y riendo los vencedores, oyendo y callando los vencidos.

En los cenadores del jardín alumbrado con antorchas que daban luz de todos colores, departían también alegremente los centuriones y demás oficiales de las legiones de ocupación y de las huestes egipcias, al rededor de bien servidas mesas, donde abundaban los jarros de Palestina y las ánforas de Etruria.

Y en los salones interiores, fausto por fausto y obsequio por obsequio, pagaba al general romano su espléndido banquete con otro más espléndido y suntuoso la no menos fastuosa y pródiga reina de Egipto.

Los reclinatorios, todos á estilo romano, estaban ocupados á lo largo de las mesas por todos los dignatarios del reino y por todos los caudillos y patricios que acompañaban al triunviro.

Las mesas estaban servidas por esclavas vestidas todas de ninfas y por niños disfrazados de amorcillos.

Las tañedoras griegas, las cantoras romanas y las bailarinas gaditanas, amenizaban la fiesta, danzando unas y cantando otras al dulce y compasado són de liras y flautas.

Todo lo que regalaba el gusto, ya suculento, ya dulce, ya excitante, tónico ó espirituoso, y al mismo tiempo todo lo que halaga el oído, la vista ó el olfato, y todo lo que enardecía y fascinaba, todo estaba allí reunido en primorosa, brillante y grata confusión.

Cleopatra y Antonio que, aparte, en mesa de respeto, presidían el regio banquete, estaban más fascinados que los demás comensales. No embriagaba ya el néctar de las ánforas; la embriaguez se respiraba en aquel ambiente cargado de olor, de sabor, de luz, de armonía, de amor. Cleopatra no había visto nunca un hombre más arrogante, más audaz, más fuerte, más digno de una reina que Antonio; Antonio tampoco había visto jamás una reina más digna de un general romano, de un conquistador. Por ella hubiera dado diez Octavias y cien Licoris.

Ya al final del banquete, presentó su vacía copa de oro á una de las Hebes, diciendo al mismo tiempo á Cleopatra:

– Voy á brindar por la reina de la hermosura.

Y ya se aprestaba la escanciadora á llenársela, cuando haciendo una seña convenida á otra Hebe, dijo la reina á Antonio:

– Espera y brindaremos los dos con un mismo licor y en los labios de una misma copa.

Y presentó la suya á su escanciadora.

Esta se la llenó de vinagre.

Cleopatra se despojó de una arracada en que se sujetaba á tornillo una perla fina, tamaña como un huevo de paloma, y desarmada, la dejó caer dentro de la copa.

Todos los ojos se convirtieron á ella, ansiosos de penetrar su intención.

Pasado el tiempo calculado por el sabio Amenemhe, tomó la copa Cleopatra sonriendo y se la pasó á Antonio.

Antonio, sonriendo también, la tomó de sus manos y poniéndose en pie, dijo en són de triunfo:

– ¡Brindo á la salud de Cleopatra, reina de Egipto y de la hermosura!.

Y se llevó la copa á los labios.

Pero no bien hubo gustado el agrio licor, cuando la apartó diciendo:

—¡Por Venus! Es aceto.

– Preciso para disolver la perla, – contestó la reina sonriendo. – Es el licor de Cleopatra.

Y levantándose ella también, alzó la copa á toda la extensión de su brazo y exclamó con voz sonora y con exaltacion y embriaguez:

—¡Cleopatra, reina de Egipto y de la hermosura, brinda por Antonio, triunviro romano!

Y apuró la copa de vinagre, la disolución de una perla tasada en quinientos talentos.

Se había tragado de un sorbo más de ocho millones de nuestra moneda.

Ben-Orvanar

HISTORIA DE UN HOMBRE CONTADA POR SU ESQUELETO

POR DON MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

(Continuación)

—Lo veremos, – dijo para sí Adelaida.

Luego Miantucatuc delante y Adelaida detrás, se metieron en la casa.

La lluvia arreciando siempre, se había encargado de



LA INSPIRACIÓN, por Niçolás Geiger



LA ARMONÍA Y LA LEY DEL ARTE, por José Kaffsack

CIÓN LLAMADA DEL JUBILEO EN BERLÍN



FANTASÍA Y ARTE, por Emilio Hundrieser



EL ARTISTA Y LA NATURALEZA, por Gustavo Eberlein

borrar los últimos vestigios de aquel horrible asesinato.

El agua del cielo había disuelto la sangre que el crimen había vertido en la tierra.

Pero si el ojo del hombre no estaba fijo en el crimen estaba fijo sobre él el ojo de Dios.

LXXIV

Adelaida había cambiado de traje y estaba delante de mí sonriente, hechicera, vestida con un traje negro.

—¿Cree V. ahora que le amo? – me dijo Adelaida inclinando hacia mí de una manera enloquecedora su bellísimo, su admirable semblante blanco y pálido, y abrasándome, á pesar del estado de espanto en que me encontraba, con la mirada de sus incomparables ojos negros.

– Sí, sí, lo creo, – contesté maquinalmente.

– ¿Tiene V. miedo? – me dijo mirándome con fijeza.

– Lo confieso. Ese hombre es terrible.

– Por lo mismo, y como yo le amo á V., y como ese hombre es un obstáculo á nuestros amores, y como mientras ese hombre viva está amenazada la existencia de usted, es necesario que muera.

– ¡Que muera! ¿y quién se atreverá?

– ¡Yo! – dijo sombríamente Adelaida.

Te confieso, Eugenio, que aquella mujer se había hecho para mí inverosímil.

Con una hermosura tan dulce, con una sonrisa tan tranquila, tan espiritual, tan incitante, ¿cómo comprender el alma negra y terrible que bajo aquella hermosura, bajo aquella sonrisa se ocultaba?

Y sin embargo, yo me sentía á cada momento más enamorado: Adelaida me embriagaba con ese poder de fascinación que la ha dado el infierno.

Ya la conocerás, y cuando recuerdes su historia, cuando la compares con su aspecto, con su apariencia, te estremecerás.

¡Oh! ¡las apariencias! ¡cuánto engañan las apariencias!

– Continúa, continúa, me tienes vivamente interesado, – dije al esqueleto: – deseo saber el desenlace de ese drama patibulario.

– ¡Oh! el desenlace lo tienes delante: el desenlace es mi esqueleto. Yo fuí la última víctima de esa mujer... de mi adorable viuda...

– ¿Cómo? ¿te casaste con ella?

– Sí: un año y días después de la muerte de López.

– Eso quiere decir...

– Que mató á Miantucatuc.

– ¡A su abuelo!

– Había matado á su padre sin saber que era su hija, y mató á su abuelo creyendo que era su esposo.

– ¡Oh! ¡y qué mujer!

– ¡Y el imbécil de tu amigo Juan baila en este momento con ella una *galop infernal*, sin sospechar que los brazos que le estrechan, los ojos que le abrasan, el aliento que le embriaga, son los de un demonio!

– Sigue, sigue.

– Sí, es necesario acabar: ya pronto cantará el gallo: cuando el gallo cante es necesario que yo esté muerto, definitivamente muerto: es necesario que yo no tenga más frío, y sobre todo, qué mi doble vista no vea lo que me martiriza: las caricias de Adelaida á otro hombre. Es necesario, necesario de todo punto concluir.

– Me temo que por falta de tiempo mutiles tu historia.

– No por cierto, aun queda bastante espacio para que la concluya con todos sus detalles.

LXXV

Pasé tres días y tres noches en un estado de excitación terribles.

Vivía en el gabinete de Adelaida.

Cuando se acercaba Miantucatuc, Adelaida me escondía en un armario de espejo.

Miantucatuc jamás en las breves visitas al gabinete de su nieta hablaba con ella.

Daba algunos paseos á lo largo, y yo, que no dejaba de mirarle por el ojo de la cerradura, me estremecía.

Parecíame que las largas y afiladas narices del indio se dilataban y se contraían como olfateando ferozmente una presa, y recordaba ese cuento terrible que con infinitas variantes se ha contado á todos los niños, de aquel terrible monstruo humano, que cuando había escondido algún hombre en su caverna exclamaba olfateando por todas partes:

– ¡A carne humana huele aquí!

Yo sufría un terror indecible.

Tenía sobradas pruebas de la sagacidad de Miantucatuc para no temer que por cualquier vestigio imperceptible me descubriese, y hartas pruebas también de su ferocidad para no estar seguro si me descubría de ser devorado por él.

Mientras Miantucatuc permanecía en el gabinete, mis cabellos estaban erizados y me parecía sentir al rededor de mi cabeza la punta de su cuchillo.

Mucho tiempo después de haber desaparecido Miantucatuc, persistía el temblor poderoso, convulsivo, que había agitado mis miembros, y el frío del pavor que había penetrado hasta mis huesos.

Aquello era morir.

Y sin embargo de lo tremendo de Miantucatuc, Adelaida, mientras él permanecía en su gabinete, estaba inalterable: su semblante mostraba la más tranquila expresión; sus labios sonreían; sus ojos brillaban; siempre y poco después de la llegada de Miantucatuc, se sentaba al piano y tocaba...

Yo no puedo hacerte comprender lo que tocaba Adelaida: era... no una música, sino una sucesión de sonidos casi inarmónicos, unidos entre sí por una especie de cadencia salvaje: aquel sonido desapacible, bravío, pero grandilocuente en medio de su desorden y de su inarmonía, era sin duda el remedo de un canto bárbaro, al que se unía con mucha frecuencia la voz de Miantucatuc que entonaba una especie de versos en un idioma que yo no entendía entonces.

Miantucatuc cantaba como inspirado: se trasportaba. Acaso á su trasporte, á su distracción, excitados por Adelaida, debía yo el no ser descubierto.

Y era terrible aquel extravagante espectáculo.

Miantucatuc, alto, demacrado, viejo, con un semblante rudo, matizado de colores, su gorro encarnado, su bata encarnada, que le ceñía enteramente el cuerpo, y sus pantuflas encarnadas... y aquel canto... y las inflexiones horribles del semblante del indio, que respondían de una manera simpática á las notas bárbaras de aquella canturía... y más allá, delante de un riquísimo piano, sobre una rica alfombra, en medio de los admirables detalles de aquella bellísima habitación, una mujer vestida de blanco, más bella que todo lo que la rodeaba, sonriente, voluptuosa, descuidado el traje, dejando ver tesoros de hermosura, descuidados los negros y magníficos cabellos, dejando caer de una manera insistente el poderoso fluido de sus brillantes ojos sobre el salvaje, y el salvaje estremeciéndose bajo aquella mirada, y haciendo poderosos esfuerzos para no devorar aquella voluptuosidad que se le brindaba... ¡Oh! ¡y cuánto padecía yo de terror y de deseo, partícipe oculto de la poderosa fascinación que envolvía al indio!

Y cuando el indio desaparecía, cuando Adelaida abría el armario, cuando yo salía encogido por el pavor, empequeñecida el alma, contraído el corazón, vaga la cabeza, aquella mujer me decía... ¡sonriendo! ¡mirándome con no sé qué encanto!...

– ¡Cuánto amo á V.! ¡cuánto trabajo, cuánto sufro para ocultarle! ¡nunca me ha visto Alvarez tan tentadora!

Yo agonizaba.

Y aquella mujer terrible, vivía allí en aquel gabinete conmigo como si hubiera vivido sola: nada recataba de mí: la veía en el más completo desaliño, pero siempre fascinadora; ella me sonreía acabando de envenenarme el alma, y cuando yo la miraba desesperado, suplicante, muriendo, ella me decía estrechándome dulcemente las manos con un acento capaz de hacer impuro á un ángel:

– ¡Cuando sea viuda!

¡Oh! ¡cuánto! ¡cuánto sufrí!

Eran aquellos unos amores mortales.

Al tercer día de mi encierro, Adelaida me dijo:

– Al fin Alvarez nos deja un momento de libertad: ha partido á Madrid.

– ¿Y á qué va á Madrid?

– Debe ir á casa de Clara.

– ¡Ah! ¡á casa de Clara!

– Sí, yo no sé qué vínculos, qué amor le enlazan á esa mujer.

– ¡Oh! yo sí lo sé, – la dije, – olvidándome de la prudencia.

– ¿Que lo sabe usted?

– ¡Sí!

– Espero que V. me lo revele.

– Es necesario que guarde V. el más profundo secreto.

– Mi vida es una sucesión de secretos, – me contestó, – y jamás he revelado uno solo por la menor imprudencia.

– Pues bien, Clara es hija de Miantucatuc.

Brillaron de una manera terrible los ojos de Adelaida.

– ¡Su hija!... ¡sí, sí!... bien puede ser!... ¡ahora comprendo el color de esa mujer!... ¡india!

– Se la robó siendo niña el primer marido de Clara, – la dije.

– ¡Ah! ¿y quién ha contado á V. eso?

– La misma Clara en un momento de delirio.

– ¡Delirio de amor!

– Sí.

– Pero... la confirmación...

– El mismo Miantucatuc.

– ¡Con que tiene una hija!... ¡con que Clara es su hija! ¡y yo no tengo hijos de Miantucatuc...! ¡yo no soy para él más que una mujer que vive bajo un mismo techo...! ¡es decir que mañana los tesoros de ese hombre!...

– ¡Los tesoros! – exclamé.

– ¡Inmensos! ¡como no los tiene ningún soberano de Europa! ¡Perlas!... ¡montones de perlas!... ¡montones de barras de oro!... ¡montones de brillantes!... quien posea esos tesoros puede tener palacios... ¡hermosos palacios!... trenes... ¡admirables trenes!... ¡puede brillar como brillan los que pueden hacer de sus manos dos ríos de oro!... y yo... sí... yo no soy su esposa... porque... no he sido suya... porque no he podido tener hijos suyos... y en vano fuerzo todos los medios que me ha dado la naturaleza... en vano le halago... cuando más... da un paso hacia mí... y luego retrocede murmurando no sé qué palabras ininteligibles... le soy de todo punto indiferente... cuando muera me dejaría rica... sí... porque me ama no sé cómo... pero mi riqueza sería una gota de agua comparada con el océano de riquezas que dejará á su hija.

– ¿Con que tan rico es? – la pregunté sintiendo la sed mortal de la codicia.

– Mire V., mire V., – dijo Adelaida abriendo un puro y sacando de él algunos estuches y abriéndolos... perlas negras... perlas blancas... aderezos admirables... repare usted en estos brillantes... qué tamaño, qué limpieza...

– ¡Oh! este es un tesoro, Adelaida.

– Esto es polvo, nada... una cienmillonésima parte de lo que ese hombre posee.

– Y ¿dónde tiene esos tesoros?

– Aquí... en esta quinta... enterrados bajo el hogar de su cabaña que se ha hecho construir á imitación de su cabaña del desierto...

– ¿Y no ha podido usted...?

Me detuve temeroso de concluir la frase.

– No, no he podido robarle... – contestó Adelaida adivinando lo que yo no me había atrevido á decir: – ese tesoro está protegido por las cabelleras de sus enemigos...

– ¡Un golpe de mano!...

– ¡Ay del que se atreviera á penetrar en su cabaña!... ¡ay del desventurado!

Yo estaba enloquecido por el deseo de poseer aquella mujer, de poseer aquellos tesoros, y la dije:

– El día en que ese hombre haya muerto...

– Es necesario que muera de tal modo que su muerte parezca natural... hay mil medios... la ciencia ha multiplicado los medios de destrucción... pero yo no puedo procurarme un medio seguro... estoy vigilada... me vería obligada á dar pasos que me pondrían en descubierto... que me expondrían al furor de Alvarez, V. podría...

– ¡Yo...!

—¡Y por qué no! conquistaría V. mi posesión y la de esos inapreciables tesoros.

—Sí... sí... es cierto... pero para obtener uno de esos venenos seguros que no dejan rastro... es necesario valerse de sabios que se hacen pagar muy caro... en España sería difícil encontrar uno de esos sabios... además en España es difícil encontrar un hombre en ciertas clases que asesine por dinero.

—¡Los judíos! ¡en el extranjero!

– ¡Ah!

– A cambio de este aderezo (y me dió el de perlas negras) un veneno seguro de los que no dejan rastro.

Guardé temblando aquel fúnebre aderezo.

– Cuatro días para llegar á París,—dijo meditabunda Adelaida, – uno para trasladarse á Londres... en Londres se encuentra todo... es la Babel moderna... los grandes crímenes y las grandes virtudes... dos días en Londres: otros cuatro días para volver: dos días de dilaciones imprevistas... dentro de doce días... al oscurecer junto á la pila del agua bendita de la iglesia de San Luis.

. . . .

LXXVI

En Londres se encuentra todo cuando se sabe pagar.

Hay comerciantes de venenos como hay comerciantes de mosquitos.

Allí se especula con todo.

Las leyes son excesivamente rígidas, pero el crimen es excesivamente sagaz.

La policía es formidable, pero los buscadores de la vida son dignos antagonistas de la policía.

Encontré un doctor á muy poco trabajo que me escuchó gravemente, y después de saber lo que yo deseaba, me puso en las manos una cajita redonda de estaño, envuelta en un prospecto en que se explicaba minuciosamente la manera de administrar el famoso medicamento que curaba infaliblemente las enfermedades provenientes del hígado.

– Mirad, – me dijo: – es una cristalización: la concentración de poderosos agentes: importa poco que os encuentren este preparado; desafío al químico más hábil á que le descomponga: la impunidad más segura: primero laxitud, después demacración, consunción y por último la muerte... seis días de plazo: tres tomas, lo que cabe en un penique en cada toma, administrada en cualquier líquido... y mil libras esterlinas para el preparador.

. . . .

Y el doctor vivía en una gran casa, mantenía una gran servidumbre, y tenía grandes posesiones y una fama respetadísima: además de esto el sabio doctor Wildall tenía el aspecto más noble, más venerable, más simpático del mundo: parecía la virtud misma.

. . . .

A los doce días de haber partido de Madrid estaba yo al oscurecer junto á la pila del agua bendita de la iglesia de San Luis.

Poco después una mujer elegantísima, cubierto el semblante con el velo de su capota, llegó junto á la pila: yo la ofrecí agua bendita. Tomóla la mujer y al mismo tiempo el maravilloso medicamento del doctor Wildall y su instrucción impresa en inglés con la traducción manuscrita detrás.

Aquella mujer me estrechó fuertemente la mano, y me pareció ver brillar sus ojos con un fulgor siniestro al través del velo.

Yo la había reconocido al acercarse: era Adelaida.

La seguí al salir de la iglesia y la ví entrar en una carretela.

La carretela partió, y yo profundamente ansioso, fuí á mi casa, en la que entraba por primera vez después de mi breve viaje á Inglaterra.

LXXVII

En cuanto entré me dijo mi ayuda de cámara:

—Señor, tengo que anunciar á V. un asunto importante... digo... yo lo creo sumamente importante.

– Concluye, hombre .. sepamos...

Dos días después de haber marchado V. á Francia, un lacayo trajo con gran urgencia esta carta. Como V. me

había mandado que mantuviese secreto su viaje, cuando se me exigió contestación, dije que el señor estaba enfermo y que no podía contestar. La carta es esta, – dijo, sacándola cuidadosamente de su cartera y entregándomela.

Abrí aquella carta y miré con ansiedad la firma.

Era de Clara.

Sentí que se me helaba el corazón, que se me nublaban los ojos... y luego que mi sangre ardía como si se hubiera apoderado de ella un fuego del infierno.

Abrí la carta cuyo contenido acabó de aturdirme.

«Amigo mío, – decía: – al fin Dios ha tenido compasión de mí y puedo decir á V. sin temor que le amo: es más, que ningún obstáculo se opone á nuestra unión. Sé cuánto me ama V. y estoy loca... loca de alegría: la impaciencia no me deja escribir más. Venga V., venga V. al momento.

Ya no hay nadie que impida á V. la entrada en mi casa, nada que le amenace, y siento una cruel impaciencia por revelarle la causa que nos permite ser felices. Venga usted. – Clara.»



ENCUENTRO DE DANTE Y BEATRIZ, grabado por C. O. Murray

– ¿Y qué sucedió después? – dije á mi criado.

– Sucedió que á la media hora paró un carruaje á la puerta de la calle y se me presentó una señora...

– ¿Morena?

—Sí, señor... con un moreno singular, muy hermosa y al parecer muy rica.

– ¿Y qué más?

– Me preguntó con ansiedad por usted.

– ¡Un verdadero apuro!

– De que salí contestando que el médico había prevenido que no hablase V. con nadie, que no le viese á usted nadie.

– ¿Y ella?

– Se puso sumamente pálida y me preguntó el nombre del médico y las señas de su casa.

—¿Y qué hiciste? – dije con ansiedad temiendo una torpeza de mi doméstico.

– ¡Oh! descuide V., señor, – me replicó: – no soy tan estúpido que no encontrase salida: me acordé de que el señor Díaz es médico y amigo de V., y dí á aquella señora el nombre y las señas del señor Díaz: después, cuando la señora salió, tomé un carruaje de alquiler y me fuí á escape á casa del señor Díaz. Afortunadamente estaba allí; le dije lo que sucedía, y apenas le había prevenido, cuando le anunciaron que una señora necesitaba consultarle.

– Debe ser ella, – le dije.

—Pues bien, escóndete ahí, – me dijo el señor Díaz, —para que puedas decir á tu amo el amigo que tiene en mí. Me escondí, y á poco entró la señora: era la misma.

– Dispénseme V., caballero, – le dijo, – pero tengo que hacer á V. una pregunta del mayor interés para mí.

– Estoy á la disposición de V., señora, – contestó el señor Díaz ofreciéndose.

– ¿Usted es el médico de cabecera de don Gabriel Zea? – dijo la señora.

—Su médico, y antes que su médico, su amigo, – contestó el señor Díaz.

– Y... permítame V., caballero, ¿qué enfermedad padece el señor Zea?

– Es una enfermedad extraña: nerviosa, puramente nerviosa... pero su causa no está en el cuerpo... sino en el alma... mi pobre amigo...

—Concluya V., – dijo con grande interés la señora.

– Mi pobre amigo sufre grandes contrariedades.

– ¡Contrariedades! ¿de qué género? ¡dispénseme V... pero me intereso tanto por él!...

– Mi amigo, señora, sufre sin duda los efectos de una pasión contrariada.

—¡Ah! ¡de una pasión!

– Sí, sí señora.

– ¿Y si viese satisfecha esa pasión?

– Sanaría de seguro.

– Señor Díaz, – dijo aquella señora: – la profesión de la medicina es un sacerdocio: á un médico puede confiársele todo como á un ministro del Señor.

– Puede V., señora, confiarme cuanto le parezca conveniente, en la seguridad de que guardaré un profundo secreto.

– No, no hay necesidad de ese secreto, porque no tengo que revelar nada vergonzoso para mí... ni para él... es que Zea y yo... nos amamos...

– ¡Ah!

– Yo soy libre, enteramente libre, viuda hace muchos años... y él...

– Es también enteramente libre, – dijo el señor Díaz.

– Hace mucho tiempo que hubiéramos dejado de ser libres el uno por el otro, – dijo la señora, – si obstáculos graves... cuestiones de familia por mi parte, no lo hubieran impedido. Yo me he visto obligada á violentar mi afecto, mi profundo afecto hacia él, y él á violentar el suyo hacia mí, por razones gravísimas, que nada tienen de vergonzosas para mí... contrariedades... dificultades...

– Comprendo, señora.

– Hace algunos días me ví obligada á negarme enteramente á las visitas de Zea... ¿podrá ser esta la causa de su dolencia? se lo pregunta á V. una mujer que ama, una mujer que será su esposa, si no muere... ó si no se niega á ello.

– Lo primero de seguro no sucederá, lo segundo no es probable que suceda.

– ¡Oh! ¿no hay peligro?

(Continuará)



LAGO SUIZO, dibujo tomado del natural por J. M. Marqués

ELECTRICIDAD PRÁCTICA

ENCENDEDOR-APAGADOR, SISTEMA BROWETT

El objeto de este aparato, representado en la fig. 1.ª, es efectuar sucesivamente por medio de dos operaciones idénticas (tirar de un cordón de campanilla ordinaria) el acto de encender y apagar un foco eléctrico, al que este aparato sirve de interruptor, haciendo exactamente el mismo oficio que el botón conmutador de M. Anatolio Gerard.

El botón de M. Browett es puramente mecánico y se compone esencialmente de una palanca horizontal que oscila al rededor de un eje horizontal también en cuya

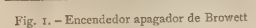


Fig. 1. – Encendedor apagador de Browett

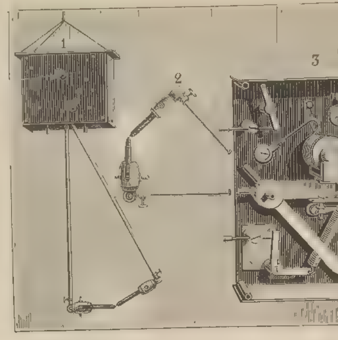


Fig. 2. – Regulador de luz eléctrica de T. y A. Duboscq.
1. Regulador colgado horizontalmente. – 2. Detalle de los carbones
3. Regulador colgado verticalmente y detalle del mecanismo.

parte superior hay un prolongamiento triangular. Una lámina vertical, solicitada por un resorte, viene á ejercer, por medio de una tracción sobre el eje y el cordón, una presión sobre la palanca á derecha ó á izquierda del eje, y le hace así bascular en un sentido ó en otro.

La pieza triangular sirve para guiar la lámina vertical é imprimir á la palanca horizontal los dos movimientos de oscilación de que es susceptible.

En una de estas posiciones los extremos de la palanca vienen á penetrar bajo láminas fijas en bloques en comunicación con el circuito cerrándolo eléctricamente. Tirando segunda vez, oscila en sentido inverso la palanca, rompe el circuito cerrado durante la primera operación, y así sucesivamente.

El resorte más largo sirve para asegurar la fijeza de la posición adquirida por la palanca en estos movimientos sucesivos de oscilación.

La fig. 1.ª representa el aparato en la posición de circuito *abierto*. Es uno de los más cómodos auxiliares que, en nuestra instalación de alumbrado doméstico, nos hace diariamente preciosos servicios.

E. H.

REGULADOR DE LA LUZ ELÉCTRICA

La originalidad de este aparato, construído por MM. Teodoro y Alberto Duboscq, consiste en hacer girar los carbones por su peso al rededor de un eje horizontal, en vez de hacerles funcionar verticalmente. El principio ha permitido dar al aparato una construcción harto sencilla y por consiguiente realizar notable economía de precio.

Este nuevo regulador se presta poco por su forma á los alumbrados de lujo; pero en cambio, posee todas las ventajas que se reclaman de los focos eléctricos destinados al alumbrado de mercados, tinglados, astilleros, talleres, etcétera.

En efecto, el aparato es fuerte en todas sus partes y no exige frecuentes reparaciones: el punto luminoso se encuentra completamente fuera de todo órgano mecánico, evitando las sombras; puede funcionar en dos posiciones del todo diferentes, es decir que se puede suspender horizontalmente (fig. 2, n.° 1) ó verticalmente (fig. 2, número 3) lo que evita las potencias, consolas, etc., que hay que construir ordinariamente. Dos clavos en una pared bastan para suspenderlo.

El nuevo regulador está constituído de la manera siguiente:

Al rededor de un eje horizontal gira una palanca cuyo brazo menor tiene un sector dentado que engrana con una serie de ruedas destinadas á regularizar la marcha. Esta palanca sirve de motor, y lleva el carbón al extremo de su brazo mayor.

La palanca que lleva el carbón oscila solamente al rededor del eje. Al extremo de su brazo menor, tiene un hierro dulce en forma de U, solicitado por el hierro central de la bobina.

Estando los dos carbones en contacto, se lanza la corriente que atraviesa á la vez la bobina y el electro-imán de derivación. El hierro se encuentra entonces atraído fuertemente por la bobina y produce así un ligero movimiento retrógrado del carbón que permite formarse al arco voltaico. Este movimiento sólo se ejecuta una vez, en el momento de encender, permaneciendo el hierro dulce fuertemente atraído por la bobina durante todo el tiempo del alumbrado.

Cuando á consecuencia de la combustión se hace más considerable la separación de los carbones, aumentando la resistencia disminuye de intensidad la corriente en la bobina, pero aumenta en el electro-imán de derivación; la paletilla de hierro dulce, situada enfrente de este electro-imán de derivación, se encuentra entonces atraída y hace funcionar una palanca que levanta la rueda de aletas del rodaje y permite así la aproximación de los dos carbones.

Disminuyendo entonces la resistencia por el hecho de la aproximación de los carbones, la intensidad de la corriente recobra un valor conveniente en la bobina, lo que tiene por efecto disminuir la intensidad de la corriente de derivación: solicitada entonces la paletilla de hierro dulce por un resorte contrario, convenientemente dispuesto, es atraído hacia atrás y hace oscilar la palanqueta, que levanta la rueda de aletas del rodaje y detiene el movimiento de aproximación.

La misma serie de movimientos se reproduce automáticamente siempre que la resistencia entre los carbones viene á ser muy considerable para traerla á su valor conveniente.

NOTICIAS VARIAS

LOS MICROBIOS AUXILIARES DEL HOMBRE

Hoy se considera á los microbios como enemigos formidables de la especie humana, pues son, en efecto, los invisibles agentes de las enfermedades infecciosas. Sin embargo, hay casos en que se puede hacer una aplicación provechosa de su increíble facultad de reproducción y propagación para que redunde en bien de la humanidad. Así lo han propuesto y así lo han intentado algunos naturalistas. El doctor Hagen, profesor en el colegio Harvard de Massachusetts, es uno de los primeros que han hecho experimentos al efecto, y casi al mismo tiempo que él, el francés Giard proponía remediar las devastaciones causadas por los insectos regando los sitios á que éstos acuden con agua que tuviera en suspensión esporos de entomoftoreas.

El profesor Forbes del Illinois ha hecho análogos ensayos, basándose en los estudios hechos en 1866 y 1867 por M. Pasteur acerca de la enfermedad de los gusanos de seda. En virtud de una larga serie de experimentos discretamente combinados, M. Pasteur dedujo que esta enfermedad, llamada *pebrina*, caracterizada por ciertas manchas en la piel del gusano, reconoce por causa unos corpúsculos microscópicos que bastan para trasmitir el contagio. Debe leerse, por lo curioso é instructivo, el relato de estas investigaciones practicadas con toda minuciosidad, desde el huevo contaminado hasta la larva á través de sus diferentes metamorfosis, y hasta la crisálida y la mariposa corpusculosa; y conocer cómo el insigne profesor consiguió distinguir de la *pebrina* otra enfermedad: la *flacheria*. Esta enfermedad, tan temible como la otra y de un contagio más persistente, dimana, como la primera, de unos organismos microscópicos, vibriones ó palitos, que se desarrollan por la fermentación de la hoja del moral.

El profesor Forbes ha estudiado una enfermedad parecida que ataca á varias especies de insectos, se propaga como una verdadera epidemia y se puede inocular y trasmitir; y en efecto, procede de una forma propia de bacteria ó de micrococo. En su consecuencia, propone emplear el microbio específico de esta enfermedad para destruir los insectos dañinos.

FERROCARRIL DEL CONGO. – La Compañía del Congo, que ha obtenido del Estado independiente la concesión del camino de hierro por construir, organiza una expedición para emprender los estudios del trazado y la exploración del Alto Congo y de sus afluentes desde el punto de vista comercial. Esta expedición estará á las órdenes del capitán de Estado mayor Thyo, ayudante de campo del rey de los belgas y agregado á la Asociación, y á esta fecha debe haberse embarcado en Amberes. El ferrocarril proyectado para enlazar con el Bajo Congo la red fluvial del Alto Congo comprenderá un trayecto de 286 á 320 kilómetros, según que el trazado siga los terrenos escabrosos de la orilla sur del río ó que se aleje de ellos, describiendo una ligera curva para llegar ó Leopoldville, atravesando los países más llanos y populosos situados al sur.

FÍSICA SIN APARATOS

CONDUCTIBILIDAD DE LOS METALES POR EL CALOR

Tomad una bola de cobre de $0^m,07$ á $0^m,08$ de diámetro, como las que suele haber en las barandillas de las escaleras, y envolvedla en una muselina ó en un pañuelo fino de batista. Poned sobre esta bola metálica, así envuelta, un ascua bien encendida (fig. 1). Soplad en ella todavía para avivarla más y más. El ascua seguirá ardiendo sin que la muselina ó pañuelo con que está en contacto se queme ni sufra el menor detrimento. Y es que el metal, excelente conductor del calor, que tiene al mismo tiempo gran capacidad calorífica, absorbe todo el calor desarrollado por la combustión del carbón, y el pañuelo, que no ha tomado casi nada de este calor, permanece durante el experimento á una temperatura inferior á la que pudiera producir algún deterioro.

Puede hacerse este experimento de una manera más notable. Se toma un pañuelo de batista con el que se envuelve un mechero de gas metálico: ábrese el conducto y se inflama el gas, que arde por encima del pañuelo sin deteriorarlo (fig. 2.)

Para que salga bien este experimento, es preciso que el pañuelo se adhiera completamente y sin hacer pliegues sobre el mechero metálico, y es conveniente mantenerlo fijo por medio de un alambre de cobre, como se ve en nuestra figura. Recomendamos á nuestros lectores que en estos experimentos sólo se sirvan de tela de batista muy fina y fuera de servicio para no tener que sentir el deterioro ó combustión de un pañuelo nuevo ó útil, en caso de mal éxito.

Estos experimentos, hechos de modo conveniente, salen á pedir de boca. Nosotros mismos los hemos hecho muchas veces. – G. T.

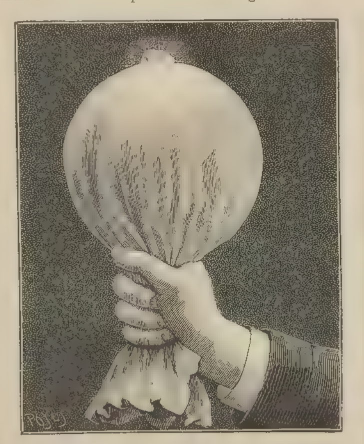


Fig. 1. – Brasa incandescente puesta sobre un pañuelo de batista que envuelve una bola de cobre. – El pañuelo no se quema

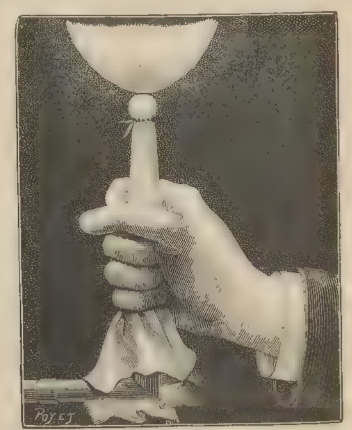


Fig. 2. – Mechero de gas envuelto en un pañuelo de batista bien estirado. – La llama sale por encima del pañuelo sin quemarlo

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILVSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 16 DE MAYO DE 1887 — NUM. 281

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL PRIMER BESO, cuadro de Corcos, grabado por Brend'amour

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EL PRIMER BESO, cuadro de Corcos

Este cuadro está inspirado en una composición literaria, una poesía; pero el tema de esta, ó sea el asunto del cuadro, se desprende claramente de la acción. Una pareja de jóvenes enamorados desciende la espaciosa escalinata de una quinta regia. La casualidad, ó el diablo que siempre anda á caza de gangas, han hecho que nuestros tórtolos se hallen completamente abandonados á sí mismos; ó lo que da otro tanto, completamente dejados de la mano de Dios.

Según el refrán, la ocasión hace al ladrón: por fortuna el ladrón no es de los más empedernidos. Un beso, un simple beso en la mano de la mujer amada, y luego... un mundo de ideales que convierten este valle de lágrimas en un cielo esplendente al uso de los mahometanos.

El cuadro de Corcos transcribe correctamente la situación de los amantes; pero sin duda está más bien pintado que bien sentido. Ese beso no es el primer beso. ¡Casi parece el último!...

HERMÁN Y DOROTEA, cuadro de Julio Scholtz

Este cuadro está basado en una narración alemana, que para nosotros carece en absoluto de interés. Tiene, por lo tanto, el grande inconveniente de que no puede apreciarse la intención de los personajes cuando la narración no se conoce. El artista ha de procurar que la comprensión de su lienzo no dependa del previo conocimiento de un hecho circunscrito á un libro de imaginación, cuya existencia pueda desconocerse sin pecado de ignorancia. Se concibe el cuadro histórico sin explicación, porque la historia es patrimonio de todos, ó debiera serlo al menos; pero no se concibe á *Hermán y Dorotea* sin una biografía pegada á la obra.

Esto no impide que las figuras de Scholtz sean verdaderos tipos de ingenuidad y formen un grupo altamente bien dibujado y simpático.

UN APUNTE DE ECHENA

Quien pare su atención en este dibujo, echará de ver hasta qué punto le es dado á su autor producir con cuatro toques de lápiz los efectos que no siempre se consiguen de la paleta. El dibujo está apuntado apenas, es una obra de menos que primera intención; y sin embargo, ¡cuánta naturalidad, cuánta verdad, cuánta expresión!... Echena dibuja como los que saben dibujar; lo cual pareciendo decir poco, dice mucho, dice lo primero que cabe decir de un artista.

LA CITA CAMPESTRE, cuadro de M. Daux

Figurémonos la Arcadia de Florián pintada por Watteau. Nemorino y Estela se han dado una cita en lugar bien escogido por lo solitario. El día es espléndido; la más ligera nube no empaña eso que hemos dado en llamar el cielo; las espigas se balancean apenas en sus tallos y las amapolas rojas interrumpen el monótono dorado del campo. Ocasión excelente, lugar á propósito para disparar un amante á otro todas aquellas lindezas que hicieron las delicias de nuestros abuelos... leídas en las novelas bucólicas del pasado siglo.

Sin embargo, los pastorcitos de Daux no son irreprochables bajo el punto de vista del idilio. Examinándoles atentamente, se encuentra en ellos algo picaresco que desdice de aquella bendita Arcadia, donde todos los amantes parecen estar en babia. Son dos pastores disfrazados, pastores de contrabando, sorprendidos á tiempo por dos colegas, maliciosos con sobrada razón.

En una palabra: los pastores de Florián vivían en el Limbo; los pastores de Daux parecen vivir en la tierra y muy en la tierra: cualquiera diría haberlos visto en un baile de máscaras.

UNA EXHIBICIÓN, dibujo de Llovera

Entre las maneras crueles y repugnantes de ganarse la vida, ninguna como la del hombre que exhibe al público, mediante precio de entrada, la deformidad de otro hombre. Enhorabuena que, si á la naturaleza le plugo engendrar un fenómeno racional, los demás racionales hagan de él un objeto de estudio; lo que no debiera tolerarse es que un ser, harto infeliz, sirviera de espectáculo y chacota á los desocupados sin corazón. Contra éstos lanza un terrible y merecido epigrama nuestro distinguido colaborador, y á fe que se lo aplaudimos de todas veras.

El enano de Llovera es muy feo, muy contrahecho; pero es un hombre, al fin y al cabo. ¿Qué efecto han de producir en él las risas y dicharachos de esa turba de curiosos, cuya fealdad es mucho más trascendental que la del enano, puesto que es la fealdad del alma?... ¿Qué efecto, decimos?... Basta examinar el rostro de la *víctima* para comprenderlo: si ese desgraciado no esgrime contra sus martirizadores la espada que irrisoriamente han puesto en su mano, es porque se siente impotente para vengarse. Traga saliva, como vulgarmente se dice; esto es, acumula odio y envuelve á toda la humanidad en un mismo anatema.

El artista ha estado en lo cierto: su enano es el tipo de la desdicha; los espectadores son dignos ejemplares de esa numerosa turba de seres sin alma que, en lugar de compadecer á un desdichado, se ríen de él en sus propias barbas. ¿Quién es, en tal caso, el tipo de la fealdad verdadera?

TIEMPO PERDIDO, cuadro de R. Bong

Un galán barba haciendo el amor á una dama joven, siempre resultará un ente ridículo. Nadie tan respetable como el *D. Diego* de *El sí de las niñas;* y sin embargo, nadie tan puesto en berlina como este personaje cuando hace el amor á *D.ª Francisca*. El público no se reconcilia con el viejo ni respeta sus venerables canas, hasta que aquél se convence de que para inspirar amor, lo primero que se necesita es juventud.

Así, en el cuadro de Bong, cualquiera echa de ver sin grande esfuerzo que el extemporáneo galanteador machaca en hierro frío: la damisela acoge sus declaraciones como ellas se merecen y gracias que una picaresca sonrisa ocupa en sus labios el sitio que otra suerte daría lugar á un solemne bostezo.

El artista ha demostrado penetrarse debidamente del asunto, dibujado correctamente: *expresarse* con verdad y cumplir en conciencia, es el primer deber del Aristarco en acción; esto es, hacerse comprender sin necesidad de explicaciones y no incurrir bajo pretexto alguno en el chabacanismo de la caricatura.

BUSTO DE MUJER, de Tofano

Si es estudio ¡bien por el artista! si es retrato ¡bien por el original! La naturaleza ha sido pródiga con esa dama, y el artista lo ha sido en los medios empleados para hacer resaltar su belleza. Tofano debe estar satisfecho de su obra; su modelo debe haberse sentido muy feliz al contemplarse en el lienzo, más hermosa que la habrá reproducido el espejo, y admirada por ese enjambre de espectadores que, en toda Exposición, se detienen ante la exhibición de exuberantes gracias. ¿Y por qué se detienen tantos papamoscas ante el retrato de una mujer, mayormente cuando la reproducida no ha cuidado gran cosa de ocultar púdicamente sus mórbidas formas?... ¿Es admiración ó sensualismo, es un sentimiento noble ó es una excitación grosera, lo que en tal caso atrae la atención del público?... No pretendemos saberlo, lo que sí hubiéramos aconsejado al original del cuadro de Tofano, es que, dado que el lienzo había de exponerse, antes de llamar al taller del pintor, se hubiera detenido en el taller de la modista.

¡RECUERDO!... dibujo de Th. Matthei

Cabe la tumba del malogrado artista vierte sinceras lágrimas la triste viuda. Que la tumba encierra el cadáver de un artista, quizás de un poeta, lo dice la lira depuesta junto al fúnebre monumento; la tristeza de la viuda se echa de ver en su semblante, en su ademán, en su luto, no circunscrito al simple traje.

Es un dibujo completamente feliz el de Matthei: la protagonista no se entrega á esa desesperación exagerada, que sería mortal en breve si fuera cierta. El sentimiento expresado por la viuda es el sentimiento íntimo que mina la existencia con lentitud; que empaña el fulgor de los antes abrillantados ojos; que doblega el cuerpo de la mujer como se doblegan las ramas del sauce sobre el sepulcro; que reemplaza el fuego de la pasión con el hielo de la muerte; que produce el vacío de las ilusiones y de las esperanzas, mil veces más cruel, que el vacío que deja el cadáver en el mundo.

SUPLEMENTO ARTISTICO

EN LA IGLESIA DEL LUGAR, cuadro de Smith

Dejaría un cuadro de ser una verdadera obra de arte, si su contemplación no excitara el sentimiento que su autor se hubiese propuesto. Lo más y lo menos de esa excitación da la medida del mérito del lienzo. Pues bien, la impresión producida por el cuadro de Smith no puede ser más poderosa y espontánea. Cualquiera diría que una nube de incienso envuelve las figuras que el artista ha reunido *en la iglesia del lugar*. ¡Cuánta y cuán severa modestia en ese templo!... ¡Cuánta y cuán bien traducida expresión en el semblante, en la actitud de esos personajes que dirigen sus preces al Señor!...

Todo en la composición está perfectamente calculado para excitar el sentimiento místico; pero la combinación es tan artística que, á puro ser natural, pasa desapercibido el artificio. En esto consiste la *difícil facilidad* que avalora las obras todas del genio.

EL MUNDO AMERICANO

EL PUÑAL DE ANTUCO

I

En agosto de 1876 recorría yo la floreciente república de Chile, visitando detenidamente sus ciudades, sus pueblos y sus aldeas, admirando el adelanto de ese hermoso país y recibiendo de autoridades y particulares las mayores muestras de simpatía, siendo los meses de mi estancia en el suelo conquistado por Pedro de Valdivia, de los más risueños en las páginas de mis recuerdos.

El vapor «Atacama» me trasladó del importante y comercial Valparaíso, hasta las tranquilas playas de Coquimbo, y horas más tarde, me encontraba en la pintoresca ciudad de la Serena, bautizada con ese nombre por Francisco de Aguirre, teniente de don Pedro de Valdivia, en recuerdo de la villa natal del conquistador de Chile.

Ignoro porqué mi imaginación evocó entonces aquella serie de conquistas que dieron á mi patria un nuevo mundo, el más fértil y risueño de cuantos son conocidos, y durante mi paseo por la tierra cantada por Ercilla y en donde aun viven aquellos indómitos araucanos, me creía testigo invisible de los viajes semi-fabulosos por la cordillera y de las luchas que sostenía un pueblo altivo y valiente, con un puñado de hombres, ricos de valor, de audacia y suerte.

Vehemente era mi deseo de visitar los establecimientos mineros, fuente de la riqueza de Chile; no bien manifesté mi pensamiento, cuando don Benjamín Vicuña Solar y don Pedro Herreros lo pusieron en práctica.

Al día siguiente á las seis de la mañana salíamos para los cerros de la Higuera y en ligero carruaje subíamos rápidamente por pendientes que, siglos atrás, se hubieran creído inaccesibles.

El viaje es pintoresco y la naturaleza exuberante y agreste.

En una planicie y como al mediar el camino á la derecha, vimos los escombros de una finca y á corta distancia una cruz.

Aquel símbolo de la redención me preocupó: allí se había cometido un asesinato y durante el trayecto mi pensamiento estuvo fijo en algo misterioso.

La vista de los cerros de la Higuera dieron tregua á la idea dominante, y los vapores que se cernían á nuestros pies sobre las planicies que habíamos pasado, hicieron que la imaginación tomase distinto giro.

La altura á donde habíamos llegado era imponente y las casas parecían suspendidas en las crestas de aquellos cerros, perforados por la piqueta del minero de tal modo que parece imposible se sostengan los edificios sobre una base tan poco sólida al parecer.

La casa en donde me hospedaron era bonita y cómoda.

Desde elevado comedor, admiré esa noche, los focos de fuego y los hornos, escuchando conmovida el quejido, el canto lastimero con que se acompañan esos seres, en el rudo trabajo de la minería.

Un espectáculo tan nuevo para mí como extraño y fantástico, me sorprendió en extremo.

La *sangría* de los hornos.

Al abrirse el conducto para el desagüe del mineral, este se escapa cual si fuera torrente de fuego, produciendo á la vista un efecto difícil de explicar.

Esa noche fué para mí una revelación: la vida de las minas no se parece á nada y se llega á sentir poderoso atractivo; un vértigo, una pasion por los productos de la madre tierra que fascina y cautiva.

Apenas podía dar crédito á mis ojos: aquellos cíclopes, aquellos hombres, curtidos por el constante fuego, nervudos unos, débiles otros, sombríos los más, con los rostros iluminados por la rojiza hoguera, formaban un cuadro como las creaciones del Dante.

Tenían esos vigorosos toques, ese brillo que Goya en sus aguas fuertes ha legado á la posteridad.

Me creía trasportada á otro mundo, pero palpitante de un interés que me fascinaba.

Insensiblemente, bajé la pendiente y me encontré cerca de los hornos pertenecientes al señor Muñoz, quien me había seguido.

El calor era sofocante y aquellos hombres debían sufrir mucho.

¡Triste existencia la del minero! sumido en profunda oscuridad la mayor parte del tiempo; expuesto á un derrumbe y siempre con la muerte en acecho.

Esclavos del trabajo, encuentran con frecuencia en un *pique* ó un *socavón*, ignorada tumba.

II

Entre aquellos hombres semi-fantásticos había uno alto, de rostro ovalado, con ojos negros y brillantes, y cutis trigueño muy oscuro.

Algo sombrío, algo poderosamente melancólico se leía en su mirada.

Aquel hombre sufría.

Sin saber porqué me interesó y al propio tiempo ¡cosa extraña! la idea del asesinato volvió á preocuparme.

Según me dijo Muñoz, aquel minero era un ser tan misterioso como honrado y trabajador.

Un día había llegado á las minas pidiendo ocupación: fué aceptado y vivía encerrado en sí mismo, solo, triste y sin buscar en el juego (pasión dominante en los mineros) una distracción.

Jamás le conocieron amores, y las jóvenes que habitan en la Higuera no habían escuchado ni una frase galante de sus labios, ni sus ojos se habían fijado en ellas.

¿Quién era? Nadie lo sabía. ¿De dónde había llegado? Tampoco. ¿Cuál era su pasado? Un misterio.

No tenía familia ni amigos.

- ¿Cómo se llama?—le pregunté á Muñoz.

– Esteban.

– ¿Y el apellido?

– Cruz; pero es casi seguro que no es el suyo: vive pobremente: una cama, una mesa, una silla y una arca componen su ajuar. El único adorno es un puñal de forma extraña. suspendido en la pared. Un compañero de Esteban quiso chancearse un día y examinar aquel objeto, pero la mirada del minero fué tal, que heló la sangre en sus venas y le hizo enmudecer. Aquel puñal parece una parte de su ser y le habla en lenguaje terrible, enérgico, poderoso. Nadie se atreve á ir á su casa: en los momentos de ocio, pasea solo y completamente abstraído.

La imagen del minero me persiguió aquella noche.

Al día siguiente visité varias fundiciones y minas: entré en los socavones; estudié aquellos cerros, manantial de riqueza.

Por todas partes encontré generosa hospitalidad y amable galantería.

Vayan estos renglones á llevar á mis amigos, la seguridad de que no los olvidaré jamás.

Era domingo; no trabajaban y con el pretexto de obtener muestras de minerales mandé á buscar á Esteban.

Me obsequió con varias bellísimas que aun conservo.

– ¿Le agrada la vida de minero?—le pregunté.

– Sí señora, y más que por otras razones, la principal es, que puedo ganar para vivir solo, sin necesitar de nadie y sin exponerme á la falsedad, ni á la mentira.

Estas palabras fueron dichas con reconcentrado odio: á pesar mío me estremecí; estábamos en el corredor y ante mi vista se desarrollaba el panorama de la industria, de la laboriosidad y de la ciencia.

Mis ojos se encontraron con la mirada profunda de Esteban, y sin duda vió en ellos una interrogación.

– Me han dicho que la señora visita Chile para escribir luego sus viajes.

– Sí, – le contesté;—y en el camino que conduce á este cerro, he visto algo que puede ser un episodio interesante.

– ¿En dónde?

– En el sitio que llaman la hacienda del Mulato.

Mis palabras causaron total trastorno en Esteban: en él se advertía extraordinaria emoción.

– Yo conozco la historia,—murmuró con voz sorda.

– ¿Sí? pues encontré lo que buscaba.

– Como la señora es forastera, contaré lo que para otro no saldría jamás de mis labios: porque,— añadió vacilando,—se lo ofrecí á un moribundo.

– Gracias; mañana saldré de aquí para la Serena y dejaré á Chile á fin de la semana: no hay tiempo que perder; escucho.



HERMÁN Y DOROTEA, cuadro de Julio Scholtz

Esteban se sentó á una indicación mía, y cual si hiciera poderoso esfuerzo sobre sí mismo comenzó su relato con distinta forma, pero exacto en el fondo á lo que voy á referir.

III

Saliendo de la alegre y pintoresca ciudad de la Serena, con dirección á las minas de la Higuera, en ancha planicie, casi al pie de profunda barranca, existía una risueña vivienda habitada por los amores y la dicha.

Un mulato, joven y buen mozo, peruano de nacimiento, era el dueño, y se decía que descubridor de una mina de cobre, estaba en camino de poseer cuantiosa fortuna.

Una noche regresaba á su casa, cuando oyó un grito ahogado.

Escuchó, pareciéndole que á la derecha, en un barranco, tenía lugar una recia lucha.

Se acercó y á la claridad de la luna vió á dos hombres, uno de ellos ya vencido y á merced de su adversario.

Julián, el mulato, ayudó al más débil y sujetando al vencedor por un brazo dijo:

– Levántese y no tema.

– ¡Ladrón! ese hombre quería matarme para robarme.

El otro forcejeaba, pugnando por desasirse, pero ambos dieron cuenta de sus fuerzas y lo sacaron del barranco.

Al ver delante de sí espacioso camino hizo un supremo esfuerzo y logró soltarse emprendiendo la carrera sin que fuera posible darle caza.

– Gracias por su ayuda,—le dijo el desconocido á Julián:—le debo á usted la vida y no sabría cómo pagarle.

– ¿Adónde va usted? ¿á la ciudad?

- No señor; me dirigía á mi hacienda y los caballos no deben estar lejos.

– Pues deje su viaje para mañana y pasemos la noche juntos.

– Es la menor prueba de aprecio que puedo dar á mi salvador: acepto.

Poco después estaban instalados en una sala baja, y Julián mandaba en busca de los caballos.

Entonces se fijó en el amigo que la casualidad le deparaba y que tan trágica influencia debía tener en su porvenir.

El desconocido era joven: de rostro ovalado; con hermosos y rasgados ojos garzos, pero fríos y sin expresión.

La intimidad se estableció desde luego y Antuco ó Antonio Chacón, que así se llamaba el desconocido, fraternizó con Julián.

Era rico, soltero, enamorado y algo calavera; pero ¿no es esto disculpable en un hombre joven y libre?

Julián, por su parte, correspondió con igual expansión. Le dijo que amaba y era amado.

– La ví en un baile y desde entonces no tengo voluntad: mi vida empezó desde que la conocí: ella también, por su parte, sintió un cariño instantáneo.

Chacón leyó en el corazón del mulato, comprendiendo que era su primera pasión, su primer delirio, en el cual la razón se ofusca y olvida al universo para reconcentrarse en el objeto amado.

Ese sentimiento, que es gozo y dolor, luz y tinieblas para nuestra inteligencia; oasis de la existencia; éxtasis del corazón que lo convierte en combatida nave hasta arribar al puerto.

Tal era el amor que sentía Julián, y que despertó en Chacón celos y envidia.

Durante dos días permaneció con su nuevo amigo, y en el tercero, manifestó deseos de conocer á la encantadora criatura que con tal imperio mandaba en el corazón de Julián.

La boda se celebraba ocho días más tarde y Chacón obtuvo ser presentado antes.

Asunción era hermosa como el sueño de un poeta; inocente como un niño; modesta como la violeta; amante y apasionada como hija de los trópicos.

Candorosa como un ángel, no sospechaba existieran desleales ni ingratos, y para ella el mundo no era sino una familia que se debía apoyo y protección.

Huérfana y educada por un anciano tío de su madre, generoso, noble, caritativo é indulgente, se identificó con sus ideas, y en su hogar dueños y sirvientes disfrutaban de vida patriarcal y sencilla: tal era la futura compañera de Julián, y tal la casa en que fué presentado Chacón.

¿Porqué la joven al verlo le rechazó con el pensamiento? porqué su alma pura luchó con desconocida impresión? porqué el temor paralizó su ánimo? ¡Misterioso presentimiento que pocas veces engaña! el corazón no es traidor y advierte el peligro.

Chacón fijó sus ojos de buitre en la paloma: el milano acechaba su presa; su amistad por Julián creció, y jamás se separaba de él cuando iba á visitar á su hermosa prometida.

IV

Llegó el día del matrimonio: amaneció puro y sin nubes en el cielo ni en los corazones, presagiando dichas y paz.

Hay en la vida momentos tan inefables, que siempre la iluminan con su recuerdo: hay horas benditas, que con su perfume embalsaman la existencia toda, y en las amarguras y decepciones son el rayo de sol que alienta y vivifica.

Asunción, en ese día, no vió en Chacón sino el mejor amigo de Julián, y olvidó sus temores.

Antuco correspondió con efusión; sus ojos perdieron algo de su sombría expresión, y después de la solemne ceremonia, fué el único que acompañó á los recién casados, y prodigándoles las mayores muestras de ternura se despidió de ellos, montó á caballo y salió á escape para su finca.

Asunción y Julián, se olvidaron del universo para no pensar sino en su amor, y ciegos y confiados, no creyeron, no podían creer que hubiera alguien á quien su dicha inspirase celos y despecho.

Aislados vivieron durante un año, y un niño vino á ser la estrella de su hogar.

Antuco Chacón le había dado su nombre: el cariño le autorizaba y pasaba los días con Asunción, compartiendo sus goces de madre y gozando al parecer con su ventura y con la pureza de sus costumbres.

Aquel hogar era de los que la Providencia mira con predilección y nada faltaba para esa felicidad tras de la cual corremos con afán, pero si Julián hubiera visto el cambio de la fisonomía de su amigo cuando se alejaba de allí, hubiera temblado.

Aquel semblante siempre risueño, se tornaba amenazador, y cuántas noches como el tigre acechaba su presa y maldecía al hombre que disfrutaba una ventura ambicionada por él!

Jamás delante de aquella purísima criatura, pronunciaba una frase que pudiera darle á conocer el estado de su alma: aquel corazón, albergue de todas las virtudes, no le hubiera comprendido.

Un día, el fuego se declaró en la pacífica morada de Julián, y como era en las altas horas de la noche, fué más tardío el auxilio.

Corrió el mulato á salvar á su mujer y á su hijo, pero ya Chacón los sacaba en sus brazos.

– ¡Oh! hermano mío, – exclamó;—sólo tú podías tener el mismo pensamiento.

– Yo te debo la vida.

– Y yo lo que más amo en el mundo.

Julián observó que Chacón era menos expansivo: estaba triste y algunas veces desaparecía bruscamente y no volvía en largo tiempo.

– Estará enamorado,—dijo Asunción.

– Sí, querida mía, eso será: lo mismo me sucedía á mí antes de llamarte mía.

Julián procuró conocer lo que preocupaba á Chacón.

– Ya sabrás mi secreto, —le contestaba.

Cinco años tenía ya el hijo del mulato cuando una terrible catástrofe destruyó su porvenir y le dejó huérfano y pobre.

Era una noche en que el calor se sentía con exceso, y estaba Asunción recostada en la cama con su hijo: Julián andaba en las minas y en la casa reinaba el mayor silencio.

De repente sintió que se desprendía el niño de sus brazos, que la levantaban y se la llevaban: quiso gritar: en vano; un poncho cubría su cabeza y una mano sujetaba su boca.

La infeliz conoció que estaba en el campo y oyó el galope de un caballo. ¿Sería su marido? haciendo un esfuerzo quiso llamarlo: imposible; su robador la estrechaba convulsivamente y montando en un caballo salían á galope.

Era efectivamente Julián el que llegaba, pero aun cuando vió un caballo que huía, ni aun pensó en lo que pudiera ser.

Llegó á su casa y sintió vago terror al encontrar las puertas abiertas: algo sucedía: entró en su aposento y lanzó un grito; su hijo lloraba solo en la cama: ¿qué había pasado?

Sus gritos despertaron á los criados: nadie sabía lo sucedido: los raptores habían entrado por la puerta principal de la que sin duda tenían llave y en silencio arrebataron á la joven y volvieron á salir.

De repente Julián lanzó una exclamación ronca, terrible, salvaje: sobre una mesa vió un puñal corto: lo conoció, era de Chacón

Aquel indicio bastó para desarrollar ante sus ojos el drama.

Recordó episodios, detalles, palabras que no había comprendido: era una espantosa realidad: el amigo, el hombre á quien consideraba como á un hermano, era el robador de su esposa.

Durante seis meses buscó por todas partes al infame: no lo encontró; su casa estaba cerrada.

En una mañana del mes de diciembre, caminaba Julián al paso de su caballo dirigiéndose á la mina abandonada desde la catástrofe.

Ni la justicia, ni sus activas pesquisas, habían podido descubrir el paradero de Asunción.

Había llegado al pie de un cerro cuando el galope de un caballo lo sacó de su distracción: levantó la cabeza y lanzó un rugido: el jinete era Chacón.

¡Al fin te encuentro, infame raptor! ¿qué has hecho de mi Asunción?

– En tu casa.

– ¿En mi casa?

– Acabo de conducirla y dejarla en la puerta.

– Tu vida no basta para pagar una sola de sus lágrimas, uno de mis sufrimientos: – y ciego sacó el puñal de Chacón, que siempre llevaba, y desmontó.

Antuco desmontó á su vez y adelantó hacia Julián.

Lucharon: el mulato era el más débil: después de desesperados esfuerzos, su enemigo le arrebató el puñal y se lo clavó en el corazón.

Julián cayó en donde hoy se levanta la cruz.

. . . .

Una hora más tarde al pasar algunos mineros, encontraron al mulato en la agonía; pero tuvieron tiempo para correr en busca del anciano tío de Asunción, quien recibió las últimas confidencias del herido y los detalles del drama.

La infeliz esposa de Julián había sido devuelta á su hogar, pero loca, y murió en la casa de dementes.

– ¿Y su hijo?

Los ojos del minero lanzaron rayos; en la mirada se leía el anhelo de la venganza, terrible, implacable.

– Su hijo, – murmuró, – su hijo guarda el puñal de Antuco para desgarrarle el corazón: si la Providencia no lo ha castigado, encontrará su huella y pagará la vil traición.

Esteban se levantó, bajó rápidamente la cuesta y se perdió en la oscuridad.

LA BARONESA DE WILSON.



UN APUNTE DE ECHENA



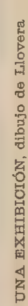
LA CITA CAMPESTRE, cuadro de M. Daux



EN LA IGLESIA DEL



PUEBLO, CUADRO DE T. SMITH



UNA EXHIBICIÓN, dibujo de Llovera



TIEMPO PERDIDO, cuadro de R. Bong

HISTORIA DE UN HOMBRE CONTADA POR SU ESQUELETO

POR DON MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

(Continuación)

– Si no se le violenta, si no se le excita, si se le mantiene en un prudente aislamiento...

– ¡Oh! no le veré... no le veré hasta que no sea peligroso para él el verme... esto es... si yo soy la causa...

– No tengo antecedentes de que Zea tenga relaciones con ninguna otra mujer... yo le creía enteramente retirado del amor... por desengaños... porque... ha sufrido mucho.

– ¿Y no teme V. que su enfermedad sea el resultado de alguna historia anterior?

– No, no señora: y es muy posible, casi seguro, que usted sea la bella causa...

– Gracias, caballero, gracias... pero yo creo que no habrá inconveniente en irle preparando...

– De ningún modo.

Tampoco me parece que será peligroso el que yo vaya á informarme.

– De ningún modo.

– Gracias... mil gracias, y á Dios, – dijo aquella señora levantándose y cubriéndose el rostro con el velo:—ahora suplico á V. que acepte,—añadió, dando una cartera al señor Díaz.

– Consultas de este género, señora, – dijo el señor Díaz rechazando cortesmente la cartera,—están pagadas por sí mismas.

– ¡Oh! no me impida V. á lo menos el que le deje un recuerdo de agradecimiento.

Y se quitó una sortija que dejó sobre un velador y salió.

– Toma,—me dijo el señor Díaz cuando salí á mi vez: —no quiero tener nada de una mujer tan hermosa, ni es decente que yo cobre de ningún modo el premio de una falsedad.

– La sortija es esta, señor.

Y mi ayuda de cámara sacó de un papel en que estaba envuelta una magnífica sortija cincelada y esmaltada con un grueso brillante.

– Continúa,—le dije poniéndome en el dedo la sortija.

Mi ayuda de cámara continuó:

– El señor Díaz me dijo:

– ¿Dónde diablos anda tu amo?

– Ha ido á Francia,—le contesté.

– ¿Pero volverá pronto?

– Dentro de diez á doce días.

– Pues mira; componte allá como puedas: yo no vuelvo á recibir á esa señora: ahora mismo voy á dar orden de que cuando venga, la digan que no estoy en casa: es demasiado hermosa, demasiado simpática, para que yo no tema ser mal amigo. Cuando vuelva tu amo, cuéntale lo que ha sucedido, y me despidió.

A la noche siguiente vino la misma señora.

Me preguntó por V. y yo la dije que aun duraba la prohibición del médico.

Me dió una onza, que yo tomé, porque no soy su amigo de V., sino su ayuda de cámara, y me preparé á lo que sin duda debía venir detrás de la onza.

– ¿Y qué fué?

– Me rogó que la permitiese ver á V., sin que V. la viese á ella.

– Afortunadamente, para que no pudieras hacerme esa pequeña traición, yo no estaba en casa.

– Por lo mismo me defendí heroicamente. La primera noche se fué seria, la segunda irritada, la tercera llorando.

– ¡Llorando!

– Creo, Dios me perdone, que ha vuelto V. loca á esa señora, de lo que yo soy la causa.

– ¡Tú!

– Yo, que he inventado la enfermedad amorosa de usted; ¿cree V. que haya una mujer que no ame aunque sea por amor propio á quien se muere por ella?

– No tengas vanidad, Andrés; si yo hubiera estado en Madrid no te se hubiera ocurrido suponerme enfermo del corazón. No hay, pues, mérito.

– Pero pude contestar una torpeza. Me debe V. para cuando se case...

– ¡Eh!

– ¿Qué... no piensa el señor casarse...? á los cuarenta y con una mujer tal...

– ¡Andrés! ¡tú me haces traición! ¡tú te has vendido! Doña Clara...

– ¡Cómo! ¿sabes su nombre?

– Como que la he seguido, y averiguado, y sé que es una indiana riquísima: pero como decía, doña Clara le cree á V. tan enamorado de ella, que no se le ha ocurrido conspirar conmigo contra V. Me ha dado una onza por visita... total: diez onzas. Por lo demás, señor, piénselo usted bien y cásese, aunque no sea más que por los millones de la viuda.

Sonó entonces la campanilla de la puerta.

– Ella es, señor,—exclamó Andrés: - ¿qué hago?

– Entretenla un poco mientras yo me preparo.

– ¿La recibe usted?

– ¿Pues no? vé, vé y abre,—contesté dirigiéndome á mi habitación,—y mudé apresuradamente de traje, poniéndome un vestido de casa.

Entró Andrés.

– ¿Es ella? – le pregunté con la voz alterada.

– ¡Ah! ¡V. se casará!

– ¡Andrés!

– Le tiembla á V. la voz cuando pregunta por ella.

– ¡Andrés!

– ¿La introduzco?

– Sí.

– Pues acomódese V. en la butaca como si estuviera convaleciente.

– ¡Bribón!

– ¡Voy! ¡voy!

Andrés salió.

Poco después oí las fuertes y presurosas pisadas de una mujer.

Se abrió la puerta y entró una vestida de negro.

Al verme se detuvo, se llevó la mano sobre el corazón y escuché un ligero gemido.

Luego se levantó el velo, corrió á mí, me asió las manos y exclamó mirándome de una manera divina:

– ¡Gabriel!

– Era ella.

LXXVIII

Yo no puedo decirte, Eugenio, lo que experimentaba.

Me sentía morir.

Clara era para mí el ángel bueno, pero ardiente, incitante, voluptuoso, con una voluptuosidad purísima.

Era la contraposición de Adelaida que era mi ángel malo.

Puesto bajo la influencia de Clara olvidé á Adelaida, como puesto bajo la influencia de Adelaida olvidé antes á Clara.

¡Oh ruindad del corazón! ¡oh vicio de los sentidos! ¡si yo no me hubiera separado de mi ángel bueno, siguiendo la huella encendida de mi ángel malo...!

Sentí refrescada mi alma por el amor, por la virtud, por la hermosura de aquella mujer, todavía niña, todavía virgen, tierna, apasionada; con un amor poético, con un amor soñado.

Me dijo llorando cuánto había sufrido, y riendo cuánto era feliz en aquellos momentos.

Me reveló que su padre...

Pero lo que me contó acerca de su padre, te le voy yo á contar directamente.

LXXIX

Tres días después de la horrible muerte de López, Clara recibió por la mañana el siguiente billete:

«Hija mía: necesito verte, hablarte, estrecharte entre mis brazos, asegurarte que no soy una sombra, que nada tienes que recordar respecto á mí que acuse á tu conciencia. Vivo como tú y como los demás, y el medio común de que me valgo para decírtelo, te lo prueba: espérame esta noche.»

Esta carta no tenía firma.

El primer impulso de Clara fué de terror.

Pero luego recordó que hacía tres días que López había desaparecido de la casa, de la que hacía muchos años sólo se alejaba por breves intervalos sin pasar más que algunas horas fuera de ella, y aun así por graves negocios; que no se habían tenido absolutamente noticias suyas, que al segundo día se había avisado á la policía y que todos los esfuerzos de la policía el día siguiente no habían descubierto el menor indicio del paradero de López.

Encontró una relación extraña entre aquella desaparición y la carta de su padre, y esperó á la noche con ansiedad.

Apenas había oscurecido cuando la anunciaron la llegada del señor Alvarez.

El mejicano había tomado este nombre.

Clara le recibió en medio de los empleados subalternos de la casa.

Miantucatuc iba completamente vestido de negro, con guantes amarillos y botas barnizadas.

Sobre aquel traje, su semblante cobrizo y pintado, cu-

bierto de canas, producía el contraste más terrible que puede verse.

Era un gran jefe ensayado y vestido para representar nuestras costumbres.

Miantucatuc saludó con cierta soltura á Clara, que dominó su terror, y contestó á su saludo.

—Yo, señora, – dijo Miantucatuc, – soy don Cristóbal Alvarez, con quien la casa de Lemus ha sostenido hasta ahora las mejores relaciones. Ni V. ni estos señores, á quienes creo dependientes de la casa, me conocen. Esto consiste en que yo me doy muy poco á la luz. Nacido en otras tierras, en otras costumbres, gran jefe en mi juventud de una tribu mejicana, la valiente tribu de los anapas, convertido después al cristianismo por una continuación de sucesos que sería largo referir; casado con una europea y venido á Europa, no he podido arrancarme mi color de raza, ni los signos distintivos de mi pasada dignidad salvaje, y ya comprende V. señora, y Vds., amigos míos, que no soy completamente presentable sin causar una gran extrañeza á las gentes. Así, pues, me he reducido á la vida doméstica, y sólo mi nombre como razón social, y mis capitales como sostén de mi nombre, han salido de mi casa. Pero ahora es distinto. He sabido por... un periódico... la desaparición de mi buen amigo don Severo López, y vengo, como es natural, á arreglar mis cuentas con la casa Lemus, y á prestarle mi nombre si lo necesitase, caso de que López, como no es probable, haya desaparecido completamente.

Contestóse en el lenguaje burocrático á Miantucatuc por el tenedor de libros, mientras que Clara fijaba una mirada asombrada en su padre.

—Ahora, y por la situación especial en que se encuentra la casa, – dijo Miantucatuc, – deseo vivamente hablar con V. á solas, señora.

—¡Conmigo!

—Con usted.

—¿Es indispensable?

—De todo punto indispensable... para V., para su tranquilidad, para su felicidad.

Clara despidió á sus dependientes.

—No te olvides, Eugenio, – me dijo saliéndose de su relato el esqueleto, – que la misma noche en que Miantucatuc se encerraba con su hija, Adelaida me ponía á mí fuera de la quinta aprovechando la ausencia de Miantucatuc.

Después de esta advertencia prosiguió.

LXXX

—Recuerdo que una noche, – dijo Miantucatuc á Clara, – estabas encerrada en un gabinete donde creías que de nadie podías ser oída, con un hombre á quien amabas.

—¡Ah! – dijo Clara; – ¡Zea!

—El hombre á quien amas aún.

—Una palabra, señor; una palabra; ¿sois efectivamente un ser que vive?—dijo Clara.

—Toca y cree, —dijo conmovido Miantucatuc.

—Y sois... mi padre...—añadió Clara con doble afectación.

—Pues si no lo fuera, si no hubiera sido por mi hija, ¿á qué había yo de haber venido á Europa? pero te lo repito, Clara, hija mía; necesito hablarte donde de nadie podamos ser escuchados: en aquel gabinete donde hace algún tiempo te encerraste con Zea.

—Sin embargo, aquella noche, señor, hubo quien nos escuchó.

—López tenía llaves dobles de todas las puertas de tu casa

—¡Ah! ¡López! ¡ese hombre terrible! ¿Y está V. seguro de que López ha desaparecido? ¿Que su desaparición no es más que un lazo que me tiende, para saber qué uso hago de mi libertad?

—No, López no nos escuchará; porque López ha muerto.

—¡Muerto! ¿está V. seguro de ello?

Miantucatuc se sonrió horriblemente.

—López estaba sentenciado hacía ya mucho tiempo; López, á quien yo dejaba la vida porque era junto á ti un guardián fiel, se atrevió á convertirse en tu tirano: López ha muerto... le he sepultado yo mismo, yo, gran jefe del desierto, yo, señor suyo, yo, señor de su vida. No,



BUSTO DE MUJER, de Tofano

López no nos escuchará. Vamos á aquel gabinete, Clara, vamos.

Clara tomó un candelabro con tres bujías, atravesó seguida de Miantucatuc algunas habitaciones, y cuando entraron en aquel gabinete, Clara cerró las puertas de las habitaciones contiguas á él, con el mismo cuidado que si se hubiera encerrado con un amante.

Al entrar en el gabinete, Miantucatuc se detuvo delante del retrato de don Angel Lemus.

—He ahí todo lo que queda de tí sobre la tierra, infame,—dijo Miantucatuc mirando con un gozo feroz el retrato:—esa semejanza ficticia de lo que fuiste, y tu cabellera entre las de mis enemigos.

—¡También V.!—exclamó con horror Clara.

—¡Qué! ¿no había él penetrado entre los míos?

—Usted le había robado á su hermana.

—¡Inés! ¡pobre Inés! Pero ese hombre era nuestro enemigo, y luego él... mató á tu madre...

—¡Ah!

—Y te robó y te trajo entre los suyos: y no contento con eso, te hizo su esposa. Aquel hombre debía morir y murió.

—Pero mi hija... ¿qué culpa tenía mi pobre hija?

—Ya que no podía llevarte otra vez á mis praderas, porque los blancos te habían debilitado, quise tener conmigo á mi nieta, recobrar en ella mi sangre aunque mezclada con la sangre de mis enemigos.

—¿Pero qué fué? ¿qué ha sido de mi hija?—exclamó Clara;—¿es acaso aquella hermosa joven que acompañaba á V. la noche del baile de trajes?

—No... Adelaida es mi nieta.

—¡Nieta de V.! pero, ¿he tenido yo alguna hermana?

—Sí, sí por cierto: una hermana, hija mía y de doña Inés de Lemus, la hermana que yo robé á don Angel: esta hija creció y conoció á López y le amó: de su amor con ese infame nació Adelaida...

—Más claro, más claro.

—Tu hija... mi nieta... murió á mi despecho...

—¡Ah! ¡hija mía! ¡hija mía!—exclamó Clara, en quien vivía intenso su amor de madre.

—¡Dios lo quiso así! Aclaremos ahora nuestro parentesco de familia.

Yo robé su hermana á Lemus.

De ella tuve á la hermosa Virgen-de-la-mañana.

La Virgen-de-la-mañana fué tu hermana.

La Virgen-de-la-mañana amó á López, fué suya y tuvo de él una niña muriendo al dar á luz.

Esa niña que vive, y que es mi nieta, es tu sobrina.

Esa es la que traje al baile para que te robara á Zea; y te lo robó: esa niña tan hermosa y... tan terrible es Adelaida... es... mi esposa.

—Su nieta de V... y su esposa...—exclamó con horror Clara.

—Ella no sabe que es mi nieta, y Dios y yo sabemos que no es mi mujer.

—¿Pero á qué entonces ese matrimonio horrible?

—Aborrezco á los blancos, y he pretendido impedir que mi nieta pueda ser esposa de uno de ellos, para no verme obligado á matarle como maté á Lemus.

—¡Ah!

—Hé ahí por qué procuré que Adelaida usase de su terrible poder para ese Zea... porque amas á Zea... porque no quiero que Zea sea tu esposo.

—¡Oh padre! ¡padre! si engañada... ignorando los sagrados lazos que me unían á V., pude atentar á su vida... no se vengue usted de mí condenándome á la desesperación.

—No, no fuiste tú quien me tendió un lazo traidor; no fuiste tú la que me heriste...

—Yo herí á un hombre...

—A un pinto engañado por López.

—¡Ah! y ¿cómo tropecé con usted moribundo...?

—Te llevó la mano de Dios.

—¿Pero es cierto...?

—Clara... los blancos dudan de la veracidad de las palabras de su padre... jamás una piel roja ha puesto en duda las palabras de un anciano.

—¡Ah! perdón, padre mío, perdón: he sufrido tan crueles remordimientos, he visto tantas veces un fantasma ensangrentado pasando por delante de mis ojos, que es para mí una resurrección el encontrarme libre del horrible peso que agitaba mi conciencia.. ¡Oh padre mío! ¡padre mío!

—Sí, tu padre que te ama, tu padre de quien Dios ha tenido al fin compasión, y le devuelve pura y hermosa como una flor de las praderas á la hija de su alma.

—¿De qué Dios habla V., padre?

—De Dios uno y trino, de Jesús sacramentado por el hombre, del Dios del Evangelio.

—¡Padre! – exclamó con alegría Clara arrojándose á su cuello.

—Sí, para seguir á López que se me huía contigo, para estar cerca de la hija de mi corazón... (porque los salvajes, Clara, aman á sus hijos como no son capaces de amarlos los habitantes de las grandes ciudades), para verte alguna vez, me fué necesario perder mi ruda corteza, y ya en edad provecta, aprendí á leer, á escribir... aprendí todo lo que aprende un niño entre vosotros. Yo no me había bautizado, y no era cristiano más que en la apariencia para poder vivir entre los cristianos; en el fondo de mi corazón adoraba á los torpes ídolos que tienen un ara sangrienta en cada cabaña del Sur de México. Un día vino á mis manos un libro: estaba escrito de tal modo, con tal sabiduría, con tal dulzura, que me cautivó. Aquella era la historia maravillosa de un hombre sabio entre los sabios, fuerte entre los fuertes, humilde entre los humildes. Aquel libro era el Evangelio, aquel hombre, aquel Dios, Jesús.

Y á fuerza de leer el libro creí lo que el libro decía, y cuando creí, conocí á Dios, y cuando le conocí le adoré.

Y al adorarle sentí sobre mí su justicia, su justicia que castigaba en mí el pecado de un salvaje, y que acaso le castigará en toda mi generación.

—¡Oh, padre! y si cree V. en Dios, si conoce V. á Dios, ¿por qué odia á los blancos, nuestros hermanos?

—Porque son falsos y están cubiertos de lepra.

—¡Oh! ¡Dios mío! y ¡creyendo en Dios ha matado usted á López!

—No he sido más que su juez y su verdugo. ¿No dice el Evangelio: el que á hierro mata á hierro muere? ¿Ojo por ojo y diente por diente?

—Pero Dios tiene en la tierra la justicia que le representa.

—¡La justicia humana con sus ojos de carne, con su corazón de carne! ¿Cómo hubiera yo podido probar á los jueces de la tierra los delitos cometidos por un hombre allá en lejanas regiones, al otro lado de los mares, entre el silencio de la noche y la soledad de los bosques? Es cierto que tenía en mi poder contra López pruebas de traición contra España, pero yo quería que se le castigase como asesino, y yo no podía probar su crimen. No, yo no he asesinado á López, he sido el brazo vengador de la

justicia de Dios sobre la tierra, y como tal he herido impasible. Su cabellera está allá entre las de mis enemigos. No hablemos más de él.

—¡Y Zea! ¡y Zea! ¿por qué ha querido V. apartarme de Zea?

—¡Tanto le amas!

—No he amado, padre, hasta que le he visto á él, -- exclamó con desesperación Clara.

—¿Y si le perdieras?

—Moriría.

Dijo de tal manera Clara estas palabras que Miantucatuc se aterró.

—El temor de que le aconteciese una desgracia me ha contenido únicamente, padre: el temor á ese infame López. Pero López no existe ya... soy libre... he sido toda mi vida desdichada... ¡oh, padre! ¡padre mío! ¡permítame usted que sea feliz!

Miantucatuc se engujó una lágrima con el revés de su nervuda mano.

—¡Usted llora, padre! ¡Usted que es tan valiente!... ¡Usted tendrá compasión de mí!

La pasión de Miantucatuc era su hija; comprendió que me amaba de una manera incurable, con toda la fuerza de voluntad de una india, y se desplomó y cedió.

Clara, al separarse de su padre, quedó consolada y feliz: la esperanza la sonreía y aquella noche durmió su primer sueño tranquilo de amor.

Al día siguiente me escribió.

Al creer que estaba enfermo fué á visitarme.

Esperó diez días.

Al fin se vió delante de mí.

. . . .

Y me embriagó, me enloqueció, me hizo olvidarme completamente de Adelaida.

Esto consistía, como ya te he dicho, en que Adelaida estaba lejos de mí, y en que delante de mí tenía, hermosísima, enamorada, pura, poética, divina, á Clara.

Nos separamos satisfechos y enamorados el uno del otro.

En la primera entrevista que tuvimos á solas la había salvado Miantucatuc.

En la segunda la salvaron su pureza y su fuerza de fascinación.

LXXXI

Al día siguiente recibí una carta de Miantucatuc en que me mandaba que fuera á verle á su quinta.

Avisé á Clara de que no podía verla porque me llamaba su padre, monté á caballo y me encaminé solo á la quinta de Miantucatuc.

En cuanto llegué fuí introducido.

Miantucatuc se paseaba en su cabaña, en aquella misma cabaña artificial donde me habló la primera vez.

—Tienes mucha suerte, Zea,—me dijo; – Clara te ama como no aman todas las mujeres. Tanto te ama, que por no desgarrarla el corazón no me he atrevido á decirla que eres un infame.

—Sea yo lo que fuere,—le dije,—¿crees que yo no amo á tu hija?

—Es muy posible que la ames, porque para no amarla conociéndola y siendo amado por ella, es necesario no tener ojos ni corazón.

– Clara es la felicidad de mi vida.

—¿Sabes por qué consiento tu matrimonio con Clara á pesar de haberte sentenciado... sólo porque habías puesto los ojos en ella? por no perderla, porque (así son las mujeres) si Clara no es tuya, muere.

—Tu hija será para mí un ángel de redención.

—En último resultado,—replicó el implacable Miantucatuc, – morirás más tarde, y ella habrá sido feliz algunas horas... ella que ha sido tan desgraciada.

—Será feliz todo el tiempo que Dios me dé de vida.

—Dices bien,—me contestó Miantucatuc, – porque el día que hagas correr la primera lágrima de sus ojos, mueres.

—Pero, ¿por qué crees que yo no haré la felicidad de tu hija si ella me ama?

– Puede... puede ser... Dios... y el oro... hacen mil milagros; ¿sabes lo que te doy con mi hija?

—¡Un ángel!

—Te doy una mujer... y unas riquezas como no has podido soñar... mira.



¡RECUERDO...! dibujo de Th. Matthei

Y Miantucatuc levantó la piedra del hogar de la cabaña.

Debajo apareció un arca de madera.

Abrióla el indio, y el tesoro que apareció á mi vista me deslumbró. Entonces me acordé de Adelaida y del medicamento del doctor Wildall y me estremecí.

Me estremecí no sé por qué.

Por un presentimiento oscuro.

¿Qué me importaba que muriese Miantucatuc?

No era eso.

En cuanto á Clara...

Yo me creí poderoso para defenderla.

Y Adelaida flotaba delante de mí, vengadora, terrible.

Era que entonces no tenía delante á Clara.

—Yo viviré poco,—me dijo Miantucatuc...—y aunque viva, este tesoro es inagotable. Como que ya eres, por decirlo así, el esposo de mi hija, escucha el consejo que voy á darte. Yo quiero que Clara brille en el gran mundo, ya que al gran mundo la han trasplantado: la corte de las Españas es pequeño teatro. ¡Londres! ¡La gran ciudad donde todo es magnífico! Allí quiero que viváis: en una isla del Támesis que yo compraré para vosotros: en la cual construiré un palacio para vosotros, palacio maravilloso que asombrará á las gentes, y alrededor de esa isla una escuadrilla de yaks en los que os trasladaréis al punto del continente que mejor os agrade para asombrarle con vuestra riqueza. ¿No oyes que quiero que Clara sea dichosa y envidiada y que sólo para ella he reunido todos estos tesoros?

—¡Oh! ¡sí! ¡sí señor!—contesté embriagado por la vista del tesoro.

—Pero olvídate de Adelaida,—me dijo:—Adelaida es terrible y Adelaida me consta que te ama.

—¡Señor!

—Yo me la llevaré lejos, muy lejos de vosotros y no podrá haceros daño, – dijo Miantucatuc.

Estuve á punto de revelarle lo del medicamento del doctor Wildall, pero no me atreví.

¡Ah! ¡cuántas veces un momento de cobarde vacilación determina una horrible sucesión de desgracias!

LXXXII

Después de algunas horas invertidas en un largo diálogo en que todo fueron condiciones y amenazas de parte de Miantucatuc, y seguridades y protestas por la mía, nos separamos quedando aplazado mi matrimonio con Clara para dentro de un mes. Cuando salí de la quinta, ya lejos de ella volví como por instinto la cabeza.

Entonces ví flotar en una ventana un pañuelo.

Era Adelaida que me saludaba.

Aquel saludo, sin saber yo por qué, me heló el corazón.

Pero cuando poco después me encontré delante de Clara en su casa, en su gabinete, á solas con ella, lo olvidé todo y me creí feliz, y al creerme feliz me creí bueno y virtuoso.

¡Ay Eugenio! soñaba con los ojos abiertos y no tardé en despertar.

Me había olvidado completamente de Adelaida, y Adelaida debía presentarse de nuevo ante mí de una manera terrible.

LXXXIII

Pasaban los días y se acercaba el de nuestras bodas.

Clara, á pesar de que siempre había sido joven y hermosa, se había rejuvenecido con la felicidad de tal modo, que á pesar de tener treinta y dos años, apenas representaba veinticuatro.

Se ocupaba con una actividad febril en prepararlo todo para nuestro casamiento.

Había comprado una magnífica casa, acabada de construir, por lo que le habían pedido, y había escrito á sus corresponsales de París y de Londres para que la enviasen los muebles, las alfombras, las tapicerías, los carruajes más costosos y más de moda.

Galas y joyas sin número habían sido también encargadas; en su alegría, todo la parecía poco: quería gastar un tesoro.

Y Miantucatuc le daba rienda suelta y el tesoro se gastaba.

El indio entretanto preparaba la liquidación definitiva de la casa de Lemus, porque quería que desapareciera hasta el nombre de su primer marido cuando iba á tomar un segundo.

Después libros y legajos, según decía Miantucatuc, debían quemarse.

Yo era feliz.

Había cundido entre mis conocimientos la noticia de mi enlace con la viuda de Lemus, y todos me envidiaban.

En cuanto á López, se decía que había huído robando á la casa enormes valores, y esta calumnia, hábilmente difundida, aunque indirectamente, por Miantucatuc, había sido creída hasta por los mismos dependientes de la casa Lemus, porque el mundo está siempre dispuesto á creer la calumnia.

La policía había ya prescindido de buscarle.

López entretanto dormía su sueño de muerte entre los álamos del jardín de Miantucatuc.

LXXXIV

Faltaban sólo ocho días para que se cumpliese el plazo fijado al casamiento.

Esperaba yo una tarde á Clara que había salido á hacer compras; cuando volvió noté que venía sofocada.

—Tengo una sed horrible,—me dijo,—me bebería el mar.

Y pidió un vaso de agua de nieve.

Mientras se lo traían, me enseñó unos brillantes que había comprado para mí.

—Son hermosísimos, – me dijo; – y los he comprado de una manera singular. Había yo entrado en un café á tomar un vaso de agua, cuando se me acercó una señora.

(Continuará)

Barcelona.—Imp. de Montaner y Simón



AÑO VI — BARCELONA 23 DE MAYO DE 1887 — NUM. 282

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

LECTURA INTERESANTE, dibujo de J. M. Marqués

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

LECTURA INTERESANTE, dibujo de J. Marqués

Este dibujo nos recuerda cierto lienzo expuesto por el autor en la galería Parés, admirable de frescura, de color y de verdad.

CARTA DE AMÉRICA, cuadro de F. Kallmorgen

¡La emigración!... He aquí la esperanza del mal contento con su suerte y la amenaza permanente de la tranquilidad doméstica. El joven á quien fatiga dirigir el arado; el que entrevé nebuloso el horizonte de la vida á través de la vidriera que ilumina el taller; el que encuentra abrupto y fatigoso el camino de una carrera, más lenta que las exigencias de la ambición, sueñan en esa dichosa América, ¡dichosa á sus ojos! que ha restituído algunas de sus presas, á cambio de millones de ellas enterradas por amor de Dios en su mortífera tierra. Y alentado por esa quimera de las *Mil y una noches*, viene un día en que el hijo de familia se despide de sus padres, de sus hermanos, de sus amigos, que lloran viéndole partir; y á cuyo dolor cree poner término con la egoísta frase:—Cuando yo haya ganado mucho dinero, os haré felices á todos...

Y parte, con efecto; y trascurre mucho tiempo sin que del emigrado se sepa, y cada nube aparecida en el espacio despierta en los ancianos abandonados la idea de una tempestad en alta mar, y cada quejido del viento semeja para ellos el grito del náufrago en su agonía.

Por fin, llega la carta tan suspirada; el emigrante da cuenta de su arribo, de sus tristezas, de sus esperanzas... ¡Con cuánta impaciencia deletrea el padre los garabatos de su hijo!... ¡Con cuánta avidez se enteran de ellos la inquieta madre y la inocente hermana!... ¡Con cuánta alegría se repite la lectura de ese escrito en presencia de los raros amigos que continúan frecuentando la morada del pobre!...

Tal es la escena que ha pintado Kallmorgen con una verdad, con un calor, con una vida, dignas del mayor elogio.

ADIÓS Á LA CASA PATERNA, cuadro de Tobías E. Rosenthal

Hay empeños artísticos que fracasarían indudablemente si no los realzara una inteligente y expresiva ejecución. Uno de estos empeños ha acometido Rosenthal, consiguiendo un éxito completo.

Llegó la hora tan temida de la separación del hijo adolescente. El ave criada en el nido y alimentada por el amor de sus padres, va á tender el vuelo por su cuenta y á buscar por el ancho mundo el grano de mijo que el huracán arrastra entre sus pliegues. ¡Qué momento tan triste! ¡Qué hora tan solemne!

El joven que va á partir tiene impresa en su semblante la pena y el miedo: la pena propia del que abandona á los seres más queridos; el miedo natural en quien cuenta exclusivamente con sus débiles fuerzas para abrirse paso á través de una sociedad que desconoce y que le han pintado muy mala, muy temible, aun más depravada de lo que realmente es. Con la debilidad y desconfianza del niño, contrasta la varonil figura de su padre, en actitud de darle aquellos sanos y enérgicos consejos, fruto de cuarenta años de experiencia honrada. La madre y la hermana del muchacho hacen lo único que las cabe hacer en semejante caso; llorar á lágrima viva, y sin consuelo y en su interior formar toda clase de votos para que Dios las devuelva cuanto antes al desterrado.

Este cuadro es un modelo de expresión y una maravilla de sentimiento.

UNA BODA EN EL SIGLO XVIII, cuadro de Fermín Girard

Preceden á la comitiva los dos obligados músicos, cuyo *ruido* asusta á los patos y alarma á los rapazuelos del contorno; sigue luego la feliz pareja de los novios, cuyas miradas revelan claramente la intensidad de la respectiva pasión y el temperamento del respectivo individuo; tras de ellos vienen los padres de la doncella, algo preocupado el marido, algo alarmada la mujer que interroga con la vista á su consorte; en pos de los padres los parientes y los amigos, en apretada cohorte, llevando prendida de una percha engalanada la tradicional corona del azahar simbólico; y en más lejano término una pareja de rezagados á todo correr para reunirse á la comitiva, y unos cuantos rústicos curiosos, contemplando el espectáculo. A todo esto, los botones de los desnudos árboles anuncian la llegada de la primavera; y todo en el lienzo está perfectamente combinado para que el espectador se sienta atraído por el cuadro de esa rústica felicidad, de esa alegría comunicativa, patrimonio exclusivo, al parecer, de los habitantes del campo y que nunca se obtendrá con el cuadro que representa la boda, fría y ceremoniosa, de los personajes del gran mundo.

EL RETRATO DEL PRIMOGÉNITO, cuadro de Pío Ricci

La idea de un sucesor directo, y sobre todo de un sucesor varón, es tan natural y tan poderosa en el hombre, que se comprende y hasta se perdona aquella antigua disposición de los primeros pueblos históricos que infamaba á las mujeres estériles, solamente por serlo. El hombre se siente tan inmortal en su ser, que para dar satisfacción palpable á ese sentimiento innato, suspira por un hijo en quien se encarne su carne, á quien trasmigre su espíritu, en cuyos sucesores se reproduzca permanentemente; como si todo hubiera de finir en ese raquítico planeta, al cual investimos pomposamente con el nombre de mundo.

Esta aspiración invencible explica la importancia que, en las familias acomodadas sobre todo, se ha dado siempre al nacimiento de un primogénito, considerado como una especie de seguro de la inmortalidad. No es de extrañar, por lo tanto, el esmero con que se cría al primer hijo varón, las caricias que se le prodigan, las atenciones que se le guardan, el respeto que se le tributa hasta por individuos mismos de la familia.

Ricci ha pintado con talento una escena del siglo XVIII inspirada en la predilección que merece el primogénito de una casa aristocrática. Su retrato es un acontecimiento doméstico; se le quiere todo lo más parecido posible, sin perjuicio de que sea, igualmente, lo más hermoso que se conozca; porque está averiguado que el retrato de una mujer ó de un niño no puede ser parecido y feo á un tiempo mismo. La escena está bien compuesta, las figuras son expresivas y se hallan agrupadas con habilidad, la impresión general es agradable y los accesorios demuestran, por el esmero con que están tratados, que el autor no ha escaseado los medios necesarios á fin de producir toda la impresión que cabe en el asunto.

EL VENTISQUERO, dibujo de A. F. Zugbaum

Tiene lugar la escena en un páramo de la América del Norte. Una tempestad de nieve sorprende á los indefensos viajeros; los caballos, espantados por el trastorno de la naturaleza, han roto los frenos y tirantes y caen, para no levantarse, junto al cuerpo inerte de su conductor. El carro está hundido en la nieve, que va cubriendo lentamente á una madre é hijo, de quienes se apodera aquel sueño fatal que mata insensiblemente y da la muerte más dulce. La catástrofe es completa: la naturaleza parece, en ciertas ocasiones, implacable.

El lienzo de Zugbaum impresiona vivamente: no hay en él un accesorio que distraiga la atención del drama representado; no hay á la vista un hogar, una cueva, un árbol, un rayo de sol, que signifiquen vida, que dejen concebir una pequeña esperanza. El artista ha sido tan cruel como la misma naturaleza.

MONIMA DE MILETO

EPISODIO HISTÓRICO

I

El sol lanza su postrer mirada sobre la marmórea cúpula del templo de Adonis en Atenas.

Contra las metopas y triglifos de las columnatas dóricas que lo sostienen, se acaba de estrellar el eco de la última antífona modulada por las hieródulas, al compás de las cítaras tebanas.

El sagrado recinto va quedándose desierto, y la suprema sacerdotisa ordena la clausura de sus puertas de bronce, con la sonrisa de la satisfacción en los labios; pues si han sido pocas las cabelleras femeniles que la virtud ha ofrecido al deificado hijo de Mirra, han sido muchas las monedas de oro que la prostitución ha depositado en las sagradas arcas, para tener propicio al numen protector de los amantes.

La heterogénea muchedumbre que á las fiestas ha acudido, rebosando en la ciudad de Minerva, como el néctar de Chío en una copa corintia, se arroja á borbotones por sus puertas, y ganando la campiña, encamínase á la playa satisfecha, á abordar las naos ancladas á lo largo de la costa.

Dos hombres la han precedido en su derrotero.

El primero, de porte distinguido y barba perfumada, frisa en los cincuenta; y es joven el segundo todavía.

En sus trajes se mezcla la indumentaria persa con la griega, y un tesoro de alhajas los adornan.

—¿Te han sido, oh mi señor, agradables estas fiestas? – preguntó el más joven á su compañero.

—Dígote, oh Báquides, mi eunuco predilecto, que no tienen nada que envidiar á las egipcias de Isis. No puede darse bazar más variado de gracias femeniles.

—Aquí, trayendo oro...

—Y sin embargo he visto á la niña más perfecta de la creación, cercenar sus negras crenchas, prueba de que quiere conservar incólume su virginidad.

—¿La hablaste?...

—No. Yo estaba en el propíleo cuando ella las colgó en la ebúrnea pilastra, y aunque traté de abrirme paso por el apiñado concurso, la perdí de vista.

—¿Podrá compararse á esta?... – interrogó el eunuco parándose y tornando el rostro hacia atrás, al sentir ruido de pasos no muy lejos.

—¡Oh, sí, es ella! – exclamó gratamente sorprendido su compañero.

II

Esbelta como un junco, alegre y bullidora, hollando flores y salvando arroyos con la ligereza de una corza del Himeto, se adelantaba hacia ellos una niña encantadora, mal velados sus contornos por gasas trasparentes, que avanzaba distraída, tarareando á media voz un himno órfico.

—¡Oh! detén tu paso, mujer ó diosa,—le dijo saliéndole al encuentro el enamorado caballero,—detén tu paso y satisface una curiosidad quizá importuna. ¿Eres Venus, y vas á descansar de la lasciva fiesta á la concha marina, ó una hieródula de Adonis saturada de eróticos deseos?...

—¡Ah! – exclamó ella deteniéndose sorprendida ante los fastuosos aparecidos; mas repuesta al punto de su sorpresa, añadió:

—No soy más que una mortal satisfecha de su suerte.

—Y bien puedes estarlo; pero dime, ¿cuál es tu nombre?... Quiero grabarlo eternamente en mi memoria, como ya lo está tu imagen en mi alma.

—Monima,—contestó la niña con ingenuidad, un tanto admirada de oir aquellas frases en boca de un hombre de su edad.

—¿De Atenas?...—interrogó éste nuevamente.

—No, de Mileto.

—Eres del país de las hermosas... y habrás venido á ofrecer al ídolo chipriota el precio de tus encantos.

—¡Jamás!... ¿No has reparado? He preferido dedicarle mi cabellera, á robar las primicias de mi amor al hombre que me ha de llamar suya.

—¡Virtud incomprensible en medio de tanto desenfreno! Mas oye: tu corta edad te hace abrigar preocupaciones de que el mundo hace chacota. Tal vez no haya habido comprador cual lo merecen tus encantos. Yo te ofrezco ¡atiende bien! una fortuna: quince mil monedas de oro, por venir á hacer noche en mi galera y conversar de amor á compás del grato arrullo de las olas.

La doncella, tendiendo el brazo hacia la ciudad con ademán digno y resuelto, le advirtió:

—Allí encontrarás quince mil cortesanas que se disputarán tu oferta tentadora; pues aunque poseyeras los inmensos tesoros de Mitrídates, no tendrías bastante para comprar una caricia de Monima la milesia.

E hizo ademán de partir.

—¡Ah! pero escucha,—rogóle el seductor, intentando tomarle una mano que ella apartó con donosura.

—No me es posible.

—¿Te espera alguno?

—Teón el espartano.

—Entonces ese...

—Es al que busco.

—Una palabra...

—Déjame marchar. El sol se pone, y es necesario aprovechar los últimos instantes de placer.

Y al pronunciar estas frases, que hubieran hecho honor al más voluptuoso epicúreo, torció hacia la derecha, no corriendo, sino volando, como aérea mariposa; y entonando de nuevo su interrumpido himno, desapareció tras un bosquecillo de sicomoros.

III

El fastuoso oriental quedó como petrificado con los ojos clavados en ella, hasta que la enramada burló sus miradas curiosas.

—¡Qué rareza!—murmuró.—Esa niña es una nota discordante en medio de la embriaguez y la locura de este ilustre lupanar.

—Veo, señor, que te ha interesado sobremanera.

—Te lo confieso, Báquides. «Ni los inmensos tesoros de Mitrídates bastarían á comprar una sola de sus caricias,» dijo.

—Y esa alharaca ha picado tu amor propio.

El objetado no contestó.

—Pero no me explico tu perplejidad,—continuó el eunuco.—¿Te ha agradado y esquiva tus ofertas? Pues no hay más que seguirla, apresarla y á Sínope con ella.

Casi decidido estaba el desdeñado galán á seguir tal consejo, cuando se le apareció un anciano de luenga barba, escarchada por el invierno de la vida, seguido de dos esclavas también provectas, que les interrogó con ansiedad:

—¿Habéis visto por aquí á una loquilla de pocos años?

—¿Loquilla?—interrumpió el interrogado.—Discreta, como pocas, dirías mejor, si aludes á Monima.

—¡La conoces!—exclamó con orgullo el anciano.

—¿Eres su padre por ventura?

—Ciertamente; pero un padre atormentado por los cuidados que me inspira su futuro destino.

—¿Has consultado el oráculo?

—Varias veces. Mas guíame por la huella de sus pasos: la impaciencia me consume.

—Sígueme,—le dijo poniéndose en marcha el extranjero, no sin recabar de su interlocutor, en pago de tal servicio, la relación del horóscopo de Monima.

El solícito padre, gozando en las venturas que le comunicaba, le refirió, sin perdonar detalle, que la pitonisa de Delfos la había profetizado que sería la gloria de su raza; el oráculo de Júpiter Ammón en Lybia, que príncipes y reyes habían de postrarse reverentes á sus plantas; y por último, que al ir á consultar el de Dódona, la paloma sagrada había volado desde el altar y posádose sobre su cabeza, las encinas se habían inclinado á su paso, y en los vasos de bronce, había entonado el viento el himno olímpico de Orfeo.

IV

No es el garrido Acteón, á pesar de ir armado de arco y de carcaj, el que ha salido al encuentro de Monima.

No es tampoco el inmortal Apolo, aunque su frente ciña una corona de laurel.

Es el gentil Teón el espartano, el vencedor tres veces en los juegos píticos, en memoria de cuyos triunfos lleva siempre sobre sí tales trofeos.

—¡Cuánto me ha atormentado tu tardanza! – dijo á Monima en tono de dulce reconvención, ciñendo con el brazo su flexible talle.

—Teón mío, un extranjero impertinente detuvo mi pie, que volaba al punto de la cita.

—¿Un extranjero? – repitió el espartano frunciendo el entrecejo.—Espera... es hombre de edad, alto, vestido con la elegancia de un sátrapa...

—Sí: ¿sabes quién es?

—Ni quiero; mas le ví esta mañana devorarte con lúbricas miradas, y esto me basta para que, sin conocerlo, le aborrezca.

—Mal se anunció el día para tí.

—Peor de lo que piensas. La primer salutación que recibí esta mañana, fué el aletazo de una corneja que derribó mi aljaba. ¿Qué podía ya esperar de favorable en este día? La desgracia era segura; y como la mayor que pudiera ocurrirme tenía que relacionarse con mi amor...

—Bueno es ser celoso, mas no tanto,—interrumpió la milesia con coquetería.—El corazón de Monima no late más que para tí.

—Hoy sí... pero si un día...

—¡Ingrato! ¿á qué esa duda? Lo mismo hoy que ma-

ñana, ya ausente ya á tu lado, Monima será siempre esclava de tu amor.

Y su agitado seno y sus rasgados ojos, poseedores del secreto de Circe, decíanle á la par tal vez más que su boca.

¿Qué le importaba á ella saber quién Teón era?. ¿Tenía padres? ¿era huérfano ó expósito?

Para el corazón que ama, no hay clasificaciones sociales.

Criado por un eforo, pocos le igualaban en varonil belleza, ninguno le aventajaba en guiar una cuadriga, y las hermosas y los anfictiones habían más de una vez aclamado en la palestra su nombre victorioso.

Entre los dos medió un intervalo de éxtasis, en que la encendida pupila sustituyó á los labios.

De pronto Teón, que con su amada había tomado asiento sobre el zócalo de un pórtico arruinado, exclamó:

—¡Hélo allí!... el que viene con tu padre.

—El es, – ratificó Monima; — pero, ¿qué intentas?

—¡Matarlo!

Y sacó del carcaj un dardo que enfiló en el arco.

—¡Oh! no ensangrientes este instante, — suplicó la joven tratando de evitarlo.

—¡Arr! — gritó el mancebo, al estallar la cuerda que había de impulsar la flecha. — ¡Hoy es día nefasto para mí!

—Huye: ya sabes que mi padre te aborree.

—¿Y hasta cuándo?

—Hasta las fiestas de Diana en Efeso.

Y cambiaron un ósculo de fuego, que hizo hervir la sangre en sus arterias.

¿Qué menos podían cambiar dos amantes educados en una sociedad que adoraba el falo y el cteis, y cuya moral basaba en una teogonía que preconizaba las torpes aventuras de Venus y Priapo?



CARTA DE AMÉRICA, cuadro de F. Kallmorgen

V

Monima, esquivando la mano que el magnate le ofrecía, saltó á la galera de su padre, anclada en el puerto Falereo, en el que por su lujo y el de los remeros que lo tripulaban, descollaba un ligero bergantín en forma de cisne que ganaron los extranjeros.

El anciano Cleanto reprendió á su bella hija su reciente escapatoria, intimándola una vez más, á desahuciar al espartano.

Su enamorado acompañante, recostado sobre el palo de mesana, no apartaba sus ojos de la encantadora milesia.

Al iniciar las naves los primeros balanceos de partida, un objeto silbó al oído del incógnito nabab, que se clavó en el palo que le servía de apoyo, dos dedos por encima de la cabeza.

Era un dardo que Teón, anudado el roto bramante, le enviaba desde la playa por despedida.

Del asta pendía una hoja de sicomoro en la que escrito con un aguzado estilete, se leía:

– «Quien quiera que fueres, Teón te detesta. Si esta no te mata, guárdate de otra»

El agredido hizo menudos pedazos la hoja que arrojó á las aguas y preguntó con retintín á Cleanto:

– ¿Qué mal habré hecho á tu futuro hijo para que tan mal me quiera?

– ¡Nunca lo será ese infame!

En tanto Teón, aferrado más y más á sus preocupaciones al ver errado por segunda vez el golpe, maldijo el nuevo rumbo de su suerte, sin que bastaran á curarle del tormento de los celos, las intensas miradas de Monima, que puesta la mano sobre el corazón, le repetía con elocuencia muda, que él y sólo él sería eternamente el ídolo de su cariño.

VI

A los dos meses una escuadra de veinte bajeles de tres órdenes de remos, empavesada con asiática magnificencia, fondeaba en el puerto de Mileto.

Al avistar la ciudad, la tripulación en masa, imitando á Báquides que la mandaba, púsose de pie y la saludó con entusiastas hurras.

En aquel instante terminaba el tocado de Monima, que ataviada con el más exquisito gusto, y ostentando unas riquezas dignas de una reina, estaba la mujer más ideal del Universo.

Su padre, contemplándola extasiado, la dijo, así que sus fámulas salieron de la estancia:

– Hija querida: daría la mitad de los días que me restan, porque Plutón permitiese á tu madre volver al mundo un solo instante para verte. Las predicciones del oráculo van á realizarse: sobre tu frente de nácar va á descansar una corona, y el monarca más temido de la tierra va á poner á tus pies su consideración y poderío. ¿Quién nos había de decir que aquel encontradizo de las adonias fuera nada menos que Mitrídates el *Grande?*... ¡Ah, Monima amada! á no haber sido por los cuarenta talentos (1) que me entregó por tí, mi ruina hubiera sido inevitable. ¿No estás tú misma satisfecha de tu obra?...

Monima que jugaba como distraída con los flecos de perlas de su purpúreo manto, se arrojó al cuello del autor de sus días, y vertiendo lágrimas de ternura, contestó:

– ¡Padre de mi alma! ¿cómo no he de estarlo, si ella te ha librado del descrédito y el menosprecio en esta vida, y de que fuese infamada en la otra tu memoria? Sean tus días una cadena no interrumpida de satisfacciones, y no pienses jamás en que este paso me cueste sacrificio alguno. El camino del trono es para mí una senda cubierta de flores.

– Pero tus lágrimas... – balbuceó el anciano, no pudiendo contener las suyas al escuchar á su hija.

– No repares en ellas. ¡Son el testimonio de mi felicidad!

Y besó visiblemente conmovida la rugosa frente de Cleanto.

Fuera del perfumado cubículo, las amigas de infancia de Monima, engalanadas de fiesta, cantaban al son de las cítaras tebanas:

«Gloria á Himeneo que va á unir con lazo eterno la pareja más excelsa de la tierra.

»Honor el gran Mitrídates que ha sabido elegir por compañera la más preciada flor de la Anatolia.

»Y tú, Monima amiga, que compartistes con nosotras tus goces infantiles, que Juno te sea propicia y te guíe de su mano al tálamo real.

»Tu nombre será orgullo del pueblo en que naciste,

»Y en torno de tu trono girarán como invisibles cortesanos, los recuerdos cariñosos de tus hermanas.»

VII

Llegó la hora de la partida y el eunuco Báquides invitó á su futura soberana á bajar al puerto.

Apoyada en el brazo de su padre descendió las escaleras de aquella casa bajo cuyo techo había visto la luz del día, y podía considerar como paraíso de su niñez.

Su servidumbre, compuesta en gran parte de personas que habían saboreado mil veces sus afectuosas caricias infantiles, arrodillada en el vestíbulo en apretadas hileras le dieron el adiós de despedida entre sollozos y bendiciones.

Ella para conservar el ánimo, cerró los ojos y oprimiendo contra sí el brazo de su padre, se dejó guiar por este.

Su tránsito por las calles de la ciudad, colgadas de tapices, se asemejaba á un triunfo.

En la playa verbeneaba la curiosa y entusiasmada muchedumbre.

Así que la escuadra divisó á la ilustre expedicionaria, los músicos frigios y laconios la saludaron con los acordes de una marcha regia, lo que no dejó de lisonjear su femenil curiosidad.

Abordada la capitana por la bella milesia y por su padre, precedidos por Báquides, y distribuídas en las otras embarcaciones sus parientas y amigas, que habían ofrecido acompañarla hasta el término de su viaje, sonó la señal de partida, y la flota hizo rumbo hacia el bósforo de Tracia, entre las delirantes aclamaciones de sus conciudadanos.

Ya se perdía la escuadra casi de vista y aun llegaban al punto de partida los últimos versículos del cántico preparado por la amistad.

«Tu nombre será orgullo del pueblo en que naciste;

»Y en torno de tu trono girarán, como invisibles cortesanos, los recuerdos cariñosos de tus hermanas»

VIII

Han corrido hasta ocho años, y la niña seductora de otros días, es la mujer más hermosa de cuantas pueblan el serrallo magnífico de Sínope.

Lujo, boato, ostentación, molicie, todo la rodea en abundancia.

Aquel encantado recinto es una maravilla de la tierra, viéndose en él mezclados en armonioso conjunto, ya en objetos de comodidad ya de adorno, las maderas de Ofir, el oro del Pactolo, los tapices babilónicos, las plumas de la India y la púrpura de Tiro.

Al vibrar su dulce voz bajo aquellos artesonados olorosos de sándalo y cedro, una cohorte de esclavos se pone en movimiento.

El rey la distingue entre todas sus mujeres, y la apellida la *perla de su harem.*

Mas ¡ay! ¿qué vale todo, si ha perdido su libertad?

Cuando recuerda — ¡y nunca los olvida! – los sitios recorridos en sus primeros años, sin dar á nadie cuenta de sus pasos, sin eunucos ni fisgones, su ánimo desmaya, su espíritu se abate, y halla más aburrida, más insoportable la vida que su regia condición la impone.

No se fija en un objeto, que no le sugiera un término de comparación con aquellos cuya ausencia la contrista.

Ya no acuden al alféizar de su ventana las alegres golondrinas que mojando la pechuga en las aguas del Egeo, la despertaban de mañana con su aguda algarabía, salpicando de rocío las pintadas vidrieras.

Ya no vienen las palomas de la Caria á tomar el sustento de sus labios, ni ha vuelto á oir los canoros ruiseñores que anidaban en las acacias de sus jardines.

En su lugar, desde la dorada jaula que la aprisiona, sólo descubre las turbias y pesadas ondas del Euxino, y alguna que otra bandada de cenicientas antropoides, que lanzando displicentes gruidos se remontan á las nubes en cortadas espirales.

Y luego Teón, aquel Teón cuyo nombre no se atreve á confiar á sus labios... ¿qué será del infelice? Sin duda la aborrece por perjura, y la fe inquebrantable de su burlado amor, será noche y día para el pobre abandonado, infernal remordimiento.

IX

—Deliciosa Monima, — le decía cierta mañana el poderoso arsácida amoroso y expresivo, — perdona tanta importunidad; pero ya va siendo para mí cuestión de amor propio el conocimiento del pesar que te consume. Daría la provincia más rica de mi reino por borrar del sol de mi vida la mancha de tu tristeza. Acaba de partir de Sínope Cleanto, y fuera de ese ser querido, no adivino cuál otro pueda causar con su ausencia tu continuo malestar. Eres la soberana del territorio comprendido entre los linderos de la Grecia y las montañas del Cáucaso, y estoy resuelto á hacer por completo tu felicidad aun a costa de la mía.

(1) Equivalentes á doscientas veinte mil pesetas.



ADIÓS Á LA CASA PATERNA, cuadro de Tobías E. Rosenthal



UNA BODA EN EL SIGLO XVIII, cuadro de Fermín Girard

—¡Ah, señor, cuánto te debo!—dijo la *perla del harem* entre agradecida y resignada.

—¿Ansías más lujo?

—Sóbrame el que me rodea.

—¿Algún amor ausente?... ¡Ah! quizás aquel Teón... ¡no me acordaba!

—Fué un pasatiempo pueril, del que apenas queda rastro entre los recuerdos de mi pasado. La página en que estaba escrito ese nombre...

—¿Qué?...—interrumpió impaciente el monarca.

Monima, haciendo un supremo esfuerzo concluyó:

—¡La he arrancado del libro de mi corazón!

El rey del Ponto respiró.

—¿Qué me pides, pues, que alivie tus pesares? Dímelo sin vacilar.

—Que me vuelvas á mi patria un solo día... ¡uno tan sólo! Quiero volver á saludar aquel mar pintoresco, respirar aquel ambiente saludable: ¡quiero volver á ser por un instante Monima la milesia!

Mitrídates calló.

—¿Lo ves?... Ha sido mucha mi exigencia. La que entra en un serrallo debe darse por muerta para el mundo. Tus magnánimas protestas me lo hicieron olvidar; pero ese silencio ha vuelto á recordarme la realidad de mi destino.

—No puedo oir impávido tus súplicas. Hoy mismo he de partir á campaña contra los romanos, esas aves de rapiña á quienes es necesario cortar garras y pico: cuando torne de ella, te acompañaré á tu patria, haciendo esta excepción en gracia á tu salud y tu contento.

X

Los pueblos del Oriente, cansados de la dominación romana, esquilmados y envilecidos por el odiado Sila y sus sucesores, así que el gran Mitrídates se consideró capaz de medir sus armas con ellos, y lanzó el grito de guerra, todos acudieron á pelear bajo sus banderas contra el común enemigo.

Sometida la Cólquide, el dueño de Monima pasó á la Capadocia, que libertó del poder de los romanos, triunfando de Murena, hechura del dictador.

Otras muchas ciudades y territorios arrancó de poder de los hijos del Lacio, hasta obligar al senado romano á acudir á apagar el incendio.

Lucio Lúculo fué el elegido para dirigir la empresa, el cual recogió por los puntos de tránsito á cuantos advenedizos quisieron alistarse en sus legiones, dando á cada cual el lugar correspondiente á sus merecimientos.

Comprendiendo, sin embargo, que sus fuerzas eran inferiores á las del rey del Ponto, nunca se dejó arrastrar por este á la pelea, aun cuando en ocasiones le destrozase algún cuerpo de tropas y degollase á sus tenientes.

Mas, consumado táctico, aprovechó una ocasión favorable cerca de Cízico, en la que derrotó al arsácida. Siguióle al Helesponto, á las costas de Bitinia, á la Pafiagonia, á la Capadocia, y por último lo obligó á refugiarse al lado de su yerno Tigranes, rey de Armenia.

XI

Temiendo un golpe de mano de los enemigos, el precavido Mitrídates había ordenado y así se había efectuado, la traslación de sus bayaderas, hermanas y parientas á la ciudad de Farnacia.

Monima mudó, pues, de prisión; mas ignorante de los descalabros sufridos por su eximio dueño, lo aguardaba por instantes, para que le cumpliese su promesa.

La esperanza, ese sueño fascinador del hombre despierto, había vivificado su abatido espíritu.

Pero cuando más se mecía en aquel mundo ilusorio, sacáronla de su arrobamiento ayes lastimeros.

No tardó Báquides en presentársele, descompuesto el semblante y presa de cruel alismo.

– ¿Qué es eso? ¿ocurre alguna desgracia? – le preguntó Monima.

– Muchas á la vez, señora mía.

– ¿Que han de alcanzarme á mí?

– Seguramente.

– ¡Oh! habla y veré de burlarlas en lo posible.

Báquides movió la cabeza negativamente.

– ¿Cómo no?... ¡Me haces temblar! ¿Peligra mi existencia?...

– Lee, – contestó el eunuco, – mostrándole un papiro.

Era una orden del rey, concebida en estos términos: «Si pierdo la batalla y los romanos avanzan sobre Farnacia, no dándote tiempo de sacar de ella á mi familia y mis mujeres, procura que no caiga viva en sus manos *ni una sola.*—Antes muertas que en poder de los hijos de la loba.»

– ¿Y están cerca?—interrogó con acento escandecente la adorable favorita.

– Ya asoman por allí las avanzadas.

Y señalaba á la ventana.

– ¡Oh! ¡luego no hay más recurso que morir!—exclamó con desfallecimiento; y añadió: – ¡y morir sin haber vuelto á ver... á mi adorada patria!

– Estás en el caso de elegir la muerte que menos te horrorice.

– Espera. Si ha de ser, ¡sea cuanto antes! Y adoptando pronto una resolución heroica, y con un estoicismo digno de un discípulo de Zenón, se desligó de la cintura la banda real, y ayudada del eunuco intentó ahorcarse; mas la recamada tela, insuficiente para resistir el peso de su hermoso cuerpo, se rompió, sin haberle ocasionado apenas daño alguno.

Entonces, arrojando lejos de sí, con soberano desprecio, aquellos emblemáticos pedazos, pronunció aquellas frases célebres que nos ha legado la historia:

—*¡Maldito andrajo; ni para esto sirves!*

XII.

—Señora, – dijo Báquides acudiendo á ella, – apura este licor, y en breve dormirás el sueño eterno.

Monima tomó el pomo que aquel mensajero de la muerte le ofrecía, y le apuró instantáneamente.

El eunuco desapareció á proseguir desempeñando su luctuosa misión.

Y la hija de Cleanto se aproximó á la ventana, para enviar á la Grecia sus últimas miradas.

No tardó en divisar una falange de gálatas, soldados auxiliares de los romanos, que avanzaba á la carrera hacia la ciudad; y á su cabeza – ¡oh cielos! – á Teón el espartano que quizás volaba á salvarla.

Un grito agudísimo se escapó de sus labios, y efecto de la emoción y del veneno que acababa de apurar, dió en tierra sin sentido.

Al volver en sí, sólo pudo dar al mundo una mirada, y viendo cerca de ella á su antiguo amor, que sostenía entre sus manos y besaba enloquecido su escultural cabeza, aun sonrió su yerta boca.

¡Sublime contraste!

¡La dicha fulgurando al borde del sepulcro!

. . . .

La estrella de Mitrídates se eclipsó más cada día.

Vencido en las nuevas tentativas que hizo para rehabilitarse, tuvo hasta el pesar de verse aherrojado por Farnaces, su hijo predilecto.

Un galo lo libró de las miserias mundanas, degollándolo, según los historiadores.

Alguno, sin embargo, discrepando en este detalle de la generalidad, afirma que su matador fué un espartano á quien había robado la felicidad.

PUBLIO HURTADO

HISTORIA DE UN HOMBRE CONTADA POR SU ESQUELETO

(Conclusión)

—¿Es V. la señora viuda de Lemus...? – me dijo.

—Sí, señora, – la contesté.

—Quisiera que V. me hiciera un favor.

—¿Cuál?

—Comprarme esta botonadura de brillantes.

Y me enseñó ésta.

Miré con atención á aquella señora, y noté que estaba encendida, como avergonzada.

—Mi marido es jugador, – me dijo:—ha perdido recientemente y necesito vender estas alhajas... mi platero me haría perder en ellas... V., señora, que es tan rica...

—¿De qué me conoce usted?

—He estado en el baile de trajes último que V. dió.

Me importaba poco todo esto: la botonadura me gustaba, me pidió por ella treinta mil reales y se los dí en billetes: yo había salido á comprar joyas...

Yo, – dijo el esqueleto,—miraba con terror los brillantes.

Me parecían muy baratos.

Además, no los había visto de tal tamaño sino entre las joyas de Adelaida.

Trajeron el agua á Clara y la bebió con ansia.

Noté que estaba muy encendida y que sus ojos brillaban de una manera singular.

—¿No te gusta mi compra? – me dijo.

—Lo que no me gusta, – la contesté, —es el estado en que te encuentras.

—En efecto, me siento muy mala: y mi sed crece... quiero más agua.

Fué á levantarse y cayó sin fuerzas de nuevo sobre el sillón.

—¡Oh! ¡Dios mio!—exclamó;—¿qué es esto...? mi sed crece, me parece que mi cuerpo se desploma, zumba mi cabeza. ¿Qué es esto?

Entonces como las terribles palabras del festín de Baltasar brilló en mi pensamiento, con un fulgor sombrío, el nombre del doctor Wildall.

¡Y aquellos brillantes tan baratos...!

¡Y tan semejantes á aquellos que yo había visto en poder de Adelaida...!

¡Y aquellos brillantes ofrecidos á Clara en un café, en el momento en que la servían un vaso de agua!

No me atreví á preguntar más á Clara por temor de aterrarla, pero Clara se ponía á cada momento más enferma, y mandé un criado á casa de mi amigo Díaz, y otro á caballo á la quinta de Miantucatuc.

Cuando llegó Díaz, Clara estaba sin sentido.

En el momento de verla Díaz, sacó un estuche y de él una lanceta, y la picó una vena.

No salió una gota de sangre.

—Esto es asunto concluído,—me dijo Díaz: – la alegría de casarse contigo, la ha matado.

—¡Matado!

—Muerta, completamente muerta, Gabriel; he llegado tarde: una congestión cerebral.

—O un veneno.

—Cuidado con lo que dices.

—Lo repito, un veneno.

—¡Un veneno!—exclamó una voz ronca á la puerta. Era Miantucatuc.

LXXXV

Al ver á su hija muerta, pasó una cosa horrible por el semblante del indio.

Nunca una expresión más horrorosa de blasfemia: nunca una expresión más espantosa de venganza.

Yo no estaba en estado de comprender nada, y sin embargo, comprendí aquella blasfemia lanzada al cielo, aquella amenaza lanzada á la tierra.

Y luego asiéndome un brazo con una fuerza tal que me le rompía, gritó roncamente:

—¡Dices que un veneno!

Yo no contesté: estaba doblegado, horrorizado, aterrado.

– Yo, médico,—dijo Díaz que estaba más sereno,—juro por Dios y por mi honor, que esa señora ha muerto naturalmente de un ataque de apoplejía.

– ¡Tú lo juras...! ¡tú que te llamas médico! – gritó Miantucatuc rechinando los dientes...—¿y si la ha matado un veneno...?

– Afirmo que aquí no hay señal alguna de envenenamiento; que los efectos de la congestión están perfectamente marcados: lo juro, y apuesto lo que gane en todo un año.

– Bien, lo veremos, – dijo Miantucatuc:—que llamen al comisario.

Yo, sin saber por qué, me estremecí.

Miantucatuc, teniendo delante de sí á su hija muerta extendida sobre el lecho, estaba en la puerta, como para impedirnos la salida.

Díaz se había sentado en un sofá, y esperaba con la mayor indiferencia, fumando un habano, la llegada del funcionario público.

Cuando llegó, al ver la extraña catadura del mejicano, el comisario retrocedió.

– Soy don Cristóbal Alvarez, banquero, indiano, antiguo jefe de tribu, convertido y súbdito de S. M. C.

– ¡Ah! ¡sí! he oído hablar de V., – dijo el comisario.

– Esa señora ha muerto repentinamente,—dijo con terrible acento Miantucatuc,—y temo que haya sido por efecto de un veneno.

– ¡Ah! pues eso es asunto de un juez de primera instancia,—dijo el comisario,— y ya que se habla de asesinato, mi deber es impedir que nadie salga de aquí, ni de la casa.

– Sí, sí,—dijo Miantucatuc:—es necesario que nadie salga de aquí. Pero el juez... el juez...

– Se le va á avisar al momento.

LXXXVI

En efecto, poco después un juez de primera instancia practicaba las primeras diligencias.

El cadáver fué reconocido.

Tres médicos declararon que Clara había muerto naturalmente por congestión cerebral.

Insistió aún Miantucatuc, y otros tres médicos hicieron la autopsia, y declararon por su honor y por su conciencia lo mismo que los anteriores.

—Ya lo había yo dicho,—dijo mi amigo Díaz, – levantándose del sofá donde se había sentado, y como supongo que no se nos querrá hacer responsables de una muerte hecha por Dios, me retiro.

– Indudablemente, caballero, – dijo el juez, – puede usted ir á donde quiera, lo mismo que esos señores.

Yo salí tras Díaz.

Miantucatuc quedó arrojado sobre el cadáver de su hija.

– ¿Estás seguro de que no era un veneno? – dije á Díaz, cuando estuvimos en su casa.

– No, no, y cien veces no, – contestó Díaz: – si fuera... ahora que estamos solos ¿no te lo confesaría...? y es lástima... ¡vive Dios! ¡tan hermosa...! ¡tan rica...! ¡y yo que pensaba haberla puesto á prueba después que se hubiera casado contigo! ¡cómo ha de ser...!

Yo salí loco de casa de Díaz, y me encerré en mi casa.

LXXXVII

Pasé durante quince días por todas las fases del dolor.

Y... debo confesarlo aunque no me honre: lo que más me hacía sentir la muerte de Clara, no era el haberla perdido á ella, este dolor habría pasado pronto... era... el haber perdido con su posesión la posesión del tesoro de su padre.

Y tenía mucha razón, porque el que hubiera poseído aquellos tesoros...

Pero continuemos.

LXXXVIII

A los quince días recibí una carta por el correo.

Apenas la ví, reconocí la letra de Adelaida.

Mi corazón se estremeció.

La influencia del ángel malo empezaba de nuevo.

«Gabriel (me decía), puede V. venir cuando quiera á la quinta de Alvarez: – soy libre, enteramente libre: le amo á V. – Adelaida.

¡Libre! ¡enteramente libre! – exclamé: – ¿pues qué ha sido de Miantucatuc? ¿acaso una nueva congestión cerebral?

Sin que tuviese mi voluntad parte alguna en ello, brilló de nuevo en mi imaginación con una lucidez sombría el nombre del doctor Wildall.

Monté inmediatamente á caballo, y tomé el camino de

la quinta de Miantucatuc: á un tiro de fusil de ella, ví agitarse un pañuelo en la misma ventana, desde donde me saludó Adelaida la última vez que estuve en la quinta.

Era Adelaida en efecto.

Cuando llegué á la escalinata de la puerta, Adelaida salió á recibirme vestida completamente de luto y sola.

– ¿Qué es eso? – la dije... al fin...

– Hable V., hable V. sin temor: estoy casi sola en la casa, he despedido á todos los criados y he tomado un matrimonio campesino de los alrededores, y una cocinera para que me sirvan. Además hay aquí un médico.

– Un médico, ¿y para qué?

– Para que vea cómo muere ese hombre...

– ¡Ah! ¿muere Miantucatuc?

Adelaida me asió de la mano y me llevó hacia el interior.

– ¿Me ama V. todavía? – me dijo.

Miré con espanto á Adelaida, pero estaba bajo su influencia, y me sentí morir al choque de su mirada puesta en mis ojos.

¡Oh! ¡qué hermosa! ¡qué hermosa estaba entonces aquella mirada! ¡cuántas y cuán enloquecedoras promesas en sus ojos!

– ¡Oh! gracias, gracias, Gabriel, – me dijo, – yo no podría vivir sin tu amor.

Estábamos en su gabinete, en aquel mismo gabinete donde me había tenido oculto, y al pronunciar sus últimas palabras se dejó caer entre mis brazos.

– ¡Y Miantucatuc! – dije interrumpiendo al esqueleto.

– ¿Qué me importaba á mí entonces Miantucatuc, Eugenio? – me contestó: – yo sentía el placer infernal de ser devorado por un demonio.

¡Oh! ¡qué días, qué días y qué noches!

¡Oh! ¡qué torbellino de fuego!

¡Oh! ¡recuerdos malditos!

Yo no tenía vida bastante para mi felicidad.

– Pero, ¿y Miantucatuc? insistí.

– Miantucatuc moría... moría de consunción.

Adelaida me llevaba á los pies de su lecho, me hacía sentar en un sillón, se sentaba sobre mis rodillas y me colmaba de caricias. Miantucatuc, inmóvil, impotente, reclinado en el lecho, nos miraba, nos miraba de una manera terrible.

Un día no pudo mirarnos.

Había muerto.

Lentamente, como una lámpara que se apaga.

El médico puso un largo certificado en que se razonaba la defunción... Miantucatuc fué reconocido como Clara... nadie conoció en él señales de veneno.

Cuando se le llevaron, Adelaida dió un grito de alegría.

– ¡Tuya! ¡enteramente tuya! – exclamó: ¡tuya y libre!

LXXXIX

– ¡Oh, y qué mujer! – dije interrumpiendo al esqueleto.

– Infame... cien veces infame.

– ¿Y te casaste con ella?...

– Sí... pero después de un largo martirio.

– ¡De un largo martirio!...

– En cuanto Adelaida se vió libre, tomó casa en Madrid: se presentó como una viuda rica, y en efecto lo era (como la viuda de Alvarez), tuvo sociedad, y en su sociedad... amantes.

– ¡Amantes! ¿pues no te amaba?

– Sí, pero sabía que yo era su esclavo.

– ¡Su esclavo...!

– Muchas veces... irritado, celoso, la echaba en cara sus demostraciones para con otros, poco agradables por cierto para mí: y después de haberme oído sonriendo, contestaba: – Será necesario que renunciemos á nuestra unión. – Renunciemos en buen hora, – respondía yo. – En ese caso será necesario que no volvamos á vernos.

Entonces yo me inmutaba, temblaba, y ella me decía sonriendo: – ¡Qué celos tan ridículos, querido, qué altercados tan inútiles!

¡Ay Eugenio! sufrí cuanto puede sufrirse, más de lo que puede sufrirse, y aquel sufrimiento me mataba. Temblaba de terror junto á Adelaida, y no podía separarme de ella... bebía, bebía sediento su amor, y siempre encontraba más sed, y una sed más rabiosa en el fondo de aquella copa envenenada.

¡Ah! en este momento la miserable entra en un coche de alquiler con tu amigo Juan para volverse á su casa.

¡Y estar yo aquí encadenado, sujeto, reducido á los huesos!

¡Oh!

Sentí rechinar de una manera horrible los dientes del esqueleto, ví brillar de nuevo dos chispas rojas en las cuencas de sus ojos, y escuché de nuevo aquel rugido sordo, poderoso que parecía revolverse dentro de su cráneo.

– ¡Acabemos! ¡acabemos! – exclamó el esqueleto: – ya ha concluído el baile del teatro Real y Juan volverá pronto. Además, no debe tardar el primer canto del gallo.

Y asió el fuelle que antes había dejado caer y me lo presentó.

– ¡Mátame! – me dijo.

– Espera... espera un instante... ¡Tu casamiento con Adelaida...!

– Se casó la infame conmigo poco más de un mes hace... pero cuando ya me había envenenado.

– ¡Envenenado!

– Sí, con el medicamento para curar las afecciones del hígado del miserable, del asesino doctor Wildall: con lo mismo que había envenenado á Clara valiéndose de una mujer comprada: con lo mismo que había envenenado por sí misma á Miantucatuc.

– ¿Y para qué se casó contigo esa mujer cuando ya estabas envenenado...?

– Para... para ser la viuda de un hombre conocido, y para... heredarme...

– ¿Para qué heredarte una mujer que posee los inmensos tesoros de Miantucatuc?

– ¡Los tesoros habían desaparecido! en el lugar en que estaban enterrados debajo de la piedra del hogar de la cabaña, sólo había... ¡carbón!

– ¡Carbón!

– Con algunas partículas de oro.

– ¡Ah!

– Al sentirse enfermo Miantucatuc, había abrasado su tesoro; los brillantes se queman, Eugenio; las perlas se queman...

– ¡Ah! ¡ah!

– La miserable lo sabía, y al casarnos, había exigido que el que muriese dejase sus bienes al que sobreviviese... yo, enamorado... creyendo en el tesoro... ¡y esa infame lleva mi nombre y mis bienes á los brazos de un viejo rico, y se consuela de antemano del sacrificio del viejo con las caricias de Juan! ¡oh! ¡oh!

Y el esqueleto estaba furioso.

– Mátame, — repitió, — presentándome de nuevo el fuelle.

– Espera, espera aún... no se comprende el objeto de tanto y tan horrible crimen.

– ¿No era hija Clara de Miantucatuc?

– Sí.

– ¿No era por lo tanto heredera de Miantucatuc?

– He ahí por qué murió.

– ¡Horror! de modo que tú, revelando á Adelaida que Clara era hija del indio, asesinaste á Clara.

– Sí.

– ¿Y Adelaida la mató con el veneno que tú trajiste para que matase á Miantucatuc?

– ¡Sí! ¡sí! y me mató, al fin, á mí para que no pudiese revelar tantos crímenes. Pero Dios es justo y me ha dejado, sin duda, esta vida absurda para que el mundo pueda saber la historia de esa mujer.

– Me parece que esta es una historia inventada por tí para mortificarme.

– ¡Oh! ¡no me crees!

– Pero, ¡cómo creer en un monstruo como Adelaida!

– Adelaida ha sido el brazo de Dios.

– ¡Blasfemas!

– Inés de Lemus... robada por Miantucatuc, violentada por Miantucatuc, encerrada en una cabaña lejana de Nuevo Mundo, perdida en un bosque, maldijo muriendo de hambre á Miantucatuc y á su descendencia.

– ¡Ah!

– ¿Comprendes, ahora, cómo Adelaida ha podido ser la mano de Dios? ¡las maldiciones de los moribundos se cumplen! procura tú que yo no te maldiga, Arfia... no me preguntes más... el plazo expira... toma el fuelle y mátame.

Y se acercó á mí de una manera tan amenazadora, que yo, transido de terror, tomé maquinalmente el fuelle.

– ¿Y cómo he de matarte con esto? – le dije.

– Mira, introdúceme el extremo del fuelle por una de las fosas nasales y sopla... mi espíritu que se ha refugiado en mi cavidad cerebral saldrá por el occipucio.

– ¡Tú estás loco!

– ¡Sopla! ¡sopla! que va á cantar el gallo.

Y echó la cabeza atrás, se puso por sí mismo la punta del tubo del fuelle en una de sus fosas, y se quedó apuntándome con la otra al rostro.

– Sopla, – me dijo.

Maquinalmente abrí el fuelle y le cerré.

Entonces sentí una cosa horrible.

La mitad del alma, por lo menos, del esqueleto, salien-



EL RETRATO DEL PRIMOGÉNITO, cuadro de Pío Ricci



EL VENTISQUERO, dibujo de A. F. Zugbaum

do expelida por el soplo del fuelle, por la fosa nasal que tenía descubierta, se me metió por la boca.

El esqueleto se desplomó por un lado, á punto que cantaba á lo lejos un gallo, y yo caí poco después sin sentido en la cama.

. . . .

XC

Cuando volví en mí me encontré con Juan á la cabecera.

El sol entraba por el balcón.

El esqueleto estaba en su armario de ébano.

– ¿Cómo has pasado la noche? – me dijo.

– Bien, muy bien, – le contesté, – no atreviéndome á decirle nada.

Me parecía que el esqueleto me miraba y me amenazaba.

Mi herida ó rasguño estaba en muy buen estado y pude ir á mi casa.

. . . .

He averiguado que Juan tiene una novia que es viuda.

He procurado conocerla y es muy hermosa; parece un ángel.

Pero se llama Adelaida.

Y la gusta mucho el color de rosa.

. . . .

¡Dios mío! yo siento dentro de mí una cosa infernal.

¡Una cosa que me atormenta de una manera vaga, que me entristece, que me enlanguidece!

¡Debe ser el espíritu envenenado de Zea!

Cuando oigo crujir una rama seca de árbol, una caña que se rompe, un cristal que salta, me parece oir los dedos del maldito esqueleto, que redobla... ¡que me llama!

¡Cuando veo un vestido de color de rosa me estremezco!

¡Cuando oigo llamar á una mujer Adelaida, se me erizan los cabellos!

Afortunadamente la mujer á quien amo se llama Enriqueta.

Pero, ¡ah... es hija de Zea!

EPÍLOGO

Cuando acabé de leer el manuscrito, me levanté y me fuí á ver á Juan, que es amigo mío, como lo es de Arria.

No le encontré, pero encontré á su mujer.

A Adelaida, en efecto, viuda de un militar viejo... y hermosa y elegante, pero que no tiene nada de ogro ni de vampiro, como no sea en lo negro de los ojos.

– Ha salido Juan, – me dijo, – pero me parece que le busca V. con interés.

– Sí; vengo á consultarle acerca de esto.

Y la mostré el manuscrito.

—¡Ah! – me dijo riendo: – *Historia de un hombre, contada por su esqueleto...*

Y soltó una alegre carcajada.

– Se ríe usted.

– Sí, me río de ese disparatado sueño.

– ¡Sueño!

– Sí, un sueño de Eugenio Arria.

– ¡Un sueño!

– En que ha colgado al esqueleto de un aguador una historia horripilante... y tiene buena imaginación... quien eso sueña.

– ¡Cómo! ¿conoce V. esa historia?

– ¡Ay, Dios mío, sí! se la dió á leer con grande misterio á Juan la víspera de su casamiento conmigo, y Juan me la dió á leer ocho días después. Y... ¿no adivina usted el misterio?

– No.

– Juan para calmar aquella noche el dolor de la herida de Arria, le hizo tomar un preparado de morfina.

. . . .

Todo lo comprendí entonces.

Si queréis comprenderlo también, lectores míos, preguntad á un médico si puede soñarse como soñó Arria, en un letargo producido por la morfina.

Manuel Fernández y González

FÍSICA SIN APARATOS

LA BOLA MÁGICA DE ROBERTO HOUDIN

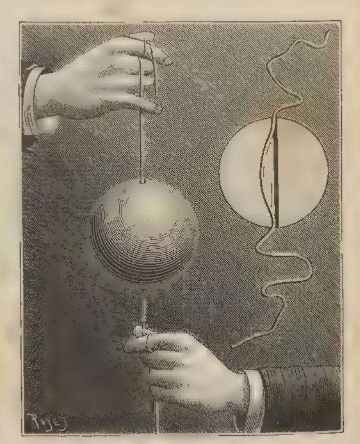
Esta bola que hemos visto hace poco en un almacén de juguetes, es análoga en su forma exterior á la de una bola de trucos; está atravesada de parte á parte por un agujero cilíndrico y se desliza fácilmente á lo largo de un cordón que pasa por este mismo orificio.

Pero si una persona tiene el cordón por sus dos cabos, entonces ya cambia la escena: la bola, lejos de caer, desciende muy lentamente á lo largo del cordón, y aun queda suspendida ó parada sin recobrar su movimiento de descenso hasta que la mano se lo permite.

Esta suerte, ejecutada en otro tiempo por Roberto Houdin con una esfera de gran tamaño, llamaba mucho la atención causando gran sorpresa entre los espectadores.

¿Como se hace este experimento?

Nuestra figura lo indica por el corte interior de la bola mágica. Además del agujero central que corre por todo su diámetro, tiene la bola otro conducto corvo que va á terminar á ambos extremos del conducto recto ó eje, y la persona iniciada, simulando pasar el cordón por este conducto, lo pasa por el otro, saliendo por los dos únicos orificios de la bola, como si la atravesara directamente.



La bola mágica

Desde luego se comprende que basta tender más ó menos el cordón para retardar ó detener completamente el descenso de la bola.

La parte izquierda del grabado presenta la bola mágica así suspendida entre las manos del operador.

Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 30 DE MAYO DE 1887 — NUM. 283

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL OBISPO ARMANYÁ, obra escultórica de Fuxá
para ser colocada en el Museo Balaguer de Villanueva y Geltrú

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EL OBISPO ARMANYÁ, estatua de Fuxá

Francisco Armanyá nació en Villanueva y Geltrú el día 3 de junio de 1718, y después de serios estudios efectuados con toda brillantez, ingresó en un convento de PP. Agustinos, de cuya orden fué, en edad temprana, elegido Prior en Cataluña. Obispo de Lugo más tarde y después Arzobispo de Tarragona, dejó en ambas diócesis imperecedero recuerdo como escritor, orador y sobre todo dechado de cristianas virtudes. Fué académico en la Real de Buenas Letras de Barcelona, y murió á los 75 años escasos de edad.

Abierto concurso para erigirle una merecida estatua en el Museo-Biblioteca Balaguer, fundación, cada día más importante, de nuestro ilustre paisano el actual ministro de Ultramar, ha sido adjudicado el premio al distinguido escultor Fuxá, por la estatua que representa el grabado del presente número. El da una perfecta idea de la obra y demuestra que el artista ha ganado en buena lid el laurel de que con justicia puede envanecerse.

EL RÍO ALMENDARES (CUBA) cuadro de Emilio Reinoso

Nace este río en la loma del Gallo, á dos leguas O. de la Habana, que se surte de sus aguas por medio de un acueducto y de una zanja, esta última destinada principalmente á utilizar el caudal para la irrigación.

Nuestra reproducción da una perfecta idea de la localidad, pero no puede darla del cuadro, por cuanto el mayor mérito de éste consiste en la brillantez del color, en la intensidad de su luz; luz y color que no se encuentran si no es bajo el sol de la antillana perla.

EN EL HAREM, cuadro de Echena

Decididamente las mujeres orientales están á la orden del día entre los artistas. Echena ha pagado tributo á la moda, y aun cuando no son las sultanas y las odaliscas los tipos que más se avienen á su talento, ha pintado una mujer seductora, como se crea durante el sueño, como se desea durante la vigilia. Y como la actitud de esa mujer revela pereza y voluptuoso abandono, el autor la ha encerrado en el harem, donde no se halla del todo mal, sin hallarse, empero, del todo bien. Un harem es sitio casi desconocido del europeo; y aun pudiéramos casi suprimir el casi. Cada uno puede figurárselo como quiera; y si á Echena le ha parecido que debe ser un recinto sombrío como el que ha pintado, por nuestra parte no tenemos inconveniente en respetar su opinión, por más que difieran de ella la mayoría de los que han tratado lo que no han visto.

EN LA PUERTA DEL CIELO, cuadro de T. Blake

Juventud, belleza y amor correspondido... Una tarde serena y apacible, un bosque frondoso, soledad, misterio... ¿Qué más necesitan dos almas enamoradas para creer que la tierra es un verdadero transunto del cielo? ¿Y qué más se necesita para que un artista dotado de talento y corazón sensible, pinte una de esas escenas que tan grata sensación causan á cuantos, siquiera una vez sola, han amado y han creído ser correspondidos?

Blake no sólo lo ha comprendido de esta suerte, sino que con rara habilidad ha evitado la parte peligrosa del asunto. Los enamorados de su cuadro se aman con tanta intensidad como pureza de sentimientos. Bien ha hecho el artista en titular su composición: *En la puerta del cielo*, puesto que junto á ella ha colocado dos ángeles.

¡POBRE MARÍA MÍA! cuadro de Augusto Corelli

Esta preciosa acuarela había figurado en la Exposición artística de Turín y en la internacional de Amberes. En ambas causó la admiración de inteligentes y profanos por la maestría de su ejecución y por el sentimiento que en toda ella domina. La sanción de este juicio ha sido decretada en la Exposición del Jubileo de Berlín, no sólo confiriendo á su autor la gran medalla de oro, sino adquiriendo el cuadro la Unión para la rifa de obras de arte, con destino á primer premio de su valiosa lotería.

El asunto está expresado con harta claridad para que necesite explicaciones. La escena tiene lugar en el vestíbulo de una iglesia de los Abruzzos: los frescos medio borrados de sus paredes y los restos de su pavimento de mosaico, demuestran su antigüedad y un esplendor mal respetado por el tiempo. Un joven calabrés, un *brigante* quizás, desplomado, mejor que prosternado, junto al cadáver de una joven, prorrumpe en la exclamación que sirve de título al cuadro. Una vieja, más fea aún que vieja, insensible guardiana de los muertos, comparte su atención entre la llama de la lumbre y el grupo principal del lienzo, y por la puerta del fondo se alejan unas pobres mujeres, después de haber esparcido flores encima del cuerpo frío de la difunta amiga.

Con el efecto dramático y poético del cuadro corren pareja la riqueza y brillantez de su color, tan justo y espontáneo que los artistas más competentes han calificado este cuadro de prodigio de la acuarela.

IGLESIA DE SAN MIGUEL EN OÑATE (Guipúzcoa), dibujo á la pluma de A. Pirala

Aunque esta construcción dista mucho de presentar un conjunto homogéneo y á pesar de que su estado de conservación no corresponde á la poca antigüedad relativa de una buena parte de esta obra, tiene el templo parroquial de Oñate condiciones que lo avaloran bajo el punto de vista artístico. La parte gótica del mismo es sobria y elegante; su torre, que no tiene menos de 190 pies castellanos de elevación, es considerada sin igual en la provincia. Construyóse, según el erudito S. Gorosabel, en los años de 1779 á 1783, bajo la dirección del maestro D. Manuel de Carrera.

La primitiva fábrica es quizás tan antigua como la población misma; pero con posterioridad se la han agregado obras que, no sólo han aumentado su capacidad, sino que la han dado un aspecto majestuoso y apropiado á la casa del Señor.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

Los sitios amenazados de derribo en Roma

El tiralíneas de los ingenieros y de los arquitectos es implacable. Cuando uno de esos proyectistas se arma de compás y escuadra, y tiende la vista sobre la superficie de la tierra, las ciudades y las montañas, y hasta los ríos y los mares, tiemblan por su suerte. El día en que á la recta de un ferrocarril sean obstáculo las Pirámides de Egipto, el proyectista trazará fríamente una línea á través del plano del desierto y confiará á la dinamita el encargo de *remover el inconveniente*. De la misma manera, el que visita hoy París, por ejemplo, al cabo de veinticinco años de ausencia, no acierta á explicarse la existencia de un M. Haussman, sacrificando la población histórica á la visualidad de un edificio ó al saneamiento de un barrio.

Algo de esto amenaza á la *Ciudad Eterna*, de la cual podráse decir dentro de algunos años, imitando á Rioja:

¡Esa fué un tiempo Roma la famosa!...

Ese afán destructor produce forzosamente una reacción provechosa en todos aquellos que ven en un monumento, siquiera en ruinas, algo más que un simple montón de piedras ó una inmensa guarida de lagartijas. Esto induce á conservar por medio de la imagen, á perpetuar hasta donde sea posible por medio del recuerdo, las construcciones amenazadas por nuestros hombres técnicos, profesores de un arte monótono como las ciudades del Norte de América, para quienes lo esencial es que un aire colado no tenga que torcer de camino al chocar contra un arco de triunfo ó un obelisco monolítico.

La ciudad de los Cónsules y de los Césares no será, dentro de poco, más conocida que la ciudad de San Luis y Santa Genoveva. Por esto, quien se precie de artista ha de estimar el *Suplemento* del presente número, por medio del cual el arte del pasado triunfará de las devastaciones del porvenir.

NUESTRO ARTE MODERNO

TEMORES Y ESPERANZAS

(Con motivo de la Exposición de Bellas Artes del año 1887)

I

LA INAUGURACIÓN

Acercábase rápidamente el día de la inauguración regia del Palacio de las Artes: faltaban sólo cuarenta y ocho horas para la solemne apertura, y los accesos del vasto edificio consagrado al noble certamen en que han de tomar parte las mil obras de pintura, escultura, arquitectura y procedimiento mixto debidas al ingenio español en los tres últimos años, se veían aún interceptados por montones de cascote y astillas; los senderos estaban apenas trazados; y en el interior, haciendo resonancia las altas bóvedas de hierro y cristal, se oían martillazos, golpear de maderos, arrastrar de pesados marcos, voces confusas de obreros afanosos. El solícito jurado de admisión y colocación no se daba punto de reposo, y había aún en el suelo, arrimados á los zócalos y al pie de las escalas, multitud de cuadros, cuyos autores aguardaban impacientes un puesto en que figurar.

Y al cabo de esas cuarenta y ocho horas, todo ha cambiado en aquella escena de apresuramiento y tráfago: ha llegado el día 21 de mayo, en el cual parecía imposible celebrar la anhelada fiesta artística, y todo se ha visto perfectamente preparado para realizarla. Las subidas al Palacio de la Exposición han aparecido escombradas, limpias, sombreadas de airosos gallardetes tremolando los colores nacionales, y de frondosos arbolillos como nacidos por ensalmo; los bordes de los senderos, perfilados con arbustos y plantas olorosas; la alta meseta donde descuella el Palacio, enarenada y contornada de macetas; y como artista satisfecho de su obra, que la barniza para hacer resaltar sus bellezas, el espléndido sol de mayo poniendo sobre el animado conjunto su mágica veladura de oro. El interior estaba en el orden más correcto: los vastos salones, todos entarimados, todos con pantallas en las lucernas, todos con cómodos asientos y con multitud de plantas y flores que refrescaban y perfumaban el ambiente; las puertas con elegantes cortinas; en el salón de la gran cúpula dispuesto el regio estrado, los sillones y banquetas en largas hileras, señalados los puestos para el acto oficial de la inauguración; la orquesta y los coros en su tribuna; y daba á este espacioso recinto carácter majestuoso la soberbia tapicería del Apocalipsis de la Casa Real, haciendo fondo á la cabecera donde se alzaba la tarima con los dos regios sillones.—En pocos momentos se llenaron las avenidas de carruajes y gente de todas condiciones: la explanada del palacio, de soldados, banderas y músicas militares, curiosos, lacayos, vendedores, formando en la puerta de ingreso masa compacta y abigarrada. Comenzaron á afluir los convidados: las damas con la gala de su belleza, los hombres sin más gala que la de sus uniformes ó con el sencillo traje negro. El público fué gradualmente llenando los salones, las anchas escaleras, las altas galerías; pero respetando el alfombrado ándito por donde habían de entrar las Personas Reales y con ellas los ministros de la corona y los altos funcionarios palatinos, para dirigirse al salón de la cúpula. – Prorrumpen las bandas militares en vibrantes acordes haciendo oir la marcha real: la Reina regente y la infanta doña Isabel son recibidas á la entrada por el Ministro de Fomento, el Jurado y la Comisión de obras, y se encaminan al salón con las personas de la regia comitiva, los ministros, el Director de Instrucción pública y los que tuvieron la honra de recibirlos. Un *viva* á S. M., repetido por la concurrencia, pone fin al rumor de la muchedumbre congregada: en medio de un respetuoso silencio, ocupan la Reina y la Infanta los dos sillones del estrado; quedan en pie detrás los jefes de Palacio, colócanse á la derecha del estrado los ministros, á la izquierda las damas de la Real servidumbre; llenan los escaños las comisiones del Senado y del Congreso, y todo el Cuerpo diplomático en masa, luciendo vistosos uniformes, entre los cuales llaman la atención pintorescas galas de Hungría y preciosas vestiduras talares del extremo Oriente.

Algo nos sorprendió que para las Academias no hubiese puesto en este salón de honor, tratándose de una solemnidad en que las bellas artes hacen todo el gasto; pero pronto reflexionamos que vivíamos en España, donde parece lógico que al anfitrión se le trate sin ceremonia. Y ya en verdad nos lo anunciaba la inscripción de la portada del Palacio, donde se ha resuelto – oficialmente sin duda – que se lea: Palacio de la industria y de las artes, dando la última jerarquía á los cuadros y estatuas, y la primera á las mantas de Palencia y á los puñales de la Mancha.

Cuando todos ocuparon sus asientos, soltó el raudal de sus armonías la orquesta de la tribuna: los jóvenes alumnos de ambos sexos del Conservatorio entonaron una *cantata* que para esta solemnidad expresamente había compuesto el maestro Arrieta con letra de D. Antonio Arnao; y obtenida después la venia de S. M., el Ministro de Fomento declaró en breves palabras inaugurada la Exposición de Bellas Artes del año 1887; hecho lo cual, se levantaron S. M. y A. R., y acompañadas, como á su entrada, por los ministros, el Jurado, y la alta servidumbre de Palacio, con las comisiones y el Cuerpo diplomático, teniendo la Reina á su derecha al Sr. Presidente del Consejo de ministros, y á su izquierda al Presidente del Jurado de admisión de obras, comenzaron su visita por los salones, donde, entre la apiñada masa de los invitados, se veían no pocos semblantes de jóvenes artistas en que se leían mal encubiertas emociones, ya de esperanza y secreta satisfacción, ya de receloso temor, á medida que la excelsa espectadora de sus obras, ó se acercaba á ellas con interés, ó pasaba de largo por delante sin mirarlas.

Tal ha sido la fiesta inaugural del gran certamen á que han acudido, no todos los ingenios afamados que sostienen en nuestro país y fuera de él el honor de las artes españolas, pero sí muchos, ya de años atrás acreditados, ya nuevamente venidos á la gloriosa palestra con muy poderosas armas. Antes de hacernos cargo de sus producciones, cumple decir cuatro palabras acerca del aspecto general de la Exposición.

Llama la atención desde luego el considerable número de lienzos de enorme magnitud que se han traído á estos salones. ¿Consistirá esto, por ventura, en que equivocadamente se crea que la grandeza del asunto depende del tamaño de la obra? Si semejante error existiera, pronto se convencería de él el artista de buena fe con sólo considerar que hay grandes y aun sublimes pensamientos encerrados en el diminuto espacio de muchos camafeos y piedras grabadas de famosos escultores, así griegos y romanos, como de la época del *Renacimiento*. Creer que una obra artística será grande sólo por ser grande su tamaño, es además síntoma de decadencia: testigo aquel obcecado estatuario heleno que se figuraba que oscurecería la fama de Fidias y Praxíteles si se le autorizaba para hacer del monte Athos una estatua de Alejandro. Pero no es posible que jóvenes de talento, como algunos de los que han abrazado este sistema de los cuadros-megaterios, abriguen tal preocupación. Debemos creer que lo han adoptado como medio para fijar la atención del público en sus obras; pero este recurso tiene grandes inconvenientes. Obliga, en primer lugar, á estudios muy concienzudos y muy prolijos, y á grandes dispendios de modelos y de toda clase de medios y procedimientos auxiliares, que no resultan recompensados fácilmente. Si el Estado adquiere la obra, la recompensa, aunque no sea espléndida, se obtiene; pero si no la adquiere, ¿qué hace con ella el pobre autor? No se nos oculta que hay un medio para esquivar esos prolijos estudios y no desustanciarse pagando modelos; y este medio consiste en tratar asuntos fantásticos y medio anegados en sombras, en que la imaginación del espectador, vivamente herida por la concepción poética del artista, no se detiene á consultar con la razón y la reflexión acerca de las calidades de la obra. A los pintores de asuntos preternaturales y de pura fantasmagoría no se les pide razón de las formas y de los colores: la naturaleza, tan difícil de ver, de sentir y de interpretar, es para ellos lo secundario, y el público, fascinado por la brillantez de la idea y por la misma extrañeza de la ejecución, viene á ser cómplice en el cultivo de un falso arte, que quizá se desarrolla con perjuicio de la verdadera pintura y de los artistas de probidad intelectual y severa conciencia. Pintando, pues, asuntos fantásticos, aunque sean de inmenso tamaño los cuadros, el artista se ahorra mucho trabajo, y con poca fatiga, si se halla dotado de una imaginación soñadora y sugestiva, cautiva la atención de los espectadores.—Trate por el contrario el pintor un asunto de la naturaleza real, sean cuales fueren sus condiciones: ¡qué suma de estudios no tendrá que emplear en él para contentar á los menos exigentes! Resulta de estas breves consideraciones que, ó los grandes lienzos sólo acusan el propósito de llamar la atención del público hacia unas concepciones que, tratadas en pequeño, correrían el riesgo de pasar inadvertidas, ó, si desenvuelven pensamientos preternaturales y fantásticos, los defectos de ejecución se perdonan en gracia de la poesía que encierran, y como en ellos la imaginación lo suple todo, los autores los ejecutan sin gastar mucho en modelos, sin calentarse la cabeza haciendo largos estudios, y sin exponerse á la censura de los que atentamente analizan la corrección y los defectos



EL RÍO ALMENDARES (CUBA), cuadro de Emilio Reinoso

de las formas, la propiedad de la expresión y los medios empleados para obtener el efecto.

Otro inconveniente de los descomunales cuadros que están ahora en boga, es que no hay donde colocarlos si el Estado no los compra; y aun comprándolos, ni el Estado mismo tendrá dentro de poco donde ponerlos, porque con lienzos de 6 á 8 metros de longitud pronto se verán llenos los más grandes salones de nuestros museos. En las iglesias no hay probabilidad de que se cuelguen: sus asuntos no suelen ser religiosos, y aun cuando lo fueran, son pocos los templos á cuyos muros puedan adaptarse cuadros de tal magnitud. Hay más: llegará el día, si en materia de decoración arquitectónica y pintura religiosa no experimentamos algún cambio de ideas que nos haga retroceder cincuenta años en la senda del progreso racional, llegará el día, repetimos, en que no se decoren las iglesias con cuadros al óleo, sino con obras de pintura mural discretamente concebidas. Los grandes y acaudalados no gastan hoy sus fondos en obras pictóricas de gran tamaño: las modernas viviendas no se prestan á recibirlas. ¿A dónde, de consiguiente, irán á parar esos colosales engendros de nuestros jóvenes artistas?

En medio de la pena que nos causa esta viciosa tendencia á lo descomunal, no puede menos de consolarnos el ver cómo se sostiene la pintura de historia y el verdadero progreso que se advierte en otras manifestaciones del arte, que hasta estos últimos años parecían en cierto modo extrañas á la índole privativa del genio español. Desarrollaremos estas observaciones, haciendo aplicación de ellas á los cuadros y demás obras de nuestros expositores, en los artículos siguientes.

PEDRO DE MADRAZO

LA PRIMERA EDUCACIÓN DE CERVANTES (1)

I

...Era costumbre entonces hacer aprender á los niños la gramática latina entre los diez y los once años de edad, de modo que si Miguelito no la estudiaba aún, -- cosa que me parece imposible, - al menos debió hacerlo luego. Pero aceptado por lo indiscutible este principio, surgen una multitud de dificultades que me han hecho meditar é investigar. Ya llevo dicho que había en Madrid un *Estudio* de gramática latina, sostenido por el Ayuntamiento, y que en él cursó Cervantes este idioma. Pero se ignora positivamente lo que allí se enseñaba en detalle; qué extensión tenía la asignatura, y cuánto duraban los cursos.

Los biógrafos, mis antecesores, con aquella ligereza que tanto allana el cultivo de la historia, nos han hecho saber que en aquel establecimiento se aprendía el *Musa-Musæ* y cuatro reglas de sintaxis y prosodia; más Pedro de Medina, en su obra ya citada, *Grandezas de España*, nos dice que dicho *Estudio* tenía verdadera importancia literaria, y que de él habían salido y salían *muchos latinistas de gran mérito*. No hay, pues, que pensar en el *Musa-Musæ* de mis antecesores. El profesor-director era nombrado por rigurosa oposición, bajo un tribunal com puesto de buenos humanistas; la municipalidad le tenía consignado un sueldo anual de 25,000 maravedís, ó sea 735 reales de la moneda de aquel tiempo, que no hay que confundir con la nuestra; además le daba casa franca y doce fanegas anuales de trigo, y le concedía dos reales al mes por cada alumno, que este debía pagar; todo lo cual pesado en la balanza de aquel tiempo, y juzgado según lo que los empleos universitarios producían, viene á componer una paga algo mayor que la de nuestros catedráticos contemporáneos de Instituto, y aproximada á los de Facultad mayor. Así se comprende que desempeñasen aquel cargo hombres de tanta posición, competencia y fama como Francisco de Gomara, el maestro en Teología, Cedillo, Alejo de Venegas, el licenciado Jerónimo Ramírez, y por fin el maestro en Teología López de Hoyos.

En efecto, aquella plaza siempre había sido ambicionada; y los PP. Jesuítas, y antes de ellos otras corporaciones religiosas de la villa, trataron de captarla, ó en su defecto destruir el *Estudio*; por cuyo motivo fué necesaria la intervención de los mismos reyes para salvarlo de aquel embate de las pretensiones é intrigas monacales. Una de las pruebas más gráficas de la importancia que tenía es que, según hemos visto, hubiese aceptado su cátedra y dirección el célebre historiador Francisco de Gomara, muchos años después de desempeñar con gran lucimiento en la Universidad de Alcalá de Henares la cátedra de Retórica y Poética. Navarrete, que es quien da esta noticia, escribía con tanta ceguera, que no vió la brillante luz que se desprendía de este dato. Figúrense mis lectores que Gomara dejó su cátedra de Alcalá para ir á perfeccionar sus estudios literarios en Roma, donde pasó algunos años, brillando entre los más eminentes humanistas que aquí había; y que al regresar á España, poco antes ó poco después de 1540, tomó á su cargo el establecimiento de Madrid, del cual salió para entrar en la familia de Hernán Cortés, y escribir las célebres historias de América que tanta resonancia tuvieron en Europa, y tanto consolidaron la fama del autor.

El nombre de *Estudio* que llevaba aquel colegio, ya dice que era una casa de enseñanza importante, pues la Universidad de Roma y las de otros puntos no tenían otra denominación. ¿Qué asignaturas comprendían las humanidades del *Estudio* de Madrid? La palabra gramática y la de humanidades eran muy elásticas entonces, puesto que llegaban ambas á abrazar la retórica y la poética, con el estudio literario y filosófico, tal como la época lo entendía y practicaba, de los grandes autores latinos y de algunos de los griegos, junto con los modernos. Creo, pues, que esto era lo que se enseñaba en aquel colegio, como lo confirma, no por indirecta, menos terminantemente Pedro de Medina, al decir que produjo á muchos grandes latinistas; pues entonces no se daba este título sino á los jóvenes que poseían un profundo conocimiento literario de los clásicos antiguos.

Los documentos contemporáneos revelan además que el profesor-titular tenía á un profesor-auxiliar que percibía la mitad de la retribución de los discípulos; cuyo dato sirve mucho para ayudarnos á discernir el régimen que allí se seguía; porque siendo el estudio del latín la base de todas las carreras, debían concurrir á las cátedras muchos alumnos, lo cual produciría bastantes emolumentos para servirse de un ayudante competente. Atendido lo expuesto, creo que la enseñanza se dividía en dos partes: lo que en España ahora llamamos primero, segundo y tercer año de gramática, ó sea el conocimiento de la analogía, sintaxis y prosodia, que estaría á cargo del auxiliar, y la ampliación de la sintaxis, ortografía y prosodia y la explicación de la Retórica y Poética y de los Clásicos, desempeñadas por el director en clases cortas y en días alternados; por cuyo motivo concurrirían á aquel colegio desde los niños de diez á once años hasta los adolescentes de veinte.

Cervantes fué matriculado en el *Estudio* de Madrid, que se hallaba en una casa propia del Ayuntamiento, sita en la calle del Estudio, detrás del mismo consistorio; pero ignoramos si cursó allí desde los primeros elementos de la latinidad; aunque por mi parte creo que sí, pues cuando sus condiscípulos le dieron su representación en la muerte de la reina, parece que se trataba, no de un alumno nuevo, sino de un antiguo camarada. Así se comprende también que no hubiese estudiado en la universidad de Alcalá, ni en la de Salamanca, como lo confirman los libros de matrículas, aun existentes. Por consiguiente, todos los indicios concurren á demostrar que Miguelito fué introducido desde sus más tiernos años en las clases de aquel colegio, donde aprendió la lengua latina, los principios del arte de escribir, y el conocimiento literario de los grandes autores antiguos y modernos. Pero los primeros años debieron ser durillos de pasar, pues si en la misma casa paterna y en las escuelas de primera enseñanza, los azotes se irradiaban triunfalmente, en las clases de latinidad tenían el imperio más soberano, habiendo cada día en ellas una verdadera hecatombe...

Pero las azotainas de entonces, como los palmetazos de ahora, no impidieron nunca que los chicos fuesen los seres mas felices de la creación humana; y lejos Miguel de ser una excepción, se distinguía verosímilmente entre los que lo eran más: su memoria le facilitaba el trabajo más penoso de los estudiantes de gramática latina; su carácter observador y atento le ayudaba á comprender y retener las explicaciones del profesor; su viveza natural le sacaba con lucimiento de los ejercicios por preguntas que cada día solían hacerse con implacable sutileza y severidad, y por fin, á estas cualidades que debían darle siempre en la



EN EL HAREM, cuadro de Echena

(1) Comenzamos hoy á publicar unos fragmentos de una *Historia de la vida y obras* del príncipe de nuestros ingenios, que nuestro colaborador acaba de terminar, y en la cual ha trabajado durante veinte años. Grandes eran nuestros deseos de insertar todo el libro I, dedicado á la infancia y adolescencia del personaje, pero este período, que en todas las demás historias, apenas ocupa una docena de líneas, abraza en aquella obra cinco largos capítulos, nutridísimos de datos; y las dimensiones de nuestro periódico no nos ha permitido más que extractar la parte relativa á la educación, y todavía haciendo en ella recortes que lamentamos, por corresponder á pruebas y á otros detalles importantes. A pesar de esto, creemos que nuestros lectores verán con sorpresa los descubrimientos contenidos en lo que damos á luz. *(N. de la R).*



EN LA PUERTA DEL CIELO, cuadro de T. Blake

(Publicado con autorización del autor)



EDIFICIOS Y PLAZAS DE ROMA, DESTINADOS Á DESAPARECER

1. Isla del Tíber, vista por el lado Sud.—2. Orilla izquierda del Tíber con el templo de Vesta.—3. Templo de Minerva Médica.—4. Parte de la Villa Albani con el Café.
Pedro y del Vaticano.—9. Pirámide de Cestio.—10. Palacio y Museo de la Villa Albani.—11. Orilla del Tíber ant



PARA HACER LUGAR Á CONSTRUCCIONES NUEVAS, SEGÚN FOTOGRAFÍAS

—5. Pórtico de Octavia en el Ghetto.—6. Castillo de Sant'Angelo y puente del mismo nombre.—7. Arco de Dolabella y de Silano.—8. Monte Pincio y vista de San
iguo junto á la Via di Ripetta.—12. Patio del palacio Strozzi.—13. Templo de la Fortuna y casa de Crescencio



¡POBRE MARÍA MÍA! cuadro de Augusto Corelli (Gran medalla de oro de la Exposición del Jubileo de Berlín)

clase un lugar distinguido, preponderante y quizá único, se añadían la gentileza del cuerpo y el despejo y afabilidad del carácter, que no podían menos de hacerle simpático á sus condiscípulos y á sus mismos maestros.

Como Cervantes procedía de una familia de alta nobleza, y su padre, aunque pobre, era de los principales hidalgos de Alcalá, por más que el *Estudio* se hallase henchido de nobles, era imposible que los émulos de Miguelito le atajasen á éste con cuestiones de sangre, pues ellos mismos debían ser poco más ó menos de una posición económica equivalente á la suya, estando encargados los Padres Teatinos de los hijos de los magnates. Además, en materia de linajes, sólo dos cosas urgían en Castilla: primera, tener encima una arroba de grasa de cristiano viejo; y segunda, poder demostrar que el líquido que corría por las venas era un verdadero chorro de sangre azul: todo lo cual ya hemos visto que concurría en la personita de nuestro héroe. Poco saben los biógrafos mis antecesores lo que influyó esto en el buen desarrollo y equilibrio de los sentimientos del muchacho, pues le evitaba aquellas contrariedades y humillaciones de la infancia que tanto contribuyen muchas veces á deformar el carácter de los grandes hombres. Lord Byron, que al principio tuvo que sufrir de esto, nos comprendería en seguida, y por eso dijimos anteriormente que en la historia de Cervantes el conocimiento de su genealogía tiene verdadera importancia. Cervantes iría verosímilmente al *Estudio* como todos los niños de su clase, acompañado de un criado ó de un esclavo, que le llevaba los libros y memorias, regresando á su casa en compañía del mismo servidor. Pero ¡cómo reiría, cómo gritaría, cómo saltaría y charlaría antes de entrar en la cátedra y al salir de ella, hendiendo alegre y bulliciosamente los animados grupos de sus condiscípulos, ó formando corro en torno de él para narrar un cuento, recitar una poesía, ó proponer alguna travesura! Quien fué tan activo y voluntarioso en la juventud, en la edad madura y hasta en la vejez, no podía ser pacífico, tranquilo, ni callado en la puericia.

Por otra parte, atendidas las relaciones de su familia con otras de Madrid y de fuera de esta villa, no sólo debía frecuentar muchas casas importantes de ella, sino que de vez en cuando iría también á Alcalá á ver á su padrino, ó á los parientes y amigos que aquí dejara, al trasladarse á Madrid; y quizá, quizá su padre se lo llevó alguna vez á Toledo, ó á Esquivias, si ya tenía en ellas conocimientos. Sea como fuere, puede creerse sin duda que en todas partes Miguelito brillaba, pues era imposible que un muchacho tan vivo, tan dócil, afable, donoso y leído, no fuese el encanto de todos los parientes y amigos de la casa, y la distracción más gustosa de cualquier familia que recibiese su visita. Si de esto no tenemos actas notariales, poca falta hacen, ya que la vida del grande hombre se distingue por esa hechicería que derramaba en torno suyo, conquistándole más voluntades, según dice él mismo, que todos sus talentos juntos.

Los cursos de gramática latina, que ahora en España constan de dos ó tres años, se dividían entonces mucho más, por la importancia que tenía esta lengua como base de todos los conocimientos humanos. El período general comprendía á veces cinco años, después de los cuales se pasaba á la retórica y poética y á la literatura, que no eran más que una ampliación y coronamiento de la gramática. Ignoro cuánto duraba todo eso en aquel *Estudio* de Madrid; pues quizá dependía de la persona que estaba al frente; pero ya llevo dicho, y ahora repito, que es positivo que se estudiaban á fondo las letras latinas. Sean los años que fueren, Cervantes cursó la analogía y la sintaxis con el mayor lucimiento, aprendió no menos bien la prosodia y ortografía, y llegó á saber el latín como la lengua castellana, empedrándose la memoria de versos y sentencias de aquella lengua, que muchísimos años después aun no había olvidado, pudiendo citarlas de coro sin discrepar, aunque trocase alguna vez el nombre de los autores, por pereza, ó por imposibilidad de comprobar las citas. Este gran conocimiento de la lengua latina queda también confirmado por la prosa de su *Galatea* y de su *Persiles*, de la cual le fuera imposible escribir una sola página, sin tener impresa en la médula misma del cerebro la sabia y amplia forma de Cicerón, el elegante y coloreado estilo de Tito Livio y la sencilla y aristocrática manera de Julio César. Los cervantistas que han dicho lo contrario, han estudiado muy poco este punto, si es que han llegado á estudiarlo algo, pues la *Galatea* por sí sola demuestra que á los treinta y tantos años Cervantes era uno de los primeros latinistas de su época.

Sin embargo, no cabe duda, en vista de los datos existentes, que los estudios del muchacho pasaron de la esfera del latín, extendiéndose al mismo tiempo á la aritmética y geografía. En efecto, llegó más adelante á saber cosas de ciencias naturales y exactas que ignorara á no haber aprendido antes dichos elementos. Además de las nutridas alusiones que hallamos en las obras de su edad madura, surgen también otras en los trabajos que escribió al regresar del cautiverio, siendo imposible que hubiese estudiado sus elementos en el tercio de Figueroa, en el baño de Dali-Mami, ó en la temporada de Portugal. Téngase tambien presente que los que le conocieron en Italia decían ya que era uno de los jóvenes más instruídos de la buena sociedad. La verdad es que dichos elementos formaban parte de la educación de todos los chicos de la nobleza más ó menos acomodada; y así no tiene nada de extraño que Miguel los aprendiese. Pero ignoramos cómo los aprendió, aunque casi puede asegurarse que no fué en el *Estudio* del Ayuntamiento; gente sobraba entonces en Madrid que se dedicaba á enseñar estas y otras materias á domicilio de los padres, ó en el propio, dando lecciones á grupos de jovencitos. Cervantes llegó á saber aquellos elementos tan sobresalientemente como el latín; y quien lo dude, fíjese en las ampliaciones, y sobre todo en las aplicaciones que de ellos hay en sus obras. Crean los cervantistas que es necesario desengañarse de un Cervantes ignorante y genial, pues donde nada hay, nada se engendra, por talento y mundo que se tenga.

Durante los cursos de gramática latina Miguelito debió leer enormemente, sobre todo en los últimos años de ella, por ser, como saben todos los letrados, el período en que más se desarrolla aquella afición. Excitado el amor literario de Miguel por la traducción de los clásicos de Roma, aprovechaba todas sus horas de ocio para devorar las colecciones de romances antiguos que andaban de mano en mano, las poesías que impresas, ó manuscritas, salían á luz de continuo, originales de los autores más nombrados de épocas anteriores y de la presente, y sobre todo, lo que más le arrebataba, lo que más le hechizaba eran los libros de caballerías, de los cuales no dejaba por devorar ninguno de los que podía coger. Así conoció á Mena, á Jorge Manrique, á Villasandino, al famoso marqués de Santillana, á Garcilaso, Castillejo y Villegas, con otros muchos; así tuvo más ó menos cabal conocimiento de los *Romanceros*, generales y especiales, y de sus héroes el Cid, Bernardo del Carpio, los Infantes de Lara y el Conde Fernán González; y así por fin llegó á saber de memoria el *Amadís de Gaula*, el *Esplandián*, *Palmerín de Inglaterra* y varios otros que la época admiraba con éxtasis. Pero no por esto dejó de leer con verdadero hechizo, con verdadero entusiasmo, la *Celestina*, la *Diana enamorada*, de Jorge de Montemayor, y el *Lazarillo de Tormes*; los cuales, aunque de otro género que aquellas novelas, habían producido en la sociedad, y continuaban produciendo una honda impresión literaria. Mas ¿quién sería capaz de imaginar lo que entonces leyó un muchacho que hasta recogía los papeles impresos de la calle para saber qué decían?... La época exigía que se anudasen estas y otras lecturas análogas con la de libros históricos, científicos y devotos; y Cervantes, que estaba bajo la patria potestad de una familia tan católica é hidalga, no lo cumplía con menos ahinco, leyendo á los autores que se consideraba como el espejo del honor y discreción, y como el auxilio necesario para servir debidamente á Dios. Quizá leyó entonces la *Crónica*, de Florián de Ocampo, y la de Mejía; la *Historia de las Indias*, por Oviedo, y las de Gomara; algunas *Cartas* del que llama cortesísimo Cortés; la *Crónica del Gran Capitán*, la de *Hernando del Pulgar*, y otros libros del mismo género, que después aprovechó ó citó más ó menos directamente. Quizá también leyó los *Problemas*, de Villalobos, algún manuscrito de las *Cuestiones morales*, de Oliva, alguno de los *Tratados místicos*, de Juan de Avila, y sobre todo el *Breviario*, del cual se hacía mucho uso en las familias. Obras eran estas y otras, no mencionadas, que andaban en manos de toda la gente instruída circulando mucho en Madrid, y formando parte de la biblioteca de los nobles y burgueses ricos, ó siquiera acomodados.

Nutríase con estas ú otras lecturas la imaginación de Cervantes, se confortaba y crecía, llenándole de altas ambiciones y de ardientes deseos, y ayudándole á formar los más bellos planes de gloria... Al terminar los cursos de gramática latina, siguió Miguel los de retórica y poética; los cuales no sólo comprendían el arte prosaico y métrico de los latinos, sino también las aplicaciones y variantes que de él hicieran los italianos y españoles en sus poesías romancistas, el análisis literario de las obras maestras antiguas, y el estudio detallado de la mitología, sin el cual era imposible comprenderlas bien. El profesor que tuvo en 1568 y 69, hablando de una composición del jovencito, decía: «estas cuatro redondillas castellanas... en las cuales se usa... de *colores retóricos*...» ¿Dónde aprendió Cervantes esas reglas ó colores retóricos sino en aquel mismo *Estudio*, del cual llevaba la palabra al escribir las redondillas? Conviene recordar que entonces la retórica latina y la moderna no estaban separadas como hoy, sino que la antigua prevalecía sobre la moderna, de la cual era una especie de luz, de modelo y sol. Los profesores enseñaban la gramática y la retórica castellana, como una especie de complemento más ó menos necesario de las latinas, por juzgar á las lenguas modernas sin mérito, belleza, ni importancia, excepción hecha de la italiana, á la cual se había ya concedido algunas de las condiciones de la latina; y aunque hubiese literatos que no compartían aquel menosprecio, eran pocos, y además quizá ninguno formaba parte del profesorado clásico.

Entonces se abrió un nuevo período en la vida intelectual de Cervantes, porque lo que hasta aquellos momentos había sido vagas aficiones, se transformó por la virtud de



IGLESIA DE SAN MIGUEL EN OÑATE (GUIPÚZCOA), dibujo á la pluma de A. Pirala

la cátedra en evolución hacia el conocimiento positivo de la belleza y del arte de producirla, y hacia la adquisición de la facultad de gozarla. Las reglas que, siguiendo los preceptos de Aristóteles, se imponía á los alumnos de aquella asignatura, tenían por objeto dar á conocer á los mejores autores latinos, enseñar á discernir su mérito, introducir á los niños en la aplicación de aquellos principios á la lengua latina, y á la vez siguiendo el impulso, que si no comenzado, había al menos formalizado y sintetizado Nebrija en sus famosos *Lexico* y *Gramática castellanos*, mostrarles cómo podían servirse de aquellos mismos preceptos para escribir en castellano ya el verso, ya la prosa, haciéndoles conocer la diferencia que había entre ambas lenguas, tal como entonces se entendía eso, que por cierto dejaba mucho que desear.

Durante los cursos de esta asignatura Miguel perdió muchas ilusiones, viendo cómo su maestro despreciaba obras y autores que á él le habían admirado. Pero no por eso dejó de escucharle con fervor, anhelando adquirir los altos conocimientos que daban reputación de humanista y de poeta consumado. Cabalmente ardía entonces la discordia en el Parnaso español, pues si todos los literatos estaban conformes en admirar á los clásicos antiguos, no así en juzgar de los autores modernos más famosos. A pesar de la prosa del *Amadis*, de la *Celestina*, del *Lazarillo*, de las *Historias* de Gomara y de las *Dianas* de Montemayor y Gil Polo, todos reconocían, ó casi todos, que la lengua era demasiado indigente para lucir en esta forma; modificándose esta sentencia tan sólo en la versificación, por reconocer que el idioma podía brillar mucho más con la ayuda del metro: pero unos creían obtenerlo adoptando las formas métricas y los temas pastoral-metafísicos de los italianos, al paso que otros, á cuya cabeza los poetas Castillejo y Villegas, despreciaban los ritmos y conceptos italianos, sosteniendo que bastaban los populares de Castilla...

Aunque ignoremos cuáles eran las opiniones del profesor que entonces tuvo Cervantes, no cabe duda en que á éste le interesó cuanto dijo de la contienda, moviéndole á estudiar á fondo á aquellos poetas á quienes hasta entonces había leído sin criterio suficiente, como Mena, Manrique, Garcilaso, Acuña, Castillejo, Boscán, y penetrándose no sólo del arte con que versificaron, sino también de los primores que daban á la lengua. Si no me engaño, Jorge Manrique fué uno de los que más le impresionaron y embelesaron, de modo que tan prendado estaba de él, que hasta en los pocos versos escritos á veintiun años que se han salvado de la destrucción, hay este eco del grande é inmortal elegíaco:

...El vano confiar, y la hermosura
¿De qué nos sirve cuando en un instante
Damos en manos de la sepultura?
Aquel firme esperar, santo y constante,
Que concede á la fe su cierto asiento,
Y á la querida hermana (1) ir delante,
Adonde mora Dios, en su aposento
Nos puede dar lugar *dulce y sabroso*,
Libre de tempestad y humano viento...

Este *dulce y sabroso*, que he subrayado, habrá traído á la memoria de los eruditos la célebre frase de Garcilaso, tantas veces citada después por el mismo Cervantes; y quizá hallándola tan inesperadamente aquí, hayan comprendido que aquel gran poeta es también uno de los autores á quien más estudió en la adolescencia. No sólo lo creo, sino que en varios puntos de la composición señalada he visto rastros de estos estudios. Garcilaso fué verdaderamente nuestro primer poeta del *Renacimiento;* y quizá sin su ejemplo, Cervantes no se atreviera á adoptar en aquellos versos juveniles la forma del terceto que les dió. Pero la revelación literaria más curiosa que he hallado en dicha composición, es que poco antes de estudiar la retórica, ó al mismo tiempo que la estudiaba, aprendió también la lengua italiana, y aplicando este nuevo conocimiento, estudió tan á fondo al Petrarca y á Sannazaro, como á los mejores poetas españoles.

¿Quién dijera, señor, que un solo vuelo
De un *ánima beata* al alta cumbre...?

¡Anima beata! locución puramente italiana de la cual se hallan muchos casos en el insigne autor de la *Arcadia;* ni *ánima* ni *beata* fueron nunca voces españolas en el sentido que aquí las usa Cervantes. Pero la influencia de Sannazaro, como ya se habrá comprendido, no se ve tan sólo en esta frase tan vaga, sino que descuella en diversos rasgos de la pieza á que pertenece, la *Elegía dedicada al cardenal Espinosa*.

Alma beata e bella
Che da' legami sciolta
Nuda salisti ne' superbi chiostri (*Campos elíseos*)

Así dice Sannazaro en la *Egloga V*. Y Cervantes le imita de memoria en la *Elegía*, exclamando:

¿Quién dijera, señor, que un solo vuelo
De un ánima beata al alta cumbre...
...Que á los campos elíseos es llevada...? etc.

(*Continuará*)

(1) La Esperanza.

LUIS CARRERAS

LOS DIAMANTES DE LA CORONA

(Del periódico *La Nature*)

En 1530, Francisco I, después de vencido en Pavía en 1525, había conservado en su derrota toda su dignidad, y su reputación como su gloria había quedado intacta: acaso su prestigio era aún mayor que el de su afortunado rival Carlos V. Así pues, anulando el emperador el tratado de Madrid, firmaba el tratado de Cambrai por el cual concedía á Francisco I, como prenda de amistad, la mano de su hermana Leonor de Austria, reina viuda de Portugal.

Mientras la futura reina de Francia se dirigía á Bayona, Francisco I salía de París para ir á recibirla. Al llegar á Burdeos el 15 de junio de 1530, queriendo sin duda deslumbrar á su antiguo rival con el esplendor de las riquezas de la casa real de Francia, hubo de crear el tesoro de las joyas de la corona y por letras patentes hacía donación al Estado de una parte de sus diamantes más preciosos, con esta cláusula: «que á cada mutación de estas joyas, su tasación, peso, inventario, etc, se haga en presencia de sus sucesores, á fin de que sea siempre obligatorio por iguales letras patentes conservarlas para la corona.»



Fig. 1. – Espada militar y condecoraciones

Este tesoro se componía á la sazón de un gran collar y seis joyeles que representaban un valor de 272,242 escudos, equivalentes á 3.675,267 francos.

La mayor parte de estas piedras provenían de Ana de Bretaña, que las había recibido de Margarita de Foix, y consistían en un diamante magnífico, conocido durante todo el siglo XVI con el nombre de la *Bella punta*, y en un rubí, más famoso todavía, que pesaba 206 quilates y se conocía con la denominación de *Costa de Bretaña*.

La historia de esta última piedra no deja de ser accidentada. A su ingreso en el tesoro estaba engarzada en un adorno del cuello, que tenía la forma de una A romana. Catalina de Médicis la hizo montar de nuevo con once perlas y se tasó en 50,000 escudos (650,000 francos). A partir de esta fecha, la suerte de la *Costa de Bretaña* está ligada á la de los otros dos rubíes, que se llamaron, el uno la *A romana* por su forma, y el otro el *Huevo de Nápoles*.

Durante las guerras de religión, en 1569, se remitieron al duque de Florencia en prenda y garantía de 100,000 escudos, y no volvieron al tesoro de la corona hasta 1571.

Enrique III las empeñó otra vez en 1583, en manos de un señor Legrand, por la cantidad de 347,000 libras tornesas que le prestó. Legrand murió sin haberse reembolsado, pero en 1670, en el reinado de Luis XIV, se indemnizó á sus herederos por un decreto del consejo, dado por inspiración de Colbert, para que los tres rubíes se restituyeran al tesoro de la corona.

En el reinado de Luis XV decidió el consejo del rey entregar la *Costa de Bretaña* á M. Jacquemin, maestro de orfebrería, para que la montara en el collar de la orden del Toisón de oro. El 5 de noviembre de 1749, se confió á Gay, famoso grabador de camafeos de Madama de Pompadour, el cual le dió la forma de un dragón sosteniendo el toisón en la boca. Luis XV y Luis XVI llevaron la *Costa de Bretaña* en esta forma. Fué tasada en 60,000 libras, y robada del *Guarda muebles* en 1792.

Es preciso volver un poco atrás para referir las peripecias por que han pasado las demás piedras principales del tesoro de la corona.

En 1564, Catalina de Médicis ofreció á los ingleses un diamante comprado por Francisco I al precio de 65,000 escudos, á cambio de Calais, que se había prometido entregar en el tratado de Cateau-Cambresis. Las negociaciones se arrastraron con mucha lentitud, y los embajadores ingleses, enviados á la corte de Francia para obtener la ejecución del tratado, acabaron por disputar agriamente hasta que se acometieron daga en mano. Catalina de Médicis los hizo separar y negoció en seguida tan hábilmente, que conservó el diamante y la ciudad mediante una pequeña cantidad de dinero.

Algunos años después, en 1569, las necesidades de la guerra obligaron á la reina madre á contratar empréstitos en Italia dando en prendas las joyas de la corona. La República de Venecia prestó 200,000 escudos y recibió en prendas una magnífica cruz de nueve diamantes tasada en 90,000 escudos y dos joyas más de diamantes, tasadas, la una en 65,000 escudos y la otra en 45,000.

En el reinado de Enrique III las rentas del Estado se hallaban en el mayor desorden y los diamantes de la corona se empeñaron dondequiera que se pudo procurar dinero. En 1576 se entregaron en garantía á Juan Casimiro, conde palatino, que había venido á Francia con 25,000 aventureros alemanes á favor de las guerras civiles; y no consintió en salir del territorio francés sino llevándose á Heidelberg, su capital, los diamantes de la corona de Francia, que puso en un carro vitrino y expuso á los sarcasmos del vil populacho tudesco.

En 1.° de octubre de 1588 no debía ya quedar ninguna joya en el tesoro, porque en aquella fecha Enrique III exonera á su augusta esposa de la custodia de las joyas, que empleó, dice, para garantir empréstitos hechos por su mandado.

Enrique IV se esforzó en restablecer el crédito de Francia y en recobrar los diamantes de la corona dispersos por todas partes. El señor Devetz logró en aquella época de turbaciones salvar gran número de piedras preciosas del tesoro real, que llevó á Mantes y puso en manos de Sully en su castillo Rosny. En este reinado aparece un personaje cuyo nombre quedó ligado á la historia de los diamantes de la corona. Es Nicolás de Sancy, que fué ora coronel general de suizos, ora diplomático, ora financiero, y prestó á Enrique IV un señalado servicio conduciendo á Saint Cloud, después de la muerte de Enrique III, los 12,000 que había traído de Suiza.

Sancy poseía muchos diamantes sobre los cuales prestaba sumas considerables, que ponía á disposición del rey. Entre estas piedras se hallaba el famoso diamante al cual se dió su nombre. Lo vendió en 1604 á Jacobo I rey de Inglaterra; á la revolución inglesa Enriqueta de Francia se lo llevó consigo. Apremiada por falta de dinero, hubo de empeñarlo el 6 de setiembre de 1655, con otra piedra rara, el *Espejo de Portugal*, en manos del duque de Epernón que le prestó bajo esta garantía 360,000 libras.

Como la reina de Inglaterra no hubiera podido desempeñar estos diamantes, se vendieron el 30 de mayo de 1657 al cardenal Mazarino, quien los legó á su muerte á Luis XIV con otros diez y seis de primer orden, designados en el inventario de la corona con la denominación de los 18 *Mazarinos*. El *Sancy* es el primer Mazarino; el segundo un diamante plano, y el tercero el *Espejo de Portugal*.

El *Sancy* y el *Espejo* fueron robados en 1792. Luego encontramos el *Sancy* en España en manos de Carlos IV; se vendió para las necesidades de la guerra, y en 1829 entró en la familia Demidoff.

Luis XIV hizo montar los *Mazarinos* en una gran cadena y en botones que usaba con frecuencia. Estos adornos continuaron así hasta el advenimiento de Luis XV. En 1651 se les añadieron dos piedras extraordinarias, perdidas hoy, el *Gran diamante azul* y la *Casa de Guisa*.

En cuanto al *Regente*, entró en el tesoro de la corona en 1717. Saint Simón habla de su compra en sus *Memorias*. Primero se colocó en el centro de la diadema de la corona que hacía Rondé. A la coronación de Luis XV, esta corona remataba en una flor de lis cuya piedra central era el *Sancy*.

María Antonieta gustaba de adornarse con las joyas de la corona y estaba prendada particularmente de un adorno de rubíes, tasado en 145,000 francos.

Un día hizo la reina modificar el engarce, y para embellecerlo más, añadió con beneplácito del rey tan gran cantidad de diamantes que le pertenecían, que muy luego se hizo imposible distinguir lo que era de la corona de lo que pertenecía á la reina. Con esto obtuvo del rey que se le diera en propiedad el adorno íntegro. Pero Luis XVI creyó conveniente llevar el asunto á su consejo, y el 13 de marzo de 1785 se sancionaba la donación por un decreto.

Pero la Asamblea Nacional vino en revisar el asunto en 26 de mayo y 1.° de junio de 1791, y en su virtud decretó que á las piedras preciosas se les diera el destino que les había impuesto Francisco I y que de allí en adelante formaran parte de la propiedad nacional.

Hízose inventario de ellas, y luego fueron depositadas en el *Guarda muebles*, donde el público podía verlas en ciertos días. La Asamblea legislativa ordenó la venta de los diamantes; pero los septembristas creyeron que era más sencillo apoderarse de ellos que dejarlos en poder del Estado.

Por espacio de seis días, una cuadrilla de treinta ó cuarenta hombres, penetraba todas las noches en las salas del primer piso del *Guarda-muebles*, valiéndose de escalas de cuerda y del reverbero colocado en la esquina de la calle de San Florentino. Después de haber forzado las puertas y roto las cerraduras de los armarios, se apoderaron de casi todos los diamantes del Tesoro, sin que la policía los molestara, pues ni echó de ver el robo hasta que estuvo consumado.

«La noche del 16 al 17 de setiembre, algunos guardias nacionales creyeron notar que se movía el reverbero de la columnata, y acercándose, vieron un hombre subido á este reverbero. Intimáronle que bajara ó que le hacían fuego, y en esta disyuntiva, el hombre capituló. Se le condujo al puesto y allí se le retuvo arrestado.

»Otro hombre, poseído de temor, se deslizó á lo largo del reverbero y cayó también en manos de los guardias nacionales. Se les encontró encima cierto número de joyas, y así se descubrió la sustracción que con toda seguridad se había llevado á cabo desde el 11 de setiembre. Cuatro individuos que al parecer estaban en acecho, pudieron escaparse.

»El día siguiente el ministro del Interior, Roland, subió á la tribuna de la Asamblea para hablar de este suceso, y declaró que de treinta millones de riquezas, apenas quedaban por valor de 500,000 francos.»

Durante la sustracción, no se había hecho ninguna patrulla regularmente mandada; las rondas de policía no habían visto nada; y sin embargo, los ladrones habían alumbrado las salas del *Guarda-muebles*, hubieron de comer y permanecer allí muchas noches seguidas, porque cuando se reconoció el lugar, se encontraron restos de víveres, botellas vacías y cabos de vela.

La opinión pública no vaciló en acusar de este crimen á Danton y al partido avanzado, que á su vez lo imputaron á los contrarrevolucionarios. Cuando Vergniaud debió llevar su cabeza á la guillotina, exclamó en la tribuna: «No creo deber sufrir la humillación de disculparme de una acusación de robo.»

Se dió con algunos ladrones; éstos denunciaron á sus cómplices, y el tribunal revolucionario hizo ejecutar á unos cuantos en la plaza de la Concordia.

Inmediatamente se encontraron algunos diamantes; pero los más preciosos, el *Regente* y el *Sancy*, continuaron perdidos. Un tal Cottet había sustraído el *Sancy* y se lo había dado á uno de sus compañeros, el cual emprendió la fuga. En cuanto al *Regente*, no se encontró hasta el año siguiente en una taberna del arrabal de San Germán. Napoleón I lo llevaba el día de su coronación en el pomo de su espada.

El emperador aumentó considerablemente el tesoro de la corona comprando por valor de seis millones de diamantes con fondos especiales creados por decreto de 16 de febrero de 1811. En 1814, María Luisa se llevó á Blois todas las joyas de la corona. Pero Francisco II se las hizo reclamar y se las envió á Luis XVIII, que la noche del 20 de marzo de 1815 se las llevó á Gante, donde las guardó.



Fig. 2. – Gran cinturón de piedras de color, esmeraldas, topacios, amatistas y adornos de zafiros.—El cinturón comprende, además de las piedras de colores, dos mil cuatrocientos catorce brillantes



Fig. 3.—Adorno de rubíes con diadema montados en 1824, para la coronación de Carlos X

Al advenimiento de Carlos X se montaron otra vez todas las piedras para su coronación y subsistieron en tal estado hasta 1854.

Durante el reinado de Luis Felipe, la reina María Amalia no se sirvió de ellas en ninguna ocasión.

El 26 de febrero de 1848, á instigación del general Courtais, comandante de la Guardia nacional, los diamantes de la corona, que se conservaban dentro de sus estuches en las cajas de la lista civil del Louvre, fueron trasladados sin ninguna precaución y contra la opinión del Inspector general, al Estado mayor de la Guardia nacional, por mozos de oficina y guardias sublevados. De aquí fueron entregados al tesoro público. En una de estas traslaciones, dos joyas cuyo precio ascendía á la suma de 292,000 francos, hubieron de quedarse olvidadas en manos de alguno. La opinión pública acusó á Courtais, sino de haber sido el autor del robo, á lo menos de haberlo favorecido con su ligereza ordenando la traslación de las joyas en medio de los insurgentes armados.

De 1854 á 1870, los diamantes de la corona se montaron diferentes veces, y en agosto de 1870 se encerraron en una caja sellada y se entregaron en manos de M. Rouland, gobernador del banco de Francia, que se encargó de su custodia.

En 1875 fueron coleccionados por una comisión extraparlamentaria.

En cuanto á la colección, en parte puesta hoy en venta, salvo el rubí la *Costa de Bretaña*, la reproducimos enteramente en los seis grabados que acompañan. La fig. 1 representa la espada militar montada en 1824 con las órdenes extranjeras que se han desmontado.

La fig. 2 representa el gran cinturón de piedras de colores, esmeraldas, topacios, amatistas y el adorno de zafiros. En la fig. 3 está el adorno de rubíes y las diademas de este adorno, que, como los de zafiros y los de perlas, se montaron en 1824 para la coronación de Carlos X.

La fig. 4 representa la diadema griega, obra de arte de joyería; en medio se encuentra el Regente, y debajo las siete piedras que el catálogo presenta como *Mazarinos* aunque uno solo de ellos lo sea realmente. Todo al rededor está el grande adorno de diamantes, río, cadena, nudos, hebillas y diadema de brillantes variados y de diferentes tamaños. La fig. 5 hace ver un adorno de perlas, que tiene en el centro la famosa perla comprada en 1811 á precio de 40,000 francos.



Fig. 4. – Diadema griega, collares, el *Regente*, etc.



Fig. 5.—Adorno de perlas finas



Fig. 6. – Adorno de diamantes

Finalmente, la fig. 6 representa otro adorno de diamantes, collar y guirnaldas, con la diadema rusa no menos bella que la diadema griega.

El producto total de la venta de estas joyas ha sido de 7.280,000 francos.

GERMÁN BAPST

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 6 DE JUNIO DE 1887 — NUM. 284

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

LOS CRITICONES DEL ARTE, cuadro de Echena

El autor de ese bello lienzo tiene muchísima razón en el epigrama que contiene. ¿Qué artista se halla libre de ser juzgado por la ignorancia? ¿Quién no se cree con derecho á detenerse ante un cuadro y á desollar al autor con el cuchillo de la cocina? Así se oyen decir tantos desatinos en los grupos que se forman junto á cualquiera exhibición artística. Precisa, pues, dividir á cuantos critican, que son la inmensa mayoría de los humanos, en dos grupos esencialmente opuestos, el reducido grupo de los críticos y el nutrido grupo de los criticones.

A este grupo pertenece el criado del artista que, en el cuadro de Echena, se permite manifestar su descontento ante la obra de su dueño, ausente del taller. Algo más le valiera al muy zafio quitar el polvo á los muebles que el pellejo á su amo. Contra esos sabios de antesala, quédale al verdadero artista el recurso de aplicar aquellos conocidos versos de Moratín.

«¡Pobre Pedancio! A mi ver
Tu locura es singular...
¿Quién te mete á criticar
Lo que no sabes leer?»

Por lo que toca al cuadro de Echena, es delicioso. El taller y sus accesorios forman un lugar de escena ejecutado con talento. El viejo criado, criticando las piernas de la mujer del cuadro, tiene verdadera expresión; y la modelo, que opina sin duda como su compañero, adopta, en defensa de sus maltratadas extremidades inferiores, una actitud tan natural como llena de coquetismo. La entonación y el conjunto son excelentes.

EL MONUMENTO Á WEBER EN DRESDE, por Rietschel

Carlos María de Weber, célebre compositor de música, nació en Entin (Holstein) en 1786, y fué ilustre discípulo de Henschel, de Aydn, de Valesi y de Kalscher. A los 14 años compuso su primera ópera, *La hija de los bosques;* fué más tarde maestro de capilla en Breslau, y en 1813 se le encargó la reorganización del teatro de la ópera de Praga. El rey de Sajonia le confirió, asimismo, la misión de fomentar en Dresde la ópera alemana, cuyo trabajo le ocupó desde 1816 á 1820. Seis años más tarde, á los 40 de edad, bajó al sepulcro; temprano para los amantes del arte, no temprano para su gloria, pues había enriquecido ya el arte con dos partituras tan extraordinarias como *Oberón* y *Freychutz.*

La ciudad de Dresde, que había disfrutado las primicias de esas colosales obras, quiso tributar un recuerdo permanente á la memoria de Weber y encargó al célebre Rietschel el monumento que reproduce nuestro dibujo, inaugurado en 1860.

LA CAUTIVA, cuadro de Muñoz

La mujer africana es uno de los seres más desgraciados del mundo. Víctima de los estúpidos celos del sexo fuerte, la está prohibido amar y ser amada. Si la hermosura la ha negado sus dones, se la dedica á las más duras faenas del campo; si, por el contrario, la naturaleza ha sido con ella pródiga en sus dones, es vendida como vil mercancía y relegada al fondo de un harem, en donde la ha encontrado, mejor dicho, la ha adivinado, el autor de este bello cuadro.

Muñoz conoce el suelo africano, sus tipos, su luz, su cielo, sus monumentos; y si tan feliz ha estado en la reproducción de lo que no ha podido ver, calcúlese cuáles éxitos le esperan cuando el asunto se preste á la demostración de lo que ha sentido y de lo que ha estudiado en Africa.

LA CITA, cuadro de Leopoldo Roca

No puede ser guardar á una mujer. He aquí un refrán castellano que sin duda tiene su equivalente en todos los idiomas del mundo. No hay murallas, rejas, fosos, que sean bastante poderosos para separar á dos amantes á quienes el diablo conduce por las narices. Leandro se echaba á nado para visitar á Hero, separada de él por las aguas de un mar proceloso; Romeo escalaba la morada de Julieta cuando á entrambos dividía el odio que se profesaban sus familias. La historia del amor está repleta de estratagemas, más ó menos ingeniosas, para burlar la vigilancia de padres suspicaces, de hermanos valentones y de tutores ridículos.

La joven de nuestro cuadro se halla probablemente sometida á tratamiento riguroso para curarla de una pasión mal vista por la familia. Y bien; el agua que debía aislarla de su galán, se convierte en instrumento ó medio para reunir al galán y á la dama; y mientras en el palacio todo es calma y confianza, la gentil doncella se deja requebrar por el trovador veneciano que se ríe de los canales mientras haya góndolas para surcarlos, y de los espesos muros con tal de que no falte en ellos una ventana con vistas á sitio retirado. El amor es ingenioso y atrevido cuando el decoro no le pone á raya desde el primer momento.



LOS CRITICONES DEL ARTE, cuadro de J. Echena

Aparte de lo cual, el autor de nuestro cuadro ha pintado una escena simpática, un idilio de amor bajo el cielo más á propósito para enardecer la sangre.

RECONOCIMIENTO EN LOS ALREDEDORES DE PLEWNA, cuadro de J. L. Pellicer

Uno de los acontecimientos más importantes de la guerra de Oriente, en 1877, fué el sitio de Plewna por los rusos. A él asistió nuestro director artístico, en clase de corresponsal, y cuantos le conocen personalmente han de distinguirle entre los numerosos jinetes que forman la comitiva del general en jefe del ejército ruso. El reconocimiento tiene lugar en las inmediaciones de un pueblo llamado Sgalinze; acompaña al jefe ruso el príncipe de Bulgaria, y le escolta un pelotón de cosacos del Cáucaso.

El Sr. Pellicer se halla demasiado unido á LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA para que podamos extendernos en enumerar las bellezas de este dibujo. Diremos solamente que está ejecutado con aquella verdad y conciencia que caracterizan á su autor, cuyas obras, modelo de naturalismo, concilian perfectamente aquellas cualidades con la belleza de formas, sin la cual deja de existir el arte.

AL AMPARO DE LA MADRE, cuadro de Raupp

Pertenece Raupp á la escuela de aquellos artistas dedicados exclusivamente á la pintura de cuadros de costumbres nacionales, que tiene estudiadas hasta en sus más insignificantes manifestaciones y detalles. Tan consagrado se encuentra á este género y tan escrupuloso es y quiere ser en sus trabajos, que á fin de no resentirse en ellos de la menor reminiscencia extraña, ha renunciado á visitar Francia, Italia, Bélgica, cuantos países pudieran hacerle olvidar su querida patria. Esto ha dado á sus obras cierto carácter propio é independiente, como ha sucedido con Defreger, Schmidt y Kauffman. Su campo predilecto de operaciones es la isla de las Mujeres, en el lago Chiem, isla que contiene poco más de dos docenas de cabañas, poblada por unas pocas familias de pescadores y labradores, animada exiguamente por un par de industrias en estado de canuto y santificada con la presencia de algunas religiosas, que representan la porción más culta del sitio. No hay para qué decir que éste tiene todos los atractivos de un país primitivo y sus habitantes rasgos propios é inconfundibles, que les hacen mucho más estimables á los ojos de Raupp.

El cuadro que publicamos representa á una mujer de esa isla, una madre de varonil belleza, conduciendo valientemente la barca en cuyo fondo duerme tranquilo el hijo de sus entrañas; un verdadero poema del amor materno. En este trabajo, como en la mayoría de los de su autor, se armonizan admirablemente las figuras y el paisaje, que entran por partes iguales en el efecto del conjunto.

NUESTRO ARTE MODERNO

TEMORES Y ESPERANZAS

(Con motivo de la Exposición de Bellas Artes del año 1887)

II

PROTESTA PRELIMINAR

Antes de entrar en materia quiero declarar las condiciones con que me pongo á escribir sobre las obras de nuestros artistas en general, grandes, medianas y pequeñas.

No voy á hacer la reseña de todas las producciones presentadas al público en el *Palacio de la industria y de las artes*; me reservo el derecho de hablar sólo de las que me agradan; y téngase entendido que ni aun de todo lo que me agrada en este espléndido alarde del arte patrio podré tratar, porque es *mucho* lo bueno que hay en él, y no *muy poco* como afirman críticos harto descontentadizos. De consiguiente, no voy á molestar con mis observaciones á los que yerran la vocación consagrándose al arte, ó siguen en él una senda torcida.

No he de cebarme tampoco con maligna complacencia en los defectos de las obras que por uno ú otro concepto, —como idea ó como ejecución,—me son simpáticos. Nadie se complace en sonrojar al amigo. Además, toda producción humana lleva en sí lunares que patentizan que al crear no somos dioses; y en las obras de arte estos lunares saltan más á la vista que en las otras artes del humano ingenio, porque recaen en la naturaleza objetiva, con la que estamos todos familiarizados.

Respeto sinceramente á todo verdadero artista, y considero con pena la desventajosa posición del joven pintor que, después de haber apurado en su estudio todos sus esfuerzos para dar á su obra el efecto apetecido, á la desagradable sorpresa de verla cambiada de aspecto en el salón donde está expuesta, ve agregarse la injusticia con que de ella se burlan críticos superficiales, presuntuosos y bufones. Las públicas exposiciones son reputadas *indispensables* en las condiciones actuales de la cultura moderna, y sin embargo, ¡cuántos escollos hay en ese mar á que se lanzan esperanzados de aplausos y coronas los generosos idólatras de este indefinible proteo, de esta divinidad esquiva que llamamos *el ideal*, y que cada cual concibe á su manera! Uno de los más peligrosos es el de la demudación producida en la obra del artista por su mero tránsito del taller al salón.—Reflexionad por un momento lo que es un cuadro: esta creación tiene en el estudio de su autor una atmósfera peculiar, producida por la luz á que ha sido ejecutada, y por la entonación que recibió, en la cual influyó, inconscientemente quizá, el tono general que allí dominaba. Esta atmósfera cambia cuando el lienzo cambia de local, porque en la gran sala de la Exposición todo es diverso, la luz, la colocación, el ambiente que le rodea. Y luego sobreviene otra prueba más ardua todavía, que es la de su irremediable contraste con otras obras: y ruego al lector que se fije bien en esto. El cuadro tiene su entonación y su armonía especial, como tiene su tonalidad particular una pieza de música. De la entonación y armonía del cuadro se apodera la retina, y la conserva tenazmente, de tal manera que su impresión domina y forma como una esfera particular de luz y color que invade todo el cono visual. Esta es la atmósfera privativa del cuadro. Del tono de una pieza vocal ó instrumental se forma asimismo la atmósfera musical que invade el oído y le ocupa todo. Pero así como el oído no tolera simultaneidad de dos ó más tonos opuestos, y no hay ser humano que resista la mezcla de acordes de dos ó más orquestas distintas, la vista padece cuando dos tonalidades pictóricas diferentes, ó quizá del todo opuestas, se juntan dentro del cono visual. Ahora bien, ¿es posible por ventura aislar las atmósferas especiales de los diversos cuadros reunidos en un salón, de manera que la vista perciba solamente la del cuadro que está mirando? No en verdad, y de esta conjunción forzosa de atmósferas distintas, y de esta heterogeneidad, nacen impresiones desagradables, en que acaso no reparamos porque venimos padeciéndolas toda la vida, pero que producen sin duda el cansancio y la excitación nerviosa que en las exposiciones y en los museos se apoderan de nosotros. El contraste, la pugna, la incompatibilidad entre unos y otros cuadros es evidente; y prueba de ello es que en las naciones donde se rinde más depurado y exquisito culto al arte pictórico, en la imposibilidad de aislar todos los cuadros, esta operación se hace con las obras de los más grandes maestros, como acontece en el museo de Dresde con dos bellísimas *madonnas*, una de Rafael y otra de Holbein. – Al juzgar, pues, del colorido y de la entonación de los cuadros, que á veces sólo por su comparación con otros parece cruda y desabrida ó demasiado apagada, ó con exceso chillona, debemos tener presentes estas desventajosas condiciones á que desgraciadamente están sujetos todos los pintores que exponen obras al público, y ser por tanto con ellos equitativos y benignos. En las públicas exposiciones hay que contentarse con que el cuadro que se observa esté bien concebido, bien compuesto, bien dibujado y sentido, y con que su colorido, considerado aisladamente y en sí mismo, ofrezca la indispensable armonía, aunque parezca inarmónico en comparación con otro.—Hechas estas salvedades, doy comienzo á mi breve revista.

III

LOS CUADROS GRANDES

Estos descomunales lienzos, – y aludo á los de seis ó más metros de longitud, – tienen sobre los de ordinarias dimensiones una gran ventaja: aunque se hallen tocando con otros, la vista del espectador que ante ellos se detiene, en ellos solamente se fija, mientras de propósito deliberado no trate de abarcar el objetivo principal y sus adyacentes, desviándose para agrandar el cono visual y hacer que quepa dentro de él todo el campo que le cuadre: lo cual nadie hace si tiene mediano gusto, porque no resulta el menor deleite de la confusión de dos ó más tonalidades diferentes.— He aquí lo único que puede justificar el empleo de tan exageradas dimensiones, tratándose de tamaños de libre elección y no impuestos al pintor en casos especiales. De otra manera, la desusada magnitud sólo podría atribuirse á mero deseo de llamar la atención del público que recorre los salones.

No niego que hay asuntos que requieren ser tratados en grande escala; pero en tal caso, es menester que el pintor demuestre con su obra, que no debía ni podía ejecutarla en las dimensiones ordinarias. *La toma de Constantina*, de H. Vernet; *Napoleón visitando el campo de batalla de Eylau*, del Barón Gros; *San Gervasio en presencia de Astasius*, de Le Sueur; *Las bodas de Caná*, de Pablo Veronés, llevan en su asunto y en su desempeño la cabal justificación de sus vastas dimensiones.

Reconozco de grado que también la llevan en sus asuntos: *La visión del Coliseo*, del Sr. Benlliure (D. José) y *La invasión de los Bárbaros*, del Sr. Checa (D. Ulpiano). Estos dos cuadros, cuyo aspecto embarga el ánimo, tienen entre sí correlación histórica. El primero nos lleva á la corrompida y decadente Roma de los tiempos de Honorio, en quien se consuma el ejemplar y providencial vilipendio que nos recuerda el segundo. El indolente emperador, constituído bajo la vergonzosa tutela del vándalo Stilicón, se consuela de sus humillaciones abandonando su refugio de Milán en un momento en que el amenazador Alarico deja en paz al Imperio, y trasladándose á Roma, donde es recibido con un irrisorio triunfo. Pero con este motivo ocurre un ruidoso acontecimiento: celebrábanse de nuevo sangrientas luchas de gladiadores en el Anfiteatro, y un pobre asceta, de nombre Telémaco, que venía de Oriente y que acudió á la fiesta con el noble propósito de impedir aquel bárbaro espectáculo, lanzándose á la arena en medio de las espadas comienza á interceder por la paz, clamando al pueblo de rodillas que renuncie á tan inhumanas luchas. El pueblo, indignado de su impertinente petición, abandonándose á su crueldad acostumbrada, le mata á pedradas... Pero Roma no volvió á presenciar combates de gladiadores, porque el oscuro mártir logró á costa de su vida abolirlos para siempre en beneficio de la humanidad. Hasta aquí la historia; y comienza luego la poética leyenda que constituye el asunto del cuadro: «Desde entonces, en el silencio de la noche, el día de Difuntos, el santo vaga por aquella gran ruina, seguido de mártires y justos de todos tiempos, entonando el *Miserere mei Deus*, á cuyo canto surgen de la tierra numerosas almas que le siguen.»

Este asunto está perfectamente concebido y traducido en forma plástica: las sombras de la noche invadieron gran parte de la escena; la luna asoma sobre la gigantesca y rota mole del Coloseo; los mártires que acuden á la glorificación del sagrado emblema de paz y redención, enhiesto en la mano de San Telémaco, forman al rededor del heroico asceta un fantástico coro levantado del suelo y como flotando en el aire, mientras una inmensa legión de almas, bañada en la inextinguible claridad de la gloria, desciende de lo alto, motivando un hermoso rompimiento de luz, y traza sobre el entenebrecido fondo del ambiente nocturno una larga y refulgente estela que une los cielos con la tierra. Coros de hermosas vírgenes y de graciosos niños divísanse entre lluvia de rosas en la parte izquierda del cuadro; pero en la central y principal el círculo de mártires y penitentes que rodea al santo protagonista, en vez de cautivar al espectador, produce en el ánimo una impresión repulsiva, á causa de la fealdad y vulgaridad de los seres humanos que le forman: á tal punto, que llega á temerse si el pintor, cediendo á una mala sugestión irónica y goyesca, se habrá propuesto convertir el *Cœtus sanctorum martyrum* en aquelarre de brujos para ahuyentar de su compañía á los espíritus demasiado fervorosos. Quiero suponer que esto dimana de la rapidez con que el autor ha pintado el *colosal boceto* – que otra cosa no es su lienzo – y que si lo hubiera ejecutado para que fuese un cuadro formal, lo habría dotado de mayores atractivos. Cabalmente un coro de mártires en apoteosis se prestaba más que nada á presentar una encantadora falange de hermosas é ideales figuras. ¿Será que el Sr. Benlliure profesa un sistema contrario al idealismo de las antiguas escuelas italianas y alemanas y de las modernas del Rhin y del Sena, que tan peregrinas manifestaciones ha alcanzado en los cuadros de Rafael, de Durero, de Schnorr, de Deger, de Flandrin y de Bouguereau? He aquí cómo á nuestras esperanzas de que la pintura española logre un nuevo florecimiento tan glorioso cual el de sus mejores tiempos pasados, se mezclan los temores de verla detenida en su brillante desarrollo y atrofiada por el soplo glacial de un realismo desolador. – ¿Le pasa lo mismo al Sr. Checa? Veamos su cuadro.

Era Stilicón el único apoyo del débil Honorio contra el visigodo Alarico, pero la envidia le priva de él: el poderoso ministro y guerrero vándalo es asesinado, y el terrible Alarico se prepara á invadir á Roma. El emperador huye á Ravena: el Coloseo queda desierto: vendrán los Bárbaros, adoradores de la Cruz aunque arrianos, á vengar la sangre de los justos derramada por un pueblo aun apegado al culto de los ídolos, derribando sus aras y lavando con sus aguas lustrales las impurezas de la tiránica corte de los Césares. Tres veces acometió á Roma el caudillo bárbaro: la vez primera sólo estuvo distante de ella unas cuantas millas y retrocedió como si el respeto á la ciudad secular le impidiera seguir adelante. La segunda vez entró, pero pacíficamente: puso en ella un emperador á su gusto, para quitarlo y volverlo á poner según se le antojara; y éste fué Attalo, con el cual, según nos cuenta Orosio, se divertía como con un miserable histrión. La tercera vez, como presa de un furibundo delirio, se lanza el visogodo sobre la malhadada capital: en vano un santo ermitaño le sale al encuentro y trata de detenerle. – No puedo, le responde: un impulso irresistible me lleva á Roma. – Y el cuadro del señor Checa nos representa sin duda esta última entrada, la única que pudo llamarse irrupción devastadora. Pero pregunto yo al inspirado autor de tan terrible episodio. ¿Dónde están el incendio y el saqueo que caracterizan esta entrada de Alarico en la ciudad romúlea? Porque es de tener en cuenta que si esto no se representa, la escena se confunde con otra invasión que algunos años antes hizo el mismo rey godo en Grecia – y aquella sí que fué verdadera correría – ocupando á Esparta, Corinto, Argos, Tegea, Megara, y la misma ciudad de Palas Atenea, donde supone una leyenda griega que pasó de largo, como en el cuadro de Checa, espantado ante la aparición de la diosa protectora.

Y ¿dónde está Alarico? Ese fiero caudillo que el pintor me pone delante como gritando á la cabeza de un confuso pelotón de Bárbaros, montados en fantásticos caballos de enormes cascos y resuello de fuego, que en impetuosa correría vienen atronando las calles de la dormida Roma y esparciendo en ellas el terror, á tal punto, que más parecen horda salvaje que caballería goda organizada; ese jefe, ¿es por ventura el famoso rey de sangre de Baltos, el respetado Duque de Hiliria, antiguo aliado y auxiliar de Teodosio, á quien dió la victoria en Aquileya? No es posible: no veo en él la hermosa cabellera blonda de su noble raza, ni se advierten en sus militares arreos las galas bizantinas á que es aficionado. – Por otra parte, esa gente que el pintor representa como horda, es un pueblo llamado á la vida intelectual desde hace cerca de un siglo por el poderoso genio de Ulfila, un pueblo con letras, leyes, gobierno, organización militar poderosa, clases sociales y magistrados, y costumbres adquiridas al contacto de las civilizaciones de Constantinopla y Roma desde su permanencia en las orillas del Danubio. – Esos hombres que dirige ahora Alarico deberían aparecer, si no todos, algunos de ellos por lo menos, con vistosos trajes, que hubieran ayudado mucho á animar el colorido de la interesante y aterradora escena, porque entre ellos repartió su rey hace dos años solamente, 4,000 ropajes de rica seda y 3,000 de púrpura, que, con 5,000 libras de oro y 30,000 de plata, arrancó como tributo á los enervados senadores y patricios romanos; y esos hombres, además, ni son extraños á la toga romana, pues compañeros tienen que la endosan, ni se cubren siempre



EL MONUMENTO Á WEBER EN DRESDE, por Rietschel

de pardo saco, dado que el poderoso ministro Rufino se ha honrado repetidas veces vistiendo el traje germánico para visitarlos en sus campamentos.

Bien comprendo yo que estas observaciones mías afectarán muy poco al señor Checa, el cual me dirá: Cambie usted á su gusto el título del cuadro, que si éste puede con propiedad representar algo, aunque no sea la segunda entrada de Alarico en Roma, el nombre nada importa. Llámese la entrada de Alarico en Atenas, ó la invasión de los godos en Delfos, donde también el dios Apolo les hizo limitarse á una simple correría. Cabalmente en el lienzo hay al fondo un hermoso templo que parece puesto allí de propósito para que el numen protector de la ciudad sea el que obre el prodigio de que ésta libre con un mero susto, aunque mayúsculo. Pero, ¿se dará siempre la casualidad de que una obra de arte cuadre á dos asuntos distintos? Si el señor Checa hubiese estudiado más su asunto, este *quid pro quo* no ocurriría. – Esperanzas y temores á la vez me hace por lo tanto concebir este joven é inspirado pintor: esperanzas por la rápida y singular formación de su talento artístico; y temores de que pueda extraviarse su fácil genio si toma la costumbre de perder el respeto al natural.

PEDRO DE MADRAZO

(Continuará)

LA RABONA

(TIPO SUD-AMERICANO)

¡Amazonas de Esparta; las que adelantabais al grueso de vuestros ejércitos para provocar al enemigo... dormid el sueño de la gloria!

¡Heroínas de Numancia, de Gerona, de Zaragoza y de Cádiz; las que desde lo alto de las murallas aterrasteis al audaz invasor... descansad en el empíreo, donde moran los justos y los mártires sacrificados en los altares de la patria!

Vuestras descendientes están ahora en el mundo de Colón; son las indias que acompañan á aquellos soldados.

Son pobres, muy pobres; pero, ¿acaso fué rica Juana de Arco, ni lució brillantes arracadas la inmortal Agustina?

Yo invoco esos nombres augustos, esas sombras gloriosas y veneradas por toda la humanidad, y cantadas por los poetas, para consagrar un recuerdo á las guerreras hijas de los Andes; á las infelices compañeras de aquellos soldados animosos, por cuyas venas circula el germen de todos los heroísmos... ¡la sangre española!

¿Que me exalto, decís?

¡Ah! no; es que aquellas mujeres merecen algo más inspirado que mi prosa; merecen himnos como el de Mercadante, cuya mejor estrofa repiten en *quechua* ó en *aymará* las *rabonas* sud-americanas...

Aquella estrofa sublime que dice:

Chi per la patria muore
visutto e assai;
la fronda dell'allore
ne langue mai...

Y las indias cantan, en el delicioso idioma de *Manco-Cápac*, esto, que es pálida traducción de su *triste* favorito...

No entres, no, corvo chileno
en el pecho de mi indio...
descamínate, homicida,
y ven á rasgar el mío!

¡La *rabona!* ¿cabe nombre más prosaico y vulgar, dada la estructura de nuestra lengua?

Y sin embargo, con este nombre y todo, ¿concíbese un ser más abnegado, más virtuoso, más ideal y adorable, que aquella débil criatura, que abandona el nativo *rancho* y la soledad de sus inaccesibles montañas, para vivir en los cuarteles, y tal vez para morir en los campos de batalla?

La *rabona* tiene siempre la misma historia; su génesis y su biografía siempre coinciden, así preguntéis á diez, á ciento, á mil de ellas, buscando alguna diferencia que no encontraréis. Es la india prometida del indio; viene la leva, arranca de las grietas de los Andes á todos los pastores, chacareros y peones que necesita; les convierte en soldados; y por cada hombre que recluta, tiene que llevarse una mujer que le sigue, primero llorando como una Magdalena; á los pocos días, resignada y sonriente como un ángel de consuelo.

Detrás de aquella pareja enamorada que se dispone al sacrificio, quedan los viejos que suspiran, los rebaños que balan llamando á sus guardadores; una choza pajiza y solitaria, y un plantío que se agostará ó será destrozado por las *llamas* cargadas de metal, ó por las *vizcachas* roedoras, que hallarán su botín en el huerto abandonado.

Entra el indio en el cuartel, recibe allí su equipo, y la dócil *rabona* improvisa un hogar con algunos palitroques, y una *frazada* que por la noche es el cobertor del tálamo conyugal.

Desde entonces, la compañera del soldado tiene que multiplicar sus labores; guisa, barre, cose, plancha, limpia las armas de su *cholo*, recoge sus haberes, asiste á sus ejercicios; y en cuanto hay orden de emprender una marcha, carga con todo aquel ajuar, formando el *quipo* que se echa á la espalda...

A las veces el *quipo* es tremendo, abultado y pesadísimo; en él entra el colchón de la cama, la vajilla para los guisos, una mesa, un taburete, la ropa del militar, los palitroques del tenderete, la despensa más ó menos abundante... y si la *rabona* tiene un par de chiquillos, también estos van revueltos en el *quipo* de campaña.

Los jefes de los cuerpos armados, ya saben que las órdenes de marcha y el itinerario del batallón, han de darse á las *rabonas* antes que á los soldados.

Enteradas ellas, alistan sus trebejos en un periquete; ayúdanse unas á otras, repartiéndose buenamente la carga, y salen del cuartel algunas horas antes que las tropas expedicionarias.

Ellas marcan la distancia de cada jornada, y escogen á su gusto el sitio que mejor les parece para que descansen ó pernocten los hijos de la guerra; cuando éstos llegan á la *pascana*, todas las cocinas humean, y junto á cada cocina hay un lecho.

El amor ha hecho aquellos prodigios de actividad.

Pero no es en tales momentos cuando más resalta la sublime fidelidad de la pobre *rabona*...

En el fragor de los combates, es donde su voz alienta al soldado, mil veces más que las marchas guerreras de bandas y clarines.

La india habla al corazón de su compañero, recordándole el premio de las batallas; el laurel de las victorias; la *chacarita* de aquel pajizo *rancho* donde nacieron y se amaron; la limpidez de aquel cielo cuyo manto rasgan los penachos de los volcanes encendidos; cuanto para aquel hombre quiere decir amor y ventura, primavera de la vida y esperanzas de la felicidad.

Y el indio se bate como un león, mientras escucha aquella voz hermana que es para él mandato del cielo.

Si le hiere el plomo enemigo, ¿qué falta hacen allí médicos, ni practicantes, ni camilleros de esa bendita institución que se llama la *Cruz Roja*?

La *rabona* se adelanta á todo y á todos; apoya en sus rodillas la cabeza del herido, y apronta vendas y ligaduras, restañando con sus labios la sangre que quiere correr, para llevarse los alientos del desventurado *cholo*.

Si éste muere, la que ha sido su esposa, su hermana y su acémila, queda allí, al pie de su cadáver, desafiando con sus arranques de valor las iras del enemigo.

Cuando las *rabonas* corren hacia atrás, desesperadas y llorosas, la derrota de los suyos es inevitable...

Los generales más experimentados en las guerras sudamericanas, temen cien veces más el pavor de las *rabonas* que la indecisión de sus batallones.

En cambio, cuando la victoria da la cara, y el enemigo está vencido, no preguntéis quién ha sido el primero en ocupar las posiciones tomadas, la población sitiada, ó la trinchera perdida por los derrotados: antes que los soldados, entran allí las *rabonas*, para destrozar los restos de la fuerza vencida, ó para clavar los cañones, ó para armar sus tenderetes y acomodar sus cachivaches.

Y ahora que la conocéis, en toda la grandeza de su heroísmo, con toda la verdad y todo el color de sus virtudes, decidme:

¿No es cierto que aquellas rústicas amazonas de los Andes, son las descendientes de las heroínas de Sagunto y de Zaragoza?

¿Y no es también cierto, lectores de mi alma, que una mujer tan poética, que un tipo tan hermoso é interesante debiera llamarse con otro nombre, más gallardo y menos repugnante que el de la *rabona*?

ELOY PERILLÁN BUXÓ

EL MAGOSTO

CUENTO

A mi ilustre amiga D.ª Emilia Pardo Bazán.

Corría el mes de Diciembre. El día 21 debía partir de la Coruña el correo para la Habana, y como á Lucas habíasele metido entre ceja y ceja abandonar la casa paterna en busca de fortuna, nada, que no hubo otro remedio sino vender las dos mejores vacas que había en el establo y disponer, con el producto de la venta, todos los preparativos para la marcha.

¡Y, cuidado si le dió fuerte al muchacho! Nunca había hablado ni una palabra que revelase sus deseos de abandonar la tierra que le vió nacer, pero un día armóse de decisión y ¡zas! quieras que no, espetó la infausta noticia á los descuidados padres, que se quedaron al oirla como quien ve visiones.

¿Qué causas determinaban tan repentina marcha? ¡Vaya usted á saberlo! Los mismos padres de Lucas, el tío Goros y la tía Sabela se deshacían en un mar de conjeturas. ¿Habrá tenido algún disgusto? No. ¿Le faltaba algo en casa de sus padres? Tampoco. Era el hijo único y sus padres le querían como á las niñas de sus ojos. ¡Ah, *diaño!*... ¿sería por las calabazas que Antonia le endilgó? ¡Bah! pero de eso hacía ya tanto tiempo... que casi se perdía la memoria. ¿Por qué, pues, tan repentina marcha? En vano sus padres le preguntaron, tratando de disuadirle... ¡Nada, nada! El muchacho se obstinaba en su silencio... y se acabó... y nadie le arrancaba una palabra...

Entretanto llegaba el día 21 á paso de gigante. Eso sí, el tiempo volaba con una vertiginosa rapidez para el tío Goros y la tía Sabela. Para Lucas, en cambio, parecía que tenía pies de plomo. ¡Cuánto tardaba el dichoso día 21!

Aquellos días veíasele vagar solo y sin rumbo fijo por las *corredoiras* ó veredas de la aldea. Esta estaba asentada al pie de una colina sembrada de pinares y *silveiras* y más cerca de Betanzos que de la Coruña... ¡Qué hermoso panorama se vislumbraba desde la cima de la colina! Lucas, antes de partir, antes de dejar su país, antes de abandonar el suelo en que nació, quiso ver una vez más aquellos sitios tan hermosos donde tanto había gozado en sus pasados tiempos...

¡Y qué recuerdos asaltaron entonces su imaginación!

* * *

Recordó que, niño aun,—¡tendría seis años á lo sumo! – el señor cardenal arzobispo, en su pastoral visita por su diócesis, llegara á la aldea... ¡Aun le parecía oir el repiqueteo de las campanas echadas á vuelo, el estallar seco y duro de los cohetes, el bullicio, la animación que en toda la aldea despertara la visita del bondadoso prelado! ¡Era un recuerdo que se agarraba tenaz á su imaginación y no la abandonaba ni á tres tirones. No señor, ¡qué había de abandonarle! ¡Ahí es nada! ¡Y luego ver llegar por la carretera ó camino real al buen prelado acompañado y seguido de otros curas, muy vestidos de negro. ¡Y qué



LA CAUTIVA, cuadro de Muñoz



LA CITA, cuadro de Leopoldo Roca



RECONOCIMIENTO EN LOS ALREDEDORES DE PLEWNA, cuadro de J. Luis Pellicer (Recuerdos de la guerra de Oriente. 1877)

contraste más raro entre el negro de los manteos y el rojo de la vestidura arzobispal! ¡Y luego qué cara más bondadosa tenía el prelado! ¡Jesús, María y José! No parecía sino que era un hombre de distinta especie que el resto de los mortales. ¡Y ya se ve que lo era! ¡No, sino bastaba mirarle al rostro! Parecía el de los santos que se ven en los altares ¡Vaya, con aquella cara, rosada y llena, toda rebosando bondad y mansedumbre! Y detrás del arzobispo marchaban el gaitero y el tamborilero. ¡Y qué satisfecho parecía el buen pastor con aquellas humildes muestras de satisfacción! Tendíanle á su paso los sencillos labriegos y sus mujeres é hijas, haces de espadañas y olorosas flores, iban ellos con los sombreros y monteras en la mano, ellas apenas osaban alzar la vista del suelo... y era de ver cómo unos y otros se arrodillaban al pasar el prelado y le besaban con religioso fervor el áureo anillo! ¡Y con qué satisfacción se levantaban después! No parecía sino que aquel anillo en el dedo del prelado tenía una virtud mágica. Todos aquellos que le habían tocado con sus labios se creían santificados...; Vaya, que no fué mala la que se armó aquel día, de júbilo y alegría en la aldea!

Pues, ¿y luego en la capilla? Estaba ésta resplandeciente de blancura y belleza. Sus paredes, recientemente enjabelgadas, estaban tapizadas de vistosas y aromáticas flores... Aquello era un torrente, un diluvio de flores... ¡No, lo que es el padre cura aquel día echó el resto! Rosas, jazmines, claveles, violetas, pasionarias y hortensias á más y mejor... hortensias sobre todo. Eso sí, no tenían agradable perfume, pero, ¡qué bien *hadían!* Rosadas y azules, formaban enormes ramos... Aquello era una delicia

Penetró el prelado en la capilla... Iba á conceder el sacramento de la Confirmación á cuantos lo solicitaren... La capilla estaba literalmente atestada de rapazuelos y chiquillas, que iban á recibir el sagrado sacramento... Lucas era uno de ellos. A pesar de estar abiertas las tres puertas de la capilla, el calor que allí dentro se sentía era asfixiante; pero, ¡bueno estaba Lucas entonces para reparar en tales melindres! Cuando el padre cura le presentó al Arzobispo, Lucas cerró los ojos... le parecía ver ante sí á un ser sobrenatural... y cerró los ojos á medias. A través de sus entornadas pupilas vió los dedos del prelado haciendo la señal de la cruz y bendiciéndole, y luego sentía el roce de dos dedos húmedos en sus mejillas...

Cuando salió de la capilla, loco de contento y rebrincando á más y mejor, Lucas no acertaba á decir á cuantos hallaba otras frases que estas:

–¡Soy santo! ¡soy santo! ¡Me ha echado el arzobispo la bendición!

* * *

Luego, y sin darse cuenta de ello, Lucas cambiaba de pensamiento, y si bien el recuerdo que evocaba había sucedido en el mismo sitio en que se hallaba, en la cima de la colina, al lado de la pobre y blanca capilla, era un recuerdo mucho más reciente aún, casi fresco todavía en su memoria y en su imaginación. Entre el primero y el segundo recuerdo había puesto el tiempo catorce años. Era cuando Lucas tenía veinte...

Era una tarde de octubre... El viento soplaba bastante fuerte... Las hojas secas de los pinos se bamboleaban en las ramas como si fueran á desprenderse de ellas... ¡Así despréndese la vida del cuerpo para ir á dar en la muerte!... Lucas había ido al monte á buscar algunos tojos para que diesen calor en el ancho hogar... y en el monte tropezó con Antonia, la hija del tío Chinto, que también había ido en busca de secos tojos... ¡Fatal encuentro! Figuraos el amor y la tentación. Lucas era el amor La tentación Antonia. Lucas la amaba, pero en silencio. Nunca había querido declararle á Antonia su amor. ¿Por qué? Ni él mismo lo sabía. ¿Es porque el amor es naturalmente tímido? Ello es que al ver al mocetón de Lucas, tan desenamoradizo, hombres y mujeres, jóvenes y viejos le acribillaban á cuchufletas y bromas que ponían en un brete la paciencia de nuestro mancebo.

– Lucas, ¿te vas á meter fraile?

– ¿Vas á quedar para vestir santos?

– ¿Eres un hombre de palo ó de qué?

Lucas tomaba el mejor partido. El de callar. Y callaba siempre. Y veía á Antonia y callaba también No, pero lo que es aquella tarde no callaría. Era vergonzoso ya tanto silencio... Acercóse á la joven.

– Antonia...

– ¿Hola Lucas?

– Se va haciendo tarde, ¿verdad tú?

– Paréceme que sí. Y el viento *funga* más de lo justo. Apretemos el paso, ¿eh?

– Si te parece...

– ¿Qué?

– Yo... allí... vamos que tenía que decirte...

– ¿Y te rascas la oreja, tú? ¿Parece que es cosa del otro mundo, eh?

– No, no es del otro, que es de este. ¿Quieres escucharme?

– ¿Por qué no?

– Pues es, que... allí... yo te tengo mucha ley, ¿sabes?... es decir, que te quiero y... allí... no te lo dije *endenantes* porque no lo tomases á mal, pero mira tú, á mí me estaba... allí... royendo el alma mi secreto, ¿sabes? y cuando todos, por encontrarme tan desenamorado, me llenaban de *bulras*, ¿eh?... allí... yo no les decía nada, ¿sabes?... porque no quería yo que supieran que yo te quería á tí... ¿sabes?...

– ¡Al fin lo has dicho!—soltó la muchacha al mismo tiempo que soltaba la carcajada.

Allí... ¿te ríes, eh?

–¡Hombre, pues no, tonto, tonto, tontísimo! ¿Me has visto tú nunca hacerle caso á ningún mozo de los que venían á parolarme á la ventana, eh?

– No.

– ¿Me viste como una loca, afanarme por bailar en las *ruadas*, eh?

– Tampoco.

– Pues ven acá, tonto, tonto, tontísimo, ¿no sabes por qué era esto?

– Me parece...

– ¿Qué?

– Que ó soy *meigo*, ó brujo, ó me has dicho lo bastante para que... allí... vamos, que lo adivine.

– Pues claro que sí y ahora, ¿estás contento?

– Mucho, muchísimo y...

– ¡Y qué!

– Ocúrreseme una idea.

– ¿Una idea?

– Sí.

– ¿Cuál?

– Esta.

Y diciendo y haciendo el hasta entonces encogido mancebo, aplicó sus labios á las mejillas de Antonia... y sonó un beso capaz de hacer estremecer de envidia á los pinos del monte si éstos fuesen sensibles á los besos de amor.

* * *

Y de recuerdo en recuerdo, vino á herir su imaginación el de otra tarde mucho más reciente en que se halló en el monte con la misma Antonia. ¡Aquel recuerdo sí que era penoso! No lo olvidaría en los días de su vida aunque cien años viviese. ¡Bueno era él para olvidar!

Pues acaeció que una tarde se hallaron también en el monte Lucas y Antonia. Graves culpas debía tener ésta de que acusarse, porque al ver á Lucas, se le subió la vergüenza al rostro, bajó la mirada, masculló cuatro palabras inarticuladas y trató de tomar distinto camino del que llevaba á fin de no tropezar con Lucas.

Este lo reparó, y pronto como un rayo subió la corredoira y se plantó de un salto delante de Antonia.

Esta gritó.

– ¿Por qué gritas?

– ¿A tí qué te importa?

– ¡Esas tenemos!

– Lo que tenemos es que me diste un susto... y que te vayas...

– ¿Que me vaya, eh?

– Sí tal.

– Bueno, mujer, bueno. Sí me iré, pero antes déjame descargar el pecho de cuatro verdades que me están matando.

– Lo que quiero yo es que me dejes libre el camino.

– Sí te lo dejaré, pero antes óyeme por última vez en tu vida.

Antonia se resignó á oir.

– Yo... allí... sabes cuánto te quise... y te quiero aún... la verdad. Yo quería echar lejos de mi pecho este cariño que te tengo, pero. . no puedo porque... allí... uno no es dueño de sí mismo y... Yo no te pido nada... sólo me quejo de tu traición... ¡Quererte tanto para que el bruto de Estebo te lleve... Eso sí... El... allí... es rico y eso es lo que tú quieres, por lo visto... Adiós... á mí no me volverás á ver más... Maldígote á tí y á Estebo por la mala fechoría que me habéis hecho.

– ¿Concluíste?

– Concluí.

– Gracias á Dios. Creí que no acabaras nunca.

Y esto diciendo, Antonia volvió la espalda y el bueno de Lucas se quedó como alelado mirándola marchar por la corredoira abajo.

* * *

Cuando, después de sentirse acosado por tantos y tan variados pensamientos, regresó Lucas á casa de sus padres, sentía que su cabeza era un horno, sentía fiebre, necesitaba descanso... ¡Cuántas tremendas ideas asaltaron de súbito su cerebro! Era un disparate; sentíase con fuerzas y valor para acometer las más desatinadas empresas... ¡Y qué empresas acudieron á su imaginación! ¡Friolera! Buscar al maldito Estebo y de una puñalada dejarlo seco... pegar fuego á la casa de Antonia... ¡Ave María Purísima, y qué de desatinos hallaban acogida en aquel cerebro enfermizo!

Al fin, llegada ya la noche, pudo abandonar el lecho en el cual se había arrojado en busca de descanso...

MANUEL AMOR MEILÁN

(Continuará)

LA PRIMERA EDUCACIÓN DE CERVANTES

(Continuación)

Y para que se vea mejor que le preocupan los recuerdos pastoriles del poeta italiano, véase esta frase subrayada:

A tí, *fiel pastor* de la manada
Saguntina...

También dice en la misma elegía:

Y allá en el alto alcázar do pasea
En milcontentos nuestra reina amada...

Habiendo antes dicho Sannazaro:

Nuda salisti ne' superbi chiostri
Ove con la tua stelle
Ti godi insieme accolta.

El mismo italiano exclama en la obra citada (Arcadia):

...Nascan herbette é fiori...
...Cantin le bianche ninfe...
Saltin fauni é silvani...

Cuyos giros de versificación imitó también unos tras otros Cervantes en su *Elegía*, exclamando:

...Que sea por mil siglos levantada...
...Que vuestro poderío se parezca...
...Que mientras fuera el cielo mejorando...

En otro pasaje exclama Sannazaro:

Ahí cruda morte, e chi sia che ne scampi,
Se con tue fiamme avampi
Le piu elevate cime?

Y Miguel canta hablando del fallecimiento de la reina:

¡Ay muerte! ¿contra quién tu amarga ira
Quisiste ejecutar?

Dice el mismo jovencito:

Alma bella del cielo merecida...

Y antes cantó el poeta de Italia:

Beata lei, dirá, qu' l ciel tant ama.

Es cierto que los trozos citados de Cervantes no son traducciones, ni adaptaciones verdaderas de Sannazaro. Mas revelan de un modo que me parece evidente que Miguel había aprendido el italiano muchos años antes de escribir aquellos versos de 21 años, y que no sólo lo había aprendido bien, sino que cultivaba asiduamente á sus autores más renombrados, particularmente uno que entonces disfrutaba en España de mucha boga, como que además de ser traducido, había sido imitado por hombres de la valía de Garcilaso, Montemayor y Gil Polo. Ya que nos ocupamos ahora de Sannazaro, podemos también asegurar que este fué uno de los escritores que nuestro adolescente estudió entonces con más admiración y asiduidad, llegando á saber de memoria trozos enteros de su prosa y versos, como lo revela el discurso de la Edad de oro del *Quijote*, inspirado en la *Prosa* y *Egloga VI* de la *Arcadia*, y las invocaciones del hidalgo manchego á las soledades de Sierra Morena, en las cuales no hace más que traducir libre y bellamente de memoria los elegantes apóstrofes de la *Prosa VIII* y de algunas *Eglogas* del italiano. «¡O, Yddii del cielo é della terra...,» etc. «¡O Naiadi habitatrici de...!» etc. «¡O Napee, gratiosissima turba...!» etc. «Evoi, ó bellisime Oreadi...,» etc. «¡Oh, vosotros rústicos dioses...! etc. ¡Oh vosotras Napeas y Dríadas que tenéis por costumbre habitar...! etc. ¡Oh, Dulcinea del Toboso...! etc.» La imitación es evidente, demostrando que estuvo tan prendado de aquel poeta en la niñez, que hasta se complacía en recordarle cuando se hallaba en estado de darle lecciones.

Así pues, queda descubierto que Cervantes aprendió el italiano; cosa que no debe sorprender á nadie, pues además de ser una lengua necesaria para comprender todas las explicaciones que se daban en las cátedras de retórica y poética, era conocida y hablada entre las personas distinguidas y elegantes de la sociedad española. También me parece que aprendió el portugués, aunque sin maestro, y más bien práctica que teóricamente, correspondiendo á otra época el conocimiento gramatical que, según, parece, llegó á tener de este idioma. Me fundo para atribuirle estotro conocimiento en que siendo la *Diana* de Jorge de Montemayor, uno de los libros que más leyó, debía forzosamente estudiar el portugués, á causa de estar escrita en él una buena parte, así en la prosa como en el verso, y no era nuestro héroe hombre para quedarse ignorando, ó sabiendo imperfectamente todo lo que decía un libro tan estimado. Empero no necesitaría de grandes trabajos para alcanzarlo, por ser aquella lengua algo parecida á la castellana y una de las forasteras que se oían hablar más en Madrid.

Por estos datos cabe conjeturar las proporciones que Cervantes y sus padres daban á la instrucción que él mismo tomaba en el *Estudio* de Madrid, demostrando con bastante evidencia que había el deseo de enriquecer sus talentos naturales con sólidos conocimientos. No lo descuidaba él; y si la Retórica destronó ante su conciencia á muchos autores españoles que antes admiraba, en cambio debió aficionarle á otros, cuyas bellezas su profesor le enseñaba á conocer y sentir. En la latinidad admiraba como poetas líricos á Ovidio, Virgilio, Horacio, Cátulo, Propercio y Juvenal, de quienes habló después con elogio en sus libros; y si no los conoció ni admiró entonces á todos, algunos habría de los mejores; como prosistas, á los ya dichos anteriormente, y por más que él no los cite nunca, también cabe poner á Salustio y Tácito, pues conocía la *Conjuración de Catilina* del primero, y si no se sirvió mucho de ellos para formar su prosa, debióse quizá á que congeniaba poco con ella por ser tan elíptica y sepulcral. En cambio César debió encantarle, pues según se ve en una de sus comedias, años después le admiraba todavía como prosista, á pesar de que le embelesaba como general. También leería entonces las comedias de Plauto y Terencio, las cuales no sólo eran objeto de estudio especial en todas las cátedras de humanidades, sino que comenzaban á circular de ellas traducciones castellanas...

El análisis de los versos juveniles de Cervantes demuestra un estudio asiduo de la mejor prosa castellana de aquel tiempo, pues la dicción más bien deriva de ésta que de la poesía lírica; y como la mejor prosa se cifraba en el *Amadís*, la *Celestina*, el *Cortesano*, de Castiglione, traducido por Boscán, el *Lazarillo*, las *Historias*, de Gómara y las *Dianas*, me parece que en estos cinco libros bebió los primeros elementos de la rica prosa que más adelante debía poseer. Corría de tal modo cada una de aquellas obras entre los hidalgos y letrados, que aunque las de Gómara estaban prohibidas, circulaban mucho, y no puedo convencerme de que Cervantes dejase de leer lo que tanta gente leía. Además, el *Cortesano* era un libro de absoluta necesidad para los jóvenes que deseaban ser elegantes, y como se estudiaba y se seguía con ahinco en todo lo que permitían las servidumbres españolas, cabe suponer que Miguel le conoció á fondo...

De este modo, y sin darse cuenta de ello, iba apoderándose simultáneamente el joven de todos los adelantos que había hecho la lengua en la prosa y el verso; y por el trabajo inconsciente de su propia naturaleza, y por el carácter literario de sus ocupaciones y ensayos, se formaba poco á poco un lenguaje especial, un lenguaje propio, cargado de riquezas de elocución, de colores, de melodías y armonías, que fecundado más adelante por la edad, había de servirle para hacer en verso todos los extremos de sutileza que imaginase, y en prosa todos los prodigios musicales y coloristas que un idioma pueda llegar á ambicionar en el transcurso de los siglos.



AL AMPARO DE LA MADRE, cuadro de Raupp

II

Nos dice él mismo que versificó desde sus más tiernos años, y aunque así puede asegurarse que ya lo hacía antes de estudiar retórica y poética, aquel entretenimiento tomó un carácter más serio durante el curso de esta asignatura, á causa de imponerse á los alumnos ejercicios literarios en prosa y verso, no sólo de castellano, sino también de latín, y con preferencia á los de castellano. Puede imaginarse con qué vocación, con qué ardor, con qué apasionamiento no se practicaría en una tarea que tanto le había excitado, alhagado y entusiasmado siempre; y cómo se penetraría de unos estudios que le abrían las puertas de los secretos literarios, de aquellos secretos que tanto le interesaran. El jovencito se distinguió sobremanera en todo lo que abrazaba aquella asignatura, llenando de orgullo á su maestro, que debía tenerle por un futuro humanista que consolidase y acrecentase la reputación del establecimiento. Solía entonces celebrarse en semejantes colegios, periódicamente, controversias y exámenes públicos, á los cuales sólo concurrían los discípulos más aventajados, siendo jueces todas las personas que querían examinarlos; y es natural que no sólo Cervantes hubiese concurrido á los de gramática, y concurriese á los de retórica, sino también que por el lucimiento con que lo había desempeñado, comenzase á llamar poderosamente la atención de los humanistas de Madrid, aumentando el número de las personas que le estimaban y animaban.

Tenemos también datos irrebatibles para afirmar que á diez y ocho años poco más ó menos, y cuando quizá había terminado, ó estaba terminando los primeros cursos de retórica, aprendió principios de lógica; y quizá al mismo tiempo amplió sus conocimientos en aritmética, comenzando el estudio de las matemáticas, tales como entonces se conocían, ó sea los *Siete libros de Euclides;* pues sin la lógica y las matemáticas no hubiera logrado hablar pertinentemente de muchas cosas que figuran en sus producciones. Cervantes tenía un cerebro de los mejor conformados, uniendo á la imaginación más inventiva, un tacto tan fino, tan positivo, tan material, tan minucioso y preciso de la realidad, que si no era capaz de ser gran matemático, éralo de aprender bien el álgebra y la geometría. Así lo dejó bien indicado muchos años después en el ejército, y luego en la Administración militar y civil de España, de la cual fué uno de los empleados más entendidos y prácticos. Lo mismo cabe decir de sus talentos discursivos, que por notables que fuesen, no alcanzaran, sin el conocimiento de la lógica, aquella claridad de exposición, y aquel poder y rectitud de conclusiones, que tan elocuentemente brillaron después en sus trabajos, descollando ya en sus poesías de adolescente. Si Cervantes fué, como hombre y literato, un modelo de perspicacia y consecuencia, en todo lo que dependía de la inteligencia y voluntad, no se debió, no á su genio tan sólo; debióse también á los estudios filosóficos y científicos que en la adolescencia hizo, los cuales le sirvieron de brújula para dirigirse en el curso de la vida.

En efecto, Cervantes, además de mostrarse posteriormente dialéctico práctico y consumado, tiene la particularidad de que después de serlo á la manera escolástica, como se trasluce en los discursos de la *Galatea*, lo modificó, cultivando en el *Quijote* la dialéctica que podríamos llamar moderna; lo cual indica que primero aprendió las formas que se enseñaban en las escuelas, y supo después cambiarlas, engrandeciéndolas; y si me alegasen que todos esos conocimientos quizá datan de una época posterior á la que historio, replicaré que en lo de la lógica las poesías estudiantiles lo refutan, y en lo de las matemáticas el período de Italia pondrá de manifiesto que debió forzosamente aprenderlas en Madrid; porque ni en Roma, ni en el ejército pudo hacerlo, por falta de tiempo en la primera, y por inoportunidad estando en campaña. Pero no es posible idear del mismo modo cómo aprendió en la corte dichas asignaturas, aunque me cumple decir que no era nada difícil hacerlo.

También me parece muy verosímil que por este mismo tiempo su padre le hiciese iniciar en todos aquellos ejercicios de armas y galantería que componían la educación especial de un caballero y de todo hidalgo; pues siendo Miguel hijo de tan distinguida y antigua familia, le era esto más indispensable aún que todos los conocimientos literarios, filosóficos y científicos. En aquel entonces los hijos de familias nobles, aunque se inclinasen á la carrera eclesiástica, ó á la jurídica, aprendían las artes militares y palaciegas, que la tradición, la costumbre y la moda imponían á la gente de su clase, tanto si eran ricos como si se morían de hambre. El padre de Cervantes, que aunque no se hallase en el primer caso, estaba distante del segundo, mandó, pues, dar á su hijo lecciones de esgrima, de equitación, de baile y música; y aunque no sepamos si éste las aprovechó como las literarias, el papel que más adelante hizo en la batalla de Lepanto demuestra que aprovechó bien las militares; y acerca de las de cortesano, las obras del mismo indican que fué siempre gran amigo del baile y de la música, ya que se muestra enterado de todas las danzas imaginables, y que habla de la música hasta de un modo técnico.

Es cierto que pudo aprender estos últimos conocimientos en Italia; pues nada positivo y directo indica que lo hiciese en Madrid. Pero la costumbre de las familias nobles y la circunstancia de residir aquí la de Miguel, no sólo abonan mi interpretación, sino que la imponen como un hecho necesario. Téngase presente que Cervantes fué uno de los niños más ambiciosos de su edad, uno de los más elegantes por naturaleza, uno de los más distinguidos de la corte, uno de los que llamaban más la atención, y de los que prevalecían entre los mejores de su tiempo; y se comprenderá cuán imposible sea que además de la equitación y esgrima, no aprendiese la música y el baile. Estos ejercicios contribuían á desarrollar su carácter afable, vivo, astuto y caballeresco, pues no tenían entonces, propiamente considerados, otro objeto, ni podían dar mayor resultado. Cervantes los había ya ensayado en sus juegos juveniles con otros niños de su edad; porque entonces se jugaba á caballero andante y á galán, como hoy á soldados y jinetes; y los niños se hacían celadas y corazas de cartón y de papel, esgrimían armas de palo, galopaban en cañas y galanteaban á damas imaginarias. Pero los maestros que Cervantes tuvo en la adolescencia le enseñaron á hacerlo de veras.

Entonces aprendió á ser activo y astuto, agraciado y afable, á tratar con toda suerte de personas, y á cautivarles la afición. La esgrima no sólo fortificaba y desarrollaba sus miembros, sino que también le enseñaba á ser hombre, revelándole todo el partido que en la defensa de su persona, y en el ataque dado á su adversario podía sacar de la unión del valor y del golpe de vista, con la destreza, con la astucia y el espíritu observador.

LUIS CARRERAS

(Continuará)

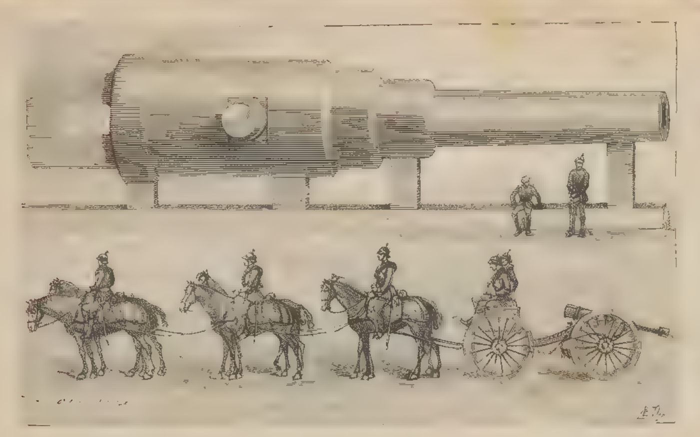


Fig. 1.—Nuevo cañón Krupp, de 143,000 kilogramos y de 16 metros de longitud.—En primer término se ha figurado, á la misma escala, una pieza de campaña alemana, tirada por seis caballos.

LOS NUEVOS CAÑONES KRUPP

En estos momentos no se habla de otra cosa en Alemania que de los cañones de grueso calibre que se funden en los talleres de la célebre fábrica de las orillas del Ruhr. Los alemanes parecen encantados del hecho de esta fabricación maravillosa y desde luego es ocasión de examinar si son legítimos sus aplausos.

Sabíamos de mucho tiempo atrás que el material de artillería, especial para la defensa de las costas alemanas, comprende un cañón de quince centímetros *de plaza;* cañones de veinticinco y veintiocho centímetros de acero, con recámara de asiento cilindro-prismático; un mortero de veintiún centímetros; en fin, cañones de calibre de treinta centímetros y medio y cuarenta centímetros. El cañón de treinta centímetros y medio mide 6,^{m}70 de longitud, y pesa 36,000 kilogramos, incluso el peso del mecanismo de la recámara. En cuanto á los proyectiles que lanza esta boca de fuego, el obús *ordinario* tiene 0^m,84 y pesa cargado 298 k. 200; el obús de *ruptura*, de la misma altura tiene, cargado, 327 k. 300 de peso. La celeridad inicial de éste es de 488 metros con la carga máxima de 72 kilogramos de pólvora.

El cañón de *cuarenta centímetros*, tiene diez metros de largo, ó sea una longitud igual á la altura del muro de escarpa del recinto de París, y pesa 72,000 kilogramos. Sus proyectiles miden 1^m,12 de altura. El obús *ordinario* pesa 640 kilog. inclusa la carga interior; el obús de *ruptura*, en las mismas condiciones, 775 kilog. es decir, más de *tres cuartos de tonelada*. La celeridad inicial de este último proyectil es de 502 metros con la carga máxima de 502 kilog. de pólvora. Sabíamos también que Krupp tiene dos modelos de piezas L/35, es decir, del calibre de treinta y cinco centímetros y de una longitud igual á treinta y cinco veces el calibre, ó sea 12^m,25. El más ligero de estos modelos, que figuró en la Exposición de Amberes, no pesa menos de 120,000 kilog. sin contar el aparato ó cureña. Su mecanismo de recámara de asiento cilindro-prismático, pesa por sí solo 3,750 kilog.; es el peso de un cañón de 15 centímetros de acero.



Fig. 2.—Proyectil de 1,500 kilog. de un cañón Krupp en vías de fabricación.

Sabemos hoy que la fundición de Essen está fabricando un cañón de 143,000 kilog. de peso. Esta pieza marcada «40 *cm. Kanone L/40,*» es por supuesto del calibre de 40 centímetros, pero difiere de su similar ya descrita en que tiene una longitud igual á *cuarenta veces* su calibre, ó sean 16 metros. (Fig. 1ª).

A la pieza «40 L/40» hay destinados dos proyectiles; uno llamado *ligero*, tiene 1^m,12 de altura y 740 kilog. de peso, y puede tomar una celeridad inicial de 735 metros y traspasar á su salida del ánima ya una plancha de hierro colado de 1^m,142 de espesor, ya dos planchas unidas de 0^m,55 y 0^m,838. El obús llamado *pesado* tiene la altura de 1^m,60 y pesa 1,050 kilog. ó sea más de una tonelada, más que una pieza de sitio de 12 centímetros. La carga que se emplea para el tiro es de 485 kilog. de pólvora de la fábrica de Dunwald; 485 kilog., cerca de media tonelada, más que el peso de una pieza de campaña sin cureña. Con esta enorme carga el obús pesado es capaz de una celeridad inicial de 640 metros, y puede traspasar á su salida del ánima, ya una plancha de hierro colado de 1^m,207, ya un sistema de dos planchas unidas de 0^m,60 y 0^m,88 de espesor.

La *Gaceta de Colonia*, de que tomamos la mayor parte de los datos que acabamos de exponer, añade que la pieza «L/40» es el cañón mayor del mundo *(das grosste Geschuss der Welt)*, pero que no gozará mucho tiempo el privilegio de esta preeminencia. En efecto, parece que Krupp se prepara á fabricar un cañón del calibre de *cuarenta y cinco* centímetros y de 150,000 kilog. de peso. El proyectil de este cañón monstruo medirá un metro y ochenta centímetros de altura, ó sea la estatura de un buen mozo *(Lange eines ausgewachseren Mannes)*, y pesará nada menos que tonelada y media ó 1,500 kilogramos. Un hombre de mediana talla (fig. 2) será pues menor que este proyectil.

También la industria francesa está en aptitud de producir bocas de fuego del calibre que se quiera. Con respecto á esto, no hay límites, por decirlo así, y esta misma consideración ha inspirado á Julio Verne uno de sus más bellos *Viajes extraordinarios*. Por otra parte, no teniendo en cuenta más que las condiciones terrestres del problema, puede uno convencerse que las grandes fundiciones de Francia están más poderosamente armadas que la fábrica de Essen, y por consiguiente en mejor aptitud de fundir gruesas piezas de acero. Dícese que Krupp está muy orgulloso de sus dos martillos-pilones á los cuales ha dado los nombres de varón *Max* y *Fritz;* pero en suma, estos aparatos no tienen más que cincuenta toneladas y tres metros de caída. Pues el *Creusot* y *Saint-Chamond*, poseen cada uno un martillo-pilón movido á vapor de cien toneladas, de cinco metros de caída, y servido por cuatro hornos y cuatro gruas. Estas dos colosales máquinas son las únicas que existen en la superficie del globo.

Pero, ¿á qué fabricar piezas monstruos análogas á las que Krupp acaba de producir ó cuya inmediata producción medita? Las bocas de fuego de tal calibre sólo sirven para casos especiales: en batería, en la costa ó á bordo de una embarcación.

Esto sentado, conviene hacer observar que el precio de una pieza como el «40 *centímetros kanone* L/40» debe importar lo menos millón y medio ó dos millones de francos. Ahora bien, mediante el crédito de semejante suma se pueden tener diez ó quince baterías completas, es decir, comprendiendo todos los accesorios necesarios, además de setenta, ochenta ó noventa bocas de fuego.

Francamente, entre las dos adquisiciones no es posible la vacilación.

G. C.

(Del periódico: *La Nature*)

LA SOCIEDAD DE LOS GIGANTES EN LOS ESTADOS UNIDOS

Al otro lado del Atlántico hay una sociedad singular, conocida con la denominación de: *Sociedad de los Titanes*. Nadie puede formar parte de ella, si no alcanza cuando menos la talla de 6 pies y 2 pulgadas.

La *Sociedad de los Titanes* se ha reunido últimamente en el hotel de Brunswich, en Nueva York, con objeto de celebrar la ceremonia anual de honrar á su madre Tierra el primer día de invierno. Tomamos de un periódico americano la reseña de esta curiosa sesión:

«En el vasto *hall* que sirve de comedor habría creído uno hallarse en presencia de los gigantes americanos de profesión, que se reunían en congreso para reconocer ó negar méritos á los pretendientes á la grandeza física; pero mirando más de cerca, descubríamos muchas caras conocidas entre los modernos Titanes.

Presidía el antiguo senador Alfredo Wagstaff, cuya estatura es de 6 pies y 4 pulgadas y media. Entre los demás miembros presentes, se hallaban generales, comerciantes y abogados, de estatura igual ó superior á la del citado presidente.

John Leaton, bien conocido en Nueva York, estaba á la puerta del Ganimedes de los Titanes. Era el más alto de todos con sus 6 pies y 6 pulgadas y media.»

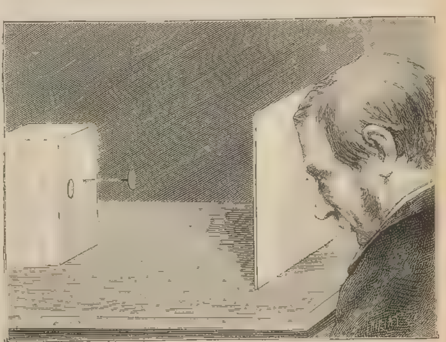
El meeting, por lo demás, no ofrecía nada de particular aunque en la lengua sabia y pesada de los latinos, empleada por el presidente, había de haber siete ejercicios distintos, á saber: invocación, instalación, recitación, cantación, libación, masticación y fumigación.

Alfredo Wagstaff fué reelegido presidente para este año; Ingersoll Lockwood, secretario; James J. Farley, tesorero, y J. T. Smith, sumo sacerdote. Los cantos y discursos se prolongaron hasta media noche.

FÍSICA SIN APARATOS

CURIOSA ILUSIÓN DE ÓPTICA

Tomad una caja rectangular de madera de pino, en una de cuyas superficies hincaréis un clavo ó un espigón metálico de 0^m,08 poco más ó menos de longitud. Fijaréis al extremo de este espigón ó clavo, con cera ó resina, una moneda de diez céntimos, pegada de llano. Al lado de esta moneda, pegada, como hemos dicho, al extremo del clavo, pegaréis directamente en la caja otra moneda de cinco céntimos, cuya superficie es, como sabemos, mucho más pequeña.



Manera de hacer que parezcan de superficies iguales una moneda de diez céntimos y otra de cinco.

Ahora bien, si miráis estas dos monedas á través de un orificio circular de 0^m,001 de diámetro, practicado en una pantalla de cartón, seréis incapaces de distinguir la moneda de cinco céntimos de la de diez, pues ambas á dos os parecerán del mismo diámetro.

Ocioso es decir que las dos monedas deben pegarse por el reverso ó cruz á fin de que sólo sea visible la cara ó fase en que no está la indicación del valor.

La distancia á que deben estar las monedas relativamente al ojo del observador, varía según la cualidad de la vista. Bueno es para el éxito del experimento poner el ojo en el orificio de la pantalla fijamente mantenida y alejar ó acercar con la mano la caja de madera en que están pegadas las monedas. Hay un punto (que varía entre 0^m,15 á 0^m,25 de distancia) en que percibe el observador las dos monedas del mismo tamaño, disminuyendo entonces gradualmente la distancia, la moneda de 5 céntimos llega hasta á parecer mayor que la de diez céntimos.

¿En que consiste este fenómeno?

Consiste en que puesto el ojo del observador en las condiciones indicadas, no aprecia ya las distancias que lo separan de los dos objetos.

Por un fenómeno análogo, considerada la luna en el investigador de un anteojo astronómico, parece más pequeña que á la simple vista, mientras que en realidad, está ampliada por el instrumento.—G. T.

Imp. de Montaner y Simon

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 13 DE JUNIO DE 1887 — NUM. 285

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DIBUJO Á LA PLUMA, de Fabrés

SUMARIO

Texto. —*Nuestros grabados.*—*Nuestro arte moderno* (continuación), por don Pedro de Madrazo.—*La primera educación de Cervantes* (continuación), por don Luis Carreras. – *El magosto* (conclusión), por don Manuel Amor Meilán.—*El mapa del cielo*, por G. T.—*Noticias varias.*

Grabados. – *Dibujo á la pluma*, de Fabrés.—*El cuento de la Caperucita*, cuadro de Julio Klever.—*Entrada del general Prim en Barcelona* (1860), boceto de J. L. Pellicer.—*Entierro de Cristo*, cuadro de Joaquín Sorolla.—*Estatua de Lulli.* – *El condenado*, cuadro de W. Makowsky.—*El mapa del cielo* (véase la pág. 200). —*Suplemento artístico: Retrato de una dama anciana*, de Rembrandt.

NUESTROS GRABADOS

DIBUJO Á LA PLUMA, de Fabrés

Este trabajo está ejecutado con la seguridad y valentía que caracterizan las obras de su autor. Artista por excelencia, Fabrés obtiene resultados positivos, cualquiera que sea el medio que para ello emplee.

EL CUENTO DE LA CAPERUCITA, cuadro de Julio Klever

¿Quién no conoce el cuento de la Caperucita á quien el lobo sorprendió en el bosque y devoró más tarde, fingiéndose la abuelita de la ignorante y confiada niña? Pues en este instructivo apólogo está inspirado el bello cuadro de Klever, que publicamos en el presente número.

ENTRADA DEL GENERAL PRIM EN BARCELONA (1860). Boceto de J. L. Pellicer

Había terminado la guerra de Africa, en la cual el general O'Donnell ganó el título de hábil caudillo y el general Prim adquirió las proporciones de un héroe legendario. A la vuelta de esa gloriosa expedición, última página de las epopeyas militares de España, Prim visitó Barcelona, donde fué recibido como la patria agradecida sabe recibir á los hijos que la han honrado. Había, además, otro motivo para que se produjera ese entusiasmo, de que no ha vuelto á haber otro ejemplo desde aquellos memorables días. El general Prim se hallaba completamente identificado con Cataluña; era su tipo, su encarnación y su alma: en el órden político, económico y administrativo, el interés de la patria catalana encontró siempre eco y protección en el hombre de estado.

Barcelona debía al general Prim un recuerdo de su gratitud y, aunque con dudosa esplendidez, se lo ha pagado recientemente. Un modesto pedestal y una recomendable estatua dirán á las generaciones venideras que los catalanes de nuestros tiempos no son del todo ingratos. Con motivo de la inauguración del monumento dedicado al ilustre marqués de los Castillejos, el Ayuntamiento de Barcelona llamó á concurso entre literatos y pintores: el tema para estos últimos era la entrada en esta ciudad del vencedor de Africa. El premio ha sido adjudicado á nuestro director artístico, por el boceto que reproducimos en el presente número y que da perfecta idea del acontecimiento.

¿Quedará *en boceto* la bellísima obra del Sr. Pellicer? Sensible fuera por muchos conceptos, y el principal de ellos porque de esta suerte parecería como que nuestra gratitud no pasaba de ser *un boceto* también. Ni Barcelona puede regatear al general Prim cuanto tienda á perpetuar su gloria, ni ha de desperdiciar la ocasión de recordar á las generaciones futuras que, en medio de nuestras luchas intestinas, hubo un catalán que fundió á todos sus compatriotas en un mismo sentimiento de admiración y de entusiasmo. El ejemplo es el más eficaz de los estímulos: sin las estatuas erigidas á César, quizás no hubiera surgido Napoleón el grande.

ESTATUA DE LULLI

Juan Bautista Lulli, célebre compositor de música, nació en Florencia en 1633. A los trece años se fué á París, y á los diez y ocho era nombrado superintendente de la música del rey de Francia. En 1672 se le otorgó el privilegio de establecer una Academia real de música; y en quince años de trabajo compuso diez y siete grandes óperas, con más infinitos acompañamientos de baile y piezas de salón. A Lulli se debió, también, la música que amenizaba los bailables é intermedios de las comedias de Moliere, y en el arte aplicado al culto religioso no fué menos profundo y feliz que en sus composiciones profanas.

La estatua de Lulli que publicamos en el presente número le representa cuando, en sus primeros años, ejercitaba en el violín sus precoces disposiciones. Es una obra bien entendida, elegante, rebosando tanto estudio como ejecución.

EL CONDENADO, cuadro de W. Makowsky

En el palacio de justicia de Moskou tiene lugar el desenlace de una tragedia de argumento muy comun y siempre interesante. Un joven labrador del gobierno de Twer, en un arrebato celoso, ha dado muerte á su rival. Ante los jueces ha confesado su delito, se ha arrepentido de él, ha explicado las causas bajo cuya impresión fué cometido. Pero los magistrados rusos no entienden de Otelos, y si hubieran condenado impasibles al Moro de Venecia ¿cómo han de absolver al rudo campesino que ha trastornado el orden social? Gracias que un resto de compasión haya privado á la horca de su casi segura víctima; el homicida ha sido condenado á la pena de trabajos perpetuos.

A la salida de la vista, le aguardan al paso sus ancianos padres: la escena es altamente conmovedora y se halla reproducida con una verdad que honra al artista. El hijo condenado apenas se atreve á mirar á sus padres; el padre únicamente tiene ojos para llorar: la verguenza le impide contemplar á su hijo. Tan sólo la anciana madre se permite desahogar sus sentimientos, ella sola compadece ostensiblemente al condenado; ella sola apela, ante su ternura, del fallo irrevocable del tribunal. Makowsky ha hecho la apología de la maternidad, los mismos guardianes del reo se enternecen ante la sencilla explosión de aquel sublime afecto, igual en todas las edades, en todos los tiempos, en todas las condiciones.

El cuadro de Makowsky es un modelo de expresión: ante ese lienzo se detendrán, conmovidos, cuantos comprendan que la más noble misión del artista es la interpretación de los más puros sentimientos humanos, la maternidad y la honra de la familia.

SUPLEMENTO ARTISTICO

RETRATO DE UNA DAMA ANCIANA, cuadro de Rembrandt

Las obras de los grandes maestros podrían dejar de firmarse por sus autores, y el más profano público las avaloraría en todo cuanto valen. A la vista de ese retrato, siquiera no nos hallemos en presencia del original, se adivina al célebre profesor de la escuela holandesa, con la magia de sus colores, el vigor de su pincel, la frescura y la vida de sus carnes, comparables solamente con las de las eminencias de la escuela veneciana.

Sus grabados al agua fuerte son muy estimados de los inteligentes: pero á buen seguro que ni aun grabando sus propias obras pictóricas, hubiera superado el trabajo de Bande, que nuestros favorecedores tienen á la vista.

NUESTRO ARTE MODERNO

TEMORES Y ESPERANZAS

(Con motivo de la Exposición de Bellas Artes del año 1887)

(Continuación)

Otro de los colosales lienzos traídos al palacio de las artes, que más llaman la atención, es *El entierro de Cristo*, de D. Joaquín Sorolla (véase el grabado); cuadro que me sugiere reflexiones análogas á las que dejo consignadas á propósito de *la visión del Coloseo* del señor Benlliure (D. José). La obra del señor Sorolla es otro *gigantesco boceto.*

Veamos su composición. – Convienen los cuatro evangelistas en que el cuerpo de Jesús, después de muerto, fué entregado por Pilato á José de Arimathea, que le reclamó: el cual, habiéndole desclavado y bajado de la cruz, lo amortajó y lo enterró en un sepulcro nuevo abierto en la peña viva. San Mateo agrega á esto, que el hecho acaeció al anochecer,—*cùm sero factum esset*— y añade por su parte San Juan que en la operación de amortajar á Jesús ayudó á José de Arimathea otro discípulo llamado Nicodemo. El pintor ha reunido, siguiendo la piadosa costumbre, todos estos datos, y ha representado el momento en que el divino cadáver es llevado al sepulcro por los dos discípulos José y Nicodemo, y otro hombre oportunamente introducido en la escena para ayudarles en su piadosa tarea. Se ha tomado la racional licencia, conforme también en esto con la generalidad de los pintores, de prescindir de uno de los pormenores del relato de San Juan, á tenor del cual hubiera debido figurar el cadáver del Salvador todo envuelto en ligaduras, con especias aromáticas, á la manera judaica, tomada quizá de los egipcios y otros pueblos de Oriente; y lo ha representado meramente cubierto con una sábana, que, por lo adherida que está á la forma del cuerpo, puede muy bien suponerse humedecida con la confección de mirra y áloes que llevó Nicodemo para ungir el sagrado cadáver. Ha obrado en esto muy cuerdamente el joven pintor, resistiendo la moderna tendencia de representar los asuntos bíblicos como meros monumentos arqueológicos, porque la envoltura de que nos habla el evangelista hubiera resultado, aunque muy propia, muy inestética, y muy poco conforme con la tradición, la cual merece siempre gran respeto en la iconística cristiana y en la pintura sagrada en general.

Completan el tétrico cuadro la figura de la Magdalena, arrodillada en la escabrosa senda que recorren los tres hombres cargados con el dulce peso del amado Maestro difunto; el grupo que á distancia se destaca de la Virgen y San Juan, grupo felicísimo en que la mera silueta de la atribulada Madre y del discípulo querido (suprimidas las piernas de éste, que parecen dos estacas), revela desde luego á toda alma capaz de sentir el golfo de amargura y de dolor sobrehumano en que ambos están sumergidos; y por último un paisaje desolado, donde, á excepción de un cristalino arroyuelo, todo lo invade un fatídico crepúsculo, y donde parece haber puesto su trono la muerte, y un cielo cerrado con nubes en que sólo una larga estría de pálida claridad, es tímido anuncio de vida. La concepción del artista aparece llena de sentimiento: digámoslo resueltamente, de santa y elevada poesía. Conducen el cuerpo de Jesús tendido en la escalera misma que ha servido para bajarle de la cruz, y embargan el ánimo la piedad y el respeto al ver pasar ese bulto blanco en que se presienten la divinidad y la omnipotencia del que, rendido por su propia voluntad al imperio de la muerte, sólo tres días dormirá en el sepulcro. La misma madre y el amado discípulo participan de este santo terror y están como clavados al duro suelo.

Pero la natural curiosidad, la misma simpatía que inspiran los personajes de este silencioso y melancólico drama, llevan al espectador á querer examinarlo de cerca; y al aproximarse al lienzo ¿qué ve? A excepción de la figura del Redentor difunto, en que hay verdadera belleza, formas nobles, un colorido lleno de distinción que trae involuntariamente á la memoria á Tiépolo y á Van-Dyck, las demás están sin hacer. José de Arimathea, Nicodemo y el otro hombre, son meros esbozos: tan poco estudiada está la figura del que sostiene la escala por la cabecera, que no hace al llevarla el menor esfuerzo. La figura de la Magdalena se adivina más que se ve: el pie que descubre no tiene forma humana, ni su mano derecha es mano. Y lo propio acontece con las dos figuras de María y San Juan, cuya silueta era tan encantadora mirado este grupo de lejos, destacándose por oscuro entre el cielo gris mortecino.

No se me diga que el gran Velázquez en sus lienzos de *las Hilanderas* y de *las Meninas* no acabó más ninguna de sus figuras. ¡Ah! qué diferencia entre el estilo último de Velázquez, que Palomino llamó *manera abreviada*, y la manera que hoy por desgracia prevalece entre tantos jóvenes pintores, que se imaginan que han de conseguir los efectos del primer pintor naturalista del mundo intentando comenzar por donde él acabó! El modo de pintar, llamado hoy *factura* en la nueva jerigonza técnica, en que hay para uso de los pintores *gamas, notas, construccion*, tonos *finos* y tonos *justos*, y qué sé yo cuántas palabras más de mala traducción del *argot* artístico francés, el modo de pintar, repito, de Velázquez en su última época, es un sistema compendioso, producto de una portentosa ciencia de la forma adquirida con su larga práctica, en que no hay un solo trozo fuera de su lugar, una sola pincelada dada á capricho, y en que éstas pinceladas, trazos, toques ó lo que se quiera, que de cerca parecen chafarrinones, son por decirlo así la preciosa y bien calculada urdimbre de los objetos representados, de tal manera, que completando el ambiente interpuesto entre el espectador y el cuadro todo lo que en este falta, la ilusión á cierta distancia resulta tan perfecta, que parecen esmeradamente concluídas todas las partes del cuadro, los personajes, sus cabezas, sus manos, los trajes, los adornos, los accesorios todos. Estúdiense bien los citados lienzos producidos por aquella mágica paleta, y se verá cómo de uno de aquellos chafarrinones saca Velázquez un dedo con sus articulaciones, su piel estirada ó rugosa, juvenil ó decrépita, con su claro-oscuro, su uña, su perfecto encaje; cómo con unas cuantas pinceladas de aquellas sobre una superficie manchada con una tinta cualquiera al parecer, cubre el aristocrático cuerpecillo de una infantita ó de una menina con un vistoso traje de joyante seda de Florencia ó le pone en las mangas y cuello riquísimos encajes de Bruselas recién salidos de perfumado escriño ó de la bandeja de la labrandera.—Todo lo contrario en los cuadros de los señores *impresionistas* de estos tiempos: en ellos no llega nunca á producirse la estructura humana, ni de cerca ni de lejos los borrones son siempre borrones, los tiznones no forman nunca objetos determinados; sólo la mancha general revela si el autor es colorista, como las siluetas de los grupos y de las figuras descubren si ha habido intención de representar personas y si hay numen poético en la composición. Semejantes cuadros, lo repito, son meros bocetos que sólo debieron ejecutarse en pequeña escala. Y doy punto en esta materia porque me llevaría demasiado lejos: limítome para concluir á afirmar que no hay artista de seso y reputado tal en Europa que crea que hubiera podido Velázquez pintar cuadros como el de *las Meninas* sin haber pintado de joven *la Adoración de los reyes* de la Galería nacional de Londres, y en su edad madura la *Rendición de Breda.*

En el cuadro del Sr. Sorolla el pintor está muy por debajo del poeta: se lo manifiesto con ruda franqueza porque su ingenuidad me le hace simpático y su ansia de progresar me cautiva. Su *Entierro de Cristo* me haría estremecer por su porvenir si el niño desnudo tan encantador que tiene expuesto en otro salón y que parece como arrancado de una pintura mural de los mejores tiempos del arte helénico, no me garantizase de que podrá cuando quiera hacer verdaderos cuadros, concluídos y de delicada entonación, dentro de la atmósfera poética que le priva.

El Sr. Villodas ha comprendido que la pintura es nada sin el dibujo, y su bello cuadro de la *Naumaquia romana* celebrada en tiempo de Augusto, es una prueba de lo mucho que hay que esperar de él en tan buen camino. Este es quizá el único lienzo cuyo gran tamaño está justificado por la magnitud del asunto.

Treinta naves trirremes y cuadrirremes, y multitud de pequeñas embarcaciones, simulando un encuentro naval entre griegos y persas, trabaron formal y sangriento combate en las aguas que llevó César desde el Tíber al Campo Marcio para el primer espectáculo de este género que presenció Roma. El argumento está bien desempeñado: á la derecha del espectador hay una nave vencedora que aporta á la orilla entre las aclamaciones del pueblo, y detrás otras de las que se retiran del combate con buena suerte; á la izquierda; gente que presencia desde la escalinata de un muelle la refriega trabada en el último término, entre la cual descuella un grupo de hermosas romanas, una de ellas llena de juventud y alegría, con una corona de flores en las manos y como brindando con ella á lejana persona; donde descubre el más lerdo un premio reservado al joven combatiente y triunfador á quien entregó su corazón. En la refriega del último término hay confusa muchedumbre y gran movimiento: arde allí el coraje de los miles de infelices, criminales ó prisioneros de guerra, á quienes obliga el César á luchar con furor y encarnizamiento para divertir á Roma: parece como que se percibe la lejana gritería de la plebe que se apiña para gozar de los lances de la varia fortuna, el choque de las galeras en los abordajes, los estallidos de los remos que se rompen, el golpear de las máquinas navales, el sordo ruido del agua que recibe los cuerpos hundidos en ella á centenares; y en toda la extensión del improvisado golfo se ve rielar la superficie, ya reflejando la clara luz del día, ya tiñéndose de líquido cinabro al deslizarse sobre ella las naves incendiadas.

Esta interesante escena, en que sólo se echa de menos algún mayor calor y movimiento en la parte de la derecha donde están las galeras ya extrañas á la refriega, ha sido traducida por el Sr. Villodas con notable inteligencia y propiedad: y en su ejecución ha apurado el concienzudo artista todo su saber como dibujante, y todos los recursos de su paleta como colorista. Tal vez se desearía alguna mayor entonación en el grupo de la izquierda del espectador, que resulta de escaso relieve y como iluminado por una falsa luz entre rosada y verdosa.

Llama la atención del público, inteligente y profano,

entre las obras de desusado tamaño, la *Bendición del campo en el año 1800*; y no sin razón, porque es un cuadro de agradable asunto, bien pensado, y ejecutado con verdad de color y con una tonalidad brillante.

Pero en este lienzo el argumento no reclamaba un tamaño tan exagerado. Seis metros de longitud para llenar el espacio con una fila de personas arrodilladas, todos con devoción menos los monaguillos, según costumbre, presenciando cómo un cura anciano, revestido, con el hisopo en la mano y puestas sus gafas, bendice el campo y hace las aspersiones de ritual, teniendo á la espalda al diácono y al subdiácono, un altar portátil y un grupo de paisanos, es lujo de tela y de colores. Los descuidos del dibujante, que se advierten examinando la obra con detenimiento, — testigo la oreja del señor párroco que se le ha corrido hacia el cuello, no sé por qué ley, — están ampliamente compensados por el colorista; pero el señor Viniegra debe aspirar á reunir ambas cualidades.

El cuadro del señor Mattossi, *Postrimerías de don Fernando III el santo*, mide 7 metros y medio de longitud, y verdaderamente el asunto que representa, en que no figuran como personajes principales más que el rey moribundo y el arzobispo D. Raimundo que le da la comunión en presencia de los prelados y magnates del Estado, bien pudo haberse desarrollado en una tela de tres metros. No mide tanto el célebre cuadro de Ingres de *San Sinforiano conducido al martirio*, que es de grande y complicada composición. Pero según la escuela clásica, hoy proscrita, los asuntos se representaban con oportunas agrupaciones, en que por los medios que el arte de la composición sugiere, en poco espacio se introducía mucha gente; y ahora, como se han dado al desprecio las antiguas escuelas con sus rancios principios, ya no se sabe agrupar. Esto aparte, la obra del señor Mattossi, aunque bien dibujada, tiene, no sólo en la composición, sino también en su colorido, algo de teatral, en el sentido de que los personajes no se presentan con aquella naturalidad que resalta en las figuras de los grandes maestros del arte, ni ofrecen sus trajes aquel deslustre que lleva consigo el uso de las ropas, y de que huyen los comediantes. No porque el señor Mattossi tenga graves pecados en esta materia, sino porque la observación se ofrece ahora oportunamente, creo que ya que se busca el efecto de la verdad, el pintor que en el natural no acierta á sentirlo con la intensidad que hoy se requiere, debería empaparse bien la retina en la contemplación de los cuadros venecianos y flamencos, y en los del Greco, Velázquez, Fr. Juan Rigi, Claudio Coello y demás eximios coloristas de las escuelas de Madrid y de Sevilla, en los cuales nunca se encuentra, ni en las carnes ni en los ropajes, ese charolado que tanta dureza y tan *flamante* aspecto da á las figuras de casi todos los cuadros modernos.

Los famosos coloristas han tratado siempre los objetos según su peculiar naturaleza, la carne como carne, las ropas como ropas, la tierra, la vegetación, el agua, los celajes, todo según su especial manera de *aparecer* y sin uniformar con un mismo manejo de pincel la que pudiéramos llamar corteza de la variedad infinita de objetos del mundo exterior. De esa malhadada uniformidad, impremeditadamente sustituída á la variedad inmensa que la técnica del arte requiere, proviene la dureza, la monotonía, el artificio tan difícil de vencer en la ardua y escabrosa carrera del pintor.

En este escollo ha caído más visiblemente que el señor Mattossi el autor del *Episodio de una matanza de judíos en la Edad-media*: lienzo que, con estar perfectamente concebido y compuesto, lleno de fuego y de movimiento, y muy dibujado además, no produce la terrible impresión que debiera por no poderse uno convencer de que bajo una capa de esmalte pueda haber vida humana, y de que sean hombres reales ese feroz enmascarado que clava en el muro de la ciudad cabezas de infelices hebreos y ese brutal verdugo que las siega con su hacha.

Hasta aquí de los cuadros de mayor tamaño que ofrece la actual Exposición. Además de los que llevo reseñados, hay otros en esta primera categoría de lo exageradamente grande dignísimos de especial mención por sus cualidades; pero no siéndome posible describirlos todos, ruego se me consienta tener mis preferencias en una materia que no es caso de justicia.

Pedro de Madrazo

(Continuará)



EL CUENTO DE LA CAPERUCITA, cuadro de Julio Klever

LA PRIMERA EDUCACIÓN DE CERVANTES

(Continuación)

Parecidos resultados le daba la equitación; y en cuanto al baile y á la música, acabaron estos de urbanizarle y refinarle, para entrar con lucimiento en los salones de Madrid, y figurar entre los jóvenes distinguidos, haciendo la corte á los magnates y á las señoras, como un dechado de cortesía. Lo mucho que brilló luego en la alta sociedad italiana lo demuestra por sí solo...

Unos 19 años también debía tener cuando, por estar vacante la plaza de profesor-director del *Estudio*, hubo las oposiciones de provisión; las cuales se verificaron el 29 de enero de 1568 en las mismas Casas Consistoriales, entre el famoso humanista López de Hoyos y otro humanista, llamado Hernando de Arce, habiendo quizá impedido la nombradía del primero que concurriesen más pretendientes. Componíase el tribunal de humanistas de competencia é imparcialidad, y todo el Madrid letrado de aquel tiempo asistió á los ejercicios de los contendientes, que debieron de ser brillantísimos. No se olvidó Cervantes de buscar un rinconcito donde presenciar una batalla literaria que, además de interesarle por sus naturales aficiones poéticas, le daba cierto cuidado por lo relacionada que estaba con sus intereses de estudiante.

Nuestro jovencito, aunque respetuoso y atento con las opiniones y las personas de la gente reputada, principiaba á hallarse en estado de juzgar por sí mismo, pues durante aquellos años su espíritu se había desarrollado y fortificado mucho, adquiriendo el discernimiento que la experiencia y reflexión podían darle á una edad en que la imaginación aun prevalece demasiado.

Miguel sabía que Hoyos era una eminencia; á buen seguro que más de una vez tuvo que sostener sus acometidas en las controversias y exámenes públicos; no sería extraño que fuese discípulo suyo en alguna de las asignaturas que estudiaba fuera del colegio municipal; pues López de Hoyos no perteneció nunca al profesorado de Alcalá, como se ha dicho, sino que quizá tenía una academia de enseñanza en Madrid mismo, de donde era vecino y propietario. Por consiguiente es muy verosímil que Miguel desease vivamente el triunfo de tan distinguido humanista, considerando que había de ganar muchísimo, si lograba terminar sus cursos literarios bajo la dirección de persona tan competente. En tal caso quedaron sus deseos cumplidos, porque la victoria del maestro Hoyos fué tan brillante que el tribunal le concedió el mismo día la palma por unanimidad...

Puede pues imaginarse qué cuidado no pondría el nuevo catedrático en refinar y acrecentar los talentos de un alumno tan despejado como Cervantes. La confianza que luego tuvo en él, tomándole por auxiliar suyo; la satisfacción con que públicamente y en letras de molde habló de él ante todo Madrid, y el énfasis de llamarle una y otra vez *querido discípulo suyo*, bastan y sobran para demostrar cuán positivos, profundos y completos eran los conocimientos clásicos que el joven había adquirido, y siguió adquiriendo dentro y fuera de aquel instituto. Jamás López de Hoyos, ni ningún humanista mediano de aquellos tiempos, se hubieran dignado, ¿qué dignado? atrevido á envanecerse de un discípulo que no fuese eminente latinista y humanista, y que además no tuviese esta fama entre las personas que podían juzgarle; pues la época solía medir el talento de un estudiante de letras, por el conocimiento que tuviese de los clásicos de Roma: quien diga lo contrario no conoce aquellos tiempos.

...No solo todos los estudios que hasta ahora he atribuído á Cervantes son indudables, sino que también lo es que aprendió la lengua griega, á pesar de que ignoramos, si como en otros *Estudios* de la misma categoría, también se enseñaba en el de Madrid, ó si Hoyos la introdujo, que bien pudiera ser. Lo positivo es que Cervantes llegó á saberla bien, ya la aprendiese en ese colegio, ya en otra parte de Madrid. En varias obras suyas demuestra conocer bien á varios clásicos de Grecia, como Homero, Platón, Demóstenes y algunos trágicos; y en su comedia la *Gran Sultana*, aludiendo claramente á sí mismo, dice que sabía el portugués, el valenciano y el bergamés, y que *hablaba el griego antiguo;* confirmando esto último en el *Coloquio de los Perros*, donde satiriza así á los falsos helenistas de su tiempo: «También hay quien presuma saber la lengua griega sin saberla, como la latina ignorándola; y quisiera yo que á todos estos los pusiesen en una prensa, y á fuerza de vueltas, les sacaran el jugo de lo que saben, porque no fuesen engañando al mundo con el oropel de sus *grecismos*.» Los impresores pusieron *gregüescos*, pero es evidente que se trata de grecismos; tanto por esto, como por todo el período se ve que quien hablaba de aquel modo había forzosamente de conocer la lengua griega...

Tenemos también datos irrebatibles para decir que terminados sus estudios de lógica, cursó principios de filosofía y de teología moral y dogmática, aprendiéndolos tan lucidamente como las anteriores materias; y por grande que sea el asombro de los cervantistas ante semejantes afirmaciones, mayor ha sido el mío de ver que no hubiesen descubierto una cosa tan clara En efecto

CERTÁMEN ARTÍSTICO LITERARIO EN HONOR DEL GENERAL PRIM



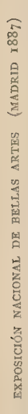
ENTRADA DEL GENERAL PRIM EN BARCELONA.–1860.–Boceto premiado (de J. L. Pellicer)





RETRATO DE UNA SEÑORA ANCIANA, copia de un cuadro de Rembrandt, existente en el Museo Nacional de Londres, grabado por Ch. Baude

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES (MADRID 1887)



EL ENTIERRO DE CRISTO, cuadro de Joaquín Sorolla, grabado por Sadurní (Véase el artículo [illegible])

los versos que Cervantes hizo á 21 años dan toda la luz necesaria en dicho punto, revelando las piezas un conocimiento tan familiar de dichas materias, de la lógica, de la filosofía y teología entonces enseñadas, que no hay mala fe ni tontería que puedan negarlo. Quisiera yo que me dijesen los críticos más competentes y atildados si le sería posible á nadie que no conociese aquellas materias escribir muchos tercetos de la *Elegía al cardenal Espinosa*, y ni siquiera los versos de menos importancia que colocó en el túmulo de la Reina. Quisiera que se me señalase en cualquier otro período de nuestra historia el fenómeno de un adolescente que, ignorando la lógica, la filosofía y la teología moral cristianas, hablaba de este modo:

Mirad quién es el mundo y su pujanza
Y cómo de la más alegre vida
La Muerte lleva siempre la victoria.
También mirad la bienaventuranza
Que goza nuestra reina esclarecida
En el eterno reino de la gloria.
. . . .
¡Cuán amarga es tu memoria,
Oh dura y terrible faz!
Pero en aquesta vitoria
Si llevaste nuestra paz,
Fué para dalla más gloria.
Y aunque el dolor nos desuela,
Una cosa nos consuela,
Ver que al reino soberano
Ha dado un vuelo temprano
Nuestra muy cara Isabela.
Un alma tan limpia y bella,
Tan enemiga de engaños,
¿Qué pudo merecer ella,
Para que en tan tiernos años,
Dejase el mundo de vella?
Dirás, muerte, en quien se encierra
La causa de nuestra guerra,
Para nuestro desconsuelo,
Que cosas que son del cielo,
No las merece la tierra.

...También por el mismo tiempo debió completar los estudios de matemáticas, ampliando sus conocimientos geográficos y de historia natural con el estudio de la *cosmografía:* palabra que designaba lo más alto de la geografía terrestre: la astronomía, la astrología, principios de arte de navegar, zoografía y una mezcla de botánica, agricultura y mineralogía. No sería extraño tampoco que entonces leyese el célebre libro de Fernández Enciso, *Suma de Geografía*, que publicada en 1519, eclipsó en seguida los mejores y más completos tratados que se conocían. No podía leerse aquella obra sin conocerse las matemáticas, por cuyo motivo creo que si Cervantes llegó á leerla antes de ir á Italia, no debió ser sino en este período de su adolescencia. Quizá como complemento de las lecciones que le daban tuvo que contentarse entonces con alguna de las anteriores, por ejemplo, el *Tratado de cosmografía* de Nebrija, que también disfrutaba de mucho crédito. Pero me cuesta algo creer que un jovencito tan curioso y sediento de conocimientos, no viese en Madrid una obra de la cual poseían ejemplares muchas personas particulares, y no pocos conventos, cuyas bibliotecas estaban abiertas al público...

Quizá nuestro Miguel aprendió esta ciencia bajo los auspicios del mismo que le enseñó las matemáticas, pues téngase entendido que llegó á saber y hasta á practicar todo lo que se expone en los dos libros citados, como lo demuestran varias obras suyas, la *Galatea*, la *Española inglesa*, el *Quijote*, la *Entretenida* y sobre todo el *Persiles*, muchos de cuyos capítulos le fuera imposible escribir sin estar familiarizado con aquellos conocimientos; y aunque es innegable que los consolidó durante sus campañas de Italia y Portugal, fuérale imposible, como también adquirirlos, á no sacar de Madrid las matemáticas y los primeros elementos de la cosmografía...

Si poseyésemos más versos de la adolescencia de Cervantes, nuestro trabajo sería ahora mismo más completo. Sin embargo, antes de 1584 compuso *para la Austriada* de Juan Rufo un soneto, donde se hallan conceptos inspirados en el cálculo aritmético y matemático de la época. Dice así:

¡Oh, venturosa, levantada pluma,
Que en la empresa más alta te ocupaste
Que el mundo pudo dar, y al fin mostraste
Al recibo y al gasto igual la suma!

Jamás se ocurrirá un verso de esta clase á quien desde sus tiernos años no haya estudiado la ciencia de los números. En 1583 dedicó á Padilla otros versos donde se leen estos conceptos del mismo carácter que aquéllos:

Y con dar *menos* de lo que *más* encubren,
A este *menos* con lo que es *más* se inclinan.

Se ve que las matemáticas le eran tan familiares, que hasta se servía de ellas para discretear en verso, á la manera de los italianos de su tiempo. Pero á fin de que no se me tache de precipitado, citaré algunos otros versos que hizo por aquel mismo tiempo, dirigidos al mismo Padilla:

¡Qué santo *trueco* y *cambio*
Por las humanas, las divinas musas!
¡Qué *interés* y *recambio!*



ESTATUA DE TULLI

Asimismo podría escribir hoy un tenedor de libros que quisiese versificar. «Las demostraciones matemáticas, dice además en el *Curioso impertinente*, no se pueden negar, pues son fáciles, palpables, inteligibles, demostrativas, indubitables, como cuando se dice: – Si de dos partes iguales quitamos partes iguales, las que quedan son iguales.» También nos dió entre 1582 y 1584 indicios bien claros de sus estudios cosmográficos en versos dedicados al Padilla citado.

Cual vemos que renueva
El águila real la vieja y parda
Pluma, y con otra nueva
La detenida y tarda pereza
Arroja, y con subido vuelo
Rompe las nubes y se llega al cielo..., etc.
...Del sol el rayo ardiente
Alza del duro rostro de la tierra,
Con virtud excelente,
La humedad que en sí encierra,
La cual después en lluvia convertida,
Alegra al suelo y da á los hombres vida.

No pretendo que estos datos revelen que Cervantes fué lo que hoy llamaríamos un sabio, ó sea un hombre profundo en ciencias exactas y naturales; pretendo sólo que las estudió en Madrid cuando era adolescente, y que las supo bastante para ampliarlas después en Italia del modo que lo revelan los problemas náuticos y otros indicios de que sus obras están dotadas. La pérdida de casi todas sus poesías estudiantiles nos impide quizá probarlo de un modo más directo.

III

Es indudable que entre los 20 y 21 años, Cervantes, aunque continuase estudiando bajo la férula de Hoyos, era ya un joven que prometía en extremo, mostrando una capacidad y doctrina superiores de mucho á su edad. Su instrucción era muy variada, y casi enciclopédica, pues comprendía todos los ramos, excepto el del derecho; su erudición rayaba con lo extraordinario, y no sería extraño que en la lectura hubiese agotado muchas bibliotecas particulares. Mas lo que ya descollaba en él, á pesar de su juventud, era su propia personalidad literaria y moral, compuesta de la refundición de su naturaleza con los estudios y las observaciones que llevaba hechas.

LUIS CARRERAS

(Continuará)

EL MAGOSTO

(Conclusión)

Cuando abandonó su habitación buscando el consuelo de la familia, ésta se hallaba reunida en torno del hogar... y aun había alguna persona extraña ella. Allí se hallaban el señor alcalde, el señor juez, el señor cura, Pito-choco, vecino de la familia de Lucas, y Faballón el tabernero. ¡La asamblea no sería muy numerosa, pero escogida sí que lo era!

Cuando Lucas entró, como había allí personas de respetabilidad, llevóse la mano á la frente en actitud de saludar y acompañó á esta acción las palabras:

– ¡Buenas tardes nos dé Dios!

– ¡Hola, Lucas!—dijo el señor cura, un señor bastante anciano ya y de bondadoso y risueño semblante. ¡Hola, ven! Trae ese banco y siéntate aquí... á mi lado. ¡Vaya, hombre, vaya! ¿Con que tan mal parece que te va que quieres dejarnos á todos, eh?

– Mal... allí... le diré, señor cura, mal no, no me va... es que... quiero marcharme.

– ¡Toma! pues si otra cosa no nos dices, Lucas, no nos dices nada nuevo. ¡Vaya, hombre, vaya! En fin que la Virgen de Pastoriza te acompañe y te guíe.

– ¡Amén! – dijeron todos á una voz.

Ibase haciendo tarde, oscurecía. Apenas serían las cuatro de la tarde, pero de repente el tiempo había cambiado, porque el tiempo en Galicia es muy *ventolero* y si había amanecido bueno, lo que es al caer la tarde no se presentaba muy hermoso que digamos. El cielo amenazaba lluvia; comenzaba á cerrarse de nubes: el viento *fungaba* de cada vez más. El tío Pito-choco, en un momento que se asomó á la puerta, consultó la atmósfera y volvió á entrar diciendo:

– Paréceme que vamos á tener agua.

– ¿Saben Vds. una cosa?—preguntó el padre de Lucas.

– ¿Qué hay?

– Que alegraríame mucho que descargase una buena lluvia.

– ¿Por qué?

– Porque así, á no ser Pito-choco que tiene cerca su casa, no podrían Vds. salir de la mía, y tendrían que asistir á mi magosto.

– ¿Un magosto?

– Sí tal.

– ¡Hola, tío Goros!—dijo el alcalde,—¿parece que quiere V. despedir bien á Lucas?

– ¡Pscht!—dijo el pobre padre encogiéndose de hombros y pretendiendo aparentar indiferencia, cuando en realidad sentía una hondísima pena en su corazón.

– Pues yo por mi parte,—dijo el cura, – acepto el convite. ¡Un magosto! ¡Vaya, hombre, vaya! Siquiera en obsequio al que se va.

– ¡Pobre *filliño* mío!—dijo á esta sazón la tía Sabela, —¡sabe Dios cuándo te volveremos á ver!

– Vamos, mujer,—dijo el tío Goros,—no llores así... no es cosa de muerte...

¡Pobre tío Lucas, y qué esfuerzo sobre sí mismo tuvo que hacer para que el llanto no le ahogase las palabras

– Vosotros los hombres,—respondió la tía Sabela, – tenéis el corazón duro como un *penedo*, pero las madres...

– Diga V., tía Sabela,—repuso el alcalde,—¿todo el sentimiento está en lloriquear? ¿Pues no podemos sentirlo mucho nosotros también y que aunque tengamos los ojos secos llevemos por dentro la procesión?

– Además,—repuso Pito-choco, – que dijo muy bien aquí... Goros, no es cosa de muerte.

– ¡Ay!—lloriqueaba la tía Sabela – ¡se vieron ir tantos y volver tan pocos!

Además, aquel *climen* parece que es muy malo, que les dan calenturas á los que no están acostumbrados á él, que se abren á *gómitos*...

– ¡Bah! No todos han de tener la misma suerte ó desgracia,—dijo el cura.—Dios protege siempre á los buenos. ¡Vaya, hombre, vaya!

– ¡Yo ya le colgué á Lucas,—dijo la madre,—un escapulario de la Virgen de Pastoriza! Y la mandé que le rezase mucho, porque es una Virgen que hace muchos milagros, ¿verdá, señor cura?

– Sí, señora, y toda la iglesia la tiene esa Virgen llena de ofrendas de fieles á quienes ha salvado de algún peligro grande.

– ¿Lo ves, lo ves, hijo mío? Rézale, rézale mucho, nosotros le estaremos rezando todo el día y toda la noche.

– Pero señá Sabela,—dijo el alcalde,—todas esas cosas tienen Vds. tiempo á pensarlo y decirlo mañana que sale el vapor de la Coruña. Hoy hay que atender al magosto.

– Habló V... como un alcalde,—dijo el tio Goros. —Voy á buscar las castañas. En un decir *¡Jesús!* estoy de vuelta, ¿eh?

* * *

A todo esto, Lucas, ¡que si quieres! acurrucado junto á uno de los ángulos del hogar entre el cura y Pito choco, parecía no prestar oído á cuanto á su lado se decía. Si hablaban con él, apenas si alzaba la cabeza y respondía



EL CONDENADO cuadro de W. Makowsky

con monosílabos, fijándose con ahinco en el que le había preguntado. Estaba ensimismado, pero en un grado casi rayano en el idiotismo. ¡Cosa más rara! Ya se fijaban sus miradas en el apagado hogar, ya en el techo de gruesas vigas formado, ya en su madre que no quitaba ojo de él, ya en los aperos de labranza que en otro ángulo del hogar se descubrían. Eso sí se fijaba en todo, pero cuando llegaba á fijarse en una cosa, no apartaba de ella la mirada y así permanecía hasta que le dirigían la palabra y tenía que fijar la mirada en otra parte; y no digo que fijase la atención, porque á buen seguro que ésta se había fijado ya bastante lejos de aquella tertulia de aldea.

***

Son en Galicia muy frecuentes los magostos en tiempo de las castañas. Tiéndese en el hogar ó en el campo una buena cantidad de ellas sobre un lecho de ramas secas, plántasele fuego y pronto se ve surgir la llama que asa las castañas con gran regocijo y contento de aquellos que las esperan. Vese salir primero del haz de secas ramas una columna de humo azulado que asciende formando espirales y haciendo los más caprichosos dibujos. Crujen al mismo tiempo las retamas al ser lamidas por el fuego que poco después brota sobre el apretado haz, despidiendo llamas á un tiempo rojizas, amarillas y azuladas que envuelven en sus lenguas las ramas y las castañas; échase leña al fuego; toma éste incremento mayor cada vez; las castañas al sentirse achicharradas, cuando ya no pueden defenderse de la acción del fuego, hacen estallar sus cortezas con un estampido seco; al primero siguen otros y otros hasta que el iluminado hogar semeja campo de batalla, donde se perciben las detonaciones, se aspira el asfixiante humo y se ven enormes llamaradas... Al fin los estampidos ó estallidos van siendo menos frecuentes cada vez, el fuego ha cumplido su misión en el hogar y las castañas están *á punto*. ¡Y es entonces el júbilo y el contento de los que van á disfrutar del magosto! Aquel busca un sitio cómodo, el de más allá mira al soslayo los vidriosos jarros de barro que contienen el á un tiempo amargo y sabroso vino *de la tierra*. Todos se preparan á hacer dignamente los honores al magosto. El que más y el que menos se promete un buen hartazgo de castañas. ¡No, lo que es en los magostos no se oirán las voces de: *¡Cuántas que queman! ¡calentitas, calentitas!* y otros pregones de este jaez, pero lo que es disfrutar se disfrutan bien!

***

Lucas contemplaba inmóvil cómo las llamas iban haciendo su efecto y arrancando á las castañas secos estampidos... Aquello era muy bonito, pero lo que es á él y en aquellos momentos no le llamaba maldita la atención. Su imaginación debía vagar sin rumbo fijo y muy lejos de lo que ante sí tenía. A buen seguro que si le preguntasen algo no sabría qué contestar, pues no sabría lo que se le preguntara. No, lo que es por atender atendía tanto á la conversación como si ésta no existiese.

***

Entretanto, allá afuera llovía. Al principio cayeran unas gotas menudas, muy menuditas, que habían dejado en el suelo unas manchas casi invisibles, huellas imperceptibles, pero pronto el líquido elemento se desencadenó con fuerza y la lluvia hízose poco menos que torrencial.

– ¿Parece que llueve de veras, eh?—preguntó Pitochoco

– ¡Que si llueve! ¡Vaya, hombre, vaya! ¡Ya lo creo! Y lo que es si así sigue, me parece, tío Goros, que vamos á tener que quedarnos á dormir en la su casa.

– Saben Vds. que aunque pobre soy y nunca pude gastar fachenda, todo cuanto tengo, que es bien poco, está á su disposición.

– ¡Vaya, hombre, vaya! – objetó el cura. – Así me gustan á mí los hombres, Goros, así; de esa manera háceste un sitio en el cielo.

– Se hace lo que se puede, señor cura, se hace lo que se puede.

La tía Sabela tampoco movía ojo. Tenía sus miradas fijas en Lucas, bien ajeno á este mudo interrogatorio. Pito-choco, el señor cura, el alcalde y el tío Goros, Faballón y el señor juez hablaban poco, pero hablaban. En cambio, madre é hijo no hablaban ni mucho ni poco: parecían esculturas animadas por un soplo de vida.

***

Llegó la hora del magosto, que todo llega en este mundo y á su tiempo. ¡Bien se les hicieron los honores á las castañas! Eso sí, al pasar por las manos de los comensales las tiznaban á más y mejor, pero, ¿quién reparaba en tales melindres? No, lo que es impedir, no les impedía coger con aquellas manos negras y sucias el jarro y empinar el codo á su sabor y libertad. ¿Qué más? El mismo señor cura, el juez y el alcalde, estaban casi á punto de perder su gravedad y formalidad acostumbradas. Ellos, los representantes en la tierra de las justicias divina y humana respectivamente!

En medio del bullicio del magosto, el tío Faballón se atrevió á decir:

– Pero oye tú, Lucas, ¿te estás ahí como un alma del otro mundo, pensando en la *compaña*, ó qué?

Lucas entonces alzó lentamente la cabeza. Fijó sus ojos animados de un fulgor extraño en los comensales y con voz grave y reposada, dijo:

– Estaba pensando en una porción de cosas que no me atrevo á decirlas.

– Pues dílas, hombre, – añadió el cura. – Si hoy no las dices, ¿para cuándo las dejas?

Lucas carraspeó con fuerza como si quisiera emitir con más claridad sus ideas y empezó diciendo:

***

– Allí... no sé si *ustés* lo tomarán á bien ó mal, pero me parece que hago un pecado muy grande en no decirlo... y me está royendo las entrañas, porque quiere salir afuera este secreto que... allí... guardé hasta hoy.

– ¡Pues habla, hombre, y veamos qué es ello!—dijo el juez.

– No, lo que es por esta vez no me tendrá V. que mandar á presidio.

– Hombre, ni quiero verlo nunca. ¡Dios delante!

– Amén. Pues allí... iba decirles que yo no me iba á la Habana por mi gusto y voluntad, ¿eh?

– ¡Hola, hola!

– Ibame para la Habana... allí... como el condenado que lo llevan al infierno, pero...

– Ya apareció un pero.

– Pero unos malquereres que me llegaron hasta el último *corruncho* del pecho... allí... vamos que yo, desesperado dije: – Pues me voy á la Habana y allí olvidaré todas estas tonterías... Déjeme hablar, señor cura, después abrirá la boca. Tengo que decirlo todo ya que empecé. Antonia, ya *ustés* saben, pues Antonia fué allí... la razón de todo esto y como yo... le tenía mucha ley y mucho cariño, vamos que me *enfurruñé* y me dije: – Pues allí... entre morirme de disgusto aquí y allá, mejor es allá que no me vea mi familia... Pero ahora imaginé otra cosa que me parece mucho mejor. Yo no los quiero dejar á *ustés* mis padres, yo no los dejo ya, y mañana el vapor de la Habana marcharáse sin mí. Siento lo que han gastado, pero no me marcho. Yo no puedo querer ya en este mundo más que á Dios y á mis padres. La herida que me abrió en el pecho Antonia no se cura con otros amores. Con que si á *ustés* les parece... ¡seré cura...!

La explosión de entusiasmo que se levantó después de estas palabras es indescriptible... Aquello fué la mar. La tía Sabela abrazaba á Lucas; el tío Goros también; Faballón abrazaba al tío Goros, el cura á Faballón, el juez al cura... y todos se abrazaban, y el gran Castelar en sus más aplaudidos discursos no consiguió conmover y arrebatar tanto á su auditorio como Lucas con su improvisada oración llena de incorrecciones y en el lenguaje semi-bárbaro de las gentes del campo. Todo era alegría, expansión, contento, lágrimas y por encima de todo este *pandemónium* oyóse la voz del ministro de Dios que decía:

– ¡Luquillas, tú serás cura!

***

Así terminó *el magosto*. Hoy Lucas es el querido representante de Dios en la aldehuela de Baralleiro.

La predicción se ha cumplido.

Manuel Amor Meilán



Fig. 1.—Fotografía de una porción de luna. Copérnico (13 febrero 1886) Ampliación directa, 11 veces.

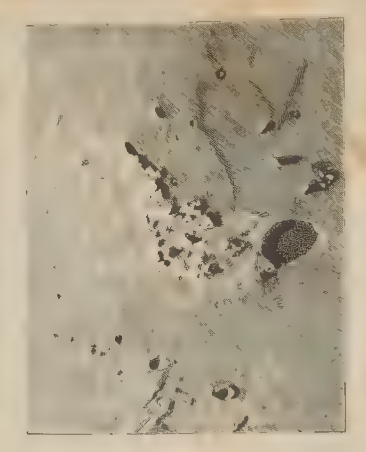


Fig. 2.—Fotografía de una porción de luna. Platón (12 abril 1886) Ampliación directa, 13 veces

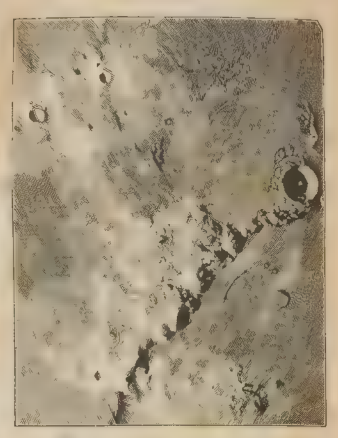


Fig. 3.—Fotografía de una porción de luna. Alrededores de Eratóstenes. Ampliación directa, 13 veces.

EL MAPA DEL CIELO

EN EL OBSERVATORIO DE PARÍS

La conferencia internacional para la ejecución fotográfica del mapa general del cielo, se abrió el 16 de abril último en el Observatorio de París.

Esta conferencia, debida á la feliz iniciativa del contraalmirante Mouchez, director del Observatorio, fué inspirada por los trabajos de los señores Pablo y Próspero Henry.

Encargados hace algunos años estos dos sabios de continuar la carta eclíptica de Chacornac, reconocieron que el cálculo ó numeración de las estrellas sería imposible á los alrededores de la vía láctea y tuvieron la idea de fijar por la fotografía lo que no podía determinar la observación directa. MM. Henry construyeron un grande aparato paraláctico para la fotografía celeste y llegaron á producir *clichés*, en que se cuentan 5,000 estrellas, donde los anteriores mapas del cielo no daban más que 170.

Y no sólo han ejecutado estos señores gran número de fotografías de constelaciones, sino que también han logrado hacer en excelentes condiciones de corrección y limpieza los *clichés* de los planetas y especialmente de Saturno y de Júpiter.

Para las fotografías de la luna han introducido en la ciencia un método nuevo, de que damos aquí algunos resultados (fig. 1, 2, 3, 4). En vez de fotografiar el astro entero, proceden estos astrónomos por fracciones, tomando sólo una pequeña superficie de la luna, lo que permite obtener el mejor esclarecimiento posible para cada una de las partes que se trata de reproducir. MM. Henry operan en el momento en que las sombras se presentan con mayor intensidad y hacen resaltar más el valor de los relieves.

Sabido es que para hacer la fotografía de la luna en vez de recibir directamente la imagen sobre la lámina, es preferible agrandarla previamente por medio de un ocular. En el foco del aparato no alcanza un diámetro de más de 0^m,032. Con el aumento que representamos en nuestras figuras, toda la luna tendría poco más ó menos 0^m,60 de diámetro. A pesar de esta ampliación bastante considerable, la duración no pasa de 12 segundos.

Los especímenes que damos, obtenidos todos antes del plenilunio, no representan sino una débil parte del trabajo de MM. Henry, que han reproducido la superficie entera de la luna comprendiendo unas quince fotografías análogas.

Ofrecemos aquí la reproducción de una fotografía de la nebulosa 1180 del gran catálogo de Herschel (fig. 5). Examinado en los grandes telescopios, se presenta este objeto como una masa blanquecina. La luz es tan débil que para percibirla es indispensable ocultar la estrella principal por medio de una pantalla. La fotografía muestra muy distintamente pequeños lineamientos de la nebulosa. Su extensión es de 22′ en ascensión recta y de 15′ en el sentido de la declinación. Distando sólo esta nebulosa 30′ de la gran nebulosa de Orión, es casi seguro que forma parte del mismo sistema. Está fuera de duda que cuando las planchas sean aún más sensibles, estos dos objetos parecerán completamente reunidos por filamentos luminosos. Por lo demás, las dos nebulosas tienen el mismo aspecto físico y presentan casi absolutamente los mismos caracteres.

La conferencia internacional, reunida en el Observatorio de París, tuvo por misión estudiar las mejores condiciones para hacer la fotografía del cielo en los diferentes países del mundo, á fin de poder legar á los siglos futuros el mapa de lo que se podría llamar *geografía del cielo.*

«Este mapa que constará, dice el contraalmirante Mouchez, de las 1,800 á 2,000 cartas necesarias para representar en una escala bastante grande, los 42,000 grados cuadrados que comprende la superficie de la esfera, y separadamente, en escala mayor, todos los grupos de estrellas y todos los objetos que ofrezcan especial interés, legará á las edades venideras el estado del cielo á fines del siglo XIX con autencidad y exactitud absolutas. La comparación de este mapa con los que puedan hacerse en épocas cada vez más lejanas, permitirá á los astrónomos del porvenir hacer constar numerosos cambios de posición y tamaño, apenas sospechados ó medidos hoy para un pequeño número de estrellas solamente, y de donde saldrán ciertamente muchos hechos inesperados é importantes descubrimientos. Este mapa dará además, en cuanto esté terminado, la posibilidad de estudiar la distribución de las estrellas en el espacio, es decir, la constitución del universo visible.»

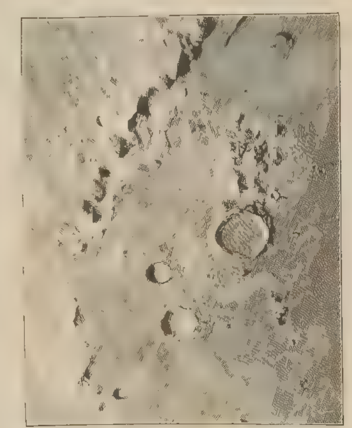


Fig. 4.—Fotografía de una porción de luna. Arquímedes (12 abril 1886) Ampliación directa, 13 veces.



Fig. 5.—La nebulosa 1180 del gran Catálogo de Herschel. Grabado ejecutado sobre el cliché fotográfico negativo de MM. Henry. (Ampliado 3 veces.)

La obra es tan grande y de interés científico tan universal que no se aplaudiría nunca bastante la idea de hacerla emprender por casi todas las naciones civilizadas con el concurso de los más eminentes astrónomos de nuestro tiempo.

La conferencia tendrá que discutir, no sólo el género del instrumento que ha de emplearse, el modo de preparar las planchas ó láminas, la duración del tiempo de la posición, las partes comunes de los *clichés* en el mismo observatorio, los aparatos de medición, etc.; sino que se ocupará también de los trabajos de fotografía celeste que convendría proseguir en común, después de la ejecución del mapa, y se estudiará el mejor modo de reproducción de los planetas y de nuestro satélite.

Es todavía un nuevo triunfo del maravilloso invento de Niepce y de Daguerre.

La fotografía va á permitir al hombre superar, en el conocimiento del universo, límites que la imperfección de sus sentidos no le hubieran permitido salvar nunca.

La empresa hará honor á nuestro siglo, tan rico ya en obras científicas.

Gastón Tissandier

NOTICIAS VARIAS

Agua sin microbios. – El ingeniero francés C. Tellier ha descrito en la Academia de Ciencias de París un aparato en el que se puede hervir el agua sin privarla de aire, y desembarazarla de los microbios que la hacen tan peligrosa sin quitarla el oxígeno disuelto merced al cual no es indigesta. Para ello echa el líquido, aunque sin llenarla, en una botella de hierro, tapada con un obturador de tornillo y metida en una caldera que contenga una disolución de sal marina, carbonato de potasa, cloruro de calcio ó cualquier sustancia que retarde el punto de ebullición. Después de una hora de hervor, se mete la botella en agua fría, y por una llave ó espita se puede extraer el líquido. M. Tellier cree que el agua calentada bajo presión no podrá perder el aire; sin embargo, podría suceder que el aire desprendido no volviera á disolverse fácilmente sin agitación y que persistiera en estado gaseoso sobre el agua aún después del enfriamiento. Añadamos que la llave de salida lleva un filtro destinado á evitar la introducción de gérmenes en la botella juntamente con el aire que reemplaza al líquido extraído.

LOS FERROCARRILES DEL JAPÓN

La industria alemana ha recibido recientes demandas de rails y material de rodaje para los ferrocarriles del Japón, y á este propósito publica el *Bautechniker* los datos siguientes:

El Japón posee en la actualidad 227 millas de líneas que pertenecen al gobierno, y 120 pertenecientes á compañías particulares, ó sea un total de 347 millas en construcción.

Tiene además el gobierno 68 millas, y 42 las compañías ó sea en total 110 millas en construcción.

Se ha trazado también una vía de 246 millas, de las cuales construirá el gobierno 91 y 155 las empresas: y hay todavía en proyecto 426 millas de ferrocarril, cuya mayor parte ó sean 336 millas se construirán por concesión.

En la línea de Tokio Nagasaki, perteneciente á una empresa particular, se abrieron 47 millas en 1885, y muy en breve se inaugurará el proyecto de vía férrea entre las dos capitales del Japón, Jokio y Kioto.

Al Este de Kioto se hacen grandes progresos en la construcción de ferrocarriles, y los datos que preceden hacen ver que el Japón posee un total de 1139 millas de vías férreas terminadas, en construcción ó en proyecto.

EXPORTACIÓN DE LOCOMOTORAS EN LOS ESTADOS UNIDOS

Desde 1875 han exportado los Estados Unidos por valor de 63.500,000 pesetas de locomotoras. La exportación se ha hecho para diferentes países en las proporciones siguientes: Rusia, 4 por 100; Inglaterra y colonias inglesas, 29 por 100; España y Cuba, 10 por 100; Méjico, 14 por 100; América del Sur, 34 por 100.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año VI —BARCELONA 20 DE JUNIO DE 1887— Num. 286



LA ESTATUA DE CORNEILLE EN EL TEATRO FRANCÉS, de Falguiere

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

LA ESTATUA DE CORNEILLE en el Teatro Francés, por Falguiere

El teatro de la *Comedia francesa* de París posee hace muchos años la estatua de Voltaire, obra maestra de Hondon. Rindiendo un justo tributo á Corneille, el autor del *Cid*, que bien vale cuando menos, dramáticamente considerado, lo que el autor del *Edipo*, la dirección de aquel teatro confirió á Falguiere el encargo de ejecutar en mármol la estatua dè Corneille. Si éste y Voltaire eran comparables literariamente considerados, las estatuas de los dos grandes dramaturgos no lo son menos bajo el aspecto del arte, siquiera la obra de Falguiere pertenezca á un estilo muy distinto de la obra de Hondon.

Nuestros favorecedores podrán formar concepto de la primera por el grabado que publicamos en el presente número, que da una idea exacta de la sinceridad material, de la amplia factura, de la expresión fisionómica, que caracterizan los trabajos de su distinguido autor; al par de su habilidad para conciliar la grandiosidad del traje clásico con las ridículas prendas usadas á mediados del siglo XVII.

Pedro Corneille, considerado el fundador de la poesía dramática en Francia, nació en Rouen el año 1606, y por cierto que sus primeros ensayos sobre la escena no hacían presagiar al futuro maestro de ella. A los 30 años de edad dió á luz el *Cid*, y en él se fundó su reputación sucesiva, confirmada por *Cinna*, *Poliuto* y *Pompeya*. Su merecida fama como poeta trágico ha sido causa de que no se le haya conocido ventajosamente como lírico. Y sin embargo, su traducción en verso de la célebre *Imitación de Jesucristo* debiera bastar para que se le apreciara en un género en el cual pocos, muy pocos de sus compatriotas, le han aventajado.

UN APUNTE, de Kaupps Stizzenbusck

Se ha ejercitado este profesor en todos los géneros del arte, y todos ha dominado. El paisaje y el cuadro de género, el hombre y las cosas, le son igualmente familiares. Un simple apunte, sea ó no tomado del natural, evidencia su talento. Bien se dice vulgarmente que para muestra basta un botón.

HOJEANDO UN ÁLBUM, dibujo de Cabrinetty

Corrección, naturalidad, expresión, revela ese dibujo. No conocemos muchos trabajos de su autor; pero de fijo puede acometerlos superiores.

LA VIRGEN DE RIPOLL cuadro de E. Serra

Grande honra cupo á nuestro compatriota al ser designado por S. S. León XIII para pintar el cuadro con que ha querido dotar al célebre Monasterio de Ripoll, hoy en vías de restauración. Pero si la honra era grande, el compromiso era mayor: la obra del artista había de ser naturalmente examinada y juzgada por los críticos más inteligentes, porque no de cualquier modo se ejecuta una obra á la altura de un donador, cuando se trata de un trabajo del género religioso y aquél es nada menos que el Sumo Pontífice.

Serra aceptó el encargo, y seguramente pocos compromisos más difíciles contraerá en su vida. Confesamos ingenuamente que cuando la prensa esparció la noticia, temimos que la obra de arte no estaría á la altura de la honra dispensada al artista. Y no porque dejen de constarnos las relevantes condiciones de Serra, sino porque las muestras producidas hasta entonces por tan esclarecido pintor, no nos habían revelado que de su paleta pudiera salir con ventaja una obra esencialmente mística.

Nuestro compatriota se ha encargado de demostrarnos que nuestro temor era infundado: su *Virgen de Ripoll* ha sido expuesta en Roma y la opinión le ha sido favorable por unanimidad. El cuadro será fabricado con mosaico, industria en que sobresalen los artistas de Roma y de Venecia; y gracias á la magnanimidad de León XIII y gracias al talento de Enrique Serra, el Monasterio de Ripoll ostentará á presentes y venideros un trabajo de arte, comparable solamente á aquel con que la liberalidad del cardenal Lorenzana enriqueció á la catedral primada de las Españas.

CARRETA DE TÁRTAROS, cuadro de J. Brandt

Ocurre frecuentemente que los pintores de paisaje relegan á último término las figuras que han de animarlos; y por el contrario, hay grandes dibujantes de figuras que no dan importancia alguna al paisaje donde aquellas han de moverse. Brandt es uno de los pocos pintores que atienden con igual interés al lugar de la escena y á los artistas ó actores que toman parte activa en el asunto. De aquí resulta cierto equilibrio que avalora sus cuadros, sin que el observador se explique de primera impresión, el particular efecto que le causan y que nunca producirá ni la más bella decoración teatral que no corresponda á la acción de un drama, ni la escena mejor declamada cuando la disposición del escenario no ayuda á la ilusión del espectador.

Brandt no acomete sus trabajos artísticos sin un previo y profundo estudio de los hombres y de la naturaleza, á pesar de lo cual no se encariña con aquellos hasta el punto de creerlos incorregibles. Ninguno es más riguroso crítico de sus obras que él mismo: así es muy común en nuestro artista, no tan sólo el continuo retoque de sus cuadros antes de darlos por terminados, sino la completa transformación aun de los de mayores proporciones, cuando no le satisfacen por completo. Genial, como muchos pintores, y con derecho á que se respeten sus preferencias, las concede por completo á las llanuras: las montañas no le entusiasman ni le inspiran. Esta preferencia no perjudica en lo más mínimo á la variedad de sus cuadros, á pesar de que todos ellos versen sobre un mismo tema, el tema de su patria. José Brandt es varsoviano, tiene 46 años de edad y se encuentra en la plenitud de sus facultades. París, que visitó como aspirante á ingeniero, nada dijo á su corazón ni á su cabeza; en cambio una visita hecha á Munich le reveló su vocación. Hoy por hoy es uno de los primeros profesores de su arte. El grabado que publicamos en el presente número, con ser imposible que dé una pálida idea de los encantos de color del cuadro, la da bastante exacta de la especialidad, de la factura, de la idiosincrasia de Brandt.

TIPO ESPAÑOL, dibujado á la pluma por Casanova

La manolería española, eternizada artísticamente por Goya, había caído en olvido casi completo, hastá tanto que el insigne Fortuny dedicó su talento á reproducirla en lienzos de primer orden. Desde entonces hasta el presente ha habido verdadera inundación de *manolas*, ó así llamadas; mujeres más ó menos provocativas, más ó menos españolas, más ó menos inspiradas por los sainetes de D. Ramón de la Cruz, que es el Goya de nuestro teatro.

Casanova ha hecho también su campaña en este género y, á juzgar por la muestra, *conoce el paño*. El tipo que publicamos tiene olor, color y sabor, tres circunstancias indispensables cuando se evoca un pasado, ni bastante próximo para que se le recuerde del natural, ni bastante remoto para que se le idealice impunemente. El autor de este dibujo ha presentido la verdad; su manola es provocativa y desdeñosa á un tiempo; arrastra como una cortesana é impone como una princesa.

ARIADNA, escultura de F. Jerace

Entre los bustos ideales debidos al cincel del eminente escultor Jerace, apenas se cuenta alguno que alcance tan heroicas proporciones, como el último que ha presentado, una cabeza de Ariadna, ni que sea tan notable por su viva expresión y exquisito trabajo. Las formas son tal vez demasiado llenas y majestuosas, porque Ariadna era casi una niña cuando fué abandonada por Teseo; pero en el conjunto se reconoce la imagen de una mujer afectada por el sufrimiento. Toda la expresión está concentrada en el semblante con inimitable verdad, y aunque en la actitud hay algo de altivez, en las facciones revélase profunda melancolía: los labios entreabiertos, las mejillas socavadas ligeramente por el llanto, la mirada de aquellos ojos que no ven, fija en el vacío; todo, en fin, está retratado magistralmente para indicar los estragos que causó el abandono de Teseo en el corazón de aquella mujer.

NUESTRO ARTE MODERNO

TEMORES Y ESPERANZAS

(Con motivo de la Exposición de Bellas Artes del año 1887)

(Continuación)

IV

JOYAS DISPERSAS

He hablado de aquellos cuadros de desusada magnitud que juzgo preferentes á los demás de su clase, sin presumir de infalible. Voy á tratar ahora de los cuadros de dimensiones habituales, entre los que encuentro obras de relevante mérito. Son no pocos, y algunos de ellos verdaderas joyas del arte.

Los dividiré en clases; y advierto que estas clases no implican jerarquías. No establezco más categorías que dos, que estimo fundamentales: cuadros históricos, ó de asuntos fabulosos, de los que entran en el dominio de la elevada poesía; y cuadros en que la mera interpretación de la naturaleza objetiva en sus múltiples manifestaciones constituye la esencia de la obra. Las clases en que agrupo lo para mí más selecto, entre los 853 cuadros traídos á la actual Exposición, son las siguientes: asuntos de historia y fábula ó alta poesía; retratos y estudios del natural; cuadros de costumbres; paisajes; marinas; pintura de animales; perspectivas é interiores; flores y bodegones.

De historia propiamente dicha, elijo los siguientes once cuadros: y justificaré mi elección con breves observaciones, debiendo advertir que no guardo orden de preferencia al señalarlos á mis lectores.—*Entrada del Emperador Carlos V en el monasterio de Yuste*, por don Joaquín Agrasot. La dificultad inmensa de pintar asuntos históricos me obliga á ser indulgente con algunas impropiedades que creo descubrir en este lienzo, atendido que el Carlos V del Sr. Agrasot se parece muy poco á los retratos auténticos del César hechos por el Tiziano; que el gran monarca no llegó al monasterio elegido para su retiro sino con muy escasa luz, – á las 5 de la tarde del día 3 de febrero—; y no llegó tampoco tan fuerte y robusto como nos lo representa el cuadro, sino muy achacoso en sus 57 asendereados años, y con tal flaqueza, que por no poder estar en pie, se hizo conducir en silla de manos, desde la litera en que había hecho su viaje, á las gradas del altar mayor. Bien se puede suponer que si ya en 1547, en la famosa batalla de Mühlberg contra la Liga protestante de Esmalcalda parecía, como dice Ranke, un espectro, á causa de los grandes dolores que le venía produciendo la gota desde la campaña de Noerdlinga, no se hallaría muy rejuvenecido diez años después, sobre todo habiéndosele agravado tanto aquella enfermedad en el malhadado sitio de Metz. Prescindo, como he dicho, de estos olvidos, y me cautiva en el cuadro la sencillez de la composición, el estudio concienzudo de todas las figuras que en ella intervienen, las excelentes cabezas de las mismas, la gran naturalidad que se advierte en la expresión de respeto é íntimo regocijo con que los monjes reciben al soberano, y la magistral manera de tratar así los vistosos ornamentos de que salen revestidos el Prior y sus asistentes, como los airosos trajes de la comitiva del Emperador. En la figura que está á la izquierda de éste como dirigiéndole la palabra, y que supongo será el Conde de Oropesa, hubiera sido de desear una apostura menos arrogante.

San Fernando rey de España: este título lleva uno de los cuadros más concienzudos de la Exposición, debido á don Antonio Casanova y Estorach, el cual representa una de las varias obras de caridad á que se entregaba el santo rey en los ocios que le consentían el gobierno de sus pueblos y las guerras. Vemos á éste dando de comer á unos pobres á quienes sirve por sus propias manos. Muy difícil es inspirar interés con un cuadro de viejos, y el autor sin embargo no ha retrocedido ante el peligro de disgustar el espectador poniéndole delante una larga mesa toda ocupada por ancianos. Y en mi opinión ha triunfado del escollo, porque los pobres á quienes sirve el virtuoso rey se hacen todos tan simpáticos por la expresión de gratitud de sus semblantes y por cierta nobleza moral sellada en sus facciones, que no es posible, aun en esta época de sensualismo en que huimos de toda impresión penosa, dejar de experimentar al contemplarlos el atractivo que produce todo lo bueno y santo. Añádase á esto que todas esas figuras de viejos están esmeradamente estudiadas y soberanamente ejecutadas, como no se estila estudiar y ejecutar hoy; por efecto de lo cual, aun cuando esos pobres no fueran moralmente simpáticos, lo sería en ellos el autor, como lo es Velázquez en su *Esopo* y su *Menipo* sólo por la manera de estar pintados, que le obliga á uno á cebarse en tan artística fealdad horas y horas. Sin embargo de lo dicho, creo que el señor Casanova hubiera debido introducir alguna mayor variedad en los tipos y en las actitudes, y evitar la excesiva uniformidad que resulta de la colocación de los pobres en hilera, de la cual proviene también una hilera de pies descalzos que no hace buen efecto; porque aun suponiendo que á la comida haya precedido la cristiana ceremonia del *Lavatorio*, esos pobres después de ella pudieron haberse calzado, si no todos, los que tuvieran zapatos, y esta misma variedad hubiera contribuído á destruir en el cuadro la monotonía.

Combate heroico en el púlpito de la iglesia de San Agustín de Zaragoza en el segundo sitio del año 1809; por don César Alvarez Dumont. Es un episodio de uno de aquellos infinitos y memorables actos de resistencia del pueblo ibero contra la injusta invasión perpetrada por Napoleón I: resistencia heroica que el mismo Emperador calificó después de *digna de ser imitada*, y que un distinguido escritor militar de la nación vecina citó, con imparcialidad loable, como uno de los más admirables espectáculos que ofrecen los anales de las naciones después de los sitios de Sagunto y de Numancia. El señor Alvarez Dumont supone que al penetrar los soldados de Lannes en la iglesia de San Agustín, mientras con ímpetu y fuego invaden el templo, se traba un tiroteo parcial entre unos aragoneses que disparan desde la santa cátedra y varios soldados franceses. Hieren estos á uno de los primeros, que cae moribundo por la escalerilla del púlpito; quedan dos defendiéndole arriba; otro hace fuego al pie detrás de la columna; uno de los enemigos yace sobre el marmóreo pavimento manchándole con su sangre. Al fondo, por detrás de la verja de la iglesia, dispara un pelotón de franceses. Hay en el cuadro animación, movimiento, saña: allá la confusión propia de la violenta escena; aquí la claridad necesaria para hacer bien comprensible el asunto á pesar de la pasión y del ardimiento; y únese á esto un excelente dibujo y un estudio serio de la forma que revelan en el autor del cuadro un artista de talento y de conciencia.

Malasaña y su hija batiéndose contra los franceses: por don Eugenio Alvarez Dumont. Otro episodio de la guerra de la Independencia, no menos interesante que el anterior. En una calle de Madrid que baja del Parque á la de San Bernardo, dos paisanos, Malasaña y su hija, luchan con un dragón francés: el soldado enemigo, destacado del pelotón de caballería que viene por la calle arriba atropellando y acuchillando al pueblo que le hace frente, hiere á la doncella, que cae en tierra arrollada por el caballo de aquel, y entonces el padre, encendido en ira, da al caballo un mortal navajazo, y al hocicar éste para morir, sirviéndole de escalón el cuerpo de su amada hija, se abalanza al jinete á quien introduce el hierro en el corazón por el escote de la coraza entre esta y el brazo. Luchando el dragón con las ansias de la muerte, la palidez cubre su desencajado semblante, los ojos se le saltan de las órbitas, clava los crispados dedos de la siniestra mano en el rostro el furibundo madrileño que le arranca la vida, y con la mano izquierda intenta convulso asirse al muro contra el cual va á caer desplomado.—Grupo felicísimo y sentido con una intuición profunda de la exaltación sublime de la cólera en la suprema esfera de la justicia. —Este joven pintor, unido con su hermano don César en sentimiento estético y en escuela, alcanzará como aquel en la difícil senda del arte hermosos laureles.

El saqueo de Roma: por don Francisco Javier Amérigo y Aparici. Extensamente refiere el catálogo la escena de violencia y escándalo, de blasfemia y sacrilegio que este cuadro representa: escena que en verdad le hace poco simpático. Los luteranos de Trandberg que iban en el ejército del Condestable de Borbón cuando los imperiales en 1527 pusieron sitio á Roma, al expugnar la ciudad eterna se entregaron á los más brutales excesos de impiedad y disolución. El pintor ha representado la vergonzosa escena en que un grupo de aquellos forajidos penetra en un convento de religiosas, lo profana todo, lo escarnece todo, y hace una burlesca parodia de las venerandas ceremonias religiosas. Uno de los soldados se reviste de hábitos pontificales para dirigir al concurso una satánica pastoral que les hace prorrumpir en estrepitosas carcajadas; otro levanta en alto el sagrado copón lleno de vino para una libación blasfema é impura; otro, arrastrando por el suelo el incensario, escarnece con horrible expresión de risa sarcástica la cruz que un soldado ebrio enarbola; mientras alguno menos respetuoso todavía con las vírgenes del Señor, se apodera de una de estas, desmayada ante la bestial acometida, y estampa un beso lúbrico en su hermoso brazo desnudo.—Tiene esta composición un dejo harto visible de creación alemana moderna, para que pueda uno desechar la sospecha de que en él no es todo



Un apunte, de Kaupps Stizzenbusch

original: está bien dibujada y sentida, sobre todo la figura de ese bárbaro tudesco de barba roja é hirsuta que arrastrando el incensario insulta y escarnece la cruz. Lo menos feliz en esta obra es el color del conjunto, desentonado por los grupos de la monja desmayada en brazos del don Juan de baja esfera que la sostiene y la besa, y de la joven vestida de raso blanco muerta y tendida sobre el cadáver de su padre.

La muerte de Lucano, por don José Garnelo y Alda; *Doña Inés de Castro*, por don Salvador Martínez Cubells; *Nerón ante el cadáver de su madre Agripina*, por don Arturo Montero y Calvo; *el Cadáver del defensor de Gerona*, por don Tomás Muñoz Lucena; *La Floralia ó fiestas de Flora*, por don Antonio de Reina Manescau; y *la Comunión de las vírgenes en las Catacumbas*, por don Mateo Silvela y Casado, son obras dignas de atención por las calidades que revelan. En la *muerte de Lucano* hay visible tendencia á un arte serio, digno y elevado. El señor Garnelo dibuja con seguridad, compone bien, y siente el asunto que trata. Como colorista tiene robustez y sobriedad, empaste y armonía. Sólo la figura de la mujer que llora junto al cuerpo inanimado del poeta desentona algo del conjunto. – En cuanto al lienzo de la *Floralia*—mejor diríamos *Fiestas florales*—, abrigo la duda de que sea todo original del señor Reina Manescau: paréceme más bien un hermoso compuesto de reminiscencias de obra clásica antigua. La linda jovencita que presenta su ofrenda á la diosa en pie al lado de su simulacro, consagrada en edad harto temprana al infame culto que introdujo la cortesana Acca Laurencia, es una figura que se diría arrancada de algún bajo relieve griego; como también el gracioso niño que acude con otros jóvenes á la fiesta con una guirnalda de flores en las manos.—*La Comunión de las vírgenes en las Catacumbas*, cuadro del señor Silvela, es la representación de la victoria moral de los débiles y humildes sobre los fuertes y orgullosos; el cuadro edificante y consolador de la paz de los primitivos cristianos en los días de más encarnizada persecución de parte del paganismo expirante. Esas tiernas y agraciadas vírgenes se nos muestran, á pesar de la debilidad y delicadeza de su sexo, más fuertes que los poderosos Césares y que los inhumanos verdugos que inmolaron á sus padres y hermanos, y en el santo retiro de las Catacumbas se fortalecen en la fe con el pan de los ángeles para salir á la luz de Roma idólatra y desafiar si es necesario las iras de los perseguidores del nombre de Cristo. Hay gérmenes de grandes dotes en esta obra del señor Silvela, que se presenta por primera vez en público certamen.

El infierno del señor Araujo y Ruano (don Joaquín) según la visión dantesca, y *Dafnis y Cloe* (idilio griego) del señor Bilbao (don Gonzalo), me parecen los únicos cuadros inspirados por obras poéticas que merecen mención. En el *infierno* se advierte un detenido estudio, así del natural, como del modo peculiar de uno de sus más grandes y peligrosos intérpretes, Miguel Angel. – El idilio *Dafnis y Cloe* del señor Bilbao, es un encanto: es la flor del pensamiento cristiano nutrido en el ideal panteístico griego, como la que brotó de la inspirada mente de Bernardin de Saint-Pierre conocida con el nombre de *Pablo y Virginia*. No está la obra del problemático Longus fielmente traducida al lienzo por el señor Bilbao, y este es cabalmente su mérito, porque el idilio griego es todo sensualidad y monótono erotismo, al paso que la concepción delicada de nuestro pintor es, á la par que erótica, idealista. Veo la graciosa figura de Dafnis en pie junto al simulacro del dios de los pastores con su cabra al lado, y me parece tan bello como el famoso pastorcillo de Tanagro que lleva la cabra al cuello; pero miro á la linda Cloe que desde el herboso prado le contempla arrobada y pudorosa, quizá antes de haber recibido de él el primer beso, tímida como una hamadríada enamorada, y veo que la belleza moral ha triunfado de la que sólo inspira deleite y que el pintor ha acertado á idealizar el poético sensualismo de la pastoral griega. Desde este punto de vista creo el cuadro del señor Bilbao superior al Dafnis y Cloe de Gérard que existe en el Louvre; superior también al de Hersent que perteneció á la colección de Casimir Périer y que alcanzó tanta boga, que fué reproducido en porcelana por el célebre Pastier.

Entre los retratos y estudios del natural, tengo por dignos de loa: una *cabeza*, con parte del busto, del señor Mendiguchía (don Francisco Javier); un *retrato al pastel de doña J. S.* por don Rafael de Ochoa y Madrazo; un *niño dormido*, de la señorita doña Antonia Bañuelos y Thorndike; una *Ciociara*, de la señorita doña Elena Brockmann; cuatro cuadros del señor Masriera (don Francisco) que llevan estos títulos: *á los setenta años, una flor, Locura* y retrato de la señora doña C. C. de C.; y por último, el *Herrero* y *la Vendedora de peces* de don Ricardo V. Cordero.—El retrato pintado por el señor Mendiguchía es muy bello, y de una conclusión que le haría sostener el paralelo con los retratos de los más grandes maestros italianos y de escuelas germánicas del siglo XVI. El ejecutado por el señor Ochoa se recomienda por la facilidad y frescura del procedimiento. El *niño dormido* de la Srita. Bañuelos es tan bello, está tan magistralmente pintado, presenta tal riqueza de color, que siento vivamente no poder consagrarle un largo párrafo. El cielo de Italia bajo el cual ha nacido, dió á la joven pintora el sentimiento del arte, y para completar esta interesante personalidad artística, diríase que el Norte la ha inspirado el brillante colorido de la escuela de Amberes, y que la inconsciente veladura de aristocrática distinción puesta á su obra, le ha sido sugerida por alguna benéfica hada de aquellas que sólo conversaban con princesas.—La *Ciociara* de la señorita Brockmann es una graciosa aldeanita romana de 15 á 16 abriles, llena de viveza y naturalidad. Lleva el vistoso traje característico, y está pintada con varonil libertad. Veremos á esta señorita, que comienza á marchar por el escabroso camino del arte con la seguridad propia del que está acostumbrado á sus rosas y espinas, sobresalir también en otro género de pintura como única de su sexo consagrada á cultivarle.—La anciana ocupada en una labor, retratada por el señor Masriera *á los setenta años*, presenta gran verdad en el dibujo, la postura y la entonación. *La flor* de este mismo artista es un desnudo de mujer: hállase esta echada sobre una piel blanca de oso junto á una cortina de brillante laca roja que hace resaltar la nitidez de su cuerpo, y se entretiene con las musarañas deshojando flores sobre su pecho. Respira este asunto descomedida voluptuosidad para ser recomendado como ejemplo de loable empleo del sentimiento estético en los años de Ley evangélica que alcanzamos; pero está sólidamente pintado: demasiado tal vez, porque ese cuerpo por otra parte exageradamente sonrosado, presenta alguna dureza. Se echan de menos en esta perezosa pecadora las carnes que hacían el Tiziano, el Veronés y el Tintoretto. *La locura* está presentada en uno de los momentos en que no lo parece, porque sabido es que por regla general todo demente odia lo que más amó cuando estaba en su cabal seso. La mujer que sirve para esta especie de alegoría, toda enlutada y con el dolor impreso en el semblante, lleva un montón de siemprevivas entre las manos y el pecho, y marcha velozmente á depositarlas en la tumba de un ser querido. El retrato de la señora doña C. C. está bien dibujado, y la falda rosa de la agradable personita pintada de mano maestra.—A un artista pródigo de tintas sigue otro que se distingue por una sobriedad que recuerda el cánon pictórico de la grande escuela de los Tristan, Greco, Velázquez y Fray Juan Rizi. Y este artista es el autor del *Herrero* y de *la Vendedora de peces*, don Ricardo V. Cordero. Su *Herrero* es una gran figura de severo naturalismo, y lo mismo la *Vendedora* aunque demasiado fea.

Pedro de Madrazo

(Continuará)

LA PRIMERA EDUCACIÓN DE CERVANTES

(Conclusión)

Conocíase que pensaba y sentía por sí mismo, escribiendo y juzgando con originalidad individual, y que su espíritu era de una actividad absorbente, flexible, atenta, madura y precoz, que abarcaba, detallaba y apuraba las cosas con una grandiosidad de carácter y sentimientos, y una urbanidad de modales, que le hacían superior á los obstáculos sociales, llevándole á las más altas regiones del idealismo poético y del cristianismo que entonces prevalecían. Es que se había impregnado tanto de las doctrinas políticas de su padre, de la belleza de los clásicos, y de la filosofía moral de la Iglesia católica, que ya era un joven superior á los demás de su tiempo, aunque se pareciese á éstos en las costumbres generales de la vida, y en las preocupaciones que distinguían la época.

Al mismo tiempo los ejercicios militares, la lectura de autores del mismo género, y el trato con gente que había



Hojeando un álbum, dibujo de Cabrinetty



LA VIRGEN DE RIPOLL, cuadro de Enrique Serra



CARRETA DE TÁRTAROS, cuadro de José Brandt

hecho la guerra seguían desarrollando sus aficiones bélicas é inspirándole vivos deseos de entrar en los tercios españoles y brillar á competencia de aquellos héroes que tanto renombre daban á España. Sabía ya que la guerra no es una vida de alegrías y placeres, sino de trabajos y grandes miserias; á pesar de lo cual quería con tanto ardimiento abrazarla, que hasta llegó á expresarse así en los versos estudiantiles:

Y aquel que no ha gustado de la guerra,
A do se aflige el cuerpo y la memoria,
Parece Dios del cielo le destierra.

...La condición hidalga, antigua, brillante de su familia le había abierto las puertas de muchas casas aristocráticas de Madrid; y el lucido papel que venía haciendo en el *Estudio* aumentó el número, á lo cual no contribuía poco su mismo maestro, que era recibido en las principales. Un dato escrito por este nos indica que antes de 21 años, Cervantes ya era muy conocido en los altos círculos de Madrid, pues hablando de él en la *Memoria de los funerales de la reina*, no dice «estos versos son de un querido discípulo mío que se llama fulano de tal,» sino «son de mi querido discípulo Miguel de Cervantes,» como si todo el mundo supiese de quién hablaba. Quizá lo confirma también hasta cierto punto la circunstancia de que D. Juan de Austria le conociese mucho antes de la batalla de Lepanto; aunque el indicio no es tan evidente. Buscando bien, hasta tal vez hallaríamos en sus obras un retrato suyo de perfil que le presentase á aquella edad; porque tengo para mí que muchísimo más adelante se retrató en el paje de la *Gitanilla*. Ello es que ambos convienen en todo, sin discrepar en lo más mínimo. Era el paje, jovencito y de gentil rostro y talle; y él también: era discreto, bien razonado, poeta, y bastante conocido en la ciudad: él también: aunque no fuese rico, ni pobre, era generoso: él también: no se tenía por poeta, pero no necesitaba del auxilio de nadie para hacer los versos que le conviniesen; y tenía por desastrado vivir de la poesía: él también: finalmente creía que el poeta debía auxiliarse de todas las otras ciencias para no humillar á las Musas, y Cervantes siguió y seguía la misma doctrina. Otras coincidencias hay entre ambos, pero corresponden al período siguiente de nuestra historia.

Curioso sería ahora poder rastrear la impresión que los sucesos doméstico-políticos de la corte, la agitación de los moros granadinos y las horrendas persecuciones y alborotos de Holanda causaron por aquel tiempo á Miguel. La monarquía en peso, hasta la misma Europa, se habían estremecido con el misterioso suceso de la prisión y muerte del infante don Carlos, entonces ocurridas, circulando por Madrid los rumores más graves y nutridos acerca de la intervención del veneno en el fallecimiento del joven. Pero sea por la influencia de las ideas monárquicas de su padre, sea por las noticias exactas que se tenían en la sociedad que frecuentaba, no sólo Cervantes no creyó en ellos, sino que así lo demostró en la mencionada *Elegía*, donde se expresa del siguiente modo:

Los amargos suspiros dolorosos,
Las lágrimas sin cuento que ha vertido,
Quien nos puede en su vista hacer dichosos (1),
Al perder á su hijo tan querido,
Aquel mirarse y verse cual se halla
De todo su placer desposeído,
¿Qué se puede decir sino batalla...? etc.

Sin embargo, nada equivalente he hallado respecto á los moriscos y á los luteranos holandeses; bien que su admiración por el cardenal Espinosa, cruel y encarnizado perseguidor de los mahometanos españoles de Granada, nos permiten suplir en esto su silencio.

La primera época de la vida de Cervantes, su infancia y adolescencia, se cierra con la brillante representación que tuvo en los funerales de la reina. Había muerto esta señora el 2 de octubre de 1568, y el Ayuntamiento encomendó al Maestro Hoyos la dirección artística de los funerales que en honor de ella celebró en las Descalzas Reales. Aunque esta muerte acusó también

(1) Felipe II.



TIPO ESPAÑOL, dibujado á la pluma por A. Casanova

gran sensación, dando mucho que murmurar, porque los maliciosos la relacionaban con la del infante don Carlos, tampoco Cervantes aparentó entonces ni después dar la menor fe á aquellas murmuraciones, que por otra parte no eran más que un absurdo. Tomó Hoyos á Miguel por auxiliar, encomendándole, entre otras cosas que ignoramos, un soneto epitáfico y cinco redondillas, que debían figurar en el túmulo y en las diversas figuras alegóricas de que estaba adornado. Además, habiendo dicho López de Hoyos al *Estudio* que, como instituto del Municipio, debían dar el pésame al rey en la persona del cardenal Espinosa, gran inquisidor, los discípulos designaron á Cervantes para hacerlo en nombre de todos, escribiéndole unos versos. Pocos días tuvo el joven para llevar á cabo ambos trabajos, pero los desempeñó tan á gusto de su profesor, que este, al publicarlos el año siguiente, no se cansaba de llamarle *amado discípulo suyo*, como si temiese que el público no comprendiese bien toda la admiración que tenía por el talento de aquel jovencito.

Aquellos versos son de grande interés por diferentes motivos, siendo el primero las influencias literarias; el segundo la doctrina filosófica, y el tercero el talento poético y literario. Leídos y comparados atentamente, hallo la huella evidente de cuatro tipos literarios: el español-genuino, el hispano-italiano de Mena, el de Petrarca y el de Garcilaso; pero el nuevo poeta los refunde todos en su imaginación, formando un solo metal de calidad propia. En efecto, lo que sobre todas las reminiscencias predomina allí es un lirismo especial; no un lirismo colorista – como el que caracteriza á los versificadores italianos y españoles, – no metafísico y pagano como el de Petrarca, – no inmaterial y católico, como el de San Juan de la Cruz, – no pastoral y metafísico, como el de Boscán y Garcilaso, – sino escultural, robustísimamente escultural en la forma, y teológico-moral en el fondo; de lo cual resulta una serie de composiciones en bajo y en alto relieve poéticos, que parecen de un discípulo lejano de Dante.

Cuando dejaba la guerra
Libre nuestro hispano suelo,
Con un repentino vuelo,
La mejor flor de la tierra
Fué trasplantada en el cielo.

He aquí un relieve escultural, digno de ponerse en dibujo; aunque sería inútil, porque ni el mismo Ghiberti lo compusiera mejor, aunque lo cincelara con más elegancia. Escuchad otra cuarteta, ó mejor contemplad otro relieve:

Y al cortarla de su rama,
El mortífero accidente,
Fué tan oculta á la gente, *(la muerte)*
Como el que no ve la llama
Hasta que quemar la siente.

Dese la vuelta á toda la literatura española anterior á estos versos, búsquese entre todos los poetas líricos más eminentes, y de seguro que aunque se hallen bellísimas pinturas, no se hallarán esculturas, y mucho menos esculturas tan helénicamente sencillas, tan precisas y tan sobriamente tratadas como éstas. Cervantes inauguraba un nuevo sistema de lirismo español, el lirismo escultural; y por eso, aunque acometiese la empresa con la cabeza henchida de reminiscencias ajenas, daba unidad personal á sus producciones. Pero ¿conoció él la novedad que producía? Creo que no; y que lo hizo tan sólo por sentir de aquel modo el lirismo. *Versos de diamantes* llamó un día Lope de Vega á los de Miguel, y eso demuestra que le sorprendía aquel modo especial de versificar, y que aunque no se lo explicase, ni lo comprendiese, y muchas veces hasta le desconcertase y disgustase, cuando estaba de sangre fría, había de reconocer su mérito particular, y buscando el modo de expresarlo, no hallaba otro que mentar el relieve del diamante que está engastado. Pero si Cervantes domina con la propia individualidad las reminiscencias de las escuelas estudiadas, no dejan las reminiscencias de ser visibles; sólo que están compuestas de tantos elementos de cada autor, y estos elementos se hallan tan recortados, desmenuzados y revueltos entre sí, que es imposible acusarle de plagio. El Soneto-epitafio, por ejemplo, se inspiró evidentemente en el LIV del *In morte di Laura*, de Petrarca; y aunque hay completa paridad en los giros, la poesía española no es ninguna rapsodia, como ahora mismo podrá verse.

CERVANTES

Aquí el valor de la española tierra,
Aquí la flor de la francesa gente,
Aquí quien concordó lo diferente,
De olivo coronando aquella gente,
Aquí en pequeño espacio veis se encierra
Nuestro claro lucero de occidente,
Aquí yace encerrada la excelente
Causa que nuestro bien todo destierra.
. . . .
Mirad quién es el mundo y su pujanza
Y cómo de la más alegre vida,
La muerte lleva siempre la victoria.

PETRARCA

Or ai fatto l'estremo di tua possa,
O crudel morte: or ai'l regno d'Amore
Impoverito; or di bellezza il fiore
E'l lume ai spento, e chiuso in poca fossa;
Or ai spogliato nostra vitta e scossa
D'ogni ornamento e del sovran suo onore;
Ma la fame e il valor che mai non muore
Non e in tua forza: abbiti ignude l'ossa;
Che l altro a il cielo e di sua chiaritate
Quasi d'un piu bel sol s'allegra e gloria;
E fia'l mondo de buon sempre in memoria.
Vinca'l cor vostro in sua tanta vittoria,
Angel novo, lassu di me pietate;
Come vinse qui'l mio vostra beltate.

Así como este paralelo basta para confirmar que no sólo en aquel entonces Miguel conocía la lengua italiana sino que había estudiado á Petrarca hasta el extremo de saberle de memoria, así una comparación de la misma partida de versos de los funerales demostraría las huellas de los poetas españoles citados, como ya lo hicimos traslucir acerca de Jorge Manrique.

Los metros escogidos para estos trabajos confirman del mismo modo que Cervantes pertenecía á la escuela aglomeradora que quería aprovechar todo lo bueno de Italia, sin renunciar á lo bueno de España: la primera

pieza es un soneto á la italiana; la segunda una redondilla, la tercera una elegía en redondillas, y la cuarta otra elegía en tercetos á la manera italiana, introducida desde don Juan II, y consolidada después por los trabajos de Garcilaso. Como en lo sucesivo Cervantes se mostró fiel al mismo sistema, bien podemos asegurar que tanto si su profesor le indicó los metros de esas composiciones, como si salieron de su propia iniciativa, ya era partidario entonces, á los veintiún años, de aquella escuela, y la había adoptado deliberada y definitivamente. Es indudable también que en todas estas cinco piezas, aunque el autor se resintió de los maestros que habían dejado más huellas en su espíritu, se acordó particularmente de las poesías de Petrarca *In morte di Laura*, *Trionfo della Morte* y *Trionfo della Divinità*. Los que están familiarizados con el gran poeta de Italia lo reconocerán en seguida, y los que deseen comprobarlo, lean estas tres canciones después de pasar los ojos por los versos del joven español. Pero es necesario decir que aunque el imitador sea mucho menos bello que el imitado, y haya entre ambos toda la diferencia de un versificador adolescente á un gran poeta consumado é inspiradísimo, Cervantes merece los calurosos elogios que Hoyos le dió, bien que por cierto número de cualidades raras, que los biógrafos no han sabido ver, aunque eran muy patentes.

Ante todo campea en aquellas piezas una ideología moral y teológica muy diferente de los citados versos del Petrarca, porque así como en éstos la metafísica y el amor sensual se unen estrechamente; en los del español, aunque se tenga en cuenta los intereses terrenos, se los subordina severamente á los dogmas espirituales del catolicismo; y aquellos mismos intereses terrenos se diferencian de los de Petrarca en que no son egoístas, sino nacionales. Miguel pasa continuamente de la desgracia que España ha tenido, perdiendo á una reina que fué símbolo de paz y esperanza de la monarquía, á la gloria de esta reina dejando el valle de lágrimas, donde internamente vivía, por la morada deliciosa donde ha ido á vivir eternamente; y consuela el dolor de los españoles recordándoles que deben aceptar con resignación las decisiones del cielo.

Entre las líneas generales de este tema, que aunque se parezca algo al de Petrarca, no es del todo igual, desenvuelve Cervantes la filosofía que bebió en sus estudios filosófico-teológicos, mostrándose nutridísimo de ellos. El mundo nada es; nuestra pujanza nada vale; la vida más dichosa es la esclava de la muerte; esa muerte es una figura terrible que nos sorprende y ataca en la misma flor de la juventud; y tan callada se acerca, que no la vemos ni sentimos hasta que nos da el golpe fatal; por eso es un tirano fiero, por eso tiene la faz horrible, por eso su memoria nos amarga y encoleriza; pero no tenemos razón en aborrecer tan implacable enemigo, pues nos hiere por orden del cielo, á quien obedece sumisa. La reina era un ángel, y los ángeles no deben morar en la tierra: gracias le sean dadas todavía de que al partir se compadeciese de nosotros, dejándonos á sus hijos, á pesar de ser sus prendas más queridas. Pero donde está más desarrollado y detallado este tema es en la *Elegía al Cardenal*, cuya extensión y altisonancia permitieron al autor desenvolver todos los recursos filosóficos de aquella severa y elevada inspiración. La obra rebosa de la más ideológica doctrina que enseñaban los tratados de filosofía moral y teológica, igualando las páginas más seráficas de Juan de la Cruz, de Luis de Granada y de Luis de León. Imposible parece que los cervantistas no se hayan tomado la molestia de estudiar un documento de tal importancia. Verdad es que como no es fluido, hueco ni rimbombante, lo han hallado desprovisto de interés: miserias, lamentables miserias de la literatura española.

La *Elegía* basta por sí sola para revelarnos lo que Cervantes era á veintiún años, ó sea el cúmulo de estudios que había hecho en la adolescencia, las largas y profundas meditaciones de que los acompañara, y el extenso y precoz desarrollo de su entendimiento. Aunque después produjo obras inmensamente superiores, ninguna me ha causado la sorpresa y estupor de esa, ni me asombra más cada vez que la releo. Inútil sería buscar en los versos juveniles de los más eminentes poetas castellanos nada capaz de competir con ella en pensamientos, madurez, profundidad y composición: hallaríamos poesías más agradables, más fluidas, más frescas, en las cuales, á través de un colorido seductor, descollase la vaciedad y desarreglo. Los que no hayan quedado convencidos de la historia que llevo hecha de este período, lean aquella Elegía, y traten después de comprender cómo fué capaz de componerla un jovencito que no estaba provisto de amplios y sólidos estudios literarios y filosóficos, y de un conocimiento y práctica notabilísimos del hombre y de la sociedad.

Allí no sólo se ve un carácter, sino también un carácter dotado de una inteligencia descollante y segura de sí misma, que se atreve á hablar á un gran personaje con dignidad y competencia. El autor está poseído, bien poseído del asunto que le han encomendado; y lo desempeña con gravedad, con sentimientos de hombre y de cristiano, en tercetos compactos de ideas y bañados de tristeza, que le muestran embargado por el duelo y luto de la corte y transportado por la doctrina católica. Si no supiésemos que lo escribió en edad tan juvenil, no podríamos adivinarlo, ni teniendo en cuenta el esfuerzo que todo poeta suele hacer cuando produce esas composiciones. Aquella serie de pensamientos grandiosos, de reflexiones morales, de pinturas del dolor, de consuelos religiosos se extiende majestuosamente, se prolonga con orden y llaneza, se eleva, baja la voz y vuelve á remontarla, sin agotar sus fuerzas, ni cansarse. El autor se mostraba ya prodigioso en facundia y arte, y comenzaba brillantemente su inmortal carrera.



ARIADNA, escultura de F. Jerace

Pero importa ahora fijarse en el mérito exclusivamente literario, ó sea formalista de aquellas piezas, sobre todo recordando que los cervantistas suelen hacer desprecio de ellas, como si se tratase de una chiquillada. Hoyos, que era hombre competente, distaba mucho de semejante opinión; y en efecto, si el mérito de los versos consistiese tan sólo en la parte fonética, ó sea en la facilidad y redondez de sus períodos, nos explicaríamos la indeferencia y desdén de aquéllos; pero en el siglo XVI se daba aquí gran importancia también á la composición; y respecto de ella las piezas son magistrales, y debieron cautivar á dicho profesor. ¡Con qué arte se pasa en todas del menos al más! ¡con qué pulso seguro y bellamente ondulante el autor traza una línea general, adornándola después con detalles expresivos, nuevos, elocuentes, que se colocan del modo más fácil y holgado, precisando y destacando la idea que estaban destinados á relevar! ¡con qué destreza no coloca la síntesis, y los contrastes, las combinaciones y los coronamientos! La materia está dominada desde el principio alfin, no habiendo un solo detalle que se escape de la dirección del poeta. La *Elegía al Cardenal*, es, como la pieza más importante, la que mejor lo demuestra, debiendo fijarse particularmente en ella los que deseen comprobarlo.

Empero se conoce que el autor no es un lírico colorista, y que aunque su especialidad en la versificación sea la plástica escultural, aquel asunto lacrimoso y filosófico no se prestaba á ese sistema: de aquí la frialdad en los sentimientos, de aquí repetidas disonancias en la armonía de muchos trozos, de aquí faltas de melodía en muchos versos, de aquí gran número de elocuciones duras, antipáticas ó forzadas, que el oído rechaza, y la carencia de aquella vida general que sirve para arrebatar á los lectores desde el principio al fin. En cambio esta misma forma literaria nos revela cosas dignas de saberse, entre las cuales señalaré en seguida la prueba de que Cervantes había nacido verdadero versificador; pues se hallan muchos versos que no sólo están bien, sino que tienen verdadera originalidad.

Hablando Hoyos del estilo, particularmente del de la *Elegía*, lo llama elegante; en lo cual no han estado conformes los biógrafos y críticos cervantistas. Paréceme que el célebre humanista no ha sido bien comprendido, atribuyéndole la posteridad conceptos que no entendió emitir. De las mismas palabras que emplea se deduce que se propuso elogiar la distinción ingeniosa del lenguaje. *Elegía* dice, *en la cual con bien elegante estilo se ponen cosas dignas de memoria*. Verdaderamente la frase está bien conformada, el lenguaje cincelado finísimamente, y el período cerrado del modo más hermético. Pero á veces el concepto se sutiliza y refina demasiado; y entonces la elocución se cimbrea, se doblega, se tuerce, y hasta llega á retorcerse y enroscarse con una flexibilidad y delgadez notabilísimas. Lejos de haber frases mal casadas, todas se distinguen por la energía con que han sido unidas; pues si se hallan versos, donde se atascaron algunas por falta de un consonante adecuado, ó de un medio verso que completase una melodía comenzada, de repente se alínean bien, se estrechan, y aprietan bajo la férrea voluntad del autor, y producen así la medida necesaria. Trozos enteros de lenguaje campean que parecen escritos hoy; y el único defecto esencial que hallo es la sutileza de concepto y frase que ya he señalado. Por consiguiente, Hoyos tenía razón calificando aquella forma de elegante; pues entonces no se daba, como hoy, tan sólo este dictado á lo airoso, fácil y bello. La forma de aquellos versos era notable por estar exenta de vulgaridad, flojedad y ramplonería en las frases; por estar éstas combinadas con robustez é ingenio, y sobre todo por revelar un conocimiento profundísimo de la lengua, pues á los veintiún años sólo podía escribir de aquel modo quien hubiese estudiado el idioma con la asiduidad y buen criterio que he dicho en el trascurso de esta parte.

Cervantes, que quizá asistía ya á las recepciones del cardenal Espinosa, fué conducido por Hoyos á la presencia del magnate para leerle y presentarle la *Elegía* que el *Estudio* le encomendara, después, como es natural, de haberla leído á sus condiscípulos en una reunión privada que se hizo en el mismo colegio. El cardenal Espinosa recibió á la comisión del modo pomposo que entonces se usaba, rodeado de sus cortesanos y empleados, y curioso de ver cómo había desempeñado tan difícil encargo aquel joven aventajado. No sabemos el éxito que tuvo la lectura; mas cabe deducir de la publicación que Hoyos hizo, los más lisonjeros resultados. Consideremos el contraste tan sorprendente como agradable, que hacía la juventud del autor con la grandiosidad de doctrina moral que rebosaba de aquella Elegía; el mérito insuperable de la composición, y el ingenio que campeaba en los versos: consideremos también la emoción que la muerte de la reina había causado en todas aquellas personas, y las ideas literarias que tenían, y nada nos costará convencernos de que Cervantes alcanzó un gran triunfo, y que el cardenal le abrazó cariñosamente, le hizo, según costumbre, un buen regalo, dió al maestro Hoyos la enhorabuena de tener tan brillante discípulo, y los convidó á ambos á su mesa. No menos calurosos serían los aplausos y parabienes de los cortesanos y empleados del cardenal. Aquella casa era el primer salón literario y político de la corte, y como se tenía al dueño por uno de los hombres más peritos en letras humanas y divinas, el eco de aquella victoria debió ser grande en Madrid. Lo cierto es que el maestro Hoyos no hubiera publicado con encomios, ni sin ellos, la *Elegía*, en el caso de no haber gustado mucho.. Así terminó la primera educación de Cervantes.

LUIS CARRERAS

NOTICIAS VARIAS

BOLIVIA

Tenemos algunos datos sobre el importante tratado de límites firmado entre Bolivia y el Perú.

El tratado hace al principio una larga exposición de los antecedentes históricos que obligan á los dos países á permanecer indisolublemente ligados por los lazos del origen, de los derechos é intereses comunes, etc.

Siguen luego los tres artículos principales, que dicen: «Se confirman los límites existentes y reconocidos entre los dos países, salvo en su punto de contacto al sur de Tilicaca.

»Las dos repúblicas negociarán con el gobierno de Chile la modificación del tratado de Aricón en la parte que estipula la retención por diez años de las provincias de Arica y de Tacna.

»Admitida esta modificación, se propondrán á Chile acomodamientos para pagar los diez millones de duros, hipotecando las rentas nacionales de ambos países.

»El Perú cederá este territorio á Bolivia que entregará cinco millones de duros.

»Una vez firmado definitivamente el tratado relativo á estos territorios, se procederá á la demarcación de límites, sobre la base del tratado de límites *ad referendum*.

»Se anularán los gastos de la guerra de los dos países aliados y no podrán ser nunca reclamados por las partes contratantes.»

Las relaciones entre ambos países son en la actualidad excelentes. El gobierno boliviano habría aceptado un millón de duros como arreglo *final* del importe debido por el Perú, á consecuencia de los gastos impuestos á Bolivia por el Perú en la última guerra.

TRAVIESAS DE VIDRIO PARA LOS FERROCARRILES.– M. Bucknal, ingeniero inglés, ha inventado una traviesa formada por dos placas de vidrio unidas por una barra de hierro. El vidrio se obtiene por la fusión de una especie de granito que da á las traviesas una gran resistencia.

LOS PECES ELÉCTRICOS

(Gymnotus electricus, Linn.)

Antes que el hombre conociera la electricidad, de que saca ya y ha de sacar grandes provechos; antes que los primeros observadores hubieran pensado en atribuir á toda otra energía que la cólera de un Dios el fulgor del relámpago y los estragos del rayo, los vertebrados más inferiores llevaban dentro de sí esta fuerza terrible, y sabían servirse de ella á su voluntad para alejar á sus enemigos y para herir á sus víctimas.

Entre los peces dotados de las propiedades eléctricas, hay que citar las diversas especies de torpedo *Torpedo nobiliana* Riss., *marmorata*, Riss., *oculata*, Bel., *Narcine brasiliensis*, Ott., *indica*, H. los malapteruros *(malapterurus electricus* Linn.) los mormiros *(mormyrus cyprinoides*, Linn.) y los gimnotos. Hoy sólo hablaremos de estos últimos.



Fig. 1.—Manifestación eléctrica del gimnoto del acuario de M. Blackfort (De un grabado americano)

Cuerpo prolongado semejante al de las anguilas, pero de grandes dimensiones, cabeza desprovista de escamas, boca guarnecida de una hilera sencilla de dientes cónicos y cuyo borde superior está formado en su centro por intermaxilares, mientras que en la constitución de los lados vienen á cooperar los maxilares, aleta anal larga y cubierta por la piel: tales son los caracteres de estos grandes peces que viven en los ríos y en los pantanos de la América del Sur.

Añádase que los gimnotos tienen también un cinturón escapulario fijo en la cabeza. Su vejiga natatoria es doble, y poseen un intestino ciego gástrico, apéndices pilóricos y oviductos.

Exteriormente nada viene á revelar en estos seres la prodigiosa facultad de que la naturaleza los ha dotado. Al ver el gimnoto del Museo de París, perezosamente adormecido en el fondo de su acuario, se tomaría por una gruesa anguila poco interesante. Pero el rayo dormita: una mano imprudente se acerca al indolente animal y un remolino se produce de súbito en el agua; el pez se agita en todas direcciones y una descarga eléctrica, como puede suministrarla una botella de Leyden, entorpece la mano temeraria y todo el brazo del perturbador permanece algún tiempo paralizado por esta repentina conmoción.



Fig. 2.—El gimnoto eléctrico, según el individuo que se conserva vivo en el museo de historia natural de París.

Desde la más remota antigüedad ha conocido el hombre estos seres maravillosos, y pronto aprendió que su contacto daba estremecimientos más ó menos fuertes, y que el choque se comunicaba hasta por medio de la caña de pescar á la mano que la sostenía.

Trátase de estos peces en Platón y en Aristóteles: los dos filósofos griegos hacen observar que estos habitantes de los mares, que llaman ellos Νάρκη, entorpecen por medio de un sutil veneno las presas de que se alimentan, siendo igualmente rápida la acción de este veneno en el hombre. El poeta Claudio habla en términos expresivos de un pez de este género y «del frío mortal que comunica á la mano del pescador.»

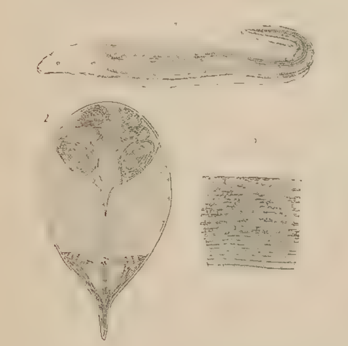


Fig 3.—Organos eléctricos del gimnoto.—1 Vista del órgano en conjunto 2 Corte de un gimnoto—3 Vista de las células del órgano, con el microscopio.

Las fábulas de que la Edad media se mostró tan pródiga vinieron á corroborar este fenómeno; el Renacimiento pasó sin destruirlas, y más tarde aun, en pleno siglo XVII, nos enseña un autor que al decir de los etíopes, los torpedos pueden expulsar á los demonios.

Los comienzos del siglo XVIII no fueron más ilustrados sobre este punto, y en 1712 afirma Kœmpfer con mucho aplomo que se puede evitar la conmoción de estos peces conteniendo la respiración.

Se hallará además en las notables lecciones de fisiología y anatomía de Milne Edwards un tratado muy completo sobre el particular.

«El primer autor, dice por otra parte M. Richet, que haya dado la demostración científica de la identidad entre la conmoción del torpedo y la conmoción eléctrica, es Walsh. Este hombre ilustre hizo sus experimentos en la Rochela en torpedos cogidos cerca de la isla de Re, y los hizo en presencia de los miembros de la Academia de la Rochela y de Seignette, secretario general. Eligiendo para el torpedo los mismos conductores que para la botella de Leyden, y haciendo pasar la descarga por el cuerpo de diversas personas, hizo experimentar los mismos efectos que con la descarga de una batería eléctrica. Todos los cuerpos que interceptan la acción de la electricidad, interceptan la acción del torpedo, y recíprocamente, todos los cuerpos que permiten el paso de la electricidad, son también conductores para la sacudida del torpedo.

»Después de Walsh, Hunter estudió el órgano eléctrico, pero sin hacer observaciones fisiológicas de importancia.

»En fin John Davy, Blainville y Florián de Vellevue hicieron en 1827 simultáneamente experimentos que probaron que la sacudida del torpedo es de naturaleza eléctrica.

»A partir de esta época se multiplicaron los experimentos sobre los peces eléctricos, siendo de los primeros que los hicieron Mateucci en 1838, y Faraday en 1853, y después Bois-Reymond, Armand Moreau, etc.

»En nuestros días se han conocido muchos hechos interesantes por observaciones de Bois-Reymonde Sachs, Steiner y Marey.»

El aparato eléctrico del gimnoto se compone de numerosas columnitas prismáticas rodeadas de tejido conjuntivo, subdivididas por numerosas y trasversales paredes en células situadas unas sobre otras (fig. 3.) Los nervios que las suministran no vienen directamente del cerebro, sino que derivan de la médula espinal de la región posterior del cuerpo. Todas las capas de sustancia gelatinosa y todas las láminas eléctricas tienen sus terminaciones nerviosas alternando de una manera regular con los mismos elementos del alvéolo precedente y del siguiente. Puede considerarse este aparato como una pila de Volta, en la cual las rodajas metálicas, cobre y zinc, están representadas por la lámina eléctrica y la rodaja de paño húmeda por la capa de sustancia gelatinosa. En este aparato que se refiere estrictamente al sistema nervioso, el armazón del alvéolo, armazón formado de tejido conjuntivo, parece tener por única función suministrar sosten á los nervios y á los vasos. La fase anterior de las láminas es electro-positiva, siguiendo la corriente una dirección de atrás adelante. Estos órganos desprenden electricidad á la menor excitación.

El aparato eléctrico no forma aquí una sola masa; en el gimnoto se divide en dos porciones, una para cada lado del cuerpo de que componen juntas cerca de dos tercios de la masa y representan poco más ó menos un séptimo de su peso.

Para que este aparato pueda producir descargas, es preciso que los polos opuestos se comuniquen entre sí. Así, el gimnoto, que parece no ignorar este principio de física, tiene buen cuidado de encerrar en el contorno de su cuerpo encorvado en arco al pez que quiere herir. Arqueándose así, puede la anguila enviar una corriente en la cuerda que junta los dos extremos del arco representado por su cuerpo. Faraday que refiere estas maniobras de que fué testigo, vió cómo un gimnoto hería de esta manera á otro pez, después de haber descrito rápidamente círculos al rededor de él.

Los experimentos de Faraday sobre el gimnoto han venido á ser clásicos, y sin insistir con pesadez en estas cuestiones de pura física, creemos sin embargo útil señalar los resultados más importantes.

En uno de estos experimentos, hecho de concierto con Bois-Reymond, en un gimnoto vivo conservado en Londres, hizo pasar poderosas corrientes de pila al través del agua del acuario en que nadaba el pez, y á pesar de la fuerza de estas corrientes, fué imposible producir descargas más sensibles á la mano. «Al contrario, la sacudida voluntaria dada por el gimnoto en el mismo acuario era en extremo violenta.» Excitando al gimnoto con una varita de vidrio ó con cualquier otro cuerpo mal conductor, el célebre físico obtuvo al principio algunas descargas, pero cesaron muy luego de producirse, como si el pez tuviera conciencia de la inutilidad de sus esfuerzos. «Seguramente, dice M. Richet, hay que admitir que el pez, en el momento de hacer su descarga, tiene conciencia de la naturaleza del esfuerzo que ha hecho.»

La figura 1, reproducida del *Scientific American*, muestra el efecto producido por el gimnoto del acuario de M. Eugenio Blackfort en un guarda que lo cogió torpemente. Este gimnoto, que existe actualmente en Nueva York, divierte grandemente á los curiosos.

El gimnoto parece no dar bien la descarga eléctrica sino voluntariamente y de intención. Una observación hecha últimamente en el Museo de París por el profesor M. P. Vaillant parece del todo concluyente sobre este punto. El gimnoto que vive tranquilamente en su estanque (figura 2) conoce tan bién á su guarda, que puede este tocarlo, moverlo y removerlo sin exponerse á las conmociones que recibirá inmediatamente una mano extraña. El animal pues es dueño absoluto de la fuerza almacenada en sí, de su energía potencial: la fuerza ó facultad eléctrica no se revela sino por su expresa voluntad, y la memoria es suficiente en este pequeño cerebro de pez para permitir al gimnoto que reconozca y distinga la mano amiga de cualquiera otra indiferente ó enemiga.

Para sentir esta conmoción eléctrica no es necesario tocar el pez, sino que basta simplemente meter la mano en el agua del estanque ó acuario que lo contiene y la sacudida no queda limitada á la porción sumergida en el agua.

Por lo demás los gimnotos parecen ser malos vecinos, de costumbres insociables é incómodas. Introducidos en un estanque, su primer cuidado es suministrar algunas descargas vigorosas, y muy luego se ven flotar en la superficie del agua todos sus compañeros de cautividad heridos por las terribles conmociones.

Para terminar este bosquejo, recordemos que M. Marey ha hecho notar con razón que los peces eléctricos desprenden una electricidad que parece reunir las propiedades de la electricidad estática y de la dinámica.

«La descarga eléctrica del gimnoto ó del torpedo, dice M. Richet, se acerca á la electricidad estática por su enorme tensión, su facilidad en atravesar los cuerpos malos conductores y la indiferencia á las grandes resistencias. Se acerca á la electricidad dinámica por sus efectos electrolíticos y por su acción sobre el galvanómetro. En fin la sensación que produce, cuando excita nuestra sensibilidad, es enteramente análoga á la sensación que producen las corrientes de inducción, de modo que sería difícil decir precisamente cuál es la naturaleza de la electricidad producida.»

Mauricio Maindron

Imp. de Montaner y Simón



AÑO VI — BARCELONA 27 DE JUNIO DE 1887 — NÚM. 287

NÚMERO EXTRAORDINARIO. — REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

CAMPAGNUOLO, dibujo á la pluma de A. Fabrés

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

CAMPAGNUOLO, dibujo de A. Fabrés

Mejor que de simple dibujo pudiera calificarse esta obra de verdadero estudio. Esa cabeza, esa actitud, ese aplomo, no son debidos á la simple facilidad de ejecución de un artista; antes bien revelan profunda observación del natural y una firmeza que únicamente se obtiene después que el autor está muy seguro de sí mismo. Fabrés no dibuja por capricho; no confía á la casualidad el efecto que hayan de producir sus trabajos, fruto son éstos de una observación no interrumpida y de un estudio tanto más constante en cuanto menos deba aparecer en la obra artística.

Quien haya visitado Roma y su campo atestiguará que ese hombre existe, que él ha visto ese rostro de gran señor decaído, ese tipo de un pueblo que, en medio de su decadencia, se viste aún con los jirones de la púrpura de sus antiguos Césares. Estos repartieron entre sus antepasados, á la vuelta de la guerra, el campo que regaron con su sudor los vencedores de Cartago. Ya no existen los legionarios romanos; ya no rigen aquellas leyes agrarias que convertían en provechosos labradores á los favoritos de Marte... Pero el tipo se conserva físicamente y el *campagnuolo* no desentona la decoración, cuando el azar le conduce cabe los arcos de triunfo que aun recuerdan las antiguas grandezas de la Ciudad Eterna.

SOBREMESA, cuadro al óleo de Enrique Serra

(Tamaño idéntico al original)

Enrique Serra, que tiene dadas hartas pruebas de su talento, ha querido darnos una de su habilidad, acometiendo un verdadero *tour de force*, como lo es pintar la miniatura sobre tela y con colores preparados al óleo. El resultado obtenido lo demuestra la reproducción que publicamos en este número. Ni la composición, ni los tipos, ni los grupos, ni la actitud de los personajes, se resienten en lo más mínimo de la estrechez de espacio que el autor se ha impuesto voluntariamente. Se dirá tal vez que el tamaño de una composición no supone el tamaño de su mérito: estamos completamente de acuerdo. Pero quien conozca lo que es pintar al óleo, quien esté en los secretos y estrategia de esta clase de procedimiento, comprenderá que si las exiguas proporciones de ese lienzo nada aumentan á la justa reputación del artista, en su calidad de compositor, avaloran sus cualidades de ejecución y su dominio del pincel hasta un punto nada común por cierto. En suma; pictóricamente hablando, lo mucho cabe en lo poco.

Ahora sólo nos resta preguntar: ¿á qué viene ese *tour de force*? ¿Es delicado epigrama para criticar la manía creciente de los cuadros que parecen pintados á tanto el metro? Es muy probable que no haya sido tal la intención de Serra; pero no es menos cierto que mereciera haberlo sido.

EL PUERTO DE BARCELONA, dibujo de Baixeras

El arte es muy vasto, como es muy vasta la ciencia. Si ilimitado es el campo de acción de la inteligencia que investiga las leyes y fenómenos de la naturaleza y de la sociedad, las manifestaciones puramente externas de una y de otra no son menos múltiples y variadas. De aquí la necesidad de los especialistas en ciencias y en artes. Baixeras es un especialista; el mar le atrae, como los astros atrajeron á Galileo; y el mar le dará gloria, como los astros se la dieron al que *sintió rodar nuestro globo bajo su planta*.

Pero no basta querer ser especialista para serlo en el sentido del arte. Es menester consagrarse por completo al estudio predilecto, dominar no tan sólo sus formas, sino su espíritu, su sentimiento, aquello á que el vulgo de los artistas no puede aspirar, porque el dibujo y la pintura no son simplemente unas cuantas líneas y unas cuantas pinceladas hechas con sujeción á reglas. Por esto las obras de los verdaderos especialistas, como Baixeras lo es, tienen olor, color y sabor; y basta examinar el dibujo que hoy publicamos para que el menos inteligente se convenza de la exactitud de nuestras afirmaciones.

PAISAJE, de Marqués

Marqués trabaja mucho y hasta llegamos á temer que trabaje demasiado. La naturaleza le impresiona y de sus impresiones dan buena cuenta su lápiz ó sus pinceles. Pero quien tiene las condiciones de Marqués ha de renunciar á esos triunfos fáciles de una fecundidad que se revela correctamente. Por lo mismo que puede aspirar á mayores alturas, hemos de ser más exigentes con él: no se arredre ante la idea de producir menos; las obras de arte no se venden al peso, y pues, gracias á Dios, ha podido contraer ante el público el compromiso de ser un artista de primera fuerza, ¡séalo como nosotros lo deseamos!

APUNTE Á LA PLUMA, de J. Beraud

He aquí una obra que ni puede revelar menos pretensiones, ni puede encubrir menos disimuladamente las buenas cualidades de su autor. Es imposible llegar á la verdad completa con más modestos recursos. El artista ha hecho más que sorprender á la naturaleza; la ha confiado á los gavilanes de una pluma, y ésta ha producido sin esfuerzo un prodigio de verdad.

ANTES Y DESPUÉS DEL DESAYUNO, cuadros de Knigth

El autor de estos dibujos es un artista norte-americano, huido del estruendo del Niágara y bien hallado á orillas del Sena. París le acogió con aplauso, y en la Exposición de 1881 llamó la atención con los dos cuadros cuyo dibujo reproducimos en el presente número. Representan uno y otro el mismo tipo, la mujer de las orillas del Sena, especie anfibia, que tiene algo de la esposa del marinero y algo de la hortelana de los mercados.

Knigth se prendó de ese modelo y lo trasladó al lienzo en dos distintas actitudes, correspondientes casi á un mismo instante de la vida física. Tituló esas composiciones *Antes y Después del desayuno* por más que una de ellas más parezca representada en el acto de desayunarse; y en una y otra figura demostró hasta qué punto domina el natural y consigue que sus obras no trasciendan á él.

DE VUELTA DEL BAÑO, dibujo de V. Benaud

No conocemos al autor de ese apunte, y sin embargo debe ser un profesor consumado. De él podríamos decir que si dispara como apunta, raras veces dejará de dar en el blanco. ¡Cuánta espontaneidad en la fuerza que hace esa mujer; cuánta naturalidad en las tres figuras; cuánto realismo en el todo de la composición!...

GENTE MENUDA, cuadro de K. Raupp

En nuestro número 284 dabamos cuenta de las singulares condiciones del autor de este cuadro. Sus obras, fruto de una observación no interrumpida, tienen un carácter de sencillez y de verdad que las hace extremadamente simpáticas. La muestra que hoy publicamos confirma este concepto: Raupp es el poeta idílico, exuberante de expresión y de ternura, cuando confía á sus pinceles el gran canto de la querida patria.

EL ESTIGMA, cuadro de Luis Knaus

Este cuadro es todo un drama, tan sentido, tan bien expresado, que casi no necesita explicación. Esa infeliz joven fué madre cuando no tenía derecho á serlo... Los honrados vecinos de su país natal huyeron de ella como de la peste se huye; porque la creyeron apestada del corazón, enfermedad más contagiosa que todas las enfermedades epidémicas. Imprimieron el estigma del público desprecio en aquella frente que hasta entonces fué pura, y la *fiera* hubo de refugiarse á los bosques. Pero las fieras de los bosques también son madres, y la madre del cuadro de Knaus ha redimido, á fuerza de amor y de privaciones, la falta del pasado. ¡Pobre mujer!... La primavera de la vida es para ella un prematuro otoño... El artista, en un mismo lienzo, ha condenado y ha absuelto á la amante y á la madre.

Este cuadro ha sido otra de las perlas del último Jubileo de Berlín.



NUESTRO ARTE MODERNO

TEMORES Y ESPERANZAS

(Con motivo de la Exposición de Bellas Artes del año 1887)

Cuadros de costumbres. Paisajes. – Marinas. – Perspectivas é interiores. Flores y bodegones. – Animales. – Acuarelas, grabados, dibujos: el arte aplicado á la industria.

Afortunadamente para el arte, los géneros que entro ahora á considerar están libres de la funesta moda de colorir sin dibujar; quiero decir, de este *impresionismo* que, en el dominio de la pintura histórica y más elevada, sólo ha realizado hasta ahora, contra la pintura de las viejas escuelas, un cuarto de conversión en cuya virtud, pareciendo huir de lo convencional y teatral en los asuntos, las personas, la expresión y los trajes, se ha vuelto al teatro y se ha metido en él de rondón para robarle sus telones y decoraciones. - No hay remedio: para producir buenos cuadros de costumbres, buenos paisajes, buenas marinas, buenas perspectivas; para pintar bien interiores, animales, frutas y flores y todo lo que entra en el vasto campo de la naturaleza exterior, es absolutamente necesario renunciar á las cómodas teorías impresionistas, dibujar, acusar fielmente la forma y el color de los objetos, y no pagarse puerilmente de notas sueltas, más ó menos brillantes, más ó menos sentidas. ¡Ay del pintor de género ó de costumbres si lleva á los seres y objetos que han de intervenir en sus sencillos asuntos ese funesto exterminio de las bellas líneas, esa fiera trituración de las humanas formas, esa rabia seudo-realista que se complace en no dejar á salvo nada bello, nada noble, nada superior!

Los autores de los cuadros que voy á citar, así lo han comprendido, y consuela el ver cuánto progresa estudiando concienzudamente el natural, sin pedantismo, la falange artística que cultiva hoy en España este campo apenas roturado hasta estos últimos años. *Los padres del celebrante después de la misa nueva*: así titula su autor, D. José Alcázar Tejedor, un lienzo - demasiado grande á la verdad para tal asunto, – en que un joven sacerdote que acaba de cantar su primera misa, sentado en el presbiterio para recibir según costumbre los plácemes de sus parientes y amigos, abraza á su anciana madre, arrodillada delante de él y deshecha en lágrimas, mientras el sexagenario padre, al taparse la cara con el pañuelo, descubre la emoción que le domina. El sol que ilumina el templo, las luces, las rosas que á profusión adornan el altar, forman como una atmósfera de felicidad en consonancia con el santo júbilo que rebosa en el pecho del nuevo sacerdote; pero repito que el asunto no era para tratado en tamaño natural, y menos habiéndose propuesto el autor dejar en boceto las cabezas y las manos de la mayor parte de las personas.

El patio de un parador; de la señorita doña Elena Brokmann. El asunto no puede ser más sencillo: la escena pasa en un espacioso portal de un mesón, donde vemos una vieja que hila, á su lado una muchacha con un cántaro en la cabeza; junto á una puerta, cuatro hermosos niños; al lado opuesto dos hombres, uno de ellos sentado en un barril encendiendo su pipa; al fondo un mozo que lleva un tonel rodando hacia la bodega; en el centro dos borricos, descansando uno de ellos su cabeza en el cuello del otro; un perro echado, varias gallinas picando en el suelo. Hay naturalidad y verdad en el conjunto y el conveniente estudio en cada una de las partes: la ejecución es franca sin presunción, y detenida sin nimiedad; y la joven autora demuestra tan excelentes disposiciones para este género como para el en que le hemos visto ya distinguirse.

¡Chist! Una mujer joven, madre ó hermana, ó niñera, vela el sueño de un niño sentada junto á su cuna. Apenas puede llamarse asunto, y sin embargo cautiva el cuadro por la ingenuidad y sencillez con que está compuesto, y por lo simpático del procedimiento con que su autor, D. Juan Llimona y Bruguera, ha conseguido dar á esta tranquila escena luz, armonía, y *brillante color sin amontonar colores.*

Lectura de familia, por D. Victoriano Codina. Es un gabinete con todo el *comfort* de un *drawing-room* inglés, donde una familia acomodada pasa tranquilamente el tiempo escuchando una lectura. Si la escena fuera real y no figurada, nadie se tomaría la molestia de [illegible] en ella. ¿Por qué la contemplamos con gusto? Porque este pequeño lienzo, interpretando con energía lo natural y común, nos hace apreciar en ese cómodo y agradable interior, en la elegante y sencilla decoración de ese gabinete, en esa alfombra, en ese tapete, en esos sillones, en el buen gusto de los trajes, en el tipo y porte de las personas, esa indefinible, mágica é impalpable veladura que pone el arte sobre la naturaleza, aun representando las escenas más comunes.

Y siguen unos cuantos cuadros de escenas militares:

El vivac y el *Campo de maniobras*, de D. José Cusachs; *El toque de avance*, de D. Evaristo Barrio; una *Carga de coraceros*, de D. Marcelino Unceta; el *Encuentro*, por D. José Aguado y Guerra. En todos ellos hay buen color y expresión, y tendencia á representar la vida militar bajo su más favorable aspecto, el del sacrificio por la patria en la guerra. Estos cuadros son anuncios de que tendremos con el tiempo ingenios como los Détaille y Neuville, templados al calor de los inevitables horrores de Marte.

Pero es preciso para esto no contentarse con la reproducción del natural en reposo, que tan fácilmente se obtiene de la fotografía, ni con tomar la acción y el movimiento de esta ó de aquella estampa francesa ó alemana; hay que abrazar la misión con seriedad, hay que imponerse el sacrificio de estudiar en el cuartel, en el campamento, en el lugar de la refriega, y que compartir las privaciones y penalidades del soldado, al sol, entre las nieves, con los aguaceros y chubascos y con los lodos hasta la rodilla, y también sus alegrías y alborozo en la victoria y en el botín, exponiéndose á compartir también sus dolores en los hospitales de sangre. Así se han formado los grandes artistas consagrados á las escenas de la vida militar, y de algunos pintores holandeses de combates navales se refiere que no esquivaron el exponerse á las balas y abordajes de los navíos ingleses y españoles.

La pintura de paisaje es de las que están haciendo más visibles progresos: jamás en este género han sobresalido nuestros artistas como hoy, pues exceptuado Iriarte, imitador de Claudio de Lorena, los demás, incluso el tan afamado Collantes, valían poco. Ni el mismo Murillo era en este género pintor aventajado: no había en sus vaporosos paisajes verdad alguna; sí por el contrario mucho convencionalismo y amaneramiento. Sólo Velázquez, que fué grande en todo lo que no se rozaba con la mitología y el ideal clásico, llegó á pintar el campo con sus bosques, ríos y montañas, tan bien como Rubens. La instalación de la *Cátedra* (!!) de paisaje entre los estudios de la Escuela especial de pintura, y su desempeño por el reputado D. Carlos de Haes, han dado excelente fruto: se empieza ya á tomar del natural lo que antes se pedía prestado á otros pintores, esto es, hay ya algunos que piden directamente al original la inspiración que antes amoldaban al modo de ver y sentir ajeno: la afición á estudiar en el campo se ha propagado, y de todas nuestras provincias salen hoy excelentes paisistas que rivalizan con los de la Escuela de Madrid en el modo de interpretar las múltiples y espléndidas manifestaciones de esta misteriosa naturaleza terrestre, eterno Proteo, que pareciendo uno é invariable, se presenta á cada artista bajo un aspecto diferente. Doce paisistas, entre otros varios y buenos quizá, nos dan en la actual Exposición la muestra de sus peculiares prismas y de los aspectos que más les cautivan en la naturaleza. Gracias á este progreso, ya no pintan todos de la misma manera, ya no miran con los ojos del *maestro*, sino con los suyos propios: cada cual constituye entidad artística separada, con su personalidad y su subjetividad propia, acaso no todavía espontánea siempre, pero en camino de serlo. Unos buscan lo grandioso, como Ramos Artal en su *Impresión de lluvia (en Toledo)*, y Espina y Capo en su *Niebla en el Tíber*. Otros lo melancólico, como Larraga con su *Paisaje* n.° 48, campo desierto con una charca que le atraviesa, y en lontananza unos pocos árboles secos y un celaje incendiado por el sol poniente; como Urgell, que con su lienzo que titula *Entre dos luces*, mera planicie desnuda con una larga estría luminosa entre cielo y tierra, donde se presiente la inmensidad del mar, abre en el alma un ilimitado horizonte de meditaciones; como D. Augusto Comas y Blanco con su *Silueta de Toledo en otoño;* como D. Francisco Cabanzón con sus *Lagunas del Linzio en Galicia.* Prefieren otros la naturaleza sin anuncios siniestros ó fatídicos y en la majestuosa plenitud de su reposo; y nos la representan así, en su *Paisaje orillas del Guadalquivir* D. Manuel García Rodríguez; en su trozo de Sierra titulado *Otoño*, D. Miguel Carbonell Selva; en su *Paisaje*, con bosque reflejado en la serena tabla de un río, D. José Franco y Cordero; don Francisco Guasch y Homs en sus *Alrededores del Tajo;* y D. José Vilar en su *Monasterio de Sancti-Spiritus*, donde el inteligente artista ha comprendido que para cautivar al espectador le bastaba estudiar á conciencia, como lo ha hecho, las montañas, los peñascos rodados de la localidad, sus plantas, los cortes producidos por las aguas en su terreno. Otros, por fin, nos presentan la naturaleza risueña y engalanada con el manto de verde y oro que le presta la primavera; y hasta la amenizan con accidentes que provocan agradables impresiones, como sucede con el *Paisaje* n.° 644 del señor Pineda y Montón, que nos hace ver un rebaño de tímidos corderos ahuyentado por la aproximación de una aullante y humeante locomotora que viene arrastrando su cola de wagones.

Viniendo ahora á las *Marinas*, género de pintura al cual aplico las mismas reflexiones que dejo apuntadas respecto del paisaje, á excepción de lo que se refiere á la Escuela de Madrid, de la que no es propia esta rama del arte, considero dignos del mayor aplauso los inmensos progresos de que dan testimonio los lienzos de los señores Abril y Blasco, Urgell, Meifren, Morera, Ocón, Campuzano, Escalera, Ruiz Luna, y Muriel y Lleonart. – Escalera con su núm. 218, *Mar en calma;* Ocón con su núm. 578, *Costa con un muelle y en él un fuerte;* Morera con su *Puerto de Rouen;* Meifren con su *Puerto* anónimo núm. 495; Lleonart y Senent con su *Ola y dos buques en lontananza*, nos demuestran que saben sentir la serena grandeza de ese inmenso é imponente desierto de aguas que llamamos *mar*, aun en sus momentos de reposo. – Los señores Muriel y López (don Luis) y Campuzano (don Tomás) nos le muestran con toda la placidez de que es capaz quien nunca deja de ser imponente, aunque la poesía aduladora le suponga *risueño*: la *Marina* del primero es un cuadro ligero, fresco, transparente; las *Lanchas de altura* del segundo son un lienzo simpático por su gran verdad y por el admirable efecto de conjunto. Colócate á la conveniente distancia, y tomando como primer término esa barca que viene á atracar á la orilla, verás qué bien entendida perspectiva, qué bello panorama se te presenta. – A veces el poderoso elemento toma un aspecto pavoroso, como el que nos pone á la vista don Salvador Abril y Blasco con su cuadro *En alta mar*, que nos pinta con una verdad que hace erizar el cabello las olas verdinegras de que es juguete la pobre lancha pescadora, cuando sopla viento de borrasca que no teniendo ya velas que tronchar desahoga su furia arrancando de la cresta de las olas descargas de blancas espumas. No menos que á espectáculos dramáticos y aterradores se presta la pintura de marinas á la melancolía, que lo mismo que en el paisaje, se expresa con efectos de luz ó con materiales ruinas. El señor Urgell, á quien hemos visto habilísimo paisista, en su *Marina* núm. 813, playa con dos lanchas, sólo con la luz crepuscular de la escena y con la pobreza de las barcas pescadoras que ha puesto en seco en el arenal, nos infunde tristeza; mientras el señor Ruiz Luna en los *Restos de un naufragio*, llega al mismo resultado por medio del lastimoso cuadro de los destrozos que produjo la deshecha y bárbara tormenta. Esa desierta playa mojada, ahora silencioso campo de desolación y muerte, donde sólo queda un mástil tronchado que la mar depositó en la arena al tragarse la nave á que pertenecía, nos presenta de lejos dos largas olas que braman sordamente como el león que se aleja del lugar donde devoró su presa, las cuales se deshacen sin llegar á la orilla, señal de la calma que renace, como renace paulatinamente en el ánimo la tranquilidad, y la serenidad en ese cielo rasgándose á trechos el velo de nubes que aun oculta al sol.

Pero desde luego reconocemos en todos estos cuadros, quiénes de



SOBREMESA, notable cuadro al óleo, de Enrique Serra
(Tamaño idéntico al original)

sus autores están familiarizados con las escenas marítimas, y quiénes no, porque este género de pintura demuestra hasta qué punto es cierta la afirmación de Renán de que sólo los que han pasado su infancia junto al mar, son los que saben cuántas asociaciones de ideas profundas y poéticas se forman ante el animado espectáculo que ofrecen sus riberas.

Perspectivas é interiores. – Requiere este género una fiel y completa sujeción al natural, sin lo que nada significa. Viene descollando en él muchos años há el Sr. Gonzalvo y se muestra hoy este digno profesor en el mismo alto puesto á que llegó en su más brillante carrera artística. Su *Interior de la Seo de Zaragoza* y su *Sala Capitular de la catedral de Toledo en el día de Jueves Santo,* durante la piadosa ceremonia del Lavatorio, son dos cuadros en que no se sabe qué satisface más, si la ciencia del perspectivo, ó la conciencia alemana del ejecutante, ó la exactitud de tonos del colorista. El *Interior de la sacristía del Escorial,* del Sr. Sigüenza, está asimismo bien dibujado y su color es verdadero; sólo las figuras que animan esta perspectiva dejan algo que desear. – El Sr. Sánchez Ramos en su *Interior de la catedral de Avila* se muestra ingenuo y veraz intérprete del natural

Pintura de animales. – He aquí una rama del arte desgraciadamente descuidada por nuestros antiguos pintores, y muy atendida por los flamencos y holandeses del siglo XVII. Velázquez, que había nacido con la intuición de la forma de todo lo viviente, fué el único español que pintó admirablemente los caballos y los perros: rivalizó en esto con Snyders, con Pablo de Vos y con Fyt, los más eximios *animalistas (animaliers* dicen los belgas y franceses), y aun los superó en cuanto á los perros; pero en Velázquez se resume toda la savia de nuestra patria en este linaje de arte, sin que quede más que una pequeña parte para Orrente, y fuera de él y después de él no hay nada. Modernamente viene siendo este género la constante aplicación de muy privilegiados ingenios extranjeros, y tomando de ellos ejemplo algunos de nuestros pintores, – como D. Alejandro Seiquer, nos prometen producciones que rivalicen con las de Wyllie, Carter y Davis. Hasta ahora el Sr. Seiquer no se ha empeñado en composiciones complicadas, pero su *Huida de patos* parece un preludio de cosas de mayor importancia. Sus estudios *La Primavera, Un hallazgo* y *Cabezas de gatos,* son verdaderas joyas por su verdad, por la observación perspicaz que revelan, y por la brillantez de su color, que en las siete cabecitas de gato es un verdadero esmalte.

Flores, frutas y bodegones. Cuando años atrás considerabamos la distancia á que se quedaron en la pintura de las flores nuestro Arellano y nuestro Vanderhamen respecto de Daniel Seghers, Brueghel de Velours, Van-Kessel y tantos otros flamencos ilustres, hubiéramos afirmado sin titubear que el genio español era inepto para esta clase de arte. Más aún, vista la superioridad de los neerlandeses sobre el mismo Mario Nuzzi, á quien los italianos apellidan por antonomasia *Mario de' fiori,* hubiera yo creído que todos los artistas de raza latina nacían con una inferioridad notoria para esta pintura imitativa, comparados con los de raza germánica. Pero los hechos han venido afortunadamente á demostrar que los ingenios meridionales no sienten la belleza de las galas espléndidas, aunque efímeras, de los jardines con menos energía que los del norte. Apareció primero Mirabent como eximio pintor de flores; siguieron luego algunos otros: Gessa, Lengo, arrancaron aplausos en las exposiciones celebradas desde 1871 hasta 1884; y ahora es el bello sexo principalmente el más dado á poner de relieve las encantadoras combinaciones de las flores unas con otras y de las flores con las frutas y con la cerámica y las ricas estofas de Oriente: los tisures y los brocados, los vasos de Sèvres con los tapetes de la Iraca y de Stambul. – Sobresalen en este género las señoras y señoritas D.ª Fernanda Francés, D.ª Emilia Menassade, D.ª María Luisa de la Riva y algunas otras; como también D. Carlos Hurtado y Corral y D. Manuel de la Rosa. Hoy, merced á estos cultivadores de tan apreciado arte, no es éste ya patrimonio exclusivo de los flamencos, holandeses, ingleses y demás artistas del norte; y el progreso se extiende á los cuadros de caza *(nature morte)* y comestibles, á que se viene dando el grosero nombre de *bodegones,* aunque no se desdeñaran de aplicar á tal género sus pinceles Velázquez, Zurbarán y Murillo, y más cerca de nosotros el fecundo D. Luis Menéndez. La señorita de Francés pinta unas ostras y unos langostinos que podrían pasar por pesca afortunada de Van Es ó Van Utrecht, y D. Carlos Hurtado hace olvidar con sus chochas, perdices y langostas, los trofeos culinarios amontonados en los escaparates de Chevet y de Lhardy.

Acuarelas, grabados y dibujos. Otro género que se practicaba muy poco entre nosotros y que, dando injustamente al olvido las espiritosas invenciones de D. Luis Paret y Alcázar, solo vino á renacer y ponerse de moda cuando Fortuny y Martín Rico aplicaron á él el fecundante calor de sus impresiones estéticas, es la acuarela. Hoy tenemos un Fabrés (D. Antonio) que hace verdaderas maravillas con este procedimiento, empleado como se usa hoy sin el escrúpulo de monja que veda mezclar con la acuarela colores de cuerpo. Recomiendo á mis lectores que procuren ver estas preciosas composiciones de Fabrés, particularmente sus tipos africanos *Un ladrón* y *La calumniada;* y como paisajes, el *Descanso* y *el Crepúsculo.* El señor Fabrés saca de la acuarela todo el partido que podría obtener otro con el óleo, y al mágico efecto del conjunto reune la esmerada conclusión de las partes, á tal punto, que al tratar los accesorios, acusa con la mi- [illegible] verbigracia, los relieves de la orfebrería repujada, los bordados, los zequíes de la diadema femenil, los adornos del traje del hombre; en suma, todo lo que es característico en su cuadro.

Entre los grabados sobresalen, como siempre, los de nuestro exacto y energico Maura: *Familia de Carlos IV,* del célebre cuadro de Goya del Museo de Madrid, y *Presentación de Don Juan de Austria á Carlos V,* copia de Rosales. También son buenas aguas-fuertes las de Araujo, á quien conocíamos como maestro consumado en las acuarelas, pero no como grabador: sus tres *Cabezas,* dos sacadas del famoso lienzo de *Los Síndicos* de Rembrandt, y otra tomada del natural, le dan un puesto muy distinguido en el género que tan admirablemente practicaron el gran Ribera, Goya y Fortuny.

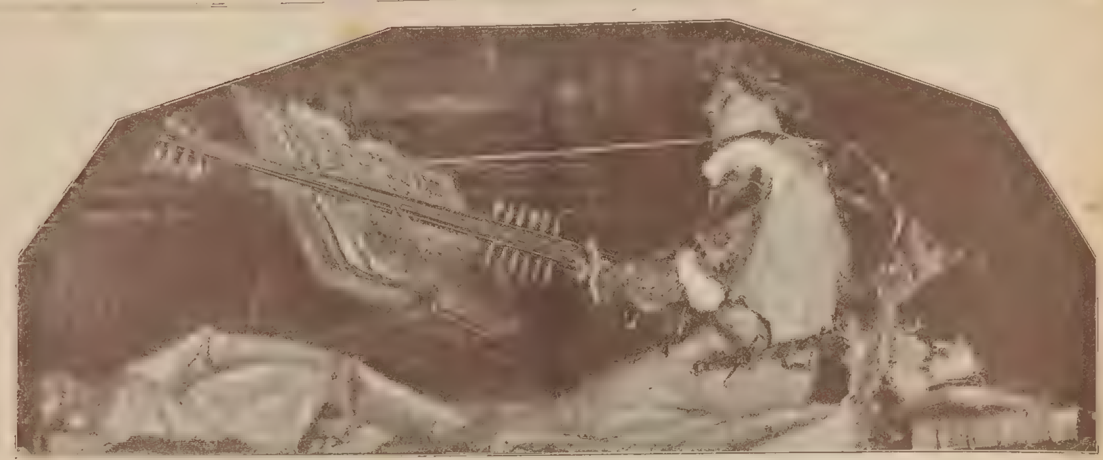
Por sus dibujos, son muy dignos de llamar la atención de los entendidos, los señores García y Más, n.º 294 del catálogo; Rigalt, *dibujos á la aguada,* números 683 á 687; Rabadé y Vallvé, *dibujo de tapicería* número 667, y *dibujo de alfombra* n.º 668; y sobre todos los citados, el señor Pascó y Mensa. Este inteligente é ingeniosísimo dibujante, tan hábil en el manejo del lápiz, de la pluma y del pincel, cuanto experto en el conocimiento de los diferentes estilos que nos ofrece la larga historia de las artes, ha presentado multitud de composiciones llenas de gracia, frescura y elegancia, de las que ha ejecutado para las publicaciones *España* y *Arte y Letras* que salen á luz en Barcelona. Nadie, por otra parte, aplica mejor que él á las diversas in- [illegible] la cerámica, los tejidos, la encuadernación, etc, las [illegible] llas formas artísticas, de que son brillante muestra los *dibujos* que ha hecho para la *Fábrica de Escofet y Fortuny* de la propia ciudad: nadie más fecundo para inventar motivos ornamentales nuevos, siempre marcados con el sello de la distinción. Por ser D. José L. Pellicer director artístico de esta ILUSTRACIÓN, suprimo los elogios que tiene muy merecidos por sus trabajos núms. 603 al 607. La segunda medalla que le ha sido adjudicada con justicia notoria, suplirá mi delicada parsimonia á propósito de tan benemérito dibujante.

En mi artículo V y último daré cuenta de las obras de Escultura y Arquitectura que, aunque muy escasas, merecen particular atención.

PEDRO DE MADRAZO



EL PUERTO DE BARCELONA, dibujo de Baixeras



PINTURAS DECORATIVAS EN EL PALACIO DE MURGA EN MADRID, por F. Pradilla

PRADILLA Y SUS OBRAS MÁS RECIENTES

Hace algunos meses publiqué en *El Imparcial* un artículo que titulaba: *El Nuevo Pradilla.* Muchos, al leer el epígrafe, creyeron iba á referirme á algún nuevo pintor que súbitamente se revelaba, como se reveló Pradilla años atrás, pasando de un salto, por obra y gracia de su célebre cuadro, *Doña Juana la Loca*, de simple pensionado de número de la Academia de España en Roma á pintor eminente y laureado.

Pero no era así. No se trataba de citar un novísimo ejemplo de entrarse de rondón en el Parnaso, haciendo andrajos las portadas, que decía Quevedo; el nuevo Pradilla á quien yo dedicaba mi artículo era el propio Excelentísimo Sr. D. Francisco Pradilla, ex-Director de la Academia Española en Roma; y si el *nuevo Pradilla* le designaba, era competentemente autorizado por su reciente obra, los techos del Palacio de Murga, tan desemejante y distinta á todas las que hasta el presente produjo su pincel, que de hecho le crean una nueva personalidad artística; advierto, sólo, que si grande fué la primera, es más grande la segunda.

Ya esto de manifestarse en un mismo artista dos fases diversas de talento, no es nuevo; del *perugino* Rafael al romano Rafael media una sima; casi la distancia que entre el encantador y ferviente Perugino y el colosal Miguel Angel, de la purísima devoción á la belleza ideal, á la tremenda religión de las Sibilas y á la revolución de los Titanes. Nuestro Velázquez en su primera fase tiende al *Españoleto* y á las escuelas de Bolognа; y si admirable es en *Los borrachos*, es insuperable en *Las Hilanderas*, allí donde su espíritu revolucionario, en la manera de ver y reproducir el natural, llegó á su apogeo; y así de los demás. Pradilla obedece también á esa ley general, pero la evolución, en él, es más profunda; se verifica más filosóficamente que en otro alguno. Además, no se trata de un cambio superficial de manera, ni de un modo diverso de apreciar la forma y el color; á mi ver va más hondo: aspira á un ideal positivo dentro del arte moderno

Ahora bien: ¿se da el mismo Pradilla cuenta y raciocina este nuevo impulso de su elevada fantasía?

Los grandes artistas, según opinión muy general y justificada, son siempre inconscientes. Producen prodigios porque sí; porque sienten dentro de su ser un prurito, una necesidad, un ardor, en suma, un indefinido conjunto de impulsos que les obliga á crear, á pesar suyo.

En la ciencia sucede lo mismo.

Colón, queriendo resolver un problema de navegación, descubrió un nuevo mundo; Galbani, haciendo observaciones sobre las ranas, encontró la electricidad.

Pradilla, además, busca siempre. Su espíritu inquieto estudia sin cesar, no ya la pintura, que domina en absoluto, sino la esencia filosófica del arte. Por eso la originalidad que en él encontramos no es la de la manera, ya sea en la disposición de la composición, ya en las líneas, en el color ó el modo de apreciar el natural; su originalidad está en la esencia misma de la obra, en el sentimiento que despierta, en ese conjunto indefinido de impulsos que le obliga á crear, como antes decía, y que es el genio.

Durante mucho tiempo, aun en estos nuevos trabajos que publica en este número La Ilustración Artística, se observa la lucha entre las dos tendencias de Pradilla: la antigua y la nueva; pero triunfa la última y se impone, y según la obra adelanta, lo que va produciendo es mejor, más nuevo, más desemejante á sus cuadros anteriores, buenos sí, muy buenos, pero sin el carácter de suprema belleza, de gusto y elegancia infinitos, que campean en estos techos del Palacio de Murga.

Si en general las palabras crítica y admiración tienen sentidos diametralmente opuestos, en el caso actual, juzgando estos trabajos de Pradilla, crítica y admiración se





PINTURAS DECORATIVAS EN EL PALACIO DE MURGA EN MADRID, por F. Pradilla



PINTURAS DECORATIVAS EN EL PALACIO DE MURGA EN MADRID, por F. Pradilla

funden en una sola resultante, ¡admiración! ya que sólo con la admiración se puede hacer plena justicia á la obra de nuestro laureado artista.

Dársela de puritano, poner peros á esta obra, buscarla fatigosamente puntos vulnerables, me resulta tan mezquino como el rasgo de aquel rey que motivó «las cuentas del gran Capitán.»

Ver defectos en esos lienzos espléndidos, donde el genio hizo brotar bellezas infinitas, lienzos que hacen feliz á todo artista honrado que los mira, lo considero lamentable cortedad de vista ó supina pequeñez de espíritu.

* * *

Pradilla es opuesto al cuadro de historia en general. No digo que lo diga; digo que lo piensa.

Comprende que esta forma, la más aparatosa del arte, no puede encerrar el ideal moderno, y sí sólo, - y esto en el mejor caso, - un pretexto plausible para ejecutar hermosos trozos de pintura y lucir condiciones de pintor.

Ahora bien: ¿Basta este resultado á un pensador profundo que, como él, sabe apreciar la inmensa importancia del arte en la historia? ¿Basta pintar bien un trozo ó componer superiormente un grupo, dar con una línea feliz, ó acertar una tonalidad justa y bella en un cuadro, para que éste sea, – en otras edades venideras, – lo que debe ser y fué siempre el arte, es decir, el mejor espejo de la época en que se produjo?

De otra parte, ¿son sentimientos de estos días nuestros los sentimientos arcaicos que aparecen inspirando las más de esas obras?

¿Son, siquiera, esos sentimientos que se pintan los mismos que en su día movieron á aquellos personajes del pasado, cuyas ideas, maneras y fisonomías en nada se parecen á las nuestras?

Y el público mismo que aplaude, ¿no se engaña frecuentemente con falsos oropeles y se entusiasma sin fundado motivo con rasgos del pasado que cree concebir y no concibe sino falsamente y en la forma teatral y aun zarzuelística que en el arte de las exposiciones se presenta?

Recordemos los éxitos de hace 25 años. Ahora nos reímos de lo que entonces pasmaba.

Y es que una historia controvertible y controvertida en manos de discípulos de fotógrafo no puede ser el colmo del saber moderno. El ideal que eso representa no es suficientemente elevado para pintar lo que nosotros somos, lo que creemos y á lo que aspiramos; y es bien triste que no habiendo existido nunca una época en la historia más rica en cultura y nobles aspiraciones que la nuestra, ni jamás alcanzado el espíritu humano un vuelo más alto, nos contentemos en las manifestaciones del arte, con mascaradas más ó menos felices y mejor ó peor pintadas...

. . . .

* * *

Pradilla que estudia, que piensa, que discute continuamente hasta consigo mismo, Pradilla que vé este vacío en el arte y á la par siente resonar en su alma los espléndidos acordes de estas grandes aspiraciones nuestras hacia el bien, la belleza y la justicia, busca con ahinco el asunto filosófico de estos sentimientos y la forma plástica de estos acentos, que no por ser más grandiosos que los que en otras edades resonaron, deben ser forzosamente estériles para el arte.

Una de sus fuentes es la naturaleza misma, única inagotable.

Siempre que el pensamiento humano se acercó á la naturaleza, la estudió y la amó, resultó arte sublime. Siempre que se alejó de ella, vino la esterilidad y la muerte.

Pradilla ama la naturaleza, la estudia con entusiasmo... Por eso sus obras tienen el ambiente divino de la incom-





PINTURAS DECORATIVAS EN EL PALACIO DE MURGA EN MADRID, por F. Pradilla

parable realidad sorprendida en sus momentos más bellos, que es el arte.

Mirad, si no, esos techos del Palacio de Murga y veréis qué perfecta dicha, qué felicidad rebosan esas ninfas que se lanzan por los aires entre nubes transparentes, como las que en este momento ocupan el cielo de Italia.

Mirad los céfiros rompiendo la niebla... hermosos como rayos del sol... dichosos en su amable tarea de alejar sombras de la tierra y dar alegría á los mortales. Ved esas criaturitas entre flores, representando á las artes en su forma más encantadora, y si ideales y puros como apariciones, construídos, no obstante, como construía Rafael y pintaba Andrea del Sarto.

El todo se aleja del arte común y corriente moderno, como se aleja una sonata de Mozart, toda distinción y simpatía, de las murgas callejeras; y más que por la manera admirablemente sencilla de concebir y la aún más admirable de pintar, por su espíritu de pureza, de dicha y grandiosidad... eco lejano de la lira de tres cuerdas del viejo Homero, suave reminiscencia del laud de Rafael.

***

Pradilla para revelar al mundo lo que es y lo que vale, para desarrollar toda la atención de su sentimiento artístico, necesita lo que necesitó Miguel Angel: una inmensa bóveda como la de la Capilla Sixtina, un enorme lienzo de pared como el que ocupa *El Juicio final*, siquiera un techo como el de la Sala del Trono del Palacio de Madrid, ó como el de la escalera del Escorial. Así, y sólo así, sin limitaciones, ni exigencias, libre de trabas su espíritu, podrá dar forma á nuestras ideas modernas, encontrar en el arte de la pintura las colosales líneas que trazó Beethoven, pintura de nuestra alma moderna con todas sus pasiones y grandes entusiasmos, dichas y dolores.

En el alma del pensador Pradilla existen latentes estos elementos, esperando como el arpa del verso de Bécquer que una hábil mano venga á pulsarla.

Luis de Llanos

DOS CUENTOS JAPONESES

Cierto amigo mío, que está ahora en el Japón, ha tenido la buena idea de enviarme de allí, por el correo, un lindo y curioso presente. Consiste en doce tomitos, impresos en un papel tan raro, que más parece tela que papel, y con multitud de preciosas pinturas intercaladas en el texto. Lo pintado es mucho más que lo escrito, y está pintado con grande originalidad y gracia.

Si lo escrito estuviese en japonés yo me quedaría con la gana de entenderlo, porque no sé palabra de la lengua ó lenguas que se hablan ó escriben en el Japón. Sólo sé que los japoneses tienen muchos libros, y que algunos de ellos, novelas sobre todo, están ya traducidos en varias lenguas europeas, y particularmente en inglés, francés y alemán. Por dicha los doce tomitos, ó cuadernitos que poseo, aunque impresos y pintados en Tokio, están en lengua inglesa, y son cuentos para niños, á fin de que los niños del Japón aprendan el inglés. Parece que estos cuentos, enteramente populares, están tomados palabra por palabra de boca de las niñeras japonesas; y debe de ser así, porque la candidez de la narración lo deja ver á las claras.

Me han agradado tanto estos cuentos que no sé resistirme á la tentación de poner un par de ellos en castellano. Elijo los dos que me parecen más interesantes: uno porque se diferencia mucho de casi todos los cuentos vulgares europeos; y otro por lo mucho que se asemeja á ciertas leyendas cristianas, como la de San Amaro, la de otro Santo, referida por el Padre Arbiol en sus *Desengaños místicos*, y la que ha puesto en verso el poeta americano Longfellow en su *Golden Legend*. Sin más introducción, allá van los cuentos.

EL ESPEJO DE MATSUYAMA

Mucho tiempo ha vivían dos jóvenes esposos en lugar muy apartado y rústico. Tenían una hija, y ambos la amaban de todo corazón. No diré los nombres de marido y mujer, que ya cayeron en olvido, pero diré que el sitio en que vivían se llamaba Matsuyama, en la provincia de Echigo.

Hubo de acontecer, cuando la niña era aún muy pequeñita, que el padre se vió obligado á ir á la gran ciudad, capital del Imperio. Como era tan lejos, ni la madre ni la niña podían acompañarle, y él se fué solo, despidiéndose de ellos, y prometiendo traerles, á la vuelta, muy lindos regalos.

La madre no había ido nunca más allá de la cercana aldea, y así no podía desechar cierto temor al considerar que su marido emprendía tan largo viaje; pero al mismo tiempo sentía orgullosa satisfacción de que fuese él, por todos aquellos contornos, el primer hombre que iba á la rica ciudad, donde el Rey y los magnates habitaban, y donde había que ver tantos primores y maravillas.

En fin, cuando supo la mujer que volvía su marido, vistió á la niña de gala, lo mejor que pudo, y ella se vistió un precioso traje azul que sabía que á él le gustaba en extremo.

No atino á encarecer el contento de esta buena mujer cuando vió al marido volver á casa sano y salvo. La chiquitina daba palmadas y sonreía con deleite al ver los juguetes que su padre le trajo. Y él no se hartaba de contar las cosas extraordinarias que había visto, durante la peregrinación, y en la capital misma.

«A tí, dijo á su mujer, te he traído un objeto de extraño mérito: se llama espejo. Mírale y dime qué ves dentro.» Le dió entonces una cajita chata, de madera blanca, donde, cuando la abrió ella, encontró un disco de metal. Por un lado era blanco como plata mate, con adornos en realce de pájaros y flores; y por el otro, brillante y pulido como cristal. Allí miró la joven esposa con placer y asombro, porque desde su profundidad vió que la miraba, con labios entreabiertos y ojos animados, un rostro que alegre sonreía.

«¿Qué ves?» preguntó el marido, encantado del pasmo de ella y muy ufano de mostrar que había aprendido algo durante su ausencia. «Veo á una linda moza, que me mira y que mueve los labios como si hablase, y que lleva ¡caso extraño! un vestido azul, exactamente como el mío.» —Tonta, es tu propia cara la que ves; – le replicó el marido, muy satisfecho de saber algo que su mujer no sabía. —Ese redondel de metal se llama espejo. En la ciudad cada persona tiene uno, por más que nosotros, aquí en el campo, no los hayamos visto hasta hoy.»

Encantada la mujer con el presente, pasó algunos días mirándose casi á cada momento, porque, como ya dije, era la vez primera que había visto un espejo, y, por consiguiente, la imagen de su linda cara. Consideró, con todo, que tan prodigiosa alhaja tenía sobrado precio para usada de diario, y la guardó en su cajita y la ocultó con cuidado entre sus más estimados tesoros.

Pasaron años, y marido y mujer vivían aún muy dichosos. El hechizo de su vida era la niña, que iba creciendo y era el vivo retrato de su madre, y tan cariñosa y buena que todos la amaban. Pensando la madre en su propia pasajera vanidad al verse tan bonita, conservó escondido el espejo, recelando que su uso pudiera engreir á la niña. Como no hablaba nunca del espejo, el padre lo olvidó del todo. De esta suerte se crió la muchacha tan sencilla y candorosa como había sido su madre, ignorando su propia hermosura, y que la reflejaba el espejo.

Pero llegó un día en que sobrevino tremendo infortunio para esta familia hasta entonces tan dichosa. La excelente y amorosa madre cayó enferma; y, aunque la hija la cuidó con tierno afecto y solícito desvelo, se fué empeorando cada vez más, hasta que no quedó esperanza, sino la muerte.

Cuando conoció ella que pronto debía abandonar á su marido y á su hija, se puso muy triste, afligiéndose por los que dejaba en la tierra y sobre todo por la niña.

La llamó, pues, y le dijo: «Querida hija mía, ya ves que estoy muy enferma y que pronto voy á morir y á dejaros solos á tí y á tu amado padre. Cuando yo desaparezca, prométeme que mirarás en el espejo, todos los días, al despertar y al acostarte. En él me verás y conocerás que estoy siempre velando por tí.» Dichas estas palabras, le mostró el sitio donde estaba oculto el espejo. La niña prometió con lágrimas lo que su madre pedía, y ésta, tranquila y resignada, expiró á poco.

En adelante, la obediente y virtuosa niña jamás olvidó el precepto materno, y cada mañana y cada tarde tomaba el espejo del lugar en que estaba oculto, y miraba en él, por largo rato é intensamente. Allí veía la cara de su perdida madre, brillante y sonriendo. No estaba pálida y enferma como en sus últimos días, sino hermosa y joven. A ella confiaba de noche sus disgustos y penas del día; y en ella, al despertar, buscaba aliento y cariño para cumplir con sus deberes.

De esta manera vivió la niña, como vigilada por su madre, procurando complacerla en todo como cuando vivía, y cuidando siempre de no hacer cosa alguna que pudiera afligirla ó enojarla. Su más puro contento era mirar en el espejo y poder decir: «Madre, hoy he sido como tú quieres que yo sea.»

Advirtió el padre, al cabo, que la niña miraba sin falta en el espejo, cada mañana y cada noche, y parecía que conversaba con él. Entonces le preguntó la causa de tan extraña conducta.

La niña contestó: «Padre, yo miro todos los días en el espejo para ver á mi querida madre y hablar con ella.» Le refirió además el deseo de su madre moribunda y que ella nunca había dejado de cumplirle

Enternecido por tanta sencillez y tan fiel y amorosa obediencia, vertió él lágrimas de piedad y de afecto. Y nunca tuvo corazón para descubrir á su hija que la imagen que veía en el espejo era el trasunto de su propia dulce figura, que el poderoso y blando lazo del amor filial hacía cada vez más semejante á la de su difunta madre.

EL PESCADORCITO URASHIMA

Vivía muchísimo tiempo hace, en la costa del mar del Japón, un pescadorcito llamado Urashima, amable muchacho, y muy listo con la caña y el anzuelo.

Cierto día salió á pescar en su barca; pero en vez de coger un pez, ¿qué piensas que cogió? Pues bien, cogió una grande tortuga con una concha muy recia y una cara vieja, arrugada y fea, y un rabillo muy raro. Bueno será que sepas una cosa que sin duda no sabes, y es que las tortugas viven mil años; al menos las japonesas los viven.

Urashima, que no lo ignoraba, dijo para sí: «Un pez me sabrá tan bien para la comida y quizás mejor que la tortuga. ¿Para qué he de matar á este pobrecito animal y privarle de que viva aún novecientos noventa y nueve años? No, no quiero ser tan cruel. Seguro estoy de que mi madre aprobará lo que hago.» Y en efecto, echó la tortuga de nuevo en la mar.

Poco después aconteció que Urashima se quedó dormido en su barca. Era tiempo muy caluroso de verano cuando casi nadie se resiste al mediodía á echar una siesta.

Apenas se durmió, salió del seno de las olas una hermosa dama, que entró en la barca y dijo: «Yo soy la hija del dios de la mar y vivo con mi padre en el Palacio del Dragón, allende los mares. No fué tortuga la que pescaste poco há y tan generosamente pusiste de nuevo en el agua en vez de matarla. Era yo misma, enviada por mi padre, el dios de la mar, para ver si tú eres bueno ó malo.

»Ahora, como ya sabemos que eres bueno, un excelente muchacho, que repugna toda crueldad, he venido para llevarte conmigo. Si quieres, nos casaremos y viviremos felizmente juntos, más de mil años, en el Palacio del Dragón, allende los hondos mares azules.»

Tomó entonces Urashima un remo y la Princesa marina tomó otro; y remaron, y remaron y remaron, hasta arribar por último al Palacio del Dragón, donde el dios de la mar vivía é imperaba, como Rey, sobre todos los dragones, tortugas y peces. ¡Oh qué sitio tan ameno era aquel! Los muros del Palacio eran de coral; los árboles tenían esmeraldas por hojas, y rubíes por fruta; las escamas de los peces eran plata; y las colas de los dragones, oro. Piensa en todo lo más bonito, primoroso y luciente que viste en tu vida, pónlo junto, y tal vez concebirás entonces lo que el Palacio parecía. Y todo ello pertenecía á Urashima. Y ¿cómo no, si era el yerno del dios de la mar y el marido de la adorable Princesa?

Allí vivieron dichosos más de tres años, paseando todos los días por entre aquellos árboles con hojas de esmeraldas y frutas de rubíes.

Pero una mañana, dijo Urashima á su mujer: «Muy contento y satisfecho estoy aquí. Necesito, no obstante, volver á mi casa y ver á mi padre, á mi madre, á mis hermanos y á mis hermanas. Déjame ir por poco tiempo y pronto volveré.» – «No gusto de que te vayas;» contestó ella. «Mucho temo que te suceda algo terrible: pero vete, pues así lo deseas y no se puede evitar. Toma, con todo, esta caja, y cuida mucho de no abrirla. Si la abres, no lograrás nunca volver á verme.»

Prometió Urashima tener mucho cuidado con la caja y no abrirla por nada del mundo. Luego entró en su barca, navegó mucho, y al fin desembarcó en la costa de su país natal.

Pero ¿qué había ocurrido durante su ausencia? ¿Dónde estaba la choza de su padre? ¿Qué había sido de la aldea en que solía vivir? Las montañas, por cierto, estaban allí como antes: pero los árboles habían sido cortados. El arroyuelo, que corría junto á la choza de su padre, seguía corriendo: pero ya no iban allí mujeres á lavar como antes la ropa. Portentoso era que todo hubiese cambiado de tal suerte en solos tres años.

Acertó entonces á pasar un hombre por allí cerca, y Urashima le preguntó:

«¿Puedes decirme, te ruego, dónde está la choza de Urashima, que se hallaba aquí antes?» el hombre contestó: «¿Urashima? ¿cómo pregunta por él, si hace cuatrocientos años que desapareció pescando? Su padre, su madre, sus hermanos y los nietos de sus hermanos, há siglos que murieron. Esa es una historia muy antigua. Loco debes de estar cuando buscas aún la tal choza. Hace centenares de años que era escombros.»

De súbito acudió á la mente de Urashima la idea de que el Palacio del Dragón, allende los mares, con sus muros de coral y su fruta de rubíes, y sus dragones con colas de oro, había de ser parte del país de las hadas, donde un día es más largo que un año en este mundo, y que sus tres años, en compañía de la Princesa, habían sido cuatrocientos. De nada le valía, pues, permanecer ya en su tierra, donde todos sus parientes y amigos habían muerto, y donde hasta su propia aldea había desaparecido.

Con gran precipitación y atolondramiento pensó, entonces, Urashima en volverse con su mujer, allende los mares. Pero ¿cuál era el rumbo que debía seguir? Quién se lo marcaría? «Tal vez, caviló él, si abro la caja que ella me dió, descubra el secreto y el camino que busco.»

Así desobedeció las órdenes que le había dado la Princesa, ó bien no las recordó en aquel momento, por lo trastornado que estaba.

Como quiera que fuese, Urashima abrió la caja. Y ¿qué piensas que salió de allí? Salió una nube blanca que se fué flotando sobre la mar. Gritaba él en balde y suplicaba á la nube que se parase. Entonces recordó con tristeza lo que su mujer le había dicho de que, después de haber abierto la caja, no habría ya medio de que volviese él al Palacio del dios de la mar.

Pronto ya no pudo Urashima ni gritar, ni correr, hacia la playa, en pos de la nube.

De repente, sus cabellos se pusieron blancos como la nieve, su rostro se cubrió de arrugas, y sus espaldas se encorvaron como las de un hombre decrépito. Después le faltó el aliento. Y al fin cayó muerto en la playa.

¡Pobre Urashima! Murió por atolondrado y desobediente. Si hubiera hecho lo qué le mandó la Princesa, hubiera vivido aún más de mil años.

Dime: ¿no te agradaría ir á ver el Palacio del Dragón, allende los mares, donde el dios vive y reina como soberano sobre dragones, tortugas y peces, donde los árboles tienen esmeraldas por hojas y rubíes por fruta, y donde las escamas son plata y las colas oro?

J. Valera

F. PRADILLA



PINTURAS DECORATIVAS EN EL PALACIO DE MURGA EN MADRID



PINTURAS DECORATIVAS EN EL PALACIO DE MURGA EN MADRID, por F. Pradilla



PINTURAS DECORATIVAS EN EL PALACIO DE MURGA EN MADRID, por F. Pradilla

EL ALCALDE DE ZALAMEA (1)

Esta obra, universalmente considerada como una de las joyas del teatro español, y por muchos como la más excelente y preciosa del teatro de Calderón, requiere de nosotros estudio tan detenido como pueden consentirlo los límites de la presente *Enciclopedia*.

Es acusación harto vulgar contra el gran dramaturgo castellano de fines del siglo XVII, y aun contra todo nuestro teatro de esa centuria, la de ser pálido en la pintura de caracteres, sacrificados con mucha frecuencia á la intriga y al rápido movimiento escénico, ó convertidos en tipos convencionales, faltos de la variedad admirable que la naturaleza humana ostenta en cada individuo. Algún fundamento tiene este reparo, si superficialmente se examinan las cosas, puesto que rara vez mostraron nuestros dramáticos aquel poder de observación interna, aquella vista profunda de los misterios del alma, aquel paciente y menudo análisis de los ocultos móviles que guían al hombre á la heroicidad ó al crimen, aquella portentosa facultad psicológica que unida y combinada con un poder de fantasía no menor, levanta á tan inconmensurable altura las creaciones de Shakespeare. Oponíase á que nuestro teatro pudiera lograr iguales efectos y desarrollar igual riqueza, los límites harto exiguos en que tenía que encerrarse la fábula, el carácter de improvisación que el teatro español tuvo desde el principio, la movilidad de impresiones á que los autores habían acostumbrado á su público, errante siempre entre innumerables intrigas y personajes sin cuento, con ninguno de los cuales llegaba á trabar verdadero conocimiento.

Pero aunque esto, dicho en tesis general, sea ó parezca exacto, no lo es tanto cuando se desciende al estudio particular de cada autor y de cada obra. Quizá la lectura de Calderón (cuyo repertorio es el que adolece más que otro alguno de ese convencionalismo y amaneramiento) ha contribuído á acreditar la idea crítica a que hacemos estos leves reparos. Conforme el teatro español fué acercándose á sus postrimerías, creció en él el falso idealismo, y la tendencia á los tipos abstractos ó genéricos, no menos abstractos en su línea que los de la Tragedia francesa. Pero no procedían así los autores de principios de aquel siglo: Lope, Tirso, Alarcón, y aun algunos poetas de segundo orden, en todos los cuales el mundo aparece más variado y más rico, y se muestran caracteres, si no tan complejos y detallados como los del gran trágico inglés, á lo menos no inferiores á ellos en el arranque y en la fuerza incial que les dió vida perenne y fecunda. Sea ejemplo que puede suplir otros muchos, el tipo eterno de *D. Juan*.

Pero aun sin salir del teatro de Calderón, pueden encontrarse brillantes excepciones á esa regla general que le proclama grande en la intriga y débil en los caracteres. Ninguna excepción más brillante y gloriosa que *El Alcalde de Zalamea*, obra en la que parece que Calderón se propuso derramar con profusión y hasta con despilfarro lo que tanto había escatimado en otras. En esta obra, verdaderamente excepcional, rebosa la vida hasta en los personajes más secundarios. No hay obra tan á propósito como esta para mostrar que nuestro teatro, con ser tan grande, quizá hubiera podido ser mayor, si hubiera querido ceñir y estrechar más de cerca la realidad humana

El contraste que esta obra presenta con la mayor parte de las de Calderón, se explica atendiendo de una parte al carácter histórico ó semihistórico que el drama tiene, á la viveza con que se conservaba en la memoria del pueblo el tipo de D. Lope de Figueroa (cuyo acabado retrato es una de las mayores bellezas del drama) y de otra parte á los antecedentes harto cercanos que la pieza de Calderón tiene en otra de Lope, á quien directa ó indirectamente hay que acudir siempre que se trata de investigar los orígenes de cualquiera invención escénica de las que han ocupado nuestras tablas. Hoy es del dominio público, merced á las doctas investigaciones de D. Juan Eugenio Hartzenbusch, consignadas en una *Memoria de la Biblioteca Nacional*, correspondiente al año 1864, que *El Alcalde de Zalamea* de D. Pedro Calderon de la Barca es refundición, ó más bien imitación libre y felicísima, de *El Alcalde de Zalamea*, comedia de Lope de Vega, la cual se conserva manuscrita en nuestra Biblioteca Nacional, en la riquísima colección de obras dramáticas que perteneció al insigne crítico D. Agustín Durán.

El primitivo *Alcalde de Zalamea* es, sin duda, una de las obras más desiguales del inmenso repertorio de Lope, circunstancia que á la vez que justifica el hecho de la refundición, nos explica la causa de que la obra original cayese tan prontamente en olvido, y llegara á convertirse en una verdadera curiosidad bibliográfica, atribuyéndose, merced á este olvido, todo el lauro de la invención al segundo poeta que logró dar al asunto su forma dramática perfecta y definitiva. Pero por grande que este mérito sea, la crítica, imparcial siempre y justiciera, debe dar á cada uno lo que es suyo, reconociendo y estimando en su justo valor los riquísimos elementos que Calderón encontró en la obra algo confusa y desordenada de su inmortal predecesor. Comparando ambos dramas, la ventaja ni por un momento resulta dudosa, y esto no por inferioridad del ingenio de Lope (que en sus grandes momentos á nadie fué inferior y que acertó á tratar con el mayor vigor é intensidad trágica asuntos muy semejantes al de *El Alcalde de Zalamea* en obras de tan altos quilates como *Peribáñez* y *El Comendador de Ocaña*, *Fuente Ovejuna*, *El Mejor Alcalde el Rey*, etc.), sino por ser su *Alcalde de Zalamea* una de las más débiles piezas de su inagotable repertorio, á cuyo motivo se debe quizá el que no la incluyera en ninguna de sus colecciones, ni la mencionara siquiera en ninguno de los catálogos que formó de sus obras dramáticas. Pero como al verdadero genio se le conoce y descubre, aun en sus rasgos más descuidados, no deja de haber altas bellezas en este primitivo *Alcalde*, aparte del mérito capital de la invención primera. Un breve análisis de esta casi desconocida pieza mostrará sus principales semejanzas y diferencias con la obra popularísima de Calderón, una de las pocas suyas que se han mantenido constantemente en el teatro.

Pedro Crespo, labrador de Zalamea, tiene dos hijas solteras, que por la noche hablan desde sus rejas con el capitán D. Diego y con su hermano D. Juan, pertenecientes á un tercio que se encuentra alojado en la villa de Zalamea (Extremadura). Precisamente por los mismos días el vecindario de Zalamea pone la vara de Alcalde en manos de Pedro Crespo, el cual la acepta después de repetidas excusas, mostrando desde el principio de su gobierno aquella mezcla de honrada altivez, de espíritu justiciero, de rústico candor y de maliciosa ingenuidad que son los principales rasgos de su carácter, tal como Lope lo ha concebido y desarrollado en una serie de escenas, que tienen mucho de cómicas y ofrecen no leves puntos de semejanza con las del gobierno de Sancho en la Insula Barataria. Pero pronto más graves asuntos ponen á prueba el claro discurso y el recio temple de Pedro Crespo. Cae en sus manos un papel en que los Capitanes rondadores de sus hijas anuncian su propósito de sacarlas de noche engañadas con palabra y cédula de matrimonio. El Alcalde trata de evitarlo, previniendo de un modo indirecto á sus hijas contra el peligro que las amaga de parte de quienes *en viéndolas sin honra, han de publicallo á gritos*. Pero todo en balde: las doncellas emprenden la fuga, cayendo afortunadamente en manos de su padre y de un criado suyo que estaban emboscados y que logran salvarlas de las garras de sus robadores, haciendo prisionero en la refriega á un Sargento que acompaña á los Capitanes y que viene á ser el soldado fanfarrón ó *miles gloriosus* de la pieza.

Hasta aquí el primer acto. En el segundo aparece D. Lope de Figueroa con el mismo singular carácter que en la obra de Calderón, con su misma brusquedad militar y honrada, jurando y perjurando, lastimado por los dolores de la gota. El conflicto con el Alcalde es el mismo, aunque condensado en rasgos menos enérgicos. También es idéntico en sustancia el resto de la acción. Las dos hijas de Pedro Crespo llegan, al fin, á huir con sus robadores que las abandonan después de violarlas. Su padre, que en vano ha corrido á libertarlas, cae en manos de una partida de soldados que le atan á un árbol. Allí, para complemento de su desgracia, ve pasar á sus hijas, que, temerosas de su venganza, no se atreven á desatarle. Y allí permanece hasta que un fiel criado suyo llega y rompe sus lazos. La situacion no puede ser más intensamente dramática

Entre tanto los Capitanes que habían arrebatado la honra á las hijas del Alcalde, se entregaban al merodeo en el término de Zalamea, cometiendo mil desafueros y tropelías. El Alcalde logra sorprenderlos una noche, los pone en prisiones, recibe de sus hijas las cédulas de matrimonio que ellos les habían firmado y comienza por hacerlos casar, antes que apunte la aurora del día siguiente. Hay en el diálogo rasgos muy felices:

ALCALDE. ¿Sabéis lo que me debéis?
D. JUAN. Sí sabemos: ¿qué queréis?
ALCALDE. Quiero que, en saliendo el día,
Con mis hijas os caséis.
D. DIEGO. Es nuestra sangre muy clara.
ALCALDE. Pues si es clara, bueno fuera
Que primero se mirara
Porque no se oscureciera.
. . . .
D. DIEGO. Cualquiera humilde partido,
Rendidos á vuestros pies,
Damos por bien recibido
Pero ¿qué ha de ser después?
ALCALDE. Lo que Dios fuere servido.
. . . .

Al día siguiente llega á Zalamea Felipe II de jornada para Portugal, y sabedor de la prisión de los Capitanes, pregunta por ellos al Alcalde y exige verlos. El Alcalde contesta con su habitual lacónica energía:

ALCALDE. Enfadaráse, pardiez,
Conmigo cuando los vea.
REY. ¿Enfadarme yo? ¿Por qué?
ALCALDE. Porque siendo el Juez mayor,
No os hice á vos el juez;
Mas yo, como Dios me ayuda,
Hice lo que supe hacer.
Descubrid este balcón;
Aquí mis yernos veréis.
. . . .

Y, efectivamente, los ve, pero degollados.

El diálogo continúa con la misma sublime rapidez:

REY. ¡Válgame Dios! ¿Qué habéis hecho?
ALCALDE. Pardiez, hice lo que ve.
REY. ¿No era más justo casallos?
ALCALDE. Sí, señor, ya los casé
Como la Iglesia lo manda,
Pero aforquélos después.
REY. Pues para haber de aforcallos,
¿Por qué los casasteis?
ALCALDE. . . . . Fu[illegible]
Porque ellas quedaran viudas,
Y no rameras. . . . .
. . . .
Forzar doncellas ¿no es causa
Digna de muerte?
REY. . . . . Sí es;
Pero si son caballeros
Era justo ver también
Que habíais de degollarlos,
Ya que os hicisteis su juez.
ALCALDE. Señor, como por acá
Viven los hidalgos bien,
No ha aprendido á degollar
El verdugo. . . . .

Estos últimos versos han pasado íntegros á la obra de Calderón, el cual, como se ve, debe á Lope algo más que materiales informes. El desenlace también difiere poco: el Rey aprueba lo hecho; las hijas de Pedro Crespo van á un convento, y él queda por Alcalde perpetuo de Zalamea.

Hé aquí el primer bosquejo del grandioso drama *municipal* que hoy admiramos. Tal como se lee en el único texto conservado, la obra de Lope parece haber sufrido mucho en manos de copistas y refundidores. Hartzenbusch ha hecho notar que la versificación del segundo y tercer actos abunda en largos romances, bastante ajenos de la manera de Lope, el cual en sus obras dramáticas empleaba siempre mucha riqueza de metros y de combinaciones rítmicas. De aquí deducía aquel inolvidable poeta y erudito, que la de Calderon era ya, por lo menos, la tercera refundición: indicio claro de la belleza y popularidad del asunto. Con el nombre de Rojas, y el título algo extraño de *El garrote más bien dado*, corre también, en impresiones sueltas y descuidadas, una comedia de *El Alcalde de Zalamea*; pero ésta sólo se diferencia de la de Calderón en variantes levísimas, originadas, sin duda alguna, por incuria de los editores. Por otra parte, nadie ha de sentirse tentado á atribuir á Rojas la paternidad de obra tan bella, cuando vemos que el mismo Calderón la reconoce por suya en la lista de sus comedias, que envió al Duque de Veragua.

Cuantas innovaciones introdujo Calderón en la obra que imitaba, otras tantas fueron felicísimas y magistrales. Redujo á una sola las doncellas violadas, y á uno solo también los dos Capitanes, evitando así que el interés se dividiese, y sustituyendo á estos cuatro personajes de Lope, tan débiles y descoloridos, dos figuras humanas que si no alcanzan talla gigantesca la de Pedro Crespo ó de D. Lope de Figueroa, tienen, no obstante, en cuanto dicen y hacen, alma y acento propio. Tomó de Lope el asombroso tipo del Alcalde, pero reforzando más sus rasgos salientes, y borrando alguna incongruencia que en Lope le desluce. Tomó también el germen del carácter de D. Lope de Figueroa, pero dándole mucho más relieve, y al mismo tiempo mayor intervención en la fábula. Creó el tipo episódico, pero en su línea perfecto del hidalgo pobre, y sacó, por último, del limbo de la oscuridad, de la muchedumbre soldadesca anónima y mal definida que anda en el drama de Lope, los tipos rápidamente esbozados, pero inolvidables, de Rebolledo y La Chispa. Así resultó su obra, á la vez que un drama histórico (en la más alta y profunda acepción de la palabra), un verdadero *cuadro de género*, que riñe con casi todo lo restante del teatro de Calderón, y se acerca unas veces á la manera grande y briosa de Tirso, al paso que otras se atreve á competir con lo más selecto del mismo Shakespeare.

No fueron menos trascendentales, aunque á primera vista de menos bulto, las alteraciones que hizo en el plan de Lope. Las principales resultaron de la modificación felicísima introducida en el carácter de la protagonista, que en vez de liviana y antojadiza como las dos malandantes doncellas de Lope, es un dechado de honestidad y de modestia. Por esta vez guió bien á Calderón su concepto enteramente idealista de la virtud y pureza femeninas; concepto que llevado hasta la exageración en sus comedias *de capa y espada*, dió á todas un tinte de uniformidad, bien lejano de aquella variedad prodigiosa de las mujeres de Lope.

Es evidente que la pureza del tipo femenil concebido por Calderón excluía toda complicidad de parte de Isabel en el proyecto de rapto. Es más: sólo por un concurso de circunstancias fortuitas, y no dependientes de la voluntad de la honestísima doncella, podía aquel consumarse. Así la vemos desde las primeras escenas, retraerse con su prima Inés á las habitaciones mas altas de la casa, mientras en ella se alojan los soldados. Obedece en ello á la voluntad paterna, pero todavía más á su propio instinto de paloma tímida y á cierto vago presentimiento de su futura desgracia. Cuando el Capitán oye de labios de su Sargento encomios repetidos de la hermosura de aquella labradora, tiénela al principio en poco; pero luego la ausencia despierta en él la curiosidad, la privación sirve de acicate al apetito:

Y sólo porque el viejo la ha guardado,
Deseo ¡vive Dios! de entrar me ha dado
Donde está. . . . .

Para penetrar en su habitación, finge quimera con un soldado, y logra verla y hablarla. Sobrevienen Pedro Crespo y su hijo, mozo arriscado y de grandes alientos, uno de los personajes nuevos de la obra de Calderón. Padre é hijo caen en la cuenta, pero cada cual obra según su carácter respectivo: el padre con reconcentrado disimulo, el joven con braveza impetuosa.

JUAN. Y yo sufriré á mi padre,
Mas á otra persona nó.
CAPIT. ¿Qué habías de hacer?
JUAN. Perder
La vida por la opinión.
CAPIT. ¿Qué opinión tiene un villano?
JUAN. Aquella misma que vos:
Que no hubiera un Capitán,
Si no hubiera un labrador.

D. Lope de Figueroa ha adquirido colosales proporciones en el cuadro de Calderón, sin perder ninguno de sus rasgos típicos y legendarios. Es el jurador impertinente, el veterano bravío, el justiciero inexorable, el leon abrumado pero no rendido por los años ni por las dolencias, la personificación más hermosa, más brillante y simpática del caudillo español del siglo XVI, terror de Flandes, de Italia y de Alemania. Lucha en él la soberbia de clase y de oficio militar con un poderoso y arraigado sentimiento de justicia. Hay pocas escenas tan admirables en el teatro de Calderón como aquellas en que D. Lope, en duelo colosal de soberbia á soberbia, de aspereza á aspereza, de orgullo á orgullo, siente doblegarse y rendirse su indómita condición ante la condición más férrea y más indómita de Pedro Crespo ó más bien ante la razón que habla por su boca y que al fin y al cabo no puede menos de hacer mella en el alma hermosísima de D. Lope, alma de oro, bajo sus rudas y brutales apariencias. Los dos adversarios son dignos el uno del otro, y la admiración del lector y del espectador, no sabe á cuál acudir primero, si al General ó al villano.

CRESPO. Mil gracias, señor, os doy
Por la merced que me hicisteis
De excusarme la ocasión
De perderme.
D. LOPE. ¡Cómo habíais,
Decid, de perderos vos?
CRESPO. Dando muerte á quien pensara
Ni aun el agravio menor...
D. LOPE. ¿Sabéis, vive Dios, que es
Capitán?
CRESPO. Sí, vive Dios:
Y aunque fuera General,
En tocando á mi opinión,
Le matara.
D. LOPE. Á quien tocara
Ni aun al soldado menor
Sólo un pelo de la ropa,
¡Viven los cielos, que yo
Le ahorcara!
CRESPO. Á quien se atreviera
Á un átomo de mi honor,
¡Viven los cielos también,
Que también le ahorcara yo!
D. LOPE. ¿Sabéis que estáis obligado
Á sufrir por ser quien sois,
Estas cargas?
CRESPO. Con mi hacienda,
Pero con mi fama nó.
Al Rey la hacienda y la vida
Se ha de dar; pero el honor
Es patrimonio del alma
Y el alma sólo es de Dios.
D. LOPE. ¡Vive Cristo, que parece
Que vais teniendo razón!
CRESPO. Sí ¡vive Cristo! porque
Siempre la he tenido yo.
D. LOPE Yo vengo cansado, y esta
Pierna que el diablo me dió
Há menester descansar!
CRESPO. Pues ¿quién os dice que nó?
Ahí me dió el diablo una cama,
[illegible]
D. LOPE [illegible]
CRESPO [illegible] Sí.
D. LOPE Pues á deshacerla voy,
Que estoy, voto á Dios, cansado.
CRESPO. Pues descansad, voto á Dios.
. . . .

¿Y qué diremos de las bellas escenas del acto segundo; de las intimidades de D. Lope (ya amansado) con Pedro Crespo y con los suyos; de la escena incomparable de la partida del hijo del labrador para el ejército, á donde le lleva su afición y el estímulo de D. Lope: escena que rebosa de poesía á un tiempo suave y austera, melancólica y varonil, realzada por los consejos del padre y el llanto [illegible] hermana? Todas estas bellezas pertenecen indisputablemente á Calderón, por más que entren en el género habitual de Lope [illegible] más que en el suyo.

Las escenas siguientes, es decir, las del rapto, se parecen mucho á las de la obra primitiva, salvo la diferencia capitalísima de la [illegible]tencia de la forzada Isabel, y salvas otras enmiendas, todas [illegible] mirable efecto escénico. Pedro queda atado á un árbol, como en el drama de Lope, pero no es su criado quien le desata sino su propia hija. Esta situación raya en lo más encumbrado de la sublimidad trágica. ¡Lástima que Calderón, dejándose arrastrar aquí de su g[illegible]to habitual por todo lo enfático y conceptuoso, y apartándose [illegible] la rigorosa y realista sencillez con que todo lo restante de su *Alcalde* está escrito, haya estropeado situación tan soberanamente concebida, poniendo en boca de Isabel una incansable relación de cerca de doscientos versos, de un lirismo tan inoportuno con[illegible]co! ¡Cuánto hubiera acertado, reduciéndola á las últimas palabras, únicas propias y dignas de tal poeta y de tal caso:

Tu hija soy, sin honra estoy,
Y tú libre: solicita
Con mi muerte tu alabanza,
Para que de tí se diga,
Que por dar vida á tu honor,
Diste la muerte á tu hija.

(1) Artículo tomado del *Diccionario Enciclopédico Hispano Americano*, publicado por esta casa editorial.



PAISAJE, dibujo de J. M. Marqués

A Lope de Vega pertenece con pleno y perfectísimo derecho la idea hermosa de haber juntado en la misma mano el hierro del vengador y la vara de la justicia. Pero Calderón ha ido todavía más lejos, y ha sabido encontrar en el alma del terrible Alcalde, juntamente con los tesoros del pundonor ultrajado y vindicativo, un manantial dulcísimo de afectos nobles y humanos. Antes de proceder como juez, el Alcalde de Zalamea procede como padre: pide, llora, suplica, ofrece de rodillas al Capitán D. Alvaro toda su hacienda, si consiente en casarse con su hija, reparando el ultraje que la hizo. ¡Cuán lejanos estamos de aquella sutil casuística de la honra, de aquel discreteo metafísico con que la idea del honor aparece envuelta y empañada en casi todos los dramas de Calderón! Aquí, por el contrario ¡cuán limpia y radiante aparece! ¡Cómo simpatizamos con las lágrimas y con los ruegos de aquel hombre, tanto más sublime cuanto más plebeyo! No nos encontramos aquí en presencia de un convencionalismo más ó menos poético. Son afectos de todos los tiempos, algo que seguirá conmoviendo todas las fibras de la humanidad, mientras no se pierda el último resto de dignidad humana. La obra maestra de Calderón como poeta dramático, no de una época ni de una raza, sino de los que merecen ser universales y eternos, es, sin duda, ese dialogo entre el Alcalde y el Capitán, desde que aquel arrima la vara hasta que la recobra y manda poner en grillos al Capitán y llevarle á las casas del Concejo.

El triunfo de la justicia concejil, en Calderón como en Lope, recibe, al fin del drama, la sanción regia de Felipe II.

¿Hay en todo esto un pensamiento simbólico? ¿Era *El Alcalde de Zalamea*, para sus contemporáneos, como lo es hoy para los nuestros, la encarnacion de la libertad municipal castellana, en lucha con el fuero privilegiado de la nobleza y de la milicia? ¿Debemos dar á esta creación asombrosa un verdadero alcance político y aun revolucionario?

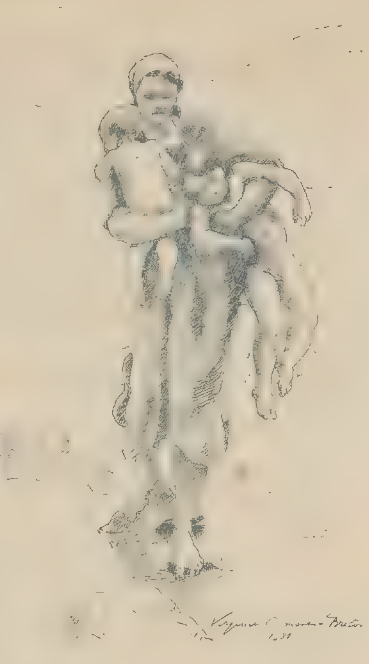
Hay, en nuestro entender, en el fondo de toda obra artística de primer orden una multitud de gérmenes de ideas, que en su expresión abstracta y general, quizá no atravesaron nunca la mente del poeta, pero que yacen real y verdaderamente en su obra bajo formas concretas y palpables, como yacen en el fondo mismo de la vida de la cual es idealizado trasunto toda obra dramática digna de este nombre. Y cuanto más compleja y más rica sea la realidad que en la obra de arte se desarrolla, tanto mayor será el número de ideas que, merced á ella, se revelen y hagan manifiestas á los ojos de los mortales. No pensaron ni Calderón ni Lope en hacer la apoteosis del municipio castellano; pero en sus fábulas adivinamos lo que fué en su esencia y en su espíritu, mucho mejor que con la prolija lectura de los fueros y cartas-pueblas. *Peribáñez*, *Fuente Ovejuna*, *El Alcalde de Zalamea* (por no citar más comedias que éstas), nos prueban mejor que largas disertaciones, cuánta era la vitalidad que el recuerdo de nuestras instituciones populares y de nuestros magistrados concejiles conservaba en pleno siglo XVII, triunfante ya del todo el régimen de las monarquías absolutas. No se escribió *El Alcalde de Zalamea* en son de protesta; pero, leído ó visto representar hoy, nos parece algo como un desquite tardío de Villalar. Por lo demás, basta abrir los *Avisos y Relaciones* del siglo XVII para comprender á qué término había llegado el abuso del fuero militar y del fuero de hidalguía, y á qué excesos daba lugar en los pueblos la carga pesadísima de los alojamientos. Baste decir que ellos fueron una de las causas principales de la rebelión de Cataluña en tiempo de Felipe IV.

El Alcalde de Zalamea ha sido traducido á casi todas las lenguas literarias de Europa, y representado en el teatro frances, en el alemán y en el inglés, con más ó menos fidelidad ó acierto. Entre estas imitaciones extranjeras merece recordarse, por la singularidad de su autor, la que compuso el célebre terrorista francés Collot d'Herbois con el título de *El Villano Magistrado*.

Es una de las piezas de nuestro antiguo teatro que han quedado en el repertorio con menos cambios y alteraciones. La refundición que solemos ver en las tablas fué hecha por el insigne poeta dramático D. Adelardo López de Ayala, con singular amor y respeto al texto de Calderón, y en general con acierto.

Entre los críticos que han apreciado esta comedia, merecen especial aprecio el alemán Schmidt y el francés Viel-Castel.

MARCELINO MENENDEZ PELAYO



DE VUELTA DEL BAÑO, dibujo de Virginio Benraut

LA ROMAIQUÍA, reina de Sevilla

Reinaba el viejo y astuto Almotadid, de la dinastía de los Abbadíes, que había hecho de Sevilla el estado más poderoso entre los que sucedieron al derruido imperio de los califas de Córdoba. Una hermosa tarde, de aquellas que sólo se disfrutan bajo el cielo de Andalucía, paseaban los desocupados de la ciudad por un sitio á orillas del Guadalquivir, llamado entonces los *Prados de la Plata*, y de cuyo nombre quedan señales por un lado en la Torre de la Plata, junto á las Atarazanas, y por otro en la Huerta de la Plata, más allá de la actual Alameda de las Delicias. Dos jóvenes cuyo distinguido porte contradecía lo modesto del traje con que querían disimularlo, se mezclaban en diversos corrillos de hombres y mujeres para tomar solaz escuchando sus variadas conversaciones. Uno de estos jóvenes era el príncipe Mohámed ebn-Abbad, llamado comunmente Benabet ó Abenabet en nuestras historias, y el otro su amigo íntimo de entonces y después su primer ministro, Mohámed ebn-Ammar, nombre corriente en España bajo la forma poco diferente y más aceptable á nuestra pronunciación de Abenamar. Dotados de claro ingenio poético, dados al goce de placeres fáciles, nada escrupulosos en punto á la observancia religiosa y ávidos de gloria y aventuras, ambos amigos se conocieron cuando el primero, siendo gobernador del territorio de Huelva, dirigió una expedición militar á Silves, patria del segundo.

Es costumbre entre los poetas árabes hacer gala de agudeza completando uno de improviso medio verso ó media copla que otro empieza, cosa de gran dificultad, por lo complicado del arte métrica de Oriente. Era Abenamar muy diestro en este juego, en el cual se ejercitaba frecuentemente con su regio amigo, y aquella tarde, al ver Abenabet cómo el soplo de la brisa rizaba en entrecruzadas ondas las aguas del río, le dijo de pronto un verso, que traducido literalmente y con la cadencia del original, dice:

Labra el viento en estas aguas fina malla.

Como se detuviera el compañero dudoso ó vacilante, se adelantó una voz clara y argentina á decir:

Si se helare, ¡qué defensa en la batalla!

Maravillado quedó el príncipe al ver vencido á Abenamar por una pobre lavandera, tan joven como hermosa. Desde aquel punto, la imagen de la humilde poetisa no se apartó de su memoria, y apenas llegó al alcázar hizo venir á la muchacha, la cual declaró llamarse Itimad (que quiere decir *confianza*) aun cuando comunmente la decían la Romaiquía, por ser esclava de un Romaicebno-



ANTES DEL DESAYUNO, cuadro de Knigth

Jachach, quien la empleaba en conducir bestias de carga. No necesitó Abenabet saber sino que estaba aún soltera para rescatarla en el acto y darle su mano de esposo, consagrándole vivísimo amor que no fué desmentido en los días de su vida, ni dejó de ser correspondido por la pobre sierva convertida en reina tan de repente como supo improvisar un verso á la orilla del río.

La Romaiquía dominó del modo más absoluto en el corazón del futuro rey de Sevilla, y no tenía nada de extraño, por su hermosura y lo aventajado de su ingenio; y aunque no sabía cantar, ni alcanzaba su saber al de la célebre Ualada, era de conversación amena, pronta en la réplica y alegre en el trato. Sentó muy mal al severo Almotadid la ciega sumisión de su hijo á una chicuela: amonestóle fuertemente y quedó con él muy disgustado; mas pronto vino á desarrugarle el ceño el tierno Abbad, que con la joven y graciosa madre envió al encuentro del rey el feliz esposo desde Silves, donde todavía gobernaba.

Los príncipes de aquel tiempo adoptaban un sobrenombre que expresara algún pensamiento piadoso, y Abenabet llevaba los de Addáfer y Almuáyad, es decir, afortunado y asistido con el favor de Dios; pero movido por su afecto á Itimad, se hizo llamar Almotamid ala-iláh, esto es, el que pone su confianza en Dios, aun cuando su verdadera intención fué ligarse con su esposa por el nuevo vínculo del nombre con que la historia había de proclamar sus hazañas. Las monedas nos hacen saber que no empezó á usar de este título hasta el segundo año de su reinado.

El esplendor de aquella corte daba medio de satisfacer los más extravagantes caprichos de la favorita; dos de los cuales han trascendido hasta la antigua literatura castellana. Sujeta Córdoba al dominio del Abbadí, no obstante los esfuerzos de los reyes de Toledo y de Castilla, habitaba la reina el famosísimo sitio real de Medina Azahra, desde cuyas ventanas acertó un día á ver que por rara casualidad caían espesos copos de nieve. Espectáculo tan nuevo para la joven hirió su imaginación de tal manera, que se quejó á su marido porque no se lo hacía disfrutar todos los años, y como empezase á llorar é impacientarse ante las dificultades que se ofrecían, aquietóla el rey diciéndole que pondría en ello mano y voluntad en cuanto cupiere, y que si no veía caer la nieve, todos los años podría contemplar cubiertas de una capa no menos blanca las faldas de la sierra. Al efecto mandó plantar aquellos alrededores de almendros, cuyas flores remedaban por su blancura el ampo de la nieve al acercarse la primavera.

En otra ocasión alcanzó á ver en Córdoba, desde una ventana, unas pobres mujeres que en la orilla del río batían y amasaban con los pies barro para hacer adobes. Aquella escena le recordó los tiempos de su niñez, en que, tan falta de riquezas como de cuidados, corría descalza sobre el lodo de los caminos, y se echó á llorar tachando á su marido de tirano, que por vanos miramientos la tenía encerrada sin darle libertad para mezclarse con el vulgo y hollar con sus pies desnudos la tierra de los campos. Sosególa Abenabet prometiendo darle gusto, y mandó llenar un estanque del palacio con agua de rosas y echar en ella canela, jengibre, espliego, almizcle, algalia y otras sustancias olorosas; en lugar de paja puso cañas de azúcar, y formado así una especie de lodo, invitó á la Romaiquía para que se descalzara y amasase é hiciese adobes de aquel barro, acompañada por sus hijas y criadas. Sirvió esta locura ó despilfarro del galante monarca para contener en lo sucesivo muchos antojos de la sultana, porque cuando se impacientaba é increpaba á Abenabet porque no se esforzaba en satisfacer sus gustos, solía él responder: ¿ni aun el día del barro? con lo cual callaba ella y esperaba mejor ocasión para satisfacer otro capricho.



APUNTE Á LA PLUMA, de Juan Beraud

Encendió la poesía las antorchas de tan feliz himeneo y no dejaron los esposos de cultivarla para expresar su mutuo y constante afecto. Hallándose él en Córdoba lejos de su amada, le dirigió un acróstico, que traducido á la letra, con su propia medida é igual rima, decía:

Imagen lejana y oculta á mi vista
y siempre presente del pecho en mitad,
Te envío un saludo con penas mezclado,
con llantos é insomnios y fiera ansiedad;
Imperio alcanzaste do nadie lo puso,
hallásteme dócil á tu voluntad,
Mi anhelo y el tuyo son siempre uno mismo:
¡si el más codiciado se hiciera verdad!
Afirma los lazos que unidos nos tienen;
no ceda á la ausencia tu firme amistad:
Dulcísimo nombre los versos esconden,
pues dice su letra primera «Itimad.»

Para desenojarla porque le había negado algún deseo, le compuso unos versos con este sentido y esta misma medida:

Figúrase Ommarrebíi que de ella ya me cansé;
no alcance de Dios perdón si abrigo tan mal pensar.
¡Dejar la gacela cuyo albergue es mi corazón,
la luna que al lado mío eleva su luminar;
Jardín que me da su azahar, y fúlgido resplandor
que alumbra mi oscuridad! No sé cómo castigar
Mi mano, si no se emplea en dar sin tasa mi haber,
ó busca en guerrera lid contrarios con quien luchar.

En el nombre de Ommarrebíi, que aquí se da á la Romaiquía, hay un juego de palabras, porque literalmente significa *Madre de la primavera*, y al mismo tiempo *Madre de Arrebíi*, que era un hijo suyo.

De las composiciones de la Romaiquía sólo queda una, en que llama á su amado en lenguaje tan vehemente, que es imposible transcribirla.

No se crea que olvidaba la mujer el papel de reina, y



DESPUÉS DEL DESAYUNO, cuadro de Knigth



GENTE MENUDA, cuadro de K. Raupp

que no se ocupaba en cosas útiles. Una inscripción, que se guarda en el Museo de Sevilla y estuvo antes en la iglesia de San Juan de la Palma, acredita que á ella se debe la construcción de la torre de la mezquita que allí había, y tal vez la propia mezquita era obra suya más antigua. De suponer es que en su largo reinado llevara á cabo otras obras, cuya memoria no han guardado ni los mármoles ni los libros.

Un día la mujer frívola é indolente hizo estallar su ira hasta la crueldad. Aquel Abenamar, aquel perpetuo confidente del rey, llegó á inspirar recelo de querer alzarse con la soberanía de la recién conquistada Murcia, y teniéndolo él á su vez de haber desagradado á su señor, dió ocasión á que las relaciones, antes tan íntimas, se fueran enfriando primero y agriando después, hasta el punto de componer el poeta de Silves una violenta sátira contra el rey y su familia. El que viendo el acróstico antes copiado dijo á Almotamid

Acude sin desceñir el talabarte á encontrar
  la que se ciñe con oro; y da desquite á tu amor,
Oprímela y el metal de los cintos haz sonar
  del ave como un gorjeo en el matutino albor;

para exagerar lo despreciable de la alcurnia de los Abbadíes, escribió, entre otras insolencias:

cual Romaiquía vil, no vale un tierno añal

y á vuelta de torpes acusaciones contra el rey, ofendía e honor de todas las mujeres de su casa. Compañeros indiscretos y émulos envidiosos hicieron conocer la sátira en Sevilla, y fué lo bastante para que Abenabet pusiera precio á la cabeza de su antiguo valido, y que preso al fin, y después de haber sufrido las burlas de todo el harén, en el camino de Córdoba á Sevilla, le matara á hachazos incitado por su rencorosa consorte, la cual, al saberlo, exclamó; ¡ya queda arrullando Abenamar!

Parece como que el trágico fin del eminente poeta y gran político hiciera cesar el encanto que la Romaiquía había arrojado sobre la vida del monarca sevillano, apartando su vista del nublado que se cernía amenazador sobre sus cabezas. La multitud de emires que mantenían cortes lujosas llenas de astrólogos, de poetas y de todo género de parásitos, á imitación de la de Bagdad, tenía agobiados á los pueblos con tributos poco conformes con las prescripciones del alcorán; la seguridad individual estaba á merced del primer caudillo cristiano ó moro que juntase un puñado de gente resuelta, y era visible que dentro de poco, falta de cohesión la gente mahometana, tendría que sufrir el yugo cristiano. Elementos eran todos estos muy propios para alimentar las murmuraciones de los descontentos, y se señalaban más que nadie los alfaquíes y santones, á los cuales se atendía poco en un país donde la corte daba el ejemplo de despreocupación filosófica y de tibieza en las prácticas de la religión. Faltaba sólo personalizar el blanco de los ataques, y tocó este papel á nuestra pobre Romaiquía. Pintábanla como la causa del extravío moral de Almotamid, y el olvido de la rigidez alcoránica como origen evidente é indiscutible de las desdichas que afligían al pueblo. Convencíase éste fácilmente de que bastaba volver á la puntual asistencia á las mezquitas y al cumplimiento del enredoso formalismo del islam para que el cielo devolviera á la morisma española la perdida prepotencia; pero los jefes de aquel partido reaccionario cuidaron de hacer saber todo esto al rey de los almoravides, que dueño ya de todo el territorio de Marruecos, llegaba con sus fanáticas huestes á la costa del Estrecho de Gibraltar. Por su parte, los reyezuelos de Andalucía, asustados al ver á Alfonso VI en Toledo, miraron á los almoravides como único remedio para contener el empuje de los cristianos y consiguieron hacer venir á Yúsuf para derrotar al rey de Castilla en la famosa batalla de Zalaca. Mas no tardó en volver el terrible africano para despojar á todos sus antiguos aliados, no sin haberse provisto antes de una declaración oficial de los alfaquíes de Sevilla, en que le daban por desligado de sus juramentos de fidelidad para mayor honra y servicio de Alá. Aquella oleada de almoravides fué irresistible; Sevilla cayó en su poder, Abenabet, tras porfiada y heroica defensa, fué preso; y después de haberle obligado á dar orden, confirmada por la misma Romaiquía, para que sus hijos entregasen las fortalezas de su mando, se lo llevaron á Africa con su esposa y familia. El infeliz monarca pasó el resto de su vida encerrado en una torre de Agmat, cerca de la ciudad de Marruecos. Allí tenían que hilar su mujer y sus hijas para ganar el miserable sustento que nadie se cuidaba de proporcionarles; para mayor humillación era hija de un antiguo dependiente del palacio una de las personas que les daban trabajo, y con su desnudez y demacración añadían nuevo tormento á los muchos que sufría aquel último vástago de las dinastías musulmanas indígenas de España.

La orgullosa sultana no podía menos de dolerse de su mísera condición, y comentando unas palabras suyas compuso al prisionero estos versos:

Me dijo ¡cuánta vileza!
¿qué fué de nuestra grandeza?
Y díjele: tén firmeza;
Dios nos trajo á esta tristeza.

Al ver á sus hijas flacas y harapientas, no pudo menos de acordarse del día aquel de la famosa locura del lodo, y exclamó:

El lodo pisando van y llevan descalzo el pie
que hollara en tiempo pasado almizcle con alcanfor.

No era el alma de la Romaiquía de aquellas que hacen frente al infortunio. En la elegía de Abenabet á sus dos hijos Almamún y Arradí, muertos por los almoravides, el uno en Córdoba y el otro en Ronda, les dice:

Conmigo vuestras hermanas llenas de angustia están,
  las penas de vuestra madre abrasan su corazon;
De llanto corre en su faz un torrente diluvial
  y combátenla á la vez la piedad y la pasión;
Recuerdos del tiempo antiguo exacerban su pesar
  mas luego paciente espera el eterno galardón.



EL ESTIGMA, cuadro de Luis Knaus

Tantas amarguras y privaciones acabaron pronto con la salud de la destronada reina, y aunque pudo recibir la asistencia del famoso médico Abenzoar, sucumbió al fin poco después de su llegada á Africa. No tardó en seguirla su marido, y durante mucho tiempo se vieron sus sepulcros juntos en el cementerio de Agmat, donde todavía los visitó el célebre ministro y escritor granadino Abenaljatib en el siglo XIV.

A pesar de sus extravagancias, y tal vez por ellas mismas, la Romaiquía compartió en el corazón y en la memoria de los sevillanos la gloria y la popularidad de su esposo, valiente, generoso, amante de las letras y de carácter fácil y abierto. Cuando la familia de Almotamid marchó prisionera á Africa, la población entera acudió desolada y llorosa á despedir desde ambas orillas del río la nave que conducía á los desterrados, á pesar de las esperanzas de mejor gobierno que hicieron concebir los vencedores almoravides. El escritor contemporáneo Aben-elobana puso el nombre de Itimad á una historia de la dinastía de los Abbadíes; y dos siglos más tarde, estando ya Sevilla en poder de cristianos, el infante D. Juan Manuel decía en su *Libro de Patronio*, al referir los caprichos de la joven, «ella era muy buena mujer, et los moros han della muy buenos enxemplos.»

Aunque no hay razones decisivas que lo demuestren, parece muy probable que fuese Itimad la única esposa legítima ó propiamente dicha de Almotamid. Cierto es que se nombran varias beldades en los versos de este príncipe; pero si todas ellas existieron y no fueron figuras poéticas creadas por la imaginación de su autor, tienen el carácter propio de esclavas ó concubinas; por lo menos, nunca se alude en la historia del rey de Sevilla á otra esposa que la Romaiquía. No hay duda acerca de que aquél tuvo hijos de otras mujeres; pero los historiadores designan á Itimad como la única madre de los hijos de Almotamid, la llaman por antonomasia Ommalbenín, ó sea madre de los hijos; madre de los príncipes distinguidos ó de vástagos regios, y le dan el título de Zaida Alcobra, que quiere decir *la señora mayor ó principal* y es indicio de su preeminencia oficial sobre todas las mujeres que habitaban el harén. Sus hijos fueron Abbad, Arradi y Almamún, muertos en diversas guerras, Arraxid, sucesor designado al trono después de la muerte de Abbad, Almotad, Arrebí y Abuháxem, el queridito de su padre, desterrados todos con él. Entre sus hijas hay noticia cierta de una Botzeina, que no acompañó á sus hermanas al destierro. Educada por sus padres en la afición á la poesía, se perdió entre el tumulto el día del asalto del alcázar, y presa y vendida por esclava á un comerciante, ocultó su condición hasta tanto que, solicitada en matrimonio por un hijo de aquél, declaró quién era y que sin consentimiento de su padre no accedería al enlace. Marchó el mancebo en persona á verle, provisto de una carta en verso de la doncella, en la que contando á Abenabet sus desventuras, le pedía consejo, y terminaba con este tierno recuerdo á su madre

Si nos quieres dar, Romaiquía regia, tu bendición,
nos harás venir venturoso agüero y felicidad.

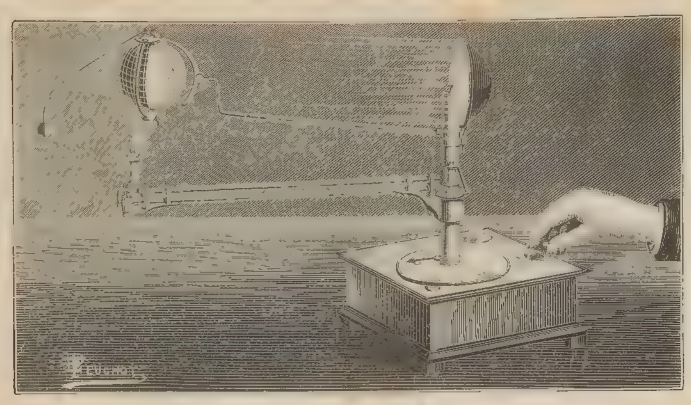
A lo que contestó el padre con este solo verso al dorso de la misma carta:

Querida niña, guárdale honesta fe
que así tu suerte quiso el hado fijar.

Hay motivo para suponer que también fuera hija de la Romaiquía aquella Zaida que se casó con Alfonso VI de Castilla. En efecto, el eruditísimo Flórez fija el matrimonio en 1090, fecha que viene perfectamente con las vicisitudes del reino sevillano, pues entonces se concertaron Abenabet y el emperador para resistir á los almoravides, y la joven con su dote era muy natural prenda de alianza, sin ninguno de los aditamentos novelescos que han pretendido añadir algunos escritores cristianos. El nombre de Zaida, que no es sino señora, como queda indicado, induce á creer que ésta fuera la hija mayor de los reyes de Sevilla, y por tanto no tendría menos de veinte años, ni mucho más tampoco, dada la juventud y belleza que se le atribuyen: por tanto, debió nacer hacia el tiempo en que Almotamid subió al trono y por la adopción de su nuevo dictado demostró lo acendrado de su amor por la Romaiquía. En cuanto al empeño de ciertos autores españoles en negar la legitimidad del lazo de la princesa musulmana con el rey de Castilla, es completamente absurdo, pues la hija de tan ilustre familia no podía descender á situación tan degradada con anuencia de sus padres, demostrada por los feudos y castillos que llevó en dote. Otra cosa es su conversión al cristianismo, pues ya se sabe que los mahometanos no tenían en gran cosa las creencias religiosas de las mujeres.

En la historia de la reina de Sevilla no pueden fijarse otras fechas precisas que la muerte de Abenamar en 1084 y la construcción de la torre de la mezquita á fines de 1085, además de su caída del trono en 1091. Entre esta fecha y la de la muerte de su marido, que ocurrió en 1095, fué su fallecimiento; y su matrimonio debió efectuarse poco antes de 1063, porque entonces, reconocido como heredero del trono el futuro Almotamid por muerte de su hermano Ismael, dejaría el gobierno y la residencia de Silves; y por otra parte, el primogénito Abbad hubo de nacer por aquel tiempo, pues cuando murió en Córdoba por la sublevación de los partidarios del rey de Toledo, en 1075, era tan pequeño que admiró por su valerosa defensa. Suponiendo el enlace por los años de 1062 y atendiendo á que la muchacha tendría más de quince, sin que fuera probable que con sus prendas hubiera crecido mucho más sin casarse, resulta que hubo de nacer de 1045 á 1047. De su origen nada se sabe y como no suena en su historia ningún pariente ni allegado, no sería imposible que en alguna cabalgada la hubieran cautivado muy niña los moros, y que por tanto tuviéramos en ella una de tantas mujeres de estirpe cristiana que compartieron tálamo y trono con los reyes musulmanes.

EDUARDO SAAVEDRA



Aparato cosmográfico de M. L. Girod

APARATO COSMOGRÁFICO

(DE M. L. GIROD)

La enseñanza de la cosmografía ofrece grandes dificultades en razón de los complicados movimientos de los cuerpos celestes en el espacio, movimientos que no pueden representarse por medio de figuras geométricas en que todo queda inmóvil; por eso la mayor parte de los alumnos no conocen sino muy imperfectamente los movimientos de la tierra y de la luna en sus órbitas, ni los varios fenómenos resultantes de las respectivas posiciones de estos astros.

Hanse imaginado diversos aparatos á fin de facilitar la tarea del profesor y venir en ayuda de la inteligencia de los discípulos; pero, en general, son estos aparatos muy complicados y de excesivo precio.

El aparato cosmográfico de M. Girod es notable, en primer lugar, por su sencillez, y luego su precio, relativamente módico, lo pone al alcance de los establecimientos de enseñanza más modestos.

Este aparato, construído por M. Ducretet, es el que representa nuestra figura.

Consta de una bujía central que representa el sol, cuyos rayos se proyectan en la esfera terrestre por reflector. La esfera está sostenida en el espacio por dos vírgulas á cuyos extremos hay un cuadrante horario vertical. El eje á cuyo alrededor ejecuta esta esfera su movimiento de rotación se mueve paralelamente á sí mismo, formando un ángulo de 66°, 33' con el plano de la eclíptica. Un hemi-meridiano, cuyo plano se mueve también paralelamente á sí mismo, marca el *día sideral*, y otro medio meridiano, cuyo plano pasa constantemente por el sol, marca el *día polar*, mientras una esferita representa la *luna*. El eje del aparato está provisto de una brújula para la orientación del aparato, de un cuadrante anual en que están marcados los días, los meses, los grados que recorre la tierra en su movimiento al rededor del sol, las estaciones, los equinoccios, los solsticios y los signos del zodíaco; y finalmente, de un cuadrante lunar en que indica una aguja las fases de la luna á medida que se producen.

La combinación de todos estos órganos permite, por medio de un sencillo mecanismo, una serie de demostraciones muy completas que una ligera reseña publicada con el aparato hace todavía más inteligibles.

Pueden enumerarse así.

Movimiento de rotación de la tierra en 24 horas. – Movimiento de traslación de la tierra al rededor del sol. – Sucesión del día y de la noche. – Desigualdad de los días y de las noches. – Causa de la desigualdad de los días y de las noches. – Círculos polares. – Trópicos. — Estaciones. — Variación de la distancia del sol á la tierra. – Perigeo. – Apogeo. – Oblicuidad de la eclíptica. – Zodíaco. – Diferencia del día sideral y el día solar verdadero. – Año sideral. — Año tropical. — Por qué á las mismas horas no se ven constantemente las mismas constelaciones. – Crepúsculo. — Variación de la ascensión recta y de la declinación del sol. – Hallar la hora en un lugar cualquiera de la tierra. – Fenómenos lunares. – Eclipse de la luna. – Eclipse del sol.

En resumen, este aparato tiene la ventaja de reunir en una forma tan sencilla como comprensible los órganos más complicados de la mecánica celeste y demostrar fácilmente sus funciones. Basta darle á un manubrio para hacerle funcionar. Creemos que está destinado á prestar verdaderos servicios á la enseñanza de la cosmografía y de la astronomía.

G. T.

FÍSICA SIN APARATOS

EL BOOMERANG. – HACER GIRAR UNA MONEDA ENTRE DOS ALFILERES

Todo el mundo conoce el *boomerang* australiano; es un arma de madera dura y compacta, contorneada en arco, que los salvajes de la Australia lanzan con mucha destreza á un blanco ó punto determinado, contra un enemigo ó pieza de caza. Cuando el *boomerang* ha dado en el blanco, vuelve de suyo hacia el cazador que se ha servido de él.

Pueden verse instrumentos de esta clase en el Museo etnográfico del Louvre y en el del Trocadero.

Hace unos quince años, M. Marey, individuo del Instituto, publicó sobre el asunto una interesante noticia. El sabio profesor escribía entonces sin saberlo, un artículo de física sin aparatos, y nosotros no nos dispensamos de tomar de él lo sustancial. Se pone un fragmento de tarjeta de visita, recortado en forma de media luna, cuyos cuernos estén redondeados, en el extremo del índice ó mejor aun, se mantiene entre la uña y el dedo (fig. 1) de modo que el plano del cartón se incline un poco sobre el horizonte, 45° por ejemplo; después, con un dedo de la otra mano se le da un fuerte capirotazo en uno de sus extremos y salta al aire con un rápido movimiento de rotación. Al partir presenta el cartón el aspecto de una ruedecita que gira; avanza siguiendo una posición oblicua ascendente, se detiene y sin chocar vuelve en la misma trayectoria, si el éxito es completo, pero con más frecuencia cae detrás, delante ó á los lados del punto de partida y siempre en movimiento retrógrado.

«¿Por qué, dice M. Marey, conserva el sistema la inclinación de su plano con respecto al horizonte? Aquí intervienen las nociones que Foucault nos ha dado sobre la conservación del plano de oscilación de una péndola y del plano de rotación de un giróscopo. Paréceme desde luego que ha de comprenderse así este fenómeno. El *boomerang* recibe del cazador un doble movimiento, una rotación rápida y una impulsión general. La rotación obliga al aparato á conservar su plano, avanza pues oblicuamente en el aire hasta que termina el movimiento de traslación. En un momento dado, el *boomerang* vuelve inmóvil hacia un punto del espacio, y luego su mismo peso le hace caer. Pero como continuando en su rotación el proyectil, conserva su plano inclinado, la resistencia del aire tiende á hacerle caer paralelamente á este plano, es decir, á atraerlo hacia su punto de partida.

Terminemos esta noticia dando á conocer otro experimento, que nos comunica M. E. Gilly, licenciado en ciencias. Póngase una moneda de cinco francos de plano sobre una mesa; cójase con dos alfileres mantenidos á los dos extremos de un mismo diámetro. Sin dificultad ninguna la levantaréis así; soplad luego en la parte superior, y la veréis girar rápidamente entre los dos alfileres por eje. El grabado (fig. 2) indica la manera de obrar, que viene á ser fácil después de algunos ensayos.

G. T.



Fig. 1. – Pequeño *boomerang* cortado de una tarjeta de visita



Fig. 2. – Rotación de una pieza de cinco francos entre dos agujas

NOTICIAS VARIAS

ENFERMEDADES DE LA VISIÓN

y los empleados de ferrocarriles en Inglaterra

Desde hace algunos años las compañías de ferrocarriles de Inglaterra se cuidan mucho, y con razón, de someter regularmente á sus empleados á un examen especial para cerciorarse de que tienen buena vista y pueden distinguir exactamente los colores.

Creemos útil indicar cómo se procede sobre esto en una de las principales líneas férreas de aquel reino respecto de los maquinistas y fogoneros. Preséntanse á buena luz y á distancia de 4 m. 50 del examinando, unos carteles en que se han diseminado irregularmente 16 ó 18 manchas negras cuadradas de 5 milímetros de lado, y se le exige que cuente el número de estas manchas, primero con un ojo y luego con otro, y si sale bien de esta prueba es considerado como apto para la vista á distancia.

Cada mancha negra de 5 milímetros de lado corresponde á una superficie de 600 milímetros de lado, vista á distancia de unos 550 metros.

Exígesele luego que distinga con uno y otro ojo sucesivamente y á la misma distancia de 4 m. 50, el color rojo, el azul, el verde y el amarillo. Al efecto se le presenta un paquete de madejas, en el cual se elige uno de cualquier color, rojo por ejemplo, y se le exige que reuna las muestras análogas, repitiendo la prueba con el verde y azul.

Así y con todo rigor se examinan los empleados periódicamente, y en muchos casos, cuando hay duda, se repiten las pruebas, y si todavía no es seguro el resultado, se apela al fallo de un médico oculista, el cual decide sin más prueba ni apelación.

Suele suceder que algunos empleados saben distinguir los colores, sin conocer exactamente sus nombres: si se pone en manos de uno de ellos una madeja de lana roja y lo casa con una madeja de lana verde, declarando que ambos son del mismo color, debe entenderse que este empleado no tiene noción exacta de los colores, á lo menos en lo que atañe al verde y al rojo; y en este supuesto no puede encargarse, sin inconvenientes, de la conducción de una locomotora.

En la compañía en que se aplicó este procedimiento el 97 por 100 de los examinados tienen una vista buena y correcta. Este resultado es consecuencia del examen previo á que están sujetos todos los maquinistas á su entrada en el servicio, y de la exclusión preventiva de los aprendices que carecen de las requeridas aptitudes de visión.

EL PUERTO DE SEBASTOPOL

Sebastopol se levanta rápidamente de sus ruinas y dentro de un año estará la ciudad enteramente reconstruída. La población, que diez años há contaba apenas 12,000 almas, pasa hoy de 40,000. El gobierno ruso pretende hacer de Sebastopol el cuartel general de sus fuerzas navales en el mar Negro, y con este intento concede anualmente á esta ciudad un subsidio de 750,000 rublos. El puerto, de suyo excelente, tiene la ventaja de no quedar nunca cerrado por los hielos.

Sebastopol fué fundado en 1784, bajo el reinado de Catalina cerca del villajo tártaro, *Akhtiar* (vestido blanco); y el czar Nicolás I contribuyó grandemente al desarrollo de esta ciudad, haciendo de ella un puerto militar importante y una fortaleza avanzada contra Constantinopla. Después de la guerra de 1854 1855, no quedaron en pie más que quince casas; pero actualmente, con sus nuevas y espléndidas construcciones ha venido á ser esta ciudad un verdadero lugar de recreo, una estación balnearia muy frecuentada y un puerto militar de primer orden.

Imp. de Montaner y Simón

LA ILVSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 4 DE JULIO DE 1887 — NUM. 288

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

BIOMBO PINTADO POR FERNANDO WAGNER

Es el biombo un mueble que los pueblos del mediodía van relegando al olvido por la escasa utilidad que les reporta. En cambio los habitantes del Norte hacen de él grande uso, y á esto se debe que en su confección éntre por mucho el perfecto acuerdo del arte y de la industria. En Alemania, donde se da mucha más importancia que entre nosotros á la pintura decorativa y que desde la Edad media viene dando pruebas de la importancia que concede á este género pictórico, se ha conquistado merecida reputación Fernando Wagner, artista notable por su delicado estilo, ejecución brillante y dominio del color. El biombo por él pintado, que publicamos en este número, es un mueble verdaderamente magnífico al par que una obra de arte primorosa, en la cual ha combinado Wagner de la manera más espontánea los efectos de la naturaleza y los de su rica fantasía.

No faltará quien extrañe que artista de tal importancia emplee su talento en pintar biombos. El que así discurra desconoce la misión de la pintura y echa en olvido, si no lo ha ignorado siempre, que las grandes obras del arte, desde la cúpula de la capilla Sixtina y las galerías del Vaticano, hasta los techos aun no concluídos del palacio Murga, distan mucho de estar vinculadas en esos lienzos encerrados dentro de un marco, á los cuales aplicamos exclusivamente el nombre de cuadros.

ESTUDIO, de Sterby

Si hay obras de arte hechas indudablemente á conciencia, la que reproduce nuestro grabado es muestra de la conciencia de su autor. No puede pedirse á un artista un estudio más minucioso, una observación más fina, una ejecución hecha con mayor cariño. Pero tampoco es posible producir un efecto más completo. Rogamos á nuestros lectores que se fijen en ese rostro con algún espacio, y verán con cuánta facilidad adquiere vida, cómo miran sus ojuelos, cómo se contraen sus labios, cómo se arrugan sus mejillas, cómo todo él adquiere una animación que se escapa á primera vista. Nada en ese estudio es hijo de la casualidad, nada es debido á la osadía del genio.



BIOMBO PINTADO POR FERNANDO WAGNER

Todo, por el contrario, es fruto del trabajo de un maestro que no aplica á la tela un átomo de color sin haber tenido en cuenta el efecto preciso que ha de causar.

LA NUEVA FACHADA DE LA CATEDRAL DE FLORENCIA

En el año 1294, las autoridades florentinas ordenaban al arquitecto Arnoldo, que lo era de la ciudad, trazara los modelos ó planos para la reparación de la iglesia de Santa María Reparata, encargándole desplegara en el proyecto tan pródiga magnificencia, que la industria humana no pudiera fabricar en los tiempos á venir cosa más grande ni más bella. No era poco alarde el alarde de los florentinos. El cabildo de Sevilla, cuando trató de construir su famosa catedral, se había limitado á decir: «Fagamos una iglesia tal que los que vengan después nos tengan por locos.» Pero no había retado al porvenir; no había desafiado al tiempo; no había, como los florentinos del siglo XIII, querido pasar plaza de insuperable. Y el tiempo ha demostrado que nadie, inclusos el Podestá y los Priores de Florencia, puede prescindir de lo futuro: el hombre es un ser muy débil; únicamente la humanidad es fuerte.

La catedral de Florencia, en la cual Brunelleschi, Donatello y Ghiberti compitieron para dejar maravillas, quedó sin concluir durante seis siglos; y al siglo XIX, á nuestro siglo, tan acusado de materialista y falto de sentimiento religioso, ha correspondido la gloria de haber ejecutado la fachada de tan portentosa obra y celebrado su terminación con fiestas dignas de la antigua corte de los Médicis. El grabado que publicamos en el presente número da buena idea de esa fachada, y ella demuestra que el arte en el porvenir podía realizar cosas tan grandes y tan bellas como las iniciadas por los florentinos de 1294.

El plan de la obra fué concebido por el arquitecto Emilio de Fabris y terminado por su discípulo Luis del Moro, habiendo prestado su valioso concurso, generosamente, los famosos escultores modernos Augusto Passaglia, Nicolás Barabino, Héctor Ximénez, Amalia Duprez y otros, que han enriquecido la nueva fachada con estatuas y labores que son prodigios de ejecución. Los cuantiosos fondos que se han invertido en tan espléndida fábrica los facilitó una suscrición pública, encabezada por el Sumo Pontífice Pío IX y en la cual figuran desde los miembros de la casa Real hasta los más humildes ciudadanos de Italia. Gracias al general desprendimiento, la ciudad clásica del arte puede envanecerse de poseer una nueva joya.

ESCENA DE FAMILIA, cuadro de Hugo Engl

Los aficionados á la pintura moderna que estudian con cariño sus manifestaciones y tendencias, han de haber observado la predilección que tienen los artistas por los tipos y asuntos que pudiéramos llamar rústicos, con preferencia á los tipos y asuntos de la sociedad aristocrática y aún media. La explicación no es difícil de encontrar y se la dará cualquiera que se fije por un momento en la diversa impresión que causan esos asuntos y esos tipos. Ama el artista la naturaleza sobre todas las cosas y por ende ha de serle mucho más grato aquello que más á la naturaleza se aproxima. Dada esta teoría ciertísima ¿qué efecto han de producir á los ojos del pintor el inexplicable fraque, el ridículo sombrero de copa, el talle desfigurado por un corsé anti-higiénico ó el *puff* que deja sospechar á los incautos que la mujer puede ser el animal peor configurado de la creación?... ¿Cómo arriesgarse un hombre de talento á que los resultados de su trabajo sean neutralizados y hasta destruídos por unos trajes, por unos peinados, por unas desfiguraciones del cuerpo humano, que provocan á risa desde el momento en que pasa la efímera moda?

Engl, que así lo ha comprendido, ha hecho lo que casi todos, refugiarse allí donde la estética está menos supeditada á ridículos artificios, y su cuadro: *Escena de familia*, demuestra cuán gran partido puede sacar un pintor de talento de las escenas más triviales de la vida, siempre que el autor no pierda de vista á la naturaleza.

Hugo Engl nació en Lienz (Tirol), en 1852. Su vocación y felices disposiciones le revelaron en edad temprana cuál era la profesión más adaptada á su temperamento. Discípulo de la Academia de Munich á los 16 años, cuando se sintió bien preparado por el estudio, recorrió, estudiando, durante cuatro años, el Tirol y la Estiria, hasta que en 1879 ingresó en el taller de Defregger. Establecido actualmente en la capital de Baviera, dedícase con predilección á reproducir escenas campesinas, en cuyo género tiene conquistada una legítima y envidiable reputación.

FLORES DE ESTÍO, cuadro de Ch. Chaplin, grabado por Baude

Las flores que esa joven lleva en la cesta, no son más que ella frescas, más que ella hermosas. Há un instante se erguían lozanas en la extremidad de sus tallos; una mano aleve las arrancó de su sitio natural para gozar por breves minutos en la contemplación de sus colores y la aspiración de sus perfumes. Tal es la vida de las flores que pueblan los jardines; pero, ¿no hay mucha analogía entre esta existencia efímera y la existencia de ciertas flores de la sociedad, que apenas pueden envanecerse un día de sus matices y de sus aromas? Tal parece haber sido el profundo pensamiento que ha encarnado Chaplin en esas *Flores de estío* que nuestros favorecedores tienen á la vista. Contemplando á la joven del cuadro, viene espontáneamente á la imaginación el estío de la vida de la mujer, tan próximo al otoño, la estación en que las flores palidecen, se secan y caen de la planta al menor impulso del viento, que há poco tiempo las acariciaba.

Chaplin es un gran pintor y un gran filósofo.

LOS MERODEADORES, fragmento de un cuadro de A. Binet

Este croquis es bastante para dar á entender con cuánta maestría imprime Binet á sus figuras la condición de la vida. Hay en su manera de ejecutar algo que recuerda á Horacio Vernet: en los cuadros de la Smala, únicamente, encontraríamos caballos galopando de esta suerte y jinetes que con igual naturalidad exploren lo que dejan en pos de su rápida carrera. Si el resto del cuadro corresponde á la muestra, el de Binet ha de ser un prodigio de movimiento.

LAS ESTATUAS DE DAVID Y JEREMÍAS en el Campanile de Florencia, por Donatello

Hay figuras tan colosales, que, al ser heridas por el sol de la gloria, proyectan su sombra en todo un siglo. El décimoquinto está lleno de la figura de Miguel Angel; para él fueron las ovaciones de sus contemporáneos; para él los grandes monumentos erigidos por su posteridad en la historia del arte. Es un hombre tan colosal que, no tan sólo monopoliza el porvenir, sino que hace olvidar el pasado; y gracias si los amantes del arte clásico hacen valer los derechos que la escultura griega tiene adquiridos á la gratitud y á la admiración de todos los pueblos y de todos los tiempos. El nunca visto talento de Miguel Angel hizo olvidar, mató propiamente dicho, á sus predecesores; y únicamente así se explica cómo había sido olvidado hasta no há muchos años el gran precursor del arte escultórico del renacimiento, Donatello, que un siglo antes de producirse el Moisés, había sostenido, sobre sus atlánticos hombros, el peso de la revolución artística que iba á experimentar el mundo.

Al cabo de quinientos años se le ha hecho justicia; pero como dice muy oportunamente un ilustre crítico, es necesario colocarle en pedestal muy alto para desagraviarle de tan prolongada ingratitud. Los dibujos que hoy publicamos, reproduciendo dos estatuas de Donatello, demuestran que si durante el apogeo griego hubo quien diera tal vez más delicada forma al torso humano; ninguno, después de Fidias, animó, como el escultor florentino, la insensible piedra al calor de las humanas pasiones que la hizo representar.

NUESTRO ARTE MODERNO

TEMORES Y ESPERANZAS

(Con motivo de la Exposición de Bellas Artes del año 1887)

LA ESCULTURA Y LA ARQUITECTURA

Dos son los temores que la escultura española nos inspira; y vamos al primero.

Es la escultura un arte que por sus mismas condiciones convencionales no puede plegarse á la funesta moda del *impresionismo*. Un escultor, ó estudia á conciencia, y siente y acusa la forma, ó nada hace. – Pero sí se presta la escultura á cierto realismo que está en contradicción abierta con la primera de sus leyes fundamentales, que es cabalmente la supresión de todo lo accidental, el color, la mirada, la nimia conclusión de los accesorios y, en la estatuaria propiamente dicha, la misma escena en que los personajes actúan. Y el que á este realismo desciende, más que el nombre de estatuario, merece el de *figurero*. Deploraban los más autorizados críticos franceses en los últimos años, que la escultura nacional, siempre tan fiel desde la época de David d'Angers á los cánones de la grande escuela griega, se hubiese dejado arrastrar por la moda á frivolidades ajenas del verdadero arte, imitando á muchos escultores ultramontanos que no parece sino que se proponen rivalizar en maravillas de mano de obra con *los modistos*, y que dan al mármol de Carrara la flexibilidad de la seda, los primores de aguja del bordado y del encaje, y la trasparencia de las gasas y tules. Siempre los italianos tuvieron esta tendencia, desde el gran Leone Leoni que en las estatuas de bronce de los reyes y magnates, no contento con ser un consumado artista, descendía á hacerse espadero y armero y guarnicionero y orífice y diamantista y todo, hasta los cien *artífices* que han convertido el Campo santo de Génova, de severa é imponente necrópolis cristiana, en curiosa galería de figurines de bulto para el estudio de los trajes, galas y dijes de moda. Al presente, en buen hora lo digamos, los prodigios del cincel entre nosotros no se cifran en imitar fruslerías; pero algún leve indicio hay en la actual Exposición de este peligroso contagio, esencialmente italiano; y siempre es temible que se reproduzca esta equivocada manifestación del genio en un país como el nuestro, en que tanto aplauso merecieron siempre las figurillas de barro de Chaves y de Ginés; en que el mismo Ponzano pagó tributo al realismo escultural remedando las habilidades de la encajera, del platero y del diamantista, en el traje y aderezo de la Infanta doña Luisa Carlota, representada en estatua orante en su magnífico enterramiento del Escorial; en un país, en suma, en que para la escultura hay tanto vulgo aun en las altas jerarquías sociales. Me atrevo á indicar el peligro, y el temor que debe inspirar en la patria del naturalismo; pero al propio tiempo, considerando lo propensos que somos á imitar á nuestros vecinos los franceses, aun renegando de ellos, añadiré por vía de consuelo, que Francia se ha inficionado muy poco del mal gusto de la Italia moderna, y que en París va pasando ya de moda ese rebajamiento del arte al nivel de la manufactura. Véase lo que á este propósito escribe Henry Jouin en uno de los más acreditados órganos de buena crítica artística (1): «En medio de semejante profanación de un arte como la escultura, que no admite medianía, sirve de consuelo la repentina desaparición de los italianos que se habían fijado en Francia. Si hemos de juzgar de su número por la Exposición de este año 1887 (habla de la de París), deberemos suponer que han regresado á su país; y no seremos nosotros seguramente los que los volvamos á llamar.»

Otro temor, además, nos inspira el estado actual de nuestra plástica, y es su desaparición gradual, y no remota, si no viene pronto en su auxilio la arquitectura. Como arte decorativo tendría en tal caso más probabilidades de poder florecer que como arte independiente. En nuestros templos deberían hallar ocupación muchísimos escultores; pero si el indiferentismo religioso aumentara, si nuestra sociedad llegara á hacerse insensible á la destrucción de los grandes monumentos de nuestra edad media cristiana, que por desgracia ha empezado á realizarse; en las altas esferas de la administración pública se reflejaría esta misma indiferencia, y no pudiendo la Iglesia por sí acudir al remedio por falta de recursos, no habría quien llamase á la escultura á reemplazar con otras nuevas las derribadas y mutiladas imágenes de las portadas, de los retablos y de los claustros. De una parte parece que el libro quiera prevalecer contra el edificio religioso; de otra parece como que la idea petrificada aspire á mantenerse indestructible contra los embates de la idea intangible y difusa, y que ni el libro ha de matar al templo, como anunciaba Víctor Hugo, ni el templo ha de acabar con el libro, sino que ambos, el libro y el templo, han de completarse mutuamente en un equilibrio perfecto, en un todo armónico y duradero. Pero entretanto hay hartos motivos para temer y para esperar.

Más debería haber empleo para la escultura en la arquitectura civil; debería ésta, por su propio interés, darle albergue en sus vestíbulos, en sus escalinatas, en sus fachadas, – portadas, balcones, intercolumnios, galerías, hornacinas, frontones, frisos, etc., – en todo lo que reclama el concurso de las estatuas, de las cariátides, de los bajo-relieves para obtener vida, lenguaje y significación: porque la escultura es indispensable, no ya sólo en los grandes edificios, donde su ausencia hace enmudecer y entristecer las más ambiciosas líneas, testigo el actual Palacio de la Exposición que parece una gran fábrica de papel ó de hilados, sino en los pequeños de los hombres de gusto que no se pagan de relieves y molduras de estuco ó de escayola. Bien sé que nuestros indígenas no sobresalieron jamás en la escultura decorativa, que tan admirablemente ejecutaban los Primaticcios, los Philibert Delorme, el Rosso y todos los artistas de la famosa escuela de Fontainebleau, sin contar los infinitos decoradores italianos del siglo de León X que hacían hablar á los mármoles en los edificios monumentales de Florencia, Venecia y Génova; sé que el genio de nuestros escultores antiguos casi nunca tuvo ocasiones de inspirarse más que en la agiología, y que por lo mismo no llegó á sentir la belleza clásica ni á comprender la alegoría antigua, única decoración posible del edificio no religioso. La educación, sin embargo, la escuela, el hábito podrían vencer esta que parecía hasta ahora repugnancia instintiva hacia la belleza y la elegancia, porque ejemplos tenemos en los estudios de nuestros actuales escultores, y aún en las Salas de la presente Exposición, de que esas dos cualidades, – la elegancia y la belleza, – no son patrimonio exclusivo de los artistas italianos, franceses y alemanes.

Todo esto podrá suceder, mas lo cierto es que por ahora nuestra plástica languidece en una atmósfera indeterminada en que forzosamente habrá de atrofiarse por falta de aplicación ó empleo. Desconsuela el considerar que al paso que se han presentado al público certamen cerca de 900 cuadros, las obras de escultura no pasan de 69. Sólo cuarenta y tres escultores han acudido al general llamamiento: 13 catalanes, 11 castellanos, 7 andaluces, 4 gallegos, 3 asturianos, 3 valencianos, 1 vascongado y 1 extranjero. Sus obras son 8 grupos, 20 estatuas, 24 bustos, 8 bajo relieves, 1 jarrón de forma antigua y 9 figurillas ó composiciones de inferior categoría. En Francia las obras de estatuaria expuestas cada año ascienden por término medio á 600. Lo que se dice de la decadencia de las artes en aquel país, en términos generales y comprendiendo á la escultura, es una gran vulgaridad: nunca este arte ha florecido más en país alguno de la Europa moderna. Me comprometo á sostener esta tesis citando nombres y obras; y también á probar que son muy contados los buenos escultores españoles que han florecido fuera del sagrado recinto de los templos. Esto, repito, no acusa deficiencia estética: lo que significa es que el genio español, muy fecundo en producciones de carácter místico, cultivó muy poco la escultura profana. Desde este punto de vista puede afirmarse que la plástica, como arte libre, apenas ha existido entre nosotros. Para desterrar todo equívoco respecto de esta clasificación, téngase presente que entiendo por arte libre el que existe por sí propio y sin dependencia de la arquitectura, sea del templo, sea del palacio ó del monumento público; y que bajo este concepto, entran en la categoría de estatuas decorativas, así las efigies labradas por Juan de Juni, Gregorio Hernández y Martínez Montañés, como las que nos legaron Fidias y los otros grandes estatuarios helenos: así como son obras de arte libre las representaciones, no de cualidades abstractas, sino de caracteres ó tipos individuales y personales, que pueden ocupar indiferentemente este ó aquel lugar, y que son de por sí preciosos objetos de arte sin relación con el edificio público ó religioso, verbigracia el *Discóbolo*, los *Luchadores*, el *Jugador de tabas*, el *niño de la Espina*, el *Arrotino*, los retratos todos de los *filósofos*, *oradores*, *emperadores*, etc.

De algunos años á esta parte entra el genio español en la gran corriente europea, y produce obras, ya de escultura decorativa, ya de escultura independiente y libre, que prometen á nuestra patria artistas rivales de los Rude, los Carpeaux, los Barrias, los Chapu, los Falguière... Comenzaron el movimiento Alvarez, Solá, Salvatierra: siguieron Vilar, Ponzano, Medina, Piquer; vinieron después con mayor personalismo y mayor intuición del naturalismo de las grandes épocas del arte, los Vallmitjanas, Suñol, Samsó, Moratilla; y hoy, al paso que éstos lo sostienen, pugnando varonilmente entre ellos don Juan Samsó para que el concepto de la belleza cristiana no sucumba atrofiado por el espíritu pagano, vienen á engrosar la benemérita y reducida falange Bellver (don Ricardo), Benlliure (don Mariano), Querol, Alsina, Vallmitjana y Abarca (don Agapito), Susillo, Gandarias, Sanmartí Aguiló, y otros quizá, aunque siempre pocos.

Benlliure (don Mariano). Ha presentado una soberbia estatua del *Spagnoletto* y un grupo encantador que lleva este título: *¡Al agua!* La estatua presenta al gran pintor de Játiva en toda la exaltación de su arrogante personalidad artística. Sabido es que *Jusepe* de Ribera (así se firmaba) era un hombre fastuoso, independiente y enérgico. De su carácter independiente dió una heroica prueba en Roma, siendo adolescente, cuando á pesar de su pobreza y desnudez, rehusó la vida regalada que le proporcionaba la protección de un purpurado, por no enervarse en la holganza. De su energía es irrefutable testimonio su estilo. De su afición al lujo y á la ostentación deponen

(1) *Journal des beaux-arts et de la littérature*, núm. del 15 de mayo último.



ESTUDIO, de Sterby

todos los actos de su vida desde que se vió en Nápoles colmado de riquezas, fruto legítimo de su talento. Ha obrado, pues, muy cuerdamente el joven escultor al darle caballeresca apostura, lujoso traje, hábito y espada, con la paleta en una mano y en la otra el pincel, porque Ribera, después de pintar seis horas por la mañana en esa época feliz de su existencia, ocupaba las restantes en el trato de los primeros personajes de la corte que acudían á su estudio, la mayor parte jugadores, galanteadores y espadachines, y allí la espada y el pincel habían de acudir á la mano con igual frecuencia. – Caballero de Cristo y pintor eximio, venía á ser Ribera, como Rubens, la personificación del arte injerto en la grandeza cortesana del siglo XVII. – Vamos al grupo, siempre rodeado de gente, porque su verdad y sencillez atrae las miradas de todos, entendidos y profanos. *¡Al agua!* Una hermosa niña, de 10 ú 11 años, levanta en sus brazos á un hermanito suyo para meterle en el mar, y el niño se resiste con todas sus fuerzas clavando los deditos, lleno de rabia, en las manos que le sujetan. Nada más gracioso que la figura de la muchacha, que sonríe ante la inútil protesta del rapaz. En la rapidez del movimiento con que se apoderó de éste, su camisilla se ha ceñido á su cadera y muslo, dibujando la más linda y pura forma que puede contemplarse dando animación al mármol la llama del genio. El rebelde chiquillo hechiza por la gran naturalidad de su rabieta.

Querol (D. Agustín). – Grupo que representa *la Tradición.* Una anciana refiere á dos niños historias de los tiempos antiguos, que le sugiere un cuervo, ave misteriosa que por su larga vida simboliza el recuerdo de las edades remotas. Con decir que los dos niños, sentado en tierra el uno y de pie el otro, me parecen, por la pureza y verdad de la forma, destello del arte helénico, doy la medida de la admiración que esta parte del felicísimo grupo produce en mi ánimo. Pero la sinceridad me obliga á manifestar que no me causa igual impresión la figura de la anciana. Concibo la Tradición en su forma alegórica como una matrona de preternatural longevidad, pero no fea y arrugada como una bruja maléfica, sino por el contrario majestuosa y respetable. Comprendo que no ha de ser muy difícil para un artista del talento del Sr. Querol el hermanar la vejez con la majestad y la nobleza, y si se quieren ejemplos de esta hermosa alianza entre dos requisitos que á primera vista parecen antitéticos, no pocos se hallarán en la privilegiada raza anglo-sajona. Paréceme indispensable que la Tradición sea representada como una entidad misteriosa y quizá terrible, pero al propio tiempo llena de atractivo y encanto, que no por vieja solamente se la escucha y respeta. La Tradición puede revestir muchas formas, según la región de donde proceda; pero las más bellas y poéticas, al par que las más determinadas, son las heroicas de las *Sagas* irlandesas, danesas, suecas y noruegas. La Saga escandinava, según la pintó Kaulbach, nada tiene de fea y decrépita; es grandiosa en su magia; majestuosa en medio de su formidable expresión de reveladora de arcanos de tiempos anteriores á la Historia. – A pesar de que la Tradición del Sr. Querol es más una bruja que una saga, el grupo que forma con los dos niños está sabiamente compuesto; y en cuanto á *ejecución*, nada hay que pedir á las carnes y á las ropas que presenta á la contemplación del espectador.

Alsina Amils (D. Antonio). – *El sacrificio de Isaac:* grupo de tamaño natural. Era arduo asunto para representado en escultura por la dificultad de la agrupación, si había de seguirse al pie de la letra el texto del Génesis; pero el autor ha vencido hábilmente el escollo poniendo sobre el plano del altar al sacrificador y á la víctima: que después de todo, nada se opone á que el altar preparado por Abraham tuviera la amplitud que el Sr. Alsina le ha dado. Resulta así de la agrupación del padre con el hijo un bello conjunto, contrastando la juvenil figura del tierno y obediente Isaac, con la robusta y enérgica del anciano Abraham, que lleno de fe y pronto á un sacrificio más doloroso que el de la propia existencia, va á descargar el golpe mortal sobre el hijo único que es su amor y su embeleso, y en quien se cifran todas sus esperanzas y el cumplimiento de grandes promesas.

El niño, arrodillado á los piés de su padre, y tomando con ambas manos la mano de éste para besarla cariñoso, – accidente moral, bello y conmovedor en que no se repara apenas, – dobla resignado la cerviz para recibir el golpe de muerte. El anciano, á despecho de tan dulce lazo, alzando al cielo los ojos y la diestra armada con el cuchillo, parece formular la plegaria con que ofrece á su Dios el más costoso de todos los holocaustos. Si la composición es buena, la ejecución no es inferior: las cabezas y extremos están muy bien estudiados; el ropaje de Abraham es grandioso y marca perfectamente el movimiento de la persona. El desnudo de Isaac tiene natura lidad y elegancia.

Sanmartí Aguiló (D. Mariano). – *La pesca* (estatua en bronce). Un muchacho medio desnudo, en pie, á la orilla del mar, cubierta la espalda con una chaqueta y la cabeza con un sombrero de paja, está poniendo el anzuelo en su caña de pescar. El asunto es de una sencillez ática, y requería por lo mismo gran pureza de forma. Y el autor ha sabido dársela. Sólo es de sentir que no sea menos vulgar el semblante de este pequeño Glauco, porque no debe un escultor dar al olvido el eterno axioma de que *el arte es la manifestación de lo bello*, y ha de tenerse presente que aunque este muchacho sea aquel

..... mancebo sin rubor, cobrizo,
que en el hechizo de la playa rasa
la vida pasa, sin que le importunen
arte ni ciencia,

el más granuja entre los pilletes de la playa puede ser tan bello como Narciso.

Vallmitjana (D Venancio). —Bajo relieve de *Santa Teresa; La Belleza dominando á la Fuerza;* la *niña de la silla* (estatua en yeso); *Cupido* (estatua en yeso).—El respeto á la justa fama que este dignísimo profesor se ha granjeado con sus muchas y excelentes obras, me impide confiar demasiado en la exactitud de mi juicio respecto de las que ha traído á la actual Exposición; pero aun desconfiando del acierto, debo lealmente manifestar que al paso que me satisface del todo su bajo-relieve de la apoteosis de *Santa Teresa* ó de la exaltación beatífica de la Santa Doctora de la Iglesia de España, su figura de *la Belleza dominando á la Fuerza* me parece más adecuada para representar la *gracia*, casi diría la *coquetería*. En el bajo-relieve todo es amplio y noble: el pensamiento, la composición, la ejecución; en el grupo de la mujer sobre el león, aunque el león es grande y fiero, la mujer resulta de busto algo mezquino.

Vallmitjana y Abarca (D. Agapito).—*San Juan en el desierto.* Es un buen estudio del natural, que no cae en desagradable *realismo*. La figura del Precursor es simpática y está sentida, aunque no muy dentro de la esfera de la iconografía cristiana, que tiene ya establecidos tipos convencionales; y se ve en ella á las claras que fué modelada desde un principio para representar al santo penitente, primer habitador del yermo, y no al acaso, aplicándole un nombre después de hecho, como muchas veces acontece.—*El león.* El autor ha sorprendido la arrogante actitud del *rey de la floresta* cuando al salir de su caverna, sube al altozano y otea el contorno buscando su presa. Este joven artista aspira con recursos propios al puesto que en Francia han alcanzado Barye, Cain y Valton: estudia el natural con conciencia, y no perdona medios de adelantar en este difícil ramo del arte.

Estors (D. Vicente). – *La agonía de un paria* (estatuilla de barro imitando el bronce). Es un buen estudio de mucha verdad y expresión, y concluído sin manera.

No me detendré á analizar los demás grupos, estatuas y composiciones escultóricas de la Exposición, aunque no me faltaría qué elogiar en las diversas obras de *Gandarias*, de *Susillo*, de *Moratilla*, *Garcillán*, *doña Adela Ginés y Ortiz*, y otros. Repito lo que tengo manifestado al tratar de los cuadros: entre las obras que no menciono, las habrá quizá tan buenas como las que cito; pero no teniendo obligación de discutir acerca de su mérito, prefiero no tomar en consideración más que lo que me agrada, dejando también mucho de lo que me agrada en el tintero. Hay 24 bustos, entre los cuales existirán probablemente algunos muy apreciables, y sin embargo no puedo pasar revista á esta larga serie de fisonomías más ó menos monumentales, más ó menos aspirantes al honor de rivalizar con Demóstenes, Periandro ó Aristófanes. Cuando en una Exposición me encuentre yo con un busto como el de Monseigneur d'Affre, que ejecutó David d'Angers, ya sabré sacarle del pelotón de los simples soldados de fila. Y cuenta que hay modelos que son dechados de heroica condescendencia para con los escultores: personaje conozco yo que ha consentido ser retratado en bronce con manto á la romana, con la circunstancia agravante de haberle dado un tamaño raquítico que ni tiene las proporciones del natural, ni las de las estatuillas de mero adorno para las chimeneas y veladores. La elección del tamaño es requisito que no descuida ningún escultor impuesto en los rudimentos de su arte, y es sabido que un retrato en busto ó se hace en muy pequeña escala, como objeto de capricho, ó se ejecuta del tamaño natural, cuando no algo mayor si se trata de la apoteosis del sujeto, según acontece con los bustos de los dioses ó de los emperadores. Porque el natural dimi-



LA NUEVA FACHADA DE LA CATEDRAL DE FLORENCIA



ESCENA DE FAMILIA, cuadro de Hugo Engl

SALÓN DE PARÍS DE [illegible]



FLORES DE ESTÍO cuadro de Chaplin, grabado por Baude

nuto induce á tomar por enano al que no lo es.—En cuanto al traje á la heroica ¿habrá querido el autor imitar á Adolphe David, que acaba de representar á Víctor Hugo con ropaje antiguo? Esta indicación del traje heroico coloca á Víctor Hugo fuera de toda época moderna. – Pase, dado el orgullo francés, esta traslación del gran poeta al ciclo olímpico; pero el personaje á quien yo aludo, poeta y todo, y excelente poeta, de seguro no presume de tipo homérico, ni imperial, ni tribunicio siquiera.

En la dolorosa inopia que la sección de ARQUITECTURA nos presenta, no sé cómo justificarme de haber abierto en la distribución de estos artículos un capítulo para tratar de los trabajos de este arte presentados al público certamen. Compréndese que para el arquitecto no haya en las Exposiciones el aliciente que sirve de estímulo á los pintores y escultores para exhibir sus producciones: las de estos son obras terminadas que pueden enajenarse; las de aquellos son meros proyectos. ¿Quién tendrá el raro capricho de adornar su casa con un proyecto de monumento público repartido en plantas, alzados, secciones y detalles formando una serie inacabable de bastidores? Por otra parte, el que trazase un monumento sólo para demostrar su genio y su ciencia, sin esperanza de verlo realizado, habría de ser un verdadero Don Quijote del arte, dotado de un platonismo á toda prueba. Por lo común, no entran en las públicas Exposiciones más proyectos que los de obras ya encargadas ó que aspiran con alguna probabilidad á serlo.

Don José Esteve y López ha expuesto en cuatro bastidores interesantes dibujos de las obras de restauración que llevó á cabo en el templo de San Miguel de Jerez de la Frontera entre los años 1865 y 1878. Su *baldaquinó* (llamémosle *tabernáculo*) es esbelto y elegante, bellamente dibujado en el estilo ojival del siglo XIV.

Don Adolfo García Cabezas es autor de un proyecto de construcciones que la Compañía Trasatlántica va á erigir en terrenos de su propiedad en Matagorda (bahía de Cádiz), en las cuales se comprenden una capilla, una escuela, una estación de socorro, y un jardín con una estatua á la memoria del primer marqués de Comillas. Ha adoptado para su obra un estilo entre románico y bizantino, de aspecto robusto y monumental, que no carece de grandeza.

Don Vicente Lampérez y Romea presenta el proyecto de un Pabellón para exposiciones de bellas artes, que comprende 6 bastidores. Es trabajo apreciable: su estilo, griego en lo principal, con coronación de carácter esencialmente moderno, y una cúpula, más bien tragaluz, excesivamente rebajada, que le quita nobleza.

Por último, *don Julio María Zapata* ha expuesto un bello proyecto de púlpito para una iglesia parroquial. Se ha inspirado al trazarlo en el estilo gótico del XV, y lo ha acuarelado con colores y oro muy lindamente, presentando un conjunto razonado, rico y elegante.

PEDRO DE MADRAZO



LOS MERODEADORES, croquis de Adolfo Binet, copiado de un fracmento de su cuadro

FAVORES Á RÉDITO

Como las gentes poco misericordiosas buscan en las miserias fingidas pretexto para no acudir en auxilio de verdaderas necesidades, así con lo frecuente de la ingratitud procuran justificarse á los ojos de los demás, y aun á sus propios ojos, los que no son aficionados á dispensar favores, ó quieren *prestarlos* con su cuenta y razón.

De estos apreciables sujetos hay muy bien por todas partes; muchos más que de ingratos. Y, sin embargo, de los ingratos estamos hablando siempre y de los usureros de la gratitud casi nunca decimos una palabra. Sospecho que esta anomalía, más aparente que real, consiste en que de usureros de la gratitud tenemos todos algo, y de ingratos somos muchísimos los que no tenemos nada.

Ahí está, por ejemplo, mi amigo Valentín; y digo ahí está, porque presumo que en alguna parte estará; pero no porque yo sepa dónde se halla; ahí estará, repito, donde estuviere, mi amigo Valentín de quien no se tiene noticia de que haya hecho jamás los favores de balde; pues óiganle Vds. quejarse de ingratitudes cosechadas, de desengaños recibidos, que no parece sino que se ha pasado la vida haciendo mercedes á toda la humanidad y que la humanidad se ha confabulado para olvidar ó desconocer esos favores.

El, Valentín quiero decir, no es como la generalidad: eso dice Valentín mismo: jamás olvida los favores recibidos, por insignificantes que sean, y lleva su gratitud á tal extremo, que ya mortifica al favorecedor por lo exagerada.

En cierta ocasión hube de prestarle un servicio de muy escasa importancia, servicio que seguramente habría yo dado al olvido si Valentín no me lo recordase constantemente. En el teatro, en el café, en paseo, en una boda ó en un entierro, donde quiera que nos encontramos, Valentín se viene como flechado á donde yo estoy, me tiende la *diestra*, con la *siniestra* me da golpecitos en la espalda, y me suelta indefectiblemente el mismo discurso:

«Celebro encontrarte: ¿estás bien? tenía deseos vivísimos de darte nuevamente las gracias. ¡Oh! yo nunca olvido los favores que se me hacen. Mientras viva recordaré que acudí á tí y que tú me serviste. Gracias, gracias.»

Figúrese cualquiera si esto, repetido uno y otro y otro día, y siempre, no acaba por ser insoportable. He llegado á cobrar miedo á Valentín y mil veces prefiero á esta gratitud molesta el más duro desagradecimiento.

Pero sucedió un día que un mi amigo, amigo de verdad, á quien yo quiero mucho y por quien soy capaz de cualquier acto heroico, hasta el de buscar á Valentín, necesitó que éste le favoreciera en ciertas pretensiones y allá me fuí yo como un valiente decidido á escuchar una vez más las tonterías de Valentín, y á sobrellevar sus afectados y empalagosos alardes de agradecido.

Llegué á su casa; me soltó el consabido discurso, que yo no repito porque el lector ya lo conoce, y cuando hubo terminado sus enfadosas protestas de siempre, comenzamos el siguiente diálogo:

– Y sepamos, ¿qué buenos vientos te traen por esta casa? ¿Seré bastante afortunado para que me dés ocasión de probarte con hechos la sinceridad de mi agradecimiento? Ya sabes que deseo servirte.

– De eso se trata.

– ¿Necesitas de mí?

– Casi, casi.

– Pues habla. ¿Qué quieres?

– Quiero que interpongas tu influencia á fin de conseguir una credencial.

– ¿Para tí?

– No: para un amigo.

– ¿Quién es?

– Nicolás Oña; chico muy dispuesto, abogado, y...

– Sí, le conozco hace mucho tiempo.

– Bueno, pues para ese.

– Pues ni para ese, ni para nadie, interpongo yo mi influencia, ni molesto á mis relaciones.

– ¿Cómo?

– Como lo oyes: ¡bah! el tal Oña, pájaro de cuenta: descastadote, ingrato: bien que en eso de ingrato no es solo; hay muy pocos hombres que reconozcan noblemente el beneficio recibido y lo recuerden siempre con gusto. Yo no soy así; ya lo sabes: el que me hizo un favor es siempre dueño de mi voluntad y de todo lo que yo valga y pueda; pero ¡ay, amigo mío! como tú y como yo hay pocos, muy pocos; acaso somos los únicos ejemplares. Siembra beneficios y recogerás ingratitudes. Por eso, nada, nada; lo he resuelto; decididamente no hago un favor ni á mi padre.

– La teoría me parece muy exagerada y la práctica absolutamente imposible.

– Ni lo uno, ni lo otro.

– Bien, no discutamos. No hagas por Nicolás lo que te pido: hazlo por mí.

– Por tí con mil amores; ahora mismo: por Oña, nunca. Es un ingrato.

– Pues no me lo parece.

– Porque tú eres demasiado bueno y piensas que todos son como tú.

– Gracias; pero de todos modos, ¿qué pruebas tienes de la ingratitud de Oña?

– ¿Te parece poco lo que ha hecho conmigo?

– No me parece ni poco ni mucho, porque no lo sé.

– Pues Oña hizo lo que Gómez, y lo que González, y lo que Pérez, y lo que todos. Yo he sido para todos ellos un padre; por ellos me he sacrificado y ellos, ellos... han correspondido á mis favores con la más negra, con la más odiosa ingratitud.

Y dicho esto, Valentín se engolfó en una relación larga, muy larga, de los favores que él había dispensado á los susodichos Oña, González, Gómez y Pérez, y de su relación pude sacar en limpio que Valentín, so pretexto de dispensarles protección, había explotado á sus protegidos y que cuando ellos se cansaban de prestarse á ser explotados, comenzaban las recriminaciones de Valentín.

Al uno habíalo tenido, por espacio de cuatro años, al frente de su bufete como pasante, confiándole los negocios más difíciles y más desagradables, exigiéndole muchas horas de trabajo y pagándole mal y de mala manera una mezquina retribución: eso decía Valentín que era haberle hecho hombre.

A otro le alcanzó una plaza de noticiero en no sé qué periódico: y se cobró el favor con elogios exagerados que Valentín mismo redactaba siempre que tenía una vista, ó pronunciaba un discurso, ó publicaba un librejo cualquiera. De este periodista decía Valentín que él lo había dado á conocer y que sin su protección jamás hubiera salido de la oscuridad.

Y así por ese estilo eran todos los favores que Valentín había sembrado y las ingratitudes que había recogido.

Procuré convencerle de que no tenía razón, pero ¿quién hace creer á un tonto que es tonto en efecto? Renuncié á convencerle y renuncié también á sacarle la recomendación para Oña.

Mi visita, pues, resultó inútil por lo que respecta á la credencial apetecida; pero no lo fué del todo en lo que se refiere á mi experiencia.

Adquirí la certeza de que Valentín era un egoísta de tomo y lomo, incapaz de hacer un favor á su mismo padre, como, en un arranque de sinceridad, había confesado: que cuando podía convenir á sus planes ó servir para su comodidad, fingía favorecer á cualquier incauto cuyo talento ó cuyas aptitudes utilizaba, y que á esta explotación indigna la llamaba él dispensar beneficios y que jamás ayudó á nadie sin que hubiese calculado lo que por aquel favor podría obtener.

Díme yo á pensar desde entonces si Valentín es una excepción entre los que se quejan de ingratitudes, ó si es la regla general.

Y después de haberlo pensado maduramente, declaro que me inclino más á creer lo segundo que lo primero.

Podrá haber ingratos, no lo desconozco; pero son muchos menos de lo que por ahí decimos todos: en cambio, son muchos los que no hacen favores, ó los que al hacerlos piensan en lo que esos favores pueden producir: éstos son los que después se quejan de los ingratos, como los usureros suelen quejarse de los prestatarios insolventes.

Puede que me equivoque; pero siempre que oigo á cualquiera deplorar una ingratitud, me parece que es un





ESTATUAS DE DAVID Y JEREMÍAS, en el Campanile de Florencia, por Donatello

mercader de beneficios que ha prestado sus favores á rédito.

A quien por impulso de su natural bondadoso favorece al amigo, socorre al necesitado, auxilia á quien lo ha menester, no le ocurre jamás dar importancia á lo que espontáneamente hace, ni mucho menos exigir por ello la recompensa de la gratitud. Bástale y le sobra con la íntima satisfacción que siente cuando enjuga las lágrimas del triste, ó atenúa las miserias del menesteroso.

Pero los que un día y otro, á todas horas, se quejan de no haber hallado más que ingratos en su camino, paréceme que deberían anunciar su industria en la cuarta plana de los periódicos en estos términos:

«Ojo.—*Hay favores* para buenas hipotecas.

Beneficios y recomendaciones, *se prestan* sobre promesas de amor, de sumisión incondicional ú otras garantías que convengan.»

Esto podría asustar á ciertos espíritus delicados y meticulosos; pero tendría la ventaja de que todos sabríamos de lo que se trataba y nadie podría llamarse á engaño.

A. Sánchez Pérez

LA HIJA DE LA VIUDA

LEYENDA HISTÓRICA RABÍNICO-CATALANA

A vueltas de condiciones importantes de ornato general, pretexto ó motivo invocado á la continua para reformas en la edificación de nuestras ciudades, espíritus sentimentales é idealizadores, poetas y artistas de aquellos que el vulgo designa á montón con el nombre de románticos se duelen de que desaparezcan cotidianamente preciadas reliquias de edificios antiguos, los cuales por la grandeza ú originalidad de sus líneas, lo peculiar de sus adornos y hasta su disposición especial ó economía constructiva servían á romper de varios modos la monotonía del aspecto vulgarísimo y adocenado de algunas casas modernas ó reformadas en la última centuria. Causa es de no escaso dolor para todos los que aman la belleza de lo antiguo el contemplar en el Albaizin de Granada, ora una alfarería, ora un telar (cuando no un taller de carpintería) en las *doradas mansiones de marfil y nácar labradas por el sabio moro* para aposento de príncipes y de magnates; ruinosos alcázares que fueron un día teatro de lucidas fiestas reales, de discretos consistorios, de alegres leilas y de bulliciosas zambras, con sus vastos salones de paredes decoradas con esmalte y artesonados de azul, rojo y plata, sus espaciosos corredores y sus patios anchurosos, donde parecen conservadas las huellas de tanto caballero y de tanto doncel, de tanto cantor y ministril, de tanto poeta y narrador, atentos todos á procurar el solaz de los príncipes mahometanos con hidalgas muestras de galantería, la habilidad en el ejecutar y en el concebir, el relato de aventuras maravillosas y las interesantes frases de ingenio. Ni mueven poco á dolor en los que visitan la imperial Toledo los mutilados restos de la grandiosa fábrica de la mezquita ó humilladero muslím de la calle de las Tornerías, cuya pureza de estilo, gallardos arcos y elegantes columnas compiten con los de la aljama omeya de Córdoba, destrozados sobre manera y repartidos al presente en viviendas y locales de aspecto mezquino, destinados ¡suerte adversa! cual á taller de calderería, cual á tienda de verduras. *Habent sua fata monumenta.* Mas, con ser verdaderamente tristísimas tales contemplaciones, amenaza algo peor á los admiradores de monumentos artísticos y arqueológicos del capricho y audacia de mezquinos reformadores, que guiados á las veces por fantasía propia, más bien que obedeciendo á imperiosas razones de comodidad y de higiene, pretenden igualar todos los edificios nivelándolos interior y exteriormente y destruyendo el interés y enseñanza de su historia particular, ante las pretendidas ventajas de una regularidad geométrica. Esto ha ocurrido, ocurre y ocurrirá como en muchas ciudades de España en Barcelona, pero en rigor de verdad mucho menos y más despacio que en otras partes.

Los aficionados á memorias y recuerdos de la antigua corte de los Vifredos, si cuentan once ó doce lustros de edad, no han olvidado todavía entre las casas viejas reformadas en el primer tercio del siglo en la calle de Moncada una de sencilla apariencia, que se distinguía, sin embargo, por su elevación y anchura de los edificios inmediatos. Situada en el lugar que han ocupado después las tiendas de dos comerciantes conocidos, antes de su revoque, reforma y división verificadas en 1830 ofrecía á la derecha mano una ancha puerta que daba acceso á un despacho ó tienda de mucha capacidad, adonde no se podría entrar sin bajar dos escalones, mostrando en el lado de la izquierda otra puerta principal, que se abría para dar entrada al zaguán de la casa, habitación con pavimento de piedrezuelas, la cual terminaba en frente de la puerta en hermoso pórtico de gusto románico, que rodeaba un espacioso patio. La magnificencia y buena disposición de esta parte del edificio así como la ancha escalera con barandilla de piedra que conducía desde el pórtico á las habitaciones interiores testificaba claramente, ó que había pertenecido en otro tiempo á persona opulenta que no ejercía habitualmente granjería mercantil, ó que el mercader que la erigiera había menester por la multitud y copia de sus negocios aparejo y comodidad de varios locales de oficinas. Desprovista la casa en su exterior de todo blasón de escudo de armas, corría hablilla por entonces en el barrio, de que aquel mal conservado caserón encerraba alguna singularidad de cuenta, ora subterráneos con remota é ignorada salida, ora un tesoro enterrado, como que se había oido decir á sus propietarios y vecinos que, en repetidas ocasiones, habían tratado de comprarla algunos extranjeros llegados á Barcelona desde lejanas tierras, exclusivamente con dicho objeto. Solía referir el que la poseyó en 1815, que su bisabuelo estuvo á punto de otorgar escritura de venta á favor de un caballero de Perpiñán llamado Rasí, quien le contó que había morado en ella uno de sus antepasados, personaje célebre y famoso, así en Europa como en Oriente, y, en especial, venerado por sus escritos en Francia y en Alemania. Hablaba el perpiñanés al propietario catalán de una manera tan sigilosa y extraña y mostraba empeño tan vivo y extraordinario en la adquisición del edificio, que se persuadió el barcelonés de que se tra-

taba á no dudarlo de recoger algún tesoro depositado en tiempo antiguo, con lo cual exageró sus pretensiones, desentendiéndose á la postre de vendérselo por ningún precio, por elevado que pareciese. Dándose después á hacer averiguaciones acerca de los antiguos poseedores de la finca, rastreó solamente que uno de sus antecesores la había comprado dos centurias antes, á fines del siglo xv, á los herederos de un rico comerciante sin hijos llamado Francisco Gersom. Ocurrió que un tratante italiano habiendo vuelto á su país en 1848, después de haber vivido muchos años en la calle de Moncada, acertó á visitar en Padua á un librero amigo suyo, en el momento en que era objeto de acalorada cuestión en la trastienda, el origen de un tesoro encontrado días atrás en la margen izquierda del Tesino. Entonces contó el recién llegado lo que se refería en Barcelona, á propósito de la casa que se decía fué un tiempo habitación del escritor llamado Rasí, cuyo propietario más antiguo usó el apellido Gersom. Como le escuchase en un rincón de la habitacion un judío bibliógrafo, no pudo contener un ¡ah! de admiración, que explicó ante los circunstantes, significando que la historia de Rasí y de los Gersom de Barcelona se hallaba escrita en unos papeles de judíos sefardíes ó españoles que fueron sus antepasados. Avivada la curiosidad del tratante y de los que se hallaban presentes, le suplicaron que se la refiriera, lo cual verificó el rabino, sin hacerse mucho de rogar, en estos términos:

Hacia el año cuatro mil setecientos noventa y nueve de nuestro cómputo (1039 de Jesucristo), vivía en Tolón, ciudad marítima del Este de Francia, un pobre judío, llamado Isaac, con su esposa Rebeca: el primero, aventajado talmudista, ganaba el sustento cotidiano tallando piedras preciosas y copiando manuscritos; su compañera le ayudaba también á atender á las necesidades de la casa con trabajos propios de su sexo, siendo primorosa en toda labor de encaje y en el guarnecer alcandoras. Vástago Isaac de una antigua familia de orebzes conservaba, como herencia de familia, una hermosa esmeralda de brillo y color muy preciado. Mostrándola una vez á cierto devoto cristiano, que le había encargado engastar otra semejante, ocurrió á este, cuenta la tradición, que ambas piedras servirían bien, con alguna preparación, para simular las niñas de los ojos en una escultura de madona: con cuyo motivo no cesó de importunarle para que le cediese á buen precio. El israelita, que no quería contribuir de manera alguna á lo que estimaba en su corazón como una aplicación idolátrica, resistió toda oferta, negándose rotundamente á la cesión que solicitaba el cristiano. Sabiendo este que la llevaba siempre consigo, logró por engaño que se embarcase cierta tarde en una lancha que le pertenecía, y allí trocada la actitud de repente, le amenazó con quitarle la vida, si no se la entregaba. Resuelto Isaac á todo, la arrojó al mar, para que, con su muerte, no se allanase la aplicación que temía; con lo cual el cristiano que no imaginó tanta decisión, ni intentaba en realidad lo que decía, se excusó ante él y le dejó en tierra. Pasó la mayor parte de la noche, que sucedió á tan triste acontecimiento, con viva fiebre é insomnio, hasta que, rendidas sus fuerzas y cerrados por un momento sus ojos, creyó oir una voz que le decía: «Consuélate: á trueco de esa piedra, que pierdes, tendrás un hijo, cuya fama brillará más que todas las piedras preciosas del universo». Algunos meses después, Rebeca llevaba en su seno esperanza de próxima fecundidad, considerada como especial bendición de Dios por los israelitas.

Sucedió que, al pasar una mañana por calle muy estrecha de Tolón, acertó á pasar al mismo tiempo que ella un coche tirado por cuatro fogosas yeguas. El cochero que tenía buen corazón bajo la áspera corteza de los de su oficio, comenzó á dirigir el tiro, en sentido de acercarse á uno de los muros laterales, para dejar paso á la pobre judía. «Adelante y por medio,» gritó una voz dentro del coche. «¿Merece que nos molestemos una mísera hebrea?» La atribulada joven aceleró el paso para ganar cuanto antes el extremo de la calle, mas cuando estaba próxima á lograrlo, se atravesó otro carruaje, que venía en dirección contraria. Entonces el cochero del primer carruaje, movido de las voces de su señor se dispuso á hacerle paso, para lo cual aproximó el coche á la pared, sin consideración á la pobre hebrea, que se hallaba en inminente riesgo de morir aplastada. La israelita, que había detenido el paso y se apoyaba sobre la pared, teniendo la rueda del primer carruaje casi encima, gritó de repente: «¡Adonai (Dios ó Señor mio), libradme de la iniquidad de estos malos cristianos,» y ¡oh maravilla! la pared sobre que se apoyaba, la cual resultó ser por aquel sitio una delgada tabla cubierta de yeso, cedió inmediatamente, recibiendo á la judía en una especie de nicho en cuyo hueco pudo resguardar la vida. La mujer de Isaac, que se creyó salvada milagrosamente, contó y divulgó el suceso por la población, no sin dar pretexto á que cristianos malévolos ó suspicaces, pretendiesen que debía su salvación á intervención diabólica, invocada por sortilegio. En consecuencia, el matrimonio temiendo ser perseguido, abandonó una noche á Tolón, y buscó un refugio en Troyes, población de Champaña, cuya aljama israelita gozaba reputación de numerosa y muy opulenta, en aquel tiempo.

Llegados á aquella ciudad, fueron muy bien recibidos por judíos plateros primos de Isaac, los cuales no dejaron de encarecer el mérito científico del joven, recordando que era discípulo predilecto del insigne talmudista R. Gersom de Maguncia, con lo cual no tardaron en introducirle en los círculos de los hombres más doctos, que dieron testimonio de modestia, eligiéndole rabí de la comunidad. Ocurría esto á la sazón en que llegaba á Francia la noticia de la muerte del último Gaón de Sora (1040 de J. C.) y pocos días después daba á luz Rebeca un niño, á quien su padre puso el nombre de Salomón, conforme al sueño que había tenido y al destino, que después alcanzó en el mundo científico. Fué, andando el tiempo, el hijo de Isaac uno de los doctores más ilustres del judaísmo, aquel cuyas obras inspiraron á Nicolás de Lira y el cual bajo el nombre de Rasí (RA. S. I.), esto es, Rabbenu Selemoh Isaaqui ó hijo de Isaac, es considerado hasta el día cual el comentador más docto de la Biblia y del Talmud que haya producido la raza hebrea. Consagróse desde su primera edad al estudio de la ley mosaica, cultivándolo en Troyes bajo la dirección de su padre, hasta que cumplió diez y ocho años. Entonces por conformarse con los preceptos de la Misná (Aboth v. 21) se casó con una doncella hebrea, la cual dejó á poco en su país natal dirigiéndose á Alemania, á ejemplo de su tío R. Simeón Ben Hazzaquen, con el propósito de oir á las principales lumbreras del



Fig. 1. – Moneda de dos sueldos destinada á entrar por la estrecha boca de una botella. Está figurada á la izquierda con un anillo de gutapercha extendida.

Talmudismo. Allí, á vueltas de grandes privaciones, falto en ocasiones de pan y medio desnudo, viajando á pie, é interrumpiendo varias veces sus tareas para volver á Francia á ver á su esposa, tuvo además de su tío por maestros en distintas poblaciones á R. Jacob Ben Jacar, que había sucedido á Gersom en la dirección de la escuela de Maguncia, á R. Isaac Ben Judah y á R. Eliaquim, cabeza de la sinagoga de Spira. Bastáronle, con todo, cinco años para posesionarse de cuanto se sabía en su tiempo de doctrina teológica judaica, así como de literatura y exégesis bíblica y talmúdica, mostrándose consumado en todos estos estudios. Volvió entonces á Troyes y abrió escuela de interpretación bíblica, comenzando con tal motivo la obra más notable de las suyas, la intitulada «Comentarios.» Su reputación le atrajo consultas de todas partes, el acierto de sus resoluciones le constituyó más de una vez en árbitro de los puntos de doctrina disputados entre sus propios maestros, la admiración de sus paisanos le otorgó unánimemente el rabinato á la muerte de su padre. No era aquel cargo un puesto verdaderamente lucrativo, sino una dignidad honrosa, con que los israelitas recompensaban en aquel tiempo, así la ciencia como la práctica de la virtud y la severa observancia de la ley. La fama de sus virtudes le hizo acepto, no sólo á los israelitas, sino también á muchos príncipes y sabios cristianos. Quizá por esta razón, ó por favores de la suerte, la terrible tempestad que se fraguó contra los judíos, al predicarse la primera cruzada, derramando torrentes de sangre judía en Baviera, en la Alemania occidental y en el Norte y Este de Francia, pasó por los alrededores de Troyes, sin producir daño en su recinto. En cambio, fué el lugar de refugio para los perseguidos de los países cercanos. En el año 1096 los vecinos de aquella población vieron llegar á sus puertas grupos de miserables judíos hambrientos, desnudos y faltos de recursos. Eran los israelitas perseguidos, que habían logrado salvarse de las horribles matanzas de Tréveris, Spira y Maguncia, y de las crueldades ejercidas por los cruzados en Metz. Todos los hebreos de Champaña acudieron al socorro de sus hermanos, excitados por el ejemplo y la palabra del ilustre rabino. Este acogió en su casa á algunas familias necesitadas, en especial de los doctos talmudistas del Norte. Con ellas había venido una prima suya hija de su tío R. Simeón, acompañada de su esposo, nieto de R. Gersom, el insigne rabino de Maguncia. Traía el matrimonio consigo además de una hija, niña hermosísima de diez años llamada Meriem, un huérfano, mancebo de quince años, hijo de R. Eliaquim de Spira. Con no ser Rasí de los judíos más acomodados de la sinagoga, su caridad era inagotable. Consumidos los recursos propios, no perdonó medio de mover el desprendimiento de los suyos, en particular de los mercaderes ricos. Estos, pasado el arranque generoso del primer momento, se encerraron, por su mayor parte, en indiferente egoísmo, que forzó á los fugitivos á dispersarse por las ciudades del Mediodía de Francia, dirigiendo algunos sus pasos á la Península Ibérica.

FRANCISCO FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

(Continuará)

LOS SUELDOS MÁGICOS

Desde hace algún tiempo los vendedores ambulantes de las calles de París venden á los transeuntes unos sueldos mágicos que pueden hacerse entrar en una botella ordinaria.

Trátase de una moneda de diez céntimos, pero si se toma en la mano, luego se ve que se dobla exactamente como las alas de una mesa de comedor.

Los aficionados á la mecánica, los relojeros y los torneadores de cobre pueden fabricar una sin dificultad. He aquí cómo se ha de proceder.

Con una sutil sierra de serrar metales, se corta la moneda en tres partes, bien siguiendo dos líneas paralelas, bien los contornos indicados en la fig. 1.ª. Con destreza se consigue que los cortes sean casi invisibles. Antes de serrar la moneda, se ha debido practicar por medio de un torno, de una sierra ó lima, una ranura circular de dos milímetros de profundidad alrededor de la moneda.

A esta ranura se adapta un anillo de gutapercha fuertemente tendido; anillo que antes de la tensión debe á lo más tener de 3 á 4 milímetros de diámetro. Si la gutapercha está bien disimulada en la ranura, la moneda serrada no se diferencia de otra íntegra, á primera vista.

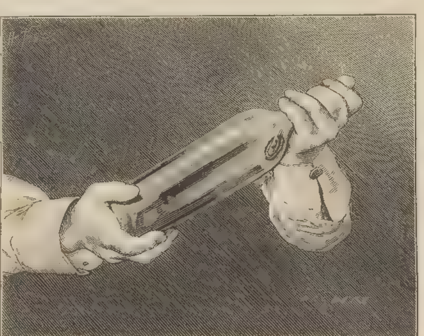


Fig. 2.—Manera de hacer entrar la moneda en una botella.

En virtud de este procedimiento se puede fácilmente hacer entrar la moneda en una botella, colocando las manos como indica la figura 2ª. La mano que dobla la moneda, cubre la boca y cuello de la botella; pónese encima la moneda y con un ligero esfuerzo se le hace salvar el cuello de la botella. La misma gutapercha de su contorno la obliga luego al punto á recobrar su forma primitiva y suena en el cristal como un prodigio.

Para sacarla se ha de procurar que los cortes de sierra estén en la dirección del eje de la botella, y entonces, se inclina esta boca abajo, se le da un golpe ó dos con la mano, y se la obliga á salir, tomando ella misma su forma primitiva como antes por la tensión del anillo de gutapercha.

Después de esta suerte de recreación, diremos algunas palabras del *Sueldo doble*, cuya descripción ha hecho el periódico *El Investigador*, del que tomamos estos curiosos pasatiempos.



Fig 3.—El sueldo doble.

Colócase el sueldo, ya preparado, en la mano y se exhibe para que se vea que es único, que está solo; se pone encima la otra mano por un momento, y cuando se quita esta mano, no hay ya en la otra un sueldo solo, sino dos bien manifiestos.

La figura 3 indica, no cómo ha de hacerse la suerte, sino simplemente el resultado, el sueldo doble. No es sino un sueldo ordinario, encima del cual hay una especie de cubierta hueca que tiene la marca ó sello de un sueldo y cubre tan exactamente el primero, que puede creerse que se trata de una moneda ordinaria.

Levantando esta cubierta y deslizándola hábilmente al lado de la moneda auténtica, aparecen efectivamente dos sueldos en lugar de uno.

Fabrícase esta cubierta por un procedimiento de estampación de una laminilla ú hoja de cobre muy delgada, que se adapta á un sueldo, que sirve de molde.

Venden estos objetos unos *camelots*, que recorren las calles de París, y no siempre es fácil adquirirlos.

Tal vez sea posible reproducir el molde del sueldo en cobre por medio de procedimientos galvanoplásticos; pero no hemos hecho experimentos para saberlo; y no podríamos informar á nuestros lectores de una manera cierta sobre este punto. Sea como quiera, hay aquí asunto de interesante recreación para los aficionados á la física.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 11 DE JULIO DE 1887 — NUM. 289

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1887



MALASAÑA Y SU HIJA SE BATEN CONTRA LOS FRANCESES EN 1808

CUADRO DE E. ALVAREZ DUMONT. — MEDALLA DE TERCERA CLASE. — (De fotografía de Laurent)

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

Toda Exposición de Bellas Artes debe ser considerada un verdadero acontecimiento en concepto de cuantos, como nosotros, entienden que los pueblos viven de algo más que del pan material que se expende en las tahonas. Por esto hemos dado á la que se está celebrando en Madrid la importancia que indudablemente tiene en la esfera del progreso de la querida patria.

Nuestro distinguido colaborador D. Pedro de Madrazo, tan competente bajo todos conceptos en cuestiones artísticas, ha expuesto en una serie de artículos, notables como suyos, los temores y las esperanzas que le ha infundido la última Exposición. Nada tenemos que añadir á las apreciaciones de tan docto profesor. *El lo vió* y él lo ha juzgado. Exacto en la apreciación, independiente en el criterio, lógico en el razonamiento, imparcial en la crítica, exigente con el vencedor y generoso con el vencido, cual cumple á los escritores de levantados sentimientos; la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA se asocia al señor de Madrazo en su juicio de la *Exposición* y se promete que sus luminosos artículos han de ejercer alguna influencia legítima en la conducta de nuestros artistas. Hasta aquí la opinión del entendido; después de ella la apelación, ó mejor la revisión, ante la opinión pública.

Porque, seamos francos, cuando de Bellas Artes se trata, hay que conceder al público una autoridad que ejerce por derecho de naturaleza. La pintura, principalmente, tiende á la excitación del sentimiento por medio de la imagen; y el sentimiento y el don de la vista no son patrimonio exclusivo del profesor, ni siquiera del simple docto. En Bellas Artes no hay profanos absolutos: con tal que se sienta un cuadro, se puede emitir acerca de él un juicio. Este juicio podrá separarse de las reglas profesionales; podrá adolecer de grandes errores tocante á la parte técnica de la ejecución; pero, desengañémonos, cuando la mayoría del público que visita Museos ó Exposiciones se detiene delante de un cuadro ó de una escultura, no se equivoca ciertamente. El sentimiento del arte ha sido excitado: este sentimiento, por ser natural, simpatiza espontáneamente con cuanto á la naturaleza se aproxima, es decir, con cuanto se aproxima á la verdad; y si el público no puede apoyar su voto instintivo con discursos sabios, raras veces el crítico especialista contradice su opinión, ó si la contradice es en la esfera técnica del arte, allí donde acaba el profano y empieza el maestro, ó sea donde acaba el que siente y empieza el que razona.

La ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA ha razonado tocante á la actual Exposición de Madrid por conducto de persona competente de sobra. Debía, empero, á sus favorecedores, al autor del juicio crítico y aun á los mismos expositores, la demostración de ese juicio, al par que un justo tributo de admiración á los artistas que trabajan lealmente para dar días de gloria á España. A este objeto dedicamos el presente número. Los cuadros que en él reproducimos no son los únicos dignos de serlo; pero los autores de obras preteridas se harán cargo de que el espacio, no la voluntad, nos falta en este caso. Ni tenemos preferencias, ni renunciamos á publicar otras reproducciones, como lo hemos hecho antes de ahora. Aspiramos tan sólo á que nuestros favorecedores conozcan algunas de las principales obras laureadas y á demostrar, por medio de ejemplos, la precisión de juicio de nuestro colaborador D. Pedro de Madrazo. Supongamos, pues, que nuestros grabados de la actual Exposición vienen á ser la parte ilustrada, los comprobantes de nuestros precedentes artículos.

Ellos comprueban que, aun faltando en el nuevo templo consagrado al arte las obras de los grandes maestros de la moderna escuela española, contamos con buen número de pintores capaces de producir lienzos serios, lienzos dignos de llamar la atención, obras en las cuales cabe fundar legítimas esperanzas. Se han expuesto cuadros de mucho aliento, y aunque quizás en alguno de ellos el aliento ha sido superior á las fuerzas reales de los autores, el simple hecho de acometerlos y el haberse distinguido merced á ellos, siquiera no hayan llegado á la perfección y sublimidad del arte; demuestran que no pecaron de osados, sino de valientes. A todos quiere estimular la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, á todos presagia días de gloria, si utilizan oportunamente sus buenas cualidades. Ni los artistas laureados se envanezcan, ni los no premiados se desalienten. En una Exposición no hay medallas para todos los expositores, ni esas medallas tendrían importancia alguna si se prodigasen como á los niños de la escuela, por dar gusto á unos padres, ciegos de puro amantes de sus hijos. Diremos más, si se quiere; diremos que no todos los Jurados son infalibles; que es posible existan expositores injustamente desairados; que al fin de toda Exposición se oyen quejas y recriminaciones y sospechas injuriosas y protestas de eterno retraimiento... ¡Debilidades humanas!... ¡Desfallecimientos de un día!... El verdadero artista se hace superior á ellos en breve plazo y apela de lo presente al tribunal de lo futuro.

A encauzar la opinión pública, á concertar la opinión con fundamento, en una palabra, á saber de qué se trata, cosa que en materia de Exposiciones ignora la gran mayoría del público, contribuye eficazmente la reproducción de las obras más salientes por medio del grabado. Por esto la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA se apresura á verificarlo. Cierto que los modernos procedimientos, aun los más simpáticos á los autores reproducidos, no pueden dar idea de la luz, del color, de la impresión que produce un cuadro original; condiciones que no ha de imitar ni tampoco sustituir la reproducción tipográfica. Pero en la imposibilidad de obtener lo mejor, damos lo posible; bien así como el amante de la música que no puede asistir á la representación de una ópera, ni obtener su partitura á voces y grande orquesta; se da por contento con una reducción para piano, que le permite formar concepto aproximado del plan de la obra y de sus melodías, que es como si dijéramos, hablando de cuadros, que le deja apreciar la composición y el dibujo.

De esta suerte creemos no tan sólo salir al encuentro de la curiosidad general, sino cumplir la misión que nos hemos impuesto; popularizar el arte en bien del pueblo y contribuir á la gloria del artista en bien del arte.

SUPLEMENTO ARTISTICO

EL PANEGÍRICO DEL SANTO
cuadro de Benlliure grabado por Weber)

No necesita explicación esta preciosa obra de arte; pero aun menos necesita recomendaciones que hagan resaltar su mérito. Su autor concibe con verdadero aliento; estudia bien el conjunto, atiende á los detalles, armoniza las diferentes partes de su obra con raro talento y la da forma con diestro pincel. Hace poco era una legítima esperanza; hoy ha conquistado una gran reputación; mañana puede ser una gloria legítima de su madre patria.

A Benlliure no le asusta la idea de ocupar un gran lienzo, como á un buen caudillo no le asusta el dirigir las maniobras de un numeroso cuerpo de ejército. Y al llenar aquel lienzo, no se limita ciertamente á ocultar bien ó mal el tejido de la tela bajo el color de la paleta; antes bien sus grupos obedecen á un cálculo bien trazado y los personajes se mueven holgadamente, justificando por sus tipos y actitudes la razón de su ser en el cuadro. Los que le tachan, quizás no sin razón en alguna de sus obras, de que apela á los vagos contornos de lo sobrenatural para ahorrarse el trabajo de estudiar debidamente la realidad de los hombres y de las cosas, pueden convencerse, examinando *el panegírico del Santo*, de que nuestro artista sabe producir las cosas y los hombres tan netamente como puede desear el más empedernido realista.

DESDE ROMA

Viendo las obras enviadas á Madrid, para la Exposición que se verifica este año, debe afirmarse que el florecimiento de las artes en España es un hecho: al escribir la historia que deba perpetuar el nombre de nuestros pintores y escultores, la segunda mitad del siglo XIX determinará un período de maxima importancia y tal vez en él sea más considerable que en ningún otro, el catálogo de las obras notables. Hay verdadera fiebre pictórica: al arte van muchos por lo que fueron tantos en los tiempos pasados, por el arte en sí, por la belleza, por la gloria: el que muchos también vayan por especular y en vez de una obra de arte hagan un artículo de comercio, que después recomiendan como mercancía, no importa; el arte florece porque como cultivadores del mismo siempre serán estimados los primeros, como despreciados los segundos. Creemos que siempre ha ocurrido lo mismo; el mundo ha sido mundo siempre; antes y después Jesús hubiera tenido motivos para tratar á los mercaderes como lo hizo en el templo de sus días: al par que los grandes maestros que son poderosísimas glorias de las cortes de Médicis y Borgias, y que tanto se hicieron notar por sus méritos, como por la independencia de sus caracteres, florecieron otros embadurnadores y modeladores, cuyos nombres yacen en la región del olvido, como sus huesos en el polvo que flota merced al viento que los barre. En la historia se mantendrán siempre aquellos, mientras que estos últimos creemos que vivieron; no lo sabemos ciertamente.

A juzgar por aquello de que más se habla, pudiera parecer que la pintura absorbiéndolo todo, no deja campo á las demás bellas artes, ó que seducidos los que sienten inspiración para hacer plásticas sus ideas, ceden siempre ante los encantos más visibles de la luz y el color, olvidando que con el mármol y el bronce, que con la greda y el yeso, puede pintarse también. El espacio limitado por la forma escultórica y el claro oscuro dentro de la misma forma, son bastantes para hacer sensible un pensamiento, para embellecerlo y cautivar con él. Comparadas las artes entre sí, y entiéndase que por el momento hablamos sólo de lo que ocurre en Roma, resulta efectivamente que la escultura tiene menos cultivadores que la pintura, pero no puede decirse que en nuestra España se halle en decadencia el arte sublime que eternizó el nombre de Fidias, que ha hecho inmortal el del coloso viviente que retrató al poeta del Génesis para la tumba monumental de Julio II y que con mármol simbolizó el pensamiento que ligado á la tierra sóbranle alas para llegar al cielo; y lo dejó como ornato eterno de la capilla de los Médicis florentinos.

Pocos en número son, es cierto, pero los escultores españoles que comienzan ahora su carrera, mantendrán la tradición gloriosa de este arte que en España será siempre grande, sin que pueda empequeñecerle el olvido en que se le tiene. Entre estos pocos, merece una mención especial Antonio Susillo, hijo de la misma tierra en que nacieron Montañez y Fernández, escultor joven aún porque son pocos sus años, de mucha vida ya, si puede medirse por la reputación justamente alcanzada. Nuestro ánimo no es hacer ahora una biografía, ni un estudio detenido de este artista, mas teniendo que juzgar la obra notable que presenta al certamen, es justo que lo presentemos al público tal como es.

La educación y la ilustración, esencialmente distintas y ambas de primera necesidad para los que se dedican al arte, son cosas que desde luego se advierten en el distinguido escultor sevillano; verdad es que no pertenece al número de los salidos de su clase por el puro amor al arte. La vocación fué causa de que Susillo cambiara de carrera; no habiendo sido escultor, sería hombre de letras, profesión que dejó al conocer que reunía las difíciles condiciones que son necesarias para merecer un puesto distinguido en el arte que capitanean glorias que no se pueden medir ni con la vista, ni con la inteligencia. Susillo no es de los que para darse á conocer necesitan terminar una obra; basta verlo para apreciar al hombre, con la consideración que merece el caballero, el buen hijo, el buen amigo; basta escucharlo para comprender las vigilias que consumió en el estudio, los días que trabajó para adquirir los conocimientos que posee: modesto hasta donde puede serlo una persona bien educada, el tiempo pasa rápido cuando se conversa con él; matiza su conversación con oportunas citas hijas de su ilustración clásica y vienen á sus labios cuando son necesarios versos de nuestros poetas de la mejor época, lo mismo que de aquellos que ya en remotos tiempos ilustraron de una manera esplendorosa el siglo de Augusto.

Para nosotros fué ya una poderosa recomendación la sincera amistad que le profesaba un artista tan distinguido como Emilio Sala; él nos presentó al joven escultor allá en su estudio de la histórica vía Flaminia que tantos recuerdos pasados y presentes tiene para nosotros: en ella tuvo su estudio y allí murió el gran Fortuny; en ella tiene el suyo el incomparable cuanto sencillo Villegas: parece que las emanaciones del *biondo* Tiber no arredran al genio, que sólo busca condiciones á propósito para su desarrollo y fecundidad: el espíritu se preocupa poquísimo de las condiciones necesarias para la vida de la materia; el alma como representación de lo superior y eterno que vive con nosotros, no abriga temores por la suerte de su envoltorio, busca espacio en que flotar y flota tranquila como parte de lo que no puede morir. Cuando penetramos en el desmantelado estudio en que trabajaba, llamó profundamente nuestra atención el decorado de uno de sus muros dibujado perfectamente al carbón por él mismo. Recuerdos góticos de su simpática Sevilla agrupados junto á representaciones de la miseria humana, lo antiguo revuelto con lo nuevo y sobre todo lemas perfectamente encontrados entre los que más se hacía notar el consejo de Horacio en su memorable epístola

Quid valeant humeris

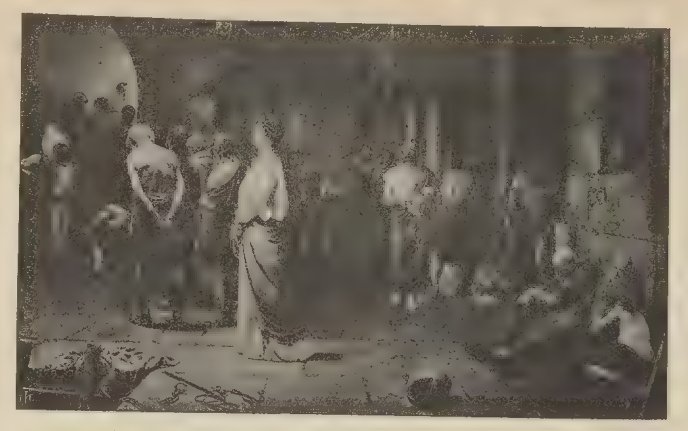
Poco á poco fuímos conociendo al hombre y al escultor: lo ameno de su conversación completaba para cautivar á lo notable de las obras que paulatinamente iban saliendo de su buril: estas parecían ilustrar sus palabras y se nos fué revelando un hombre notable desde todos puntos de vista. Lejos, muy lejos de su ánimo afanarse para simular modestia con que tantos otros disfrazan insoportable orgullo; la naturalidad es una de las condiciones que más pronto se advierten en Susillo y más se hace querer cuando se ve el noble deseo que nunca le abandona de que todos salgan adelante, que avancen, que progresen y que figuren: está convencido de la gran verdad de que uno no puede abarcarlo todo y de que lo que otros tengan no puede hacerle daño, si puede realizar lo mismo ó más.

Susillo es discípulo de la Academia Sevillana, aunque francamente hablando, de él puede decirse lo que de tantos otros, es discípulo de la naturaleza, que sus facultades le permiten ver no tal como es, sino como debe ser para que por ningún concepto inspire repugnancia. Cuando ya tenía dadas pruebas de que había nacido escultor, tuvo la fortuna de poder ir á París á completar sus estudios. Ninguna escuela mejor: el espíritu francés ha operado en la escultura moderna la metamorfosis que pone á este arte en armonía con la edad presente; Ru, Clessinger, Carpeaux son modelos que un escultor moderno debe estudiar con tanta atención como merece el divino torso del Belvedere, el incomparable Apolo y el humano Laoconte. Susillo ha podido hacerlo y de ello sus ventajas principales, que comienzan á manifestarse en el grupo enviado á Madrid.

Sin duda alguna es la obra de más importancia que ha salido de sus manos; es la primera vez, al menos que nosotros sepamos, que el artista sevillano presenta un grupo escultórico de su magnitud física y de su grandeza artística: Susillo hasta ahora venía cautivando y poniendo de manifiesto sus condiciones con los bajo relieves que presentaba, en los que puede decirse ha derrochado talento. No sostendremos que este género lleve ventaja ninguna á la escultura técnicamente hablando, pero tiene para nosotros encantos grandísimos: el bajo relieve es una escultura que pinta, como la poesía es una música que habla. La historia del arte á que tanta grandeza prestan los nombres de Praxiteles, Fidias y Silanión, Verrochio, Donatello y Miguel Angel, tiene en la antigüedad un precedente mítico, poético como todos aquellos que en tan remotas edades servían para explicar el origen de cuanto cautivaba al espíritu. Kora, joven hermosísima, que sin duda por eso se llamaba así, deseando conservar el recuerdo de su amante, próximo á partir, falta de otros medios trazó con un carbón en el muro el contorno de su rostro, que se proyectaba sobre el fondo iluminado: su padre, alfarero de Sicione, llenó con barro aquel contorno y lo modeló toscamente: este fué según Plinio el primer bajo relieve, el génesis de la escultura. Por más que el autor latino, con más imaginación que conviene á un naturalista, afirme ser histórica esta versión y asegure que la medalla á que contribuyeron dos amores puros ambos é igualmente grandes, se conservó en Corinto, hasta que Mummio el antiguo pretor de España arruinó la ciudad y vendió sus tesoros de arte al rey de Pérgamo, no hay que prestar crédito á fábulas agradables siempre, porque simbolizan una idea; pero es bueno no olvidarlas, que faltos de documentos para hacer historia, se tiene la poesía para escribir la crónica.

En el bajo relieve, primera forma que revistió la escultura, se han distinguido gran número de artistas de los que para no cansar citaremos sólo á los pisanos Nicolo y Giovanni y Arnolfo de Lapo cuyas obras llamarán eternamente la atención en Siena y Pisa, Orvieto y Florencia. Susillo ha seguido las huellas de aquellos grandes maestros, á cuyo lado puede muy bien formar nuestro Berruguete, y poniendo al servicio del arte que cultiva los extensos conocimientos que posee, ha realizado trabajos admirables. Hace algún tiempo en este mismo lugar hablamos de sus bajo relieves *Paolo y Francesca* y *El ángel del misterio.* Antes de venir á Roma había ejecutado

muchos otros de los que mencionaremos pocos por no molestar á nuestros lectores: traía probado antes de llegar á la ciudad eterna que conocía no sólo aquello que puramente se refiere á la técnica, sino también lo que á nuestro modo de ver es más importante: conocía que la escultura es un arte serio, que no cabe aplicarlo para asuntos que carezcan de elevación y grandeza; tenía la seguridad de que no es posible en el dominio de la escultura hacer obras que exijan libretos. En este arte asuntos que exijan más de cuatro palabras para explicarlos completamente no sirven; las representaciones abstractas no entran en su campo, es menester que el espectador vea desde luego el pensamiento que el artista se propuso desarrollar, por cuanto no es posible que permanezca constantemente al lado de la obra para decir lo que significa y representa, explicar los emblemas y nombrar á los personajes: en escultura hay que ver desde luego, de lo contrario noventa veces entre ciento, queda hecha la caricatura. Además la originalidad en este arte hay que buscarla en el pensamiento y en la agrupación; la línea no es un elemento suficiente para determinar en absoluto con respecto á esta esencialísima condición de las obras de arte; si lo fuera, el David de Miguel Angel no pasaría de admirable academia, inspirada en antiguas figuras de atletas, y su gigantesco Moisés sería un Júpiter, una figura mitológica como las que ocupan el reverso de las medallas de Amastris, sobrina de Darío Codamanno, ó la de Antígono, hermano de Demetrio Poliorcete.



¡Á LAS FIERAS! *Episodio de la historia antigua de Roma*, cuadro de Silvio Fernández

Atento á estos principios y con verdadero amor al trabajo, Susillo, como decimos, goza hoy entre los verdaderos escultores del justo nombre que merece; aunque sólo por fotografías hemos podido juzgar las obras que son precedentes del hermoso grupo que manda á la Exposición de Madrid. *Cada loco con su tema*, es un bajo relieve de ejecución franca y correcto dibujo: á caballo que más que correr, parecen volar, van desmelenados, con facciones descompuestas los que perdieron la razón: la manera de presentar á estos infelices no tiene nada de nebulosa ni de abstracta: si la razón es freno que nos sujeta á la sociedad, la locura tiene su fiel imagen en desbocado corcel que parte el acaso sin fijarse en peligros y cuya existencia queda en uno de ellos. De los jinetes, sin detener su fuga, uno se inclina para coger la corona símbolo del poder que rueda sin dejarse aferrar: otro parece correr en pos de la vana cuanto fugaz sombra de un amor, de un deseo ó de un capricho: un anhelo tan vehemente impulsa á otro tras descarnada y tétrica visión de venganza y crimen, y de esta manera muchos más siguiendo lo que les enloquece, de tal modo que el artista más que las tristezas de una casa de orates, ha representado esta sociedad de nuestros días falta de orden y de concierto, de la que cada individuo corre en pos de un ideal, que si muchas veces lo engendra una ambición legítima y un deseo justificado, no pocas es resultado de mezquinas pasiones, que en gran número de casos dan lugar á que el hombre descienda del elevadísimo puesto que debe mantener en la escala zoológica.

El toque de las campanas, es una composición tierna, ejecutada con suma sencillez en medios que son justamente los que exigía: parece que el artista se propuso ilustrar una de las más hermosas composiciones del grande cuanto simpático Schiller; ejecutando su obra le sonaría al oído el lema que ostenta la gran campana de la catedral de Schaffhouse que el vate alemán puso á su incomparable *Lied von der Clocke*,

Vivos voco, Mortuos plango, Fulgura frango

De campanas lanzadas al vuelo en el bajo relieve, surgen esqueletos representando el fúnebre toque que conmemora á los difuntos ó se escapa angélica visión que sube al cielo, recordando el toque de gloria: de otras se escapan oraciones y otras en el movimiento que su tañer despierta, hacen latir el corazón, pues recuerda el somatén que llama á la defensa de la patria ó á la lucha por sacrosantos ideales. La ejecución cuidadísima y el esmero en los detalles prueban en el autor una exquisita ternura de sentimiento que también puso de manifiesto al realizar su bello grupo *El dos de Mayo* inspirado en el patriótico canto de Bernardo López. Las más salientes estrofas de aquel himno, digno del asunto á que está dedicado, las representó el artista de una manera tal que no sabemos á qué dar preferencia, si á la estrofa cantada ó á la estrofa esculpida.

De sus recuerdos clásicos es hijo el grupo que tituló *Cada corazón tiene un Prometeo*, afirmación del viejo Esquilo no desmentida en ningún período histórico: sobre los libros que registran su eterna historia, un corazón abierto deja escapar las buenas y las malas pasiones que animan al hombre, representadas todas con gran verdad y con sumo acierto. Verdad es que en el arte de hacer representaciones propias, sin elevarlas á la categoría de símbolos abstractos, Susillo es una notabilidad: sus obras no hay más que verlas y se explican; de la misma manera que su línea es segura, que su dibujo es correcto, el pensamiento suyo se adhiere á estas condiciones materiales, para que sus obras resulten lo humanamente perfectas que pueden ser.

Nada más ajeno de nuestro carácter que cantar ditirambos; nada más lejos de nuestro ánimo que mantener que las obras de este escultor carecen de defectos: los tienen y no puede menos que ser así. Comienza ahora el desenvolvimiento de su genio y es hombre: tal vez cuando el mundo torne á ser creado y el ser humano reciba más facultades de que hoy dispone, podrá comenzar por donde ahora acaba y llegar á la absoluta perfección que reside en el alma del universo.

Los que no podían decir otra cosa, atacaban á Susillo diciendo que no servía más que para hacer pequeño; los que más prudentes reservaban su juicio, limitábanse á decir: es menester esperar á que haga algo grande. En la Exposición de Madrid luce su grupo, *La primera contienda* que es bastante para confirmar las esperanzas que en él se tenían. La elección de asunto no ha podido ser más feliz: vistas aquellas figuras agrupadas con tantísimo arte y gusto, no cabe dudar de lo que se trata: el amor maternal se refleja en el rostro de aquella matrona, que con verdadero embeleso contempla los rapazuelos que en su regazo se disputan por el pecho, por sus caricias ó por los celos que sienten. En cuanto á la ejecución no puede ser más feliz: el realismo de la forma no podrá llevarse nunca á la escultura, sopena de realizar una obra artiestética rechazada siempre por el arte. En este terreno puede establecerse una capital diferencia entre la pintura y la escultura: la primera puede representarlo todo, lo mismo grandezas que miserias: la segunda no puede ser intérprete más que de grandezas; las formas mezquinas y raquíticas, las desgracias naturales, las miserias de la vida,



LA CANCIÓN DE TESALIA, cuadro de Agustín Salinas (certificado de mérito)

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1887



LA FLORALIA, FIESTAS Á LA DIOSA FLORA,

CUADRO DE ANTONIO DE REINA MANESCAU. – MEDALLA DE TERCERA CLASE. – (De fotografía de Laurent.)

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1887



LOS PADRES DEL CELEBRANTE DESPUÉS DE LA MISA NUEVA

CUADRO DE J. ALCÁZAR TEJEDOR.—MEDALLA DE SEGUNDA CLASE. – (De fotografía de Laurent.)



EL PANEGÍRICO DEL S



SANTO, CUADRO DE J. BENLLIURE

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1887



DAFNIS Y CLOE (Idilio griego),
CUADRO DE GONZALO BILBAO. – (De fotografía de Laurent)

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1887



EL CADÁVER DE ALVAREZ DE CASTRO
CUADRO DE T. MUÑOZ LUCENA. – (MEDALLA DE SEGUNDA CLASE). – (De fotografía de Laurent)

los momentos angustiosos en que las formas pierden encantos, no son ni pueden ser escultóricos: todo el arte que se emplee en conseguirlo, será en balde: el mármol y el bronce tienen algo del verdadero lenguaje poético; en él no entran todas las palabras, por admitidas que sean. La madre nutriz de los dos niños que Susillo nos presenta, es una matrona amplia, de formas mórbidas y perfectas: las líneas de aquella figura una vez vistas no se olvidan jamás: elegantísima sin rebuscamiento la de su torso, constituye un trozo escultural digno de los tiempos clásicos: el turgente seno es una reproducción exacta de un natural bellísimo en un momento de contención del respiro, razonando así el estado de la musculatura del tórax con la expresión del semblante, interesada en la infantil reyerta de los hijos: las extremidades son de un gran estudio mereciendo particular atención la pierna izquierda, sin que desmerezcan para nada los justos y armoniosos encajes de la derecha y ambos brazos. Abarcada en conjunto la figura revela el gran conocimiento que el artista tiene de la composición y el buen gusto que preside en sus obras. El desnudo no puede ser más casto y castísima también, la colocación en todas sus partes.

Las figuras de los niños dan más claras pruebas del estudio que el artista hizo del natural. Aquellas tiernas formas no definidas aún, ni bien proporcionadas todavía, no se consiguen cuando se hace de memoria, pues entonces el artista no ve las anatómicas desproporciones que existen en la infancia entre la cabeza, el vientre y las demás partes del cuerpo. A primera vista pudiera parecer que la cabeza del niño que está de frente, no tiene toda la infantilidad que sería exigible, mas no se olvide que la alteración de facciones producida por el gesto, quita al natural como á la figura méritos propios de la calma, para darles los que ciertamente tiene en el movimiento.

De lo que dejamos dicho puede deducirse cuán grande es el valer del escultor en quien nos hemos ocupado. Ni nuestras palabras ni nuestros juicios pueden imponerse á la opinión pública, pero cuanto hacemos está tan inspirado en el sentimiento de justicia, que no dudamos que aquélla, árbitra suprema, nos dará la razón.

A. FERNÁNDEZ MERINO

LA HIJA DE LA VIUDA

LEYENDA HISTÓRICA RABÍNICO CATALANA

(Conclusión)

Los primos de Rasí reconocieron en breve que su estancia en Troyes era onerosa carga para el caritativo rabino, á pesar de los esfuerzos que hacía por acudir á sus necesidades, secundado por su mujer y sus tres hijas, ángeles de caridad, que también han dejado ilustre nombre en la ciencia. Significóle el nieto de Gersom, que había formado resolución de pasar á España donde existían deudos de su abuelo perfectamente establecidos, que podían acogerles y ampararles. Carecían, sin embargo, de lo indispensable para viaje tan largo. Rasí, en su deseo de subvenir á tan apremiante necesidad, acudió á varios comerciantes, ofreciéndoles empeñar sus comentarios del Pentateuco, obra de más de veinte años de estudio, á cuenta de algunos florines. No faltó quien rehusando la prenda, se los prestase de gracia, facilitándole el despedir honrosamente á sus huéspedes.

Durante aquellos días de prueba para la raza israelita, los cuidados é inquietudes que habían agitado á Rasí influyeron penosamente en la salud de su cuerpo, ya debilitado por la constante vida de estudio y las privaciones de su juventud. A la partida de sus deudos, pareció exacerbarse aquella condición valetudinaria, temiendo los médicos seriamente por su vida. Hubo menester cesar algunos meses en las explicaciones de su cátedra, reemplazándole en el explicar las lecciones su hija mayor, verdadera doctora de la ciencia escrituraria y talmudista. Hallándose enfermo en el lecho recibió noticias gratísimas. Su amigo Godofredo de Buillón, á quien en un momento de inspiración profética había vaticinado la conquista de Jerusalén, elevado al solio no olvidó ingratamente al autor del vaticinio. En la primavera del año 1101 emisarios venidos de Jerusalén con regalos para los señores del Norte de Francia paraban en la ciudad de Troyes. Ricas telas baldaquines y damascenas, preciadas joyas y armas de lujo y, lo que más había de apreciar el sabio, in-folios hebreos, rabínicos y arábigos fueron ofrecidos como presente del Rey de Jerusalén al virtuoso maestro Rasí. Los magistrados cristianos de la población vinieron á felicitarle, orgullosos también de los testimonios de aprecio que otorgaba á su paisano y vecino el que era considerado, entonces, como el héroe de la Cristiandad. Sus hermanos israelitas apenas cabían en sí de júbilo, mirándole como uno de los libertadores de su raza, no sin algún provecho para los individuos de la familia del rabino, en especial para sus hijas que se vieron solicitadas por los miembros más ricos de la aljama y todas verificaron casamientos ventajosos. Rasí tocaba el apogeo del honor y de las consideraciones terrenas y sólo pensaba en prepararse á su fin que creía poco remoto.

El sosiego y satisfacciones de que gozaba influyeron favorablemente en su salud que, en la primavera del año 1101, parecía caminar con rapidez á su restablecimiento.

Hallábase Rasí una tarde del mes de mayo en una sala baja de su habitación, sentado en un sillón de vaqueta, cuando sintió que le rendía el sueño. En aquel momento pasaban por la calle dos correligionarios suyos, que, parándose á hablar junto á la ventana del rabí, no pudieron contener la curiosidad de dirigir una mirada al interior de la casa. El respetable rabí apareció á sus ojos dormido, la cabeza inclinada sobre el brazo derecho, y un último rayo del sol poniente, que penetraba en la estancia, iluminó por un momento su frente y barba con resplandor extraordinario. Conmovidos los hebreos por aquello que contemplaban, comenzaron á hablar entre sí y se decían el uno al otro: «¿Habrá en el judaísmo varón más virtuoso que Rasí? ¿Quién, en nuestra generación, habrá podido reunir, como él, el esplendor de la virtud á un nombre ilustrado por la ciencia?» Mientras hablaban así, el anciano soñaba y soñaba agradablemente. Creíase, en el sueño, trasportado al Edén, donde descansan por voluntad de Adonai los justos, acompañándole un ángel, mientras buscaba la silla que le estaba deparada para después de su muerte. Al cabo de un largo paseo, entre los sitiales de los justos vió dos sillones de desigual altura, dispuestos como en lugar preferente. En el más bajo de los dos leíase en letras luminosas: *Asiento para Rasí de Troyes*. En el más elevado: *Asiento para Abraham Ben Gersom de Barcelona*. En aquel momento le despertaron inoportunamente las exclamaciones y conversación de los israelitas. Estos se retiraron como avergonzados de su imprudencia; pero Rasí que no había fijado la atención en ellos, sintió grandemente haber sido arrancado á aquella alucinación, que le preocupaba mucho. Asentósele en la mente al anciano que aquel sueño, como las visiones proféticas, pudiera tener alguna realidad, y para comprobarlo, según sus deseos, parecióle el medio más acomodado ver si existía ciertamente en Barcelona algún rabí distinguido llamado Abraham Ben Gersom, á quien pudiera referirse la segunda parte de la profecía. Con tal propósito hizo con sencillez sus preparativos de viaje y, tomado el bastón de peregrino, se dirigió á Cataluña. Alojábase todas las noches en las casas de los hombres más doctos de las comunidades israelitas, pareciendo su viaje más que una peregrinación, una excursión de placer ó una expedición científica. Haremos gracia á nuestros lectores de los plácemes y bienvenidas de que era objeto en todas partes, de las consultas que le dirigieron maestros sapientísimos sobre la inteligencia de lugares difíciles de la Biblia y del Talmud, de la complacencia que experimentó al advertir que sus lecciones habían fructificado y trascendido muy lejos; sólo diremos, en suma, que llegado á las inmediaciones de Barcelona cerca de la falda del Montjuich, preguntó á un jubetero de su raza, si por ventura moraba entonces en la ciudad condal algún rabino llamado Ben Gersom. – No, ciertamente, – contestó el judío: – los rabinos de nuestra comunidad son R. Nissim de Urgel, R. Gicatilla y R. Giat; ninguno tiene ese nombre. Llegado después al *Call*, reprodujo la misma interrogación á un grupo de vendedores ambulantes, sin obtener tampoco resultado, pero insistiendo después en preguntarles si conocían alguno de aquel apellido, oyéndole un mercader de golosinas que estaba sentado á la puerta de su tienda, se levantó y dijo á los vendedores: – Sin duda vosotros conocéis, como yo conozco, á Abraham Ben Gersom, nuestro hermano, pero este no es rabino sino negociante acaudalado y asentista. Dirigióle nueva pregunta Rasí, para que se sirviese decirle, si tenía fama de piadoso. Todo lo contrario, – replicó el confitero, — vive como cristiano y ha sacado privilegio del príncipe, para vivir en la calle donde moran los más ricos comerciantes de los adoradores del hijo de María, como si fuera uno de ellos. Tales noticias entristecieron sobremanera á Rasí; pero deseoso de conocer al que llevaba aquel nombre, rogó, con todo, al que se las había proporcionado, tuviese la bondad de presentarle al rico asentista.

Repugnó al principio el mercader la comisión, representándole que era día muy ocupado para Ben Gersom, quien celebraba precisamente aquella noche el casamiento de su hija. Después, habiendo tomado de repente su partido, le habló de esta manera: – Tengo un hermano que es su repostero; yo te conduciré á él, quien te facilitará que veas la ceremonia, desde una antesala. Concluído el acto, podrás conversar á tu placer con Ben Gersom. – Aceptada la proposición, Rasí siguió al confitero llegando á la casa del asentista en el momento en que debía comenzar á celebrarse la fiesta. Hallábanse zaguán, pórtico y galerías profusamente iluminados, así como varias salas bajas, que tenían acceso por el pórtico. Los acordes de la música resonaban tonos de alegría, discurrían por todas partes jóvenes de ambos sexos vestidos con sus mejores galas, y las mesas cubiertas de manjares delicados solicitaban el apetito de los convidados. Vestía Abraham un magnífico traje de bellorí con granadas bordadas de oro. Erigíase en el patio principal una manera de tienda de brocado. Habiendo gritado un muñidor que comenzaba la solemnidad, descendió del piso principal la novia, cubierto el rostro con un velo, y vestida de blanco, acompañada de dos señoras ricamente ataviadas. Después llegó el novio, acompañado de dos amigos. Cantores y ministriles, colocados en un balcón de la galería que daba al patio, celebraban el acontecimiento que iba á verificarse. Un rabino leyó con voz solemne el contrato en que se unía María, hija de Gersom, con Eliezer, hijo de Eliakim. Otro ministro adjunto leía poco después el acta en que Abraham Ben Gersom prometía en calidad de dote, para bien de la desposada, el asociar á sus ganancias á Eliezer. Entonces, dirigiéndose Eliezer á la novia y colocándole un anillo en el dedo, exclamó en voz alta: «Que este anillo te una á mí, según la ley de Moisés y de Israel» Acto continuo el rabino otorgó su bendición á los consortes. Después se arrojó al aire un vaso de cristal, que descendió hecho pedazos. Gritaban los asistentes *Massel Tob* «Felicidad», grito que no dejó de resonar, mientras la pareja daba una vuelta por el patio, precedida de criados de Abraham, que arrojaban á los niños espigas tostadas y confituras. Cuando la comitiva terminó la vuelta, Abraham se acercó á la desposada y levantó el velo de su rostro. «¡Dios de mis padres!» exclamó el esposo conmovido. «¡Mi amada María!» Al propio tiempo, la concurrencia que se apiñaba para ver á la novia, no cesaba de repetir: «¡La hija de la viuda!» Abraham declaró ante todos que su pensamiento había sido desposar á su hija con Eliezer Ben Eliakim, joven de Spira que había traído su primo de Alemania, y al cual había recibido en su casa á la muerte de aquél, para que le ayudara en sus negocios; pero avisado oportunamente por un rabino de la historia de sus amores con María Ben Gersom, del nombre de su hija y deuda suya, resolvió que sirvieran al desposorio de la hija de la viuda los preparativos hechos. Al llegar á este punto de su discurso, el peregrino, abriéndose paso entre la muchedumbre, llegó al sitio donde se hallaba Abraham y echándole los brazos al cuello le dijo: Ciertamente, mereces ocupar un lugar muy alto en el paraíso. Tú consagras en la práctica la doctrina establecida por tu deudo R. Gersom de Maguncia (1) sobre el respeto que se merece el matrimonio. – ¿Quién será este anciano venerable? – pensaba en sí don Abraham y se preguntaban unos á otros los concurrentes: – ¡Rasí, mi tío Rasí! – gritó la desposada. – Entonces Eliezer tomando la mano de Rasí y dirigiéndose á Abraham le habló de esta manera: – Este peregrino es nuestro deudo, y el rabino más instruído, compasivo y piadoso con que Adonai ha honrado nuestro siglo. – Cantemos sus alabanzas, – exclamó Abraham (2).

Desde aquella noche, Rasí quedó hospedado en la morada de Abraham, hasta que volvió á Troyes, no sin haber visitado antes á Toledo y Córdoba, y conferenciado y discutido cuestiones de alto interés con el insigne judío castellano R. Yehudah Ha Leví.

FRANCISCO FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

NOTICIAS VARIAS

Tomamos del periódico *La Nature* que se publica en París, una noticia referente á las *Mantas de papel para camas*, imaginadas por Mr. C. Grisón, de Lisieux. Se componen: 1.° de muchas hojas sobrepuestas de vegetales, aglomeradas en forma de papel muy resistente; estas hojas están reunidas entre sí por un enlace parcial de puntos distantes algunos centímetros recogiendo capas de aire; 2.° envolturas exteriores de varios tejidos de algodón ó de seda, destinados á proteger y adornar las mantas higiénicas. Estas envolturas están *fijas y cosidas* al rededor de las mantas, con bonitos dibujos, por lo cual pueden servir de mantas y de colchas; ó bien son *móviles*, y en este caso, están fijas en el interior de las mantas por un sistema muy sencillo de ojetes y lazos que permiten quitarlas y sustituirlas en pocos minutos, para lavarlas como se haría con una funda de almohada; las envolturas móviles están hechas especialmente para los hospitales, asilos benéficos, etc.

Estas nuevas mantas cuestan mucho menos que la lana y como la lana conservan el calor. Tampoco se prestan á la polilla, ni á los ratones, ni á otros roedores, lo que les asegura una duración más larga que á las mantas de lana, y su solidez es á lo menos igual. Una faja ó lista de 5 centímetros de ancho por 20 de largo da una resistencia de 25 kilógramos á la desgarradura. Ha de añadirse á esta cifra la resistencia de dos tejidos entre los cuales está interpuesta la manta. Se fabrican con la sustancia que hemos dado á conocer mantas de viaje y sacos-lechos.

LOS NEGUITOS. – Mr. de Quatrefages ha presentado un gran trabajo en la Academia de ciencias de París sobre las pequeñas razas negras, en las cuales ve los pigmeos tan á menudo citados por los antiguos autores. Se empeña en mostrar que Aristóteles les asigna como patria una de las regiones que habitan realmente, es decir, los parajes pantanosos inmediatos á las fuentes del Nilo. Los akkas eran ciertamente conocidos de los antiguos egipcios, puesto que Mariette ha encontrado sus retratos en los grabados de los hipogeos. Pomponio Mela los localiza hacia el centro de Africa, donde ha encontrado recientemente Stanley pueblos cuyos individuos tienen una estatura de 1m,30. Sabido es que M. d'Abbadie señala más al Este negros que no pasan de 1m,50.

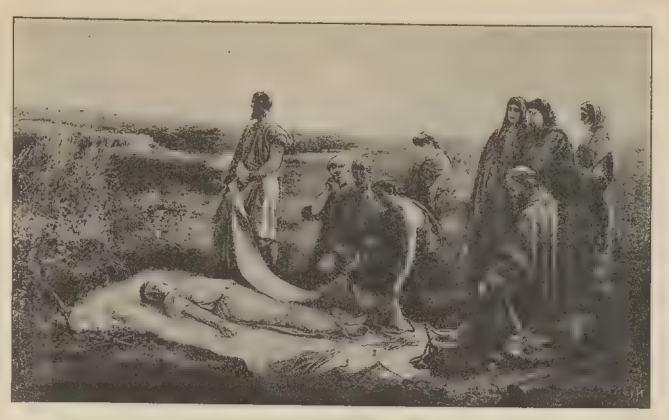
EXPERIMENTO EN UN DECAPITADO

Una ejecución recién hecha en Amiéns ha permitido á MM. Regnard y Loye hacer experimentos en una cabeza humana dos segundos después de la destroncación, y han podido hacer constar la producción de reflejos por la irritación de la córnea, y esto durante seis segundos después de la muerte. Los latidos del corazón persistie-

(1) A propuesta de este rabino insigne se decidió en un sínodo celebrado por los judíos alemanes abrogar la costumbre de la poligamia recibida entre los judíos orientales.

(2) Sobre las leyendas relativas á Rasí, puede verse á Graetz *Historia de los Judíos*, t. VI, al español Guedaliah *Cadena de la Cábala* y la publicación inglesa titulada: *Once a Week*.

ron por espacio de veinticinco minutos en los ventrículos y de una hora en las aurículas. Juzgan los autores que la muerte resulta, no de asfixia, sino de un fenómeno de inhibición del género de los que Brown Seguard ha hecho conocer y son consecuencia de la lesión del sistema nervioso.



ENTIERRO DE SANTA LEOCADIA, cuadro de Cecilio Plá y Gallardo (*Medalla de 3.ª clase*)

MATERIA CÓSMICA

I

La historia antigua hace mención de muchas piedras CAÍDAS DEL CIELO. En tiempo de Anaxágoras cayó una *tan grande como un carro*, junto al río Ægos en Tracia. Plinio cuenta haber visto caer otra en la Galia Narbonense. En Galacia se adoraba á Cibeles, que había *caído del cielo* en forma de piedra. En Emesa de Siria, era el sol la divinidad adorada en otra piedra de la misma procedencia.

Los sabios se resisten á admitir la realidad, cuando con ella se entrelaza algo de maravilloso en las referencias populares; y, así, á pesar de estar plenamente testificada la caída en la tierra de piedras desde altas regiones de la atmósfera, los hombres de los libros juzgaban patrañas las descripciones relativas al particular, aun tratándose de testigos irrecusables. Para creer, aguardaban seguramente á recibir en las narices una pedrada celestial.

Por fin, la ciencia de los AEROLITOS empezó como todos los sistemas por la más insignificante de las minorías. El célebre físico Chladni, reunió cuantos testimonios pudo encontrar en los autores antiguos y cuantas referencias pudo allegar contemporáneas; y logró, con el gran prestigio y la merecida autoridad de su nombre, llamar la atención de meteorólogos y astrónomos, quienes muy pronto certificaron la realidad de las caídas de esas piedras enigmáticas antes tenidas por consejas y supersticiones del vulgo.

II

Pocas personas habrán dejado de presenciar, según la expresión de la gente del campo, LA CAÍDA DE UNA ESTRELLA, especialmente en las despejadas noches de agosto. Y es que á las caídas de los aerolitos acompañan regularmente fenómenos luminosos. Detonaciones formidables suelen también oirse algún tiempo después de vista a brillante estela que en la atmósfera dejan estos meteoros; pero, para percibirlas, es necesario no encontrarse á muy grandes distancias del lugar de la caída.

Hay aerolitos del peso de gramos y otros del de toneladas. Y siempre la química encuentra en ellos hierro, níquel, azufre, magnesia, sílice... Todos, pues, son de la misma familia de cuerpos; sin que obste el que en unos predomine el hierro puro, asociado el níquel hasta un seis por ciento, mientras que en otros el análisis no descubre sino partículas de hierro, empastadas en una masa de azufre, cal, sílice, magnesia, alúmina, níquel, manganeso, cobalto, etc.

La palabra *aerolito* podría inducir á error, si alguien creyese que esos cuerpos eran piedras formadas del aire ó procedentes del aire. Por dejar una estela de luz en las altas regiones de nuestra atmósfera, reciben el nombre de *estrellas fugaces;* y, por brillar en los aires como una bola de fuego, son denominados *bólidos*. De cualquier manera, una vez extinguidos, reciben el nombre de aerolitos, y más cuando se estima que estos cuerpos proceden de los dominios de nuestro sistema solar. Cuando se los cree venidos de las regiones del espacio ultra-solares se les da el nombre de uranolitos.

III

Pero, ¿sabe la astronomía el origen de esos cuerpos?

Laplace creyó que los aerolitos venían de los volcanes de la luna, de cuya esfera de acción podían salir, para entrar en la de la tierra, sólo con recibir un impulso superior cuatro ó cinco veces al de una bala de cañón. Pero, ¿dónde están los volcanes de la luna? Además, los aerolitos presentan cada año un máximo relativo de aparición en agosto, y otro en noviembre: ¿por qué los volcanes de nuestra vecina habían de lanzar piedras á nuestros tejados con más laboriosidad en determinados meses? En fin, hay un máximo absoluto cada 33 años y cuarto.

La hipótesis más admisible es la de que al rededor del sol circulan por entre las órbitas de los planetas enjambres de corpúsculos, tan pequeños á veces como los guijarros de nuestras playas, y que los planos en que se mueven están diversamente inclinados con respecto al plano de la eclíptica, en que nuestra tierra circula al rededor del sol;—manera plausible de explicar el que nuestro globo no encuentre los grandes enjambres sino en determinadas épocas.

Pero más delicadas observaciones han hecho ver que la marcha del gran enjambre de agosto es retrógrada, esto es, contraria á la de los planetas al rededor del sol; de donde parece necesario inferir que esos cuerpos celestes no pertenecieron en un principio á nuestro sistema solar, sino que por causas desconocidas entraron en él procedentes de los abismos del espacio situados muy allá en las regiones ultra-solares.

Pero, prescindiendo por el momento de esta procedencia, hay unanimidad en cuanto á la explicación de las apariencias luminosas y de las detonaciones. Esos cuerpos, al pasar cerca de la tierra en épocas determinadas, son atraídos por la enorme masa de nuestro planeta y entran en nuestra atmósfera con velocidad tan tremenda que el roce con el aire los inflama y los hace detonar.

IV

La cantidad de la materia cósmica es inmensa.

En primer lugar lo indica la existencia de la luz zodiacal, que durante centenares de años se verá en el cielo occidental por marzo y abril, y en el cielo oriental por setiembre y octubre; explicada por Casini I como reflejo de la luz solar desde innumerables cuerpos diminutos que giran al rededor del sol; por Herschell como las más densas partes del medio resistente que retarda la marcha de los cometas, cargado acaso con residuos robados á las colas de millones de estos cuerpos al pasar por su pe rihe



ENTRADA DEL EMPERADOR CARLOS V EN EL MONASTERIO DE YUSTE, cuadro de J. Agrasot

lio; por Euler como un anillo al rededor del sol, semejante al que rodea á Saturno; y por Jones como un anillo nebuloso, cuyo centro es la tierra, y se halla circunscrito dentro de la órbita lunar. La mayor parte de los astrónomos modernos considera la luz zodiacal como una continuación de la atmósfera del sol.

En segundo lugar, el número de aerolitos ó uranolitos es mucho mayor de lo que á primera reflexión pudiera imaginarse. Herrick, astrónomo americano, estima que el número total de estrellas fugaces, visibles en toda la atmósfera en un día, es, sin duda, superior á 2 000 000. Pero como, valiéndose de un pequeño anteojo, pudo distinguir 250 veces más que á la simple vista, resulta que hay que contar por millones los meteoros que cada hora entran en nuestra atmósfera, y por miles de millones los correspondientes al curso de un año.

Proctor no va tan lejos; pero en una conferencia aseguró en Londres á principios de 1877, que la tierra, mientras forme parte de nuestro sistema cósmico, no cesará en acrecer su magnitud, con los centenares de miles de cuerpos extra-terrestres que anualmente se incorpora.

John Hammes, de Os kaloosa, Iowa, vió la noche del 12 de noviembre de 1878, en la región de la luna denominada Baco, Barocio y Nicolai, una como erupción gaseosa de un volcán, la cual duró cosa de media hora; fenómeno que Samuel Gary explica manifestando, que si un uranolito de los grandes que han caído en la tierra, atraído por la luna, se precipita sobre ella con toda su tremenda velocidad cósmica, no retardada allí por una atmósfera densa como la que rodea á la tierra, el solo calor del golpe convertirá en vapor al meteoro; vapor que para un astrónomo terrestre, testigo casual del hecho, presentará todas las apariencias de una erupción volcánica; y esto, naturalmente y sin necesidad de acudir á la hipótesis de que aun viven grandes energías en el seno de nuestro satélite, considerado como muerto por los más de nuestros astrónomos, á pesar de los esfuerzos de otros en propagar lo contrario.

En tercer lugar, la historia recuerda muchos anormales oscurecimientos del sol, algunas veces tan considerables que las estrellas eran visibles en medio del día durante períodos de semanas, meses y aun años; ofuscaciones explicadas por la interposición de nubes cósmicas de apiñados uranolitos interpuestos entre nosotros y el sol.



LA TRADICIÓN, escultura de Agustín Querol *(Medalla de primera clase)*

V

Si los aerolitos pertenecen á nuestro sistema solar y no entran en él desde más remotas extensiones siderales, su número debe de ser finito, y de ninguna manera inagotable. Tal vez ya esté cautiva la mayor parte de ellos; y, en este caso, pronto cesará el acrecentamiento de la masa de nuestra tierra, á causa de la incesante caída de estos cuerpos. Las aprensiones de cambios anormales en la estabilidad de nuestro sistema astronómico carecerían por tanto de fundamento, y las alteraciones habrían pronto de cesar.

Pero hay motivos para pensar que estos cuerpos vienen de regiones remotísimas ultra-solares; y, entonces, no cabe concebir término asignable al acrecentamiento de nuestros materiales terrestres.

La materia uranolítica acude al llamamiento de la tierra desde más de 600 puntos diferentes del espacio; y, además de los de órbitas cerradas ó elípticas, existen meteoros cuyas trayectorias son parabólicas é hiperbólicas, lo que supondría constantes inmigraciones de uranolitos procedentes de remotas regiones, situadas en las profundidades sidéreas.

De la discusión de las curvas de 247 cometas, deduce el astrónomo americano H. A. Newton, que el origen de estos cuerpos debe colocarse en los espacios interstelares.

Los uranolitos en tal hipótesis se nos vendrían á las manos desde remotísimas distancias; de manera que no sólo estaríamos en comunicación con los más lejanos soles por medio de la vista, sino que por medio del tacto podríamos percibir la materia de que están compuestos los luminares correspondientes á otros sistemas astronómicos, cuya composición nos revela el análisis espectral. Los efectos de la gravitación universal se tocarían así materialmente.

Entre los muchos elementos que constituyen los aerolitos, no se ha encontrado ninguno que no se halle en la tierra. De modo que, en términos generales, podemos llegar á la grandiosa conclusión de que la inmensidad está poblada de los mismos materiales que constituyen el muy humilde globo que habitamos: razón de más para creer que los más recónditos movimientos de los mundos invisibles se ajustan á las leyes conocidas de los movimientos visibles.

VI

Es inmensa la cantidad de materia cósmica que la tierra se ha asimilado, y sigue asimilándose. Astrónomo hay que se juzga autorizado para decir que nuestro planeta ha doblado su masa desde el momento en que tuvo existencia independiente; pero, por exagerado que se estime semejante cómputo, no cabe duda en que las adquisiciones han de haber sido inmensas.

Examinadas al microscopio las materias pulverulentas del aire, procedentes de los sedimentos de la nieve de los Alpes, han descubierto Tissandier y Meunier, entre los objetos atraídos por el imán, numerosas esférulas, notables por la regularidad de su forma, enteramente iguales á las esférulas que se obtienen cuando quemamos hierro metálico en el aire; de donde han deducido que, al entrar en nuestra atmósfera el hierro meteórico, se producen multitudes de estos minutísimos corpúsculos. La costra de los meteoritos contiene granulaciones redondas iguales á esas esférulas sedimentarias, y éstas, además, contienen níquel; solemne testimonio de su origen meteórico.

La sonda saca de los abismos del Océano, y más particularmente del Pacífico, numerosos nódulos, muy irregulares en forma, consistentes en peróxido de hierro y peróxido de manganeso, depositados en capas concéntricas al rededor de una matriz arcillosa. Si la arcilla roja del fondo de los mares se diluye en gran cantidad de agua, y en la disolución paseamos un imán, éste sale con una porción de esférulas de hierro metálico, y algunas veces de níquel.

Semejante polvo magnético se tiene por polvo cósmico, compuesto de impalpables meteoritos.

El examen espectral del sol demuestra que el vapor de hierro es el más abundante en la atmósfera solar, al cual siguen el de níquel y magnesio, luego el calcio, después el aluminio, el sodio y el hidrógeno, y, por último, el manganeso, el cobalto, el titanio, el cromo y el estaño. Dejando á un lado las inducciones hechas últimamente por Lockyer sobre la unidad de la materia, Cornu, habiendo observado que el hierro, el níquel y el manganeso abundan tanto, insinúa (con todas las reservas propias de la verdadera inducción científica) que los aerolitos, en su mayor parte, están formados de hierro combinado con $^1/_{10}$ de níquel; que en el hierro meteórico la liga es casi pura; que en los litometeoros el hierro y el níquel están mezclados al magnesio en composición varia; y que tales hechos pudieran aducirse en apoyo de que la capa absorbente del sol está principalmente constituída por la volatilización de la lluvia de uranolitos atraídos por la gran masa solar.

Las esférulas de polvo magnético se han encontrado no solamente en los sedimentos de la nieve de los Alpes, sino en arenas varias, y en estratos muy anteriores á la aparición del hombre en la tierra: por manera que, conforme á datos puramente geológicos, parece que nuestro globo ha estado recibiendo materiales de origen cósmico durante un pasado incalculable.

E. BENOT

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI —BARCELONA [illegible] DE JULIO DE 1887— NÚM. 290



MARGARITA (cabeza de [illegible]), de [illegible] Wagner

SUMARIO

TEXTO.—*Nuestros grabados.*—*Misterios del corazón*, por la Baronesa de Wilson.—*La tía Javiera*, por don Antonio Valbuena.—*Pico de oro*, por don José de Siles.—*Física sin aparatos.*

GRABADOS.—*Margarita*, cabeza de estudio de Fernando Wagner.—*La costurera*, cuadro de E. Harburger.—*Nadie puede compararse con el Baka Mollinary*, cuadro de Cornelio Herzl.—*La merienda en la pradera*, dibujo de Llovera.—*Un golpe de mano*, cuadro de F. Viñea.—*¡A los pies del Salvador!* cuadro de Vicente Cutanda (Medalla de tercera clase).—*Cárcel de audiencia de Barcelona*, proyecto de los arquitectos don Salvador Viñáls y don José Domenech y Estapá.—*Física sin aparatos.*

NUESTROS GRABADOS

MARGARITA, cabeza de estudio de F. Wagner

El autor de este hermoso estudio es el mismo artista pintor del biombo publicado en nuestro número precedente. Si en ese mueble demostró sus felices condiciones de decorador, en el estudio que hoy reproducimos se echa de ver hasta qué punto es capaz de dar forma de mujer al sentimiento de la ingenuidad. La Margarita de Wagner no es la Margarita de Goethe; pero si la despojamos de sus ricas vestiduras y joyas, bien pudiera ser la confiada víctima del rejuvenecido Fausto. Entre el tipo del poeta y el del pintor hay alguna más analogía que la del nombre: ambas mujeres parecen inspiradas en un mismo objetivo; ambas simbolizan la ausencia de vehementes pasiones; el soplo de Mefistófeles no ha emponzoñado todavía el corazón de la una ni de la otra. Pero en una y otra Margarita, la del cuadro y la del libro, existen los gérmenes de la desgracia femenina, la hermosura excesiva y la excesiva confianza. Son una misma obra de arte sentida por dos grandes artistas, una prueba más de que lo esencialmente bello reviste idéntica forma, ya sea pintado con tinta por Goethe, ya sea escrito en pinceles por Wagner.

LA COSTURERA, cuadro de E. Harburger

Asunto tratado no pocas veces y siempre agradable. La pobre huérfana que gana penosamente con qué atender á sus más precisas necesidades, tentada un día y otro, y siempre por las galas que confecciona. La *costurera* de Harburger es altamente simpática: las privaciones han ajado prematuramente la belleza de su rostro; pero no le han privado de esa serenidad que imprimen la virtud y la confianza en Dios.

Nadie puede compararse con el Baka Mollinary, cuadro de Cornelio Herzl

El autor de este cuadro y el refrán que le sirve de título son compatriotas. Herzl es un joven pintor húngaro que se está labrando rápidamente un porvenir glorioso: su cuadro ha llamado poderosamente la atención pública en la última Exposición provincial de Hungría, y ciertamente no sin fundado motivo. Su asunto no es nuevo; es la fortuna inseparable del militar en materia de amores, y los celos, no siempre infundados, del paisano á la vista del fuego y de la estopa.

Mollinary es el gallito de los soldados de la campaña bosnia, una especie de capitán Alegría, á cuya simple aparición

Todas, todas se mueren de amor!...

El prometido de la linda tabernera no parece llevar muy á bien las libertades del Baka; pero está de Dios que Marte sea el enemigo más afortunado de las bodas entre villanos. Esto ha dado lugar en Hungría al refrán que ha utilizado Herzl para asunto de su bonito cuadro. Añade la crónica que Mollinary, terminado el servicio militar, casó con la tabernera y se convirtió en el más pacífico herrero de su pueblo. No todos estos amores terminan tan prosaica ni tan canónicamente.

LA MERIENDA EN LA PRADERA, dibujo de Llovera

Hace más de medio siglo que un distinguido crítico francés escribía las siguientes palabras: «Desterrado, ciego, octogenario, Goya ha muerto en Burdeos. Su nombre es poco conocido en Francia, aun de los artistas; en cambio los españoles no lo pronuncian sino con respeto y orgullo.»

Quien escribió estas palabras, á propósito de don Francisco Goya y Lucientes, hacía á los españoles y á su buen gusto artístico un favor injustificado en aquella época. Goya fué estimado en su patria mucho menos de lo que merecía por sus obras, y á éstas se las hubiera comido el polvo en los salones de la Academia de San Fernando ó en los desvanes del Museo del Prado, si el insigne Fortuny principalmente no se hubiera encargado de decir á sus paisanos cuánto valía el olvidado autor de los célebres *Caprichos*. El de *la Vicaría* resucitó á Goya y con él á la típica manolería madrileña. Fortuny *inventó* el tesoro y hasta no tuvo inconveniente en imitarle algunas veces. Esto más deben nuestras artes al malogrado pintor reusense.

Desde entonces se han puesto en boga las costumbres populares de principios de nuestro siglo: el casacón y la basquiña se han hecho de moda; Goya ha sido un astro que ha alumbrado á muchos y ha cegado á no pocos. Nuestro Llovera ha sido afortunadamente de los primeros y muy pocos pintores le igualan en su manera de *sentir* al gran maestro. El dibujo que hoy publicamos parece á primera vista copia de uno de esos tapices, cuyos originales son joyas preciadas de la madrileña *Pinacoteca*. El asunto, la disposición, la impresión general, algunas figuras mismas, recuerdan á Goya. Es lo más que podemos decir en elogio de Llovera.

CARCEL DE AUDIENCIA DE BARCELONA, *proyecto de los arquitectos* D. Salvador Viñáls y D. José Domenech y Estapá

Si la sociedad está en su derecho, más aún, está en el deber de defenderse de aquellos que conculcan sus leyes, no por esto puede prescindir de ser previsora y justa. Someter un procesado á las horribles condiciones de cárceles como la actual de Barcelona; agravar la pena del sentenciado haciéndosela extinguir en sitios donde se muere á un tiempo el cuerpo y el alma de aquéllos, es una verdadera crueldad que ni la ley ni el derecho de defensa autorizan en manera alguna. Era de imprescindible necesidad construir una cárcel á la altura de las legítimas pretensiones de nuestra capital, y á esta necesidad se atenderá desde luego mediante la construcción del edificio cuya vista general publicamos en el presente número.

Ocupará una extensión de dos manzanas, situadas entre las calles de Rosellón, Provenza, Entenza y Llansa. Su distribución general comprende tres partes principales, la administración, la cárcel preventiva y la penitenciaría: la cárcel, propiamente dicha, es de forma panóptica; el régimen es celular; la capacidad es bastante para contener 816 presos y 350 celdas para sentenciados que cumplan condena. Existen, naturalmente, la absoluta separación de sexos; habitaciones especiales para los procesados por delitos políticos, patios independientes, locutorios también celulares, despachos para jueces y auxiliares de la administración de justicia, y cuanto la ciencia y la experiencia aconsejan para prevenir, corregir y castigar, sin mengua para el que castiga y sin peligro de que el corrigendo haga progresos rápidos en la senda que empezó á recorrer.

El aspecto de la proyectada cárcel y aun su distribución tienen cierta analogía con la cárcel modelo de Madrid. Esto, que es circunstancia casi imprescindible en construcciones de esta naturaleza, no impide que en la proyectada para Barcelona se hayan introducido bien pensadas modificaciones, cuya oportunidad se demostrará con el tiempo. La combinación para oir la misa, la reunión en los talleres y la sustitución del *abanico* por la estrella, son ventajas que redundan en pro del proyecto que publicamos. Lo que ahora conviene es que este proyecto se convierta cuanto antes en humanitaria realidad.

EL MUNDO AMERICANO

MISTERIOS DEL CORAZÓN

EPISODIO DE LA VIDA REAL

I

—Mercedes, mi padre me llama: mi padre asegura que si no parto inmediatamente, sucumbirá mi madre: sólo mi presencia puede salvarla.

Estas palabras se dirigían á una joven como de diez y siete años, esbelta, trigueña, pálida, y cuyos expresivos ojos negros, fascinaban por su brillo y su dulzura.

—Pues bien, Juan: aun cuando sufra yo todos los tormentos de la ausencia, parte; tu deber filial así lo exige.

—Y si antes fueras mi esposa...

—No; mi padre no consentiría: dice que soy demasiado joven, ya lo sabes.

Esta conversación tenía lugar en París, en el bello salón de una casa situada en la calle de Londres.

Mercedes era venezolana; hacía tres años habitaba en la capital francesa con sus padres y su hermana Isabel quien por una circunstancia extraña, podría ser ejemplo de heroísmo y amor fraternal.

Juan Olvera y Valles era un joven colombiano, dotado de arrogante figura y de carácter apasionado.

Enviado á Europa, como agregado en una legación, presentado en los círculos hispano americanos, conoció en ellos á las dos preciosas venezolanas y su corazón fué vencido por el amor.

Pero ¿á quién amaba, á Isabel ó á Mercedes?

No podía decirlo, y durante algún tiempo fluctuó sin comprender quién le inspiraba sentimiento fraternal y quién ilusión más viva.

Isabel le amó al conocerlo: Mercedes fué por grados cobrándole cariño, y cuando pudo convencerse de que su hermana era su rival, ya su corazón pertenecía á Olvera y no poseía bastante abnegación para sacrificarlo.

Isabel fué más generosa: su hermana amaba al hombre por quien ella daría su vida: su hermana sería tal vez desgraciada para siempre, si aquella primera ilusión se desvanecía.

Con arte, con esa habilidad que posee la mujer, y bajo la presión de poderoso esfuerzo para contener el impulso del corazón, hizo comprender á Olvera, que Mercedes lo adoraba y que ella sería dichosa en considerarlo como á hermano.

La vacilación cesó y el joven colombiano, consagrándose por completo á Mercedes, sintió crecer su pasión haciendo confidente de su dicha á Roberto, compañero suyo y su único amigo.

Pero en Colombia, una madre lloraba: una madre sufría y grave enfermedad la postró en el lecho: la ausencia de aquel hijo adorado, al doblegarla como arbusto combatido por el huracán, hizo temer por su vida.

Entonces Juan recibió una carta con estas palabras: «Tu madre se muere: ven á salvarla, si aun es tiempo.

»DANIEL OLVERA.»

II

La lucha fué terrible entre el amor filial y el delirio por Mercedes.

—¡Cuán desgraciado soy! pensaba Juan: quiero partir y sin embargo vacilo, porque amo á esa mujer como un loco; ella es la luz de mi vida, mi aspiración, mi todo. ¡Insensato! ¿y mi madre? ¿acaso la amo menos? ¿acaso puedo ser ingrato para ese amoroso ser? no; jamás...

Y bajo la influencia de tan encontrados sentimientos, corrió á casa de Mercedes.

No había tiempo que perder; el vapor salía en la mañana siguiente.

La despedida fué desgarradora, y medio loco por la desesperación se dejó conducir por Roberto, quien todo lo había preparado, hasta la estación del ferrocarril para el Havre.

Durante la travesía, llegó á pensar hasta en el suicidio y pasaba los días encerrado en su camarote, ó contemplando el eterno vaivén de las olas y la inmensidad del abismo.

Desembarcó en Salgar y sin conciencia de sus actos se embarcó en Barranquilla para subir el ancho Magdalena. El lujo de la vegetación, la incomparable suavidad del clima, la algazara de variados y preciosos pájaros, las auras embalsamadas y los brillantes paisajes de aquellas orillas no lograron sacarle de su abatimiento.

Las brisas de la patria no podían curar su corazón enfermo.

En Honda le estaban esperando los caballos enviados por su padre, á cargo de un criado, y apenas puso pie en tierra, salió á galope para la capital.

En el camino se informó del estado de su madre: entonces recobró su imperio el amor filial; cada jornada le parecía interminable temiendo encontrar muerta á la que tanto le amaba.

Pasó como un relámpago por Villeta, llegó á los Manzanos, atravesó Facatativa y al encontrarse en la plaza de San Victorino, en Bogotá, creyó soñar.

De allí hasta su casa la distancia era corta, y al acercarse al querido albergue, latía su corazón con violencia.

El ruido de los caballos, al entrar en el ancho zaguán, hizo salir á su padre.

—Por fin estás aquí, —exclamó abrazándole.

—¿Y mi madre?

—Aun vive: ¡Dios quiera llegues á tiempo!

III

El doctor no se había equivocado al pensar que la presencia de Juan sería eficaz medicina.

La enferma empezó á sentir notable mejoría, y si en el primer instante no conoció á su hijo, su voz la causó profunda emoción.

—Si llegas dos días más tarde, —dijo el doctor,— encuentras muerta á tu madre: ahora la salvaremos.

Noches y noches pasó Juan á la cabecera de la cama: las alternativas, la inquietud y por último la alegría del triunfo embargaron su ánimo de tal modo, que parecía haber olvidado á Mercedes.

Cuando su madre convalecía, la acompañaba siempre, y ella era tan dichosa, que con frecuencia le abrazaba y le besaba como cuando era niño, diciéndole:

—¡Juan de mi vida! ¡creí no volverte á ver! morirme sin ver á mi hijo hubiera sido horrible...

Al recobrar por completo la salud, empezó á fijarse en la tristeza que se reflejaba en el hermoso rostro de su hijo.

El amor adquiría de nuevo el decaído imperio.

—¡París te hace falta, hijo mío, parte! yo estoy bien y no puedo sacrificar á mi cariño tus inclinaciones.

La madre de Juan leyó en su corazón.

—¿Está fuera de peligro y fuerte? ¿puedo marchar á Europa de nuevo? —preguntó Olvera al doctor.

—Si te marchas, la recaída es inevitable y sería la muerte.

Así pues, ó tenía que olvidar á la mujer adorada, ó perder á su madre.

El sueño huyó de sus ojos y pasaron las semanas sin encontrar solución para el cruel problema. Su madre sufría intensamente y su semblante empezó á languidecer.

—Si te casaras, —le dijo un día,— tal vez te sería más fácil y agradable la vida; mi sobrina Lastenia sería muy feliz y yo también.

Juan, casi trastornado por aquella batalla consigo mismo, pensó en arrancar de su corazón aquel amor.

Salía correo para Europa y con febril y temblorosa mano escribió:

«Mercedes olvídame: si me alejo de mi madre la pierdo y en este caso no puedo acercarme á tí; cuando recibas esta carta, estaré casado con un ángel, pero á quien jamás podrá amar tu desgraciado

JUAN.»

Dos meses después, recibió una carta de Mercedes fría y ceremoniosa.

«Juan, —decía:— participo á V. mi enlace con Roberto Luna, efectuado hace ocho días: su amiga

MERCEDES.»

—¿Qué es esto? —exclamó,— casada con mi mejor amigo!

El corazón es tan incomprensible que en aquel momento el de Juan sintió celos.

No había pasado un mes, cuando era ya esposo de Lastenia.

IV

Habían pasado algunos años. Juan vivía en el interior de Colombia, adorado por su esposa y padre de tres querubines.

Su madre estaba á su lado desde que era viuda y su dicha se cifraba en tener á sus nietos, sobre las rodillas. Una circunstancia especial llevó á Juan á la capital de la república.

En casa de una hermana de su madre tuvo hospedaje.

—Deseaba hubieras llegado antes: tenía una vecina encantadora, que ha cambiado de domicilio: toca el piano, canta como un ángel y te conoció en Europa.

—¿Cómo se llama? —preguntó con indiferencia Juan.

—Mercedes de Luna.

El joven ahogó un grito: la sorpresa lo dejó mudo é inmóvil.

—¿La recuerdas?

—Sí, querida tía, —contestó haciendo un esfuerzo:— está casada con un amigo mío.

Y Olvera procuró desechar la impresión de aquel nombre y el recuerdo del pasado.

Llegó la tarde de aquel día. Olvera se encontraba en su aposento cuando una voz muy conocida llegó á su oído

y casi en el propio instante, se abrió la puerta dando paso á Roberto.

El primer impulso de Juan fué rechazarlo.

—Comprendo, – dijo precipitadamente Luna:—has creído que fuí falso y traidor; pero escucha: al recibir tu carta rompiendo bruscamente el compromiso contraído, Mercedes perdía en la opinión pública: todos te consideraban como su prometido: me era simpática; ví su dolor y los temores por su reputación.

—¿Y le pediste su mano?

—Sí; la sociedad entonces pensaba que yo había sido siempre el prometido y su nombre no sufría; ¿me culpas?

—No, – dijo Olvera, – tienes razón: yo era el culpable, pero escucha también.

Y le refirió cuanto había sucedido á su llegada á Bogotá.

—Mercedes te espera hoy á tomar café.

—Imposible.

—¿Por qué?

Juan no encontró respuesta: temía y deseaba ver á la mujer que había sido y aun era su único amor.

—¿Te esperamos? – añadió Luna.

—Iré; te lo prometo.

V

Mercedes aguardaba á Juan con impaciencia. ¿Le amaba aún? misterios del corazón.

Olvera llegó á las nueve.

Mercedes no había cambiado, estaba más hermosa tal vez y acogió á Juan con sencilla franqueza y delicado afecto.

A las diez Luna se levantó, pidió el sombrero y al ver á Olvera despedirse de Mercedes, exclamó:

—¡Cómo! ¿te vas? acompaña un rato á mi esposa mientras voy al Club: es costumbre: hasta luego.

Y salió dejando á Olvera confuso y pensativo.

La confianza de su amigo era un abismo que lo separaba más aún de Mercedes.

La joven guardaba silencio y sus hermosos ojos interrogaban más que las palabras.

—¡Qué extraña casualidad!—murmuró Olvera; llegar á Bogotá, precisamente encontrándose Vds. aquí.

—¿Jugaremos al ajedrez? – preguntó Mercedes, evitando contestar.

—Como V. guste.

Y mudos, absortos y perdidos en sus pensamientos, jugaron hasta la vuelta de Luna, sin haber cruzado una palabra.

Durante dos noches se repitió la salida de Luna y la indecisión de ambos jóvenes, ninguna alusión al pasado salió de los labios, pero estaba en los corazones.

Al empezar á jugar la tercera noche, Mercedes clavó su expresiva mirada en Olvera, y dijo casi en voz baja:

—Juan, ¿recuerda V. su salida de París?

Una nube cubrió los ojos del joven y levantándose bruscamente:

—Adiós, Mercedes,—dijo, saliendo precipitadamente.

Vacilante y como embriagado entró en su casa diciendo:

—Mañana temprano, salgo para Panamá; que me preparen todo.

Al hallarse en su cuarto, se dejó caer en una silla murmurando:

—La amo, la amo todavía y ella ¿me ama aún? tal vez; pero soy caballero: Roberto es mi amigo y conociendo mi carácter ha dejado á Mercedes, bajo la salvaguardia de mi lealtad; pero, ¿no llegará un día en que lo olvide en un instante de delirio?

Y acercándose á una mesa escribió:

«Roberto, cuando recibas estos renglones habré salido de Bogotá; conozco mi deber y anhelo no exponerme á faltar á él: tu celosa desconfianza, tal vez me hubiera precipitado en un abismo: tu noble actitud, ha consolidado nuestra antigua amistad, dándome ejemplo digno y elevado.

»Adiós y que nada altere tu felicidad.»

La aurora esparcía sus primeros fulgores, cuando Olvera salía para Panamá.

A su llegada encontró una carta de Roberto, con estas palabras:

«Gracias.—*Roberto.*»

LA BARONESA DE WILSON



LA COSTURERA, cuadro de E. Harburger

LA TÍA JAVIERA

Fuenlabrada es un pueblo que está hacia el sudoeste de Madrid, á dos leguas y pico, y que mucho antes de tener una estación en el Ferrocarril del Tajo, era ya célebre por sus rosquillas.

Ya se sabe que en esto de las celebridades las hay de muy diversas especies. Desde la de aquel bárbaro que puso fuego á la biblioteca de Alejandría, hasta la de José María Carulla, que puso toda la Biblia en verso, la celebridad y los modos de alcanzarla varían casi tanto como los modos de matar pulgas.

Y eso que de estos cada cual tiene el suyo, según decía el alojado del cuento, que las mataba á tiros.

La celebridad de Fuenlabrada era mucho más dulce y más inofensiva que otras: consistía en ser la patria, ó si se quiere el horno, de las mejores rosquillas que se presentaban en la romería de San Isidro.

Y digo que era y que consistía, porque al presente la celebridad de Fuenlabrada ya no es la misma de antes, ni consiste en lo de antes, sino en ser la patria de LA TÍA JAVIERA.

La cual vino con sus manos lavadas y... miento, que no creo que las solía tener muy lavadas, pero, en fin, vino y suplantó á su pueblo en la fama de hacer buenas rosquillas.

De modo que hoy en día ya no sirve decir que las rosquillas son de Fuenlabrada si no se añade que son de la TÍA JAVIERA.

¡LA TÍA JAVIERA!

¿Quién no conoce, de nombre por lo menos, á esta celebridad casi contemporánea y casi dulce?

Si yo fuera aficionado á entretenerme en eso que suelen llamar filosofías, ya estaba ensartando aquí una retahila de cosas así como razonamientos, encaminados á demostrar que la TÍA JAVIERA debió tener un talento de primer matrimonio...; porque no se diga siempre de primer orden.

Y porque además la TÍA JAVIERA, según mis noticias, fué casada dos veces. Por cierto que en su primer matrimonio fué más feliz, ó si se quiere, menos infeliz que en el segundo.

Cosa que les suele pasar á todos los que se casan dos veces, según las observaciones y datos estadísticos de una especie de general Ibañez, menos retribuído, que murió aquí en la corte á los sesenta y siete años de ser sacristán de la parroquia de San Lorenzo.

Pero volviendo á la TÍA JAVIERA, ó hay que convenir en que no es necesario tener talento para alcanzar popularidad y hacer que se hable y aun se escriba de uno en todas partes, ó no se puede menos de reconocer que la TÍA JAVIERA, á pesar de ser hembra, tenía un talento macho.

Es decir, mucho mayor talento que todos los que en nuestros días, ó si se quiere, en nuestras noches, exhibiéndose en los salones, asistiendo á juntas de beneficencia, ó de maleficencia, como las que tienen los tahoneros para encarecer el pan, yendo á ver salir la gente de los teatros, ó acudiendo á levantar el caballo de un coche de alquiler que se haya caído en la calle del Salitre, logran ver su nombre impreso en los periódicos todos los días.

Porque es preciso desengañarse; entre todos los hombres traídos y llevados en secretarías y presidencias, entre todos, desde Pando y Valle hasta Cánovas, no han alcanzado ni la décima parte de celebridad que la TÍA JAVIERA sola.

¡Qué mujer! Me parece que la estoy viendo, y eso que no la ví en mi vida.

Recuerdo perfectamente que cuando vine á Madrid á estudiar leyes, llegué á la estación del Norte, que, por su puesto, era todavía de madera, y allí tomé un *simón* que me condujo á una casa de huéspedes que había en la calle del Arco de Santa María, número...

Pero esto ya se lo contaré á Vds. en otro artículo.

Ahora lo importante es decirles que por entonces conocí, no á la TÍA JAVIERA, sino á un brigadier muy anciano, algo pariente de mi familia, el cual estudiaba en León segundo año de teología el primero de la guerra contra los franceses, y un día se levantó, no solamente de la cama como los demás días, sino de cascos, con toda la estudiantina de la noble ciudad, á los gritos de *¡Dios, Patria y Rey! ¡Afuera el extranjero!*

El cual (el extranjero) nada tiene que ver ciertamente con la TÍA JAVIERA, pero allá vamos.

El caso es que este brigadier, que se dispersó en la batalla de Rioseco, como casi todos sus compañeros y amigos, pero que después fué un militar aguerrido y valiente si los hubo, me enseñó á jugar al tresillo; y una noche, mientras yo le estaba dando un codillo de solo de favor, me contaba de la TÍA JAVIERA lo siguiente:

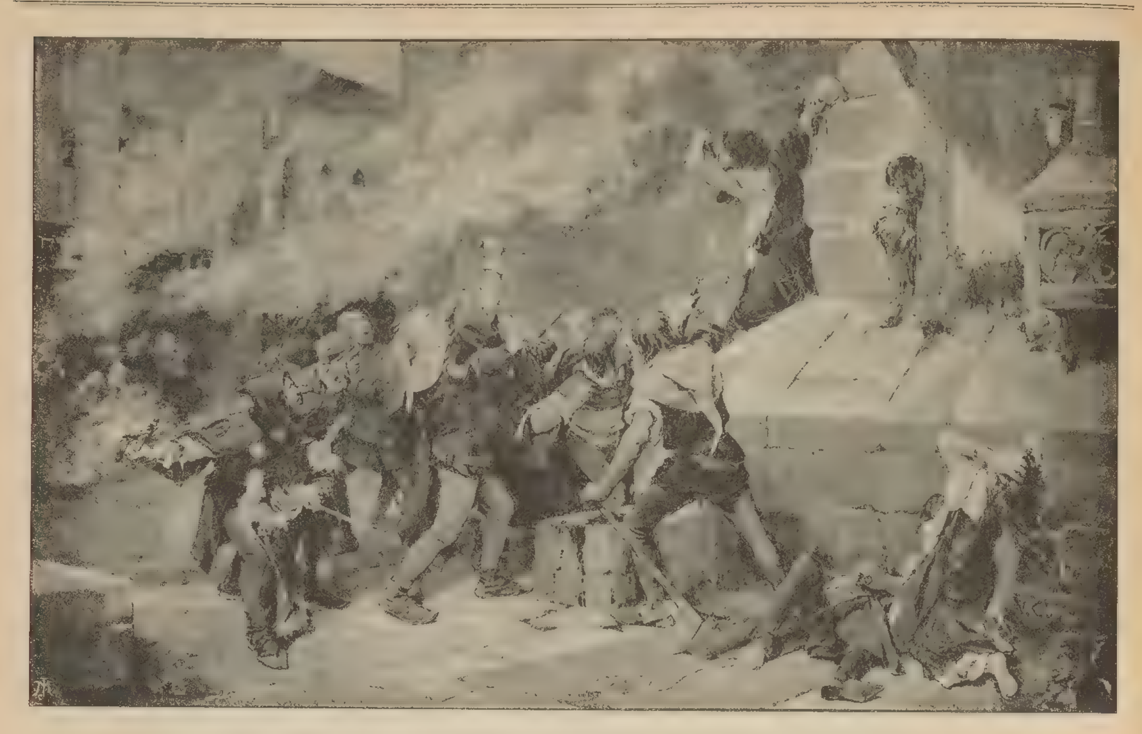
—«Hace ya muchos años que yo la conocí; la primera vez que vine de Filipinas, que era por ahora, y me fuí con esta *(esta,* ó más bien aquélla, era su mujer) á la romería de San Isidro. Y ahí tienes... ¡calla! pero, ¿me has fallado ese rey?... Ahí tienes; se ha hecho célebre nada más que por hacer buenas rosquillas; lo demás... ¡hombre, hombre, dos fallos!... lo demás no tiene nada de particular, ó no tenía, que no sé si vive.



«NADIE PUEDE COMPARARSE CON EL BAKA MOLLINARY,» cuadro de Cornelio Herzl



LA MERIENDA EN LA PRADERA, dibujo de Llovera



¡A LOS PIES DEL SALVADOR! cuadro de Vicente Cutanda (Medalla de tercera clase - Exposición de Madrid)

»Era una mujer de estatura regular, más bien baja, morena, un poco tierna de ojos, la nariz corta, y con un poco de bigote que no dejaba de hacerla gracia... ¿Y ahora me pisas? esto va á acabar mal... Allí la vereis cuando vayais mañana, si es que vive, detrás de un gran montón de rosquillas gritando: «¡Aquí, aquí; de la TÍA JAVIERA!» ¡Caramba, codillo!» – Y nos pagó á treinta.

Al día sigüiente por la mañana me fuí con un amigo á la romería de San Isidro, y apenas nos internamos en el barullo, cuando entre la confusa gritería de vendedores de pitos, panderetas y rosquillas del Santo, distinguimos perfectamente el grito que nos había anunciado el brigadier: *¡Aquí, aquí; de la* TÍA JAVIERA! y otro que añadía: *¡De los sobrinos, de los sobrinos de la* TÍA JAVIERA!

—¿Quién es la TÍA JAVIERA? – preguntó mi amigo, que era estudiante de farmacia, dirigiéndose resueltamente al grupo:

—La TÍA JAVIERA ya se murió, señorito, – le contestó un mozo muy alto; – pero por eso... las rosquillas son las mismas.

—¡Ah! ¿las dejó hechas?

—No, señorito, quiero decir que son lo mismo que en vida de mi tía que en paz descanse.

—¿Es decir que V. es el sobrino?

—No señor, los sobrinos *semos nusotros*, yo y mi *mario* que *velaquistá*, – dijo una mujer muy quemada del sol y muy fea que estaba un poco más arriba.

—Diga V. que no, señorito; que los verdaderos sobrinos somos nosotros los dos hermanos, – dijo otra allá en frente, – y las verdaderas rosquillas de la TÍA JAVIERA son estas, estas, que ella mesma se las enseñó á hacer á mi madre...

—¿Y cuándo se ha muerto la TÍA JAVIERA? – preguntó mi amigo á su primer interlocutor.

—¡Ay! hace ya mucho, señorito... deje V... el año antes de la guerra de Africa, porque se murió el mismo año que el marido de mi tía Catalina la Viroja, y me acuerdo que se libró su hijo de soldado por hijo de viuda

—Y, vamos, ¿quiénes son los sobrinos?

—Pues mire V., señorito, algo sobrinos somos todos, pero, la verdad... porque yo la verdad la digo aunque sea contra mí; la más sobrina de todos es aquella muchacha de más arriba que no ha *hablao*, porque aquella es hija del tío Pedro el Collón, que estuvo *casao* de segundas *nuncias* con la tía Juana, que era prima segunda de la TÍA JAVIERA.

—¿Y los demás son Vds. menos sobrinos?

—Mucho menos, casi nada; pero quiere decirse que como la gente de Madrid es así... tan tonta, si no decimos que las rosquillas son de la TÍA JAVIERA, ó á lo menos de los sobrinos de la TÍA JAVIERA, no vendemos ni una.

El estudiante de farmacia compró unas rosquillas al mozo de Fuenlabrada para pagarle de alguna manera su conversación, su amabilidad y sus noticias.

Cuatro meses después el general Serrano, que era una especie de TÍA JAVIERA de los pronunciamientos, hizo el de setiembre del 68, que en los primeros días después del triunfo se dió en llamar la Gloriosa Revolución, y poco más tarde LA GLORIOSA á secas, ó por antonomasia con sus matices de ironía.

Han pasado diez y nueve años, que, seguramente se les habrán hecho á Vds., lo mismo que á mí, diez y nueve minutos, y la fama y la celebridad de la TÍA JAVIERA, lejos de extinguirse, han ido creciendo, siempre creciendo, hasta lo fabuloso.

Porque, á estas horas, la TÍA JAVIERA figura en la política, en la literatura, en las artes y en las ciencias, su nombre rueda por los periódicos y por los libros, igual que por los corrillos y las conversaciones vulgares, y sin haber hecho en su vida más que rosquillas, se la considera autora de todo lo mejor, y se dice que es de la TÍA JAVIERA todo lo que es legítimo, castizo y verdadero, por oposición á lo bastardo, á lo nuevo y á lo falsificado.

¡Vean Vds. lo que son las cosas! La pobre rosquillera de Fuenlabrada, con no saber hacer más que rosquillas, que son en el ramo de la pastelería lo rudimentario, lo menos fino, ha inmortalizado su nombre; mientras que otros personajes más encopetados que han hecho todo género de pasteles de los más difíciles y costosos, arañando al mismo tiempo un día y otro día en la escalera de la celebridad, han caído en el pozo del olvido.

¿Quién se acuerda ya entre nosotros, por ejemplo, de Martínez de la Rosa ni de Isturiz, de Mon ni de Arrazola, de Miraflores ni de Posada Herrera? Murieron ayer como quien dice, y ya nadie se acuerda de ellos ni para bien ni para mal. Ni aun para llamar política de Fulano ó de Mangano (de cualquiera de ellos) á una política tortuosa, insegura y poco franca.

En cambio la TÍA JAVIERA, de la cual es muy de presumir que no aspiró á la celebridad, ha alcanzado la gloria de que en todas partes sirve ya su nombre como de marca ó sello á todo lo legítimo.

Que algunos versificadores se ponen á escribir leyendas como Zorrilla ó doloras como Campoamor; pues ya tienen Vds. á la TÍA JAVIERA hecha una excelente poetisa, porque desde entonces son de la TÍA JAVIERA todas las leyendas y doloras no falsificadas.

Que se muere un ganadero de esos acreditados, ó de esos que tienen toros acreditados, porque el crédito en realidad es de los toros, y le heredan por iguales partes (no el crédito, sino la ganadería) un hijo y un yerno, y el primero cruza la raza y la echa á perder, mientras el segundo la conserva pura...; pues ya tienen Vds. á la TÍA JAVIERA convertida en dueña y señora de un montón de ganado, porque los toros del yerno del difunto pasan á ser de la TÍA JAVIERA irremisiblemente.

Que se divide un partido político cualquiera, el conservador verbigracia, en dos bandos, los cuales abren dos iglesias, ó dos casinos, que son las iglesias de la política liberal, uno en frente de otro...; pues la TÍA JAVIERA se calza en seguida la jefatura de uno de ellos, ó de los dos á ratos; porque es seguro que cuando se dispute sobre cuáles son peores, no dirá el que pretenda defender á los de un bando: «estos son los conservadores de Pedro ó los conservadores de Juan, sino: «Estos son los conservadores de la TÍA JAVIERA».

Pero ¿qué más?... si yo mismo, al acabar de escribir este artículo, no deseo otra cosa sino que Vds., al acabar de leerle, me tengan cuando menos por sobrino de Larra que fué la verdadera TÍA JAVIERA en este género de rosquillas.

ANTONIO DE VALBUENA

PICO DE ORO

POR DON JOSÉ DE SILES

I

El tren ascendente de Andalucía llegó á Madrid con muchas horas de retraso. Los kilómetros de vía férrea, correspondientes á las abruptas montañas de Sierra Morena, habían sufrido grandes desperfectos á causa de tempestades sobrevenidas en aquel terreno quebradizo y sin defensa. La lluvia apedreó con furia los vastos encinares de que se halla poblada aquella zona de España, y por los anchos surcos abiertos en el suelo reblandecido corrieron torrentes de aguas fangosas é indómitas arrastrando á su paso piedras, árboles, malezas, témpanos de ruinosa mampostería. Tambaleáronse como hombres ebrios los palos del telégrafo; tendiéronse á la larga muchos de ellos; otros se contentaron, sin duda los más fuertes, con agachar los hombros, esperando á que pasase el chubasco. Las dos venas de hierro, venas seguramente del gran sistema de caminos que se extienden sobre la epidermis terráquea, hincháronse por algunos puntos, desviáronse por otros, impidiendo la libre circulación de esos globulillos gigantescos, – perdonadme la hipérbole del símil,— en cuyo seno va agitándose, revuelta, hirviente, espumosa, la sangre de las modernas civilizaciones. Mas, contra estas irrupciones de la barbarie meteorológica, se levanta como muralla formidable, la mano diligente y previsora de las empresas. Así, no bien las nubes huyeron por el horizonte, cuando un ejército de trabajadores, piocha en mano, recompuso los miembros rotos de la línea. El tren correo, estacionado en Córdoba, emprendió su marcha, después de medio día de parada, y pateando, y dando sonoros resoplidos por sus narices fumosas, como corcel picado de impaciencia, arribó triunfalmente, y con toda felicidad al término de su jornada, siéndolo esta vez la nunca bien alabada villa del madroño y del oso, la corona de la monarquía, la cabeza bravucona del viejo reino de los castillos y leones.

Entre las personas que el monstruo viajador echó sobre el asfalto del anden, una de ellas merece toda nuestra atención presente. Era aquel sujeto un hombre, que á juzgar por su empaque, podía considerarse como un individuo acostumbrado á gozar de cierta importancia; mas, si al propio tiempo paramos mientes, y con ojo más observador analizamos su exterior y además, su premioso



UN GOLPE DE MANO, cuadro de F. Vinea

desembarazo, su andar aturdido, su figura toda donde se veía impreso el sello de la indecisión, comprenderemos inmediatamente que nos la habemos con un viajero primerizo en la corte. No podía darnos cabo alguno, en el ovillo enmarañado de las indagaciones, su traje negro y severo, el cual era de un gusto irreprochable. Tenía su aspecto algo del rigorismo oficial que impone y que al par hace cosquillear en los labios la sonrisa de la burla. No era, con todo, su presencia desagradable ni ridícula. Lo tirante de su aparente prosopopeya que pudiera repulsar la simpatía, estaba suavizado por un tono ligero de graciosa elegancia, de discreto acicalamiento, no exento de fácil atractivo. La contextura varonil de su cuerpo, y ese vigor de gestos propio de la raza meridional, hacían de nuestro recién llegado el tipo genuino de la especie andaluza, en el que ciertamente el ingenio, la fogosidad de ánimo, la exuberancia de la fantasía, y demás prendas epopéyicas, eran dignas de nuestra estima y conocimiento.

Miró nuestro personaje á un lado y otro, y dirigiéndose á un coche de plaza, estimuló al cochero á arrear el vehículo, con él dentro, en la dirección que le notificó, mientras cerraba la vidriada portezuela. Restalló el látigo, crujió la arena bajo las ruedas, y el caballo partió á la carrera, seguido de su rodante cargamento, perdiéndose entre las alamedas sombrías de Atocha. Un empleado de aduanas asomó su cabeza galonada de oro por la ventanilla del coche, y desapareció como fantasma que no tiene otra misión que la de asustar á los desprevenidos. Era próximamente la hora del anochecer de un día de otoño. El soplo frío de la estación precursora de las nieves había despojado de hojas á los árboles, los cuales se dibujaban en lo oscuro y bajo el azote del viento como esqueletos temblorosos. Los faroles del público alumbrado principiaban á encenderse en aquel momento, y todo era aparecer repentino de llamas, aquí y allá, en cuyo agradable ejercicio se recreaba la vista del forastero adivinando el punto próximo que había de ser iluminado. Pandillas de obreros volvían alegremente á sus hogares, dados del brazo, con sus instrumentos al hombro, cantando, riendo, requebrando las mujeres que pasaban al lado. Los tranvías se distinguían á lo lejos por los paseos de Recoletos y Castellana, rápidos y serenos, con sus linternas rojas por delante, como ojos ensangrentados. Entretanto, el coche del viajero andaluz seguía su camino; cruzó el Jardín botánico, la fuente de las Cuatro estaciones, cuyos mascarones de piedra eternamente espantados susurraron no sé qué cuchicheos al oído de las gárgolas que no cesan nunca de vomitar agua. Pronto se divisó la mole cuadrada y pintoresca del Museo del Prado, y allí, el coche, torciendo hacia arriba, empezó la subida de San Jerónimo – ¡cosa sorprendente! – con una velocidad vertiginosa. Indudablemente, se tocaba al término de la carrera, causa poderosísima para hacer los pies ligeros, aun á trueque de estrellarse contra una esquina ó de aplastar á un transeunte.

El vehículo entró en la calle del Florín, deteniéndose delante de la puerta de una de sus casas-palacios. Apeóse el caballero, pagó al automedonte, y trepó á largos pasos por la ancha escalera de mármol que se ve en todas aquellas aristocráticas viviendas. Ya en la puerta del piso segundo le aguardaba una dama, la cual no bien echóse á la vista al andaluz cuando empezó á deshacerse en los más obsequiosos aspavientos que puede inventar el astuto caletre de la patrona de huéspedes más zalamera No era, sin embargo, profesión tan villana la de aquella honrada señora. A tiro de ballesta se descubría lo fino de su cortesana prosapia. Los saludos en forma de genuflexión, su arqueado brazo acompañante de sus palabras melosas, su sonrisa de una beatitud perfecta, su exquisito tacto en el manejo de los cumplimientos, decían claramente que persona dotada de atributos tan principales y tan supinos no podía menos de haber mantenido trato con príncipes y reinas. Ella estaba encantada de ver por fin en su casa á un amigo tan entrañablemente querido como lo era su nuevo huésped, no, su amo, su señor; porque eso sí: persona más humilde, ni más sencilla que ella no conocerá el mundo.

– Entre usted, entre usted, señor don Isidoro,—dijo agarrándole maternalmente del brazo. – Aquí viene usted á su casa. Nada de cumplidos; yo soy enemiga de etiquetas. Eso sí, estoy encantada, pero verdaderamente encantada de verle á usted por estas cortes.

El forastero siguió á la dama al estrado, como fascinado, sin articular palabra, emocionado profundamente por la novedad de los lugares y las impresiones. Por fin una vez sentado, acertó á decir:

– ¿Recibirían Vds. mi carta?

Pero más valiera no haberlo dicho. La expresión del más hondo resentimiento se pintó en el rostro de la señora.

– ¡Es posible! – exclamó alzando los brazos. – Me pasma, sí señor, me pasma que usted haya escrito tontería semejante. ¿Qué más nos daba á nosotras vivir aquí, frente al Congreso, adonde le traen sus sublimes aspiraciones, que habitar en otro lado? Es cierto que no es módico el precio de estas lujosas viviendas; pero, Madrid todo es igual: un cuarto cuesta un ojo de la cara. De todos modos, yo estoy encantada con mi nueva residencia. Sabina especialmente, está verdaderamente loca con esta casa. ¡Tiene unas vistas! ¡unas comodidades!

– ¿Dónde está su sobrina? – se aventuró á preguntar el caballero.

A este punto apareció por la puerta de la sala una mujer, en la que, todas las circunstancias que la rodeaban, declaraban que era la persona demandada. Tan lánguida como siempre, tan desdeñosa de la vida avanzó Sabina Nogales hasta donde se hallaban sentados su tía y don Isidoro. Levantóse este, saludándola calurosamente, á cuya explosión de afectos respondió la sobrina de doña Rosa, que así se llamaba la señora de los encantamientos, ya conocida del lector, con la helada impasibilidad de una estatua. Hablóse mucho. Hubo preguntas respecto á cada cosa y persona de las conocidas por entrambas partes. Doña Rosa, paisana de don Isidoro, había abandonado, hacía muchos años, su país natal, é instaládose en la corte, donde vivía con su sobrina merced á una pensión á que se habían hecho acreedores los méritos de uno de sus gloriosos antepasados. Don Isidoro, por el contrario, venía en busca de medro á este golfo de ambiciones, dispuesto á arrojar en él los talegos ganados en su bufete de abogado de provincia. Espoleado por indominable comezón de lograr fama en el mundo de la política, había dejado su casa solariega, cerrada y entregada al polvo y al olvido Pero, á bien que llegaba á puerto seguro. Doña Rosa le guiaría con su experiencia y relaciones en el laberinto en que iba á meterse. Por lo demás, el porvenir no podía ser más risueño, más encantador. ¡Qué vida tan feliz se preparaba para los tres compatriotas, tan amiguísimos, allí juntitos bajo un mismo techo, al calor de una misma lumbre! ¡Ni los ángeles podrían compararse con ellos! La conversación, que podríamos calificar de memoria-programa, agotó por fin todos los asuntos concernientes á la vida de aquella familia. La criada anunció la cena. Todos se levantaron, y se pusieron en marcha. ¿No quedaba nada por qué preguntar? ¡oh! sí. Se veía en los semblantes relucir algo que pugnaba por salir á luz completamente. Era una sombra, que cruzaba por el rostro, replegando las cejas, parando la vista, suspendiendo en los labios una palabra misteriosa. Por fin, ya en el pasillo, donde la oscuridad cubría con caretas de sombra la faz del cuerpo y el timbre de la voz del alma, doña Rosa dijo con su acostumbrada garrulería:

—Pero, señor don Isidoro, ¿nada me dice usted de Elenita? Ha sido un olvido imperdonable en usted y en nosotros que tanto la queremos. ¿Dónde está esa hija del alma?

—En un convento de educandas,—contestó el caballero con voz tan baja y tan sorda, que parecía salir de las tinieblas.

Elenita era hija de don Isidoro Este, á su vez, era viudo. En la proporción que constituye la familia faltaba un término: la madre. Veamos, veamos si las matemáticas de los sentimientos están sujetas al mismo equilibrio cuantitativo, á las mismas reglas axiomáticas que las de los números. Problema es éste que nos induce á que sigamos adelante.

II

Suculenta cena le esperaba al viajero Doña Rosa había puesto á contribución toda su sabiduría cocinesca para honrar convenientemente el paladar de su antiguo amigo. Fueron saliendo sucesivamente á la mesa manjares en cuya confección se había gastado media especiería. Los platos más vulgares, esos que se ven en todos lados, aparecieron allí vestidos de gala, condimentados con los aliños más raros y de picor más exquisito. Bien conocía la dueña de la casa el flaco por el cual había de atacarse á su huésped. Don Isidoro era hombre perdido tratándose de cosas que obraran sobre las facultades sensuales. Amigo de la vida regalona, no tenía un ídolo más grande, ni nadie ejercía más influencia sobre sus acciones que

CARCEL DE AUDIENCIA DE BARCELONA



PROYECTO DE LOS ARQUITECTOS DON SALVADOR VIÑALS Y DON JOSÉ DOMENECH Y ESTAPÁ

aquel ser que halagara más directamente las imperiosas exigencias de su cuerpo. El traje, el alimento, los disfrutes materiales constituían, para el abogado de provincia, un paraíso doméstico, superior en goces reales al cielo inundado de placeres, prometido á sus secuaces por Mahoma.

Era don Isidoro un hombre como de cuarenta años, de estatura no muy alta, medianamente grueso, y de fisonomía seria y bastante inteligente. Gastaba barba corrida, esmeradamente cuidada, la cual era negra y rizosa. Iba pelado al rape. Sus ojos eran vivos, movibles, chispeantes y de un color negro dorado, lo mismo que las cejas y el pelo. Nariz ligeramente curva, no muy fina por la punta, labios gordos y rasgados que se dejaban ver á través de los bigotes exuberantes, dientes blanquísimos é iguales, concluían dignamente aquella cabeza, cuyos rasgos recordaban diseños de modelos para dibujantes. El matiz de su rostro era moreno, anarajado hacia los pómulos, los cuales se acusaban más tal vez de lo requerido en buenas leyes estéticas. Pero, los miembros distintos de su cuerpo, con pecar de bien criados y desenvueltos, guardaban entre sí y con el conjunto tan admirable proporción, que en resumidas cuentas, la figura de aquel hombre era de las más hermosas é interesantes. Una frente despejada y alta coronaba aquel soberbio edificio de carne humana, á cuyos dos costados aparecían, en el momento que lo describimos, el busto delgadito de muñeca de Sabina Nogales y la estampa apipotada y gordinflona de la señora, tía doña Rosa. Y pues que tan venerable dama ha caído bajo los picos de nuestra pluma, no desperdiciemos la ocasión que se nos presenta para retratarla y darla á conocer al lector con más amplios y característicos detalles que los apuntados hasta ahora. Rayaba la buena señora en los sesenta años, según rezaba su bautismal certificación, y en los cincuenta escasos, conforme el decir de ella. No la motejaremos nosotros por esta avaricia de edad; condición natural en toda hembra, cuando siente que el tiempo se apresura á echar granos de arena en la esfera de su reloj, donde se cuenta lo pasado. Era ancha de pechos, barriguda, de cara carnosa y arrebolada en la que cierto lustre pringoso hacía las veces de barniz embalsamado de la piel arrugada, no bajo la de los años, sino merced á la fuerza infante de la gordura. De tardo paso, era sin embargo ligerísima en sus movimientos, los cuales, si el soplo del entusiasmo los impelía, terminaban por producir el mareo. Vestía con pulcritud, de negro casi siempre, adoptando esa moda indefinida que emplean en sus trajes las señoras de algún rango, moda que sin tocar en la afectación, revela en la persona que la aplica cierto gusto hacia las cosas de alto fuste.

(Continuará)

FÍSICA SIN APARATOS

Nuestra física sin aparatos carecía de experimentos sobre al compresión del gas; pero el doctor en ciencias Mr. G. Sire ha llenado este vacío, dándonos á conocer el siguiente experimento: Consiste en apagar una bujía con el aire comprimido en una botella por medio del procedimiento que vamos á exponer.

Tómese una botella cuyo cuello tenga unos dos centímetros de diámetro interior. Teniendo el asiento de esta botella en la mano derecha, se apoya la palma de la izquierda, ó más exactamente, el pulpejo ó parte carnosa A (fig. 1) situada en la base del pulgar, en la boca de la botella tapándola casi completamente. Luego se aplican los labios á la estrecha abertura ó intervalo dejado, y, cerrada así ya del todo la botella, se hace un esfuerzo pulmonal para comprimir el aire en la botella, debiendo ser gradual este esfuerzo, hasta llegar á la mayor energía.



Fig. 1.—Posición de las manos antes de comprimir el aire en la botella con el aliento

En estas condiciones, es evidente que en virtud de la comunicación que existe entre el interior de la botella y los pulmones, no tarda en establecerse un equilibrio de presión; bastan y aun sobran tres ó cuatro segundos. En este momento, por un rápido movimiento de rotación de la mano izquierda, se acaba de cerrar la botella corriendo el pulpejo de modo que cubra toda su boca. Ha de hacerse esto con suma rapidez sin que los pulmones dejen de obrar hasta que la botella queda completamente cerrada. En tal estado se pone la botella inclinada, el asiento hacia arriba, la boca hacia bajo, y acércase ésta á una bujía encendida, á unos tres centímetros de la llama.

En este momento debe destaparse en parte la boca de la botella por un repentino movimiento de la mano izquierda, inverso del que sirvió para cerrarla, y de modo que se escape el aire comprimido por una abertura *sensiblemente igual* á la que sirvió para la insuflación (fig. 2).

Conviene colocar el orificio de la botella á tal altura de la llama que el chorro de aire que se escape de la botella se dirija oblicuamente, de alto abajo, hacia la mecha ó pábilo de la bujía. Hecho todo en tales condiciones, es infalible la extinción de la llama. Este experimento es interesante y llama vivamente la atención de las personas que lo ven por la primera vez.



Fig. 2. – Modo de poner la botella para apagar una bujía con el aire comprimido.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 25 DE JULIO DE 1887 — NUM. 291

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EL JUDÍO ERRANTE ANTE EL CADÁVER DE UN NIÑO, cuadro de Gabriel Max

La leyenda del Judío errante se ha prestado y prestará siempre para que el poeta y el artista se inspiren en ella con éxito, siempre que su talento se halle á la altura de la antigua tradición de Jerusalén. Gustavo Doré representó á su manera varias escenas del eterno viaje de Ahasverus, desplegando en sus dibujos la exuberante fantasía que resplandece en todas las obras de tan malogrado artista. Gabriel Max, á quien conocen ya nuestros lectores, pensador más profundo, talento más sintético, ha encontrado manera, tan sencilla como natural y conmovedora, para darnos idea del tormento que sufre el despiadado judío.

Aquél, cuyo mayor suplicio consiste en no poder morir, se encuentra en su interminable marcha con el cadáver de un niño, cuya vista le engolfa en un mar de reflexiones. ¡Qué sarcasmo! Ese niño tenía delante de sí un porvenir brillante. Contaba con el amor de sus padres, de quienes era la alegría, el consuelo, la esperanza, el lazo que estrechaba más y más una venturosa unión. ¿Quién ha segado el tallo de esa flor? ¿Quién ha destruído tantas ilusiones?... La muerte, esa deidad, implacable con todos menos con Ahasverus, que la invoca, que la maldice, que la escarnece inútilmente todos los días!...

Este cuadro está meditado con verdadero ingenio y ejecutado con una verdad que impresiona profundamente. El judío envidia al niño; el titán se postra ante aquel débil ser que la muerte ha condenado. Max ha dado forma á una idea sublime para expresar lo terrible de la sentencia que pesa sobre Ahasverus.

AMOR FRATERNAL, cuadro de Blume Sirden

La naturaleza humana está mucho menos pervertida de lo que se quiere dar á entender. Todavía hay idilios, y estos idilios no son menos simpáticos porque las pastoras no vistan el imposible traje de Estela, ni los corderitos que apacentan lleven corbatas de color de rosa como los de aquella Arcadia que Florián se empeñó en hacernos soñar. Blume Sirden, empleando medios más verdaderos, nos ha hecho sumamente simpático un tipo que más ó menos estético, es muy común, por fortuna, en nuestros campos.

LOS VASALLOS DEL DUQUE DE SABOYA cuadro del profesor Mariani

La paz de Chateau Cambresis devolvió al duque Manuel Filiberto de Saboya los estados que su padre Carlos III había perdido durante las guerras habidas entre Carlos V de Alemania y Francisco I de Francia. Mas cuando llegó la ocasión de recobrar las fortalezas ocupadas por los franceses, que se encontraban muy bien en ellas, surgieron toda suerte de dificultades, hasta que se convino en su ocupación indefinida por aquellos, que á tanto equivalía la exigencia de una cuantiosa suma que Filiberto no poseía, arruinado como se hallaba personalmente á causa de sus largas campañas. En semejante estado, hizo un llamamiento al patriotismo de sus vasallos, pidiéndoles sus riquezas á trueque de que el extranjero no continuara manchando el Piamonte. A la voz del patriotismo, los piamonteses subalpinos acudieron unánimes al llamamiento, y tales fueron los donativos voluntarios en dinero, joyas y toda suerte de artículos, que el Duque pudo en breve tiempo pagar á la soldadesca francesa sus atrasos, librando al país de su importuna dominación.



EL JUDÍO ERRANTE ANTE EL CADÁVER DE UN NIÑO, celebrado cuadro de Gabriel Max

Copia de una fotografía del Instituto Artístico de Praga

Este asunto ha escogido Mariani para pintar un gran cuadro histórico, conmemorativo de una noble explosión de amor patrio. Tiene lugar la escena en un patio del castillo de Rivoli, hoy derruído, á donde acuden los generosos donadores, demostrando visiblemente la satisfacción de que se hallan poseídos. Desde una de las mirandas de la fortaleza Manuel Filiberto presencia la conducta de sus vasallos que le aclaman y compiten á porfía en generosidad. Es un lienzo inundado de luz y que respira calor y vida hasta en el más insignificante de sus detalles.

LOS EMIGRANTES, cuadro de Llimona

¡Emigrar!... ¡Abandonar la patria, renunciar á la familia, lanzarse á lo desconocido, huir de la miseria para caer, probablemente, en la desesperación!... ¡Qué cúmulo de pensamientos tristes, horribles, provoca la idea del emigrante!... ¡Cuántas torturas antes de tomar resolución tan suprema!... ¡Cuántas más al llegar la hora del tardío arrepentimiento!... Europa es muy pobre ó es muy poco amante de sus hijos, cuando contempla indiferente esa calamidad que la deshonra y la desangra. Cada vez que llega á puerto americano un buque con cargamento de emigrantes, los hijos del país deben reirse á mandíbula batiente de esa vieja y orgullosa hija predilecta de la civilización que con tantos sabios, tantos filósofos, tantos filántropos, no ha encontrado contra el hambre que aqueja á millones de sus hijos, más recurso que embutirles en la cala de un buque y pedir á la antigua esclava que haga por ellos lo que no puede la altiva señora, darles un pedazo de pan á cambio de un día de trabajo...

Vanamente algunos estadistas han llamado la atención hacia tamaña desdicha: Europa continúa surtiendo á América de aquellos parias que ya no la proporciona Africa. No parece sino que al condenar la trata de negros, se tuvo en cuenta la urgente necesidad que había de sustituirla por la trata de blancos.

Y he aquí que á donde no ha llegado la ciencia, pretende llegar el arte. El artista no se amilana como el hombre de estado: él no puede evitar el daño; pero puede conmover al público con el espectáculo de sus víctimas. Empresa tan digna de aplauso ha acometido Llimona, y por ello solo merecería un aplauso, si en la ejecución de su cuadro *Los emigrantes*, el artista no hubiera disputado el premio al hombre de corazón. Ese lienzo no puede contemplarse sin emoción profunda. Los emigrantes se embarcan en el puerto de Barcelona; es decir, de la capital de las provincias más trabajadoras de España; parten esos infelices, por falta de trabajo!... ¡Qué lección para los que pudieran evitar esas desgracias y las contemplan impasibles! ¡Qué cúmulo de cargos contiene la mirada de ese honrado padre de familia, al despedirse de su ingrata patria!

Algún día esos Estados de América que compadecimos no ha mucho nos cobrarán, con intereses usurarios, el pedazo de pan que llevan á la boca de nuestros emigrantes. Aquel día muchos ocultarán el rostro con vergüenza: únicamente se sentirán tranquilos los hombres de corazón que, como Llimona, en la esfera de sus medios, hayan cumplido con su deber.

UNA HISTORIA INCREIBLE, cuadro de Schroeder

El galán de este cuadro tiene todas las condiciones de un embustero clásico, pero la niña no se deja prender en el anzuelo, por lo visto. El contraste que forman el mentiroso y la incrédula se ha prestado á que el artista pintara un cuadro sorprendente de verdad. El fondo del carácter de cada personaje trasciende perfectamente á su semblante, y contemplando al mancebo y á la doncella se echa de ver, á fuerza de ingenio artístico, que aquél pierde el tiempo lastimosamente.

EN LA ESTEPA, cuadro de J. Brand

El cosaco y el kalmuko son jinetes de nacimiento. La fábula de los centauros se debió sin duda á algún cosaco prehistórico. El caballo de esos hombres es para ellos algo más que un medio de locomoción, es un compañero y casi su morada habitual, pues las más de las veces conduce todo su ajuar. Montados en su cabalgadura y cruzando la estepa de horizontes sin límites, el cosaco y el kalmuko se ríen de los potentados que tienen el mal gusto de vivir en ciudades, dentro de las cuales se ahogarían aquellos, cual si se les colocara debajo de la campana pneumática. El caballo y la estepa son las únicas necesidades de esos hombres que continúan viviendo como vivían aquellos de sus antepasados que presenciaron la irrupción de Atila y sus bárbaros. A pesar de lo cual, ó quizás mejor por esto mismo, gustan de narraciones rudimentariamente poéticas, relatos de tradiciones fantásticas ó á su manera gloriosas, que son la única distracción de sus monótonas é interminables caminatas.

Brand, que conoce esos pueblos, nos pinta á dos de sus hijos en ocasión precisamente de referir uno á otro alguno de sus cuentos favoritos; escena llena de verdad y de color local como las producen tan sólo los que pintan costumbres después de haberlas estudiado á conciencia.

SUPLEMENTO ARTISTICO

MAHOMA.—LA PLEGARIA ANTES DE LA BATALLA, cuadro de Domingo Morelli

Morelli es uno de los príncipes del arte italiano contemporáneo. Pocos le igualan en el dominio de la luz y del espacio; ninguno le aventaja en su manera especial de aplicar el color con una valentía que recuerda la seguridad de Velázquez. Otro pintor menos seguro de sí mismo detallaría la composición de una manera trivial. Morelli pinta la masa, y de ese cúmulo de color, al parecer prodigado sobre el lienzo como si en él quisieran imprimirse simplemente grandes manchas, surge un ejército poseído de un fervor realmente fanático.

Esta clase de triunfos, obtenidos por tan poco comunes medios, no los pueden conseguir sino los grandes maestros como Morelli.

REUNIONES DE CONFIANZA

Siempre la clase media empeñada... es decir aferrada en ser aristocracia, sin dinero, sin influencias, sin gusto, sin posición y sin nada para ello.

Pero no importa; el Duque de Tal reune los sábados; pues bien: es preciso, es necesario que los señores de Pérez se queden en casa los lunes, cueste lo que cueste. Cierto que no dan *lunchs*, ni te, ni siquiera las gracias á los que van á divertirlos; lo único que suelen dar á última hora es chocolate.

Cierto también que los señores de Pérez no permiten que en su casa jueguen los contertulios al monte, á la ruleta, ni al bacarrat, apuntando cada vez más de un perro chico; pero el caso es que los señores de Pérez se quedan en casa los lunes, que se juega á algo y que se toma chocolate.

Cuando se trató del asunto, el señor de Pérez accedió á los deseos de su esposa y de su hija, con las siguientes palabras:

– Bien: los lunes nos quedaremos con la familia y con los amigos de confianza; pero nada más que con esos; ya veis; yo pienso recibir á todo el mundo en este traje, con bata y zapatillas. Además... la casa no es muy grande; las sillas... no son muchas, y sobre todo, ya sabéis que á las once en punto se cierra la puerta de la calle y se apagan las luces de la escalera. Con todas estas cosas en contra no es posible recibir á gente de cumplido.

Y he aquí porqué las reuniones de los señores de Pérez... ó de Sánchez... ó de López... ó de González, no se participan á los amigos por medio de tarjetas de invitación, ni de B. L. M., sino por conducto de la misma familia, verbalmente y sin pretensiones de ningún género, al parecer.

– ¡Don Nicasio! ¡tanto tiempo sin vernos! nosotros que tenemos tanto gusto... ¿por qué no va V. á casa el lunes?

– ¿El lunes?... ¿ha de ser el lunes precisamente? Ya pensaba yo en otro día cualquiera....

– No, – dice la niña, – es que los lunes pensamos jugar.

– Pero, hija mía, si yo no juego hace ya mucho tiempo.

– No importa; mire V.; van Fulano y Mengano y las hijas de Zutano... y mi novio.

– ¡Ay! entonces comprendo que quiera V. jugar; irán ustedes de compañeros.

– ¡Ya lo creo! Nada, nada: es preciso que vaya V. y que lleve, por supuesto, á doña Robustiana y á Pilarcita.

– ¡Y que lleve V. mucho dinero!—dice la mamá.

– Señora... no sé si podrá ser mucho; pero yo siempre acostumbro á llevar alguno, incluso los lunes.

– Queremos decir que lleve V. muchos perros chicos.

– Bien; eso ya es más fácil. Iré, iremos; adiós, señoras; hasta el lunes.

Este es el modelo de esa clase de invitaciones, y todas son lo mismo, excepto alguna que otra frase, como la de...

– Adiós, Juan, no deje V. de ir... y vaya V. dispuesto á perder todo lo que lleve.

Al oir esto el invitado no contesta: sonríe y piensa:

– Pues señor, si he de perder todo lo que lleve me dejaré en casa la vergüenza, y le diré á Tomasito que haga lo mismo.

Tomasito es el novio de la niña.

Desde algunos días antes del lunes, mientras las dos señoras de la casa recorren las de algunos parientes para darles parte de su determinación, el señor de Pérez falta á la oficina y se ocupa en alterar el orden de los cuadros del comedor (por ser la mesa de aquella habitación la más *ad hoc* para el juego), en colgar por las paredes todos los chismes inútiles que encuentra por la casa, en cambiar por una de gasógeno la antigua luz de petróleo del recibimiento y en tratar con el portero de que los faroles de la escalera permanezcan encendidos hasta la una de la noche, pagando el señor de Pérez el exceso de aceite mineral.

En cuanto á la puerta de la calle, es imposible que deje de cerrarse á las once en punto, porque así lo ha dispuesto el casero y porque los pobres porteros tendrían que estar sin acostarse hasta que saliera el último contertulio; pero todo tiene arreglo; la criada del señor de Pérez bajará á abrir la puerta á cada uno de ellos, y lo más que puede suceder es que como el piso es tercero, la criada exija un sobresueldo cada lunes para poder ir á los baños de Panticosa.

El sábado por la tarde, el señor de Pérez recorre todos los bazares y tiendas de juguetes de Madrid y vuelve á su casa contentísimo, después de haber gastado once duros en barajas, fichas y juegos de sociedad.

Llega á casa, se desenvuelve el paquete y... ¡oh felicidad!... El Asalto, El Ajedrez, La Lotería, La Aduana, La Perejila, El Enano, Las carreras de caballos... etc...

Inútil es decir que el hijo del señor de Pérez no ha olvidado participar el acontecimiento á su novia y futura suegra, invitándolas en nombre de la madre; el padre no sabe nada de esto ó por lo menos hace la vista gorda.

Llega por fin el lunes y empiezan desde muy temprano los preparativos imprescindibles para que todo salga á pedir de boca. La señora llama á la criada y le dice:

– Fulana, ya sabe V. que esta noche viene gente y hay que comer más temprano; además quítese V. ese delantal y póngase el blanco; no vaya V. á salir á abrir la puerta con esos pelos; y cuando los que vayan entrando sean señoras, les ayuda V. á quitarse los abrigos y las toquillas y va V. colgando todas las prendas en unas perchas que pondrá, ahí, ahora el señorito. ¡Ah! traiga V. dos libras de chocolate de á cinco reales y dos cuartillos de leche. ¿Hay bastante pan?

– Sí señora. Tres panecillos de ayer y los que se tomen hoy.

– Bueno: pues hoy tome V. los de todos los días, porque con esos tres de ayer se harán picatostes. El lunes que viene haremos migas; al otro tostadas con manteca y al otro buñuelos.

– Está bien, señora.

En este momento se oyen unos golpazos horribles; es que el señor de Pérez ha quitado de las alcobas todas las perchas y las está clavando en el recibimiento. Entre tanto la niña ha pensado que á la tarde se friegue el tramo de la escalera, correspondiente á su piso, y el descansillo, colocando en este todos los tiestos que adornan á diario los balcones; también había pensado la niña colgar por la escalera unos cuantos farolitos á la veneciana, pero el señor de Pérez ha decidido que eso *no viste* más que en Venecia y en las horchaterías. A las diez se barre la casa, se limpia el polvo y se friegan las puertas con agua caliente, jabón y un estropajo para que se quite la porquería y de paso la pintura.

A las doce en punto, se almuerza, de prisa y corriendo; y á la una empieza la *toilette* de las señoras, en cuyo ejercicio emplean doble tiempo que de costumbre; madre é hija han decidido estar los lunes más limpias y más arregladas que los demás días; el señor de Pérez dice que esta es la única ventaja que encuentra á las reuniones de confianza.

Llega la hora de comer; esta operación se practica aún con mucha más premura que la del almuerzo, para dar lugar, antes de que llegue nadie, á barrer de nuevo el comedor y á poner una ó dos tablas más en la mesa. Con esta inesperada reforma, el tapete que se usa á diario resulta insuficiente y hay que echar mano del mantón de ocho puntas de la señora de Pérez (el mantón, no las puntas). Claro es que antes se ha pensado en el mantón de la criada, pero inútilmente, porque según los prestamistas sobre alhajas y ropas dicha prenda no está de recibo.

– Fulano,—dice la señora de Pérez,—te has olvidado de comprar unos ceniceros y me van á quemar el mantón con los cigarros.

– Es verdad; pero no tengas cuidado; yo lo advertiré...

– No: se ponen los platillos pequeños del café,—dice la niña.

– Eso es lo mejor. Límpiales el polvo y tráelos.

El hijo del señor de Pérez acaba de encender en este momento el quinqué de su despacho *(en ciernes)* y de arreglar, en lo posible, las cartas, libros, retratos, tatarretes y otras mil cosas propias é impropias de aquella habitación, que llenan de ordinario la mesa de chapeado pino.

¡Tilín...! ¡Tilín...! (esto quiere decir que suena la campanilla). Cuando la criada pone la mano sobre el picaporte, ya están en el recibimiento el señor de Pérez, su esposa y sus dos hijos, dispuestos todos á recibir al primer concurrente. Se abre la puerta y...

– ¡Por fin!

– ¿Lo ven ustedes?

– ¡Cuánto me alegro!

– Déme V. la toquilla.

– Deje V. ahí el gabán.

– Yo se lo quitaré á usted

– Gracias.

– Ea: pasen Vds. por aquí.

Y pasan todos al comedor. Es la familia de don Nicasio.

Al poco rato, vuelve á hacerse la misma operación con la familia de la novia del hijo, después de decir *dispensen Vds.* á los señores que se quedan solos en el comedor. La misma alegría; la misma finura de antes; pero el hijo del señor de Pérez toma en este recibimiento una parte mucho más activa que en el anterior, no sin haber aprovechado la tardanza de su novia en divertir á la hija de don Nicasio. La faena de salir á recibir á cuantos entran, se repite por cinco ó seis veces, hasta que dan las diez, hora en que ya hay bastante gente para empezar á jugar; y entonces la señora de Pérez dice:

– Con que, señores, ¿á qué quieren Vds. que juguemos?

– A lo que Vds. quieran,—responden casi todos.

– Al monte; yo tallo una peseta,—responde un pollo amigo de un primo del hermano de un amigo del novio de la hija del señor de Pérez *de confianza*.

– No, el monte es muy tirado, – exclaman las señoras y un joven calvo que desde que entró permanece sentado á corta distancia de los demás y con las manos metidas en los bolsillos del chaleco.

– Yo,—añade dicho joven,—les veré á Vds. jugar.

– ¿Cómo se entiende?

– ¿Por qué?

– ¿No le gusta á V. jugar?

– No es eso: es que... no me divierto... porque... sea á lo que sea... y como sea... y donde sea... siempre que juego... gano: tengo una suerte disparatada: y la verdad... eso de llevarme el dinero de los demás... francamente no me gusta.

– Hombre; yo comprendería que no les gustase á los demás, pero á usted...

– ¡Justo!

– ¡Naturalmente!

– ¡Tiene muchísima gracia el señor de Pérez!

– Vamos: juegue usted.

– No: de verdad, no me divierto.

– Pues haga V. lo que guste.

– Chico, si es que no tienes dinero, yo te prestaré, – le dice en secreto el hijo del señor de Pérez.

– Bueno, jugaré porque no digan ustedes...

– Con que ea, ¿quieren Vds. que juguemos al Enano?

– ¡Bueno: al Enano!

– ¿Y qué juego es ese?

– Yo no he jugado nunca á eso.

– Pues es muy fácil: voy á explicárselo á Vds. en dos palabras.

Y el señor de Pérez, interrumpido de cuando en cuando por su esposa y por sus hijos, empieza á explicar á los concurrentes el reglamento de dicho juego, después de advertir á todas aquellas personas regulares *que no valen trampas*. Pero resulta que nadie acaba de entender la teoría y hay que pasar al terreno de la práctica. Se cuentan las fichas, se deposita el dinero y se empieza á jugar. A las

doce de la noche que es cuando ya lo van entendiendo casi todos, la señora de Pérez se levanta, y después del consabido *Dispensen Vds.* sale del comedor con dirección á la cocina. Pero una prima de su esposo, práctica ya en esta clase de *mutis* de confianza, sale también del comedor y la dice en secreto:

—Pero, hija, ¿por qué no dejas que lo haga la criada? Mira que para hacer un chocolate!...

—No me fío; Manuela lo hace siempre divinamente; pero son tan animales, que de seguro, esta noche, por lo mismo que quiero que salga mejor, se le pegaría ó se le cortaría la leche.

—Bueno; pues entonces lo haremos entre las dos.

Y pasan ambas á la cocina: allí, de bruces sobre el fregadero, está la criada, dormida como un tronco; la despiertan á fuerza de empellones y después de una reprimenda... *filosófico-moral*, resulta que el chocolate está aún sin partir y la lumbre se ha apagado por completo. ¡Qué desesperación! ¡Qué compromiso tan horrible!

—¿Enciendo lumbre?

—No: lo haremos con espíritu de vino. Traiga usted las dos maquinillas.

—Pero ¿y los picatostes?

—Ya no hay tiempo.

—Es lo mismo; lo tomaremos con pan al natural,—dice la prima.

—Pero, señorita, ¿no se acuerda V. de que el pan que hay es duro?

—Claro, como que era para picatostes; pues á esta hora... baje V... baje usted ahora mismo al café y que le vendan cinco panecillos franceses.

Mientras la criada cumple esta orden, con el mayor sigilo posible, las dos señoras cortan el chocolate, miden la leche y empieza la cocción: – ¡qué cosa tan útil es el espíritu de vino en las casas! en un momento se hace cualquier cosa.



AMOR FRATERNAL, cuadro de Blume Sirden

Como por lo regular en ninguna casa hay más de un molinillo, este, de la del señor de Pérez, alterna entrando y saliendo sucesivamente en cada una de las dos chocolateras. Por fin se hace el chocolate; y después de cortar el pan en tiritas ó rebanadas transparentes, se procede á llenar las jícaras.

Entre tanto los jugadores han procedido también á la liquidación de cuentas; se cambian por dinero las fichas que cada uno conserva y resulta que todos *han salido* en paz, menos el novio de la niña de la casa que ha perdido once reales.

—Pero ¿cómo es posible? Alguien tiene que ganar.

—No: mire V., yo saqué esta peseta.

—Pues yo no puedo equivocarme; porque no traía más dinero suelto, que estos dos reales.

Nada; no resulta la cuenta.

—Eso es indudablemente, – dice la niña en voz baja, —que como has estado tan distraído hablando conmigo, te los habrá cogido alguien en broma.

—¡Pues vaya una broma!

Al terminar de sortear luego, entre todos, el perro chico que ha sobrado de la liquidación, y al caer en la primera taza, en la cocina, las primeras gotas de chocolate, se advierte que no caen tales gotas sino grumos indisolubles, flotando sobre un aguachirle incalificable. ¡Horror! ¡El chocolate se ha cortado, á pesar de no haberlo hecho el animal de la criada! ¡Y ya no hay tiempo ni leche para remediarlo! ¡Es preciso confesar á todo el mundo la catástrofe!

Cuando la señora de Pérez participa en el comedor el suceso, todos se ponen de pie como autómatas, lanzando quejas tan disfrazadas como las siguientes:

—¡Señora, no se apure usted!

—¡Eso le pasa á cualquiera!

—¡Es igual; lo tomaremos en el café de abajo!

—Yo ruego á Vds. que me dispensen; pero el lunes que viene lo tomarán Vds. con migas.

—¡Vaya si tiene migas el chasco! – dice para sí el solterón de la calva.

—Con que adiós, señores.

—Pero ¿se van ustedes?

—Sí: ya es casi la una y queremos alcanzar el último tranvía.

—En ese caso... Fulana, coja V. la llave y baje V. á abrir.

Tras una mirada furibunda del señor de Pérez á su esposa y tras mil nuevas excusas de esta, bajan todos los contertulios la escalera diciéndose unos á otros en voz baja: «¡Cómo nos hemos divertido!» «¡qué rico chocolate!» Se abre la puerta de la calle y aparece á la vista de todos un espectáculo aterrador. ¡Está diluviando! ¡Ni un tranvía, ni un coche, ni dinero para él! Nadie ha traído paraguas y cada uno emprende la fuga por su camino, remangándose respectivamente las faldas y los pantalones.

En medio de aquella dispersión sólo se oye una frase de despedida... *¡Hasta el lunes que viene!*

MARIANO DE LARRA Y OSSORIO

LOS INVISIBLES

arreglo de Hoffmann

POR DON CECILIO NAVARRO

I

A mediados del siglo XVII estaba profundamente inquieto y alarmado el espíritu público en París, á consecuencia de los misteriosos crímenes que se cometían diariamente.

Un boticario alemán, llamado Glazer, el mejor químico de su tiempo, sólo buscaba la piedra filosofal; pero hubo de asociarse á sus investigaciones el italiano Exili, y para éste el arte de hacer el oro no era más que un pretexto; su idea era aprender el procedimiento, la composición de las materias venenosas de que el alemán se servía, y tanto se aplicó á este estudio que llegó á preparar un veneno sutilísimo, inodoro, insípido, al parecer, pero que mataba sin dejar huellas sospechosas. A pesar de sus precauciones, vino á hacerse sospechoso el envenenador y fué encerrado en la Bastilla; mas como esta famosa prisión estaba siempre llena de inquilinos, tuvieron que estar juntos en un mismo calabozo Exili y el capitán Sainte Croix.

Este oficial había tenido relaciones escandalosas con la marquesa de Brinvilliers concitando el enojo y persecución de la familia ofendida. Apasionado sin carácter, hipócrita, vicioso desde su niñez, vengativo hasta la ferocidad, el capitán consideró como una dicha la casualidad que lo ponía en ocasión de conocer á Exili, cuyos diabólicos secretos le proporcionaban poderosos medios para aniquilar á sus enemigos. Con esta mala intención se hizo discípulo del envenenador italiano y muy luego se halló en aptitud de trabajar por su cuenta.

La marquesa de Brinvilliers era una mujer perversa, pero Sainte Croix hizo de ella un monstruo. Por sugestiones de él, envenenó á su propio padre; luego á sus dos hermanos, después á su hermana. Mató á su anciano padre por espíritu de venganza, á sus hermanos por codicia, por recoger toda la herencia paterna.

La historia de muchos envenenamientos viene á probar con asombro de la conciencia, que los crímenes de este género llegan á ser una necesidad apasionada é irresistible. Los envenenadores han hecho perecer, á veces, á personas cuya vida ó muerte les era indiferente, cometiendo estos crímenes sin ningún fin ulterior, por el solo atractivo que lleva al químico á hacer experimentos para su propia satisfacción. La repentina muerte de muchos pobres del *Hotel Dieu* hizo presumir que los panes que la marquesa distribuía todas las semanas para merecer bien en el concepto público, estaban envenenados. Lo cierto es que envenenaba los pasteles que servía á sus comensales, siendo víctimas de sus diabólicos obsequios Mr. de Gay y otros muchos amigos suyos.

Sainte Croix, su cómplice Chaussée y la marquesa pudieron ocultar, durante mucho tiempo, sus crímenes bajo un velo impenetrable. Pero ¿qué astucia humana podrá burlar á la justicia divina, cuando ésta resuelva castigar ya á los culpables? Los venenos que preparaba Sainte Croix eran tan sutiles y eficaces, que bastaba respirarlos una sola vez para morir instantáneamente; y por eso se cubría el famoso envenenador la cara con una máscara de cristal, siempre que hacía algún procedimiento. Pero una vez se le cayó la máscara sobre sus polvos y aspirándolos á su pesar, cayó muerto en el acto.

Con esto intervino la justicia y encontró en un cofre muy bien cerrado todo lo necesario para el descubrimiento de la verdad.

Los parisienses respiraron al saber el fin de este monstruo que dirigía sus armas homicidas contra amigos y enemigos. Pero muy luego se supo con espanto que los horribles secretos del maldito Sainte Croix sobrevivían á su infernal inventor. La muerte se deslizaba como un fantasma invisible en los círculos más íntimos, bajo la máscara de la amistad, del parentesco, del amor y cogía con mano segura y rápida á sus desgraciadas víctimas.

Una persona que gozaba hoy de la salud más floreciente se sentía morir mañana sin que la ciencia de ningún médico pudiera dar con el remedio. La riqueza, un empleo importante, la belleza, la juventud, la felicidad, cualquiera de estas causas bastaba para atraer esta sentencia de muerte. La más profunda desconfianza rompía los lazos más sagrados: el esposo temblaba ante su esposa, el padre ante su hijo, la hermana ante su hermano. En las



LOS VASALLOS DEL DUQUE DE SABOYA ENTREGANDO SUS TESOROS PARA LIBRARSE DE LA DOMINACIÓN FRANCESA
cuadro del profesor C. Mariani



MAHOMA.—LA PLEGARIA ANTES D



DE LA BATALLA, cuadro de Domingo Moreli



LOS EMIGRANTES, cuadro de Llimona

comidas que alguien daba á sus amigos, el vino y los manjares quedaban intactos; y en las mismas reuniones, en otro tiempo alegres y gozosas, las inquietas miradas no buscaban ya más que la máscara del asesino. Temiendo á la traición en su propia casa los padres de familia, se iban con ansiedad buscando en lugares apartados el perdido reposo y ellos mismos se preparaban los alimentos. Pero á veces eran inútiles todas las precauciones.

Vivía en el arrabal de San German una vieja, llamada la *Voisin*, cuya profesión era decir la buenaventura y conjurar los espíritus. Pero sus malas artes no se limitaban á esto solo. Discípula de Exili y de Sainte Croix, preparaba como ellos un veneno sutilísimo, que no dejaba huellas del crimen, y de esta manera proporcionaba á hijos y sobrinos desnaturalizados el medio de entrar más pronto en posesión de su herencia, como á las esposas jóvenes el de despachar á sus maridos viejos para entrar en segundas nupcias con jóvenes de su gusto.

La maldita vieja cayó al fin en manos de la justicia, la cual encontró en su casa una larga lista de todos sus clientes. Muchos de estos fueron ejecutados, y no pocos tuvieron que agotar sus recursos en oro é influencias para alejar las vehementes sospechas que los acusaban. Así pues se dijo que el cardenal Bonzy había encontrado en casa de la vieja una eficaz receta para descartarse de todos los derecho habientes, á los que había de pagar ciertas pensiones como arzobispo de Narbona. La duquesa de Bouillón, la condesa de Soissóns y otras se hallaron inscritas en la lista, aunque sin expresión de receta. Y hasta el mismo Enrique de Montmorency sufrió persecución por la justicia y estuvo mucho tiempo preso en la Bastilla por sus relaciones con la diabólica vieja, que también lo tenía en lista.

Como si esto no bastara para mantener en perpetua consternación á un pueblo, una cuadrilla de ladrones invisibles parecía haber tomado á empeño apoderarse de todas las joyas y alhajas portátiles. Apenas comprada una de éstas, cuando desaparecía de una manera incomprensible, por más precauciones que se tomaran para impedirlo. Lo peor era que la persona que se atrevía á llevar de noche joyas, era infaliblemente despojado ó asesinado en las calles ó en las oscuras avenidas de las casas. Los que por fortuna se habían librado de este peligro referían que sin saber cómo les había caído un violento puñetazo en la cabeza como un rayo de siniestra nube, y que al volver de su aturdimiento, se habían visto despojados de sus joyas y trasportados á un sitio diferente de aquel en que cayeron. Los cadáveres que se encontraban casi todas las mañanas en las calles ó en el interior de las casas, tenían todos una herida idéntica, una puñalada en el corazón, tan firme y bien dirigida, que según opinión de los médicos, el herido debía caer sin proferir una palabra.

En la voluptuosa corte de Luis XIV ¿quién no estaba empeñado en amoríos? ¿Quién no se deslizaba á casa de su amada á llevarle un rico presente? Hubiérase dicho que los misteriosos ladrones habían hecho pacto con los espíritus invisibles, según sabían todo lo que había de pasar.

En tal consternación y de acuerdo con sus más severos criminalistas, que se habían desvelado buscando el medio de atajar el mal, instituyó el rey un tribunal de justicia, con fuero especial, encargado exclusivamente de perseguir y castigar los crímenes misteriosos. Este tribunal de sangre, ó mejor dicho, de fuego, pues se llamaba *Cámara ardiente*, residía no léjos de la Bastilla y estaba presidido por el rígido La Reynie. Pero todos los esfuerzos de este celoso magistrado fueron infructuosos durante mucho tiempo Los envenenadores fueron cediendo al fin; pero los Invisibles se burlaban del tribunal y de todos sus rigores.

II

En la cámara de Mad. de Maintenón, donde acostumbraba el rey pasar algunas horas después de comer, trabajando á veces con sus ministros hasta muy tarde, se le presentó una noche un memorial poético en que los amantes en peligro se lamentaban de no poder seguir las leyes de la galantería sin exponerse á perder la vida.

Por grave que fuera el asunto, no dejaba de tener la poesía ciertos rasgos ingeniosos y humorísticos Pero acababa con un pomposo elogio del gran Luis XIV, y esto sobre todo bastó para que el rey lo leyera con fruición. Terminada su lectura, se volvió hacia Mad. de Maintenón, sin apartar la vista del papel, y leyendo los versos en alta voz, le preguntó sonriendo, qué le parecía la petición de los amantes.

Fiel á sus austeras apariencias y conservando siempre cierto matiz de mojigatería, contestó la Maintenón que las citas amorosas, secretas, estaban prohibidas por la moral, y por lo mismo no merecían la alta protección del rey; pero que los crímenes horribles que se cometían diariamente demandaban pronto y ejemplar castigo.

Poco satisfecho de la contestación, dobló el rey el papel y se disponía á salir de la cámara, cuando descubrió á la vieja poetisa Scuderi, sentada en una butaca junto á la Maintenón. Dirigióse entonces á ella y desplegando otra vez el papel, le dijo con dulzura:

– La marquesa no quiere oir hablar de amantes ni de sus amoríos; pero vos, que no sois tan severa, ¿qué pensáis de este poema?

La Scuderi se levantó respetuosamente de su asiento é inclinándose con la vista baja ante el rey, contestó:

Amante que teme á los ladrones
no es digno del amor

Admirado el rey del carácter caballeresco de tan pocas palabras que echaban por tierra la larga tirada de versos que acababa de leer,

– ¡Por San Dionisio! – exclamó. – Tenéis razón. La cobardía no debe ser protegida por medidas ciegas que confunden al inocente con el criminal. Que La Reynie cumpla con su deber.

El día siguiente el ama de gobierno de la Scuderi le presentaba con mil precauciones una cajita, que un desconocido de aspecto siniestro había llevado con la pretensión de ponerla él mismo en manos de la señora.

– Que hubiera entrado,—dijo tranquilamente la vieja poetisa.

– No se lo he permitido yo. ¿Y si hubiera sido un invisible?

– Bien lo has visto tú.

– Quiero decir un ladrón.

– ¡Bah! Esos malvados que tan bien conocen los secretos de las casas, saben perfectamente que yo no soy rica.

– ¿Y si hubiera sido un asesino?

– ¿Qué importa la vida ni la muerte de una pobre mujer de setenta y tres años, que no persigue más criminales que los que ella misma crea en sus novelas, que escribe versos que no pueden excitar la envidia y que no dejará más herencia que la ropa de su uso y un centenar de libros viejos?

La Scuderi tomó la caja resuelta á abrirla mientras la otra retrocedía con espanto suplicándole que no se arriesgara á abrirla sin muchas precauciones; y aun cayó de rodillas y ahogó un grito, cuando su señora, tocando un resorte, se abrió de suyo la caja.

Pero, ¿cuál no fué la sorpresa de las dos, cuando en vez de una máquina infernal brillaron á sus ojos dos brazaletes cuajados de pedrería y un collar no menos espléndido?

– ¿Qué significa esto?—exclamó con asombro la Scuderi.

Pero al mismo tiempo vió en el fondo de la caja un billete, que tomó con la esperanza de encontrar en él la explicación de aquel misterio; sino que apenas lo leyó, se le cayó de las trémulas manos.

—¡Oh!—exclamó con voz sofocada por las lágrimas, – ¡qué ultraje! ¡qué humillación! ¿Debía yo sufrir tal ofensa en mi vejez? ¡Oh Dios! ¿cómo pueden interpretarse de una manera tan cruel unas palabras dichas en son de chanza? ¿Es justo que el crimen me atraiga á una diabólica asociación á mí que he sido siempre fiel á la virtud y á la piedad?

La buena señora se llevó el pañuelo á los ojos, mientras su fiel criada no sabía cómo consolarla.

Esta recogió el billete en el cual se leía:

Amante que teme á los ladrones
no es digno del amor

«Muy honorable señora:

»Vuestro sutil ingenio nos ha salvado de una cruel persecución á nosotros que ejercemos sobre la debilidad y la cobardía el derecho del más fuerte, que nos apoderamos de los tesoros que de otro modo serían disipados indignamente. Dignaos pues recibir ese aderezo como una prueba de nuestra gratitud: es de lo más precioso que ha caído en nuestras manos hace mucho tiempo. Pero todavía merecéis más y nosotros pagaremos nuestra deuda. Entre tanto, os rogamos no nos retiréis vuestra amistad continuando vuestros buenos oficios en favor de los

INVISIBLES »

—¿Es posible, —exclamó la vieja Scuderi,—luego que se serenó un tanto, es posible que se lleve tan lejos la impudencia y la irrisión?

El sol brillaba al través de las cortinas de seda roja que adornaban la ventana, y los diamantes, puestos sobre la mesa, al lado de la cajita abierta, despedían el más vivo esplendor.

La vieja escritora se cubrió los ojos con horror y ordenó á su fiel sirvienta que apartara de su vista aquellas joyas teñidas aún con la sangre de las víctimas.

Brígida, como se llamaba el ama de llaves, encerró las joyas en la caja, opinando que sería prudente llevarlas al teniente de policía, al cual debía referirse con todos sus detalles la aparición del siniestro desconocido.

La escritora se levantó en silencio y se puso á pasear á lo largo de la estancia pensando qué debía hacer. Después ordenó á su criado traerle una litera, y á Brígida que la vistiera para ir á ver á Mad. de Maintenón.

Muy luego tomó la misteriosa cajita de las joyas y se hizo conducir á palacio, esperando encontrar sola á la marquesa en sus habitaciones.

Mad. de Maintenón se sorprendió en extremo viendo llegar con paso mal seguro y descompuesto el semblante á la Scuderi, que á pesar de sus años, había conservado mucha dignidad y gracia.

—¡Por Dios! ¿qué os ha sucedido?—dijo la marquesa á la desconcertada vieja, que pudiendo apenas sostenerse, se dejó caer en una butaca.

Cuando tuvo alientos para hablar, le refirió la pobre la dolorosa injuria que había recibido.

—No toméis tan á pechos,—contestó la marquesa luego que se enteró del asunto, – no toméis tan á pechos esa aventura, propia de esa cuadrilla de miserables, cuya maldad no puede llegar nunca á la altura de vuestro honor, de vuestra virtud y piedad. Pero veamos los diamantes.

La Scuderi se los entregó y la Maintenón no pudo menos de admirar joyas tan preciosas.

Después de haberlos examinado bien, dijo á su amiga:

—Sólo Renato Cardillac es capaz de haber hecho tan rico y admirable trabajo.

En efecto, Renato Cardillac era á la sazón el más hábil joyero de París y uno de los hombres más diestros y singulares de su tiempo.

(Continuará)

PICO DE ORO

(Conclusión)

No era así su sobrina, la señorita de Nogales. Expresión perfecta del figurín más acabado, paraba la vista por lo alineado y correcto de su figura. Era de talle fino y flexible, alta, de corte elegante, bonita apariencia, y de constitución blanda y muelle que la envolvía en una especie de atmósfera de irresistible languidez. Su rostro era de un matiz blanco mate, cutis sedoso, y de un óvalo en que la luz se reflejaba con tonos azulados. Tenía ojos garzos con irradiaciones de oro que daban en ocasiones un fulgor extraño á sus miradas, por lo común extinguidas entre una vaga bruma de rayos indecisos y sin alcance. Los otros rasgos que componían su ser llevaban igualmente el sello de belleza rara, de misteriosa armonía, peculiar é inherente á su naturaleza. Había en toda ella una especie de interior reflejo ofuscado por una nube de oposición comprimida al través de cuyos resquicios aparecían, como por las rendijas de un horno, las llamaradas en que se consumía aquel espíritu encarcelado mediante fuerzas superiores. Bajo una apariencia fría hervía un fondo de calor, cuyos rescoldos apenas eran cubiertos por las cenizas del disimulo. Resultado de una educación mal dirigida, compuesta de sagaces artimañas, ó consecuencia natural de un cuerpo, donde las corrientes fisiológicas obraban en virtud de leyes anómalas, de principios contradictorios, la base que formaba el carácter de la señorita de Nogales no podía ser más falsa, más escurridiza, y por consiguiente más inapta para el análisis, aplicado pasajeramente sobre la superficie de aquella existencia incomprensible. Aquella mujer era la simbólica esfinge de la felicidad humana; misterios y profundidades y sombras, por dentro; luz, alegría, dulzura por fuera. Monstruo con cabeza de ángel y talle de serpiente. Enigmático fantasma, vaporoso y sensible, que á un tiempo mismo huye, al ser abrazado, y deja un puñal en el pecho.

La comida tocaba á su término. El centro de la mesa, que había sido decorado, contra ordinario uso, con un largo jarrón de porcelana azul descolorida, sobre cuyos bordes blancuzcos se asomaba un puñado de flores, vió pasar en torno la precipitada procesión de platos aderezados por doña Rosa. Llegaron los postres, compuestos de frutos secos, de jugosos dulces, y de pastas momificadas. Todos estos productos eran acompañados, á su aparición, de los elogios más pomposos, declamados por la singular anfitrionisa. Era evidente que doña Rosa trataba de engatusar á su huésped, el cual, como un niño, se dejaba acallar por la miel de las golosinas.

Extraña tendencia, funesta inclinación la de ciertos caracteres. Los individuos son como instrumentos de una sola cuerda, de una sola llave, de un solo teclado, donde el punzón que ha de arrancar los sonidos hiere una fibra simpática, cuyo eco responde fielmente á la contextura especial de la caja armoniosa. Podréis hablar al oído de una persona de cosas y de hechos de una importancia capaz de apoderarse de los sentidos; sin embargo, esa persona os oye distraidamente sin prestar atención á vuestro relato; todos los episodios, todos los detalles, todos los matices y tonos que constituyen el núcleo de atractivos, con que revestís vuestra narración, pasan por su oído sin lograr que vibre en el tímpano auscultorio la nota del interés. Así sucede durante largo rato; pero, de pronto, un rayo imprevisto, una palabra inesperada hace estremecer todo el organismo de aquel que nos escucha. Los caracteres se parecen en esto, á los órganos de nuestro cuerpo; la sangre lleva á través de ellos distintas especies de moléculas; pero los órganos sólo se apropian las que les son asimilables, rechazando las que les son refractarias para que las recojan los demás órganos, sus vecinos y compañeros.

Doña Rosa, conocedora profunda del carácter de su compatriota don Isidoro, empezó desde luego tocando en la tecla que había de producirla satisfactorios resultados. Luego que se hubieron levantado los manteles, y que el forastero manifestó su contento dando unas palmaditas en los hombros de doña Rosa, fué conducido aquél al aposento que se le había destinado, el cual, sin duda alguna, era el mejor de la casa. El mueblaje que le adornaba, nuevo en su mayor parte, y en su generalidad elegante y vistoso, contrastaba notablemente con el restante ajuar que ocupaba las otras habitaciones. Un ojo experto ó no cegado por sentimiento alguno de cortesanía y delicadeza, hubiera visto que aquellos adornos y primores habían sido adquiridos exprofeso, con el fin diabólico de deslumbrar la vista del espectador sorprendida, como en una apoteosis teatral. Pero, el andaluz no comprendió nada de esto; y sin aguzar la perspicacia de su ingenio, dejóse seducir agradablemente por los encantos de su nueva vivienda. Las señoras se retiraron á sus habitaciones respectivas después de la instalación oficial, habiéndole dado cordialmente las buenas noches. Cuando se vió solo Isidoro en su cuarto, sintió que se apoderó de él un instinto de curiosidad, al cual cediendo tras algunas

vacilaciones, púsose á registrar todos los objetos y resquicios y escondites que encontró á mano. La mesa del tocador le pareció excelente, la cama soberbia, la sillería magnífica, la cristalería brillante, todo el decorado espléndido y entrecasado con gusto. Iba ya á acostarse, cuando se acordó de que no había observado el aspecto que ofrecería exteriormente la casa. Corrió al balcón, abrió de par en par las puertas, y quedó atónito descubriendo delante el mágico edificio, sueño de sus sueños, augusto templo de la religión de sus ambiciones.

El presunto diputado echóse de bruces sobre la esbelta y afiligranada barandilla de hierro, y en esta actitud permaneció un par de largos cuartos de hora sumido en un mudo y delicioso arrobamiento. La noche era serena; las calles estaban calladas. Esto debió de contribuir sin duda á que aquel padre de la patria, dando expresión sensible á sus hondas cavilaciones exclamara casi á gritos, extendiendo el brazo hacia el monumento de enfrente:

–¡Señor Congreso! Me ha de oir V., ó he de poder poco. Sí, señor mío; nos hemos de ver las caras.

Y diciendo esto, cerró el balcón, que fué durante algunos instantes tribuna callejera, y el bisoño legislador fuése á su lecho á soñar... ¡á soñar! ¿pues, cómo no?... á soñar con sus futuras proposiciones de ley, peticiones de palabra, y *billes* de indemnidad á las Cortes.

III

Decir que durmió doña Rosa sería faltar á los fueros de la verdad de esta historia. Acurrucada castamente en un ancho y solitario lecho de viuda, mezcló en su imaginación con los rezos tristes de sus deudos difuntos los planes más halagüeños de la vida actual y positiva. Los desvelos picantes de amor que perturbaran sus noches, allá en sus mocedades, fueron reemplazados ahora por las ansias no menos tormentosas con que fustiga la ambición el pecho ya encorvado por los años. Rescoldos no apagados del todo bajo la ceniza de las disilusiones, dieron chispas, y la llama del entusiasmo no tardó mucho en aparecer, alegrando con sus inquietos y vivaces reflejos las negras cavidades de aquella alma caduca y medio helada. Los fracasos ocurridos en vida de su marido habíanla enclavado en la inacción y el desaliento, paralizando sus fuerzas nativas, como piedra sumergida en el fango por mano poderosa. Pero, un nuevo impulso, deparado por el azar, venía al fin á conmover la masa solidificada de aquellas facultades inertes, produciendo el deshielo y consiguiente desbordamiento de deseos comprimidos, esperanzas frustradas, proyectos abandonados, ambiciones desechadas como de imposible realización.



UNA HISTORIA INCREIBLE, cuadro de A. Schroeder

El esposo de doña Rosa contribuyó sin duda á fomentar las elevadas fantasías de su furibunda cónyuge con la organización especial que dió á sus manejos en pos de la esquiva fortuna. Era aquel buen señor uno de los muchos gerifaltes con que cuenta la burocracia moderna Dotado indisputablemente de gran capacidad, pero, adaptándose al uso corriente entre la mayoría de funcionarios que tienen por norma la de que el mejor modo de servir al país es cohechar en beneficio propio, dirigió desde luego sus miras de medro hacia el caño de donde chorrearan más pingües utilidades para su persona. Con un ojo puesto en el expediente sujeto á resolución, y otro ojo colocado disimuladamente sobre la mano sobornadora que arrojaba en sus bolsillos cucuruchos de ricas doblillas, el empleado público cumplía su misión, consagrada por el Estado, falseando su objeto, mediante un simple rasgo de su pluma agitada por criminales intereses. Don Zeferino Guadaña (que este era el nombre del marido de doña Rosa) no hizo excepción á esta regla establecida según buenos y sapientísimos estatutos oficinescos. Sin embargo, la mala fama había superado en él á los hechos reales. Perjudicóle grandemente cierto aire de pillo que era como la aureola de su semblante. Un mirar repentino y encubierto, una sonrisa que en sus labios trazaba como un relámpago la siniestra perfidia y sobre todo un especial agachamiento de cabeza, de inclinación de cuello, muy semejante á la actitud de una fiera en acecho, hacíale aparecer como un demonio de perversidad, en cuyo pecho se enroscaban todas cuantas serpientes puede crear la astucia.

En virtud de un arte de suprema estrategia supo el insigne oficinista convertir la carpeta de hule de su bufete en agujereada criba. De cada cernada, muchos granos fructificaban á sus piés produciéndole cosecha abundante de espigas doradas, de flores maravillosas, en cuyos cálices las gotas de rocío se resolvían en diamantes. En efecto Guadaña, á semejanza de todos los que siendo pobres en sus años juveniles tocan tardíamente á las puertas de la fortuna, desde la más vergonzosa miseria saltó al boato más abochornador. No había cuadro, ni joya, ni mueble, ni porcelana, ni sillería, ni objeto que perteneciese á la imperial y soberbia talla del lujo, que él no viese, desease, ponderase, y, mediante una estipulación moderada, dejara de llevar á su domicilio. Estaba todo éste atestado de cosas superfluas, y exhausto en cambio de las necesarias. Lo brillante, lo visible, los arabescos, las filigranas, las cortinas de encaje, las poltronas de damasco, las mesitas de frágil madera recamada de gotas de nácar y estrellas argentinas, tenían allí sino su lugar más propio, el más querido Todas las faltas eran perdonables



EN LA ESTEPA, cuadro de J. Brand



Fig. 1. – Velocipedistas militares franceses (Del natural.)



Fig. 2.—Empleo de los velocipedistas en el ejército inglés

por aquel avaro de momias doradas, menos que se mirase sin consideración á sus juguetes de hombre. Un rasguño sobre el barniz de una superficie de caoba originaba un castigo superior al que produjera un bofetón dado sobre una mejilla humana ¡Ah! doña Rosa conoció muchas veces estas pruebas de cariño conyugal.

Esta heroica matrona, mártir sin fe, repasaba en la memoria, aquella noche, la complicada leyenda de su vida de matrimonio. Reprochábase su imprevisión, su indulgencia, su abandono de autoridad femenina, tan poderosa siempre que sabe imponerse con su dulce influjo. Ya era tarde para hacer desfilar las cuentas del rosario de las circunstancias propicias. Las carteras de billetes de bancos de acciones lucrativas habían desaparecido, convirtiéndose en humo, como si la mano de un niño los hubiera arrojado en la chimenea. No quedaba otro recurso á doña Rosa, que enjugar sus lágrimas, amoldar su semblante á la risa y adoptando todas las formas de la complacencia, servir á su hija de tercera y zurcidora de voluntades.

Así lo hizo, en efecto. El abogado provinciano, en solos dos meses de concomitancia, llegó á caer de patas en las redes que hubo de tenderle aquella astuta cortesana. Con engañifas de supuestas relaciones con poderosos influyentes túvole primero embobado, como á pájaro con cimbel. Pero, luego, ya echó mano á ardides más exquisitos; uno de ellos consistió en lo que dirían las gentes que supieran la vida, bajo un mismo techo, de su hija y un hombre extraño. Este fué poderoso argumento, bala de gran calibre, que produjo brecha en la escrupulosa caballerosidad de don Isidoro. Este dió en reavivar en esta cuestión, á la cual no encontró otra solución que aquella que ofrecía más dificultades. Es decir, su matrimonio con la hija de doña Rosa.

Entretanto, las ambiciones del futuro diputado quedaban sin realización. Los ministros le desatendían; los periodistas le bromeaban; los funcionarios, á los cuales fué recomendado, le desesperaban con promesas, escritas todas sobre arena. Aquella elocuencia que le valió la calificación honorífica de *Pico de oro* se perdía aquí en los gabinetes de los ministerios, sin alcanzar ninguna resonancia fuera. El asendereado orador se daba á todos los diablos, los cuales, según opinion general, maldito si le querían para nada. Atribuía, sin embargo, el candoroso prohombre todos sus fracasos, más que á la insuficiencia de sus propios medios, á la envidia de sus compatriotas de allá, de su tierra natal.

Con todo, el tiempo, que es un gran paleógrafo, y que sabe deletrear y poner en claro todos los enigmas, resolvió, aunque tarde, el problema, donde se había enredado el magín de Isidoro. Es el caso que nuestro héroe, á medida que iba perdiendo puñados de esperanzas en el campo de la política, se empeñaba con más ardor en coger puñados de flores en el opuesto campo del amor. Tanto, tanto se apresuró el desilusionado político á segar placeres privados, que llegó el día en que fué irremediable la toma legal de la finca invadida y cosechada.

Sabina, en realidad, no merecía otro nombre que el de *finca*, de cosa que se vende, que se utiliza por dinero, que se goza en virtud de un contrato. El matrimonio fué, pues, la escritura por la cual Isidoro se unió para siempre con Sabina. Bien pudo el abogado alegar valiosas razones de estado para cubrir lo descabellado de su conducta.—El necesitaba formar la familia que destruyó la muerte,—decía á sus amigos de provincia. Pero, en realidad, su casamiento halagaba otros instintos que los del corazón. No podía Isidoro olvidar su naturaleza, grandemente sensual. Sabina era un buen pedazo de carne; era un plato de manjar delicado, y por lo tanto debía de picar el gusto de Isidoro.

¿Y Elenita? ¿qué hacía aquella mariposa del convento? Revolotear en torno de los altares durante el día, y languidecer en su celda durante las horas del sueño. Desde que supo el matrimonio de su padre, vió para ella cerrada eternamente la casa donde pasó su infancia; es más, comprendió que había quedado completamente huérfana, que el escaso interés que le dispensara el autor de sus días iba á naufragar en el océano de compradas caricias de la nueva mujer. Las bodas paternas llegaron á sus oídos cuando ya estaban consumadas. Habíanse hecho sin su consentimiento.—¿Qué era ella en el mundo?—pensó.—Y esta idea fué clavándose más y más en su cerebro hasta que acabó por atravesarlo. La pobre niña murió loca invocando el nombre de su madre.

Don Isidoro es hoy el hazmerreir de Sabina; esto suele preocuparle algun tanto. Pero, lo que es la muerte de su hija, lo que es eso le tiene sin remordimientos. ¡Como que Dios se la llevó! – según dice él en su estilo de mojigato sibarita.

JOSÉ DE SILES

VELOCIPEDISTAS MILITARES

El arte militar toma actualmente de la ciencia aplicada todos los recursos de que dispone y hasta los progresos de la velocipedia son llamados á subvenir al servicio de las armas. Desde hace algunos años se sirven los alemanes de secciones de velocipedistas militares para el rápido transporte de los pliegos. En la parte de acá de los Vosgos no nos hemos descuidado tampoco en aprovechar las ventajas de un servicio análogo y se han organizado también en nuestro ejército secciones de velocipedistas. El tipo del aparato adoptado es el biciclo, tal como lo representa la figura 1.ª mostrando un velocipedista militar en tiempo de campaña encargado de llevar rápidamente un pliego urgente.

Los ingleses han ido más allá, pues no sólo emplean el velocípedo para el trasporte rápido de los pliegos ó despachos, sino que también lo han ensayado con éxito para transportar municiones. En estos últimos días se hizo en Londres una curiosa prueba de este género con un aparato multiciclo construído por M. Singer.

Esta máquina, verdaderamente curiosa, está representada en nuestra figura 2, cuya composición hemos tomado del *Graphic* de Londres, y consiste en una hilera de velocipedistas hasta el número de doce, que arrastran un carro lleno de municiones: van en una sola fila y no á dos ni á cuatro en fondo, para facilitar el funcionamiento y disminuir la superficie de resistencia al viento reinante.

La rapidez del transporte en un buen camino es considerable, variando entre 16 y 25 kilómetros por hora. Una fabricación particular de guttapercha evita que se deterioren estos aparatos aun en caminos algo pedregosos. El movimiento es mandado por un solo hombre que marcha á vanguardia.

El mes pasado pudo circular la máquina por las calles más frecuentadas de Londres, y se vió girar fácilmente en un espacio menos considerable que el que hubiera necesitado un carruaje ordinario y marchar con gran rapidez, en medio del movimiento de las calles, sin que ocurriera ningún accidente.

La gente encargada de conducir este multiciclo está compuesta de voluntarios ejercitados y expertos, capaces de hacer además todos los ejercicios y maniobras militares.

El multiciclo militar de que hoy hablamos está sometido actualmente á un examen especial en el ministerio de la guerra inglés, y los ensayos se hacen en Aldershot.

FÍSICA SIN APARATOS

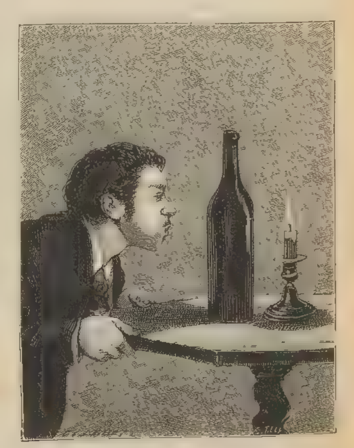
Póngase una botella común á algunos centímetros de una bujía encendida.

Sóplese en la botella de manera que la boca esté á unos 20 ó 30 centímetros de la botella y enfrente de la llama de la bujía, en un mismo plano horizontal.

Y, cosa singular, á pesar de la presencia de la botella que intercepta el soplo, se apaga la luz inmediatamente, como si no existiera ningún obstáculo en la dirección del soplo.

Este fenómeno se explica considerando que la botella recibe en su lisa superficie el soplo producido, que al dar en la superficie, se divide en dos corrientes, una que toma la dirección de la derecha, y otra la dirección de la izquierda; corrientes que vienen á encontrarse en el mismo punto en que se halla la llama de la bujía, y la apagan por consiguiente. Esto, después de haber apartado el aire ambiente que se desaloja para dar paso á las dos corrientes, que tienen para guiarse en sus opuestas direcciones precisamente la lustrosa superficie de la botella.

Es evidente que se puede reproducir el experimento poniendo la bujía detrás de un tubo de estufa, de un cilindro de vidrio ó de metal, de una caja cilíndrica de hojalata etc. ó de otro cualquier objeto de la misma forma, de un diámetro mayor que una botella, pero no de superficie áspera ó angulosa, porque las asperezas y los ángulos serían causa de la deperdición del soplo en el aire ambiente.



Procedimiento para apagar de un soplo una luz habiendo interpuesta una botella.

BARCELONA.—IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI —— BARCELONA 1 DE AGOSTO DE 1887 —— NUM. 292

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1887



FIGURAS DE ESTUDIO PARA EL CUADRO LA NAUMAQUIA ROMANA, de R. de Villodas

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

LA NAUMAQUIA, cuadro de Villodas

(Estudios para esta obra)

El simple curioso que visita una Exposición ó un Museo sin más objeto que dejarse impresionar por las obras de arte, cree buenamente que los cuadros salen de la paleta del pintor como Venus de la espuma del mar ó Minerva de la frente de Júpiter. Error, craso error, que impide avalorar debidamente la suma de trabajo, (aparte aun la mayor suma de talento, que supone una verdadera obra de arte.—¡Cuántos son,—nos decía ha poco nuestro director artístico,—los que se figuran que un buen dibujante y buen colorista produce los cuadros como la tierra produce los hongos...!

Nada de esto sucede, profano lector; antes bien suponiendo el artista más privilegiado, es indecible la suma de estudios preliminares que supone un cuadro, y sobre todo un cuadro de historia, por muy dúctil que sea la conciencia de su autor. Figurémonos, pues nuestra buena suerte nos lo depara, la *Naumaquia* de Villodas, primer premio de la última Exposición madrileña, cuyo juicio pueden repasar nuestros favorecedores en el número 285 de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Se trata de un gran lienzo representando el primer combate naval figurado en el Campo Marcio de Roma, gracias á la política espléndida del emperador Augusto, el maquiavélico césar del *panem et circenses*. El autor, después que *ha visto* en su imaginación la traza general del cuadro, ha tenido que estudiar del natural el lugar de la escena y en seguida copiar, mejor dicho, inventar su reconstrucción y distribución, no arbitrariamente, sino de tal suerte que los anticuarios y arqueólogos hayan de convenir en que si la cosa no fué así, pudo muy bien serlo.

Superado este trabajo y teniendo en cuenta que se trata de un combate naval, ha de haber hecho el artista un estudio concienzudo de las naves de la época, de su aparejo, de su armamento, de sus tripulaciones, de sus maniobras, de su manera de batallar; cosas todas que un pintor serio no puede fiar al capricho y de las cuales se entera únicamente á fuerza de investigaciones y de ímprobos estudios. Seguidamente ha de formarse idea en los restos del pasado, de los tipos, los trajes, los adornos, las costumbres del gran número de personajes que piensa introducir en el cuadro, distribuyéndolos según la etiqueta de aquellos tiempos, mucho menos democráticos que los nuestros en el ramo de espectáculos públicos.

Una vez dominadas estas dificultades, hay que *componer*, porque no basta, en una obra de arte, que esta represente algo; es necesario que domine en ella un pensamiento, es indispensable que diga algo al sentimiento, es de rigor que sus personajes expresen algo, y aun varios algos, sopena de incurrir en una monotonía anti-estética. En la famosa *Cena* de Leonardo de Vinci todo se reduce á trece figuras sentadas á una mesa; pero como cada una de esas figuras expresa fielmente una cosa distinta aunque inmediatamente relacionada con la situación, de aquí el asombro que la obra causa á expertos y á legos. Cuando el artista ha *ideado* la composición de su cuadro, el cuadro existe en su mente; pero de la mente ha de pasar á la realidad, al lienzo: falta lo que al profano le habrá parecido el todo de la cosa, falta su ejecución.

Y aquí entra de lleno el artista, porque aquí entran las mayores dificultades á vencer. Los grupos, los simples personajes de un cuadro no son hijos del azar, y por muy maestro que el artista sea en dibujo, la verdadera naturalidad únicamente sale del natural. De aquí una serie de estudios parciales y otra serie de dificultades para llevarlos á cabo. A cualquier imbécil se le figura que para estas cosas, un modelo ó un maniquí sacan del compromiso al artista menos aventajado... ¡Otro nuevo error!... El modelo no pasa de ser la primera materia en semejante caso; el barro del cual obtiene el escultor la primera forma de su concepción. Pero ¿cómo se obtiene esa forma de la materia dúctil? A fuerza de talento y á fuerza de trabajo. Así el pintor ha de escoger y preparar el modelo de suerte que corresponda á su deseo, y en esta disposición traza su estudio y prepara, uno á uno, los elementos que, reunidos, darán por resultado la acción y la vida de un cuadro. Pero estos esbozos parciales han de combinarse y completarse sucesivamente sobre un mismo lienzo y formar el todo de un pensamiento adoptado de antemano. Es necesario, por lo tanto, que exista entre ellos la debida relación, que no desentonen unos de otros, que en lugar de ser partes de un todo, no resulten fragmentos discordantes de un *pandemonium*, pegados caprichosamente á una tela de mayor ó menor superficie, y negándose éstos á aquéllos, como si fueran hijos de diversos tiempos y de diversos pueblos, reunidos por casualidad y por distintas causas en una misma cita. Unicamente cuando esto se ha conseguido, puede jactarse el artista de haber reunido los elementos necesarios para pintar un cuadro.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA que admira á los profesores y quisiera transmitir su entusiasmo á los más profanos; al publicar el laureado cuadro del insigne Villodas, se ha proporcionado una copia de diversos estudios preliminares ejecutados felizmente por el autor. Ellos corroboran la justicia de nuestros asertos y son, digámoslo así, las primicias de esa obra de arte con que se ha enriquecido últimamente la pintura española.



Figuras de estudio para el cuadro *La Naumaquia romana*, de R. de Villodas

BUEN BOTÍN, dibujo por K. Schultheiss

La caza tiene cierta analogía con la guerra: esto lo sostienen varios continuadores de Nemrod, algún tanto degenerados, á pesar de todo. Por nuestra parte, comprendemos que exista cierta paridad entre el cazador de leones, por ejemplo, y el cazador de hombres. Pero ¿qué analogía puede existir entre el vencedor de pueblos que defienden bizarramente su independencia y el vencedor de tímidas gacelas y asustadizos conejos?...

El autor del dibujo que publicamos ha encontrado, sin embargo, el punto de contacto entre ambos ejercicios. Ese punto es el botín. Los cazadores de nuestro cuadro no han perdido el tiempo. Bien sean siervos del castillo, como lo indica su traje; bien cazadores furtivos, como lo puede dar á entender el sigilo con que conducen su presa; ello es que dos venados representan un día bien aprovechado.

No es de extrañar, por lo tanto, el empeño con que tratan de poner su botín á salvo de otros cazadores de gangas; lo cual da lugar á una serie de esfuerzos que el artista ha interpretado con verdad; como feliz ha estado en el lugar de la escena, triste, agreste, el más á propósito para hacernos sentir uno de esos comunes episodios de la dura vida feudal.

LA CALLE DE GRACIAMAT EN BARCELONA, dibujo por J. L. Pellicer

Nunca le es más grato á un buen hijo el retrato de su madre como cuando ésta se halla próxima á sucumbir bajo el peso de sus años. Pellicer que quiere mucho á su madre patria, ha querido hacer el *retrato* de una calle condenada á desaparecer por sentencia de la higiene y de la vistosidad. No hay que hacer constar cuán parecido y á conciencia está ejecutado este trabajo: para ello es muy bastante saber á quién es debido. Respecto al pensamiento, no hemos de decir hasta qué punto merece nuestro elogio, cuando nos hemos congratulado de que se realice aun en países extranjeros.

Las ciudades viejas se van, y la generación que las derriba pecaría de ingratitud si relegara perpetuamente al olvido esas calles, que podrán ser oscuras y estrechas y malsanas; pero que habitaron nuestros antepasados, aquellos hombres que arrojaron generosamente las semillas de sus virtudes para que nosotros y nuestros hijos cosecháramos el fruto.

EL GENERAL M. TAJES

(Presidente de la república oriental del Uruguay)

Con verdadero placer publicamos el retrato de este ilustre personaje, á quien «el más fecundo y popular de los escritores americanos,» como ha llamado Castelar al Sr. Héctor Florencio Varela, ha calificado de *Regenerador de la patria oriental.*

Y, nada más justo que este bautismo glorioso, al tener en cuenta y juzgar la marcha política del general Tajes desde que, los acontecimientos y la voluntad de sus compatriotas, lo elevaron, entre aplausos y esperanzas, á la primera magistratura de la República.

La índole de nuestro periódico no nos permite entrar en la apreciación detallada de todo cuanto ha hecho y realizado el vencedor del *Quebracho* en el poco tiempo que cuenta su Presidencia; pero, para comprender la magnitud de su obra patriótica, bástenos decir que, en un país, víctima durante muchos años de los caprichos de gobiernos personales que pisoteaban y escarnecían la ley, y hacían de las rentas de la nación la fuente de sus expoliaciones, acaba de fundar un gobierno de orden, de moralidad, de principios y *de verdadera constitución*, bajo los auspicios generosos de una política de amplia fraternidad, que apagando odios y rencores entre los combatientes de largos años, les acuerda á todos *indistintamente* las mismas garantías y derechos.

De aquí el prestigio que hoy tiene su autoridad; las simpatías que por doquier le rodean, el crédito de la administración que preside, el aumento fabuloso que han tomado los valores nacionales, el desarrollo de las operaciones comerciales, el establecimiento de nuevos bancos con grandes capitales extranjeros, y el apoyo potente que la opinión y el país prestan al general Tajes.

Es, pues, una regeneración completa y feliz la que se ha realizado en la fértil y rica República del Uruguay; regeneración de la que por tantos motivos tiene que regocijarse España, ligada hoy á la patria de los *Treinta y tres*, no sólo por los vínculos de la sangre y del idioma, sino por relaciones comerciales [de la mayor importancia.

¡Y que Dios siga inspirando al general Tajes como hasta aquí!

EL ÁNGEL DE CARACAS

ANÉCDOTA

I

En un delicioso valle, cubierto de flores y engalanado por bellísimas quintas y ricas haciendas, y recostada en las faldas del Avila, risueña como mañana de abril, se extiende la ciudad de Caracas.

El clima sin rival, suave y templado, la eterna primavera que viste sus árboles de frutos y de hojas, y las elevadas palmas reales que en ambas orillas del Guaire crecen y levantan sus altivas copas hasta el cielo, hacen de la capital de Venezuela, un recinto encantador.

La población es alegre, bonita y galana: sus casas frescas y con jardines: sus paseos pintorescos y animados.

El elevado cerro del Calvario, convertido en deleitoso parque, por el buen gusto del general Guzmán Blanco, es hoy el punto de reunión de la sociedad caraqueña, de esa sociedad, tan culta como hospitalaria.

Los costados del cerro están convertidos en verjeles de fácil subida para los carruajes, y la plataforma, en el centro de la cual se levanta la estatua del prócer caraqueño (1), es un delicioso conjunto de jardines, y grupos de flores y de follaje.

El paisaje no tiene rival, pues la vista se deleita en girar por el hermoso valle, se eleva á las altas crestas de la Silla y del Avila, ó se recrea en la vista general de la ciudad.

Era una tarde de general alegría: el pueblo celebraba la fiesta de la patria, y músicas y bullicioso tropel de gente llenaban las calles y paseos.

Graciosas mujeres poblaban el cerro del Calvario y lujosos carruajes subían y bajaban sin cesar.

Cerca de uno de los cuadros de flores y al pie de la verja de la estatua, estaban sentadas dos elegantes señoras; una hermosa, á pesar de haber pasado la primera juventud, y otra, casi una niña, pálida y endeble y en cuya graciosa fisonomía se veían las huellas de reciente enfermedad.

—Dentro de un instante nos iremos, Laura; estás cansada y convaleciente.

—Aun es muy temprano, mamá.

—Ya sabes lo dicho por el médico, una recaída sería la muerte: ni aun quisiera pronunciar esa palabra y me estremezco cuando pienso en el peligro del cual felizmente has salido.

—Tienes razón: he hecho sufrir tanto á los que me aman, que deseo evitarles nuevos pesares.

Ambas se levantaron dirigiéndose hacia un *Clarens*, cuyos hermosos caballos piafaban de impaciencia: subieron y el lacayo, cerrando la portezuela, trasmitió la orden:

—A casa.

Y el coche bajó rápidamente, pero al llegar á la entrada de la ciudad se vió detenido por un grupo de gente.

—¿Qué es eso?—preguntó Laura á la persona que vió más cercana.

—Nada, señorita: un hombre que está tendido: sin duda quiso festejar demasiado á la patria y se ha emborrachado.

—No, no, Casilda,—dijo una mujer del pueblo:—si está muy pálido, parece un muerto.

—A ver si puede V. hacer pasar el coche, Ramón,—dijo la madre de Laura. Pero la joven, abriendo la portezuela, saltó al suelo, diciendo:

—Vamos á ver, mamá: pobre hombre!—añadió acercándose al que era objeto de la atención general y fijándose en que era anciano y que en su semblante se reflejaba la miseria.

—¿Estará muerto?—exclamó.

—No, señora,—contestó un joven que pulsaba al caído:—la debilidad causa este síncope: hará muchas horas que no ha probado alimento.

—¿Es V. médico?

(1) El general Guzmán Blanco.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BELLAS ARTES DE 1887



LA NAUMAQUIA ROMANA, cuadro de R. de Villodas (medalla de primera clase)

—Sí señora, felizmente... me parece que se debe enviar este hombre al hospital.

Laura dirigió una mirada suplicante á su mamá y la dijo:

—Que lo pongan en el coche y en casa podrá tomar algo, ¿quieres, mamá?

—Pero... Eres demasiado sensible, Laura, y vas á pasar muy mal rato.

—Nada temas; ya verás como soy fuerte.

—Cerca de aquí hay coches de alquiler, -observó el médico:—si gustan, yo lo conduciré á casa de ustedes.

—¡Oh! gracias,—exclamó Laura, radiante de alegría.

—¡Parece el ángel de la caridad!—murmuró el médico.

II

Al día siguiente, el anciano, al recobrar completa razón, se encontró hospedado en la cómoda casa de Laura, situada enfrente de la iglesia de Altagracia.

La joven había celebrado las fiestas de la patria con un acto digno del corazón de la mujer.

—Puede levantarse,—respondió el doctor á la interrogación que le hizo Laura,—pero está muy débil.

El anciano se incorporó fijando sus ojos en las tres personas primero y en la estancia después.

—No me acuerdo de nada: creí morir y caí: ¿en dónde estoy?

Laura se sonrió y dijo:

—En una casa que no abandonará V., mientras no esté completamente bien.

—¿Tiene V. familia? ¿quiere V. que se avise para que venga?—preguntó la madre de la caritativa niña.

—¡Ay, señora! soy solo en el mundo y hace más de tres meses que me falta el trabajo, porque estoy enfermo: Dios es justo: el que no siembra no recoge.

—¿Por qué dice V. eso? ¿desconfía de esa providencia que ayer lo socorrió y lo amparó?—observó severamente el médico.

—No, señor, y si las señoras y V. lo permiten, contaré mi historia.

—Desde luego; escuchamos.

—Hace veinte años que era joven y fuerte: trabajaba como ebanista y amaba y era amado: tenía esposa y un hijo de cuatro años.

Contento con mi suerte disfrutaba de los goces de la vida de familia y mi santa mujer bendecía á cada instante la hora en que se casó conmigo, y, al abrazar á nuestro hijo, se consideraba la más dichosa de las criaturas.

Pero la suerte se cansó de ser pródiga con nosotros.

Caí gravemente enfermo y en corto tiempo se agotó el producto de nuestras economías, que á costa de privaciones habíamos reunido.

Mi infeliz esposa era un ángel de consuelo; una de esas mujeres buenas y resignadas y con su trabajo sostenía al enfermo y al niño.

Cuando me levanté estaba tan débil, que durante un mes nada pude hacer, y cuando empecé á salir, triste y abatido, me faltó el valor para luchar con la adversidad.

El anciano lanzó un suspiro y continuó:

—Las malas compañías me pervirtieron: falsos amigos me llevaron á sitios en donde embriagándome olvidaba.

¡Oh! la embriaguez fué la causa del infortunio que hoy me agobia.

—Pobre hombre,—exclamó Laura,—se conoce que ha sufrido y sufre mucho.

—Mi mujer,—añadió el ebanista—se lamentaba y reprendiéndome quería apartarme del abismo, pero yo, ciego y desatentado, corría hacia él.

Poco á poco se vendieron los muebles, y la miseria y la tristeza se posesionaron de mi casa antes tan alegre y feliz.

Recobré las fuerzas, pero ¡ay! había perdido el hábito del trabajo y todo el día lo pasaba ó lejos de mi familia, ó viendo trabajar á Marta, sin descanso, para atender á nuestras necesidades.

La embriaguez me había embrutecido, haciéndome perder hasta el amor á mi mujer y á mi hijo.

Cuando volvía á casa, era feroz, brutal y casi siempre estaba ebrio.

Una noche era más tarde que de costumbre: tal día de las fiestas patrias, como ayer.

Marta me esperaba llorando y exasperado la dí un golpe en el pecho, y medio loco, por la borrachera, agarré al niño que lloraba al lado de su madre y lo arrojé brutalmente sobre la cama; pero resbaló y cayó lanzando un grito al que respondió otro de desesperación, de terror; poderoso, terrible, como el de la leona á quien roban sus cachorros.

III

Laura se había puesto de pie y gruesas lágrimas corrían por sus mejillas: aquella narración la conmovía demasiado.

—Vale más que te retires á tu cuarto, hija mía: tu salud es delicada y tal vez pueda causarte daño esa emoción.

—No, madre mía: deseo escuchar el final de esa inmensa desventura: continúe V., desgraciado; ¡cuánto debe sufrir con esos recuerdos!

—Mucho, señora, me matan... Mi cabeza se despejó como por encanto,—añadió,—al escuchar el doble grito y mi corazón latió con violencia; ¿habré asesinado á mi hijo? pensé horrorizado. Lo adoraba, señora, lo adoraba y temblando me acerqué á Marta: por primera vez me rechazó y pasamos la noche ella con su hijo en los brazos y yo desesperado.

El golpe ó el susto causaron al niño terribles convulsiones y ocho días después voló al cielo, llevándose mi esperanza y mi alegría.

Los pesares y el trabajo habían quebrantado la salud de Marta y la muerte de su hijo trastornó su razón.

Fué necesario conducirla á la casa de locos y allí pasó ocho años cantando siempre como si estuviera meciendo á su hijo.

¡Pobre Marta! hace un año que murió y al morir recobró la razón y me llamó para perdonarme.

Después caí enfermo: estuve en el hospital cinco meses, y ayer, agobiado por mis recuerdos, que ese día renovaba aún más, sin haber probado alimento en veinticuatro horas, caí sin sentido y hubiera muerto tal vez, sin el auxilio de ustedes.

—Doctor, ¡qué terribles consecuencias tiene la embriaguez!—dijo la madre de Laura.

—Continuamente veo tristísimos ejemplos, pues por mi profesión, todas las miserias humanas, pasan ante mis ojos creo que en los siglos anteriores al XVIII no se conocía aún sino el vino y la cerveza: han tenido después otros auxiliares y cada día es mayor el número de sus adeptos y de sus víctimas: este hombre no podrá ya dedicarse á trabajar: su naturaleza está acabada y su vida no será larga: el alcohol abrasa y arruina para siempre.

—¿Cómo se llama V.?—preguntó Laura acercándose al anciano.

—Guillermo Suárez, señorita.

—Pues bien: desde hoy no necesita V. trabajar ni mendigar.

—¿Qué dice usted?

—Aquí tiene V. casa: aquí recobrará V. la salud y las fuerzas y entonces veremos qué ocupación puede usted desempeñar.

—¡Oh! ¿es posible que un ángel del cielo se interese por este desventurado?

—Laura,—exclamó el médico,—tiene V. un corazón noble y generoso; un alma sublime y celestial.

Guillermo desde ese día vivió en la casa y la madre de Laura apoyó á su hija para favorecer al infeliz.

Cuando Guillermo recobró un poco de vigor, tomó á su cargo repartir los socorros que con mano pródiga derramaba su joven protectora, y era él quien recibía las bendiciones de los desgraciados.

El nombre de Laura era venerado como el de una santa y su fortuna, manejada hábilmente por su madre, fué un manantial de salud y prosperidad para millares de desheredados.

Una mañana no acudió Guillermo, á la hora de costumbre, para recibir las órdenes de su protectora.

El criado que envió Laura para buscar á Guillermo lo encontró muerto.

Era el día de las fiestas de la patria, fatal aniversario para el infeliz.

Laura continuó siendo la providencia de los menesterosos: jamás quiso contraer matrimonio, y á la muerte de su madre se consagró por completo á su caritativa misión.

El Angel de Caracas vistió el hábito de hermana de la caridad.

LA BARONESA DE WILSON

LOS INVISIBLES

arreglo de Hoffmann

POR DON CECILIO NAVARRO

(Continuación)

Pequeño de estatura, ancho de hombros, de estructura fuerte y muscular, Cardillac había conservado á los cincuenta años todo el vigor y vivacidad de su juventud.



BUEN BOTÍN, dibujo de K. Schultheiss



LA CALLE DE GRACIAMAT EN BARCELONA, dibujo de J. L. Pellicer

Cabellos rojos y rizados, rostro encendido y expresivo, atestiguaban este vigor poco comun. Si Cardillac no hubiera sido conocido en todo París como un hombre de honor, franco, desinteresado, dispuesto siempre á servir á quien solicitaba su favor, la extraña mirada que se escapaba de sus ojillos grises, chispeantes y hundidos habría bastado para hacerlo sospechoso de astucia y aun de maldad. Pero ¿quién se hubiera atrevido á sospechar del hombre más honrado y bondadoso del mundo?

Cardillac, como hemos dicho, era uno de los artistas más hábiles de su profesión, no ya sólo en París, sino acaso en toda Europa. Conociendo perfectamente la naturaleza de las piedras preciosas, sabía disponerlas y engarzarlas de tal modo que las joyas que á primera vista parecían de escaso valor, tomaban al salir de sus manos un esplendor extraordinario. Aceptaba de buen grado toda demanda y ponía á sus joyas un precio tan módico, relativamente al primor de su trabajo, que todos los compradores le quedaban agradecidos.

Entonces su obra no le dejaba ya punto de reposo, viéndosele trabajar en su taller así de día como de noche; y á menudo, cuando acabada la obra, no quedaba completamente satisfecho de su trabajo, la volvía al crisol y comenzaba de nuevo la costosa operación. De este modo, no salían de sus manos sino obras maestras inimitables que causaban la admiración de todos los inteligentes.

Pero era casi imposible obtener del entusiasta artista la obra que había acabado. Con mil pretextos aplazaba su entrega de semana en semana, de mes en mes. En vano se le ofrecía el doble del precio convenido; ni un luis de oro hubiera él aceptado sobre lo que había pedido al ajustar su obra. Cuando, al fin, se veía obligado á entregarla, apenas podía disimular su despecho y á veces su cólera.

—Ved, maestro Cardillac, que mañana es el día de mi boda y...

—¿Y qué tengo yo que ver con vuestra boda? Volved por ella dentro de quince días.

—Pero la obra está hecha; entregádmela pues; aquí está su precio.

—¡Oh! tenéis mucha prisa y yo no tengo ninguna, porque la obra necesita aún muchos toques y retoques.

—Si no me la entregáis ahora mismo, no extrañéis que vuelva por ella con los arqueros de la policía.

—Cargue el diablo con la joya, con vos y con vuestra novia.

Y Cardillac colgaba la joya en el jubón del novio y lo despedía groseramente.

Había también en la conducta del maestro otras extravagancias que no se comprendían mejor. Con frecuencia, después de haber aceptado hasta con entusiasmo una demanda, volvía con el más profundo pesar á suplicar á la persona que se la había hecho, que tuviera la bondad de dispensarlo de aquel compromiso, invocando á la Virgen y á todos los santos con lágrimas y sollozos. Muchas personas de la más alta distinción le habían ofrecido en vano sumas considerables por obtener de él una joya. Hubo de arrojarse á los pies del rey implorando como una gracia la seguridad de quedar exento de trabajar para él. Igualmente se resistió á servir á Mad. de Maintenón.



Figuras de estudio para el cuadro *La Naumaquia romana*, de R. de Villodas

—Apuesto,—dijo la marquesa á su amiga,—que si mando llamar á Cardillac para saber el nombre de la persona que le encargara estas joyas, se negará á venir con cualquier pretexto, temiendo que le encargue alguna obra, pues no quiere absolutamente trabajar para mí. Sin embargo, parece que no es ya tan tenaz como antes; y aun se dice que es más activo que nunca y que entrega sin tantas dificultades su trabajo, aunque siempre con el profundo pesar del maestro enamorado de sus obras.

La Scuderi, cuyo ardiente deseo era entregar cuanto antes la cajita de las joyas á su legítimo dueño, pensó que podía decirse al joyero que no se trataba de encargarle ningún trabajo, sino obtener su parecer sobre el valor de unas joyas.

Aceptada la idea por la marquesa, se envió á llamar á Cardillac, y como si el joyero hubiera estado ya en marcha hacia el palacio, entró algunos momentos después.

A vista de la Scuderi, hubo de sorprenderse el joyero, como un hombre á quien ocurre un incidente inesperado; y olvidando en su emoción las conveniencias, se inclinó primero respetuosamente ante ella, y después saludó á la marquesa, la cual indicándole las joyas, puestas sobre una mesa, le preguntó si eran obra suya.

Apenas les echó el maestro una mirada, cuando encerrándolas precipitadamente en la caja, las rechazó violentamente lejos de sí.

—En verdad, señora marquesa,—dijo sonriendo horriblemente,—menester es conocer muy poco el arte de Renato Cardillac para creer un solo instante que hay en el mundo otro joyero capaz de hacer semejante obra. Ese trabajo es mío.

—Decidnos pues, —preguntó la marquesa,— ¿para quién lo hicisteis?

—¿Para quién? Para mí solo,—contestó Cardillac.

La Maintenón y la Scuderi se miraron sorprendidas, una con desconfianza, otra con ansiedad.

—Sí,—repuso el joyero notando esta impresión;— acaso encontréis extraño el hecho, pero así es la verdad. Sólo por el gusto de hacer una obra acabada, escogí mi más bella y preciosa pedrería y trabajé con más ardor y esmero que nunca. Pero hace algún tiempo que estas joyas desaparecieron de mis armarios de una manera misteriosa.

—¡Loado sea Dios!—exclamó la Scuderi con verdadero júbilo.

Y levantándose con la vivacidad de una joven se acercó al maestro Cardillac

—Maestro Renato,—le dijo poniéndole las manos en los hombros,—recibid pues el tesoro que hombres malvados os arrebataron.

Entonces contó punto por punto cómo había llegado á sus manos la dichosa caja.

Cardillac escuchaba en silencio y con la vista baja y de vez en cuando dejaba escapar una exclamación ininteligible; ya juntaba las manos por detrás, ya se frotaba ligeramente las mejillas ó la barba.

Cuando la Scuderi hubo terminado su narración, parecía que Cardillac sostenía una lucha interior, conflicto de ideas á que buscara una resolución. Frotóse la frente, suspiró, se pasó la mano por los ojos como para detener una lágrima próxima á caer, hasta que tomando la caja que le presentaba la Scuderi, se arrodilló á sus pies y le dijo:

—A vos, noble y digna señora, á vos ha reservado la suerte estos diamantes. Ahora recuerdo que cuando los engarzaba sólo pensaba en vos. Sí, para vos los he trabajado. No os desdeñéis de aceptar y lucir este aderezo, el mejor que ha salido de mis manos.

—¡Cómo!—contestó la vieja escritora con amable sonrisa,—¿en eso pensáis, maestro Renato? ¿Conviene á mi edad adornarme con tan brillante pedrería? ¿Y qué razón tenéis para hacerme tan rico presente?

Cardillac, que se había ya levantado, continuó ofreciendo las joyas á la Scuderi y le dijo echándole una mirada fiera:

—Tomad, señora, este aderezo; aceptadle en testimonio del profundo respeto que he tenido siempre á vuestras virtudes y talentos, y también como una prenda de los íntimos pensamientos que quisiera expresaros.

La Scuderi vacilaba aún. Pero la Maintenón tomó la caja de manos del joyero y dijo á su amiga:

—No rehuséis el presente que el gran artista os ofrece voluntariamente y que otras personas no podrían obtener á ningún precio.

Cardillac hizo todavía mil extremos para obligarla á aceptar. Y luego que lo consiguió, se despidió torpemente, tropezando y aun derribando al paso algunos muebles.

—Me espanta ese hombre,—exclamó la Scuderi ya á solas con su amiga.

—Es que está enamorado y...

—¡Qué horror!

—Pero es generoso con su amada.

—¡Oh! nunca me serviré de esas joyas.

—¿Y por qué razón?

—Porque han estado ya en poder de los Invisibles y tienen á mi vista como reflejos de sangre.

—Vanas aprensiones.

—Luego me inquieta un mal presentimiento: paréceme que hay en todo esto un espantoso misterio.

—No me queráis asustar á mí también.

—¡Oh! no las usaré jamás; antes las arrojaría al río.

III

Algunos meses después se aglomeraba numerosa multitud en la calle de San Nicasio delante de la casa de Cardillac, amenazando con espantosa gritería echar la puerta abajo.

Los arqueros de la policía á duras penas podían tener á raya al populacho. En medio de aquella agitación tumultuosa se oían furiosas voces que decían:

—¡Descuartizadlo! ¡Arrastradlo! ¡Echadlo al río! ¡Que no quede memoria del infame asesino!

Desgrais, teniente de policía, avanzó con numerosa cohorte y consiguió abrirse paso por entre la apiñada multitud.

La puerta se abrió luego.

Un hombre cargado de cadenas salió de la casa, en medio de las imprecaciones é injurias del pueblo.

Al mismo tiempo se arrojaba desesperada á los pies de Desgrais una joven medio vestida con el pelo suelto y hermosa en su dolor como una Virgen de las Angustias.

La joven abrazaba las rodillas de Desgrais, exclamando con voz desgarradora:

—¡Es inocente! ¡Es inocente!

En vano Desgrais y los suyos se esforzaban en levantarla para alejarla del tumulto. Un hombre rudo y vigoroso la agarró al fin, y vacilando él mismo en su propio esfuerzo la dejó rodar por la escalera de piedra.

La pobre joven cayó en el fondo y quedó allí sin movimiento ni voz.

La vieja escritora Scuderi, que acertó á pasar por la calle en su carruaje y fué detenida por el mismo tumulto no lejos de la casa del joyero, pudo presenciar esta triste escena.

—¡Por Dios!—exclamó,—¿qué pasa aquí?

Y sin poder contenerse echó pie á tierra.

Hendiendo la multitud que se apartaba respetuosamente á su paso, pudo acercarse á Desgrais, que la conocía muy bien, y le hizo la misma pregunta:

—¿Qué pasa aquí, amigo mío?

—Un crimen espantoso,—contestó Desgrais.—Esta mañana ha aparecido asesinado de una puñalada el célebre artista, el honrado y buen cristiano Renato Cardillac.

—¡Jesús!

—Ya veis, señora.

—¡Qué horror! ¿Y esa joven?

—Es Madelón, la hija de Cardillac.

—¡Pobre niña!

—No la compadezcáis tan pronto, señora: la pobre niña es la querida y sin duda cómplice del asesino de su padre.

—Me volvéis loca. ¿Es posible?

—La joven llora y gime jurando y perjurando que su amante es inocente. En todo caso, sabe muy bien lo que ha pasado, y para que ilustre la conciencia de los jueces, voy á llevarla presa también.

Madelón volvía ya en su acuerdo, pero incapaz de pronunciar una palabra ni de hacer un movimiento, esperaba en vano auxilio extraño.

Profundamente conmovida la buena vieja Scuderi contemplando con lágrimas en los ojos un semblante tan angelical, miró con repulsión al severo Desgrais que la suponía capaz de crimen tan horrendo.

De repente se oye un sordo murmullo procedente de la casa.

Era que sacaban el cadáver de Cardillac.

—¡Infame asesino!—decía el populacho.—¡Haber asesinado al más hábil artista de París! ¡Y al hombre más honrado del mundo!

La Scuderi tomó una resolución instantánea.

—Desgrais,— dijo solemnemente, — tomo bajo mi protección á esta joven y me la llevo á mi casa.

—Señora, el tribunal...

—Yo respondo al tribunal y al rey de la inocencia de esta joven.

—En hora buena, señora. Así lo diré y el tribunal resolverá.

Las piadosas mujeres que allí había tomaron en brazos á la desfallecida joven y la llevaron al carruaje de la digna dama que había arrancado una víctima inocente al tribunal de sangre.

La Scuderi partió luego con su protegida entre los aplausos y bendiciones del pueblo.

Luego que la joven recobró sus fuerzas con la asistencia del médico y la solicitud de su piadosa protectora, le refirió lo que había pasado con todos sus detalles. A eso de media noche hubo de despertarse sobresaltada por los golpes que daban á la puerta de su aposento y por la voz de su novio Oliverio Brusón, que le rogaba se levantara y acudiera á asistir á su padre que estaba ya en la agonía. Al oir tan triste nueva saltó de la cama, se vistió á la ligera y abrió la puerta de su cuarto, viendo á Oliverio pálido y desencajado con una luz en la mano. —Sígueme, -- le dijo. Y ella lo siguió al taller donde yacía su padre con los ojos fijos y en las convulsiones de la muerte. Al verlo ensangrentado, le preguntó por su asesino; pero el padre sin poder ya contestar á esta pregunta, tomó las manos de los dos amantes, arrodillados ante él, las unió estrechamente, y dando un prolongado gemido expiró. Los dos amantes lo lloraron amargamente, acompañados á intervalos por los vecinos de la casa, y así continuaron hasta la triste escena de la prisión.

Madelón añadió á esto la pintura más conmovedora de la virtud y fidelidad de Oliverio, ponderando el respeto y cariño que tenía á su padre, como si fuera el suyo propio, así como la estimación con que lo distinguía éste, que lo había aceptado por yerno, porque su habilidad de artista corría parejas con sus sentimientos de hombre honrado.

Con esto ponía á Dios por testigo de la inocencia de su amante y rogó en son de plegaria á su piadosa protectora que interpusiera su gran valimiento en la corte para salvarle la vida.

La vieja Scuderi, conmovida, le ofreció hacer cuanto pudiera para lograr tan piadoso objeto, si la gracia era compatible con la justicia.

Después de haber adquirido informes extraños y desinteresados para formar juicio más exacto del carácter moral de Oliverio, y antes de invocar la clemencia del rey, parecióle prudente á la buena señora dirigirse primero al presidente La Reynie y llamar su atención sobre todas las circunstancias favorables al presunto reo, despertando así, si era posible, en el ánimo del presidente una convicción benévola que pudiera comunicarse á los jueces.

La Reynie recibió á la noble anciana con todos los miramientos debidos á una dama que merecía todo el favor del rey. Escuchó tranquilamente todo lo que le contó sobre las relaciones de Oliverio con su maestro, sobre su buen carácter y sobre el crimen que se le imputaba. La Scuderi repitió muchas veces con lágrimas en los ojos que un juez no debía ser enemigo de los pobres acusados, inocentes con frecuencia, y que debía prestar atención á todo lo que hablaba en favor de ellos.

Luego que la bondadosa señora hubo acabado su discurso de intercesión y enjugado las lágrimas de sus ojos, tomó la palabra el magistrado diciendo:

—Digno es de vuestro buen corazón compadeceros de las lágrimas de una joven enamorada, creer todo lo que os ha referido y resistiros naturalmente á admitir la posibilidad de un crimen tan atroz; pero no puede hacer lo mismo un juez acostumbrado á arrancar la máscara de la hipocresía. Mis funciones no me obligan á desarrollar á vista de cualquiera que me pregunte el curso de un proceso criminal: sé mi deber y me importa poco el juicio de las gentes. Los culpables deben temblar ante el tribunal de sangre que presido. Pero con vos, señora, no quisiera pasar por un monstruo de crueldad y voy á exponeros en pocas palabras la situación de ese malvado, que Dios mediante, recibirá el condigno castigo. Cuando me hayáis oído, vos misma rechazaréis los sentimientos de benevolencia con que habéis venido á interceder por el reo. Una mañana se encuentra muerto de una puñalada al honorable y digno Renato Cardillac; ha muerto en su propia casa y no hay á su lado más que su oficial Oliverio Brusón y su hija. Se encuentra, entre otras cosas, en el cuarto de Oliverio un puñal ensangrentado que se adapta á la herida, y aunque supone el reo que el maestro fué herido fuera de la casa, está probado de la manera más cierta é indudable que el bueno de Cardillac no salió de su casa aquella infausta noche. La puerta de la casa se cierra con pesada cerradura que produce estridente ruido cuando se hace uso de ella; las hojas de la puerta giran sobre sus goznes haciendo mayor ruido, como ha demostrado la prueba judicial. En la planta baja, cerca de la puerta de entrada, vive el viejo Claudio Patón, con su mujer: los dos oyeron bajar al maestro á las nueve en punto, cerrar la puerta ruidosamente, correr los cerrojos, subir de nuevo, rezar en alta voz sus oraciones y entrar luego en su dormitorio. El viejo Claudio padece de insomnios, como suele suceder á edad avanzada; y aquella noche no pudo pegar los ojos. Serían las diez cuando su mujer fué á traer una luz, se



Figuras de estudio para el cuadro *La Naumaquia romana*, de R. de Villodas



FIGURAS DE ESTUDIO PARA EL CUADRO LA NAUMAQUIA ROMANA, de R. de Villodas

sentó á una mesa, colocada cerca de Claudio, y lo entretuvo leyendo una antigua crónica, mientras el viejo, ya se sentaba en un sillón, ya se paseaba por conciliar el sueño con la fatiga. Todo permaneció en silencio hasta media noche. Entonces oyeron en el piso superior pasos pesados, y el golpe sordo como de un cuerpo que se desplomara al suelo, al mismo tiempo que un siniestro gemido. Los dos viejos se sobrecogieron de inquietud, pues les pasó por la cabeza la idea del crimen que se acababa de cometer.

—Pero, en nombre del cielo,—exclamó la Scuderi, – después de todo lo que os he referido, ¿á qué causa podéis atribuir tanta maldad?

—¡Oh! Cardillac no era pobre, pues á lo menos poseía alguna pedrería.

—Y bien, ¿no había de heredarlo todo su hija? ¿Olvidáis que Oliverio era su prometido?

—Oliverio debía robar y asesinar por cuenta de otros.

—¡Por cuenta de otros! ¡Qué horror!

—Habéis de saber, señora,—continuó diciendo el presidente,—que Oliverio habría pagado ya su deuda en el patíbulo, si no se refiriera su crimen al profundo misterio que tiene consternado á todo París. Oliverio Brusón pertenece sin ninguna duda á esa asociación de ladrones y asesinos que ejecutan con toda seguridad sus diabólicos planes, burlando de una manera incomprensible el celo del tribunal y la vigilancia de todos los dependientes de justicia. Pero esta causa nos dará luz para descubrir el pavoroso misterio. La herida de Cardillac se asemeja completamente á todas las inferidas hasta ahora para realizar esos planes tenebrosos. Pero lo más notable de todo es que desde la prisión de Oliverio Brusón han cesado todos los robos y asesinatos, estando ya seguras las calles así de noche como de día. Prueba es de que Oliverio estaba á la cabeza de esa criminal asociación. El no quiere confesarlo; pero el tribunal tiene medios eficaces para obligarle á declararlo todo.

—Estoy asombrada,—dijo la Scuderi. – Pero, ¿y la pobre huérfana, esa inocente y cándida paloma?

—¡Inocente y cándida paloma!—exclamó el presidente con sonrisa venenosa. – ¿Quién pudiera asegurar que no es cómplice del hecho?

—¡Del hecho de matar á su padre!

—¿Qué le importa su padre? Sus lágrimas no se dirigen sino á su asesino.

—Pero eso es imposible.

—¡Oh!—exclamó La Reynie,—recordad solamente á la Brinvilliers. Así, me perdonaréis, señora, si no puedo atender vuestra mediación.

—A lo menos,—dijo la Scuderi,—¿me sería permitido ver á ese desgraciado?

El presidente la miró con su sonrisa siniestra y contestó:

—Sin duda queréis sondear vos misma ese pavoroso abismo, dejándoos llevar más bien de vuestros sentimientos que de vuestras propias observaciones. En hora buena: si no os espanta la sombría mansión del crimen, si no teméis ver la imagen de la abyección, dentro de dos horas se os abrirán las puertas de la Conserjería y allí podréis ver á ese criminal cuya suerte os interesa tanto por una compasión verdaderamente inverosímil.

En efecto, inverosímil ó no su compasión, la protectora de la interesante huérfana no podía creer que Oliverio fuera el asesino del padre de su amada: todo hablaba contra él, y ningún juez del mundo en semejante caso hubiera podido juzgar de otra manera que el rígido La Reynie; pero el cuadro de felicidad doméstica pintado por Madelón con tan risueños colores borraba en el corazón de la piadosa anciana toda sospecha, prefiriendo admitir un misterio inexplicable que una creencia contra la cual protestaban todos sus sentimientos.

Quería que el mismo Oliverio le refiriera lo que había pasado aquella funesta noche y penetrar por este medio en lo posible un misterio que acaso no se había revelado á los jueces, porque éstos no se habían tomado el trabajo de sondearlo.

IV

Al llegar á la Conserjería, fué conducida la Scuderi á una sala bien alumbrada, y aunque la buena señora, que iba en pasos de caridad, ni siquiera se acordó del peligro, no fueron pocas las precauciones que había tomado ya el presidente, temiéndolo todo de un hombre juzgado ya por él como el mayor criminal.

Un momento después se oyó el siniestro ruido de los hierros y apareció Oliverio Brusón.

Era Oliverio un mozo de unos veinticinco años, gallardo, hermoso, simpático.

La inquietud que turbaba el ánimo de la anciana al verse en aquel siniestro lugar y el sentimiento de irreflexivo terror que la hizo temblar al oir al reo arrastrar sus cadenas, desapareció instantáneamente trocándose en benevolencia y confianza al ver á un joven cuya triste pero bondadosa expresión protestaba desde luego contra el crimen atroz que se le imputaba.

La anciana le hizo una seña para que se sentara cerca de ella; el mozo se arrodilló á sus plantas, pues sabía ya que era la protectora de su amada y anhelaba extender tambien á él su proteccción y valimiento; y en esta humilde y piadosa actitud, hizo su confesión como á los pies de un confesor.

Apenas podía la buena anciana dar crédito á sus sentidos y se hizo repetir más de una vez el hecho capital de una revelación inverosímil; y luego que poseyó todo el misterio, salió de la sala y del funesto palacio, pálida, trémula, jadeante.

A la puerta de la Conserjería topó con el presidente del tribunal.

—Estoy loca,—le dijo.

Y pasó sin detenerse.

—¿No os lo dije? – exclamó La Reynie con su siniestra sonrisa.—Es un gran criminal, que no merece vuestra compasión, sino todo el rigor de la ley.

El presidente, sin embargo, se engañó sobre los móviles de la turbación de la Scuderi.

Sea como quiera el reo estaba ya juzgado por el tribunal, y si no se le ejecutaba dándole el más duro suplicio, no era ciertamente por la duda de su culpabilidad, sino por el deseo de hacerle confesar en el potro del tormento las misteriosas ramificaciones de la asociación criminal que tenía consternado á todo París y de la cual se suponía á Oliverio director y caudillo.

Pero ¡cuán inseguro es el juicio humano y cuán falible la verdad legal!

He aquí un hecho:

—Señor presidente, el señor conde de Miossens, coronel de la guardia real, solicita el honor de hablaros con urgencia.

—Que no se detenga el señor conde.

—Perdonad, señor presidente, si vengo á interrumpir vuestras graves tareas,—dijo el coronel después de saludarlo.

—Siempre viene oportunamente á mi despacho el señor conde.

—Aunque así no fuera esta vez, me atrevería á arrostrar vuestro enojo á trueque de quedar en paz con mi conciencia.

—¿Tan grave es el caso?

—Muy grave: tengo que haceros una revelación importante siquiera me alcance á mí la espada de la justicia, pues no fuera hombre de honor, si permitiera que por mí padeciera un inocente persecución por la justicia.

—Ya os escucho,—dijo el presidente tomando la rigidez de semblante que exigían sus funciones.

(Continuará)



EL GENERAL M. TAJES (Presidente de la república oriental del Uruguay)

A trabajar en paz por los intereses de la Patria.
M. Tajes

FÍSICA SIN APARATOS

EL PRINCIPIO DE LA INERCIA.—Los experimentos sobre el principio de la inercia son muy numerosos, y no pocos hemos dado ya á conocer en nuestro periódico. He aquí otros dos tan fáciles como curiosos.

Colóquense apiladas en un plato hasta una docena de monedas é invítese á los circunstantes á ponerlas de una vez sobre una mesa sin descomponerse la pila ó cúmulo que forman. Los no iniciados lo procurarían en vano; y es no obstante la cosa más sencilla. Levántese el plato á unos 30 centímetros por encima de la mesa; bájese rápidamente hasta unos veinte centímetros y atráigase á sí el plato con la misma rapidez.

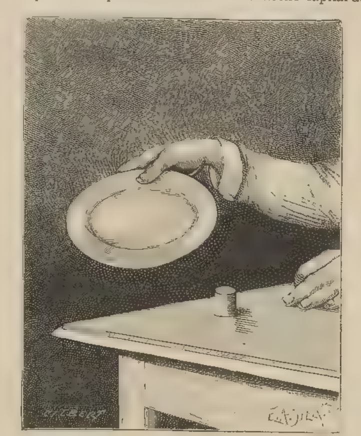


Fig. 1.—Experimento sobre el principio de la inercia.

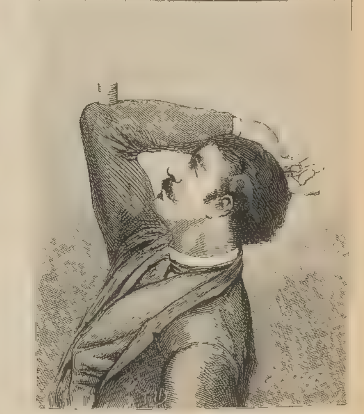


Fig. 2.—Otro experimento sobre el mismo principio.

¿Qué sucederá?

Falta de apoyo la pila de monedas, caerá sobre la mesa conservando su posición (fig. 1).

La otra prueba consiste en levantar el brazo de modo que quede horizontal el antebrazo, y poner entonces en el codo la misma pila de monedas, como indica la figura 2.

Si en esta posición se baja rápidamente el codo, falta de apoyo la pila, queda aislada en el espacio y puede recogerse enteramente por la misma mano que se baja.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILVSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 8 DE AGOSTO DE 1887 — NUM. 293

NUMERO EXTRAORDINARIO. — REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



NINFA DE UNA FUENTE, DEVOLVIENDO LA SALUD Á UNA ENFERMA

grupo para una fuente de los baños de Elster, modelado por H. Hultsch

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

LA NINFA DE UNA FUENTE devolviendo la salud á una enferma

Tratábase de decorar una fuente medicinal y en verdad que el artista ha concebido el pensamiento de este grupo con notable claridad y lo ha ejecutado en forma realmente clásica. La idea tiene mucho de pagana, pues los devotos del Olimpo gustaban de atribuir las virtudes curativas de ciertos sitios y de ciertas aguas, á la acción de ninfas y seres sobrenaturales que residían en determinados lugares, según opinión del vulgo. La ignorancia ha sido siempre crédula y á falta de pruebas químicas que comprobasen las condiciones de ciertos manantiales, nada más cómodo y productivo que solicitar el auxilio de ninfas, napeas y dríadas. Admitido que al autor del grupo le ha parecido bien la teoría, ha obrado cuerdamente inspirándose en las esculturas de los tiempos clásicos del arte, cuyas severas formas y holgura ha demostrado no ser patrimonio exclusivo de la antigüedad.

EN LAS LAGUNAS PONTINAS, cuadro de Enrique Serra

Nuestro paisano continúa tan admirador como siempre del agro romano, que reproduce unas veces tal como se presenta á sus ojos, y otras veces tal como lo comprende su fantasía remontándose á la época del paganismo. El dibujo que hoy publicamos representa una parte de las lagunas pontinas, y únicamente quien las conoce puede apreciar, no sólo la fidelidad de la copia, sino el tipo especial, característico, con que Enrique Serra enriquece esa clase de obras.

EL MÉDICO DE ALDEA, cuadro de E. Harburger

El antiguo médico de aldea es un tipo que desaparece rápidamente. Dentro de poco tiempo quedará simplemente alguno que otro ejemplar en estado fósil. Así como la sucesión de las capas de polvo acaban por petrificar los objetos, la capa de la rusticidad pegada un día y otro, durante muchos años, al médico de aldea, transforman al antiguo bullicioso y elegante escolar, en el más perfecto tipo del lugareño que ha trocado el cultivo de la ciencia por el cultivo de la vid y de los cereales. Harburger ha encontrado en su camino uno de estos restos y lo ha utilizado para un cuadro de género palpitante de verdad.

LA CATÁSTROFE MARÍTIMA, cuadro de D. Baixeras

El autor de este lienzo es, á nuestro juicio, uno de los artistas llamado á más glorioso porvenir. A su natural talento, á su genio, sin cuyo requisito es inútil empeñarse en conquistar laureles, une un carácter observador que, lejos de abarcar la universalidad del arte, se circunscribe con especial esmero al estudio de una sola de las partes de la naturaleza. El mar, que es sin duda la manifestación superior de las cosas creadas, atrae poderosamente á Baixeras; sus espectáculos, al par de sus hombres, le cautivan, le seducen, le llaman la atención de tan poderosa manera, que jamás se cansa de estudiarlo en sus efectos de conjunto y en sus menores detalles. Así viene dominando, siempre más, los asuntos que con el mar se hallan relacionados. Dígalo el cuadro que hoy publicamos, tan sublime é imponente, como sencillo en recursos para causar la impresión deseada. En él se desencadena la tempestad en forma tan natural, que el espectador se siente oprimido por esa atmósfera pesada, por esas encrespadas olas, por los restos del buque estrellado, por ese cadáver que desde el seno de la muerte contribuye á la vida de la composición artística.

Baixeras llegará al término del camino, porque mide sus pasos y tienta en conciencia el terreno que pisa. A la meta del arte no se ha de llegar ganando tiempo, sino aprovechando el tiempo.

UN POETA EN EL SIGLO XV, cuadro de Barbudo

La laboriosidad y el amor al estudio, condiciones sobresalientes del señor Barbudo, hicieron augurar desde luego que llegaría muy lejos; hoy, en vista de sus obras, puede afirmarse que ha recorrido la mitad del camino necesario para llegar á la justa é indiscutible celebridad. Su cuadro: *La última escena de Hamlet*, inspirado no en la representación del drama por este ó el otro actor, sino en la obra del dramaturgo inglés, estudiada á conciencia, mereció el unánime aplauso de la opinión pública, único con que se debe engreír el artista, y una segunda medalla en la Exposición de 1884, exigua recompensa, si se atiende á los méritos del cuadro. LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, publica hoy otra de las notables obras del distinguido pintor: *Un poeta en el siglo* XV, cuadro lleno de animación y vida en que revela excepcionales condiciones para la composición y el dibujo, sin meticulosidades de tiempos pasados ni rebuscamientos hijos del afán por crear escuela. Barbudo nos presenta con gran acierto una de aquellas cortes en las cuales, deseando mantener las gayas tradiciones de las floridas en que cantaron trovadores y minnesingeres, todo resultaba hinchado de pretensiones y ridículo: el poeta, cuidadísima figura del declamador que procura impresionar, no resulta ni un Pierre Vidal, ni un Walther, ni un Ausias-March, ni un Hofterdingen; es más bien un aficionado pretencioso con vehementes deseos de hacerse célebre. En perfecta relación con el protagonista, la corte no resulta de monarcas de Aragón ni de Margraves germánicos; es una corte pacífica, para la que ha llegado un dulce momento de solaz. Todos los personajes se muestran interesados, efecto que ha sabido expresar hábilmente el artista: las muestras de interés son distintas: cada faz revela el suyo, en armonía con la edad, con el recuerdo que despierta, en cada personaje figurado, la narración poética. Lástima grande que el grabado no pueda dar ni remota idea de lo que el señor Barbudo es como colorista: sus cuadros, desde este punto de vista, son maravillas: brillantes por la escuela á que pertenece, no hay en ellos nada que pueda dar lugar á que se les califique de duros ó chillones. Natural como hombre y como artista, su trato encanta y sus obras seducen.

MISERIAS DE LA VIDA, cuadro de Emilio Sala

La vida del campo es bien ruda; pero el mundo se preocupa poco ó nada de las tragedias que tienen lugar allí donde no alcanza la vista de los afortunados. El artista es más compasivo; el artista, sin llamarse filántropo y sin tener la pretensión de resolver problemas sociales, excita el sentimiento público y lo conduce al punto donde cabe compadecer, ya que no siempre es dable curar. Esto se ha propuesto Emilio Sala en el cuadro que reproducimos, cuya bien realizada ejecución corresponde á un levantado propósito. La fatiga ha rendido el cuerpo de esa pobre mujer, harto agobiada por la necesidad y la desgracia. Su hija la carga valientemente sobre los hombros; pero su resistencia, en lo físico y en lo moral, está muy por debajo de la desdicha que la agobia. Llegará jadeante á la rústica cabaña; depositará en duro lecho el cuerpo inerte de su madre; y después... Después, como las enfermedades no se curan con mendrugos de pan negro humedecidos con lágrimas, el sepulturero enterrará de mala gana á la pobre difunta y nadie se preocupará de la suerte deparada á una joven huérfana cuyo ángel de la guarda ha volado al cielo.

Sala ha llamado la atención hacia esa tragedia demasiado frecuente por desgracia. Es probable que el pensamiento dominante en su obra será cual la voz que se pierde en el desierto... Y bien, ¿qué le importa al artista el silencio con que el mundo acoja su grito de dolor, si ha puesto cuanto tenía, el tesoro de su ingenio, al servicio de la orfandad desvalida?

LA INVASIÓN DE LOS BÁRBAROS, cuadro de Ulpiano Checa

Esos son, realmente, los bárbaros vomitados por el Norte; ellos son, montados en briosos corceles que parecen hijos del huracán; ellos son, con sus rostros que revelan sus destructores instintos y su ferocidad nunca bastante satisfecha; ellos son, con sus trajes de hierro y de pieles que apenas cubren los fornidos cuerpos; ellos son, con esas armas terribles y de caprichosa hechura, que humean sangre y van rectas al corazón del enemigo.

No puede negarse que esos jinetes corren, vuelan, matan; no puede negarse que esos hombres son los azotes que Dios ha suscitado para escarmiento de pueblos enervados por el placer y la molicie; y no sin condiciones el cuadro de Checa ha llamado la atención en el último certamen madrileño. Por esto nos apresuramos á reproducirlo, y nuestros favorecedores, á su simple vista, se convencerán de la exactísima apreciación que hizo de este lienzo nuestro colaborador don Pedro de Madrazo. La impresión que nos causa esta obra de arte es la siguiente: nos hallamos en presencia de los hijos del Norte; pero no nos hallamos en Roma invadida por los bárbaros.

LA PATRICIA, cuadro de Alma Tadema

Nuestros favorecedores conocen la predilección que sentimos por las obras de Alma Tadema, que ha elevado el arte á una altura á que muy pocos han podido seguirle. No pertenece al número abundante de los artistas afeminados que entienden la belleza propiedad exclusiva del rostro y que reproducen en el lienzo los tipos que se llaman hermosos en los salones y en los paseos. No; Alma Tadema tiene formado del arte una idea superior y en sus obras todas la verdad y el estudio se imponen hasta á los más profanos, haciéndoles gustar algo de la impresión producida por los escasos restos de la clásica antigüedad. El grabado que publicamos es una prueba más de las extraordinarias dotes de ese pintor esclarecido.

PRIMAVERA, cuadro de E. Pelayo Hernández

El Jurado de la Exposición madrileña acordó á este lienzo una medalla de segunda clase. El asunto no es nuevo, porque en materia de idilios se ha producido mucho, como se continuará produciendo. Cuantos sientan algo en presencia de la naturaleza, se complacerán en reproducir la primavera, sea de la vida de los árboles, sea de la vida de los hombres. Todo en ella es risueño, todo revela vida y esperanza, todo se presta á una manifestación simpática que seduce al artista; aunque no siempre seduzca al público de nuestros días, que hasta en los productos de las bellas artes busca emociones de orden menos rústicas. Por esto encontramos que el Jurado madrileño ha obrado cuerdamente premiando á un artista que se inspira en lo puramente bello de la naturaleza, que en rigor debiera ser el objetivo preferente del arte.

PAISAJE, de Marqués

Este artista es incansable. Joven aun, todo habla á su imaginación y la misma facilidad con que reproduce los objetos, hace de su *álbum* de excursionista una especie de guía ilustrada de cuanto pasa ante sus ojos durante sus frecuentes viajes. Ama con predilección el agua, no la del mar, y la pinta con verdad poco común. Lástima que el grabado no pueda dar sino imperfecta idea de su mérito en este punto.

MARTA Y MARGARITA, cuadro de Liezen-Mayer

Las obras verdaderamente inmortales del humano ingenio tienen el singular privilegio de crear tipos tan salientes, tan acabados, tan *vivos* dentro de su imposible existencia, que la posteridad los reproduce como si se tratara de personajes que alguna vez han tenido forma real y positiva. Ofelia y Margarita, Mefistófeles y el *Ingenioso Hidalgo* están descritos con tan pasmosa verdad, que el artista ha podido darles impunemente forma plástica; hasta tal punto que á la simple vista de un lienzo ó de una estatua que los represente, cualquiera que conozca el libro, reconocerá al personaje. Tal ocurre con el cuadro que tenemos á la vista.

Esa joven es la amante de Fausto, cual nos la hemos figurado todos desde que conocemos el poema de Goethe; es la niña inexperta, cuyo corazón, abierto al amor por vez primera, se deja seducir por el brillo de unas joyas que realzarán su hermosura á los ojos del amado doncel. Esas delicadas formas, esa poética fisonomía, esa cándida confianza, no pueden pertenecer sino á Margarita, no se confunden ni con Ofelia, más ideal, ni con Desdémona, más ardientemente apasionada, ni con Julieta, de cuyo semblante no puede desaparecer el presentimiento de una catástrofe.

El poeta y el artista sienten, por lo común, al unísono; ambos comprenden de una misma manera la belleza y la pasión; de aquí, no el convencionalismo, sino la seguridad con que el segundo da forma al ideal del primero, sirviendo de pauta á cuantos después tratan el mismo personaje.

VIAJE DE PLACER

A las doce del día, en el mes de agosto y en el centro de la calle de Serrano, fué donde ví á Lola y á Paquita paradas en medio del arroyo, y sudando, no como un pollo, sino como dos pollas.

—¿Pero que hacen Vds. ahí?

—Esperando el tranvía.

—Pues, ¿y ese que acaba de pasar?

—Ese no es especial: nosotras esperamos al especial.

—¡Pues vaya un gusto especial! por diez céntimos de diferencia...

—No señor... por veinte; porque somos dos...

– Bien: pues el primero que pase le tomamos, porque sea ó no sea especial, yo respondo de que les costará á Vds. todavía menos que si lo fuera.

—Pero, ¿cómo...?

—Pagando yo los tres asientos...

—¡Ah! vamos... si es V. tan amable...

—¡Pues no faltaba más!...

—Verá V. como tenemos la desgracia de que venga lleno: – dice Paquita.

—No importa, – responde su prima: – hacemos como que nos mareamos y no faltará quien nos ceda su asiento.

—Con dos, tenemos bastantes: – me dijeron, – porque V. aunque vaya de pie...

—Justo: yo... (aunque me rompa el alma, no importa.) Pero ya está ahí el tranvía.

—Es verdad: ¡Chis! ¡chis! ¡Pare usted! – exclaman las dos jóvenes levantando exageradamente sus abanicos cerrados. Parecían dos antiguas empleadas de la línea férrea, levantando el banderín de señales al paso del tren: y el caso es, que yo también levanté instintivamente el bastón, porque así lo he visto hacer á todo el mundo: cualquiera habría creído, al ver nuestra actitud, que íbamos á darle una paliza al tranvía.

—¡Va lleno! – exclamó el conductor aminorando la velocidad del vehículo.

—No importa: iremos de pie, – añadió Paquita.

Sonó un pito exactamente igual al que usan los serenos, y la *jardinera*, que así se llaman los tranvías de verano, aunque no han servido nunca para flores, tiestos, ni utensilio alguno de jardinería, se detuvo 30 ó 40 pasos más allá de donde nosotros deseábamos. Echamos á correr en su alcance, y, como quien toma una fortaleza, tomamos sitio en la plataforma que estaba atestada de carne humana, envuelta en géneros de sastrería más ó menos elegantes ó frescos; al rozar el freno con las ruedas, se oyó un ruido semisubterráneo acompañado de un fuerte movimiento de trepidación que conmovió todos nuestros nervios y músculos, y el tranvía emprendió de nuevo su interrumpida marcha. Las esperanzas de las dos jóvenes viéronse defraudadas, al tocarnos en suerte una jardinera, porque, ¿cómo pasar desde la plataforma á tomar asiento en el interior del coche? Por los estribos solamente; y en honor á la verdad ninguna de aquellas dos jóvenes habían sido nunca equilibristas, ni cobradores de tranvías, ni revisores de billetes del ferrocarril; no habían cursado ninguna de esas carreras que hacen falta para no romperse la crisma de cuando en cuando. Además, ni Lola ni Paquita tenían gran cosa que agradecer á la naturaleza respecto á hermosura y de aquí el que no hubiera un solo individuo entre todos los pasajeros, capaz de ofrecerles su asiento: está visto que hasta para ir en el tranvía necesitan las mujeres ser bonitas.

Pocos momentos después vuelve á sonar el pito y sube un caballero con tres perros, un morral, una escopeta y tres jaulas de perdiz colgadas á la espalda. Cuando el tranvía echó á andar, una señora muy nerviosa llamó al cobrador y le preguntó en voz baja:

—Diga usted, ¿se permiten perros en el tranvía?

—No señora; pero, ¿qué vá á hacer uno?

El cazador, que no había encontrado asiento, iba de pie en la plataforma metiéndome las jaulas por los ojos; y los perritos, perdidos de polvo y tierra, se paseaban á su gusto por entre todos los circunstantes, poniéndoles perdidos.

De pronto se sintió una buena sacudida, y el tranvía volvió á detenerse.

Unos.—¿Qué pasa?

Otros.—¿Qué sucede?

– Nada; un carro que ha tropezado con el tranvía y ha roto parte de la plataforma delantera.

El conductor, después de pronunciar una serie de palabras mal sonantes y españolas, aunque no admitidas por la Academia (lo cual probaba irrecusablemente que eran puramente españolas), se dirigió látigo en mano hacia el carretero y entablóse entre ambos una acalorada reyerta de esas que siempre dan la razón al más bruto.

Dos ó tres caballeros, ponen término á la lucha y obligan al conductor del tranvía á ocupar su sitio. La jardinera vuelve á partir y á los pocos momentos llega á una de las curvas de la línea: pero gracias á la lentitud con que la recorre, se siente una horrible sacudida, y el cazador pierde el equilibrio dándome un tremendo golpe en el pecho con la escopeta y haciéndome con los ganchos de las jaulas un catorce, ó lo que es lo mismo, dos sietes en la manga de la levita. Aquella misma sacudida hubiese arrojado fuera de la plataforma á Lola y Paquita si cada una de ellas no se hubiera agarrado de donde pudo con gran alegría de unos caballeros y con gran sentimiento de otros. El tranvía había descarrilado y marchaba sobre los adoquines con ese dulce movimiento de *Ripers y tartanas* que tantas veces habrán tenido ocasión de experimentar mis lectores: ¡qué agradabilísimo vaivén!... sobre todo, cuando se acaba de comer: es el mejor digestivo de todos los conocidos hasta el día.

– ¡Qué atrocidad! ¡Qué movimiento! – dice Paquita.

– Sí; – responde Lola: – y sobre todo para ir en un estado tan interesante como el tuyo...

– ¡Calla, mujer! ¡Qué cosas tienes! – añade Paquita, casi avergonzada, y bajando la voz de modo que... lo oye todo el mundo.

Otra fuerte sacudida y á continuación un suavísimo movimiento, indica que la *jardinera* ha vuelto á entrar en caja, es decir, en los rails, y todo vuelve á su ser natural.

– ¿A dónde, caballero? – me pregunta el cobrador después de sacar de la cartera una preciosa caja de hoja de lata, donde lleva en conserva los billetes.



EN LAS LAGUNAS PONTINAS, cuadro de Enrique Serra

– A la Puerta del Sol.
– ¿Cuántos?
– Tres: estas dos señoras y yo.
– No: Marianito... de ningún modo... nosotras llevamos suelto...
– ¡Señoras!... ¡por Dios! ¡pues no faltaba más! ¿Cuánto es?
– Treinta céntimos.
– ¡Calle! ¡pues si es de los especiales!
– Pues sí, señora: casi todas las *jardineras* son especiales.

Y entregando al cobrador una peseta, le dije:
– Tome usted.

El cobrador, después de morder la moneda y hacer con ella otra porción de operaciones á cuál más extrañas, dijo: – Caballero; esta peseta no me gusta.
– Lo siento mucho, pero es buena.
– Basta que V. lo diga.
– Esta moneda es buena:—dijo otro caballero mirando la moneda, y metiéndose en peseta de once varas.
– Pues á mí no me gusta.

El caballero:
– Menos me gusta á mí su ignorancia de V. y la estoy aguantando.

Yo, adivinando el fin de la cuestión:
– Caballero, déjele V.; no merece la pena...

Me guardé la peseta y le dí otra al cobrador, quien me devolvió el cambio y tres pedacitos de papel verde que tiré desdeñosamente á la vía pública, como quien ha comprado por compromiso una cosa que no le sirve para nada.

De uno de los asientos del centro se levantó un señor de edad y suplica al cobrador que haga parar el coche; pero este dice:
– Estamos en la cuesta y no se puede parar.
– ¡Pues yo necesito apearme aquí!
– Bueno: apéese V. sin que pare el coche!
– No quiero; V. tiene obligación de tocar el pito cuando lo necesite el público.

Otro caballero pretende dar la razón al cobrador, y el señor de edad le responde:
– ¡Usted no toca aquí pito!

El cobrador toca el pito: pero el cochero vuelve la cabeza; llama bruto al cobrador, lanza dos ó tres interjecciones del género escogido y dando con la vara un par de estacazos á las mulas, apresura la marcha del tranvía.

El caballero se enfurece y pregunta de nuevo:
– Pero, ¿por qué no puede parar aquí?
– Porque en la cuesta, les cuesta mucho á las mulas el volver á arrancar.
– ¡Pues que no arranquen! ; pero yo tengo que bajarme aquí!
– ¡Yo no paro hasta la calle de Sevilla!
– Corriente: V. no pare... que yo le pondré á V. á parir. Voy á bajar andando, porque estamos en la cuesta, pero como me cueste á mí un batacazo, le cuesta á V. el destino. Y apuntando en un papel el número de la gorra del empleado, puso un pie en el estribo, otro en el aire y todo el cuerpo en tierra después de dar dos ó tres traspiés que le produjeron siete ú ocho *contusiones* en la levita y la dislocación del pie derecho.
– ¡Me quejaré á la Dirección! – gritó el infeliz desde el suelo con mezclado acento de rabia y de dolor.
– ¡Ah! ¿pero hay *Dirección*? No lo sabía: – añadí yo, con la mayor ingenuidad. Casi todos los pasajeros soltaron una carcajada, no sé si porque les hizo gracia mi pregunta, ó porque el infeliz se había roto la crisma. Lo más probable, aunque no lo más humanitario, es que el móvil de la risa fuese la desgracia ajena.

Llegábamos en esto al centro de la cuesta, cuando la jardinera dió un bote colosal, y volviendo á salirse de madre... es decir, de la vía, quedó en completo estado de inmovilidad, cual si se hubiesen incrustado en el suelo las cuatro ruedas. Una piedrecita, ingeniosamente colocada en uno de los rails por la mano angelical de una cria -



EL MÉDICO DE LA ALDEA, cuadro de E. Harburger

tura de la pura raza madrileña, era la causa del nuevo percance. Pasaba tiempo y más tiempo y todos nos convencimos de que el cobrador tenía razón: las mulas no podían arrancar en la cuesta, y después de acalorada discusión entre vagos, curiosos, pasajeros y empleados (pues llegamos á tener en torno nuestro á medio Madrid), se decidió hacer cejar á las mulas para que el coche tomase impulso. Pero sin embargo de que según el insigne Moratín...

vase retirando á atrás
para que la fuerza sea
mayor y el ímpetu más...

todos convinimos en que á las jardineras no les pasa lo que á los toros y fué preciso, para que el coche retrocediese, que el cobrador, luchando á bofetada sucia (no siempre ha de ser limpia) con las dos caballerías, se colgase de la lanza y diese principio á una encantadora serie de planchas flexibles y movimientos bruscos, que le daban todo el aspecto de un Juan de las Viñas.

A todo esto, ya no había quedado un solo individuo dentro del coche: todos nos habíamos apeado para aligerar de peso al vehículo y hacer más fácil la ascensión.

–¡Desengancha!–decían unos.

–¡Engancha la encuarta!–gritaban otros.

–¡Tira *pa* la *izquielda!*...

–¡Tira *pa* la derecha!...

Todos daban su opinión más ó menos acertada, pero nadie hacía nada ni se acercaba á prestar auxilio, excepto un carretero que, colocándose en la parte posterior del coche, empezó á empujarle con la espalda pretendiendo tener él solo más fuerza que las dos mulas; se dan casos, pero yo creo que estos concursos de fuerza animal, no deben celebrarse nunca en público, por si sale bien la prueba, que es lo peor que le puede suceder al interesado.

Por fin, después de media hora de vacilaciones y pruebas inútiles, se decidió enganchar otro tronco y dar á las cuatro mulas una soberana toma de fresno. El remedio surtió un efecto instantáneo, y la jardinera se puso en movimiento con una rapidez increíble, conduciendo á más de treinta individuos que subieron á ella como por encanto y dejando en tierra á todos los que habíamos pagado ya nuestros asientos hasta la Puerta del Sol.

—¡Eh! ¡que pare!

—¡Ch!... ¡Ch!...

—¡Esto es un abuso!

Nada; el coche siguió ascendiendo hasta el final de la cuesta y todos nosotros, como movidos por un resorte, emprendimos la carrera en su persecución cual si no hubiese en todo Madrid más coches del tranvía que aquella *jardinera especial*, siendo así que ya habían llegado á detenerse detrás del nuestro, y unos en pos de otros, casi todos los coches de la Compañía. Pero el cobrador de la jardinera era el único empleado á quien constaba *ó debía constar* que nosotros habíamos pagado ya nuestros asientos y ninguno de nosotros quería renunciar á los derechos que se adquieren por 10 céntimos de peseta en esta clase de viajes.

Fatigados y jadeantes, logramos por fin *coger la jardinera* como quien coge el cielo con las manos, y no habíamos recorrido diez metros más, cuando el cobrador, dirigiéndose á mí con *el estuche* de los billetes en la mano, volvió á preguntarme:

–¿A dónde, caballero?

–¿Otra vez?

–¿Cómo otra vez?

–Si ya he pagado por estas dos señoras y por mí.

–Puede, pero con esta confusión de gente... no recuerdo... enséñeme V. los billetes.

–Los he tirado.

–Entonces tiene V. que pagar de nuevo, porque los billetes deben conservarse para estos casos.

–Bueno: no tengo gana de cuestiones: tome V. otros treinta céntimos y déme V. otros tres billetes.

–Pues, ¿no dice V. que se los he dado ya y que los ha tirado?

–Sí, pero yo también le he dado á V. otros treinta céntimos.

–Esó no lo sé yo.

—Basta que yo lo diga.

Y aprovechando nuestro altercado, más de cinco individuos de los que habían subido últimamente, se apearon por ambos lados del coche, sin haber pagado un solo céntimo.

Notarlo el cobrador y ponerse hecho una fiera conmigo, todo fué lo mismo.

–¿Ve V.?... por su culpa, ha perdido la compañía cincuenta céntimos, y V. me responde de ellos.

–¿Yo? ¡si yo no conozco á ninguno de esos señores!

–No me importa; V. me paga esos cincuenta céntimos, ó llamo á la pareja.

–¡Pues V. me da mis tres billetes ó la llamo yo!

–Ahora lo veremos: precisamente ya estamos en la Puerta del Sol.

Con efecto, en aquel momento se detenía la jardinera, y el cobrador exclamó con voz solemne: «Puerta del Sol.»

–Gracias por la noticia: –contestó un caballero que no había salido de Madrid en toda su vida.

–Oye tú, Manolo,—dijo el cobrador á un guardia que había allí parado *por casualidad*, – este caballero me debe cincuenta céntimos y dice que no me los paga.

—¿No? Pues venga V. conmigo.

—Pero hombre... yo le explicaré...

—Ya se lo explicará V. al Inspector...

—Es que yo...

—¡No me obligue V. á llevarle por la fuerza!

En esto, Paquita y Lola, que se habían quedado junto á mí esperando el fin de la cuestión, me tendieron la mano con la mayor efusión, diciendo:

—Adiós, Marianito; sentimos mucho el percance y mil gracias por todo.

—No hay de qué, hijas mías; lo mismo digo: estoy sumamente agradecido.

—Vamos, vamos:—exclamó el guardia, con formas no muy cultas.

—¿Pero qué?—pregunté yo, – ¿no viene también el cobrador con nosotros?

–No señor: ese es un empleado que pertenece al público, y no tengo derecho para retirarle del servicio.

—Vaya, vaya: pues tome usted los dos reales, y déjeme V. de líos.

—Eso es otra cosa: puede V. retirarse y no vuelva usted á abusar de la buena fe de los empleados del tranvía.

Dejé al guardia con la palabra en la boca por no... romperle algo: y con objeto de tener el gusto de saber cuánto tiempo habíamos invertido en nuestra larga y penosa travesía eché mano al... bolsillo del chaleco, porque el reloj había desaparecido de allí, sin haber tenido yo la menor noticia de ello.

Un disgusto, un insulto, ciento diez céntimos de peseta, una contusión, una levita y un reloj de 2,000 reales, fué lo que me costó el delicioso viaje que por el interior de la capital de España hice en una *jardinera de las especiales* y de la cual conservaré mientras viva un *especialísimo* recuerdo.

MARIANO DE LARRA Y OSSORIO

SAN MARCOS 3, 3.°

CUENTO INVEROSÍMIL

POR DON EDUARDO LÓPEZ BAGO

Cuando salí de Madrid, cuando me coloqué en el wagón del tren que debía llevarme, mi curiosidad estaba excitada en el más alto grado.

Cuando llegué al término de mi viaje quedé en efecto sorprendido.

Parecía que el ferrocarril en lugar de hacerme atravesar distancias me había llevado á recorrer los tiempos y que dormido en Madrid en el siglo XIX, me despertaba *en aquel año tres mil* que tan humorísticamente ha presentido Emilio Souvestre.

Estaba en una ciudad maravillosa, y en una nación que empieza á arrebatar á Francia el cetro de la moda y la corona del pensamiento.

Omito detalles de lo que es indescriptible.

Las casas de reciente construcción daban crédito á los viajeros, quienes aseguraban que la capital se había hecho de una vez. El conjunto era una grandiosa joya de la arquitectura moderna.

Esta población emporio del progreso hallábase rodeada de fábricas cuyos altos hornos la ceñían amorosamente con un cinturón de vapor, regalo de la industria y nube sagrada que acompañaba hasta el cielo la sublime oración del trabajo. Sonreía sobre los edificios la salida del sol á cuya vista despertaba el obrero, á quien el caer de la tarde encontraba satisfecho de su cansancio: estremecíase el aire con ecos de fiesta, notas y carcajadas en las primeras horas de la noche hasta que las blancas casas que tomaban intensamente la luz eléctrica del alumbrado público, quedaban silenciosas una á una semejando entonces aquella ciudad dormida, algo como la estatua de una virgen, primera concepción del artista hecha sobre mármol nuevo.

Pero el mayor asombro de los viajeros era el cementerio de la ciudad*** obra de arte tan acabada y sublime que la fantasía humana no alcanzaba á figurársela, y una vez vista, su recuerdo dejaba oscurecido el de todas las que eternizan á Roma y Grecia en mármoles, bronces y granito.

***

Después de tomar un baño que es el mejor reparador de las fuerzas y el mayor descanso de las molestias de un viaje, me vestí de punta en blanco, como suele decirse, é hice mis visitas á los tres personajes para quienes llevaba cartas de recomendación.

Apellidábase el uno don Juan Alvarez y era un general de los que en España llamamos ahora de la escala de reserva: no tenía este veterano tantas cruces como cicatrices en su cuerpo, ni tanta paciencia como gota en el pie derecho que llevaba arrastrando en los días de tiempo fijo y en los de variable lo ponía sobre un cojín obligándole á permanecer sentado y sin movimiento, dándose á todos los cañones á que se encomiendan en las novelas y comedias los militares viejos y que eran más de mil por buena cuenta.

Tantos como hubiese cogido al enemigo en cien combates.

Visité después á don Luis de Zúñiga, veterano de la política como Alvarez lo era de las armas, ex-senador, antiguo diplomático, hombre de amenísimo trato y distinguido porte.

Alvarez y Zúñiga eran amigos, y aquellos dos inválidos, el uno de la gloria y el otro de la ambición, sostenían disputa frecuente, por oposición de carácter que entre ellos existía, cuyas discusiones grandemente curiosas de oir, y casi siempre cómicas en alto grado, se encargaba de terminar con gentil talante un tercero en esta amistad, que era también tercer caballero para quien yo llevaba cartas de presentación, originalísimo en su vida y costumbres, de curiosa historia íntimamente ligada con la historia misma de este país, donde indisputablemente era el más notable de todos los ciudadanos.

Llamábase don José Tellez y era fundador y propietario del periódico de mayor circulación y de más prestigio que por entonces se publicaba. No tenía otra carrera ni tuvo nunca más profesión que la honrosa del periodismo. Llamábasele y se llamaba él mismo el *diablo cojuelo* de la capital. Era Tellez un verdadero rey de la opinión pública, consejero elegido por el poder cerca del pueblo, mandatario nombrado por el pueblo cerca del poder. Había concebido del periódico la idea que se adquiere del acero bruñido, espejo en que todos pueden mirarse, y que los que se ven feos no pueden romper.

Don Juan Alvarez, don Luis de Zúñiga y don José Tellez eran pues mis nuevos amigos.

Reuníanse por las noches en el casino donde bien pronto hube de acompañarles formando parte de su tertulia.

Allí el general, el diplomático y el periodista tenían establecido su observatorio en un gabinete donde se daban cita á última hora para comunicarse sus impresiones, jugar un tresillo, tomar sendas tazas de te y fumar el último habano.

Retirados de la vida, dedicábanse á estudiar todo lo que á su rededor pasaba, y habían adoptado, como entretenida tarea, la de llevar bajo la dirección del periodista el alta y baja de la crónica escandalosa de la capital, la estadística más minuciosa de amores y amoríos, no habiendo mujer bonita que se librase de su análisis y comento en aquel grupo que tenía siempre numerosos oyentes, y que en todo era igual al que en Madrid se forma también á última hora en el casino, y conocemos con el título de *El coro de ángeles*.

Hay que advertir que el observatorio estaba admirablemente situado, puesto que una vez á la semana, el casino de *** celebraba un baile á que acudían las clases más distinguidas de la sociedad, llamándose estas fiestas *los lunes del casino*.

–Señor de Tellez, me han contado tales maravillas de vuestro cementerio que mañana voy á verlo, si usted quiere acompañarme.

–Con mucho gusto, amigo mío, serviré á V. de guía, y aun puedo decir más que otro alguno, porque no sólo conozco la arquitectura de los sepulcros, sino que también la historia de muchos muertos. Conmigo verá V. los nichos por fuera y algunos le prometo que hemos de ver por dentro

–No es buena vista.

–Pero es curioso al menos, y sino pregunte V. á Zúñiga y Alvarez si conocen nada más sorprendente y original que la historia del año pasado.

–¿La de aquellos amores?... – preguntó el general haciendo un ademán extraño.

–La misma, – afirmó el periodista.

–A mí, – dijo Zúñiga, – me quita el sueño de terror, cada vez que la recuerdo.

No necesitaba yo tanto para que una vehementísima curiosidad me hiciera rogar al señor Tellez que la relatase.

A este ruego mío, todos los concurrentes al gabinete del casino, donde esta conversación se suscitaba, se colocaron cómodamente para escuchar, y yo me preparé á no perder una sílaba de las que salieran de labios del narrador.

Colocado de pie, en medio del *coro de ángeles* y apoyado indolentemente en el mármol de la chimenea, el periodista contó lo que sigue:

***

–Deben cumplirse pronto cuatro años de la boda del viejo marqués de la Resolución con la bellísima Concha Amorós. Todos ustedes recordarán los comentarios con que se explicó unión tan desigual. No faltó quien dijera que Concha había vendido su juventud y su hermosura por el título de marquesa y el disfrute de las inmensas rentas á este título anejas. Cierto que el marqués á pesar de sus cincuenta años, que entonces tenía, era como es hoy, cumplidísimo caballero, y hombre que conserva en sus venas el fuego sagrado de la juventud, ostentando en su semblante esa belleza varonil que pueden envidiarle los afeminados pollos del día... (Los aludidos que estaban presentes no se atrevieron á protestar.)

Ciertísimo es que el marqués es el tipo perfecto del noble á la moderna. Monta á caballo como un verdadero *sportmann*, tira á las armas con la gracia y el aplomo de Benvenuto Cellini, juega con la serenidad é indiferencia del pródigo, ama las artes que protege consagrando á la adquisición de sus obras una respetable cantidad, y lo que es más admirable... estudia y viaja. ¡Ah! Si el marqués tuviera veinte años, veríamos reproducirse la figura de *don Juan*, pero no como se presenta en la leyenda donde al fin y al cabo sólo es un pendenciero vulgar, un seductor infame y canallesco, sino engrandecida como lo está en Grecia la de Alcibíades y en Roma la de César.

Por desgracia á pesar de todas sus cualidades el marqués de la Resolución tenía canas y las canas dan frío al amor como da frío la nieve á los seres delicados.

Conchita Amorós contaba al casarse diez y ocho años recién cumplidos, cara de ángel con ojos que os miran como asombrados de verse en la tierra, pelo negro como los ojos, brillante como ellos y la color pálida, interesan



LA CATÁSTROFE MARÍTIMA cuadro de Baixeras

tísima. Los brazos largos como los de las esculturas italianas, las manos de duquesa, el cuerpo esbelto y bien formado, y la estatura tal que á los labios del hombre sólo alcanzaba su castísima frente.

Hago esta descripción para que nuestro forastero conozca á los protagonistas de la verídica historia, – añadió Téllez dirigiéndose á mí, – en cuanto todos los aquí presentes deben considerarla ociosa, pues exceptuando el general Zúñiga y yo, raro es el que no ha caído en las redes del amor que la vista de Conchita inspira, y antes y después de casada, han sido mariposas que se han quemado en su fuego.

Nosotros desde el primer momento, hemos visto desde la barrera, permítaseme decirlo, lo que sucedió, y al día siguiente de la memorable boda, nos constituímos en observación.

Nuestro gabinete ha llegado á ser el terror de las mujeres. Algunas han solicitado, aunque indirectamente, nuestra alianza, mientras que otras nos envían anónimos llenos de amenazas de muerte. Ambas cosas nos han parecido en extremo agradables y entretenidas, pero ni con halagos ni con odios se vencen propósitos tan inquebrantables como los nuestros.

Hemos resuelto seguir llevando la más curiosa de todas las estadísticas y no cejamos en nuestra decisión.

La patria del amor es la juventud. Nuestra vejez nos prohibe desde hace tiempo la entrada, pero hemos puesto en sus fronteras una aduana, que no cobra derechos, porque esto sería infame, pero que registra á todos los pasajeros para satisfacer nuestra curiosidad.

Pues bien, nunca se ha despertado ésta en más alto grado que cuando el marqués de la Resolución entró una noche por las puertas del casino llevando del brazo á la bellísima Concha Amorós su legítima consorte, el primer lunes que siguió á la celebración de la boda.

El corazón humano tiene, según dicen, presentimientos, y nuestros corazones los tuvieron entonces. Se nos ofrecía un caso en que los sucesos no podían desarrollarse como se desarrollan y los vemos á cada momento. Ni aquel marido era de temple á propósito para que una mujer que llevara su nombre pudiese deshonrarlo impunemente, arrastrándolo por los lodazales del adulterio, ni ella, Concha Amorós, la más misteriosa de todas las mujeres, había de manejar una intriga de amores criminales de la manera corriente y vulgar que la llevan, permítaseme la frase, las adúlteras adocenadas.

Se trataba de una lucha en que no podían intervenir más que atletas de una y otra parte.

El mismo Mañara se declararía vencido, porque el hombre que luchase con ventaja contra el marqués de la Resolución para arrebatarle su presa, tenía que reunir cualidades excepcionales. Porque Concha no estaba unida con uno de esos ancianos á los que derrota cualquiera sin más armas que la juventud y la osadía. El seductor, si es que alguno se presentaba en el palenque, se nos antojaba un ser casi fantástico que reuniera á la irreprochable y varonil belleza de Apolo, la gracia de Ganímedes, el talento de Minerva, la...

– Basta de paganismo, – exclamó Zúñiga.

– ¡Si yo hubiera sido teniente! – dijo el general atusándose el bigote.

– Cuando usted era teniente, ó lo que es lo mismo, cuando era V. joven, no tenía más que las cualidades de Marte, y Conchita Amorós de seguro que le regala unas soberbias calabazas, – replicó Zúñiga, excitando las risas del auditorio.

– Pues V. lo mismo de agregado diplomático que de embajador, de joven ó de viejo, ha tenido sólo las cualidades de un botarate, – dijo Alvarez echando fuego por los ojos.

– ¡General! mire V. que la amistad... – empezó á decir Zúñiga muy recio.

– Basta, – interpuso el periodista: – prohibo las interrupciones porque llegamos á lo más interesante del relato.

Como iba diciendo, los marqueses de la Resolución vinieron desde el primer lunes á todos los del Casino y nosotros envolvimos al nuevo matrimonio en una verdadera red de averiguaciones. Analizábamos el gesto más insignificante, el más leve movimiento, y otros menos constantes hubiesen dado pronto por terminada su vigilancia, porque realmente la marquesa parecía invulnerable y acogía con la misma indiferencia á todos los galanteadores que la obsequiaban. El marqués, confiando sin duda en la fidelidad de su esposa, la llevaba del brazo hasta el sillón que ella elegía en el salón de baile y después, invariablemente, se encaminaba á las salas de juego donde tomaba asiento engolfándose en una partida de tresillo y se levantaba á las doce en punto, hora en que, regresando al salón, daba de nuevo el brazo á su mujer y ambos se retiraban con la sonrisa en los labios, sin que nada turbase la tranquilidad de tan ejemplar y metódica vida. Uno tras otro fueron desfilando ante la hermosísima marquesa, los hombres más distinguidos, los más afamados Tenorios de nuestra sociedad, cuyos triunfos figuraban en nuestra estadística, colocando sus nombres en primer término. Para ellos tuvo la amabilidad que imponen el trato y las reglas del buen tono, pero ninguno logró que la sultana arrojase su pañuelo.

En este estado las cosas, súpose en la población la próxima llegada de un hombre que despertó nuestra curiosidad ya dormida y cuya reputación era á propósito para reñir la última batalla. Se trataba de un capitán de húsares, que venía de España, precedido de envidiable fama en el país de la galantería.

Sabíase de él que tenía arrogantísima figura, realzada por su brillante uniforme; un valor nada común le había hecho terror de los carlistas en la Península y después de los insurrectos cubanos, pues en ambas campañas conquistó nuestro héroe sus grados y las cruces que adornaban su pecho. Pródigo de su hacienda y de su vida, lo mismo arriesgaba la una á los azares del juego, que exponía la otra á los de la guerra. Lo mismo, confiado en su buena estrella, hacía frente solo á veces ó con un puñado de valientes á numerosos enemigos, que en tiempo de paz pisaba los salones más aristocráticos enloqueciendo tres ó cuatro mujeres engañándolas á un tiempo sin temer esas venganzas femeninas, más terribles cuanto más arteramente disimuladas. Lucrecia Borgia, con aquel hombre, se hubiera guardado sus venenos, y Margarita de Borgoña en la torre de Nesle hubiese visto salir el sol teniendo el río que esperar inútilmente el cadáver que arrojaba la reina á los peces como resto de su orgía.

Llegó el capitán y el casino se apresuró á nombrarle socio transeunte. ¡Con cuánta curiosidad, con qué grande impaciencia nos preparamos todos para el primer lunes! Las mujeres dispusieron sus armas, los maridos sus recelos, los padres adoptaron el aire más severo que se encuentra en el repertorio de las familias, y nosotros tres llegamos aquella noche más temprano que de costumbre.

¡Qué baile! ¡qué espectáculo! Yo mismo me encargué de hacer la reseña en mi periódico y quedé, sin embargo, descontento del largo artículo que le consagré. Todo cuanto pueda decirse resulta pálido. La coquetería femenina quería deslumbrar al rey del amor, y si no lo consiguió no fué ciertamente por falta de brillantes, de ricas telas y de sobrehumanas bellezas. A las diez estos salones presentaban el aspecto de una *feerie*. A las diez y cuarto entraron los marqueses de la Resolución, él con su eterna sonrisa de hombre feliz, y ella destacando sobre todas las damas y venciéndolas con el imperio de su hermosura enloquecedora No llevaba ni un solo adorno, ni una flor, ni un brillante, ni un lazo.

Suponed que mañana un genio de las artes termina con inspirado cincel la perfecta hermosura que simboliza Venus; pero no la diosa de la escultura que muestra á todos la desnudez ideal que brotó del fértil suelo de la Grecia como rosa de robusto tallo abierta para resistir todas las impurezas del aire y todos los besos del sol, para vivir con la juventud eterna del mármol más que los tiempos y acaso después de la extinción de la raza humana; suponed sí que es Venus, pero que es también la Venus púdica, la diosa segura de que no hay ropaje capaz de ocultar el poderoso modelado de su cuerpo, la que no teme al atavío y cubre con él sus formas, sin más adorno que este mismo pudor puesto sobre la carne.

(Continuará)

LOS INVISIBLES

(Conclusión)

—He sabido que el tribunal que tan dignamente presidís ha condenado á la última pena á Oliverio Brusón por el supuesto asesinato del joyero Cardillac.

—El hecho está probado legalmente.

—Pues Oliverio Brusón no fué quien asesinó al joyero Cardillac ni hay tal asesinato.

El presidente se hizo atrás en su poltrona, como si las palabras del coronel lo hubieran empujado.

Muy luego compuso su actitud, desbaratada como hemos dicho por tal afirmación, y se limitó á mirar al conde en silencio, como si lo tuviera por loco, ó quisiera castigar con la fulguración de sus ojos á un cuerdo que se atrevía á echar así por tierra el juicio del tribunal.

El coronel sostuvo con audacia la fulgurante mirada del juez.

Hubo una pausa de silencio.

Después, dijo el presidente en son de cargo:

—¡Cómo que Oliverio Brusón no fué el asesino de Cardillac ni hay aquí tal asesinato!

—No, — contestó con la firmeza de la convicción el coronel.

—Pues, ¿qué hay aquí?

—Hay solamente un hombre que mató á otro en propia defensa, y ese hombre no es Oliverio Brusón.

—¿Pues quién diablos puede ser?

—Yo.

—¡Vos!

—Yo mismo.

El presidente miró á uno y otro lado como si buscara el auxilio de otros hombres de ley, que le explicaran lo que él daba por absurdo; pero encontrándose solo y aturdido, levantó la sesión diciendo:

—Señor conde, siento no poder ya teneros la consideración que particularmente me merecen vuestro título y empleo; pero mis altas funciones me imponen deberes que he de cumplir severamente. Quedáis preso á disposición del tribunal.

El coronel entregó su espada y fué conducido á un calabozo.

V

Aquella misma noche el rey Luis XIV recibía en audiencia privada á la vieja poetisa Scuderi, la cual no había podido volver aún de su asombro, y el carácter de las revelaciones que le hizo para obtener el perdón de Oliverio Brusón, hubo de trasmitir el propio asombro al ánimo del mismo rey.

—Sí, sí,—decía Luis entre mil exclamaciones de sorpresa,—algunas extravagancias suyas hacen verosímil el hecho; pero no lo creo, no quiero creerlo todavía; hay muchas otras circunstancias que lo niegan. No puede ser. ¡Oh! si fuera posible semejante perversión del genio, sería menester dudar hasta de Dios, origen de toda luz. Dejadme en paz, —dijo al fin levantándose y dando por terminada la audiencia;—dejadme en paz por esta noche. He de hablar con La Reynie, y con más conocimiento de causa y más tranquilidad de espíritu resolveré lo que convenga hacer sin faltar á la justicia.

Luego que la Scuderi salió de la real cámara previno el rey de mal humor á un gentil hombre, que no quería ver ni oir á nadie aquella noche, pues necesitaba reposo y quería recogerse temprano.

– ¿Ni al presidente La Reynie?—se atrevió á decir el gentil hombre.

– Tampoco,—contestó el rey irreflexivamente.

Luego añadió:

– ¿La Reynie? ¿Quién os ha inspirado esa idea?

– El mismo, señor.

– ¿Está en palacio?

– Dos horas ha que espera en la antecámara.

– Que entre La Reynie.

Y el rey se sentó otra vez.

El rígido presidente del tribunal de sangre y fuego, de la *Cámara ardiente*, no iba, como la Scuderi, á pedir gracia por nadie, resuelto siempre á administrar estricta y severa justicia: su visita tenía por único objeto dar satisfacción al rey por la providencia á que lo había obligado su deber reduciendo á prisión al conde de Miosséns, coronel de la guardia real.

Pero ya en esto, tuvo que entrar en explicaciones sobre la causa de esta medida, necesaria para esclarecimiento del hecho, participándole la inverosímil revelación del coronel que hacía suya toda la responsabilidad de la muerte del joyero.

No hay para qué decir la profunda impresión que hizo en el ánimo del rey, ya predispuesto por la Scuderi, revelación tan absurda, como en su enojo decía el presidente, que veía ya desvanecidos todos sus cálculos y juicios.

El rey se sintió mal y despidió á La Reynie, metiéndose luego en cama. Pero lo citó para la noche siguiente, curioso de penetrar del todo aquel singular y pavoroso misterio.

El rey soñó aquella noche una lluvia de diamantes, sino que al recogerlos se convertían en gotas de sangre.

Estuvo luego desvelado mucho tiempo, á vueltas con las tristes ideas que perturbaban su espíritu.

Cuando pudo conciliar el sueño, volvió á soñar lo mismo, pero en inversa forma: soñó una lluvia de sangre, cuyas gotas se convertían al caer en espléndidos diamantes.

El sueño lo preocupó todo el día y deseó que llegara la noche para hablar con La Reynie.

La Reynie no se hizo esperar ni mucho menos, pues á fuer de celoso y puntual servidor, esperaba en la real antecámara mucho tiempo antes de la cita.

Mucho departieron juez y rey sobre la cuestión de hecho y de derecho, aunque previas las salvedades de respeto, no siempre estuvo de acuerdo con el rey el inflexible juez, que lejos de inclinarse á la gracia, pronunciaba siempre el suplicio para Oliverio, si no como reo, como cómplice.

Más y más interesado el rey en la solución de asunto tan espinoso, y deseando ver y palpar por sí mismo, manifestó su voluntad de someter á Brusón á un interrogatorio hecho en su real presencia; y al propósito se señaló la hora para el día siguiente y se convino en la forma y precauciones con que había de realizarse reservadamente esta especie de juicio.

VI

Cuando Oliverio Brusón, en un carruaje cerrado, llegó al palacio real, estaban tomadas por piquetes de soldados todas las entradas y salidas, el patio, la escalera, los corredores, la antecámara y las cuatro puertas de la cámara real, como si fuera un oso, un tigre, ó un león el que iba á dejarse suelto.

Brusón, sin embargo, quedó en medio de la cámara atado de pies y manos.

Con tales y tantas precauciones bien podía estar tranquilo Luis el Grande.

Luis el Grande estaba sentado á una mesa, que ponía también obstáculo á toda acometida del reo, á quien después de todo, tenían sujeto dos soldados.

El rey tenía á su lado como asesor de derecho al presidente La Reynie y á su espalda hasta una docena de guardias.

– Jurad, – dijo el rey abriendo el juicio, – jurad por Dios decir la verdad en cuanto fuereis preguntado.

– Juro, – contestó Oliverio con voz apagada.

– Se os acusa de haber asesinado al joyero Renato Cardillac, vuestro maestro.

– No es cierto. Yo que rondaba á la sazón su casa por mis honestas relaciones con su hija, no hice sino auxiliarlo, cuando al encontrarme el maestro mal herido me rogó que lo sostuviera y ayudara á entrar en su vivienda.

– Consta en autos que el honrado Cardillac no salía de su casa después de las nueve de la noche, á cuya hora él mismo cerraba la puerta de la calle, que nadie oyó abrir aquella infausta noche.

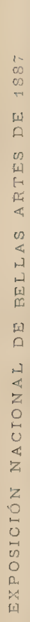
– Es cierto que el maestro cerraba su puerta á las



UN POETA EN EL SIGLO XV, cuadro de Barbudo



MISERIAS DE LA VIDA (cuadro de Emilio Sala)



LA INVASIÓN DE LOS BÁRBAROS, cuadro de Ulpiano Checa (medalla de primera clase)



LA PATRICIA, cuadro de Alma Tadema

nueve todas las noches; pero no lo es menos que salía, cuando le acomodaba, por una escapatoria secreta que sólo él y yo conocíamos.

La Reynie tomó nota de este dato.

El rey continuó preguntando de acuerdo con su asesor.

—¿Cómo pues se encontró en vuestra mesa de trabajo el puñal ensangrentado, cuerpo del delito?

—El maestro traía el puñal en la herida y no quiso sacárselo ni que yo se lo sacara hasta que estuvo dentro de su casa temiendo morir en el acto, como así sucedió, cuando él se lo sacó con su propia mano. Entonces yo lo recogí del suelo con la idea de conservar un recuerdo de su triste fin.

—¿Sabéis quién le mató?

—El maestro se negó á decírmelo; pero he sabido extrajudicialmente que le dió muerte en propia defensa el marqués de Miosséns, coronel de la guardia real, según ha confesado él mismo ante el tribunal con el noble deseo de que no pague por él un inocente.

—¡Inocente! – exclamó el rey moviendo la cabeza. – Hay sospechas muy fundadas de que sois ó habéis sido el corifeo de esa cuadrilla de ladrones llamados los *Invisibles*, cuyos misteriosos crímenes han tenido consternado á todo París hasta el día de vuestra prisión, día en que quedaron desconcertados como heridos en la cabeza.

—¿Y por qué no hasta la muerte de Cardillac?—dijo el acusado con intención que comprendió muy bien el rey.

Sin embargo se limitó á preguntar, como si no lo hubiera comprendido:

—¿Qué quiere decir eso?

—Señor, aquí no ha habido tales *Invisibles*, ni más cuadrilla de ladrones que un hombre solo.

—¡Un hombre solo!—exclamó el rey con asombro.

—Sólo un hombre.

—¿Y él ha bastado para cometer tantos y tan misteriosos crímenes como recuerda con horror la memoria de las gentes honradas?

El acusado hizo una afirmación con la cabeza, como cediendo á la necesidad.

—¿Y quién es ese monstruo?—preguntó el rey.

—Señor,—contestó el acusado en visible y dolorosa lucha interior, el honor de una familia con la que había yo de emparentar ha sellado mis labios hasta aquí sobre este punto, aun ante el amago del tormento. ¿Es lícito deshonrar á una familia, sacrificando al mismo tiempo el corazón?

—No os metáis en esos repulgos y decid la verdad á que os habéis obligado por juramento, sirviendo así la causa de la justicia, que es la causa del rey, vuestro amo y señor. Después de todo, no temáis nada por esta parte: yo soy el honor.

Sucedió una pausa de silencio.

—¿Qué esperáis?—dijo el rey impaciente.—Responded.

—Preguntad.

—¿Quién es ese monstruo?

—Renato Cardillac,—contestó el acusado en voz baja.

El asombro del rey llegó á su colmo.

—¡Qué horror!—exclamó cubriéndose los ojos.

Después cruzó algunas palabras con La Reynie, y en su virtud dirigió en son de amenaza esta advertencia al acusado.

—No olvidéis que es un mandamiento de Dios no levantar falso testimonio ni mentir.

—Renato Cardillac,—contestó el acusado en alta voz.

—No olvidéis que al calumniador se le arrancará la lengua por mano del verdugo.

—Renato Cardillac,—volvió á decir el acusado.

—¡Qué horror!—repitió el rey.

Después de una pausa y de otro consejo de su asesor, añadió:

—Explicadnos ahora vuestras relaciones con Renato Cardillac, sin faltar á la verdad, de la cual resultará necesariamente, que si no reo, sois cómplice de esos misteriosos crímenes de que estáis tan enterado. La impostura empeorará vuestra situación: la verdad acaso encuentre gracia en nuestra Real clemencia. Hablad.

El acusado tomó la palabra y dijo:

—Estoy ya resuelto á decir toda la verdad y á pagar por mi parte lo que deba á la justicia. Yo, pobre artista, vine de Génova á París en busca de acomodo y lo hallé á poco en el taller del famoso Renato Cardillac; sino que habiendo sorprendido el padre mis honestas relaciones de amor con su hija, me despidió de su casa rudamente. El amor pudo más que mi despecho y varias noches fuí á rondar la casa del maestro con la esperanza de ver á su hija Madelón. Hay en la casa de Cardillac una alta pared cortada por nichos con mutiladas estatuas, y una noche estaba yo junto á una de ellas mirando á las ventanas de la casa que daban al patio, cuando de pronto ví luz en el taller del maestro. Como era ya media noche y Cardillac se acostaba á las nueve, sentí grande inquietud pensando que alguna circunstancia extraordinaria me iba á franquear la entrada facilitándome el medio de hablar con Madelón. Pero la luz desaparece muy luego, me estrecho contra la estatua en el fondo del nicho y retrocedo con terror, sintiendo un movimiento opuesto al mío, como si la misma estatua se animara. A la luz de los astros veo que el pedestal gira lentamente y que detrás de la estatua aparece una figura sombría que avanza á paso ligero en la calle. Arrastrado á mi pesar por un secreto impulso me deslizo detrás de aquel hombre, que al llegar cerca de la imagen de la Virgen, alumbrada siempre por un farol, se vuelve á reconocer el terreno y me deja ver su cara. Era Cardillac.

—Adelante.

—Dominado por una curiosidad irresistible me es preciso seguir á aquella sombra nocturna, á aquel sonámbulo acaso. Cardillac sigue su marcha directa, después da un rodeo y desaparece en la sombra. Me oculto yo cautamente en otra sombra y siento luego una tosecilla que me advierte que el maestro espera allí bajo el pórtico de una casa. Algunos momentos después, se oyen los sonoros pasos de un hombre que calzaba espuelas y bajaba la calle cantando á media voz tranquilamente. Como un tigre salta sobre su presa, así saltó Cardillac sobre su víctima, que instantáneamente quedó tendido en tierra, sin dar más que un sordo gemido. Corrí entonces hacia el grupo y ví á Cardillac despojando al caído,—¡Maestro!—grité,—¿qué habéis hecho?—¡Maldición!—gritó él á su vez con voz sorda, viniéndose hacia mí en actitud imponente; pero no me hostilizó, y siguió corriendo en silencio hacia su casa.

El rey y La Reynie se miraron horrorizados.

—Adelante.

Oliverio continuó:

—Poseído de horror por lo que había visto por mis propios ojos, me retiré á mi buhardilla, donde caí en un sueño tormentoso. Al despertar por la mañana, ví con el mismo horror sentado junto á mi camastro al maestro Cardillac.—¿Qué queréis de mí?—le pregunté desviando y hasta tapándome los ojos. El maestro no contestó á mi pregunta; dejó pasar unos momentos en silencio y después me dijo sonriendo que echáramos pelillos á la mar; que si había sido injusto conmigo echándome de su casa, me daba honrosa satisfacción yendo personalmente á solicitar mi vuelta al taller, donde no me haría falta nunca trabajo y siempre me sobraría honra y provecho; y en fin que para sellar el nuevo pacto, me prometía la mano de su hija. ¡Que Dios me perdone y haga conmigo lo que quiera la justicia humana! Yo no sé lo que pasó por mí ni cómo en un momento me encontré en casa del maestro, cuya hija me recibió con los brazos abiertos. Fácilmente se puede imaginar la situación que con esto vine á crearme: el primer paso estaba dado y no podía ya retroceder.

—Adelante.

—Todavía entré más en la confianza del maestro, el cual me dijo un día: La casualidad ha puesto entre tus manos el gran secreto que ni sospechar pudo nunca La Reynie y sus satélites: me sorprendiste en aquella obra nocturna, á que mi mala estrella me impele irresistiblemente; también tu mala estrella te asocia ya á mí, y en la situación en que te encuentres puedes saberlo todo.

«Desde mi infancia, – me dijo con voz sorda Cardillac, – el oro y los diamantes tenían para mí mágico atractivo, pero no se me corrigió apartándome de esta tendencia, dándola por una niñería. Después tomó otro carácter, pues me puse á robar oro y joyas dondequiera que las encontraba, y como el conocedor más ejercitado sabía por instinto distinguir la pedrería fina de la falsa; á ésta no tocaba ni tampoco al oro acuñado. Las duras correcciones de mi padre me tuvieron á raya algún tiempo;

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1887



PRIMAVERA, cuadro de E. Pelayo Fernández (medalla de segunda clase)

pero luego, para manejar á mis anchas el oro y los diamantes, me metí á joyero, y trabajando con pasión y ahinco, llegué á ser en breve el primer artista de mi profesión.

»Aquí comienza una época en que mi inclinación innata y mucho tiempo comprimida estalla violentamente y devora con su propia fuerza todo lo que se le opone. Cuando, acabada ya una joya, la entregaba á quien me la había encargado, sentía una inquietud, un despecho verdaderamente doloroso, que me quitaba el sueño y la salud, amargando todas las alegrías de mi vida. De noche y de día veía levantarse ante mis ojos, como un espectro importuno, la misma persona para quien había trabajado llevando en sus manos la joya hecha por las mías, mientras una voz penetrante y siniestra me gritaba al oído: ¡Es tuya, tuya es esa joya! ¡Recóbrala! ¡Los muertos no necesitan joyas!

»Entonces comencé á ejercitarme en el robo, y teniendo entrada en las casas de los ricos, aproveché hábilmente todas las ocasiones. Ninguna cerradura se me resistía, y así entré en posesión de los diamantes que yo mismo había montado. Pero esta conquista no acababa de satisfacer mi ansiedad, mi pasión por las joyas, y la misma voz penetrante y siniestra seguía gritándome al oído: ¡Adelante! ¡adelante!

»No sé cómo sucedía que sintiera yo en mi corazón un odio mortal contra los que me encargaban una obra; ello es que en el fondo de mi ser se despertaba contra ellos una sed de sangre que á mí mismo me hacía temblar. Por aquel entonces compré yo esta casa, y cerrado ya el trato, me descubrió el antiguo dueño una secreta salida. A vista de este ingenioso medio para salir ocultamente á la calle, se levantaron en mí confusos pensamientos: parecíame que esta invención se había preparado para ayudarme en los empeños á que me veía empujado irresistiblemente.

»Acababa de entregar á un rico cortesano,—añadió Cardillac bajando más la voz,—un rico aderezo destinado á una bailarina de la ópera, y el implacable aspecto de la muerte no me dejaba ya; el espectro me seguía los pasos; el demonio gritaba á mi oído. Volví á mi casa agitado por la fiebre, bañado de sudor frío, y me revolvía en la cama sin poder conciliar el sueño: una visión me representaba al cortesano arrojando á los pies de una infame bailarina la obra de arte creada al calor del genio. Arrebatado por la rabia, me levanto, me arrebujo en mi capa, me precipito por la escalera secreta y salgo á la calle de San Nicasio. No era una ilusión: el cortesano pasaba en aquel momento por allí, y lanzándome sobre él, le hundí el puñal en el corazón y recobré los diamantes. Cumplido este sangriento acto,—tuvo valor de decirme el maestro,—sentí un reposo, un bienestar interior que nunca había sentido: el fantasma había desaparecido; la voz del demonio cesó de gritarme al oído. Entonces comprendí lo que quería mi mala estrella: era preciso ceder ó sucumbir.»

El rey miró otra vez horrorizado á La Reynie, horrorizado también, aunque parecía ya curado de espantos.

—Continuad.

—Encerrado yo en este laberinto de crímenes, atormentado á un mismo tiempo por el amor y el despecho, por un sentimiento de felicidad amargada siempre por el terror, me asemejaba á un condenado á quien sonriera un ángel mientras el demonio le atenaceara el corazón; y pensaba á veces en huir, y á veces en suicidarme; pero la inocente Madelón...

El acusado se interrumpió sollozando.

Después continuó:

—A pesar de mi horror á la casa del maestro, siempre me quedaba al lado de Madelón, y así fuí entrando más y más en las confidencias del maldito de Dios, que posee ya mi alma como un demonio.

—Sois pues cómplice en los crímenes de Cardillac,—dijo el rey asesorado por La Reynie.

—Lo seré por mi debilidad, pero no se mancharon mis manos con una gota de sangre ni se guardaron nunca un diamante.

—Pues, ¿cómo si no le ayudabais en sus maldades, no quitó de en medio el testigo de su primer crimen un hombre tan poco escrupuloso como Cardillac y tan diestro en el manejo del puñal?

—Cardillac no odiaba sino á los que poseían sus diamantes, y aun así, sólo mataba á los fuertes, limitándose á aturdir de un puñetazo á las mujeres y á los hombres débiles. Tampoco temía mi delación, porque, según me dijo, nadie hubiera creído mi testimonio, que hubiera vuelto contra mí la opinión pública indignada, mientras siéndole fiel obtendría la mano de su hija.

—¡Qué cúmulo de maldades!—exclamó el rey levantándose con enojo.—No he de dejar piedra sobre piedra en la casa de Cardillac y en su solar sembraré sal y ceniza. Y ¡ay de sus cómplices también, si algún ángel enviado por Dios no desarma el brazo de mi justicia!

Aunque enviado por la Scuderi, que estaba solapada entre cortinas, un ángel fué el que entró en esta oportunidad. Era la hermosa Madelón, blanca, pálida, trasparente, luminosa, divina en su augustia y desesperación.

—¡Señor, señor de mi alma! ¡perdón!—exclamó llorosa y medrosica, cayendo á los pies del rey.

El rey la levantó admirado de su hermosura y quedó la joven desmayada en los reales brazos.

—¡Cuán bella es!—dijo contemplándola á su sabor Luis XIV, que era hombre competente en la materia.

Y mandó despejar.

Mad. de Maintenón se encargó de la desmayada, y la Scuderi, que sabía aprovechar todas las ocasiones, pidió gracia para Oliverio.

—Siento,—contestó el rey,—siento mi real ánimo inclinado á la clemencia; pero es cómplice de todos los crímenes de Cardillac por una debilidad que puede resultar interesada

—Mi único interés era el amor, Sire,—contestó Oliverio.—Si otro hubiera sido, no estaría ahora aquí en tan triste situación. Mil veces tuve ocasión de huir con las rique-



PAISAJE, cuadro de J. M. Marqués

zas del maestro; y sin ir más lejos, la noche de autos, desde las doce hasta bien entrado el día siguiente tuve sobrado tiempo para recoger su tesoro, que al fin no es muy embarazoso un tesoro de diamantes, aun siendo tan cuantioso, y huir adonde no se supiera más de mí.

El gran rey Luis XIV sintió su real ánimo más y más inclinado á la clemencia.

—¿Tantos diamantes dejó el maestro?—preguntó con cierto interés.

—¡Oh!—exclamó Oliverio prolongando su exclamación de la manera más gráfica. - Tenía él más diamantes que la corona real.

—¿Y dónde están?

—Yo solo sé el escondrijo.

—¿Y están intactos?

—Ya dije, señor, que mis manos no se han manchado con una gota de sangre ni guardaron nunca un diamante.

—En hora buena. Si tan honrado eres, mañana mismo estarás en libertad por gracia de mi real clemencia.

———

El día siguiente quedó efectivamente Oliverio en libertad y á los quince se unía con Madelón bajo los más altos auspicios.

C. N.

EL ENFRIAMIENTO DEL PLANETA

I

Un solo hecho no constituye ciencia; pero un conjunto de hechos coincidentes en determinado sentido presenta firme fundamento para inducciones científicas de la más perfecta seguridad.

Gracias á los últimos modernos adelantos nosotros no estamos ya en comunicación con el universo por el solo sentido de la vista y los aislados recursos de la óptica común.

El ANÁLISIS ESPECTRAL del sol y de las estrellas nos evidencia que todos esos luminares contienen sustancias existentes en el globo que habitamos. El examen de los aerolitos ó uranolitos confirma los datos de la espectroscopia, pues la química nos demuestra que esos cuerpos resultan constituídos por las mismas sustancias existentes en los soles. El estudio de los movimientos de tantos y tantos cuerpos celestes nos hace ver que todos ellos están sujetos á las simplicísimas leyes de la gravitación universal; de manera que, por el testimonio de los sentidos y por las leyes del cálculo, nos vemos obligados á admitir que nuestro planeta no forma una excepción en el concierto de los astros del Universo.

Las fases de la vida del ser humano se nos ofrecen al estudio, no en un individuo aislado, sino en la gran totalidad del conjunto. Sería imposible el conocimiento del ser habiendo de seguir paso á paso la aislada evolución de una sola individualidad. ¿Quién podría tener esperanza de llegar á ninguna conclusión, estudiando á un niño desde su nacimiento, y, continuando las investigaciones hasta el instante de acompañarlo á la tumba, cadáver ya de un decrépito anciano? Pero el conjunto vence los inconvenientes del tiempo, presentando masas de niños, hombres, mujeres y viejos en toda la inmensidad de sus casos normales y anormales.

Lo mismo respecto del estudio del Universo. En el conjunto se presentan todos los casos de la evolución. ¡Allá, masas de materia difusa y nebulosas de extensión incalculable! ¡Allí luminares de brillantez perfecta! ¡Acá astros de espesísimas atmósferas absorbentes, y, por tanto, de coloraciones especiales! ¡todos dotados de energías inmensas; todos constituídos por idénticas sustancias, acaso sólo variables en la proporción de sus cantidades respectivas; unos acercándose á nosotros desde los abismos del espacio; otros alejándose con velocidades portentosas!

No: nuestro planeta no forma una excepción en la armonía de los mundos; y en las regiones solares y ultra-solares está escrita la historia de los cambios evolutivos de la vida del globo que habitamos.

La forma esférica y el aplanamiento de nuestros polos, como aparece en los planetas que mejor podemos observar, acusa una época de plasticidad de la masa terrestre, en que, obedeciendo á la acción de la fuerza centrífuga, pudo adquirir esa esfericidad y ese achatamiento. Pero semejante plasticidad no es concebible sino admitiendo una época de temperatura elevadísima, cuyo calor ha ido perdiéndose por irradiación en serie portentosa de siglos, hasta llegar al estado de rigidez que hoy presenta la costra de nuestro globo. Y, como todo cuerpo caliente ocupa más espacio que cuando se enfría, de aquí que, por causa de su primordial elevadísima temperatura (y prescindiendo del aumento debido á la materia de los aerolitos) el volumen de nuestro globo ha sido enormemente mayor que lo es en la actualidad.

Pero todo nuestro globo no ha podido contraerse uniformemente. La costra terráquea recibía inmensas cantidades de calor; así del interior de nuestro globo, procedentes de la inmensa masa colocada en el centro del planeta; como del exterior, procedentes del sol, centro de nuestro sistema astronómico. La tierra, mientras tanto, irradiaba calor por las frías regiones interplanetarias; de modo que el proceso del enfriamiento de la corteza terrestre tenía que ser necesariamente diferencial. Por una parte, pérdida de calor por irradiación en los espacios interplanetarios: por otra, adquisición de calor procedente del interior y del exterior; esto es, del núcleo interno y del sol. Este proceso llegó alguna vez á su equilibrio en época geológica bien distante de nosotros; pues la vida comenzó en la tierra durante el período que los geólogos denominan cambriano; y bien sabido es que la vida no es posible sino entre límites de temperatura muy cercanos. De donde resulta imponerse la necesidad de creer que la temperatura de la corteza terrestre no ha variado sensiblemente desde hace mucho tiempo.

Y he aquí cómo se llega á una gran inducción, fatal y necesaria. La tierra gasta por irradiación en el espacio cantidades inmensas de energía, recibidas del sol y del centro mismo del planeta. Consume todo lo que recibe, puesto que el saldo da el equilibrio de temperatura; pero el capital de calor interior tiene que ir disminuyendo rapidísimamente, toda vez que no existe calor de compensación. De aquí que el centro de nuestro globo se enfríe y se contraiga considerablemente; mientras que la corteza terrestre, formada de rocas mal conductoras del calor y siempre á la misma temperatura, permanezca invariable en sus dimensiones: de aquí la necesaria é ineludible formación bajo la corteza terrestre de inmensas oquedades; y de aquí el arrugamiento, deformaciones y dislocación en valles y montañas de los materiales constitutivos de la superficie terráquea, cuando, habiéndose quedado en hueco y formando inmensas bóvedas, no tienen esos materiales de la costra la fuerza necesaria para resistir la inmensa compresión de los unos contra los otros; y, cediendo y plegándose por las líneas de menor resistencia, caen á llenar las cavidades originadas por la contracción del enfriamiento.

He aquí el origen de los movimientos constantes del suelo, y la causa de las continuas transformaciones de la superficie del planeta. He aquí la causa secular é ineludible de los constantes temblores de la tierra y de los tremendos cataclismos de los grandes terremotos.

II

Esta profundísima teoría, fundada en causas cósmicas, es decir, en el enfriamiento del interior y en la constancia de temperatura de la superficie del planeta,—ha sido perspicuamente expuesta en un trabajo del señor don José Macpherson, notable por su profundidad y por la sobriedad de la forma, al dar cuenta de los últimos terremotos de Andalucía.

Y es lo notable de esta profunda síntesis que ella explica á la vez los fenómenos de los terremotos y los de la existencia de los volcanes.

He aquí en qué términos los explica el autor entrando en pormenores.

La costra exterior del planeta, adaptada un día á un globo de un cierto diámetro, encontrándose á una temperatura relativamente constante, sobre un núcleo cuyo volumen disminuye por la contracción del enfriamiento, tiene por su gravedad que volver á adaptarse al núcleo interior que se contrae.

Si los materiales constitutivos de la parte exterior del globo fueran de sustancia plástica y homogénea, claro está que la adaptación se verificaría por igual, aumentándose la densidad de tal sustancia al amoldarse sobre la masa interna que disminuye de volumen; pero, en vez de esto, sucede que los materiales, no sólo no son homogéneos, sino que son relativamente rígidos; y de aquí ocurre que la adaptación se verifica de una manera irregular.

En este trabajo de adaptación y plegamiento de la masa exterior sobre la interna, resultarán unos parajes de mayor fragilidad relativa; y á estos será á los que tocará en suerte el tener que plegarse, comprimirse y ajustarse, para ocupar el menor espacio posible, cuya compresión puede llegar á un límite que supere á la resistencia de aquellos que por largo tiempo resistieron al empuje lateral, y que á su vez cedan el puesto á los que en un principio cedieron entre sus resistentes masas; proceso de adaptación que, comenzando en los primeros albores de la vida geológica del planeta, no puede darse por terminado todavía, y que explica toda esa serie de fenómenos que con los nombres de levantamiento de montañas, volcanes y terremotos, mantiene en constante proteísmo la superficie del planeta.

Si la adaptación se verifica de una manera tranquila y regular, los estratos se plegarán gradualmente sobre sí mismos; y cuando su tensión pase de cierto límite se romperán; y, deslizándose unos fragmentos sobre otros, bajarán ó subirán en la vertical, produciéndose las fracturas conocidas en geología con el nombre de fallas.

De este nunca interrumpido trabajo resultarán todos esos accidentes del terreno que, ya en forma de cordillera, los agentes atmosféricos se encargarán de modelar y nivelar otra vez con el suelo, ó que ya en forma de depresiones, esos mismos agentes se encargarán de rellenar con los materiales procedentes del desgaste de las masas montañosas; y todo este trabajo, cuya suma nos llena de asombro y estupor, ocurrirá de una manera tan suave y gradual, que su incesante laboreo pasará por completo inadvertido para los seres que moren sobre esos frágiles lugares de nuestro globo; como sucede hoy día, por ejemplo, á los habitantes de la Escandinavia, país que, sin que nadie lo perciba, ejecuta, sin embargo, un movimiento de báscula notable.

Pero otras veces sucede que la adaptación no se efectúa con regularidad.

Si sucede, por ejemplo, bien por la rigidez de los materiales adaptables ó por otra causa cualquiera, que la masa interna disminuye de volumen con mayor rapidez que la externa tarda en ajustarse sobre ella, resultará un retardo en la adaptación, cuya consecuencia inmediata tiene que ser la formación de oquedades á una cierta profundidad de la superficie; y, cuando el peso de la masa suprayacente supere á la resistencia de las rocas inferiores y la bóveda se rompa, entonces el retardo en la adaptación experimentado por una parte de la corteza exterior del planeta se verificará repentinamente y con violencias, produciéndose una gran conmoción en aquella parte del globo, que se transmitirá á mayor ó menor espacio de las partes superiores, como un movimiento vibratorio de las más deplorables consecuencias.

La extensión é intensidad con que la vibración puede sentirse en la superficie dependerá naturalmente tanto de la importancia de la conmoción interna como de la distancia á otros lugares, así como de la mayor ó menor solidez de los materiales constitutivos de la parte de costra terrestre en que se experimente la oscilación. Y á veces es esta extensión tan considerable que, como aconteció en el famoso terremoto de Lisboa en el pasado siglo, la superficie movida fué equivalente á cuatro veces la del continente europeo.

Además de los temblores debidos á esta causa verdaderamente cósmica y profunda, existen otros que á veces adquieren proporciones gigantescas y que proceden de otras causas, aunque no del todo independientes del enfriamiento secular del globo.

Prescindiendo de los que pueden resultar de la disolución de los estratos inferiores, cuyos efectos por ser eminentemente locales y someros no pueden confundirse con los cataclismos destructores de comarcas enteras, merecen particular atención los debidos á las manifestaciones volcánicas.

Como consecuencia también de la contracción secular del planeta, resulta que por las quiebras y fracturas que en el trabajo de acomodación se verifican, penetran las aguas á grandes profundidades, y éstas, cuando llegan á sitios en que la temperatura es lo suficientemente elevada, generan toda la serie de fenómenos que conocemos con el nombre de manifestaciones volcánicas.

Cuando el agua en cantidad suficiente llegue á ciertos sitios donde la temperatura pase de un límite determinado, bien por ser esa temperatura la propia de la tierra á cierta profundidad, ó bien por haberse exagerado á consecuencia del trabajo destruído durante el proceso de la contracción, entonces ha de suceder, que, ya convirtiéndose en vapor, ya permaneciendo en estado líquido cuando la densidad del vapor sea igual á la del estado líquido, la tensión llegará en todo caso á proporciones colosales.

Cuando la tensión existente en el foco volcánico supere á la carga de las rocas suprayacentes, éstas cederán por el punto de menor resistencia, y se establecerá una comunicación entre el foco y el exterior.

Relevados los vapores de la presión que los sujetaba, harán explosión al exterior; y, levantando al mismo tiempo las rocas fundidas del interior y derramándolas por la superficie terrestre, reducidas en sus paroxismos explosivos á menuda arena, producirán para los aterrados habitantes toda esa serie de manifestaciones á que los lugares volcánicos están expuestos.

Excusado es decir que, mientras tanto, las condensaciones y explosiones sucesivas de vapores en la profundidad del foco, los hundimientos de bóvedas y las oquedades que por la fusión de las rocas pueden resultar, así como los efectos de tensión que en sitios plegados y destrozados de antemano pueden ya existir, mantendrán en constante conmoción los lugares circunvecinos. He aquí, pues, otra clase de grandes causas generadoras de los terremotos, que, si no con toda la generalidad de la primera, se extiende, sin embargo, á espacios en extremo considerables.

Como prueba de la íntima conexión existente entre las manifestaciones volcánicas y las partes relativamente frágiles de la corteza terráquea (que, en último resultado, son las que de preferencia forman nuestras más altas cordilleras) basta fijarse en la repartición sobre la tierra de estos focos explosivos; pues con una constancia verdaderamente notable, aparecen siempre relacionados con las grandes cordilleras, sobre todo, cuando éstas se hallan en la vecindad de los mares ó en las islas que afloran en los grandes océanos.

Las consecuencias que de toda esta doctrina saca el señor Macpherson son las siguientes:

Si se admite que, por radiación en el espacio, pierde calor el globo terrestre, y que, por tanto, se halla sometido á la ley general de los cuerpos que se enfrían, lógicamente se deduce que levantamientos de montañas, volcanes y terremotos, son todos la consecuencia de una misma causa: el *enfriamiento* secular de nuestro globo:

Que los terremotos pueden ser efecto simplemente de un retraso en la adaptación y ajuste de las rocas superiores sobre la masa interna, ó de los fenómenos volcánicos; y, en ciertos casos, de ambos fenómenos á la vez:

Y que, como regla general, los terremotos dependientes de las manifestaciones volcánicas son más limitados en su esfera de acción que los dependientes de las irregularidades de adaptación de las rocas superiores.

E. BENOT



MARTA Y MARGARITA, cuadro de A. Liezen-Mayer



El puerto visto desde la Escuela Naval

Stora Hamngatan (vía septentrional del puerto

GOTENBURGO Y SUS ALREDEDORES

Excursión veraniega en la Suecia occidental

POR HANS VON SPIELBERG

El vapor «Christiania,» en el que fuí de Copenhague á Gotenburgo, hizo una excelente travesía, y no sólo el Sund, sino que también el temido Kattegat estuvieron tersos como un espejo.

Describiendo extensa curva se deslizó fuera del animado puerto dinamarqués. El sol iluminaba con todo su esplendor la verde costa de Zelandia y las preciosas quintas y casas de recreo de Charlottenlund, Klampenborg y Skodsborg; y en el lejano Oriente veíamos la costa sueca, aunque envuelta todavía en ligera niebla matutina. Pasamos por delante de la misteriosa isla de Hveen, donde en otro tiempo Tycho de Brahe construyó su Sternenburg (Castillo de las Estrellas) en parte subterráneo: luego surgen á nuestra vista las casas de Helsingör y las almenas de Kronenborg, que evocan pasados esplendores. No es el mítico sepulcro de Hamlet en el cercano parque de Marienlyst, ni los paseos nocturnos del noble príncipe en la terraza de Kronenborg, con el obligado acompañamiento de apariciones de espíritus, lo que traen esas almenas á mi memoria, sino el hecho más positivo del peaje del Sund, para cuya exacción habría establecido Dinamarca las baterías de Kronenborg, como guardianes de aquel azulado mar. Esplendor y poderío que han desaparecido y de los cuales sólo hacen memoria hoy los pináculos y torres del antiguo castillo, en cuyos subterráneos se halla oculto, según tradición popular, *Holger Danske*, el héroe nacional danés, aguardando la hora de sacudir las cadenas que le sujetan y presentarse para elevar á su Dinamarca á nueva grandeza.

Pasado Helsingör se ensancha la perspectiva. La costa de Zelandia va desapareciendo, y en cambio la punta extrema de Escania, el pelado y rocoso promontorio de Kullen avanza cada vez más en el mar que, bramando é hirviendo en blanca espuma, azota la base de la desgarrada masa de granito. Bien haya á los marinos á quienes desde lo alto de la sierra envíe hoy el *Kullensfyr* (faro de Kullen) sus luminosos rayos sobre aquel mar, señalándoles los bajíos á lo largo de la costa y las peñas desprendidas de Blä Kullen, que encantadores y espíritus malignos han sembrado en el camino de los navegantes precisamente allí á la entrada del bonancible Sund. «Se fué á Blä Kullen,» era antaño eufemismo proverbial en Zelandia para significar que un hombre se había ahogado.

Sucesivamente va desfilando toda la costa á ambos lados hasta desaparecer por completo, primero en el Oeste y luego hacia el Este, y durante largas horas surca el vapor el inmenso mar, seguido siempre de sus fieles acompañantes, las incansables gaviotas, sin que la vista encuentre otro punto de reposo fuera del caprichoso juego de las coronas de espuma en lo alto de las ligeras y acompasadas olas. Mas no siempre se presenta el Kattegat tan tranquilo como en este día: yo mismo le he visto en tal acceso de verdadera furia de mar septentrional, que los más viejos marineros tenían que agarrarse fuertemente sobre cubierta para no ser barridos por las olas.

Tras una navegación de cerca de siete horas en pleno mar, tuerce su marcha el vapor y entra en los *Skaren.* Al principio, aisladamente y como por sorpresa, ya á la derecha ya á la izquierda, van alzando la cabeza los islotes por encima de las olas; tan pronto es acá un reducido peñasco, como luego allá otro mayor; viene después una aglomeración más extensa de rocas y no tardamos mucho en encontrarnos en medio del extraño laberinto de islas que casi por completo, con pocas y breves interrupciones, rodea por todos lados la Escandinavia.—Extraño,—esta me parece la única expresión exacta que puede aplicarse á aquel confuso conjunto de peñas é islas, de extravagantes rocas acantiladas y cimas achatadas, rugosas, hendidas y desgastadas por el agua. Aquí una serie de peñascos dentellados que apenas asoman por encima de las espumosas olas, allá una isla de mayores dimensiones con perfiles de roca como cortados á cuchillo y con márgenes á manera de murallas; unas veces el agua se ensancha en forma de bahía, y otras se estrecha en angostos canales entre los descarnados trozos de masas de granito que casi se tocan unas á otras. Como al acaso parecen diseminadas islas y peñas sobre la superficie del mar, y éste á su vez ha ejercido también en ellas su caprichosa acción, desgastando aquí y acarreando allá, abriéndose nuevos pasos y abandonando antiguos. «Jardín petrificado,» llama un viajero los *Skaren*, y la imagen es bastante apropiada; pero inmenso jardín de Dédalo, en el que sólo un experimentado piloto sabe encontrar el camino. En su gran mayoría están los islotes inhabitados y carecen de toda vegetación; sólo acá y acullá un poco de musgo trepador les presta un pálido tinte de verdura. Pero cuando mayor es el aspecto de un inmenso desierto, cambia de rumbo el barco, entra en otro canal y aparece de improviso á nuestra vista una risueña y frondosa isla con brillante caserío rojo de pescadores y verdes praderas, ante la que pasamos rápidamente, encontrando luego otra vez desnudas rocas. Son, felizmente, bastante numerosos tales «oasis en el desierto de islas» para que el espíritu no se sienta fatigado de monotonía: ora un pequeño puerto al que dan vida y movimiento algunas barcas de pescadores atestigua la habitabilidad de las islas en apariencia tan inhospitalarias; ora atrae nuestras miradas una habitación de piloto construída temerariamente, como en Brännö, casi en la misma orilla del mar; ora despunta en estrecho canal entre rocas, destacando sobre el fondo gris de éstas, una blanca vela que se desliza por en medio de las peñas como si no existiesen tales obstáculos. Es una sana y valiente raza de pescadores y marinos la que cría aquí esta áspera naturaleza.



Cataratas de Frollhatta

Al fin el angosto paso se ensancha en más vasto canal ó estrecho de mar. En medio de éste se alza arrogante, empotrado en la roca, el medieval castillo de Ny Elfsborg, cuyas amenazadoras murallas, sin embargo, no lograrían resistir el ataque de la artillería moderna. Por todas partes aparecen ahora blancas velas, y de trecho en trecho se ven cruzar de una á otra orilla los rápidos vaporcitos locales: nos acercamos á Gotenburgo.

El brazo del Göta-Elf, en cuya embocadura tiene ancho asiento la ciudad, forma un puerto excelente y bien protegido, que cerrado á ambos lados por pintorescas masas de roca, se extiende muy adentro por el fondo. Sólo después de buena media hora de navegación desde Ny-Elfsborg empiezan á ser visibles las torres de la ciudad propiamente dicha; mas mucho antes se notan ya las inerrables señales de la proximidad de una verdadera metrópoli comercial: no sólo así lo manifiesta el animado tráfico que reina en aquellas aguas, sino que numerosos establecimientos en ambas márgenes dan fe, asimismo, de grande actividad industrial y vivo espíritu mercantil. Fábricas, almacenes y astilleros alternan con los risueños caseríos obreros, y sobre todo síguense en larga extensión los depósitos de madera unos á otros. Como que Gotenburgo es el principal mercado para la exportación de la madera de Suecia.

Al fin se descubre el mar de apiñadas casas; por encima de éstas se alzan las tiesas rocas de Ovarnberget y Lilla Otterkällan, coronadas por las grandiosas construcciones de la Escuela de Náutica y del Arsenal.

Las calles y manzanas aparecen tiradas á cordel; ya mientras el vapor atraca en el *Stora Bomens Hamn*, penetran nuestras miradas hasta el mismo centro de la ciudad. Corta ésta un magnífico y ancho canal, y á ambos lados se extienden las dos principales arterias del tráfico: el *Sodra* (Sur) y el *Norra* = (Norte) *Stora Hamngatan*, vías de aspecto propio de una gran capital, con espléndidos edificios y rebosando vida y movimiento.



Puerto de pescadores en Brännö

Toda la disposición de la ciudad tiene cierto carácter holandés. No sólo el ya citado canal principal está cortado á ángulo recto por otra vía de igual género, el canal del *Ostra Hamn*, sino que otra arteria de navegación cruza asimismo el centro de la ciudad, la que está además cercada por el ancho foso de las murallas. Fueron principalmente colonos holandeses los que mandó venir Gustavo Adolfo cuando fundó Gotenburgo en el año 1618; y así como es evidente que aquellos imprimieron á la ciudad el sello exterior de su especial laboriosidad, diríase también que los actuales gotenburgueses tienen buena parte de la actividad y pulcritud holandesas. Yo, al menos, no conozco ninguna otra población sueca, sin exceptuar al mismo Estocolmo, que pueda parangonarse con Gutenburgo en su curioso y ordenado aspecto exterior; y en cuanto al espíritu mercantil que se anida en las buenas gentes á orillas del Göta Elf, la rápida prosperidad de su ciudad es testimonio bien fehaciente de él

Cuarenta años atrás, Gotenburgo apenas albergaba 20,000 habitantes, mientras que hoy tiene ya 85,000, y si entonces era, sin duda alguna, Estocolmo la primera plaza comercial de Suecia, en la actualidad ha debido ceder el puesto á su más dichosa rival, la que, á pesar de la general crisis económica, ha sabido mantenerse en su posición durante los últimos años. Ciertamente que la situación de Gotenburgo es en extremo favorable: el puerto, casi siempre libre de hielos, asegura hacia el Occidente la comunicación con Alemania y Dinamarca, así



Canal con esclutas cerca de Gotenburgo

como con Noruega, Inglaterra y las plazas neerlandesas; mientras que el canal de Göta y dos vías férreas abren al comercio de la ciudad, así los distritos mineros como las más ricas provincias de Suecia. Contribuyen también en gran manera á ese poderío comercial la importante participación que tiene Gotenburgo en las pesquerías del Norte, especialmente en la del arenque, y las ventajosas condiciones naturales que proporcionan, en la proximidad de la población, fuerzas hidráulicas tan inagotables como las cataratas de Mölmdalsa y Trollhätta. Para el mejor aprovechamiento de éstas, no hay duda que en lo porvenir representará importantísimo papel la fiel servidora del hombre, la electricidad.

Hubo un tiempo – Mügge nos habla de él en su libro «Descripciones del Norte» que aun hoy no ha perdido su carácter de actualidad – en que sus mismos compatriotas reprochaban á los gotenburgueses que se ahogaban en su propia gordura, curándose exclusivamente de los intereses materiales. Los expertos mercaderes de madera y hierro,



Dos inválidos

los honrados comerciantes que dedicaban toda su vida á la noble misión de endulzar la existencia del prójimo, afanándose por proveerle de azúcar y café, te y tabaco, vino y arrac, no tenían tiempo – al menos así lo decían maliciosamente los de Estocolmo – para ocuparse de Arte y Ciencia, de fruslerías estéticas y disquisiciones espirituales que no daban pan. Yo no sé si esto sería así en otro tiempo, pero lo que es hoy, puedo asegurar que tales reproches carecen de todo fundamento. Muy al contrario, precisamente los poderosos del comercio y de la industria han rivalizado entre sí, no sólo para enriquecer en el sentido material su ciudad, sino que también para darle vida espiritual y carácter estético.

El excelente Museo, con abundantes colecciones zoológicas y su notabilísimo gabinete numismático, el Teatro, construído á imitación del de la Opera de Berlín, y la Galería de Pinturas de Türstenberg, coleccionada con tan delicado sentido artístico, son testimonios elocuentes del vivo espíritu público de los ciudadanos. Pero mucho más laudable me parece todavía la especial solicitud con que se atiende también á la numerosa población obrera de la ciudad. La disposición de los extensos caseríos obreros, en los arrabales de Westra y Nya-Haga, es verdaderamente ejemplar; el vasto Hospital, el nuevo Asilo Naval y la Fundación de Linström para pobres vergonzantes, son institutos dotados con largueza y admirablemente dispuestos y administrados; y no hago mención de muchas otras excelentes fundaciones por temor de ser pesado

Sin embargo, explícome en cierto modo el juicio sobre Gotenburgo que he mencionado antes, y hasta se le puede conceder algún fundamento, si se le despoja de todo sentido odioso. La vida se desarrolla aquí sobre ancha base: el gotenburgués no es más amigo del bienestar material, de las comodidades y placeres de la vida, que el hamburgués, á quien también se suelen dirigir reproches por el estilo de los ya indicados. Sin trabajo no hay goces, pero en cambio éstos han de ser el galardón de la laboriosidad. Vívese bien y abundantemente; mas no son sólo los diez mil de arriba (como dicen los ingleses) los que participan de ese bienestar material, sino que evidentemente también las más extensas capas de la población. Y así juzgará todo el que, como yo, haya presenciado en la tarde del domingo la animación y el regodeo en el soberbio parque de Slottskogs, con sus románticas peñas y oscuros lagos.

Gotenburgo es una ciudad verdaderamente moderna. Las antiguas y macizas fortificaciones, en parte aun bien conservadas, que rodean la ciudad, no guardan mucha armonía, que digamos, con la disposición rectilínea de las calles, las espaciosas plazas y las uniformes fachadas de las casas. Pero, así ellas como las moles de roca, que se alzan en el centro de la ciudad, imprimen precisamente al conjunto cierto encanto pintoresco, de que por desdicha carecen nuestros modernos emporios. Efecto singularísimo produce, en verdad, la brusca transición de las manzanas rectangulares de casas, propias de una gran ciudad, á las acantiladas y hendidas masas de granito, con tintes violáceos, del Stora Otterkällan, desde cuya altura se goza de la más hermosa perspectiva, dominando la ciudad y el puerto: allá abajo los rectilíneos canales con sus muelles, las anchas vías del puerto, el gran mercado; al Oeste, la bahía, llena de vida y movimiento; al Norte, la rocosa isla de Hisingen, cruzada, empero, por fertilísimos valles, que le han granjeado el nombre de «huerta de Gotenburgo» Es verdaderamente un delicioso panorama.

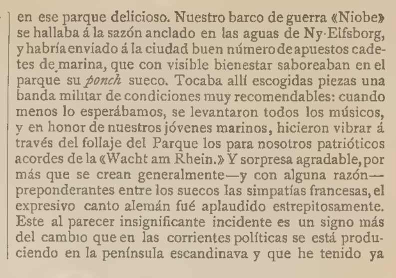


Barca ó vapor de pilotos en Brann ›

Bajando de la altura por camino de fuerte pendiente, se encuentra uno de improviso en el centro de la ciudad. Algunos centenares de pasos más, y se llega á la grandiosa plaza de Gustavo Adolfo, ante las bellas fachadas de la Casa Municipal y de la Bolsa, y ante la notable estatua de bronce del gran rey de Suecia. También las estatuas modernas tienen sus vicisitudes. La magnífica obra de Fogelberg fué fundida en Munich, y el barco que debía conducirla á Gotenburgo naufragó cerca de la costa de Helgolandia. Aquellos isleños, que como sabemos, son por demás prácticos en este género de presas, se apoderaron de la que les deparaba la casualidad en aquella ocasión, y exigieron por la devolución del rey de bronce un cuantioso rescate. Mas esta vez no habían contado los buenos helgolandeses con la huéspeda: los señores mercaderes de Gotenburgo resolvieron que se procediese á nueva fundición de la estatua y dejando á los rapaces isleños la alternativa de arrojar la que tenían al mar ó erigirla en el sitio más á propósito de su isla.

Notorio es que hoy adorna esa primera estatua la plaza de la Catedral en Bremen, habiendo tenido los helgolandeses la suerte, después de bastante tiempo de ilusorias esperanzas, de que algunas personas de gusto artístico de las orillas del Weser les compraran por módico precio su presa.

La *Stora Hamngâtan*, en la que se encuentra el excelente hotel Göthakällare, conduce al frondoso parque de la Asociación de los Jardines, predilecto sitio de recreo de la ciudad. Es verdaderamente maravillosa la lozana vegetación de aquellas deliciosas plantaciones, con sus alfombras de fresco y verde césped, que revelan el esmero con que son cuidadas, manifestándose el influjo del oceánico clima de la Suecia occidental. Cuando mi último viaje á Gotenburgo, proporcionósenos á numerosos alemanes gratísima satisfacción



en ese parque delicioso. Nuestro barco de guerra «Niobe» se hallaba á la sazón anclado en las aguas de Ny-Elfsborg, y habría enviado á la ciudad buen número de apuestos cadetes de marina, que con visible bienestar saboreaban en el parque su *ponch* sueco. Tocaba allí escogidas piezas una banda militar de condiciones muy recomendables: cuando menos lo esperábamos, se levantaron todos los músicos, y en honor de nuestros jóvenes marinos, hicieron vibrar á través del follaje del Parque los para nosotros patrióticos acordes de la «Wacht am Rhein.» Y sorpresa agradable, por más que se crean generalmente—y con alguna razón—preponderantes entre los suecos las simpatías francesas, el expresivo canto alemán fué aplaudido estrepitosamente. Este al parecer insignificante incidente es un signo más del cambio que en las corrientes políticas se está produciendo en la península escandinava y que he tenido ya frecuente ocasión de observar por mí mismo. El sentimiento de repulsión que antes se manifestaba contra Alemania, va cediendo cada día más; las relaciones amistosas entre las cortes sueca y alemana, robustecidas muy particularmente desde la visita de nuestro príncipe heredero, comienzan á extenderse también á las más numerosas clases del pueblo.

Mas salgamos de la ciudad. Ahora viene la parte más deleitosa de nuestra excursión: la visita á las sin par cataratas de Trollhättan. Nadie que recorra este país septentrional, debe omitir esta expedición á tan corta distancia de Gotenburgo, seguro de que no tendrá motivo para arrepentirse de ello. Cierto que Taylor, el Bayard Taylor de tan delicado sentido por lo bello, ha condenado esas cataratas, manifestando que habían sido un verdadero desengaño para él; mas somos miles los que protestamos contra su juicio, que nos será siempre inexplicable. Sólo puedo suponer que Taylor debió contemplar esa grandiosa obra de la Naturaleza al cabo de largo y fatigoso viaje, y acaso entonces defectuosamente iluminada por efecto de desfavorables condiciones meteorológicas, sin tiempo para aguardar ocasión más propicia.

No recomendamos hacer la expedición á las cataratas por el mismo canal de Góta; este viaje ofrece poco interés y es relativamente lento. Conviene más, y es sobre todo más cómodo, el ferrocarril de Bergslag, que en menos de tres horas nos conduce al mismo Trollhättan, si bien por una comarca poco atractiva. Así que la vía férrea se aparta del valle del Göta-Elf, cierran el horizonte á derecha é izquierda una serie de rocas achatadas y desnudas: escasean los árboles, y las formaciones de granito que al principio nos parecen pintorescas, acaban á la larga por fatigarnos la vista, que se alegra cuando de cuando en cuando viene á romper la monotonía del paisaje alguna pequeña granja ó casa de labranza, con su característico color rojo de sangre. El primer aspecto de Trollhättan es, asimismo, poco tentador: el pequeño edificio de la estación y junto á él una fonda bastante modesta, en medio de una elevada meseta sin sombra alguna; á lo lejos las casas de madera de una población de



Camino que conduce á la aldea, con la roca Frollknallten en Brännö



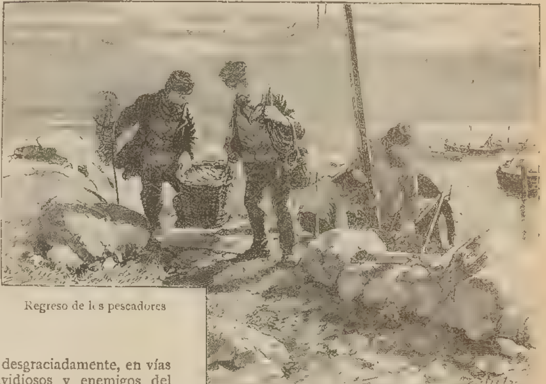
Stora Hamnkanalen (gran canal del puerto en Gotenburgo)

marcado carácter fabril, y un camino arenoso, caldeado por el sol, que conduce al pueblo: esto es cuanto se ve al bajar del tren. Si á esto se añade un grupo de veinte muchachos desvergonzados, que con insistencia se ofrecen como Cicerones y os atormentan, al propio tiempo, para que les compréis algo de la inevitable pacotilla de fotografías y otros objetos artísticos de dudoso gusto, forzoso será convenir en que la primera impresión no es verdaderamente halagadora.

Mas, ¡cuán poderosamente se sobrecoge nuestro ánimo, en cambio, á la vista de las mismas cataratas, cuando logramos llegar delante de ellas, á través del laberinto de fábricas y talleres que se alimentan de aquella inmensa fuerza hidráulica, y nos encontramos al fin en el islote rocoso de Toppö, en medio de las espumosas y atronadoras aguas!

El Göta-Elf, aumentado con las masas de agua del lago de Wener, tropieza en Trollhättan con un inmenso dique de rocas, cuyas masas graníticas ha roto en una extensión de cerca de 6,000 pies, cavando en ellas honda barranca, que se desarrolla en cinco gradas de Este á Oeste, cada una de las cuales forma una catarata. La inmensa mole de agua recorre en junto un trayecto de 112 pies al precipitarse por esas cascadas, reuniéndose después de cada salto en un tranquilo estanque ó concha, para precipitarse de nuevo, envuelta en espuma, en dirección al valle. Ciertamente la catarata del Rhin produce mayor impresión de conjunto, pero se extiende demasiado en la anchura y vence su obstáculo como jugueteando. Mas en Trollhättan se estrechan las masas de granito de tal modo contra las incomparablemente más poderosas masas de agua, y los islotes de roca en medio de la catarata se oponen con tal furia á la corriente, que la titánica lucha se presenta con rasgos más marcados é inmediatos á la vista humana. Cuando desde la isla de Gullö, accesible desde algunos años, merced á un puente de atrevida construcción, y que jamás anteriormente había sido pisada por pie del hombre; cuando desde la isla de Gullo, decimos, se ve avanzar el ancho é inmenso caudal de agua, tranquilo y acompasado, claro como un espejo y casi tardo en su movimiento, no es fácil formarse idea aproximada de la fuerza que llega á desarrollar un poco más abajo. De pronto empieza á resbalar la masa azul verdosa—pues al principio tiene más el carácter de resbaladero que de catarata—y la superficie del agua parece que se estira y se dobla como si fuera de metal. Nada parecido se ve allí al Staubbach de los Alpes, que se pulveriza en niebla, en la que se envuelve como en un velo, ni nada tampoco que recuerde el gracioso juego de las cascadas artificiales. Majestuosamente, desdeñando todo efecto secundario, baja la corriente por el declive, y sólo cuando llega al fondo, estrechada entre la isla y la orilla, y tropieza con la rocosa Tappö, es cuando se retuerce y espumajea como si hirviese en un caldero de brujas. Allí arremeten las aguas contra el enhiesto granito, y lo socavan y azotan, como si quisieran castigarlo por el atrevimiento de haberse colocado en medio de su camino. ¡El ojo no ve allí sino refulgentes nubes de polvo, el oído no oye sino el bramar, el rugir y el tronar de la eterna lucha entre el agua y la roca!

Trollhättan significa «sombrero de encantador» y en verdad, que el nombre, así como la misma catarata, recuerdan los tiempos de gigantes y encantadores. Titánico es todo en ella; mas como los hombres vencieron á los gigantes, así han uncido su fuerza primitiva al servicio de la industria. Mientras que la orilla derecha, á lo largo de las cinco cascadas, se alza en acantiladas pendientes, cubiertas de denso bosque, la izquierda proporcionó espacio á propósito para el establecimiento de las fábricas que he mencionado. Allí la poderosa corriente imprime continuo movimiento á numerosas turbinas y se presta paciente á todo cuanto de ella exige la inventiva humana. Muy cerca de esos establecimientos industriales corre el trazado del antiguo canal que el ingenioso Polhelm intentó construir durante los últimos años del reinado de Carlos XII para dar la vuelta á las cataratas. Tan útil y bien concebida obra hubo de quedar, desgraciadamente, en vías de ejecución, y hasta los envidiosos y enemigos del gran mecánico llegaron á destruir adrede la esclusa principal, haciendo bajar y chocar contra ella grandes vigas durante las horas nocturnas. Así, todo ello no es hoy sino una grandiosa ruina; una sima honda y oscura, por la cual se precipita, desde la altura de una casa, un estrecho salto de agua rugiente y borrascoso. El canal de tráfico, obra admirable del ingeniero Ericson, sedesvía de las cataratas en más extensa curva, para volverse á reunir con el Elf en la pintoresca concha de Akerswass, donde once poderosas esclusas facilitan la bajada de las embarcaciones. Entre esta soberbia obra terminada en 1840-1850 por el afamado ingeniero von Ericson, y la empezada por Polhelm, se encuentra además otra construcción más antigua, ejecutada á principios del siglo, en la cual el transporte se efectúa por medio de ocho compuertas de cajón; aun hoy presta ésta servicio á los barcos de menor porte, pero dadas las dimensiones cada día mayores de los buques de vapor que recorren el canal, hubo de construirse el de Ericson, cuya obra excitó á su tiempo la admiración de todos los técnicos europeos. Efectivamente, allí se obtienen los mayores resultados por medios sencillísimos en apariencia estando construídas y dispuestas con tanto arte las potentes esclusas, que un niño las puede abrir y cerrar como si fuera cosa de juego. El viaje, en uno y otro sentido, de los vapores, de proporciones bastante regulares, que prestan ese servicio se hace con tal facilidad, tal ausencia de ruido y tal rapidez relativa, que queda en verdad maravillado el que por primera vez hace la extraña expedición de «subir al monte por el agua.»



Regreso de los pescadores



Recolección de patatas en Branno

Vale muy bien la pena hacer el paseo desde las esclusas hacia las cataratas, á lo largo de la sombría orilla del Elf. El tremendo bramido, á manera de trueno, resuena ya en nuestro oído mucho antes de descubrir la más occidental de las cinco cascadas, la espumosa pequeña corriente de Flottberg; pocos minutos después, empero, aparece todo el conjunto de la catarata á nuestra vista. Sobre la altura que hay en la orilla se ha construído el inteligente fotógrafo Dallköf una preciosa casita de recreo, desde cuya torre-observatorio se domina todo aquel soberbio panorama hasta la isla de Gullö. Allá, en el fondo, hierve la corriente que se renueva con vigor juvenil; á la izquierda se alza la margen septentrional, cubierta de bosque, y en el horizonte se destaca hacia la derecha, en pintoresca situación, la iglesia de Trollhättan. Esta es la perspectiva que el lápiz del maestro Strützel ha procurado copiar para ofrecerla á nuestros lectores.

Tiene mucha razón Passarge cuando dice que un día pasado en Trollhättan marca un fausto de nuestra vida, dejando uno de aquellos recuerdos que no se pueden olvidar en ninguna época ni situación, y constituyendo un punto luminoso como la vista primera del Montblanc ó del mar, ó acaso de las ruinas de Pœstum.

NOTICIAS VARIAS

LA LOCOMOTORA CONSIDERADA COMO HIGRÓMETRO

Un observador inglés da á conocer el resultado de sus observaciones y establece así las relaciones entre la manera de ser del vapor de escape y el estado higrométrico de la atmósfera:

«Cuando el vapor permanece en suspensión en la atmósfera como si vacilara en desaparecer, es que se acerca el punto de saturación. Si, al contrario, desaparece rápidamente como tragado en cierto modo, el tiempo es seco y hay pocas probabilidades de lluvia. Estas reglas están confirmadas por repetidas observaciones. He visto en un caloroso día de verano un tren de viajeros que subía una pendiente á toda presión sin dar la menor señal de su movimiento, como quiera que no dejaba en el aire el menor rastro de vapor. Otras veces el penacho de vapor tenía de tres á cuatro metros de longitud, y en ciertos casos era tan prolongado como el mismo tren y en tiempo húmedo mucho más largo que la cola del tren.»

El autor de estas observaciones termina recomendando este higrómetro, tan poco costoso, á los labriegos que viven en las inmediaciones de las vías férreas y el *Railroad and Engineering* apela á sus lectores para la confirmación y extensión práctica de estas útiles observaciones.

INVESTIGACIONES SOBRE LA CONSTITUCIÓN MOLECULAR DEL ACERO.—MM. Ormond y Westh acaban de hacer algunos experimentos muy interesantes sobre la estructura molecular del acero fundido. Sobre una lámina de cristal hubieron de tender una hoja muy delgada de dicho metal y la trataron con el ácido azótico hasta que se disolvió enteramente el hierro dejando el carbono en su condición normal. Examinado el residuo con el microscopio, demostró que el carbono no está igualmente repartido en la masa, sino que el acero consiste en su estructura molecular en partículas tenuísimas de hierro envueltas en una vaina ó cápsula de carbono. Estas cápsulas ó células están á su vez englobadas en la masa del metal, ora aisladas, ora en grupos, que dejan muchos intersticios entre sí, de modo que una lámina puede adelgazarse hasta llegar á ser trasparente. Los espacios son de forma irregular y muy notables en el metal en bruto; pero las operaciones de martilleo y laminaje los reducen considerablemente, aumentando en gran manera la homogeneidad de la masa.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 15 DE AGOSTO DE 1887 — NUM. 294



MARINOS PRECOCES, cuadro de E. Edelfelt

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

MARINOS PRECOCES, cuadro de A. Edelfelt

Esos tres rapaces están predestinados para el mar, son verdaderos marinos en miniatura; son más que esto, son constructores de naves. Su cuna ha sido un esquife batido por las olas; sus pies se han encallecido tempranamente pisando la tostada arena de la playa; sus ojos han recorrido la inmensidad siguiendo la vela del buque que se hundía en el horizonte, ó el humo del vapor que semejaba otra nubecilla en el espacio.

A puro visitar buques, han dominado la construcción naval en miniatura; pero el tamaño importa poco cuando la obra es maestra. ¿Lo será la de nuestros precoces marinos? Pronto saldrán de dudas, pues la embarcación liliputiense va á ser botada al agua.

En este lienzo, que en tipos y en lugar de la escena se halla ajustado á la más estricta verdad, ha demostrado el pintor que sabe llevar el realismo á los límites últimos del arte, sin despojar á las obras de esa dulce poesía que trasciende hasta de las más vulgares escenas de la vida, cuando las trata el verdadero talento.

¿ME AMA? cuadro de Scalbert

Sin duda por lo simpático del asunto ha sido tratado por distintos pintores. La juventud, la hermosura y el amor, si tienen que consultar á un oráculo, no pueden encontrar otro más adecuado que el oráculo de las flores. De aquí el cuadro de Scalbert: una flor de la sociedad deshoja una flor de los campos; según cual sea el número de hojas que queden prendidas, será correspondido ó no el amor de la joven. El razonamiento es poco cuerdo; mas pedir al amor que esté exento de preocupaciones ridículas, es mucha exigencia.

Este lienzo causa grato efecto: la figura de la protagonista está bien ejecutada y no carece de expresión. Menos la tiene la de su acompañante, que parece poco interesado en el éxito de la prueba. De seguro no es el amante de la joven; pero puede ser su marido, y en este caso de fijo abriga la seguridad de que la nave de su dicha conyugal surca el mar de la vida con la misma tranquilidad con que la piragua que conduce al joven matrimonio se desliza por el manso lago de la agradable quinta.

MÚSICOS AMBULANTES, cuadro de L. Sturtz

He aquí un asunto que nos atrae, que merece toda nuestra simpatía, porque, bajo una forma correcta, contiene un pensamiento eminentemente noble y sentimental. La fatiga, la necesidad tal vez, ha rendido á dos seres muy desgraciados. Mas, ¡cuán distintos son en ellos los efectos de una misma causa!... La joven se ha dormido: su hermoso semblante aparece tranquilo, risueño, porque la juventud es la vida y la esperanza, y en temprana edad no hay pena que enlute el cielo hasta tal grado que no quede en él un punto por donde llegue á la tierra un rayo de sol. El anciano, por el contrario, vela el sueño de su hija; el insomnio se junta á la fatiga, porque la vejez no es pródiga en ilusiones, y, á pesar de los esfuerzos de la naturaleza, el poder superior de un presentimiento terrible le obliga á una vigilia interminable, la vigilia del que custodia un tesoro que le consta han de asaltar bandidos.

De esta situación resulta un grupo altamente interesante, bien sentido y saturado de una pena que se comunica al espectador. El tinte dominante en el cuadro es la melancolía: los pobres músicos ambulantes verifican á pie su penoso viaje y la población se halla muy distante. Habrá de despertar á la pobre niña; habrá que llamarla á la realidad de la triste vida y obligarla á cantar, á reir, á gesticular para complacer á unos cuantos bobalicones, á los cuales tenderá la trémula mano en demanda de una limosna que la sonroja... ¡Ah! Siempre la miseria es triste cosa, pero cuando se cierne sobre la juventud y la hermosura constituye el más difícil y horrible de los problemas sociales.

LA PESCADERÍA, cuadro de Héctor Tito

Se ha observado en la última Exposición nacional de Bellas Artes celebrada en Venecia, la tendencia de muchos artistas á reproducir escenas populares de la antigua reina del Adriático. No es ciertamente extraño que así suceda, porque el artista tiende á la naturaleza y aquélla que más rodea al pintor debe excitar su inspiración más continuamente. Pero sin negar que todos los asuntos, absolutamente todos, caen bajo el dominio del arte, preferiríamos que sus ilustres profesores lo elevasen hasta en la misma elección de esos asuntos. No basta que éstos digan algo á los ojos, es necesario que exciten algún sentimiento; y por nuestra parte, lo confesamos con ingenuidad, nada nos dice ni nos hace sentir la vista de una pescadería, siquiera sea un modelo de ejecución, como la de Tito. Conocemos el lugar de la escena, que está fielmente reproducido; admiramos la feliz expresión de esos tipos perfectamente caracterizados; no regateamos nuestros elogios al buen dibujo y feliz combinación de la obra, y hasta convenimos en que los pescados pueden ser un portento de verdad. Pues bien, así y todo, no podemos comprender que el genio emplee sus facultades extraordinarias, divinas, en pintar lienzos que, cuanto estén mejor realizados, más han de precisarnos á que nos tapemos las narices al contemplarlos. Quizás, y hasta sin quizás, nuestro pudor será un pudor exagerado; pero es hijo de nuestro amor al arte, amor verdadero, ideal como el arte mismo, y por ende tanto más respetuoso cuanto es más intenso. La naturaleza es vasta y es varia: el arte es la aspiración continua hacia lo bello; reproduzca el pintor la parte bella ó la parte sublime de esa naturaleza, y no poco contribuirá con ello á formar el buen gusto de sus conciudadanos.

UN RATO DE CONVERSACIÓN, cuadro de R. Rau

El buen soldado ha nacido para la guerra. Por esto cuando no se la hace á los hombres, procura hacérsela á las mujeres. Cierto es que los resultados no son idénticos en uno y otro caso, ni tampoco tiene relación alguna la táctica que se emplea en una y otra clase de lides; pero al fin y al cabo á entrambos triunfos hemos convenido en llamarles conquistas, y ya de Marte se cuenta que lo mismo servía para un barrido que para un fregado. Así lo ha entendido Rau al pintar el cuadro que publicamos, en el cual es de ver el apuesto soldado poniendo sitio al corazón de una bizarra moza, que por de pronto no parece muy inquieta. Verdad es que todavía no han funcionado los cañones de grueso calibre; pero esa niña ignora que, como dijo el gran Vauban, plaza sitiada es plaza tomada.

SUSANA Y LOS DOS VIEJOS, cuadro de Jacobo Favretto

Un viejo verde será siempre un ente ridículo. Dos viejos verdes tentando la virtud de una joven serán, antes y ahora, dos miserables á quienes nunca castigará bastante el pincel del artista. Favretto se ha encargado de dar vida á este asunto, que otros pintores han tratado igualmente, y lo ha hecho con singular donosura. A su vista, el público, erigido en Salomón ante los seductores de la nueva Susana, les condena con razón sobrada al más soberano desprecio.

MI PRIMA ANDREA

I

Lo que es como bonita, ¡vaya si lo era! Su frente alta, aunque un tanto deprimida, su nariz respingadilla y de alas ligeramente contráctiles, su boca en que lo delgado de los labios no perjudicaba en nada á lo atrevido de aquella comisura movediza é incopiable que algunas veces se pudiera tomar por la última línea del pentágrama de la ironía, y sobre todo el fruncimiento especial de sus arqueadas cejas daban á su rostro esa gracia picaresca que es la eterna desesperación de cuantos se empeñan en buscar la belleza en las justas proporciones. Y, sin embargo, en aquel rostro picante de color y lleno de luz, había una sombra que al par que admiraba producía un inexplicable escalofrío. Aquella sombra eran dos magníficos ojos, de un color negro con reflejos azulados como las alas de un cuervo y de mirada profunda y llena de abismos como el mar.

Mi tío la quería con ese cariño de las madres á quienes ha tocado en suerte desempeñar á la par las funciones de padre y las de madre; pero, aunque constituían su más sabroso encanto las travesuras y agudezas de Andrea, solía á las veces acontecer que de hito en hito se quedaba triste y meditabundo. Esto pasaba principalmente cuando tomándola en sus rodillas, ni más ni menos que cuando tenía seis años, llevaba instintivamente sus huesosos dedos á la gallarda cabeza de la muchacha y sin cuidarse de respetar los primores artísticos de su peinado, armaba allí un tecleo parecido al de un organista que tiene que habérselas con un instrumento rebelde. Entonces murmuraba: «¡Estas protuberancias! ¡Estas protuberancias!» y haciendo un significativo movimiento de duda quedaba sumido en un como á modo de doloroso éxtasis de que no salía hasta que un inopinado aviso le hacía montar en su caballejo, del que como del de Gonela pudiera decirse *tantum pellis et ossa fuit*, y se iba á asistir á algún pulmoníaco de Valsombreda ó á sacar de su cuidado á alguna parturienta de Fombreñosa.

La mejor prueba de que mi tío compartía conmigo el cariño que á su hija profesaba es que complaciéndose en acariciar la idea de unirnos con el santo lazo del matrimonio, no sólo me dejaba en completa libertad de requerirla de amores sino que alentaba mi natural timidez y me hacía poner colorado como una cereza cuando entre burlas y veras ponderaba mis cualidades físicas y morales y la decía que no era poca su suerte al haberla deparado el cielo un marido que más de cuatro la envidiarían.

Ella, merced á las desigualdades de su carácter, unas veces estaba tan expresiva conmigo que me persuadía de que yo solo podía hacerla feliz y otras en cambio se mostraba tan esquiva y despegada que llegaba á dudar si sólo por complacer á su padre admitía mis obsequios. Esto en un principio me hacía cavilar y ponerme triste y meditabundo, pero al cabo me llegué á acostumbrar de tal modo á su manera de ser que ni la más leve sombra de desconfianza alteraba la paz de mi ventura.

II

En tal estado se hallaban las cosas cuando una mañana, precisamente la del día en que por cumplir yo los veinticinco años entraba en mi mayor edad, mi buen tío me llamó á su despacho y después de cerrar un librote en el que había pintadas una colección de cráneos y calaveras de las más extrañas formas, me hizo sentar á su lado y me habló así:

—Desde hoy entras en posesión de tus bienes y yo dejo de ser tu tutor. Esto no me preocupa gran cosa, pues conozco tu buen juicio y sé que no has de hacer tonterías; pero como al morir tu madre la prometí dejarte colocado dignamente, creo llegado el caso de hacerte una pregunta: ¿Estás dispuesto á casarte con Andrea?

La emoción que me embargaba no me permitió contestar. Mi única respuesta fué arrojarme en los brazos del que para mí había sido un padre y que en aquel momento realizaba el más dulce sueño de mi vida, y durante algunos segundos no se oyó en la estancia más que el rumor de nuestros mal comprimidos sollozos.

Una vez pasada aquella efusión, el digno médico continuó:

—Para empezar á arreglarlo todo sólo falta una fórmula.

Y consultando su reloj, dijo llamando á la venerable anciana que hacía los oficios de ama de llaves:

—Andrea debe estar ya levantada, dígala V. que venga.

Frotándose las manos alegremente estaba mi tío cuando de pronto la vieja volvió á entrar en el despacho con toda la precipitación que sus años permitían, y mostrando el amojamado rostro descompuesto por el espanto, murmuró con la voz entrecortada por los sollozos:

—Señor, Andrea no está en su alcoba.

—¿Y qué?—murmuró mi tío con marcado desabrimiento.—Si no está allí búscala en otro lado.

—Lo peor no es eso, señor, —añadió la anciana,—sino que tampoco está en toda la casa y lo seguro es que ni en el pueblo tampoco.

El médico se quedó pálido como un cadáver, se pasó la mano por la frente, como para apartar de ella un pensamiento importuno, y dando tal empellón á su ama de llaves que por poco la hace caer, salió de su despacho con paso inseguro y dando tormento á su lengua al querer pronunciar una frase con que no acertaba.

Yo que le seguía como un perro sigue á su dueño, entré casi á la par que él en la alcoba de Andrea, aquel *sancta sanctorum* de la casa en que ni con el pensamiento había osado penetrar jamás. Allí el espectáculo que se ofreció á nuestros ojos no dejaba lugar á la duda.

Sobre el lecho revuelto habían quedado algunas ropas; un artístico vargueño que indudablemente servía de guardajoyas á la muchacha mostraba abiertos y vacíos sus más secretos escondrijos; en el tallado armario de roble, que ocupaba uno de los testeros de la pieza, se notaba la falta de algunos vestidos que se debían haber cogido con la precipitación de una fuga; y como si todos estos indicios no bastaran, una escala de seda pendiente aún del alféizar de la ventana daba unas explicaciones que hacía innecesarias una breve carta que Andrea había dejado sobre la mesa de pies salomónicos que desempeñaba el papel de escritorio.

Al pasar los ojos por aquellos renglones hizo mi tío un esfuerzo como el que sintiendo interceptados los órganos vocales quiere romper á hablar, consiguiendo por fin prorrumpir en estas frases:

—¡Las protuberancias! ¡Las protuberancias!

Y como si aquel grito, salido del fondo del alma, hubiera agotado sus fuerzas, se desplomó sobre el pavimento como añoso tronco herido repentinamente por el rayo.

III

La enfermedad del atribulado galeno fué tan larga y penosa, que no me permitió abandonarle un momento durante largo espacio; así es que cuando entró en el período de la convalecencia ya me pareció tan imposible dar con la desdichada, causa de nuestras penas, como querer buscar una aguja en el fondo del mar.

Entre los dos parecía existir un tácito acuerdo para no nombrar nunca á Andrea, y sin embargo, acostumbrados á vernos continuamente, habíamos aprendido á leer en nuestros ojos y sabíamos que su recuerdo no se apartaba un punto de nosotros.

Lo peor sin embargo es que aunque cuidadosamente disimulado, nos separaba una especie de rencor. Las miradas de mi tío parecían estarme diciendo continuamente: *¿Por qué no has corrido á buscarla?* y las mías clavándose con lástima y con enojo en el enfermo, se hubiese dicho que repetían: *Y V., si conocía sus inclinaciones, ¿por qué no enderezó á tiempo el que ya nació torcido arbolillo?*

Una tarde por fin las hostilidades se rompieron. El enfermo, que ya se permitía salir de la estancia en que la fiebre le había retenido más de dos meses, estaba sentado á la sombra de un emparrado de la huerta sumido en sus cavilaciones, cuando de pronto encarándose conmigo murmuró con rudeza:

—Eres un ingrato.

—¿Por qué?—le pregunté un tanto amostazado.

—Porque ni en mientes te ha venido una vez siquiera hacer lo que ya hubiera yo hecho si mis malditas piernas no se negaran á arrastrar esta máquina en que ya no hay rueda sana.

Yo, que comprendí lo que con aquello quería decirme, me apresuré á objetar:

—¿Es que aun cree V. posible mi boda con Andrea?

—No, pero lo que creo es que ni tú ni yo tenemos derecho á guardarla rencor. La infeliz no tiene culpa de nada.

Aquellas palabras me hicieron perder el respeto que á mi interlocutor debía y sin ser dueño de mí contesté:

—Entonces el único culpable es usted.

—Esperaba ese reproche,—replicó con amarga resignación,—pero no creas que me ofende. La humanidad entera piensa como tú y seguirá pensando así mientras no tome en serio una ciencia que hoy llama charlatanismo y que sin embargo es el solo oráculo que puede darle la clave lo mismo de las grandes catástrofes de la historia que de los más ignorados dramas de la familia.

Por un momento creí que desvariaba y le miré con espanto. El comprendió sin duda y se apresuró á añadir mientras se golpeaba el cráneo:

—Todo el secreto está aquí. Suprime una protuberancia de la caja que encierra la masa encefálica de César, y Roma no saldrá de los límites de Roma. Enmienda una depresión del occipucio de Bonaparte y Waterloo en vez de una derrota será un triunfo. Es más, redondea la cabeza de Andrea y harás de ella una Lucrecia romana. Si hubiera conseguido quitar de mi cráneo esta maldita abolladura, de tales empresas sería capaz que contrarrestando las inclinaciones de esa desgraciada, á estas horas la tendríamos á nuestro lado haciendo mi ventura y la tuya.

Al decir esto de tal modo se animaba su pálido semblante, tal fosforescencia tomaban sus apagados ojos que tuve miedo. El medio que juzgué más acertado para cortar su sobrexcitación fué separarme de su lado, y pretextando



¿ME AMA? cuadro de Scalbert

el fresco que comenzaba á levantarse le conduje á su despacho, buscando yo en la soledad de mi habitación algo que calmase la tensión nerviosa de que me hallaba poseído.

IV

Lo primero que ví sobre mi mesa fué el correo. No había recibido carta alguna, pero en cambio allí había hasta media docena de periódicos de Madrid, de los que maquinalmente corté las fajas que los aprisionaban. Por fin me fijé en uno, y tratando de encontrar en él distracción á mis agitados pensamientos, leí con una avidez digna de mejor causa una porción de cosas que ni á mí me importaban ni pienso que al que las escribió tampoco.

Al cabo dí en la sección de noticias, pero como aquello tampoco me interesaba iba ya á soltar el diario, cuando de pronto mis ojos clavándose en dos líneas me hicieron prorrumpir en un grito de horror. En ellas, con un espantoso laconismo se daba cuenta de que Andrea, precipitándose desde lo alto del viaducto había enmendado las desigualdades de su cráneo contra las piedras de la calle de Segovia.

Cómo tuve serenidad para tanto no lo sé, pero lo cierto es que recordando que mi tío recibía los mismos periódicos que yo, corrí á su despacho para quitar de su alcance aquella malhadada noticia. Cuando llegué era tarde. El periódico arrugado y hecho pedazos estaba á sus pies. El enfermo presa de un nuevo acceso de hemiplejia yacía rígido en el sillón.

Al verme, sin embargo, sus ojos rodaron por las órbitas, su lengua castañeteó un momento en el paladar y haciendo un esfuerzo, exclamó:

—¡Las protuberancias! ¡las protuberancias!

Después su cabeza cayó pesadamente sobre aquel librote lleno de cráneos y de calaveras cortados por ángulos y líneas de puntos. Mi tío había dejado de existir.

V

Desde aquel día, mi vida ha sido de las más inútiles. Jamás he tenido resolución ni para el bien ni para el mal y todo ha dimanado de que el menor obstáculo me ha hecho exclamar: «Indudablemente mi cráneo no está organizado para esto.»

Hoy, que soy viejo, no puedo enmendarme; pero allá en el fondo de mi conciencia siento una especie de increpación que me hace decir:

—Si la ciencia sólo sirve para hacernos perder la conciencia de nuestras propias fuerzas, reniego de la ciencia.

ANGEL R. CHAVES

SAN MARCOS, 3, 3.°

POR DON EDUARDO LÓPEZ BAGO

(Continuación)

Figuraos que el artista, satisfecho de su obra, invita á visitar su taller, y á él acuden picadas de curiosidad nuestras mujeres, nuestras hermanas, nuestras hijas vestidas con todas las fantasías del lujo moderno. ¿No habéis visto como yo en semejantes casos lo que sucede? ¿No habéis observado el contraste que resulta? El triunfo del mármol sobre la carne, del arte sobre la naturaleza, por mucho que esta naturaleza se adorne, es tan claro, tan evidente, que aquellas mujeres rodeando aquella estatua hacen un efecto parecido al que produciría un figurín de revista de modas puesto junto al último cuadro de Pradilla.

He aquí lo que sucedió al presentarse la marquesa sin más brillo que el de sus ojos, anudando sus abundantes cabellos con los cabellos mismos, ostentando la irresistible blancura de sus magníficos hombros sobre un sencillísimo traje de terciopelo negro. Apareció la estatua y la mujer quedó humillada y casi odiando al divino artista.

Un murmullo de admiración entre los hombres, de envidia entre las mujeres acogió su entrada. El marqués como siempre, después de dejar á su consorte en un grupo de damas á donde bien pronto acudieron los adoradores de la deidad, atravesó el salón y penetró en el gabinete de tresillo.

El general Zúñiga y yo nos colocamos aquí de manera que no perdiésemos ninguna de las escenas que iban á producirse. Ya estaba en el palenque la mantenedora, sólo faltaba el nuevo campeón, en quien cifrábamos nuestra última esperanza. El capitán de húsares, el español, el paisano de Don Juan, el seductor nunca vencido en una palabra.

Yo creo que de ser ingleses hubiéramos apostado.

Al terminar la orquesta un baile, el conserje encargado de anunciar á los convidados dijo de pronto:

—El capitán don Carlos Latorre.

Todas las miradas se volvieron hacia aquel punto, descorrióse el tapiz y vimos á nuestro protagonista.

¡Ay! ¡mi general!... cuando V. era teniente no tenía aquella figura, tan marcial como elegante, aquellos ojos en que brillaba el fuego de los héroes como Ulises y de los jóvenes como Telémaco. La gracia varonil de toda su persona era en tal extremo que en aquel hombre la fuerza no excluía la soltura ni la naturalidad la distinción. Al presentarse imponía. Era uno de esos seres privilegiados que lo reunen todo. Se comprendía al verle que en las trincheras era el más valiente y en los salones el más distinguido.

Recorrió con la vista la concurrencia y como perfecto conocedor fijóse desde luego en la marquesa. Con resuelto ademán se acercó al grupo en que aquélla estaba.

No oíamos nosotros desde aquí las palabras que entre ambos se cruzaron, pero no podían ser otras que una fórmula de invitación galantemente expresada y aceptada con cortesía.

Y esto fué indudablemente, porque al acometer la orquesta las primeras notas de un rigodón vimos levantarse á la marquesa, y apoyando su brazo en el del capitán, ocuparon ellos su puesto entre las parejas que empezaban á formarse.

—De manera que la invulnerable marquesa... – interrumpió uno de los agentes.

—¡Oh! no precipitemos el desenlace, amigo mío; la marquesa no concedía al capitán distinción que pudiese dar motivo á malévolas suposiciones. La marquesa bailaba siempre con cuantos solicitaban este favor, y por ende no había prueba en contra suya. El marqués no era ningún ogro que pensara en prohibir á su mujer placer tan admitido en sociedad.

El baile era una lucha de que siempre salía victoriosa. Carlos Latorre no adelantaba más que otros consiguiendo el honor de ser su pareja. Bailó ella y escuchó las galantes frases del joven con la misma indiferencia que escuchaba las de todos. Aun creímos notar que extremaba con él su seriedad, y pudimos ver cómo el húsar se mordía los labios con enojo al encontrar en tan hermosísima criatura obstáculos con que hasta entonces no había tropezado en sus amorosos galanteos.

Terminó el rigodón y las parejas volvieron á sentarse. El capitán no era sin duda hombre que abandonase por difícil ningún empeño, pues lejos de separarse de Concha le vimos apoyado en el respaldo del sillón que ésta ocupaba sosteniendo con ella un diálogo que durante largo tiempo tenía por respuesta el monosílabo de afirmación ó negación á lo que él decía.

Preludióse otro baile, y la marquesa esta vez consultó su lista á tiempo que el vizconde de Antúnez, que era el elegido en ella, se presentaba.

El capitán no se movió de su sitio. Pero cuando Concha regresó, tuvo sin duda una inspiración que le hizo cambiar de táctica; comprendiendo que con mujer tan altiva había errado el camino mostrándose desde luego rendido y obsequioso, esperó á que ella ocupara su asiento, y pronunciando unas cuantas frases de despedida, se separó bruscamente del grupo dirigiéndose á otro extremo del salón para invitar á una bellísima morena con la que exageró sus galanterías.

—Ese hombre es un maestro, – pensamos el general Zúñiga y yo al hacernos cargo de este juego.

Tal vez Vds. encuentren el ardid sobradamente conocido, y hasta lo rechazarían por vulgar, pero quien tal



MÚSICOS AMBULANTES, cuadro de L. Sturtz



LA PESCADERÍA, cuadro de Héctor Tito

afirme ignora el *ars amandi* de Ovidio y nada conoce de los sentimientos de la mujer.

El capitán por el contrario los conocía perfectamente, sabía que el amor propio es el lado flaco del *eterno femenino* de que nos habla Goethe, y no rehusó aquella estrategia, que consideraba arma de gran alcance.

El efecto fué, como presumíamos, inmediato. Quedóse la marquesa sorprendida al ver alejarse tan fácilmente á Carlos Latorre, que poco antes se entregaba como esclavo de su hermosura. Descubrimos en ella lo que habíamos ignorado hasta entonces, descubrimos agitación é impaciencia mal contenidas, y cuando el capitán de húsares al reanudar la orquesta sus acordes se lanzó con su nueva pareja al centro del salón, un despecho casi rayano del odio encendió las hasta entonces pálidas mejillas de Concha. El abanico, una preciosidad de nácar, oro y plumas de cisne, quedó roto entre sus crispados dedos. No perdimos un solo detalle, porque la marquesa aquella vez permaneció sentada rechazando todas las invitaciones. Carlos Latorre dejó su pareja al concluir el baile, y dirigió una mirada al sitio que ocupaba Concha.

Esta, entonces, ruborizóse y contestó á los ojos del español con una sonrisa llena de impaciencia, con otro mirar lleno de fuego.

—¡Hurra por el capitán español!—exclamamos nosotros al ver que el terrible seductor triunfaba en toda la línea.

En aquel momento, y cuando Carlos atravesaba el salón ebrio de gozo para recoger el fruto de su victoria, para escuchar de aquellos labios, que amorosos le sonreían, un *sí* que estaban impacientes de pronunciar, apareció el marqués de la Resolución, que salía del gabinete de juego, sonriendo como siempre, tranquilo y satisfecho.



UN RATO DE CONVERSACIÓN, cuadro de E. Rau

Acercóse al español, como quien de improviso se encuentra con un antiguo conocido, tendióle la mano, que el húsar vaciló un momento en estrechar, como si no recordase aquellas facciones; pero el marqués pronunció una palabra y sucedió una cosa extraña. Aquellos dos hombres se reunieron con gran fuerza, como pueden reunirse dos hermanos ó dos enemigos, y ambos salieron del brazo perdiéndose á nuestra vista, hacia el vestíbulo.

La marquesa se quedó como nosotros sorprendida por reconocimiento tan casual verificado entre su marido y el que supo arrancar de sus labios la primera sonrisa del amor criminal.

El baile continuó sin que reapareciesen nuestros dos personajes, hasta que á última hora regresó el viejo marqués de la Resolución y como todas las noches ofreció el brazo á su mujer, despidióse de las damas que con ella estaban y se retiraron los cónyuges, sin que el capitán hubiese podido estar allí para ver no sólo la sonrisa de Concha sino la eterna sonrisa del confiado hidalgo, cuyas canas y cuya amistad al parecer trataba de deshonrar infiltrando en la marquesa el virus del adulterio.

***

—Lo que pasó después,—continuó diciendo Téllez,—ha llegado á mi noticia por un criado de la casa del marqués.

Al día siguiente del baile, aun no se había levantado la marquesa cuando la doncella penetró en su alcoba entregando una carta que para ella y por el correo interior se acababa de recibir con las dos notas de *Reservado* y *Urgente*.

Rompió la hermosa el misterioso sobre y dentro de él encontró una hoja de papel vitela en que una letra de mano desconocida había escrito lo siguiente:

EL CAPITÁN ESPAÑOL CARLOS LATORRE

San Marcos, 3, 3.°

La marquesa quedóse sorprendida. ¿Qué significaba aquello? Tenían aquel nombre y aquellas señas todas las apariencias de una cita, pero hecha de tal modo, en concisión tan ofensiva, que hería su dignidad en alto grado. ¿Cómo? ¿Una mirada, una sonrisa, bastaban para que el atrevido joven, igualándola con la mujer de más baja clase, creyese inútil usar de otros requisitos y natural enviar á la noble marquesa las señas de su domicilio? ¿Qué concepto, qué idea tenía formada aquel hombre de las mujeres? Rompió con ira el lacónico escrito y enjugó una lágrima de despecho que asomaba á sus ojos. Durante todo el día estuvo preocupada por este suceso.

Al siguiente y á la misma hora se repitió el envío de la carta misteriosa. Bajo igual sobre y en el mismo papel volvió á leer la marquesa las dos líneas que la ofendían:

EL CAPITÁN ESPAÑOL CARLOS LATORRE

San Marcos, 3, 3.°

Y todas las mañanas su despertar era el mismo. Llegó á odiar al que había amado un momento. Llegó á pensar en una venganza como reparación de aquel insulto cuotidiano.

Mas á medida que el tiempo pasaba, su resentimiento fué amortiguándose, para hacer plaza á un deseo vagamente concebido en un principio, después idea fija que la perseguía, contra la cual luchaba inútilmente.

Quería acudir á la cita.

¿Para qué? No ciertamente para corresponder al amor sultanesco del bizarro mancebo, sino antes al contrario para echarle en cara su proceder inicuo, para ordenarle con la altivez de una reina ultrajada que terminase la odiosa persecución de que con sus diarias cartas la hacía objeto.

(Continuará)

EXPERIMENTO DEL PROPULSOR DE REACCIÓN

DE M.M. J. BUISSON Y A. CIURCU

Catástrofe del 16 de diciembre de 1886

El 16 de diciembre de 1886 ponía en conmoción un espantoso accidente al pueblo de Asnieres y sus alrededores. La máquina motriz de una ballenera estalló en las aguas del Sena poco más arriba del puente de Clichy. A la explosión hízose pedazos la frágil embarcación, lanzando al aire á las tres personas que iban á bordo. Dos de ellas murieron en el acto, y la tercera, aunque herida y gravemente abrasada de cara y manos, pudo ganar la orilla á nado.

Con ocasión de los debates que originaron luego un proceso, hubo de hacerse alguna luz acerca del asunto. El público supo por las actas de estos debates que el aparato que había estallado era obra de un invento imaginado por M.M. Justo Buisson y Alejandro Ciurcu, cuyo objeto era un nuevo medio de locomoción. Añadióse que la base del invento era el principio de retroceso que se produce en las armas de fuego. Pero de esto á conocer los pormenores del invento había mucha distancia.

Por esto, dice un ilustre articulista del periódico francés *La Nature*, nos abstuvimos de hablar del asunto hasta poder hacerlo con perfecto conocimiento de causa. Creímos que el mejor medio para esto era dirigirnos al mismo Alejandro Ciurcu, uno de los inventores del sistema, y pedirle los datos que pudiera suministrarnos, sin inconveniente ni perjuicio para su invención.

Pero después de la causa que se le formó y de que fué absuelto libremente con aplauso de cuantos le conocen, Alejandro Ciurcu salió temporalmente de Francia para volver á la Rumanía, su país natal.

De vuelta de su viaje á Bucharest, Alejandro Ciurcu continuó sus experimentos en Asnieres con el mismo anhelo, y á virtud de nuestra solicitud, añade el citado articulista, nos envió una relación completa, de la cual extractamos los pasajes más interesantes.

Nuestro propulsor está basado en el principio de reacción, dice en su memoria Alejandro Ciurcu. Mi malogrado amigo Justo Buisson fué el primero á quien ocurrió la idea de utilizar este principio para la propulsión, y yo le ayudé á poner en práctica su idea.

Se ha dicho que utilizábamos el principio de retroceso que se produce á la explosión de las armas de fuego. Es verdad; pero se podría también dar como ejemplo el *eolípilo*, inventado por Herón de Alejandría, y para tener otro ejemplo más inmediato aún, no hay más que referirse al cohete volante. El principio, antiguo como el mundo, es siempre y en todas partes el mismo; la aplicación y los medios son nuevos. Cuando M. Manouard, director de la división de las pólvoras y salitres en el ministerio de la Guerra, habló por la primera vez de nuestra invención al ministro dándole cuenta del experimento á que había asistido, y cuyo éxito por consiguiente presenció, le hizo esta ó parecida descripción, que resume bastante bien el principio:

«Imaginaos un gran cohete, fijo horizontalmente en la trasera de un vehículo, de un barco ó de la navecilla de un globo, de manera que los gases producidos por la combustión lenta de la pólvora puedan escaparse libremente al aire por detrás. Suponed, además, que el cohete esté encerrado en un cañón. Una vez encendido el cohete, los gases se escaparán violentamente por la boca del cañón, produciendo en su interior una reacción que tenderá á impeler el cañón hacia atrás en dirección diametralmente opuesta á la proyección del gas.

»Como el cañón está fijo, por ejemplo, á un barco, el movimiento retrógrado se trasmitirá al barco, el cual avanzará por la sola fuerza de la reacción de los gases. Ningún punto de apoyo se ha tomado en el agua, no teniendo el barco hélice, ruedas ni remos; sólo en lugar de cañón tenían los inventores en su barco una especie de recipiente de forma cilíndrica en que ardía una composición que habían inventado ellos y cuyas propiedades son estallar en vaso cerrado y producir una gran cantidad de gas sin dejar residuos sólidos.

»Este recipiente tiene por detrás un orificio destinado al escape de los gases, que deben producir la reacción, y la sección de este orificio puede variarse á voluntad por medio de un *papillón*, que se maneja fácilmente. Como el manómetro que hay en el recipiente indica la presión interior, se puede aumentar ó disminuir esta presión abriendo más ó menos el *papillón* y dejando por consiguiente á los gases una salida mayor ó menor. Escapándose violentamente los gases, producen un gran ruido y el barco avanza en sentido opuesto á su proyección de una manera regular y continua. Es un cohete que vuela y arrastra consigo el objeto en que reposa. Sus inventores remontaban así la corriente del Sena con su barco por espacio de doce ó quince minutos, es decir, hasta que se consumió el combustible encerrado en el recipiente.»

Si he hecho intervenir aquí á M. Manouard es porque su competencia en la materia es indudable y por haber presenciado un experimento cuyo éxito no puede ser más satisfactorio.

En virtud de lo que precede se ha podido comprender



SUSANA Y LOS DOS VIEJOS, cuadro de Jacobo Favretto

en qué consiste el nuevo método: es simplemente la propulsión directa, obtenida por la reacción de los gases á alta tensión, gases que se escapan de un vaso, donde se han producido por la combustión de una materia estallante ó explosiva.

Nuestro punto de partida debe referirse á este principio de física y de mecánica:

«Un fluido encerrado en un recipiente ejerce en las paredes de este recipiente y en todos sentidos presiones iguales y contrarias.»

Supongamos que este fluido sea un gas á alta tensión. Es evidente que, siendo iguales y contrarias sus presiones, se destruyen mutuamente, y este equilibrio de fuerzas hace que el cuerpo que contiene el gas permanezca in móvil. Pero si se practica una abertura en una pared del recipiente, el gas se escapará impetuosamente por este orificio, y como continúa ejerciendo la misma presión en la pared interior diametralmente opuesta á la salida del gas, el recipiente, no estando ya equilibrada esta presión, será impelido en la dirección opuesta á la proyección del gas. Si el recipiente es móvil y la presión bastante fuerte para vencer la resistencia, retrocederá el recipiente tanto cuanto le permita la tensión del gas.

Ahora que he expuesto el principio de física y de mecánica que forma la base y el punto de partida de nuestro invento, voy á hablar del invento mismo.

Paso en silencio el inmenso número de ensayos y tentativas de todas clases que hicimos durante muchos años con el objeto de poner el principio enunciado al servicio de un propulsor práctico. Diré solamente que renunciamos al vapor de agua, al aire comprimido y á la pólvora comprimida por múltiples razones, que explicaré en otra oportunidad. Tratábase para nosotros de poseer una materia, que bajo un volumen relativamente pequeño, pudiera suministrarnos por su combustión una cantidad considerable de gas; que esta materia, siendo poco inflamable, pudiera arder en vaso cerrado sin ser alimentada por el oxígeno del aire, y que consumiéndose dejara pocos residuos sólidos ó ninguno.

Lo demás no nos inquietaba, porque los estudios que habíamos hecho, como las sugestiones del buen sentido, nos aseguraban que con materia semejante el propulsor de nuestros sueños vendría á ser fácilmente una realidad.

Ahora bien, el combustible que buscábamos está ya en nuestro poder, como quiera que después de mil investigaciones y pruebas hemos acabado por descubrirlo. Es una mezcla de muchas materias y llena todas las condiciones apetecidas para su objeto. Su fabricación es facilísima y su coste no es considerable.

Después de haber adquirido por medio de numerosos experimentos en tierra la certidumbre de que podíamos regular á voluntad la presión de los gases producidos por la combustión de nuestra materia explosiva y de que á todo momento podíamos reducir á nada toda presión, ya abriendo completamente el orificio de reacción, cuya sección total estaba exagerada exprofeso, ya dejando salir los gases por tubos laterales, llamados por nosotros *tubos de descarga*, intentamos el experimento en el agua. Al efecto hicimos maniobrar en el Sena un barco sólo por la fuerza de reacción de los gases.

Bien que nuestros cálculos, lo mismo que los ensayos hechos en tierra por medio del dinamómetro, no dejaran ninguna duda sobre la posibilidad de hacer maniobrar con nuestro aparato un barco en el Sena, nuestra emoción y alegría fueron muy grandes cuando la mañana del 3 de agosto de 1886 remontamos por la primera vez la corriente del Sena á favor de nuestro propulsor de reacción. Nuestro barco cortaba el agua deslizándose como un pez, las márgenes del río huían al parecer detrás de nosotros, y sin embargo nos parecía que soñábamos.

A partir del 3 de agosto hasta el 16 de diciembre, día del terrible accidente, no cesamos de hacer experimentos en el agua y todos ellos nos demostraban la importancia y valor de nuestro descubrimiento

Para formar juicio de estos experimentos no hay más que echar una ojeada á las figuras 1.ª y 2.ª. La primera representa un barco de seis remos, de ocho metros de largo, teniendo por toda máquina motriz una marmita de bronce, de unos treinta litros de capacidad, cincuenta centímetros de altura y treinta de diámetro. Termina por debajo en un eje giratorio sobre un zócalo de madera, de modo que este último forma cuerpo con la marmita. Unos agarraderos, adaptados á uno y otro lado del zócalo, permiten que dos hombres quiten la máquina, la trasporten de un barco á otro y la requieran después de cada viaje.

Es por consiguiente del todo independiente del barco que impulsa.

Antes de poseer en propiedad nuestro barco hacíamos los experimentos en cualquier bote, que alquilábamos por una hora ó dos. Por la abertura que se ve al lado del maquinista introducíamos el combustible (de 15 á 20 kilogramos) de modo que subía hasta el nivel de esta abertura. Encendíamos y cerrábamos la abertura con un tapón.

Al lado opuesto á esta abertura está el orificio destinado á la salida de los gases, que, al escaparse, deben producir la reacción. Llamémosle *orificio de reacción*. A este orificio se adapta un *papillón* (semejante á las bocas de los caloríferos), que permite abrir y cerrar el orificio por medio de una palanca provista de un mango que vuelve por encima de la marmita.

Tan luego como el combustible se encendía podíamos marchar, pues no había más que recargar el orificio de reacción para que se produjera inmediatamente una presión interior; y quien dice presión, dice fuerza. Los gases comprimidos se escapaban con su ruido característico y producían en el interior de la marmita, en la pared diametralmente opuesta á su salida, la reacción que debía hacernos retroceder. Y como la proa del barco se hallaba al lado opuesto á la proyección de los gases, puede decirse que retrocediendo avanzábamos. Con una carga de 15 kilogramos de combustible avanzábamos así por espacio de más de quince minutos bajo una presión que variaba entre 10 y 15 atmósferas.

Para terminar la descripción de la figura 1.ª añadiré que había dos tubos laterales por debajo de la abertura de carga, y estaban destinados á hacer evacuar los gases cuando la necesidad se haría sentir. Estos estaban en comunicación con la marmita por medio de una llave. Por su longitud, los gases que se escapaban de ellos no podían incomodar al maquinista. Los llamábamos *tubos de descarga*.

No hay que decir que nuestra máquina estaba también provista de un manómetro y de una válvula de seguridad. A esto se reducía todo.

Y con este propulsor hicimos numerosos viajes por las aguas del Sena.

Llegamos ahora á la figura 2ª. Por la descripción de la figura 1.ª se ha podido notar que con este aparato no se podía navegar sino el tiempo que duraba la combustión de una carga Una vez consumida la carga, si se quería continuar el experimento era menester detenerse y perder tiempo para volver á cargar la marmita. Así, pues, este primer aparato no tenía más objeto que permitirnos hacer la demostración científica de nuestro descubrimiento. Para nuestros aparatos definitivos á fin de hacer largos viajes por tierra, por agua, por el aire, sobre todo por el aire, porque éste era el objeto final de todos nuestros esfuerzos, para estos aparatos habíamos imaginado un sistema completo que nos permitiría viajar durante largo tiempo sin ninguna interrupción.

La figura 2ª representa, aunque incompletamente, uno de los medios que podían realizar esta idea. Mas este aparato no era tampoco definitivo, ni debía servir sino como otra demostración científica.

Pero era un progreso: con él queríamos hacer la prueba, una prueba en pequeño de que podíamos navegar sin discontinuidad.

Además este aparato debía ofrecer otras dos ventajas: poder marchar con mayor rapidez y hacer durar más tiempo una carga.

Como se ve por la figura, teníamos entonces dos cilindros: el uno, el mayor, colocado horizontalmente, nos servía de generador; el otro, el menor, puesto verticalmente, de depósito de gas, ó si se prefiere el término, de motor. Este último no era más que nuestra marmita de bronce, representada en la figura 1.ª Le habíamos hecho sufrir una ligera modificación, modificación que nos fué fatal, por otra parte, pues ella fué la causa de la catástrofe del 16 de diciembre. En vez de conservar el disco mó-



Fig. 1.—Primer modelo del propulsor de reacción de MM. J. Buisson y A. Ciurcu

vil del *papillón* al exterior y de manejarlo por medio de una palanqueta siempre exterior, como habíamos hecho hasta entonces, hicimos poner el disco móvil interiormente. Terminaba en una varita de acero, que atravesaba la marmita y venía á parar á la antigua abertura de descarga. A su extremo recibía un volante destinado á obrar sobre el *papillón*, que se abría y cerraba haciendo con el volante un cuarto de vuelta á la derecha ó á la izquierda.

Después se verá lo que sucedió.

El generador era un simple cilindro de hierro colado con una puerta de cerradura rápida. Su longitud era de un metro y su diámetro de 40 centímetros, siendo el espesor del cilindro de 7 milímetros. Además de la válvula de seguridad y del manómetro, estaba también provisto el generador de dos tubos de descarga. Un tubo muy sólido, dos veces retorcido á ángulos rectos, establecía la comunicación entre el generador y el motor. Las cargas de combustible se preparaban de antemano en dos pilas ó cubetas de repuesto en forma semicilíndrica que podían introducirse fácil y rápidamente en el generador, empujándolas por resbaladeras cuyo generador estaba colocado al interior.

Fácilmente se comprende la maniobra: introducción de este depósito de combustible en el generador; encender el combustible, cerrar la puerta. Los gases que se forman pasan por el tubo de comunicación al receptáculo, el maquinista maneja el *papillón* y los deja escapar á la presión que quiere.

Todo pasa entonces como en la figura 1.ª; sino que, cuando se consume una carga, puede renovarse inmediatamente el combustible, estando preparado en su depósito de reserva.

Pero en la práctica se tienen dos generadores, que alternativamente se ponen en comunicación con el depósito: mientras el uno funciona, se prepara el otro, y así sucesivamente.

Por lo demás, no me cansaré de repetir que todos estos aparatos son solamente instrumentos de estudio y no deben considerarse por consiguiente como tipos definitivos.

Con un aparato como el que representa la figura 2.ª quisimos hacer un experimento decisivo, el día 16 de diciembre, en presencia de M. Edmundo Blanc y el conde de Herisson. Algunos días antes había asistido M. Blanc á un experimento hecho con el aparato de la figura 1.ª, habiendo quedado altamente satisfecho del éxito. Con esto, estaba dispuesto á anticiparnos los fondos necesarios para continuar nuestros experimentos en grande escala.

Ahora bien, el 16 de diciembre los señores Herisson y Blanc fueron exactos en acudir á la cita, y luego que llegaron á la orilla del Sena, un poco más arriba del puente de Clichy, donde esperaba nuestro barco listo, nos embarcamos mi amigo y yo, con un jovencito encargado únicamente de tener el timón, mientras nuestros convidados debían seguir con la vista desde la margen nuestras evoluciones en las aguas del río.

Mi amigo Buisson estaba de pie ante el motor y debía regular la salida de los gases; yo ante el generador, atento á mi función, y el joven piloto, sentado en una banqueta de proa, manejaba el timón por medio de dos cuerdas.

Apenas había yo encendido el combustible y cerrado la puerta, cuando mi amigo Buisson cerró á su vez completamente el *papillón* á fin de obtener una presión inmediata. Y en efecto, la presión subió en seguida á cuatro atmósferas y media. Abrió entonces el *papillón*, y los gases se escaparon con fuerza, pero la presión cayó á cero. Repitió la maniobra, y como la presión dió el mismo resultado, cerró por tercera vez el *papillón*, y siempre completamente. Pero cuando quiso abrirlo, no le fué ya posible. La presión subió entonces rápidamente, y viendo yo la aguja de mi manómetro próxima á la cifra 10, abrí sin demora la llave de descarga y los gases se escaparon ruidosamente por los dos tubos laterales.

No por eso estaba yo intranquilo, porque esperaba ver ahora bajar la presión, como había sucedido siempre que había descargado por estos tubos. Pero con gran sorpresa mía, en vez de bajar, la presión subía más y más, y muy luego ví marcadas en el manómetro 19 atmósferas. Al mismo tiempo oí un ruido sordo por el lado de la puerta. Comprendí entonces el peligro, porque nuestro generador no había sufrido el ensayo de una presión mayor de 20 atmósferas; y viendo inevitable la explosión, me aparté de la puerta de un salto con la intención de arrojarme al agua.

Pero era ya tarde.

La explosión se produjo en aquel mismo instante.

Todo lo que aquí refiero pasó en algunos segundos. La puerta lanzada como una bala de cañón me tocó ligeramente en la espalda llevándose los faldones de mi levita y haciéndome girar en el aire, mientras la fuerte presión de los gases me levantaba á cierta altura. Caí en el Sena boca arriba, y en esta posición recibí en la mejilla *derecha* y en el dorso de la mano *derecha* proyecciones de combustible inflamado, cuando en el momento de la explosión presentaba el lado *izquierdo* al generador.

Después de haberme rozado, la puerta, seguida del depósito de reserva y de los cincuenta kilogramos de combustible, fué á herir al joven piloto, y le dió con tal violencia que fué como escamoteado para siempre, pues hasta el día de hoy no se han podido encontrar vestigios de él, á pesar de los minuciosos reconocimientos que yo mandé hacer varias veces en el fondo del río.

Justo Buisson salió también muy mal librado, herido mortalmente por el generador, que fué á dar en el depósito de reserva, mientras la puerta volaba en dirección opuesta. El proyectil le deshizo el muslo izquierdo, produciéndole á la vez graves lesiones en el bajo vientre y



Fig. 3.—La catástrofe de Asnieres, el 16 de diciembre de 1886.—Muerte de M. Justo Buisson y de su ayudante

arrojándolo al agua, de donde lo sacaron inmediatamente los bateleros de un remolcador que pasaba por allí en aquel momento, mientras yo, ensangrentado, abrasado y ciego, alcanzaba la orilla á nado sin poder explicarme bien lo que había pasado.

Algunos minutos después, expiraba en mis brazos mi infeliz amigo Buisson, asistido también por el conde Herisson, sin haber podido hablar más que estas breves palabras, apenas inteligibles:

«¿Se ha salvado mi amigo?»

La causa de tan espantoso accidente fué, como he dicho, el *papillón*, cuyo disco móvil se hundió por la presión de los gases en el disco fijo; de modo que mi pobre amigo no tuvo fuerza bastante para rehabilitarlo volviendo el volante.

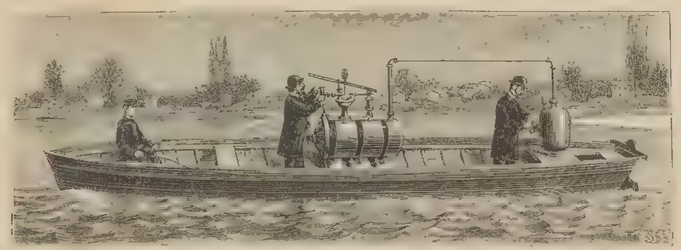


Fig. 2.—Segundo modelo del propulsor de reacción

Pero esta circunstancia no habría bastado á determinar una explosión: preciso es que Buisson hubiera aumentado considerablemente aquel día fatal la dosis de cebo que acostumbrábamos extender en la superficie del combustible para que prendiera por todas partes de una manera igual. Los gases producidos súbitamente por la rápida combustión de este cebo, que era mucho más inflamable que nuestro combustible ordinario, eran demasiado abundantes para que su evacuación por las dos válvulas automáticas y por los tubos de descarga, que había abierto yo oportunamente, pudiera producir una salida suficiente. Los sectores de una corona de acero que sujetaban ocho palancas, también de acero, de la puerta, se quebraron todos á la vez, como también los receptáculos, y la puerta partió como una bala de cañón, lanzada por una presión que debía aproximarse (en la superficie total de la puerta) á 100,000 kilogramos. La fuerza de reacción, precisamente esa fuerza en que está basado nuestro invento, hizo entonces retroceder al cilindro en dirección opuesta, lanzándolo con una fuerza igual contra el depósito de reserva, y el choque fué tan violento que el fondo del cilindro, al dar en el depósito, se encajó fuertemente, mientras que este último se rompía por su eje y saltaba al agua por encima de las bandas. ¡Júzguese qué golpe recibiría mi desgraciado amigo, cogido entre los dos cilindros!

Si conozco yo estos pormenores es porque logré sacar del río, á una profundidad de seis metros, el generador sin puerta y con el fondo encajado, habiendo así podido reconstituir la escena.

No puedo extenderme en largas consideraciones sobre el valor de esta invención ni sobre su porvenir, siendo limitado el cuadro de este artículo; y todavía temo haberme excedido traspasando los regulares términos. Sólo diré que el valor del invento no ha menguado lo más mínimo por el accidente ocurrido en el Sena el fatal día 16 de diciembre; accidente que no hubiera tampoco ocurrido si no hubiera habido una imprudencia y si nuestros medios de acción nos hubieran permitido hacer las cosas mejor. Porque en realidad no ha habido aquí explosión, sino simplemente una rotura. La presión excedió el límite de la resistencia de la puerta y esta última hubo de ceder á una presión relativamente débil. Un milímetro más de espesor y nada hubiera ocurrido.

No ha de perderse de vista que al lado de un experimento fallido tiene el invento en su activo gran número de experimentos felices.

Espero poder hacer muy pronto otros ensayos y obtener completo y feliz éxito, habiendo tomado en la construcción de mis nuevos aparatos precauciones excesivas para que no pueda ocurrir ningún accidente desgraciado.

BARCELONA.—IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 22 DE AGOSTO DE 1887 — NUM. 295

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA CANCIÓN MATERNAL, cuadro de E. Blume

SUMARIO

TEXTO.—*Nuestros grabados.*—*El estornudo*, por don Antonio Machado y Alvarez.—*San Marcos*, 3, 3.º (conclusión), por don Eduardo López Bago.—*¿Hubo dos prosodias en el antiguo castellano?* por don E. Benot.—*Física sin aparatos.*

GRABADOS.—*La canción maternal*, cuadro de E. Blume.—*Cataluña*, estatua de P. Carbonell.—*La inquietud*, cuadro de Enrique Raich.—*Alberto Durero retratando al emperador Maximiliano*, cuadro de K. Jager.—*La isla de Rugen*, cuadro de H. Ratzer.—*Los primeros amores*, cuadro de Pedro Torrini.—*El final de una comida á escote*, cuadro de P. Joris.—*Suplemento artístico: La novia en el estudio*, dibujo de A. Fabrés.

NUESTROS GRABADOS

LA CANCIÓN MATERNAL, cuadro de E. Blume

Que la mujer constituye la mitad más bella del género humano, cosa es que se olvidaría de puro sabida y demostrada con sucesivas planchas por la otra menos bella mitad. Pero ha dispuesto la Providencia que la mujer, adorable como hermosa, reuna á la belleza del cuerpo la del alma y que la maternidad sublime lo que físicamente era ya admirable. Blume, abundando en esta idea, nos representa á la joven madre en el acto de adormecer á su hijo cantándole una de esas monótonas coplas, ritmo singularísimo y universal, que parecería ridículo en boca de otra ocasión y en todo otro personaje.

Y bien, examinemos cuidadosamente á esa joven y convengamos en que su hermoso rostro resplandece con fulgores especiales, en que sus ojos tienen expresión verdaderamente celestial, en que la melodía que se exhala de sus labios ha de tener algún parecido con la entonada por los ángeles cabe el trono de la Madre inmaculada. Cuando se dijo que el hombre, ó sea la humanidad, estaba hecho á semejanza de Dios, de fijo se tuvo en cuenta á la mujer sublimada por la maternidad.

CATALUÑA, estatua de P. Carbonell

Esta hermosa matrona, severa y expresiva, está destinada á decorar el monumento que la capital de Cataluña erige en estos momentos á la memoria del inmortal descubridor del Nuevo Mundo. Ingratos fueron sus contemporáneos con el insigne genovés, que empezó por ser calificado de loco y terminó por ser acusado de traidor. España, á la cual había enriquecido, le dejó morir en la miseria. Tardío ha sido el desagravio; pero la ciudad de Barcelona se lo prepara á la altura de la ingratitud nacional.

La estatua de Carbonell está modelada con sobriedad y grandeza, y en su ejecución se ha tenido presente la distancia desde la cual ha de ser contemplada, á fin de que produzca el debido efecto. En su mirada y en su actitud hay algo triste, cual si la región que simboliza sintiera una cosa parecida al remordimiento por lo mucho que ha tardado en tender una rama de laurel glorioso al que depuso en sus playas el primer oro traído de América.

LA INQUIETUD, cuadro de Enrique Raich

Por muy tratado que haya sido este asunto en el lienzo, nunca deja de producir buen efecto cuando se ejecuta con discreción y sobre todo con sentimiento. Raich lo ha concebido armonizando la sencillez y la grandeza. El aspecto de ese mar, en el cual empieza á producir sus efectos la tempestad próxima á desencadenarse, es imponente. En él no se divisa vela alguna, y esto precisamente inquieta á la familia del marinero. Harto conocedora del estado del tiempo y de que los elementos se hallan á punto de desencadenarse, la apenada esposa tiembla ante la idea de los peligros que amenazarán en breve al osado pescador. ¿Qué vale una frágil navecilla luchando con las embravecidas olas?... ¿Quién sino la Virgen de los Desamparados defenderá al ausente?... Vayan, vayan los infelices incrédulos á arrancar de las creencias de esa mujer la confianza que en Dios y en su Madre tiene puesta... ¡Oh! no habrá corazón bastante duro para ello. El día en que la familia del marino dejase de creer en la protección del cielo, abrigamos la íntima persuasión de que el hombre dejaría de ser el dominador de los mares. Se sentiría muy pequeño para tan grande empresa.

ALBERTO DURERO retratando al emperador Maximiliano, cuadro de K. Jager

Los grandes monarcas hubieran dejado de ser grandes si no hubieran dispensado á las bellas artes una protección que había de influir notablemente en el desarrollo del buen gusto entre sus pueblos. Así se explica que aun en épocas difíciles para ciertos soberanos, los artistas de su predilección fuesen honrados como grandes señores y retenidos en las cortes á fuerza de importantes sacrificios. Los augustos príncipes á quienes faltaba tiempo para recibir á los embajadores de las grandes potencias, no regateaban horas á sus pintores predilectos; y por su parte las más encopetadas princesas tenían á mucha honra servir de modelo á Rubens y al Ticiano, para convertirse en olímpicas y no siempre bastante púdicas deidades.

El cuadro de Jager representa al emperador Maximiliano de Alemania en el taller del célebre Alberto Durero, que se ocupa en hacer el retrato del famoso monarca. La composición está bien trazada y en la ejecución ha demostrado el autor conocer perfectamente los tipos, trajes y costumbres de los personajes reproducidos. El del artista y el del emperador llaman la atención en primer término. El caballero que sostiene el rollo en que figuran estar consignadas las glorias imperiales, es Wilibaldo Rickheimer, favorito del príncipe. Por un momento el taller de Durero se halla convertido en salón palatino; el artista no parece por esto sobrecogido: Maximiliano y Alberto ciñen ambos corona, con la diferencia de que la del artista es mucho más preciada, hoy por hoy, que la del emperador. Todo el mundo sabe que ha existido un príncipe del arte llamado Alberto Durero, cuyas obras se estudian todavía; y apenas hay quien se acuerde de que Alemania tuvo un emperador llamado Maximiliano I.

LA ISLA DE RUGEN, cuadro de H. Ratzer

Aun cuando el grabado no pueda dar una idea perfecta de este cuadro, porque su principal cualidad es la de la luz que ilumina el paisaje, se comprende su mérito examinando solamente sus condiciones de ambiente, de transparencias, de distancia, que permiten á la vista espaciarse á través de esos árboles añosos, reproducidos con singular maestría.

LOS PRIMEROS AMORES, cuadro de P. Torrini

Esta obra es un verdadero portento de naturalismo. A cualquiera se le ocurre soltar el trapo á la vista de esos dos ancianos que coquetean y se enamoran como en los mejores años de su vida. Y sin embargo, ese burlón lo sería sin motivo, porque el cuadro de Torrini no es sino la confirmación de una gran verdad, ó sea la eterna frescura del amor primero. Ni la cascada esposa rechaza la brutal franqueza del espejo, ni el provecto marido se hace la ilusión de estrechar en sus brazos á una sílfide; pero uno y otro invocan los recuerdos del tiempo pasado y el cambio que este ha impuesto en su semblante no ha alterado el afecto que durante medio siglo les ha unido.

Como expresión, dudamos quepa superar á los viejos de Torrini. Su pensamiento se refleja de una manera tan clara que nadie puede dudar de que la feliz pareja se transporta á la época dichosa de su juventud.—Mentira parece que esta cara sea la de tu antigua novia!...—está diciendo ella. A lo cual contesta indudablemente el marido:—En verdad que tu semblante está desconocido; mas ¿qué importa el cambio experimentado por el semblante, si el afecto no se ha alterado en lo más mínimo?...

De este cuadro podría decirse que es la apoteosis del matrimonio. No hay porqué reirse, pues, de esos ancianos: ellos dan una lección á ciertos jóvenes esposos, muy bellos, muy montados á la última moda, cuyo corazón envejece á razón de siglo por año.

EL FINAL DE UNA COMIDA Á ESCOTE, cuadro por P. Joris

Que este cuadro representa el final de un banquete, no hay porqué discutirlo: el autor del lienzo lo ha representado con verdad suma. Por lo que toca á lo del escote, difícil fuera que viniera á deducirse de la composición. Es esta sumamente agradable, hasta el punto de que se lamente el espectador de no haber sido otro de los comensales, siquiera al término de la fiesta viniese á aguarla la idea del escote susodicho, que es la verdadera visión de Baltasar en tales casos.

Ha tenido lugar el banquete en una *villa* italiana y sus restos abonan que ha debido ser opíparo. Algunas palomas que acuden á picotear los restos y unos bajos relieves en que campea el león de San Martos, nos inclinan á creer que la escena pasa en un jardín veneciano. Igualmente veneciano es el tipo de esas mujeres, la luz, el sol, el ambiente del lienzo. En tan plácidos entretenimientos pasaban la vida los patricios de la antigua reina del Adriático, mientras en el horizonte de la política europea se formaba la nube destinada á destruir aquella nacionalidad carcomida por sus propios vicios. Una república joven é hija de los *derechos del hombre* iba á anonadar á otra república decrépita y autocrática. Napoleón I fué el rayo que fundió los caballos de bronce, famosa cuadriga uncida al carro del imberbe vencedor de Italia. Desde aquel momento cesó Venecia: en el Lido terminaron los banquetes galantes y transcurrió medio siglo sin que los hijos de San Marcos tuvieran jardines en que celebrar sus fiestas y patria en cuyas glorias interesarse.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LA NOVIA EN EL ESTUDIO, dibujo de A. Fabrés

Para que todo sea verdad en esta composición, son verdad hasta los personajes. El autor se ha reproducido á sí mismo y á alguna dama que le interesa muy de cerca. Es una manera de retratar á propósito para que los originales no ofrezcan el inconveniente de una falta de intención y de movimiento, que neutraliza á menudo la más vigorosa potencia artística. Mucho ganará el arte el día en que un retrato deje de ser la simple copia, más ó menos atinada, de una persona cualquiera. Al que dudare de esta verdad, le remitimos al cuadro de *las Meninas* de nuestro inmortal Velázquez.

EL ESTORNUDO

I

Mis lectores saben que un honrado español puede romperse una pierna, dislocarse un brazo, estar rabiando con un dolor de muelas, sin que nadie de los que le rodean se crea en la obligación de decir siquiera esta boca es mía, pero estornudar en una reunión y no decir los concurrentes *¡Jesús, María y José!* ó cuando menos *¡Jesús!* se considera en esta hidalga tierra como una tremenda grosería. Creo recordar, qué digo creo, me acuerdo perfectamente, que, hallándome una vez en una tertulia y habiendo estornudado el ama de la casa y permanecido yo en silencio, dijo volviéndose á una amiga suya que por lo visto también tomaba rapé: ¿has visto qué *salvaje*? A punto estuve de contestar á la señora: la *salvaje* lo será V.; pero acordándome que es España la patria de don Quijote, y ley de caballero respetar á las damas, preferí callarme y no volver á poner los pies en la casa. Desde entonces ¿á qué no confesarlo? vivo retraído de la sociedad y, aunque á mis anchas, siempre por estos montes y vericuetos, lanzando cada vez que estornudo una interjección que no pude do asegurar si la emplearon los caballeros andantes, aunque sí tranquilizar á mis lectores respecto á su índole genuinamente española.

Pero, después de todo, como aquella señora me regaló con aquel amable y finísimo piropo delante de tanta gente, yo no puedo dejar de hacer de vez en cuando algunas excursiones á las ciudades para ver si sigue empleándose, como en mis buenos tiempos, la consabida frase *¡Jesús, María y José!* cada vez que uno estornuda, y como la sigo oyendo repetir constantemente, aun en los círculos aristocráticos, á cada paso he dado en recaer en lo de *salvaje* dudando ya si lo seré efectivamente y estaré con razón condenado á vivir toda mi vida por estos montes y apacibles prados; y, como la soledad y el aislamiento tienen un no sé qué que convida é incita á la vida contemplativa y filosófica, aquí me estoy devanando los sesos sobre cuál podrá ser la causa recóndita y sentido misterioso y oculto que encierra la consabida costumbre de decir siempre que oye uno estornudar á otro: *¡Jesús, María y José!* á cuya frase añaden los sencillos y candorosos pastores de estas virginales selvas una muletilla tan expresiva, enérgica y desvergonzada que sólo su recuerdo pondría espanto en naturaleza menos agreste y bárbara que la mía.

Pero ¿qué tiene que ver, me preguntaba yo el otro día por la diezmillonésima vez, qué tiene que ver eso que en las ciudades llaman urbanidad y buena crianza con que uno diga ó deje de decir al que estornuda: *¡Jesús, María y José!* ¿Quién consuela á nadie siquiera con un «el Señor te dé paciencia,» si un casero le despide, ó le muerde un perro llevándole media pantorrilla? Y á la verdad que ya estaba á punto de volverme loco rematado y de aceptar el honorífico título con que se dignó favorecerme la piadosa susodicha señora cuando cayó en mis manos un libro titulado la *Civilización primitiva* que ha venido á sacarme de dudas y congojas y á consolarme un poco de mis hondas cavilaciones. Este libro, inglés por más señas y no traducido que yo sepa al castellano aunque sí á muchas lenguas europeas, ha venido á enseñarme que no es la mencionada costumbre cosa tan extraordinaria é insólita como yo en un principio imaginaba, y que aquella buena señora aunque debiera estar también en las selvas como yo, tuvo cierta razón para llamarme *salvaje*, título que hoy para mí equivale al de hermano porque denota la común nidad de nuestra procedencia.

Los zulúes, en efecto, creen con toda formalidad que los espíritus de los muertos giran á su rededor causándoles daño unas veces, otras veces dicha; y así, según los informes del doctor Callaway, cuando un zulú estornuda, dice siempre en estos, ó parecidos términos: *ahora sí que estoy bendito*, *el Idlozi* (el espíritu de los antepasados) *ha venido á verme y está conmigo, glorificado sea, pues es la causa de mi estornudo*, y al momento, invocando los manes de su familia, le pide, como quien no quiere la cosa, ganado, mujeres y prosperidad. Estornudar es para él sinónimo de estar con Itongo, el espíritu de sus abuelos; así que, cuando un hombre está enfermo, lo primero que preguntan los que van á visitarle es si ha estornudado. —No ha estornudado, contestan.—Pues grave es la enfermedad, replican los que preguntaron, y se salen á la calle mohinos y pesarosos y punto menos, como decirse suele, que con el rabo entre piernas.

Los adivinos zulúes que están, no diré en el ajo por no ofender su dignidad, pero sí en el secreto, estornudan de propósito dos ó tres veces antes de dar principio á sus ceremonias, y *como estos usos y prácticas, según los hechos dan á entender, se transmiten de unas religiones en otras*, los amakosas, que ya cuando estornudaban dirigían invocaciones á su divino maestro Utixo, decían después de convertidos al cristianismo: *vuelve los ojos á nosotros, Dios Salvador.* El estornudo, por tanto, entre los zulúes revelaba siempre la presencia de un espíritu divino en el sujeto que hoy llamaríamos sencillamente constipado.

Sir Thomás Brown háblanos de un rey de Monomotapa, cuyos estornudos sacaban de quicio á los concurrentes, que se deshacían en alharacas y exclamaciones de gracias, bien así como los habitantes de Guinea en el siglo pasado, que apenas oían estornudar á cualquier personaje importante caían de rodillas, besaban la tierra y palmoteaban á más no poder, deseando al protagonista ó estornudador toda clase de dichas y prosperidades.

Los negros del Antiguo Kalabar, por el contrario, atribuyen al estornudo una influencia maligna, y así en cuanto un niño empieza siquiera á hacer un gesto y á abrir la boca como para prorrumpir en un *aaachis!* todos se apresuran á hacer ademanes como de rechazar un mal invisible diciendo: *aléjate!* siendo en la Polinesia, en la Nueva Zelandia y en las islas Samoa tenido y reputado el estornudo por mala cosa, y por fatalísimo agüero en el Archipiélago de Tonga al principio de una expedición.

Ejemplo curiosísimo nos ofrece el jefe indígena Guachoya cuando vino á visitar á Hernando de Soto en su famosa expedición á la Florida. Fué el caso que, durante la entrevista, el cacique dió un estornudo atroz y los nobles que le acompañaban colocados en fila á lo largo de la sala al lado de los españoles, no bien oyeron estornudar á su jefe, comenzaron á hacer reverencias con la cabeza, á abrir y á cerrar los brazos, y á hacer gestos de profundo respeto y veneración, diciendo todos en coro: *¡el Sol te guarde! ¡te acompañe! ¡te ilumine! ¡te exalte! ¡te proteja! ¡te favorezca! ¡te dé prosperidad! ¡te salve!*

¿Quién no hubiere sabido, digo yo en estos momentos, toda esta retahila de felicitaciones, para habérsela ensartado á la señora que tuvo la amabilidad de ponerme de *salvaje*, siquiera Hernando de Soto ¡que santa gloria haya! hubiera dicho á sus capitanes como dijo entonces: *¿no veis que el mundo es igual en todas partes?* ¡Quién no hubiera dicho siquiera: «señora, el Sol os rejuvenezca, os desarrugue, os aplaque la bilis,» aunque aquellos esforzados españoles hubieran tenido ocasión de observar, como atinadamente observaron entonces, que los pueblos salvajes y bárbaros practican á menudo las mismas, mismísimas ceremonias que las naciones que se tienen por más cultas y más adelantadas!...

¡Cuán lejos estaría la buena señora de que, al permanecer yo en silencio cuando ella estornudaba, pude considerar su estornudo tan feliz como reputó Homero el de Telémaco, en la Odisea, ó tenerlo por de tan favorable agüero como Jenofonte consideró el estornudo del soldado y el grito de adoración á Dios que partió de las filas, y que no la dí el parabién porque no lo echase á mala parte ó supusiera mi felicitación como una muestra de desmedida lisonja que pudiese herir su extremada finura! ¿Qué sabía la buena señora si yo consideraba su estornudo como divino, según nos enseña Aristóteles que lo consideraba el pueblo griego, ó si era para mí, como para Plinio, una cuestión trascendental que me formulaba acá para mis adentros, y aunque en castellano, de idéntica manera? *Cur sternutamentis salutamus?* ¿Qué hubiera pensado de mí si le hubiese dicho: gracias á Dios, señora, *que está usted con Itongo?* Qué si hubiese empleado la fórmula judía: *Tobim Chayim* (buena vida) ó hubiera dicho, por último, las sacramentales palabras que usan los árabes, *¡gloria á Alah!* enaltecido sea su nombre?

II

Probé en el artículo anterior, no diré como Alah me dió á entender por no achacar á Alah, glorificado sea su nombre,

el mal estado de mis entendederas, pero sí como pude, que la señora que me calificó de *salvaje* porque permanecí en silencio oyéndola estornudar, no tuvo razón alguna para calificarme de aquel modo; y que, antes al contrario, debió presumir al verme callado que no quería yo confundirme, igualarme ni ponerme en parangón con los zulúes, los cafres, los amakosas y otras gentes *ejusdem furfuris* que se deshacen en cumplimientos y hacen mil reverencias y zalamerías y cucamonas cuando alguno estornuda. Hoy, sin embargo, quiero dar un consuelo á la buena señora y probar á mis discretos lectores, y lectoras amabilísimas, si las tengo, que no es tampoco la costumbre de saludar en estas ocasiones cosa tan desusada y del otro jueves que sólo la practiquen los *salvajes*, los españoles y los creyentes en Alah, ¡loado y enaltecido sea!

En efecto; como prueba de la existencia de este antiguo uso en la *pensadora* Alemania cita Tylor, autor de la obra que en mi anterior artículo mencionaba, las siguientes frases de Grimm: *Die Heiden nicht endorften niesen, da mandoch Sprichet: Nu helfin Got. Wir sprechen, swer niuset: Got helfe dir*, que, traducidas libérrimamente al castellano, significan, salvo error, y chispa más chispa menos, lo siguiente: los paganos no se atrevían á estornudar á pesar de que entonces se decía *¡Dios te ayude en este trance!* Hoy nosotros decimos sencillamente al que estornuda *¡Dios te ayude!*

También la *culta* Francia y *civilizadora* Inglaterra tenían en el siglo XI, año de 1100 precisamente, una formulilla para el estornudo, consignada en estos curiosísimos versos, citados por Wegwood en su *Dict. English Etimology:*

E pur une feyze esternuer
Tantot quident mal trouer
Si Wesheil ne diez aprez.

Wæs hæl! ¡Que V. lo pase bien! decían aquellas buenas gentes á los que estornudaban, no de otro modo que nosotros, en aquel año en que estornudar y morirse eran una misma cosa, consolábamos al invadido de la terrible epidemia con un *¡Jesús, María y José!* que equivalía á un «que lleve V. feliz viaje para el otro barrio, pues según se explica, más lleva V. trazas de morirse que no de otra cosa.»

Si esta calamidad ocurrió en España en el siglo XV ó posteriormente, según algunos aseguran, punto es que no he tenido empeño en averiguar, pues para probar que no sólo los *salvajes*, sino los europeos han empleado y emplean en casos semejantes fórmulas de felicitación unas veces y de conmiseración ó de pésame otras, basta con lo dicho. *¡Zeu soson!* ¡Dios te salve! decían los griegos á los que se constipaban. Y no se nos venga en contra de lo afirmado con que los anabaptistas y los cuákeros ridiculizaban estos saludos, ni con que en los *Principios de Urbanidad francesa* del año 1685 se aconseja que cuando uno oiga estornudar á un caballero no debe gritar: *¡Señor, Dios os bendiga!* sino quitarse bonitamente el sombrero, inclinarse con la mayor cortesía, gentileza y donaire posibles y hacer uno aquella súplica por lo bajo y como para sus adentros; pues es sabido que hasta la mitad del siglo pasado el *Código de Urbanidad inglesa* siguió prescribiendo estos saludos, y que aun en el día no es extraño oir en Italia la palabra *Felicità* y en Alemania *¡Got hilf!* lo cual explica que pueda yo, aun creyendo firmemente, como creo en Alah y en Mahoma su profeta, disculpar pasado el momentillo de mal humor, á la señora que tuvo la filantropía de ponerme de salvaje porque no la saludé cuando estornudaba. Pero si obedeciendo á lo preceptuado en el versículo 353 (sura 14), hoy suprimida, del antiguo Corán, no digo perdono, doy al olvido la galantería de Doña Críspula (de algún modo he de llamar á la señora) y llego hasta procurar consolarla del mal efecto que debió producirle la, según es de presumir, para ella imprevista nueva de que sus tertulianes seguían las tradicionales costumbres de nuestros venerandos tatarabuelos, los *salvajes*, no ha de llegar mi bondad al extremo de autorizarla para que disponga de mí á su talante y me obligue á saludarla cada vez que estornude sin más que porque los europeos hayan seguido complaciéndose en considerar como reglas de urbanidad el interrumpir el majestuoso curso de un estornudo con un «*¡que V. lo pase bien! ¡Dios lo salve! ¡Jesús, María y José!* y aquellas otras ponderaciones y alharacas con que aturdieron al bravo Hernando de Soto aquellos graves y formalísimos *salvajes* de que os hablé en el artículo anterior.

Doña Críspula ha de tener entendido de una vez para siempre, si desea que quedemos buenos amigos, que tanto aquellas como estas fórmulas de salutación son *restos de barbarie primitiva* que, como afirma el ilustre autor inglés citado, delatan el recuerdo inconsciente de una época en que lejos de estar fundada la explicación del estornudo, como hoy, en la fisiología, iba unida á una cuestión teológica Doña Críspula ha de hacerse cargo, si quiere que yo siga frecuentando su casa, que me ha de conceder el derecho de permanecer callado aunque ella estornude, bostece, tosa ó dé cualquiera otra señal de que Itongo, Idlozi y hasta el mismísimo demonio, á quien Alah confunda, se ha apoderado de ella y procura escapar de su prisión por la ventana ó puerta que halle más expedita; por mi parte queda completamente autorizada para saludar al huésped ó al intruso con la fórmula que tenga más á bien; yo sufriré en paciencia, siquiera esto me traiga á la memoria recuerdos de la humildad de nuestro origen, que diga cuantas veces quiera *¡Jesús, María y José!*; que se persigne cuando bostece como los habitantes del Tirol; que al empezar á abrírsele la boca, siquiera esto sea señal de hambre ó de sueño (y no continúo el refrán por no pecar contra la galantería) recite el proverbio judío: *no conviene abrir la boca á Satanás;* que pronuncie el nombre del Dios Rama, como los indios; que atribuya su bostezo á posesión demoniaca como los persas; que para mejor expulsar los diablos del cuerpo se suene hasta arrojar los sesos por las narices, como hacen los precavidos habitantes de Mesalia; y por último que recite con tono compungido como los musulmanes esta formulilla de que el mismo Mahoma ¡loado sea su nombre! jamás, según creo, pudo llegar á enterarse: *Yo me refugio con Alah para escapar de las garras de Satanás el maldito.*

ANTONIO MACHADO Y ALVAREZ



CATALUÑA, estatua de P. Carbonell

SAN MARCOS, 3, 3.°

(Conclusión)

Esto es lo que ella pensaba para justificarse ante su propia conciencia del ardor inquieto que la dominó.

¿Quién sabe? Tal vez el día en que el misterioso escrito hubiese dejado de llegar á sus manos, la marquesa creería que la faltaba algo muy esencial para su vida; acaso, lo que en los primeros momentos consideró como grosero proceder, era entonces para ella una delicadísima prueba con que el capitán pensaba demostrar que no la olvidaba un solo momento, que seguía siendo esclavo de la mujer cuya sonrisa podía encadenar á todos los reyes de la tierra.

Y lo que más llamaba su atención era que don Carlos Latorre no había vuelto á presentarse en ninguna parte.

Cuando se apodera de un ser como la marquesa, afán tan vehementísimo, nace poco á poco en el alma la necesidad de realizar todo proyecto que tienda á hacerlo desaparecer, y cuanto antes mejor, porque hay instantes en que llega á temerse la pérdida de la razón, en que se concibe al monomaníaco.

No pudo pues resistir más tiempo, y ella que gustaba poco de paseos, visitas y tiendas, decidió apelar á estos pretextos para salir de casa.

Y quería salir para visitar al capitán en la suya.

Un nombre y unas señas escritos habían bastado para arrebatar poco á poco en nuestra noble dama, todo sentimiento de decoro, para llevarla resuelta y cínica por la pendiente del crimen.

Se decidió por fin.

Cuando acababa de dar la última mano á su tocado, penetró el marqués de la Resolución en el *boudoir*.

– He sabido que vas á salir, – dijo.

– Sí, – balbuceó la marquesa, – quiero visitar á muchas de nuestras buenas amigas que deben estar quejosas de mi retraimiento.

– Apruebo la idea, y tendré el gusto de acompañarte.

La marquesa reprimió un mohín de desagrado y fingió regocijo por aquella galante conducta de su marido.

Era forzoso aplazar para otro día sus proyectos.

En esta tarde demostró el marqués que tenía una paciencia sin límites. No se aburrió con las frivolidades que son materia de conversación en las visitas de cumplido, y por el contrario parecía complacido en extremo.

Al día siguiente á la hora de almorzar dijo el anciano:

—¿Vas á salir esta tarde?

—Sí,—contestó la marquesa,—pienso terminar la enojosa tarea que emprendí ayer.

—¿Enojosa? No por cierto; las visitas son como todo, aceptándolas con cierta filosofía, resultan un entretenimiento.

– Para nosotras puede ser, pero comprendo que ustedes gusten poco de acompañarnos.

—Al contrario, hija mía, al contrario, – replicó el marqués,—y en prueba de ello, aquí me tienes á mí dispuesto como tú á presentarme en casa de todos esos señores. ¿A qué hora salimos?

Concha se mordió los labios con ira. Por segunda vez fracasaba su plan. Tuvo que resignarse á la compañía de su marido.

Entonces pensó adoptar otro sistema, que le pareció de más seguro resultado.

– Diré que voy á las tiendas. No hay hombre que soporte con resignación estas correrías femeninas por escaparates y mostradores.

Se vistió coquetamente, alegre y risueña, suponiendo que su marido permanecería en casa.

—Anuncie usted al señor, – dijo al ayuda de cámara, —que voy á salir para hacer algunos encargos...

—No hace falta,—interrumpió el marqués presentándose en aquel momento con el sombrero puesto y abrochando el último botón de sus guantes, —la casualidad más feliz hace que hayamos tenido el mismo pensamiento. Yo también voy á comprar algunas cosillas. Libros nuevos, armas antiguas, qué sé yo, pero quiero aumentar las riquezas de mi despacho. Iremos, pues, á tus tiendas y á las mías.

—Pero...

—Además,—añadió con extremada finura,—hace mucho tiempo, lo menos un mes, que no te he regalado nada.



LA INQUIETUD, cuadro de Enrique Raich





LA NOVIA EN EL ESTUDIO, DIBUJO DE A. FABRÉS



ALBERTO DURERO RETRATANDO AL EMPERADOR MAXIMILIANO, cuadro de K. Jager



LA ISLA DE RUGEN, cuadro de H. Ratzer

No había escape. Era preciso hacer de tripas corazón, como vulgarmente se dice.

Recorrieron los establecimientos más lujosos, compró el marqués alhajas, muebles, telas, todo con extremada complacencia, discutió con los horteras el precio de cada objeto, y éstos se sorprendían de que tan encopetado señor llevara su amabilidad á tal extremo.

—¿Adónde iremos mañana? – preguntó aquel modelo de maridos al regresar al hotel.

—¡Ay, amigo mío!... – exclamó la marquesa fingiendo gran desconsuelo, – mañana no iremos á ninguna parte, iré yo sola, si tú me lo permites, á sitio donde sería una crueldad exigir que vinieses conmigo.

—¿Pues adónde vas?—preguntó el marqués sorprendido.

—A la iglesia. Mañana empieza la novena de las Angustias y estaré nueve días hecha una beata.

—Dí mejor que estaremos, Concha, porque tú ignoras sin duda que no es crueldad ni mucho menos, proponerme á mí el rezar...

—Pero, si yo no te lo he propuesto,—interrumpió la marquesa más angustiada que la Virgen de la novena.

—Sin que me lo propongas, voy, querida mía, porque esa Virgen es la patrona de mi pueblo; con que ya ves si está justificado el que yo le haga la novena, con el mismo gusto que tú.

¿Pero es que Satanás, el infierno entero, se habían concertado para impedir y desbaratar las tramas mejor urdidas? pensaba Concha que de buena gana hubiese roto todas las telas y alhajas que acababa de regalarle aquel inseparable viejo.

Era forzoso terminar de una vez. El capitán se había ocultado, como si se lo hubiera tragado la tierra. En bailes, en paseos, en las calles más céntricas, en todas partes notábase su ausencia.

Y entretanto la marquesa recibía todas las mañanas el lacónico escrito en que decía invariablemente:

EL CAPITÁN ESPAÑOL CARLOS LATORRE

San Marcos, 3, 3.°

Ni más ni menos.

Concha comprendió que su marido no la dejaría un solo momento en libertad.

Cogió la pluma y escribió á una amiga suya la siguiente carta por la cual se comprende hasta qué punto se había exacerbado con los obstáculos su pasión criminal:

«A tí que eres mi amiga desde la infancia, y á la que quiero como una hermana, tengo que recurrir para que te encargues de una misión muy delicada. Necesito hacer llegar al hombre que amo y que me adora, que indudablemente sufre como yo sufro, algunas palabras que calmen su impaciencia. El capitán Latorre vive en la calle de San Marcos, número 3, piso 3.° y es preciso que sepa que no he acudido á su cita, aunque lo he intentado, porque mi marido según parece ha decidido privarme de la libertad que para ello necesito. No salgo sola nunca y á todas partes me acompaña. Que espere y confíe en mí, pues no he de dejar pasar la primera ocasión que se me presente. Cumple esta comisión como te parezca, que siempre será de un modo discreto, y compadece á tu pobre amiga

» CONCHA AMORÓS, marquesa de la Resolución.»

La contestación á esta carta no se hizo esperar.

Trájosela en persona su amiga íntima.

Al recibir la confesión escrita por la marquesa, comprendió que no podía confiar á nadie el acertado desempeño de un tan delicadísimo encargo. Comprendió que hombre de tanto mérito como debía ser el que había logrado conquistar á la altiva dama, sería también un cumplidísimo caballero, á cuya casa podría ir ella misma sin que corriera riesgo alguno en esta entrevista á solas.

Pero ¡oh sorpresa! La intrépida amiga subió al piso tercero de la calle de San Marcos, llamó y en lugar del gallardo seductor con quien creía encontrarse, salieron á recibirla dos preciosas niñas que vivían allí con su abuela paralítica, á la que cuidaban y sostenían con el producto de su honrado trabajo. De esta familia no pudo obtener ninguna respuesta satisfactoria. Nada sabían del susodicho Carlos Latorre, é ignoraban su paradero. Acababan ellas de mudarse á aquella casa pocos días antes y sólo era cierto que en ningún piso existía huésped ó vecino alguno que llevara el nombre del capitán español.

La desesperación de la marquesa no tuvo ya límites.

– Esto es preciso que concluya de una vez,—pensó al acabar la complaciente amiga su relato.

Pero no encontraba solución aceptable. Contó la historia extraña de sus amores que hasta entonces no habían tenido otros incidentes sino el baile del Casino y las inexplicables cartas matinales; contó también la vigilancia de que era objeto por parte de su marido, sus esfuerzos siempre inútiles para procurarse un medio de salir sola.

En este punto su amiga la interrumpió:

– Has agotado en efecto casi todos los recursos,—dijo,—tu marido resiste el fastidio de las visitas, el cansancio de las tiendas, y no se asusta de frecuentar las iglesias. Te resta el último medio.

– ¿Cuál? – preguntó la marquesa.

– No creo que el marqués se decida á acompañarte en un paseo por el cementerio.

– Nunca he estado en él.

– Ni hace falta que lo visites ahora. Bastará con que se figure que tienes ese propósito. Los ancianos temen á la muerte y con seguridad tu marido no será capaz de ir contigo á buscarla en su retiro. En cuanto á la justificación de este capricho es fácil, porque nuestra necrópolis según dicen pasa por una de las maravillas del mundo.

Quedó acordado que al día siguiente la marquesa manifestaría su deseo de visitar el cementerio de la ciudad de***

Así lo hizo en efecto, pero con grande asombro suyo, el viejo marqués recibió la noticia sin temor y dijo:

– Parece mentira que coincidamos tanto en todas nuestras ideas. Figúrate que hoy precisamente había pensado yo en hacerte una proposición igual.

– ¡Cómo!

– Ni más ni menos,—continuó el marqués; – nuestro cementerio es el orgullo de la ciudad, una joya del arte, y sería imperdonable en tí, no conocer lo que vienen á ver extranjeros de todos los países.

Y diciendo esto tenía el viejo en sus labios una sonrisa extraña.

* * *

Era el 7 de octubre de 1880

Hacía pues un año justo de la célebre noche en que se verificó el baile del Casino, durante el cual hizo su presentación y la conquista de la marquesa el capitán Latorre.

– Hoy precisamente,—había dicho el marqués,—había yo pensado en que visitáramos el cementerio.

Y en efecto, aquella tarde el aristocrático matrimonio llegaba en su *landeau* á la puerta de la suntuosa necrópolis.

Al penetrar en el sagrado recinto, tomó la palabra el marqués en los siguientes términos:

– Ahora verás, esposa mía, verdaderas obras de arte que honran el cincel de nuestros escultores. Pero sobre todo, lo más sorprendente es el pensamiento filosófico que ha presidido á la construcción de esta maravilla. El sublime arquitecto tenía, sin duda, mucho de poeta y quiso al emprender esta obra, que fuera una realidad esa frase que se emplea desde Homero hasta hoy y por la cual se ha calificado con el nombre de *Ciudad de los muertos* á estas fúnebres mansiones. Aquí cada ciudadano yace en su casa. El plano general del cementerio es completamente igual al de la ciudad de *** Los que allí habitan en suntuosos palacios y hoteles, reposan después aquí en aislados y magníficos sepulcros y sustituyen á las casas de vecindad manzanas de nichos que forman calles. Estas calles tienen el mismo nombre que las de la ciudad de los vivos. Aquí tienes el hotel en que nosotros vivimos, es este mausoleo vacío que mandé yo construir y que espera nuestros restos; el nombre de la calle es el mismo de la nuestra, Boulevard de Santa Catalina, el número, míralo bien, es también el de nuestro hotel, número 12. Esta otra, es la calle de San Marcos...

– Entremos, – dijo extremadamente pálida la marquesa.

– Estas manzanas de nichos,—continuó el marqués, – equivalen á las manzanas de casas, y como ves, tienen sus pisos; este es el número uno y este es el *número tres*.

La marquesa buscó el tercer nicho. Estaba ocupado y sobre la lápida se leía:

Aquí yace el capitán español
DON CARLOS LATORRE
muerto de una estocada en desafío
la noche del 7 de octubre de 1879.
R. I. P.

Miró Concha á su marido, que lanzó una carcajada satánica; un frío mortal circuló por sus venas, y se desmayó en sus brazos.

EDUARDO LÓPEZ BAGO

¿HUBO DOS PROSODIAS EN EL ANTIGUO CASTELLANO?

Con frecuencia se encuentran en nuestros clásicos contracciones silábicas que hoy nadie se permitiría sino por vituperable licencia.

Dice Calderón:

Que fué mi MA-ES-TRO un sueño.
Que si fuera un MAES-TRO solo.

Ningún versificador de nota haría hoy bisílabo á MAES TRO

Otras veces se encuentran contracciones que cualquiera adoptaría.

¿Pues qué he de hacer ¡ay de mí!
en confusión semejante,
si quien la TRAE por favor
para su muerte la TRA-E?

Hoy *trae* puede ser igualmente monosílabo y bisílabo.

Espronceda escribe:

TRA-E á mi alma inspiración divina.
que TRAE regalo y esperanza al alma

En vista de esto ocurre preguntar: ¿Hubo en lo antiguo dos prosodias?

* * *

En todos los pueblos se observan siempre tres pronunciaciones:

Una, la escogida y que se debe conservar pura, correcta y sin adulteración por las personas que hablan bien;

Otra, la que las mismas personas educadas se permiten en conversación, y que será tanto más aceptable, cuanto menos se desvíe de la correcta; ó que, si se ha desviado mucho, vuelva á acercarse á la pronunciación-modelo;

Y otra tercera, en fin; la vulgar y desordenada de los hombres sin educación, de la cual es preciso huir constantemente, abominándola sin consideraciones, aunque tal vez la patrocinen buenas plumas.

Descartemos desde luego los modos brutales de hablar de esta tercera clase, tales como

haiga, huiga,
téngamos, téngais,
séamos, séais,
oígamos, oígais.
puédamos, puédais
huigámos, huigais,
háyamos, háyais,
váyamos, váyais,
sáuco, baláustre,
Vallauliz, Madriz,
cáido, velái,
por ahí, etc., etc.



LOS PRIMEROS AMORES, cuadro de Pedro Torrini

Sabed, en fin, que donde váyais voy. *(¡¡Espronceda!!)*
Anda alegre por áhi mondo y lirondo. *(¡¡Espronceda!!)*

porque, ¿quién ni siquiera se permite discurrir sobre tales groserías y aberraciones? ¿Dónde iríamos á parar?

Hoy, entre las gentes ilustradas, existen dos prosodias para determinadas voces (no para todas) y especialmente para determinadas desinencias; pero una sola, POR UNIVERSAL CONVENIO DE LOS DOCTOS, es la admitida y autorizada en lo escrito. Ahora bien, ¿existió análogamente, en los tiempos del clasicismo, la doble pronunciación con carta de naturaleza en el estilo serio y en el elevado?

* * *

No: no hubo autorización para las dos indiferentemente.

Ni en tiempos de Garci-Lasso, ni en los de Ercilla, ni aun después cuando las licencias del lenguaje teatral llegaron hasta el abuso, eran de cierto admisibles ciertas licencias entre los versificadores esmerados y exquisitos; y la prueba está en las obras mismas de aquellos ingenios que PREFERÍAN á la licenciosa, la correcta prosodia; en la cual conservaban constantemente inalterado el número natural y corriente de las sílabas, sin hacer VIAJAR caprichosa é insensatamente los acentos del lugar que prescribía la pronunciación normal.

¿Quién pudo nunca aprobar aquellos versos de Quevedo:

Las niñas SOL-FEÁN por sí.
QUE-RRIÁS ponerme tal verdugo al lado?
Y no consienta el HI-ME-NEÓ tirano
DE-SEÁ comunicar al pordiosero
DE-SEÁ la del dichoso al desdichado...

¿Ni quién admitirá versos por el estilo de los siguientes?

Mil años que A-BO-FE-TEÁ-BA *(Rojas)*
CÁI-DO del cielo al lodo que le afea *(Meléndez)*
Son los corales de la mar EX-TRÁI DOS *(Anónimo)*
De los pastores que VE-NIÁN cantando *(Garci-Lasso)*
Deste DIÁ para mí mayor que un año *(Garci-Lasso)*
So LIÁN antiguamente de tablones *(Ercilla)*

Contraer de este modo era y es un delito de lesa prosodia, porque el acento de las palabras tiene que VIAJAR de la vocal donde debe cargar normalmente á otra vocal inmediata.

Versificadores hubo que siempre evitaron cuidadosamente estas licencias; Herrera entre otros. Pues si en él se encuentran diéresis que ahora no prosperan, es porque entonces eran lícitas.

Entonces se decía

glo-ri-o-so; glo-ri-o-sa;
fi-e-les; o-ri-en-te..., etc.

Sin duda en aquella época la prosodia era doble para ciertos vocablos; y, lo que es mucho más trascendental, para algunas desinencias muy usuales. El pueblo, lo mismo entonces que ahora, decía

ha-bí-a y ha-biá,
te-ní-a y te-niá,
co-me-rí-a y co-me-riá, etc.

pero nunca fué de seguir el segundo uso, aunque resultase bastante general.

* * *

Otra cuestión:

¿Son hoy de imitar esos abusos de los clásicos? ¿Los que actualmente, para ensanchar los límites de la versificación (!), los remedan, abroquelándose tras su antigua autoridad, son dignos de censura?

Indudablemente.

Entonces, cuando la lengua era más dúctil, pudo disculparse el uso de formas que la evolución del castellano ha ido abandonando poco á poco, hasta quedar desterradas por completo. ¿Vamos ahora á resucitar las terminaciones,

allo, alla, alle, etc.

usadas en vez de

arlo, arla, arle...

¿Podríamos decir ahora (á no ser por licencia insostenible),

cuerpo á cuerpo he de matalle,
donde Sevilla lo vea,
ó en la plaza ó en la calle:
que al que mata y no pelea
nadie puede disculpalle. *(Lope)*
¡Duro consejo! ¡Ay Estrella!
temo tu seguridad...
veo que es una maldad,
don Arias, mas voy á hacella. *(Lope)*
Importa, pues yo lo callo.
Le maté, no he de negallo,
mas, ¿por qué? No lo diré:
otro confiese el porqué,
pues yo confieso el matallo. *(Lope)*

Muchas veces los ejemplos no prueban más sino que ciertos hechos han existido, ó bien que ha sido común y corriente el uso de reprobables licencias. ¿Vamos hoy á considerar como consonantes á

tizne y cisne

porque así, con evidente abuso, le plugo hacerlo á Iglesias de la Casa?

Erase un vejete
más blanco que cisne
que, á fuerza de tizne,
á cuervo se mete.

O bien

Medres y crezcas
en yerbas frescas. *(Gil Polo)*

O acaso

Criada adrede por designio tuyo
para abatir su orgullo. *(Carvajal)*

Los hechos, sin criterios que revelen sus leyes, no pasan de la categoría de casos. No son ciencia.

* * *

Sin duda pudo en lo antiguo haberse impuesto la doble prosodia; pero NO SE IMPUSO; y, por eso, eran, aun entonces mismo, vituperables las contracciones que hacían VIAJAR los acentos y que hoy sería demencia el resucitar.

* * *

Y no está bien el decir RESUCITAR, porque algo queda: las terminaciones

allo, alla, alle

se usan todavía en muchas partes; por ejemplo, al norte de la provincia de Cádiz, en la Sierra de Olvera:

quieto, quieto, señó; que aquí
estamos nosotras pá quitallo,

y frases por el estilo, son de práctica corriente allí.

El uso, pues, subsiste aún, y viene desde muy antiguo; pero su antigüedad no es timbre de nobleza; como no lo es la de los Zíngaros.

Esa dislocación de acentos ha sido siempre un abuso y no debe prevalecer, á pesar de su respetable ancianidad; que, no sólo se echa de ver en la silabización métrica del Romancero, sino también en los rastros llegados hasta nosotros por los cantares de Andalucía.

Yo t'HUBIÁ dicho mi pena
si la HU-BIÁS QUE-RIÓ escuchá;
pero, ¿quién se vá á la playa
á contársela á la má?

El le HU-BIÁ CON-TÁO sus quejas
si lo HU-BIÁN que-ri-o oí;
pero, ¿quién se queja á un mármo
como yo me quejo á tí?

Repitámoslo: hubo sin duda las dos pronunciaciones (hoy las hay); pero de las dos no era admisible más que una solamente.



EL FINAL DE UNA COMIDA Á ESCOTE, cuadro de P. Joris

Tuvimos dos literaturas; una erudita, servil y casi siempre falsa: otra popular, espontánea, y admirable por su interés y su verdad; pero no tuvimos nunca más que una lengua, aunque tal vez tuvimos dos lenguajes: el que luego degeneró en culto, y el que siempre sirvió de fundamento al castellano; ¡sistema admirable de manifestación del pensamiento, tan portentoso por la libertad y abundancia de sus construcciones, como por la riqueza inagotable de sus desinencias y demás medios expresivos de relación!

* * *

Pero la prosodia familiar nunca se impuso, como en otras partes ha logrado imponerse para el estilo serio.

En Italia tienen muchas palabras doble prosodia y en estas voces VIAJA el acento según reglas escritas: *Mío, tuo, suo,* etc., son en italiano monosílabos, *no estando al fin de verso;* y esto imitó nuestro Hartzenbusch al hacer monosílabo á MIO

¡Oh triunfo del mió saber! ciencia fallada por Cham;

pero no hizo bien, porque la regla italiana no es regla del español.

En inglés es usual el tener más de una forma cada tiempo de la conjugación:

¿Do you not go?—¿Don't you go?
I have written.—I've written
I shall speak.—I'll speak
I would buy.—I'd buy, etc.

Los versos de Terencio, cuya medida es la desesperación de los modernos latinistas, tienen acaso explicación en haberse debido recitar según la familiar pronunciación corriente entonces, no obstante estar escritos conforme á la pronunciación gramatical. ¡Imaginémonos la desesperación de un prosodista del porvenir, si se encontrase correctamente escrito el cantar anterior!

El le hubiera contado sus quejas
si le hubieran querido oir:
pero, ¿quién se queja á un mármol
como yo me quejo á tí?

¿Cuándo, *por semejante escritura*, podría calcular que el cantar estaba todo en octosílabos? Y, suponiendo que lo supiese, ¿cómo los podría ya medir?

El intento, pues, de rehabilitar las antiguas vituperables contracciones sería acto indiscretísimo en nuestros días, cuando el número de sílabas y el lugar de los acentos está ya tan determinado y fijo como una petrificación.

E. BENOT

FÍSICA SIN APARATOS

ASCENSIÓN DE UN GLOBO CON AIRE CALIENTE Ó MONTGOLFIERA. — Conocido el experimento físico consistente en lanzar al aire pompitas de jabón llenas de hidrógeno, no hay más que dar á estas pompas cuatro ó cinco centímetros de diámetro para que de suyo se eleven rápidamente. Este divertido experimento ofrece la imagen de los aerostatos henchidos por medio del hidrógeno ó del gas del alumbrado. Puede hacerse más instructivo y variado aproximando á las pompas ascendentes una bujía encendida que las inflame. He aquí otro experimento no menos interesante y más sencillo aún para producir verdaderas montgolfieras en pompas de jabón.

Tómese un tubo de cristal de dos centímetros de diámetro por veinte de longitud, y á falta de tubo de cristal, hagase uno de papel fino de cartas, lo que permitirá obtener fácilmente pompas gruesas como la cabeza de un hombre. Mójese el extremo de este tubo en una solución de jabón y sóplese fuerte y rápidamente de alto abajo. Sin desprender la pompa, sígase su movimiento ascensional volviendo gradualmente hacia arriba el extremo del tubo hasta extender por la superficie de la pompa la gota de agua suspendida en su fondo, y el globo, completamente henchido, sólo esperará que se le suelte, si no se desprende él de suyo, como suele suceder.

Si la temperatura ambiente es un poco baja, la pompa irá á estrellarse contra el techo; en caso contrario descenderá lentamente en cuanto empiece á enfriarse.

Sirviéndose de tubos de diferentes diámetros, se pueden levantar pompas mucho menores; pero el experimento es difícil para las pequeñas dimensiones.

Los tubos de papel han de renovarse luego que se hayan empapado y reblandecido: lo mejor es servirse de tubos de cristal.

Estos experimentos de la ascensión de gruesas pompas de jabón por medio del aire caliente, dice el físico F. Escriche, me determinaron á ensayar el modo de fijar en ellas un diminuto aeronauta.

Recórtese una figurita de papel muy delgado: líguese á



Fig. 1. — Pompa de jabón henchida de aire caliente. — Modo de fijar en ella un aeronauta.

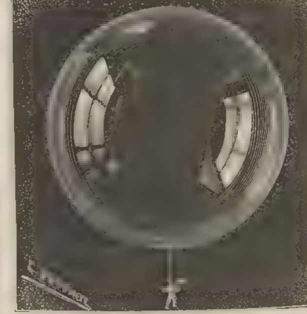


Fig. 2. — Pompa de jabón henchida de aire caliente, elevándose con su aeronauta



Figura 3. Tamaño de ejecución del aeronauta de papel

un hilito que se fija por el otro extremo á un proporcionado disco de papel que por simple contacto se adhiere á la pompa de jabón, como muestra la figura 1.ª Dando una ligera oscilación al tubo de cristal, se desprende la pompa de jabón, y se eleva á la manera de las montgolfieras con su aeronauta debajo (fig. 2.ª) En la fig. 3.ª se da el aspecto en tamaño de ejecución de la figurita de papel que puede servir de modelo. D es el disco superior de papel y F el hilito terminado en dos nudos que sirven para mantenerlo arriba y abajo.

IMP. DE MONTANER Y SIMON

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI ↔BARCELONA 29 DE AGOSTO DE 1887↔ NUM. 296

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



¿DÓNDE ESTÁ KAMERUN? cuadro de Hugo Wehmichen

SUMARIO



SALVADOR VINIEGRA

NUESTROS GRABADOS

¿DÓNDE ESTÁ KAMERUN?... cuadro de Hugo Wehmichen

El principal mérito de un cuadro de género es que sus personajes, en el semblante, en la actitud, en el agrupamiento, contribuyan á la expresión de una idea, de tal suerte que ésta resulte clara, nítida y el espectador no tenga que entrar en averiguaciones respecto al significado ni de la composición en general, ni de las figuras que á ella concurren. Bajo este punto de vista no tiene reproche el grabado que publicamos. El buen maestro de escuela y sus compadres del lugar siguen en un viejo mapa de Africa la marcha de alguno de esos héroes de la Geografía que consagran su vida á la exploración de regiones que nos fueron hasta hoy desconocidas. Pero, bien sea que el *dómine* y sus amigos no sean muy fuertes en la ciencia de las Cartas geográficas, bien sea que la tenida á la vista haya sido ejecutada en un tiempo en que se sabía de Africa algo menos que se sabe hoy de la luna, ello es que nuestros curiosos buscan vanamente en el mapa la solución de su curiosidad. Este es el asunto del cuadro, que resulta ser un modelo de expresión.

SALVADOR VINIEGRA y su cuadro LA BENDICIÓN DE LOS CAMPOS EN 1800

Los visitantes de la última Exposición de Bellas Artes celebrada en Madrid se detenían invariablemente ante un lienzo brillante de color é inundado de luz. Una poderosa atracción, no nacida de las notas terroríficas de un asunto romántico; algo, por el contrario, sereno, apacible, simpático, dominaba en el ánimo del público al pasar por delante de *La bendición de los campos*; y así los inteligentes como los simples curiosos, al enterarse del nombre del autor, decían con cierta extrañeza:

—Salvador Viniegra... ¿Quién será ese Viniegra?...

Más tarde, cuando el jurado concedió muy merecidamente á ese cuadro uno de los primeros premios del certamen, confirmando el juicio triunfo de ese inapelable juzgador que se llama el público; la extrañeza se iba acentuando, y á la simple curiosidad se unió el interés general para repetir:

—Pero ¿quién diantre será ese Viniegra?...

Pues muy sencillo: el autor del cuadro premiado es uno de esos seres privilegiados que empiezan por donde los demás acaban, mejor dicho, por donde acaban los que acaban bien. Desconocido ayer en su patria, es hoy una de sus legítimas glorias.

Su historia es muy sencilla. Tiene unos veinticuatro años de edad, es natural de Cádiz, en donde le conoció y *adivinó* nuestro insigne Villegas. Alentó éste al muchacho, dejáronse convencer sus padres por las gratas esperanzas del maestro y como, por fortuna, no faltaban medios materiales para sufragar los gastos de su educación artística, partió Viniegra para Roma, esa Meca del arte, fuera de cuya visita parece como mal fundada la reputación de un pintor. Tan modesto como estudioso, desconocido en medio de la colonia artística que se inspira en los grandes modelos de la Ciudad Eterna, concibió allí la primera idea y dió la última mano á su cuadro de la *Bendición de los campos*. Remitió el lienzo á la última Exposición madrileña y, nuevo César, llegó, *fué visto* y venció.

Pero ¿obtuvo Viniegra ese triunfo con la misma facilidad con que se explica; fué el premio obtenido una de esas victorias debidas á un momento de inspiración feliz, á un inconsciente producto del genio, que así puede manifestarse en los primeros como en los últimos años de la vida artística? De ningún modo, y esto es quizás lo más notable en Viniegra y en su obra. Llama desde luego la atención en ella la particularidad de su asunto. Un joven de veinticuatro años, de naturaleza meridional, que desde las playas de la coqueta y placentera Cádiz se transporta á las orillas del sombrío Tíber; un artista, llamémosle *primerizo*, cuyas impresiones surgen á la vista del arte clásico pagano; concibe como primera manifestación de su potencia pictórica, un asunto de género entre místico é idílico, que no puede haberle inspirado ni el recuerdo de su patria, ni el espectáculo de su nueva residencia.

¿Cómo se explica esta anomalía? Se explica diciendo que Viniegra sentía dentro de sí mismo una tendencia hacia la naturaleza espléndida; la luz y el color eran la obsesión de su pensamiento, y necesitaba, para manifestar lo que sentía, un asunto en que de esa luz y de ese color pudiera hacer gala. Bajo este punto de vista, la bendición de los campos se prestaba evidentemente á los impulsos de su imaginación, como las escenas africanas se prestaban á las manifestaciones de Fortuny que, nuevo Prometeo, más feliz que el de fábula, había robado los rayos del sol y á medida de su gusto iluminaba con ellos sus lienzos.

Pero no se crea que Viniegra, dominado por la idea de la luz y del color, olvidase por un momento que la primera condición del pintor es el dominio del dibujo. El asunto de la bendición de los campos era el medio de llegar á la manifestación de sus cualidades de pintor; pero el colorista necesitaba ante todo del dibujante, so pena de arrojar pródigamente riquísimo abono en campo erizado de duras rocas.

Y he aquí á Viniegra, contradiciendo la natural fogosidad de los temperamentos meridionales, y componiendo el primer boceto de su cuadro. Su primera intención no le satisface del todo, pero en vez de fiar á su talento la corrección en el lienzo definitivo de los defectos que encuentra en la primera idea que ha formado del mismo, acomete un nuevo boceto que, á pesar de todo, modifica posteriormente al dibujar el cuadro que había de merecerle tan alta recompensa. Ni aun así satisface sus propias exigencias, antes bien asegura el éxito mediante una serie de estudios parciales que le garanticen el efecto que se ha propuesto obtener con los principales personajes de su cuadro. Nuestros favorecedores pueden apreciar en los grabados del presente número los preparativos de esa obra coronada en la Exposición madrileña. Ellos confirman lo que no ha mucho escribíamos al ocuparnos de la *Naumaquia* de Villodas, es decir, que el público profano, aun cuando premia con su aplauso la obra del pintor laureado, se queda muy por debajo de la recompensa que merece la suma de trabajos, sin los cuales no es dable producir una obra de arte de primera fuerza.

Esta lentitud, esta desconfianza de sí mismo, ese método progresivo con que Viniegra ha llevado á término su primera exhibición en los grandes certámenes artísticos, demuestran hasta qué punto lleva el cumplimiento de sus deberes; y deberes llamamos á las precauciones tomadas por el autor de la *Bendición de los campos*, porque cuando Dios hace brotar en la mente de un hombre la llama del genio, ese hombre viene obligado á poner de su parte cuanto de él depende para corresponder á ese don de que es tan parca la Providencia. Es joven todavía, muy joven; y sin embargo obra con la prudencia del hombre más experimentado. Reuniendo á la inspiración el estudio; templando la llama del entusiasmo con el frío cálculo de la razón; opinando que los laureles conquistados no son un triunfo sino un estímulo; correcto dibujante, vigoroso colorista, ¿á dónde puede llegar Salvador Viniegra?

LA HERMANA MAYOR, boceto al óleo de F. de Ulide

La capital de Baviera ha perdido toda su importancia política de muchos años á esta parte; pero el sitio que ha perdido en el concierto político de Europa, lo ha venido compensando con su siempre creciente importancia artística. Munich es, hoy por hoy, la ciudad donde residen mayor número de ilustres pintores; su escuela es quizás la más dignamente representada en los certámenes del arte universal.

Entre los distinguidos profesores de esa escuela, Ulide se distingue como pintor de género, que sin falsificar en lo más mínimo la naturaleza, sabe presentarla bajo su aspecto más simpático. El boceto que publicamos de ese artista es una perla de verdad y expresión.

BUSTO DE ESTUDIO, de Querol

Nuestro paisano Querol, el laureado autor de *la Tradición*, ha demostrado en este busto, reproducción del natural, las facultades de ejecución que le adornan. Ese barro tiene vida; debajo de esa epidermis de tierra circula la sangre, esa mirada brilla con el fuego del ascetismo. Juntamos nuestro aplauso al que sus compatriotas han tributado últimamente á Querol con motivo de su legítimo triunfo en la última Exposición de Madrid.

LA NUEVA VÍA APPIA, cuadro de O. Achenbach

Desde que Roma ha llegado á ser la capital del reino de Italia está sufriendo en sus calles, plazas y edificios profundas transformaciones en consonancia con las necesidades y adelantos de la época actual. Debe confesarse que las autoridades tienen el buen sentido de respetar en lo posible los monumentos antiguos, por más que sean ruinosos, al hacer estas modificaciones en la edilidad de la población, lo cual no pueden menos de agradecerles cuantos se interesan por la conservación de dichos monumentos, mudos testigos de la grandeza de la antigua capital del mundo. Pero al renovar la vía Appia, el gobierno italiano no ha tenido gran cosa que respetar: los monumentos que la adornaban en la época más floreciente de los Césares, cayeron casi todos, unos por el furor de extranjeras huestes, y otros por las injurias del tiempo consecutivas al abandono de aquellos; y el elegante paseo de los romanos de la República y el Imperio, se ha convertido en la prosaica, pero útil carretera de que nos da idea el cuadro pintado con tanto acierto como naturalidad por el distinguido Achenbach.

REBAÑOS REGRESANDO Á SUS CORRALES cuadro de V. Weishaupt

Un idilio más, una geórgica de Virgilio, representada por un artista que siente y conoce la naturaleza. Es tan apacible este cuadro, respira tal tranquilidad, bienestar tanto, que le entran á uno deseos de convertirse en labriego, y en último apuro hasta en res.

LA ROMERÍA

—Pica, Juanito, que vamos á perder la misa.

—No tengas miedo: todavía no son las ocho, la misa suele ser á las diez y no nos falta más que legua y media.

—Muy estrecha, pero muy larga. A más de que va empezando á calentar el sol, y cuanto primero lleguemos, primero nos ponemos á la sombra.

—Eso es verdad; pero no creas que de aquí á Río-sol haya mucho más de legua y media; habrá dos leguas á lo sumo. Mira, mira, desde este cerro, qué hermoso está el valle.

Y efectivamente el valle de Valdeburón, por donde habíamos andado toda la mañana, desde las cinco, pasando por Escaro, Burón y Lário, dejando á la derecha á la Vega Cerneja, y á la izquierda á Liegos y Acebedo, estaba hermosísimo.

El sol que hacía rato había empezado á agarrarse de los picos más altos de las peñas, y luego se había ido dejando caer por las laderas de los montes insensiblemente y como quien no quiere la cosa, se acababa ya de bajar de la manera más desenvuelta hasta los prados de la orilla del río, y bañaba todo el valle con la luz brillante de los días de fiesta.

Al murmullo desigual y ruidoso del riachuelo que jugueteaba informal y corría á saltos á cada instante, se juntaba el arrullo de las palomas torcaces, posadas con entera tranquilidad en los robles primeros de la bajerada del monte.

Era ya verano, pero á aquellas alturas no hay verano: hasta la llegada del otoño dura la primavera.

El paisaje era bellísimo. Estábamos á la derecha del río sobre una colina, un poco más arriba de Acebedo, y desde allí se descubría un panorama encantador y completamente fantástico, en que aparecían, azul el cielo, blancos y rojos los lugares, verdes los prados, descoloridos los centenos, cenicientos los sotos, negros los montes, floridos con su lujosa flor amarilla los escobales, cuyas emanaciones amargas y frescas tonifican y dan salud y fortaleza al cuerpo, al paso que recrean el espíritu.

Comenzaba el movimiento de gente hacia la romería, y sobre la esmeralda que bordeaba todos los caminos y veredas, coloreaban los pañuelos encarnados y azules de las mozas, y blanqueaban los brazos de los mozos que iban en mangas de camisa.

—¿De dónde son aquellos que vienen cruzando aquel escobal por debajo de aquella peña calar de enfrente?

—Son los de Polvoredo.

—¿Y estos otros que vienen á nuestra izquierda por entre las hayas?

—Esos son de Liegos; van por un atajo y llegarán antes que nosotros.

Una hora después habíamos entrado en Maraña que es el último pueblo de León por aquella parte, y á los tres cuartos de hora más nos encontrábamos á mil quinientos metros sobre el nivel del mar, en lo alto de la divisoria entre León y Asturias, por el paso denominado puerto de Tarna, junto á la ermita de la Virgen de Río-sol, que era el término de nuestro viaje.

La ermita es pequeña y está pobremente adornada. La imagen, que desde tiempo inmemorial se venera allí, representa á la Virgen en el misterio de la Asunción, y de un lado y otro del puerto recibe fervoroso culto.

Sobre la pared occidental de la ermita se destaca una espadaña pequeña con una campana que tampoco es grande. La tradición asegura que esta campana bendita es el instrumento de que la Virgen suele valerse para ejercer su piadosa protección sobre sus devotos.

El paso de la cordillera entre León y Asturias es muy peligroso en el invierno en tiempo de las grandes nevadas, y apenas pasa un año sin que en uno ú otro puerto, perezcan arrecidos algunos infelices.

Pues bien, según la tradición, la campana de la Virgen de Río-sol, en muchas ocasiones se ha tocado sola en días de tormenta para llamar y guiar á los caminantes en medio de aquel desierto de nieve.

Esto explica la devoción de los pueblos comarcanos, y la concurrencia de romeros de todas clases el día de la fiesta, unos descalzos, otros con velas para dejarlas encendidas ante el altar, otros con otro género de limosnas, casi siempre en especie, como celemines de arvejos ó de centeno, lino espadado, lana en vellón, pollos y algún hermoso cordero blanco adornado con cintas encarnadas y azules.

Tocó á misa la campanina milagrosa y la gente que bullía por el campo se arremolinó al santuario, entrando los que pudieron, y quedándose los demás á la puerta y á las ventanas.

Voces robustas y de timbre simpático entonaron solemnemente la misa de ángeles, mal acompañadas por la gaita de un ciego de Tarna que llevaba el compás con la cabeza.

Son terribles los ciegos en aquel país. Digo, lo terrible es la gaita; instrumento sencillo, pero desagradable, que consiste en una rueda que pasa rozando unas cuerdas y produce con ellas un ruido poco más melodioso que el del eje de un carro cuando canta.

No hay por allí ciego sin gaita ni función sin ciego, el cual, después de acompañar á bulto los *kiries* y el *Gloria* y todo lo demás que canta el coro, suele tocar solo y por su cuenta al ofertorio y á la conclusión *Marusiña la muneira* ó las *Habas verdes*.

Concluída la misa y la procesión, en medio de la cual se presentan á la Virgen las ofrendas, véndense éstas en pública subasta para emplear su importe en el sostenimiento del culto.

Y con esto se desparrama la gente, buscando cada cual un buen sitio para comer con su familia ó sus amigos, y formando corros á campo raso cerca de la ermita, ó un poco más lejos á la sombra de los primeros árboles.

Se come, por supuesto, lo que se lleva en la alforja, pudiendo solamente añadir escabeche y fruta, que es lo que allí se vende, y remojarlo todo, más que con agua de la fuente, aunque es buena, con excelente vino de Rueda ó de la Nava.

Después de la comida, la romería ha perdido casi por entero el carácter religioso, pues aunque á media tarde se toca al rosario, la mayor parte de la gente, adormecida en la digestión, no acude á rezarle, y luego ya todo es baile y broma y jolgorio.



PRIMER BOCETO DEL CUADRO: **LA BENDICIÓN DE LOS CAMPOS**, DE SALVADOR VINIEGRA

Como en la concurrencia hay casi por mitad asturianos y leoneses y como las costumbres de unos y otros son tan distintas, hasta en las diversiones hacen rancho aparte. Los asturianos son más animados que los leoneses, ó como estos dicen, más *locos*, y á mayor abundamiento, como en Asturias beben poco vino porque vale muy caro, el día de la romería quieren sacar el papo de mal año, y no queda uno que no coja su mona correspondiente.

El traje de los asturianos es más pintoresco y más original que el de los de Valdeburón. Las mujeres llevan saya corta y al cuello un dengue. Los hombres traen calzón suelto, sin atar á la corva, luciendo el calzoncillo y la media blanca, y en lugar de sombrero, una montera de pana ó terciopelo según los posibles, con el pico elevado ó caído á un lado ó á otro, según el concejo á que pertenece el que la usa. Llevan además, como prenda de uniforme, el palo.

Ha comenzado el baile que se divide en dos ó tres secciones. Aquí bailan, al son de la pandereta, los mozos y las mozas de Valdeburón, luciendo ellas su tez morena tostada del sol y del cierzo, su falda de percal, su pañuelo de color de rosa al cuello con las puntas cruzadas graciosamente sobre el pecho y atadas atrás á la cintura, y ellos su traje compuesto de pantalón, chaleco y chaqueta, parecido al que llevamos todos.

Allá danzan los astures, agarrados de manos, formando corro y dando vueltas con envidiable monotonía, sólo interrumpida por el eco dulce, tardo y soñoliento de sus medios cantares.

Comienzan éstos siempre con una invocación religiosa que por no tener conexión con los otros dos versos, al último de los cuales sirve de asonante, parece un ripio.

Verbigracia:

¡Señor San Pedro!...
Dile, morena, á tu padre,
Que por tus ojos me muero.

—

¡La Madre Santa!...
Quiérote desque te pones
Corales á la garganta.

Cuando están muy alegres no cantan ya cantares serios, sino de estos otros:

¡La Virgen pura!...
El que corteja á la madre
Tiene á la hija segura.

—

¡Señor San Pedro!...
Quiero sacar los calzones
Por la cabeza y no puedo.

Cada uno de estos cantares suele terminar con un *iju, ju, ju, ju*, es decir, con un relinchido no mal imitado y con un *¡Viva Asturies!...*

Si á un castellano se le ocurre contestar en el mismo tono: *¡Del puerto acá!* ya se armó la disputa, y antes de un credo andan los palos por el aire.

Otras veces, no gritan, *¡Viva Asturies!* sino *¡Viva Cangues!* ó *¡Viva Ponga!* el concejo á que pertenece el autor del grito, y si otro le contesta *¡Viva Parres!* ó *¡Viva el Infiestu!* ya está la fiesta armada: se enredan á palos unos con otros y no se dan con menos afición que si dieran á los de Castilla.

Al lado de estos dos bailes suele haber otro todavía, el de los señoritos de uno y otro lado del puerto. Como para la gente educada ya casi no hay fronteras, mucho menos habrá divisiones de provincias. Por eso la aristocracia de la romería, el abogado de un pueblo, el médico del otro, el registrador de la propiedad del de más allá y los estudiantes y el buscador de minas y el ayudante de obras públicas, que está estudiando por allí una carretera, se juntan reunen todas las señoritas que han ido á la fiesta, y si da la casualidad que encuentran un ciego con un violín, *¡rara avis!* bailan valses y polkas y hasta rigodones y lanceros; pero si no tiene la música otro representante en la función más que el susodicho ciego de la gaita, lo cual es harto peor que no tener ninguno, forman un corro parecido al de la danza y bailan una cosa que llaman giraldillas al son de una tonada.

Cantan un cantar cualquiera, por ejemplo este:

Eres alta y delgada
Como una mimbre;
Has de ser perseguida
Del amor firme.

O este otro:

Como las esmeraldas
Son las mujeres;
Cuanto más pequeñitas,
Más precio tienen.

Al concluir el cantar, un hombre y una mujer que están dentro del corro, eligen de entre los que le forman él una mujer y ella un hombre, y bailan las dos parejas mientras se canta el estribillo: después, los que antes estaban encerrados salen á formar parte del corro, y quedan dentro los elegidos últimos para elegir, á su vez, parejas en otro cantar; y así, se repite la operación indefinidamente. Es una manera ingeniosa de suplir la música.

El estribillo decía:

A orilla de la fuente
Y al lado del rosal
Te ví cogiendo rosas
El día de San Juan.
Por verte, desde entonces
Te sigo sin cesar;
Por verte, y si te veo
No sé lo que me da...
¡Ay! amor mío,
Que no te puedo olvidar.

El sol anda ya cerca de ponerse; pero lejos de disminuir el calor entre los asturianos, ha crecido bastante y aun siguen bebiendo. Ya reforman sus cantares de cierta manera muy poco tranquilizadora, y relinchan más alto y los vivas son más insolentes y más provocativos. En este momento canta uno del corro enarbolando el arma favorita:

¡Señor San Pedro!...
Traigo un palo de avellano,
Y en lo que dure no hay miedo.

Aun sonaba el eco en los aires cuando se oyeron gritos descompuestos como de hombres que riñen.

—¿Quiénes son aquellos?

—El mayorazgo de Pendones y Juanón el de la Uña.

—Se van á cascar.

—Probablemente.

Y ya se estaban dando. Cien palos hubo al momento levantados en alto sin saber en dónde posarse, hasta que, acudiendo la pareja de la Guardia civil á poner orden, se posaron sobre los guardias, que fueron desarmados en menos tiempo del que se necesita para decirlo.

Fué aquello una batalla entre la autoridad y el vino, quedando este último victorioso en toda la línea.

Al día siguiente, abandonados ya de tan intrépido y revoltoso capitán, los promovedores del alboroto se dejaban coger como corderos y llevar á la cárcel.

Justo castigo á su pecado de profanar y desnaturalizar la romería.

ANTONIO DE VALBUENA

EL CODICILO

I

La capital de Guatemala es la más hermosa de la América central; sus cómodas y elegantes casas tienen lozanos jardines y, como en Méjico, corredores llenos de preciosas flores.

A pocas leguas de distancia se encuentran las majestuosas ruinas de la Antigua, entre los caprichosos volcanes de Agua y de Fuego, y un poco más lejos, los escombros de *Ciudad Vieja*, destruída por el torrente que despidió el volcán de agua en la noche del 11 de setiembre de 1541.

En la terrible inundación pereció doña Beatriz de la Cueva, viuda del conquistador Alvarado y gobernadora interina.

Los valles y alrededores de Guatemala, no sólo son curiosos para el viajero, sino feraces, pintorescos y productores.

Hace algunos años que cercana al teatro principal, se veía una antigua pero elegante casa toda de piedra con zaguan, jardín al frente y escalera espaciosa á la derecha.

Bellas habitaciones en donde se admiraban costosos refinamientos del lujo, tapices y bronces, acusaban la riqueza de los dueños.

Atravesando dos grandes salones se llegaba á una puerta cubierta con cortina de seda, la que daba paso á un primoroso gabinete, en el cual se veían mil bagatelas de plata, china y marfil: un artístico estante de cedro encerrando varios libros lujosamente encuadernados y un gran retrato de cuerpo entero, pendiente por gruesos cordones sobre un sofá de brocado azul, completaban el todo.

En el hueco de los balcones caprichosas jardineras ostentaban begonias de variadas clases, cedros y otras plantas tropicales.

Aquel risueño cuadro formaba singular contraste con el traje de luto y el profundo pesar que reflejaba la fisonomía de una mujer joven y hermosa que, recostada en un sillón, acariciaba la rubia cabeza de una preciosa niña sentada á sus pies en taburete de terciopelo.

Era uno de esos tipos cuya belleza consiste en la suprema gracia, en la distinción y en el poderoso atractivo que inspira respeto y amor á la vez.

Sus cabellos de color castaño oscuro coronaban un rostro pálido, pero con esa palidez apasionada (si es permitida esta frase) privilegio de los tipos hispano americanos.

Los ojos eran aterciopelados, magníficos, con largas pestañas y cejas tan perfectas, cual si un hábil pincel los hubiera formado.

Aquella mujer era esbelta y delgada, con manos y pies de niña.

El dolor nublaba su fisonomía y gruesas lágrimas surcaban sus mejillas.

Un criado levantó la cortina diciendo:

—El señor Vélez Rubio.

Un hombre como de treinta y ocho años, de elevada estatura y noble fisonomía, entró en el gabinete.



Ultimo boceto del cuadro: LA BENDICIÓN DE LOS CAMPOS EN 1800





Estudios para el cuadro: LA BENDICIÓN DE LOS CAMPOS EN 1800, de Salvador Viniegra



LA BENDICIÓN DE LOS CAMPOS EN 1800 cuadro de Salvador Viniegra (Medalla de primera clase)



LA HERMANA MAYOR, boceto al óleo de F. de Uiide

Al verlo, se levantó de la mecedora y mostrando una silla cerca de la suya dijo:

—¿A qué debo el consuelo de ver á V., amigo mío? ¿debo mirar como feliz ó funesto presagio el abandono de su bufete?

—Dispénseme V., Guadalupe, si he venido á turbar su dolor y su soledad; pero es preciso que me dé V. el codicilo para reunirlo á las demás piezas justificativas.

—¿Qué dice V.? No tengo ese documento y creo habérselo entregado, con todos los papeles.

—Entre ellos no está.

—La pérdida de ese codicilo sería mi ruina. ¡Oh! mi buen tío,—continuó sollozando y fijándose en el retrato de que hemos hablado,—tú que tanto me amabas protégeme: ¿qué será de mi hija? Federico me odia y es incapaz de sentimientos generosos.

—Pero la última voluntad de un moribundo...

—No la respetará.

—Sería capaz del mayor sacrificio por evitar á V. un nuevo pesar, pero sin el codicilo el derecho de V. es nulo... busque usted...

—No, no; habrá sido robado: mi tío casi agonizante, me dijo estaba en el sobre que entregué á V. y que contenía algunos papeles.

—Sí; títulos de propiedad, escrituras y otros documentos, pero no el principal; más ¿cree V. capaz á Federico...?

—De todo: le conozco. A la muerte de mi esposo intentó disuadirme de volver al lado de mi tío... Ya sabe usted que comprometida la fortuna de mi marido en la quiebra del banquero francés, nada pude recoger y que mi tío me abrió sus brazos y su casa.

—Valor y resignación; esperemos todavía.

—Gracias, amigo generoso, gracias.

II

Vélez salió de aquella estancia dolorosamente afectado, y al cruzar los dos elegantes salones, pensó con amargura en que un joven pervertido y audaz arrojaría á Guadalupe de aquella casa y la privaría de todo.

Nuevamente buscó hoja por hoja, sin mejor resultado.

El pleito continuó, pero el testamento era legal y por él los bienes pertenecían á Federico Monreal, sobrino en el mismo grado que Guadalupe.

El último término se cumplió, y el orgulloso heredero se presentó en la casa, significando á Guadalupe la abandonara inmediatamente.

La viuda estaba serena; tenía la dignidad de la desgracia, y hubiera mirado como una humillación, implorar apoyo de aquel hombre que siempre la había odiado, precisamente por la preferencia que su tío manifestaba por ella en los últimos años.

El testamento había sido hecho en circunstancias especiales.

Guadalupe era huérfana y vivía con el hermano de su padre, cuando se enamoró del que fué después su compañero, que pertenecía al partido liberal avanzado, mientras que su tío era conservador é intransigente con los que introducían en Guatemala reformas radicales y trataban de acabar por completo con rancios hábitos y antiguas instituciones.

La revolución se extendía por toda la república y el prometido de Guadalupe tomaba parte activa en las operaciones: entonces el anciano prohibió terminantemente á su sobrina que pensara en tal casamiento, pues jamás lo consentiría.

Pero ella amaba, adoraba, y la razón y la justicia además, la hacían considerar, que las luchas de partido no debían influir en su dicha, y su generoso corazón se sublevó contra aquel empeño absurdo y tiránico; un día, después de haber agotado todos los medios para obtener el beneplácito del que era su segundo padre, salió de la casa y de Guatemala, con el que era causa de aquella determinación.

La joven le confió su honra, segura de que estaría bien guardada, y un mes después se casó en Quezaltenango.

La cólera del tío de Guadalupe no tuvo límites y juró desheredar á su sobrina y no perdonarla jamás.

Entonces hizo el testamento en favor de Federico Monreal.

Pero cuando supo que en la acción de Tacaná había muerto el hombre á quien aborrecía y que además la quiebra de un banco le había arrebatado toda su fortuna, pensó en que la viuda quedaba pobre y sola; que una niña estaba huérfana y sin apoyo. Olvidó todo, corrió á Quezaltenango y volvió á Guatemala con su sobrina y la hija de esta.

Gravemente enfermo después recordó el testamento y por un codicilo lo anuló, instituyendo única heredera á Guadalupe y dejando sólo señalada una cantidad para Monreal.

¿Cómo llegó á noticia de éste? Tal vez por los criados ó por el escribano, pero desde aquel momento pensó en sustraer un papel que le arrebataba inmensa fortuna, destinada á sostener sus calaveradas.

El oro le proporcionó lo que deseaba; un criado infiel le abrió las puertas en la misma noche en que Guadalupe, anonadada por el dolor, velaba, rezaba y lloraba junto al cadáver del anciano.

De ese modo quedó reducida á la miseria.

–La Providencia se apiadará de mí y de mi Luisa,—pensó, y al indicarla que podía sacar su ropa y alhajas, contestó con dignidad:

–Nada quiero sino mis trajes más precisos y modestos: sólo pido el retrato del hombre que creyó asegurarme el porvenir, sin contar con la traición y la maldad.

–La ley me devuelve lo que usted me usurpaba; por eso no quiero guardar el retrato del que tal vez pensó en despojarme... la muerte no le dió tiempo...

–¡La muerte!—murmuró Guadalupe.—No; un robo incomprensible.

Federico sonrió añadiendo:

–Es un lienzo magnífico y se vendería muy bien; es obra de un pintor de gran nombre: está hecho en París; pero renuncio á él como á todo; dentro de algunos días se venderán los muebles en remate.

III

Guadalupe salió de aquella casa llorando amargamente: no por la pobreza que la amenazaba, sino por el recuerdo de los días felices que en ella había pasado.

En un carrito hizo colocar el retrato y un baul pequeño y se hizo conducir á la modesta casa de una india, que había sido su doncella.

Las privaciones empezaron, pero con esa resignación propia de las almas elevadas, buscó en el trabajo los medios para subvenir á las necesidades de su hija y á las suyas.

El abogado Vélez Rubio trató de averiguar el paradero de Guadalupe: durante dos meses fué difícil empeño.

Una casualidad volvió á ponerle en el camino de la hermosa viuda, por la cual sentía admiración y cariño.

Pasaba por la plaza de la Catedral, cuando vió venir en dirección opuesta á una mujer á quien creyó reconocer.

Era una india con un pequeño paquete en la mano.

Al encontrarse más cerca, Vélez recordó quién era; la había visto en casa de Guadalupe, en donde servía como doncella.

Una idea cruzó por su imaginación: tal vez aquella mujer sabía en dónde se encontraba la joven.

–Nicolasa,—la dijo deteniéndola,—¿no me conoces?

–Sí señor; sí; lo he visto allá, en la casa de la *niña* Lupe (1)

(1) Guadalupe.

–¿Tú sabes en dónde está?

–¿Yo?... no señor.

–Sí lo sabes; ella te habrá encargado que guardes secreto, pero tengo que decirle una cosa muy importante.

–¿Para bien suyo?

–Por supuesto.

–Pues entonces se lo diré á V.: la niña Lupe está en Escuintla.

–¿En Escuintla?

–Sí señor; aquí no podía vivir y me dijo: Nicolasa, tengo confianza en tí y por eso te llevaré conmigo: viviremos como se pueda, pero más barato que en Guatemala; y nos fuimos.

–Pero ¿qué hace?

–Borda, cose, y eso cuando hay: la otra semana estuvo la niña muy mala y no pudo coser y por eso hoy...

La india vaciló.

–¿Hoy qué?—preguntó Vélez, ansioso é impaciente.

–Pues hoy me dió un alfiler y otras cosillas para empeñarlas: lo único que tenía puesto al salir de casa de su tío.

–¿Puedo contar contigo para hacer lo que pienso y sacarla de ese estado?

–¡Cómo no! si yo daría mi vida por la niña...

–Pues bien, toma: le das esto y le dices que es el valor de las joyas.

Y Vélez entregó á la Nicolasa unas monedas de oro.

–¿Pero y este paquete?

–Dame, yo sabré cómo dárselo más tarde.

IV

Escuintla es una pequeña población rodeada de jardines, huertos y preciosas *haciendas:* elevados cocoteros prestan sombra y protegen contra los ardientes rayos del sol y múltiples arroyuelos cruzan en distintas direcciones, como franjas de plata, murmurando suavemente y reflejando en sus cristales el cielo trasparente y azul.

Numerosas familias de la capital han hecho de Escuintla, sitio de recreo, y en sus bosquecillos y á orillas de sus arroyos, bajo las frondosas copas de los árboles, se esparcen en grupos y pasan deliciosos instantes en las horas del calor.

Completan este cuadro tropical las indias sentadas á las puertas y en las aceras, vendiendo naranjas, plátanos, mangos y otros frutos, con los pies y piernas desnudos, la angosta saya azul y la camisa sin mangas y rayada de encarnado ó azul.

El clima permite y autoriza esa desnudez.

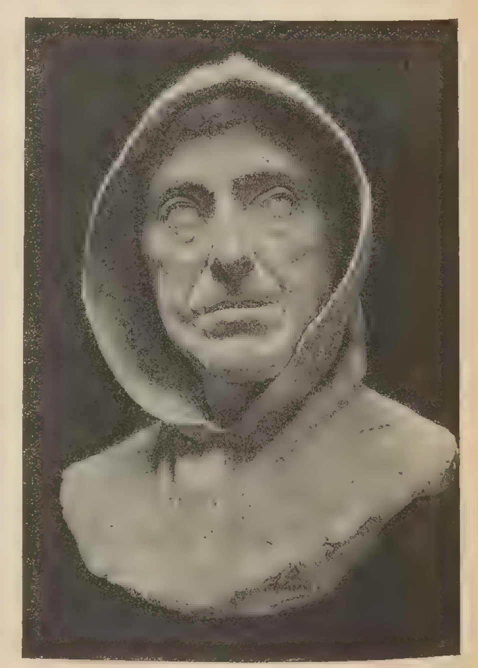
Guadalupe habitaba una pobre casa, un *rancho* que no tenía otro atractivo que el aseo y las muchas flores, que por doquiera se veían.

Allí estaba contenta porque su Luisa nunca se había encontrado más fresca y en mejor salud.

Una mañana, sorprendida y avergonzada, vió entrar á Vélez.

–¿Cómo ha sabido usted que estaba aquí?

–¡La casualidad! acompañando á unos amigos la he visto á usted al pasar y como la buscaba con afán...



BUSTO DE ESTUDIO, de A. Querol



LA NUEVA VÍA APPIA, cuadro de O. Achenbach

– ¿Para qué?

– Guadalupe, usted me dijo un día que yo era su mejor amigo, y sin duda no lo creía usted así, puesto que se oculta de mí.

– No; usted no lo cree así, pero... la situación mía... la necesidad de ganar mi vida...

Vélez estaba conmovido: aquel *rancho* le parecía un santuario y ni aun se atrevía á formular el pensamiento que allí le había conducido.

– Usted no puede permanecer así; usted perdería su salud trabajando: usted no está acostumbrada á esta existencia: además la educación, el porvenir de Luisa...

– Pero la necesidad carece de ley; aseguro á V. que soy feliz.

– Perdóneme V. y sea franca, completamente franca conmigo.

– ¡Cómo no!

– ¿Sería un sacrificio para V. ser mi esposa?

Guadalupe sintió que sus mejillas se cubrían de rubor y no contestó:

– ¿Le soy á V. tan indiferente ó teme no ser feliz?

– ¡Oh! amigo mío, ni lo uno ni lo otro; pero ¿es exceso de amistad ó es...?

– Amor: sus virtudes de V. lo inspiran y su mano y su corazón serán para mí un paraíso de felicidad.

La joven viuda confusa y embargada por dulce emoción, contestó con elocuente mirada, más elocuente que las palabras.

V

Ha pasado un mes.

En la catedral de Guatemala se había celebrado el matrimonio de Guadalupe con Vélez Rubio.

Al entrar en la nueva casa que la fortuna la ofrecía, la dijo el feliz abogado:

– Ven, alma mía, á visitar esta casa que desde hoy embelleces y de la cual eres reina.

Atravesaron varias y elegantes habitaciones: al llegar á un precioso gabinete, al fijarse en una artística mesita de bronce, la joven lanzó una exclamación.

Las joyas empeñadas por Nicolasa estaban sobre una bandeja de plata.

– Fué mi cómplice—dijo Vélez sonriendo—esa india; ella me salvó de la desesperación, haciéndome conocer tu retiro.

La joven supo entonces el porqué de aquellas palabras y rodeó con sus brazos el cuello de su marido.

Cinco años después, Federico sucumbió en una cacería: desbocado el caballo lo arrojó al fondo de un abismo.

Al hacer el inventario de sus muebles, al registrar sus papeles, se encontró encerrado en una cartera el codicilo robado á Guadalupe y por el cual volvían á poder suyo los bienes de su tío.

– Nada necesitas,—la dijo Vélez:—esos bienes son para nuestra Luisa, sólo para ella: mi amor, ángel mío, se ofendería de esas riquezas y no las acepta: ¿lo apruebas?

LA BARONESA DE WILSON

LOS HOMBRES PELUDOS

En estos últimos días se han exhibido en París, con el nombre de *Pilosos ó Hirsutos*, dos personajes peludos, madre é hijo, que son interesantes por muchos respectos.

La madre es una vieja de sesenta y cuatro años, llamada Mahphoon, con la cabeza muy bien poblada de pelos finos y sedosos, harto semejantes á los del llamado perro de aguas: estos pelos son más abundantes en la frente y luego en los pómulos; el caballete de la nariz presenta una línea vellosa; los bigotes son muy espesos y tienen una separación bien marcada en medio del labio superior. En las mejillas y en la barba es muy largo y copioso el pelo. Esta pobre mujer es ciega.

El hijo, Mung-Phoset, tiene, como su madre, cubierta de pelos toda la cara; pero más recios y abundantes, pudiendo compararse con los de una cabra. En la cabeza es mucho más largo el pelo, llevándolo recogido en la coronilla. Los hombros, el cuello y el pecho son igualmente peludos, y la espina dorsal está cubierta de verdaderas crines. En los miembros es el pelo menos largo y más fino, viniendo á ser un vello de cinco ó seis centímetros. Pero ni la madre ni el hijo tienen pelo en manos ni pies.

Mung-Phoset está casado con una birmana de quien ha tenido muchos hijos, y entre ellos una hija que presentaba el mismo fenómeno que su padre y su abuela.

Esta joven, llamada Mah-Mé, hubo de llegar á los diez y ocho años, muriendo el anterior en Birmania poco antes de la partida de su padre y abuela para Europa.

La historia de estos individuos ofrece algunas particularidades que bien merecen referirse. Estos últimos años, antes de la ocupación de la Birmania por los ingleses, vivía la peluda familia en la corte del rey Theebault, que los tenía como curiosidades entre los enanos y bufones; pero cuando los birmanos, por un acto de patriotismo salvaje, incendiaron la capital de su país por no verla en poder de los ingleses (28 nov. 1885), el hombre peludo y su familia, espantados por las llamas, por el combate entre los soldados y los incendiarios, por el estruendo del cañón y de las minas con que los ingleses procuraron detener los progresos del incendio, en medio del terror general, huyeron al través de las llamas, llevando el hijo á cuestas á su madre ciega y arrastrando á su mujer y á sus hijos.

Refugiáronse en un bosque cerca de Amara Pura, y allí, un oficial italiano, antiguo jefe de estado mayor del rey Theebault, hubo de encontrarlos casi muertos de hambre y de fatiga, y los recogió, siendo él quien los exhibe en Europa actualmente.

Un detalle de costumbres digno de notarse es que, cuando estos individuos peludos estaban en Mandalay, podían ir al mercado y tomar las frutas y legumbres que apetecían, como quiera que los campesinos cuyos géneros elegían, dábanse por muy honrados y satisfechos de esta preferencia, considerándola de buen augurio.

La existencia de una familia peluda en la corte de Birmania es conocida de mucho tiempo atrás y los personajes que la componen han sido muchas veces descritos por los viajeros. Lord Crawfurd, que fué enviado en 1824 á Ava por el gobernador de la India á negociar un tratado con el rey, describe minuciosamente y refiere la curiosa historia de un hombre peludo, llamado Shwe-Maong; habla de una hija de éste, niña de dos años entonces, que era igualmente peluda y se llamaba Mahphoon, la vieja que se exhibía hace poco en París.

En 1855, unos oficiales ingleses enviados á Ava, vieron una joven peluda é hicieron su descripción: á sus ojos era la cosa más rara y curiosa que habían encontrado en su viaje. Esta joven peluda era también Mahphoon.

En 1875, el periódico ilustrado *La Nature*, fundándose en la narración de muchos viajeros, dió la descripción de Shwe-Maong, el hombre peludo, de su hija Mahphoon, y del hijo de ésta Mung-Phoset, padre de la joven peluda Mah-Mé, muerta el año anterior en Birmania.

Esta joven era pues un ejemplo de la trasmisión hereditaria, hasta la *cuarta generación*, de ese extraordinario desarrollo del sistema piloso. Ahora bien, es de notar que esta trasmisión se hizo á pesar de la influencia de la sangre del cónyuge cuya acción debía tender á predominar por medio de un número de ascendientes normales infinitamente más considerable. No es, pues, cierto que los hombres peludos de Birmania sean descendientes de una raza marcada con esta misma particularidad y habitante en otro tiempo en los bosques del Laos. Bajo el punto de vista hereditario es útil dar á conocer en pocas palabras la historia de la familia de cada uno de los personajes peludos de que hablamos, tanto más, cuanto que parece algo extraordinario que hayan tenido ocasión de enlazarse.

El primero, Shwe-Maong, bufón de la corte del rey de Birmania, se casó de una manera bastante original. Una hermosa joven, dama de honor de la reina, fué acusada de un crimen contra la religión del país y condenada á morir en horrible suplicio. El día de la ejecución fué conducida con gran ceremonia al cementerio donde debía sufrir su condena; iba á comenzar el tormento, cuando llegó un jinete á rienda suelta, portador de una orden del rey para que se suspendiera la ejecución y se propusiera á la dama esta disyuntiva: ó casarse con el hombre pelu-



REBAÑOS REGRESANDO Á SUS CORRALES, cuadro de V. Weishaupt

do ó morir: la pobre joven prefirió vivir, esto es, aceptar el casamiento con el hombre peludo.

Y en efecto, se casaron. La ceremonia fué acompañada de fiestas grotescas, y los enanos y bufones fueron los asistentes de los novios.

De esta union nacieron siete hijos, cuyos dos primeros murieron en edad temprana sin ofrecer nada anormal; lo mismo sucedió con el tercero, una niña, que vivió; pero la cuarta fué peluda y se llamaba Mahphoon: la vieja exhibida ahora en París. De los otros tres, dos, un niño y una niña, que murieron en edad infantil, parecían indicar por la naturaleza y disposición de sus cabellos, que hubieran sido peludos en edad adulta.

Mahphoon se casó con un birmano de quien tuvo muchos hijos, de los cuales tres eran peludos, dos varones y una hembra; pero el único de ellos que llegó á la edad adulta fué Mung-Phoset.

Mung-Phoset se casó, como su abuelo, con una dama de honor de la corte, pero sin cosa de condena ni imposición, por inclinación ó simpatía al parecer. De este enlace nació una sola hija, la joven peluda Mah-Mé, que como ya dijimos murió en Birmania.

Tal es, bajo el concepto hereditario, la historia de esta extraña familia.

Los dos individuos exhibidos en París, Mung-Phoset y su madre Mahphoon, tienen dentadura anormal: carecen de molares, y sólo en la mandíbula superior tienen los dos primeros incisivos y los dos caninos, faltándoles los incisivos intermediarios; en la mandíbula inferior tienen cuatro incisivos y dos caninos.

Es de advertir que se ha notado repetidas veces esta irregularidad de la dentadura en individuos que presentaban tan anormal desarrollo del sistema piloso, particularmente en Andrés Jeftichjew, conocido por el hombre-perro.



Fig. 1.—Mahphoon, mujer peluda de Birmania.



Fig. 2. Mung Phoset, hijo de Mahphoon.

Casos de individuos peludos.— Los teratólogos citan gran número de ellos, y en la clasificación de las monstruosidades humanas dan á ésta el nombre de *hipertricoferosis.*

Algunos de estos casos merecen mención. Varios antropólogos admiten hoy que el hombre prehistórico de la época terciaria era imberbe, no peludo, ó á lo menos no más peludo que el hombre actual; pero sostienen que en un período posterior al comienzo de la época cuaternaria, la raza humana era completamente peluda, y apoyan su afirmación en el descubrimiento hecho hace algunos años en una estación prehistórica de un cuerno en que un artista cuaternario había grabado el diseño de una mujer cubierta toda de pelo.

Esta opinión no es admisible en buena crítica. Objétase en efecto que un solo diseño representando una persona peluda no puede bastar para deducir que lo fuera toda la raza de entonces. Aquella mujer diseñada podía ser acaso un fenómeno análogo á los personajes peludos que se exhiben en nuestros días, y acaso por esta misma razón el artista de la época la creyó digna de trasmitirla por medio del dibujo á la posteridad.

Sea como quiera, ello es que este ejemplar peludo es el primero de que se hace mención en la historia de la especie humana.

En la Biblia se encuentra también otro ejemplar peludo, Esaú. Cuando Jacob quiso iludir á su padre ciego para obtener la bendición que correspondía al primogénito, dijo á su madre Rebeca, que estaba de acuerdo con él: Sabes que mi hermano Esaú tiene el cuerpo peludo y yo no.

En las *Misceláneas académicas de los hechos curiosos de la naturaleza*, se halla la descripción de un hombre-perro, según Paulini; y para hacer el hecho más extraño, afirma el autor que el nacimiento de este monstruo fué acompañado de llamas y estruendos, (*monstrum canino-humanum cum flamma et fragore natum*).

A mediados del siglo pasado el *Diario extranjero* insertó la descripción, que se le dirigió de Lisboa, de una niña peluda de unos siete años de edad. «Es, decía, de estatura gigantesca; tiene la cara y todo el cuerpo cubierto de pelos de diversos colores y longitudes; pero sus cabellos no tienen nada de extraordinario.»

Buffón habla de una mujer, que vivía en la ciudad de Barqui, la cual, «desde las clavículas hasta las extremidades, está enteramente cubierta de pelo de ternera. En 1774 había en París un ruso cuya frente y toda la cara estaba cubierta de pelo negro.»

En Yeco, algunos viajeros de la misma época aseguraban haber visto muchos individuos de rostro completamente peludo.

IMP. DE MONTANER Y SIMON

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI ↔BARCELONA 5 DE SETIEMBRE DE 1887↔ NÚM. 297

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



SU EMINENCIA, cuadro de Enrique Serra

SUMARIO

Texto.—*Nuestros grabados.*—*Las dos y una noches* (NOCHE PRIMERA), por don Carlos Coello.—*Culinaria nacional*, por don Juan J. Relosillas.—*Los nerviosos*, por don Eduardo de Palacio.—*Física sin aparatos.*

Grabados.—*Su Eminencia*, cuadro de Enrique Serra.—*Paisaje*, de Pablo Flickel.—*La tarantella*, cuadro de Otto Sinding.—*Sin apearse*, cuadro de Guillermo Rauber.—*En el taller*, cuadro de C. Seiler.—*Adela*, cuadro de A. Seifert.—*Física sin aparatos.*—*Suplemento Artístico: Casa cuna de una aldea*, cuadro de Haag.

NUESTROS GRABADOS

SU EMINENCIA, cuadro de Enrique Serra

Decididamente nuestro compatriota se ha hecho romano.

Conoce el cielo de Roma como un transteverino, su campo como un Cincinnato, sus monumentos como el más curtido de sus arqueólogos y sus personajes como si de toda la vida se hubiera identificado con su existencia. En el cuadro que hoy reproducimos ha pintado á un príncipe de la Iglesia en el acto de satisfacer dos necesidades distintas; porque si es cierto que el hombre, inclusos los príncipes de la Iglesia, no viven exclusivamente de pan material, ello es igualmente cierto que los príncipes de la Iglesia, que después de todo son hombres, tampoco pueden vivir exclusivamente del pan del alma ó del pan de la inteligencia. Y en Roma, como en todas partes, tripas llevan pies y la suprema dicha es aquello de *mens sana in corpore sano.*

Este parece ser el aforismo que ha inspirado el cuadro de Serra. Su Eminencia sigue atento el curso de la lectura de su inferior jerárquico; y sin negar que esa lectura le interesa, no por esto saborea con menos fruición el digestivo te, que tiene muchas de las propiedades estomacales del moka, sin tener algunos de sus inconvenientes. Aun cuando lo principal en este cuadro sean los personajes, notables por su expresión, no podemos menos de llamar la atención hacia el lugar de la escena, pintado con un conocimiento de la realidad de que pueden blasonar muy pocos de los extranjeros que cultivan el arte en la Ciudad Eterna.

PAISAJE, de Pablo Flickel

Se ha abusado tanto del paisaje y son tantos los que se han titulado paisajistas, que ya va siendo trabajo hercúleo el llamar la atención reproduciendo á la naturaleza. Aparte las condiciones de luz, de aire, de color, no siempre fáciles de encontrar, pero que abonan buen número de esta clase de obras de arte, adolecen los paisajes generalmente, bien de una monotonía de composición lamentable, bien de una copia tan fotográfica del natural que en ellos el arte, el verdadero arte, que poetiza las escenas más vulgares, brilla, como vulgarmente se dice, por su ausencia.

¡Con cuánta fruición, pues, nos habremos detenido ante el bellísimo cuadro de Flickel, que en tan notable grado reune cuantas condiciones es dable exigir á un paisaje!... Aun prescindiendo de lo bien escogido del sitio, ¡cuán raras veces se han pintado planos tan bien graduados, fondos que produzcan ilusión más completa, horizontes de efecto mejor entendido!... A través de esos troncos se anda, á través de esas ramas se mira, debajo de esos juncos se ve el agua encharcada en que apaga su sed el manso rebaño. Si la comparación es el medio más eficaz para aquilatar el valor de las cosas análogas, nuestros favorecedores pueden apreciar fácilmente el mérito del cuadro de Flickel.

LA TARANTELLA, cuadro de Otto Sinding

Hay un refrán que dice: Dime con quién andas y te diré quién eres. Nosotros nos permitimos modificarlo en los siguientes términos: Dime cómo bailas y te diré de dónde eres. Las danzas populares de cada pueblo son una fotografía de su tipo, carácter y condiciones. El jaleo es tan jerezano como la muñeira es gallega, como la sardana es ampurdanesa, como la farandola es provenzal y el cancán parisién y la tarantella napolitana. Todos los bailes vienen á ser en definitiva una provocación á los sentidos; pero esa provocación da la medida del carácter de cada pueblo danzante. El cuadro que tenemos á la vista lo demuestra: esa tentación de cuatro mujeres ejercida sobre un solo hombre, que fluctúa desatinado y está á punto de dar en el *delirium tremens* del paroxismo sensual; no puede tener lugar sino en el voluptuoso golfo de Nápoles, á la luz de esa poética luna que da vaga forma de sirena encantadora á las más toscas bellezas de la playa, y á la vista de ese Vesubio, cuyo fuego es á la naturaleza material lo que el carácter del pueblo bajo italiano es á la humanidad. En la falda del Vesubio, sobre los restos de Pompeya, ó no cabe el baile, ó hay que bailar la tarantella.

SIN APEARSE, cuadro de Guillermo Rauber

No en todos tiempos, como en los nuestros, cuando se tenía necesidad de emprender un viaje, se hallaba á mano un tren dispuesto para trasladar á los pasajeros de un punto á otro, á razón de minuto por kilómetro. El sistema de locomoción menos molesto sin duda, era por aquel entonces un buen caballo; pero, ¡qué de peripecias, qué de peligros, qué de incomodidades suponía un viaje de tal suerte efectuado!...

Lo más común era sentir el calor y la sed que aqueja á los peregrinos en el desierto; y lo menos frecuente encontrar oasis donde refrigerar el decaído cuerpo y tomar algún aliento, para continuar la interminable serie de tan fatigosas molestias. Gracias, en semejantes casos, si la Providencia deparaba una venta, una choza siquiera, desde cuya puerta la garrida moza brindara al viajero con un jarro de vino ó de cerveza, según el país en donde tenía lugar semejante obra de misericordia.

Tal es la escena representada en el cuadro de Rauber. Probablemente la cerveza que ávidamente apuran nuestros viajeros debe saber á demonios; y sin embargo de fijo que nunca supo tan bien á las deidades olímpicas la tan cacareada ambrosía.

EN EL TALLER, cuadro de C. Seiler

El interior del taller es asunto grato, por lo visto, á los pintores. No es de extrañar, después de todo, pues ningunas escenas deben serles más conocidas que las escenas de su vida habitual. Seiler no ha conseguido dar novedad á la escena: el pintor de su cuadro está en la misma actitud en que lo han reproducido otros varios artistas, y la de los curiosos ó inteligentes que examinan la obra, es idéntica á la de muchos de sus predecesores en distintos lienzos. A pesar de lo cual, el cuadro de Seiler resulta notable, ya que no por lo que representa, á lo menos por su irreprochable ejecución. Es indudable que tratándose de Bellas Artes la originalidad de la concepción entra por mucho; pero aun dentro de un tema manoseado cabe demostrar facultades excepcionales. Pocas *óperas* han sido tan repetidamente cantadas como el *Barbero de Sevilla*, y sin embargo en su manera de interpretarla y ejecutarla, ha fundado gran parte de su reputación Adelina Patti.

Considerado bajo este punto de vista el cuadro de Seiler, es muy difícil ir más allá en su ejecución. Taller, pintor y curiosos están reproducidos con una verdad, con una seguridad, con una riqueza de detalles, que bastarían á formar, por sí solas, la reputación de un pintor de género.

ADELA, cuadro de A. Seifert

El autor de este cuadro ha estado acertado por más de un concepto. Primeramente, y sobre todo, en la elección de modelo, capaz de inspirar aun á quien no haya cogido en su vida la paleta y el pincel, y después en el modo de dar á conocer su perfecto conocimiento en este género y sus excelentes condiciones de retratista. Si á esto se añade que el grabador á su vez ha tratado con tanta habilidad como delicadeza la obra confiada á su buril, se comprenderá que *Adela* figure muy dignamente en las páginas de nuestra publicación.

SUPLEMENTO ARTISTICO

CASA-CUNA DE UNA ALDEA, cuadro de Haag

Por lo visto hay en nuestra tan maltratada Europa hasta simples aldeas que poseen casas-cunas. Creemos inútil decir que esas aldeas, donde tan acertadamente se sale al encuentro de las necesidades de la vida, así de los padres como de los hijos, no son aldeas españolas. En éstas no tan sólo no hay casas-cunas, sino que apenas hay cunas, y estamos por decir que apenas hay casas. Y sin embargo, ¡sería tan fácil generalizar esa humanitaria institución, que libra á las madres del cuidado incesante de su tierna prole, cuando necesitan todas las horas y todos los instantes para ganarla el escaso pan con el noble, pero no menos fatigoso, sudor de la frente!...

Tanto peor para los que así no lo comprenden... No sólo dejan de cumplir un deber social, sino que se privan de un espectáculo tan tierno y conmovedor como el representado por Haag en el delicioso cuadro que reproducimos.

LAS DOS Y UNA NOCHES

A mi querido amigo don Jaime Fernández y Guillaumet

NOCHE PRIMERA

I

En agosto del año 1884 residía en Constantinopla el que escribe estas líneas, agregado á la Legación de España en la capital de Turquía. Una tenaz y tan penosa como ridícula dolencia, la enfermedad de moda, la anemia que antes atacaba sólo á las mujeres y á los niños y ahora con esa tendencia igualitaria de la época presente se ceba también en los hombres y convierte en cuatro días en un alfeñique al mocetón más robusto, había llegado á postrarme en términos de no hallarse otro remedio para la salvación de una salud, preciosa para mi familia y para mí propio, que la prolongada estancia en un punto de condiciones climatológicas en todo diferentes de las de Madrid, donde, como todos saben, las estaciones no son en realidad cuatro sino cuatrocientas, conociéndose días que amanecen de invierno y anochecen de verano, donde hay días de agosto en que el uso de la bufanda es indispensable y noches de diciembre que parecen de primavera.

El clima de Turquía tiene la inapreciable ventaja de ser muy igual: diríase que Alah, sin salirse en nada de su providencial justicia, reparte á los turcos idéntica cantidad de calor que á los demás habitantes del globo; pero sin duda, así como españoles, franceses é italianos emplean y derrochan ese calor sin medida ni cálculo, aquellos prudentes y discretos hijos del Profeta lo distribuyen equitativamente entre los trescientos sesenta y cinco días del año.

Llegar á la antigua Bizancio y experimentar notable alivio en mi salud, fué todo uno. La vista de la maravillosa ciudad cuyos diversos aspectos, iluminada por la rosácea luz de la aurora, por los mil cambiantes del crepúsculo vespertino ó por la brillante luz de una luna que envidiaría con harta razón el sol de Inglaterra, trabajaría en vano por reproducir el pincel de un Haes ó de un Villegas, es capaz por sí sola de poner de buen humor á un hipocondríaco, y la imaginación concibe fácilmente que el más viejo, enfermo, pobre y desdichado de los hijos de Stambul se considere venturoso únicamente con vislumbrar aquel nuevo terrenal paraíso desde la cubierta del barco que lo vuelve á la cara patria.

Algún día, con más humor y vagar del que tengo ahora, ordenaré mis apuntes y escribiré acaso mis impresiones sobre el privilegiado país que fué soñando Lamartine al mismo tiempo que lo visitaba, que falsificó más que idealizó la pluma de oro de Teófilo Gautier, que Edmundo About creyó ver y recordar en dos viajes rapidísimos hechos á distancia de veinte años, y que su tocayo Edmundo Amicis nos ha descrito últimamente con más facilidad de estilo y encanto de color que observación verdadera y concienzuda.

Mi propósito de hoy es mucho más modesto, y más de acuerdo por lo tanto con mis débiles fuerzas. Los amables lectores de la *Ilustración Artística* tienen la benevolencia (Dios se lo pague) de leer sin enfado mis cuentos: los que hasta hoy les llevo contados han salido en todo ó en parte de mi fantasía y se han referido á cosas y personas que nada tenían que ver con su humilde autor. Hoy, quebrantando en cierto modo las leyes del buen gusto y yendo contra los impulsos del propio gusto mío, voy á referirles algo en que por fuerza he de entrar yo como sujeto accesorio del relato. Ofrezco, á cambio y en compensación de esta falta, ó sobra involuntaria é inevitable, no poner nada de mi cosecha en esta historia ó colección de historias reunidas en un solo haz que yo procuraré dar á la estampa en la forma que llegaron á mis oídos, sin que mi trabajo sea otro que el del jardinero que forma un ramo con las diversas flores que en jardín ajeno le solicitan la vista con sus matices y le regalan el olfato con su aroma.

II

En Constantinopla le tenía todo el mundo por loco, hasta su esposa que á mi juicio era bastante más loca que él; pero la verdad es que el Doctor Higgins era un portento de sabiduría y hasta de relativo buen sentido. Yo le conocí y traté en casa de otro Doctor, húngaro de origen y cuyo apellido si no estoy trascordado era Pulszky, dedicado al cultivo de las ciencias exactas, partidario acérrimo de las teorías darwinianas, que creía á pies juntillas en la teoría consoladora de que el hombre desciende del mono, y que con sólo presentarse en cualquier parte haría confesar á cualquiera que si no desciende del mono el hombre, el mono desciende de éste sin ningún género de duda.

Sea que yo me encontrase realmente muy mejorado de salud, sea que compartiese la no absurda preocupación de que los médicos sólo pueden hacer daño á los enfermos, y aun esto en el único caso de que cometan la temeridad de seguir *ad pedem literæ* sus instrucciones, me puse desde luego en manos del Doctor Higgins resuelto, eso sí, á no obedecerle más que en aquello que no contrariase demasiado mis inclinaciones y mis gustos.

Recuerdo perfectamente el pronóstico y el diagnóstico del Hipócrates inglés:

—«Lo que V. tiene es muy fácil de curar. V. no padece otra cosa que las consecuencias naturales del abatimiento de fuerzas común á casi todos los hijos de un siglo donde todo se hace de prisa, la vida sobre todo. Usted come mal, bebe peor, traspira con abundancia alarmante, y está, cuando no dormido, adormilado las dos terceras partes del día. El sueño, como nadie ignora, es el más eficaz reparador de las fuerzas que gasta el hombre durante la vigilia; pero cuando el sueño, como sucede en usted, tiene más de desfallecimiento que de descanso, y no es reposo sino flaqueza, lejos de producir saludables efectos en la economía, altera el sistema nervioso, dificulta la segregación de la bilis, conserva la sangre en perjudicial estancamiento y va secando en su origen las fuentes de la existencia humana. Nada haremos con V. hasta que consigamos que vele, trabaje y se fatigue diez y seis horas para descansar ocho en absoluto y de seguido. A contar desde esta noche, va V. á alimentarse del modo que juzgue más oportuno y á no pegar los ojos en tres días consecutivos ó sea en 72 horas. Hecho esto, dormirá V. de diez de la noche á seis de la mañana, mandando que lo despierten por fuerza, si es preciso, el primer día, y abandonándose á un sueño que no le ha de faltar cuando llegue la hora de meterse en la cama. Véame V. transcurrida una semana de seguir este sistema y no hablemos más.»

Yo no sé palabra de medicina (ni de otras muchas cosas), pero declaro que el extraño discurso del Doctor Higgins me pareció una colección de tremendos disparates. Observé, sin embargo, que su amigo Pulszky—que en mi opinión estaba tan loco como él—y un niño que no pasaría de once ó doce años y cuya ocupación en la casa no era otra que la de rellenarle la pipa de hebras de tabaco ruso, oyeron el copiado *espich* con verdadera complacencia y no titubeé en someterme al régimen que me recomendaba.

Dicen que la verdad es patrimonio exclusivo de los niños y los locos, y la verdad es que los hombres cuerdos que hasta entonces me habían aconsejado diciéndome cosas al parecer más sensatas, me habían engañado miserablemente.

III

Por aquel tiempo se celebraban en Constantinopla las famosas fiestas del Ramadán que puede decirse que es la cuaresma turca. Dura cuarenta días como la cristiana y es una alternativa sucesión de sacrificios y placeres que impresiona vivamente al extranjero. Son los turcos exactísimos observadores de los preceptos de su religión: en Europa no es difícil encontrar malos cristianos y en cambio es un si es no es dificultoso encontrarlos buenos: un turco antes perderá la piel que dejar de seguir los preceptos de Mahoma sin la, en cierto modo, plausible precaución de renegar.

Y no se crea que las obligaciones que el Ramadán impone son tarea de poco más ó menos. Desde que un cañonazo disparado en el Serrallo Viejo anuncia la salida del sol, los turcos, como todos los partidarios del Islam, pueden dedicarse al trabajo en la forma y modo que mejor les parezca; no pueden en cambio comer, beber ni fumar hasta que otro cañonazo disparado desde el mismo punto les anuncie la puesta del astro del día. Entonces se observa una cosa curiosísima entre aquella pobre gente, tan errada en sus creencias como sinceramente apegada á lo que cree. El turco, rendido por la fatiga, bañada la frente en sudor y secas para mayor martirio la lengua y las fauces, espera con ansiedad indescriptible la llegada de aquel momento feliz teniendo en la mano una vasija llena de agua, comida preparada á su alcance y la pipa cargada de tabaco hasta los bordes de la cazoleta. Suena el cañonazo y un aullido de alegría feroz sale de la garganta del turco con vibración más potente que la del estampido de la pólvora: bebe con ansiedad enorme cantidad de agua, enciende la pipa acto continuo y aspira y arroja con delicia buena cantidad de humo: después, come. Es decir, satisface primero la necesidad apremiante, imprescindible; en seguida se regala con lo superfluo; últimamente concede á su organismo lo preciso para vivir. Hace ni más ni menos que hacemos los hombres todos en las variadísimas circunstancias de la



PAISAJE, de Pablo Flickel

vida; porque el hombre es siempre el mismo y el turbante, como el gorro de pieles, el sombrero calabrés, el gorro de lana ó el pañuelo atado á la cabeza podrán ser disfraz ó distintivo del cuerpo: el alma es una y la misma en todas partes.

Así que beben, fuman y comen, los turcos se entregan hasta el amanecer á la más disparatada de las orgías. El baile, el exceso en los alimentos y hasta en la *mastika*, especie de aguardiente de goma (que lleva al nuestro la ventaja de no poder contener sustancias amílicas) toda suerte de placeres y desahogos, les están no sólo permitidos sino hasta, en cierta manera, recomendados por su ley; y ellos, obedientes en esto como en todo, iluminan fantásticamente sus calles, llenan sus cafés y pasean danzando y armando un ruido de quinientos mil demonios hasta la hora solemne en que el Corán les manda que vuelvan á ser buenas personas.

IV

El ejemplo diurno que tenía ante los ojos me dió ánimos para decidirme á cumplir las recomendaciones de mi extravagante médico. Cierto es que por la noche debía limitarme á no dormir, pero mi legítima vanidad de cristiano me dió fuerzas para intentar durante 72 fugaces horas lo que á mi presencia se hacía durante tantas semanas, con estas ó las otras compensaciones.

Dediqué el día, ya que esto no me estaba vedado, á alimentarme bien, á estudiar los admirables monumentos que halla el viajero á cada paso en aquella ciudad donde viven confundidos tantos y tan diversos pueblos; visité detenidamente las curiosas bibliotecas del Sultán y repito que de todo esto he de escribir algún día uno ó varios libros que me den fama de erudito y laborioso y salven mi nombre de total naufragio en el río del olvido. Pero ¿qué hacer por las noches? Seguir la corriente, comer, bailar y beber sería llamar á voces al sueño. Pronto tomé mi resolución.

El Ministro de España poseía un magnífico caik, ligero y airoso, que cortaba las aguas como el aire una gaviota, todo él construído de preciosas maderas artísticamente labradas, con cómodos asientos revestidos de blandos tapices y con ocho ágiles y fornidos remeros dirigidos por el inolvidable Mustafá, tipo que merece descripción aparte.

Mustafá era hombre de unos 65 años, pero que entre las arrugas de su rostro y la red de tendones que abultaban la superficie de sus brazos y de sus manos parecía tener aprisionada la juventud. Nacido en Constantinopla, la corrección de las líneas de su rostro indicaba que provenía de raza griega, así como la apacible serenidad de sus ojos y de su sonrisa daba á entender que su padre ó su madre debían haber sido armenios. No había conocido el pobre Mustafá padre ni madre: según él mismo me había referido diversas veces en su lengua franca (francés mezclado de palabras italianas y con giros manifiestamente orientales) lo había recogido, cuando apenas contaba tres años, y criado y educado en las costumbres y creencias musulmanas, el celebérrimo Nasredin Jodya Efendi, personaje más famoso en tierra de turcos que Jerocles entre los helenos ó Manolito Gázquez entre los andaluces.

Era el tal Nasredin un sabio con sus puntas de dervich y sus ribetes de maestro de escuela, pobre de solemnidad, para no perder la costumbre, bobalicón á ratos, ingenioso á días, sagaz y astuto cuando llegaba la ocasión, Don Quijote y Sancho Panza fundidos en una sola pieza.

V

Dije antes que mi resolución estaba tomada, pero no dije cuál era y no es justo que se me quede en el tintero pormenor tan importante.

El Bósforo que nuestro poeta Espronceda adivinó y pintó en ocho versos de su admirable canción del Pirata, es hermosísimo para recorrido durante la noche muellemente recostado en el fondo de un caik, caariciado por los rayos de la luna que convierte en un brillante cada gota de agua que levantan los remos con vaga y armoniosa cadencia. Permití á Mustafá que, en lo que de mí dependiese, descansase durante el día, y ofreciéndole que á bordo no le faltaría comida cristiana ni bebida turca, le invité á que durante la noche me pasearan sus remeros mientras él me daba conversación.

—Procura y consigue,—le dije,—que yo no me duerma en tres noches y cuenta con un *medjidié* de regalo por cada hora que tu charla me mantenga despierto.

—¿Conoces —me preguntó Mustafá - las aventuras de mi maestro y protector Nasredin?

– No,—le contesté, y él me replicó:

– Pues, si no los conoces, yo te desafío á que te duermas mientras yo pueda contarte y tú puedas oirme los hechos y dichos de aquel varón singular que fué modelo de creyentes el tiempo largo y corto que vivió en la tierra, y que hoy goza sin duda en el seno de Alah de las preferencias y caricias de las huríes más lindas y afectuosas que hay en aquellas regiones de paz y bienaventuranza.

VI

Comenzado nuestro primer paseo en caik, confieso que me tuvo con los ojos abiertos de par en par y los oídos tan despiertos como los ojos la detallada y curiosísima relación de la infancia de Mustafá y la no menos interesante de la vida y costumbres del actual amigo de las huríes; pero como todo eso queda ya en compendio referido y mi intención no es por hoy otra que la de enterar á mis lectores de tres historias reunidas en una ó si se quiere de una historia dividida en tres, de las trece aventuras Nasredin que en tres noches me refirió mi discreto acompañante, trasladaré aquí la primera que él me contó y que fué la única de la primera noche.

VII

—¿Sientes sueño?—me preguntó Mustafá, y á un signo negativo mío continuó hablando en los siguientes términos:

– Voy á contarte, antes de que el alba asome y me impida acabar de hacer honor á estos manjares y bebidas, un episodio de la juventud del Jodya, del cual sacó mi maestro una de las mejores enseñanzas de su vida. El buen Nasredin era en su juventud muy aficionado á la caza, ejercicio necesario más que á nadie á los hombres que trabajan mucho mentalmente, y que manteniendo la naturaleza vigorosa y firme la predispone á actos de heroísmo y de virtud. Tenía el Jodya arco y flechas en su cuarto de estudio, y una tarde que se había asomado á la ventana para espaciar un poco el ánimo y la vista por las verdes colinas de Arnaut-Key, pueblo de su residencia, vió pasar volando un pajarillo y posarse en las espigas de un sembrado vecino. Tomó Nasredin el arco, colocó en él una flecha y la disparó contra el pajarillo que piando, más en son de burla que de queja, se perdió rápidamente en el horizonte. Pero en el sembrado se oyeron lastimosos ayes y una voz que dolorosamente reclamaba auxilio.

– No hay duda (pensó Nasredin) he matado á alguien;— y acobardado y confuso cerró su ventana y por espacio de tres días no se atrevió á salir ni á rebullirse apenas. Pasados los tres días, los que vosotros los cristianos llamaríais el juez y el gobernador de Arnaut Key y que nosotros designamos con los nombres de *Cadí* y *Bey* respectivamente, se presentaron en casa de Nasredin.

Imagínate el susto de éste: se quedó horrorizado, sin movimiento y sin habla.

– Venimos á darte las gracias por el bien que la otra tarde nos hiciste disparando una flecha, – dijo el uno.

– Perdona que no hayamos venido antes, pero queríamos venir los dos juntos y eso no ha podido ser hasta hoy.

– Se están burlando de mí, – pensó el pobre Nasredin temblando y trasudando.

—El otro día,—dijo el Cadí, —se escapó el colorín que forma el encanto de mi hija Fátima: si la hubieras visto llorar, se te habría deshecho el corazón en llanto. Pero tú, viendo libre á nuestro prisionero, tuviste la buena ocurrencia de disparar una flecha contra él, tuviste también habilidad suficiente para arrancarle algunas plumas sin lastimarle, y comprendiendo el pajarillo los riesgos que lleva aparejada la libertad, al cabo de un breve rato vol-



LA TARANTELLA, cuadro, de Otto Sinding



CASA-CUNA DE UNA



. ALDEA,



SIN APEARSE, cuadro de Guillermo Rauber



EN EL TALLER, cuadro de C. Seiler

vió á casa y voluntariamente se metió en su jaula. En esta bolsa van diez libras turcas: acéptalas y guárdalas como premio debido á tu previsión y sabiduría.

Aquí le llegó su turno de hablar al bey de Arnaut-Key, el cual dijo á Nasredin:

– Yo tenía en la pierna izquierda un tumor que no me consentía andar, que me producía dolores horribles y que ningún cirujano se atrevía á resolverme. Desesperado y harto de la vida me salí de casa la otra tarde y me eché en el sembrado próximo, pidiendo á Alah que me diese la muerte ó valor y resolución para dármela yo mismo. Tú debiste oir mis palabras ó adivinar mis pensamientos, y encontrando, con tu habitual sabiduría, el único remedio que consiente mi mal, disparaste tu flecha y sin tocar al pájaro de la hija del Cadí la clavaste en mi tumor, lo desahogaste de la ponzoña que alteraba mi sangre y me pusiste bueno y sano en [solos] tres días. Como la salud es más preciosa que el más lindo de los colorines, ahí van veinte libras que quiero regalarte admirado y agradecido.

Nasredin embolsó el dinero, se guardó muy bien de sacar de su error á nadie, dió las gracias con afable modestia, y cuando desaparecieron de su vista sus temidos favorecedores se echó á reir y pensó:—¡A cuántos diplomáticos que andan por esos mundos les pasa lo mismo que á mí! Pierden crédito con el mal suceso de sus combinaciones mejor formadas, y una barbaridad cometida á tiempo los acredita de hábiles. Entre ellos y yo no hay más diferencia sino que ellos creen tener parte en la obra de la casualidad y yo bendigo la sabiduría del Ser que sabe tanto como ellos y yo juntos ignoramos.

VIII

Amaneció; Mustafá dejó de comer y de hablar y yo me encontré favorablemente dispuesto á mis ocupaciones diarias y á esperar en la noche del nuevo día la relación de las doce aventuras restantes del nunca bien ponderado *Jodya*.

CARLOS COELLO

CULINARIA NACIONAL

I

LA PAELLA

Para los espíritus vulgares que comen por sentir los groseros placeres de la hartura, *la paella* es un plato abundante, sólido, sustancioso, y nada más.

Pero así como no todos los doctores son doctos, no todos los que comen son gastrónomos. *La paella* es algo superior al vulgo de los paladares, y se necesita, para hacerla justicia, toda la elegancia pagana del paladar de Lúculo y toda la filosofía del estómago de Brillat Savarin.

Líbreme Dios de menospreciar el faisán en aras de mi plato favorito. Cada cosa en su tiempo y los nabos en Adviento; es decir: los faisanes en el lugar que ocupan justamente y *la paella* en su trono culinario.

En el mundo de la inteligencia, logran brillantes posiciones los talentos sólidos y universales. Un sabio que es hablista, físico, teólogo, político, militar, naturalista y sociólogo, tiene, por derecho propio, la admiración de su siglo. Algo así sucede á *la paella*, resumen de todas las ciencias comestibles, que lleva en el arroz la civilización del antiguo oriente; en la carne de cerdo la protesta de su cristianismo viejo y chapado; en la anguila el problema de la sutileza y de la finura; en las alcachofas el recuerdo de las huertas nacionales, que el alarbe regó con el sudor cálido de su rostro tostado por el sol; en la salchicha la remembranza de Italia, país de las pastas, de las tiples y otros embutidos: que en los tiernos pollos rinde tributo al reino alado, y en las sustanciosas coquinas dignífica las últimas capas de la fauna marítima.

El conjunto de sabios é idiotas, ricos y mendigos, militares y secularizados, señoras y manolas, realistas y demócratas, es el país, grande por sus desgracias y por su genio, que se llama España: la suma de todos aquellos factores nutritivos es *la paella*, aliento de los desfallecidos, antídoto contra la inanición, receta de las buenas digestiones, que lleva con facilidad asombrosa, el fósforo del pescado al cerebro, la fibrina de sus carnes tan asimilables á los músculos, hierro á la sangre, cal á los huesos, salud á todo el organismo, ideas de bienestar y moral purísima al alma, que no puede sustraerse al influjo del plato nacional, ya que las acciones buenas son, como dijo el epicúreo, resultado de las digestiones felices.

La paella es una comida y una institución. Del fondo de la mágica sartén que tales prodigios realiza, sube un tufillo de patriotismo, de independencia, que no hay más que pedir. Los ojos se deleitan ante aquel exterior dorado por las caricias de la llama del hogar y odiamos las carnes sangrantes de Inglaterra, las fementidas burlas de la cocina francesa y la pesadez de los platos nacionales de Italia, para adornar el receptáculo donde en forma tangible y nutritiva se encierran nuestras glorias nacionales.

Nada falta á *la paella* para lograr todas las consagraciones, pues hasta mártires tiene, ya que los que murieron en Bailén y en Zaragoza dieron la vida por la patria; y patria es *la paella* que nutre el nervudo brazo de los españoles, y patria es la copla en que el pueblo español desahoga sus tristezas.

El arte de gobernar, con ser tan complejo y tan difícil, es una feble tarea comparado con el arte de hacer *paellas*. Todos los pueblos del mundo toleran unas cuantas libertades de menos, y unos cuantos latigazos de más. *La paella* necesita una cantidad de agua en justa y exactísima proporción con el arroz y demás colaboradores, porque sino, roto el equibrio, sería cosa de tirar los componentes amotinados é inservibles.

Todos los manjares del mundo civilizado han causado y causan numerosas víctimas. Conocidas son las terribles consecuencias de las indigestiones del jamón, mortales casi todas; y públicos son también, los estragos de las legumbres, y otras farináceas, que producen obesidad, y los abusos del pescado, que causan perturbaciones en la sangre.

La paella deleita esa cuarta potencia del alma que se llama paladar; se desliza suavemente á la inviolable oficina del estómago; sufre allí las manipulaciones que la naturaleza quiere que sufra, y sale después á la cara en forma de colores sanos; redondea las formas femeniles y da vigor al torso varonil, sin estragos, sin bascas, sin pesadez; de una manera sencilla y elegante, como hacen todas sus cosas las personas modestas.

La paella nació en Valencia; pero una hada de las cocinas nacionales, pálida, de abundantes y negras trenzas, vulgarizó la receta y hoy se come *la paella* en todas las provincias de España. Después de atado este lazo gastronómico hábleles V. de cantonalismo á las personas que tienen criterio en la punta de la lengua!...

Tiene también sus enemigos *la paella*, pero este es achaque del mérito y no hay que parar mientes en lo que la murmuración vocifera. Los médicos, indignados de que no les produzca un solo caso de dispepsia, y los sangradores, afligidos porque la congestión no se presenta jamás detrás de un plato monumental de *paella*, han inventado yo no sé qué burdas injurias. Pero *la paella* hace su camino, y aquí devuelve la vida á un anémico, allí arregla un paladar estragado por el abuso de los excitantes, y más allá reproduce el milagro de los peces satisfaciendo el hambre de una manera radical; porque eso sí, *la paella* abarca mucho, pero aprieta más.

Ríase V. de esos extractos de carne concentrada al vacío, que nos vienen de extranjis; y cuando quiera grandes elementos nutritivos en poco volumen, recurra á *la paella*, brillante de poco bulto y de mucho precio, que tiene de todo; hasta algo de la plácida hermosura de las valencianas y no más que una gota de la sal andaluza.

Yo no sé si parecerá mi juicio exagerado; pero cuando hago los honores á un plato de *paella*, me parece que masco himno de Riego, murcianas, peteneras, fandango y seguidillas. Y luego, cuando el sopor delicioso de la digestión me asalta, creo ver en mágico panorama las escenas de aquella tierra que el Cid tomó á los moros; y á la luz de la luna que baña las huertas valencianas, los cármenes granadinos y las calles de toda Andalucía, majos y hortelanas que se requiebran, mientras de la repleta cazuela, que canta sus alegrías en hervores, salen humaredas apetitosas, que, esparciéndose por toda la tierra, dan de comer al hambriento y resucitan á los que murieron en pecado mortal: esto es, sin haber catado el plato que sería manjar de los dioses á ser ellos menos afrancesados.

En los libros buenos, lo que menos importa es el lujo de la encuadernación. Así *la paella* quiere que la sirvan en modesta vajilla. ¡Cuántos sabios hay encuadernados en rústica y cuántos necios con cantos dorados se ven por esas calles!... *La paella* lo sabe y ha querido brillar más por el mérito de su modo de ser, que por la suntuosidad de sus vestiduras.

. . . .

Ahora, una receta para que *la paella* sepa siempre bien: Que la pague otro.

JUAN J. RELOSILLAS

LOS NERVIOSOS

- Es lo que yo digo,—opinaba un alcalde rural,—en mis tiempos no había nervios. (El traducía libremente *niervos.)*

Pensando en el asunto he llegado á creer que hablaba en razón el alcalde.

Abundan los sujetos y las familias nerviosas.

Cuando se quiere justificar alguna torpeza material ó cualquier dolencia no muy conocida, se apela el expediente de los nervios.

Ignoro las causas que hayan podido determinar ese recrudecimiento nervioso en sinnúmero de personas.

Especialmente en Madrid y en otras capitales de provincia parecen cada muchacha y cada joven, otros tantos manojos de nervios.

En medicina casera no se conoce otra enfermedad.

Oirán Vds. decir con frecuencia á las señoras y á varios señores:

– Estoy tan nervioso que no puedo parar en parte alguna.

He presenciado casos verdaderamente sorprendentes, entre nerviosos.

Entre otros el de un caballero feliz por dentro, casado con una mujer recomendable, y padre de una hija que parecía un espíritu ensabanado.

La chica «no había salido el padre,» como dice el vulgo, ni aún á la madre: tenía aire de familia, nada más; porque el padre, en fuerza de treinta años de escribiente en una dependencia del Estado, estaba como identificado con el pupitre y con el gato de la oficina.

Era un hombre feo, pero sin mezcla de inteligencia.

Vamos, poseía la cantidad indispensable para escribir al dictado, y aun copiar con lujo de fantasía en las titulares, y nada más.

La señora era discreta, pero también sin abusar.

La niña había cumplido diez y siete años, cuando yo la conocí lo mismo que á su familia.

No había roto á escribir versos, pero se sentía propensa: leía con igual avidez una poesía de Núñez de Arce, supongamos, que unas coplas de Juan Breva, compuestas *por sigo* mismo.

Es decir, que era poética sin más limitaciones ni distingos.

Como la posición del matrimonio era insuficiente para costear á la niña un profesor de metrificación, la infeliz no había podido declararse.

¡Qué imaginación la de la chica! Con decir que á su padre, que leía *La Correspondencia* á diario, escribía igualmente en letra española que en redondilla ó en gótica del período de Wamba, asombraba el talento de la muchacha, está dicho todo.

La madre no podía comprender la importancia de la virtud poética de mi hija.

La pobre señora sabía lo suficiente con cuidar de un cocido clásico, dirigir un guisado de carne y acompañar hasta el último período á las camisas, calcetines, medias y demás de la familia.

Hacía algún tiempo que la joven había perdido su rosado color.

Andaba triste y meditabunda. Su padre lo atribuía á la ebullición de pensamientos que se refugiaban en el cerebro de la chica.

La madre sospechó que su hija se habría enamorado.

Las madres, por regla general, tienen más talento que nosotros.

Aurorita padecía de los nervios.

– No hagan Vds. caso de eso, – aconsejaban las amigas á la madre de Aurora, – eso es cuestión de los nervios.

En la oficina dijeron otro tanto á don Celedonio:

– Los nervios.

Un portero le recomendó que llevase á la chica á los baños de mar.

Otro funcionario opinaba que le administrase el aceite de hígado de bacalao, ó en su defecto, el de bellotas con salvia del coco ecuatorial.

Aurorita sufría.

De cuando en cuando sentía unas sacudidas que la



obligaban á saltar en la silla como una muñeca de sorpresa.

– Es hereditario,—decía la madre,—yo he sido siempre muy nerviosa.

– Y yo,—añadía el padre,—me tiene sacudidos más bofetones mi padrastro, porque me rascaba la nariz...

Pero la edad había templado los nervios de Celedonio y de su esposa.

Aurorita iba de mal en peor.

Por fin, cierto día, observó la madre que la niña ocultaba un papel, y nada la dijo; pero pensó:

– Yo veré qué papel es ese.

Consultó con Celedonio, y éste opinó como era de temer:

– Alguna carta amorosa: la niña está enamorada.

– Pudiera ser.

Por aquel entonces había venido á Madrid un primo «carnívoro» (como decía don Celedonio) de la pobre Aurorita.

Era Felipito un chico delicado y nervioso.

Al pronto parecía memo y á segunda inspección cualquiera se convencía de que Felipito era tonto.

Venía á Madrid para estudiar cualquiera carrera.

El no sentía predilección por alguna.

Le gustaba más una muchacha que diez textos.

Desde que Felipito había venido á Madrid y se hospedaba en casa de su tío, mediante el pago del pupilaje de clase módica, Aurorita se sentía aún peor que antes.

De aquí la deducción que don Celedonio y su esposa sacaron inmediatamente.



ADELA, cuadro de A. Seifert

– Aurora está enamorada: esa es la causa de los ataques de nervios.

– Y el galán es Felipe,—añadió el padre de la niña.

– Tal vez.

– Observemos.

El chico, por su parte, se decía:

– Mi prima es guapa, eso sí; pero está demarcada (léase «demacrada») y puede que tísica. Luego, no podemos casarnos sin «despensa.»

Felipito hablaba muy correctamente como ustedes ven.

Para Aurorita no era el primo indiferente.

Por fin, que se amaron y que se declararon.

Felipito padecía también de los nervios.

Su tío le reprendía sin cesar, cuando se sentaba en la mesa y empezaba á mover las piernas con movimientos regulares, como si le hubieran dado cuerda previamente.

– Hombre parece que vamos en el tranvía: estate quieto si puedes.

– Soy tan nervioso;—replicaba él.

Y Aurorita cada vez más pálida, cada día más triste.

Hasta Felipito llegó á temer que se muriera prematuramente.

Lo del papel era un indicio acusador.

– A Felipe no había de escribir teniéndole en casa, – opinaba cuerdamente Celedonio.

– Algún tunante.

– Apelaremos al primo; nadie mejor que él puede servirnos.

– Es verdad: instigado por los celos...

Y encomendaron á Felipe cierta vigilancia, aunque sin traspasar los límites de la conveniencia, por supuesto.

El chico vivía alarmado y se le excitaba más el sistema nervioso.

– ¡Me engaña!—murmuraba,—me vengaré.

Habian trascurrido algunos días después del que le recomendaran sus tíos la vigilancia de Aurorita, cuando se presentó el muchacho, descompuesto, en la habitación de don Celedonio.

– Tío, lo sé todo, todo.

Y sentándose empezó á mover las piernas, según costumbre, apoyando un pie en la silla que ocupaba don Celedonio y obligando á éste á bailar contra su gusto.

– ¡Caracoles! estate quieto,—dijo éste.

—Pues bien, tío; lo sé todo. Aurora no me quiere.

– ¿Cómo?

– Yo no la quiero.

– ¿Qué?

– ¿Qué dirá usted?

– Habla, chico.

– Pues Aurora come escayola... La he sorprendido devorando un Cupido barato.

– ¡Chico!

– Esa es la enfermedad que padece.

Efectivamente, Aurora tenía ese vicio.

Se modelaba por dentro.

EDUARDO DE PALACIO

LA ESTATUA DE FELIPE LEBÓN

La inauguración de la estatua del célebre inventor del alumbrado de gas tuvo efecto el 26 de junio de este año en Chaumont (alto Marne), por disposición de la *Sociedad técnica* del gas en Francia.

La estatua cuya reproducción ponemos á vista de nuestros lectores es debida al hábil cincel del joven escultor M. Antides Pechine, que comprendiendo perfectamente su obra, ha representado al inventor en el momento de ver desprenderse una llama combustible del globo de cristal en que calentaba serrín.

La actitud del personaje no puede ser más graciosa y la expresión de su fisonomía es meditabunda é inteligente.

La estatua que tiene 3 metros de altura, ha figurado en el último salón y se ha fundido en los talleres de la acreditada casa Barbedienne.

Nunca se aplaudirá bastante el homenaje que se acaba de prestar al ilustre inventor del alumbrado de gas, porque Felipe Lebón, como tantos otros bienhechores de la humanidad, casi no tiene toda la celebridad que tener debiera. Cuando se leen los documentos que se refieren á su existencia, cuando se siguen paso á paso las fulguraciones de genio que salían de su cerebro, cuando se ahonda en su gran carácter y en los bellos sentimientos que lo animaban, quédase el ánimo sobrecogido de admiración ante el humilde trabajador que dotó á su país de un gran beneficio.

Felipe Lebón nació en Brachay (alto Marne) el 29 de mayo de 1767: veinte años después fué admitido en la escuela de puentes y calzadas, donde no tardó en señalarse por su ingenio y espíritu investigador.

Sus primeros trabajos se refieren á la máquina de vapor, en sus principios entonces, y el 18 de abril de 1792, obtuvo el joven ingeniero una recompensa nacional de 2,000 libras, «por continuar los experimentos comenzados sobre el mejoramiento de las máquinas de fuego.»

Fué poco más ó menos en la misma época en que Felipe Lebón se puso en vías de hacer su famoso descubrimiento del alumbrado de gas, durante una temporada que pasó en Brachay. Un día echó un puñado de serrín

en un globo de cristal, que puso al fuego, y vió desprenderse de él abundante humo que, inflamándose de súbito, produjo una llama luminosa.

El inventor comprendió desde luego la importancia del experimento que acababa de hacer y con el golpe de vista del genio resolvió poner manos á la obra. Acababa de verificar que la madera y todos los combustibles podían desprender, bajo la acción del calor, un gas á propósito para el alumbrado y la calefacción. Había observado que el gas que se desprende de la madera calcinada va acompañado de vapores negruzcos y de un olor acre y empireumático. Para que pudiera servir para el alumbrado era preciso desembarazarlo de estos productos extraños. Lebón hizo pasar los vapores por un tubo de desprendimiento á una vasija llena de agua que condensaba las materias pegajosas ó ácidas, y con esto salía el gas purificado.

Este modesto aparato es la primera imagen, el embrión de la fábrica de gas: comprende sus tres partes esenciales, aparatos de producción, sistemas de purificación y recipiente para recoger el gas.

Un año después, el inventor había visto á Fourcroy, de Prony, y á los grandes sabios de su época, y el 6 vendimiario, año VIII, (28 de setiembre de 1799) recibe un privilegio de invención, en el cual da la descripción completa de su *termolámpara*, por cuyo medio produce un gas de alumbrado luminoso, á la vez que fabrica brea de madera y ácido piroleñoso ó acético.

En su privilegio menciona la hulla, como adecuada á reemplazar la leña ó madera y expone su sistema con emoción manifiesta y singular ardor: leyendo lo que escribe, se admira esa forma de persuación que no permite dudar que presagiaba el porvenir reservado á su sistema.



Estatua de Felipe Lebón, inaugurada en Chaumont (alto Marne) el 26 de Junio del corriente año.

Por desgracia no podía Lebón consagrar todo su tiempo á su descubrimiento: ingeniero de puentes y calzadas, sin dinero ni fortuna, tenía que desempeñar las funciones de su destino con preferencia á todas sus aficiones. Como ingeniero ordinario fué á Angulema; pero no olvidó su gas de alumbrado, deplorando su ausencia de París, «incomparable foco de estudio,» que él llamaba.

Allí se ocupó en el estudio de las matemáticas y de la ciencia, haciéndose amar de todos; pero su espíritu volaba muy lejos de sus ocupaciones diarias. El ingeniero general no tardó mucho en quejarse de Felipe Lebón. Pero no pasemos de aquí sin hacer constar que la comisión nombrada para examinar las quejas que contra él se habían articulado, declaró que Felipe Lebón estaba á cubierto de todo reproche.

Felipe Lebón volvió á ocupar su puesto. Pero á la sazón la guerra diezmaba los recursos de Francia y la República, mientras Bonaparte estaba en Italia, no tenía ya tiempo para pagar á sus ingenieros.

Lebón escribió al ministro cartas apremiantes para que se le pagaran sus atrasos; pero el ministro no contestaba á sus cartas.

No fué más afortunada su esposa, que se trasladó á París con el mismo objeto: todas sus gestiones fueron inútiles; también escribió al ministro la carta siguiente, que existe en los archivos de la Escuela de puentes y calzadas:

«Libertad, Igualdad, Fraternidad.

»París, 22 mendor, año VII de la República francesa una é indivisible.

»La esposa del ciudadano Lebón, al ciudadano ministro de la Gobernación.

»No os pido una limosna ni una gracia, sino sólo justicia. Hace dos meses me consumo aquí á 120 leguas de mi hogar. No precişéis con más demoras á un padre de familia á abandonar por falta de recursos un destino al cual lo ha sacrificado todo. Considerad nuestra situación, ciudadano ministro, que es abrumadora y ved que es justa mi solicitud. Tengo más de un motivo para creer que mis gestiones no serán desatendidas por un ministro que tiene empeño en ser justo.

»Salud y estimación. Vuestra afectísima conciudadana,

»La esposa de Lebón, M. DE BRAMBILLE.»

En 1801, fué llamado á París Felipe Lebón y agregado al servicio de Blin, ingeniero general del empedrado, y entonces recibió otro privilegio, que es una verdadera memoria científica llena de ideas y de hechos. Habla en este documento de las numerosas aplicaciones del gas del alumbrado y de su modo de producción y echa las bases de toda la fabricación: hornilla de destilación, aparatos condensadores y depuradores, quemaderos de gas en mecheros cerrados; nada olvida, ni aún la máquina de vapor ni aún los aerostatos.

Lebón propone al gobierno construir un aparato para el alumbrado y calefacción de los monumentos públicos; pero es desatendido.

Cansado entonces de todas sus tentativas y fatigado de todos sus trabajos, el infeliz inventor no pensó ya sino en recurrir al público para convencer de la maravillosa utilidad de su invento.

Al propósito alquiló el hotel Seignelay, en la calle de Santo Domingo, - San Germán, y allí apeló al público. Dispuso un aparato de gas que distribuía la luz y el calor á todos los aposentos y al patio de la casa, alumbrando el jardín con millares de luces en forma de estrellas y flores. Una fontana, alumbrada por este sistema, parecía contener agua luminosa.

La multitud acudió de todas partes á saludar entusiasmada al nuevo inventor, y excitado éste por el éxito, publicó un prospecto, especie de profesión de fe, modelo de grandeza y sinceridad y verdadero monumento de sorprendente previsión.

He aquí algunos parajes de esta notable memoria:

«Posible es, dice, y yo lo pruebo en este momento, tener que anunciar efectos extraordinarios: los que nada ven protestan contra la posibilidad; los que ven juzgan las más veces de la facilidad de un descubrimiento por la que tienen ellos en concebir su demostración. Vencida la dificultad, se desvanece con ella el mérito del inventor.

»Este principio aeriforme, añade hablando del gas de alumbrado, se despoja de sus vapores húmedos, tan nocivos y desagradables á los órganos de la vista y del olfato, de ese humo que oscurece las paredes de las habitaciones y purificado hasta la trasparencia perfecta, divaga en estado de aire frío, se deja dirigir por tubos pequeños y aún frágiles; chimeneas ó conductos de una pulgada cuadrada, abiertos en las paredes ó en los techos, hasta tubos de tafetán engomado llenaría perfectamente este objeto. Sólo el extremo del tubo que, poniendo el gas inflamable al contacto del aire, le permite encenderse, debe ser de metal.»

Todo el mundo rindió en fin homenaje al ilustre inventor, y una comisión nombrada por el gobierno declaró: «que los ventajosos resultados obtenidos por los experimentos del ciudadano Lebón, habían superado las esperanzas de los amigos de las ciencias y de las artes.»

Napoleón I señaló muy luego al inventor un espacio en el bosque de Rouvray para organizar la industria de la destilación de la leña, y la fabricación del gas del alumbrado.

Por desgracia suya se vió precisado Lebón á emprender muchas cosas á la vez: preparó el gas y produjo el ácido acético y la brea que había de expedir al Havre para el servicio de la marina. A pesar de todos sus afanes y fatigas, tuvo Felipe Lebón como un rayo de esperanza, creyendo ver en fin brillar el día de su fortuna. Su fábrica fué visitada con admiración y aplauso por numerosos sabios y personajes ilustres, y entre éstos los príncipes rusos Galitzin y Dolgorouki, los cuales le propusieron en nombre de su gobierno trasportar sus aparatos á Rusia, dejándolo en libertad de proponer condiciones.

El inventor rechazó tan brillantes ofrecimientos, contestando en un noble arranque de patriotismo que su descubrimiento pertenecía á Francia, y que ninguna otra nación debía beneficiar su invento antes que Francia.

Las esperanzas de Lebón no duraron mucho sin embargo: enemigos y competidores le causaron mil pesares y hasta los mismos elementos se volvieron contra él al parecer. Durante un huracán hubo de ser destruída la humilde casa que habitaba, y un incendio devoró, poco después, parte de su fábrica. Pero los reveses y desgracias no podían postrar aquel espíritu invencible tan bien secundado por su digna esposa, mujer de gran carácter.

Sin embargo, no vió el día del triunfo, no vió la gloria á que lo llamaba su invento. Siempre consagrado al trabajo, iba ya acaso á triunfar de todos los obstáculos y dificultades, ya estaba próxima la hora de la realización de sus proyectos de alumbrado en grande escala, cuando vino á paralizar sus estudios y trabajos una muerte tan misteriosa como trágica.

El mismo día de la coronación del emperador, el 2 de diciembre de 1804, se encontró en los Campos Elíseos el cuerpo del ilustre inventor traspasado con trece puñaladas.

GASTÓN TISSANDIER

FÍSICA SIN APARATOS

CONDUCTIBILIDAD DE LOS METALES PARA EL SONIDO. – Tómese un reloj de bolsillo con unas largas pinzas de chimenea cuya parte superior se aplica al oído, como se ve en la fig. 1.ª y el latido del reloj se oirá tan distintamente como si la misma máquina estuviera aplicada al oído.



Fig. 1.—Conductibilidad de los metales para el sonido.

Si se retiran las tenazas, dejando el reloj en el mismo sitio, se comprende fácilmente por la diferencia de la audición la excelente conductibilidad de los metales para el sonido.

Este experimento explica el oficio de las vírgulas que se han imaginado para uso de los sordos; varitas á cuyo extremo se habla, mientras el otro extremo se introduce en el oído del sordo.

EL PRINCIPIO DE LA INERCIA

Los experimentos que ponen en evidencia este principio son innumerables. El que representa la fig. 2.ª es tan fácil como divertido, dando á la vez el medio de destapar una botella sin ningún instrumento. Tómese una botella de vino, de cerveza, etc. muy bien tapada; con una servilleta hágase una especie de almohadilla en forma de rollo y aplíquese al asiento de la botella; golpead ahora con ella en la pared, y en virtud del principio de la fuerza de inercia, el líquido desaloja el tapón, y á veces con tal y tanta fuerza, si la botella es de cerveza ó agua gaseosa, que salta á la vez el líquido, inundando á los curiosos espectadores de la física sin aparatos, á gusto y contentamiento del chusco operador.

Se nos asegura que en Saint Galmier no es cosa rara



Fig. 2.—Experimento sobre el principio de la fuerza de inercia.—Curiosa manera de destapar botellas.

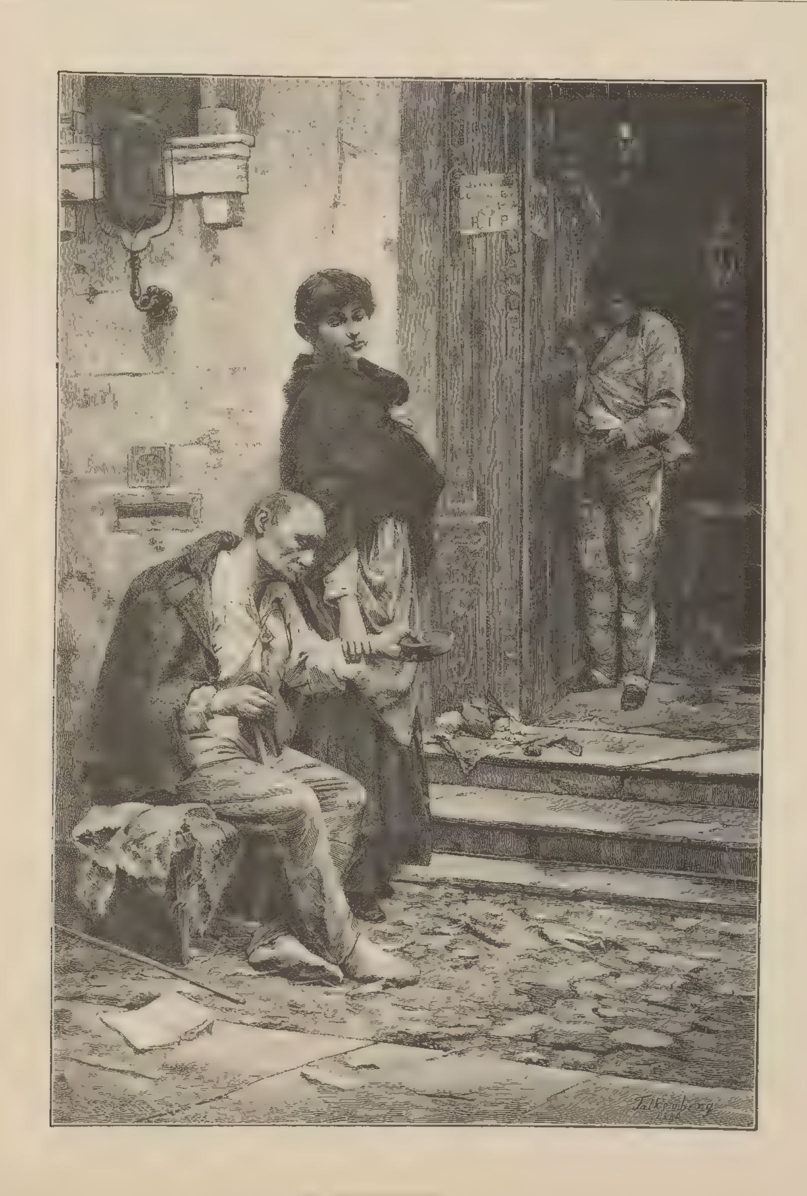
en las fondas de la localidad que los mozos destapen las botellas de gaseosas golpeándolas verticalmente de arriba abajo en el entarimado. Pero en este caso, así como M. Jourdain hacía prosa sin saberlo, ni siquiera sospechan ellos que obran como físicos dando la demostración del principio de la fuerza de inercia.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 12 DE SETIEMBRE DE 1887 — NUM. 298

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



Á LA PUERTA DE LA IGLESIA, cuadro de R. Falkenberg

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

Á LA PUERTA DE LA IGLESIA, cuadro de R. Falkenberg

Esta composición, según los amigos que conocen el pensamiento del autor, es toda una novela. Falta saber si es toda una historia.

Junto á la puerta de una iglesia, un ciego desdichado implora la limosna de los fieles. Al decir *un ciego desdichado*, quizás no hemos estado absolutamente en lo cierto: réstale una hija que comparte su desgracia, una hermosa joven, á quien la vergüenza impide tender la mano petitoria, pero que sostiene amorosamente de su querido padre. Un presunto escultor, que viene de implorar la protección de la Virgen y á pedirla para sus obras futuras algo de ese destello especial que solamente Dios concede, busca una monedita que depositar en el plato del ciego. Al realizar su buen propósito, no puede menos de contemplar la hermosura de la joven; y hete aquí que la iglesia adquiere un nuevo devoto y el mendigo un impensado protector.

El final de este argumento, siempre, según los susodichos amigos, no es difícil de adivinar. El presunto escultor, convertido en famoso artista, gracias al amor que le ha inspirado la hija del ciego, casa con ella y es citado como un modelo de felicidad doméstica. Y esta es la novela sintetizada en el cuadro.

Y nosotros repetimos: ¿por qué no hemos de llamar historia á esta novela?

LA FLORISTA ROMANA, cuadro de Enrique Serra

Continúa nuestro ilustre paisano sus estudios de Roma bajo todos sus aspectos y manifestaciones, y en cada uno de ellos se muestra igualmente hábil é identificado con el asunto que reproduce. En el cuadro que hoy reproducimos, el sitio elegido no puede ser más típico y pudiéramos decir artístico, contrastando las antiguallas de todos los tiempos que en él son de ver, con la lozanía de las flores y la no menos agradable lozanía de la florista.

Una vez más hemos de decir que no puede el grabado dar perfecta idea de la luz y del color que caracterizan los cuadros de Serra. Sin embargo, esas condiciones se traducen, como se traduce la ejecución franca y segura de un pincel amaestrado. No se puede negar á Serra su cualidad de fecundo; pero esta fecundidad no le impide que cada una de sus obras revele un nuevo estudio y un nuevo adelanto en la senda del arte.

EL TÍO SOLTERÓN, cuadro de Félix Borchardt

«A quien Dios no le da hijos, el diablo le da sobrinos.» Porque han de saber Vds. que el diablo se ocupa con grande interés de los solterones, y esto por la cuenta que al infierno le trae. En primer lugar, el diablo, que no tiene pelo de tonto, sabe de sobra que un viejo solterón, rico á mayor abundamiento, debe tener larga cuenta que arreglar en el otro mundo; pero una vez tranquilo respecto de esta presa, procura asegurarse de la de sus herederos presuntos, una tanda de sobrinos hipócritas, que aparentan rodear á su tío de toda suerte de atenciones y cuidados; siendo así que en su interior reniegan de una longevidad que destruye todos sus cálculos y aplaza la realización de sus ideales.

Borchardt ha sorprendido á esos parientes egoístas en el momento de dar rienda suelta á sus verdaderos sentimientos. El anciano se ha rendido al sueño y sus sobrinos se ríen grandemente de la comedia que vienen representando. Ese egoísmo del heredero presunto sería verdaderamente horrible si no fuese una especie de castigo providencial de otro egoísmo de igual ó peor género. El hombre que renuncia á tener familia propia, el que ha endiosado al *yo* en su personalidad, el que no ha sabido compartir su vida con una esposa amante, el que no ha pensado que los hijos son la continuación del propio ser, el que nada ha puesto de su parte para conseguir que una mano cariñosa cierre sus ojos y renueve las flores colgadas en su sepulcro; merece sobrinos que exclamen junto á su tibio cadáver:

—¡Gracias á Dios que le hemos heredado!...

NERÓN ANTE EL CADÁVER DE SU MADRE, cuadro de A. Montero y Calvo

Agripina, tan famosa por su belleza como por su vida disipada había nacido en Ulbiens, orillas del Rhin. Casó en primer matrimonio con Domicio Aenobarbo, de quien tuvo al célebre Nerón. Cuando el imbécil emperador Claudio se deshizo de su esposa, la impúdica Mesalina, Agripina halló manera de enlazarse con el decrépito césar, y á la muerte de éste, consiguió que el hijo de su primer matrimonio fuese elevado al imperio, en detrimento de Germánico, sucesor natural de Claudio.

Nerón, digno hijo de Agripina, acabó por dictar la sentencia de su madre, y es fama que cuando recibió la noticia de haber sido ejecutada, se dirigió al sitio donde yacía su cadáver, levantó con mano profana el sudario que ocultaba el lívido cuerpo de la sentenciada, y al reconocer la belleza de sus formas, prorrumpió en esta horrible frase:

—¡Nunca creí que fuera tan hermosa!...

Tal es la escena representada por Montero en un lienzo premiado en la última Exposición madrileña. El asunto es de primera fuerza: intentarlo siquiera demuestra el aliento de su autor. Durante su ejecución fué éste contrariado por varias circunstancias, que precipitaron indudablemente el término de su carrera. Esto nos obliga á encarecer las indudables bellezas del cuadro y á pasar por alto los defectos que tiene, como los tienen las primeras manifestaciones aun de los genios más privilegiados.

BONITA, cuadro de Edmundo Blume

Bonita, realmente; bonita de cuerpo y de alma.

Porque esa sonrisa, esa mirada, no pueden mentir. La regularidad de esas facciones, el candor de esa expresión, son el espejo de los sentimientos de esa criatura angelical.

Nuestro amor á lo bello no nos conducirá, por cierto, como sucedió con el Areopago, á decir que dentro de un cuerpo bien formado no quepa un alma depravada. Agripina y Mesalina fueron hermosas. Pero de seguro Phriné no miraba, ni sonreía como la joven de Blume.

DURANTE LA TEMPESTAD, cuadro de Emilio Adán

El autor de este lienzo debe haberse propuesto la defensa de los paraguas grandes. Lo cual prueba que es partidario de las buenas causas.

¿Querrían Vds. decirnos para qué se han ideado los paraguas? Pues, si como dice su nombre, se han hecho para evitar las molestias de la lluvia, ya me dirán ustedes cómo se consigue esto usando paraguas que apenas merecen el nombre de quitasol. Tiene razón Adán: las cosas hacerlas bien ó no hacerlas.

Supongamos el asunto de nuestro cuadro, es decir, supongamos una tempestad que sorprende á una enamorada pareja, que sólo cuenta con un paraguas exiguo, capaz de cobijar apenas al galán ó á la niña... Primera dificultad, ¿á quién cobijará el paraguas? Y cuando la galantería haya resuelto la cuestión á favor de la dama, ¿qué ganará el prestigio del doncel con ponerse hecho una sopa á la vista de su amada? En cambio, figurémonos uno de esos paraguas monumentales, patriarcales, paraguas de familia, como hay baños de familia, una tienda de campaña hospitalaria, cómoda, sobrada, debajo de cuyo techo protector se cobijan Pablo y Virginia en el momento supremo de desatarse las celestiales cataratas... ¿Quién sabe cuántos sublimes pensamientos surgirán debajo de ese frágil techo que hace de dos enamorados una especie de doble ostra, macho y hembra, encerrados en una misma concha?...

Francamente, á la vista del cuadro de Adán, me abismo en consideraciones acerca del amor y acerca de los grandes paraguas.

EN EL CAMPO, cuadro de Adolfo Treidler

Es un cuadrito de género tratado con gran soltura y, sobre todo, con recomendable conocimiento del dibujo. El autor, uno de los muchos artistas alemanes que dejan las brumas de su país natal para buscar la inspiración bajo el hermoso cielo de Italia, ha sorprendido, por decirlo así, en alguna *villa* de las cercanías de Roma ese grupo, compuesto de cuatro bellas romanas y dos eclesiásticos, uno joven y otro ya entrado en años, que sostienen sin duda sabrosa plática, y lo ha trasladado al lienzo con la felicidad con que podría haberlo hecho una máquina fotográfica de pruebas instantáneas; tal es la naturalidad que campea, como principal condición, en el lienzo de Treidler.

LAS DOS Y UNA NOCHES

NOCHE SEGUNDA

II

Pasé el día segundo de mi curación luchando valerosamente con el sueño, que no dejaba de mortificarme, pero una detenida visita á los miles y miles de preciosidades que encierra el soberbio palacio de Scheragán, y sobre todo los dos ojos negros á que no llegaba el *feredjé* de una hermosísima turca acompañada de la esclava nubia portadora del quitasol y del eunuco encargado de vigilar su honestidad, acaso involuntaria, bastaron y sobraron para quitarme el sueño hasta el anochecer.

Comí lo mejor que pude, me abstuve de probar vinos y licores, tomé cinco ó seis tazas de café, y á las diez de la noche me dirigí al muelle de Buyuk Dere, donde ya me esperaban Mustafá y su gente con el caik arrimado al embarcadero de la legación de España.

—Tienes cara de no haber dormido,—díjome Mustafá.

—Y tengo propósito de no dormir,—le contesté,—á no ser que tú me hagas dormir con lo que cuentes en nuestra velada.

—Las aventuras de Nasredin que me propongo contarte hoy han de ser todas ellas bastante divertidas para que el ángel del sueño no se atreva ni aun á rozar tus párpados con sus alas.

Mucho me contentó tan halagüeña promesa, y tendiéndome en el lecho de tapices del caik, dije á Mustafá que empezara á comer, á beber y á hablar como mejor le pareciera.

No se hizo de rogar y comenzó su relación en estos términos.

—El convite que te juzgas obligado á hacerme, como si no fuese ya harto obsequio para mí el placer de contentarte, me trae á la memoria otros dos convites hechos á mi maestro por unos cristianos que vivían, y todavía viven, en el barrio de Pera. Una familia rica celebraba el matrimonio de un gallardo mancebo y una hermosísima muchacha, primos hermanos y ambos en la flor de su juventud. El Jodya, que fué vecino de aquella familia en el largo tiempo que vivió en Constantinopla escribiendo un libro sobre la fundación de la orden religiosa de los Derwiches *bailadores ó danzantes*, y á quien cuantos conocían apreciaron siempre por su saber, bondad y modestia, fué convidado á la boda.

Presentóse en ella con un gabán de pieles viejísimo, pelado y roto, y colocáronle los dueños de la casa en el sitio más retirado y oscuro de la mesa del festín.

Verdaderamente, el traje de mi maestro fué siempre pobre y humilde; pero en un mundo donde la picardía y la ociosidad suelen ostentar brillantes galas, nunca parece mal la pobreza vestida con sencillos atavíos.

No pude menos de sonreírme y de recomendar á Mustafá que despojase sus cuentos de reflexiones filosóficas y morales, porque si todas eran del pedestre jaez de la relativa al traje de Nasredin, acabaría yo pronto por quedarme moral y filosóficamente dormido.

Prometió Mustafá imitar la concisión de que el Profeta da ejemplo en el mismo Korán, y siguió diciendo:

—Nueve meses después, convidó la misma familia á mi maestro á otro festín que se daba en la propia casa para celebrar el bautizo del primogénito de los nuevos esposos; y como me has encargado que sea lacónico me callaré las reflexiones que se me ocurren sobre la fácil y rápida fecundidad de la cristiana.

En aquella ocasión se presentó el Jodya con un soberbio gabán que acababa de regalarle un amigo munífico al ver que el otro se le empezaba á caer á tiras, y los anfitriones le llevaron á la mesa con grandes agasajos y sentáronle en sitio preferente.

Mientras los demás convidados comían, el Jodya se limitaba á meter las mangas de su gabán flamante en la salsa de los platos que se iban sirviendo.

—¿Qué hacéis, señor Nasredin?—le preguntó la abuela del recién nacido, temerosa de que hubiese perdido la razón ó de que se hubiese embriagado antes de la hora acostumbrada en vuestros convites.

—La primera vez que me convidasteis,—respondió gravemente el Jodya,—me presenté con un gabán viejo y nadie hizo caso de mí. Hoy me honráis tanto como ayer me desdeñasteis siendo yo hoy el mismo hombre que ayer era, y supongo que aquí el festejado es mi gabán y no yo.

Reíme á carcajadas, no tanto de la donosa ocurrencia del Jodya, como de las picantes indirectas contra la gente de mi religión debidas acaso á mi desdén hacia las filosofías de Mustafá.

—No creas,—le dije,—que lo que hoy comes y bebes por mi cuenta se debe á tus cuentos y no al aprecio que yo hago de tu persona, y vamos á una nueva aventura del excelente varón que hizo para contigo veces de padre.

III

—Mi trato con él,—replicó Mustafá,—me pegó cierta afición á lo que los cristianos llamáis Metafísica. La verdad es que el Jodya se desvivía por enseñar á sus discípulos cosas útiles y piadosas.

Habéis de saber,—les dijo un día,—que cuando un creyente estornuda, la circulación de su sangre se interrumpe momentáneamente y su existencia puede correr grave peligro. Conviene, pues, que cuando sintáis estornudar á alguien, y más si es persona respetable por su edad ó por sus virtudes, pronunciéis estas palabras: *¡Djaninis Sajolsun!* (que vuestra alma sea salva) acompañando tan piadosa jaculatoria de un batir de palmas que le añada nueva expresión y fuerza.

Los discípulos quedaron perfectamente enterados y prometieron obedecerle. En esto, un gran ruido que se sintió en el patio, obligó á todos á suspender la lección y á correr á enterarse de lo que pasaba.

El cubo del pozo, comprado recientemente, estaba mal sujeto y había caído al agua. El Jodya, que era hombre hábil para todo, determinó sacarlo con el auxilio de sus discípulos, y ciñéndose y enlazándose al cuerpo uno de los extremos de la cuerda, hizo que los muchachos tomasen y sostuviesen el otro para descender poco á poco al fondo de la cisterna sin el menor riesgo.

Ya estaba en la mitad de su descenso cuando, debido sin duda á la humedad y frescura del sitio, lanzó el Jodya un sonoroso estornudo...

Todos los discípulos se apresuraron á gritar reverentemente *¡Djaninis Sajolsun!* y á batir las manos con el mayor entusiasmo.

Lo malo fué que, al hacer esto, soltaron la cuerda y el pobre Jodya se cayó por el pozo abajo.

Con ayuda de la vecindad y á costa de grandes esfuerzos sacáronle con la cabeza rota y las piernas no del todo sanas, mojado y tiritando de frío.

Creyeron los discípulos que iba á reñirles, pero conocían mal el carácter de aquel hombre extraordinario.

—Hijos míos,—les dijo antes de abandonarse á los cuidados del cirujano,—obedecedme siempre como lo habéis hecho hoy, y haced lo mismo cuando yo vuelva á bajar á un pozo teniendo vosotros la cuerda cogida.

—No veo la filosofía de tu maestro,—dije yo á Mustafá;—lo que veo es que sus discípulos eran tan tontos como él.

—La aventura que de él y de ellos voy á contarte ahora te demostrará lo contrario.

IV

Un día hablaba así el Jodya á sus discípulos:

—Hoy vamos á tratar de cuestiones muy hondas y oscuras, de esas en que el espíritu del hombre se pierde como el caminante en noche sin luna y sin estrellas. ¿Sabéis lo que os quiero decir?

—Nó,—respondieron todos.

—En ese caso,—replicó el Jodya,—me callo, porque no he de fatigarme yo para ilustrar á quien no sabe lo que quiero decir.

Al día siguiente, les habló de esta manera:

—Supongo que habréis discurrido algo sobre lo acaecido aquí ayer y que vendréis mejor preparados para que la luz de mi ciencia penetre en vuestros duros cerebros. ¿Sabéis lo que os quiero decir?

—Sí,—contestaron todos acordes.

—Pues entonces,—continuó el Jodya,—me callo y me retiro, porque si ya lo sabéis sería ocioso repetíroslo.

Los discípulos estaban muertos de curiosidad, y como entre ellos había mozos listos y ocurrentes, trataron de buscar manera de que al otro día el maestro les sacase al fin de dudas.

Cuando volvieron á entrar en la cátedra, díjoles el Jodya:

—Es imposible que continuemos ocupándonos de cuestión tan ardua sin que yo averigüe si gasto ó no gasto en balde mi precioso tiempo. ¿Sabéis ó no sabéis lo que yo quiero deciros?

—Sí,—dijo la mitad de los muchachos.

—Nó,—dijo la otra mitad.



LA FLORISTA ROMANA, cuadro de Enrique Serra, tomado de una fotografía

– En ese caso,—respondió el maestro,—que los que lo saben lo expliquen á los que lo ignoran.

Y acto continuo se levantó y se marchó entre el asombro de los discípulos que exclamaban:

– ¡Qué genio tiene este hombre!

– En España mi patria,—repliqué yo á Mustafá,— hay muchos hombres, poetas y aun filósofos, que alcanzan fama de sabios por procedimientos muy semejantes á los de tu maestro; pero debo advertirte que le llevan la ventaja de ganar dineros y no aguardar para tener gabán de pieles á que se los regalen.

– Nasredin no especuló nunca con su ingenio,—contestó Mustafá, algo picado,—y lo único, que yo sepa, que ganó en su vida fué una caldera que cuando nueva no valía de fijo cien *parás*.

– Cuéntame esa aventura, que promete ser curiosa.

Y Nasredin se apresuró á complacerme, advirtiendo al lector, antes de que se me olvide, que no intento siquiera en las palabras que pongo en boca suya imitar el original lenguaje de mi interlocutor. Esto haría ininteligibles sus cuentos para quien no estuviera como yo acostumbrado á traducir su jerga, y resultaría además cansado y monótono. Por otra parte, Mustafá lo contaba todo en doble número de palabras de las que yo empleo, no renunciando en absoluto á las reflexiones que yo le había prohibido y abandonándose á los rodeos, comparaciones y metáforas que forman la esencia del estilo oriental. El objeto de Mustafá era desvelarme durante tres noches, y el mío no es otro que entretener tres ratos á mis lectores de la *Ilustración* y, sin contribuir precisamente á hacerles dormir con mis cuentos, no privarles de una sola noche de sueño.

V

Prosiguió Mustafá:

– En cierta ocasión pidió el Jodya á un amigo suyo que le prestase una caldera que su mujer necesitaba para hacer una lejía. El tal amigo, que era judío y avaro y codicioso como todos los de su raza, se la entregó con mil recomendaciones de que se la cuidara bien por ser su caldera muy sensible al fuego.

Pocas horas después, devolvió el Jodya la caldera á su propietario acompañada de un caldero pequeño y de un papel que decía: «Vuestra caldera ha dado á luz en mi casa con toda felicidad y sin sufrimiento ninguno el adjunto caldero, y tengo el placer de enviaros reunidos al hijo y á la madre para que ésta críe á aquél, le amamante y le cuide.»

El israelita creyó comprender que aquello era delicada manera de pagarle su servicio y sin meterse en más averiguaciones se quedó muy satisfecho de lo que tan sin pensar se le metía por las puertas.

Cada vez que el judío veía al Jodya, le decía, haciéndole mil zalemas y con esa sonrisa que todos ellos parece que han comprado ó robado de la misma pieza, porque en todos es igual:

– Señor, la caldera sigue tan buena, y me pregunta si no la necesitas de nuevo, y dice que en tu casa se encuentra mejor que en la mía.

Pasado algún tiempo, el Jodya se la volvió á pedir, y como pasaran meses y meses sin devolverla, el judío se inquietó, fué á ver á Nasredin y le preguntó tímidamente:

—¿Y mi caldera?

—Ha muerto,—contestó el Jodya con gravedad.

—¿Cómo que ha muerto?—replicó el judío sorprendido. —Una caldera no puede morir! Esó no es creíble!

—Me parece,—respondió el Jodya,—que quien no tuvo inconveniente en creer que una caldera puede parir, no debe tenerlo en creer que pueda morirse. La verdad es que se rajó al hacer la lejía, quemándose por cierto la mayor parte de la ropa de mi mujer, que cayó sobre las ascuas. Preparad al caldero para la triste nueva de su orfandad y Alah os guarde.

—¿Luego el Jodya era hombre casado?

—Y con una mujer muy de bien, aunque de muy mal genio. Verás lo que en una ocasión le pasó con ella.

VI

—Como la mujer de Nasredin sabía que estaba casada con un filósofo y que esta gente suele tener muy buena pasta, no dejaba de reñirle y gruñirle, sobre todo cuando, transcurridos los quince primeros días del mes, empezaban á faltar los recursos y el Jodya, con todo su saber, llevaba menos dinero á su casa que yo á la mía á pesar de ser un pobre remero.

El Jodya, acostumbrado á sus invectivas é insolencias, solía oirla distraído y sin conceder la menor importancia á sus palabrotas.

Un viernes, día, como sabes, sagrado para nosotros y en que los afiliados á la única religión verdadera deben ser aun mejores que los demás días, la mujer del Jodya se incomodó con su marido, que llevaba trazas de adelantar en su morada los ayunos de la época del Ramadán, y harta ya de decirle improperios y no menos harta de observar con qué mansedumbre ó indiferencia se escuchaban, cogió una vasija y arrojó á la cara de su marido toda el agua que contenía.

El Jodya sacó su pañuelo, se enjugó muy despacio y muy bien y dijo con la mayor seriedad:

—Las observaciones de la ciencia son infalibles y sus cálculos no pueden mentir: después de la tormenta tiene que venir necesariamente la lluvia.

—Vamos, repuse yo, sin saber si Mustafá había concluído: se conoce que el refrán cristiano, «Dios los cría y ellos se juntan» puede también aplicarse á vosotros. El Jodya era tan tonto como su mujer.

—No te negaré,—observó Mustafá,—que ambos eran algo imprevisores é inocentes á veces, y en prueba de ello y antes de que el alba asome, te referiré en pocas palabras un rasgo que así lo prueba.

VII

—Te quejas continuamente de que somos pobres, pero un tío que tengo en Scutari de Asia (decía Nasredin á su mujer) está próximo á morir y he sabido que piensa dejarnos por herederos. Como esto puede ocurrir de un momento á otro, el día que me veas volver á casa en coche, quema cuantos trastos viejos poseemos, porque será señal indudable de que ya somos ricos y podemos comprarnos un ajuar decente.

Pasado algún tiempo, el Jodya se cayó en una de las fangosas y resbaladizas calles próximas al barrio de Gálata, se rompió una pierna y lo llevaron á su casa en la carroza de un alto y caritativo personaje que á la sazón pasaba por allí.

La mujer de Nasredin, que estaba á la ventana y descubrió desde lejos á su marido que venía en coche, prendió fuego á la casa, la cual, por ser de tablas viejas, ardió en un instante, y salió al encuentro de su esposo.

¡Imagina la pesadumbre de la pobre mujer al hallarse á su marido con la pierna rota, imposibilitado de trabajar y sin recursos para guarecerse y curarle!

—Esa historia,—dije yo á Mustafá,—la oí yo contar cuando era niño en mi país, si bien aplicaban el suceso á un albañil aficionado á la lotería y esperanzado de sacar el premio gordo.

Amaneció en esto, y pensando que el ingenio viaja también, como los hombres que lo poseen, por diversas tierras, se me pasó buena parte del día preocupado con lo que se modifican los chistes y las agudezas cuando pasan de un pueblo á otro, no de otra manera que la misma semilla produce en terrenos diferentes frutas y flores que debieran resultar idénticas y son muy diferentes en sabor, aroma y matices.

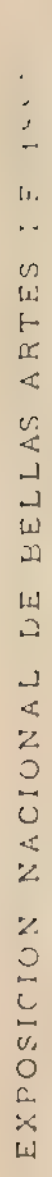
Hablando de esto aquel mismo día con Lord Dufferin, embajador á la sazón de Inglaterra en Turquía, me prestó un libro de un compatriota suyo en que con paciencia de benedictino se estudian las transmigraciones de los cuentecillos populares á través del tiempo y del espacio.

Búsquenlo los lectores y leerán una cosa buena.

CARLOS COELLO



EL TÍO SOLTERÓN, cuadro de Félix Borchardt



NERÓN ANTE EL CADÁVER DE SU MADRE, cuadro de A. Montero y Calvo

LA VIDA ARTÍSTICA

EN TIEMPO DE LOS FARAONES

Figuraos por un momento que, dotados de un invencible poder mágico, pudiéramos evocar los tiempos pasados, y animando á las generaciones convertidas hoy en polvo, volverlas á su perdida existencia. ¡Qué escenas tan imprevistas ofrecerían los representantes de esas civilizaciones que há tiempo arrebató el paso de los días! ¡Qué espectáculo tan admirable! ¡Conocer la vida doméstica y la pública, la religión, las artes é industrias y hasta las preocupaciones de los viejos imperios, y en especial del más antiguo, del egipcio, del pueblo predilecto de Ftá, la patria de los Faraones, el país de las momias y de las pirámides!

Pues bien, esa fantasía, que hace un siglo hubiera sido una locura imaginarla, hoy puede ser casi una realidad, no recurriendo á poderes sobrenaturales para ello, sino estudiando á Champollión, Lepsius, Lenormant, Prisse d'Avesnes, Perrot, Clupiez, Wilkinsons, Soldi y toda la brillante pléyade de arqueólogos orientalistas que de ochenta años á esta parte vienen desgarrando el velo que ocultaba las civilizaciones africanas y asiáticas, hasta el punto de permitirnos formar un concepto casi completo de la vida de aquellos pueblos que para siempre han desaparecido.

Contando, pues, con el poderoso auxilio de la egiptología, vamos á bocetar ligeramente la vida, usos y costumbres de los artistas dedicados al ejercicio de la pintura, en una de sus épocas de mayor esplendor para el arte egipcio, ó sea durante el gobierno de las dinastías tebanas del Nuevo Imperio, tan ilustres por sus gloriosas conquistas como por el grado de esplendor que bajo su dominación alcanzó el pueblo de Menés y de Sesostris.

Las Bellas Artes en el Egipto faraónico, á pesar de sus cuarenta siglos de vida y de la gran afición que á ellas demostraron las clases todas de la sociedad, nunca pudieron desarrollarse en la atmósfera vivificante de la libertad individual, pues apenas iniciadas en la época de las pirámides, cayeron bajo la dominación de los misteriosos colegios sacerdotales, los cuales, apoyándose en el carácter jeroglífico de los primeros diseños, afirmaron que las artes y en especial las gráficas, no eran más que un género de escritura, destinada á vivir eternamente revelando á las generaciones futuras las gloriosas hazañas del Faraón ó el intrincado simbolismo de su teogonía. Pero como los artistas en todos tiempos han sido espíritus inquietos, amigos de novedades y alguna que otra vez olvidaron los preceptos hieráticos, lo que en un principio fué sólo una inspección, más ó menos soportable, pero que al fin dejaba cierta independencia en la ejecución, hubo de trasformarse en un monopolio artístico, ejercido por individuos educados en los templos, única manera de evitar que los símbolos llegaran á ser ininteligibles por su variedad, y que obreros más amigos del estudio del natural que de los papiros sagrados, llegaran á olvidar que en la lengua del país, los actos de escribir y pintar se determinaban con el mismo verbo.

Petrificada de esta suerte la pintura, pudo, á semejanza de las momias, conservarse sin alteración, y apenas es factible distinguir leves variantes entre las composiciones que decoran el hipogeo de Eimai, el sabio constructor de las pirámides de Cheops, y las que se conservan en los templos edificados durante la dominación romana. Tal y tan fuerte era la organización que los sacerdotes dieron al arte, sobre todo en cuanto se refería á las castas militar, real, y religiosa ó sacerdotal, únicas, que por otra parte, podían hacer ejecutar obras de alguna importancia, pues el pueblo era un elemento de escasa valía por lo que á las artes suntuarias tenía relación.

Y dicho esto, veamos cuál era esa organización. En primer lugar, á excepción de algunas industrias artísticas, tales como la decoración puramente ornamental de los edificios, la marquetería, musivaria, esmaltería, etc., la pintura propiamente dicha se ejercía siempre por sacerdotes de orden inferior, ó por artistas colocados bajo su dirección ó vigilancia, de cuyas manos salía la obra enteramente concluída, excepto en el caso en que sólo ejecutaban cartones, que los escultores reproducían entallándolos sobre la piedra y rellenándolos de color. Así pues, el que deseaba dedicarse al ejercicio de la pintura, tenía que ingresar en uno de aquellos colegios sacerdotales que tan eminente papel representan en la historia de las ciencias y las artes, y subir poco á poco, merced á iniciaciones graduadas, los escalones que separaban al aprendiz del hierográmata, juez supremo de todo cuanto al arte se refería, no sólo bajo el aspecto técnico, sino bajo el social y religioso.

Verdaderamente debía ser notable el *estudio* de alguno de aquellos artistas hieráticos de las orillas del Nilo. Allí, en uno de los patios, retirados del templo, lejos del bullicio de la ciudad, defendidos de los rayos del sol por los soberbios pórticos cubiertos de jeroglíficos y recibiendo una luz suave filtrada á través del *velarium* decorado con franjas, lisadas como la tela de blanco y negro, los jóvenes egipcios se dedicaban al estudio del diseño y del colorido, mientras el sacerdote-artista, hombre de edad madura, vestido con el *calasiris* ó túnica lumbar y ostentando sobre su desnudo pecho un sencillo pectoral con los atributos distintivos de su dignidad, paseaba entre los discípulos que copiaban los cartones, instruyéndoles con su palabra y consejos; ó retirado en cualquier ángulo del pórtico, delineaba una composición complicada, encargo de algún alto personaje deseoso de adornar su sepultura ó su palacio con obras proporcionadas á la importancia del monumento.

En estas academias adquiría el artista conocimientos técnicos muy extensos, referentes no sólo á la simbología oficial, sino cuanto constituía la práctica de la pintura, tales como la fórmula de preparar los óxidos metálicos, trasformándolos de suerte que cincuenta siglos no han alterado su brillantez; las recetas para manipular la goma de mimosa y la gelatina en que disolvían aquellos colores. el barniz trasparente y sólido que el tiempo no ha logrado oscurecer, y multitud de procedimientos, algunos de ellos hoy desconocidos, á pesar de las investigaciones de químicos eminentes, que no han podido encontrar, por ejemplo, la poderosa composición merced á la cual se hacía penetrar el color en las piedras reblandeciendo su superficie.

No todos los que trabajaban bajo las órdenes de un hierográmata eran gentes deseosas de aprender; había también pintores ya prácticos que, bien en sus casas ó en locales ad'hoc, ejercían su profesión, cuando no les era preciso trasladarse á los monumentos que habían de decorar, siguiendo inspiraciones superiores.

En todos casos, la marcha de una pintura, fuese ésta mural, sobre tabla, ó sobre piedra, era la siguiente: El escriba sagrado indicaba ligeramente sobre el plano, cubierto de antemano por una preparación calcárea que impedía la absorción del color y facilitaba el diseño, la composición que tenía por conveniente, para lo cual cuadriculaba el espacio con el objeto de colocar las inscripciones jeroglíficas con simetría y poder dar á las figuras la altura marcada por el canon equivalente á la longitud diez y nueve veces repetida del dedo medio de la mano. Tras esto, otro dibujante concluía las figuras y las contorneaba de rojo, viéndose en algunas obras sin concluir de los hipogeos de Biban-el-Moluc ciertas correcciones con tinta negra que indican la suprema dirección de un hierográmata peritísimo en el arte. Ya en este punto la composición, los artistas, provistos de una paleta de madera de forma cuadrangular, con siete pocillos, conteniendo blanco, amarillo, verde, azul, rojo, sombra y negro (únicos colores que empleaban), varios pinceles de fibras vegetales y algunos estilos de caña, procedían á llenar á plano, sin sombras ni medias tintas, los espacios limitados por los contornos, observando rigurosamente las prescripciones hieráticas que daban á cada objeto un color, y á cada color su significación simbólica. Terminado este trabajo, dábase para concluir una tinta gris ó amarillenta al fondo que hacía resaltar las figuras y luego se la abrillantaba barnizándola encima.

Tal era el procedimiento empleado no sólo en las pinturas murales, sino en las que se ejecutaban sobre planchas de piedra, tablas de sicomoro ú hojas de papiro, de todas las cuales se conservan multitud de ejemplos en los museos del Cairo, Londres, París, Turín y Munich. Por lo dicho vemos que en ningún caso las pinturas egipcias merecían el nombre de frescos, sino el de aguadas, muy semejantes por el procedimiento á las pinturas exhumadas en los baños de Tito, y en las casas de Pompeya.

Conocido esto, entremos ya á examinar las escenas representadas y los caracteres que constituyen su fisonomía especial. Desde luego puede hacerse una gran división en los asuntos clasificándolos en pinturas religiosas, decorativas ó conmemorativas, y pinturas referentes á la vida social y política. En unas y otras, la perspectiva y el claro-oscuro faltan por completo. Los personajes aparecen extrañamente concebidos en cuanto á su estructura, pues invariablemente, presentan la cabeza de perfil y los ojos de frente, lo mismo que el pecho ó espalda, mientras que las piernas y caderas vuelven á estar de costado. Tan inexplicable contorno se completa con unos brazos terminados por manos groseramente diseñadas y las dos derechas ó izquierdas. Contrasta con tales extravagancias, aun no explicadas satisfactoriamente, un gusto especial en la composición y cierta regularidad y exactitud en las fisonomías, que llegan á constituir verdaderos retratos, tanto que en los monumentos se conoce fácilmente á los personajes representados, por la repetición de los mismos caracteres fisiognomónicos, que sólo pudo sorprender el artista por un estudio concienzudo del natural.

No faltan en la pintura egipcia cuadros de animales, en los que el artista, más desembarazado de la tutela sacerdotal, pudo dar muestras inequívocas de su aptitud para el diseño, pues exceptuando los pájaros sagrados que se representan alguna vez de un modo convencional, los animales domésticos y salvajes del país están copiados con sorprendente exactitud, hasta en sus detalles, ofrecen un color bastante apropiado y sus contornos no pueden ser más puros. Los peces sobre todo aparecen tan exactamente reproducidos que Mr. Marchandón en su *Histoire de l' Art Egiptien* dice que no desmerecerían en una obra moderna de ictiología, pues son una maravilla de ejecución.

En cuanto á los árboles, flores, casas, y demás accesorios, forzoso es confesar que son deficientes por todos conceptos. Parecen una obra infantil propia de otro pueblo más atrasado.

Con tales elementos, los egipcios representaron, por lo que respecta á la pintura religiosa, los asuntos más diversos; entre los más frecuentes, podemos mencionar la adoración de los dioses, por determinado personaje, la presentación de ofrendas y sacrificios, los actos de protección ejecutados por los superiores en favor de sus devotos, las ceremonias del culto oficial, las mil diversas escenas del ritual funerario, que va siguiendo al alma en sus viajes por las regiones celestes é infernales y todo el vasto panteón de la teogonía egipcia, tan extraña por la híbrida confusión que ofrecen sus divinidades, mixtas de humano é irracional, ataviadas con atributos alegóricos y colores inverosímiles para quien no conozca la significación de un monoteísmo que se manifiesta á través del politeísmo simbólico.

En cuanto á la pintura profana, los asuntos son mucho más variados; unas composiciones se refieren á la vida del Faraón reinante y nos hacen presenciar sus conquistas y hazañas militares, sus expediciones navales ó terrestres y sus victorias, sin olvidar el acto de sumisión de los vencidos y el espolio de la nación sojuzgada por los vencedores; otras, tomadas de la vida doméstica, nos muestran á los altos dignatarios vigilando los trabajos agrícolas de sus haciendas, inspeccionando los rebaños, dirigiendo á los obreros de diferentes industrias, y no faltan algunas en que aparecen dedicados al ejercicio de la caza y la pesca ó descansando en su *gyneceo* en brazos de sus esclavas favoritas, mientras las arpistas y bailarinas le recrean con sus cantos y danzas. En este género los artistas egipcios produjeron verdaderas composiciones llenas de movimiento y de vida y graciosas en extremo.

Mucho pudieran ampliarse estas breves indicaciones, con la seguridad de que no había de faltarnos para ello materia amena é interesante, pero la brevedad de un artículo de la índole del presente, nos obliga á terminar la tarea á pesar nuestro, haciendo una breve indicación acerca del colorido y del carácter general del arte pictórico egipcio.

Aunque el simbolismo obligó á los artistas de Memfis, Tebas ó Sais á servirse de los colores según las prescripciones hieráticas, no por eso faltaron á la verdad en absoluto, pues excepción hecha de las obras puramente religiosas, usaron los colores más ajustados al natural. Así los hombres aparecen invariablemente de un color rojo muy semejante al que en realidad ofrecía la raza indígena, mientras se diseñaba á las mujeres con amarillo pálido para indicar su menor carnación. Jamás se les ocurrió á los egipcios pintar, como ciertos miniaturistas de la edad media, caballos verdes ó azules; en cambio, en las figuras de etíopes ó abisinios, no teniendo negro bastante intenso para dibujar los detalles sobre otra tinta negra también, emplearon el blanco por haber observado sin duda el efecto de realidad que resulta con este procedimiento.

En resumen, el arte pictórico en Egipto, hierático, monumental é inmutable en su esencia, se muestra débil é infantil en el colorido, y en el dibujo revela espíritu observador, práctica asidua y muy notables disposiciones. Ciertamente si la constitución teocrática absolutista de la nación no hubiera petrificado el arte en sus comienzos, imponiéndole el simbolismo, la patria de los arquitectos que edificaron las pirámides hubiera producido pintores capaces de rivalizar con los de Grecia; pero sin duda en las miras de la Providencia sólo se designó al Egipto faraónico el papel de revelador y los gérmenes del arte nacidos á orillas del Nilo, trasportados á la Hellade, atravesando pueblos extraños, fueron los que, andando el tiempo, produjeron la era inmortal de Apeles, Zeuxis y Timantes.

A. DANVILA JALDERO

¡NO MÁS SIETEMESINOS!

Parecería una vulgaridad comenzar este artículo diciendo que de los Estados-Unidos es de donde vienen todos los inventos maravillosos; mas aunque no pareciera una vulgaridad, sería una impertinencia.

Porque precisamente el invento maravilloso que me ha puesto la pluma en la mano, como suele decirse, no viene de los Estados-Unidos, sino de la vecina Francia

Por eso no quiero comenzar el artículo de esa manera, sino de esta otra:

Será verdad que los Estados-Unidos marchan á la cabeza...

Y el caso es que tampoco es verdad, porque no marcha, ni se ha movido de su sitio, la América del Norte. A ver de otro modo:

No se puede negar que... tampoco voy bien, porque negar se puede negar todo: hay quien lo niega todo, hasta lo evidente.

En fin, el caso es que un médico de Francia, el doctor Guassonier de la Grille, ha hecho un originalísimo descubrimiento que está llamado á producir una revolución, sin necesidad de sargentos ni cabos.

He leído la noticia en un periódico y desde entonces no acierto á pensar en otra cosa.

Figúrense Vds. que el susodicho doctor Guassonier, médico de un asilo de niños allá en París, ha inventado una maquinilla para incubar los niños sietemesinos y hacerles llegar sin novedad á la plenitud de la vida.

El aparato es por el estilo del que se usa para sacar pollos artificiales.

El pollo, digo, el sietemesino se coloca debajo de una caja de madera cubierta con un cristal corredizo: el fondo de la caja se mulle con lana para que el niño no se lastime.

El resultado del primer experimento fué que colocado

un niño en la incubadora, privado de toda luz y provisto de su correspondiente biberón, manteniendo allí la temperatura constante de veintiséis grados y medio, al segundo día cesó de llorar y comenzó á dormir tranquilamente durándole el sueño sesenta días, sin más interrupción que la necesaria para alimentarse chupando. A los sesenta días el niño diz que estaba grueso y fortachón como si tuviera lo menos un año.

La experiencia, si hemos de creer al periódico que da la noticia, en lo cual haríamos muy mal, se ha repetido con 360 niños de los cuales sólo ha muerto uno por efecto de una enfermedad especial que es por lo que se muere cualquiera.

Los trescientos cincuenta y nueve sietemesinos restantes, después de haber estado en la incubadora dos meses, pesaban por término medio una arroba, y en cuanto salieron del aparato echaron á andar, tardando muy poco en aprender á hablar.

Desde luego saltan á la vista las grandes aplicaciones, no sólo biológicas, sino literarias, políticas y sociales que puede tener el invento.

El último dato solamente, el de que en saliendo de la incubadora en seguida se aprende á hablar, bastaría para hacer el artefacto apreciabilísimo.

Podría aplicarse en primer lugar á algunos académicos de la lengua aunque fuera por tandas, para no dejar completamente abandonada la casa.

Pues si pasamos de la literatura á la política, ¿quién es capaz de calcular ni de prever los resultados de este descubrimiento prodigioso?

Supongamos que Sagasta y Cánovas trataban de hacer unas elecciones para renovar los chirimbolos del sistema parlamentario, y que se encontraban sin candidatos de que hacer diputados y senadores...

Hic opus, hic labor; que traducido libremente es como decir: Aquí es ella.

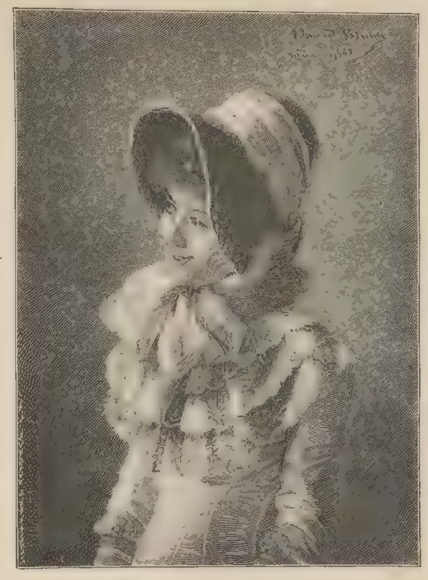
Pues nada: una vez comprobado el procedimiento para sacar hombres artificiales como se sacan pollos, esa *ella* era ya la cosa más fácil del mundo.

Como que se reducía á hacer una leva de sietemesinos, sin salir de Madrid, meterlos á todos en la incubadora Nacional, que podría establecerse en lo que ahora se llama Palacio de las Cortes ó Congreso de los Diputados, y á los dos meses teníamos seis ó setecientos diputados y senadores útiles y dispuestos para cualquier cosa.

La operación no dejaría de salir cara, porque ya habrán ustedes reparado que los sietemesinos incubables, aun dentro de la incubadora donde están á oscuras, necesitan estar provistos de biberón, y es seguro que chuparán muchísimo. Pero cara y todo, á trueque de vernos completamente libres de sietemesinos, sería aceptable.

Por cierto que este último detalle merece ser muy tenido en cuenta. Un sietemesino puede perfectamente pasar un par de meses á oscuras; tan perfectamente, como que la mayor parte de ellos pasa toda la vida de ese modo, pero ninguno puede pasar sin biberón ni un par de días. Siempre han de estar chupando.

Desde los cuerpos colegisladores podíamos irnos á los ministerios, donde, si la incubación de empleados no se hacía por tandas como la de los académicos, había que adoptar este otro sistema.



BONITA, cuadro de Edmundo Blume

Así como ahora se cierran las oficinas dos días á principio de invierno para esterar y otros dos en la primavera para desesterar, entonces se cerrarían, para incubar, dos meses.

Y así como ahora suele publicarse en los periódicos este aviso: «Mañana y pasado mañana no habrá oficinas en el ministerio de Gracia y Justicia por causa del estero,» entonces aparecería este otro:

«En los próximos venideros meses de marzo y abril estarán cerradas las oficinas del ministerio de la Gobernación, por tener que pasar los empleados á la incubadora.»

Tal cual círculo político ó de simple recreo cerrará sus puertas durante el espacio de dos meses, á no ser que se presente ocasión de alquilar interinamente el local para una exposición de acuarelas.

En este último caso los periódicos darían así la noticia al poco más ó menos:

«En los espaciosos y elegantes salones del... (aquí el nombre y apellido del club ó casino de que se trate) se acaba de instalar una escogida y abundante exposición de cuadros que sólo estará abierta dos meses, ó sea todo el tiempo que los apreciables socios de aquel centro han de pasar en la incubadora.»

Apenas quedaría un sietemesino con empleo que no pidiera dos meses de licencia para la incubadora, como ahora se piden para baños.

Como en todos los ramos del saber, ó, si se quiere, del no saber, hay sietemesinos, á todos alcanzarán las consecuencias de la invención maravillosa del doctor Guassonier de la Grille.

Las redacciones de algunos periódicos políticos se quedarán en cuadro y no será raro leer noticias como la siguiente:

«Nuestro querido amigo y antiguo compañero en la prensa el señor Fernández y González se ha vuelto á encargar de la dirección de *La Etapa* por haber pasado á la incubadora el joven director de nuestro colega.»

Otro día se leerá en varios papeles una cosa así por este estilo:

«El excelente periódico semanal de literatura y de salones titulado *La Goma*, ha suspendido su publicación por dos meses á causa de haber ingresado en la incubadora todos sus apreciables redactores.»

También se leerá esta otra noticia:

«Mañana publicará *La Gaceta* el Real decreto convocando á elecciones en el distrito de Alba que se declara vacante por haber sido promovido á la incubadora el joven é ilustre diputado que le representaba.»

Y cuando éste saliera hecho un hombre, y á él y á todos los demás incubados se les viera por ahí gordos y robustos, pesando todos más de una arroba y hablando sin ceceos y de corrido, excusado es decir cómo se pronunciaría el movimiento.

Y hasta se me figura que una mañana, la primera mañana que acierte á pasar por la calle de Alcalá á eso de las nueve, me encontraré con el brigadier Estancado que bajará hacia el ministerio de la Guerra: un brigadier muy viejo que conocí en una casa de huéspedes cuando era yo estudiante.

—¿Qué es eso, mi brigadier,—le diré,—cómo ha madrugado V. tanto?

—Voy á la oficina.

—¡Hombre! Está V. colocado. Cuánto me alegro...

—Estoy de secretario de la Dirección.

—¿Pues qué ha sido del brigadier Parvulete que desempeñaba ese cargo? ¿Le han ascendido ya otra vez?

—No señor: le han trasladado... á la incubadora.

—¿De secretario?

—No: de sietemesino.

ANTONIO DE VALBUENA



DURANTE LA TEMPESTAD cuadro de Emilio Adán

NOTICIAS VARIAS

COLMENA GIGANTESCA.—He aquí un hecho verdaderamente extraordinario, que acaba de publicar la *Sociedad Nacional de Aclimatación*. En una exploración que en 1884 hacía el doctor E. Guilmeth en los bosques de la Australia, hubo de notar un día en la copa de un árbol corpulento que tenía 7 metros de diámetro y 120 de altura, una especie de choza redondeada en forma de cúpula; casi al mismo tiempo observó también que miriadas de insectos negros revoloteaban zumbando al rededor de aquella extraña masa, en la cual reconoció luego una colmena de abejas negras de Tasmania. El doctor hizo derribar el árbol y pudo extraer de la colmena la enorme cantidad de 3500 kilogramos de miel. La colmena vacía pesaba 1,000 kilog. Parece que esta miel posee virtudes medicinales.



EN EL CAMPO, cuadro de Adolfo Treidler

EFECTOS DEL RAYO.—El Ministro de Comunicaciones de la vecina República ha trasmitido á la Academia francesa los datos siguientes sobre una serie de fenómenos bastante curiosos debidos á una violenta tempestad que hubo de desencadenarse en Montrée (Orne) el 24 de abril último entre 3 y 7 de la tarde. El hilo telegráfico, á un kilómetro del pueblo en el camino de Argentan fué cortado á pedazos en una extensión de 150 metros, y estos fragmentos estaban tan calcinados que parecían haber sido sometidos al fuego de una fragua. Algunos de ellos, los más largos, se hallaron encorvados en forma de anillos y soldados por sus extremos. Los postes y aisladores quedaron intactos, como los árboles plantados á lo largo del camino: sólo uno ofrecía señales de haber sido herido por el rayo, pues se observó descortezado su tronco y agujereado el suelo al rededor de sus raíces como con la punta de un bastón.

En la oficina del telégrafo se puso en tierra el pararrayos, y á pesar de esta precaución, se produjo en la pila una descarga acompañada de una luz vivísima y comparable á la detonación de un arma de fuego, que por fortuna no causó daño ninguno. La rotura del conductor ocurrió en el punto de encuentro de dos caminos. En este sitio penetró el rayo por la chimenea de una casa y salió á la calle traspasando una pared de ladrillo por tres partes á raíz del suelo y derribando una hornilla. La pared perforada estaba enlucida exteriormente con yeso, y el rayo hubo de arrancar varias capas de este enlucido que lanzó contra los vidrios de otra casa situada enfrente, al otro lado de la calle.

Detrás de esta habitación había en un establo un hombre, que se disponía á ordeñar una vaca. En aquel momento penetró por la puerta una bola de fuego, pasó por entre las patas de la vaca y desapareció sin causar por fortuna ningún daño. El animal rugió con espanto y se encabritó sobre el pesebre mientras su dueño, abandonando su vasija, corría casi desfallecido afuera.

Resta que señalar otro fenómeno: trátase de unos fragmentos de piedra que en gran cantidad cayeron simultáneamente delante de otra casa. Algunos de ellos, no más gruesos que nueces, son de una materia poco densa y de un color blanco sucio, y se desmoronan á la presión del dedo exhalando un olor de azufre bien caracterizado. Los más pequeños de estos fragmentos tienen todo el aspecto del cok.

Acaso no sea ocioso decir que durante la tempestad, no era seguida la chispa eléctrica del trueno habitual. Las descargas se asemejaban á tiroteo y se sucedían con bastante frecuencia.

Al mismo tiempo granizaba en abundancia y era muy baja la temperatura.

EL MÉTODO DE PASTEUR Y LOS SABIOS INGLESES.—Una comisión de doctores ingleses se ha encargado de hacer una memoria sobre el tratamiento de la rabia por el método de Mr. Pasteur. Algunos ilustres miembros de esta comisión se trasladaron á París, cerca del famoso médico francés, á fin de observar su método de tratamiento y hacer una información entre cierto número de personas inoculadas por él. El secretario de la comisión hizo minuciosos experimentos sobre tal inoculación en animales inferiores; y hecha la información y confirmado el descubrimiento del método antirrábico por los experimentos de dicho secretario, ha dirigido la comisión una erudita y luminosa memoria á C. Thomson Ritchie, presidente del *Local Government Board*.

Esta memoria está firmada con nombres ilustres en la ciencia inglesa, como son James Paget, presidente, Víctor Horsley, secretario, T. Lander Brunton, Jorge Fleming, José Lister, R. Quain, Enrique Roscol y J. Burdon Sanderson.

Desde luego los sabios ingleses recuerdan cómo descubrió su método el ilustre Pasteur, cómo lo aplicó al principio y perfeccionó después. Puede considerarse como hecho cierto, dice la memoria, que M. Pasteur ha descubierto un método preventivo de la rabia comparable al de la vaccinación contra la viruela. Sería difícil calcular la importancia de este descubrimiento así desde el punto de vista de su utilidad práctica como de sus aplicaciones á la patología general. Se trata de un nuevo método de inoculación, ó de vaccinación, como suele llamarla M. Pasteur, y podrían obtenerse otros semejantes para proteger al hombre y á los animales domésticos contra otros virus de los más intensos.

Para determinar en lo posible la influencia de las causas de error posibles en los casos inoculados por el sabio Pasteur, los miembros de la comisión inglesa le rogaron los pusiera en aptitud de examinar, por medio de informe personal, á algunos de los enfermos por él tratados, y el ilustre francés accedió inmediatamente al ruego de sus dignos colegas, dándoles nota de las noventa personas en tratamiento á la sazón.

Los resultados obtenidos de estos informes directos fueron concluyentes, y así la comisión inglesa cree en el porvenir del método Pasteur.

He aquí cómo se explica á este propósito:

«Con la evidencia de todos estos hechos, entendemos que las inoculaciones practicadas por M. Pasteur en individuos mordidos por animales rabiosos, han impedido ciertamente en una gran proporción la presencia de la rabia en individuos que habrían sucumbido si no hubieran sido inoculados. Y creemos que la importancia de su descubrimiento será todavía superior, según la utilidad presente hace presentir, porque muestra que será posible alejar por medio de la inoculación otras afecciones que no sean precisamente la rabia, aun después de la infección. Se ha pensado, es verdad, poder preservar por medio de la vaccinación á individuos recién expuestos á la infección de la viruela; pero por desgracia, la prueba no ha sido muy satisfactoria.

»Así el método de M. Pasteur puede ser considerado justamente como el más eficaz preservativo suprimiendo por inoculación un proceso de infección específica. Sus investigaciones, tan laboriosas como acertadas, han aumentado el cuadro de nuestros conocimientos sobre la patología de la rabia, y han dado, lo que es de la más alta importancia práctica, un medio cierto y seguro para determinar si un animal, muerto al parecer de rabia, ha sido efectivamente víctima de esta afección.»

El apéndice de esta memoria contiene documentos muy interesantes y detallados sobre los experimentos hechos por la ilustre comisión inglesa.

FÍSICA SIN APARATOS

El experimento que representa nuestro primer grabado, consistente en colocar un objeto sobre tres palos dispuestos de modo que tenga cada cual un extremo al aire por encima de una superficie plana en que estriben los otros extremos, es por demás antiguo. Indicado se encuentra en los libros de Recreaciones científicas del siglo XVI, y Ozanam, en sus Recreaciones matemáticas y físicas, lo describe de la manera siguiente:

«Disponer tres palitos sobre un plano horizontal, de modo que cada uno descanse en este plano por uno de sus cabos y que el otro permanezca al aire.»

«Para hacer que tres palitos ó tres cuchillos se sostengan unos á otros en el aire, estando apoyados por uno de sus extremos en una mesa, aunque tengan encima un peso, sin que jamás se caigan, no hay más que inclinar sobre la mesa uno de los tres palos de modo que apoyándose en ella por uno de sus extremos, quede el otro al aire; póngase luego de través sobre éste el segundo palo, igualmente levantado por uno de sus cabos, y colóquese en fin como un triángulo el tercero, de modo que, apoyándose en la mesa por un extremo, pase por debajo del primero y estribe en el segundo.

»Cruzados así los tres palos se sostendrán mutuamente, y aun cargados de peso, se mantendrán firmes, á menos que no se dobleguen ó rompan por exceso de gravedad, la cual, si no es abrumadora, servirá más bien para fortalecer la combinación que para hundirla.»

El experimento se ejecuta fácilmente como lo representamos en la figura 1.ª con tres reglas de madera sobre las cuales se pone una copa ú otro cualquier objeto.

Un aficionado á estos curiosos y entretenidos experimentos nos ha indicado una variante que exponemos aquí por lo que valga. Consiste en disponer tres cuchillos sobre tres copas ó vasos como lo indica la figura 2.ª Disponiendo de la manera conveniente los tres cuchillos, hojas con hojas, no sólo se sostienen mutuamente, sino que pueden también sustentar un objeto bastante pesado, como una botella llena de agua, sin que de ninguna manera se rompa el equilibrio de tan frágil edificio.



Fig. 1.—Curioso experimento de equilibrio con tres palos



Fig. 2.—Otro experimento de equilibrio con tres cuchillos

Estos experimentos pueden variarse de mil maneras diferentes y hacerse con objetos diversos.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



AÑO VI ↔BARCELONA 19 DE SETIEMBRE DE 1887↔ NUM. 299

UN MATRIMONIO DE CONVENIENCIA, cuadro de A. Jatofch

SUMARIO



AGUSTÍN QUEROL, escultor español

NUESTROS GRABADOS

AGUSTÍN QUEROL

Poeta nascitur, decía el preceptista.

Y del artista puede decirse otro tanto. El poeta y el artista son dos seres fabricados de una misma materia; mejor dicho, son un mismo genio con distintas manifestaciones.

Se puede llegar á sabio por medio del estudio; no se puede ser un genio cuando no se ha nacido genio.

La criatura que se siente animada del fuego divino, se revela mucho antes de que nadie haya podido cultivar sus disposiciones naturales.

Mozart se había revelado á los diez años.

No tenía mucha más edad Agustín Querol cuando dió á comprender su intuición escultórica: hízolo de una manera informe, pueril, extravagante; pero sus muñecos, elaborados con la pasta amasada en la panadería de su padre, demostraban la vocación del rapazuelo y decidieron de su porvenir. Quería ser escultor; lo quería con la vehemencia del predestinado, y una de dos: ó había de sucumbir en el camino, ó había de satisfacer sus aspiraciones. Empeñó la lucha, y venció noblemente, porque dentro de ese cuerpo delicado, alienta un alma del mejor templado acero. Todas sus manifestaciones lo evidencian.

Joven aun, se propone ganar una plaza pensionada en Roma. Cuando forma esta resolución, calcula el tiempo que le resta para llevarla á cabo, y se convence de que, aun tomando el primer tren que sale para la corte, le faltan minutos para llegar á tiempo de formular su instancia y hacer sus pruebas. Pero, hubo de pensar Querol para sus adentros: ¿para cuándo es el dinero sino para las grandes ocasiones de la vida?... El dinero que ha perforado montañas y ha tendido desde Barcelona á Madrid los rails de un camino de hierro, ¿no podrá precipitar la marcha del tren y ganar los minutos que le hacen falta para realizar su deseo?... Convencido de que dádivas ablandan peñas, echa mano del recurso supremo, *ocho pesetas* de que puede disponer y que le valen todo su porvenir. ¿Quién supusiera que aquel tren, arrastrado con una velocidad extrarreglamentaria, decidía de la vida de un hombre, de algo más que un hombre, de un artista en toda la extensión de la palabra?...

Querol llega á tiempo para pretender la plaza. De lo demás estaba seguro. Adjudicósele la pensión y partió para la Ciudad Eterna; eterna sí; no porque Roma haya sido la gran metrópoli de los vencedores de Cartago, de las Galias y de la península ibérica; sino porque, á través de los siglos, viene siendo la gran guardadora del arte, que es más eterno que Escipión y que César y que todos los dominadores del mundo antiguo.

Un año después remitía su primera obra, el *Vencido de hoy*, que publicamos en el presente número y por medio de la cual evidenciaba que el neófito había penetrado en los misterios del templo que solamente á los predestinados abre sus puertas. Considérese esa figura y dígase si su perfecto estudio anatómico, su actitud, su aspecto, la dulce al par que varonil resignación de su semblante, no superan á cuanto puede exigirse de un escultor novel, de un artista en embrión, de un genio que no había salido aún de su estado de crisálida.

Lo que desde entonces ha progresado Querol en todos conceptos, lo demuestra una sencilla visita á su estudio ó taller, del cual damos una vista en el presente número. En él expone sus obras y por éstas puede venirse á una idea de la extensión y variedad de su talento. Desde luego se echa de ver en ellas la predilección que siente por los buenos modelos de la antigüedad, sin que por esto se resientan de servil imitación. Respecto á asuntos, todos le son favoritos, como se presten á encarnar en ellos un sentimiento capaz de conmover el alma de un artista. Nada tienen de común, por ejemplo, el grupo de *La tradición* y la estátua de la *Dolorosa*. Sin embargo, si en la alegoría ha demostrado el desembarazo y firmeza con que trata simultáneamente á la infancia y á la senectud, en la Virgen se remonta á la pureza de concepción, á la sublimidad de concepto indispensables para dar forma humana á la creación divina de la mujer inmaculada. El discípulo, el admirador del arte pagano, demuestra en esta obra que el cristianismo eleva el pensamiento á las puras regiones del ideal, desprendiéndose de los resabios materiales de que, en este sentido, no están exentos los mejores trabajos clásicos.

Agustín Querol ama el arte con pasión: su semblante, sereno y apacible habitualmente, su dulce mirada que parece perderse vagarosa en los espacios imaginarios, su naturaleza fina y delicada como la de una mujer, se transforman de súbito cuando se trata de los fueros del arte. Dispuesto á perdonarlo todo en el mundo social, es inexorable al creerse maltratado como artista. Este amor vehemente á su profesión que le convierte en padre de sus obras, le ha valido algún disgusto, que hubiese podido influir poderosamente en su carrera, si las personas competentes no hubieran hecho justicia á los nobles móviles de sus arranques de artista. Tiene ante sí un porvenir brillante y sin duda no dejará de llegar á la meta, pues ninguno como él ha demostrado estar más persuadido de que no hay imposible para el estudio y la fuerza de voluntad.

UN MATRIMONIO DE CONVENIENCIA, cuadro de A. Jatofch

Esta clase de matrimonios, más en número de los que fueran menester, los concierta el vil interés y los desconcierta el diablo. Un varón entrado en años y más entrado aún en fortuna, comete la torpeza de solicitar la mano de una joven. Por su parte, una joven, más codiciosa que prudente, comete la mayor torpeza de aceptar el ofrecimiento. La Iglesia bendice esta unión desdichada y apenas se ha evaporado la fragancia del azahar, cuando la realidad llama al hogar doméstico é introduce en él al fastidio, que es uno de los más listos cómplices del adulterio. Aquellas galas tan suspiradas acaban por convertirse, á los ojos de la mujer mal casada, en una especie de uniforme de presidiario, porque presidiaria de su marido se cree la esposa que no le ama; aquellos salones espléndidos en donde la mujer honesta y libre puede aspirar sin vergüenza los aromas de la lisonja, son teatro de una lucha horrible entre el impulso y el deber, en la cual no siempre el deber es el más fuerte; aquellas *villas* que semejarían paraísos, habitadas, durante el verano, por un matrimonio hijo del respectivo afecto, apenas si proporcionan un sueño ni siquiera reparador, pues nada más común, en tales casos y en tales sueños, que las visiones acusadoras y las imágenes de la felicidad imposible de conseguir.

Este asunto ha sido repetidamente tratado por hábiles pintores, lo cual no es de extrañar porque, como hemos dicho varias veces, el artista tiene un deber social que cumplir; y cuando el pincel se vuelve moralista, consigue frecuentemente lo que no es dable al apólogo y aun al artículo crítico de costumbres. Cierto que muchas veces predica en el desierto, como sucede en el asunto del *matrimonio de conveniencia;* pero si Jatofch ha cumplido como buen maestro y las niñas casaderas no aprovechan la lección, cuando el diablo se las lleve vestidas de encaje, el artista saboreará su pipa muy tranquilo, al lado de una esposa amante y contemplando los inocentes juegos de sus hijos.

CARGA DE CORACEROS, cuadro de Marcelino de Unceta

Aun cuando lo abocetado del lienzo no permita una reproducción que deje formar cabal concepto de este cuadro, cualquiera puede apreciar sus condiciones de vida y de movimiento. Esos caballos vuelan, esos jinetes cargan, realmente, á un enemigo invisible; el choque ha de ser terrible.

Ignoramos si el autor ha presenciado la escena que describe. Si, en lugar de presenciarla, la ha presentido simplemente, diremos que á no haber nacido pintor, hubiera hecho un excelente coracero.

MARCO ANTONIO Y CLEOPATRA, cuadro de Juan Pablo Salinas

Muchos son los artistas que han tratado este mismo asunto. El famoso triunviro, avasallado por los encantos de la aún más famosa reina de Egipto, olvida en Alejandría sus ambiciosos planes y sumergido en voluptuoso letargo, no le despiertan ni los triunfos de Octavio ni las defecciones que siguen á la batalla de Actium. ¿Qué clase de fascinación ejercía en Marco Antonio la influencia de Cleopatra? Si hubiéramos de atenernos al cuadro de Salinas, esa seducción hubiera debido ser puramente sensual. La impresión que causa la obra es la de una verdadera cortesana procurando disipar con sus caricias el mal humor de su amante ó de su dueño. Bajo este punto de vista, la obra de Salinas cumpliría perfectamente su objeto. Pero, á nuestro juicio, el artista no ha estado á toda la altura de la verdad histórica. Léase á Plutarco solamente, y se comprenderá que los encantos de Cleopatra tenían un fundamento superior al de su belleza física, que, después de todo, distó mucho de ser incomparable. Y hasta prescindiendo de la figura de la reina, tampoco concuerda la actitud de Antonio con la relación, clara y terminante, del autor de las *Vidas Ilustres*. Este aparece en el lienzo de Salinas, como un hombre en quien la preocupación del momento influye más que el atractivo de una mujer; siendo así que Antonio caminó á su ruina completamente dominado por su querida y como el ebrio que se precipita inconscientemente en el abismo, sin que la sonrisa desaparezca de sus labios.

Aparte estas disonancias históricas, la obra de Salinas tiene condiciones que la recomiendan y que explican suficientemente el éxito que ha obtenido en la última Exposición nacional.

LOS EMIGRADOS FRANCESES presentándose al gran Elector, cuadro de H. Vogel

El triste resultado que había dado en España la impolítica y antieconómica expulsión de los moriscos, no fué ejemplo bastante poderoso para disuadir á Luis XIV de la ruinosa idea de revocar el célebre Edicto de Nantes, merced al cual había Enrique IV ganado para Francia la simpatía y concurso de sus numerosos ciudadanos protestantes. En 1685 tuvo lugar el acto trascendental de la revocación, y aun cuando se tomaron tantas y tan arbitrarias medidas que no era posible ausentarse del reino sin incurrir en grave delito é inevitable ruina, ello es que la existencia en Francia de los reformados llegó á hacerse tan horrible, que muchos, muchísimos emigraron al extranjero, especialmente á Holanda, llevando consigo los secretos de la industria y los más adiestrados industriales. Los príncipes extranjeros comprendieron y explotaron el desacierto cometido por Luis XIV, y á medida que éste extremaba sus rigores, aquéllos acogían con mayor cordialidad á los emigrados.

Una de estas recepciones se halla representada en el cuadro de Vogel, que además de recordar un hecho histórico de grande importancia, demuestra el talento con que ha estudiado el asunto y los grandes recursos artísticos de que dispone para ejecutar obras de tan singular aliento.

SUPLEMENTO ARTISTICO

LA MISA MAYOR, cuadro de J. Benlliure

Los horizontes históricos de Benlliure son de los más dilatados y varios que se conocen en el arte moderno; su talento y su ejecución se adaptan á todos los géneros, y unas veces, en alas de la inspiración, se remonta á los espacios imaginarios, y otras veces, descendiendo vertiginosamente á la tierra, pide á la realidad de la vida asuntos en que demostrar la ductilidad de su genio.

Al examinar su cuadro: *La visión del Coloseo*, cualquiera diría que la imaginación de este pintor necesita inspirarse en las narraciones fantásticas de un mundo inmaterial poblado de espíritus, que sólo han visto los ascetas á la luz del misticismo y los artistas á la luz de la poesía. Y sin embargo, cata ahí que Benlliure en sus peregrinaciones, asiste á la fiesta religiosa de un lugar, y las impresiones que en él produce el espectáculo le proporcionan asuntos para dos cuadros tan terrenos como el *Panegírico del Santo* y la *Misa Mayor*. ¿Caben manifestaciones más opuestas del genio de un mismo hombre?

A pesar de ello, en todas esas composiciones se echa de ver la factura de su autor; si en la una domina la vaguedad del contorno y en las otras, por el contrario, la ejecución resulta neta, precisa, destacada, la diferencia es hija de la diversidad del asunto. Pero á través de las formas indefinidas de los mártires del romano circo, se echa de ver al dibujante perito, al compositor diestro, al maestro en realismo de buen género, cuando este realismo se impone, como sucede en la *Misa Mayor* y en el *Panegírico del Santo*.

LAS DOS Y UNA NOCHES

NOCHE TERCERA Y ÚLTIMA

I

El libro del compatriota del actual Virrey de la India era bueno sin duda, pero mi sueño era aún mejor y cuando llegó la hora de meterme en el caik llevaba muchas horas de acudir á todas mis fuerzas para mantener despejados los párpados.

Al entrar en mi cuarto para coger cigarros, la vista de la cama me había producido tentaciones casi invencibles de arrojarme en ella y echar al diablo las recomendaciones del doctor Higgins. El amor propio, más que la esperanza y aun el deseo de curarme, creo yo que fué lo que me resolvió á seguir luchando con mi enemigo.

—Hasta hoy,—dije á Mustafá,—tus cuentecillos han contribuído poderosamente á mantenerme despierto: espero que esta noche harás prodigios de habilidad para que tantos esfuerzos no se malogren y esterilicen.

—Agradezco el elogio, pero siento que me lo hagas.

—¿Por qué?

—Porque los elogios suelen ser peligrosos, y si son adelantados, peor que peor.

—A fe, á fe que no comprendo lo que quieres significar.

—Respóndate por mí lo que pasó una vez á Nasredin Effendi con su mujer y su borriquillo.

II

—«En una expedición que hizo mi maestro acompañado de aquellos dos seres, únicos compañeros de su vida, les convidó á descansar y á gozar de su apacible sombra y frescura un hermoso bosque de corpulentas encinas cargadas de grandes y, á juzgar por la madurez que indicaba su cáscara, sobrosísimas bellotas.

—Buena ocasión,—dijo la mujer al marido,—para que nos proveamos de alimento bueno y barato, y quizá para todo el año, cargando á esta bestezuela con cuantas bellotas pueda llevar encima.

Encontró el Jodya razonable la idea de su mujer y subiendo por el tronco de un robusto alcornoque despojó algunas ramas; pero luego pensó que puesto de pie sobre la albarda de su borrico conseguiría igual resultado á menos costa, y lo hizo como lo pensó.

Según iba cogiendo bellotas, satisfecho de la pacífica quietud de su compañero de viaje, decía el Jodya á su mujer:

—No querrás creerlo, pero por todo el oro del mundo no daría yo este borrico. No se concibe animal mejor que él. Es un modelo de laboriosidad y mansedumbre; su honestidad y buena crianza son proverbiales en Arnaut-Kei, y en Constantinopla maravillaban á todos los cocheros y aguadores; come de todo y con cualquier cosa está satisfecho su estómago y alegre su humor. Pues ¿y en cuanto á la obediencia? Eso es lo que hay que ver. Apenas murmuro yo casi entredientes un *hum, hum*, ya está echando á correr el animalito.

Oir esto el asno y echar á correr sin aguardar más razones, fué todo uno. El Jodya quedó agarrado á la rama de un árbol, pataleando y con la cara toda arañada.

Su mujer se disponía á castigar al burro; pero Nasredin, bajándose del alcornoque come Alah le dió á entender, la dijo con su afabilidad de costumbre:

—No le pegues: el animal ha probado la verdad de mis palabras, pero no hay que elogiar á las gentes, y menos á los asnos, en presencia suya.

III

—Ese cuento,—dije á Mustafá,—tiene más filosofía de lo que tú supones y podría darte asunto para muchos é importantes comentarios. Pero no quiero contravenir al prudente consejo del Jodya, no sea que si te alabo mucho este cuento me refieras acto continuo alguna sandez. Cuéntame algo más del asno si es que lo sabes.

—Del asno y de lo que pasó con él en vida y aun en muerte, podría yo contarte tantas y tales cosas que así habías tú de pensar en dormir como yo en dejar que te duermas esta noche.

Y al decir esto me pegó un pellizco en un brazo que me hizo ver las estrellas aunque la noche estaba algo os-

cura y nublada, al mismo tiempo que con la otra mano cogía agua del Bósforo y me la arrojaba á los ojos y á los labios produciéndome con su sabor, algo salado, la impresión más desagradable.

Como el irreverente pellizco y las inesperadas abluciones nacieron de que Mustafá me había visto quedarme casi tendido en el caik y esquivar su mirada, comprendí que su intención no era otra que la de mantenerme en vela, le perdoné lo que me había hecho y hasta se lo agradecí.

III

—Un día,—dijo Mustafá,—sustituyendo la acción con la palabra y convencido de que yo le escuchaba atentamente, un vecino del Jodya, que no era por cierto el judío del caldero, pero sí un griego trapalón y desalmado como casi todos los anidados en Turquía, le pidió su famoso borriquillo para un viaje á Terapia que pensaba hacer.

Nasredin, que quería á su asno como á las niñas de sus ojos, le contestó mintiendo contra su costumbre (y haciendo bien, porque trataba con un griego) que en aquel momento no lo tenía en casa; pero el burro, que estaba en la cuadra y que no se había enterado de la conversación, comenzó á rebuznar cuando apenas había concluído de hablar el amo.

—Vuestro burro os desmiente,—le dijo el vecino pálido de ira,—y asegura con su propia voz que está en vuestra casa.

—¡Cómo!—dijo el Jodya.—¿Os atrevéis á desmentirme? ¡Dais más crédito á un burro que á mí! Idos enhoramala, y si queréis ir á Terapia en burro, id á pie y conseguiréis vuestro objeto.

—Ese cuento, amigo Mustafá, tiene en España su similar ó equivalente. Allí se trata de un soldado que pide alojamiento para él y para su caballo, y como la patrona le responda que en aquella casa no hay cuadra y se oiga al propio tiempo rebuznar á un burro que tiene en ella, contesta á las observaciones del soldado que el que rebuzna no es burro sino su marido que sabe rebuznar á las mil maravillas, aunque siempre fuera de tiempo.

Dolióse Mustafá de que su cuento no me pareciese nuevo del todo y me preguntó:

—¿Qué hace en España un hombre cuando le roban un queso?

—Quedarse sin él.

—Y la justicia, ¿consigue descubrir al ladrón?

—Se dan casos, pero pocos.

—Pues al Jodya le robaron un queso que acababan de regalarle, y sin que la justicia le ayudara descubrió en el mismo día quién había sido el ladrón.

—Cuéntame eso, hombre, que debe ser curioso, y no lo sabemos por España.

Mustafá muy satisfecho y envanecido, se expresó así.

IV

—El queso era magnífico, grande y redondo: no tenía más falta que la de estar muy salado, y apenas había comido el Jodya de él un par de rebanadas, desapareció de la despensa sin que su mujer pudiera averiguar ni aun sospechar quién había sido el ladrón.

—No te apures, tonta,—dijo el Jodya después de haber cavilado un poco; y dirigiéndose á la única fuente que entonces había en Arnaut-Kei, sentóse cerca de ella, algo resguardado por unos árboles, y con la calma que le era peculiar comenzó á pasar entre sus dedos las cuentas de su rosario.

Su mujer que le había seguido, curiosa é interesada en su determinación, al verlo allí tan quietecito le preguntó enfadada:

—¿Y es aquí donde vas á encontrar al ladrón?

—Aquí es,—respondió Nasredin;—el queso estaba muy salado; el que coma de él tendrá que experimentar gran sed forzosamente; acudirá á esta fuente por la sencilla razón de que no hay otra; beberá mucho y con mucha ansia y prisa y con su propia boca confesará su latrocinio.

—Buen cuento es ese,—dije yo á Mustafá que me pagó cariñosamente el elogio con un segundo pellizco más fuerte que el primero y con un abundante rocíon de agua preguntándome de paso con la mayor naturalidad:

—¿No hay en tu tierra quien robe gansos?

—Vaya, si hay,—le contesté.—Hay hasta gansos que roban. Allí hay de todo.

—Pero ya me has dicho,—repuso Mustafá,—que faltan Nasredines que descubran á los que roban.

—Cuenta ese nuevo rasgo de ingenio de tu compatriota, que aunque parece que estoy dormido, así como hay quien duerme con los ojos abiertos, yo velo con los ojos entornados.

V

—«A un pobre hombre que no poseía otro caudal que unos cuantos gansos, con cuya cría y venta se mantenía el infeliz, robáronle en cierta ocasión tres de los más hermosos de la manada.

Díjoselo al Jodya que cabalmente iba á echar una plática al pueblo en la principal mezquita del lugar.

Como su elocuencia era conocida y la festividad era grande, el concurso fué muy numeroso y puede decirse que fuera de la mezquita no quedó alma viviente en Arnaut-Kei. Hasta los que no profesaban la verdadera religión, acudieron allí, porque era tal la fuerza de expresión de mi maestro, que sin saber el turco se deducía por sus gestos, miradas y ademanes lo que quería decir.

El Jodya refirió desde el púlpito el hecho, lo pintó con los más tristes colores y afeó duramente la conducta del delincuente.

Y acabó diciendo: No es lo más extraño que un pillo robe tres gansos á un hombre de bien: lo sorprendente, lo asombroso, lo inaudito es que el criminal venga á la iglesia, se mezcle con los otros fieles dándose aires de hombre religioso...¡cuando aun trae en la cabeza plumas de los gansos que ha robado!

El ladrón, que efectivamente estaba allí, no pudo contener un movimiento instintivo, y al llevarse la mano á la cabeza, señaló al culpable en sí mismo.

—No te negaré, compadre Mustafá, que esa historia sea originaria de Turquía, pero también se cuenta en España la de un predicador que, censurando la mala vida de una mujer de su parroquia, afirmó que no quería nombrarla, pero que si desde el púlpito arrojase su pañuelo, este caería sobre la cabeza de la delincuente. Con lo cual más de veinte mujeres bajaron la cabeza llenas de miedo, y más de veinte maridos apenas la pudieron levantar á causa de la pesadumbre.

—Todo lo que yo te llevo referido en estas tres noches es sucedido y verdad, y que en España ó en otra parte del mundo sucedan cosas semejantes nada tiene de extraño. Lo que voy á narrarte ahora puede sucederle á cualquier hombre, y aunque te haga reir á costa de mi maestro, no debe, por consiguiente, presentarlo á tus ojos, sino como sujeto á los errores á todos comunes.

VI

Una noche tenían desvelado al Jodya sus muchos y graves pensamientos. Se echó de la cama al suelo, abrió la ventana y se puso á admirar los esplendores de la celeste bóveda al par que aspiraba con delicia el fresco aroma de las flores de su huertecillo.

De pronto lanzó un grito al descubrir, en la parte más oscura y entre dos árboles, un hombre con los brazos extendidos y que era indudablemente un ladrón, quién sabe si un asesino que venía á quitarles la vida.

Cogió el Jodya su arco y disparó una flecha que se clavó en el pecho de su enemigo, después de lo cual se acostó tranquilamente, porque el varón justo está obligado á perdonar las injurias pero antes debe, por cuantos medios tenga á su alcance, evitar que se le hagan.

Apenas amaneció bajó mi maestro al huerto para ver al hombre que creía haber matado y con la noble idea de darle piadosa sepultura. ¡Figúrate cuál no sería su sorpresa al encontrar clavada la flecha en la delantera de una de sus camisas que su mujer había puesto á secar la tarde anterior tendida entre dos ramas!

La mujer que, como siempre, le iba á los alcances, lloró, bufó y pateó al mismo tiempo que el Jodya caía de rodillas y golpeando el suelo con la frente exclamaba:

—¡Dios de bondad y de misericordia! ¡cuánto os debo! ¿Qué sería, sin vuestra piedad, de mi pobre existencia? Porque si yo llego á tener puesta esa camisa cuando disparé la flecha, ahora estaría muerto sin remedio.

VII

No pude menos de decir á Mustafá que el rasgo de Nasredin era más propio de un bobo que de un hombre sensato y de claro entendimiento; pero Mustafa me contestó muy alborotado que el Jodya era ante todo hombre creyente y agradecido á las bondades de Alah y que el ser que rige el Universo había hecho cosas más difíciles que ser un hombre herido por su propia mano y dentro de su propia camisa.

A esto nada tuve que replicar.

—Y para que veas,—prosiguió Mustafá,—que en ciertas ocasiones puede un hombre superior como mi maestro hasta renunciar á seguir los preceptos que al parecer la piedad aconseja, voy á contarte lo que le sucedió en otra ocasión.

Cansado y no harto de trabajar en pro del bien de sus semejantes, disponíase una noche á acostarse el Jodya, cuando sintió que llamaban con violencia á su puerta.

—¿Quién es?—preguntó.

—Bajad,—le dijeron desde la calle con voz lastimera.

El Jodya, mal humorado, porque tenía casi tanto sueño como tú, descendió su escalera para saber lo que le querían.

Un mendigo que había abajo le dijo: *¡Padaka isterin!* (dame una limosna).

El Jodya le invitó afablemente á subir y cuando los dos estaban en lo más alto de la casa, dijo al pobre: *¡Alah virsin!* (Alah te provea ó te socorra).

El pobre, enfurecido, le dijo entonces:—¿Y por qué me habéis hecho subir?

El Jodya le contestó gravemente:

—Por la misma razón que tú me has hecho bajar.

VIII

El cañonazo del Serrallo Viejo respondió como un eco á las últimas palabras de Mustafá. Yo lancé un grito de júbilo. Empezaba á amanecer y ya llevaba tres días justos y cabales de no haber dormido. Dí á Mustafá la cantidad prometida, gratifiqué á los remeros del caik y aguardé con impaciencia que llegase la hora oportuna para ver al doctor Higgins y preguntarle qué debía hacer después de ejecutada con tanta exactitud la primera de sus prescripciones.

Almorcé al medio día, tomé pasaje en uno de los infinitos vaporcillos que van y vienen constantemente desde el puente de Gálata hasta las últimas residencias de verano de ambas orillas del Bósforo, y cerrando los ojos que tantas veces me había embelesado la vista de aquella incomparable serie de panoramas, caí en profundo sopor y cuando al fin desperté me encontré con que el cobrador del barco me presentaba una cuenta de tres ó cuatro libras turcas por un viaje que de ordinario sólo cuesta unos cincuenta céntimos de nuestra moneda.

No pude menos de extrañar el abuso de confianza que quería cometerse conmigo; pero el cobrador me dijo que yo había hecho más de cien viajes porque me había pasado en aquel camarote y durmiendo, sin que ningún esfuerzo humano consiguiera despertarme, tres días seguidos.

IX

Francamente, me faltó valor para presentarme al doctor Higgins.

Y gracias sin duda á eso, continúo en perfecto estado de salud para cuanto mis amables lectores y lectoras gusten mandarme, que como no se dice en Turquía, pero sí en mi tierra, lo haré con sumo gusto y fina voluntad.

Carlos Coello

GENIALIDADES.

Si para muestra basta un botón, como se dice vulgarmente, un rasgo basta para pintar un carácter. Mandar al sol detenerse en su carrera para acabar una batalla es un rasgo que pinta al caudillo de Israel. Cortar con la espada el famoso nudo gordiano, que nadie podía desatar, es otro rasgo que pinta á Alejandro. Quemar las naves para no poder retirarse sin hacer la conquista de un poderoso imperio es otro rasgo que pinta á Hernán Cortés. Arrojar las muletas del paralítico y erguirse sano y bueno al ser elegido papa es otro rasgo que pinta á Sixto V.

El rasgo que tomamos de las crónicas del tiempo es también una genialidad gráfica, un rasgo que da un carácter completo.

No tiene nada de sublime, ni de bello ni de grande; pero da toda una fisonomía moral.

Igualmente pudiera decirse inmoral.

II

Un hombre se moría.

Pero no quería morirse y hacía pinitos como los niños, es decir, caía y se levantaba para volver á caer, en lucha entre la vida y la muerte.

No se moría de viejo, aunque no era mozo ni mucho menos; se moría simplemente de achacoso, impregnado, pasado hasta los huesos de *non sanctas* reliquias, que algunos llamaban vicios, aunque en voz baja por respeto, ó por temor, mejor dicho.

Porque no era tampoco un hombre el moribundo; era un rey, dicho sea con el respeto ó temor debidos.

Era un rey el que se moría, que también se mueren los reyes como los súbditos, los ricos como los pobres, los grandes como los pequeños.

Es la única condición que nos hace iguales á todos ante la ley natural.

Todos hemos de nacer para vivir, y nacemos llorando; y hemos de morir todos, llorando también, después de haber vivido (menos los que nacen muertos, por supuesto, y los que mueren riendo).

Es un sarcasmo, pero hay casos; y un absurdo, pero existe el absurdo.

III

Erase un rey que se moría.

El augusto enfermo tiene un nombre célebre en la historia de Inglaterra; pero lo dejamos para lo último, pues de mentarlo ahora aquí faltaría el interés del cuento y aun el mismo cuento, que dicho se está, no es sino historia, aunque inverosímil.

Sin embargo, bosquejaremos el carácter con cuatro rasgos para poner al lector en aptitud de conocer al sujeto.

Mató ó mandó matar, que es todavía más cómodo, durante su reinado:

Dos reinas, que fueron esposas suyas.
Dos cardenales del sacro colegio romano.
Tres arzobispos de su reino.
Diez y ocho obispos.
Trece abades.
Setenta y cuatro canónigos.
Quinientos frailes.
Cincuenta doctores de teología y de derecho.
Cuarenta magnates ó dignatarios de su corona.
Trescientos nobles de menor cuantía.
Cien damas de alta condición.
Doscientos hombres de clase media.

¡Lástima que no se hubiera averiguado asimismo el número de miserables que mató ó mandó matar, aunque acaso no fueron muchos relativamente no ofreciendo á su codicia el tentador estímulo de la confiscación.



EL VENCIDO DE HOY, estatua de A. Querol (calificación honorífica en la Academia de S. Fernando)



LA MISA MAYOR, copia de un cuad



DRO DE J. BENLLIURE, GRABADO POR M. WEBER

Y acaso fueron innumerables, teniendo en cuenta otro estímulo no menos tentador y cruel: la sugestión de los odios religiosos en recia pugna á la sazón en Inglaterra.

¡Y no quería morirse él después de haber hecho morir á tanta gente!

Sin embargo, se moría.

Y aunque tal era la opinión común y acaso el común deseo, pues sobre aquellos crímenes, le acusaban los católicos de haber arrojado á los profundos infiernos millones de almas, arrancadas al gremio de la Iglesia romana, nadie se atrevía á decirlo en público por no hacerse reos de lesa majestad.

IV

Sólo el duque de Norfolk hubo de expresar su leal opinión en este sentido, bien que no la expresara en público tampoco, sino en el seno de la amistad, entre algunos palaciegos.

Y este fué el mal; valiérale más haberla publicado por calles y plazas entre el sencillo vulgo, porque los palaciegos dieron á sus palabras un alcance ó intención que tal vez no tuvieran.

¿Qué hay de malo en creer que un enfermo se va á morir?

Los palaciegos hallaron en esta creencia cierta fruición, que revelaba el deseo de que se muriera el rey, y no faltó quien insinuara á su oído el delito de lesa majestad.

– ¿Qué tiempo hace? – preguntó una mañana el augusto enfermo al desleal palaciego.

– Muy bueno, señor, si así os place, – contestó el adulador.

Y sin embargo llovía, como dijo el otro; esto es, la bruma del Támesis y los vapores desprendidos de las nubes envolvían como un triste y sucio sudario el inmenso cadáver de Londres.

– ¡Muy bueno! – exclamó el rey con despecho. – ¿Y para qué hace buen tiempo, si, mal que me pese, no he de gozarlo yo?

– ¿Y por qué no, señor?

– ¿No ves que me estoy muriendo?



RETRATO DEL HIJO DEL PINTOR ENRIQUE SERRA, escultura de A. Querol

– No lo veo yo así.

– ¿Así no lo ves tú?

– De ninguna manera.

– ¡Ah leal y afecto vasallo! Yo premiaré tu lealtad y amor.

– ¡Gracias, señor; tanta bondad!...

—¿Y qué se dice de mí en Londres hoy?

—Lo que siempre: que sois el mejor de los reyes.

—Y de mi salud ¿qué se dice?

—Que sois inmortal como los dioses.

—¡Ah! – exclamó el rey moviendo la cabeza.

—Sólo uno, uno solo de vuestros súbditos opina lo contrario, suponiendo que ha llegado vuestra última hora.

—¿Es posible?

—Posible es, señor; pero es una excepción.

—Y ¿quién es ese enemigo mío?

—Un allegado vuestro, una criatura de vuestras poderosas manos, un título de la nobleza de vuestro reino, un...

—El nombre de ese reo de lesa majestad, interrumpió el rey con impaciencia.

—El duque de Norfolk.

—¡Ah! ¡El había de ser!

—El es, señor.

—Pues viviré, – dijo el rey tomando aliento de su enojo y procurando incorporarse en el lecho, aunque inútilmente;—viviré mal que le pese, á lo menos lo bastante, si no soy inmortal, para verlo morir á él desesperado. Díselo así al duque, con quien tengo antigua cuenta pendiente. Pero no le digas nada: lo mejor es obrar secretamente y por sorpresa para que no se ponga á buen recaudo y defraude mi venganza. Trasmite tú mismo mis órdenes reservadas para que lo lleven á la torre y lo dejen allí olvidado á pan y agua, ó á agua sin pan, ó sin pan ni agua, ni aire, ni luz hasta que se muera. ¿Entiendes?

—Entendido.

—Mi real gusto y soberana voluntad es que no me vea morir, es que muera antes que yo, ya que no soy inmortal.

—¿Y si no muriera tan pronto como fuera de vuestro real gusto y soberana voluntad?

INTERIOR DEL ESTUDIO QUE POSEE EN ROMA EL ESCULTOR AGUSTÍN QUEROL

—Entonces... entonces le daremos hierro.
El palaciego se inclinó profundamente y salió de la real cámara con sus órdenes reservadas.
En su virtud quedó muy luego encerrado á pan y agua en la famosa torre ó prisión de estado el duque de Norfolk.

V

El rey se moría sin embargo, haciendo bueno, á su pesar, el dicho del duque, y mala por consiguiente la justicia real, que por lo regular no tenía forma de proceso, ó era una forma amoldada á su justicia.
Todos pensaban ya en la muerte próxima del rey, desmintiendo al palaciego adulador, que lo suponía inmortal, haciéndose intérprete de la pública opinión. Pero con tan ejemplar castigo ¿quién había de atreverse á decirlo?
Otro personaje hubo, sin embargo, con el valor necesario para cometer el mismo crimen de alta traición, y no así como quiera, sino frente á frente del mismo interesado.
Verdad es que á tanto se arriesgaba, porque contaba de antemano, si no con la indulgencia, á lo menos con la impunidad.
Era el médico de cabecera.
No podía ser otro el héroe de esta acción, en cierto modo heroica y hasta épica.
Podía ser también un loco. ¿A qué no se atreve un loco con su inconsciente valor?
Pero aquí no hubiera habido ya mérito; el mérito estaba de parte del cuerdo y sensato doctor.
—Señor,—le dijo después de tomarle el pulso y verle la lengua y palparle el vientre,—los reyes como los mendigos son mortales, salvo el respeto debido.
El rey se incorporó súbitamente por una impulsión nerviosa y miró al doctor con extraviados ojos, y en ojos y en labios con expresión de escándalo, como quien oyera una calumnia, una blasfemia, la blasfemia y calumnia, ó á lo menos la indignidad, opuesta á toda razón de estado y á todo sentimiento de decoro, de que los reyes mueren como los mendigos.
Pero no pudo expresar su enojo con el mismo impulso, pues no pudiendo sostenerse incorporado, cayó muy luego en la cama, impotente y pesado ya como un cadáver.
Sólo le fué dado repetir, y esto con voz desmayada, las mismas palabras del doctor:
—¡Los reyes, como los mendigos son mortales!
—Salvo el respeto debido,—repitió á su vez el doctor, que notó el efecto producido por lo que suponía cosa sabida y no una misteriosa revelación.
—¿Qué quieres decir?—balbuceó luego el rey.
—Quiero decir, señor,—contestó el médico,—que si los reyes no son inmortales, alguna vez ha de llegarles su hora, y en esta hora suprema es obligación del médico advertirlo para que el rey que va á morir se ponga bien con su conciencia.
—¿Bien con mi conciencia?
—Bien con Dios.
—Pero, necio, ¿qué es la conciencia y quién es Dios?
El doctor se encogió de hombros.
Medió una pausa de silencio.
El rey lo rompió al fin diciendo con despecho:
—¡Con que tan malo estoy!
—Tan malo estáis, señor,—contestó el médico.—Pésame haber de decíroslo; pero tengo que cumplir este deber, mayormente, cuando nadie de palacio ha querido tomarlo á su cargo.
—Todos han sido más afectos.
—Más afectos no; más tímidos.
—Eso es ser más afectos en este caso.
Después de otra pausa, añadió el rey:
—¿Es decir que voy á morir?
El doctor bajó la vista y guardó silencio.
—Pero ¿estoy en peligro inminente?—volvió á preguntar el rey.
—Señor, es una crueldad entrar en tales pormenores: básteos saber que no hay remedio para vuestro mal en la ciencia humana.
—Entonces no me muero de mío, sino por culpa, por ignorancia de los que os llamáis sabios. Sois unos asnos.
El médico guardó silencio.
—Pero ¿viviré siquiera lo que resta de día?
—Puede ser.
—Entonces tengo aún tiempo para dictar algunas disposiciones, arreglar mi conciencia y ponerme bien con Dios,—repuso el rey en tono sarcástico y con sonrisa impía.
—En buen hora, señor.
—A ver, que entre Denny sin demora.
El doctor salió á la antecámara y muy luego volvió con el ministro.

VI

Y he aquí pintada de un rasgo la fisonomía moral de este rey:
—Señor,—dijo tímidamente Denny al entrar.
—Sir Denny,—dijo el rey con espantosa fruición,—extiende inmediatamente la orden de ejecución del duque de Norfolk y tráemela á la firma sin demora, si no tienes valor para firmarla tú
El ministro se quedó como clavado en su sitio, inmóvil, helado de horror.
—Sin demora,—repitió el rey;—que estoy en peligro de muerte y juré que no había de verme morir.
—Pero, señor,—balbuceó sir Denny.
—¡Obedeced!
El ministro hizo un grande esfuerzo y pudo arrancarse de allí, huyendo como impulsado por su mismo horror.
El doctor lo tranquilizó cambiando con él una expresiva mirada.
Sin embargo, era preciso obedecer, aunque no se cumpliera la sangrienta orden, supuesto el próximo fin del rey, y el ministro la extendió en toda regla y la trajo á la firma del rey para que muriera en paz.
El rey moribundo y todo, la firmó.
Pasadas algunas horas y por tanto más cerca aún del sepulcro, reconoció á su ministro entre los que rodeaban su lecho y le preguntó con cierto interés y solicitud:
—¡El duque! ¿Y el duque?
—Ejecutado,—contestó el ministro cortando por lo sano para hacerle callar y siempre con el noble fin de salvar la vida de Norfolk.
El rey soltó una carcajada nerviosa y se durmió tranquilamente.
Luego se despertó con el estertor de la agonía.
El médico le cogió una mano y el arzobispo de Cantorbery la otra.
Media hora pasó.
—¡Señor!—gritó el prelado al oído del rey,—apretadme la mano en señal de contrición para que Dios os abra las puertas del cielo. ¡Cómo me la aprieta! ¡Muere como un justo!
—Mentira,—dijo para sí el médico abandonando el pulso.—Hace más de cinco minutos que está muerto.
Pero ¿quién era este rey de mil diablos que mataba sin piedad y moría como un justo, aunque sin apretar mucho ni poco la mano del arzobispo de Cantorbery en señal de contrición?
Dicho se está: era Enrique VIII de Inglaterra.

Cecilio Navarro

VIAJAR POR TELÉGRAFO

«El rail y la locomotora,—decía Stephenson, el constructor del primer ferrocarril,—son dos partes de una misma máquina.» Y decía bien, porque indicaba con esto que la vía ha de ser completamente adecuada al vehículo que por ella discurra. De aquí resulta la cuestión de si las actuales vías férreas, perfectamente apropiadas para los ferrocarriles á vapor, serán las más á propósito para los ferrocarriles eléctricos que cada día funcionan con más éxito, gracias á los trabajos de Siemens.
Hasta ahora, sin embargo, no se ha sacado del empleo de la electricidad, como fuerza de tracción, todo el inmenso partido que puede sacarse, porque toda la aplicación que se ha hecho ha sido adaptar, en vez de la locomotora, un motor eléctrico á la antigua vía y al material ordinario de ferrocarriles; todo se ha reducido á un cambio de motor, y la cuestión en este caso queda reducida á si, en su aspecto económico, una fuerza es preferible á la otra, pues para la materialidad los efectos de la tracción son próximamente iguales.
Pero no debe estimarse que la ventaja de los ferrocarriles eléctricos estribe sólo en la economía de la tracción con respecto al empleo del vapor; la gran ventaja está en otro punto, que guarda relación con la frase antes citada del famoso Stephenson.

***

En efecto: á motores nuevos vías nuevas.
Con el vapor se puede producir trabajo mecánico en gran cantidad, y la manera más económica y útil de emplearlo es aplicar gran cantidad sobre una locomotora única remolcando un tren pesado; y no hacer obrar un motor sobre cada carruaje; es decir, emplear muchos motores pequeños.
Pero para conseguir aquel efecto, es necesario una vía permanente, de gran solidez y muy costosa. Por esta vía circulan de tiempo en tiempo los trenes con una gran complicación de vagones enganchados unos á otros tras la veloz locomotora. Pero ningún medio mecánico permite distribuir á distancia la fuerza producida por una máquina fija y utilizar esa fuerza en la progresión de los trenes.
La electricidad es la que puede realizar esta trasformación, y en esto estriba la gran ventaja del nuevo motor y la gran mudanza que en la disposición de las vías y de los vehículos se ha de originar. Con la locomoción eléctrica, el movimiento de los vehículos se puede producir automáticamente y sin necesidad de un complicado mecanismo, y el mecánico ó conductor consiguiente en cada uno, con todos sus accesorios de fogones, depósitos de agua y carbón, generador del vapor, etc.
Estos efectos se pueden conseguir, á distancia y con la rapidez del pensamiento, por medio de relés y electroimanes y se puede asimismo enviar por la misma vía, á voluntad, un centenar de vehículos independientes unos de otros.
En una palabra, la corriente eléctrica, empleada del modo expuesto, permite la subdivisión de las masas que se hayan de trasportar, repartiendo la carga entre muchos vehículos ligeros, que podrán marchar uno casi detrás de otro de una manera continua ó poco menos, en lugar de acumular las cargas sobre trenes pesados y separados unos de otros por grandes intervalos de tiempo como, sucede en los trenes actuales movidos á vapor.

***

Este nuevo procedimiento para los trasportes no es una pura concepción teórica, sino que es un sistema ya puesto en práctica, según los detalles teóricos de los señores Fleming-Jenkin, Ayrton y Perry. Y como es lógico, al cambiar tan radicalmente el sistema de motores, han cambiado también la disposición de la vía. La subdivisión de la carga permite emplear una vía muy ligera, sobre la cual pueden rodar muchos trenes pequeños, gobernados automáticamente é independientes los unos de los otros. Dicha vía está formada por cuerdas metálicas suspendidas á bastante altura y aisladas sobre los pilares que las sostienen.
La trasformación en el servicio de la locomoción cuando la tracción eléctrica se generalice, será, pues, muy grande, como lo fué la que produjo el vapor cuando se utilizó por vez primera desterrando todos los antiguos vehículos.
La tracción eléctrica suprime los grandes trenes, pero en cambio los viajeros perezosos no se quedarán sin tren, porque por cada vía estará saliendo á cada momento tren nuevo formado por un solo vagón, que marchará constantemente por cuerdas metálicas colgantes, con velocidad muy superior á la de los trenes á vapor, pudiéndose parar en un instante preciso y andar de nuevo según convenga. Las vías aéreas tendrán la ventaja, además, de suprimir cierta clase de accidentes, comunes en las vías ordinarias, y con un poco de cuidado se podrán evitar los inconvenientes ó contratiempos que pueden ocurrir con el nuevo sistema de locomoción.
Esto sí que se aproxima ya en todos sus aspectos á viajar por telégrafo, no sólo por la velocidad que se obtiene, sino por la forma de la vía. Se expedirán trenes por las vías eléctricas colgantes, como ahora se expiden telegramas.

***

Fundándose en el mismo hecho de la tracción eléctrica, pero variando las disposiciones de la vía y del vehículo, se ha puesto en práctica en Inglaterra otro sistema para trenes pequeños destinados exclusivamente al trasporte de cartas y paquetes postales.
La vía para estos verdaderos trenes correos está dispuesta de modo que un rail está apoyado en el suelo como de ordinario y el otro está en alto, paralelo al primero y situado en el mismo plano vertical. El tren rueda sobre el rail inferior, mientras que el superior sirve de conductor de la corriente eléctrica y además da gran estabilidad al tren, porque en los techos de los vagones van acopladas, de dos en dos, poleas de fricción que se apoyan lateralmente contra el rail superior.
Este tren postal marcha con una velocidad de 240 kilómetros por hora, que es cuatro veces mayor que la velocidad media de los exprés de Inglaterra y de los Estados Unidos.

***

Pero el vapor se defiende.
Al lado de estos progresos, realizados por medio de la tracción eléctrica, el vapor también extrema sus servicios. Una nueva aplicación se ha hecho de este agente á la locomoción, construyendo un carruaje movible á vapor y capaz de servir en las carreteras ordinarias sin vía férrea de ninguna clase.
El nuevo vehículo, construído por los señores Dion, Bouton y Trepardoux, puede moverse inmediatamente hacia atrás y hacia adelante y ser detenido instantáneamente. Funciona sin apariencia de vapor, porque es fumívoro y hace muy poco ruido al marchar; puede girar sobre una circunferencia de 2,50 metros de radio. El generador del vapor está dispuesto de modo que se consiga el mayor resultado que puede obtenerse en la calefacción, y efectivamente está montado de modo que un kilo de cok basta para vaporizar nueve kilos de agua.
Este vehículo está destinado á prestar gran servicio en los puntos situados fuera de las vías férreas, en el acarreo, en las explotaciones agrícolas, etc.
Otra defensa del vapor, que no deja de ser curiosa, es producir electricidad y aliarse con ella, para conseguir el alumbrado de los vagones de los trenes. La manera de realizarlo es la siguiente:
En el furgón de cola de un tren ordinario de los que actualmente se usan, se coloca una máquina magnetoeléctrica, de las que sirven en el día para producir la corriente que alimenta las lámparas eléctricas de toda clase. Pero esta máquina magneto-eléctrica recibe un movimiento, no por motores particulares y con un gasto de fuerza especial, sino de uno de los ejes del mismo furgón arrastrado por la locomotora; de suerte que es el mismo tren, al andar, el motor de la máquina magneto-eléctrica. Esta, al funcionar, producirá corriente, que pasando por alambres á lámparas eléctricas por incandescencia, situadas en todos los departamentos de los vagones que forman el tren, servirán perfectamente para el alumbrado de éste. Así el vapor produce el arrastre del tren, y éste, al andar, la luz en todos sus departamentos, dándose el caso curiosísimo de que la intensidad de la luz sea la propia medida de la velocidad de la marcha.

Pero para que con este sistema de alumbrado, recientemente propuesto y ensayado por Tommasi, el tren no quede á oscuras en las paradas, lleva además depósitos de gas ó de petróleo, y una lámpara de esta clase al lado de las eléctricas; un conmutador automático intercalado en circuito hace que, cuando la marcha del tren va menguando y la intensidad de la corriente eléctrica baja, las llaves de las lámparas ordinarias se van abriendo, adquiriendo estas la intensidad que las eléctricas van perdiendo, sucediendo lo contrario cuando el tren marcha con toda rapidez; de forma, que la luz no falta nunca.

DOCTOR HISPANUS

CARGA DE CORACEROS, cuadro de Marcelino de Unceta, *presentado en la Exposición Nacional de Bellas Artes de* 1887

NOTICIAS VARIAS

LOS PROGRESOS DE LA TELEGRAFÍA ELÉCTRICA. – El 27 de julio último se dió en Londres un suntuoso banquete de 250 cubiertos para celebrar el quincuagésimo aniversario del primer experimento de telegrafía eléctrica ejecutado por MM. Cooke y Wheastone en la primera estación del ferrocarril de Birmingham. El ministro de comunicaciones que presidía el acto enseñó un fragmento de madero triangular que había reunido las dos estaciones á tres kilómetros de distancia y en el cual se habían fijado cinco hilos de cobre. Los inventores obtuvieron el éxito de sus experimentos sirviéndose de cinco hilos de cobre y otras tantas agujas imantadas. La celeridad de trasmisión era de unas cinco palabras por minuto; mientras hoy es de unas quinientas con el trasmisor automático; basta un solo alambre para reunir las dos estaciones y este hilo único sirve no sólo para trasmitir una corriente, sino hasta seis simultáneamente. En vez de dos estaciones situadas á 3,000 metros una de otra, los extremos de la red universal distan entre sí 30,000 kilómetros. ¡Qué progreso en medio siglo! ¡Y qué admirable simplificación! Sólo en Inglaterra el número de despachos trasmitidos no baja de un millón por semana.

VÍA FÉRREA ASOMBROSA.—El consejo de gobierno del imperio ruso examina actualmente un proyecto grandioso. Trátase de ejecutar incesantemente, ó á lo menos emprender con aliento colosal la construcción de una línea férrea que, partiendo de San Petersbusgo vaya á terminar al mismo Pekín, y aun más allá, si es posible, á Shanghai.

La línea proyectada tendría una importancia estratégica de primer orden y haría refluir á la Siberia, al Ural y á toda la Rusia europea la gran corriente comercial que se estanca hacia el Pacífico. La Siberia tiene enormes ríos, navegables todos y surcados ya por una verdadera flotilla de vapores. Entre estos grandes ríos, abiertos á la navegación, se trata de establecer los primeros ramales de esta asombrosa vía férrea.

LA INSTRUCCIÓN PÚBLICA EN LA CHINA.—El emperador del celeste Imperio acaba de sancionar un decreto propuesto por su ministro de Estado, que equivale á una verdadera revolución pedagógica en aquel vasto dominio. Los aspirantes al bachillerato que se examinen en las capitales de provincia podrán hacerlo así en ciencias físicas y matemáticas como en textos clásicos. La misma facultad se da á todos los bachilleres que quieran pasar á Pekín á sufrir los exámenes de un grado superior. Estos nuevos grados darán en la jerarquía administrativa las mismas prerrogativas que los grados antiguos. Difícil sería calcular la extensión de los cambios que esta innovación ha de producir en la política del imperio cuyo nombre ha sido siempre el símbolo de la inmovilidad.

EL RUIDO DEL AGUA.—En algunos puntos de las costas de Sumatra y de las Molucas, reconocen de noche los pescadores la profundidad del mar y la constitución del fondo por el ruido que hace el agua batiendo los bancos de coral. A 20 pies y menos y toda proporción guardada, en la crepitación de la sal que se arrojara sobre ascuas; á 50 pies la palpitación de un reloj, más ó menos rápida, según que el fondo sea exclusivamente de coral, de coral y de limo ó de coral y arena. Si el fondo es sólo de arena, el sonido es claro; si es de limo el sonido es sordo y parecido al rumor de un enjambre de abejas. En las noches oscuras se guían los pescadores por estos ruidos ó murmurios para elegir los lugares de pesca. Para oirlos mejor, se aplican al oído la punta de un remo, cuya pala esté sumergida en el agua.

LOS CENTENARIOS. – *La Asociación británica para el progreso de las ciencias* tiene la loable costumbre de nom-



MARCO ANTONIO Y CLEOPATRA, cuadro de Juan Pablo Salinas

Presentado en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1887



LOS EMIGRADOS FRANCESES PRESENTÁNDOSE AL GRAN ELECTOR, cuadro de Hugo Vogel

brar comisiones que subsisten muchos años para estudiar algunos puntos particulares, interesantes para la ciencia. Una de las últimas nombradas es la de *Investigaciones colectivas.* Esta comisión se ha ocupado en la investigación de los centenarios, ha dirigido multitud de requerimientos, solicitudes y preguntas y reunido 52 observaciones de centenarios, á once de las cuales acompañan piezas de comprobación. El de más edad tiene 108 años.

El profesor Humphry acaba de reunir los datos suministrados por estos 52 individuos en un suplemento del *Bristish Medical Journal.* La *Revista de antropología* resume también este interesante trabajo, dando el siguiente resultado: 16 de estos centenarios son varones, 2 de ellos célibes, y 36 hembras inclusas 10 solteras. La edad media de los primeros en la época de su casamiento era de 31 años, y de 25 la de las segundas. La duración, por término medio, del casamiento de los hombres ha sido de 54 años y el de las mujeres de 33. (Dejamos sacar las deducciones.) El término medio de los hijos de estos matrimonios fué de 6: solamente dos no tuvieron prole.

De 49 examinados bajo este punto de vista, 3 han sido ricos, 28 acomodados solamente y 18 pobres. Como antecedentes de salud, uno fué epiléptico, de 17 á 70 años, y otro quedó paralítico á los 90.

La estatura media de los hombres fué 1 m. 74 y su peso 138 libras; la estatura de las mujeres no pasó de 1 m 60 ni su peso de 129; 22 oían bien y 34 veían mejor. De 35, 24 llevaban anteojos, y 4 de las 7 restantes no podían ya probablemente leer. De 46, 29 tenían una inteligencia ordinaria, 5 mucha debilidad intelectual y 11 extraordinaria inteligencia.

La memoria de acontecimientos recientes era buena en 26, mala en 6 y mediana en 7. Uno de ellos puede repetir correctamente cien salmos.

De 45, 3 hombres y 4 mujeres fuman con exceso. Su pulso medio es de 75 y su respiración de 24 por minuto. De 42, 24 no tienen ya dientes; 37 reunidos suman 144 dientes, 63 en la mandíbula superior (19 incisivos, 8 caninos y 36 molares) y 8 en la mandíbula inferior (23 incisivos, 13 caninos y 45 molares)

Sería curioso tener en España y en los demás países de Europa una estadística análoga.

NUEVA LUZ PARA FOTOGRAFÍAS INSTANTÁNEAS.—El profesor C. W. Vogel acaba de comunicar á la sociedad de física de Berlín un nuevo descubrimiento que permite obtener fotografías instantáneas en los sitios más oscuros. Los inventores Goedlicke y Miethe preparan una mezcla de magnesio pulverizado, clorato de potasa y sulfuro de antimonio, que inflamada, produce una especie de relámpago tan luminoso é intenso que permite obtener una fotografía instantánea. El relámpago apenas dura $^1/_{40}$ de segundo; pero se ha puesto en evidencia la eficacia del experimento en la misma sesión fotografiando á las personas presentes. Estos polvos preparados son poco ó nada costosos, y á no dudar, vendrán á ser muy en breve de un empleo general.

FÍSICA SIN APARATOS

EL PRINCIPIO DE LA INERCIA.—Defínese la *inercia* de la materia en los tratados de física y mecánica diciendo que un cuerpo en reposo no puede por sí mismo ponerse en movimiento, y que un cuerpo en movimiento no puede tampoco modificar por sí mismo el mismo movimiento de que está animado.

En virtud de este principio de la inercia el polvo de nuestras ropas es expulsado de ellas, cuando se sacuden, tendiendo al reposo cada una de sus partículas. Hemos citado numerosos experimentos sobre el principio de la inercia, y vamos á mencionar otro, que nos ha indicado M. H. Gilly, licenciado en ciencias.

Póngase sobre el índice de la mano izquierda en dirección vertical una tarjeta de visita, y sobre la tarjeta una moneda de plata de cinco pesetas y proponeos sacar la carta sin tocar á la moneda. Para esto, no hay más que dar con un dedo de la mano derecha un capirotazo á la tarjeta, que se desliza y va lejos dejando inmóvil la moneda en el índice.

Preciso es, para que salga bien la prueba, dar el golpe limpio, súbito y bien horizontal en el corte ó canto de la tarjeta, como lo indica la figura.

Nuestro corresponsal nos ha escrito que en noviembre último, dió en Nimes una conferencia sobre la *Física puesta al alcance de todos,* y se expresa en los términos siguientes, que reproducimos, no por los elogios que contienen, sino en razón de que prueban una vez más la utilidad de nuestra Física sin aparatos.

«Creo, dice muy graciosamente M. Gilly, creo estar en el deber de dar participación á quien de derecho toca el éxito de mi conferencia. Efectivamente, en los diferentes números de *La Naturaleza* he encontrado la descripción de la mayor parte de los experimentos que he podido realizar. La suerte que ha indicado V. últimamente, ó sea la *trasformación de un vaso de tinta en un vaso de agua,* ejecutada con algunas otras al principio de la sesión, para establecer bien ante los espectadores la diferencia que existe entre la prestidigitación y la física propiamente dicha, los hubo de dejar verdaderamente estupefactos.

En el curso de mi conferencia los experimentos que más efecto produjeron en el público, son: la moneda atravesada por una aguja; el sello de cera imprimiéndose en plomo frío (hice circular por la concurrencia dos sobres sellados, uno con el plomo y otro con el sello, y no se notó diferencia); el mango de escoba roto sobre dos vasos (1) la garrafa levantada con una paja; la ebullición del agua en un recipiente de papel, etc.

Otro experimento que sorprendió á los espectadores por su misma sencillez fué el lápiz en equilibrio por su punta sobre el dedo.»

Estos experimentos no son solamente de mero recreo ó pasatiempo, sino de grande instrucción también, pudiendo servir de verdaderas demostraciones para la enseñanza. Esto nos empeña á recomendar á nuestros lectores que nos señalen los que conozcan y nosotros hayamos podido olvidar en nuestra serie.



Experiencia sobre el principio de la inercia

(1) El experimento del mango de escoba roto sobre dos vasos, se hizo últimamente en el Nuevo Circo de París en estas otras condiciones. Poníase el mango de escoba apoyado por sus extremos en las narices de dos *clowns*, que lo sostenían así en equilibrio horizontalmente, no sin grandes y numerosas contorsiones. Otro *clown* rompía el mango por en medio, de un golpe rudo dado con un palo. Las narices que servían de apoyo al mango no sufrían más daño que los vasos.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

AÑO VI — BARCELONA 26 DE SETIEMBRE DE 1887 — NUM. 300

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

ENCUENTRO EN LA PRADERA
cuadro de A. Saster

Bonito paisaje, animado por unos cuantos animales perfectamente estudiados. Tratándose de protagonistas irracionales, el título del cuadro resultaría algo atrevido, si la habilidad del artista no hubiese suplido las dificultades de expresión de su propia idea. Gracias á esa habilidad, el encuentro del asno con la vaca y la ternera parece propiamente una cita concertada entre amigos.

EL P. JUAN DE MARIANA
estatua de Eugenio Duque

Nació el famoso autor de la *Historia general de España* en Talavera, allá por el año 1536. Ingresó muy joven en la Compañía de Jesús; fué profesor, al poco tiempo, en el Gran Colegio de Jesuítas de Roma, en otro de Sicilia y en la Universidad de París, y murió en 1623.—¿Y nada más?...—preguntará el profano. – Nada más, bajo el punto de vista biográfico. ¿Cómo se explica, entonces, que su patria le haya erigido, con aplauso de propios y extraños, un monumento en su población natal, cuyo remate es la bella estatua que reproducimos en el presente número? Muy sencillo.

Mariana fué algo más que un historiador grandilocuente, un prosista castellano tan castizo como elegante, un teólogo insigne, un filósofo profundo y hasta un economista superior á su tiempo. Su verdadera fisonomía, su mérito singular, su verdadera altura, digámoslo así, los constituyen el hecho, singularmente demostrado en sus obras, de ser quizás el único religioso español que, en los agitados tiempos de la Reforma, quiso destruir á ésta por medio de la razón, cuando todos, en España y fuera de ella, querían aniquilarla por medio de la tea inquisitorial y la segur del verdugo. Mariana empleó en el siglo XVI los medios que reprodujo el insigne Balmes en el XIX. La ventaja en favor del jesuíta es de fecha y da carácter especial de la respectiva época. En nuestros tiempos se discute; en aquéllos se decía:—¡Cree ó muere!...—El P. Juan de Mariana continuó creyendo y discutiendo, sin arredrarse ante la sentencia del Parlamento de París que mandó quemar, por mano del ejecutor de la justicia, su libro *El Rey y la institución real.*

No son muchos, por desgracia, los españoles que conocen la importancia bajo muchos conceptos merecida por Mariana. El insigne don Francisco Pí y Margall la evidenció en el *Discurso preliminar* que precede á las obras del famoso jesuíta publicadas en la nunca bastante ponderada *Biblioteca de autores españoles*. Cuando el autor de la primera *Historia general de España* no tuviera otro título á la gratitud de los pueblos, habría de merecérselo el hecho, repetido en todas sus obras, de que, en tiempo de intransigencia y de fuerza, invocara los fueros de la razón, de la tolerancia y de la caridad.

AVES DE AMOR, cuadro de H. Lengo

Al título de este cuadro ha añadido su autor el de *Flores y Espinas*. Ambos á dos le son aplicables: en la alternativa, nos quedamos con el primero.

Lengo simboliza el espíritu de la Hermana de la Caridad en la paloma que viene á posarse en su seno. La paloma, según los naturalistas, carece de hiel en el corazón. A la Hermana de la Caridad sucede lo propio. He aquí la perfecta analogía de una y otra ave de amor. Lo de las flores y las espinas no deja de ser cierto, pero es menos inteligible.

Dado este poético concepto, hay que convenir en que el artista le ha dado una forma bellísima. El semblante de esa mujer es un modelo de amor inmaterial, de dulzura celeste, de esa bondad infinita, cuyos frutos de bendición nos permiten formar una idea de lo que puede ser la caridad divina.

Lengo es un pintor sin escuela precedente y sin pretensiones á crearla. Sus cuadros no se parecen á ningún otro cuadro. Ama á las flores y á las aves, y las emplea para simbolizar algo sublime ó algo epigramático; pero siempre algo bello. En ciertas ocasiones se pasa de idealista. A nosotros nos place que así sea. El arte ha de reproducir la tierra con el pensamiento fijo en el cielo.

DOÑA INÉS DE CASTRO, cuadro de M. Cubells

Cuando el infante D. Pedro de Portugal, hijo del rey D. Alfonso IV, hubo enviudado de su esposa doña Constanza (1345), casó secretamente con Inés de Castro, dama de aquélla, por quien há tiempo sentía una pasión violenta. No pasó tan secretamente el hecho que no trasluciera á la corte y al pueblo, que hicieron de Inés el blanco de sus odios, hasta el punto de suponer que trabajaba el ánimo de su esposo á fin de sustituir sus hijos á los hijos de la primera infanta, en la sucesión de la corona portuguesa. Por tales medios y otros no menos reprobables, consiguieron que Alfonso IV autorizara la muerte de su pobre nuera, asesinada villanamente en el pueblo de Montemor, ó Velho, por tres señores de la corte, llamados Pacheco, Coelho y González.

En 1356, el infante D. Pedro sucedía á su padre en el trono, y su primer cuidado fué vengar á su difunta esposa. Para ello dió horrible muerte á dos de sus asesinos, Coelho y González (Pacheco consiguió escapar disfrazado de mendigo), y no satisfecho con esas ejecuciones, mandó exhumar el cadáver de doña Inés y que colocado



ENCUENTRO EN LA PRADERA, cuadro de A. Saster

á su lado, en el trono, recibiera pleito homenaje de aquellos cortesanos que tanto la habían perseguido en vida.

Tal es el trágico asunto representado por Martínez Cubells en el cuadro que reproducimos y que ha valido á su autor una medalla de primera clase en la última Exposición nacional de Bellas Artes. La interpretación del hecho es realmente feliz, pues, aparte la bien entendida disposición de la escena, es notable la expresión de los personajes que en ella intervienen. D. Pedro I domina con su colérica mirada á los cortesanos; el infante D. Fernando no oculta el miedo que le inspira aquella extraña ceremonia; prelados y nobles son tipos de humillación y bajeza; al paso que las damas palatinas contemplan el cadáver de Inés con tanto terror como odio, mal resignadas con el desairado papel á que las obliga el vengativo encono del monarca. Lo único que tal vez pudiera tildarse en este lienzo es la figura, ó lo que sea, de doña Inés, que nos parece no corresponder á un cadáver que llevaba cinco años de enterramiento cuando tuvo lugar el intempestivo desagravio.

EL DOCTOR JUAREZ CELMAN
Presidente de la República Argentina

Nos complacemos en publicar hoy su retrato.

Es el más joven de los Presidentes de aquellas repúblicas á las que un día dimos la sangre, el idioma y hasta la tradición de nuestras glorias.

Diputado, Senador, Ministro, Gobernador de la importante provincia de Córdoba, el Doctor Juárez Celman—miembro de esta nueva generación que en América lleva en su frente luz de esperanza, y en su espíritu *sed de progreso*, como decía Pelletán—pudo presentarse candidato á la Presidencia de su patria *con un capital propio*, legitimando la justicia y pureza de sus ambiciones.

El voto espontáneo de la mayoría de sus compatriotas las colmó, elevándolo á la primera magistratura de una República que llama hoy la atención del mundo por lo asombroso de sus progresos, por la manera ordenada con que funcionan las instituciones, y por la tranquilidad con que se suceden los gobernantes, que hace ya muchos años suben al poder, no en nombre de la violencia ni al calor sangriento de las revoluciones, sino en nombre de la voluntad nacional, libremente manifestada en las urnas populares.

El Doctor Juárez Celman, – decía no há mucho el conocido orador señor Varela, en su discurso en el Ateneo de *San Baudilio*,— «por su patriotismo, por su inteligencia, por su probidad, por el acierto con que está gobernando, por la fe que tiene en la libertad y el progreso, y por el cosmopolitismo de su espíritu, *que ve hermanos en los hombres de todos los pueblos*, es muy digno de ser Presidente de una nación como la República Argentina.»

Hacemos nuestras esas palabras al publicar el retrato de tan simpático magistrado.

CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN
en Buenos Aires

El desarrollo é impulso que de pocos años á esta parte ha tenido la República Argentina en el importante ramo de la educación, revela no sólo los grandes elementos y recursos con que cuenta, sino también el interés con que sus gobernantes atienden este servicio.

La República Argentina es de las naciones que más gastan en instrucción pública, como lo prueba el siguiente estado comparativo, que nos suministra el censo escolar del Sr. Latzina.

PAISES	AÑO Á QUE SE REFIEREN LAS CIFRAS	PRESUPUESTO TOTAL DE GASTOS EN $ M/N.	PARTE DEL PRESUPUESTO DESTINADA Á INSTRUCCIÓN
Francia	1883	815,071,406	5, 4 °/o
Rusia	1883	622,804,338	3, 7 »
Alemania	1883 - 1884	539,659,730	5, 3 »
G. Bretaña é Irlanda	1882 – 1883	444,531,390	5, 1 »
Austria-Hungría	1883	416,634,996	2, 8 »
Italia	1883	312,773,714	3, 7 »
España	1882 - 1883	156,527,850	3, 3 »
Turquía	1880 - 1881	86,169,436	2, 2 »
Brasil	1880 – 1881	69,291,500	2, 2 »
Bélgica	1883	64,870,563	6, 7 »
Países Bajos	1882	55,244,743	8, 2 »
República Argentina	1884	34,053,484	9, 1 »
Rumanía	1883—1884	25 007,907	9, 3 »
Suecia	1883	22,443,500	12, 6 »
Dinamarca	1882 - 1883	14,997,896	3, 3 »
Grecia	1883	14,414,402	4, 4 »
Suiza	1883	9,734.800	17, 9 »
Servia	1883—1884	6,955,503	7, 8 »

Este cuadro demostrativo acusa un adelanto intelectual en el país, que en pocos años ha de colocarle al nivel de las naciones más adelantadas del viejo continente, siendo hoy una de las primeras de Sud-América.

La nación tiene un presupuesto crecidísimo para el sostenimiento de las escuelas y colegios nacionales, y para atender solamente á los gastos de las escuelas públicas de la capital tiene asignado el 40 °/o de la contribución directa según ley.

Las escuelas públicas de la capital ascienden hoy á 162, á cargo de 203 maestros y 394 maestras, que forman un total de 597.

El número de varones inscritos es de 11,282, el de niñas 12,738: total 24,020.

Asistencia media 19,533.

Los sueldos importan mensualmente 24,588 pesos m/n. Los alquileres de edificios 12,816,26 y los gastos 960,26. En junto, el gasto mensual es de 38,314,92, siendo por término medio el costo de cada maestro de 41 pesos oro y el de cada alumno por inscripción $ m/n. 1,62 y asistencia media 2,03.

Los edificios que por cuenta del Consejo de Educación se construyen en la actualidad en la capital, son moradas verdaderamente lujosas, levantadas para el gran fin á que se destinan, sin omitir nada absolutamente para demostrar al extranjero que las visite que Buenos Aires, cuando se trata de adelantos y de cuanto redunde en provecho de sus hijos y, en general, en beneficio de todos los ciudadanos, no escasea su valioso concurso.

Las nuevas escuelas edificadas reunen todas las condiciones requeridas; capacidad, tanto de las aulas como de los demás compartimientos; sencillez, higiene, aguas corrientes, alumbrado, en una palabra, edificios que si se comparan con las antiguas escuelas, pobres y mezquinas, no puede menos de sentirse un legítimo orgullo, por el cuadro halagador que bajo todos conceptos presenta la República Argentina en las grandes manifestaciones del progreso y en los torneos de la inteligencia.

UNA LECCIÓN DE MAGNETISMO
CUENTO CIENTÍFICO-FEMENINO

Conste, ante todo, para evitar juicios equivocados é interpretaciones falsas, que yo creo *á pies juntillas* en la *Ciencia*. No en la ciencia *filológica*, por supuesto, que me hace expresar mi credulidad absoluta con la frase *á pies juntillas;* frase sin sentido; concordancia vizcaína, expresión ilógica y uno de los cien mil absurdos lengüísticos que el uso autoriza y del que los sacerdotes académicos no protestan. Creo en la *ciencia* física, en la ciencia geológica, en la ciencia matemática, en la ciencia química; en una palabra, creo en todos los adelantos, problemas, axiomas, leyes, descubrimientos y reglas de las ciencias *exactas*, *físicas* y *naturales*.

A las ciencias *morales y políticas* no las tengo el mayor respeto, francamente. Los principios filosóficos que han sido verdades irrecusables en siglos pasados, son hoy estúpidas lucubraciones; las leyes morales, basadas en las costumbres, en el clima y en la idiosincrasia de los humanos, suelen ser sagradas en tal época ó tal pueblo, y ridículas ó inútiles por lo menos en otro tiempo y distinto país; y en cuanto á los principios políticos, *allá van leyes do quieren Reyes:* y todos son buenos en teoría, y casi todos detestables en la práctica.

En fin, yo respeto, yo creo y yo admiro *la Ciencia*, tal como entendemos hoy esta palabra en su sentido absoluto y sublime. Quédese, para espíritus sistemáticamente retrógrados, la rebelión á todos los hechos científico-maravillosos, y la credulidad para todos los milagros del dogma; quédese para inteligencias tímidas negar la pluralidad de los mundos de Flammarión y creer en la detención del sol por Josué; tachar de impía la doctrina Darwiniana porque hace hablar á los monos y tener por sublime el libro que hace hablar á la burra de Balaán; como si de burros á monos hubiera tanta diferencia, y como si pudiera alardear de sublime, excelso é infalible el pobre animal-humano que creyó primero en Manú y adoró la cebolla; tembló después ante Júpiter y los Centauros; se arrodilló luego ante *Visnú y los elefantes blancos*, y hoy cree como yo, *á pies juntillas* también, en Santo Toribio de Mogrovejo, San Juan ante-portamlatinam, el cuervo de San Pablo y el cochino de San Antón.

Vuelva á quedar sentado que yo creo y respeto la *Ciencia:* pero como la Ciencia es una palabra muy lata, conviene precisar á cuál, en las infinitas ciencias que la Ciencia abarca, dedico mi especial simpatía y mi más ferviente admiración. Esta ciencia es la *Medicina*, y los progresos físico-psíquico químico-fisiológicos que á ella se refieren son los que más avasallan mi espíritu y más entretienen las cuatro ó cinco horas diarias que en todo tiempo y sazón, y desde mis más tiernos años, dedico á la lectura. No digo esto por parecer sabio ¡líbreme Dios! sino por hacer constar lo que yo habré leído. Por desgracia, mi detestable memoria confunde fechas, autores, libros, materias y principios, y toda mi inutilísima erudición sólo me ha servido para no poder leer una línea del Misal romano sin cristal de aumento, y para renunciar con profunda pena á la lectura de *todos* los periódicos políticos españoles. La misma *Correspondencia de España*, el periódico más español y más sublime de la edad moderna, es para mí, desde hace muchos años, incomparable é ilegible. ¡Si seré desgraciado!

La simpatía, el respeto, el cariño que la Medicina me inspira tiene un origen legítimo y personal, que no quiero ocultar á mis lectores. Mi abuelo, el padre del célebre Fígaro, era médico, y médico notable. Sirvió en el ejército de Napoleón I como *físico* (que así se llamaban entonces), fué después médico de Cámara del Infante don Francisco de Paula en España; perteneció luego como médico de número al Hospital General de Madrid (que así se llamaba también en aquella época) y á él se deben varias obras de importancia, entre las que figuran la primera traducción de la *Toxicología de Orfila*, su amigo y compañero.

Mi padre, el célebre don Mariano José de Larra, se matriculó algunos años en la facultad de Medicina, y si hubiera adquirido su borla de doctor, quizá no hubiese alcanzado la corona inmarcesible de su celebridad, pero es indudable que hubiera vivido muchos años en la quietud serena de las profesiones científicas.

Desde muy joven trabé amistad con el célebre y malogrado doctor D. Mariano Benavente y en sus brazos nacieron mis tres hijos, y á él debí la vida no pocas veces en mi juventud y mi edad madura. Su amistad me hizo agradable su profesión y díme á leer cuantos libros de medicina cayeron en mis manos, sin el menor provecho, como es natural, para mi saber ni para mi salud.

Tengo un hijo político notable doctor en Medicina, y entre mis mejores amigos figuran Tolosa Latour y Gustavo Saenz Díez, médico el primero del Hospital del Niño Jesús y célebre especialista aunque muy joven aún, y notable médico y químico el segundo. Con todos estos antecedentes y consecuencias, figúrense Vds. si seré yo *aficionado* y si estaré *inficionado* en la Medicina.

No contento con tragarme (perdóneseme el verbo) la Medicina legal, la Toxicología y el Ensayo sobre la razón y la locura, de Mata; la Patología médica de Jaccoud; la Terapéutica y materia médica de Trousseau y Pidoux, etc., sugirióme el diablo la idea de viajar por los espacios imaginarios de la ciencia, en compañía de Mesmer y de sus varillas, del Marqués de Puysegur, de Foillac, de Berna, del abate Faria, de Alejandro Bertrand, del general Noizet y de tantos otros que creían y hasta explotaban los fenómenos debidos al sonambulismo y al magnetismo animal.

Hoy, que ya se sabe todo lo que hay que saber, *por ahora*, respecto á estos fenómenos; hoy, que gracias á James Braid, inventor, ó mejor dicho, descubridor del *hipnotismo*, se sabe que no existe ningún fluido magnético, ninguna fuerza misteriosa emanada del hipnotizador; hoy, que el americano Grimes ha propagado esta doctrina llamándola *electro-tiología*, y el doctor Dods ha aplicado el nuevo método *psicólogo-eléctrico* para producir la insensibilidad en las operaciones quirúrgicas; hoy, que el doctor Bernheim, con su obra: *La sugestión y sus aplicaciones terapéuticas*, ha puesto al alcance de todos lo que hay de cierto en el *hipnotismo*, y lo que había de falso en el *magnetismo* propiamente dicho, mi cuento no tiene razón de ser. Pero como mi cuento pasa en los años de 1850 al 60, no puede menos de resentirse del atraso de aquella época en punto á fenómenos hipnóticos y sugestivos.

Ello es que en uno de los cafés más concurridos de Madrid, nos reuníamos, después de comer, varios amigos, para saborear con gestos de perpetuo desagrado las achicorias amargas que con el nombre de café suelen servir en aquellos antros de la pereza madrileña. Cinco ó seis éramos los abonados, y de entre ellos el más asiduo un médico entrado en años, más feo que Picio, más calvo que San Pedro y más alto y delgado que D. Quijote de la Mancha; pero chancero, decidor, y un si es no es aficionado á la caza de la más bella mitad del género humano, en todas sus diversas manifestaciones de categoría ó de fortuna.

Metía por aquella época el Magnetismo el mismo ruido que metió años después el Espiritismo, y que hoy acompaña al Hipnotismo, como rodeará más tarde á otro cualquiera de esos acabados en *ismo*, que como piedras miliares señalan las distancias en el camino de la ciencia.

Discutíamos una noche los susodichos contertulios sobre los fenómenos de moda; se comentaban los hechos experimentales de que teníamos noticia; sentían nuestros dedos la necesidad de dar *pases* á todos los amigos y conocidos; y el que más y el que menos se creía poseedor de un fluido magnético capaz de hacer dormir al león del Retiro. El doctor se sonreía maliciosamente y nos dejaba disparatar sin tomar parte en la discusión. Convínose, por último, en que la *mujer* era un gran sujeto sonambúlico superior al hombre, y en que no había nada más fácil que hacerla caer en la somnolencia científica.

– Y V. ¿qué opina? – preguntamos todos á nuestro contertulio que, en vez de morderse las uñas como algunos sabios, mascaba con fruición la punta roma de un cigarro habano.

– ¿Yo? No opino nada en materia tan controvertible; pero voy á relatarles á Vds. un caso práctico, en que he sido el operador y el héroe.

– Oigamos, oigamos, – le dijimos todos, apretándonos al rededor de la mesa para escuchar mejor su relato.

– Procuren Vds. no interrumpirme, escuchen con atención y saquen después las consecuencias que gusten.

Yo visito de tarde en tarde, entre mis clientes aristocráticos, á una simpática y desocupada Marquesita, que padece de una *neuralgia*, que llamaríamos jaqueca á ser ella tendera de comestibles. Hace varias noches recibí un recado urgente para ir á visitarla, y acudí presuroso, no tanto por creer de gravedad su dolencia, como porque no hay nada más agradable para un médico inteligente que el caso clínico de una enferma nerviosa, joven, bella, distinguida y caprichosa. De seguro, mientras yo atravesaba las calles de Madrid, ella debía hacer el monólogo siguiente:

– ¿Tendré hoy la jaqueca ó un ataque de nervios? Eso es cuenta del médico. Yo podría aliviarme, como tantas cursis, con el agua de azahar ó el hierro Bravais. Pero prefiero una buena crisis, que me sacuda en grande. Mi doctor es un hombre tan buscado, por las señoras sobre todo, que quizá no venga esta noche. ¡No me inspira gran confianza! ¡Tiene más fama de Tenorio que de Galeno! ¡Y cuidado si es feo! pero en fin, le observaré despacio, y si no me cura me entretendrá al menos. ¡Y yo estoy mala! ¡muy mala! ¡Es preciso que yo sepa lo que tengo! Me parece que no estoy bastante pálida...

Y todo esto lo diría mirándose al espejo, dándose polvos, llevándose las manos á la cabeza, más para arreglarse el cabello que para oprimir sus sienes. Creo que con esta pintura, ya estarán Vds. enterados del sujeto.

Llegué, entré, y previos los saludos de costumbre y un «gracias á Dios» de esos que llegan al alma, tomé asiento al lado de mi enferma. El monólogo se convirtió en diálogo del modo siguiente:

– ¿Con que no se siente V. bien? ¡Qué lástima! Este verano todas las mujeres bonitas están enfermas. ¿Y qué es lo que V. tiene?

– ¿Lo que tengo? pues hijo, para saberlo le he hecho á usted venir. ¿Qué sé yo? ¡es muy difícil de explicar!... ¡no sé!... en fin, á V. le toca averiguarlo.

– Soy médico, señora, pero no brujo. Es preciso guiarme... responderme al menos. Vamos á ver. ¿Qué la duele á V.? ¿la cabeza? ¿el estómago? ¿la garganta?

– ¿No recuerda V. aquel célebre médico que al acercarse á un enfermo le decía: «¿Qué te pasa? ¿á ver? ¡si tienes calentura no me lo niegues!»

– ¡No tanto, señora, no tanto! – contesté, sonriéndome de mala gana.

– ¡Lo que tengo! ¿Cree V. que yo apunto en mi cartera los dolores que siento? ¡Tengo otras cosas más importantes que hacer! Sufro... padezco... no sé más.

– Perfectamente: ya me parece que voy viendo claro. Deme V. esa linda mano.

Pausa. Conste que la mano de mi enferma era hermosísima.

– Nada de disimulo, amigo mío; si estoy realmente enferma, dígamelo V. sin rodeos. Soy tan impresionable...

—Ya lo sé; por eso lo primero que hay que hacer es calmar esos nervios.

—¡Justo! ¡los nervios! De modo...

—Que es preciso seguir un tratamiento... Ir á unas aguas minerales.

—¿Cuáles?

—Las que V. quiera... es igual.

—¡Y yo que creía que mi médico era un hombre formal!

—Lo más formal del mundo, Marquesa. Yo la prescribo á V. las aguas, pero no la digo que las beba, lo cual es muy distinto. Yo quiero, en bien de su salud, que cambie V. el *medio ambiente* que la rodea. Viajar por allá... ó por acullá... ¿qué importa el sitio, si encuentra V. la distracción? Veamos: las aguas minerales le repugnan á usted; ¿prefiere usted los baños de mar? ¿Biarritz? ¿Dieppe?

—¡Eso es otra cosa! ¡Los baños de mar! ¿Pero usted quiere arruinarme?

—¿Yo?

—Para no hacer una figura ridícula en esos sitios es preciso cambiar tres veces por lo menos de traje al día, además de los de baile: sin contar con que yo detesto las fondas y tendré que alquilar un chalet. No creo que V. me recete ir á un poblacho de cualquier costa donde no haya más que pescadores.

—¡Oh! ¡ya no hay pescadores, Marquesa! El pescadose fabrica en todas partes.

—Sí, la piscicultura... estos sabios lo acaparan todo. Dentro de algunos años tendrán fama los salmones del Manzanares y las ostras del Jarama...

—¡Usted se burla de la ciencia, Marquesa, y sin embargo la consulta!

—Y hago mal sin duda, porque no sabe curarme.

—En fin, señora, si usted no quiere ni las aguas ni los baños de mar, tendremos que apelar á la farmacopea.

—¿Pero V. no puede curar á una mujer sin atracarla de drogas?

—Según sea la mujer, y según su enfermedad; ¿usted quiere que sea franco?

—No deseo otra cosa.

—Pues entonces escuche V. la verdad. Su dolencia es el fastidio, ¡un fastidio mortal! La mujer, por sana que esté, es siempre un niño; necesita juguetes... y á V., joven, viuda, bella, rica y desocupada, le hace falta uno. Ni más ni menos.



EL P. JUAN DE MARIANA, estatua de Eugenio Duque, erigida en Talavera de la Reina

—Entonces, ¿usted me aconseja...?

—Nada, señora; ¡Dios me libre!

—Pero es que yo no tengo apetito... que digiero mal lo que como... que no duermo.

—¡Malo! ¡malo!

—¿Qué me manda V.?

—Que tenga V. apetito, que digiera bien, y que duerma á pierna suelta.

—¡La receta es sencillísima! ¿Por qué no me receta usted algo en serio?

– En primer lugar porque los enfermos no siguen nunca las prescripciones del médico.

—Yo no seré de esos enfermos. Yo obedeceré á V. al pie de la letra.

—¡Ah! ¿usted insiste?

—En curarme. En acabar con este fastidio horrible que me devora. Créame V., amigo mío; mi corazón está completamente vacío, y quien quisiera ocuparle, no molestaría á nadie.

—(¿Qué es esto? – me dije yo á mí mismo.—¿Será que esta mujer me mire con buenos ojos? No estoy mal conservado... dicen que tengo gracia... etc., etc.)

—Sí, doctor mío, sí; – continuó la enferma. – La vida sería muy triste si no existiera la lectura... el sueño... la poesía... ¡Oh! ¡la poesía! ¡el ideal!... (Pausa.) ¿Usted se ha empeñado en morir soltero?

– Empeñado precisamente, no. Es más bien un sacrificio que hago en memoria de una mujer.

– ¡Ah! ¿de una mujer?... Cuénteme V., ¿no soy su verdadera amiga? – me dijo con voz conmovida, alargándome la mano. Yo se la cogí involuntariamente y la contesté:

– ¡De una mujer á quien amé, como ya no amaré nunca!

– ¿Qué sabe V.? – me dijo la marquesa, retirando su mano de la mía y paseándose por el tocador.

– (¡Demonio! ¡demonio!) – continué yo para mí, entre asombrado y satisfecho.

– ¿Con que V. sabe amar, y tanto? ¡Nunca lo hubiera creído!

– ¿Por qué, señora?

– Porque aunque su reputación de V. es tan grande en ese terreno como en el de la ciencia, creía yo que no se encuentran á menudo mujeres dignas de ser tan amadas.

– ¿Que no? ¡Ay, señora, abundan! ¡Las hay irresistibles! usted lo sabe mejor que nadie.

– ¿Yo? ¿Pertenezco acaso á ese número?

– ¡Es V. la más irresistible de todas!

– ¿De veras?

– Se lo juro con toda mi alma.

– Doctor, basta. Esta conversación nos llevaría demasiado lejos.

– ¡En sabiéndose detener á tiempo...!

—No, no, amigo mío, usted conoce á las mujeres. Su cabeza, su imaginación trabaja siempre: una nada las impresiona, las conmueve. La realidad no las satisface nunca; necesitan siempre perseguir un ideal.

– (¡Diantre! ¡seré yo el ideal!)

– ¡Si V. supiera lo nerviosa que estoy! Hay sin duda en el aire corrientes magnéticas, que después de haber agitado todos mis nervios, suben á mi cabeza y bajan á mi corazón... ¿Cree V. en el magnetismo, amigo mío?

– ¿En el magnetismo? ¡Sin duda! El magnetismo existe... y yo podría... – (Un pensamiento diabólico se apoderó de mí en aquel momento para saberlo todo.)—Tanto existe el magnetismo,—continué, – que los médicos nos servimos de él algunas veces y obtenemos, en general, curas maravillosas.

– ¿De veras?

– Por eso, en las circunstancias nerviosas en que V. se encuentra, haría usted una excelente sonámbula.

– ¿Yo? ¿me dormiría á pesar mío? ¿Y V. sabe magnetizar?

– Ya lo creo.

– Eso es muy curioso. Y dígame V., ¿puede eso hacer daño?

— De ningún modo. Cuando está hecha la digestión no hay ningún peligro en magnetizarse. Diré más, he calmado muy á menudo varias neurosis con la ayuda de pases magnéticos. Las jaquecas, sobre todo, no resisten.

– ¡Oh! pero ese *mundo desconocido* en el cual se precipita el magnetizado, es muy grave.

– ¿Por qué?

– Dicen que durante ese sueño ficticio, se habla... se dicen cosas que no podría uno decir despierto... que no es dueño el sonámbulo... ni de su cuerpo... ni de su corazón...

– Señora, no me haga usted la injuria de suponer que yo abusaría...

– Abusar de su poder no digo... pero usar... Quizá me haría V. preguntas á las que me vería obligada á contestar... y entonces...

– Un magnetizador honrado no hace preguntas indiscretas, Marquesa.

– ¿Palabra? —me dijo mi enferma, mirándome fijamente.

– De honor. ¿Quiere V. que la magnetice?

– ¿Cree V. que me curaría?

– Lo espero. Vamos: tenga V. valor y confianza.

– Sea. No es cosa larga, ¿verdad?

– Un minuto... dos... cinco lo más. Deme V. la mano y míreme V. fijamente.

Me senté enfrente de la Marquesa y coloqué mis manos sobre las suyas palma con palma. Nuestros pulgares se tocaban mucho y nuestras rodillas algo. La Marquesa exclamó al cabo de un momento:

– ¡Va V. á hacerme reir!... ¿ve V. qué dócil soy? Yo la hice algunos pases magnéticos y ella continuó:

– ¿Qué hace V.? ¡Es extraño!... ¡Oh!.. sí... siento una pesadez... un entorpecimiento general... mi vista se turba... no sé qué tengo... ¡Ah!... no veo... basta por Dios... ¡ah!...—Su cabeza cayó sobre un hombro y yo seguí magnetizándola, exclamando para mí:

– ¡Se ha dormido! ¡Diantre! es un magnífico sujeto magnetizable. Ahora, hay que hacerla hablar. Nuevos pases, aumento de fluido y primera pregunta, ya soy su amo. ¿Duermes?

– Sí... estoy perfectamente.

– ¿Quieres responder á mis preguntas?

– Pregunte V.

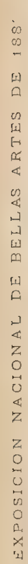
– ¿Qué sufre más en tí, la cabeza ó el corazón?

– El corazón.



AVES DE AMOR.-FLORES Y ESPINAS, cuadro de H. Lengo

Exposición Nacional de Bellas Artes de 1887


EXPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 188'

DOÑA INÉS DE CASTRO, cuadro de Martínez Cubells.–Medalla de primera clase

—¡Ya me lo figuraba yo!... ¿Qué experimenta tu corazón? ¿qué le falta?

—Una afección. (Esto dicho lentamente.)

—¿Acaso has elegido ya el hombre que puede inspirártela?

—Sí (en voz baja).

—¡Su nombre! ¡dime su nombre!

—¡Oh no, eso no! ¡no quiero, no quiero pronunciarle! (en voz más baja todavía).

—¡Lo quiero! ¡lo mando!—repetí los pases; arrojé sobre su frente más fluido y añadí:—su nombre... dime su nombre... ¿quién es?

—¡Usted!—dijo la Marquesa con voz casi ininteligible.

Oirla y levantarme de un salto de mi silla, fué obra de un momento.

—¡Será cierto!—dije sorprendido y halagado.—¡He inspirado á mi edad una pasión, capaz de hacer enfermar á una mujer como ésta! ¡Qué cuerpo! ¡qué cara! ¡es divina!—Arrojéme á sus pies sin poder contenerme y exclamé:

—¡Yo también te amo! mujer hechicera. Renace en mí el ardor de la juventud admirando las rosas de tu tez... el esmalte de tus dientes y la tersura de tu piel! ¡Sí, alma mía! Sí, querida...—como yo no sabía su nombre de pila, no pude acabar mi frase entusiasta, pero volvíme rápidamente á sentar en mi silla y exclamé:

—¡Dime tu nombre!... ¡tu nombre! ¡yo lo mando!

—¡Laura!... (pronunció su voz armoniosa.)

—Volví á caer de rodillas delante de ella y la dije:

—Sí, querida Laura, mi corazón late de amor por tí; ¡me siento rejuvenecer! creo que tengo 25 años... soy amado, me parece que el pelo vuelve á nacerme en la cabeza, como las ilusiones en mi corazón. . . . . . .

. . . .

Una carcajada estridente salió de aquella boca, y la Marquesa, de pie en medio de la habitación, decía...

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡ah! ¡Quieto! ¡quieto, doctor! ¡no cambie V. de postura! ¡está delicioso!

—¿Cómo? ¿qué quiere decir esto?—pregunté yo aturdido;—¿se está V. burlando de mí?

—Hace media hora... ¡ah! ¡ah! ¡ah! ¡ah! ¡es divino! ¡estos hombres de ciencia! ¡ah! ¡ah! ¡me río con toda mi alma! ¡qué cura tan maravillosa! ¡Nunca me he sentido mejor! ¡Convengamos en que el magnetismo es el método curativo más divertido del mundo!

—¿Cómo, Marquesa?

—Silencio, doctor; yo prometo no decir á nadie una palabra. Haga V. lo mismo, y convengamos en que nadie como V. cura las enfermedades nerviosas.

Saludé como pude... bajé la escalera de aquella casa casi de coronilla—desde la calle oía yo aún las carcajadas de la Marquesa...—he corrido como un loco, y aquí me tienen Vds. tomando café.

Esto es todo lo que puedo decir respecto al magnetismo. Ahora, ¡saquen Vds. si quieren la consecuencia!

Luis Mariano de Larra



DON MIGUEL JUÁREZ CELMAN
Presidente actual de la República Argentina

EL MISIONERO

I

En una noche tempestuosa del mes de marzo de 1798, una multitud inmensa se agolpaba á las puertas de la iglesia de la Compañía en Quito (Ecuador) y con curioso respeto contemplaba un sencillo catafalco, colocado en el centro de la nave principal.

Entre los concurrentes se encontraba un oficial muy joven, casi un niño, pues contaría á lo sumo diez y nueve años.

Era alto, delgado, de rubios cabellos y ojos azules.

Su mirada era dulce y reflejaba bondad y ternura.

Se adelantó hasta cerca del catafalco y fijándose en un sacerdote que oraba arrodillado, le preguntó en voz baja:

—Padre mío, ¿quién es el muerto?

—Un misionero: su pérdida nos ha causado profundo pesar: era un héroe, un santo, y ha sido un mártir.

—¿Cómo?

—Ha sucumbido víctima de su abnegación: los salvajes Jíbaros le han asesinado: parece que V. se interesa en la historia del padre Montalvo; venga V. más tarde á verme en la sacristía.

Luis Olmo, pues tal era su nombre, aguardó á la conclusión de la solemne ceremonia y se dirigió en busca del bondadoso jesuíta, quien en breves palabras le refirió la sencilla y conmovedora historia del misionero.

Manuel Montalvo estudiaba en España, su patria, cuando la muerte de sus padres le hizo heredero de una gran fortuna, que pensó en compartir con una joven á quien adoraba y de la cual era ya prometido esposo.

Concluyó su carrera, y soñando con porvenir de inalterable felicidad, fijó el día de su matrimonio.

Por aquel entonces se había declarado una epidemia y una de sus víctimas fué la joven que un día más tarde pensaba vestir el traje de desposada.

Los festines y las galas se trocaron en crespones de luto y en dolor profundo.

Montalvo, aterrado y loco de desesperación, renunció á toda felicidad y se consagró á Dios, haciendo donación de toda su fortuna para aliviar las miserias de la humanidad.

Ansioso de conquistar corazones, pidió se le destinase á América y fué enviado al Ecuador.



ESCUELA GRADUADA DE NIÑAS.—Buenos Aires
Edificio levantado en la calle Talcahuano por cuenta del Consejo Nacional de Educación

Cuando llegó á Quito, solicitó formar parte de las misiones en Maca, y en ellas hizo prodigios de bondad y de abnegación.

Entre los indios Jíbaros hubo muchos que se resistían á las exhortaciones del padre Montalvo, y sorprendido en uno de sus viajes, fué colgado de un árbol y muerto á flechazos.

Un compañero logró rescatar sus restos y darles cristiana sepultura.

Tal fué el relato del sacerdote que conmovido y triste escuchó Luis Olmo, tristeza que durante todo el día empañó su noble semblante.

Al salir de la catedral tropezó con un compañero suyo, joven calavera y descreído.

—Sales de las honras como un difunto, – le dijo; – ¿qué tienes?

Luis refirió á su amigo la historia de Montalvo.

—No sirves para militar, querido.

—¿Por qué?

—Eres demasiado impresionable.

—No sé: tal vez ha sido el sitio, ó la situación especial de mi espíritu, pero es verdad que siento una tristeza como si hubiera sufrido una desgracia.

II

Pocos días después, recibió Olmo una carta de España con sobre de luto.

Su mano temblorosa rompió el sobre y ¡oh dolor! su amante madre había sucumbido, víctima de una pulmonía.

Olmo la adoraba y su desesperación no tuvo límites.

En aquella época fué enviado con Gutiérrez al interior del Napo para someter á unas tribus de indios que se habían sublevado.

Olmo se batió con denuedo en el primer encuentro y siguió adelante.

—Caminamos á una muerte segura, querido Luis, – le dijo Gutiérrez.

—Antes que la vida es la honra.

—Sin embargo, será una muerte sin gloria.

—¡Quién sabe! ¿Vacilas?

—Sí; te lo confieso.

—Porque no tienes fe.

—La prudencia nos ordena retroceder ante ese número considerable de indios.

—Triunfaremos, no lo dudes: tengo convicción en ello.

Los dos jóvenes, heroicos y valientes, batieron á los indios y tomaron gran número de prisioneros.

—La fe nos ha salvado,—exclamó Olmo, satisfecho del resultado.

—La fuerza de nuestro brazo y nuestro valor.

—Eres ateo: no crees en nada, y sin embargo...

—Calla, Luis; el soldado vence por amor propio y por amor á la gloria: lo demás es disparate.

—Gutiérrez, basta ya; sin mi decisión no hubieras seguido adelante y nuestros soldados hubieran retrocedido.

—¿Me insultas? ¿me juzgas cobarde? me darás una satisfacción, – añadió Gutiérrez lanzando chispas por los ojos.

—La religión rechaza el duelo.

—Eres soldado.

—Antes soy cristiano y prudente.

Los jefes intervinieron y ambos oficiales regresaron vigilados á Quito.

La muerte de su madre había sumido á Olmo en tristeza profunda, y la vida militar menos que nunca estaba de acuerdo con su carácter.

A imitación de Montalvo, se consagró á la Iglesia, y, ya ordenado, partió para las misiones del Napo.

Durante muchos años habitó entre los Záparos y los Jíbaros, los primeros dóciles y dispuestos á escuchar á los misioneros, serviciales y favorables para los blancos, aun cuando en la guerra hacen alarde de valor é intrepidez: los segundos, por su temerario arrojo, por lo altivo de su carácter y por lo indomables y amantes de su libertad, podría llamárseles los *araucanos* del Ecuador.

Aun hoy sostienen entre ellos luchas continuas y ha sido inútil cuanto se ha hecho para conquistarlos.

Los españoles, al extender la conquista, los dominaron y vencieron, pero las numerosas tribus que componen la familia *jíbara* hicieron causa común y en un levantamiento general conquistaron su independencia.

El tipo de los *jíbaros* es simpático y casi bello.

Son generalmente de estatura mediana, ojos negros y pequeños, pero vivísimos y brillantes: de frente despejada, nariz aguileña y actitud altiva.

En la sublevación de 1599 tomaron gran número de mujeres españolas y cruzándose la raza, hoy se encuentran multitud de indios con tipo europeo.

Son astutos en alto grado, diestros y ágiles y tienen condiciones especiales características que son dignas de estudio.

Entre todas las tribus jíbaras y záparas conquistó Olmo amor y consideración por su mansedumbre evangélica y su generosa ayuda en las vicisitudes de los indios.

Su abnegación puesta á prueba causaba asombro, pues habiendo caído una india en el caudaloso Pastassa, se arrojó sin vacilar y estuvo próximo á perder la vida por salvarla.

El padre Olmo era considerado como una providencia.



ESCUELA GRADUADA DE NIÑAS. – BUENOS AIRES

edificio levantado en la calle Tacuarí, por cuenta del Consejo Nacional de Educación

III

Pasaron veintidós años. Las colonias americanas, que se creían bastante fuertes para ser libres y con derecho á emanciparse de la madre patria, enarbolaron el estandarte de la independencia: por todas partes pululaban patriotas y se presentaban caudillos, ansiosos de derramar su sangre en aras de ese principio que ha hecho surgir tantos héroes y ha dado tantos días de gloria como históricas páginas escritas con letras de oro.

La ciudad de Quito, la sultana de los *shiris*, está recostada en la falda oriental del Pichincha, entre jardines y frescos y verdes *potreros*.

Era la noche del 24 de mayo de 1822, célebre en los fastos de la historia por la batalla titulada del Pichincha, ganada por las tropas del general Sucre y fecunda en episodios de valor por ambos ejércitos.

En el campamento de los vencedores, envuelto en una *ruana* y tendido en el suelo de una casita sobre algunas mantas, estaba un joven con los ojos cerrados ya casi en la agonía. A su lado, y prestándole cuidados y consuelos, se encontraba un sacerdote.

Era el padre Olmo.

—Vamos, amigo mío, bebe: esto te reanimará.

—¿Para qué? conozco que ha llegado mi última hora, pero muero contento porque he dado mi vida por la patria.

—Todavía hay esperanza en Dios.

—No: mis horas están contadas.

Y el joven lanzó un grito: sus muchas heridas le causaban atroces dolores y no podía hacer ningún movimiento.

En el combate había recibido un balazo en el brazo derecho, lo que le obligó á tomar la espada con la mano izquierda: otro balazo le fracturó el hueso del antebrazo: la espada cayó al suelo.

Un sargento la recogió, se la colocó en la vaina á la cintura y le ligó el brazo colgándoselo al cuello (1).

El joven guerrero, con el estoico valor de un espartano, siguió á la cabeza de su compañía y arreciando el combate por la indomable resistencia de los españoles, al forzar su última posición en el cerro, recibió otro balazo en el muslo izquierdo, un poco más arriba de la rodilla, que le desastilló el hueso.

Aun el heroico joven cargó con su compañía en el momento decisivo de la batalla, haciendo un esfuerzo superior á su estado desfallecido, y al alcanzar la victoria recibió otro balazo en el muslo de la pierna derecha que le rompió completamente el hueso y lo hizo caer en tierra postrado y exánime.

Sus soldados lo condujeron al campamento, en donde lo hemos encontrado.

Este héroe era el teniente guayaquileño Abdón Calderón, á quien se le ascendió á capitán después de muerto.

Durante largo tiempo la 3.ª compañía del *Yaguachi* estuvo sin capitán, y al pasar la revista de comisario y nombrar á Calderón, contestaba la compañía:

«Murió gloriosamente en Pichincha, pero vive en nuestros corazones.»

IV

Tal era el heroico herido encomendado á los cuidados del padre Olmo.

—¡Oh, mi madre! pobre madre mía, —murmuró Calderón.

El misionero procuró endulzar los últimos instantes de aquel que era su amigo más querido, de aquel á quien admiraba en aquel momento por su serenidad en el combate y su temerario valor.

Toda la noche permaneció á su lado, apagando la sed devoradora que sentía.

—Sufro demasiado... quisiera morir, —balbuceaba.

Al amanecer lanzó un ¡ay! lastimero y expiró.

—¡Dios te bendiga! – dijo el misionero con la voz quebrantada por el llanto; – he tenido el triste consuelo de acompañarte en el postrer momento, amigo mío, has muerto víctima de la guerra; ¿hasta cuándo los hombres se destruirán unos á los otros y se exterminarán sin piedad?

Conmovido y triste, acompañó el cadáver hasta la última morada, y después continuó su vida de abnegación, de paz y caridad.

Aún se conserva en los campos del Ecuador el recuerdo del padre Olmo.

LA BARONESA DE WILSON

(1) Detalles históricos publicados por el coronel Manuel Antonio López.

LA PROVIDENCIA

POR DON JOSÉ DE SILES

Venía encorvada bajo el largo costal gris, bien repleto de ropa lavada, cuyas blancuras se delataban por la mal cerrada abertura del burdo lienzo. Dejóle caer al suelo, apenas estuvo delante de un zaquizamí, de bajo techo, embutido en un rincón del patio. Con mano experta, que no disimulaba afanosas emociones de cariño, apartó á un lado la destrenzada y polvorienta esterilla de junco, que, á manera de telón teatral, se descolgaba, sujeta de clavos, sobre la puerta. Este movimiento fué respondido por rebullicio y gritería de seres vivos.

Un perro salió enredado entre los pies de un niño. Uno y otro igualmente regocijados por la presencia de la lavandera, parecían disputarse el placer de los primeros saludos. El niño se abrazó á la ancha y maternal cintura de la mujer; el perro le puso las manos hasta muy cerca del seno. Risas y aullidos, palabras tiernas y caricias apretadas se mezclaron en aquel encuentro, que reunía en corto trecho un grupo interesantísimo de dos personas y una bestezuela, enlazadas por enérgicas corrientes de afecto.

—Ea, Toñete, ten juicio,—dijo la mujer al niño, que seguía agarrado á sus enaguas, sin permitirla dar un paso.

El perro había ya recorrido cien veces el patio, en galopes disparatados, agachadas las orejas, alto el hocico, tendido el rabo, con cuatro dedos fuera de la boca la roja cinta de su lengua.

—¿Qué traes?—preguntó el niño, más formalizado, á la mujer.

Esta, dejando revolotear en sus labios una sonrisa de satisfacción, desdobló un medio periódico, mostrando al rapaz, suspenso, jadeante y atentísimo, varias cosas de comer. Eran mendrugos de pan, salchichas, patatas como puños. Saltó de gozo el chico, paró en sus locas carreras el perro, y la mujer penetró en la cobacha con el plácidísimo contoneo de un general pasando bajo un arco de triunfo.

Apareció en seguida, escudada de una cazuela y armada de un cuchillo. Hizo una excursión por el patio, recogiendo aquí y allá palitos y pajas que el viento rociara, en sus caprichosas revueltas, por el suelo. Formó un haz,

se ocultó nuevamente en su mísera morada, y, á poco, por un tubo de leprosa chapa, que agujereaba el tejado, brotó leve, negruzca, intermitente humareda, que difundió por la atmósfera resinoso olor de madera quemada.

¡Empezaba á funcionar la cocina! Ya debía haberse colocado la cazuela sobre los dos calcinados peñascos que servían de hornilla. El aceite, que principiaba á calentarse, despedía las partículas de aguà con estrepitosos chasquidos. Retorcidas túrdigas de pellejo de patata eran lanzadas al patio, mientras que la carne dorada que envolvían se zambullía, cortada en rodajas, en el líquido hirviente. El niño y el perro danzaban á esta música, como caníbales que se preparan á un festín entre furiosas y gimnásticas cabriolas.

De pronto desaparecían las madejitas de humo y se oían angustiosos resoplidos de fuelle, exhalados por garganta humana. Durante esta faena lo demás quedaba interrumpido, juegos y fritanga, saltos y carcajadas. Una inmensa pena parecía desplomarse con sus negras alas abiertas, sobre el patio, oscureciendo y entristeciéndolo todo. Pero volvía á coronarse de vapor la chimenea, y renacía la vida.

¡Drama conmovedor era aquél en que la alegría de una familia dependía de un soplo de humo!

—Vamos, venid,—gritó finalmente la mujer, presentándose al aire libre con la humeante cazuela de patatas y salchichas, pringosas é incitantes.

La mujer sentóse en el suelo, tomó al niño en su falda, y la primera sopa y la tajada primera fueron embauladas por Antoñete. No hay que decir que éste era hijo de la lavandera, de aquella mujer que, todavía joven, con rasgos bellos en el rostro, soportaba los estragos de un trabajo rudo, bajo todas las ofensas del tiempo, para ganar la comida de un niño. Otros empleos más fáciles hallara si olvidara que era madre. Mas aquella criaturilla, siempre sucia, mal vestida de un chaquetón raído, arrastrando por el polvo, desgarbada y raquítica, casi tan salvaje como el perro con quien vivía, le ablandaba las entrañas, le hacía brincar el corazón á la idea sola de abandono.

¡Vaya! No le habían faltado proporciones á Sebastiana. Todas las noches, cuando regresaba renqueando con su fardo, en las esquinas oía ofertas de señores que la hubieran hecho una media señora. La tentación era grande. Las fatigas del lavado terribles. Las promesas sabían á delicias celestes. Pero, ¿y Toñete? ¿Dónde le metería? ¿Quién sufriría sino ella, que le había parido, á un mocoso tal?... Cerraba los ojos, bajaba la cabeza, rechinaba los dientes, apresuraba el paso, y escapaba como de una visión infernal.

No comprendía su enorme heroísmo. Su mismo trabajo creíalo cosa natural. Para ella el autor de todas sus dichas era la Providencia.

***

La escena anterior era repetida todos los días entre las sombras del crepúsculo de la tarde, al fin del trabajo y al principiar el reposo. Era un espectáculo vulgar, rutinario, desarrollado en sencillas peripecias, que no lograba nunca fijar la atención de las criadas que tendían en las ventanas los paños de cocina para secarse. Necesitaba, en verdad, otros espectadores menos familiarizados con la vida común.

Unos ojos, no acostumbrados á llorar, no iluminados por los oscuros resplandores de la miseria, fijáronse una vez, con más curiosidad que compasión, en el triste trajín culinario de Sebastiana. Los velillos de una de las ventanas del piso principal fueron descorridos por la mano de una dama. Era joven. Su rostro, que se inclinó sobre los cristales, vióse á la mortecina luz del día blanquísimo y hermoso. En él, durante el tráfago de la lavandera, se dibujaron sonrisas y pensamientos, reflexiones y tristezas, algo de lo que se reflejaría en un espejo ante el cual desfilaran las rápidas visiones de los sueños.

Largo rato estuvo mirando al patio la dama; súbitamente echóse aquella vez la noche sobre la tierra. La lluvia, que no dejó de caer mientras el sol brilló turbiamente en el horizonte, parecé como que había sostenido un combate con el astro, del cual salió finalmente vencedora. Hubiérase dicho que, con sus interminables madejas de agua, fué tejiendo un velo densísimo de sombras con que dar pronta sepultura al día. El guisote de patatas y salchicha terminóse en la oscuridad de la noche. La dama siguió entre las tinieblas el desenlace de aquella escena de la vida miserable.

—¡Pobre gente! — dijo separándose de la ventana.

Aquel espectáculo la había interesado algún tiempo, y le tributaba un aplauso. Luego, como se pregunta el nombre de un artista, averiguó por su doncella detalles generales sobre aquella familia. Supo, no sin sorpresa grande, que aquel mezquino rancho, que cabía holgadamente en una cazuela, era el resultado de una labor sin tregua, ejecutada con todas las fuerzas del cuerpo, acompañada de sudores, de ahogos, seguida de privaciones, de enfermedades, sin esperanzas de bienestar, no conociendo otro término que el último ronquido de la agonía.

(Continuará)



ESCUELA GRADUADA DE VARONES.—BUENOS AIRES

Edificio levantado en la calle Rodríguez Peña por cuenta del Consejo Nacional de Educación

FÍSICA SIN APARATOS

La física sin aparatos hace prosélitos entre los hombres de ciencia. Hace algún tiempo, el sabio Frank Geraldi, tan conocido en materia de electricidad, dió una conferencia sobre el asunto en el bulevard de los Capuchinos, ejecutando con la mayor habilidad algunos experimentos verdaderamente curiosos. El huevo en la garrafa, el agua hirviendo en un vaso de papel, etc., tuvieron un grande éxito entre los espectadores.

M. Lamy, joven é inteligente profesor de la Sociedad politécnica, repitió luego éstos y otros experimentos ante más de 500 espectadores, y escribía al periódico francés *La Nature:*

«Todos los experimentos hechos por mí me dieron el mejor éxito; pero los que más sorprendieron y excitaron los aplausos del público fueron los siguientes: la rotura de un mango de escoba puesto en anillos de papel sostenido por hojas de navajas de afeitar; la demostración de la presión atmosférica; el huevo entrando en una garrafa; la ebullición del agua en un vaso de papel; la demostración de la conductibilidad de los metales por medio de un pedazo de muselina y de un carbón incandescente.»

Y muchos otros profesores y aficionados emplean honestamente sus ocios en estos ensayos, tan curiosos como divertidos, y sobre todo, tan económicos, pues no necesitan la adquisición de objetos extraordinarios.

Porosidad y permeabilidad de los cuerpos.—Tómense dos vasos de la misma capacidad; échese en uno de ellos agua casi hirviendo hasta la mitad ó menos y cúbrase con un papel fuerte, colocando encima el segundo vaso inverso de modo que se correspondan los bordes, en la forma que indica la figura 1.ª. No se olvide enjugar este segundo vaso de modo que quede bien seco y trasparente.

Esperemos algunos momentos y el vapor de agua que se eleva de la superficie del líquido contenido en el vaso inferior comenzará á traspasar el papel, cuya porosidad y permeabilidad quedarán muy luego puestas en evidencia. Poco á poco va á llenar la cavidad superior formada por el vaso inverso y no tardará en humedecer sus paredes con un baño que se resolverá en gotas de agua. La madera, un tejido de lana, etc., podrán ensayarse sucesivamente y darán el mismo resultado.

Pero hay sustancias impermeables que no se dejan atravesar, como por ejemplo la gutapercha volcanizada de que se hacen los gabanes ó sacos preservadores de la lluvia.

Este experimento nos explica perfectamente por qué es tan penetrante la niebla, la cual traspasa el paño de nuestros vestidos y se pone en contacto con nuestra piel. Un sobretodo de gutapercha nos preservará de su acción.

Una montgolfiera. — Hágase un cilindro hueco del diámetro de un tapón con una hoja de papel muselina. La hoja que envuelve los veinte cigarrillos de un paquete de la Regia conviene perfectamente. Los bordes del cilindro han de estar ligeramente revueltos para que conserve su forma. Si el cilindro de papel se resiste á la confección, hágase un cucurucho de modo que se mantenga firme sobre su base. Hecho esto, de cualquiera de ambas formas, péguese fuego al cilindro por su parte superior. El papel arde enteramente quedando convertido en una laminilla de cenizas que se contrae, arruga y recoge. Este ligero residuo de cenizas, que contiene aire enrarecido por la combustión, se eleva de pronto y sube rápidamente á dos ó tres metros de altura.

He aquí el globo de los hermanos Montgolfier.

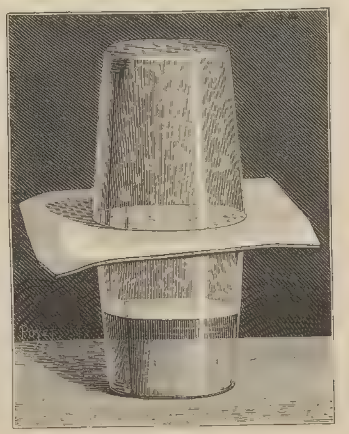


Fig. 1.—Experimento de la porosidad y permeabilidad de los cuerpos.

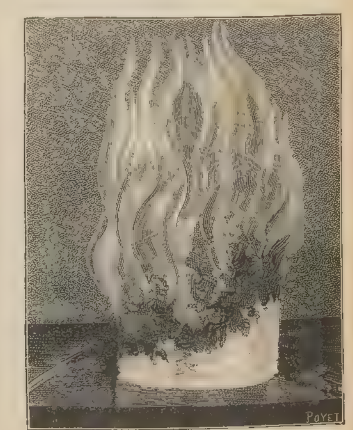


Fig. 2.—Demostración del principio de ascensión de los globos de aire caliente.

Si el lector deseoso de hacer el experimento no obtiene resultados inmediatos, no desmaye por eso y repítalo hasta obtenerlos, en la seguridad de que es infalible el éxito si el procedimiento está bien hecho.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 3 DE OCTUBRE DE 1887 — NÚM. 301

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

BELLAS ARTES



EL AMOR Y LA INOCENCIA, cuadro de J. Aubert

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EL AMOR Y LA INOCENCIA, cuadro de J. Aubert

Composición delicada que no desdeñaría firmar en su tiempo el insigne Grenze. Ciertamente el arte moderno se inspira raras veces en estos asuntos poco á propósito para expresar la enérgica manifestación de las pasiones. Los idilios del arte corresponden á los tiempos de los idilios de la poesía. Cuando prevalecen los versos del dulcísimo Garcilaso ó del pastoril Meléndez, perfumados con el aroma especial de una esencia mitológica evaporada por el tiempo, es cuando parecen surgir naturalmente cuadros tan delicados como el de Aubert. Hoy en día el gusto del público ha cambiado de una manera notoria: el artista ha de imponerse ante todo; componga un cuadro ó componga una ópera, si quiere llamar la atención general es necesario atraerla por un golpe osado, por algo que obligue á volver la cabeza, á pesar suyo, al que recorre maquinalmente las galerías de un Museo ó asiste al teatro para enterarse de cuáles son las bellas damas más en boga.

Aubert tendrá pocos imitadores en el género del cuadro que publicamos, lo cual consiste, además de lo que llevamos dicho, en que para aventurarse en composiciones de esa naturaleza se necesitan dotes artísticas que no todos poseen. Por esto, en otro ramo del arte, es de observar que los cantantes se vengan de los maestros, como Rossini por ejemplo, á quienes no pueden interpretar, diciendo que sus inmortales composiciones han pasado de moda.

EN LA LAGUNA, cuadro de Luis Steffani

Esta marina es notable por la calma y apacible tranquilidad que respira. Los pintores italianos son más aficionados á la marina que al paisaje. Sin embargo, raras veces se sienten inspirados por la idea de la tempestad. Cualquiera diría que en sus aguas no reinan tormentas y que su mar es un perpetuo y terso espejo del cielo. Steffani ha pintado una escena simpática y no es de extrañar que su cuadro, exuberante de luz, haya llamado la atención del público en la última Exposición veneciana.

PROFUNDO ESTUDIO, cuadro de S. Buchbinder

Representa á un sabio de la Edad media perfectamente abstraído por sus investigaciones científicas. Quizás busca la fórmula de la tan codiciada piedra filosofal; quizás está á punto de obtenerla. . ¡Son tantos los que en aquel tiempo se creyeron llamados á fabricar el oro!

Si esto pretende nuestro sabio, se concibe lo preocupado que le tienen sus operaciones: los sabios, y sobre todo los alquimistas de entonces, distaban mucho de despreciar filosóficamente las riquezas. El de nuestro cuadro está bien entendido: su semblante es expresivo y todo él parece estar á punto de pronunciar el famoso *¡Eureka!*

CORPUS CHRISTI, cuadro de Arcadio Mas

El autor de este cuadro es otro de nuestros paisanos que sostienen, en la patria de las artes, la importancia y progreso de los pintores españoles. Reside en Italia desde muy joven y sus obras tienden, quizás por esto, á la escuela del país en que ha desarrollado su talento. Ama la luz intensa y el color brillante, sin que por esto descuide el dibujo. El cielo de Venecia le encanta: verdad es que ese cielo encanta á todos los artistas. Por esto nuestro paisano Mas se inspira frecuentemente en asuntos italianos ó españoles, como lo demuestra la escena que tenemos á la vista, típica, de pronunciado sabor local. No hay para qué describirla, que harto explica su objeto. Cuantos hayan presenciado las ceremonias religiosas que se practican en las poblaciones rurales de segundo orden, con motivo de la festividad del *Corpus*, pueden apreciar hasta qué punto está nuestro pintor en lo cierto y cuán posible es, cuando se tiene talento, copiar del natural más real y más humilde sin perjudicar el efecto de los asuntos más poéticos y hasta más sublimes.

SAN FRANCISCO DE PAULA cuadro de J. M. Marqués

Este lienzo es, sin duda, la prueba de mayor aliento que ha dado su infatigable autor. Hasta ahora teníamos sabido de Marqués que era un paisajista distinguido, un retratista de excelente escuela, un discreto observador de la naturaleza, que reproducía en buenos cuadros las impresiones que le sugería el mundo físico. Mal satisfechas sus legítimas aspiraciones con esos triunfos, que le parecieran harto fáciles, ha querido penetrar de lleno en el dominio de las impresiones y de los afectos esencialmente expresivos, y para ello ha elegido, como su primer tipo, la personalidad de San Francisco de Paula, encarnando en él la apoteosis del arrobamiento de la caridad cristiana y del amor al prójimo.

La empresa era arriesgada; Francisco de Paula ha sido tratado por muchos y muy reputados maestros. Marqués ha salido airoso de su empeño, siendo la condición saliente de su obra el haber hecho un santo *posible*, es decir, un hombre que, aun en los momentos más álgidos de sus éxtasis místicos, no deja de ser un hombre. Porque es, realmente muy cómodo para el artista producir figuras encanijadas, en las cuales la santidad se representa por medios reñidos con la naturaleza física de la persona de carne y hueso. Nuestro compatriota ha comprendido con buen talento que el idealismo cristiano no había de producirse á expensas de la realidad; y ha obtenido por medio de la actitud, de la expresión, de la mirada singularmente, lo que otros han procurado mal entendiendo que un santo no puede ser un hombre, lo cual equivale á decir que un hombre no puede ser santo.

El éxito obtenido por Marqués en esta obra verdaderamente seria debe animarle á no desistir de tales empresas, fortificando con el estudio y la observación las dotes con que Dios le ha favorecido para llegar á ser un artista de primera fuerza.

LA RECOLECCIÓN DE LOS GUISANTES, cuadro de C. J. Beauverie

Obra del género naturalista que, sin embargo, no degenera en grosero realismo. La escena es trivial; pero aun por el simple dibujo de ella se comprende que la intensidad de la luz ha de avalorar el escaso asunto del cuadro. Esto explica que hubiera llamado la atención cuando fué expuesto en París, donde su autor goza merecido concepto de artista.

COMO EL PEZ EN EL AGUA, cuadro de Knaus

Si el autor de este notable cuadro tiene sus hijos como los pinta, puede vanagloriarse de poseer una prole deliciosa. Titúlase esta composición *Un ciudadano satisfecho*, y realmente todo en ese niño significa robustez, contento, satisfacción completa. Una *muñeca*, desdeñosamente tirada al suelo, corrobora que el muchacho no ha menester de esas invenciones destinadas á entretener el hambre de las criaturas encanijadas. A la vista del lienzo cabe profetizar que ese *ciudadano* ha nacido para rentista.

UNA BODA EN EL TESINO, cuadro de E. Prati

El autor de este cuadro es un excelente reproductor de la naturaleza en que vive. Es hijo del pueblo de Caldonazzo, en la provincia de Trento, en la parte alta del valle de Brenta. Los trentinos hablan una variante del idioma ó dialecto veneciano. Prati, en el terreno del arte, es una variante de la escuela véneta. Las costumbres del valle en que reside inspiran la mayoría de sus obras, muy apreciadas especialmente por los ingleses, quizás porque en el fondo de esos cuadros hallan alguna analogía con el carácter, familiar y austero á un tiempo, de la familia labradora de la Gran Bretaña.

Esta circunstancia se echa de ver fácilmente en el lienzo que reproducimos. Se trata de una boda; la novia, sus padres y amigas aguardan indudablemente al próximo esposo: la escena, á pesar del plausible asunto, tiene una expresión de gravedad, impropia en tales casos de un pueblo meridional. Sin embargo, Prati está en lo cierto: la boda que pinta no es una boda como cualquiera otra, sino una boda en el Tesino.

Aparte de esto, ó además de esto, Prati es un pintor que no se ha propuesto imitar á artista alguno, así como ningún artista se ha propuesto imitarle á él. Su colorido es pobre; da poca importancia á los efectos de luz; podría decirse que su ejecución se resiente hasta de cierta monotonía. A pesar de lo cual sus obras, como hemos dicho, son muy estimadas, pues reflejan perfectamente la sociedad y la naturaleza á que ha consagrado sus observaciones todas. Si cupiera una escuela *montañesa*, virgen de recursos mejor ó peor empleados, una escuela que pudiéramos llamar al natural, Eugenio Prati sería, con toda probabilidad, uno de sus más acabados y admirables maestros.

SUPLEMENTO ARTISTICO

LA MAGDALENA, cuadro de Domingo Morelli

Creemos que nuestros favorecedores han de agradecernos la predilección que sentimos por este artista. Morelli no es tan sólo un grande astro de la pintura moderna, sino que ha de ser tenido por el fundador y jefe de la escuela napolitana. No hemos de negar que á la formación de esta escuela ha contribuido eficazmente el estudio de los pintores franceses contemporáneos; pero algo ha impreso de original en ella el talento de Morelli. Pinta este artista pensando mucho y sin precipitación. Su factura, por más que á primera vista parezca abocetada, es hija de un profundo cálculo que le obliga á pasar muchas horas delante de su caballete sin adelantar una sola pincelada.

La índole de su talento le lleva con preferencia al terreno de la historia, y por una genialidad, á la cual dará él sin duda explicación plausible, ningunos otros personajes le inspiran tanto como Jesús y Mahoma, que ha pintado varias veces. Los asuntos que trata no son siempre nuevos, pero lo es la manera de tratarlos. Cuando reproduce un hecho histórico, no da la importancia al protagonista, sino al hecho: éste resulta siempre admirablemente concebido, al paso que aquél queda relegado á segundo término y en algunas ocasiones á término tan secundario que pasa casi desapercibido.

Así ocurre en el cuadro que hoy publicamos. Jesús y la Magdalena tienen casi que adivinarse; en cambio, el grupo de los hebreos es superior á toda ponderación. El interés, la ansiedad, la cruel complacencia con que aguardan enterarse de la manera cómo el Nazareno eludirá el compromiso que maliciosamente le han creado, palpitan de verdad en esa masa informe que únicamente á Morelli le es dable pintar con tanta energía. Ni la manera de dar forma al asunto puede ser más original y atrevida, ni cabe salir del difícil caso con un éxito más completo.

EL MUNDO AMERICANO

LA RAMILLETERA DE POPOTLA

I

Los ardientes rayos del sol bañaban verjeles y plazas de la alegre y animada capital de Méjico.

La mañana era risueña, serena y perfumada, y la brisa, suave y deleitosa, mecía las elevadas copas de los árboles que embellecen la plaza del Zócalo.

Tres elegantes jóvenes, montados en briosos caballos, desembocaban por la calle de Plateros con dirección á la catedral.

Vestían rico y ajustado pantalón con dos hileras de botones de plata, chaqueta corta y sombrero *jarano*, galoneado con anchas franjas de plata y gruesos cordones de lo mismo: *chapameras* de piel de tigre, elegante silla con ricos estribos y revólver con artístico puño de nácar, completaban aquel pintoresco traje nacional que realzaba la gallarda apostura de los tres jinetes, uno de los cuales merece particular descripción.

Alberto Valenzuela, tal era su nombre, aparentaba tener de veintiseis á veintiocho años: el cutis terso y suave de su rostro tenía ese color moreno pálido que acusa temperamento ardiente y apasionado y que presta encanto indefinible y atracción infinita.

Los ojos eran negros y rasgados, brillantes y expresivos: el cabello como el azabache: las cejas pobladas y sedosas: el pie de buena raza, es decir, pequeño y delgado: el todo de la persona caballeresco y distinguido.

La exclamación de uno de sus compañeros, lo sacó de profunda meditación que le embargaba y, á su vez, al fijarse en una joven vendedora de flores, exclamó:

—¡Violeta!

No puede concebirse ese nombre sino en una muchacha de diez y ocho años, fresca y seductora como las alboradas tropicales y digna del pincel de Grenze, de Rubens ó Rafael.

Tal era Violeta.

Una mañana las numerosas vendedoras de flores la vieron llegar vestida de negro, con delantal oscuro y *rebozo* azul: no la conocían, y con femenil curiosidad la vieron, modesta y silenciosa, colocar sus dos cestos con macetas y ramilletes y despojarse de su *rebozo* (1) dejando al descubierto su delgada y esbelta cintura y sus manos, demasiado suaves y blancas para una ramilletera.

Aquel día no hubo empleado en el cercano palacio del gobierno que no cometiera alguna falta grave, ni se rio magistrado ó mozalbete á quien la soberana belleza de Violeta no causara profunda y singular impresión.

Era la estación de las violetas y de las rosas, y siendo Méjico uno de los países en donde más pródiga fué la madre naturaleza, se veía la plaza del Zócalo llena de gente ocupada en escoger macetas y ramos, cuando llegaron Alberto y sus amigos.

Indias é indios se afanaban en brindar frescas y fragantes flores y con habilidad mezclaban las unas con las otras y formaban artísticos ramilletes, canastillas y jardineras.

Los helechos y musgos, los cedros y los pinos, los geranios de mil colores, las cinerarias y los claveles, la madreselva y los heliotropos presentaban un conjunto encantador.

Era de ver el animado cuadro que á la vista ofrecía la plaza con sus pintorescos jardines y la variedad de paisajes: al frente los portales, con puestos de frutas y dulces, de juguetes y cien baratijas, industria del país; y cruzando en todas direcciones, los tranvías, los carruajes y los transeuntes.

Violeta tenía su puesto bastante separado de los demás vendedores: sus cestas estaban vacías: había vendido cuanto llevó al mercado y se disponía á marcharse cuando al ruido de los caballos levantó la cabeza y se encontró frente á frente con Alberto, quien la contemplaba sorprendido y admirado.

El joven bajó del caballo y adelantó lentamente.

—No ha querido V. creer que era una pobre ramilletera,—dijo Violeta, contestando á su muda interrogación.

—¡Imposible!—murmuró Valenzuela.

—¿Por qué? ¿le enoja á V. haber seguido y haber manifestado interés por una muchacha del pueblo? ¿no soy la misma á quien V. defendió á la salida de Chapultepec, cuando dos atrevidos calaveras quisieron faltar á una mujer?

—¡Oh! no,—exclamó el joven,—la mujer ya pertenezca á la clase elevada ó á la humilde merece el respeto y consideración, y más aún, cuando en su hechicero rostro se reflejan el candor y la virtud.

—Bien dicho,—contestaron los compañeros de Alberto;—en lugar de ser un artista debías ocupar un puesto en el Congreso,—añadió el más joven.

—Es muy chula; es preciosa y todo lo merece; pero creo que el sol empieza á ser demasiado fuerte y que debemos concluir nuestro paseo; ¿no te parece, Alberto?

Valenzuela no contestó: dirigió una mirada y un saludo á Violeta, y con la maestría innata en los mejicanos saltó sobre el caballo y siguió á sus amigos.

II

No había pasado desapercibido el anterior episodio para las indias vendedoras y no escasearon los comentarios y las sonrisas y las miradas, curiosas é impertinentes.

Desde el primer instante en que la joven ocupó un puesto en el Zócalo, fué considerada como planta exótica, como un ser que pertenecía á otra esfera. Una de las indias ramilleteras vivía en Popotla, cerca de la pobre casa que habitaba Violeta: por ella se supo que no recibía á nadie, que estaba con su madre y era juiciosa y buena.

Tampoco se ignoraba que á las doce se retiraba del puesto y nadie sabía adónde iba.

Algunas veces aquellas ausencias se prolongaban dos ó tres días, y al volver con sus cestas de flores se advertía en su hechicero rostro algo como infinita tristeza, como profundo pesar.

¿Era efecto de ignorada historia, de recuerdos ó de futuros temores lo que hacía enrojecer sus hermosos ojos? Misterio.

Toda averiguación era imposible; las precauciones se multiplicaban, y vendedoras y vecinas no obtuvieron resultado alguno de sus pesquisas.

Con frecuencia la seguían; pero al llegar á una iglesia llamada de Corpus Christi subía en un tranvía, lo abandonaba en San Cosme y tomaba otro en distinta dirección.

Un observador, y los novelistas lo son siempre, hubiera podido ver que el rostro de Violeta enrojecía y que su corazón latía con violencia cuando Alberto, el joven artista, clavaba en ella la mirada dulce y amorosa y la dirigía en voz baja algunas palabras, que, si bien no eran de amor, ocultaban aquel poderoso sentimiento.

Aquellos cortos instantes producían en la ramilletera algo parecido á la felicidad y su juvenil semblante se engalanaba con dulce sonrisa.

Pero jamás Valenzuela había podido alcanzar la más

(1) Especie de chal, muy usado en Méjico.

EXPOSICIÓN ARTÍSTICA DE VENECIA DE 1887



EN LA LAGUNA, cuadro de Luis Steffani

insignificante confidencia, á pesar de que una tarde la había acompañado por la Reforma, después del encuentro en el jardín de Chapultepec (1) en donde llegó á tiempo para hacer retirar á un atrevido mozalbete, que importunaba á Violeta con galanterías de mal género

¿Quién era aquella niña? No era posible dudar de que su educación había sido esmerada y que su tipo no pertenecía á la clase del pueblo.

– Estoy seguro,—la dijo un día,—que usted no es lo que aparenta ser: soy su amigo; confíeme usted su historia y tráteme como á un hermano.

– Nada tengo que contar y puede usted creer que si necesitara apoyo ó protección la solicitaría de usted, se lo juro, porque me inspira afecto y confianza.

III

El origen de aquel amor que Valenzuela alimentaba por la ramilletera, había sido tan extraño como inesperado.

Un día, cuatro meses antes de empezar nuestra narración, el joven artista, poseído de inexplicable preocupación, abandonó los pinceles y salió á pasear por ese centro concurrido y elegante que se llama calle de Plateros.

Al llegar delante del escaparate de un gran comercio de cuadros y grabados, se fijó en un retrato, lanzando una exclamación de asombro.

La admirable pintura representaba á una mujer como de diez y ocho á veinte años, pero tan hermosa y tan perfecta que hubiera sido imposible encontrarla un defecto.

Vestía traje de terciopelo negro, el cual hacía resaltar más aún los hombros, el cuello y la airosa cabeza; la cabellera era de color castaño oscuro y el peinado formaba como natural diadema.

Los ojos eran dulces, poéticos y de un color indefinible; no eran garzos, ni azules, ni negros, pero su expresión cautivaba.

Alberto, como artista, admiró á tan bella criatura, y sintió voraz deseo de conocer al original.

Entró en la tienda y preguntó; pero nadie pudo satisfacer su anhelo: un hombre de alguna edad había llevado aquel retrato para que se vendiera, ofreciendo volver pasadas algunas semanas.

Durante un mes, Alberto pasó horas y horas contemplando aquel retrato, y enamorado como un loco, quiso copiarlo.

Imposible: su pincel se resistió y cuanto reproducía era imperfecto.

¿El amor apagaba los destellos de su inteligencia?

Su empeño fué cada día mayor y su desesperación no tuvo límites cuando al pasar por casa del grabador supo que se había vendido el cuadro y que ya el portador de él poseía la cantidad producto de su venta.

Una tarde paseaba por la Alameda, cuando, sentada en un banco de piedra y acompañada por una anciana vió á una joven hermosísima: era Violeta; pero en su fisonomía encontró Alberto rasgos de aquel retrato que había trastornado su razón; no era el original, pero sí tenía extraordinario parecido.

Mudo, extático, la contempló largo rato, y cuando la vió levantarse se dispuso á seguirla; pero la joven atravesó hasta la avenida de Juárez y allí subió con la anciana en un tranvía.

(1) Montaña de la langosta.

Una tarde la encontró, como ya hemos dicho, en Chapultepec, y desde aquel día se estableció entre ellos mutua y simpática inteligencia.

Alberto la adornaba en su imaginación con los atavíos del retrato y entonces le parecía encontrar mayor semejanza, hasta el punto de confundir en su corazón el amor real con el amor ideal.

La joven era un enigma, un misterio, y esto aumentaba las luchas consigo mismo y la ilusión.

IV

El calor era excesivo: el hermoso y puro cielo mejicano estaba empañado por agrupadas y cenicientas nubes: el trueno y los relámpagos anunciaban cercana tempestad y amenazaban con una de esas lluvias torrenciales, casi desconocidas en nuestra Europa y que en cortísimo tiempo producen verdadera inundación.

El pueblecito de Popotla estaba silencioso y sus calles casi desiertas.

Existen algunas localidades que conservan en su aspecto y á través de los siglos, un *no sé qué* de misterioso é indefinible, y ciertamente esta idea ha preocupado siempre mi imaginación al pasar por el mencionado pueblo.

Allí levanta su elevada copa el histórico árbol llamado de la *noche triste*, á cuyo pie cuenta la tradición pasó terribles horas el conquistador Cortés, lamentando el desastre que ocasionó Alvarado por imprevisión y ligereza.

El 1.° de julio de 1520 tuvo lugar el acontecimiento y desde entonces el corpulento *ahuehuete* (sabino) ha sido fuente de inspiración para el poeta y objeto de la admiración del viajero.

El tronco está hueco, algunos de sus brazos sin savia alguna, y en su corteza carcomida se leen nombres é inscripciones.

En la tarde de que hemos hecho mención se detuvo un tranvía delante del *árbol de la noche triste* y un joven bajó precipitadamente.

Era Alberto.

Había conseguido saber las señas de Violeta, y como habían pasado más de ocho días sin verla en el Zócalo, determinó buscarla y averiguar el motivo de su ausencia.

Buscó el número; no lo encontró, pero sentada en el dintel de una puerta vió á una india, envuelta en pobre rebozo y casi dormida.

Se acercó á ella y le preguntó por la ramilletera.

—Se ha separado de esta casa, – contestó, – y vive cerca de *Cuatro árboles:* pobrecita: ha días no la he visto.

– Pues qué, ¿está enferma?

—No: ella no: la vieja sí; y está cuidándola.

—¿Su madre?

—No sé: hace poco que están aquí, y como son tan pobres, sólo el *pulque y las tortillas* (2) es lo que solía comprar, cuando Violeta estaba en Méjico.

En aquel momento pasaba por la plaza un sacerdote, acompañado por algunas personas

– ¡El Viático! – exclamó la india arrodillándose.

Cediendo á un impulso más fuerte que la voluntad, se mezcló Alberto al acompañamiento y al cabo de algunos minutos llegó á la casa en donde se necesitaban los auxilios espirituales.

(2) Pulque, bebida mejicana, hecha del zumo del maguey. Tortillas, tortas de maíz.

Detrás del sacerdote entró en una pobre vivienda en donde en lecho humilde, aunque aseado, yacía una anciana pálida, demacrada y desfallecida.

Sus escasos cabellos blancos caían sobre una chambra cuya blancura formaba como un marco de pureza y de bondad para aquel semblante en que se reflejaba la conciencia y la paz del justo.

Todo en aquel albergue inspiraba tristeza y veneración.

Las luces que rodeaban el lecho, los indios de rodillas y con la cabeza inclinada, el sacerdote pronunciando con voz sonora las palabras que son el último consuelo para el cristiano, el bálsamo que derrama la fe, y como complemento en aquel cuadro, los sollozos de una mujer postrada á los pies de la cama.

Alberto no pudo verla hasta que, anegada en llanto, levantó sus ojos y los fijó en la moribunda.

—¡Cielos! – exclamó el pintor,—es Violeta.

Y cual si el vacío se hubiera hecho en torno suyo, su atención se reconcentró en un solo objeto.

La voz de la tierra fué en aquel instante más poderosa que la del cielo y mil extrañas ideas asaltaron su mente, y de nuevo Violeta tomó singular parecido con el retrato.

No tenía su exuberante belleza, no ostentaba el rico traje; pero sus espléndidos cabellos y su vestido negro la hacían aún más interesante y hechicera.

La pasión trastornaba al joven artista: soñaba despierto.

—Padre mío,—dijo la ramilletera, dirigiéndose al sacerdote,—padre mío, ruego á V. que permanezca al lado de mi madre, ínterin corro á buscar la medicina que ha dejado dispuesta el médico.

—¡Oh, Violeta! quédese V.; yo iré.

– ¿Usted aquí, Alberto? Gracias, gracias.

—No, hija mía, no, –repuso el sacerdote:– ¿para qué sirve la medicina de la tierra? Sólo necesita la del cielo.

Efectivamente, la vida de la anciana se extinguía como una luz.

Hizo un esfuerzo, se incorporó, abrió los ojos, y al ver cerca de su lecho al joven pintor balbuceó:

—El... él... Dios... Dios...—y cayó desplomada: había muerto.

Cuando el sacerdote quiso retirarse, se levantó Violeta: había estado llorando y rezando, arrodillada al lado del cadáver.

– Alberto, ruego á V. acompañe al sacerdote, – dijo: – yo velaré á mi madre.

– ¿Sola?

—Sí: suplico á V. no vuelva.

El joven salió, sin atreverse á insistir

Al encontrarse en la calle le preguntó al sacerdote:

—¿Sabe V. quién es esta infeliz niña?

—Lo ignoro: sé que vende flores y que ha cuidado á su madre con la mayor ternura y abnegación.

Alberto pasó la noche inquieto y preocupado.

En su cerebro se agitaban dos imágenes iguales, pero que se confundían y tomaban diferente aspecto.

Al día siguiente salió muy temprano para Popotla.

Cuando llegó supo que el entierro se había verificado á las siete y que Violeta no estaba ya en la casa.

V

Desde la muerte de la anciana no volvió Alberto á ver á Violeta: había abandonado por completo su puesto en el Zócalo, y el joven, más enamorado que nunca, se per-

día en conjeturas y descabellados pensamientos.

Una mañana en que después de una noche de insomnio, se encontraba en su estudio recorriendo maquinalmente las páginas de «El Monitor,» sintió abrirse la puerta de su cuarto y vió entrar á Fermín, su criado de confianza.

—Señor, —dijo, —un hombre ha venido dos veces á preguntar por usted.

—¿Quién es? ¿Cómo se llama?

—No ha querido decírmelo.

—Pues que entre: será algún impertinente.

Pocos instantes después se presentó un hombre como de cincuenta años, quien saludando, dijo:

—Soy el encargado de la testamentaría de la viuda de Palacios.

Valenzuela le miró sorprendido: no recordaba aquel nombre.

—¿Usted es abogado, señor Valenzuela?

—Lo fuí; abandoné el bufete por los pinceles.

—Bien, pero usted conoce las leyes y podremos entendernos.

Y el imperturbable viejo sacó un enorme legajo de papeles, buscó uno entre ellos y se lo entregó al joven.

Al recorrerlo Alberto palideció.

El nombre de Palacios apareció entonces en su memoria como terrible pesadilla.

Era el de una prima de su padre, con la cual había sostenido pleito muchos años.

La sentencia había sido favorable á Valenzuela y le regaló una fortuna. Pero ¿qué intentaban de nuevo, al presentarle un documento ya caduco?

Una nota llamó su atención: era de los abogados y decía:

«Por todo lo que resulta, declaramos que si bien la sentencia ha sido dictada con arreglo á la ley y en justicia, según las condiciones del contrato base del pleito, es sin embargo un despojo indigno y deshonroso para el que quiso hacer recaer en su familia esta inmensa herencia valiéndose de la anormal situación del país invadido entonces por los franceses, y aprovechando la circunstancia de que Palacios había tomado partido por el archiduque, y como tal, declarado traidor á la patria.»

Alberto sentía que el fuego de la indignación abrasaba sus mejillas.

El, que llevaba hasta la exageración el pundonor; él, que era capaz de sacrificarse para que ni un momento se pusiera en duda su honradez; él, desinteresado, generoso y noble, poseía una fortuna usurpada.

Era rico, vivía en la abundancia, gozaba de las satisfacciones que proporcionan el oro, ínterin otros sufrían por la ambición de su padre ó por un error incalificable.



PROFUNDO ESTUDIO, cuadro de S. Buchbinder

—Esta fortuna no es mía, —dijo; —luego es preciso restituir.

Tal fué el grito espontáneo de su conciencia; pero por muy elevado que sea el carácter y por muy generoso el corazón, no se renuncia tan fácilmente á la riqueza para caer en la miseria sin averiguar el por qué.

—¿Estas firmas no serán falsas? —pensó y levantó los ojos hacia el hombre que intentaba arruinarlo.

Estaba impasible y sus anteojos verdes velaban la expresión de la mirada.

—¿Quiénes son los herederos de ese primo de mi padre?

—Una niña.

—¿En dónde está?

—En mi casa, recogida por caridad.

—¿A tal extremo ha llegado?

—Sí: gravemente enferma, vino á entregarme esos papeles, y cuando intentó salir cayó sin sentido: llamé al médico y éste ha calificado su dolencia de fiebre cerebral. Palacios murió tísico y legó esa enfermedad á su hijo: éste se casó y al cabo de algunos años empezó á sufrir del terrible mal, heredado de su padre y que pocas veces perdona al que ha escogido por su víctima.

Durante dos años agotaron todos los recursos para salvarlo y la ciencia disputó palmo á palmo aquel terreno, que invadía la muerte.

Alberto estaba conmovido y sentía como remordimientos: ¿porqué? ¿Acaso no había ignorado hasta entonces que existiesen seres que pudieran pedirle cuentas del bienestar que disfrutaba?

—Continúe V. su relato, —exclamó: —me parece que estoy soñando.

—Usted sabe que la tisis es una verdadera lucha y una prolongada agonía: el gran antídoto, según aseguraba el médico, era conducir al enfermo á Tierra caliente; pero ¿y los medios? ¿cómo emprender un viaje costoso y molesto?



CORPUS CHRISTI, cuadro de Arcadio Mas (Exposición Nacional de Bellas Artes de 1887)



LA MAGDALENA,



UADRO DE DOMENICO MORELLI



SAN FRANCISCO DE PAULA, cuadro de J. M. Marques, dibujo del mismo



LA RECOLECCIÓN DE LOS GUISANTES, cuadro de C. J. Beauverie

Pasaron tres años: el médico anunció solemnemente á la afligida esposa y á su hija que el enfermo viviría sólo dos ó tres semanas más.

Los cuidados se multiplicaron: ambas trabajaban, bordaban y cosían para proporcionar al enfermo cuanto podía necesitar; pero el trabajo escaseó, y entonces interin la pobre niña contaba las horas de vida que aun podía tener su padre, salía la infeliz madre para ocuparse en buscar algo qué hacer, para ganar lo más preciso.

—¡Infeliz!—exclamó Alberto.

—Sí; muy desgraciada; pues hubo día en que ayudó á lavar para ganar cuatro reales.

Un domingo estaba la niña sentada sobre el mísero lecho; acariciaba á su moribundo padre: un canario cantaba alegremente saludando los brillantes rayos del sol que como lluvia de oro bañaban la pobre habitación.

—¡El sol!—murmuró el enfermo,—¡qué hermoso es! Dame un beso, hija mía, mi Margarita adorada. Dios quiera que ese sol me devuelva la vida y la alegría.

Y dejó caer la cabeza sobre la almohada: la niña se acercó más aún y quiso darle el beso reclamado; pero se retiró asustada: su padre estaba helado, sus ojos entreabiertos parecían mirarla, pero ya no la veían.

Momentos después, iluminado por aquel sol que poco antes ensalzaba, era cadáver.

El canario continuaba sus gorjeos, mezclados con los gritos de la niña y los sollozos de la pobre viuda, que acababa de entrar en el aposento.

—Lo que usted me refiere es inmensamente triste,—dijo Alberto, —¡qué terrible infortunio! y además tiene usted una elocuencia y una precisión para narrar los detalles, que me parece asistir á las peripecias de ese drama.

—Concluiré: la pobre viuda y la infeliz huérfana han sufrido todas las torturas de la miseria. Yo, antiguo amigo de Palacios, lo había perdido de vista, pero una circunstancia especialísima me hizo encontrar á esos dos seres.

La viuda poseía un retrato, una obra maestra, hecho por un célebre pintor en la época de su matrimonio; había sido muy bella, y como el cuadro era de gran mérito intentó venderlo...

—¿Cómo?—exclamó Alberto,—ese retrato estuvo en la calle de Plateros... la señora de Palacios vestía de terciopelo negro... ¿y es usted quien lo llevó á vender?

—Es cierto,—contestó el estupefacto interlocutor de Alberto:—¿cómo lo sabe usted?

—Me vuelvo loco... si usted supiera que he soñado meses y meses con esa mujer, la he buscado por todas partes y he estado enamorado de ella...

—De una muerta.

—¿Muerta también?

—Sí: por eso yo he venido á ver á usted; aquí están los documentos, los dejo confiados á la lealtad de un caballero: examínelos usted y siga la marcha que su corazón le dicte; espero su aviso.

Y el extraño personaje abandonó la estancia, dejando al joven confuso y desesperado.

Durante tres días se encerró consigo mismo, y convencido de que su fortuna era una usurpación, corrió á casa del anciano, cuyas señas y nombre poseía.

—Caballero,—le dijo,—mi padre, probablemente por un error, despojó á sus parientes de una herencia que les pertenecía, pero deseo que su nombre quede sin mancha y restituyo...

—¿Todo?

—Todo.

—¿Pero usted, qué piensa hacer sin fortuna?

—Trabajar: jamás se disfruta de mayor tranquilidad que cuando vivimos de lo que ganamos honrosamente.

—Margarita no admitirá esa renuncia absoluta.

—A mí me quemaría las manos si conservase resto de ese oro.

—Observe usted que no sabe nada todavía; que ha sido oficiosidad mía...

—No hablemos más; vuelva esa herencia á su legítimo dueño y seré feliz con la idea de haber cumplido con mi deber.

—Tiene usted un noble corazón: mi protegida está convaleciente y voy á comunicarla tan venturosa noticia.

Don Bartolomé dejó solo á Valenzuela durante un largo rato: el joven esperaba con ansiedad, y cuando sintió pasos se volvió para ocultar su turbación.

—Margarita ha querido venir á manifestar á usted su gratitud,—dijo el anciano.

Dos exclamaciones, dos gritos, respondieron á estas palabras:

—¡Violeta!

—¡Alberto!

—¿Era usted, era usted la mujer á quien yo condenaba á la miseria? perdón, perdón por lo que ha sufrido usted.

Don Bartolomé no comprendía nada y pensó si ambos jóvenes habían perdido el juicio.

Don Bartolomé, desde la venta del retrato, no había vuelto á ver á Margarita, porque avergonzada de su pobreza, la había ocultado en Popotla, deseando no imponer sacrificio alguno á su antiguo amigo.

Agotado el producto del retrato, Margarita adoptó el nombre de Violeta y se dedicó á vender flores, de las que ella misma cultivaba en su jardín.

Agravada la enfermedad de su madre, y sin recursos, buscó casa más modesta aún, y en ella recibió de manos de aquella amada compañera los papeles que por encargo suyo fueron entregados á D. Bartolomé al día siguiente de su muerte.

Los insomnios, las desgracias, habían quebrantado la salud de la joven, y su vida estuvo en grave peligro cuando D. Bartolomé la vió caer desplomada.

—¿Pero no sabías el nombre de los parientes que habían despojado á tu padre?—preguntó el anciano.

—Lo ignoraba: jamás mi madre me lo dijo: ojalá que ni los documentos hubieran llegado á mis manos.

Alberto comprendió la exquisita delicadeza que encerraban aquellas palabras, y á los pocos momentos se despidió mortificado, triste y pensativo.

Para él Violeta, á quien adoraba, era un imposible, entonces más aún que cuando era pobre ramilletera.

Durante dos días se ocupó en poner en orden sus intereses, en paginar escrituras, en contar acciones, en ver á escribanos y procuradores, no reservando para sí más que sus pinceles.

Una carta de Violeta le sorprendió en aquella tarea.

«Alberto, es inútil haga V. la renuncia de su fortuna: no aceptaré su generoso desprendimiento.

»Don Bartolomé posee una *hacienda;* en ella viviré, y mañana abandono Méjico para siempre.

»Su recuerdo de V. acompañará eternamente á

VIOLETA.»

Era de noche cuando Alberto recibió esta carta; su resolución fué instantánea: tomó títulos, escrituras y acciones, y se presentó á D. Bartolomé.

—Señor,—le dijo,—aquí está la cesión de mi fortuna en favor de Violeta.

—No la aceptará, su resolución es irrevocable.

—¿La aceptará con mi nombre y con mi amor?

. . . .

Un mes después se celebraba en la capilla de la catedral el matrimonio de Margarita y de Alberto.

LA BARONESA DE WILSON

LA PROVIDENCIA

(Conclusión)

No creyó posible esto la dama. Siempre había pensado que el trabajar era cosa gustosa. Ella misma, no obligada á emplear su actividad, merced á su riqueza, en ningún oficio útil, experimentaba placer vivísimo en sus labores de aguja. Cada bordado, cada cifra de pañuelo, cada primor suyo, producíale una satisfacción que no pagaría con nada. ¡Ah, sí!.. Verdad es que meses enteros transcurrían á veces entre puntada y puntada. Luego aquellas obras no obedecían sino al capricho de su autora, cuya mano corría libremente, sin estorbos de voluntades ajenas, no paralizada por el frío desmayo de la maligna chusma, sin la indignación por las torpezas que opone una ignorancia que manda.

Aun sin apreciar las diferencias de su trabajo y el de Sebastiana, sintióse la dama movida á caridad. No era tan ignorante de las desigualdades del mundo que no adivinara por lo menos que era ella quien debía protección á la lavandera.

—Que suban y coman con nosotros,—dijo á una de sus criadas, que salía á comprar en aquel momento.

La improvisada protectora de Toñete y su madre era dueña y señora de su casa. Casada á los diez y seis años con un hombre que le triplicaba en edad quedó á los veinte viuda, poseedora absoluta de la fortuna bastante crecida que su esposo puso por pedestal de su hermosura. Vivía sola la viuda regentando larga servidumbre. Habíase rodeado de todos los goces materiales que para la vida del hogar pueden adquirirse por dinero. Ni faltaba en su salón el mueble lujoso, ni el traje de moda en su *boudoir*, ni el manjar exquisito en su mesa. No imaginaba que hubiera más allá nada que inspirase deseos.

Su corazón carecía de emociones. A lo sumo, sólo tenía latidos extraordinarios para la novela últimamente leída ó el drama visto la noche antes.

El cuadro de pobreza que había mirado en el patio pareció causarle como una sensación nueva.

Cuando oyó entrar á Sebastiana, salió á su encuentro.

La pobre mujer no podía hablar sino poniendo en cada palabra una disculpa. Había venido restregando los pies, mojados del lodo de la lluvia, desde la calle, temiendo manchar la casa de aquella divina señora que la invitaba á comer. Traía á Toñete medio suspenso de un brazo, para que se mantuviera tieso, para que no tropezara con las paredes, cubiertas de ricas telas, de papeles dorados. Habíale fregado cara y manos.

Venía descalzo, sin los sucios y agujereados zapatos de su uso.

Sebastiana no encontró al fin mejor modo de manifestar su gratitud que arrodillarse delante de la señora y cubrirla las manos de besos.

—¡Ah! no sabe usted...—decía sollozando.

Con efecto, la dama no sabía que la comida de aquellos infelices no había servido. La lluvia penetró por la chimenea, arrastrando el barro de las tejas. Quisieron probar un bocado; pero el estómago se resistía... Tuvieron que echar toda la cazuela al perro.

Cuando Sebastiana escuchó á la criada que subieran á cenar con su señora, creyó más que nunca en la Providencia.

* * *

Casi todas las tardes, apenas entraba en el patio, veía la lavandera una mano de nieve que, desde una ventana del piso principal, le hacía señas cariñosas.

—Ya, ya vamos,—contestaba Sebastiana, reventando de gozo.

Y madre é hijo, y hasta el perro últimamente, subían á casa de la bella y caritativa viuda, cuyo aburrimiento taciturno se despejaba un momento con las alegres sonrisas de la lavandera y de Toñete.

Este, en particular, parecía otro desde que comía las ricas cosas que se guisaban allí. Trasparencias rosáceas brillaban en sus mejillas, antes secas y terrosas. Su piel toda había adquirido cierto lustre grasiento, que recordaba el del tocino. Casi, casi había crecido. Desde luego, estaba más gordo. Las manos, de dedos más llenos, se habían acortado. Redondeáronse sus rodillas, y en sus muslos se diseñaban ya las graciosas curvas que hacen de un rapazuelo el modelo de un angelillo.

Sebastiana disponía de dos vestidos. El suyo, de indiana cenicienta, de delantal azul rayado, y cuerpo de bayeta encarnada á cuadros negros, quedaba para los embates del trabajo. Para lucimiento del día de fiesta, ensayábase un traje de lana, arreglado de uno de la viuda, de tela señoril, de corte airoso, en los bordes del cual todavía se descubrían los puntos huecos donde estuvie-

ron pegados los adornos, suprimidos en su transformación plebeya.

La lavandera no sabía qué hacer con la viuda.

Un día que la encontró de pie sobre una mesa, descolgando el retrato de su marido muerto, quiso ponerle un ramo de flores y encenderle dos velas.

Pero, al siguiente día, que traía preparados los adornos del altar de una santa, halló á la viuda al lado de un hombre. Era primo suyo, su novio de niño, que volvía de América dispuesto á buscar esposa.

Desde entonces no volvió á ver la lavandera la mano de su protectora llamándola á su casa. Entraba en el patio, dando casi con la frente en las rodillas, agobiada por la balumba de la ropa lavada. Dejaba en tierra el saco, miraba la ventana, siempre cerrada é inmóvil, suspiraba, y fijaba luego la vista como atontada, como pidiendo una explicación á aquel montón de ropa, que, en virtud de su trabajo, goteaba largas perlas de cristalino ópalo, redoblando con són alegre en el suelo.

Miraba la obra de sus manos sin comprenderla... Y allí, allí estaba su verdadera Providencia.

JOSÉ DE SILES

CREENCIAS POPULARES

LOS APARECIDOS

—¡No me atrevo á volver á la aldea, señorito de mi alma!...

Así me decía en Oviedo un campesino, antiguo proveedor de frutos de la familia. Había venido entrada ya la noche, y nos suplicaba que le permitiéramos pasarla en nuestra compañía, haciendo vivas demostraciones de terror.

Sus convecinos le llamaban Juanón, y podría nombrarse Juanazo, atendiendo á su robusta y colosal personalidad. Pero en los instantes de presentarle en escena es mucho más acreedor á un diminutivo desdeñoso.

Era una lástima ver á aquel Hércules tan acoquinado por el miedo.

—¿Qué diablos te ocurre?—le pregunté impaciente.

—¿Pero, no le han contado á V. lo que pasa?... ¿No sabe V. lo del *aparecido*?

—No sé otra cosa sino que me he equivocado respecto á tí, pues te consideraba como un hombrón, y ahora veo que eres un hombrecillo, cualquiera que sea la causa de tu espanto.

—¡Pero, señorito, si le he visto yo, y era él mucho más grande!

—¿Un hombre de más estatura que tú? ¡No puede ser! Al menos no le conozco en este país. Tú tienes cerca de siete pies.

—¡Ah! si fuese un hombre no me espantaría, aunque me llevase la cabeza.

—Si te llevase la cabeza, ya estaría todo concluído.

—Quiero decir que aunque él fuese más alto que Goliat: pero repito á V. que no se trata de un hombre.

—¿Es algún demonio?

—¡Peor, señorito, peor! Un demonio se va en haciéndole la cruz, pero con aquél no valen cruces.

—Como dices que no es un hombre, no puedo suponer que te refieras á un bandido.

—¡Ojalá! Los bandidos no me dan cuidado. Recuerde V. que algunos en esta tierra quedaron señalados por mi garrote.

—Es verdad: entonces te llamábamos el tremendo Juanón, pero ahora...

—Ahora no me atrevo á volver á mi casa de noche, porque antes de llegar á la puerta se me ponen los pelos de punta. ¡Dios le libre á V. de encontrar al *aparecido!*

A estas palabras solté una carcajada tan ruidosa y expansiva que hubiera infundido el buen humor en cualquiera otro menos poseído por el espanto que nuestro Juanón.

Mirándome con un asombro en que había también cierta envidia, por verme libre de la influencia de su miedo, murmuró en tono casi solemne:

—No se ría V., que los *aparecidos* lo saben todo.

—Y ese será capaz de vengarse de mí, llevándome al otro mundo á continuar la risa, ¿eh?...

—Le digo á V. que con ellos no hay chanzas. ¿No se acuerda V. de la muerte de Tiburcio el vaquero?

—Creo que murió de una indigestión, el día de Pascua.

—No fué de una indigestión: no, señor. Murió cuando acababa de aparecérsele su tío, el de la cofradía de las Animas.

—¿No le habían enterrado hacía doce años lo menos?

—Sí, señor, pero parece que el sobrino había ofrecido repartir con la cofradía lo que le dejara en herencia, y viendo que no lo cumplía, vino del otro mundo el tío á reclamárselo.

—¿Y Tiburcio tuvo valor para negarse?

—Yo no sé lo que pasaría entre él y el *aparecido*, lo que sé es que al día siguiente encontraron á Tiburcio muerto en su cama, y que, asustada su viuda, entregó á las ánimas todo cuanto tenía.

—¡No habrá malos peces en esa cofradía dichosa!

Juanón encogióse de hombros, rascándose á la vez las orejas, unas orejas de murciélago. Era indudable que con mis burlas no conseguía apearle de su burro; no lograba abrirle los ojos á la verdad, respecto al fantasma que había sido tan fatal á su amigo Tiburcio.



COMO EL PEZ EN EL AGUA, cuadro de L. Knaus

—¿Es también algún resucitado el que á tí se te aparece?—continué.

—Sí, señor. ¡Es mi suegra!—contestó el coloso con acento lúgubre.

—*¡Vade retro!*—prorrumpí, dejando de reir al observar las desencajadas facciones de aquel hombre.

Realmente parecía encontrarse bajo el influjo de la presencia de su suegra, arpía de cuyas caricias le había librado el cólera. Así fué que yo mismo hube de estremecerme, y, por mucho que el confesarlo me avergüence, lo diré más claro todavía: tuve miedo, y conocí que había obrado muy mal en burlarme de los *aparecidos* á costa del pobre Juanón.

Porque indudablemente empezaban á vengarse de mí.

* * *

Siguiendo luego su relación, me dijo que la suegra se le había aparecido la noche precedente, cuando acababa de tratar con un amigo de la venta de unas viñas que constituían la dote de su mujer; porque los tiempos estaban muy malos, el dinero no se dejaba ver en su gaveta, y le iba haciendo muchísima falta.

—¿Y de qué manera se te presentó?

—Vestida con el sudario con que la enterraron, con la cara más negra que el carbón, y echando llamaradas por los ojos. Me habló, y parecía clavarme cada palabra con aquellas uñas tan largas que me enseñaba cuando reñíamos. Dijo que me guardase de vender un solo puñado de tierra de las viñas; que no las había dado para mí: que eran de su hija; que yo iba á morirme muy pronto y que entonces la harían falta á ella para mantenerse en la viudez, mientras no se casaba con otro, que sí se casaría, antes de concluir el año de luto. ¡Ah! figúrese V., señorito, figúrese usted...

—Ya me figuro bastante para compadecerte de todas veras. Pero ven acá, Juanón, ¿no podría suceder que hubieras soñado ese encuentro con tu suegra?

—Estos ojos la vieron, estando tan despierto como ahora, y estos oídos la oyeron tan bien como V. debe oirme.

—Y, en confianza, amigo mío, ¿tienes alguna queja de tu mujer?

—Ninguna. Somos la envidia de todos los vecinos, porque desde que se murió la suegra vivimos en una paz que es la gloria. Antón el herrero, sobre todo, siempre se hace lenguas de lo que vale mi Colasa; y bromeando me dice que no pase cuidado por ella, si yo me voy primero de este mundo, porque él la sacaría de viuda.

—¡Pues ya puedes estar satisfecho con un amigo tan previsor...! ¿Y qué dice á eso tu mujer?

—Se ríe como una loca, porque tiene el genio muy alegre y la gustan las bromas. Usted la conoce.

—¡Muy alegre, sí! Vaya... No te pongas tú triste, y desecha ese miedo, impropio de un hombre de pelo en pecho. Seguro estoy de que, en calentando el estómago con un buen trago de lo tinto, podrás volver á casa sin tropezar con la suegra.

—Dispense V., pero hoy no volveré aunque me acompañe un ejército; y, en cuanto al trago, ya he perdido las ganas para el poco tiempo que pueda vivir. El último lo eché ayer con el compañero con quien trataba de la venta de las viñas. Era un rancio de lo más caliente, y me había puesto más alegre que mi mujer.

—Hombre... ¿y estando tan alegre fué cuando te encontraste con el aparecido?

—Bebí una copa más, y me puso triste. El encuentro fué luego...

Calló Juanón, y no le pedí más explicaciones.

La aparición era hija del vino, y nuestro hombre había visto á su suegra iluminado por sus vapores.

Pasó aquella noche en mi casa, y recabamos de él nuevamente la promesa de no volver á probar un vino de tan fatales resultados.

No sabemos si la cumpliría fielmente. Lo que no dejó de cumplirse fué el pronóstico del fantasma: algunos meses después Colasa vestía de luto, y antes de un año se lo quitó para casarse con Antón el herrero.

Juanón está reconciliado con su suegra: enterráronle junto á ella.

A los *aparecidos* no los engendran sólo el vino y la ignorancia en las poblaciones rurales: también son hijos de la malicia y del dolo, y es imputable su aparición á las pasiones más criminales.

Cuando se haya aumentado en la proporción debida el número de maestros de escuela en esas poblaciones, y se haya difundido en ellas mucho más la instrucción y la cultura, entonces habremos adelantado no menos para la completa desaparición de tales fantasmas.

LUCIANO GARCÍA DEL REAL

UNA BODA EN EL TESINO, cuadro de E. Prati

(Exposición artística de Venecia)

NOTICIAS VARIAS

ANTIGUEDAD DE LA GALLETA Ó BIZCOCHO. – La galleta es la forma más antigua del pan, según el *Analista*. Nadie sabe á qué época de la historia del hombre hay que atribuir la introducción de la fermentación ó levadura en la panificación; pero es lo cierto que las pastas ó pasteles fabricados sólo con harina y agua son mucho más antiguos. Se han encontrado de estos pastelillos de pasta ácima ó sin levadura en el fondo de los lechos de los lagos de Suiza, datando de la edad neolítica. Este es el primer indicio relativo al origen de la galleta ó bizcocho, que no es otra cosa que pasta sin fermentar. El bizcocho es un retroceso á la grosera forma del pan de las primeras edades, justificado por sus ventajas en ciertos casos particulares. El pan ácimo ó sin levadura se conserva mucho tiempo, es fácilmente trasportable y puede fabricarse sin dificultad ninguna.

El mayor número de los pueblos antiguos comían el bizcocho en condiciones especiales, ahora en las guerras, ahora en las grandes expediciones por mar ó por tierra. Los griegos lo llamaban *arton dipuron*, es decir, pan puesto dos veces al fuego, mientras los romanos tenían su *panis nauticus* ó *capta*.

Sea como quiera, el bizcocho fué conocido en todos los tiempos y en todas partes fué una de las formas más populares y útiles del alimento.

No es menos singular que la palabra bizcocho implica en su composición el procedimiento con que se fabricaba desde tiempo inmemorial y hasta el siglo pasado, si no más tarde. *Bis*, dos veces, y *coctus*, cocido, es una indicación manifiesta del procedimiento de esta panificación primitiva.

En la actualidad no se cuece el bizcocho sino una sola vez; pero quedó el nombre, creando así por una evolución lenta y natural del progreso un grave problema para los etimologistas del porvenir, los cuales se devanarán los sesos investigando cómo puede llamarse bizcocho un pan no fermentado ni cocido más que una sola vez.

Pero sabido es que tales problemas no espantan ni mucho menos á los etimologistas, los cuales, como los estadísticos, no conocen obstáculos.

(Del periódico: *La Nature*)



Experimento de refracción y de la lente divergente obtenido con un vaso ordinario

FÍSICA SIN APARATOS

EXPERIMENTO DE LA REFRACCIÓN.—El experimento de que vamos á hablar á nuestros lectores necesita un vaso de cristal ordinario, un plato, agua, una moneda de dos francos y un fósforo. Puede presentarse bajo una forma agradable y dar solución á este extraño problema: hacer ver 7 francos 50 céntimos solamente con dos francos.

Tómese una moneda de dos francos y póngase en medio de un plato que contenga agua en cantidad suficiente para cubrir la moneda. Tómese luego un vaso ordinario, y poniéndolo boca abajo, caliéntese con un fósforo.

Luego que el aire interior está caliente, lo que sucede cuando comienzan á empañarse las paredes del vaso, se pone, siempre inverso, sobre la moneda, que ya se colocó en el plato, de la manera que indica el grabado.

El agua va á subir ligeramente en el vaso á virtud de la contracción del aire caliente que se enfría y de la presión atmosférica. Mírese entonces la superficie del líquido y se verán los efectos de la refracción: veráse la moneda de dos francos y por debajo el aspecto de una gran moneda de plata, que ofrecerá el tamaño de una moneda de cinco francos. Mírese en fin el vaso por arriba, y se verá que el fondo de que está formado constituye una lente divergente: quedará una imagen reducida de la moneda de 2 francos en un todo semejante á una moneda de 50 céntimos.

Dos francos, 5 francos y 50 céntimos suman los 7'50 que dijimos. El problema queda resuelto.

En estos curiosos y divertidos experimentos hay muchos puntos de instrucción física, no de mero pasatiempo, para los niños, y aun para los hombres ajenos á estos estudios: dilatación del aire por el calor; contracción por enfriamiento del volumen calentado; ascensión del agua en el vaso bajo la presión atmosférica exterior; refracción, divergencia de los rayos luminosos por una lente. Tales son los diferentes fenómenos que se suceden y que un profesor puede analizar con la extensión necesaria.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILVSTRACION ARTISTICA

Año VI — BARCELONA 10 DE OCTUBRE DE 1887 — Núm. 302

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL ARROYO, cuadro de J. Morera

SUMARIO

TEXTO.—*La boda*, por don Antonio de Valbuena.—*Justicia seca*, por don Cecilio Navarro.—*Lingüística*, por don E. Benot. – *Física sin aparatos*.

GRABADOS.—*El arroyo*, cuadro de J. Morera.—*Una patrulla*, cuadro de Hugo Muhlig.—*Rosas transparentes*, cuadro de F. Vinea. —*El comedor de un mesón*, cuadro de F. Vinea.—*A Rimbalzello*, estatua de Urbano Nono.—*Busto de W. Goethe*.—*Física sin aparatos*.

NUESTROS GRABADOS

EL ARROYO, cuadro de J. Morera

El arroyo es la manifestación más tranquila é inofensiva del elemento acuático. Los poetas le califican casi siempre de manso: tiene muy bien sentada su reputación y no puede despertar sino ideas apacibles como su curso. Prueba de ello es el precioso paisaje de Morera que publicamos en el presente número. Todo es calma en torno; el sol declina; el labriego regresa tranquilamente á su hogar; imposible parece que la naturaleza pueda producir volcanes y que los hombres puedan producirlos de otro género aún más terrible. A cualquiera se le figura que á este pedazo de mundo no han de alcanzar las convulsiones que agitan el otro mundo, llamado más culto con bien frívolas razones.

Y sin embargo, la Arcadia no ha existido en tiempo alguno. Virgilio cantó las delicias del campo, quizás porque no lo conoció bastante. Florián estaba seguro de que Estela y Nemorino no podían existir sino en su imaginación. La tranquilidad de los hombres, habiten la ciudad ó la aldea, tiene un enemigo imposible casi de vencer. Este enemigo, este grupo de enemigos, mejor dicho, es inseparable de la condición humana: se titula *las pasiones*.

UNA PATRULLA, cuadro de Hugo Muhlig

Es una escena de la vida militar reproducida con conocimiento de causa. El paisaje es agradable, las figuras le dan una animación singular. En medio de esa naturaleza riente aparece un punto negro, como decía Napoleón III. La presencia de soldados despierta siempre una idea triste, por más que se haga todo lo posible para disimularlo. El soldado, dicen, se recluta para asegurar la paz. Esto es muy bueno para dicho; lo cierto es que el ejército supone siempre la previsión de la guerra.

Y como guerra y cultivo de los campos son dos ideas que se rechazan mutuamente, por esto no damos un comino por la cosecha de los campos en que aparece esa patrulla.

ROSAS TRANSPARENTES, cuadro de F. Vinea

La mirada del artista se extiende sobre la naturaleza toda. Desde los sentimientos más puros hasta las pasiones más terribles, desde el cielo límpido y sereno hasta el mar azotado por la tempestad, desde el verde pico erizado de vides hasta el pedregoso volcán erizado de llamas; todo entra en el dominio del pintor y de todo tenemos reproducciones valiosas que dan público testimonio del genio. Pero es indudable que entre la inmensa variedad de las manifestaciones de la forma, lo verdaderamente bello, bello en materia y bello en esencia, atrae de una manera singular la preferencia del artista; y siendo la mujer el tipo ideal del que busca la belleza de la forma y la sublimidad del afecto, nada tiene de extraña la preferencia que muchos pintores han dispensado y continúan dispensando á la mujer amada, siquiera no exista sino en la mente creadora del artista ó del poeta.

Vinea, que es un pintor italiano, y con esto se halla dicho que es un pintor poeta, ha ideado también su mujer, como Dante encontró la suya, como Don Quijote tuvo necesidad, igualmente, de su Dulcinea. Donde haya corazón habrá un sitio para el amor, y este sitio lo ocupará la imagen de una mujer. El nombre propio ó simbólico con que se la dé á conocer al público, es lo de menos; lo de más, en tales casos, es que la silueta de la mujer amada viene á ser la expresión gráfica del concepto que el artista ha formado de la belleza

EL COMEDOR DE UN MESÓN
cuadro de Francisco Vinea

De algún tiempo á esta parte muestran los artistas italianos predilección singular por los asuntos en que Baco y Venus predominan en admirable y natural consorcio. No son, á pesar de todo, de mal ver esos cuadros, en los cuales ni el realismo reviste las formas de una verdad repugnante, ni deja de observarse en ellos el talento de sus autores. Pudo este talento inspirarse en asuntos más levantados y en la reproducción de escenas más simpáticas; pero es indudable que la ejecución suple muchas veces lo mal escogido del tema. Pudo, realmente, el insigne Velázquez inspirarse en más noble pasión que la pasión del vino; pero ningún crítico le echará en cara, ni mucho menos, haber pintado el inmortal lienzo de *Los borrachos*.

Vinea ha tenido el buen ó mal gusto de pintar una escena de mesón, en los momentos en que el vino de Asti ha empezado á producir sus naturales efectos. Pero, limitándonos á la ejecución del asunto, hemos de convenir en que el autor ha estado completamente feliz. El conjunto de la concepción es sobremanera animado; los personajes, perfectamente estudiados, forman grupos variados y llenos de vida; y el conjunto de estos grupos, hábilmente combinado, realiza un todo de efecto sorprendente, envuelto en la atmósfera pesada de un comedor que huele á alcohol puro, ó tal vez impuro, aunque por aquel entonces no se conocieran los alcoholes alemanes.

El cuadro de Vinea es una de esas obras que no se obtienen sino después de muchos esbozos parciales, por cuanto no hay en él un grupo, un personaje, un semblante, una actitud siquiera, que no resulten de un estudio ejecutado con verdadera conciencia artística.

A RIMBALZELLO, estatua de Urbano Nono

El título que lleva esta escultura no tiene traducción en nuestro idioma. Representa á un muchacho iniciando un juego ó ejercicio generalizado en Italia, que consiste en arrojar una moneda á la superficie del mar y sacarla de él sin auxilio de las manos. Esta obra artística fué exhibida en la Exposición milanesa de 1885, y aun cuando ninguno desconoció su mérito, fué muy controvertido si merecía ó no el premio ofrecido por el rey Humberto I, que, al fin y á la postre, la fué adjudicado. Antes de obtener este éxito, Urbano Nono no estaba considerado como artista de profesión, sino como un simple aficionado que, en las horas libres de trabajo, estudiaba, por amor al arte, el dibujo y el modelado. Estimulado por su triunfo, abrazó resueltamente la carrera de escultor, y sus obras posteriores han evidenciado que no sin fundamento los jurados del concurso habían descubierto en él aquellos elementos que constituyen á un verdadero artista.

Respecto á si la estatua expuesta en 1885 merecía ó no, en absoluto, el premio de tantos apetecido, no hemos de resolverlo nosotros. Nos permitimos decir, empero, á la vista de esta composición, tan bien estudiada en su contorno, como expresiva y natural en su actitud, que el arte italiano contemporáneo debe ser, por dicha suya, muy rico en obras maestras, cuando la de Nono no reunió en su favor el voto unánime de los jurados. El público que, después de todo, es un juez que raras veces se equivoca, se había anticipado al fallo definitivo del tribunal.

BUSTO DE W. GOETHE

La variedad de conocimientos que concurrió en Miguel Angel como hombre de arte, concurrió, asimismo, en Goethe como hombre de letras. El autor del *Juicio final* fué tan gran pintor como gran escultor y gran arquitecto. A su vez, el autor del *Fausto* fué simultáneamente poeta, autor dramático, novelista, naturalista, sabio en anatomía y físico consumado. Su primera novela, *Werther*, le valió la protección de Carlos Augusto, duque de Weimar, protección tan ciega que le elevó á la categoría de ministro, á pesar de la impopularidad de Goethe, debida á su antigua conducta cuando las guerras del imperio.

El insigne Goethe nació en Francfort (1749) y murió en Weimar, á los 63 años de edad. Su patria, orgullosa de tan preclaro hijo, le ha consagrado diversos monumentos, y uno de ellos es el busto que reproducimos y que decora el frontis de la casa donde exhaló su último aliento. La importancia de Goethe no ha desmerecido con el tiempo, porque el oro de ley raras veces es desestimado. Pero sus tendencias filosófico-sociales no son tan de aplaudir como la forma literaria de que fueron revestidas y que, por esto mismo, dieron lugar á fatales consecuencias. *Werther* será siempre un mal consejero: fiar al suicidio el término de los disgustos de la vida, es un consejo indigno de un hombre del talento inmenso de Goethe.

LA BODA

I

¡Qué guapa estaba Catalina!

Me parece que la estoy viendo, con una basquiña de cúbica que la llegaba hasta cerca de los tobillos, un jubón de alepín de mangas anchas, muy ajustadas á la muñeca, medias azules acuchilladas de encarnado vivo, zapatos atacados con galón de seda, y pañuelo de *Barés* de fondo blanco con listas azules al cuello, coronando todas estas galas una mantilla de franela negra con forro de vitán amarillo y con un terciopelo labrado todo al rededor lo menos de dos dedos de ancho...

¡Ah! y se le veían por entre la mantilla unos magníficos zarcillos de oro francés que casi la posaban en los hombros: como que le habían costado al novio diez y siete reales en la feria de Ramos...

En cuanto al físico, Catalina era una morena... Pero no anticipemos los sucesos... ni los novios.

Catalina está en Los Espejos, pueblecillo risueño y alegre, situado á la derecha del Esla, por más que el Diccionario de Madoz nos diga que está á la izquierda, y nosotros estamos todavía en Salio, que está realmente á la orilla izquierda del río, pero más abajo, á legua y media de distancia.

De modo que todavía tardaremos en llegar un rato bueno.

Un rato que se le va á hacer un siglo á Catalina que nos está esperando desde el amanecer para, en cuanto lleguemos, casarse. Se ha levantado al ser de día, porque no pudo dormir en toda la noche, y espera que te espera, y el novio y el acompañamiento sin llegar... ¡Es claro! como que todavía no nos hemos puesto en camino. Ahora vamos á montar á caballo; pero ante todo, verán ustedes por qué fuí yo de boda.

No es menester decir que Pedrosa del Rey es, para mi gusto, el pueblo más hermoso de la tierra. Con decir que es mi pueblo...

Está situado á la respetable altura de 1060 metros sobre el nivel del mar, en una vega hermosa, fértil y llana como la palma de la mano, á la orilla derecha del Esla, sobre el cual tiene un puente de tres ojos y de más de seis siglos.

A la parte del Norte... Pero la pobre Catalina nos está esperando y no hay que entretenerse en perfiles.

Básteles á ustedes saber que Isidoro, y aprovecho la ocasión para presentar á ustedes el novio, era un excelente muchacho que había sido criado de casa de mis padres muchos años cuando yo era niño.

Era de Salio, lugarcillo situado á un cuarto de legua de Pedrosa al otro lado del río, hacia el Poniente, y todos los domingos me solía llevar con él á su pueblo cuando iba á mudarse.

Por lo cual era yo muy popular en Salio: todos me conocían y yo los conocía á todos. Las niñas me miraban con cierta admiración porque iba bien vestido, porque ya cuidaba Isidoro de que me pusieran de punta en blanco al emprender el viaje. Las personas mayores, ya fuera por agradecimiento á los favores recibidos de mi familia, ya por naturales hábitos de amabilidad y de complacencia, todas eran á hacerme caricias y mimos. ¡Ah! y me llamaban siempre con un diminutivo que aun me está sonando en los oídos y me suena á gloria.

La madre de Isidoro, que era una pobre mujer, me solía obsequiar con nueces, avellanas ú otra fruta según el tiempo, pero en todo tiempo, indefectiblemente, me daba una torreja de pan cubierta con una espesa capa de manteca recién maceada, y sobre la manteca una cucharada de miel, que era mejor que miel sobre hojuelas. No creo haber probado jamás en mi vida otro manjar que me gustara tanto.

Unos años después se había muerto el padre de Isidoro, y éste había dejado de servir para irse á vivir con su madre, la cual, como iba teniendo ya mucha edad y estaba para poco, aconsejó á su hijo que fuera tratando de acomodarse.

Isidoro había conocido á Catalina en Pedrosa, donde ella solía venir á espadar lino todos los inviernos, y le gustaba porque era hacendosa y dispuesta, y además muy bien parecida. ¡Yo lo creo! Y aunque se diga que era guapa, no se dice nada de sobra.

¡Vaya si lo era! ¡Habían de haberla visto ustedes en la última romería de San Tirso, que fué donde le acabó de gustar á Isidoro!

El cual, decidido á complacer á su madre en lo de acomodarse pronto, dijo para sí: Esta me conviene, y como me quiera no he de buscar otra. Así es que en cuanto ella salió á bailar con otra amiga suya, Isidoro cogió á uno de sus compañeros y se fueron á separar la pareja; y, es claro, á Isidoro le tocó bailar con Catalina, y bailó muy á gusto, y hasta gritó una vez: *¡Viva la mía!* al dar la vuelta.

Después Catalina tocó la pandereta y, en lugar de bailar aquel baile, Isidoro se puso á su lado, y, entre cantar y cantar, la dijo cuatro cosas ya un poco alusivas al asunto.

Ella no se presentó mal aquella tarde, y con eso, ya por el invierno adelante, se animó Isidoro á ir á Los Espejos dos ó tres domingos á prima noche y habló con ella en la hila del tío Bernardino, y aun parece que alguna vez al salir de la hila no se marchó él inmediatamente para Salio, sino que se quedó por allí hasta después de la media noche para echar con Catalina un párrafo por la ventana.

Por cierto que en una de éstas le cogieron los mozos del pueblo y le hicieron pagar los derechos de costumbre. Le llevaron á la taberna del tío Pellitero que estaba á la otra orilla del río sobre el cabecero del puente, y tuvo que pagarles media cántara de vino, y además la sosiega, ó sea media azumbre de aguardiente. Pero, eso sí, le llenaron de brindis mientras bebían, deseándole término favorable en su pretensión y augurándole para después todo género de felicidades.

Desde aquella noche Isidoro siguió visitando á Catalina con más frecuencia y con más tranquilidad, y, dale arriba dale abajo, que sí que no, por fin una noche le autorizó para pedirla.

Y efectivamente á los pocos días volvió á Los Espejos una tarde al oscurecer, acompañado de su tío Juan, hermano de su madre, y de su primo Francisco, y se dirigieron los tres á casa de los padres de Catalina, donde ya les esperaban con cena puesta, y después de los saludos de ley y de sentarse todos al amor de la lumbre, el tío Juan, con una emoción parecida á la del confitero retirado de los *Pavos reales*, tomó la palabra y dijo:

– Con que... yo supongo que ya saben ustedes á lo que venimos. Aquí el mi sobrino Isidoro está prendado de Catalina, la hija de ustedes, y quiere hacerla su mujer como Dios manda. Ella, según parece, no le ha dicho que no, y yo vengo... como el muchacho es huérfano de padre, vengo yo en representación de mi cuñado Manuel que esté en gloria, y en nombre de mi hermana á pedir á ustedes la mano de su hija Catalina para...

—Tío, ¿la mano nada más?—le interrumpió Francisco, queriendo quitar á la escena el carácter demasiado diplomático que iba tomando.—A mí me parece, – añadió, – que Isidoro querrá á Catalina entera y verdadera y que no se contentará con una mano sola.

—Bien, hombre, pero así se dice,—repuso el tío Juan, sonriéndose un poco, pero sin perder la gravedad con que había empezado.

—No señor,—replicó Francisco, que tenía sus puntas de persona instruída porque había sido algunos años maestro de escuela de invierno en un pueblo de la Valdavia.—Eso lo habrá usted leído alguna vez en los papeles del secretario, pero lo natural es que V. pida á estos señores á su hija Catalina para mujer de Isidoro...

– Pues nosotros,—comenzó á decir el padre de la novia,—nosotros somos... tenemos... nosotros estamos...—y como no acertaba á seguir adelante acudió en su auxilio su mujer y dijo con discreción sencilla:

– Puesto que los muchachos parece que se tienen inclinación, nosotros no queremos quitársela. Que se casen, y Dios quiera que sea para su santo servicio.

—Amén, tía Josefa, – dijo á media voz, pero con mucha expresión de sinceridad, Isidoro.

– ¿Y tú qué dices?—dijo el padre de Catalina dirigiendo la vista al sitio donde ella estaba poco antes.

Pero Catalina ya no estaba allí: se había retirado ruborizada en cuanto habían comenzado á hablar de ella.

—¡Ah! se marchó la pobre hija mía,—dijo su madre sonriéndose;—pero cuando ella ha consentido á los señores que dieran este paso, ya no es necesario volver á preguntarla su opinión.

– Isidoro ya la sabrá, – dijo Francisco, siempre tratando de quitar gravedad á la escena.

– Creo que sí, —le contestó Isidoro modestamente.

—Pues no hay más que hablar,—dijo el padre de la novia.

La madre salió entonces á buscar á Catalina á la habitación inmediata y la dijo:

– Ven, hija mía, que ya se ha concluído.

Catalina volvió á entrar detrás de su madre y cruzó con Isidoro una mirada tímida al par que cariñosa.

En seguida comenzó la cena, amenizada con algunos chistes del primo del novio, reinando en ella la franqueza y la cordialidad más agradables.

De sobremesa se hicieron los tratos, reducidos á que la novia manifestara su gusto y su deseo respecto de las



UNA PATRULLA, cuadro de Hugo Muhlig

vistas, á que los padres dijeran los enseres, el ganado y las tierras y prados que pensaban darla para comenzar á vivir, y, por último, á que se escribieran las amonestaciones y se acordara el día de la boda, quedando señalado el 9 de julio, sábado por más señas.

Dos semanas antes Isidoro había ido á casa de mis padres y había solicitado de ellos la gracia de que el *señorito* le acompañara en *ese día*, en el día de su boda, en lo cual tendría él y tendrían todos una satisfacción muy grande, añadiendo que ya procurarían obsequiarme (porque el señorito era yo) con la pobreza de que podían disponer y sobre todo con una buena voluntad que no se sabe lo que vale.

Era yo entonces un mozalbete espigadillo que acababa de venir del colegio á vacaciones, tenía quince años para diez y seis, esa edad en que á uno se le figura que todo el monte es orégano, y excuso decir cuánto me alegró de que mis padres no supieran resistir á la petición del pobre Isidoro. ¡Como que así tenía ocasión de hacer de persona, de que me llamaran el señorito y de que me hablaran de *usted*, cosas que en esa edad gustan tanto!... ¡Ah! y además tenía que ir á caballo, y llevar un caballo para mí solo... hasta cierto punto; porque difícilmente me escaparía de llevar ancas. Lo cual por otro lado también era agradable, porque era considerarle á uno como persona formal y...

Efectivamente, al tiempo de montar á caballo, cuando ya casi todos los jinetes llevaban atrás su pareja, resultó que la hermana del novio, Balbina, una muchacha muy repolisca, y no desgraciada, no tenía buenamente con quién ir, y... si el señorito fuera tan amable... y, es claro, el señorito fué tan amable que la mandó ponerse á las ancas de su caballo donde iba ella más hueca que perro con pulgas.

Echamos al trote. Rayaba el sol por las cimas de los montes y la mañana estaba hermosísima. En diez minutos llegamos á Pedrosa, pasamos el puente, y, á la orilla del río arriba, sin entrar por las calles de la villa, nos encontramos por cima de la iglesia.

A la vuelta cuando traigamos con nosotros á la novia, es de rigor que pasemos por todos los pueblos intermedios para que salga la gente á recibirnos y á dar la enhorabuena á los recién casados; mas ahora á la ida, la gala está en que no nos vean, ni en ninguna parte den cuenta de nosotros. Por eso no entramos tampoco en Boca de Huérgano; nos fuimos por las eras dejando á la derecha las casas. A la misma mano dejamos luego á Villafrea y por la vega de San Roque, tapa, tapa, tapa, llegamos en un periquete á Los Espejos, donde se nos recibió con una docena de salvas disparadas con escopetas del sistema antiguo.

No pudimos ir á apearnos á casa de la novia: no estaba bien: la etiqueta lo prohibía. Nos apeamos al extremo opuesto del lugar en la portalada de la casa de un pariente lejano del primo de Isidoro, y, desde allí, después que el novio y todos los demás hombres formales se pusieron la capa, prenda de rigor en todas las bodas aunque sean en julio, fuimos en procesión á buscar á la novia á su casa.

Entramos por ancha puerta de arco en el portal que era muy espacioso, y vimos tendido en el medio un cobertor azul de tinte fino y encima dos almohadas guarnecidas de encaje casero.

No había visto yo todavía de tan cerca ninguna otra boda de labradores y no sabía lo que aquello significaba.

El novio y el padrino, que era el mismo tío Juan que fué á hacer los tratos, entraron los primeros y llamaron:

—*¡Deo gratias!*

—*¡A Dios sean dadas!* – contestaron de adentro, lo cual era como decir: ¿quién es?

—*Gente de paz*, – replicó el tío Juan con voz un tanto conmovida.

Un minuto después aparecía por la puerta de la derecha el padre de la novia, y, sin saludar en la forma ordinaria, por no ser de ritual el saludo en semejantes casos, preguntaba de la manera más diplomática posible:

—¿Qué se les ofrece á ustedes?

—Aquí venimos, – le contestó el padrino en el mismo tono,—en busca de una prenda que V. nos ha ofrecido...

—¿Es esta? – preguntó el padre de la novia, después de haber entrado en una habitación de donde sacaba en la mano una escopeta de Eibar.

—No, señor; no es arma de muerte, – le contestó el padrino.

—¿Será ésta?—volvió á preguntar el dueño de la casa, sacando en la mano una jarra de cristal fino.

—No, señor, – contestó el padrino impasible, – no es esa; es otra que tiene V. y tenemos nosotros en mucho más aprecio; es su hija Catalina á quien hace dos meses, por mediación mía, pidió á V. mi sobrino por esposa.

—¡Catalina! – dijo entonces el padre en voz alta; – ven, que á tí te buscan estos señores.

Y salió Catalina muy hermosa, con aire de encantadora y sencilla modestia, y ataviada como la he descrito al principio, diciendo: — Buenos días tengan ustedes.

Tras de la contestación afectuosa de los que acompañábamos al novio, dijo á Catalina su madre que salía con ella:

—Mira, hija mía, estos señores quieren que le cumplas á Isidoro la palabra que le has dado...

—Eso es,—dijo el padrino con su acostumbrada gravedad; – si estás á cumplir la palabra que has dado, vente con nosotros á la iglesia.

—Iré, con la bendición de mi padre, – dijo Catalina con voz apenas perceptible. Y dicho esto se arrodilló sobre las almohadas que estaban encima del cobertor azul, inclinando profundamente la cabeza.

Entonces, su padre, tomando el aire de uno de los antiguos patriarcas, levantó la mano derecha extendida y dijo haciendo al mismo tiempo sobre su hija la señal de la cruz: Yo te bendigo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. – Y añadió besándola en la frente al tiempo que ella se levantaba:—Dios te dé, hija mía, toda la felicidad posible en esta vida y después la felicidad eterna.

—Así sea, – contestamos todos.

Catalina besó respetuosamente la mano á su padre y á su madre y poniéndose al lado de la madrina y de las otras mujeres que iban á acompañarla, dijo con voz media apagada: – Vamos, – y echamos á andar todos.

Al salir á la calle se repitieron las salvas sonando una especie de descarga cerrada que se fué convirtiendo en fuego graneado, pero sin cesar, hasta que llegamos á las puertas del templo.

ANTONIO DE VALBUENA

(Continuará)

JUSTICIA SECA

I

Erase un ayuda de cámara, que no parecía sino un duque, vestido siempre de seda y oro y buscando aventuras como los caballeros andantes; sino que las buscaba al revés, si así expresamos el concepto, como quiera que él hacía lo que otros deshacían.

Hacía entuertos.

Pero los hacía, eso sí, con mucha gracia, porque era travieso y decidor como un bachiller, cortés y bien hablado como un gentilhombre, muy galán de suyo y no poco rumboso de ajeno.

Con tales y tantos méritos, no hay ya que extrañar que hubiera adelantado tanto en su carrera, pues habiendo comenzado por ayudar á un barón, era á los veinticuatro años de edad nada menos que ayuda de cámara de un príncipe real, de un heredero de la corona de Inglaterra, de Enrique V sin número de orden todavía.

No hay para qué decir si á la sombra de este árbol podría extenderse paje tan provecto ejercitando sus grandes aptitudes, tanto más cuanto que el príncipe no era tampoco hombre escrupuloso, y fué él mismo quien por informes favorables hubo de solicitar el servicio del paje, no el paje el servicio del príncipe.

Sea de esto lo que quiera, ello es que los dos estaban muy bien hallados, porque el ayuda de cámara se sabía de memoria todas las leyes de la etiqueta y todos los gustos y costumbres del príncipe, y lo servía á las mil maravillas, y por sahumo, aun lo divertía con sus cuentos picarescos, sus pasos de comedia y de crónica siempre escandalosa, y sus chistes y facecias del mismo agrio sabor.

Con esto estimaba mucho el príncipe á su paje, lo quería, que es algo más, y antes que perder tal alhaja, hubiera perdido de buen grado todos sus caballos y perros.

No podía exigirse más de un príncipe en aquel tiempo en que el hoy frondoso árbol de la libertad, igualdad y fraternidad no había dado aún la primera flor, ni aún la primera hoja.

Fuera de esto, la estimación susodicha venía á ser una justa compensación, no precisamente por lo que el paje por su parte estimaba al príncipe, sino porque lo servía de balde ó sin salario.

Tampoco podía exigirse más generosidad á un pobre diablo.

Lo servía sin salario... pero tenía la llave de la gaveta... y váyase lo uno por lo otro.



ROSAS TRANSPARENTES, cuadro de F. Vinea



EL COMEDOR DE UN MESÓN cuadro de Francisco Vinea

II

—Jorge, —dijo una noche el príncipe á su paje, que le ayudaba á vestirse para un baile.

—Señor, —contestó el paje inclinándose respetuosamente, pues aun en tal privanza, no olvidaba jamás las leyes de cortesía.

—Hoy me han dado otra queja de tí.

—¿De mí otra queja?

—Sí, por cierto.

—No lo extraño, señor: en este pícaro mundo no tiene uno más honra que la que quieren darle.

—Es verdad.

—El Evangelio.

—Pero, ¿no recuerdas haber hecho alguna picardihuela?

—Señor,—contestó Jorge con picaresca sonrisa, —no tengo ningún escrúpulo de conciencia.

—Pues con todo eso, es grave la queja de hoy.

—Pues no recuerdo, señor... yo pago siempre todo lo que bebo y nunca tomo la vuelta...

—Así debes hacerlo, estando á mi servicio.

—Doy á los pobres lo que me piden; y sin ir más lejos, la otra noche se empeñó un marido celoso en que le diera algo, y le dí un coscorrón en el testuz con el pomo de la espada.

El príncipe celebró el chiste con una gran carcajada.

—Así debo hacerlo, señor, estando á vuestro servicio —repuso Jorge.

—Pero la queja es más grave,—dijo el príncipe.

—Pues, señor, es azotar á un Cristo, porque yo huyo siempre de los enemigos del alma.

—Y ¿quiénes son ahora esos señores?

—No los conozco... sino para servirlos.

—Y á Mary Smelton... ¿la conoces?

Jorge se encogió de hombros y contestó sonriendo:

—¡Conoce uno á tanto enemigo del alma!...

—¿Un demonio es?

—No, por cierto, señor.

—¿Un ángel?

—Tampoco.

—Pues ¿qué es Mary Smelton?

—Es... carne, señor, carne.

El príncipe soltó otra carcajada.

Luego dijo seriamente:

—Pues esta mañana vino su padre á quejarse de tí por no sé qué desaguisado en que media el honor de su hija, y tuve que imponerle silencio porque ponía el grito en el cielo, y era bien cortar el escándalo.

—¡Qué audacia!

—Bajó entonces la voz, pero no el fervor de su querella, y porque me dejara en paz y no se fuera descontento, le arrojé un bolsillo de dinero.

—¿Qué más quería?

—Pues lejos de aceptar transacción tan ventajosa, levantó del suelo las rodillas y me dijo con cierto entono que no venía á pedirme dinero, sino justicia.

—¡Qué insolencia!

—Tuve, pues, que despedirlo tan agriamente que no creo que se atreva á reproducir la queja.

—Siento, señor, haber sido causa, aunque inocente é indirecta, de vuestra justa pesadumbre, y juro no volver á...

—No jures, que reincidirás.

—Desde esta noche hago voto de castidad, señor.

—No exijo yo tanto, que el cielo, si á él aspiras, se puede ganar por otros caminos; mas sí quiero por tu parte, para evitar compromisos, más cautela, más doblez, menos ingenuidad, y no eso de entregarse así con palabra de casamiento.

—No es tan ingenuo el que la da sin ánimo de cumplirla.

—Más libre queda el que no la da de ninguna manera.

—Hay peces tan espantadizos que sólo se dejan pescar con ese anzuelo.

—En fin, de esta ya has salido. No vuelvas á caer en tentación.

—¿Cómo he de caer ya, señor, si hago voto de castidad como hice voto de pobreza?

El príncipe ya vestido se fué riendo á carcajadas.

—¡Qué poco pudor hay ya en el mundo!—exclamó Jorge, ya á solas con su expresión más picaresca; ¡ir una doncella á confesar sus culpas á su padre! ¡Venir un padre á confesar las culpas de su hija á un príncipe, que después de todo, no es ningún confesor! ¡Qué mujeres! ¡Qué hombres!

III

Había pasado algún tiempo, y una mañana, cuando menos pensaba Jorge en la querella del padre de la desdichada Mary, pues había ya olvidado hasta el santo ó santa de su nombre, veis aquí que llega un alguacil al palacio, ni más ni menos que á una cabaña, y pone en manos del paje un pliego de oficio.

El alguacil se retiró, hecha la diligencia, sin hablar una palabra, ni el papel daba tampoco explicaciones.

Era una simple citación, una orden de comparecencia ante el tribunal de justicia.

Jorge se puso pálido.

No estaba acostumbrado á ajustar sus cuentas con la justicia y temía á esta liquidación, tanto más, cuanto que debiendo mucho y acreditando poco, tenía que declararse insolvente.

Los insolventes de justicia son culpables siempre; y á éstos, cuando no el capital ni las costas, siempre se les busca el bulto; cuanto más, cuando hay de todo en la viña del Señor.

Pero era muy gallardo el bulto del ayuda de cámara para que él mismo lo entregara á la responsabilidad de sus deudas de justicia.

¡Deudas de justicia!

Quitadle una cuña á este edificio y se viene todo abajo: quitad la justicia á las deudas de justicia y desaparecen estas deudas.

¿Quién quitaría la cuña que estorbaba al ayuda de cámara.

Jorge fué resueltamente á entregar la orden judicial al príncipe, su poderoso valedor.

—¿Qué travesura has hecho?—le preguntó el príncipe después de leer el mandamiento.

—Ninguna, señor, —contestó el paje seriamente.

—¡Ninguna!

—Ahora es cuando puedo jurar y perjurar que estoy inocente, pues desde la otra vez no he quebrantado mis votos; y siento no ser caballero para jurar y perjurar sobre la cruz de mi espada, pero juro y perjuro protestando de mi actual inocencia, por todo el honor que pueda caber en el pecho de un ayuda de cámara, el cual quiere también su alma para Dios.

—¿A qué dios aludes, á Júpiter ó á Baco? —preguntó el príncipe sonriendo.

—Al Dios verdadero, —contestó el paje, sin perder su seriedad ni su palidez.

—Pero, ¿quién es tu Dios verdadero?

—No nos metamos, señor, en esas teologías y baste mi juramento, que es de honor... relativamente.

—En hora buena: teniendo tan limpia la conciencia no debes tener temor ninguno.

—Ninguno tengo, señor: quien no debe nada... con nada paga.

—Entonces comparece ante el tribunal.

—¿Ante el tribunal he de comparecer?

—Es lo mejor. Mas por lo que pueda ocurrir, no te olvides de decir que estás al servicio de mi persona y no necesitas más recomendación.

—¡Oh! esas son las generales de la ley, y sin esa advertencia, por ahí he de comenzar mi declaración.

IV

Y compareció ante el tribunal.

El pobre padre de Mary Smelton, despedido tan agriamente por el príncipe, después de haberlo avergonzado tasando el precio de su deshonra, llevó su justa querella en toda forma á vías de justicia.

El tribunal la dió por bien presentada, tomó declaración al acusado, y á pesar de las *generales de la ley*, que excusaban toda otra recomendación, halló méritos bastantes para dictar auto de prisión, y Jorge, ayuda de cámara del príncipe heredero, fué reducido á prisión en el mismo acto.

No había para qué incomunicarlo, y pudo así el paje avisar sin perder tiempo á su amo, rogándole á la vez que si había hallado gracia en su magnánimo corazón, se dignara tenderle su poderosa mano para sacarlo de abyección tan vergonzosa.

Enrique, que como joven era impetuoso, y altivo como príncipe real, saltó de su asiento como por un resorte al leer tan inverosímil noticia; y dejando allí sus pasatiempos enderezó al tribunal, resuelto á pedir cuenta del agravio hecho á él en la persona de su paje.

Y con tal resolución, su ímpetu y altivez, entró atropelladamente en la sala de justicia.

El tribunal estaba juzgando ya otra causa.

—¿Dónde, —dijo interrumpiendo el acto, —dónde está mi ayuda de cámara Jorge Wilson?

El presidente, sir William Gascoyne, miró con asombro al príncipe, á quien conocía perfectamente, y en su gran sorpresa no acertó á contestar al exabrupto.

Pero el príncipe lo repitió más insolente, y esta reincidencia puso ya á tono al magistrado.

—¿Con qué derecho, —le preguntó á su vez, —os atrevéis á hacerme tan improcedente pregunta, estando yo *pro tribunali*?

—Deberíais saber que soy el príncipe heredero de la corona de Inglaterra.

—Yo no debo saber más que administrar justicia.

—¿Dónde está mi ayuda de cámara? —volvió á preguntar el príncipe, más exaltado por la contradicción.

—Aunque no tengo la obligación, quiero tener la cortesía de contestar al príncipe heredero de la corona de Inglaterra. Está en un calabozo.

—¡En un calabozo!

—Donde debe estar.

—Yo, yo mando que se ponga inmediatamente en libertad.

El presidente se levantó sereno, majestuoso, grande como un gigante, y contestó con voz reposada, pero enérgica, como dictando un auto:

—Guárdese el mandamiento, pero no se cumpla.

—¡Pero no se cumpla! —exclamó el príncipe en son de escándalo.

—No se cumplirá,—repuso el magistrado con firmeza.

—¡No me obedecéis!

—¡Aquí no se obedece más que la ley!

—Pero el rey puede derogarla.

—Eso es. Y si queréis á toda costa la libertad de vuestro criado, recurrid al rey para que la derogue. Pero notad que entonces obedeceré otra ley, no vuestro mandato.

—Tanto orgullo deprime más y más mi dignidad de príncipe, y os advierto que no estoy en ánimo de tolerarlo ni de humor de hacer todas esas diligencias. Mando, pues, que inmediatamente...

—¡Basta!

—Mando...

—¡Silencio!

Y el silencio se impuso como á la fuerza á la augusta voz del magistrado.

Después de una solemne pausa, repuso éste:

—Aquí represento yo la ley y administro justicia en nombre del rey, vuestro padre. En ambos conceptos me debéis respeto y obediencia, príncipe. Yo, con la ley en una mano y la autoridad en otra, os mando que desistáis de un empeño tan temerario, dando ejemplo de sumisión á los que han de ser mañana vuestros súbditos. Pero no basta desistir, príncipe heredero de la corona de Inglaterra; habéis cometido un acto punible faltando gravemente á esos sagrados respetos, y yo no puedo dejar impune tan grave falta sino manchando mi honrada toga. Os mando, pues, que os sometáis de buen grado al castigo merecido y os deis preso en nombre de la ley.

El príncipe estaba sorprendido, confuso, avergonzado, hasta arrepentido de su temeraria violencia.

En tan buena disposición faltaba sólo un toque para decidirlo.

Y el magistrado lo dió.

—Príncipe,—dijo,—en nombre del rey, vuestro padre, á quien aquí represento, obedeced mi mandato, dando una prueba heroica de vuestro respeto á la ley.

El príncipe se desciñó la espada en silencio, la puso en la mesa del tribunal y se dió preso.

V

La noticia de la prisión del príncipe heredero de Inglaterra fué un asombro en la corte y un escándalo en palacio.

Los más allegados al trono se creían agraviados en la persona del príncipe, y protestaban á una contra lo que llamaban crimen de lesa majestad.

Pero á pesar de su indignación, no se atrevían á comunicar al rey la noticia, temiendo sin duda ser ellos las primeras víctimas de su justa cólera.

Tenían razón en cierto modo, porque el hecho era en verdad inaudito.

Pero el mismo rey vino á sacarlos del conflicto refiriéndoles lo que había sabido ya por más autorizado conducto.

Y cuando los palaciegos esperaban con temor que estallaran ruidosamente sus iras, levantó los ojos y los brazos al cielo el bueno de Enrique IV y redondeó este acto de valor cívico de su magistrado con estas nobles palabras:

—¡Oh Dios, valedor mío! ¡Gracias por tus señalados beneficios! ¿Cómo no ha de ser grande y poderoso el reino en que tan bien asentada está la justicia? *¡Fiat, fiat justitia et ruat cœlum!*

VI

¿Y el paje?

Cuando tales vientos corrían para los príncipes, ¿cómo correrían para los pajes?

El paje quedó donde debía estar... en el calabozo, sujeto á las resultas de la causa.

Cecilio Navarro

LINGUÍSTICA

El estudio de las vocales y de las consonantes, nó precisamente en una sola lengua, sino en el mayor número posible, ha ido perfeccionándose en lo que va de siglo de modo tan profundo, que la Lingüística se ha hecho ciencia de la mayor importancia. El descubrimiento de las leyes que rigen los sonidos, y el conocimiento de sus cambios y transformaciones, son el único fundamento *científico* de las etimologías. Lenguas al parecer distintas, resultan así emparentadas; y en grupos diferentes tienen que clasificarse lenguas á primera vista afines. La lingüística, pues, ilustra de este modo la historia primitiva de los pueblos, cuando faltan documentos positivos que suministren pruebas de haber estado ó nó en contacto y comunicación;—que no es concebible el hecho de ser el fondo de la lengua de un pueblo, el mismo que el de otro pueblo muy distante, sin suponerles afinidad en época ignorada. Así se prueba que los gitanos proceden de la India.

Conocimiento profundo de las generalidades de muchas lenguas necesita el lingüista; lo que, naturalmente, lo conduce á dejar á un lado la práctica de todas ó de la mayor parte; por lo cual no es raro encontrar apreciabilísimos lingüistas incapaces de hablar ni aun medianamente otra lengua que la suya; al paso que se da el caso de personas que hablen bien cuatro ó cinco lenguas sin tener conocimientos profundos en lingüística.

De aquí que los lingüistas, satisfechos y hasta orgullosos con sus vastos conocimientos generales, miren tal vez con menosprecio á los poliglotos, y nieguen hasta el nombre de ciencia á la arquitectura de las lenguas.

No hay motivo para semejante menosprecio.

Los hombres que investigan el porqué es, no podrán



A RIMBALZELLO, estatua de Urbano Nono

jamás tener razón contra los hombres que estudien el CÓMO ES. Unos y otros son obreros de la inteligencia; sus descubrimientos se completan y compenetran en un todo; y precisamente la división del trabajo hace llegar á resultados asequibles solamente á los hombres de cada especialidad.

Es anticientífico despreciar los trabajos de la inteligencia humana. Claro es que no todo puede conservarse. La astrología, la alquimia, la ciencia (!) del blasón, el sistema de Ptolomeo, los términos-medios de Ticho-Brahe... en una palabra, cuanto hoy por hoy y mientras viene algo mejor no se avenga con la teoría de la evolución, la doctrina de la unidad de las fuerzas físicas y la conservación de la energía, es enteramente inadmisible por los hombres de la ciencia actual. Pero, ¡cuánto tiene aún que conservarse perteneciente á lo que, como organismo científico, hubo de desaparecer! Así quedan aún las osamentas de razas extinguidas, como documentos apreciabilísimos de lo pasado. Así también no hay por qué rechazar los preciosos descubrimientos de los alquimistas: la copelación del oro y de la plata: los óxidos del plomo... de Alberto el Grande: el calomelano de Raimundo Lulio: el ácido sulfúrico, el clorhídrico, el nítrico, cuyas propiedades ya vió Arnoldo de Vilanova; el fósforo de Brandt... ¡Oh! El error y la casualidad han engendrado grandes hijos.—El dato no muere nunca.—Lo que muere casi siempre es su explicación.

¿Quién va á rechazar los teoremas de Euclides, el tornillo de Arquímedes, las encantadas proporciones de la Venus de Milo... la experiencia toda de la antigüedad, el pan, el remo, la honda, el vidrio, el papel... en fin, cuanto no pugne con la edad moderna ni con la civilización actual? Los descubrimientos guárdense: en las verdades conquistadas, comúlguese.

La filología presenta ejemplos de conclusiones hoy tan absurdas como las de la más vana astrología; por ejemplo, las de que Adán habló vascuence en el Paraíso y que los españoles comunicaron su lengua á los romanos, siendo, por tanto, el latín un castellano corrompido. ¿Quién va á conservar estas demencias?

Si se trata de averiguar el CÓMO se ha producido el lenguaje en general, preciso será á la sinceridad científica responder que carecemos de datos para formar la ciencia de la evolución lingüística; y, si se tuviese en gramática general aquella teoría que diera razón del proceso evolutivo hasta los actuales idiomas desde lenguas anteriores, ya conocidas, ya ignoradas en gran parte, ya sospechadas solamente, y *plus ultra* hacia atrás siempre en dirección al origen de los pueblos, entonces también sería preciso decir que ni esa ciencia existe todavía, ni acaso exista nunca por falta de datos; á menos que la conjetura usurpe su puesto á la observación. Las dificultades de esta clase de investigaciones son inmensas. Razón, en verdad, para continuar investigando.

Pero si, para un determinado fin (por ejemplo, saber CÓMO hoy se habla), otra ciencia limita—por falta de datos y mientras no los haya—el campo de sus exploraciones, y no pregunta PORQUÉ en francés y en alemán y en latín... no existe la forma castellana

ESTOY *leyendo*, ESTUVE *paseando;*

ó PORQUÉ carece el inglés de las variantes españolas

HE DE *escribir*,
HABRÉ DE ESTAR *escribiendo*,
las TENGO *escritas*,
VENIMOS *diciendo*
IBA *el ejército mandado por un temerario;*

ó PORQUÉ en alemán el determinante simple precede al determinado y lo sigue el determinante en que hay verbo; ó bien PORQUÉ existen lenguas en que el acento persiste sobre el radical, mientras que en español viaja

ámo, *amó*
amáre, *amaré*
amígo, *amistád* etc.

ó PORQUÉ los verbos y las formas de acción se aplican á los acaecimientos, variaciones, relaciones, etc., que *suceden* pero nadie *hace*, como

nace, *muere*,
varía, *adelanta*,
atrasa, *llueve*,
truena, *amanece*, etc.

ó PORQUÉ en español no hay, como en muchas otras lenguas, construcción interrogativa, sino intonación interrogativa

¿Viene? – Viene;
¿Vive? – Vive;

si no se investiga por cuál rara coincidencia la intonación es el mismo medio interrogativo en español que en chino; ni por cuál reunion de circunstancias se indican con signos las relaciones temporales en las lenguas bien ó mal llamadas aglutinantes, lo mismo que en el actual inglés de hoy, lengua que de flexiva y desinencial ha venido á parar en lengua de símbolos de relación; si no se pregunta tampoco el PORQUÉ de los absurdos que hormiguean en la fraseología de todos los idiomas,

la ventana CAE *á la calle*,
el sol SE PUSO,
CUARENTENA *de siete días*, etc.

si, pues, reconociendo la importancia, magnitud y trascendencia de esas utilísimas investigaciones referentes al origen y á la evolución de las lenguas, no se inquiere, sin embargo, el PORQUÉ una lengua FUÉ, ni tampoco qué caminos recorrió para *llegar-á ser* lo que hoy es; antes bien, con menos aspiraciones y más concreta finalidad, se trata únicamente de averiguar el CÓMO es cada idioma en el momento presente, para luego relacionarlos todos en sus puntos de contacto, de analogías, ó de similitud... entonces indudablemente, hay datos más que bastantes (puesto que

conocemos tantas lenguas vivas) para la institución razonada de una ciencia importantísima, en cuyo terreno no entra la lingüística, y cuyo objeto es nada menos que establecer hasta en sus últimos pormenores LAS LEYES ACTUALES DEL HABLAR, condición imprescindible de la sociabilidad humana, é historia incomparable de la evolución de nuestra especie.

Nunca estudiando los animales fósiles se llegará á conocer toda la anatomía actual; pero estudiando la anatomía actual, se llegará á conocer mucho de lo que fueron las especies fósiles.

Analizando sólo lenguas muertas no se vendrán á descubrir TODAS las leyes de la expresión del pensamiento; pero, por el estudio de los idiomas vivos, se llegará á inferir mucho de lo antiguo. Lo moderno es siempre más complejo que lo primitivo, más analítico, más distinto, más rico; y, si mucho y bueno de lo primitivo no ha llegado hasta nosotros, en cambio nuestros mejores medios analíticos compensan grandemente lo que pudiera faltarnos en cuanto á la riqueza de las FORMAS; pues, respecto de lo esencial nada puede faltar, sopena de suponer una degeneración de la inteligencia humana.

Cuando se habla del latín y del griego, siempre se los califica de lenguas sabias; lo que implica mucho de menosprecio con respecto al castellano; para lo cual no hay razón ninguna; porque, si hemos perdido algo en lo desinencial, en cambio hemos ganado mucho en lo analítico. El latín, por ejemplo, carece de artículo: no puede expresar en su conjugación las finas distinciones propias de las formas españolas

amo, estoy amando
leía, estaba leyendo, etc.

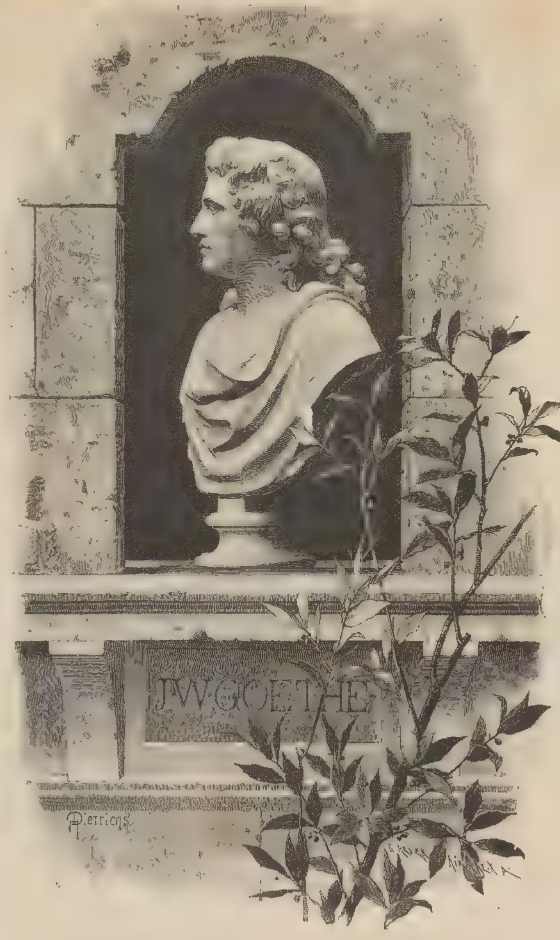
y, ya que la índole de este trabajo obliga á entrar en pormenores algún tanto técnicos, obsérvese el como la frase latina

regis filius

tiene que ser, por indeterminada, muy inferior á las españolas

hijo de rey
hijo de un rey
hijo del rey
un hijo de rey
un hijo de un rey
un hijo del rey
el hijo de rey, etc.

distinciones analíticas de que el latín es incapaz.



BUSTO DE W. GOETHE

Las exageraciones de los lingüistas carecen, pues, de fundamento, porque los fines que ellos persiguen son muy distintos de los que persiguen el filólogo y el poligloto. Todos podemos conocer una lengua determinada, sin conocer sus afinidades fonológicas con otras, ni sus antecedentes evolutivos, como podemos conocer el caballo sin saber cómo vino de la cebra; como podemos conocer la pera sin saber que procedió del peruétano; como podemos conocer el terreno que labramos, y de donde recogemos nuestras cosechas, ignorando su historia geológica, y sus relaciones con las montañas colindantes. ¿No es de evidencia que puedo saber bien caligrafía sin haber estudiado paleografía? Y ¿no es claro que, aun sabiendo paleografía española, se me pudiera decir que para ascender hasta los orígenes, ella sola no basta y que es absolutamente necesario estudiar alfabetología? Para escribir claro y rápidamente, consignar en el papel mis pensamientos, y comunicarlos á mis semejantes me estorba todo lo que no sea conducente al objeto. Debo, pues, ejercitarme solamente en formar las curvas en que nos adiestra la actual caligrafía. Nada POR EL PRONTO de las intrincadas complejidades de la paleografía ni de la historia de los alfabetos, mientras se trate únicamente de comunicarnos hoy por escrito con nuestros amigos y relacionados.

Pero es más, y aquí se toca ya la esencia de la cuestión. Importantísima es la ciencia de los sonidos constituyentes del cuerpo de las palabras. Mas ¿porqué emitimos esos sonidos? ¿Sólo para regalar el oído con vibraciones del aire, más ó menos agradables y caprichosas?

Nó, sin duda. Emitimos esos sonidos para hablar. Y ¿qué es hablar? ¿No es combinar las palabras de un modo peculiar y propio de cada lengua, para poder formar los nombres de los objetos y de sus actos?

Nadie, desapasionado, ve en los sonidos una lengua, como tampoco nadie ve en los ladrillos una casa. Lo cual no quiere decir que los materiales no influyan en que un edificio sea ó nó húmedo, caloroso ó frío, etc. Los sonidos harán una lengua más ó menos agradable, pero no harán la lengua: la lingüística nos dirá CÓMO unos sonidos se evolucionan en otros, al modo que otra ciencia nos da razón de CÓMO los cuarzos y cantos rodados pierden sus formas angulares arrastrados por las aguas; pero no nos explicará el CÓMO con sonidos HABLAMOS; de la misma manera que la geología no puede darnos razón de la pared ni de la casa con los cantos construída; que la lingüística es á la arquitectura de las lenguas como la geología á la arquitectura de los edificios. Los sonidos no son lenguas: son sus materiales sólo. Lengua es el sistema de composición de esos medios materiales. La fonología es importantísima, pero desligada hasta cierto punto de las construcciones sintácticas.

¿Entendería ahora Cicerón, si resucitara, á los profundos latinistas romanos que extienden los Breves y las Bulas de los Papas? Y ¿no se tiene á los redactores de los documentos Pontificios por eminentes en latín?

Nó: en los sonidos no está lengua ninguna: lo está en sus especiales construcciones y en su arquitectura especialísima. La lingüística no da razón de la arquitectura de las lenguas, y, por tanto, no debe despreciar trabajos que no entran dentro de su jurisdicción.

E BENOT

FÍSICA SIN APARATOS

EXPERIMENTO DE LA FUERZA CENTRÍFUGA. – Tómese una pantalla con la mano izquierda, como representa la figura, y con la mano derecha hágase girar hábilmente una moneda de diez céntimos, por ejemplo, contra la superficie interior del cono; al mismo tiempo imprímase un movimiento de rotación á la pantalla y la moneda rodará sin caerse. Si se disminuye la celeridad de la rotación, descenderá poco, sin dejar de rodar, hacia el fondo del cono; y si por el contrario se aumenta la rapidez, la moneda subirá acercándose á la circunferencia superior.

El movimiento de la moneda, una vez lanzada, continúa todo el tiempo necesario para realizar el movimiento circular. La moneda se mantiene por la acción de la fuerza centrífuga y gira inclinada á la manera que el jinete en un circo.

El experimento que indicamos es fácil de realizar, pues sólo necesita algunas pruebas, sobre todo para lanzar la moneda al movimiento de partida, sin exigir del operador una destreza excepcional. Lo hemos ejecutado nosotros fácilmente y hecho ejecutar á personas poco duchas en juegos de manos.

A falta de pantalla, puede hacerse uso de cualquier otro instrumento cónico; pero la pantalla de cartón es el objeto con que el experimento que señalamos da más fácil resultado.

Parece que algunos aficionados no han obtenido el resultado apetecido, mientras otros han operado perfectamente, si bien después de algunos ensayos. Recomendamos á los primeros perseverancia en el empeño, y obtendrán al fin un resultado infalible, como consecuencia de leyes físicas, leyes naturales, infalibles también por consiguiente.

Este experimento ha dado ocasión á Mr. L'Esprit de efectuar otro relativo á la inercia, recordando el juego de destreza que hacen ciertos saltimbanquis, consistente en hacer girar una moneda de cinco francos, de plata, sobre un quitasol japonés de papel, como los que se suelen vender en las grandes capitales.

El quitasol gira con la mayor rapidez y la moneda de cinco francos parece inmóvil á los ojos de los espectadores; y en realidad el quitasol es el que gira bajo la moneda. Mr. L'Esprit indica con mucha razón que hay aquí un ejemplo notable del principio de la inercia. Nosotros hemos visto ejecutar este juego de destreza á varios acróbatas japoneses; pero al revés del experimento de la pantalla, requiere éste mucha habilidad de manos; en realidad pertenece esto ya á los ejercicios de los prestidigitadores.



La fuerza centrífuga demostrada por medio de una pantalla y una moneda



Experimento de la inercia.—Moneda girando sobre un quitasol japonés

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILVSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 17 DE OCTUBRE DE 1887 — NUM. 303

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA CONFIDENCIA, cuadro de M. Ebersberger

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

LA CONFIDENCIA, cuadro de M. Ebersberger

Si es un mérito, en bellas artes como en literatura, decir mucho ó expresar mucho con el menor número de palabras ó de personajes, sin duda el cuadro que reproducimos tiene ese mérito. Su asunto no puede ser más transparente: una noble doncella se ha enamorado sin permiso de sus padres, quizás á despecho de éstos. La pena la agobia; porque todas las penas que se devoran en secreto, producen el efecto de anonadar al que las experimenta. Como el vapor necesita de la válvula para no convertirse de elemento de vida en elemento de destrucción, la tierna doncella ha de desahogarse en el seno de algún amigo; pero en los castillos feudales los amigos verdaderos escasean, y mucho más los amigos que comprendan á las almas enamoradas. Únicamente el sacerdote, el ministro de un Dios todo amor, puede recibir sin enojo y sin escándalo la confidencia de la noble doncella. Y la confidencia tiene lugar; y he aquí el asunto del cuadro de Ebersberger.

La composición no puede ser más sobria ni más expresiva. La doncella ha confesado su falta y no se siente con valor para mirar al rostro de su confidente; éste contempla á la joven con ojos compasivos: en nombre de Dios la ha perdonado; falta saber si sus padres serán tan misericordiosos como Dios.

MUERTE DE LUCANO, cuadro de J. Garnelo

El gran poeta latino Marco Annæo Lucano es una de las glorias españolas. Córdoba fué su patria y su nacimiento tuvo lugar el año 38 de la era cristiana. Fué su padre el caballero Annæo Mela, que gozaba gran reputación y valimiento en la corte de los emperadores romanos, valimiento que había de causar la desgracia de su hijo. Fué éste educado en Roma y en Atenas, y sus propios merecimientos, al par que la privanza de su padre, le granjearon la amistad de Nerón; amistad temible, porque es raro que quien se duerme en el seno de un tigre, no amanezca despedazado.

Lucano era poeta, en toda la extensión de la palabra, y Nerón pretendía serlo; porque Nerón pretendía serlo todo, incluso Dios. Quiso el emperador disputar á su amigo el premio que debía adjudicarse á una composición sobre la fábula de Orfeo, y el poeta alcanzó el laurel disputado por el césar. A Nerón no se le ofendía impunemente en cuestiones de amor propio: rival de su amigo, formó la resolución de perderle á todo trance. La ocasión no tardó en presentarse: las crueldades injustificadas del emperador eran ocasión de frecuentes conspiraciones contra su persona. Lucano, entusiasta de la libertad y de la antigua fiereza romana, entró en tratos con los enemigos del césar; la trama fué descubierta y Lucano condenado á muerte. La única gracia que le hizo su amigo el emperador, fué dejarle escoger el género de muerte: el gran poeta resolvió dejarse desangrar en un baño de agua tibia, por haber sido testigo, en diferentes ocasiones, de que la agonía revestía en tales casos la forma de un sueño pertinaz, pero dulce. Lucano murió recitando una composición suya á propósito de un soldado condenado al mismo suplicio. Tenía Lucano, á la sazón, 27 años.

La muerte del poeta es el asunto, verdaderamente pictórico, representado en el cuadro que reproducimos; tratado con una sobriedad y hasta clasicismo de forma que, si bien recuerda algún lienzo célebre de análogo argumento, no ha impedido que su autor fuese premiado justamente en la última Exposición madrileña.

LA FAVORITA, cuadro de Conrado Kiesel

Una manifestación más del sempiterno tema oriental; pero en honor á la verdad sea dicho, si todos tratasen el Oriente como Kiesel, podría perdonárseles la falta de inventiva, en gracia de la ejecución. Se han pintado de poco tiempo á esta parte muchas odaliscas, muchas mujeres del harém, muchas favoritas; pero como la de Kiesel muy pocas. Es una niña, una niña candorosa aún, una ave aprisionada que no se ha apercibido de los hierros de su jaula porque todavía goza en las flores que la ocultan y los hermosos pájaros que la visitan. A la mujer del serrallo se la pinta generalmente, y no sin motivo, presa del abatimiento, aburrida por la monotonía de su existencia, hastiada de la magnificencia que la rodea. La favorita de Kiesel no ha tenido tiempo de fastidiarse todavía; la flor conserva aún toda su frescura, toda su lozanía; estamos por decir que conserva aún toda su inocencia.

Tan notable cuadro merecía ser grabado por un artista que no desmereciera sus bellezas, y por cierto que Weber ha desempeñado su tarea con una habilidad que formaría su reputación, si no la tuviera yo tan sólidamente sentada y reconocida.

¡Á LOS TOROS! cuadro de Ramón Casas

Hará unos dos años, los visitantes de la Exposición Parés se detenían á la vista de un cuadro de pequeñas dimensiones, cuyo asunto era un circo taurino. La escena era completamente animada; el público apiñado se agitaba á impulsos del vértigo que se apodera de los taurófilos en el momento de la lidia; reinaba en la composición un completo desorden, efecto del desorden individual de millares de espectadores. El visitante se aproximaba á ese cuadro, para examinarlo de más cerca, y ¡oh asombro! el cuadro no existía; sobre el lienzo veíanse solamente pequeñas manchas encarnadas, verdes, amarillas, negras, azules, manchas de todos colores; pero ni un solo contorno, ni una figura, ni el menor dibujo: un *totum revolutum* de manchas que, vistas á la conveniente distancia, producían el efecto de una composición perfectamente detallada. La sorpresa, no el desencanto, excitaba la curiosidad del público. ¿Quién era el autor?

El autor era un joven, apenas un joven, Ramón Casas, completamente desconocido de los cultivadores y de los simples amantes del arte. La famosa actriz francesa, Mme. Judic, compró el cuadro. Aquella amalgama de manchas revelaba la intuición de la forma, del color y de la luz. Al mismo Casas pertenece el cuadro que hoy reproducimos, que da perfecta idea de la plaza de toros de Madrid, unos momentos antes de empezar la corrida. Hemos de advertir que hasta ahora, Casas siente decidida predilección por el *espectáculo nacional*... ¡Es una verdadera lástima!

Inicióle en el arte nuestro malogrado Vicens, cuya reciente muerte llora la escuela de Barcelona, de la cual fué tan modesto como ilustre profesor; y durante algún tiempo frecuentó el taller del distinguido pintor parisién Carlos Durand. Casas no necesitaba ser pintor para tener asegurada una regular posición social. Esto constituye una ventaja evidente; pero su á vez impone obligaciones extraordinarias. Por lo mismo que puede cumplirlas, estaremos en nuestro derecho exigiéndole mucho estudio, mucha observación y mucho empeño en dominar á la *loca de la casa*. Quien empieza como él ha empezado, ha de llegar á donde sólo llegan los elegidos.

POBRECITA
composición de Jacquet; dibujo de Lalauze

Todo contribuye á hacerla desgraciada; su juventud, su orfandad, su miseria, hasta los restos de su belleza que la exponen á más de una tentación y á más de un insulto. Es una figura perfectamente estudiada y más perfectamente sentida. El pensamiento, en tales casos, es comunicativo; y al contemplar á esa joven, no hay quien, entre compasivo y receloso, deje de exclamar:

—¡Pobrecita!... ¡Dios guíe sus pasos!...

ROSAS, composición de H. Lengo

Un capricho del caprichoso artista, tan delicado como todos los suyos. Probablemente esas tres cabezas de niño deben ser retratos. En tal caso, la manera de presentarlos es ingeniosa y poética. Los niños son también rosas en el jardín humano, y como tales rosas producen sus espinas. Algunas veces estas espinas se clavan en el corazón de los padres: la muerte no retrocede ni ante la poca edad, ni ante la mucha inocencia. En la composición de Lengo, las rosas están algo marchitas. Sus pálidos colores, sus hojas arrugadas, ¿son triste alegoría de la efímera existencia de esos niños?

LA CAZA DE LA LIEBRE, cuadro de C. Sellmer

Si el autor de este lienzo no diera pruebas en él de ser un cazador consumado y, por consiguiente, aficionado á los ejercicios cinegéticos, diríamos que este cuadro está pintado con la generosa idea de hacer simpáticas á las pobres liebres. ¡Quién sabe!... Tal vez la pareja tumbada patas arriba por la crueldad de dos cazadores, eran un marido amante de su mujer y una mujer apasionada por su marido, circunstancia que no concurre en los cazadores tan á menudo, quizás, como en las liebres; tal vez eran una madre viuda y una joven huérfana á quienes el rigor del invierno obligaba á emigrar de su patria sin más avío ni equipaje que lo puesto... Nemrod, al menos, se las había con las fieras; pero las liebres ¿qué daño han causado á los hombres para que se las asesine sin compasión y se las dé sepultura en un pastel, que no siempre encierra lo que el *menu* expresa?

La vista de este cuadro nos inspiraría muy elevadas consideraciones del orden social... si no fuéramos tan amantes de la liebre con salsa de chocolate.

SUPLEMENTO ARTISTICO
INTERIOR DE UNA CASA ESCOCESA
Música de los Highlanders, cuadro de Landseer

Llámase Highlanders á los habitantes de las montañas de Escocia, hijos de la verde Erín, tan poetizados por su paisano, el inmortal autor de *Ivanhoe* y de *Quintín Durwardt*. El highlander vive alejado del mundo, consagrado á la guarda de sus ganados y al cuidado de los perros, no mucho menos civilizados que él, que son sus ayudantes en la solitaria empresa que pacífica y resignadamente se ha impuesto.

Para alegrar algo su soledad, el highlander cultiva espontáneamente la música, y toca la gaita, no porque otro se lo haya enseñado, sino porque la ha visto tocar á otros. El efecto de ese instrumento es poderoso en las montañas de Escocia: al percibir sus sonidos, hierve en las venas la sangre nacional: los cantos montañeses que la gaita recuerda ó acompaña, son el más eficaz remedio para curar la nostalgia que produce la ausencia de la patria. Esto explica la especialidad de las bandas de música de los regimientos de highlanders, que forman la mejor parte del ejército de la Gran Bretaña. Hijos estos soldados de las montañas de Escocia, ningunos otros les aventajan en bravura y fidelidad; pero á condición de que han de vestir el traje de su país y han de ser precedidos por las tocatas de sus instrumentos populares. Las montañas de Escocia no han cambiado de sitio; pero aun menos parecen haber cambiado sus hijos. La petrificación ha sido completa en estos y en aquellas.

LA BODA

II

A más de los tiros, y como si su estruendo no fuera bastante para aturdir á la novia y al novio y aun á los convidados, tocaban los mozos un tambor que producía un ruido desagradable, si se quiere, y aun sin quererlo, pero muy alegre, con esa alegría que se desborda.

Y como si todo esto fuera poco, las mozas, divididas en dos coros, en el tono especial de cantar á bodas, algo monótono pero alegre también, nos atronaban los oídos á cantares.

Estos cantares de bodas tienen, además del tono, estructura especial, combinación métrica distinta de todos los otros. Comienzan siempre por un pareado, después se repite el primer verso y se canta como segundo otro que suele ser un ripio: se repite luego como tercer verso el que fué segundo del pareado y se canta el cuarto concertado con el segundo.

Véanse para muestra un par de cantares, de esos que invariablemente se cantan al llegar á la puerta de la iglesia:

Ya que diste la palabra
Ahora vienes á afirmarla.
Ya que diste la palabra,
La del escogido velo,
Ahora vienes á afirmarla
Delante del Rey del cielo.

Si el párroco ó el sacerdote que haga sus veces tarda un poco en salir al pórtico, que es donde se celebra el matrimonio, es de rigor que se cante este cantar que sigue:

Salga, señor cura, salga,
Que está la niña en aguarda.
Salga, señor cura, salga,
El del vestido de negro,
Que está la niña en aguarda
Y también el caballero.

Algunas veces el segundo verso, ó dígase el cuarto contenido las repeticiones, no es un ripio como en los dos anteriores ejemplos, sino parte integrante del pensamiento desenvuelto en la copla. Verbigracia:

Como el agua cristalina
Tiene la cara la niña.
Como el agua cristalina,
Que corre de losa en losa,
Tiene la cara la niña,
Y un poquito más hermosa.

A la conclusión de cada cantar suenan escalonados tres ó cuatro tiros.

Precedido del sacristán que enarbolaba la cruz parroquial y acompañado de dos acólitos, portadores uno del ritual y otro del caldero del agua bendita, salió el señor cura, y reinó el silencio. Callaron las mozas y las escopetas y el tambor y nos quedamos como en la gloria.

El sacerdote comenzó á leer á los novios lo que los revisteros y los novelistas suelen llamar la epístola de San Pablo, porque no suelen saber lo que dicen, pues no es tal epístola, sino una exhortación adoptada por la Iglesia como preparatoria del sacramento. Cuando llegó á lo esencial de este, á pedir el consentimiento á los contrayentes, después de haberles preguntado á éstos y á los circunstantes, hasta por segunda y tercera vez, si tenían noticia de que existiera algún impedimento, cuando preguntó á Catalina si quería á Isidoro por su legítimo esposo y marido, Catalina contestó con un *sí quiero* casi imperceptible.

—Más alto, un poco más alto,—dijo el sacerdote: y la muchacha repitió las dos palabras esforzando un poco la voz y dejando correr al mismo tiempo por sus mejillas dos cristalinas lágrimas. Estaba asustada de veras.

Siguió la bendición de los anillos y de las arras, que eran trece ochentinas, y á pesar de lo grave del caso se sonrió un poco la gente al ver que Isidoro, emocionado y tembloroso también, no acertaba á poner el anillo en el dedo de la novia.

La última palabra del sacerdote al concluir el desposorio fué ahogada por una descarga de las escopetas, que querían, al parecer, desquitarse del tiempo que habían estado calladas.

Entramos todos en la iglesia y comenzó la misa de velación en la que habían de comulgar los novios, piadosa y buena costumbre que en la montaña se observa con tanto rigor como si fuera de necesidad para la validez del sacramento.

Cerca de las gradas había un felpo para que se arrodillaran sobre él los novios: el padrino y la madrina se quedaron un poco más atrás, en segundo término. El coro empezó á oficiar la misa.

Era la primera vez que yo había entrado en la iglesia de Los Espejos, que, comparada con la de Pedrosa, me parecía extraordinariamente pequeña. Después la he vuelto á ver muchísimas veces, porque es bellísima. Tiene un retablo gótico con hermosas pinturas en tabla encerradas entre repisas y doseletes primorosamente afiligranados.

La lástima es que se está cayendo á pedazos, comido del coronjo; pero no he visto nada en su género de mérito igual, pues ni aun puede comparársele el retablo de la catedral de Oviedo tan celebrado.

¿Cómo está aquella joya escondida en una iglesia microscópica de un pueblo microscópico también y olvidado en lo más escabroso de la montaña?

Es tradición antigua, confirmada por no despreciables documentos, que aquella iglesia la edificó la reina doña Constanza, viuda de Fernando IV el Emplazado, que pasó los últimos años de su vida en aquella montaña (la cual por eso aun hoy se llama *Tierra de la Reina)* y está enterrada en la misma iglesia al lado de la epístola, donde en efecto hay un sepulcro gótico con estatua yacente. Los historiadores suelen decir que esta reina murió y está enterrada en Sahagún, distante de aquí trece leguas, mas no tiene nada de particular que confundan el pueblo de Sahagún con la comarca de la cual era Sahagún en la edad media por su célebre monasterio, la población más importante.

Pero lo más importante de este relato son los novios, y los tenemos olvidados.

En este momento salen de la iglesia y son recibidos con nuevas salvas y nuevos cantares.

Los dos coros de mozas se han convertido en cuatro, y entre todos comienzan una lluvia de flores de que no se libra ni el señor cura.

Del cual la dicen á la novia:

El cura que te ha casado
Merecía un obispado.
El cura que te ha casado,
El de la ropa de seda,
Merecía un obispado,
Por su virtud y su ciencia.

Las de Salio, convidadas por parte del novio, formaban coro á parte, y un tanto atufadas de que las de Los Espejos cantaran tantas divinidades de la novia, comenzaron á alabar al novio como en competencia. A un cantar de las de Los Espejos que comenzaba con estos versos:

Bien educada la llevas,
Da de agradecido pruebas...

Contestaron las de Salio con otro que empezaba así:

Si la novia está educada,
Al novio no le ganaba...

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1887



MUERTE DE LUCANO, cuadro de José Garnelo.—Medalla de segunda clase)

Insistían las de Los Espejos cantando:

Estímala caballero,
Que otro la pidió primero.
Estímala caballero,
Bien la puedes estimar,
Que otro la pidió primero
Y no se la quison (1) dar

Y contestaban las de Salio:

Si otro la pidió primero,
Quieta se estuvo en el priego... etc.

Y así de una en otra, sin las amonestaciones pacíficas de personas formales, seguramente hubieran concluído por irse al pelo.

Llegada la comitiva á casa de la novia, ésta se quitó la mantilla, se puso á la cabeza un pañuelo blanco de Toledo atado abajo y salió con la madrina á *dar el bollo.*

Esta ceremonia, que en ninguna boda puede faltar, es un obsequio á las *mozas* que cantan y á los mozos que tiran tiros sin estar brindados á la boda, y á los rapaces y á todo el que se acerca; es un convite público.

La novia, acompañada de la madrina, sale al antojano de su casa con una azafate de blancas mimbres llena de zoquetes de torta amasada con leche y manteca y rociada por arriba con azúcar; el público se forma en corro en la antepuerta, y la novia va pasando y presentando la azafate de donde cada cual va cogiendo un trozo de torta diciendo al mismo tiempo á la donante: *¡que sea en hora-buena! ¡que sea para servir á Dios! ¡que sea por muchos años!...* Detrás de la novia va un muchacho con dos cortadillos en una bandeja de hojalata pintada de rosa y verde escanciando vino. El primero que bebe dice: *¡Jesús! Porque Dios les haga muy felices en esta vida y en la otra!* Y los demás van diciendo cuando les llega el turno: *¡Jesús! ¡Por lo dicho!*

Mientras á la puerta se daba este convite al público, los que éramos de boda tomábamos dentro de casa un tente en pie, y luego los hombres nos íbamos á jugar los bolos, diversión favorita del país en la que al paso que se luce la habilidad se hace moderado ejercicio.

Dos horas después nos hallábamos sentados á la mesa formando á cabecera el señor cura, á su derecha la novia y el novio, á su izquierda la madrina y el padrino y luego los demás convidados. La comida comenzó por el mismo plato que en todas las bodas, por *manteca batida*, que es lo que en Madrid se conoce con el nombre de *mantequilla de Soria*, sólo que allí no se servía en cajas de madera, sino en fuentes de loza.

Después nos sirvieron la sopa, suculentos cocidos de garbanzos y fréjoles en tabla; después, á parte, la clásica morcilla, luego estofado, luego truchas, fritas y cocidas, para todos los gustos, luego asados de carnero y de ave, sin que faltaran á los postres el arroz con leche, las natillas y las mantecadas, especialidad del país. Así se come en las bodas de los pobres.

Lo malo del caso era que los coros de canto no quisieron dejarnos en paz ni aun en la comida, y á lo mejor salían cantando en alabanza de este plato ó del otro. Al servir la sopa, que tenía ramitos de perejil por encima, cantaban:

Aunque ya ha pasado abril,
No se secó el perejil, etc.

Al estofado le decían:

Qué bueno está este carnero...
Mejor aquí que paciendo, etc.

Toda la comida fué cantada.

El señor cura, que al empezar había bendecido la mesa, dió gracias á Dios al concluir, rezando luego á coro con los convidados varios Padrenuestros por las obligaciones difuntas y por la felicidad de los novios, concluyendo la oración con el consabido: ¡Dios le pague la buena obra! y las exclamaciones de: ¡Dios les haga buenos casados! ¡Muchos años vivan! etc , etc.

Mientras las personas mayores se acostaron á dormir la siesta, los jóvenes nos volvimos á la bolera, los novios se fueron á visitar á una tía de Catalina que estaba enferma y no había podido asistir, y á despedirse de ella porque aquella misma tarde había que emprender la marcha para Salio, donde se había de celebrar á otro día la tornaboda.

Por eso los hermanos de Catalina bajo la dirección de su madre comenzaron á cargarla el carro.

El carro de la novia, cosa muy principal en estas bodas, le constituyen los enseres apuntados en la carta dotal, los que á la novia la dan sus padres para empezar á poner casa. Y realmente estos enseres se cargan en un carro para trasladarlos aquel mismo día á la nueva vivienda, ya esté en el mismo pueblo, ya en otro cercano.

Y ponen gran esmero los parientes de lanovia, no solamente en que los enseres sean buenos y, por supuesto, nuevos flamantes, sino en colocarlos de la manera que más luzcan y parezcan mejor, pues también aquí entra la estética. Todo esto amén de engalar el carro con cintas y poner á los bueyes que han de llevarle esquilones con collares de piel de tejón, que son el mayor lujo en la materia.

Lo primero que se coloca en el cuerpo del carro es el arca, una arca terciada, es decir, ni muy grande ni muy chica, hecha *ad hoc*, dentro de la cual va la ropa de vestir de la novia. Sobre el arca va un jergón nuevo sin llenar, unas almohadas, una manta casera y una colcha valenciana ó un cobertor teñido, y encima un taburete y otros varios títeres.

Delante del arca, en la delantera del carro, va un escreño nuevo, boca abajo, y encima, espetada en el centro del hondón, la rueca con su cerro recién enrocado y empezado á hilar y el huso colgando, y sobre el cerro el roquero nuevo de hule pintado, todo en señal de que la muchacha es hacendosa, y en reverencia de lo que dice la Sagrada Escritura de la mujer fuerte, *quæsivit linum et lanam...* etc.

A la trasera del carro va una caldera mediana nuevecita, de uno de los estadonjos cuelgan unas trébedes, á los lados del arca van dos morillos, y por debajo de la caldera asoman los mangos el cazo y la sartén, pendiendo de los otros estadonjos una alforja blanca y dos cestos pequeños.

En tanto se había armado baile, en el que á menudo se oía el grito, ¡vivan los novios!

Catalina se había quitado para bailar la basquiña de cúbica y el jubón de alepín, luciendo en lugar de este último una chambrá de percal blanco con flores encarnadas y en vez de la basquiña un manteo de sempiterna verde con dos terciopelos estrechos y una tirana de percal francés ancha y vistosa.

Suspendióse el baile á las cinco y se volvió la novia á vestir de gala. Estaba ya cargado el carro y uncidos los bueyes y á caballo casi toda la comitiva. Ya no faltaba más que Catalina que se estaba despidiendo de su madre entre lágrimas y suspiros y abrazos y besos.

Para no quebrantar la costumbre de las bodas modestas, la novia debía ir á las ancas con el novio; pero resultó que Isidoro había ido montado en una yegua de pastores medio cerril que no sufría ancas, y la pobre Catalina se tuvo que bajar más que aprisa, apenas la habían puesto sobre la almohada guarnecida de encaje, que era la misma en que se había arrodillado por la mañana para que su padre la bendijera.

En semejante conflicto de última hora, visto estaba lo que había de suceder: el buen Isidoro pedía humilde pero confiadamente al señorito que le dejara su caballo, y ¿cómo me había yo de negar, consintiendo en que se deshiciera la fiesta? En el acto se cambiaron las monturas, yo monté en la yegua medio cerril, muy contento por la doble ocasión de hacer un favor á Isidoro y de hacer de jinete, y los novios se instalaron cómodamente sobre mi caballo, al cual no le debió hacer mucha gracia el cambio de las cuatro arrobas y media que yo pesaba entonces por las diez bien cumplidas que pesaría la feliz pareja. Quizá reflexionara el pobre animal allá para sí sobre lo bueno que es no sufrir ancas.

Inmediatamente nos pusimos en marcha; pero bien pronto hubimos de suspenderla, porque á la salida misma de Los Espejos nos esperaba la justicia del pueblo, no para meternos presos ni para causarnos ninguna molestia, sino para lo que se llama *despedir las bodas*, para dar á la novia y darnos á todos los acompañantes el convite oficial de despedida.

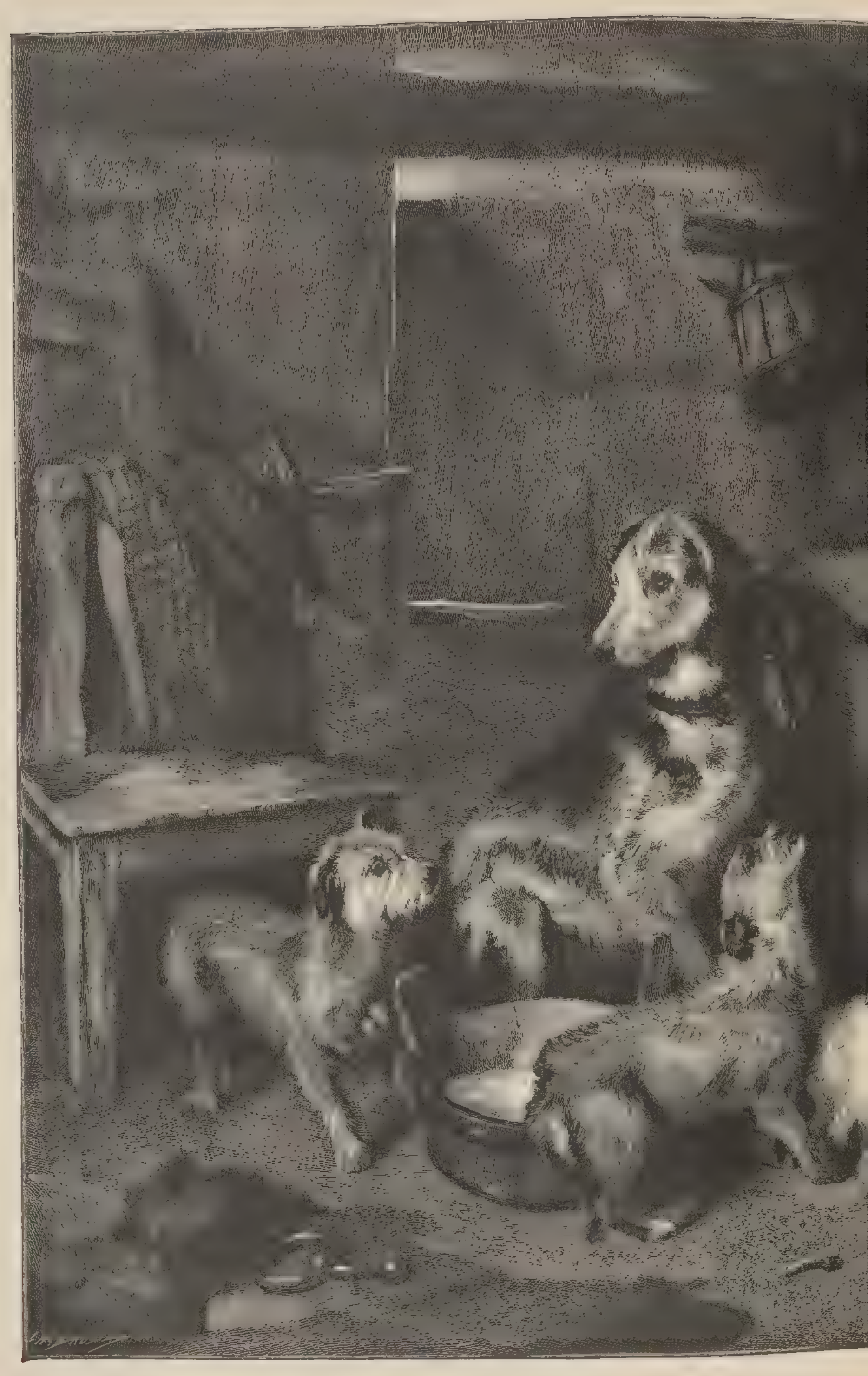
La justicia se componía del alcalde pedáneo, el procurador, dos mesegueros y dos vedores, armados éstos de una bota de vino que nos habían de hacer beber por los vasos de concejo.

Los vasos de concejo, que se guardan en el archivo

(1) Contracción de quisieron, muy usada.



LA FAVORITA, cuadro de Conrado Kiesel



INTERIOR DE UNA CASA ESCOCESA.—MUSICA DE LOS HIGHLAND



DERS. cuadro de Landseer, presentado en la Exposición de la Galería Nacional de Londres, grabado por Baude



¡Á LOS TOROS! cuadro de Ramón Casas, grabado por Pérez



POBRECITA, composición de Jacquet; dibujo de Lalauze

concejil para los convites oficiales, son necesariamente dos y necesariamente de plata. El peso y el tamaño pueden variar, pero no el número ni la materia.

Ni aun la forma, que suele ser siempre la de una taza con dos asas Así me acuerdo que eran, y serán todavía, los de Pedrosa, dos tazas enormes de plata, de cabida de más de medio cuartillo con una inscripción grabada al rededor, que decía: «Del concejo de la villa de Pedrosa del Rey.»

Me acuerdo, porque en Pedrosa, lo mismo que en Villafrea y Boca de Huérgano, que eran los demás pueblos del tránsito, se repitió el convite y todo el mundo, comenzando por la novia, tenía que probar el vino: no había remedio. Y además había que brindar, aunque no fuera más que *por la buena vista* ó *por lo dicho*.

Por cierto que la pobre Catalina, como estaba realmente asustada, dijo en una de aquellas ocasiones al coger el vaso en la mano:—¡Jesús! á que Dios les de salú pa... —y en esto llegó con el vaso á los labios y no concluyó el brindis.

Con todas estas cosas, cuando llegamos á Salio estaba el sol poniéndose.

La justicia nos esperaba también en las eras y hubo otro convite.

En cuanto nos apeamos á la puerta del novio comenzó el baile, que se suspendió luego para cenar y se reanudó después durando hasta cerca de la media noche. Sin perjuicio de lo que habría que bailar á otro día en la tornaboda.

ANTONIO DE VALBUENA

ORO ESCONDIDO

Había llegado á la edad en que se piensa en el matrimonio; en que la idea de un marido es una idea constante, enorme, que parece llenar todo el cerebro. A cada momento se espera que llame á la puerta quien ha de pedir la mano de la impaciente soltera. Todo mozo gallardo es un personaje importante en el idilio que la muchacha casadera hace y deshace sin cesar en su fantasía. Un novio es entonces un dios.

Inés acababa de salir del convento, donde estuvo recibiendo educación durante la última época de su adolescencia. Contaba diez y ocho años; era huérfana, y estaba á cargo y bajo la dirección de un tío suyo, hermano de su padre, D. Pedro Barreto, propietario de una gran fábrica de camas de hierro. Era el D. Pedro un hombre que parecía haber reñido con toda cosa que no se relacionara con su industria. Teníala montada siempre con arreglo á los mejores y más modernos inventos. Su sueño era ser el primer fabricante de camas del mundo.

Su sobrina, con todo, ocupaba un lugar no pequeño en su corazón. Habíala tenido en sus brazos, cuando niña; había enjugado sus lágrimas á la muerte de sus padres; y cuidó de ella en su orfandad con un celo, algo rudo quizás, pero de resultados provechosos para la muchacha. El afecto que sentía D. Pedro por Inés no tenía nada, justo es decirlo, del amor egoísta, de miras previsoras é interesadas de un tutor hacia su pupila. En la vida de Barreto, consagrada al trabajo, faltaban las sonrisas y las flores. La compañía de su sobrina ponía á su lado la alegría y el encanto. Esto era todo.

Era viejo, y creía remozarse cuando clavaba su mirada debilitada en los ojos, de un fulgor vivísimo y puro, de Inés. Esta era una joven dotada escasamente de prendas físicas; en cambio poseía esas preciosas cualidades morales, que si no seducen desde luego, forman la mujer seria, de ternuras íntimas, capaz de todos los sacrificios, tesoro inagotable de amor. Su rostro tenía una expresión de bondad suma. Sobrábale alma para compensar las faltas de su cuerpo.

En las horas silenciosas del convento, había hecho un estudio profundo de sí misma. Sentía, con una fuerza inmensa, la necesidad de amar y ser amada. Pero no se le ocultaba que el amor nace casi siempre ante el hallazgo de una cara bonita. Ella carecía de esos atractivos repentinos, que hieren el corazón del hombre como un rayo. Era preciso que la trataran; que quien pretendiera ser su marido fuera un sagaz observador.

Nadie entraba en casa de su tío. La gente que iba á hablar con D. Pedro quedábase abajo, en las oficinas, y seguramente que conversaría de todo menos de lo que interesaba á Inés. Sólo algunos domingos subía á comer con ellos uno de los empleados de la fábrica, Andrés Suárez, quien tampoco profería otras palabras que no se refirieran á la industria de Barreto. Verdad es que, cuando el servicio de la comida sufría interrupción, en el intervalo de un plato á otro, las miradas de Suárez y de Inés se encontraban, pero sin decirse nada. Cuando bajaban la vista, permanecían callados, como sobrecogidos de una meditación sobre algo inexplicable.

¿En qué pensarían?

No veía Inés en Suárez un mal esposo. Era un muchacho, nacido en cuna modesta; pero criado en medio de una familia donde todo sentimiento bueno era cultivado con esmero. Desde niño había sentido Suárez su pecho ocupado por un corazón que palpitaba con todo afecto noble. Ya hombre, la aridez de su trabajo, la terrible lucha por la existencia, sólo vencida por el heroísmo oscuro de la paciencia, no habían arrancado de su alma las hermosas flores de la primera edad. Podía ser, pues, un excelente marido. No se le había conocido ningún amor pasajero, de esos que brillan y queman un momento, como el paso de un rayo, pero que dejan eternas huellas de remordimientos en la memoria.

La mujer de un hombre así no podía tener celos ni aun de las sombras del pasado.

***

Inés se aburría enormemente en casa de su tío. Su voz no tenía otra voz con que establecer esos diálogos de gozosas intimidades, para los que el alma parece encontrar palabras nuevas. Casi todo el día estaba sola: cortado momentáneamente su aislamiento por alguna criada que entraba en su habitación á pedirle instrucciones caseras, acertada inspiración sobre cualquier faena doméstica, de práctica difícil. Desde su sillita de labor, colocada cerca de la ventana, resolvía la joven los conflictos de la vida del hogar, sometidos á su fallo siempre discreto, siempre atinado, pero traducido en un acento de invencible fastidio.

Muchas veces pensaba, viendo que sus esperanzas de matrimonio caminaban sin llegar nunca á su término, que debía volver al convento. Allí, á lo menos, tenía amigas, distracciones, deberes, tal vez, de penoso cumplimiento, pero que, por lo mismo, ataban las alas á los sueños mundanos. Bien es verdad que allí no podía tener realidad el fantasma del hombre amado, bajo la vigilancia de inflexibles devotas, entre los gruesos muros que rodeaban los patios, detrás de las celosías, desde donde sólo se veían las nubes, en las estrechas celdas, cerradas á todo lo que no fuese cosa divina.

Inés estimaba,—hay que declararlo,—como el mejor don del cielo, un marido. No quería, sin embargo, ser esposa, por vanidad, por afán pecaminoso, por anhelos de libertades mal entendidas. No era para ella el esposo un salvoconducto de la mujer que recorre sola las calles, que asiste al teatro, que concurre al salón, centro deslumbrador de una fiesta. Deseaba únicamente amar y ser amada. Pretensión humilde en la apariencia, pero, en el fondo, de logro dificilísimo.

—Tío,—dijo un día á D. Pedro Barreto;—¿por qué no me lleva V. á los bailes? Amigos tenemos que nos recibirían con placer en sus salones.

El industrial no contestó inmediatamente á su sobrina. Pensó mucho la respuesta. No adivinaba que entre las vueltas de un vals se pudiera ultimar ningún negocio. Antes, las diversiones del llamado gran mundo le exasperaban, ponían en sus labios frases de reproche. Vamos á ver: ¿de qué sirve aquel girar vertiginoso de parejas, durante las cuatro horas mejores de la noche, deslizando aéreamente los pies sobre la alfombra, bajo un torrente de luz de bujías, de reflejos de lunas venecianas, en medio de un raudal de notas, diablescamente enlazadas, moviendo los cuerpos en compases de delirio, en marchas de locura? Afortunadamente en las recepciones hay también, fuera de la sala de baile por donde revolotea con sus alas de mariposa la juventud, deliciosos rincones en que la vejez pasa agradablemente el tiempo. Don Pedro encontró en el whist su salvación. Mientras danzaba Inés, él jugaría. Después de todo, en el juego es posible obtener ganancias, aumentos de capital; hasta allí puede prolongarse una industria.

Consintió, pues, el viejo en la petición de la muchacha.

Inés fué presentada en casa de una marquesa de reciente alcurnia, propietaria de inmensas dehesas, de dilatados bosques, cuya leña, convertida en carbón, había llegado, después de largo y encarnizado trajín, á dorar un título nobiliario. En el hotel de esta dama dábanse cita los pollos y señoritos á caza de dote. La música de los violines sonaba á trompeteo de órgano; las flores olían á incienso; los cupidillos de los frescos del techo parecían ángeles. A cada momento se esperaba ver salir un sacerdote echando bendiciones. Era aquello como una sucursal de la Vicaría.

También allí empezó á aburrirse hasta el bostezo la sobrina del fabricante de camas. Como no se había presentado en forma de una imagen de altar, rodeada de una aureola de riqueza, parecía como excluída de aquella bolsa de matrimonio. No escogió galas para adornar su modestísima persona. Así nadie la sacaba á bailar. Sólo en las cuadrillas era invitada, por cortesía, para llenar un hueco con su figura. Estaba furiosa. El baile había sido su tribunal supremo. Evidentemente se hallaba condenada á soltería perpetua.

En esto, presentóse una noche en el hotel Andrés Suárez.

¿Qué es lo que tocaba la orquesta?

Una polca.

—Inés, ¿quiere V. bailarla? – dijo Suárez á la sobrina de Barreto.

La joven dijo que sí; que sí dijo también en el vals siguiente, y en la polca que vino luego, y en todos los bailes que formaban el programa.

¡Gracias á Dios! Por lo visto, Inés no era ya la pareja de la cortesía. El amor más tenaz, más invariable, le había ceñido del talle, habíale dicho palabras, de esas que sólo se confían al oído, al son de las armoniosas inspiraciones de Metra.

* * *

El matrimonio de Inés y Suárez se verificó un sábado. No hubo viaje de recreo El empleado de la fábrica de camas no tenía ahorros que compraran ocho días de fonda en Granada.

Al lunes siguiente, á las siete de la mañana, se levantaba el marido arrancándose con la pesadumbre que podréis figuraros, de los brazos de su nueva esposa.

Se disponía á bajar á la oficina de casa de Barreto. El tío habíase opuesto á aquel enlace; pero cedió ante la firmeza férrea de Inés. Estaba decidido, pues, á ser intolerante con su pariente y subordinado.

—¿A dónde vas? – preguntó á Suárez su mujer.

—¡Al trabajo! – respondió él tristemente. – No hay otro remedio. Somos pobres. Y ahora tengo precisión de doblar mis esfuerzos; estoy casado.

—¡Bah! no te apures. Yo nada necesito, – le dijo Inés con acento misterioso y dulce.

—¿Cómo?

—Sí; poseo millón y medio. No quería decirte nada, porque deseaba saber positivamente que era amada. Estoy cierta de ello. Sé que mi maridito me adora. Ahora puedo premiar su sacrificio, sin temor de recoger ingratitud. ¿No es verdad que me perdonas?

Andrés creyó que estaba loca su mujer. Pero, en fin, se convenció de que era una verdad agradabilísima y cierta la revelación de Inés.

Aquella mujer había tenido secreta su fortuna, sin pensar en su valor propio. Pero ella misma, ¿no era también *oro escondido?*

JOSÉ DE SILES



ROSAS, cuadro de H. Lengo *(Exposición Nacional de Bellas Artes de 1887)*

EL PRIMER AMIGO

– Calla, hombre, calla, —me dijo Paco, — oye lo que á mí me ha sucedido:

Embozado hasta los ojos y á buen paso volvía no ha muchas noches de una de las casas de la calle de Alfonso XII, y atravesando el desierto salón del Prado me dirigía á la de las Huertas. Grande era el frío que á las dos de la madrugada se sentía por aquellos sitios, pero aun era mayor el recelo que me causaba lo solitario y oscuro de los paseos que iba cruzando; así que bajando un poco el embozo y con el revólver en la mano volvía á menudo la cabeza para asegurarme de que no eran sino ecos de mis pasos los que á mi espalda oía, ni otra cosa que sombras de árboles los bultos que por los lados llamaban mi atención. Convencido de esto, y riéndose mi valor de mi pasado miedo apenas se convencía de que no era fundado, ví clara y distintamente un bulto que cruzaba deprisa dos paseos y se quedaba oculto detrás de un árbol por cuyo lado, siguiendo mi camino derecho, tenía yo que pasar. Tomó el desquite mi miedo de mi valor, monté el gatillo del revólver maquinalmente y me detuve dudando si volver pies atrás, tomar otra dirección ó seguir mi camino. Pronto me resolví á continuar; la parte que me restaba andar hasta llegar á la entrada de la calle de las Huertas, era la más corta; quizás volviendo á desandar lo andado, encontraría más peligros hasta llegar á la carrera de San Jerónimo, y después de todo, llevaba un arma, iba prevenido y si el bulto aquel trataba de salirme al paso, no era posible una sorpresa. Los rateros son cobardes, me decía; no cogiendo la acción que impide al acometido toda defensa son hombres perdidos y hasta puede muy bien no ser ratero el bulto que me preocupa. Todas estas consideraciones me decidieron á seguir aún más deprisa mi camino, y más que todas ellas el deseo de encontrarme cuanto antes en una calle donde se viera lo más cerca posible el farolillo de un sereno. Ya iba á llegar al árbol, detrás del cual se ocultara el bulto misterioso, y saqué el arma por debajo de la capa tan á buen tiempo, que en aquel momento mismo saltaba al medio del paseo un hombre que, navaja en mano, me dijo con acento imperioso: – Alto.

– Atrás, ó hago fuego, – grité yo apuntándole sin detenerme, cuando el hombre, arrojando al suelo la navaja, cayó de rodillas diciéndome: —¡No... no tire V., por Dios!... —Ignoro lo que hubiera pasado por mí si aquel hombre me hubiera acometido y le hubiera hecho fuego; pero al verle en aquella situación y oir su voz angustiada, sentí un verdadero espanto ante la idea de que, como era muy fácil, hubiese salido el tiro al apuntar precipitadamente, y sin pensar en que aquello pudiera ser una añagaza para sorprenderme, volví á poner el arma en el seguro, me acerqué á él y le cogí de un brazo. – Señorito Paco, —me dijo asombrado al verme de cerca; y los dos instintivamente nos dirigimos al farol más próximo mirándonos curiosamente: —¿No me conoce V.? —añadió. — ¿No recuerda V. á Julián, el hijo de la Alfonsa? – Le recordé en efecto.

Aquel hombre á quien después de muchos años de no haberle visto, encontraba en mi camino hecho un bandido, aquel hombre cuyo saludo era una agresión y á quien iba á responder con un balazo, había sido mi primer amigo. Hijo de una fiel criada de mi madre que estaba de portera en mi casa cuando yo nací, tenía cuatro años más que yo y era de todos los niños que yo conocía en mi infancia, aquel con quien más á menudo estaba y con quien más á gusto jugaba siempre. Y si en la primera edad me encantaba su amistad, como encanta á todo chico, sin darse cuenta de ello, *mandar* en un amigo que se subordina á todos sus caprichos, aun más me complacía á medida que los cuatro años de diferencia de nuestras respectivas edades marcaban mayor distancia. Poca es la que media entre un niño de siete y otro de once años, pero entre uno de doce y un *joven* de diez y seis... ya es otra cosa. ¡Codearme con un hombrecillo que anda solo por esos mundos y fuma y sabe una porción de cosas de los hombres y de las mujeres! Gracias á él, que era ya un mocito, pude conseguir de mi madre que me acompañara al colegio, en lugar de la criada que, fiel á la maternal consigna, se empeñaba en llevarme de la mano hasta la puerta de la clase con gran regocijo de mis condiscípulos y vergüenza mía: gracias á él fumé el primer cigarro de tabaco, renunciando desde entonces á los de espliego envuelto en papel de periódico: gracias á él falté al colegio, sin que supieran nada en casa, el día que ajusticiaron á la Bernaola: con él entré en las cuadras del circo de Price y ví los clowns de cerca y las Miss cargadas de colorete y ligeras de ropa: con él... ¡Pobre Julián! allí estaba... macilento de rostro, desastrado de ropa, asaltando al primero que pasaba, como ladrón que era y asesino quizás.

Si el día que llorando me despedí de él para ingresar en San Fernando en la escuela de guardias marinas, me hubieran dicho que en diez y seis años no había de verlo, y después de olvidarle completamente habría de reconocerle en semejante ocasión, no hubiera podido creerlo. Todo esto pasó por mi imaginación en menos tiempo del que gasto en contártelo, y con mal humor le dije:

– ¿Cómo he de reconocer al hijo de una familia honrada, en un ladrón que me asalta traidoramente?

– No, —replicó vivamente con lágrimas en los ojos, – ¡ladrón no! Soy un pobre... que...

– Basta de farsa, – le dije, – los pobres no detienen navaja en mano ni...

– Calla, – me dijo tuteándome como cuando éramos niños, – calla, Paco, tú no entiendes de eso. ¿Has pedido alguna vez limosna?...

Era tal su acento y tal la expresión de su semblante, que imaginé que más que con un criminal había de habérmelas con un demente; así que, dejando el tono que parecía exasperarle, le dije con algún afecto: – No disputemos por eso, y vámonos de aquí, que hace un frío horrible. ¿Tienes hambre? ¿Quieres algo?... – Julián rompió á llorar y me besó las manos. – Andando, – le dije, – algún café habrá abierto y tomarás lo que quieras. – No, – me contestó el pobre, — no podemos ir juntos á un café, tu traje y el mío no hacen buena pareja, y cualquiera que te viera con un... con *un perdido*, te criticaría. Mejor es que vayamos al sotanillo. Allí no choca nada. – Sea donde quieras, – le dije, – pero apretemos el paso que está helando.

Por el camino fué contándome la historia de sus desventuras, y á la verdad que no eran éstas de las que por lo peregrino sorprenden ni por lo dramático conmueven: carecían de situaciones y de efectos hasta tal punto, que si de su historia se intentara hacer un melodrama, difícilmente se encontraría un buen final de segundo acto. Mi pobre amigo era desdichado hasta tal extremo que sus desgracias y angustias eran vulgares; de esas que á cualquiera le pasan y por lo mismo á nadie le importan. Había caído soldado, como les sucede á muchos; le tocó la *suerte*, que así la llaman, de ir al ejército de Cuba, hizo la campaña, volvió enfermo y le quedaron á deber sus alcances, cosas que á miles de hombres les han pasado. Se casó, y al nacer su primera y única hija se murió su mujer de sobreparto, como es muy frecuente; solicitó de una piadosa Hermandad la lactancia de limosna para la recién nacida y ésta tenía que esperar para mamar á que hubiera una vacante, como es natural y lógico. Le habían ofrecido una plaza de vigilante de consumos para cuando pasase el período electoral, si salía reelegido D. Fulano; pero no había salido, caso vulgarísimo, y en las obras en que pedía trabajo, estaban despidiendo gente y como no



LA CAZA DE LA LIEBRE, cuadro de C. Sellmer

fuera más adelante... no podían admitir un operario porque como está todo tan paralizado!... He aquí cómo el infeliz llegó de la manera más lógica y sencilla á una situación en que empeñándolo todo comió durante ocho días y pasó otros cuatro empeñándose en comer sin conseguirlo. Entonces pensó en la caridad: hizo memoriales mientras tuvo papel, y todos estaban ya en tramitación, y no pasarían dos meses sin que le dieran algún socorro. Mientras tanto, olvidando que todos opinamos ahora que la verdadera miseria no sale á pedir, sino que se está en su casa, al mismo tiempo ignorando dónde se ha de estar el que no la tiene, decidióse á pedir por las ajenas, sin contar con que la vigilancia porteril, si puede ser sorprendida por algún ladrón, que parece un caballero, no lo es seguramente por un mendigo *de mala traza*, y Julián tuvo que resignarse á pedir en la calle...

Pidió primero sencillamente una limosna; pero ¿quién da á un joven que no es ciego ni manco ni cojo? ¿Por qué no trabaja? Las miradas de todos y aun las palabras de algunos se lo hicieron comprender y entonces añadía al pedir, que estaba sin trabajo... ¡Sin trabajo! lo que dicen todos los que piden con las manos callosas y la cara sucia!... Añadía que llevaba cuatro días sin comer como si esto tuviese algo de particular ahora que hay Succis y Merlatis que se pasan cuarenta de la misma manera. Apenas hay diferencia entre el que ayuna por capricho rodeado de médicos que telegrafían á todo el orbe el estado del excéntrico aficionado al hambre, y el que ayuna por necesidad. Treinta y tres horas pidió Julián en vano, y al cabo de ellas tropezó con un caballero que salía de casa Lardhy, y al escuchar su petición se detuvo y metió la mano en el bolsillo del chaleco... A la luz del farol brilló en la palma de su mano derecha enguantada de negro un montón de plata, dos dedos de su mano izquierda escarbaron en ella y moviendo disgustado la cabeza murmuró el caballero: —Otra vez será. *¡No llevo suelto!*

Y era verdad: aquel señor no llevaba bastante poco para dar una limosna; porque una propina se puede dar en plata, pero una limosna, ¡qué demonio! no se parece en nada á una propina.

Mohino y cabizbajo además se retiraba Julián del centro de Madrid para buscar en sus afueras una cobacha donde pasar la noche, cuando tropezó con un objeto que brillaba en el lodo: era una navaja... perdida ó abandonada por su dueño, ¡vaya V. á saber por qué! Se apoderó de ella y le ocurrió una idea que se apresuró á poner en práctica. Un caballerete cruzaba la ronda de Recoletos en aquel instante; fuése á él, le dió el alto mostrando el arma terrible en son de amenaza, y el caballerete, sorprendido, se rindió á discreción. El plan de Julián se había realizado. – Señorito, – le dijo, – tranquilícese V.; no soy un criminal, sino un pobre, no quiero robarle, sino que V. me socorra con lo que quiera. Perdóneme V. el susto, pero sin él no me hubiera V. hecho caso.

– No es eso lo peor, —dijo el señorito con voz de mezzo soprano resfriada, – sino que si V. no me roba la ropa, no llevo un céntimo para darle, porque vengo del *Veloz*, y... regístreme V. si quiere.

– He dicho que no soy ladrón y no robo porque no quiero, – le gritó Julián volviéndole la espalda. El del Veloz salió andando con gran velocidad y así que estuvo á cierta distancia comenzó á llamar al sereno... ¿Era para que abriera la puerta de su casa? ¿Era para denunciar á Julián? Este, en la duda, corrió hacia los paseos y entre las sombras de la arboleda fué andando andando hasta encontrarse frente al Jardín Botánico que es donde al oir mis pasos se decidió á intentar de nuevo su extravagante manera de pedir. Aquí llegaba en la relación de las peripecias de su vida, cuando nos encontramos á la puerta del sotanillo. Confieso mi debilidad, no tuve valor para entrar de frac y corbata blanca en aquel *tabernáculo;* así que, dando á Julián una peseta que llevaba, le cité para el día siguiente en mi casa, y tomando de prisa la calle de Atocha llegué al Círculo, cuando ya mis amigos se retiraban. Para explicarles la causa de mi tardanza y con aquella complacencia con que se cuenta una aventura propia, por insignificante que sea, referí en la escalera á mis contertulios las penalidades de Julián. ¿Podrás creer que á pesar de ser tan vulgares conmovieron á mis amigos? Con gran sorpresa mía todos se interesaron por él y espontáneamente diéronme para que se los entregara, unos más y otros menos; pero reuniéronse cincuenta reales... y uno de ellos, editor por más señas, me llamó aparte y me dijo: – Hombre, hágame V. *de eso* una novelita corta. Una sencilla narración, ¿eh? Una historia vulgar. Hágamela V. pronto y le daré 25 duros

Ya ves, chico, cómo la desgracia por vulgar que sea interesa siempre cuando es verdadera; sólo que en muchos casos como en éste valen las humanas desdichas cincuenta reales para el que las sufre y quinientos para el que las cuenta!

CARLOS LUIS DE CUENCA

FÍSICA SIN APARATOS

En esta época de viajes recreativos á la orilla del mar, parécenos oportuno explicar la manera de hacer un sifón con un simple langostín ó cangrejo de mar.

No hay más que tomar una copa, llenarla de agua y colgar de su borde un cangrejo como indica la figura 1.ª. La aleta que hay al extremo del abdomen ha de hundirse todo lo posible en el líquido y es preciso recortar las puntas de las antenas mayores para que no toquen al plato en que se asienta la copa.

Apenas está el langostín enganchado al borde de la copa, cuando comienzan á formarse al extremo de las antenas diminutas gotas de agua, que poco á poco vienen á constituir un hilo ó delgado chorro cuya duración responde á la inmersión de la aleta.

Aparte esto, he aquí un experimento sobre la inercia,



Fig. 1. – El langostín-sifón



Fig. 2. – Experimento sobre la inercia

no menos fácil y curioso. Consiste en cortar una manzana, envuelta en un pañuelo, sin cortar el pañuelo.

La manzana está contenida en un pañuelo y colgada de un cordón como indica la figura 2.ª y en tal estado, se le da un golpe vigoroso y rápido con un sable ó cuchillo de gran tamaño. Conviene que el corte de la hoja no esté muy afilado, pero cuanto más fina sea la hoja mejor será el éxito que se obtenga. Ha de cuidarse también de dar el golpe limpio, ó sea sin serrar y perpendicularmente al punto de suspensión. De esta manera la manzana salta ligeramente y el pañuelo entra en la hendedura con la hoja sin lesión ninguna.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI —— BARCELONA 24 DE OCTUBRE DE 1887 —— NÚM. 304

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL INTERROGATORIO, cuadro de Guillermo Díez

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EL INTERROGATORIO
cuadro de Guillermo Díez

Allá, por los tiempos de la edad media, existían varias profesiones ó *modus vivendi* que definen, por sí solas, la singular cultura de la época. Había, por ejemplo, el bufón, que era un hombre cuerdo que tenía por oficio hacer el loco; había el trovador errante, que paseaba de castillo en castillo su poca afición al trabajo corporal, y había asimismo el capitán de salteadores, que cuando no tenía á sueldo de quién ponerse para desbalijar al prójimo en conjunto, se dedicaba á hacerlo en detalle por cuenta propia.

A las de esta última clase pertenece la escena pintada por Díez. Un pobre labrador de Nuremberg cae en manos de una cuadrilla de esos salteadores y, traído por la oreja, comparece ante el capitán, un mozo forrado en hierro, menos duro que el hierro de su corazón. Entre socarrón y dolorido, trata de conjurar el peligro; pero el tigre, aunque algunas veces juegue con su presa, muy difícilmente la suelta sin hundir en ella sus aceradas garras. Y no hay que decir la suerte que espera al labrador de Nuremberg.

El cuadro de Díez ha sido calificado de obra maestra en Munich.

UN RINCÓN DE LUCERNA, dibujo de J. Marqués

Cuando Marqués se despidió de nosotros á principios del pasado verano, con dirección á Suiza, adivinamos fácilmente el efecto que en su imaginación privilegiada había de causar la patria de Guillermo Tell. En ella las manifestaciones de la naturaleza revisten una forma imponente, y el artista se siente más en presencia de su ideal, porque el artista no puede inspirarse sino en los grandes ejemplares de la creación. Volvió Marqués, y volvió, como esperábamos, con varios *albums* llenos de impresiones helvéticas, que demuestran cómo el pintor *touriste* ha aprovechado el tiempo. Sus apuntes tienen la exactitud de la fotografía, pero tienen asimismo algo más, que el más perfeccionado mecanismo no puede producir: la luz, la atmósfera, la poesía, lo que siente el hombre y no es susceptible de sentir la máquina. ¿Qué sería del arte y, por consiguiente, qué sería la parte más noble del hombre el día en que la cámara oscura pudiera hacer olvidar á Nicolás Poussin?

Marqués nos ha enviado su dibujo sin decirnos á qué lugar del mundo se refería, y nosotros hemos exclamado: ¡Lucerna! no porque esas agujas sean las de su catedral, ni porque esa torre cónica sea la de uno de sus vetustos puentes; sino porque á su simple vista hemos sentido lo que sentimos cabe á su lago de los *cuatro cantones* y ante su gigantesco monte Pilatos.

LA MENAGERÍA, cuadro de Pablo Meyerheim

Hay pocos espectáculos que exciten la curiosidad general como las colecciones de fieras. Singularmente en los pueblos alejados de las grandes poblaciones, en donde es común la exhibición de animales raros, la instalación de una menagería es un verdadero acontecimiento que se transmite oralmente de generación en generación. La ferocidad indomable del oso blanco, los instintos repugnantes de la hiena, la salvaje majestad del león, siquiera se trate de un cachorro tísico y nostálgico, la manchada piel de las serpientes, cuyos anillos se ensortijan perezosamente en el cuerpo de un negro, hecho tal por gracia del embadurnamiento; el enorme paquidermo cuya trompa lo mismo parece lamer las manos del niño que le regala un terrón de azúcar, como amenaza derribar la frágil tienda, debajo de la cual es exhibido; todo constituye un verdadero asombro para las gentes de la aldea, que apenas han podido formar concepto de esos animales por las cajitas ó Arcas de Noé que se venden en casi todas las ferias.

Meyerheim, que es un pintor especialista de animales, ha encontrado feliz manera de reproducirlos en un cuadro que, aparte el objeto principal, tiene la forma de un verdadero asunto. Cuantos hayan tenido ocasión de presenciar la escena reproducida, podrán comprobar la exactitud y verdad con que la ha tratado el egregio artista.

LA BARRICADA, dibujo de A. Fabrés

«En todas partes cuecen habas,» diría nuestro paisano el autor de este dibujo, cuando reprodujo la escena en él representada. Africa, á juzgar por esta, no difiere gran cosa de España; falta únicamente saber quién ha sido el maestro de esa *ingeniería* revolucionaria, y mucho tememos que nuestra *influencia* en el Marroc no haya pasado de esa enseñanza.

Sin embargo, hagamos justicia á nuestros compatriotas. Siempre que al hervor de las pasiones políticas se han levantado barricadas en las calles de nuestras ciudades, hemos visto batirse detrás de ellas á hombres dominados por la exaltación de ideas, que pudieron creer nobles y generosas. En su actitud, en su mirada, en sus alardes, prevalecía un sentimiento, respetable en medio de su extravío. En los africanos de Fabrés domina el instinto de la ferocidad y el sentimiento de la venganza. Esta es, á no dudarlo, la nota saliente de nuestro dibujo, y ella caracteriza la escena imprimiéndola un color especial de salvajismo. Los hombres y las cosas de esa barricada describen á un pueblo: los rebeldes no capitularán, antes bien caerán envueltos en las ruinas causadas por el fanatismo y la degradación, que les son propias.

VENTA DE CALABAZAS EN VENECIA
cuadro de Luis Passini

Las obras de arte que representan escenas populares no pueden apreciarse debidamente, sino cuando el espectador conoce los tipos en aquéllas reproducidos y los asuntos en ellas tratados. Quien haya visitado Venecia, habrá presenciado algo análogo al cuadro de Passini; si lo ha presenciado, lo reconocerá en la tela cuya copia publicamos, y por ende podrá estimar en cuánto vale esta escena del natural.

El asunto no es nuevo, por cierto, pero en el terreno del arte el talento suple frecuentemente la falta de inventiva.

Proyecto de restauración de la Venus de Milo por el profesor M. A. Zur Strassen

La antigüedad clásica puede envanecerse de que sus escultores no han sido superados hasta el presente, ni siquiera igualados. En pintura no hay quien se acuerde de Apeles; en escultura es imposible prescindir de Fidias y de Praxiteles. Sesenta mil estatuas, ó restos de ellas, esparcidas por todos los museos del mundo, demuestran hasta qué punto sobresalieron los romanos, y más aún los griegos, en el arte escultórico. La posteridad, impotente para producir obras tan perfectas, se ha limitado á estudiarlas, y en muchas ocasiones á penetrar, con mejor ó peor fortuna, el pensamiento del autor de tales modelos; pensamiento destruído por la mano de los hombres ó por la acción del tiempo, que han mutilado horriblemente las más bellas producciones del cincel clásico. En este terreno, pocas esculturas han sido tan estudiadas como la célebre *Venus de Milo*, de autor desconocido, pero de tan singular mérito que, á no ser de Fidias, debió ser de un artista de no menor talento, cuyo nombre se haya perdido por desgracia.

Desde que, en 8 de abril de 1820, se descubrió tan portentosa estatua, á poca distancia de las ruinas del teatro de Milo, decaída población que da nombre á la Venus de que nos ocupamos, llamó la atención de los escultores y de los arqueólogos la ligera inclinación del cuerpo, la posición singular de la pierna izquierda y sobre todo el hombro mutilado, que constituían un problema artístico á resolver, ó sea la restauración, el complemento, el aditamento de ese mármol, desdichadamente truncado. El problema ha tenido varias soluciones; pero, en definitiva, queda sin resolver. Millingen, Welker, Otón Jahn y otros han opinado que la estatua de Milo representaba á la *Venus victrix*, embrazando con el brazo izquierdo, que es el perdido, el escudo de Marte. Wieseler fué de parecer que esa figura era la diosa de la Victoria, que debió apoyarse en una lanza; Collas y Hasse la creyeron, asimismo, Venus, que se contemplaba sencillamente en un espejo; Dumont d'Urville sustituyó el espejo por la primitiva manzana; Geckel Saloman la calificó de una personificación del placer apareciéndose á Hércules; y Veit Valentín la creyó representación de una mujer cuya cólera excitara el peligro corrido por su honestidad. Todas estas explicaciones tienen su fundamento; pero ninguna de ellas satisface por completo las exigencias de la crítica, ni los argumentos del arte.

Quatremere de Quincy dió el primero la idea de que la tan debatida escultura formaba parte de un grupo de dos personas, Venus y Marte. La asociación en esa estatua del amor y de la guerra, de la belleza y del valor, no era, como hemos dicho, una idea nueva. Augusto Wittig, partidario de la opinión del escudo, distinguido escultor de Dusseldorf y autor de una notable restauración de la tan debatida Venus, terminada en 1870, dice, explicando su obra: «La actitud triunfante y soberbia de la figura, me sugirió (?) la idea de poner en su mano el escudo de Marte, el dios á quien venció con su hermosura, cuya arma defensiva consideraba ser el trofeo de su victoria, tanto más estimable para ella, en cuanto creía ver reflejado en dicho escudo el semblante de su amado.»

La solución que une á entrambos dioses en un mismo grupo ha sido generalmente aceptada por las personas más competentes; y en el Museo del Louvre, que posee tan incomparable joya, son de ver distintos proyectos de restauración, ideados en este sentido. En idéntica opinión se ha basado recientemente el profesor de escultura de Leipzig Zur Strassen, autor del grupo que publicamos en el presente número. La idea, repetimos, no es nueva, ni aplicada expresamente á completar la Venus en cuestión, ni bajo el punto de vista de la estatuaria en general. El insigne Canova esculpió un grupo de entrambos dioses, admirable como suyo; pero sin duda interpretado de muy distinta manera. En la obra del escultor moderno domina un pensamiento sensual; Venus se propone cautivar á Marte, empleando para conseguirlo sus atractivos físicos: en la diosa del incógnito escultor griego, la belleza es severa, la expresión soberana, hasta tal punto que se haya atribuído al grupo antiguo la significación simbólica del matrimonio religioso. El feliz respeto á esta explicación, el alejamiento completo de toda idea material y profana, constituyen el singular mérito de la restauración proyectada por Strassen.

Observan algunos críticos que entre la actitud de Venus y la de Marte existe alguna disparidad, pues mientras la de la diosa expresa el movimiento, la del dios expresa la quietud. Los partidarios de la solución Strassen convierten en mayor belleza esta objeción, diciendo que, dada la idea de una despedida entre los dos consortes ó amantes, cabe perfectamente el reposo de una figura y el movimiento de la otra, no siendo verdaderamente absoluto el quietismo de Marte.

¿Podremos decir, por todo ello, que la obra de Strassen resuelve el empeñado problema de la restauración de la Venus de Milo? Es muy difícil contestar esta pregunta, careciendo, como se carece, de antecedentes positivos. Sin embargo, algo puede colegirse ó afirmarse, por deducción, de los datos concurrentes en la estatua conocida; como, por ejemplo, las huellas en el ropaje del suelo y en los trozos posteriores de la túnica, que indican la adherencia de otro cuerpo; también la tensión del deltoide izquierdo que deja suponer el apoyo del brazo mutilado en un objeto cualquiera, probablemente en otro personaje; circunstancias que determinaron, igualmente, la solución de Wittig. Por el contrario, cierto fragmento encontrado en las ruinas del teatro de Milo, una mano oprimiendo una manzana, abonaría la solución de Dumont d'Urville, si los inteligentes no hubiesen convenido en que la factura de esa mano dista mucho de igualar la perfección del resto de la estatua de que quiso formar parte.

En resumen, el problema queda en pie; pero es indudable que la mayoría de las opiniones concuerdan con la de Strassen, quien, á mayor abundamiento, ha demostrado el estudio que tiene hecho de la estatuaria clásica y el respeto con que deben acometerse los trabajos que han de excitar forzosamente la atención de los artistas y la infatigable curiosidad de los arqueólogos.

COMPETENCIA DE LA HERMOSURA
Tres bellezas húngaras

Las tres damas que se representan en nuestro grabado son las que acaban de ganar últimamente el premio de la belleza en el certamen que ha tenido lugar el día de San Esteban en Buda-Pesth, con motivo de una gran fiesta celebrada á fin de allegar recursos á las víctimas de los incendios é inundaciones que sembraron el luto en varias ciudades de Hungría. Eran presidentes el conde Estéfano Karolyi, Herr Ludwig von Csawlozky, individuo de la Dieta, y Herr Maurus von Jokai, diputado y editor del *Nemzet*. Más de cien mil espectadores esperaban ansiosos que comenzara el acto, y habíase reunido una suma de 60,000 florines para los premios. El jurado se reunió á las seis de la tarde, bajo la presidencia del conde Karolyi, siendo vocales siete caballeros, los cuales adjudicaron el primer premio á la señorita Gisella Schuler, el segundo á la señorita Ida Toronyi, y el tercero á la señorita Mariska Kolos. Estas dos últimas damas son naturales de Buda-Pesth y la más favorecida nació en Oroskaza, á donde había ido con sus padres para asistir á la fiesta.

La señorita Schuler cuenta diez y ocho años, y concurre la singular coincidencia de que obtuviera el premio el día de su cumpleaños. El conde Karolyi la presentó una manzana dorada con la siguiente inscripción: «A la más hermosa, 20 de setiembre de 1887.» Las otras dos bellas recibieron también manzanas semejantes, con las que se adornaron, suspendiéndolas del cuello.

CURRO, EL SEÑOR PACO, Y DON FRANCISCO

CUENTO MADRILEÑO

I

CURRO

Nació en una de las calles, que fueron barranco, en el barrio de Chamberí, y que después de cincuenta años de progresos rápidos y civilizadores, continúan teniendo más de barranco que de calle. Berreó primero en el tosco carretón de pino, cuando no revolcado entre cieno y polvo á la misma puerta de su *casa;* que así se llamaba el informe amasijo de adobes, yeso negro, cascote y tejas rotas, donde treinta vecinos pululaban por estrechos corredores y torcidas escaleras, dignas de figurar en un patíbulo. Jugó bestialmente al toro á puñetazo limpio con los de su calaña: voceó más tarde y silbó con toda la fuerza de sus pulmones en los alrededores de la plaza antigua de toros, subiéndose encima de los caballos *arrastrados;* y hasta reunió dos reales, durante medio año de inauditos ahorros, para presenciar una corrida entera de novillos, y tomar parte activa en los revolcones que los *capitalistas* de última hora se proporcionan en la lucha bestial é inexperta de los ocho embolados con los aficionados de menor edad.

Amasó yeso más tarde; contó á voces los *cientos* de ladrillos que pasaban á sus manos desde las del carretero; echó después algunas pelladas sobre dos piedras mal unidas, y porteó tantas espuertas de arena ó cascote que aun le queda la cadera izquierda medio palmo más saliente que la derecha, por la continua desviación de la línea recta que su cuerpo describió durante diez años de acarreo. El chico era de la piel del demonio, y por un quítame allá esas pajas, andaba una de cachetes en la obra de la calle de la Esperancilla que temblaba el misterio. Sus compañeros *peones*, y alguno de los oficiales, buscaban su consejo en los arduos negocios del día; porque hay que advertir que Paco tenía tan buen golpe de vista como de manos, y que en más de una ocasión se siguieron sus consejos para levantar una viga, ó derribar un paredón, ó atar un andamio. Creció... ¡pues no había de crecer!... se desarrolló á lo ancho, á la intemperie y al sol, y llegó á ser un mocetón, algo rechoncho, pero fornido y valeroso.

De resultas de no tener *vivos* padre ni madre, y de no haber figurado jamás en el padrón municipal, cosa muy común por aquella época de desarreglo administrativo, ni figuró en las listas de reemplazo para el ejército, ni le tocó por consiguiente la suerte de soldado, ni fué á *servir al Rey* como se decía entonces. De aventuras amorosas, no tenemos mucho que contar. Redujéronse á algún que otro encuentro fortuito con mozas de chapa y á dos ó tres *encalomos* con verduleras ajamonadas y buñoleras del barrio. Quísose subir á mayores, y sostener relaciones de *consecuencia*, con algunas criadas de servir, pero éstas le pedían cierta formalidad en citas y entrevistas, y cierta complicidad en sisas y hurtos domésticos, y renunció con gusto á compromisos de tanta importancia. De modo, que no mirando ni sintiendo el amor como necesidad de su espíritu, sólo tomó de él lo que buenamente le exigía de tarde en tarde su juventud atareada, y se salvó en la tabla de la indiferencia, del naufragio de la pasión y de la influencia femenina.

¡No sabía el buen Paco de los escollos que se libraba! Con sólo una *individua* que le hubiese flechado de veras, hubiera sido hombre perdido. Ni hubiera salido de *Curro* en toda su vida, ni hubiera podido jamás llegar á ser

II

EL SEÑOR PACO

¡Esto ya es otra cosa! La metamorfosis sin embargo no hiere la vista, ni aturde los sentidos, por más que las diferencias sean esencialísimas. Una entre todas bastaría para calificar de dos seres distintos á este único ejemplar de la especie. Mientras Curro fué Curro, jamás se cubrió su cabeza con ningún artefacto serio. Alguna montera de papel para jugar á los soldados, algún pedazo de banasta para jugar al toro, algún residuo de gorra vieja para los chaparrones fuertes; pero nada de serio, nada de completo, nada de definitivo ni manufacturado. Pero en cuanto Curro fué el señor Paco, cayó sobre su monte de cabello negro, un hongo de color de ceniza; y aquel hongo, yo creo que siempre el mismo, vino á ser un segundo cráneo. Yo no sé si dormía con el hongo puesto, pero excepto esas horas en que sólo él nos podía decir cómo se acostaba, jamás se le vió despojado del castoreño dúctil y suave, en cuya superficie se superfetaban las capas de polvo, como en una montaña ó sobre un tejado. Ni los hombres, ni las mujeres, ni Dios mismo, le vieron nunca sin sombrero. Llegó á ser una porción de su individuo, un miembro más de su cuerpo, un amigo discreto y guardador de todas sus lucubraciones y excesos imaginativos. El traje era casi como el sombrero; de dril en el verano, de lanilla en el invierno, pero siempre ceniciento; entre color de derribo y de revoco; ancho, cómodo, sin forma conocida, sin moda diferencial, siempre el mismo, cuando nuevo que cuando viejo; sombrero, traje y hombre inamovibles, sistemáticos, perpetuos. ¿Qué hacía el señor Paco? Entrar en una obra; salir de otra; contratar bolquetes; ajustar escombros; llevarse tejas rotas; llenar barrancos y vaciar desmontes. Ya se le veía de capataz en una sección de empedrados; ya de maestro en la perforación de una alcantarilla; ya de oficial en el revestido de un pozo; veía-



UN RINCÓN DE LUCERNA, dibujo de **J. M. Marqués**

sele á lo mejor acarreando madera desde el almacén á la obra; llevarse al rastro cuatro balcones antiguos volados; verter dos mil ladrillos recochos en una charca del cementerio de San Justo; dirigir la pirámide de un estercolero en la huerta de la Capona; extraer dos mil metros cúbicos de arena de San Isidro, ó inspeccionar el matado de cinco carros de cal viva en el revoco de la iglesia de San Pedro. Y de este modo y sin darse cuenta de los años transcurridos, ni de las pequeñas reformas inconscientes de su persona y de su traje, de la noche á la mañana, por la aquiescencia pasiva de amigos y conocidos, nos encontramos con

III

DON FRANCISCO

Y este sí que merece el capítulo aparte, y constituye por decirlo así todo el cuento ó la historia, á que los otros dos tipos no han servido más que de precedente. ¿Quién es, y cómo es don Francisco? Es una figura vulgar, y sin embargo, imposible de confundir con otras ciento. Es gordo; colorado, mofletudo y ordinario: lleva gran bigote, no largo, sino espeso: viste americana, sombrero hongo, acartonado y negro, pero siempre flamante; capa nueva y cara en invierno; botinas, de tela blanca las más veces; gruesos y amarillentos brillantes en todos los dedos sin distinción (excepto en los pulgares, que no tienen uñas), cadena llamativa y buen reloj. Su voz está tomada, por una bronquitis crónica según él, por un continuo desayuno de aguardiente según sus enemigos.

Su existencia, por lo metódica y acompasada, más parece máquina cronométrica que vitalidad de ser humano; y sus pasos, como la péndola, guardan entre sí la equidistancia de tiempo y medida que pudiera guardar el tic-tac del mejor horario de pared. Este aparato humano no tiene que ser jamás examinado por relojero alguno, y ni la más leve alteración, por suciedad, aceleramiento ó desgaste experimentan las ruedas de esta máquina de carne y hueso.

Siéntase sobre la cama al dar la primera campanada de las seis. A la media hora ya está frente á la obra que mayor interés le inspira de las varias que de continuo dirige. Remoja sus tres comidas con sendos tragos de vino tinto, bebidos en vaso de á cuartillo, y primero falta el sol en el firmamento, que un cigarro puro de estanco en su boca, como uno y absoluto digestivo: pues no considera como tal *el café*, que más que costumbre es en él, vicio arraigado. Al de *Colón*, situado en la calle de Hortaleza, asiste cuotidianamente concluída su cena, y allí un mozo que se llama Julián le sirve con el mayor agrado posible, sin haber alcanzado jamás la más pequeña propina.

Don Francisco posee ya en propiedad dos casas: una en el paseo, hoy calle, de la Habana y otra en la cuesta de San Vicente: esta última es de las llamadas de vecindad. Incómodamente pueden colocarse en ellas treinta y tres familias que á razón de cuarenta y ocho duros al año cada una, ó sea cuatro duros al mes, constituyen una renta de mil quinientos ochenta y cuatro duros. La otra sólo le produce doce mil reales, pero aun así suman 43,680 reales de renta fija, sin contar con lo que en sus contratos, derribos y construcciones puede ganar eventualmente al año. Es don Francisco un pordiosero para Rostchild, pero un Rostchild para todos los pordioseros. Conste, pues, que don Francisco mira pasar su vida tranquila y sosegadamente y que es tan feliz como puede serlo el que más, en este mísero planeta en que vivimos.

Y retrocedamos ahora á la noche de un viernes del mes de marzo de 1886, punto de partida de nuestra verdadera historia.

Don Francisco había ido á casa de un rico bolsista para quien estaba construyendo en calidad de *maestro de obras* dos casas contiguas: había recibido de éste el importe de los jornales de la semana, con más las cuentas de herraje y el segundo plazo de la contrata, que todo reunido importaba diez y nueve mil y pico de duros, y desde la mesa del banquero fuése á la del café encerrando en su cartera los valores que le habían sido entregados.

Apurando el último sorbo de los cinco en que consumía la taza y engolfado en una discusión aritmética, hubo de sacar la cartera, en una de cuyas hojas, lápiz en ristre, pretendió convencer con la irrefutable lógica de los números, á los dos compañeros que con él disputaban. Sin saber cómo, que estas cosas cuando suceden nunca se explican, el grueso paquete de billetes de banco encerrado en un sobre, rodó á sus pies sin llamar su atención por un instante.

Permaneció don Francisco aquella noche en el café más que de costumbre, y juntos salieron de él los tres amigos, mientras Julián el camarero recogía en la bandeja tazas y platillos sucios, y limpiaba el mármol de la mesa con su mugrienta rodilla hecha jirones.

Reparó de pronto en el sobre y bajóse á recogerlo; y allá en un rincón de la cocina y bajo el mechero de gas, contempló con más que mediana sorpresa, los simpáticos bustos de Mendizábal, Campomanes y Calderón, rodeados de vistosas orlas. ¡Billetes del Banco de España! ¡y cuántos! ¡una fortuna!

Ignoro si Julián vaciló ó no en inquirir quién pudiera ser el dueño de tal suma; ello es que su turno acababa á aquella hora y que á los pocos momentos del hallazgo, salió del café, yendo á dar con su cuerpo en la calle de la Habana, vivienda de don Francisco. Este no estaba en su casa, y el mozo decidió esperarle en la taberna de la esquina.

Entretanto el maestro de obras, que por una corazonada tan natural en casos tales, echó mano á su cartera antes de llegar á su casa, con gran azoramiento y estupefacción, contemplóse robado en un minuto. Largo rato permaneció mudo y sin aliento, pero de pronto volvió á desandar el camino recorrido y con paso rápido y acelerado penetró en el café de donde había salido quince minutos antes.

Preguntó por Julián: se había retirado según costumbre á las once en punto y nada había comunicado á sus compañeros del hallazgo á que don Francisco se refería. Por otra parte,—añadía el amo del café,—la mesa en que el maestro y sus amigos estuvieron sentados, fué ocupada en el acto por dos desconocidos que tomaron dos copas de licor y salieron en seguida. El camarero que servía en aquellas mesas, tampoco había encontrado paquete alguno. Era, pues, indispensable buscar á Julián dondequiera que se encontrase, y dar en el acto parte al Juez de Guardia y al Jefe de Vigilancia del Gobierno Civil. Tres veces estuvo en este el pobre don Francisco: inútiles pesquisas. Ya entrado el día, y después de una noche en que envejeció diez años, trasladóse á su casa con los ojos llorosos y con la convicción profunda de que había perdido en un momento el fruto de veinte años de asiduo trabajo. ¿Cuál no sería su sorpresa, cuando al introducir el llavín en la cerradura de la puerta, se encontró con que Julián dándole dos palmaditas en el hombro le interrogó de esta manera: «¿Ha perdido V. algo esta noche, don Francisco?» Su alegría no tuvo límites, y tras de breves explicaciones, en las que hizo constar la cantidad de que se trataba y las señas del sobre en que estaba envuelta, le fué entregado el paquete sin merma alguna y sin la restricción más pequeña.

Helado se quedó el pobre camarero, cuando al esperar la recompensa de su honradez, sólo recibió palabras frías y casi indiferentes, en las que don Francisco le aseguró, sin embargo, que le había devuelto la felicidad dentro de aquel sobre.

Pensativo, y quizá renegando de su hombría de bien, llegó el camarero á su casa, donde le esperaban dos agentes de seguridad, que á pesar de sus protestas, le condujeron á la prevención del distrito, donde permaneció doce horas, mientras fueron depurados los hechos anteriores.

Transcurrieron seis meses: Julián seguía sirviendo cuotidianamente el café al maestro de obras, sin recibir el miserable *perro grande* que cualquier desconocido le daba por su servicio.

No fueron pocos los comentarios que entre los asiduos concurrentes y parroquianos del café se hicieron en aquellos meses, admirando todos la honradez del mozo y condenando la extraña conducta de don Francisco.

Cierto día, en que el muchacho tuvo un pequeño disgusto con el dueño del café, se presentó al maestro de



LA MENAGERÍA, cuadro de Pablo Meyerheim



LA BARRICADA, dibujo de A. Fabrés



VENTA DE CALABAZAS EN VENECIA, cuadro de Luis Passini

obras, suplicándole que consiguiera no le separaran de su puesto. Recibióle don Francisco frío como siempre, y afirman que le dijo: «Hace 20 días que he terminado la última casa que pienso construir y que está situada en la calle de Fuencarral. Su piso bajo me ha sido alquilado para café inaugurándose esta noche. Vente á casa á las ocho y juntos iremos para ver si te admiten en él como camarero.»

Así lo hizo el muchacho en efecto, y juntos llegaron al local. Alhajado estaba éste con gran esmero, y los grandes espejos que tapizaban las paredes hacían suponer que no tenían término las dos naves de que estaba compuesto. En el fondo y de frente, blanco y reluciente mostrador de mármol ostentaba botellas de toda clase de formas y colores, y don Francisco, dirigiéndose á él, seguido de Julián, le dijo á este: «Tu sitio está en ese mostrador: tuyo es cuanto en el café existe de servicio, y mueblaje. He querido pasar por tacaño y miserable durante algunos meses, por no dar á tu honradez una recompensa que seguramente hubieras tirado en cuatro días. Si te va bien en tu negocio, aprende á vivir y á trabajar: si te va mal, vendiendo estos enseres tendrás mayor recompensa de la que otro te hubiera dado.»

Abrazos, lágrimas, todo fué poco para manifestar el regocijo de Julián. Ocupó su sitio, y en él sigue, ganando todo el dinero que merece por su probidad.

Todas las noches toma café don Francisco en la mesa más próxima al mostrador, y el camarero que le sirve, aun no ha recibido de sus manos ni cinco céntimos de propina.

Luis Mariano de Larra

LOS COINCIDENTES

Es el señor don Pedro Pérez tan dado á la meditación, como poco aficionado á la lectura: según dice él y sostiene, no hay hombre que valga más que otro hombre, y lo que uno discurrió, puede otro discurrirlo del mismo modo; de donde, según una dialéctica de su peculiar uso, deduce don Pedro Pérez que es perfectamente perdido el tiempo consagrado á estudiar lo que otros han dicho ó han escrito, cuando eso mismo puede uno decirlo ó escribirlo, con sólo tomarse la molestia de pensar un poco.

Cuando era muy niño todavía, hubo de leer aquellas palabras en que Cervantes (en el prólogo de su *ingenioso hidalgo)* viene á declarar que es poco amigo de andar revolviendo autores que le digan *lo que él se sabe decir sin ellos* y labró tan honda impresión aquella teoría en el ánimo de Pedro Pérez que ya desde sus años más tiernos había declarado guerra á muerte á los libros, sobre todo á los de texto; y solía recitar, con este motivo, unos versos de autor anónimo y que sintetizaban todo su sistema.

Y como dicen, y es verdad, que para muestra basta un botón, allí van como muestras varios *botones* de la composición de referencia:

> Quédate aquí, lector, estupefacto
> si no eres un babieca:
> y renuncia en el acto,
> á la antigua costumbre, rancia y seca,
> de estar sobre los libros con gran tacto
> como gallina clueca,
> empollando discursos forasteros
> que luego salen, casi siempre, hueros.
> Pues la ciencia sobada
> que el fatigoso estudio proporciona
> sale tan lacia, insípida y ramplona,
> que después, cotizada,
> no deja de producto casi nada.

Y así, por ese orden y á ese tenor, continuaba el poeta despachándose á su gusto y seguía D. Pedro Pérez combatiendo el sistema de *empollar discursos forasteros* y siendo, por consiguiente, después de largas vigilias y meditaciones profundas, inventor infatigable de cosas ya inventadas.

En cierta ocasión, como hubiese oído á su catedrático de historia referir la leyenda (si es leyenda) de Edipo, se dió á meditar sobre aquellas inauditas y terribles aventuras y discurrió que muy bien podrían servirle para asunto de una tragedia espeluznante: y como lo pensó lo hizo: algunos meses después tenía escrita y sacada en limpio su famosa tragedia, y no es decible cuál fué su desencanto, cuando alguien le enteró de que su *Edipo* era el ciento y tantos de los trabajos que sobre el mismo asunto se habían escrito.

Pedro Pérez cultivó con el mismo desdichado éxito la literatura dramática, durante mucho tiempo.

Si no hubiesen vivido antes que él Shakespeare, Molière, Calderón, Alarcón, acaso el nombre de Pedro Pérez brillaría en los horizontes del arte por haber dado vida y ser á *El hipócrita*, al *Celoso*, á *El embustero*, pero, desgraciadamente para él, siempre se encontró, después de terminada su obra, conque uno de esos colosos de la escena, á quien él no había leído nunca, se le había adelantado.

Repetidos desengaños le hicieron desistir de sus propósitos y renunciar decididamente á los triunfos teatrales y entonces se entregó con alma y vida á las meditaciones sociológicas.

Por entonces inventó Pedro Pérez su gran sistema de *servicios mutuos universales*, cuyos fines eran enlazar con vínculos de amor y de agradecimiento á todos los individuos de la gran familia humana.

La cosa, según las explicaciones que el propio cosechero, ó digamos el inventor mismo, dió á varios amigos á quienes invitó á comer, para exponerles, por vía de postre, su gran pensamiento, se reducía á lo siguiente:

«Yo quiero,—decía Pedro Pérez,—hacer de todo el género humano, una asociación.

»Pero como se me alcanza perfectamente que, por de pronto, será muy difícil lograr que todos los hombres de todos los países se adhieran al pensamiento y cooperen á su realización, entiendo que debemos contentarnos con incluir, á fin de iniciar las tareas, á los que buenamente quieran asociarse.

»Los individuos de esta gran asociación se comprometen á prestarse unos á otros, y gratuitamente, los servicios que estén á su alcance. El que preste un servicio, no obtendrá, por el hecho de haberlo prestado, otra cosa que una tarjeta en la cual el socio que ha recibido el servicio lo declare así. Esta tarjeta servirá al poseedor de ella, para exigir en cualquier tiempo, en cualquier lugar, y de cualquier otro asociado, un servicio equivalente.»

Aquí llegaba de sus explicaciones el bueno de D. Pedro Pérez, cuando uno de los convidados, menos sufrido que los demás, todos los cuales escuchaban en silencio gritó: «Pero, hombre, si eso está ya inventado hace mucho tiempo.»

—¿Cómo que está inventado?—preguntó, fuera de sí de puro furioso, el inventor de los *servicios mutuos universales.*

—Y tanto como lo está, y además planteado y generalizado.

—¿Pero dónde?

—Pues en todo el mundo civilizado; porque al fin y á la postre, lo que V. propone crear es, ni más ni menos, la moneda; vea V. si está ya inventada, y sino se ha generalizado su invención.

Paró pensativo y meditabundo D. Pedro Pérez al oir estas palabras y después de reflexionar un rato, acabó por decir:

«Confieso que tiene V. razón: el cambio de productos y de servicios facilitado por el intermedio de la moneda, viene á realizar con mucha ventaja los fines que yo me proponía con la formación de la gran sociedad.

»De suerte, que me ha ocurrido con esto lo mismo que me ocurrió con mis tragedias. Y es que, indudablemente, aquí ya no queda nada por inventar. ¡Oh! si algo quedase que no se hubiera inventado, tengo seguridad completa de que yo lo inventaría.»

Los convidados, dando muestras de bien educados y al par de agradecidos, asentían á esas palabras de Pedro Pérez y se despedían de él, acariciando la esperanza de que muy pronto serían invitados á otra comida, para conocer un descubrimiento nuevo.

Y sucedió así efectivamente: Pedro Pérez inventó poco después, buscando el movimiento continuo, el *sifón* y *la máquina de doble reacción;* inventó el telégrafo de señales; inventó el ascensor; inventó el teléfono... inventó, en fin, multitud de cosas, todas inventadas ya, por supuesto; y algunas caídas en desuso, de puro viejas; pero de las cuales, el flamante inventor, gracias á su manía de no leer nada, no tenía la más remota idea.

La escena, que se reproducía á cada nuevo invento, era invariablemente la misma: *primera parte*, gran festín, opíparo banquete, suculentos manjares, vinos exquisitos, buen café, excelentes tabacos, servido todo por Lhardy y consumido y celebrado por los amigos; *parte segunda*, exposición, por Pedro Pérez, de su nuevo descubrimiento: *tercera parte*, aplausos unánimes de todos los oyentes que

admiraban la constancia, la inteligencia y la laboriosidad del inventor... á quien participaban que tampoco aquello era nuevo.

Después del descubrimiento del ascensor permaneció Pedro Pérez inactivo (al parecer) durante muchos años, transcurridos los cuales sus amigos de siempre recibieron, como de costumbre, un B. L. M. Este se diferenciaba de los anteriores en que, sin hablar de comida, ni de almuerzo, ni de cosa que á eso se pareciese, se les citaba para escuchar el nuevo y verdadero invento discurrido y arreglado en los últimos años.

Nadie faltó á la cita: era casi casi punto de honra y cuestión de gratitud, acudir á esta invitación á *palo seco*, para los que á tantas de otra índole habían acudido.

Una vez reunidos todos los invitados, apareció en el salón el bueno de don Pedro Pérez que blandía, con aire de triunfo, un cuaderno bastante abultado y en folio en cuya portada se leía escrito en magníficas letras góticas: *Coincidentes*.

Pedro Pérez echó, arrojó sería más exacto, sobre la mesa colocada en el centro de la habitación aquellos papelotes y después, paseando miradas de triunfador sobre el auditorio, comenzó á expresarse en los siguientes términos: «Señores: ocho años hace, concebí el proyecto que voy á someter á vuestras deliberaciones y para el cual solicito y espero vuestra aprobación. Esos ocho años los he invertido, casi por completo, en dar forma, en desarrollar y en perfeccionar mi pensamiento. No se trata ahora de una invención que lleva ya algunos siglos de existencia y que aun siendo real y verdaderamente mía, ha sido anteriormente de otros, como ya en varias ocasiones me ha sucedido; se trata de aprovechar y de explotar una circunstancia que hasta hoy nadie ha explotado y de la que pienso que nadie hasta el presente se ha dado cuenta.

»Quiero formar, y aquí traigo estatutos y reglamentos en que todo está calculado y previsto, la ASOCIACIÓN DE LOS COINCIDENTES, de cuya beneficiosa acción y de cuyos trascendentales servicios os convenceréis, con sólo escucharme unos minutos. Cuántas y cuántas veces os habrá sucedido, como me ha sucedido á mí, salir de casa rebosando el alma de alegría, con deseo de hacer bien á alguien, con ansia de favorecer y ayudar á un necesitado de favor y de ayuda; cuántas veces, cuando os encontrabais en esa disposición de ánimo, habrá cruzado por vuestro lado, por la calle, alguno digno de vuestros auxilios, alguno á quien podríais haber arrancado de la desesperación, si vosotros hubierais podido leer en su espíritu ó él hubiese podido penetrar en el vuestro. Y nadie podrá negarme que esto es posible; que sucede alguna vez; ¿qué digo alguna vez? sucede muy á menudo, que andan por el mundo y se ven y se oyen y chocan entre sí, sin hacer caso unos de otros, hombres á quienes convendría juntarse, para realizar algo de que ambos necesitan y que á ambos conviene y que uno solo no puede realizar.

»Son éstas *verdaderas Coincidencias* que yo quiero aprovechar y para esto he ideado la *Asociación de los coincidentes*, cuyo reglamento y estatutos voy á leeros.»

Y dicho esto, el insigne don Pedro Pérez caló los quevedos, empuñó el cuaderno de la letra gótica y se dispuso á leer, cuando uno de los que escuchaban, dijo:

—Amigo don Pedro: ni yo ni ninguno de los aquí presentes, tenemos dificultad en oir lo que V. se propone leernos: antes lo escucharán todos (por mí al menos lo aseguro) con mucho placer; pero creo yo que esa sociedad que usted ha inventado, está inventada ya.

—¿Eh?—dijo, mejor dicho, gritó Pedro Pérez en el colmo de la estupefacción.

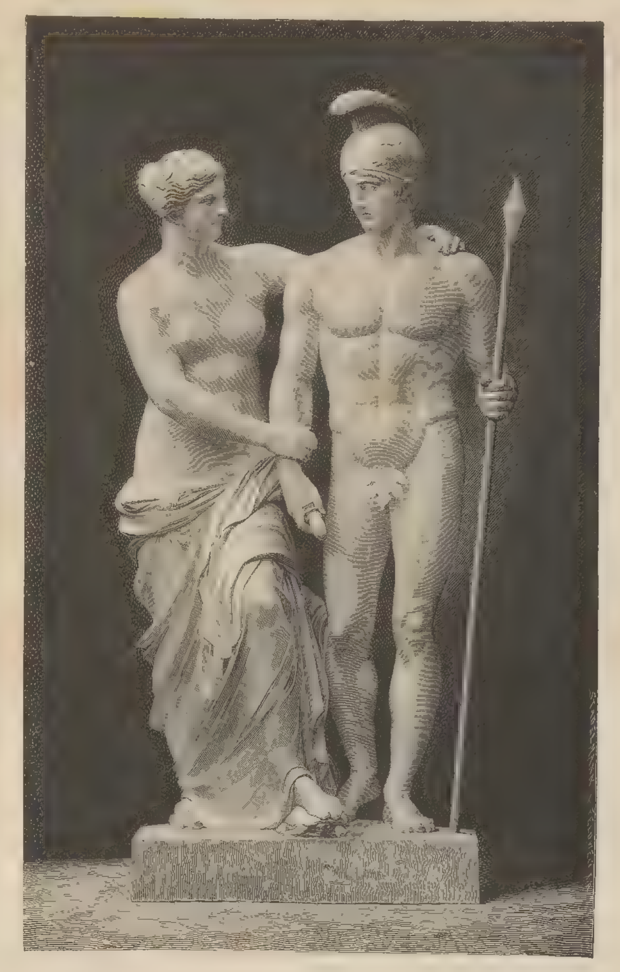
—Sí: hace muchos años que funciona. No se llama *Asociación de los coincidentes*, se nombra sólo *Sociedad de anunciantes;* pero es lo mismo: cuando uno de la asociación quiere encontrar alguien que coincida con sus deseos, *publica un anuncio en los periódicos*, y pocas horas después encuentra lo que busca.

Estas palabras pusieron espanto visible en el semblante de don Pedro y pusieron al mismo tiempo fin á la sesión.

El desventurado inventor, sin ser dueño de dominar su enojo, rasgó colérico el cuaderno, de cuyo contenido nadie pudo enterarse, y salió de la habitación.

Desde aquel día D. Pedro Pérez no ha vuelto á inventar nada, al menos que se sepa. Sus amigos le ven ahora muy á menudo en la biblioteca nacional durante el día, en la del Ateneo durante la noche: consagrando muchas horas á la lectura. Devora libros y más libros; ilustraciones, revistas. Con nada se satisface, quiere ver cuanto se publica, quiere conocer cuanto se ha publicado y muchas veces se le oye decir, cuando cierra violentamente un libro que acaba de leer: *Nada, que ya está inventado todo, todo, todo.*

A. SÁNCHEZ PÉREZ



PROYECTO DE RESTAURACIÓN DE LA VENUS DE MILO, por el profesor M. A. Zur Strassen

EL SOMBRERO ESPAÑOL

Gallardamente completaba el traje de nuestros mayores, allá en los tiempos de los Felipes III y IV de Austria, el sombrero que usaron los caballeros, y hasta los que no eran.

Inclinado con arrogancia sobre la oreja izquierda, recogida con gracia el ala, ó *falda*, como entonces se la llamaba, por la parte delantera, daba al hombre cierto aire de altivez y desenfado, que cuadraba á maravilla con el carácter resuelto y avalentado de que todos entonces hacían gala.

Es hoy cosa harto frecuente, por no decir vulgar, entre los que escriben acerca de aquel tiempo y sus costumbres, menos conocidos uno y otras de lo debido, designar el sombrero entonces usado con el nombre de *chambergo*.

Pues bien, eso es un error histórico, poco menos grave que lo sería llamarle sombrero de *tres candiles* ó de *medio queso*.

El nombre de *chambergo*, aplicado al sombrero, es completamente desconocido hasta bien entrado el último tercio del siglo XVII.

Corría la minoría de Carlos II cuando fué en España conocida la guardia llamada *Chamberga*, importación que á nuestro país trajo la segunda mujer de Felipe IV, su sobrina carnal Mariana, hija del emperador de Alemania Fernando III y de María de Austria, hermana y suegra á la vez de Felipe IV.

Ya viuda aquella reina, creó la mencionada guardia *Chamberga*, que debió su nombre á usar unas casacas importadas de Alemania, cuyas faldas volvían por delante á manera de solapa, ni más ni menos que la que han dado en llamar hoy *casaca á la Federica*.

Estas casacas se llamaron *chambergas* y de aquí se hizo el hombre extensivo al sombrero que aquellos soldados llevaban, que después de todo no era más que el antiguo sombrero español, ligeramente modificado.

El sombrero servía para demostrar la calidad de la persona, bien por su forma, bien por la manera de llevarlo, bien por la riqueza de su adorno.

Los valientes, y en aquellos siglos la valentía era cosa de que se hacía gala hasta con exageración, solían llevarlos de grandes alas.

Así en la novela de Cervantes *Rinconete y Cortadillo*, se pinta á los rufianes Chiquiznaque y Maniferro usando «bigotes largos, *sombreros de grande falda* y cuellos á la walona» amén de otros arambeles propios de los matasiete.

Quevedo, hablando de otro valiente, que ainda mais era mulato, dice en su *Buscón*, que llevaba *un sombrero enjerto en guarda sol*.

Esta falda, la gente avalentada, la llevaba también doblada hacia arriba por la parte de la frente y los mancebos que sobre echarla de guapeza querían presumir asimismo de adinerados, prendían el ala en la copa con joyas de oro y pedrería, sujetando á la vez airosos plumajes, que daban mayor garbo al sombrero y á quien lo llevaba.

Describiendo Lope de Vega uno de estos galanes, dice:

> *Doblada falda* airosamente prende
> Al sombrero, con rosa de diamantes,
> Por cuyas plumas ser celada emprende,
> Al timbre de las armas semejantes.

Y en otro lugar añade:

> Los sombreros, de *faldas arrogantes*,
> Entre diversas plumas de colores,
> Adornan trancelines de *diamantes*.

Trancelines ó *trencellines* se llamaban aquellos cordones, cadenas ó joyeles que se prendían al rededor de la copa.

Pintando Lope en *El ausente en su lugar* á uno de aquellos jóvenes á la moda ó *lindos al uso*, como entonces se les llamaba, dice:

> No hay *trencellín* de diamantes
> Que se acabe en otro nombre,
> Ni tiene la corte un hombre
> Cuyos coletos y guantes
> Espiren olor igual.

En la comedia del mismo poeta, titulada: *¿De cuándo acá nos vino?* describe así á unos soldados de aquellos tercios de Flandes, que tanto se preciaban de valientes como de galanes en el vestir:

> Llamando están á la puerta
> Dos hombres de buenos talles,
> Plumas, *trencellines*, medias
> De color, como que agora
> Se quitaron las espuelas.

Cuando el príncipe de Gales fué á Madrid en 1623, refiere uno de los cronistas anónimos, cuyos *Avisos* manuscritos guarda la Biblioteca Nacional (x.—157) que el rey Felipe IV llevaba un sombrero con plumas y rosas de diamantes y perlas, y el Inglés otro sombrero «*con un trencillo de diamantes* muy rico.»

Lope, en su comedia *Al pasar del arroyo*, presenta á Lisarda reprendiendo á su hermano, mozo casquivano, que pasa las noches de turbio en turbio, en rondas, galanteos y andar á cuchilladas, y le dice.

> Mándente á tí jugar á la pelota.
> . . . .
> Tomar sombrero *con la falda vuelta*,
> Asida del *corchete de diamantes*,
> . . . .
> Y venir á dar golpes á la puerta
> Cuando ya quiere el alba levantarse.

También en *El Buscón* describe Quevedo á otros mancebos de la carda, como decían á los valentones, y los pinta con el sombrero levantado, y de alas grandes: «los sombreros, — dice — *empinados* sobre las frentes, *altas las faldillas de delante*, que parecían diademas.»

Cuando los sombreros eran para viajar solían recibir el nombre de *fieltros*, y eran grandes, para preservar al que los llevaba del sol y hasta de la lluvia.

COMPETENCIA DE LA HERMOSURA.—TRES BELLEZAS HÚNGARAS



IDA TORONYI (Segundo premio)



GISELLA SCHULER (Primer premio)



MARISKA KOLOS (Tercer premio)

En la comedia de Lope: *Quien ama no haga fieros*, se lee este diálogo entre amo y criado:

D. FÉLIX Ponte *de camino.*
GASTÓN ¿Yo?
D. FÉLIX ¿Tienes botas?
GASTÓN Sí tenía,
Mas viendo que es el beber
Camino más pasajero,
Trocando cuero por cuero,
Dellas me deshice ayer.
D. FÉLIX ¿Y *fieltro?*
GASTÓN ¿Tan gran señor
Te sueñas, que has de llevar
Lacayo con fieltro?
D. FÉLIX Es dar
A mi persona valor.

Hubo un tiempo en que se consideró cosa muy de moda arremangar no sólo una sino las dos alas del sombrero, de modo que sobre la frente formasen un pico ó candil, principio sin duda de los sombreros del siglo XVIII, que se llamaron de *tres candiles*, y se llevaron en los reinados de Fernando VI y Carlos III.

Aquella moda, que se consideró exagerada, la criticó Alarcón en *La culpa busca la pena*, diciendo que era ridículo

El que levanta igualmente
Por los dos lados el ala
Del sombrero, y por gran gala
Lleva un *candil* en la frente.

Ridiculizando lo mismo el entremesista Benavente, hace decir á un patán:

Yo me vo á volver galán
Y á traer en la cabeza
Un gran cangilón de fieltro.

De otro rufián escribió Calderón en su entremés de *Las Jácaras:*

Con el *fieltro* hasta los ojos,
Con el vino hasta la boca,
. . . .
Zampayo entró, el de Jerez,
En cas de Mari-Pizorra.

Los mozos enamorados solían poner, en lugar de trencellín, un cordón de pelo de su amada ó una cinta de sus cabellos. Así dijo Quevedo en su *Casa de locos de amor:* «Andaban los aficionados á doncellas... llenas las faltriqueras de papeles y *los sombreros* con más cordones de cabellos, cintas y anillos de azabache, que tiene un buhonero.»

En la comedia de Matos Fragoso: *Lorenzo me llamo*, el criado Martín dice á Lorenzo:

La señora doña Juana
Por señas que de *su pelo*
Te envía un lazo de cintas,
Conque adornes el sombrero.

Las leyes suntuarias, entonces tan frecuentes, fijaron también los adornos de los sombreros. La ley 1, título XIII, libro VII de *La Recopilación*, permitía usar en los sombreros *trenzas, pasamano ó cairel de oro, plata ó seda.* Felipe III, en su pragmática de 1600 reproducida en 1611, consintió que los hombres pudieran llevar en los sombreros *cadenas, cintillos de piezas de oro, y aderezos de camafeos, é hilos de perlas.*

En resumen, en todo el siglo XVII, hasta sus postrimerías, reinando ya Carlos II, no se halla jamás la palabra *chambergo*, para designar el sombrero en aquel tiempo usado. Ya puede leerse todo nuestro abundantísimo teatro, desde la primer comedia de Lope, hasta *Hado y divisa*, última de Calderón escrita ya en tiempo de aquel rey; repásense los novelistas de costumbres, desde D. Diego Hurtado de Mendoza á Francisco Santos, examínense nuestros códigos de entonces, que contienen tantas leyes sobre trajes, y no se encontrará una vez la palabra *chambergo*, como nombre de sombrero.

Cervantes dice que Claudia Jerónima, cuando vestida de hombre se presentó á Roque Guinart, llevaba sombrero terciado, á la *walona*, pero no á la *chamberga*.

Es, pues, cosa demostrada que quien presumiendo conocer las costumbres de aquel tiempo y queriendo pintar sus caballeros diga que usaban el *chambergo*, dice un solemne desatino.

No menor lo cometieron los que hace algunos años quisieron resucitar ridículamente el sombrero emplumado en amalgama con la moderna levita, y dijeron que restauraban el *chambergo*, como sombrero español.

Aquél fué alemán: los españoles no usaron más que *sombrero.*

JULIO MONREAL

FÍSICA SIN APARATOS

LEYES DE LA CAÍDA DE LOS CUERPOS. – Introdúzcanse ligeramente la punta de un cuchillo en lo alto de un dintel ó quicio de una puerta de madera, de modo que dando un puñetazo en el mismo quicio, caiga el cuchillo al suelo. Trátese de saber exactamente el punto en que el cuchillo caiga, y si en este mismo punto se pone una nuez, quedará partida ésta al rudo contacto ó golpe del cuchillo.

Para hallar el punto exacto del choque del cuchillo se introduce por el mango en un vaso lleno de agua, de manera que lo moje y se desprenda luego de él una gota de agua. Después, no hay sino poner la nuez en el punto mismo que marque la gota desprendida. Entonces se da el golpe con el puño para determinar la caída del cuchillo, que romperá la nuez seguramente.

La primera figura representa el modo de disponer el experimento y asegurar su resultado.



Fig. 1.—Modo de romper una nuez por medio de la caída de un cuchillo.

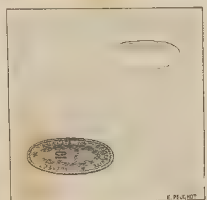


Fig. 2.—Caída de una moneda y de un círculo de papel

Fig. 3. – Caída de los mismos cuerpos, estando el papel sobre la moneda.

GRAVEDAD DE LOS CUERPOS. – Tómese una moneda y recórtese sobre ella un papel, de manera que tenga la misma forma pero algo menor siempre. Si se abandonan al aire ambos objetos, puestos al mismo nivel, la moneda caerá al suelo antes del dirio de papel (figura 2.ª) Pero si se pone el disco de papel sobre la cara superior de la moneda dejándola entonces caer en su posición horizontal, los dos objetos llegarán al suelo al mismo tiempo. Y es que el papel en contacto con la moneda, se ha preservado de la acción del aire. La diferencia de peso en los cuerpos no entra por nada en su caída, siendo el aire el agente que les impide caer con la misma rapidez.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 31 DE OCTUBRE DE 1887 — NUM. 305

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



UN ANTICIPO Á BUENA CUENTA, cuadro de G. Pieri Nerli

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

UN ANTICIPO Á BUENA CUENTA cuadro de G. Pieri Nerli

La ocasión hace el ladrón, y hay ocasiones que ni de encargo. Figurémonos, como se ha figurado el autor de este cuadro, dos jóvenes prometidos, ó simplemente enamorados uno de otro, distinción más sutil que importante en semejantes ocasiones. Figurémonos, en seguida, una extensión de terreno y que hasta donde alcanza la vista no se distingue alma viviente... Nótese bien que decimos *alma* y que, por consecuencia, los pavos que completan la escena no son tomados en cuenta ni para imponer ni para destruir la ocasión. Figurémonos, de igual modo, que el sol de julio cae perpendicularmente sobre la doncella, amenazándola con un tabardillo, y que la ocasión ¡la ocasión siempre! depara un tosco sombrero de paja bastante capaz para guarecer bajo sus alas dos rostros distintos, siempre que estos dos rostros estén pegados... Consecuencia, el cuadro de Nerli.

Pero ¡qué cuadro, carísimos lectores!... Esos muchachos hacen camino ¡y tanto como lo hacen!... A pesar de lo cual ¡con cuánta delicadeza está tratado este resbaladizo asunto! El único ser que, por lo visto, se escandaliza, es el pavo. Suponemos que el artista no ha querido simbolizar en tan feo animalucho á la moral ofendida; suponemos más, suponemos que no hay intención de tal ofensa, sino una simple *transgresión*, como Nerli titula á su cuadro, y que á nosotros nos parece un simple anticipo á buena cuenta matrimonial.

¡DICHOSA EDAD!... dibujo de A Casanova

El juego del peón es, sin disputa, uno de los más dignos de ser estudiados como fenómeno físico. Nada menos pretenden los señores de la profesión sino que sus varios movimientos ó rotaciones explican gráficamente las rotaciones del planeta Tierra. De suerte que cada vez que se presenta á nuestros ojos un peón bailando, tenemos delante nada menos que un mundo en el ejercicio de sus funciones.

¿Si se habrá enterado de esto el niño tan diestramente trazado por Casanova? Se nos figura que sería mucho pedir, no al artista, sino al niño. No nos metamos en semejantes honduras; demos de bueno que ese muchacho ve solamente en el peón un entretenimiento que le seduce, y felicitemos al pintor que con tan sencillos medios ha trazado una verdadera figura de estudio.

LA VIRGEN Y EL NIÑO JESÚS, cuadro de Nicolás Barabino

En la última Exposición veneciana de Bellas Artes deteníase el público ante un cuadro representativo de la Virgen, envuelta la figura casi por completo en blanco manto, que contrastaba, ó mejor realzaba el moreno rostro de María. En él se reflejaba, merced á la habilidosa ejecución del artista y separándose por completo de los varios tipos hasta ahora admitidos, el afecto de la madre y la ingenuidad de la mujer sin mancilla. Por la abertura de aquel manto asomaba un tierno y encantador infante, amorosamente retenido por las manos de su madre. Su autor había resuelto una vez más el problema de la forma que no perjudica al espíritu; su Madre de Dios no pertenece ni á la escuela, sobradamente humana de Morelli, ni á la convencional que hace de la Virgen un ser imposible. La Madonna de Barabino es una mujer que infunde respeto, es una figura á la cual involuntariamente se dirige una plegaria.

El arte moderno no considera á los seres religiosos bajo el punto de vista exageradamente ascético que prevaleció en la edad media, en que el misticismo formaba parte integrante del genio. Nada, empero, ha perdido la idea que el hombre se forma de las personas divinas aproximándolas más á la verdad; antes bien la belleza comprensible, siempre que refleje un sentimiento, un poder, un afecto superior á las condiciones puramente humanas, ayuda no poco á concebir la perfección inseparable, aunque no siempre comprensible, de nuestras primeras figuras religiosas. Ciertamente que Barabino no ha poetizado como Murillo; pero no puede negarse que su cuadro de la Virgen se halla ajustado á la comparación bíblica que le sirve de tema: *Quasi oliva speciosa in campis.*

CONTRASTE, cuadro de Duorák

En nuestras estamperías se han expuesto repetidas veces unas litografías iluminadas, ni muy buenas ni muy malas, que representan, la una el busto de cierta negra sobre el fondo de un gato blanco, y la otra la blanqueada cara de un *pierrot* sobre el fondo de un gato negro. La intención del autor en ambos casos es sacar partido del contraste; lo cual consigue por medios, si se quiere ingeniosos, pero sobradamente vulgares y al alcance de cualquiera medianía. Duorak, que no es medianía ni cosa que lo parezca, ha buscado el contraste por medio de una ejecución magistral. Las dos cabezas de su cuadro no difieren por su color, ni por sus líneas, ni apuradamente por su edad. El contraste resulta de la distinta expresión de su fisonomía; en la madre, ó tal vez hermana mayor, todo es alegría y confianza; en la tierna criatura, por el contrario, resalta poderosamente la nota del miedo: su actitud es naturalísima y obedece de la manera más infantil al instinto de la propia conservación. El todo resulta de una impresión agradabilísima por su frescura, por su candor y por el perfecto estudio del contraste de sentimientos.

EL TALLER ABANDONADO, cuadro de L. Bechis

Los pequeños modelos del taller aprovechan la ausencia del artista para hacerse dueños del campo. Regresa aquél cuando menos le esperan, sorpréndeles en actitud graciosa, y castiga su falta generosamente, trasladándoles al lienzo.

Los últimos momentos de Fernando el Santo, cuadro de Matossi

La composición de este lienzo demuestra que su autor no se amilana por la importancia de un asunto; antes bien saca de él buen partido para causar el debido efecto dramático, al que ha pagado, tal vez, exagerado tributo. No son menos manifiestos los estudios que ha hecho el artista del lugar, tipos, trajes y demás accesorios de una escena histórica tan interesante como la muerte de Fernando III, el bravo conquistador de Sevilla, el poderoso monarca que, juntamente con Jaime I de Aragón, llenó de asombro á Europa en la primera mitad del siglo XIII.

Este cuadro fué con justicia premiado en la última Exposición madrileña; pero, á nuestra manera de ver, empeñado el artista en producir efecto que nos permitiremos llamar teatral, ha descuidado algo la verdad histórica, de la cual no es dable prescindir cuando se tratan asuntos tan salientes y fáciles de comprobar. La escena, según el cuadro de Matossi, nos parece tiene lugar en el interior de una iglesia; y si en esto nos equivocamos, la culpa no es nuestra, sino del autor. Cualquiera incurriría en el mismo yerro. Ahora bien, Fernando III *el santo* recibió el Viático en la alcoba de su residencia real, y á la vista del Santísimo Cuerpo, que le traía el obispo de Segovia, se echó *de la cama*, se ató una cuerda al cuello y pronunció aquellas admirables palabras: «Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo vuelvo á ella.» Todo esto debió tener lugar en más reducido espacio y en presencia de mucha menos gente. Y si se nos dice que alguna libertad debe concederse al artista á fin de producir el debido efecto, recordaremos el admirable cuadro de Rosales, *Testamento de D.ª Isabel la Católica*, tratado con sobriedad exquisita, sin que por ello pierda el asunto lo más mínimo de su natural grandeza.

Inauguración de las obras del primer ferrocarril de Filipinas

(Dibujo remitido por don Manuel Arias y Rodríguez)

En todo país es un verdadero acontecimiento la inauguración de las obras de un ferrocarril. Las ventajas de la facilidad de comunicaciones son tan notorias, que al iniciarse la idea de una línea nueva, no hay ejemplo que se haya levantado una voz discordante en el entusiasta coro de aclamaciones con que la acoge el país beneficiado. ¿Cuál no ha debido ser, por lo tanto, la alegría de nuestros hermanos de Filipinas al inaugurarse las obras del primer ferrocarril en construcción de aquella tierra, tan bendita por el Señor y tan descuidada por los hombres?

Los periódicos de Manila dan cuenta de las fiestas celebradas con tal motivo, fiestas de carácter oficial y de carácter popular, porque todos los elementos indígenas y peninsulares contribuyeron á solemnizar y alegrar el acontecimiento. El dibujo que publicamos representa el sitio donde ha de emplazarse la estación central de la línea de Manila á Dagupán y da buena idea del espectáculo, en el cual se confunden todas las razas y todas las clases. ¡Permita Dios que ese nuevo elemento de cultura y de riqueza contribuya, dentro de poco tiempo, á la mayor dicha de un país, al cual debe unirnos el doble vínculo del interés y del afecto!

SUPLEMENTO ARTISTICO

GOLONDRINAS ROMANAS, dibujo de A. Fabrés

Las aves, aconsejadas por su admirable instinto, abandonan el país cuyos rigores atmosféricos no les son propicios y encuentran en remota playa, tras penoso viaje, el descanso y la hospitalidad que les niega su patria. También la humanidad tiene sus golondrinas emigrantes, que abandonan su tierra, no por el consejo del instinto, sino por la ley de la miseria.

En este hecho, todos los días repetido, se ha inspirado Fabrés para dibujar un asunto sentido y á la perfección ejecutado. La golondrina cae jadeante encima la arena de la playa; mas, al fin y al cabo, su viaje ha terminado y la naturaleza próvida la compensará su sacrificio. La familia del emigrante es más infeliz que la golondrina: cae muchas veces durante su camino, y cuando llega al término de él, si es que llega, no encuentra, como el pájaro, á su disposición el hogar y el banquete de la naturaleza.

CUENTO DE NOVIEMBRE

I

Por la ley de los contrastes, las tardes del mes de los muertos, del melancólico y nebuloso noviembre, son en Sevilla más tristes y desagradables que en parte alguna. Allí, donde todo es luz, armonía, colores, exuberancia de vegetación y lujo de savia y matices, el Otoño tiene mayores diferencias con la Primavera que en otras latitudes; hay aves y flores que sólo sirven para hacer notar la falta de las demás; la campanilla azul parece que llora por la ausencia de las rosas.

Los sevillanos tienen sitios favoritos para pasar esas tardes pesadas y melancólicas; después del camino del Cementerio, donde se halla el hospital de San Lázaro con sus leyendas temerosas y sus restos mudéjares, puede considerarse como el punto de meditación más apropiado, el hospital de la Santa Caridad, donde es fama que murió en opinión de santo un émulo del legendario y popular don Juan Tenorio.

Este edificio, situado extramuros de la capital, cerca del Guadalquivir y dando frente á la celebrada Torre del Oro, fundada sobre el antiguo emplazamiento de una capilla dedicada á San Jorge, es hoy un precioso templo que encierra riquísimas joyas artísticas entre las cuales se cuentan en primer término los grandes lienzos de Murillo *La multiplicación de panes y peces*, y el llamado *Las aguas.*

Cerca del atrio del templo y ante la puerta de ingreso del Hospital, hay una pequeña explanada plantada de árboles y rodeada de modestos bancos de ladrillo sin adorno ni respaldo; allí solían departir sobre cuestiones de arte Murillo y Valdés Leal acompañados del venerable hermano Mañara, que peinando canas y retirado por completo de las solicitaciones del mundo y de la carne, se deleitaba en estrechar la mano del pobre que se espulgaba al sol ó que daba al aire las úlceras de sus piernas.

Algunas tardes engrosaban el círculo los peregrinos que solían venir de lejanas tierras y los caballeros que compartían con el venerable don Miguel las asiduas tareas de la Hermandad. Estas sesiones no siempre vespertinas, eran más animadas en los meses calurosos ó en las mañanas de Invierno; sobre todo los días festivos después de la misa, veíanse en el corro, trusas y capotillos de terciopelo, sombreros y gorras con joyeles, nobles empaques y rostros que delataban á caballeros principales. La capa humilde del elegido de la Caridad, destacábase siempre como el centro de todas aquellas riquezas, y mientras éstas perdían su valor al más pequeño roce, aumentábase considerablemente el de los andrajos de los pobres, que en traban con aquella balanza cristiana con gran contentamiento de todos.

Imitando á Platón que solía sentarse rodeado de sus discípulos y admiradores en los jardines de la Academia, don Miguel de Mañara acomodábase en uno de aquellos bancos bañados por el sol que hacía brillar la montenlla de la Torre del Oro, y departiendo amigablemente extendía las máximas del Evangelio entre ricos y menesterosos. No eran aquellas, sesiones graves y didácticas en las que se exigiese á los concurrentes silencio y compostura, eran más bien conversaciones familiares en las que salían de sus dudas, con una interrupción cualquiera, lo mismo el pequeñuelo que el adulto, tanto el siervo como los señores. Allí se iniciaron acaso la mayor parte de las oraciones del *Discurso de la Verdad*, cuyas familiaridades y llanezas se ven en estas líneas:

«Quien ve al poderoso le llama rico y es mentira, porque falta á su codicia todos los bienes ajenos; le dicen qua es señor, y no lo es, porque no tiene los bienes, antes los bienes lo tienen á él; y así no se ha de decir: Pedro tiene cien mil ducados, sino los cien mil ducados tienen á Pedro. Al fuerte y temeroso le llaman valiente, y es todos los días vencido de sus pasiones. Llaman belleza á la compuesta de carne podrida, que mañana será gusanos; al virtuoso llaman hipócrita y al hipócrita hombre ajustado; al liberal pródigo y al pródigo hombre bizarro; al verdadero, buen hombre (que ya el serlo es oprobio) y al embustero cortesano; al bufón hombre ligero, y al que es modesto pesado. Este es el vocabulario de la casa de locos y del palacio del humo, donde reina Babilonia, y adonde habitan las bienaventuranzas temporales que hoy son y mañana no parecen.»

Cuando desaparecía el concurso y quedaban solos Valdés Leal, Mañara y Murillo, las conversaciones se hacían más íntimas y solían tocarse puntos más graves y difíciltosos; el pasado, sobre el cual tendió siempre el velo de su prudencia nuestro don Miguel, rasgóse alguna vez para sus íntimos amigos y dejó ver pequeños resquicios, de cuyas extrañas claridades brotaron tal vez los fondos de algunos cuadros del Pintor del Cielo y los detalles de otros del autor de *Las alegorías de las glorias humanas.*

Cierta mañana de invierno, en la que los tres amigos departían solos en uno de aquellos bancos próximos al atrio, y se quejaban del viento frío que hacía inútiles los esplendentes rayos del sol, los cuales caían sobre los santos San Jorge y Santiago, lanzando relámpagos irisados al deslizarse por los azulejos, don Miguel de Mañara se quejó del estado de sus macetas de rosales, que como siempre, cuidaba con sus propias manos y que habían sufrido mucho con la crudeza del tiempo.

—Esos rosales, amigos míos, tienen para mí un simbolismo inapreciable y el día en que dejaran de florecer creería que Dios me dejaba de su mano,—dijo el venerable varón á Valdés Leal y á Bartolomé Esteban; – si fuera posible yo regeneraría su savia con mi sangre...!

Y haciéndoles señas para que entrasen con él hasta los patios interiores del Hospital, los llevó ante los ocho tiestos sembrados de hermosas plantas, que son las mismas que se conservan en la actualidad en la Santa Casa, ava loradas por la siguiente leyenda:

Ocho Plantas de Rosal con sus macetas traídas
á esta santa casa por su ilustre fundador
el venerable siervo de Dios DON MIGUEL DE MAÑARA
VICENTELLO DE LECA, *caballero del orden*
de Calatrava en 1674, *conservadas*
en todo su vigor y dando fruto todos
los años en su propia fuerza, como resulta
del reconocimiento judicial que en 1749
hicieron de ellas los jueces del proceso informativo
folio 1091 *á* 1097, *y permanentes*
hasta el día en el mismo estado, se han colocado
en este lugar, año de 1802.

Los amigos de Mañara contemplaron aquellas plantas que en realidad no tenian ninguna particularidad que las avalorase, á no ser los cuidados que les prodigaba aquel á quien tanto querían y respetaban, y después de convencerle de que la savia circulaba por las yemas y de que los vástagos no ofrecían el menor peligro de muerte, volvieron todos al banco de la explanada con deseos de sorprender el secreto encerrado en aquellas macetas de humilde barro, consideradas ya por ellos como riquísimas ánforas romanas.

El atrio estaba casi desierto. Sólo algunos pilluelos, vivos retratos de los que sirvieron al gran pintor para colocarlos en lienzos tales como *Santa Isabel* y *San Félix*, diableaban acá y acullá presentando de vez en cuando perfiles y escorzos que hacían sonreír de orgullo á Bartolomé Esteban; por último, uno de esos ancianos pobres y desarrapados que también pintó más de una vez el creador de las Concepciones, dormía con el brazo sobre el palo y la cabeza sobre el brazo, en el banco próximo, turbando de vez en cuando la tranquilidad del lugar con sus importunos ronquidos.

El arrepentido Tenorio,—según cuenta la tradición oral que no está confirmada aún por ningún dato escrito,—comenzó su relato en voz baja y acentuando cada cual de sus partes de modo conmovedor, como si hubiera de

servirle de espontánea confesión y descargo de culpas pasadas.

Esta relación, que oyó el anciano durmiente ó que creyó oir entre las torpezas de su sueño, es la que voy á referir más ó menos modificada por las versiones que de ella se hicieron y confesando paladinamente que no la he visto consignada en impresos ni en manuscritos.

II

Cierta noche don Miguel de Mañara, conocido en Sevilla por sus escándalos, por sus derroches y por sus amoríos, cenaba con siete jóvenes nobles y ricos como él, en una magnífica cuadra de su casa solariega, adornada como el triclinio de Lúculo.

Las apetitosas viandas se sucedían sin interrupción y los vinos generosos relucían á la luz de los candelabros en brillantes copas de cristal de Bohemia. Celebraban una fecha lúgubre: el 2 de noviembre.

—Señores,—decía Mañara con la copa en alto,—nuestro banquete anual no corresponde á la fama de que gozamos. Si es cierto que somos galanes, pendencieros y emprendedores, no basta romper con la tradición festejando en alegre cena el día de Difuntos; pido que juremos sobre la empuñadura de nuestras espadas, que el primer día del mes de las flores se repetirá esta fiesta acompañándonos á la mesa ocho damas hermosas que robaremos á sus hogares ó que conquistaremos el mismo día.

—¡Bien...!

—¡Bravo...!

—¡Soberbio..!

—¡Magnífico...!

—¡Oportuno...!

—Alto ahí,—exclamó uno de los comensales;—para el año que viene es posible que alguno de nosotros haya dejado de existir y en ese caso el festín quedaría en proyecto.

—Tiene razón el Conde,—repitió otro; – una sangría ó una estocada podría privar á los demás de tan famoso entretenimiento.

—Con los muertos no se cuenta, —replicó Mañara desenfadadamente; – juremos, y á preparar ocho hermosas de las mas nobles y garridas para el banquete primaveral.

—Se me ocurre una idea que ha de pareceros de perlas, – dijo uno de aquellos locos cuyos puños de encaje y fina ropilla de Utrecht delataban á un soñador galante y apasionado, – pido que el banquete se celebre en el gran cenador del jardín de Mañara y que cada cual de nosotros una vez realizada su conquista, plante un rosal por su propia mano para señalar la efeméride dignamente.

¡Admirable! – contestó otro de los convidados; – pido además que en la referida noche reverdezcan las plantas y las arboledas como cuando se dice misa en San Luis del Monte...!

—¡Veremos quién es el primero que planta el rosal!

—¡Mérida!

—¡Tenorio!

—¡Mañara!

—¡Villamediana!

Otros muchos nombres volaron sobre los manteles mientras se consumía el resto del vino que contenían las botellas; después salieron á luz las espadas y haciendo sobre sus empuñaduras la señal de la cruz, juraron llevar á cabo, con todo el desenfreno de su escuela cortesana, la orgía del equinoccio.

—¡El 21 de marzo en el cenador grande de mi quinta á orillas del río!

—¡Vivos ó muertos!... – contestaron todos estrechando la mano de don Miguel de Mañara.

A contar desde aquella noche las más hermosas damas de la nobleza sevillana se vieron asediadas con peticiones, billetes y presentes y perseguidas continuamente por una colección de dueñas busconas.

La noble doña María de Fuenmayor, célebre entre sus enemigas por la blancura de su epidermis y sus menudas orejas color de rosa; la altiva Condesita del Guadiar, cuyas manos eran tan pequeñas y tan preciosas como los idolillos de marfil que traían de la India nuestros galeones; la encantadora Inés Coello, cuyos ojos grandes y rasgados eran conocidos en Sevilla por los dos soles de Triana; Ana de Herrera, la virgen trigueña, como era llamada por sus admiradores; las tres perlas de Casa Miranda, Fe, Esperanza y Caridad, que por ser hermanas y bellas eran llamadas las tres virtudes; todas aquellas damas, en fin, que por sus encantos y por sus prendas eran dignas de solicitar la atención de los galanes y de despertar los apetitos, sufrían la persecución de los amigos de Mañara.



¡DICHOSA EDAD! .. dibujo de A. Casanova

Cuando el más favorecido de ellos mandó el primer rosal, en cuyo lujoso búcaro de Sevres se leía en letras de oro el nombre de *Aurora*, ya en las hornacinas del cenador se hallaba colocada otra maceta; era la de don Miguel de Mañara, que se había anticipado á todos sus amigos al hacer su amorosa conquista. Aquel rosal plantado en precioso vaso de porcelana tenía el siguiente letrero: *Inés*.

Para la época fijada todas las hornacinas del cenador ostentaban su correspondiente búcaro adornado de áureas letras. El día antes se reunieron los jóvenes juramentados en la sala de armas de don Miguel de Mañara, y se convino en reunirse á la media noche en los jardines de la quinta próxima al Guadalquivir, llevando á sus respectivas amadas, que ocuparían otros ocho lugares en la mesa.

¿Cómo habían de conducirlas allí? Esta era la única dificultad.

Sin embargo, el más feliz éxito había coronado las gestiones de aquellos calaveras que iban á profanar en un punto mismo la honra y el nombre de las que habían tenido la debilidad de creerlos rendidos amantes. A juzgar por las razones que se cruzaron la víspera, Mañara podía con toda tranquilidad avisar á sus criados que arreglasen el cenador grande, supuesto que no faltaría ninguno de los comensales.

Así lo hizo, preparando por sí mismo los ramos y las coronas. El banquete iba á tener todos los caracteres de una orgía asiática, y el gran cenador ó pabellón destinado al efecto, cubierto de estatuas y flores, ocupado por larga y espléndida mesa, parecía convidar á aquellos goces del triclinio que tanto deleitaron á Heliogábalo y que fueron en las cortes de Enrique VIII y de Luis XIV las delicias del libertinaje.

Don Miguel que no faltaba nunca á sus promesas, debía de llevar á cabo aquella noche el robo de su amada. Se trataba de una de las bellezas más celebradas de Sevilla, de la hija del Comendador Ulloa, noble anciano cuyas dolencias le tenían postrado en cama, siendo aquella niña para él su única dicha, su ángel tutelar, la que velaba junto á su lecho y le despertaba al venir el día.

Todas estas consideraciones no importaron un ardite al despiadado caballero. Ganados los servidores del Comendador y contando con la ayuda de una dueña falsa y pérfida como todas, poco tardó en conseguir su objeto, y doña Inés de Ulloa fué arrebatada de su mansión y llevada á la quinta próxima al Guadalquivir ni más ni menos que como se refiere en la leyenda de don Juan Tenorio.

Antes de dar la primera campanada de las doce don Miguel de Mañara se hallaba sentado en la larga mesa del banquete. Cerca de él, la hermosa Inés que vestía aún la sencilla vesta con que fué arrebatada de su hogar, parecía sonriente y dichosa; fenómeno extraño y nota desacordada que no dejó de advertir Mañara, acostumbrado á gustar los primeros favores de sus conquistas entre espasmos y lágrimas.

El cenador estaba magnífico. En el centro de la mesa habían sido colocados los ocho búcaros de porcelana que contenían los rosales y que ostentaban los nombres de las *víctimas*. Ardían antorchas aromáticas entre las enredaderas y globos venecianos brillaban á lo lejos como estrellas de colores suspendidas de las acacias. Ocho candelabros de plata con guardabrisas de cristal dejaban caer sobre aquellos diez y seis lujosos servicios sus luces oscilantes; los asientos rústicos con almohadones de plumas daban á aquel nido de delicias el contraste propio del arte y de la naturaleza unidos en caprichoso consorcio.

Ingresábase en aquel triclinio al aire libre por un arco triunfal de enredaderas y lianas y las bóvedas de pámpanos y de hiedras debían dejar sobre las cabezas de los convidados un toldo movible, á través del cual brillaran alguna que otra vez las radiantes constelaciones.

– ¡Ah, de mis servidores! – dijo Mañara á la fila de lacayos que se escalonaba en la especie de atrio formado por maceteros y enverjados, – los convidados se tardan; ¡id y ved si se acercan los coches y guiad aquí á los que se extravíen por esas calles de árboles!

Los lacayos no se movieron. Parecían maniquíes vestidos de librea y colocados allí por genial artificio.

– ¡Pero no me oís! ¡voto á cien mil legiones de diablos! – gritó el audaz caballero, que se impacientaba al notar la calma y el silencio que reinaban en torno suyo.

Ni uno solo de aquellos hombres se movió de su sitio. En aquel momento sonaban lenta y reposadamente las doce de la noche.

Iba Mañara á levantarse de su asiento, sin duda para dar un merecido á aquellos desobedientes servidores, cuando aparecieron en el arco de ingreso siete extrañas parejas que fueron ocupando los asientos de la mesa poco á poco. Mañara al verlas palideció y abrió los ojos extremadamente creyéndose juguete de atroz pesadilla; sus convidados eran siete descarnados esqueletos que daban el brazo á siete hermosas cuyos encantos le eran por demás familiares.

—Soy Ana de Castro,—dijo la primera,—¿me conoces?

—Soy la judía Rebeca, ¿me recuerdas?—dijo la segunda.

—Soy María de Medinas, – dijo la tercera, – ¿es verdad que aun me adoras?

Las cuatro restantes saludaron también al anfitrión y tomaron asiento delante de los búcaros en que se leían sus nombres: eran la bella Esperanza de Artal, la noble Aldonza Conteras, la encantadora Noemí y la apasionada Adelaida de Orqueida.

—Pero y vosotros ¿quiénes sois? – dijo Mañara á los esqueletos cuyas rótulas crujían horriblemente al acomodarse en los almohadones.

—¡Somos tus pecados! – dijeron á coro los esqueletos, moviendo sus dientes sin labios y haciendo castañetear las secas mandíbulas como si fueran movidas por el mismo resorte.

Mañara sintió deslizarse por sus venas el frío de la muerte y palideció tanto, que su rostro tomó el color de la cera. Quiso moverse y no pudo, intentó sacar un pistolete que llevaba en el cinto y sus dedos no pudieron reunirse en haz, miró á su pareja y la vió trasformada con escapulario y tocas; las antorchas del festín desaparecieron como por encanto y sólo quedaron á un lado y otro de la mesa blandones y paños negros.

Los árboles se desprendieron en aquel punto de sus hojas, los fuegos fatuos empezaron á brillar entre la hiedra, y de las cuencas de los ojos de aquellos esqueletos



LA VIRGEN Y EL NIÑO JESÚS, cuadro de Nicolás Barabino (Exposición Nacional Venecia



GOLONDRINAS ROMANAS,





CONTRASTE, cuadro de Duorak

partieron amarillos relámpagos que cayeron á intervalos sobre el mantel. Las flores rodaron deshechas, los frutos se pulverizaron y las botellas de cristal se llenaron de líquido fosfórico y parecieron contener como la redoma de Asmodeo ó de Homúnculus algún ser maléfico y genial. Por último las campanas del monasterio cercano doblaron acompasadamente.

Una claridad extraña hizo resaltar los encantos de aquellas mujeres al lado de aquellos esqueletos descarnados y Mañara recordó sin duda cuántos placeres había gozado en otro tiempo, ocupando el lugar de tan inmundos rivales. Tocados por dedos sin yemas, por bocas sin labios, veía talles y hombros que hubieran dado envidia al junco y á la azucena; cada mirada de aquellos ojos vacíos al clavarse en la retina de sus antiguas víctimas le quemaban y herían de rechazo.

—¡Idos, vive Dios...! - quería decir el calavera impenitente, sin que en realidad acertara á pronunciar una sola palabra; - ¡idos!... ¡dejadme! ¡sepultaos en vuestros antros, fantasmas vanas! - balbuceaba torpemente; pero aquellas pesadas imágenes continuaban ocupando tenazmente sus asientos.

Al cabo Mañara hizo un supremo esfuerzo y logró ponerse de pie apoyándose en el brazo de aquella Inés sorda y muda á sus halagos y á sus quejas; pero entonces las heterogéneas parejas se levantaron también y en ordenada fila se les pusieron delante formando una especie de extraño cortejo.

Mañara quiso entonces detenerse, mas le fué imposible; sus pies no se deslizaban ya por la alfombra de su jardín, sino por las resonantes losas de un claustro con altas bóvedas y arcos ojivales. Sus lacayos con crespones en las libreas y con cirios en las manos abrían la marcha y se internaban poco á poco en aquellas soledades.

De repente una puerta correspondiente á labrado cancel giró sobre sus goznes silenciosamente y se encontraron en la iglesia. Cantábase el oficio de difuntos y larga fila de frailes franciscanos rodeaban un féretro en el que se veía un cadáver vestido de rica ropilla y envuelto en blanco sudario.

—¿Quién es el muerto? - preguntó Mañara al monje que sostenía el aspersorio, con cierta timidez propia del estado excepcional en que se hallaba.

—¡Don Miguel de Mañara! - dijo el monje continuando en sus aspersiones y volviendo el rostro con marcada indiferencia.

Al oir esta frase terrible, Mañara se llevó la mano al corazón y sintió ocho punzadas terribles y dolorosas. En aquel mismo punto, Inés y sus siete compañeras se inclinaron sobre el féretro donde se hallaba el cadáver y clavaron simultáneamente en su pecho ocho alfileres de oro.

De aquellas ocho picaduras brotaron ocho gotas de sangre que al extenderse sobre el sudario se convirtieron en ocho rosas encarnadas.

III

La tradición, como ya hemos indicado, nada dice del origen de los ocho rosales que llevó Mañara á la Santa Casa, y este cuento de ánimas que oí una noche de noviembre, acusa su origen novísimo en muchos de sus detalles. No merece por tanto más fe que el de una de las muchas leyendas que se hicieron sobre reminiscencias ya conocidas de todos.

Es lo cierto, que los poéticos rosales que según el testimonio de los guardadores de la fe pública reverdecen todos los años, se prestan á que las imaginaciones meridionales fantaseen sobre ellos y creen, como mi amigo Cano y Cueto y como el inventor del dicho cuento de ánimas, historias fantásticas que pueden vulgarizarse. Yo mismo he querido encontrar entre estos rosales y otros cuantos, que ví cierto día en las siete ventanas del histórico convento de la *Madre de Dios* en Sevilla, analogías suficientes para tejer una historia dramática y sencilla. Pero ¡oh deficiencia de los elementos naturales para las invenciones fantásticas! faltaba una ventana ó sobraba un rosal y no pude localizar el hecho, abrir el hueco ni trasladar los rosales.

Estoy seguro de que no satisfará á mis lectores la leyenda que les traslado, porque para eso sería preciso que el inventor hubiera dejado á Zorrilla y Espronceda la leyenda del entierro que aquellos se apropiaron y el nombre de una de las protagonistas que no hablan, pero es el caso que si en ellos no fué pecado no hay porqué tachar al ingenio desconocido tal ligereza.

Acaso algún día revolviendo los viejos papelotes almacenados en la Colombina, se encuentre tal ó cual manuscrito que ponga en claro el origen de los maravillosos rosales y nos venga de Inglaterra ó de Alemania la nota auténtica, como nos vinieron de Francia otras muchas que no hemos osado poner en cuarentena.

Entonces no nos contentaremos con un incoherente cuento de ánimas.

CÉSAR BORGIA

PEPE Y MANOLO

Ó LA NOVIA Y EL DRAMA

No puedo recordar con exactitud cuántos años han transcurrido, pero sé que han transcurrido muchos, desde que me separé, para emprender largos viajes, de mis íntimos amigos Pepe y Manolo.

Manolo, Pepe y yo, éramos inseparables: ocupábamos tres dormitorios contiguos y disfrutábamos, en común, del usufructo de un gabinete en la casa de huéspedes de doña Juana no sé cuántos, ni lo supe nunca, pues solamente por doña Juana la conocíamos sus pupilos. Sus predilectos, en cuyo número no tuve la suerte de contarme, solían llamarla con cierta familiaridad, á la cual la interesada se mostraba sensible, *Juanita;* y los descontentadizos ó exigentes la nombraban, en son de censura, *doña Juana la Cuerda*, dando á entender que miraba con excesiva cordura por sus intereses; tampoco pertenecía yo á este grupo.

Partidario constante de los términos medios, ni me asocié nunca á los que procuraban intimar con la patrona, ni uní mi voz á las voces de los que la zaherían.

Y justamente sobre el tema de mi eclecticismo - así lo nombraban ellos—versaban casi siempre los altercados, que con gran animación por su parte, y con la mayor calma por la mía, sosteníamos diariamente Pepe, Manolo y yo.

Estos altercados terminaban invariablemente de igual manera: enojábanse Manolo y Pepe; yo me encogía de hombros; ellos se despedían furiosos, jurando y perjurando que conmigo no era posible alternar y que no volverían á dirigirme la palabra; yo me alejaba sonriendo y muy convencido de que cinco minutos después vendría Pepe á leerme una carta de su novia, y me daría Manolo noticias de su drama

Porque, á fin de tener algo en qué pensar, Pepe *se había echado* una novia, que no era poco echarse en aquellos tiempos, y en todos; y Manolo había escrito un drama, que era mucho escribir entonces, como lo es ahora. Ni Pepe sabía hablar de algo que no fuese su novia, ni Manolo concebía asunto de conversación que no fuera su drama.

La novia era una muchacha lindísima, vecina de Pepe, - y vecina nuestra por de contado, —se llamaba Nieves, tenía una figura muy buena y usaba una ortografía muy mala: nunca supe de ella otra cosa, aunque algunas veces llegué á sospechar que era tonta de remate; en descargo de mi conciencia debo declarar, y declaro en efecto, que no llegué á verificar la exactitud de mi sospecha: cierto que tampoco me lo propuse, porque, al fin y á la postre, ¿qué me importaba á mí de eso?

Tampoco llegué á saber si el drama de Manolo era bueno ó malo; bien que más me incliné siempre á lo segundo que á lo primero: no por nada, sino porque los dramas buenos andan muy escasos. Malo ó bueno el drama de Manolo estaba en el teatro Español, ó al menos, el autor lo había dejado allí para que el empresario lo leyera; que, por lo demás, vaya V. á saber dónde el drama estaría y cómo.

Pues, señor, sucedió que un día estaba yo tomando el chocolate, ó lo que fuese, con que doña Juana solía desayunarnos y, contra la costumbre, no aparecieron á tomar su respectiva jícara mis amigos. No sé si he dicho á ustedes que el gabinete común servía, según los casos, para comedor, para despacho y para sala de visitas.

Tomé de prisa y corriendo la pócima, como solían llamar al chocolate de doña Juana los maldicientes, y penetré en la habitación de Pepe á quien hallé saltando como un loco y haciendo zapatetas, que habría envidiado el mismísimo Don Quijote.

- *Papam habemus*, - dije así que miré el rostro de Pepe radiante de felicidad: - tenemos carta de Nieves.

- ¡Bah! —dijo él, procurando, aunque inútilmente, mostrarse enojado,—tú lo tomas todo á broma y el amor es serio, ¡ah! yo la adoro, chico, la adoro y ella, lo que es ella...—y sin aguardar más razones comenzó á recitar la rima de Bécquer:

Hoy la tierra y los cielos me sonríen,
Hoy llega al fondo de mi alma el sol,
Hoy la he visto, la he visto... ¡y me ha mirado!
Hoy creo en Dios.

Después de lo cual sacó, no sé de dónde, una carta que me dió á leer y que decía textualmente:

Cerido pePee: oi bamos ha pas heo con mama.
Te ciere muso Tu
Nieves.

De toda la carta lo que más había entusiasmado á mi amigo era el *Tú*.

Aquel *Tu Nieves*, era para *Pepee* el colmo de la felicidad: un manantial inagotable de dulcísimas esperanzas.

Dejé al enamorado que saborease la epístola amatoria y me dirigí á la habitación de Manolo al cual hallé sumergido en la más honda tristeza y en el abatimiento más profundo.

También él me recitó versos de Bécquer: no bien le hube preguntado lo que le sucedía, contestó:

Mi vida es un erial,
flor que toco se deshoja;
que, en mi existencia fatal,
alguien va sembrando el mal
para que yo lo recoja.

Averiguada la causa de aquella tristeza, resultó que el primer actor y director del teatro no había estado con Manolo, que lo visitó en su cuarto la noche anterior, todo lo expresivo que él acostumbraba. Lo cual era para Manolo señal indudable de que no pensaba hacer el drama.

Ni para las alegrías del uno, ni para las tristezas del otro, encontré motivo suficiente; pero me guardé muy bien de decirlo, porque habría caído sobre mí una lluvia de improperios.

Me despedí, pues, dejando muerto de tristeza á Manolo, loco de alegría á Pepe, y dos horas después volvía con el propósito de almorzar: propósito que realicé en efecto.

Aquella casa continuaba siendo simultáneamente morada del dolor acerbo y de la dulce alegría, sólo que, el dolor y la alegría, habían cambiado de habitación: á la hora del almuerzo era el triste Pepe, y Manolo el regocijado.

Manolo parecía dispuesto á recitar aquello de:

Hoy creo en Dios.

Pepe no hacía más que repetir:

Mi vida es un erial.

¿Qué había sucedido allí para tan repentino trueque? Pronto lo supe

Manolo había recibido un recado del empresario, el cual le suplicaba que fuese á verlo á contaduría aquella misma tarde.

Pepe había recibido una carta de Nieves: carta que ví, como las veía todas, y que estaba concebida en estos términos:

Lla no sal ymos, Te ciere
Nieves.

Manolo daba por segura la representación de su drama y no cabía en sí de gozo.

Pepe se desesperaba al advertir que en esta segunda carta había desaparecido aquel *tú* dichoso, que, precediendo al nombre de su novia, tantas ilusiones le había hecho concebir.

No pude menos de reirme de Pepe y de Manolo al considerar lo fútil de las causas que habían determinado aquel cambio.

Un recado, que tal vez nada significaba y que, aun significando algo, era tan poco, había bastado para elevar á Manolo desde los abismos de la desesperación á las cimas de la felicidad: la omisión, acaso involuntaria, de dos letras en una carta, había sido suficiente para trocar en tristezas las alegrías de Pepe.

Aquel día no comí en casa de doña Juana; pero tengo por seguro que á la hora de la comida habrían vuelto á cambiarse los papeles, y que Manolo estaría triste de nuevo y Pepe nuevamente contento.

Así, en estas deliciosas alternativas, se pasaban la vida mis dos inseparables.

Y así, aunque parezca exagerada la afirmación, suelen pasársela la inmensa mayoría de los mortales.

Y luego se encolerizan porque hay quien no toma en serio estas cosas.

¡No faltaba más!

A. SÁNCHEZ PÉREZ

REGALO DE LA BODA

I

Sir Roberto Montbarry, del condado de Norfolk, poseedor de innumerables castillos, de pintorescos montes, donde era un placer de dioses la caza, de afortunados barcos, que nunca efectuaron un viaje cortando las olas de todos los mares sin un producto fabuloso, nada tenía que pedir á la fortuna para que le diera la felicidad. Heredada parte de sus riquezas de sus padres, acrecentada la restante por el propio impulso del dinero ya creado, había pasado el noble inglés su juventud sin deseos no satisfechos, sin caprichos no conseguidos, sin tedios que no hubieran tenido por término el florecimiento de nuevas esperanzas.

Pudiera decirse que era el único compatriota de John Bull que no había conocido el *spleen*.

Era dueño de los caballos más airosos, de los perros más corredores, de las moradas más lujosas, y, hasta bajo cierto aspecto, más encantadoras. Porque Sir Roberto, si daba una mano á los jockey, daba la otra á los artistas. Sus habitaciones tenían mucho de museo. Estatuas y cuadros, ya debidos á ingenios contemporáneos, popularizados por la fama, ya obra de antiguos maestros, celebrados por la lengua de oro de la tradición gloriosa, llenaban paredes y decoraban rincones de sus bellos palacios.

Los que conocieron á Sir Roberto no podían figurárselo de otro modo que por una sonrisa, perennemente instalada en sus gruesos labios, de reluciente rubicundez, iluminando un rostro sano, redondo, limitado á derecha é izquierda por rizadas y abundantes patillas rubias.

Sus ojos, que eran de un clarísimo azul, tenían la trasparente inocencia de unas pupilas de niño.

Era soltero. Nadie podía jactarse de haberle visto requiriendo de amores á una mujer. ¿Carecía acaso de corazón? ¿Era incapaz de afectos, de ternuras, de emociones sentidas al rozar de las flechas de amor? Nada de eso. Sir Roberto era, por el contrario, extremadamente sensible; pero su timidez, quizás exagerada; la rígida etiqueta británica que mantiene siempre á respetable distancia de los

lores las impasibles ladies; y un carácter refractario á toda doblez y engaño, habían hecho de él un solterón, que sin acusar en voz alta al matrimonio, defendía en secreto con su conducta al celibato.

Sir Roberto, pues, era susceptible de amar; pero quería, filosóficamente pensando, ser á su vez amado con lealtad, sin mezcla de ajenos intereses, sin que esas grandes cosas del mundo, que se llaman dinero, lujo, fortuna, posición social, renombre, intervinieran en las cosas de su alma.

No encontrando en su país la mujer soñada, viajó por Europa, hasta que se fijó, después de la lectura de un poema de Byron, en que se pinta á nuestras mujeres, en una de las más hermosas provincias de Andalucía.

– Si aquí está el Paraíso,—pensó Sir Roberto, – no faltará Eva.

II

Ana María Príncipe logró ser la perfecta realidad del ideal escrupulosísimo de Sir Roberto. Era una muchacha que no llegaba á los diez y siete años, pero en la que toda la floración de los hechizos femeninos se había desarrollado esplendorosamente.

Su hermosura magnífica, rodeada como de una aureola de gracia divina, habíala levantado un pedestal, ídolo de sin fin de adoradores.

Cuando la conoció Sir Roberto, la amó con locura. A la primera mirada, negra y brillante como la fulguración de un abismo encendido, de la bella andaluza, dió al traste con sus planes y reglas de proceder el imperturbable hijo de Albión. Desechó desconfianzas, y pensó sólo en hacerse amar de Ana María.

Aunque entrado en años, remozóse como por encantamiento, bajo el influjo de aquel amor. No experimentaba poco placer en sentirse, á su edad, con los potentes entusiasmos, las candideces ardorosas, los arrebatos heroicos de la primera juventud. ¡Aquello era vivir!

El noviazgo duró poco. Ana María le dió pronto el *sí*. Sus padres convinieron en ello, y la boda fué señalada para plazo breve. No había habido obstáculos en aquellos amores. La dicha sonrió desde el primer paso á Sir Roberto, quien caminó como al son de marcha triunfal, sobre un terreno rociado de flores.

Estaba ebrio de orgullo. Había vencido con su sola presencia á sus rivales. Verdad es que era más rico que ellos. Pero, ¿el alma de Ana María, que parecía un cielo siempre lleno de resplandores y sonrisas, podía posarse en las cosas bajas del mundo? No creyó en ella el cálculo, la intención mezquina, el interés egoísta de las que ya no pueden amar; como la miraba con los cristales rosados del amante, puso en ella todas las perfecciones que hacen de una mujer un ángel.

Eso sí, Ana María gustaba de las galas. Sus padres, que disponían de medios para no contrariarla con la privación, cumplían sus gustos. No ignoraban que la vanidad no tenía parte en el excesivo, casi exclusivo cuidado de su hija por los adornos. Sabían que era hermosa, frecuentaban los salones, parecíales cosa llana que una doncella tan querida mostrara su beldad natural en el marco de oro de su fortuna.



EL TALLER ABANDONADO, cuadro de L. Bechis

Sir Roberto fué también de esta opinión.

Los talleres de modista más en boga fueron como convocados á un certamen para los trajes de boda. De igual modo, los joyeros más hábiles labraron para Ana María sus obras más ricas. No hubo tela costosa, ni color delicado, desde el rosa cera de aguas marfilinas hasta el verde océano de tonos que se confunden con el cielo, que no fueran empleados en la confección del variadísimo surtido de vestidos de novia. Por lo que toca á perlas, diamantes, zafiros y demás raras piedras, que guarnecieron aderezos y pulseras, alfileres y anillos, pocas veces el sol, al reflejarse en ellas, celebró una fiesta de luces más riente.

Viendo aquel ajuar, más que mujer, parecía que se casaba una hada.

El caudal de Sir Roberto manifestó, en tal caso, cuánto era su poder. Pero todos sus bosques, todos sus castillos, todos sus buques mercantes, todos sus caballos y perros hubiera dado el de Norfolk por el amor de Ana María.

Aquella jovenzuela andaluza, mimada y caprichosa, de mirada altiva y de seducción picaresca, desinteresada y bella, había sido la única pasión del inglés. Durante toda su vida de soltero, aparentemente feliz, la había estado soñando, viendo crecer y hermosearse en su fantasía.

Al fin, en el Paraíso había encontrado á Eva.

III

Verificóse la boda.

Sir Roberto creía soñar, estar viendo una aparición cuando tenía á su lado la sin par Ana.

Rápidamente corrieron los primeros días de matrimonio sin variación alguna en esa felicidad que da la unión de dos que se aman. No se pronunció durante este tiempo la palabra *no*. Antes que brotara el deseo de algo en la mente de Ana María, aparecía convertido en hermosa realidad. Ningún antojo suyo se discutía. Hubiera pedido que ardiera Londres, y Sir Roberto, por ofrecer aquel espectáculo grandioso á su tirana, hubiera rociado de petróleo la ciudad, y con su misma mano aplicado la mecha.

Al día siguiente de su matrimonio, volvió Sir Roberto á su país, llevando consigo á su mujer.

Instaláronse en el principal castillo de Norfolk, en aquella antigua mansión feudal, de macizos muros, donde Sir Roberto había reunido tantos objetos de arte contemporáneo.

Los días eran allí tristes, las noches silenciosas; pero Sir Roberto había sabido alegrar aquellos organizando cacerías, y animar éstas celebrando conciertos. Nobles y artistas acudían á su castillo, invitados por él, afanosos de mostrar, delante de la nueva señora, el tributo de su admiración ó los prestigios de su talento.

Sir Roberto mismo no perdonaba medio de agradar á su mujer. Pocos días pasaban sin que á manos de Ana María no llegara un nuevo regalo de su esposo.

Una noche, por fin, se quedó solo el matrimonio. Sir Roberto leía un libro. Ana María, sentada cerca de la ventana, miraba por los largos vidrios del balcón la insondable oscuridad del campo. A ratos bostezaba y á ratos dejaba caer la cabeza en su mano, como cansada ó pensativa.

Sir Roberto, que alternativamente leía y observaba á su esposa, abandonó el libro, y vino al lado de Ana.

—¿Qué tienes?—la preguntó.

—Nada.

—¿Qué deseas, y no me lo dices?

—No sé, pero me falta algo, – dijo la joven con acento de fastidio.

Sintió Sir Roberto en el pecho un dolor extraño; algo así como si se le hubiera roto el corazón.

Se contuvo, ahogó un suspiro profundísimo y siguió contemplando á su mujer.



LOS ÚLTIMOS MOMENTOS DE FERNANDO EL SANTO, cuadro de Matossi

(Exposición Nacional de Bellas Artes de 1887)

PRIMER FERROCARRIL EN FILIPINAS

INAUGURACIÓN DE LAS OBRAS PARA EL EDIFICIO DE ESTACIÓN CENTRAL DEL FERROCARRIL DE MANILA Á DAGUPÁN

según fotografía del Sr. Pertierra, remitida por D. Manuel Arias Rodríguez

Luego dijo:

—Joyas, tienes cuantas has soñado...

—No todas, – interrumpió Ana. – Precisamente te iba á decir que deseo un collar.

—¿Un collar?

—¡Tengo tan pocos!... Es de lo que menos me has regalado.

—Pues... yo te regalaré uno ahora mismo.

—¿Ahora mismo? ¡Ah! ¿lo tenías guardado?

—Sí,—respondió Sir Roberto sonriendo tristemente, —era el último *regalo de boda* que pensaba hacerte.

Se levantó, besó en la frente á su esposa, y entró en la habitación inmediata.

En vano le esperó Ana María. Cuando fué á ver si volvía, le halló colgado del cuello en los cordones de las gigantescas cortinas adamascadas que cubrían las puertas de las salas del castillo.

El collar, regalo de boda, ofrecido por el desilusionado esposo... era la cuerda con que se había ahorcado.

JOSÉ DE SILES

NOTICIAS VARIAS

ASTRONOMÍA.—Interesantes son los trabajos hechos en el Observatorio de Meudon, según dice M. Janssen á la Academia de ciencias de París. Estos trabajos tienen por objeto el perfeccionamiento de la fotografía solar y el estudio de las leyes de la absorción luminosa por el gas de la atmósfera. La fotografía del sol ha hecho en el Observatorio de Meudon progresos considerables. Obtiénense hoy pruebas que contienen los detalles del centro y de los bordes y aun los pormenores de las penumbras. La dificultad vencida parecía insuperable á causa de la inmensa diferencia de intensidad luminosa de las varias partes del astro. Mr. Janssen presenta á la Academia pruebas fotográficas de una gran mancha que apareció á mediados de julio último. Vese en la fotografía, cómo las *estrías* de la penumbra se resuelven en *granulaciones*, lo que permite á Mr. Janssen deducir que el conjunto de la superficie solar es completamente uniforme.

M. Jansser menciona que sus trabajos sobre la absorción luminosa por el gas de la atmósfera y sus observaciones sobre el oxígeno lo han conducido á resultados muy interesantes que ofrece publicar más adelante.

Por otra parte, Mr. Phibaut, de Meung del Loire, indica á su vez la existencia en la superficie de la luna de una ranura luminosa, que no aparece en ningún mapa de nuestro satélite. Pudo hacer esta curiosa observación el 28 y 29 de julio último.

RECREACIONES CIENTIFICAS

LOS HUEVOS GRABADOS. – El arte de grabar en los huevos se refiere á un hecho histórico curioso y poco conocido.

En agosto de 1808, durante la guerra entre Francia y España, hubo de encontrarse en la iglesia patriarcal de Lisboa un huevo en cuyo cascarón se anunciaba el próximo exterminio de los franceses.

Este hecho extraordinario causó la mayor efervescencia en el supersticioso pueblo portugués y por poco no causa un levantamiento.

El general gobernador francés salió al encuentro de esta dificultad de una manera tan ingeniosa y eficaz como sencilla. En efecto, distribuyéronse millares de huevos que llevaban grabada la desmentida de la supersticiosa predicción. Los portugueses, profundamente sorprendidos, no sabían ya qué pensar; pero millares de huevos desmintiendo la predicción funesta de uno solo, tenían la ventaja de su parte.

Fuera de esto, algunos días después se fijaron anuncios en todas las esquinas de la ciudad publicando el procedimiento para obrar este milagro.

Este medio es muy sencillo; he aquí en qué consiste: se escribe ó se dibuja en el cascarón del huevo con cera, barniz ó simplemente con grasa, y se sumerge luego el huevo en un ácido atenuado, en vinagre por ejemplo. La parte del cascarón que no ha protegido el cuerpo aislador, se descompone y disuelve en el ácido, quedando en relieve lo escrito ó dibujado.

La manera de proceder no ofrece ninguna dificultad; con todo eso, para obtener el resultado apetecido, es preciso tomar algunas precauciones.

Desde luego, como se graba generalmente en huevos vacíos para poder conservarlos sin alteración, es necesario, antes de sumergirlos en el ácido, cerrar bien los agujeros de ambos extremos con una bolita de cera amarilla ó blanca. Además, como estos cascarones son muy ligeros, hay que mantenerlos en el fondo del vaso por medio de un hilo atado á un peso ó arrollado á la punta de una vírgula ó varita de vidrio.

Si el ácido está mezclado con agua, la operación, aunque más larga, da mejores resultados: dos ó tres horas bastan generalmente para obtener caracteres ó dibujos bastante salientes. Grabar en huevos es, como se ve, muy fácil: de milagro ú obra de hechicería ha venido á ser un simple experimento de física recreativa.



Manera de grabar en un cascarón de huevo

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI ↔BARCELONA 7 DE NOVIEMBRE DE 1887↔ NÚM. 306

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



PERROS NORMANDOS, cuadro de C. O. de Penne, presentado en el último «Salón» de París

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

PERROS NORMANDOS, cuadro de C. O. de Penne

Si nosotros fuésemos pintores y tuviéramos las facultades artísticas del autor de este cuadro, afirmamos desde luego que no nos dedicaríamos á pintar perros. Quizás influyese en ello la circunstancia de que á los malos pintores se les llama vulgarmente pintamonas; y como entre los cuadrumanos y los cuadrúpedos, entendemos que la ventaja es en favor de los primeros, si el pintamonas es un mal artista, ¿cuál juicio formaría el público del pintaperros?

Y sin embargo, la pintura *animalia* es una especialidad del ramo: desde el insigne Friese, que tan enérgicamente pinta los animales feroces, hasta el no menos insigne Giacomelli, que parece haber sido pájaro antes de ser pintor; una porción de artistas distinguidos se han sentido inclinados á la reproducción de irracionales. Ni discutimos el género ni menos podemos excluirlo. La naturaleza entera cae bajo el dominio del arte: en éste, bien entendido, no cabe distinguir sino entre lo bueno y lo malo, considerado bajo el punto de vista de su ejecución.

Penne ha pintado una traílla sobre fondo de un paisaje que, aun cuando no constituya lo principal de la intención artística, no deja de ser muy recomendable. Y pues los cinco perros están perfectamente estudiados y su estampa y condiciones honran á su especie; respetemos el derecho de Penne, digamos sin reticencia que su obra es buena, y tanto mejor para el artista si algún cazador, tan dotado de entusiasmo como de metálico, paga por el cuadro lo que el cuadro realmente vale.

LA CONSIGNA, cuadro de Julio Ehrentraut

Hanle dicho:—nadie pase,—y nadie pasará si no es por encima de su cuerpo. De seguro que alguno trata de romper la consigna; pero nuestro cortesano ha adoptado una actitud resuelta y hay que mirarlo mucho antes de empeñar la lucha. Los palaciegos del tiempo de Enrique III, debajo de su afeminado traje, tenían el alma muy en su armario, como decirse suele, y más de una vez el pavimento de los alcázares fué manchado, por aquel entonces, de sangre azul y de todos colores. Alerta, pues, con el centinela, que tiene el continente de tirador experto, la vista fina, la cabeza ligera y la mano pesada.

CONDUCIDOS POR EL AMOR, cuadro de Spiridon

Un paisaje risueño y espléndido, un horizonte sereno, un lago de cristalina tersura, unos cisnes que nadan sin cuidado, una barca con colgaduras de flores, dentro de la barca una pareja amante, y el amor al remo... Si esto no es poesía, confesamos que no se nos alcanzan las bellezas de Virgilio. Pero esté tranquilo el autor de este lienzo; nadie que entienda de esta suerte de achaques ha de negar que su composición es una perfecta alegoría del amor afortunado que surca sin obstáculos el mar de la vida. Todo, en tales casos, es riente; todo está saturado de belleza, todo respira felicidad, todo invita á la confianza y al abandono. La mujer amante tiene fe completa en el hombre elegido; el hombre enamorado responde de la constancia de la mujer bendita... ¿Quién ha sido el audaz misántropo que se ha permitido calificar la tierra de valle de lágrimas?

Ello, empero, la seguridad de la frágil embarcación depende del remero, y el remero, ya lo hemos dicho, es amor, es un niño; y como tal, imprudente y antojadizo. La barca no puede permanecer indefinidamente en el lago; más tarde ó más temprano ha de atracar en tierra: esta tierra se llama la realidad de la vida; abundan en ella los bandidos y está erizada de precipicios. ¡Permita Dios que cuando amor deje el remo, el Angel de la Guarda guíe á los amantes!

¡QUÉ MIEDO! cuadro de León Olivié

Una travesura infantil da asunto al artista para pintar su lienzo que involuntariamente llama la atención por su frescura y seguridad de forma. La idea no puede ser más sencilla, pero la ejecución no puede ser más acabada. Es imposible expresar de más clara manera la superioridad del un muchacho sobre el otro, la alegría maliciosa del más avispado y el terror instintivo del miedoso. Por supuesto que nadie se acuerda del crustáceo que da lugar al argumento y que, á pesar de servir de espantajo, no es probablemente el menos espantado.

EL GORILA, grupo escultórico de Fremiet

Es indudable que el autor de esa colosal escultura no se ha propuesto hacerse agradable al público. En cambio ha demostrado su pujanza en el arte que profesa, y si su obra terrorífica á puro verdadera, no sirve para adornar el *boudoir* de ninguna dama sensible, puede constituir un magnífico ejemplar en cualquier museo de Historia natural, en la seguridad de que ni aun lo verdadero había de ser más verdadero que el gorila de Fremiet. No cabe manera de representar más gráficamente la fuerza y la sensualidad brutalísima de ese animal, que roba una mujer y defiende su presa con la facilidad de la niña que se aleja con su bebé y la fiereza del bandido resuelto á entablar una lucha á muerte. Este grupo ha ganado la Medalla de honor en la última Exposición de París.

Á LA SOMBRA, cuadro de Luis Rossi

Dice un crítico italiano, ocupándose del autor de este cuadro, que, físicamente considerado, es un hombre de estatura baja, de frente alta, cuya mirada respira observación y vida; dos condiciones que constituyen su talento artístico. Rossi es considerado como uno de los primeros profesores de la *escuela lombarda*, porque hay que advertir que la exuberancia artística de aquel bendito país ha dado lugar á tantas escuelas cuantas son sus principales provincias, y existen ya, aparte la citada escuela lombarda, la veneciana, la milanesa, la napolitana, la florentina, y la cosmopolita, ó sea la romana.

El autor de nuestro cuadro prepondera en dos géneros de pintura; el retrato, en el cual ha sido comparado á Murillo y Van Dyck; y el paisaje, en que tiene pocos superiores. *A la sombra*, es una obra en que la verdad y la poesía se han concertado hábilmente á fin de producir un conjunto sumamente agradable, realzado por esa luz y color que parecen monopolizar los artistas que han estudiado el sol y el cielo de España y de Italia.

EL OCTAVO NO MENTIR, cuadro de Bordignon

Delicioso grupo de jóvenes venecianas, modelo de naturalidad y admirable de expresión. Una de esas jóvenes, con inocente intención sin duda, puesto que su semblante no revela malicia, cuenta algún chisme ó cuelga algún milagro á otra de sus compañeras, á la cual hace maldita la gracia. Sin embargo, la mentira debe ser muy burda y transparente, por cuanto la acusada, lejos de tomarla á pecho, se ríe descaradamente del mal efecto que produce la invención. Es muy posible que se trate de la suplantación de algún amante, y esto explicaría perfectamente la actitud de alarma y enojo adoptada por la ofendida.

Esta explicación no la necesita el cuadro, pues á su simple vista surgen los sentimientos que animan á sus tres figuras principales. Y con toda intención decimos *animan*, porque es difícil dar mayor vida á un asunto por medio del dibujo y del color. Rasgos tiene esta obra que recuerdan la vigorosa factura de los más insignes maestros del arte.

EL MUNDO AMERICANO

EL JURAMENTO

EPISODIOS DE LA GUERRA DEL PERÚ

I

Cuando la noche suave y tranquila tiende su manto de sombras, cuando en las inmensas *sabanas*, en los áridos arenales, al pie de los gigantescos Andes, cuyas cimas desaparecen entre níveos vapores, se contempla el pabellón azul en el cual poco á poco van apareciendo y alfombrándolo millares de diamantinas luces que preceden á la melancólica peregrina, reina de la noche, el pensamiento se pierde en las regiones de lo infinito, y esos faros y ese océano de misteriosa luz nos hablan con elocuente voz.

Globos de plata, mares de plácidas ondas y horizontes de azulados celajes, que ponen en relieve la majestuosa obra del Hacedor.

Chispas abrillantadas, destellos suaves y astros de vívido esplendor, que seducen y encantan y giran como soberanos en ese golfo de ignorados misterios.

En el universo de las estrellas hay también jerarquías y superioridades.

Meteoros que hacen sentir su influencia y dejan eterna huella.

Otros que como la violeta se ocultan y viven en la sombra, pero como las flores de primavera, ostentan la juvenil aureola, la risueña gracia y el atractivo de los ángeles, prodigando destellos de suave brillo y embelleciendo la existencia.

Hay estrellas que entre los velos de lo misterioso, exhalan perfumes de virtud y de paz.

También engalanan la esfera en que se agitan y son el gozo de las almas privilegiadas y la esperanza de su porvenir.

Astros de la tierra son las mujeres. El hogar es su cielo.

Hemisferio en donde hay también planetas de pálidos fulgores ó de vívida luz.

Firmamento con crepúsculos y auroras, con armonías celestes y dicha sin fin.

II

La capital peruana, la alegre Lima, es un horno durante los meses de diciembre hasta marzo.

El aire es fuego, y millares de familias buscan fresco y solaz en los jardines de Miraflores, del Barranco y de Chorrillos, centro de la buena sociedad limeña.

Costosos y elegantes *ranchos* (1) sirven de morada á las mujeres más graciosas del universo, y la alegría y la animación, cual inseparables compañeras, presiden todas las fiestas de la pintoresca temporada.

Los ranchos están profusamente iluminados; el cielo, puro y diáfano, lo está también por millares de estrellas.

En el Malecón, precioso paseo á orillas del mar, se oyen los acordes de la orquesta, y una multitud compacta, sentada ó paseando, disfruta de la brisa, antídoto para el calor.

Las olas suspiran mansamente y van y vienen sin descansar jamás.

Las limeñas, vestidas de blanco, sin otro adorno que su brillante cabellera y sus magníficos ojos, asemejan á la primera ilusión del poeta y hacen soñar con las huríes que promete Mahoma á sus adeptos.

Y sin embargo, á pesar del bullicio y de la alegría, algunos corazones estaban tristes en una noche del mes de marzo de 1880 y la inquietud paralizaba la característica expansión.

El Malecón presentaba su aspecto de siempre, pero la guerra del Perú y Bolivia con Chile preocupaba á todas las clases y con ansiedad se aguardaban periódicos y boletines.

Ya habían ocurrido los primeros desastres: ya el inmortal Grau había sucumbido á bordo del *Huáscar;* ya en varios encuentros se lamentaban derrotas y pérdidas considerables.

(1) Ranchos: nombre que han conservado las quintas y que tenían anteriormente las chozas habitadas por los indios, y las casitas que alquilaban en el verano á las familias de Lima.

En un *rancho* cercano al Malecón, en el corredor que servía de entrada, estaban dos personas.

Un hombre como de treinta años, de marcial presencia y noble fisonomía, y una joven delgada y pálida.

El era coronel del ejército y ella hija de uno de los jefes en campaña.

—La encuentro á V. más triste que otras veces, María: su salud, apenas restablecida, vuelve á inspirarme temores.

—Aseguro á V. que estoy bien, me entristece la guerra y tiemblo no sólo por mi idolatrado padre, sino por mis amigos y por mi patria.

—También yo tendré que partir.

—Pues qué, ¿ha recibido V. la orden?

Y la voz de María temblaba al interrogar al coronel.

—No: aun no: pero la aguardo y la deseo: todos los peruanos debemos correr á la lucha y triunfar ó morir.

Ambos guardaron silencio hasta que el coronel, como si hiciera un esfuerzo, dijo:

—No quiero perder el último tren, porque ansío ver los periódicos... hasta mañana, María; cúidese V.: no permanezca ya en el corredor, porque el relente puede hacerle daño.

Y estrechando la mano de la joven bajó las escaleras y se alejó.

—¡Dios mío!—murmuró María,—salvad de todo peligro á mi padre... Dice Mauricio que también partirá: otro nuevo dolor: ¡le amo tanto! y este amor ignorado por todos, ni aun él lo comprenderá jamás: me quiere como á una hermana, se interesa fraternalmente por mí... y yo le amo con todo mi corazón.

III

María Bonalde era una sensitiva: uno de esos frágiles y delicados seres que, para vivir, necesitarían caminar siempre sobre alfombra de flores y no encontrar jamás espinas y abrojos.

Desde niña había sufrido continuamente y su alterada salud la hacía objeto de los mayores cuidados.

Aun no habían pasado sino algunos meses desde que su vida había estado en peligro y sus tres hermanas que la adoraban y su padre la condujeron á la sierra, á Matucana, lugar propicio para las naturalezas débiles.

Allí María encontró la salud, pero la convalecencia había sido lenta, y todavía, ya de vuelta en Chorrillos, la calentura la agobiaba algunas noches y la menor impresión era causa de retroceso.

Al día siguiente de su conversación con el coronel, estaba la joven impaciente é inquieta.

Con febril inquietud se apoderó de los periódicos; leyó *La Patria* y *La Opinión Nacional*, y al recorrer las páginas de *El Comercio*, dejó escapar un grito de dolor.

—¿Qué sucede?—la preguntó Carolina, su hermana mayor, acercándose á ella.

—Nada: ¡siempre estáis asustadas conmigo! no sirvo en la vida sino para mortificar á mi familia.

Y María se levantó sollozando y subió á su cuarto.

—Está nerviosa,—pensó Carolina:—pero, ¿no habrá visto algo en los periódicos?... acaso mi padre...

Carolina, con temeroso cuidado, buscó las noticias de la guerra: nada encontró.

—No hay nuevos desastres: siempre lo mismo: ¡ah! el coronel Ortega ha sido nombrado para marchar inmediatamente al campamento: Dios lo vuelva con bien y á todos nuestros amigos... Está María tan delicada,—añadió Carolina dirigiéndose á una hermosa joven que acababa de entrar,—que me parece debíamos impedir viera los periódicos... á cada instante recibe nuevas impresiones... ya un amigo, ya la ansiedad en cada batalla, temiendo ver el nombre de nuestro padre...

—Sí, sí; mejor será que antes de que ella vea los diarios pasen por nuestras manos,—contestó Teresa, la menor de las hermanas.

IV

El coronel Mauricio Ortega llegó á Chorrillos aquella noche más temprano que de costumbre.

Al saludar á Carolina, ésta le dijo:

—¿Con que también nos abandona V.?

—¿Sabía V. que estaba nombrado para marchar al ejército de operaciones?

—Lo he visto en *El Comercio.*

—El deber y el honor me hacían desear ir también á batirme.

María no pronunció una palabra, pero la palidez que cubría su semblante acusaba intenso sufrimiento.

Ortega se acercó á la joven y la dijo:

—¿Por qué la encuentro á V. tan preocupada? Creo que hoy no ha salido V. ni ha seguido todos los consejos del médico.

—Es verdad: esta guerra acabará conmigo.

—Vamos, María, salga V. al corredor; el aire tendrá saludable influencia para alejar ese abatimiento.

La débil criatura obedeció como un niño y se dejó guiar hasta una mecedora, en la cual tomó asiento: Ortega ocupó una silla á su lado.

A poca distancia estaba el Malecón y la luna esparcía su melancólica luz y rielaba en las tranquilas ondas del mar.

—María,—dijo Ortega en voz muy baja;—ya sabe usted que voy á partir: ya sabe V. que soy soldado y patriota.

La joven clavó en el coronel su mirada, y un suspiro contestó á las anteriores palabras.

—Antes de marchar,—continuó Mauricio,—deseo confiar á V. un secreto y exigirla una promesa.

—¿Un secreto? ya sabe V. que lo guardaré religiosamente: V. es el amigo más fiel en esta casa y mi padre quiere á V. como á un hermano.

—¿Y por qué no podría ser como á un hijo? Hace largo tiempo que su carácter de V., su dulzura, su misma naturaleza débil y enferma han interesado mi corazón; y lo confieso; los cuidados, los temores y mi inquietud cuando V. estuvo en Matucana y que expresaba en las cartas que continuamente escribía á Carolina, no eran efecto sólo de cariñosa amistad; el amor, amor profundo é inmenso, me hacía estar desesperado...

El corazón de María estallaba; latía con violencia: sus manos temblaban y con los ojos bajos escuchaba.

Las palabras de Ortega eran como una música deliciosa, y ni aun se atrevía á pronunciar una palabra, temiendo fuera un sueño y no una dulcísima realidad.

¡Ella amada! ella que no podía creer inspirar ese sentimiento por su debilidad y enfermiza naturaleza! ¡ella correspondida por el hombre á quien adoraba!

No podía dudar: el caballeresco Ortega era incapaz de engañar á una niña: decía que la amaba: debía creerlo.

—La amo á V. con toda mi alma, María, y á mi vuelta la haré mi esposa, porque V. me amará, ¿no es cierto? ¿podré aspirar á ser su compañero, su apoyo, su todo?

Estas apasionadas frases despertaron á la joven del deleitoso arrobamiento en que estaba sumergida y exclamó:

—¡Ah, Mauricio! V. se marcha, las balas son traidoras... ¡Dios mío, Dios mío! la idea de su partida me mata.

—¿Luego me ama V.?

Y el coronel tomó una mano de María, y la estrechó con pasión.

—¿Por qué negarlo? también,—añadió ruborizándose,—también desde hace largo tiempo.

—Pues bien, amada mía, te exijo una promesa: permíteme que al alejarme abandone ya entre nosotros el ceremonioso usted: te exijo un juramento, repito.

—¿Cuál?

—Que guardarás el secreto de nuestros amores hasta mi vuelta: hasta que tu padre pueda concederme tu mano.

—Te lo juro;—contestó María con débil acento.

—Quiero que hasta entonces, sólo tú sepas que vives en el santuario de mi pecho.

—Y tú en mi corazón.

—Toma: aquí tienes mi retrato; expresamente lo he mandado hacer para tí. Es pequeño y lo puedes tener oculto.

—No me abandonará un momento.

Con las manos enlazadas y confundidos por el pensamiento, permanecieron algunos instantes.



LA CONSIGNA, cuadro de Julio Ehrentraut

La voz de Carolina los sacó de su enajenamiento.

—Mi hermana llega.

—Antes, corazón mío, te daré el abrazo de despedida y el beso del prometido esposo.

V

Ortega partió y María, más triste y abstraída que nunca, pasaba horas y horas, semanas y meses recordando la última entrevista y temiendo por el porvenir.

La guerra se encarnizaba: chilenos y peruanos se batían con igual denuedo, aun cuando los primeros estaban protegidos más particularmente por la victoria.

Una noche se encontraban varias personas en casa de María. La lucha arreciaba y las limeñas habían abandonado Chorrillos temiendo la anunciada llegada de los chilenos.

Sólo María y sus hermanas permanecían en su rancho, allí estaban más aisladas que en su casa de Lima; sólo recibían á los más íntimos amigos. Los boletines se sucedían unos á otros.

Las esperanzas eran pocas: el Perú sucumbía, y en esa hermosa tierra, en esa tierra rica y privilegiada, la guerra ejercía su imperio destructor.

Multitud de prisioneros aguardaban en Valparaíso, en Santiago y en San Bernardo el final de la contienda.

La mayor parte de las familias llevaban luto en el corazón y en los vestidos.

Un muchacho gritaba en el Malecón:

—El último boletín. Ultima batalla, muertos y heridos.

—El boletín,—exclamaron todos los que se encontraban en casa de María.

Y una joven amiga suya se lanzó al corredor y lo tomó de manos del muchacho.

Volvió á la sala, se acercó á la mesa y empezó á leer.

El silencio era profundo: la emoción general.

María apenas respiraba y tenía fijos los ojos en la lectora.

Esta leyó los detalles, nombró á los heridos y llegó á la lista de los muertos.

—El coronel Mauricio Ortega,—dijo,—es el primero.

María ahogó un grito: sus convulsas manos se apoyaron sobre el corazón y, en medio de las manifestaciones de sentimiento y de las palabras consagradas á la pérdida de un amigo, desapareció del salón sin ser vista y corrió á encerrarse en su cuarto (1).

Una hora después la misma joven que leyó el boletín exclamó:

—¿En dónde está María?

—En su cuarto sin duda,—contestó Carolina, y añadió:—¡Pobre Ortega! ¡cuánto le queríamos!

VI

María estaba arrodillada delante de un Cristo de marfil, colocado á la cabecera de su cama.

Sollozaba y en sus manos tenía un objeto, que llevaba convulsivamente á sus labios.

—¿Qué te sucede? ¿lloras? ¿sufres?—exclamó su amiga entrando y acercándose á ella.

—No; no tengo nada,—contestó enjugándose las lágrimas.

—¡Imposible! estás pálida como una muerta: avisaré á Carolina: creo que sube ya.

—No; te lo suplico, nada le digas.

—Pero...

—Se alarmarían y sus cuidados me impedirían estar sola: además, esto les haría sufrir.

Entraron sus hermanas, pero aparentó tanta tranquilidad y tal deseo de descansar que se alejaron.

(1) Esta narración es exactamente histórica.



CONDUCIDOS POR EL AMOR, cuadro de J. Spiridon



¡QUÉ MIEDO! cuadro de León Olivié, presentado en el último Salón de París



EL GORILA, grupo escultórico de Fremiet, premiado con Medalla de Honor en el último «Salón» de París

— Me quedo un momento más con ella,—dijo su amiga.

Apenas salieron, María rodeó con sus brazos á la joven derramando copioso llanto.

— Mira, mira,—le dijo.

Y entre sus crispados dedos mostraba el retrato de Ortega.

— ¿El coronel?

— Sí: era mi prometido; ahora sólo nos uniremos en la tumba.

. . . .

Con un valor heroico ha guardado María su secreto, y ni sus hermanas ni su padre han conocido jamás que desde la muerte del coronel Ortega, María está herida en el corazón y que su vida se apaga lentamente.

Jamás nombra al coronel, aun cuando ese nombre está constantemente en su pensamiento y en el misterioso santuario de su pecho, en donde le rinde apasionado culto.

La Baronesa de Wilson

Á TODO HAY QUIEN GANE

Nos encontramos en la calle del Clavel, cerca de la puerta de mi casa, que era el número 8, y me dijo Luis, dándome un abrazo:

—¡Chico, cuánto me alegro de encontrarte!

—Yo también me alegro, como siempre.

—¡Ah! pero yo muchísimo más: no puedes figurártelo. ¿Sabes?... soy el hombre más desgraciado del mundo.

—¿Estás seguro de ello?

—Segurísimo; no puede haber nadie tan desgraciado como yo en toda la redondez de la tierra: tienes que venir á almorzar conmigo...

—No veo la relación entre el almuerzo y la desgracia, pero almorzaremos juntos si quieres. Dime dónde me esperas para cuando vuelva de hacer la visita á los pobres de la Conferencia de San Vicente... ó ven conmigo. Tengo enfermo á mi compañero de visita. ¿Por qué no habías tú de acompañarme?

—Bueno, pero ¿no sería lo mismo almorzar antes?... Después te acompaño á donde quieras: no tengo nada que hacer y aunque lo tuviera no estoy por hacer nada. ¡Qué desgraciado soy!

—Pero hombre, ¿por qué?

—¡Ay, querido Antonio! te tengo que contar muchísimas cosas. Necesito contárselas á alguno y á nadie mejor que á tí que sé que me quieres y harás por consolarme. Me has venido hoy como llovido del cielo.

—Pues no tenías necesidad de haber esperado esa lluvia. ¿Por qué no venías á buscarme á casa?

—¿Crees que me acuerdo dónde vives? Si no me acuerdo de nada, hombre, de nada absolutamente... ¿No sabes lo que me ha hecho Cecilia?

—No; pero se me figura que sé lo que no te ha hecho... No te ha hecho caso...

—¿Quién te lo ha dicho?...

—Nadie me lo había dicho hasta ahora; lo suponía.

—Pero hombre, ¿y por qué has de suponer tú esas cosas? Lo raro es que aciertas...

—No es lo raro, es lo natural...

—¿Lo natural? ¿Te parece á tí natural que una mujer tan buena como Cecilia... porque es muy buena, ya sabes que es muy buena, y además es preciosa, eso sí, preciosísima, alta, esbelta, rubia, sonrosada, con unos ojos tan azules y tan hermosos, y una sonrisa tan encantadora, y una voz tan dulce, y un andar tan majestuoso y tan elegante, y un aire y un todo tan aristocrático y tan distinguido, y unos ojos?...

—Sí, muy hermosos y muy azules; creo que ya lo has dicho.

—Es verdad, pero ya no me acuerdo de lo que iba á decir.

—Me ponderabas la bondad y la belleza de Cecilia, en balde por cierto, pues que la conozco y sé que es verdaderamente un encanto; pero me preguntabas si me parecía natural...

—Eso es. ¿Te parece á tí natural?...

—¿Qué te haya dado calabazas? Me parece la cosa más natural del mundo.

—¡Muchas gracias! ¿pero qué idea tienes de mí?

—Muy buena idea: ya ves si tendré buena idea de tí cuando soy tu amigo. Pero eso no obsta para que crea que en ese asunto te has equivocado, no has sabido lo que has hecho, y tenía que sucederte lo que te á sucedido.

—No sé por qué.

—Pues ven acá, bájate de los vericuetos del romanticismo, ponte en lo llano, discurre seriamente y dime, ¿creerías tú con facilidad en el amor de una mujer á quien el día antes ó la semana antes hubieras visto enamorada del vecino?

—¡Ah! Tú crees...

—Que por lo mismo que Cecilia es formal y es buena, ha debido desconfiar de tí. ¿Qué quieres? Yo sé que tú, también eres formal en ese terreno, incapaz de mentir ni engañar á nadie, que de veras la amas, pero las apariencias te condenan. ¿Qué pruebas has dado; qué motivo tenía ella para creer que tu amor es tan leal y tan firme como dices? ¡Si era ayer todavía cuando!...

—Y tú crees que si hubiera yo tenido paciencia y constancia y hubiera sabido esperar á que Cecilia se convenciera de la sinceridad de mi amor...

En esto, subiendo por la calle del Caballero de Gracia, llegábamos á la Pastelería Suiza y entramos.

Un camarero muy fino, que nos conocía de habernos servido muchas veces en el Congreso donde tiene una sucursal la casa de Spescha, nos presentó la lista; mas como ni uno ni otro hicimos caso de leerla, se adelantó á decir:

—¿Quieren Vds. para empezar?...

—Cecilia... – dijo Luis distraído y como tratando de reanudar la conversación de antes.

Y efectivamente, puede decirse que almorzamos Cecilia para empezar, para continuar y para concluir, porque mi amigo no acertaba á hablar de otra cosa, y ni comió apenas, ni me dejaba comer á mí, obligándome á escuchar sus lamentaciones. Realmente estaba muy enamorado.

Una hora después llegábamos los dos al final de la calle de Embajadores y entrábamos en una casa que tenía un patio con un corredor por todo el cuadro, ó mejor dicho, con cinco corredores, pues cada uno de los cinco pisos tenía el suyo, al cual daban las puertas numeradas de las habitaciones, que así llaman los caseros y sus apoderados á aquellos cuchitriles.

Subimos los cien escalones que había hasta el corredor del piso 5.° y tirando de una cadenilla de hierro muy oxidada que colgaba junto á una de las puertas, junto á la señalada con el número nueve, se abrió ésta y entramos en un cuartucho donde había dos mujeres, un gato, un sofá viejo, tres sillas, dos con el asiento roto y una sin asiento, una mesa pequeña de chopo con dos libros desencuadernados y un altarcito de cartón encima, una máquina de coser y unas tiras de lienzo crudo.

La más joven de aquellas dos mujeres representaba como unos cuarenta años (tenía ventinueve) y conservaba en su rostro el sello de la hermosura aunque un poco borrado por haberle puesto ya encima otros dos sellos, el de la enfermedad y el de la tristeza.

Pepita, que así le llamaba su madre, se había casado á las diez y ocho años con un curial, no sé si escribano ó procurador, había vivido en una casa de nueve mil reales y había tenido un niño y una niña, ambos muy hermosos.

Cuando se creía muy feliz, y lo era en realidad, su marido hizo una trastada, y queriendo enmendarla con otra mayor se marchó á América. El primer año la escribió veinte veces, el segundo año dos, el tercero ninguna, y así sucesivamente. La pobre Pepita llegó á saber que se había hecho un perdido, que no se acordaba de su mujer ni de sus hijos para nada, y comprendiendo la necesidad de procurarse el sustento, no sólo para sí, sino para sus hijos y para su anciana madre tullida, que era la otra mujer que vimos en el cuarto, adquirió con sus últimos ahorros una máquina Singer, donde hacía para una tienda de la calle de Atocha calzoncillos de á dos pesetas.

Por cada pieza la pagaban en la tienda tres perros chicos, con lo cual dicho se está que, aun trabajando todo el día en la máquina, ganaba poquísimo dinero.

Pero en cambio había ido ganando una enfermedad incurable. Cuando empezó á sentirse mal, la Conferencia la envió un médico, y por consejo de éste, además del ordinario socorro, se la daban unos bonos para tomar leche todos los días. Todo iba á ser en vano: la debilidad era cada vez mayor: los vómitos de sangre se repetían cada vez con más frecuencia; estaba tísica de remate.

—Ya ve V.,—me decía su madre, arrasados en lágrimas los ojos;—lo primero que la ha dicho el médico es que deje de coser en la máquina que la hace muchísimo daño; y no lo quiere dejar porque dice que si no cose no comemos.

—Es claro, – dijo Pepita con tono apacible. – ¿Qué les voy á dar, si no, á mi pobre madre y á esos ángeles de mi alma?... ¡Si viera V. qué hermosos están! ¡Ay, Dios! pero ¿qué será de ellos si yo me muero pronto? Crean ustedes que cuando pienso en esto...

Y también la saltaron las lágrimas.

En esto sonó la campanilla.

—¡Ay! – dijo Pepita dirigiéndose á la puerta, limpiándose los ojos y tratando de sonreirse, – ellos son: vienen de la escuela.

Se abrió la puerta y entraron en efecto los dos niños, que, como á mí me conocían ya de otras veces, vinieron á saludarme y á darme un beso. Rafael tenía diez años y María siete. Su madre y su abuela se deshacían con ellos en caricias.

Poco después nos despedimos y al bajar la escalera me decía Luis:—¿Qué será de estos niños? ¡Pobre madre!

—¿No te parece,—le dije,—que es casi tan desgraciada como tú?

—Ya sé que me quieres decir que es algo más, y tienes razón; pero eso no quita de que yo lo sea mucho... Y por supuesto, que este es un caso completamente raro: no me presentarás otro parecido.

—Puede ser que otro no se parezca del todo á este, pero en fin, tú me lo dirás luego.

Diez minutos más tarde estábamos en las Peñuelas en una buhardilla, donde no se podía uno poner derecho, alumbrada hasta cierto punto por una tronera del tejado y habitada por un matrimonio joven que tenía dos niñas, una de ellas muda, y un niño de pecho que se estaba ahogando de la tos ferina. El marido era peón de albañil y hacía dos meses que no tenía trabajo: todos los días se corría todas las obras de Madrid y volvía á su casa con mucho cansancio, muchas ganas de comer y muchísimas malas contestaciones. La mujer vendía por la calle medias y calcetines que la fiaban en un comercio, pero hacía cuatro días que no podía salir por la enfermedad del niño. La niña mayor lloraba y la segunda aullaba de hambre.

—Dios les bendiga á Vds.,—nos dijo la pobre mujer,—hoy no nos hemos desayunado.

—Tampoco cenamos anoche,—añadió la niña que hablaba.

—¿Qué te parece de estos?—le dije á Luis cuando bajábamos;—¿serán más desgraciados que tú?

—Déjame, por Dios,—me contestó,—que voy muy preocupado. Es imposible un desamparo mayor que este.

Subimos de las Peñuelas por el Arroyo de Embajadores, que es un arroyo sin agua, pero muy sucio. Entramos en una casucha vieja y ennegrecida donde había un olor insoportable. Después de recorrer un pasillo largo, estrecho y oscuro llegamos á un cuarto más oscuro todavía, después de ser pequeño hasta lo increíble. En una de las esquinas se acurrucaba un hombre medio desnudo arrebujado en una manta vieja: en otra había algo así como un jergón muy disimulado encima del cual se percibían dos bultos que podían ser dos niños, y en otra, resguardado por una especie de paredoncillo de media docena de cantos, había un poco de lumbre.

Después que se fué acomodando la pupila á aquella oscuridad, vimos que en efecto los bultos del jergón eran dos niños. Tenían viruelas. El uno como de cinco años se acababa de morir, y el otro estaba agonizando. El padre, atacado probablemente de la misma enfermedad, pues tenía una calentura como un toro, después de enterarse de que íbamos á verle en nombre de la Conferencia nos decía, tratando de explicarnos su situación, con voz fatigosa:

—Yo era mozo de cordel en Albacete y me vine á Madrid creyendo que en la corte se ataban los perros con longaniza. Me recogí aquí provisionalmente... No encontraba trabajo ni ocupación... A los pocos días cayó mi mujer enferma de viruelas... Vino por aquí el señor cura de la parroquia, y viendo la pobreza en que estábamos nos dió una limosna y dijo que nos recomendaría á la Conferencia. Murió mi mujer hace ocho días... Después cayeron con viruelas los dos niños, el mayorcico se ha muerto esta mañana, y la niña, que es un poco mayor que él, ha ido á avisar á la parroquia para enterrarle... Y lo peor es que yo también estoy mal y no sé qué va á ser de esas criaturas...

—Tenga V. confianza en Dios, amigo,—le dijo Luis,—y pídale consuelo y paciencia, que bien lo necesita.

—Sí, señor, sí,—contestó el pobre. – ¡Estoy pasando una temporada!... Vale Dios que me acuerdo de que todavía estarán peor otros infelices que no tendrán ni siquiera un cuarto como este y tendrán que dormir en la calle...

Luis se llevó el pañuelo á los ojos.

– Tenemos que ir á ver al ecónomo de la parroquia,—me dijo cuando salíamos de la casa;—porque la limosna que dais de la Conferencia es muy buena y muy santa, pero es insuficiente para estos casos extraordinarios. Le voy á dar al señor cura lo que me había de costar el teatro en todo este mes, para que provea de sustento y abrigo á esta pobre familia. ¡Qué desolación tan grande!

Cuando volvíamos hacia el centro de Madrid, después de haber visitado al señor cura de las Peñuelas y haberle dado un billete de veinte duros para atender á aquellos desgraciados, Luis no hablaba.

—¿En qué piensas?—le dije para sacarle de su silencio.

—En que D. Pedro Calderón, además de ser un gran poeta, era un gran filósofo.

—¡Ah! lo dices por aquello de los dos sabios de *La vida es sueño.*

—Sí, porque debía tener un gran conocimiento del corazón humano; porque parece que estaba viendo el mío, parece que por mí escribió aquello de

«. . . . . á esta parte
Hoy el cielo me ha guiado
Para haberme consolado,
Si consuelo puede ser
Del que es desgraciado, ver
Otro que es más desgraciado.»

—¿Es decir, que ya no tienes seguridad de ser el hombre más desgraciado de la tierra?

—No, ni con mucho. No sabe uno lo que dice las más de las veces.

—¡Hombre, hombre! ¿es posible que ya no pienses en Cecilia, ni te parezca tan hermosa?...

—No exageres: me parece lo mismo que antes y ni puedo ni quiero olvidarla. Lo que hay es que, estableciendo comparaciones, con toda mi desgracia soy felicísimo.

—Sí; porque has visto que hay otros que cogen las hojas...

—Es verdad; porque

Veo que las penas mías
Para hacerlas alegrías
Las hubieran recogido

todos esos que hemos visto esta tarde.

—¡Y tantos otros, Luis, y tantos otros!

Antonio de Valbuena

LA HISTORIA EN EL LENGUAJE

Cada vez los estudios históricos pierden más y más su primitivo carácter anecdótico, que los reducía á simples narraciones de sucesos. Lo interesante en el fondo era

la biografía de los personajes influyentes de un pueblo ó de una época.

Pero hoy, considerado el individuo, nó como un ente solitario, sino como un ser de una especie, el estudio de la especie humana es la base de las investigaciones del historiador. Hoy no es el HOMBRE el asunto primordial de las reflexiones del filósofo: lo es la HUMANIDAD ENTERA. El famoso CONÓCETE Á TÍ MISMO del oráculo de Delfos no tiene actualmente sentido en singular: para conocerse el hombre no ha de estudiarse únicamente en su conciencia solitaria: ha de estudiarse en su especie: en la pluralidad: en las obras de sus semejantes.

Y ¿qué puede contener enseñanzas de mayor generalidad que el lenguaje, patrimonio común de nuestra raza?

Nada, pues, tan instructivo como el estudio de las palabras: nada tan demostrativo del progreso como el de las acepciones sucesivas de las palabras mismas

HUMANIDAD en el latín del siglo de oro significó *afabilidad* y *cortesía*, *regalos presentes*, *liberalidades:* significó también *cultura*, y, por extensión natural, *erudición*, *culto por las letras*, *bellas letras:* por último, significó, la condición propia de hombre, la *naturaleza humana;* pero ni para Plinio, naturalista, ni para Séneca, dramático, ni para Cicerón, filósofo, la HUMANIDAD significó jamás el *Género Humano;* – que, para tan elevadísimo concepto, se necesitaba una civilización muy superior á la Romana, que consagraba la inferioridad política de la mujer, la esclavitud del vencido, y el odio al extranjero.

En las lenguas primitivas no hay palabras abstractas; y por eso se dice que el lenguaje de los pueblos adelantados es una POESÍA FÓSIL. En efecto, para las grandes concepciones del entendimiento, es preciso que las multitudes pierdan la conciencia etimológica. Es preciso no ver en imagen, sino en idea.—El verbo *estar* no se encuentra en el habla de muchas poblaciones negras. Los europeos tienen obligación de dirigir á un negro frases por este estilo: *trae el fusil que* VIVE *en tu choza.* Semejantemente es en Andalucía muy común el decir (por metáfora, ya que no por inopia de la lengua), ¿dónde MORA *mi bastón? ¿por dónde* ANDARÁN *ahora mis guantes?* STARE, *tenerse-en-pie* ha de perder su significación concreta de *estar en una posición determinada*, para hacerse vocablo propio de un pueblo adelantado.—Lo mismo ha de haber sucedido con los verbos de significación actualmente más lata en las naciones muy civilizadas, tales como HABER, TENER y SER. Mientras *haber* significó *tener firmemente sujeto* (de donde la acepción latina de *riendas, jarcias, disciplina);* mientras *tener* concretó su acepción á *tener entre las manos, poseer, cautivar, echar raíces;* mientras *ser* no obliteró sus afinidades con la noción etimológica de *estar sentado*... fué imposible que las abstrusas ideas generales representadas por las actuales acepciones de esos verbos, penetrasen en la inteligencia humana, por falta de instrumentos ó signos adecuados.—GAS, con el significado de *fantasma;* ó de *espíritu*, no habría servido para expresar *fluido aeriforme*, según la acepción que le dió Van Helmont.—*Pila* se llama ahora al conocido conjunto de vasos, ácidos y zinc (ú otros medios), no superpuestos *ni en forma de pila*, como en los primeros experimentos de Volta, sino conexionados entre sí y á continuación unos de otros *horizontalmente:* más aún, *pila* es ahora *generador* de electricidad. —Pero ¿qué más? ¿Tenían al principio del siglo la significación que actualmente las palabras *vida*, *energía*, *evolución*, *selección*, *lucha por la existencia* y tantas más?

Es tan natural el uso de la metáfora y de la sinécdoque, que jamás dejará el lenguaje de enriquecerse por su medio. *El infierno está* EMPEDRADO *de buenas intenciones: la diligencia es la* MADRE *de la buena ventura: los barcos de vapor* LLEVAN EL VIENTO *en la bodega*.. son expresiones que adopta el lenguaje, nó por pobreza ni carencia de otros medios, sino por lo que tienen de imaginativo y de poético.—SALE *el sol* es frase que, por personificar, no cede á la más general de AMANECE, y miles á este tenor. Pero, en enorme número de casos, se perpetúan en los idiomas, por verdadera pobreza, frases que, tomadas literalmente, resultan ilógicas ó absurdas.—*La casa* HACE ESQUINA, *los balcones* MIRAN *á la plaza, las ventanas* CAEN *á la calle*... son *señas* de uso corriente, é irreemplazable. Y, sin embargo, ni las casas HACEN cosa ninguna, esquinas inclusive; ni los balcones MIRAN porque carecen de ojos; ni las ventanas CAEN, por estar muy firmes.

PÚSOSE EL SOL; mas nó, que no se puso;
¡oh qué pronto que he dado en el abuso!
Díme, inventor de frase tan maldita,
¿Cómo SE PONE el sol cuando *se quita?*

El parentesco de los pueblos es muy fácil de probar, y hasta se impone cuando resulta ser el mismo su vocabulario y el sistema de formación de sus palabras, y hasta el de su lenguaje imaginativo. No es necesaria la *identidad* de *las palabras*, sino la *identidad del procedimiento.* Sabido es que el clima, la propensión á ahorrar tiempo y esfuerzos, así como otras muchas causas hacen que la pronunciación, - los sonidos constituyentes de las palabras, – cambien en cada lengua, y el estudio moderno ha descubierto las leyes de estos cambios. Los vocablos, pues, de un idioma resultan, en virtud de esas leyes, constantemente transformables en otros muy distintos de otro idioma procedente del mismo tronco que el primero; por lo cual, habida cuenta de esa convertibilidad, vocablos muy distintos de varios idiomas aparecen completamente afines: es más, enteramente hermanos. Y ¿quién, al ver que dos pueblos muy distantes entre sí y privados de medios de mutua comunicación, hablan con las *mismas*, aunque no precisamente *idénticas* palabras, puede negarse á admitir que ambos pueblos vivieron juntos algún día?

Al ver el parecido de los seis idiomas románicos (italiano, español, portugués, francés, rumano y rético), ¿quién pudiera negarse á concluir (caso de ignorarse que proceden todos del latín vulgar) que tanta semejanza es la consecuencia natural de pertenecer todos á una misma familia?



Á LA SOMBRA, cuadro de Luis Rossi

Pero aquí pudiera haber surgido una grave cuestión histórica. ¿Es alguno de ellos *lengua-madre* de todos los demás, ó bien, son todos *hermanos* hijos de una madre común? Caso de ignorarse su filiación, ¿podría la ciencia haber resuelto el problema?

Sí; y esto es lo que ha sucedido, nó al tratarse de los seis idiomas románicos, cuya procedencia del latín nos consta sin ningún género de duda; pero sí al tratarse de los idiomas indo europeos; (sánscrito, zenda, griego, latín, gótico, lituanio, eslavo, céltico...) ¿Fué, como algunos pensaron algún tiempo sin razón, el sánscrito padre del griego y del latín..., ó bien todos proceden de otra lengua ya perdida?

La respuesta científica ha costado á lingüistas y filólogos inmensa suma de laboriosidad, y ha podido resolverse satisfactoriamente al fin, considerando que una *lengua madre* debe ofrecer en su estructura un tipo de formación consecuente siempre consigo propio; y, como esta armonía típica no se observa ni en el sánscrito, ni en el zenda, ni en el griego, ni en ninguno de los demás dialectos de la hoy perdida lengua primitiva, de aquí el haberse reconocido que son ramas de un solo tronco, pero nó el tronco mismo. El tipo está diseminado en todos, mas en ninguno individualmente se ostenta en su perfecta y rigorosa integridad.

Y he aquí ya una primera inducción histórica. Nosotros hablamos todavía con radicales usados por los ARIAS, nombre dado á nuestros primitivos antecesores de la raza indo europea, cuando vivían al Norte de la Bactriana, mucho antes de que las colonias ARIAS se dividieran en pueblos y naciones diferentes.

Y ¿qué radicales son estos? Los comunes á todas las lenguas denominadas indo-europeas. *Toro*, *vaca*, *becerro*, *becerra*, *caballo*, *potro*, *asno*, *cabra*, *oveja*, *puerco*, *ganado*, *ratón*, *mosca*, *ánsar*..., los numerales *uno á diez*, *once*, *veinte*, *ciento*, *padre*, *madre*, *hermano*, *hermana*, *hija*, *suegro*, *suegra*, *yerno*, *nuera*, etc.

Y ya con ésto, ¿no hay materiales más que suficientes para inducciones históricas de la más alta evidencia?

El pueblo que tenía tales vocablos, indudablemente hacía una vida pastoril; pero su estado social era ya muy adelantado. La constitución de la familia era la misma que la nuestra, y dependiente de consideraciones del más alto orden moral. La voz PADRE no viene del concepto directo de generador, sino de otro mucho más elevado: procede de un radical que significa *proteger*, *alimentar*, lo que indica que al padre incumbía ya entonces proveer al *sostenimiento* de la familia. *Madre* era un símbolo de cariño; perdida una, muy anterior, acepción etimológica: *hermano* derivaba de otro radical que implicaba la idea de *ayudar*, y la voz *hija* encierra todo un idilio; pues, viene de una raíz cuyo significado dice relación con las costumbres de un pueblo primitivo, del verbo *ordeñar;* por manera que *hija* venía á valer tanto como *proveedora de la leche del ganado;* oficio de gran importancia en un pueblo de vida pastoril.

Y, así como en nuestras lenguas modernas multitud de expresiones se establecen poco á poco, por más que pugnen con su origen y sentido etimológico, por ejemplo, *cuarentena* de *siete* días, así también el vocablo que equivalió á *vaquero* perdió desde los tiempos más antiguos su conciencia etimológica, y apareció sucesivamente en la forma de *vaquero de caballos*, luego en la de *guardador de ganados*, esto es de pastor, y, por último, se hizo sinónimo de *rey*. Hoy, de un modo análogo, se denominan *pastores* los sacerdotes protestantes, custodios que se dicen de almas, nó de ovejas.

El estudio de las lenguas, cuando se profundiza filosóficamente, conduce á inferencias de un orden inesperado y que nada tiene que ver con la gramática. Sabido es que, sólo á la influencia inglesa se debe el que empiece á caer



EL OCTAVO NO MENTIR, cuadro de Noé Bordignon

en desuso la bárbara práctica existente en la India de quemar á la viuda cuando muere su marido. Hubo eruditos que, fundados en el estudio de las costumbres, juzgaron relativamente moderno tan cruel rito brahmánico (cuyo origen data de una alteración del texto introducida por los sacerdotes de la India en el sagrado libro del Rigveda); pero la filología solamente ha podido suministrar la prueba de que en lo antiguo no se quemaba en la India á la mujer del difunto. *Viuda*, etimológicamente, significa *mujer sin marido;* y claro es que no habría podido haber VIDHAVAS si todas hubiesen sido irremediablemente quemadas con los cadáveres de sus maridos. Perdida la conciencia etimológica, apareció el nombre de *viudo*, que es un perfecto absurdo etimológico.

El estudio de las lenguas indo-europeas prueba la existencia de los radicales *casa*, *puerta*, *empalizada*, *población*, *constructor*... luego la vida de los Arias no era enteramente nómada y pastoril. Practicaban la agricultura, pues en todas las ramas lingüísticas de la familia aria aparecen los radicales de *arar* y de *arado:* tenían ya industrias, pues en todas existen también los de *moler* y de *molino*, de *tejer* y de *coser: araña* significa *tejedora-de-lana:* conocían el *hacha* y *la espada*, luego labraban metales; y tenían *rutas* y *puentes*, lo que por sí solo probaría un alto grado de civilización, si ya la existencia de un buen sistema de numeración no lo evidenciara brillantísimamente.

Los Arias, pues, durante mucho tiempo y antes de separarse, se multiplicaron en existencia tranquila, viviendo del producto de sus ganados y de la labranza de sus campos, y santificando y quizá poetizando los sagrados vínculos de la familia. Conocían la propiedad, puesto que ARIA, significa *noble, ilustre, propietario.*

Después, se separaron; y la disparidad de los radicales posteriores lo prueba incuestionablemente. Los nombres de los utensilios de guerra y de caza, los de los actos emparentados con estos ejercicios, los referentes al mar y sus productos, que nunca los Arias habían visto antes... difieren en los dialectos derivados de la lengua primitiva. También difieren los nombres de la fieras no conocidas de los pastores de la Bactriana. Los Arias no sabían contar más que hasta *ciento*, pues la raíz de la voz MIL difiere de un dialecto á otro.

Sólo la influencia de nuevos climas y de nuevas localidades podía dar, y en efecto dió, individualidad á los dialectos que, después de su salida de la Bactriana hablaron nuestros antiquísimos ascendientes.

Y, aplicando á cada una de estas nuevas individualidades lingüísticas la misma clase de inducciones filológicas, es como ha llegado á trazarse con visos de gran probabilidad histórica, el itinerario de cada una de las colonias desprendidas de la patria primitiva.

Y he ahí el cómo ha podido establecerse la historia de la peregrinación de las colonias de la Bactriana.

Los que con el tiempo conquistaron la India caminaron hacia Oriente, mientras que los lituano-eslavos, los germanos, los celtas, los latinos y los griegos emigraron hacia Oriente. Sin duda estos viajes no se verificaron de seguida, y sin grandes paradas en los inmensos países recorridos; y, la influencia de estas detenciones y residencias en comarcas nuevas y en diversos climas produjeron variantes dialectales en los tipos propios de la lengua-madre, según modos de eufonía y de ahorro, y procedimientos de articulación propios; lo que engendró diversidades, conforme á reglas que pudiéramos llamar regionales, de donde *naturalmente*, se originaron todos los idiomas nuevos de las colonias Arias; pues es constante que las diferencias geográficas implican diferencias características entre los pueblos todos.

He aquí cómo la ciencia del lenguaje, en medio de la noche más lóbrega, donde ni aun conjeturas ofrecía la tradición, ni existían documentos de ninguna clase, ha sabido encontrar la historia de esta raza blanca, privilegiada por su hermosura y su inteligencia, que en el seno de una naturaleza pródiga, vivió de su trabajo en sociedad pacífica, y se multiplicó y perfeccionó grandiosamente, hasta poder llegar á dominar un día en todas las regiones de la tierra.

E. Benot

FÍSICA SIN APARATOS

Procedimiento para cortar el vidrio ó cristal.—Para cortar el vidrio emplean los químicos diferentes procedimientos harto conocidos en los laboratorios, pero bastante ignorados de los que no están iniciados en las manipulaciones prácticas. Describiendo estos procedimientos, esperamos hacer un servicio á nuestros suscritores.

Para cortar los tubos de cristal de diferentes diámetros, el procedimiento más sencillo consiste en el empleo de una lima triangular. Humedécese ligeramente el ángulo de la lima y se le hace obrar como una sierra en la parte del vidrio que se quiere cortar. Luego que la lima ha mordido trazando un surco aparente, el tubo se rompe fácilmente por la parte señalada si se le da un golpe en vago.

Si se trata de cortar el cuello de una vasija de cristal, puede rodearse este cuello con una torcida de lamparilla empapada en alcohol y encenderla. El cilindro de vidrio se romperá de suyo á la acción del calor, precisamente por la parte marcada por la torcida.

Una varilla de hierro incandescente, pasada por la parte conveniente del cuello, puede dar el mismo resultado.

El carbón Bercelius es recurso más eficaz todavía para cortar vidrio ó cristal. Consta este carbón de 180 gramos de humo de imprenta, mezclados con 60 gramos de goma arábiga, 25 de goma adragante y otros 25 de benjuí desleídos en agua. Con esta pasta se hace una especie de lapiz, que seco después y enrojecido á la llama corta el vidrio por dondequiera que se pasa. Comiénzase la operación por una señal de lima, y con calma y paciencia se llega á tallar en espiral una botella, á favor de este procedimiento, como indica la figura. La botella queda así trasformada en un verdadero resorte elástico.



Botella cortada en espiral

Para cortar un vaso de cristal á cierto nivel, se puede emplear el medio siguiente:

Se echa aceite en el vaso hasta el nivel señalado para el corte y se sumerge en el líquido un hierro enrojecido al fuego. Bajo la acción del calor, no tardará el vaso en henderse precisamente por el nivel marcado por el aceite.

(Tomado del periódico: *La Nature)*

Imp. de Montaner y Simón



AÑO VI — BARCELONA 14 DE NOVIEMBRE DE 1887 — NÚM. 307

NUMERO EXTRAORDINARIO. — REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ARTISTAS ESPAÑOLES.—JOSÉ VILLEGAS Y SUS OBRAS

JOSÉ VILLEGAS, reproducción de un dibujo del malogrado Mariano Fortuny

SUMARIO

NUESTROS ARTISTAS

VILLEGAS

De los artistas españoles que viven, pocos serán los que pudiendo competir en méritos con Villegas, deban cuanto tienen á su propio valer y á sus constantes esfuerzos. Hijo de sus obras, se mueve siempre de una manera absoluta en el terreno del arte: las cábalas que pueden conducir á una posición oficial, sobre ser ajenas á su carácter no están en sus medios; las alharacas que en un momento dado pueden ensalzar un nombre para hacerle aprovechar esta ó la otra ocasión, le son antipáticas; las maquinaciones, pueriles pocas veces, serviles las más, que tanto distraen del verdadero fin que se debe proponer el pintor, las excluye su genio; en el estudio es el artista, en la calle caballero, siempre amigo de sus amigos: como individuo de familia dentro del hogar un modelo, afable y cariñoso con cuantos lo solicitan; para ostentar el papel de maestro le falta petulancia; el de compañero lo desempeña siempre con infinita bondad.

Con esto que decimos en pobre forma, porque ni la palabra es medio á propósito para trazar acusadísimos contornos, ni para ello es seguro nuestro pulso, ni fecundo nuestro cerebro, basta sin embargo para darlo á conocer. Pero bien merece quien tanto vale un detenido estudio de su vida y de sus obras, aunque artísticamente hablando éstas son las que más importan.

La patria de aquel artista que dejó en sus cuadros las dulzuras del cielo á que debió subir para copiar la Madre del Verbo; aquella ciudad en que vieron la luz el artista gigante que mas que copiar aprisionó la naturaleza en sus cuadros y su maestro el tremendo Herrera el Viejo á cuyo lado el mismo bronce sufría, fué siempre fecunda en genios: allí nació D. José Villegas. Su sangre tomó fuego de aquel sol fundente, su vista pudo recrearse desde niño contemplando las bellezas que la mano de Dios derramó en las orillas del Betis, los portentos que los hombres de distintas edades, diferentes razas y opuestas creencias dejaron allí, para que fuera monumental eternamente la ciudad de Fernando el Santo.

Llegado á la edad en que los jóvenes manifiestan tendencias determinadas, en que revelan ser aptos para algo, Villegas dejó comprender claramente que había nacido pintor. Si quisiéramos dar á nuestro trabajo un carácter anecdótico, hablaríamos aquí de armarios y puertas pintados con los escasos medios que podía agenciarse de esta ó la otra manera, mas en vez de emplear el tiempo en estas divagaciones, preferimos hacer una que sirviendo para determinar claramente el valor de las tendencias

RETRATO, *copia de una pintura al óleo*

de Villegas, deshaga una confusión á que se deben lamentables resultados, que creemos se tocan ahora más que nunca. En nuestro país, principalmente porque á ello coadyuvan por igual el cielo y la tierra, en los primeros años de la vida gran número de jóvenes manifiestan vigorosamente inclinación á la poesía ó afición desmedida por la pintura: dejándose sorprender, no estudiando las causas predisponentes de estas inclinaciones parece que la inmensa mayoría de ellos pintarían cuanto se presenta á la vista, unos con las eternas armonías de la palabra rimada, otros con la luz determinación del universo, con el color que la misma luz acusa para embellecerlo todo. Los años que nada dejan por alterar, modifican las que parecían nativas aptitudes y cuando llega el momento de trabajar formalmente es cuando de nuevo se manifiesta en muchos aquella inclinación por las bellas artes; pero entonces son más los que quieren ostentar su talento manejando la paleta, que los que se abrazan á las musas.

Cuando por casualidad ó por afición se va con frecuencia á estudios de artistas y se ve que sin gran fatiga al parecer, pintor ó escultor dejan en la tela ó hacen surgir de la greda un pensamiento embellecido de seductora manera, cuando se le ve en aquellos medios que parecen rehuir toda idea de tristeza ó pena y se comprende la facilidad de estar en contacto con bellos modelos, cuando se oyen las lisonjeras frases que prodigan los visitadores y no pueden menos que admirarse los triunfos que consiguen, el dinero que ganan; los que no sienten inclinación por algún trabajo determinado, los que aborrecen toda idea de fatiga ó estudio, creen que llegar á ser artistas es facilísima cosa que puede conseguirse sin esfuerzo y persisten con tal furia en tan descabellado tema que engañados llegan á seducir hasta á los más prevenidos; hacen creer que nacieron artistas y que no sólo en el terreno del arte será donde lleguen á conseguir alguna cosa, sino que ciertamente por aquella vía irán lejos. ¡Cuánta falta hace Cervantes para escribir un Quijote pintor! Tal vez así el número de los pseudo-artistas decrecería como decrecieron las aficiones á Tirante, Amadis, Balduino y demás calenturientos sueños de imaginaciones exaltadas, con la más inmortal de las obras imperecederas que cuenta la literatura castellana.

El hidalgo manchego, que en su simpática locura creyó gobernar una sociedad en que tantos yerros veía, resultó molido á palos, las más de las veces, burlado siempre, arruinado en fin; el que cree llegar á competir con Miguel Angel y Rafael, á quienes desgraciadamente se ha tomado como términos comunes de comparación, el que neciamente entiende que disponiendo de medios materiales puede llegar á colorista como Giorgione, con fuerza de muñeca á la franqueza de Velazquez y con recogimiento de espíritu á las dulzuras del jefe indiscutible de la escuela sevillana, halla bien pronto su merecido, revela su falta de aptitudes y decreciendo de día en día, degenera de pintor en pintador, pues no es lo mismo poder avalorar una tela con los frutos del talento, que emborronarla con absurdos de todos géneros, tarea inferior á la de preservar el maderamen de una casa pintando sus puertas y ventanas. El arte es bella cosa cuando se ha realizado, mas antes de llegar á ello los sufrimientos son indecibles, las luchas titánicas, los desengaños cruentos. Los que se dedican al arte por equivocación, nunca debían considerar una obra terminada, sino los obstáculos vencidos; á nosotros nos maravilla la gloria del pintor de la capilla Sixtina, pero á la admiración por grande que sea excede tal vez el dolor con que lo recordamos, desesperado, loco, buscando el suicidio en la campiña romana, al ver que no podía llevar al muro para eternizarlo, el pensamiento grandioso que rodaba en las sinuosidades de su cerebro como el trueno que rodando en la atmósfera parece chocar con duras cuanto invisibles rocas. En presencia de un cuadro, al par que las satisfacciones, debemos recordar los dolores causados: verdad es que si las rosas del arte no tuvieran espinas, su fragancia sería menos preciada.

Al arte debe irse por el arte como fué Villegas; entonces se llega á donde ha llegado, alto, muy alto, y entonces



CROQUIS para la acuarela «LA CONDENA DE MARINO FALIERO»



ENTREVISTA DE D. JUAN DE AUSTRIA CON FELIPE II, según fotografía directa del cuadro

el artista se ve siempre sin los falsos reflejos que dan cruces y medallas, sin la prevención que crean las reputaciones usurpadas ó las posiciones fabricadas como castillos de naipes. El artista que presentamos, á cuya merecida reputación no pueden añadir nada exageradas alabanzas, á las que tampoco se presta nuestro carácter, comenzó por recibir lecciones de D. Eduardo Cano, á quien rogamos nos dispense la franqueza; más orgulloso debe estar de sus resultados como maestro, que de sus laureles como artista, por grandes que estos sean. Villegas no niega su maestro ni aun en los momentos actuales cuando se halla en el apogeo de su gloria, por más que en la obra del discípulo ni se advierte un destello de aquella influencia, ni una sombra de aquella dirección: bien es cierto que en la fecundante lluvia no se percibe el vapor que generó la nube, ni en la brillante flor se ve el grano de que es hija, ni en el fulgurante rayo se advierten los opuestos fluidos que le hicieron estallar. Por otra parte parece regla general que los discípulos cuando deben resultar verdaderos artistas, vayan dejando poco á poco la manera del maestro para conquistar una independencia á que tienen legítimo derecho, ó mejor dicho, para desarrollar su vuelo propio. ¿Qué resta en las soberbias concepciones del titánico Miguel Angel, que parece educado en el Olimpo pagano, de la gracia sobresaliente de su maestro Domenico Ghirlandaio? Rafael en su apogeo, ¿no es más grande que su maestro el Perugino, de quien sin haber salido de su estudio le copiaba cuadros que se confundían con los originales? Nuestro gran Ribera ¿en qué hace recordar á Francisco Ribalta, ni para qué, contemplando sus cuadros, acuden á la memoria las obras de Caravagio y Coregio á quienes estudió? Murillo, que en la historia del arte no tiene par, ¿qué ha conservado en sus dulces producciones de la sequedad florentina que le enseñó Juan del Castillo, ó de la brillantez un tanto exagerada de Van'Dyck, de que se manifestaba entusiasta su segundo maestro Pedro Moya? Artistas de corazón y de gran genio se caracterizan sin revelar influencias y en su esfera nuestro Villegas se debe á sí propio: D. Eduardo Cano puede ostentar como gloria haber sido su maestro; el gran artista que estudiamos no lo niega, pero deja de probarlo con sus obras, justos títulos de su gloria.

Cuando con méritos sobrados para que se le creyera hábil dibujante y conocedor de la paleta, Villegas dejó su tierra trayéndose artísticos recuerdos que siempre lleva en la mente, permaneció algún tiempo en Madrid dedicado al estudio del gran Velázquez. Copiando al célebre maestro adquirió franqueza de toque, ejecución larga y clásica sobriedad de tonos sin pesadez, que son las sobresalientes condiciones del pintor de cámara de Felipe III: aquellas copias fueron las que revelaron á Fortuny, que lo conoció allí, un artista de pocos años y muchos merecimientos. Esto ocurría en 1868; en los últimos meses de aquel año, Villegas ávido de estudiar y conocer cuanto se debía al arte, vino á Roma siendo acogido amistosamente por Rosales, valioso guía de sus primeros pasos en la Ciudad Eterna: cuando el malogrado autor del *Testamento de Isabel la Católica* fué á España, Villegas quedó en su estudio donde tantas enseñanzas podía recoger, y allí trabajando incesantemente, pues en trabajar fué y es incansable, trazaba boceto tras boceto procurando enmendar su manera para armonizarla con el tiempo. Velázquez tal como es, tal como se presenta en sus cuadros, tiene un valor inmenso; pero si resucitara y tuviera que empuñar la paleta, cuyos secretos tan hábilmente conocía, tendría que reformar alguna cosa: para nuestro siglo de comercio es demasiado grande; su genio podría seguir vagando con la propia y natural soltura que lo caracteriza; el pincel tendría que limitarlo, á su mano debería ponerle el contrapeso que hace falta para producir al alcance de todos.

Estas razones puede decirse que le obligaron á cambiar de manera, no para caer del lado de Fortuny como muchos piensan, sino para comenzar desde luego á probar su valor como artista independiente. Hasta entonces Villegas no había hecho más que estudiar, había venido á Roma para completar sus conocimientos, no llegaba á la Ciudad Eterna, como tantos otros, imposibilitados de utilizar al tiempo como se debe, por tener que comenzar como si jamás hubieran cogido un lápiz: á Roma no se puede venir para estudiar elementos; hacerlo es un error de grandísima trascendencia, cuyos primeros resultados son, pérdida dolorosa de tiempo, desarrollo de pretensiones hasta el infinito; vicios ambos que jamás se pierden. Esto que á primera vista resulta incomprensible se explica de una manera muy sencilla: creerse pintor es sumamente fácil, y como en Italia parece que los que se dedicaron al arte consumían toda su vida haciendo cuadros, de aquí que todos los que hoy quieren seguir sus huellas se crean también en el deber de hacerlos, y cuanto más grandes, mejor. Menos mal si una vez lanzados por este camino se detuvieran á separar los obstáculos naturales que tienen que presentarse y no saltaran sobre ellos; menos mal si procediendo con la calma debida estudiaran mientras trabajan y no creyeran que trabajar debe ser únicamente sinónimo de ganar; pero no es así: más que el papel de los demás hombres que viven en el plano de los mortales, quieren hacerle competencia al gran Alejandro: nudo que no pueden desatar lo cortan. Así sale ello.

El artista que estudiamos, según hemos dicho ya, se ha distinguido siempre por una laboriosidad que excede á todo encomio: lo mismo cuando comenzaba su carrera y podía tener absoluta necesidad de ello, que ahora en el apogeo de su gloria cuando su posición es envidiable, Villegas trabaja sin descanso; todo el tiempo le parece poco, un cuadro lo deja siempre con sentimiento, le duele porque nunca le parece completo, y estas ideas, hijas de su modestia natural, en las que no hay artificio ninguno, debían desvanecerse en vista de las justas alabanzas que todos le tributan.

El origen de su primer cuadro es bien curioso: un artista mejicano, próximo á marchar, se halló con una tela, comprada tal vez en un momento de irreflexión y abandonada en su estudio tal vez por haber comprendido á tiempo que no es lo mismo medir con los ojos, que realizar con la inteligencia. El joven Villegas de entonces, que aun no es viejo, compró aquel lienzo en que tal vez la imaginación del hijo del trópico había pintado muchas cosas, para pintar una sola, pero buena. Uno de los caracteres distintivos de la obra general de Villegas y que más debemos hacer notar es que nunca pintó, ni pinta, ni está en su naturaleza pintar escenas de esas mediante las que la impresión primera salva al cuadro aunque sea sólo á la vista de los tontos, cosa que suele satisfacer á muchos artistas. Villegas ha rehuído siempre tratar



VENDEDOR DE PLATOS, *pintura al óleo*



EL DUX EN EL CONSEJO DE LOS DIEZ (acuarela

escenas de crímenes y justicias sangrientas con que no pocos pintores seducen y se han hecho una reputación. Villegas ha dejado siempre á los muertos en sus tumbas; no se ha complacido jamás en desenterrar ataudes; la vista del público contemplando sus cuadros no ha sufrido con la exposición de restos humanos, instrumentos de tortura, hachas de verdugo: en sus cuadros nunca ha sido elemento principal la sangre, subido color que muchos emplean para romper la homogénea tonalidad de un pavimento. La única vez que nuestro artista ha presentado dos cabezas cortadas, lo ha hecho impregnando el cuadro todo de un sentimiento tan dulce y melancólico, que el público no ve escena de carnicería, ve sólo dos corazones latiendo entre labios que la muerte hizo palidecer, un alma que vivió dividida entre dos seres y se funde de nuevo en un momento solemne para escapar al infinito y dos cuerpos abrazados, cubiertos por un tapiz oriental. La más lúgubre de sus obras, el cuadro que tituló *Unos tanto y otros tan poco*, no choca á la vista por el suntuoso entierro que se ve pasar por la calzada umbría que limitan funerarios cipreses, ni por el cadáver del infeliz fallecido envuelto en tosca sábana, echado al borde de pobrísima tumba en que trabaja el fornido y despreocupado sepulturero. Esta obra hiere al alma por ser representación de esa titánica lucha social que se prolonga hasta el cementerio: el más que despreocupado, cínico sepulturero que pinta Shakspeare, quiere probar una igualdad que es sólo hija de la tierra, cuando presentando á Hamlet un cráneo hueco y descarnado dice *This same skull, sir, was Yorik s skull, the King's jester*, en un tono que revela la poca importancia que todo aquello tiene para él; la varonil figura del cuadro de Villegas es un poema: estando la obra no más que en boceto, aquel rostro tostado no deja ver cansancio del trabajo, sino hastío de la vida; aquel hombre en cuya imaginación se reflejan las pompas del que á la última morada fué en coche y la miseria del infeliz tirado allí en la húmeda tierra, no reniega de su suerte; en su mirada tal como el gran artista la presenta, más que nada se ve el desprecio con que mira lo establecido y sancionado sin justicia alguna.

Villegas ha tendido siempre y ha conseguido presentar escenas de grandeza real dentro de lo humano; pocas veces se ha fijado en un asunto para que descuelle un hecho aislado; ha querido que sus cuadros resulten páginas históricas de mucha extensión: historia tal como se entiende hoy, no crónica pesada é indigesta como se entendía antes. En el lienzo á que nos hemos referido antes, hizo el boceto de *D. Alfonso el Sabio escribiendo las Partidas*. Del siglo XIII que muchos llaman tétrico y bárbaro esta es sin duda una de las páginas más brillantes, una de las que hacen pensar que ni la ignorancia era tan crasa ni la barbarie tan grande: las Partidas del rey sabio, base del derecho español, que rigió más tarde á todo un mundo, es obra tan gigantesca que puede como valor competir con la *Comedia* de Dante, con la *Summa* de Santo Tomás: este alcance, esta trascendencia fueron inspiradores de Villegas, que supo ver dentro de aquel reinado la verdadera grandeza. Las hazañas de D. Alonso Pérez de Guzmán, la lucha de D. Sancho, que no sabemos por qué se llamó Bravo, cuando más propio le estaría el Pravo, las revueltas y conspiraciones de los nobles, siempre ambiciosos, fértiles en momentos pictóricos, hubieran podido llamar más la atención del público que se impresiona con mucha gente, mucha sangre y mucho duelo; pero para los que verdaderamente saben ver un cuadro, el asunto escogido era soberbio; la nota civilizadora del reinado de un gran rey, presentada con la corrección y la sobriedad propias de un artista consumado, cuando Villegas no era más que una legítima esperanza.

No todas habían de ser notas serias: de cuando en cuando nuestro artista recuerda la alegre tierra en que nació; á su memoria acuden las bulliciosas fiestas en que se divierten los hijos de aquella tierra que hacía llorar al poeta árabe pensando que mejor no sería el paraíso; en uno de aquellos momentos, hizo el boceto de una *Fiesta flamenca* llena de animación y vida que dedicó á Mercadé, quien por entonces debía llevar á París su *Santa Teresa*. A este boceto va unido uno de los recuerdos más gratos de la vida artística de Villegas: poco después de haber sido visto en París el cuadro á que nos estamos refiriendo, vino á Roma Zamacois que por todos conceptos podía estar ya orgulloso de su gloria: hallándose de tertulia en una casa donde se hablaba de los artistas que prometían, el pintor ilustre de la *Educación de un príncipe* y de *Jaque al rey* celebró los méritos de aquel *Baile* que había visto expuesto en la capital de Francia y á cuyo autor, que sabía en Roma, no conocía. Villegas escuchaba aquellas alabanzas; fácil es comprender en qué estado y júzguese del efecto que en todos causaría la escena cuando Rosales presentó el joven sevillano á su grande cuanto desinteresado encomiador.

El descanso de la cuadrilla que pintó después y adquirió Stuart, es uno de los cuadros en que Villegas probó más su animación para componer y su brillantez como colorista. Entre toro y toro en tanto que se despeja la ancha arena, sobre la que con gran fuerza refleja el sol, los toreros preparándose de nuevo para exponer la vida en la interesante lidia, reposan en abandonadas aptitudes sentados en el estribo de barrera: un fondo constituído por la masa de gente que bulle en el popular tendido y cuatro ó seis figuras que descansan, son términos que deben manejarse muy bien para sacar de ellos gran partido: Villegas lo consiguió de tal modo que desde entonces pudo decirse ya que sería como lo es, no sólo uno de los primeros en valer como artistas, sino también una de las firmas más caras del mercado. El comprador de aquel cuadro que deseaba ardientemente un *pendant* le encargó la *Riña de gallos*, asunto que no ha pintado todavía á pesar de datar el encargo del año 1871. Lástima que Villegas no haya realizado esta obra á propósito también para poner de manifiesto todas sus buenas condiciones: la *Riña de gallos* de Villegas hubiera podido ser una contraposición de la de Gerome: en éste la composición, la línea, el recuerdo que motivaba el asunto, todo en fin era clásico: nuestro compatriota hubiera hecho un cuadro de grandísima vida y movimiento y aun tenemos esperanzas de que lo haga.

El plan de batalla, es un recuerdo de las gloriosas campañas que realizaron en Flandes los tercios españoles. Al rededor de una mesa, unos cuantos soldados de aquellos para quienes la vida sin los accidentes del campamento era una tontería, estudian un plan de batalla: en este cuadro llama principalmente la atención la vida y el movimiento de las figuras; aquellos tipos hablan y piensan, en lo cual está el interés principal de una composición, que muchos principiantes que se creen artistas, desecharían por sencilla, que lo es en efecto, pero que en manos de Villegas resultó una joya. *La fiesta de los toreros*, la *juerga* como diríamos técnicamente, que compró Mordan, es un interesante cuadro de costumbres que seduce y encanta; rebosa alegría y sóbranle encantos para llamar la atención: de esta misma época es el *Zapatillero moro*, honrado menestral de otra raza, que con una impasibilidad hija de su fatalismo trabaja en tanto salmodia las azoras de su sagrado libro; y para acabar de probar el completo estudio hecho de los tipos orientales que durante ocho siglos habitaron la parte más bella de nuestra península, citaremos *La Oración en la mezquita*, interesante figura mora que con los ojos levantados al cielo, invoca al profeta, rogándole más que nada le conceda á cambio de aquellas oraciones, la parte de paraíso que le debe tocar, no por el paraíso precisamente, sino por las hermosas huríes que deben acompañarle, según promesa del profeta que tantas les concedió en vida. Página tomada también de aquella civilización es *El sueño de Haschisch*; cruzadas las piernas sobre morisco tapiz, un árabe, embriagado por el aroma que aspiró, sueña las delicias que le entusiasman y en las espirales laberínticas que forma el humo que aun se escapa del abandonado narguile, ve el suavísimo contorno de la mujer que lo enamora: figura perfectamente sentida, el artista ha llevado al cuadro algo más que una idea, ha hecho un poema; ante aquella tela se lee; tiene la representación de los deseos de una raza, de las aspiraciones de un pueblo que descansan en la voluptuosidad, que sueña con los placeres de la carne, que se entusiasma soñando amor, siempre que exceda del puro platonismo con que suelen contentarse los hijos del norte.

Su cuadro titulado *Atrás miserable*, responde á otro género de ideas, si bien realiza sus mismas tendencias revelando como siempre los grandes méritos artísticos que tanto avaloran sus telas. Una sola figura basta para hacer una leyenda; de pie en el centro del cuadro, destacándose sobre oscuro fondo en el que se ve sólo una escala de cuerda que flota pendiente de un balcón, se ve frente al espectador una figura que con la espada al aire

se tira á fondo como si quisiera dando muerte á quien se opone, evitarse los obstáculos que se presentan para el aprovechamiento de aquella escala que sin duda le tendió amorosa mano. La manera de colocar, el dibujo y el color son perfectos y sin embargo estos no son sus mejores méritos: aquella figura tiene alma y vida; su espada vibra, se adivina la fuerza impulsada al arma homicida y en el rostro puede leerse la impresión causada en él por todos los detalles de la escena de que es protagonista y de la que el espectador adivina el resto. A nuestro modo de ver uno de los principales méritos que pueden tener los cuadros, es que la acción representada no tenga necesidad de títulos ni lemas; que la voz general le imponga uno solo y siempre el mismo: el que reseñamos llena perfectamente estos requisitos; aquella figura dice *Atrás* con su actitud, con su gesto y con su espada.

Durante este período de su vida, nuestro artista había hecho algunos viajes á España: la patria y la familia tienen eterno eco en el corazón de Villegas: los recuerdos de la hermosa tierra en que vió la luz no dejan de discurrir por su mente; Sevilla, en labios del artista, dice más que ninguna otra población por gratos que sean los recuerdos que lleve de ellas. En 1875 volvió á la patria que le debe, pues más grande es la gloria de una nación cuanto mayor sea la de sus hijos; allí como en todas partes, siguió trabajando y de allí trajo empezado su cuadro *El Bautizo* del que tanto y con tan justo motivo se ha hablado. No diremos nosotros que sea la obra maestra de Villegas, pues esta afirmación representaría un juicio absoluto para el que no nos creemos capaces y además Villegas es joven, su vida de pintor ha comenzado pocos años ha, pues para nosotros existirá siempre una profunda diferencia entre el estudiante aunque haga cuadros, cosa que por desgracia en nuestros días ninguno deja de hacer, y el hombre que llega al coronamiento de su carrera y produce obras con que acreditar su genio y revelar conocimientos adquiridos á fuerza de tiempo y de trabajo. *El Bautizo* es una composición en la cual la naturalidad y la gracia corren parejas; en ella no hay un elemento descuidado, no hay una nota de más, ni un toque de menos; el asunto, simpático de suyo, está presentado de una manera admirable; la atmósfera grandísima que tiene, parece saturada por la alegría de los personajes que asisten á la interesante ceremonia; todos allí tienen vida, se mueven, expresan sus sentimientos; hay figuras cuyos trajes se tocan, una armonía de colores que encanta y todo ello ajustado con los encantos que Villegas sabe derramar en sus obras. Habilísimo colorista, conocedor profundo de los secretos y rarezas de la paleta y con justo y perfecto sentimiento de la perspectiva, hace lo que quiere, y lo que en otros produciría un efecto desastroso, en él es un mérito. El cuadro que Vanderbilt pagó en un precio á que no puede llegar sino una colosal fortuna como la suya, atraerá siempre las miradas de cuantos lo contemplen, rebosa de maestría y es una joya artística que ha podido realizar Villegas. ¿Quién hará el *pendant*? Para la contestación dejamos espacio, mas para gloria de todos desearíamos en vez de nombre, un cuadro. *El Bautizo* en tanto que su autor no le dé un compañero con quien dividir la admiración de aficionados é inteligentes, permanecerá solo: durante mucho tiempo fué la idea constante del artista que estudiamos y extraña odisea de una tela que halló justo premio al fin: comenzada en España, Villegas trabajó en Roma y fué á concluirla á París. Allí se vendió y aquel público, acostumbrado á ver los cuadros de Fortuny, de Zamacois, de Madrazo y tantos otros que siempre han mantenido alta la tradición de la grande escuela española, pudo convencerse de que esta no decaía y que en la liza había un nuevo campeón que sostenía la bandera á la altura que debe estar para nuestro orgullo.

No recordamos si antes ó después Villegas pintó un cuadro de historia en el que probó una vez más su manera de entender la ciencia que por justas causas se ha llamado maestra de la vida. *La última entrevista de don Juan de Austria con Felipe II* en aquel arca de piedra que se llama Escorial, es asunto del cuadro á que nos referimos: ambos personajes aparecen rodeados de los individuos de su séquito y en cada corte se advierte sin trabajo el carácter dominante. Aquellos dos hijos de un mismo padre, se encuentran frente á frente por última vez, revelando cada cual con su actitud cuáles son sus tendencias y sus aspiraciones: D. Felipe concentrado, D. Juan altivo; el rey cauteloso y diplomático, el infante altivo y guerrero; el hijo legítimo de Carlos V revelando su poder en el aplomo con que escucha, el hijo de la hermosísima Blomberg acreditando su linaje, revelando su aspiración á la gloria, el afán de poder ostentar títulos que con justicia le pertenecen. El artista ha tenido grandísimo cuidado en dar á la escena un admirable carácter de verdad; el fondo perfectamente estudiado, presenta uno de aquellos salones en que á pesar de mucho fuego en sus grandiosas chimeneas, siempre debe sentirse frío, mayor aún si discurría por ellos aquel hombre de piedra, aquel monarca en cuyos dominios jamás se ponía el sol y que era digámoslo así negra nube que pesaba sobre todo el mundo. Contemplando el cuadro de Villegas el espectador no puede equivocarse con respecto á cuál de los señores pertenecen los individuos que presencian la fría despedida: para los de D. Felipe da el tono Antonio Pérez, cuya desgracia duele, pero cuya muerte no se siente; para los de D. Juan lo da Escobedo, noble y caballeroso que murió asesinado en aquella corte de misterios y falsías. Estas condiciones generales del bellísimo asunto presentado por Villegas, van acompañadas de las notas que lo caracterizan como sobresaliente artista, formando



SE HA FUGADO, escena veneciana, copia de una pintura al óleo

un cuadro de raros méritos y uno de los pocos suyos que se hallan en España, siendo propiedad de D. Anselmo del Valle.

En 1880 Villegas hizo un nuevo viaje á España y como siempre no sólo recogió inspiración para multitud de estudios y bocetos, sino que trajo casi terminado su interesante cuadro *La muerte de un torero*. Pobrísimas serán cuantas descripciones se intenten de este cuadro, esencialmente español. Aun copiando del natural los artistas extranjeros que han hecho estudios de nuestros tipos nacionales y de nuestras fiestas, los han dejado tan faltos del verdadero espíritu que debía animarlos y han querido suplir esta falta con notas tan ajenas á la cosa, que más que escenas reales han resultado caricaturas hechas para divertir al público engañándolo. Villegas sabe las duras censuras en que incurren los artistas que proceden así y siempre ha procurado alejarse del camino que lleva á tales extremos: los artistas deben tener presente que no basta saber, que hay que estudiar; es menester que sepan también que estudiar es dificilísima tarea cuya enseñanza cuesta grandísimo trabajo. Siempre que hemos contemplado una obra de Villegas, antes que hacer larga enumeración de sus méritos, nos hemos parado á admirar el estudio que ha requerido aquel cuadro, la concentración de espíritu que ha sido necesaria para llevarlo á cabo, cosas que llaman la atención tanto más cuanto que el simpático artista nunca hace alardes ni se enseñorea de haber visto y analizado, ni se hace eco de lo que comunmente se oye, que es con lo que muchos se hacen una reputación de sabios, de hombres profundos y pensadores. Por trivial que pueda parecer el asunto cuando se enuncie, *La muerte de un torero* es cuadro que acredita las condiciones de que acabamos de hablar.

La capilla de la plaza, lugar del circo moderno en que ningún torero deja de entrar antes de la lidia, es el fondo del cuadro: no falta ningún detalle, el recargado altar con lamparillas y flores, los *milagros* de plata y cera, ex-votos tradicionales representados con anti-estéticas figuras, todo en fin lo que acredita una piedad vulgar está allí. Delante del altar tendido en la camilla que servirá para trasladarlo al campo santo, se ve inanimado, el cuerpo de un matador joven y simpático. La fiera ha sido certera, la muerte instantánea, el rostro no se ha descompuesto, sangre no se ve, el sitio en que pudiera estar manchado lo cubre rico capote de paseo, con que horas antes ciñó su gallardo cuerpo. Ha terminado la corrida y todos los compañeros que antes de retirarse vienen á darle el último adiós, contemplan el cadáver. Todos sienten, cada cual expresa la misma sensación de una manera distinta; las actitudes, los gestos, las posiciones son tan de verdad, que revelan lo mucho que á Villegas habrá costado representar aquella escena. El matador Lagartijo, pues todos los del cuadro son retratos, está al frente con la capa terciada, la fisonomía contraída, pensando cuanto puede pensar qué día será el suyo: los picadores abrutados, parecen no creer el trance y lo miran con sorpresa, como si en la plaza se les arrancaran seis toros de una vez: hay banderillero que comenta el hecho con los ojos, otro que pasando frente al altar dobla la rodilla y se santigua, pero como lo hacen los toreros, que en ésto como en otras cosas no se parecen á nadie, y como detalles accesorios, acreditando completo estudio, en un ángulo, al lado del altar, un afligido mozo, que junto al muchacho que lleva los estoques, lía en rojo pañuelo las prendas del difunto, la bordada chaquetilla, la talega y la sedosa montera: al ángulo opuesto, junto á la puerta que vigilan, sentados en tosco banco, dos guardias, uno de ellos aficionado sin duda, explica á su compañero cómo fué la desgracia y en la manera como tiene la mano, y en la fuerza que determinan los músculos de su cara, se ve que le está diciendo: fué así arrancando sobre corto, pero sin estar el bicho en suerte.

El espíritu de observación que revela esta tela excede á cuanto podamos decir; la manera como Villegas la realiza, admirable: el cuadro es una joya: lástima que el asunto no pueda ser entendido en el extranjero con el apasionamiento que en España: este lienzo solo bastaría para hacer la fortuna del autor.

Si pintando al óleo Villegas es artista que puede tener pocos competidores, como acuarelista nuestra opinión es que muerto Fortuny, no hay quien llegue á su altura. Cualquier acuarela suya, por sencilla que sea, revela dominio tan absoluto del procedimiento técnico y conoci-



¡LOS PAVOS! AL SOL DE SEVILLA, *cuadro al óleo*



UN LARGHETTO.-VENECIA (acuarela)

miento tan perfecto de todos los medios para conseguir belleza, que hacen suponer desde luego una extraordinaria aptitud para el dificilísimo género por que le toca gran parte de su gloria. No podemos hacer un catálogo detallado de todas ellas y lo sentimos, mas séanos permitido recordar dos que son verdaderas joyas: *El Dux Foscari dejando el palacio después de haber renunciado la Señoría;* frente al espectador se abre la ancha escalera de los Gigantes, en cuyo primer peldaño seguido de otro personaje se ve la noble figura del anciano Francisco Foscari, altivo y convencido de que sus méritos merecían más que le daban las intrigas de sus enemigos. El artista ha expresado de una manera admirable los sufrimientos de aquel magnate á quien el tenebroso Consejo exigió juramento de que no renunciaría el cargo, una vez que lo quiso hacer, y que después de haber sufrido en su desempeño amarguísimos dolores, se vió depuesto de su elevada dignidad y obligado á dejar el histórico palacio de la Señoría en veinticuatro horas. La segunda de estas acuarelas, que más recordamos, tiene por asunto uno de los hechos más tétricos de la historia veneciana: aquel Dux insultado en su ancianidad por los descarados versos de Michel Steno

> Marin Falier della bella moglie,
> altri la gode ed egli la mantien;

tal vez porque viera que su insultador no había recibido suficiente castigo ó por otras causas que no se han aclarado aún, conspiró no contra la República, sino contra los soberbios nobles que la regían, mas sin llegar á la realización de sus miras, pagó con la cabeza el intento. Descubierta la conspiración, el tremendo Consejo de los Diez pidió que para juzgar hecho de tanta trascendencia se le unieran veinte patricios de los más ancianos: *la Giunta* que así se llamó aquel tribunal, hizo comparecer al octogenario Faliero, revestido con todas las insignias de su elevada dignidad, interrogándolo como á reo. Villegas reconstruyendo aquella patética página, aprovecha el momento en que la Giunta se retira dando espaldas al Dux postrado en su sitial sin que ninguno se vuelva para hacerle el debido acatamiento: verdad es que aun teniendo sus distintivos, el que dejan allí no es el primer magistrado de la República; es un sentenciado cuya cabeza no se tiene ya sobre los hombros. Se encuentran tan bien estudiados todos los detalles, hay tanta naturalidad en todos los elementos, que el alma se siente acongojada: los que se van tratan de la muerte de un hombre, el que se queda lamenta su desventura, y hay una desesperación tan sorda en aquel semblante, se lee en él un pesar tan intenso, que sin querer se siente uno obligado á pensar que no lamenta la sentencia que puede tener segura; á los ochenta años la vida no debe estimarse en mucho. Tal como está Marin Falier parece repetir los escandalosos términos de su ofensa y el poco caso hecho de su honra por el Consejo. Quién sabe si más allá de la tumba, esto mismo le conmueve más que el *Hic est locus Marini Falethri decapitati pro criminibus*, escrito sobre negro fondo en el espacio de la sala del Gran Consejo, que debía ocupar su retrato.

EL ANTICUARIO, *cuadro al óleo*

Nuestro compatriota en sus frecuentes excursiones á la que fué un día reina del Adriático, ha reconstruído aquel pueblo extraño que aun late en la ciudad de las lagunas, pues el que hoy la habita no parece su degeneración, aquellos individuos parecen intrusos que se han apoderado de lo que no es suyo: paseando en la poética góndola adivinó dramas que recuerda el puente de los Suspiros, vió á través del tiempo y de las aguas, el fondo del canal Orfano poblado de muertos que un día dieron alimento á los peces y terror á los hombres. Villegas conoce aquella historia, aquella civilización tan perfectamente como la nuestra, y de aquí que sus escenas venecianas tengan sobre todos los méritos grandísimos que les da como artista, el mérito de la verdad, del color local y sabor de época que tanto se echa de menos hoy en la generalidad de las producciones del arte pictórico.

El último cuadro terminado es el *Domingo de Ramos en Venecia en* 1400. La conmemoración de la entrada en Jerusalén de aquel que con su sangre había de cambiar el aspecto de la humanidad, celebrábase en Venecia con inusitada pompa. El carácter oriental y casi fantástico de aquella República, poníase de manifiesto de una manera absoluta; dentro de la basílica de San Marcos, según los cronistas, no se sabía qué cautivaba más, si la música halagando los oídos ó la riqueza recreando la vista. La catedral aquella á que emigró el culto católico arrojado de Constantinopla, es una maravilla por sus riquísimos mosaicos, por la elegancia de sus detalles y por lo esbelto de sus líneas: allí se verificaban las más grandes solemnidades religiosas del pueblo veneciano; el clero, los nobles, los militares los artesanos divididos en gremios, toda Venecia en fin, acudía en los días memorables para elevar sus voces á los cielos y excitar las envidias en la tierra. Villegas que como hemos dicho conoce perfectamente los



PLÁTICA AMOROSA (acuarela.



LA MUERTE DEL DIESTRO, copia directa de este afamado cuadro, antes de su terminación



DOMINGO DE RAMOS EN VENECIA, según fotografía directa del cuadro

antiguos usos y costumbres de la que fué un día reina del Adriático, ha escogido para asunto de su bellísima obra el título enunciado. Tal vez no podamos volver á contemplar en la vida tan preciado trabajo que pagó regiamente una colosal fortuna de los Estados Unidos, pero tenemos la seguridad de no olvidarla: sus méritos son sobresalientes y el artista dedicado á ella para distraerse de más importante tarea, consiguió un admirable resultado: los mágicos tonos de su paleta iluminaron las armoniosas líneas de aquellas figuras perfectamente sentidas á costa del violentísimo esfuerzo que hay que realizar para retrotraerse en el tiempo y dar vida, movimiento y gracia á una civilización muerta, á la que no puede llegarse más que á través de enojosas é indigestas crónicas, que si cansan al erudito tienen por fuerza que desesperar al artista. Villegas ha podido sorprender los admirables secretos de aquellos maestros venecianos, cuyas paletas rebosaban tonos orientales que parecían haberles regalado los que no podían utilizarlos por prohibiciones religiosas, y armonizándolos con los que son propios del artista sevillano, que mantiene sus tradiciones de escuela y recuerda su largo aprendizaje con Velázquez, consigue efectos prodigiosos en los que si bien es cierto entra por mucho el estudio, va por más la naturaleza, cosa que jamás deben olvidar los que pretendan imitarle.

Disponiendo de tan elevados medios juzguen nuestros lectores lo que será el cuadro, ya que forzosamente nuestra descripción tiene que ser pobrísima. El ábside de la basílica marciana de cuyos mosaicos apaga los reflejos el humo del incienso, forma el fondo: la procesión de las palmas comienza abierta en dos filas que avanzan hacia el espectador, en lo cual ha probado Villegas uno de sus grandes méritos: el de saber dar á sus figuras movimientos naturales dándoles al propio tiempo gran ambiente en el limitado espacio de la tela: tanto los procuradores de la República que forman el primer término de la derecha, como las jóvenes patricias que en la misma línea se inclinan ya hacia la izquierda, avanzan lenta y majestuosamente como conviene á sus condiciones y á la ceremonia. Inmediatamente después sigue un grupo de pajes cantores y músicos que por sí solo harían cuadro: se ve claramente la parte que cada uno toma, el que se distrae, el que se entusiasma, el que presume, todo en fin lo que puede adivinarse en un grupo de juveniles figuras agrupadas artísticamente, vestidas con exquisita propiedad y armonizado de una manera perfecta con las demás maravillas del cuadro: cerrando la comitiva avanzan el Dux y la Dogaresa rodeados de su corte y precedidos de lo que siendo en el cuadro un plano intermedio, ha sido objeto de un estudio concienzudo, pues no queda una figura descuidada, ni resulta una actitud impropia ni hay un tono discordante. A los lados en las tribunas del coro se ven los estandartes de las congregaciones mantenidos por brillantísimos pajes, los trompeteros que baten la marcha ducal y el total con la luz más propia para hacer pensar en las dichas de otros tiempos y para admirar el talento de un artista de que España debe mostrarse orgullosa.

Para no dejar á nuestros lectores en la ignorancia de lo que ahora ocupa á Villegas y para que este trabajo fuera lo más completo posible, hicimos una reserva mental cuando ofrecimos al artista no hablar del admirable cuadro en que trabaja desde hace cuatro temporadas: decimos temporadas, pues su conciencia artística no le permite falsificar la luz que debe emplear y una luz homogénea de igual intensidad y que produzca idénticos reflejos, no puede mantenerse dentro de un estudio sino pocos meses del año. Este ejemplo dado por un hombre á quien sobra talento para vencer dificultades que espantan, debía ser tenido muy presente por aquellos que creen que pintar un cuadro quiere decir gastar tela, colores y tiempo, en dejar á la posteridad para que se ría una escena de horrores hecha sin tino ni concierto, y que proceden con una rapidez vertiginosa como si temieran que la Exposición convocada fuera la última ó como si creyeran su vida amenazada de inminentísimo peligro. A la historia del admirable cuadro que Villegas prepara, va unido un detalle que conviene dar á conocer. En 1880 cuando el Senado acordó decorar su gran salón con cuadros de nuestros primeros artistas, se habló á Villegas para saber si se encargaría de uno, paso conveniente, dado que es público el poco tiempo que le dejan libre sus muchos encargos y compromisos. Habiendo dicho que no tenía inconveniente, esperó el encargo de una manera oficial; la comunicación no venía, el tiempo pasaba, y Villegas, creyendo un cambio de opinión en quien debía disponer aquellos asuntos, un olvido ú otra cualquiera cosa de las que suceden en España en encargos de esta naturaleza, comenzó la obra en que nos ocupamos y á la que desde hacía mucho tiempo le inclinaban sus aficiones: ya empezada y cuando hubiera tenido que ser doloroso suspenderla, vino la comunicación oficial con el encargo de pintar el gran cuadro que ha de tener por asunto *La entrevista de Hernán Cortés con Moctezuma*. El gobierno español no puede privarse de esta obra en que Villegas lucirá todo su talento, pero es justo espere la terminación de la emprendida por el artista en el tiempo que aguardó en vano: una vez puesto á la obra, avanzará, pues tiene hecho mucho ya; no es poco acopiar los datos y elementos necesarios para un cuadro de tan grande interés histórico y de tantas dificultades.

La Coronación de la Dogaresa, asunto elegido por Villegas para el cuadro grande que pinta ahora, presenta las dificultades que hemos enumerado al tratar de algunos otros de sus cuadros; pero todas ellas resultan sencilleces si se atiende á las que el artista ha creado disponiendo su obra de tal modo, que bien podría llamarse palestra en que lucha con cuanto puede ser objeto de combate en el terreno pictórico: Villegas va iluminando con su pincel una página histórica de aquella República, émula de Saturno, de aquella Señoría dentro de la cual nadie podía estar seguro, que dejaba ignorar cuándo la sospecha se había abierto campo impulsada por espías y esbirros, para dejar que al valimiento sucediera el vehemente deseo de la pérdida de un hombre, porque perdido estaba quien pasaba las sombrías puertas que atravesaron Carrara y Carmagnola.

Las fiestas que celebró Venecia por la exaltación de Francisco Foscari, que se prolongaron más de un año; la coronación de la Dogaresa su mujer, que dió lugar á más y más grandes regocijos, no podrían permitir ni soñar siquiera al que dió más extensión á los dominios venecianos que había de llegar un día en que después de haber perdido á dos de sus hijos en el servicio de la patria, tendría que condenar al tercero, sin poderse conmover siquiera viéndolo de rodillas extendidos para pedir piedad los brazos que le destrozaron en el tormento. Y aun más, nunca podría pensar que sería depuesto, no habiendo admitido su dimisión dos veces, por aquel Consejo terrible contra el cual se alzó, para poder salir con gloria por la escalera de los Gigantes. Extremos de una carrera que bien puede compararse con la del sol, en la vida del Dux Francisco Foscari, hay elementos para obras magníficas en que se ejercitaron ya la literatura y la pintura. En todos ellos sin embargo se han aprovechado los incidentes tristes y lamentables: Byron y Delavigne como Delacroix, Hesse y Ziegler han encontrado asuntos para obras notables en las penas de aquél que según sus palabras fué llamado por sus méritos y depuesto por la malignidad de sus enemigos: Villegas por el contrario se ha inspirado en las alegrías de quien tuvo tan pocas, resultando desde luego original en todo y por todo. No acabado aún el cuadro, es ya una maravilla de luz y color, un portento de composición y dibujo. En el fondo se destaca el histórico *Palazzo dei Foscari* cuyos cimientos bañan las aguas del Canalazzo: la Dogaresa avanza precedida del cortejo que le forman hermosísimas venecianas ricamente vestidas: rodéanla procuradores de San Marcos, abogadores, representantes de gremios: en la *Riva* al pie de la escalera aguarda su llegada el Dux á cuya espalda están los embajadores florentinos y el de Ferrara; al lado opuesto el paje con la ofrenda y los que mantienen erguidos los históricos estandartes.

Ni descrito de esta pobrísima manera ni con todos los encantos que pueden prestar á una descripción la fantasía más potente y rica, el lector no llegaría á comprender los méritos de obra tan sobresaliente. Quitando las figuras, dejando sólo el fondo y el pavimento, resultaría una obra para acreditar un talento pictórico de primera fuerza: las aguas del canal se ven moverse, tienen ese verde melancólico tan propio de las lagunas venecianas que se rizan con el movimiento de las góndolas: parecen superficies que sonríen al sentirse acariciadas por los remos, movidos al compás de canciones que llegan al alma y la conmueven con ese no sé qué secreto de todos los cantos populares: sobre ellas en el *traghetto* por que debe pasar la Dogaresa, el artista ha tendido un paño rojo que se toca, se adivina su tejido, es un tapiz monocromo que hace blando y mullido y forma un admirable contraste con el verdoso reflejo de las movidas aguas. Hacer caliente en pintura casando tonos es fácil, la gran dificultad á nuestro entender está en evitar la natural monotonía de una extensión de color homogéneo, dentro de la cual hay que estudiar con una perspicacia de lince las alteraciones de tono, el movimiento natural de la tinta en relación con la vista que se extiende sobre ella: todos estos efectos se hallan realizados en el cuadro, y volvemos á repetirlo, con el reflejo y movimiento de las aguas y el paño rojo que Villegas tiene hechos, cualquiera podría estar tranquilo aun deseando el título de maestro. Las partes más terminadas del tan admirable cuadro que presentamos á nuestros lectores son las jóvenes que forman el cortejo de la Dogaresa, la figura del Dux y el grupo de embajadores que le acompañan. Las primeras son modelos de belleza y gracia; el artista ha tenido un especial cuidado en que las figuras sean todas dignas de llamar la atención y en los trajes ha realizado también una empresa difícil. El traje mujeril de aquel tiempo es en todo semejante al de la época del Directorio; el cuerpo sumamente corto de talle se ocultaba en las fiestas por costosísimos bordados de oro y la falda larga completamente lisa y blanca: este color presentado en el cuadro en grandes paños lo ha manejado también el artista con una habilidad increíble y contribuye al contraste estudiadísimo de los tonos anteriormente mencionados. Las figuras se mueven, se les ve avanzar y al mismo tiempo revelan expresiones tan distintas que alejan indeciblemente toda monotonía: el

CARIDAD, donativo para la rifa á beneficio de los inundados de Murcia

arte del agrupamiento que Villegas posee en tan alto grado lo ha lucido allí de una manera admirable. Sin que para nada se altere el orden de aquellas filas que debían ser severas en tan solemnes ceremonias, se ven todos los rostros sin violencia ninguna: las dos primeras figuras contrastan por lo estudiado de los tipos: á la izquierda la calmada belleza de ojos y cabellos negros, el tipo veneciano en todo su esplendor, á la derecha una rubia de esas que parecen tener el sol aprisionado en los cabellos, de los que se escapan destellos para iluminarles el rostro: las demás no desmerecen, hay una perfecta gradación y la vista sin cansarse se recrea en todos los planos objeto de la atención del artista dividida en todos por igual.

La figura del Dux será uno de los más hermosos trozos de pintura que puedan registrarse en los anales del arte contemporáneo: planta de una manera tan sólida y natural, tiene tanto relieve y se advierte dentro de su inmovilidad oficial tanto movimiento de espíritu que excede á toda ponderación. Francisco Foscari realiza perfectamente el tipo del veneciano enjuto de carnes, anguloso de facciones, de mirada viva y boca contraída: al pie de aquella escalera hacia la que avanza su esposa para dirigirse al lugar de la coronación, se le ve impasible, al parecer, pero Villegas ha llevado á su rostro un no sé qué tras el cual se comprende el vivo interés que le inspira todo aquello: el riquísimo brocado del manto ducal con que se cubre pliega de un modo tan natural que parecen telas superpuestas y el armiño de su esclavina no puede ser más verdadero en pintura. En su actitud noble y severa hay un detalle especial de sumo estudio para significar sencillez: el admirable movimiento de las manos entre el cordón del manto.

Vista aisladamente esta figura podría creerse que no era posible más, dando lugar así á que sea mayor la sorpresa contemplando el admirable grupo que forman los embajadores florentinos y el de Ferrara, que según las crónicas se hallaron en la fiesta. Con objeto de no cansar á nuestros lectores diremos que como pintura está á la altura de la justa y merecida reputación de Villegas: superior en mérito á esta condición, en que son inmejorables, resultan por la verdad en la representación de los tipos y por la magia con que el artista ha dispuesto el agrupamiento. Los florentinos fríos y correctos como las hojas de las espadas, contemplan la ceremonia con desmesurada atención; se ve que no quieren dejar escapar ni un detalle siquiera, que los estudian todos, que los fotografían en su cerebro para describirlos luego con la prolijidad que es propia de las crónicas de aquella época ó de las relaciones que enviaban á sus cortes aquellos modelos de diplomáticos. Uno de estos embajadores, el de menos estatura, se le ve buscar el espacio libre entre dos cabezas para ver mejor, pero el movimiento resulta natural, se ve que lo ejecuta con la finura propia de los de su clase: más allá en segundo término se ve al de Ferrara más vivaz, más violento si se quiere, como si deseara anticiparse á los que le rodean, en percibirlo todo. El mayor mérito de la obra es la sencillez que representa: parece que no ha costado esfuerzo ninguno, pudiera creerse que como vulgarmente se dice el artista lo ha hecho jugando, y sin embargo ¡cuánto cambio! ¡cuánto estudio acredita! ¡cuánta reforma! ¡cuánto sufrir para hacer plástica una composición que se presenta embrollada por sí y que más y más confunde la fantasía!

Interrogándole acerca de este particular una de las veces que fuímos á su estudio, abierto siempre para todos con la franqueza propia de su noble carácter, Villegas con la sencillez no fingida que lo hace querer más, nos dijo: No tengo prisa por acabar, estudio cuanto puedo durante las temporadas que trabajo en este cuadro, cambio, altero y sustituyo para llegar á conseguir buen resultado. Esta declaración de un maestro dió lugar á que desfilaran ante nuestra mente tanto y tanto aprendiz como sin estudios bastantes, sin los elementos necesarios comienzan una tela y siguen sin parar ni modificar ningún detalle hasta terminar lo que después llaman cuadro.

En el rapidísimo estudio que hemos hecho dejamos de mencionar gran número de obras de tan distinguido artista. Las pretensiones de Villegas son tan limitadas que nunca se ocupa en hacer fotografiar sus cuadros; rehuye mucho también verse en letras de molde, como vulgarmente se dice: él que prefiere la calma de su estudio y el trabajo razonado, tendrá que perdonarnos, al menos por esta vez, que manifestemos la admiración que sus obras nos producen y la justa reputación de que goza, más divulgada en el extranjero que en la patria. Llegará un día en que nos ocupemos en este artista con la extensión que merece: esto será señal de nuestro agradecimiento si nos perdona ahora.

A. Fernández Merino



REPRODUCCIÓN DE UN ESTUDIO AL LÁPIZ

EL APETITO

CUENTO POPULAR

I

Cuando Cristo y San Pedro andaban por el mundo sucedió que una mañana se encontraron con ellos en el camino dos jóvenes muy guapos y enamorados que volvían de la iglesia, donde acababan de casarse, y se dirigían á una casita blanca que tenían ya preparada allá arriba para vivir en ella queriéndose y ayudándose uno á otro como Dios manda.

– No será malo,—dijo la mujer al marido viendo que se acercaban á ellos Cristo y San Pedro,—que aprovechemos la ocasión para preguntar á Cristo qué es lo que principalmente debemos hacer para ser buenos casados, porque aunque ya nos ha dicho algo de eso el señor cura, naturalmente Cristo y aun San Pedro han de saber más que él de esas cosas.

– Tienes mucha razón, – contestó el marido, – y tanto más nos conviene preguntarles eso, cuanto el señor cura nos ha dicho que como tenemos poco talento...

– De tí ha dicho eso, que no de mí.

– Lo mismo da, mujer, que lo que se dice del marido, como si se dijera de la mujer es.

– Eso según y conforme.

– ¿No has oído al señor cura que la mujer y el marido son una sola carne y un solo hueso?

– No ha dicho el señor cura eso: ha dicho que el marido debe tener por carne de su carne y hueso de su hueso á la mujer.

– Pues llámale hache.

– No le llamo hache ni jota, que lo que con eso ha querido decir el señor cura es que si, pongo por caso, tú me das una bofetada que me rompa las muelas, te ha de doler la bofetada como dada en carne de tu carne y hueso de tu hueso.

– Zape, ya me guardaré yo muy bien de dártela, que no soy tan tonto como eso.

– ¡Podía llegar hasta eso tu tontería!



ALABARDERO (*pintura al óleo*)

– Pues como íbamos diciendo, nos conviene tanto más preguntar á Cristo qué es lo que principalmente debemos hacer para ser buenos casados cuanto el señor cura nos ha aconsejado que cuando no sepamos alguna cosa, la preguntemos á quien sepa más que nosotros.

– Por eso me debes tú preguntar á mí lo que no sepas, que las mujeres siempre sabemos más que los hombres.

– ¿Y en qué consistirá eso?

– Pues debe consistir en que los hombres nos hacéis estudiar con el diablo... Pero callemos, que ya están ahí Cristo y San Pedro.

En efecto, Cristo y San Pedro llegaban y al ver que marido y mujer los saludaban con mucha reverencia, se detuvieron á corresponder al saludo.

II

– Qué, —dijo San Pedro á marido y mujer, mientras el divino Maestro alzaba la vista al cielo y se distraía en la contemplación del Padre Eterno, – ¿se viene de misa á pesar de ser día de trabajo? Muy bien, hijos míos, con tal que la obligación, que es el trabajo del cuerpo, se concilie con la devoción, que es el trabajo del alma.

– Ese último trabajo, – contestó el marido mirando con malicia á la mujer que se puso un poco coloradita, —poco nos ha costado hoy á ésta y á mí, y particularmente á esta, porque venimos de casarnos.

– ¿De casaros? Hola, esas ya son palabras mayores.

– Tiene V. razón, porque el señor cura nos ha dicho que según su compañero de V., San Pablo, más vale casarse que arder.

– Por eso he dicho que esas ya son palabras mayores, y por eso yo he sido casado. ¿Y qué vida piensan ustedes hacer ahora?

– Pues nada, vamos á vivir en aquella casita que ve usted blanquear allá arriba entre los frutales del huerto.

– Por cierto que la casita es muy mona y el huerto muy hermoso.

– Pues están á la disposición de ustedes.

– Muchas gracias, hijos. Que vivan ustedes allí como Dios manda.

– Pues para vivir así quisiéramos hacer al señor Maestro una pregunta.

– ¿Y qué pregunta es esa? Háganmela Vds. á mí, que aunque el señor Maestro está distraído en las cosas del cielo, yo tengo licencia suya para hacer sus veces en las cosas de la tierra.

– Pues, aunque sea mal preguntado, queríamos saber qué es lo que principalmente debemos hacer para ser buenos casados.

– Hombre, es cosa muy sencilla lo que deben ustedes hacer para eso: la mujer hacer la comida y el marido hacer apetito para comer.

– ¿Nada más que eso?

– Nada más, hombre.

– Jesús, pues eso cosa bien fácil es... particularmente para el marido.

– No tanto, mujer, no tanto como V. supone.

En esto el divino Maestro acabó de distraerse en la contemplación del Padre Eterno; marido y mujer, después de besar la mano á Cristo y á San Pedro, siguieron hacia la casita blanca discutiendo el nombre que habían de poner al primer chico que tuvieran y sonriendo de gozo que no les cabía en el cuerpo, y Cristo y San Pedro siguieron Galilea adelante enseñando á las gentes el Evangelio y no picardías como ahora les enseñan más de cuatro de los que andan por el mundo hacia atrás suponiendo que andan hacia delante.

III

Marido y mujer se instalaron en la casita blanca decididos á hacer lo que tanto el señor cura como San Pedro les habían dicho que debían hacer para ser buenos casados y muy particularmente lo que les había dicho San Pedro que, como es natural, pensaban sabría de esas cosas aun más que el señor cura por haber sido casado y además ser santo.

Sobre lo que les había dicho San Pedro trabaron discusión acalorada al día siguiente cerca de mediodía, porque el marido, teniendo el poco talento que había dicho el señor cura, naturalmente era testarudo y amigo de salirse con la suya, sobre todo cuando le tenía cuenta el salirse.

—Vaya, —dijo la mujer saliendo muy coloradita y limpia de la cocina, —á Dios gracias yo ya he empezado á cumplir lo que San Pedro me encargó que hiciera para ser buena casada.

—Y yo también, – añadió el marido desperezándose y bostezando, ya he empezado á cumplir lo que me encargó que hiciera para ser buen casado.

—Yo me he levantado así que he oído á los pajaritos cantar en los frutales del huerto, y dale que le das en el avío de la casa, en subir leña de la tejavana del horno, en traer agua de la fuente y hortaliza del huerto y luego en la faena de la cocina, ya dejo la comidita que no hay más que sacarla á la mesa, pues está diciendo comedme. Y tú ¿qué es lo que has hecho para cumplir el encargo de San Pedro?

—Naturalmente he hecho todo lo que el tiempo ha dado de sí para hacer apetito.

—¿Y qué es lo que entiendes tú que debes hacer para eso?

—Mujer, ¡qué quieres que entienda! En primer lugar, prohibirte que me dés disgustos que me quiten la gana de comer; en segundo, levantarme de la cama con el sol alto para que la madrugada no me descomponga el cuerpo y por tanto me quite el apetito; en tercero, no comer hasta que esté bien digerida la comida anterior; en cuarto, dar mis paseos al aire libre; en quinto, tomar entre comida y comida mi vasito de buen vino blanco con unas rajitas de salchichón ó media docenita de ostras; en sexto, dormir mi poquito de siesta del carnero...

—No estás mal carnero tú, Dios me perdone, que los hombres sois capaces de hacer perder la paciencia á un santo con lo bien que arregláis las cosas para comer y beber y holgazanear.

—Mucho cuidadito con la lengua, que aunque visto de lana no soy borrego.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que si me quitas el apetito con disgustos como este, el mejor día te pego...

—Pega, que en carne de tu carne y hueso de tu hueso pegarás.

—Eso te vale, que sino... ¡No tienen mala ganga las señoras mujeres con ser mujeres!...

—Mayor la tienen los señores hombres con ser hombres.

—En fin, dejémonos de disputas, porque sino se me va á quitar el apetito que he hecho esta mañana á fuerza de matarme para hacerle, porque ya te he dicho que una de las cosas que necesito es que no me dés disgustos que me quiten la gana de comer.

—Tienes razón, que debemos dejarnos de disputas y entretenernos en cosas agradables. Ea, vamos á comer, que ya es hora.



TRAJE VENECIANO
estudio para el cuadro la Coronación de la Dogaresa



LA TRAICIÓN DE CARMAGNOLA, copia de una acuarela



CROQUIS PARA LA ACUARELA «LA DIMISIÓN DEL DUX FOSCARI»

– Mujer, ¿cómo ha de ser ya hora si yo no tengo pizca de apetito?

– Marido, ¿cómo no ha de ser hora ya si yo tengo un apetito atroz?

– Pero, señor, ¿cómo puede ser esto? Yo me he matado toda la mañana por hacer apetito y no le tengo; tú no has cuidado de hacerle y le tienes. Repito que no sé cómo puede ser esto.

—Será que tú estás equivocado en el modo de hacer apetito.

– ¿Cómo he de estarlo, mujer, si todo el mundo dice que este es el mejor modo...?

—Pues sino será que esté equivocado todo el mundo. Yo pudiera creer que tengo talento, ya que de mí no ha dicho como de tí el señor cura que no le tengo, pero me contentaré con creer que en lugar de talento tengo alguna otra cosa que le suple.

—¿Y qué cosa es esa?

—Yo no sé cómo se llama, pero es una cosa que á las mujeres nos da el corazón.

– Lo que á vosotras os da el corazón es picardías.

—Llámale como quieras, pero lo cierto es que nos da esa cosa y es casi siempre buena.

—¡Por vida de lo que malgasto! haber estado toda la mañana matándome inútilmente por cumplir el encargo que me hizo persona tan santa como San Pedro!

– No te desesperes, hombre, que acaso conseguirás mañana ú otro día lo que hoy no has conseguido. Yo creo que consiste todo en acertar con un buen modo de hacer apetito y convendría preguntárselo á San Pedro cuando vuelva por aquí.

—Es verdad, mujer, y ya veo que tengo poco talento comparado contigo.

– Eh, déjate de adulaciones y vamos á comer, que yo estoy rabiando de hambre.

– ¡Por vida del otro Dios, que á mí me suceda todo lo contrario después de haberme matado toda la mañana por hacer apetito!

La mujer llevó al marido á la mesa como á remolque, pero aunque la comida estaba que ponía los dedos en peligro y verdaderamente puso los de la mujer, el marido apenas pudo tragar bocado.

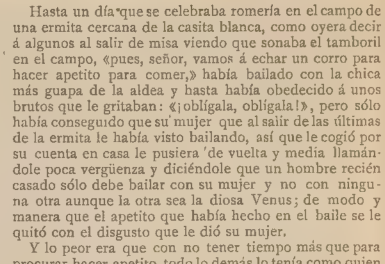
IV

Cerca de un mes había pasado desde que los recién casados se encontraron en el camino con Cristo y San Pedro, y el marido, por más que todos los días se había matado por hacer apetito, no lo había conseguido ninguno, al paso que la mujer todos los días le había tenido atroz sin hacer nada por conseguirlo.

Y no se crea que el marido se había contentado para hacer apetito con prohibir á su mujer que le diera disgustos que le quitasen la gana de comer, con levantarse con el sol alto para que la madrugada no le descompusiese el cuerpo y por tanto le quitase el apetito, con comer cuando estuviese bien digerida la comida anterior, con dar sus buenos paseos al aire libre, con tomar entre comida y comida un vasito de buen vino blanco con unas rajitas de salchichón ó media docenita de ostras y con dormir un poquito de siesta del carnero, no señor, que á todos estos medios vulgares de hacer apetito había añadido otros.



DETALLES PARA LA ACUARELA «LA CONDENA DE MARINO FALIERO»



Hasta un día que se celebraba romería en el campo de una ermita cercana de la casita blanca, como oyera decir á algunos al salir de misa viendo que sonaba el tamboril en el campo, «pues, señor, vamos á echar un corro para hacer apetito para comer,» había bailado con la chica más guapa de la aldea y hasta había obedecido á unos brutos que le gritaban: «¡obligala, obligala!», pero sólo había conseguido que su mujer que al salir de las últimas de la ermita le había visto bailando, así que le cogió por su cuenta en casa le pusiera de vuelta y media llamándole poca vergüenza y diciéndole que un hombre recién casado sólo debe bailar con su mujer y no con ninguna otra aunque la otra sea la diosa Venus; de modo y manera que el apetito que había hecho en el baile se le quitó con el disgusto que le dió su mujer.

Y lo peor era que con no tener tiempo más que para procurar hacer apetito, todo lo demás lo tenía como quien dice patas arriba.

—Pero, hombre,—le decía su mujer,—es menester que tomemos alguna determinación con el cuidado de los ganados, con la cobranza de lo que nos deben, y sobre todo con las labores del huerto. Hace ya semanas que se debían haber sacado las patatas que se están pudriendo en la tierra, recogido las alubias que se están desgranando, cogido las peras y las manzanas que se están cayendo de maduras, puesto un buen cuartel de berza que no tiene ya espera y en fin haber hecho otras labores no menos necesarias...

—Mujer, tienes razón,—contestaba el marido;—pero ya ves que no me queda tiempo para nada con la faena del apetito...

—¡Jesús, qué pícara faena! ¡Y cómo sacas tanto fruto de ella, que siempre que nos ponemos á comer estás desganado!

—Pues, mujer, yo bastante me mato por no estarlo.



ESTUDIO PARA EL CUADRO: «DOMINGO DE RAMOS»

En estas y las otras, llegó el domingo y marido y mujer bajaron juntos á misa, la oyeron y cuando volvían de la iglesia, cate V. que vuelven á encontrarse en el camino con Cristo y San Pedro.

Los saludaron con mucha reverencia y como el divino Maestro se hubiese distraído como la otra vez en la contemplación del Padre Eterno, marido y mujer trabaron conversación con San Pedro y le contaron lo que al marido le pasaba con no conseguir hacer apetito por más que se mataba para ello.

—Mire V., señor,—dijo la mujer al santo apóstol después de contarle ce por be todo lo que su marido hacia para tener apetito,—este debe equivocarse en el modo de hacerlo, porque ya el señor cura dijo cuando nos casamos que este tenía poco talento.

—El señor cura,—respondió San Pedro,—dijo la verdad, pues por las señas su marido de V. no debe ser de los que inventaron la pólvora, pero no tenga V. cuidado, mujer, que todo se andará si la burra no se para.

Y dirigiéndose el santo apóstol al marido continuó:

—Oiga V., hombre, oiga V. cómo desde mañana se las ha de componer para hacer apetito. Se levanta V. cuando oiga cantar á los pajaritos, toma la azada ó lo que haya que tomar y dale que le das en el huerto ó donde haga falta, no deja V. la tarea hasta que el apetito esté hecho, que lo estará todos los días á su debido tiempo, y así haciendo V. ésto y su mujer lo que hace, tendrán ustedes hecho lo principal para ser buenos casados.

Marido y mujer dieron las gracias á San Pedro, besaron la mano al divino Maestro y al santo apóstol y continuaron muy contentos hacia la casita blanca.

Desde el siguiente día fueron muy buenos casados

aunque todos los días y todas las noches tuvieran su disputilla, porque eso de que en este mundo todo ha de ser justo y cabal, es conversación y agua de pilón: la disputilla que tenían todos los dias y todas las noches era por empeñarse el marido antes de llegar la hora de comer ó de cenar en que la hora había llegado ya, porque él tenía un apetito atroz.

¡Dios nos conserve el nuestro con medios como Dios manda para satisfacerle!

ANTONIO DE TRUEBA

EL VIOLÍN DE UN MAESTRO DE ALDEA

CUENTO FANTÁSTICO

> Ma che cosa é questo amore che fa tutti delirar?
> (*Il Barbiere di Siviglia*, acto II.)

I

Así como las flores más hermosas suelen carecer de perfume, así se encuentran personas, que, dotadas de las facultades intelectuales más brillantes, carecen de energía moral no sólo para realizar sino para formar propósito alguno acerca de su destino en la vida: y constantemente atormentadas por un incierto y vago desear, se parecen á esas naves abandonadas, sin brújula ni timón, que sólo á remolque pueden entrar en el puerto.

En esta angustiosa situación se hallaba no ha mucho un joven natural de Bellamar, aldea situada en la costa del Cantábrico al Oeste, no muy lejos del cabo de Peñas: y como ha sido teatro de los devaneos que vamos á referir haremos de aquel punto, siquiera, una brevísima descripción. Ocupa una larga extensión entre dos lomas que penetran en el mar, formando una pequeña ensenada guarnecida de rocas y grutas, colocadas en ese armonioso y pintoresco desorden que se observa en las obras de la creación. Y nada más quiero añadir, porque la descripción de un paisaje por medio de palabras equivale á la filiación de los pasaportes de la que jamás resulta la fisonomía del portador.



ESTUDIO

A bastante distancia de la ensenada, hacia el interior del país, se ve sobre una pequeña eminencia una casa grande cuadrada de un piso alto con establos á un lado, dos grandes *paneras* en frente, y al otro lado un palomar, señal de opulencia en las aldeas asturianas. El que se aproximara podría notar además unos cuantos árboles frutales diseminados en los setos que circuyen aquel caserío figurando noblemente entre ellos una grande y vieja higuera. Y para dar gusto á los lectores *realistas*, hablando con perdón de los demás, diré que no faltaba un par de cerdos á veces acostados en un charco al sol y suspirando de placer; y que perfumaban también el lugar grandes montones de estiércol sobre los cuales subía á cantar algún vigilante gallo con aquel ingénito y vigoroso esfuerzo con que parece desafiar al universo mundo, mientras que unas cuantas gallinas rascaban diligentemente el suelo en busca del más sabroso alimento para satisfacer su siempre voraz apetito. Un perro, de la raza que el lector prefiera, tranquilamente sentado á la puerta de la casa, gruñendo ó saludando afectuosamente al visitante; y las palomas, unas interpoladas con las gallinas, otras sobre los tejados y otras revoloteando en alegre confusión completaban la animación del cuadro que ordinariamente ofrecía aquella mansión rural.



ESTUD.O PARA EL CUADRO «DOMINGO DE RAMOS»

Carecía la casa de origen vincular y por esta razón no se designaba, según costumbre en estos casos, con el nombre pomposo de palacio sino con el vulgar y más expresivo de la *Casona*.

En ella había nacido nuestro joven. Su padre, labrador bien acomodado, falleció dejándole en la infancia; y como con su falta desaparecían las ganancias que obtenía con su activo é inteligente tráfico de ganados, la viuda, atenida á los escasos productos de la posesión, pensando en el porvenir de su único y querido hijo antes que separarse de él enviándole á América, donde tenía parientes en buena posición, juzgó más conveniente destinarle á la Iglesia para poder disfrutar las rentas de una capellanía que en este caso le correspondería.

Destinado pues desde niño al sacerdocio empezó á ser más conocido con el nombre de Capellán que por el de Florencio, que había recibido en el bautismo. Ayudaba diariamente en la misa al Cura, que á su vez le daba lecciones de latín y una instrucción moral adecuada á la carrera que debía seguir, pareciéndole al joven discípulo por las grandes proporciones que revisten las cosas en la infancia que jamás llegaría él á adquirir la sabiduría de su ilustrado preceptor.

Quedaba atónito cuando en corroboración de algún razonamiento le citaba alguna sentencia en latín sacada del Evangelio; y mientras que para retener en la memoria los ejemplos de la Gramática tenía que repetirlos varias veces, aquellas sentencias con sólo oirlas una vez, no las olvidaba nunca.

Terminó más tarde sus estudios en el Seminario con gran lucimiento, á pesar de no haberle ofrecido las ciencias eclesiásticas grande atractivo; pero se hallaba en uno de esos períodos de atonía psicológica tan frecuentes en el curso de la vida que hubiera quizá recibido las órdenes sagradas de una manera irreflexiva, casi automática, como en cumplimiento de una obligación ya de antemano consentida. Pero le faltaba la edad y así solamente recibió el primero de los grados clericales regresando de nuevo á Bellamar.

Nuestro modo de sentir y de pensar está sujeto á grandes fluctuaciones originadas por el incesante movimiento de causas interiores y exteriores que constituyen la ley natural; y cuando la memoria nos recuerda nuestros compromisos morales que á su vez constituyen nuestra personalidad social, resulta entonces un conflicto que pone á nuestra conciencia en grande aprieto.

Los efectos de las inflexibles é inexorables leyes de la naturaleza no se conocen hasta el fin de la vida; y por lo tanto procede incautamente el que al principiarla adquiere el compromiso de combatir constantemente con un enemigo cuya fuerza desconoce. Un suceso en la apariencia muy sencillo sirvió para demostrar esta verdad á nuestro Capellán y para sacarle á toda prisa de sus casillas.

Había llegado á Bellamar por aquel entonces una joven criolla llamada Magdalena con la que le unía algún parentesco. Su padre, primo del de Florencio residente en América, había hecho construir, ya hacía algunos años, una hermosa casa de campo en Bellamar, con el objeto de retirarse en ella á descansar después de largos años de trabajo que le habían procurado un gran capital; pero antes de realizar su propósito le sorprendió la muerte encargando al expirar á un amigo suyo que condujese á su hija á Bellamar para que viviera allí en compañía de una hermana soltera, única persona que le quedaba de la familia. La madre de Magdalena había muerto algunos años antes.

Acompañar aquella pobre desterrada era una obra de misericordia. Trasladada casi repentinamente á una atmósfera moral é intelectual inferior á aquella en que había sido criada y educada, su ánimo se hallaba comprimido, sufriendo una prisión más dura que la del más estrecho calabozo donde al menos el pensamiento vuela sin contradicciones ofensivas. Las personas que la visitaban vivían en un orden de ideas muy inferior al suyo; y solo la rica imaginación y superior inteligencia de Florencio hacían recobrar á su ánimo la libertad y natural expansión. Había encontrado quien la entendiera que es uno de los mayores goces de la vida.

Por su parte Florencio se sentía cautivado al lado de Magdalena. Sus ojos expresivos, animados por un fuego tropical, reflejaban la sensibilidad del ser vital en su desarrollo máximo. Aquella vivísima imaginación realzada por una cultura de entendimiento totalmente desconocida en Bellamar; el aseo constante de la persona y traje; aquellos diminutos pies tan finamente calzados; todo contrastaba con la rústica tosquedad á que estaba acostumbrado Florencio, formando un conjunto de seducciones que dieron al traste con toda su teología.

Tuvo sin embargo bastante dominio sobre sí mismo para ocultar sus sentimientos; pero Magdalena los babia adivinado con esa rápida penetración de que están dotadas las mujeres en materia de sentimiento. Llegó á ser para ella una idea fija, abrumadora, la persistente é impenetrable reserva de Florencio que no sabía si debía atribuir á orgullo ó á su propósito de consagrarse á la Iglesia. Magdalena educada en los Estados Unidos había



ESTUDIO PARA EL CUADRO «LA FIESTA DE LAS ESPOSAS»

estudiado la religión como la geografía ó la historia. No se había convertido en ella en un sentimiento como sucede cuando se inculcan en la infancia las ideas de temor y amor de Dios. Era lo que allí llaman *frethinker* en la verdadera acepción de la palabra; esto es, sin pasión; no como la mayor parte de los libre pensadores de acá, que, por oposición al fanatismo religioso, caen en el fanatismo de la incredulidad, mucho más repugnante que aquel. Magdalena se hallaba pues libre de toda preocupación religiosa; pero como nada se respeta tanto como la persona amada, pedía con vehemencia á Florencio explicaciones sobre las cuestiones de fe, procurando con anhelo conocer sus sentimientos para adorar lo que él adoraba, por el placer de estrechar los lazos de unión entre ambos corazones. Pugnaba Florencio en vano por romperlos. Una de las mitades de un ser perfecto se esforzaba, por una aberración extraña, por separarse de la otra mitad. Los conflictos entre la ley natural y las preocupaciones sociales suelen ofrecer anomalías como ésta que la sana razón rechaza.

Florencio carecía de bienes de fortuna y Magdalena era rica, obstáculo por otra parte grande para las almas delicadas. Además la idea del sacerdocio le había sido inculcada desde sus más tiernos años, y aunque no hubiese llegado en realidad á convertirse en sentimiento, pesaba sin embargo en su ánimo como una obligación imprescindible. Se hallaba como el pájaro nacido en jaula que sólo por instinto aspira á la libertad, y por lo tanto si bien no hallaba razones convincentes para cumplir aquella obligación, tampoco las encontraba muy plausibles para justificar su desfallecimiento moral, que es lo que más humilla al hombre. Mil ideas opuestas chocaban en su mente, pero el sentimiento que le animaba le hacía desear y creer como posibles obstáculos quiméricos ajenos á su voluntad, que le permitieran eludir el compromiso sin incurrir en responsabilidad moral: un cataclismo social, la supresión del culto, ó la desaparición de los Obispos; que la imaginación no se *para en barras* para sugerir recursos de salvación al ánimo débil oprimido.

Por último, para terminar la lucha que le atormentaba juzgando que Magdalena le había apartado del buen camino, resolvió separarse de ella poco á poco, y á pesar de sus tiernas y casi suplicantes miradas que reflejaban el presentimiento de grandes penas, las visitas de Florencio fueron cada vez menos frecuentes, hasta dejar á veces entre una y otra más de un mes de intervalo.



Á LA PUERTA DEL HAREM *(acuarela)*

II

Comprendiendo Magdalena el motivo de aquel desvío devoraba en silencio la pena que le causaba, exacerbada poco después con la corte asidua que empezaron á hacerle por turno la mayor parte de los individuos que frecuentaban su casa y tertulia; de los que no se hace especial mención porque ninguno de ellos se apartaba por sus cualidades de la máquina humana ordinaria.

El maestro de primeras letras, de carácter humilde y más correcto en su conducta y porte que un manual de buena crianza, no se había atrevido á manifestar pretensión alguna. Joven insípido con semblante de boticario triste, tenía, sin embargo, la gracia de tocar el violín; y como Magdalena tocaba el piano, encontró en aquel maestro un recurso para entretener sus ocios. Nada hace además revivir en el ánimo impresiones pasadas, con tanto vigor, como la música; y así no había pieza que Magdalena hubiese tocado en presencia de Florencio que no renovase en su corazón un sentimiento igual al que entonces había experimentado. La cooperación del maestro enriqueció el repertorio y así ambos artistas amenizaban con frecuencia la tertulia, ya tocando separadamente, ya juntos, algunas piezas concertadas para piano y violín.

Entretanto Florencio se entregaba con furor al estudio sin conseguir el cambio de impresiones y conversión de sentimientos que buscaba. Abandonó pronto la teología diciendo que no había más teólogo que Dios. Sin embargo, las vidas de los Santos Padres le agradaban; pero si bien le encantaba la poesía de que estaba rodeada la vida en los primeros siglos del cristianismo, le faltaba aquella atmósfera moral para poder realizarla. Magdalena le había dado lecciones de inglés y de francés: juntos habían estudiado el italiano; y conservaba Florencio en su poder una colección de obras, principalmente novelas, pertenecientes á Magdalena, escritas en estos idiomas. Las leyó con avidez no sólo porque le daban á conocer el movimiento de ideas que circula en el mundo civilizado, sino porque acaso de este modo ponía su espíritu en relación más directa con el de Magdalena. Pero cuando en aquella lectura se hubo formado una idea exacta de la mísera condición humana, pensando en las dificultades y sinsabores que torturan nuestra precaria y terrenal existencia sujeta al capricho de las pasiones más bajas, sin poder alcanzar nunca la felicidad á que aspira, le parecía que la vida era un verdadero suplicio de Tántalo ó una superchería que debía de causar la desesperación á todos los que la considerasen por su lado puramente material. Para Shakespeare el nacer era una desgracia, para Calderón un delito. *Omnis creatura ingemiscit,* ha dicho San Pablo mucho antes y mucho mejor que Schopenhauer y Hartmann, con la diferencia que aquel pesimismo halla explicación plausible en la filosofía cristiana y justificación tan clara que obliga á considerarlo como un beneficio, siendo además la base más segura del edificio moral que la filosofía alemana derriba sin poderlo reemplazar. Comparando la degradante corrupción actual con la dulce, pura y santa poesía de la vida de un San Basilio, creía que sólo la fe religiosa podía ofrecer un asilo seguro para el alma, más conforme con la dignidad humana.

La lucha entre el espíritu y la materia prueba de una manera incontestable, — decía, — la independencia de ambos poderes, pues si el uno fuera consecuencia del otro, como quieren los materialistas, existiría en el ser humano una dulce armonía semejante á la que reina entre las flores y su perfume. Y cuando en medio del silencio de las noches, más profundo en las aldeas, porque en ellas desaparece entonces todo vestigio de la actividad de la vida real y material, contemplaba la inconmensurable bóveda de los cielos, el misterio que encierra hería intensamente su espíritu; y la idea del Supremo Hacedor y de su perfección soberana llegaba entonces al fondo de su conciencia como una vibración divina, elevando su alma á las alturas á que aspiraba. El hombre nació esclavo, — decía; — no pudiendo romper sus cadenas se esfuerza en perfeccionarlas para ocultar la miseria que le avergüenza, así como toda la naturaleza, esclava también, reviste de múltiples y peregrinas formas las leyes inexorables á que está sujeta ¡Qué gloria para el hombre, si por supremo esfuerzo de su genio animado por una inspiración divina, que es la gracia, logra emanciparse de la materia abyecta para conquistar la libertad del alma......!

Pero estos arrebatos momentáneos eran música celestial, que no resolvía la crisis, porque Magdalena era para Florencio una criatura de esas que parecen traspasar los límites de la naturaleza ó que procedentes de otro mundo parece éste muy inferior para ellas. La luz de su inteligencia había iluminado la suya y despertado su ser á una nueva vida llena de encantos; de modo que era preciso un esfuerzo casi sobrehumano para prescindir de aquel ser y realizar una aspiración que lo excluía.

La imaginación vagabunda y romántica de Florencio le llevaba con frecuencia á las rocas de Bellamar donde sus ideas adquirían casi siempre una consoladora elevación. Cuando descubría algún buque en lontananza envidiaba la suerte de los que en él navegaban, lejos del teatro de sus angustias. Con frecuencia ponía bruscamente término á sus tristes pensamientos el estruendo pavoroso producido por alguna ola formidable al reventar en alguna gruta inmediata.

Contemplaba entonces absorto los innumerables copos de espuma lanzados con violencia á los aires, mientras que una retumbante vibración acompañaba aquellos imponentes juegos de la naturaleza.

Le parecían entonces tan inferiores los humanos devaneos que casi se avergonzaba de haber sido su juguete.

III

Bajo esta impresión regresaba una tarde á su casa con el ánimo más tranquilo que nunca y dispuesto por fin á perseverar en aquel elevado propósito, cuando un encuentro casual con el cura impidió que el camino de su casa se convirtiera en el de Damasco.

Y es el caso que el cura le preguntó si era cierto que se casaba Magdalena con el maestro; que lo había oído decir aquella misma tarde al alcalde. El cura había sospechado los devaneos de Florencio y creyó que con aquella noticia los desvanecería por completo; pero como era ya casi noche no pudo notar aquel buen señor que había hecho, como vulgarmente se dice, *un pan como unas hostias.* Inmutado Florencio contestó que lo ignoraba, que hacía ya mucho tiempo que no había visto á Magdalena.

— Pues si es cierto, — replicó el cura, — que sean muy felices. — Y luego añadió:

— ¿Y tú en qué piensas? Estás perdiendo un tiempo precioso. Las témporas se acercan.

Una revolución de ideas había trastornado en un instante el ánimo de Florencio; y después de una pausa dijo:

— El ascetismo, señor cura, me parece un suicidio y por lo tanto contrario á la ley de Dios.

— Ni lo uno ni lo otro, — replicó el cura con indecible asombro, — porque el sacrificio de los goces materiales con el objeto de purificar el alma, tiene su origen en el Evangelio y no puede menos de ser grato á los ojos de Dios.

— De acuerdo; pero si todos siguen ese camino de perfección, y en realidad á nadie puede impedírsele, se acabaría la especie humana.

(Continuará)

Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 21 DE NOVIEMBRE DE 1887 — NÚM. 308

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

PROMESAS.. cuadro de Francisco Vinea

Nuestros lectores conocen varias obras de Vinea, cuya importancia artística se acrisola y aumenta cada vez que exhibe un nuevo cuadro. En la Galería Pisani de Florencia, es de ver el que hoy publicamos, modelo de expresión y de factura delicadísima. A la simple vista se hace cargo cualquiera de los sentimientos que dominan en el galán seductor y en la desconfiada moza. Se trata de una especie de *capitán Alegría* que enamora á cuantas mujeres halla al paso y que, á trueque de una efímera conquista, no repara en hacer promesas que el viento se lleva. Afortunadamente la muchacha no es lerda y por esta vez nos parece que el pez no muerde el anzuelo. Capitán y moza son tal para cual.

Á RAÍZ DEL DUELO, cuadro de N. Sicard

Una vez más el arte se ha puesto al lado de la moral para condenar una preocupación detestable. Ha terminado el *lance de honor* y los testigos conducen á la víctima hacia el carruaje que há poco condujo á un joven lleno de vida y de esperanza, y se lleva poco menos que un cadáver. El artista no dice ni puede decir de qué parte estuvo la razón y de qué parte el agravio. Consigna las consecuencias del encuentro y consigue su objeto si el público se estremece.

Sicard, que es un pintor de envidiable talento, ha producido un lienzo de impresión con los menos recursos posibles: quizás esta misma sobriedad contribuye eficazmente al efecto. La desnudez del paisaje, la nieve que parece una mortaja en la cual han de ser más perceptibles las manchas de sangre, el cielo brumoso imprime un tono triste á la composición, todo está calculado con buen criterio y ejecutado con felicidad suma. Es un cuadro que produce una sensación de frío en el cuerpo y en el ánimo.

BEBÉ, cuadro de M. Lobrichon

El autor de este lienzo es tenido por uno de los primeros retra-



PROMESAS... cuadro de Francisco Vinea reproducción fotográfica del original

tistas franceses. Es de buen tono entre las damas que pueden pagar á alto precio la vanidad de verse reproducidas por una celebridad artística, hacerse retratar por M. Lobrichon. Y como ocurre frecuentemente que, aun satisfecho este deseo, queden fondos en la gaveta para continuar pagando á buen precio los servicios del ilustre pintor, del retrato de los padres se viene al retrato de los hijos, y acaba por existir una familia Lobrichon, especie de credencial que demuestra buen gusto, cosa muy estimable, y ser millonario, cosa más estimable aún.

El retratista de nuestro Bebé merece sin duda esa preferencia, pues domina el asunto y pertenece al escaso número de artistas que, al hacer un retrato, hacen un cuadro. El Bebé de Lobrichon pasará de tal Bebé á adolescente, de adolescente á joven, de joven á hombre maduro, de hombre maduro á hombre anciano... Del retrato, como á parecido, nadie podrá emitir juicio; con la desemejanza del original terminó el mérito de la copia. Pero el cuadro existirá; sus condiciones de factura, expresión, color y luz no serán influídas ni menos perjudicadas por el tiempo. Concluyó la importancia del retrato y empezó la importancia del cuadro... ¿Por ventura es otra cosa que una colección de retratos el famoso lienzo de Velázquez titulado: *Las Meninas?*

EN LA FUENTE, cuadro de Egisto Ferroni

El asunto de este cuadro no peca, ciertamente, de noble; antes bien la escena y los personajes son de un marcado género naturalista. Pero el autor, con singular talento, ha tratado de evitar los peligros de un realismo grosero embelleciendo su asunto todo lo posible, sin faltar en lo más mínimo á la verdad. Ha demostrado, además, que estudia perfectamente el natural y que, al agrupar discretamente las figuras, saca de ellas un partido notable bajo el punto de vista de la expresión individual, armonizada con el plan del conjunto. Para apreciar debidamente este lienzo falta lo que tiene el original y el grabado no puede reproducir de una manera perfecta, la luz y el color, que son los grandes medios de expresión en la escuela italiana y cuyos secretos conoce Ferroni perfectamente.

A pesar de lo cual, ¿por qué no hemos de decirlo?... encontramos que este cuadro carece absolutamente de poesía, y donde ésta falta, podrá existir una obra de arte, mas no del arte bello, delicado, sublime, que aun entre la hierba del terruño sabe poner de relieve á la pintada amapola.

ESCRIBIENDO Á SU NOVIO, cuadro de J. Ballavoine

Entre las más bellas *Doloras* de Campoamor hay una titulada *¡Quién supiera escribir!*... en la cual está pintada de mano maestra la situación de la rústica enamorada que necesita el auxilio del señor cura para reducir á palabras legibles lo mucho que ama, en nada obstante su ignorancia. Y al encontrar tan frío intérprete de sus sentimientos en el sacerdote, exclama con justificado despecho: – *¡Cuántas cosas le diría, si supiera escribir!*...

Pues bien, el cuadro de Ballavoine, con ser innegablemente un hermoso cuadro, se nos figura el contraste ó reverso de aquella poesía. La hermosa joven del lienzo sabe escribir; posee á la perfección ese maravilloso medio de expresar sus ansias y sus placeres, sus temores y sus esperanzas, los mil y un encontrados afectos que asaltan y se disputan sus pensamientos...

Y sin embargo, la hermosa prometida, al doblar la primera hoja, ha agotado una materia inagotable y necesita pensar cómo llenará la segunda. Consecuencia: esa mujer no siente, esa mujer no ama; es bella y delicada como son bellas y delicadas las flores; es adorable como son adorables las imágenes; pero, al igual de las flores y de las imágenes, no tiene corazón. Si lo tuviera, se acabarían el papel y la pluma y la tinta antes de acabarse la materia. El tiempo demostrará que esa joven puede ser una honrada madre de familia: pero nunca será una consorte apasionada.

TEATRO MUNICIPAL DE ODESSA

Todos los pueblos cultos, incluso España, han comprendido y fomentado la influencia que el teatro ejerce en la ilustración y cultura del público; y todos los pueblos, menos España, han procurado que el templo fuera digno de los dioses. Así, en nuestro país, son pocos los teatros que pudiéramos llamar monumentales; al paso que en el extranjero, hacen alarde, y muy bien hecho, de la esplendidez y buen gusto demostrados en esta clase de edificios. Y no se crea que nos referimos á los teatros de las grandes capitales, como por ejemplo el *Nacional de la Opera* en París ó el Imperial de Viena: poblaciones de orden más secundario, como Milán, Francfort, Buda-Pesth y otras muchas pueden envanecerse de poseer teatros infinitamente superiores á los de nuestra patria, sin excluir el *Real* de Madrid, que costeamos entre todos los españoles, y el *Liceo* de Barcelona, que es una propiedad particular, como pudiera serlo una casa de cuatro altos ó una hacienda de pan llevar.

Comprobando nuestra tesis, ahí está el nuevo teatro, cuya vista exterior publicamos en el presente número; Odessa no es, ciertamente, una de las más principales ciudades del imperio ruso y, sin embargo, véase qué edificio ha dedicado al arte escénico. El nuevo *Teatro Municipal*, inaugurado el 13 de octubre último, es elocuente ejemplar de la importancia que se da al drama cantado ó declamado en aquellos pueblos que tenemos la pretensión de creer menos adelantados que el nuestro en el camino de la civilización.

De su grandiosidad y buen estilo, perteneciente al renacimiento italiano, da buena idea nuestro dibujo; debiendo añadir solamente que la parte escultórica es debida al eminente Frield y las pinturas al no menos eminente Lefler, habiendo ideado el proyecto general los especialistas profesores vieneses Fellner y Helmer. Como cuestión de detalle, y para que se tenga presente donde convenga, diremos tan sólo que veinte puertas distintas dan entrada y salida al salón de espectáculos; que en éste y en las dependencias todas del teatro no está admitida más iluminación que la eléctrica; que en todos los pisos hay salones para fumadores y para café restaurant, y que la calefacción es tan igual y bien entendida como la ventilación, en todo el coliseo.

Aprendamos, pues, de los extranjeros lo que hemos de estudiar los propios, y formemos votos para que venga un día en el cual la administración local española permita levantar á beneficio del público, tomando el nombre del arte, un edificio tan grandioso, cómodo y bello como lo es el nuevo *Teatro Municipal* de Odessa.

UNA CONQUISTA

Cuento que no es millón, pero más verídico que un millón de cuentos

I

PROLEGÓMENOS

En primer lugar quiero que conste que no todos los Jaimes son conquistadores, ni todos los conquistadores se llaman Jaimes. Esto es importantísimo para mi cuento, aunque parezca axioma baladí y de poca monta. Al ver que mi protagonista se llama Jaime, y al saber que se trata de una conquista, podrían creer algunos lectores trascendentales, que yo quería describir un tipo *simbólico*, y deducir que en mi juicio, todos los que llevaran el nombre del guerrero cristiano é ilustre, Santiago, Jacobo, ó Jaime, eran por ende conquistadores de profesión y vencedores de oficio. No y mil veces no: mi Jaime se llama Jaime, como se podía llamar Aniceto, y su conquista fué mucho menos importante que la del delicioso jardín de España que conquistó el Apóstol.

Sentado este primer principio histórico, pasemos al segundo, que tiene mucho de lengüístico y neológico.

En Francia hay un verbo que, como otros muchos de los idiomas extranjeros, aunque más pobres que el nuestro, no tiene traducción moderna en el rico y armonioso idioma de Cervantes (1). El verbo *flaner*, y por ende el adjetivo *flaneur* que se erige en sustantivo aplicado al hombre que... y aquí entra la dificultad. Al que se pasea, sin oficio ni beneficio; al que duerme sin casa ni hogar; al que nada hace ó en nada se ocupa, se le llama en castellano... *vago*. Muy bien; es del verbo *vagar*, y estamos conformes.

Según el diccionario de la Academia Española, *paseante*, es el que pasea: y según el mismo, *paseante en corte* es el que no tiene destino, ni se emplea en alguna ocupación útil ú honesta, casi un *vago*.

Y de estas definiciones resulta que *pasear* significa, según la misma Academia, *andar en el campo, en la calle ó en el paseo, á caballo ó en coche por diversión, hacer ejercicio ó tomar el aire*. La Academia no dice nada de los que van á *pie*, ni de los que toman el *sol*. Ha de ser el *aire* lo que se tome, y ha de ser á *caballo ó en coche*. Respetemos á la Academia y convengamos en que nuestro verbo *pasear* es el *promener* francés: ambos son también recíprocos, y por ambos, el *promeneur* transpirenaico es el *paseante* español. ¿Pero y el *flaneur*? Ese no es el vago, pero equivale á él; puesto que el vago no tiene oficio ni beneficio, ni la *vagancia* se parece en nada al *flanear* francés.

Flanear (passez-moi le mot) es pasear despacio, mirando las musarañas, siguiendo á las muchachas, deteniéndose en los escaparates, yendo de aquí para allí, sin objeto, sin fin determinado de tomar el aire, ni el sol; siempre á pie... y nunca en *coche ni á caballo*; siempre por la calle y nunca por el campo. Además el *flaneur* puede tener oficio y hasta beneficio; y ocuparse en cosas útiles y hasta *honestas*. De modo que no es el paseante español ni menos el paseante en corte. Es un ser casi siempre inteligente; de gustos artísticos, de carácter ligero, de ideas filosóficas, un si es no es desengañado del mundo y de sus pompas; perezoso, soñador, *gurmet*; amigo de matar el tiempo y que busca el descanso de graves ocupaciones ó de negocios difíciles, en una ó dos horas de vagancia espiritual. No *vaga... divaga* moral y físicamente, y sin saber las más veces por dónde le llevan las piernas, recorre una ó dos leguas sin darse cuenta de distancias, sitios ó parajes.

Así como el borracho es un mal bebedor, así el paseante es un mal *flaneur*. Para flanear se necesita algo más que pasear. Se flanea siempre pensando... se hacen observaciones, se inventan paradojas... se deducen consecuencias, hasta se resuelven problemas. Cualquiera, por tonto que sea, puede pasearse; pero no todos saben *flanear*. Y por eso, sin que el flanear constituya una ciencia, es ocupación de seres algo superiores. Los poetas, los artistas, los políticos, los millonarios, los canónigos, flanean á la perfección; y los comerciantes, los boticarios, los menestrales, los lugareños, no saben más que pasearse.

En España, y sobre todo en Madrid, hemos tenido *flaneurs* distinguidísimos. Célebres son los *paseos* de Mesonero Romanos (El Curioso Parlante) y célebre debía ser el *flanear* constante de Eulogio Florentino Sanz, autor de *Don Francisco de Quevedo* y *Achaques de la vejez*, ilustre poeta y autor dramático, que murió sin saber cómo, ni casi cuándo ni casi dónde. Tal y tan rápido es el manto del olvido con que la sociedad moderna envuelve el recuerdo de los hombres ilustres que pierde cada día, á compás del bombo periodístico atronador con que elogia á todas sus presentes nulidades.

En pocos años han pasado á mejor vida (ó mejor muerte me parece más propio) Hartzenbusch, García Gutiérrez, Rosales, Ayala, Florentino Sanz, Matilde Díez, Gaztambide, Selgas, y maldito si recuerdan siquiera sus nombres (no sus obras, que fuera mucho pedir) los asiduos lectores del doctor Garrido, el agua de Carabaña y los programas del circo de Price.

Y si E. Florentino Sanz, que siempre estaba en la calle, y que jamás supo la hora que era, fué un *flaneur* de los más completos, no es de extrañar que mi amigo *Jaime*, artista distinguido y de clarísimo ingenio, se diera á ese vicio, si tal puede llamarse, y dedicara gran parte de su tiempo... á matar el tiempo.

Jaime, pues, no era Jaime el conquistador, y sin embargo no dejó de hacer conquistas, como lo prueba este cuento y como lo confirma más el título del mismo. Quedan concluídos los prolegómenos y pasemos á mi cuento.

II

JAIME EN ESCENA. ARIA

No era viejo, ni mucho menos, pero ya no era joven. Su edad figuraba en esa decena llena de misterios, des-engaños y peligros De 40 á 50 años es cuando todos los nombres difieren más entre sí: *Sicut vita, finis ita;* eso dice el proverbio que se refiere sin duda á esa decena. Para los que han tenido una juventud borrascosa, en que no han economizado el fuego sacro, los derrochadores de la vida, esa decena está henchida de malas digestiones, dispepsias prematuras y neuralgias tenaces. Para los hombres de bien, para los casados reglamentarios, para los metodistas, los 45 años están llenos de realidades positivas y exuberantes. Nada de fuegos fatuos, nada de intempestivas alucinaciones, pero en cambio, ¡qué seguridad, qué aplomo tranquilo, qué enérgicas determinaciones! Jaime no pertenecía del todo á los últimos, pero tampoco era rigorosamente de los primeros Algo comenzaba á inquietarle la gota, pero era sólo en el dedo meñique del pie izquierdo... algo se aclaraba su cabello, pero era sólo hacia la nuca; por lo demás, la mirada era clara, el andar seguro, la risa franca, el pulso fuerte. Sus 47 años no parecían 54 ni 41... sino 46 y medio ó 47 y cuarto. Tenía la edad que representaba, que no es poco en esta época de vejeces prematuras y reumas anticipados. Jaime, pues, era *todavía* un hombre, en toda la extensión de la palabra. Si no muy rico, estaba bien acomodado; era arquitecto en sus horas de trabajo; *flaneur* infatigable en sus días de ocio. Una hora después de almorzar, salía de casa infaliblemente.—¿Dónde?—A cualquier parte.—¿Para qué?—Para pasar el tiempo.—¿Con quién?—Siempre solo

Empleaba más de media hora en su toilette, que no es mucho tiempo para el aseo y adorno de un hombre moderno, y después de echar la última ojeada á un espejo, se calaba su sombrero, empuñaba el bastón, encendía su cigarro... y á la calle.

Esto hizo, como casi siempre, el día de mi cuento, y andando andando se encontró... naturalmente en la Puerta del Sol, sitio el más á propósito para los vagos, paseantes, paseantes en corte y *flaneurs*.

La tarde estaba fresca, pero el tiempo era seco y el sol brillaba espléndido en esa bóveda azul madrileña, que no tiene rival en ningún país, en el invierno. Jaime empezó á subir la calle de la Montera mirando á todas partes, sin fijarse en ninguna; despacio... muy despacio, como se lo permitían los tranvías, Ripers, coches, carros y peatones que apenas dejan sitio á los transeuntes por aquella cuesta mal empedrada. Sin saber cómo, y efecto sin duda de la abundancia del género, Jaime empezó á fijarse en el sin número de mujeres de todas clases y condiciones, de todas caras y edades, que bajaban y subían por las aceras, salían y entraban de las tiendas, cruzaban en todas direcciones en aquella calzada estrecha, confusa y anti-estética. Era día de mujeres bonitas; pues como saben todos los observadores (y los *flaneurs* lo son por derecho propio), hay días nefastos y días venturosos. En aquéllos, parece que no salen de su casa más que las viejas y las feas: en éstos todas son aceptables; desde la chula desgarrada hasta la pollita aristocrática. ¡Qué pies! ¡qué cinturas! ¡qué ojos! ¡qué líneas curvas, miradas de frente y de perfil, y por la espalda! Jaime empezaba á admirar, pero aun no se fijaba. Parecía tener preconcebida la idea de que no le agradara del todo ninguna. Una andaba mal; otra tenía un sombrero demasiado grande... aquella tenía el vicio incorregible de detenerse delante de todos los escaparates... etc., etc. De pronto, al llegar á la esquina del Caballero de Gracia, célebre ya en España por la *Gran vía* más que por el olvidado Jacobo Gratis, chocó con una morena graciosísima que atravesaba la red de San Luis en dirección á la calle de Jacometrezo. Bajo un abrigo corto, forrado de piel de marta, que modelaba á la perfección un cuerpo esbelto y airoso; bajo un sombrero de alta y puntiaguda copa, y á través de un espeso velo de puntitos, se admiraba más que se veía, una cara picaresca; un cutis pálido, unos ojos negros de largas pestañas, y una boca, nido verdadero del amor, roja y fresca como una rosa de Alejandría bañada de rocío. Por lo demás, el corte, el movimiento, la manera de pisar y la marcha de una mujer distinguida y elegante.

III

DUO

No era de seguro aquella mujer, una de esas *paseantas* que desean ser seguidas, y cualquier amigo que hubiese visto á Jaime apresurar un poco el paso detrás de la desconocida, le hubiera dicho indudablemente que corría el riesgo de perder su tiempo y se exponía al peligro de hacerse antipático ó inconveniente.

Jaime habría hecho de seguro un gesto de indiferencia y hubiera continuado su intentada persecución.

La joven continuaba su camino con paso firme, golpeando las losas con sus taconcitos sonoros y moviendo su talle con un ligerísimo balanceo de caderas, inocentemente voluptuoso. Jaime había escogido bien. Comenzó por pasar delante de ella apresurando el paso, para poder detallarla de perfil al pasar á su lado, y de frente al volverse.

Al cabo de unos cuantos minutos de esta ingeniosa y sencilla maniobra, la joven se apercibió bien pronto de que era seguida. Levantó los ojos para saber quién era el intruso que se permitía molestarla en su paseo ó curiosear su viaje, y vió á Jaime en el pleno ejercicio de sus evoluciones. Un mohín de desagrado y mayor apresuramiento en la marcha, fué el resultado inmediato de su examen.

– Esto es hecho, – dijo Jaime, – aquí se acaba mi *flanear* de hoy, y empieza mi ocupación; aceleró el paso y conservó la distancia oportuna en estos casos.—¡Qué mo-

(1) Decimos *moderna*, porque en castellano antiguo, *barzon* vale paseo ocioso, *barzonear*, pasearse ociosamente, ó sin fin determinado, que es el *flanear* francés.



Á RAÍZ DEL DUELO cuadro de N. Sicard, reproducción directa

nísima es! – decía in mente siguiendo con interés las graciosas ondulaciones producidas á cada paso por el abrigo forrado. – ¡Qué buen gusto en ese traje ocultador de sus encantos! En su modo de andar hay algo de misterioso. Diríase que va á una cita. ¡Bah! ¡y á mí que me importa! con tal que conserve su gracia y que vaya muy lejos no habré perdido de todo el día.

En la esquina de la calle del Horno de la Mata, Jaime vió á un buen mozo, rubio, alto, á cuerpo á pesar del frío, que parecía contemplar con gran interés los tubos de cristal de una lampistería. El joven rubio sonrió imperceptiblemente á la joven del abrigo y siguió detrás de ella.

– ¡Hola! ¡hola!—pensó Jaime. – Parece que vamos á ser dos. Mejor; así será la expedición más divertida.

Pero esto pareció no convenir á la joven: con una rápida ojeada indicó al joven rubio que alguien la seguía. Este volvió la cara rápidamente y lanzó una mirada oblicua á Jaime que hizo como si nada hubiese visto. Y no podía suceder más. La calle es de todo el mundo, y á menos que el señor rubio no fuera el hermano ó el marido (cosa poco probable, dadas sus maneras misteriosas), no podía en ninguna forma impedir que Jaime persistiera en una persecución, que fué continuada por él del modo más concienzudo del mundo.

IV

TERCETO

Ya no andaban, corrían casi. Ella delante, como la corza que espera á fuerza de rapidez escapar de los cazadores; después, á unos diez pasos de distancia, Jaime, sudando la gota tan gorda y con cara risueña, y luego, á cinco pasos detrás de él, el joven rubio, pálido é iracundo.

Al llegar á la calle de la Luna, ya los transeuntes volvían la cabeza.

—Es una carrera, – decían algunos.

—¿Será una apuesta? – exclamaban otros.

—¡Qué pasollevan! Parecen bomberos, – dijo un chico.

Así llegaron nuestros conocidos á las puertas del teatro Lara. Del atrio del teatro mismo, surgió de repente, y como por escotillón, un nuevo personaje.

V

CUARTETO

Alto, fornido, de cincuenta años de edad, de aspecto grave y terrible; con el sombrero sobre las cejas y el cuello del gabán levantado hasta las alas del sombrero, se irguió iracundo ante la linda morena, exclamando:

—Y ahora, esposa infiel, ¿me lo negarás todavía? Lee, lee lo que me han escrito: «Encuéntrese V. á las dos de la tarde frente á la travesía de la Ballesta y verá V. por quién va su mujer acompañada, hoy lunes, lo mismo que la semana pasada y lo mismo que siempre.» Hace un cuarto de hora que te espío, lo mismo que á este caballero, y por fin he pillado á los infames que me deshonran! Y se volvió amenazador hacia Jaime que se limpiaba el sudor copioso de su frente.

– ¿Este caballero?—exclamó la joven indignada.—¡Si no conozco á semejante hombre y en mi vida le he visto! He venido á hacer unas compras á la *Isla de Cuba* y este tipo me sigue desde la calle del Caballero de Gracia. Con todo mi corazón me alegro de haberte encontrado para que me libres de su insoportable é importuna persecución.

Esto dicho, la linda morena entró resueltamente en la tienda de seis puertas de esquina á la calle de la Puebla, seguida de cerca por el joven rubio que llegaba al mismo sitio en aquel momento.

El marido se dirigió entonces á Jaime.

—Supongo que ya comprenderá V. que necesitamos tener una explicación.

—Sea,—contestó Jaime.—Pero se aglomera la gente y yo no tengo gana de darme en espectáculo. Sigamos andando como si tal cosa.

—Adelante, sigamos, – dijo el marido; y mientras continuaban por la calle de la Corredera, Jaime vió de reojo á la joven morena salir por la puerta última del almacén y entrar con el joven rubio en una casita de persianas verdes contigua á *la Isla de Cuba*.

– Vamos, – pensó Jaime, – he servido de pantalla y de pararrayos; no tiene gracia que ahora me reviente este tío.

—¡Caballero! ¡basta! – dijo en la calle del Pez á su acompañante. Yo no tengo nada que ver con V. ni con su mujer. Ella ya se ha ido á paseo; yo quiero seguir el mío; conque váyase V. á paseo también y en paz.

—Toma, canalla. Esto es un bofetón y esto es mi tarjeta; estoy á sus órdenes: y sacudiendo un cachete mayúsculo al pobre Jaime, siguió el marido celoso por la calle arriba, mientras Jaime abofeteado y aturdido por el golpe, retrocedió por la calle abajo. Al pasar por la casita de las persianas verdes, alzó maquinalmente la cabeza y vió...

VI

DESENLACE

Al joven rubio que salía furioso del portal presa de una emoción extraordinaria. Ver á Jaime y lanzarse sobre él fué cuestión de un segundo.

—¡Ah! ¡tunante! ¡viejo inmundo! Tenorio sin vergüenza: tú has tenido la culpa: ¡toma!... – y sin oir las exclamaciones de Jaime, le sacudió el bofetón más tremendo que han visto los nacidos. – Ahí tienes mi tarjeta; búscame si quieres.

Jaime se dirigió á su casa, con los dos carrillos hinchados, con dos tarjetas, que no eran suyas, y sin ganas de volver á *flanear* en toda su vida.

VII

MORALEJA

No sigas á muchacha ni á jamona,
si quieres estar bien con tu persona.

LUIS MARIANO DE LARRA

EL MUNDO AMERICANO

LA DIADEMA DE DOÑA INÉS

ANÉCDOTA

I

Eran las diez de la mañana de un caluroso día del mes de enero (1), cuando entraba en la maravillosa bahía de Río Janeiro un buque portugués.

Sobre cubierta se veían multitud de pasajeros, contemplando embelesados aquella tropical naturaleza, rica, extraña y variada.

Los valles y ensenadas que aparecen medio escondidos entre los altos montes, verdes, lozanos, frondosos, en los cuales jamás humana planta imprimió su huella, la

(1) Hay que notar es la época de calor fuerte en aquellas latitudes.



BEBÉ, cuadro de M. Lobrichon, expuesto en el Salón de 1887, grabado por Baude



JUNTO Á LA FUENTE, reproducción fotográfica de un cuadro de Egisto Ferroni

vegetación exuberante, habían cautivado poderosamente á un caballero que, apartado de los demás, no se cuidaba de la proximidad del puerto, ni de que el buque se disponía á echar anclas.

La algazara de los demás le sacó de su meditación y, aun cuando con sentimiento, tuvo que ocuparse en atender á las felicitaciones de dos ó tres personas, que á bordo de una elegante falúa, habían llegado en aquel momento.

—Su Alteza os espera con impaciencia, señor conde, – dijeron con profundo respeto.

—Pues señores, estoy á sus órdenes.

—Desde que se anunció vuestra llegada como portador de un presente de gran valía, Su Alteza ha contado los días, las horas y los instantes.

El conde de Linhares, enviado del duque de Borba, regente de Portugal, sonrió y guardó silencio.

La curiosidad de los cortesanos, se vió defraudada.

El noble portugués se dirigió á la escala, descendió seguido de los dos brasileños, saltó á la falúa y ésta voló, sobre las rizadas ondas, hasta llegar al muelle.

Allí subieron al carruaje que debía conducirlos á palacio.

El conde de Linhares, sorprendido y curioso, estudiaba el aspecto de la población, se fijaba en las robustas negras, que vendían frutos y flores, y admiraba sus brazos y sus hombros descubiertos.

Media hora más tarde, el enviado de Lisboa estaba en presencia de Juan VI acompañado por algunos cortesanos.

El príncipe regente contestó al saludo del embajador y le dijo:

—Señor conde, estoy impaciente por saber cuál es el depósito confiado á vuestra lealtad.

—Antes de contestar á V. A. me permitirá hacer algunas explicaciones.

. . . .

—Señor: en los disturbios políticos, han sido profanadas varias tumbas, entre otras la de la bellísima cuanto desgraciada Inés de Castro, esposa del infante de Portugal don Pedro, hijo de Alfonso VI.

—He ahí las consecuencias del desbordamiento social: esa es la ventaja que resulta de la emancipación de las masas populares; desórdenes y profanaciones, que deben corregirse con brazo de hierro. Continuad, conde.

—Ignoro si V. A. tiene conocimiento de que uno de los atractivos de doña Inés era su cabellera de oro, cantada y celebrada por todos los poetas de su tiempo.

—Efectivamente; creo que fué una de las redes en donde quedó preso el corazón de don Pedro

—Pues aquella profusa y natural diadema que coronaba la cabeza que debió ceñir una corona, yacía en tierra al lado de la tumba, cuando un pobre monje la recogió y presentó más tarde al Regente del reino.

—¿Quien la habrá conservado como una reliquia?—preguntó el Regente.

—Tal fué la idea de Su Alteza, pero calculando que podría serle grato á la casa real del Brasil obtener ese precioso depósito, determinó que fuese yo el portador.

—¿Y esa cabellera, en dónde está?

—Aquí, señor.

Y el conde de Linhares puso en manos de Juan VI un precioso cofrecillo.

El príncipe regente levantó la tapa.

Sobre un rico almohadoncillo de raso blanco, se veían colocados artísticamente los brillantes y dorados cabellos, sedosos y perfumados, como si aun coronaran la frente de la infortunada deidad á quien su soberana belleza le había sido tan fatal.

¿Quién ignora esa leyenda de amor, tan poética y dramática á la vez?

¿Quién no ha leído con placer y dolor las conmovedoras y tiernas páginas consagradas á la que fué reina después de morir?

II

La dorada cabellera fué el objeto de la curiosidad general entre los cortesanos y su admiración creció cuando el sol, invadiendo la regia estancia, dió á los cabellos caprichosos cambiantes, proyectando una fantástica cascada de luz é inspirando entre los circunstantes un sentimiento misterioso, indefinible.

Aquella hermosa madeja parecía encerrar invencible atracción y conservar el poder fascinador de otros tiempos.

Los cortesanos estaban poseídos de inexplicable emoción y hasta el Regente guardaba silencio, y no separaba la vista de aquel presente que le enviaba Portugal.

Los infortunios de doña Inés de Castro acudieron á la memoria de todos, y bella, majestuosa, resignada y amante, tomó cuerpo é hizo latir los corazones.

Pero de repente inesperada ráfaga de viento abrió con estrépito uno de las ventanas, y los cortesanos, estupefactos por el repentino cambio que anunciaba próximo huracán, sintieron disiparse la extraña alucinación.

El cielo, poco antes sereno y tranquilo, aparecía sombrío y amenazador.

En el espacio, cargado de electricidad, brillaban los relámpagos y retumbaba el trueno.

Los pajarillos, asustados, saltaban de árbol en árbol y la naturaleza parecía sobrecogerse por la proximidad de la tormenta.

El príncipe regente sentía invencible terror por las tempestades de los trópicos y corrió despavorido en busca de un asilo contra el rayo.

El cofrecillo fué abandonado sobre una mesa y otra ráfaga de viento, más fuerte que la primera, arrebató los rubios cabellos, en medio de las exclamaciones de los cortesanos y de los esfuerzos inútiles del conde Linhares, para recogerlos.

En alas del poderoso elemento recorrieron los jardines, los valles y praderas; subieron á la elevada cima de las montañas; descendieron á los abismos; se elevaron de nuevo como lluvia de oro, y la brisa, acariciándolos y meciéndolos, hizo se remontasen á las colinas, en donde cuenta la tradición formaron los nidos de los preciosos pájaros que se conocen con el nombre *rayo de sol*, mezclándose con sus plumas y según dice un poeta brasileño, prestándoles su espléndido color.

La suerte es caprichosa.

Aquella cabellera, deleite y admiración de don Pedro de Portugal, acompañó á la tumba á doña Inés de Castro y fué más tarde, impregnada con su esencia, orgullo y gala de los bosques del Brasil.

La Baronesa de Wilson



ESCRIBIENDO Á SU NOVIO, cuadro de Ballavoine

EL VIOLÍN DE UN MAESTRO DE ALDEA

(Continuación)

—¡Llevas las cosas á un extremo!...

—Que no tiene réplica, señor Cura. San Pablo dice: *Bonum est homini mulierem non tangere.*

—Oyeme sin embargo. La perfección absoluta sólo reside en Dios; ni á nosotros se nos exige, ni podríamos alcanzarla; pero sí estamos obligados á poner los medios para acercarnos á ella: y en esto únicamente consisten nuestros méritos. Te rebelas contra el procedimiento establecido, te parece duro, porque te falta la fe, y entras en una pendiente tan resbaladiza que te conducirá al abismo. Tú has leído sin duda malos libros, – añadió.

—¿Qué entiende V. por malos libros? porque yo no puedo considerar como tales aquellos que ilustran nuestro entendimiento y perfeccionan el raciocinio.

—Entiendo por libros malos todos los se han escrito con un espíritu de hostilidad hacia la Iglesia de Cristo.

—Ninguno de esos he leído y confesaré á V. que los que me han hecho pensar han sido la mayor parte de los que hay consagrados á la defensa y sostenimiento de la fe.

—¿Y qué tienen que ver los libros de disciplina con los de doctrina?—replicó el Cura.

—¿Te parece acaso mal libro el Kempis?

—No.

—Pues si lo que dice en sus páginas sublimes es verdad, no podrá serlo igualmente lo que las contradiga. ¿Existe acaso en la tierra algún ser en el que se realice la perfección ideal?

Florencio pensó en Magdalena, pero sin vacilar contestó:

—Ciertamente que no.

—Pues por esa razón buscamos el modelo en el cielo.

—Ha dicho V., señor Cura, y ha dicho bien, que la perfección absoluta, y por consiguiente la verdad, sólo residen en Dios. De modo que entre los hombres la verdad ó es convencional ó es objeto de controversia. En las cuestiones que caen bajo el dominio de la razón se puede llegar al convencimiento por medio de la demostración; pero en cuestiones de sentimiento cada uno se erige en supremo juez, porque el hombre ejerce sobre su conciencia una soberanía de derecho divino y todo atentado contra esta soberanía de derecho divino es una violación de la ley natural más respetable. Si el hombre conociera de una manera científica su origen y su destino, no sería la fe la base de la religión. No pudiendo descifrar el enigma busca en ella un refugio para su bienestar moral, y así, donde su ciencia acaba la religión empieza; y como la ciencia no llega en todos á la misma altura, sucede lo mismo en sentido inverso con la religión.

—Según eso – interrumpió el Cura, – no anduvo muy acertado Bacón cuando dijo que un poco de filosofía natural nos alejaba de la religión, pero que mucha nos volvía á conducir á ella.

—No hay que confundir, señor Cura, el espíritu religioso que nace de la filosofía con la religión positiva que ella destruye. El mismo Bacón ha dicho: *Veritas filia temporis, non autoritatis*, y contra esta autoridad que pretende uniformar las creencias impidiendo todo raciocinio se rebela nuestra conciencia. Conserva la Iglesia el depósito sagrado de la fe como una alhaja inapreciable, esperanza y consuelo de la humanidad; pero si alguien se atreve á examinarla y llega á decir que la piedra preciosa no está engarzada en oro fino, en vez de demostrarle su error, le odia, le insulta, le escarnece, le persigue y le quema vivo para escarmiento. La razón está tan débilmente arraigada en nuestra conciencia que basta un segundo de pasión para convertir al hombre en una fiera; y así como la tolerancia es consecuencia de la razón cultivada, así la intolerancia lo es del fanatismo corruptor de la inteligencia que tantos estragos ha causado. Este procedimiento, señor Cura, me repugna y me parece contrario al espíritu del Evangelio é indigno de la razón humana.

Absorto quedó el Cura con este discurso. Repetía en voz baja el nombre de Jesús con tal rapidez que apenas se entendía. Por fin dijo:

—Amigo Florencio, el estado de tu alma me causa una pena tan profunda que no acierto á explicarlo. ¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia! Pero aun has de volver al buen camino, pues Dios no permite que almas como la tuya se perviertan.

Ya había anochecido completamente y se hallaban á la puerta de la Rectoral; pero antes de separarse, dijo el Cura:

—Oyeme por última vez. ¿Ha podido por ventura la

razón humana descifrar el misterio de nuestra existencia?

—No.

—Pues desconfía de una facultad intelectual que no conduce á nada. Y te aseguro que si aplicas tu criterio racional á las cuestiones de fe, te extravías. La fe no pide inteligencia, que es en nosotros muy limitada: pide corazón que rebosa en sentimiento. ¡Amor! ¡Amor! – y se metió en casa.

IV

¡Amor! ¡Amor!—repetía Florencio, dirigiéndose á la suya. —¡Qué amor! Obra de amor es la creación: el amor la conserva. Sin amor las madres no podrían criar á sus hijos. Romper los lazos que nos ligan á la tierra para vivir moralmente en el cielo, diga el señor Cura lo que quiera, es y será un extravío de imaginaciones exaltadas. ¡No! Dios no puede exigir la destrucción de su propia obra, y los afectos humanos puros, no son por lo tanto incompatibles con los que nos unen á la divinidad.

Aceleró el paso como el que repentinamente toma una determinación y llegó á su casa á la hora en que solía cenar en compañía de su madre. Terminada la cena se encaminó apresuradamente á casa de Magdalena. La noticia que le había comunicado el Cura no podía tener origen más seguro, pues el alcalde era asiduo á la tertulia de Magdalena. Sin embargo, quería cerciorarse por sí mismo. Aquella noticia había dado al fuego de su pasión un vigor extraordinario, y el presentimiento de su desgracia se confundía ya en su mente con la realidad misma. En aquella noche se iba á decidir su suerte. Si Magdalena se casa... dijo... me ordeno. Pero, ¿y si no se casa?... Se detuvo un momento, mas impulsado por la pasión que le dominaba dejó aquel interrogante sin respuesta emprendiendo de nuevo la marcha con ánimo más resuelto todavía. Al llegar á casa de Magdalena vió por las ventanas, que estaban abiertas, grande iluminación en el interior, oyendo á medida que se iba acercando una conversación animada con alegres carcajadas que tomó por signo poco favorable. Su presencia inopinada en la tertulia causó gran sorpresa á todos los que la componían. Allí estaban el alcalde, el médico, el notario, dos ó tres vecinos más, que habían estado en América, y el maestro. Magdalena recibió á Florencio con grandes muestras de alegría, que él interpretó como efecto de la satisfacción producida por una resolución recién tomada. Todo cuanto observaba corroboraba su presentimiento. Hasta una variación que notó en la colocación de los muebles le parecía consecuencia de un cambio total de ideas que le hacían más extranjero en la casa y quizá en el corazón de la dueña. Observó también que el maestro, de carácter tímido y modesto, obraba con una libertad de acción y confianza como si fuera una persona de la casa; y más se confirmó en esta idea cuando vió que se entendía con Magdalena por medio de ese lenguaje monosilábico, convencional y rápido que sólo origina una grande intimidad. Todo esto iba observando atentamente durante la conversación general. El médico le preguntó cuándo se hacía cura, y Magdalena, sin esperar la contestación de Florencio, preguntó al maestro, si estaba dispuesto á ejecutar alguna pieza en el violín. Se levantó inmediatamente el maestro y sacando su Stradivarius del estuche se colocó al lado de Magdalena que ya estaba sentada al piano.

Florencio no había oído nunca á ningún violinista célebre, y por lo tanto aquel Paganini sin nervios y sin sangre le pareció un artista muy notable, tanto más cuanto que con su arte había cautivado el corazón de Magdalena. Esta, por su parte confirmaba aquella sospecha haciendo signos de aprobación en ciertos pasajes, llegando en otros hasta suspender su acompañamiento de piano para aplaudir con las manos. Otro hubiera visto en aquellos aplausos un benévolo estímulo, pero á Florencio le parecieron arrancados por un verdadero entusiasmo.

Terminada aquella pieza, como todo el lauro había sido para el maestro que había ejecutado la parte principal, rogaron todos á Magdalena que cantase. Accedió al momento, y cantó *L' Amor Funesto* de Donizetti *Piu che non ama un angelo t'amai*... con acento tan patético y conmovedor, que cautivó el auditorio. Hasta el alcalde, que tenía el corazón duro, se enterneció, mientras que el de Florencio, herido por el amargo despecho, sufría un cruel martirio: y cuando por último oyó al médico preguntar en voz baja al alcalde cuándo tendría lugar la boda, se apoderó de su ánimo una agitación tal que apenas podía dominarla. Procuró abreviar el martirio despidiéndose de la tertulia. Todos le rogaron que repitiese la visita, y Magdalena, en el mismo tono jovial con que le había recibido, le dió la mano á la inglesa sacudiendo fuertemente el brazo y diciendo: *¡A siwect repose and pleasant dreams!*

V

Aquel modo de despedirle pareció á Florencio un cruel sarcasmo, y cuando se halló fuera de la casa, solo, en el camino tortuoso que conducía á la suya, se detuvo un momento para poder respirar, pues la aflicción le ahogaba. El valor de las ilusiones no se conoce hasta que se pierden, y aquellos sueños de ventura que tantas veces le habían seducido y que por sus insensatas vacilaciones había dejado de realizar, eran entonces indispensables á su alma, y su pérdida le causaba una pena más cruel que la muerte misma. Dos lágrimas rodaron por sus mejillas, pero ¡quién tenía la culpa de su desventura sino su propia y necia indecisión! Conociéndolo así y como avergonzado de su debilidad de espíritu se apresuró á enjugar aquellas lágrimas que significaban para él la despedida del mundo. Cuando una gran pena nos agobia nos parece que toda la naturaleza toma parte en ella, porque todo refleja la impresión que nos domina: así el ruido lejano del mar que realzaba la majestad de aquella noche profundamente oscura, imprimía cierto carácter de grandeza al sacrificio de Florencio.

Los habitantes de las grandes poblaciones, acostumbrados al alumbrado nocturno y al pavimento uniforme de las calles, no pueden formarse idea siquiera del efecto de la oscuridad en una aldea. Los más conocedores del terreno tienen que andar á tientas como el que lleva los ojos vendados para evitar caídas peligrosas. Pero los peligros son siempre graduados por el estado de nuestro ánimo y Florencio no sólo no los temía sino que por el contrario los deseaba. Así caminaba resueltamente desquiciándosele con frecuencia todos los huesos á cada paso que daba en vano. Ya más sereno decía: indudablemente, razón tiene San Pablo: las aflicciones de este mundo son momentáneas y sirven para prepararnos la felicidad eterna. Debo pues agradecer á la Providencia Divina la dura prueba á que me ha sometido. Sintió entonces un punzante remordimiento de cuanto había dicho aquella tarde al Cura, y ansiaba la llegada del día para ir á confesarle su extravío, pedirle humildemente perdón y anunciarle que se hallaba dispuesto á recibir las órdenes sagradas.

Revivían entonces en su imaginación con intensísimo vigor las impresiones infantiles, los recuerdos de tiempos pasados que parecen más felices cuanto más tristes son los presentes. Veía el viejo retablo de la Iglesia con todos sus detalles, las imágenes de los santos de tosca escultura parecían fijar en él sus miradas con una imponente severidad y principalmente dos diablos que en forma de cariátides adornaban el basamento á cada lado del altar y en cuyos rostros, que expresaban un angustiosísimo esfuerzo, solía él apagar las luces después de misa. Resonaban en sus oídos los sublimes cantos sagrados; las terribles estrofas del *dies iræ*, que tantas veces había oído impasible en presencia de los muertos, le conmovían entonces profundamente; que el estado de nuestro ánimo es el regulador de los sentidos. Ya se contemplaba él en el día de la celebración de su primera misa, revestido con los ornamentos sacerdotales entre flores, incienso y luces recibiendo plácemes y felicitaciones. Descubría entre los fieles las fisonomías que le eran más conocidas, destacándose entre todos la expresiva y simpática de Magdalena que contemplaba absorta su apoteosis.

Llegaba entonces á un bosquecillo de robles situado en una profunda hondonada que tenía que atravesar para subir después á su casa, cuando al penetrar entre los árboles cuyas ramas estremecía una fresca brisa vió avanzar hacia sí dos pequeños focos circulares de vivísimo fuego despidiendo rayos tan finos como los que forma la luz cuando se la mira al través de las pestañas. Desapareció de repente el tumulto de ideas que agitaba su mente. Suspenso detuvo el paso; y creyendo que aquellas luces pudieran ser los ojos de algún lobo, aunque no frecuentaban la comarca, levantó con ademán amenazador el garrote que llevaba; pero una carcajada áspera y estrepitosa le heló la sangre en las venas dejándole un momento suspenso en aquella actitud. Todo tembloroso hizo luego una cruz con los dedos porque ya no le quedaba duda acerca del personaje que tenía delante.

—¿No sabes, infeliz, — dijo el de la carcajada, — que detrás de la cruz está el diablo?

Florencio entonces se arrepintió de todo corazón de sus culpas y encomendándose á Dios recobró valor para sostener la presencia de aquel espíritu infernal que, sin embargo, todavía oprimía su pecho como una horrible pesadilla.

—Nada temas, – prosiguió la voz, – pues no vengo á hacerte ningún daño.

Repuesto Florencio instantáneamente del susto, lo que atribuyó á favor divino, contestó:

– Pues dime luego qué pretendes de mí.

—Hace mucho tiempo, – replicó el diablo, pues él era en persona, – que eres ventajosamente conocido entre nosotros, pues si bien hemos recibido de tí ofensas graves, nos ha sido tan grato al oído cuanto has dicho esta tarde al Cura que no sólo las has borrado completamente, sino que por unanimidad hemos decidido mis compañeros y yo acogerte bajo nuestra noble, leal y desinteresada protección; y sabiendo que precisamente ahora más que nunca, necesitas del auxilio de verdaderos amigos, mis compañeros me han elegido á mí, Belfegor, Príncipe de los Infiernos, para venir á ponerme á tus órdenes y trocar en perfecta dicha la sombría tristeza que te agobia.

(Continuará)

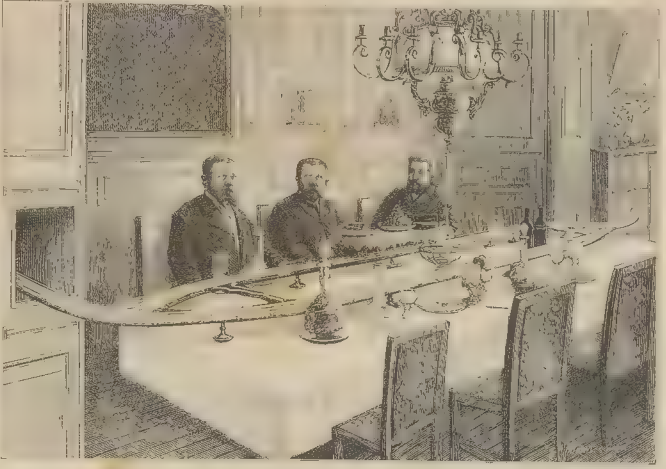


Fig. 1.—Vista general del ferrocarril eléctrico para el servicio de mesa, de M. Gastón Menier

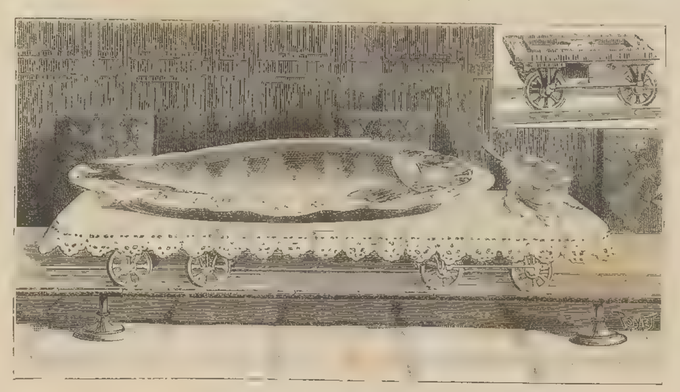


Fig. 2. —*Truck* ó vagoncillo del ferrocarril eléctrico para el servicio de mesa

VÍA FÉRREA ELÉCTRICA

PARA EL SERVICIO DE UNA MESA

El alumbrado, es sin disputa, la más importante aplicación en las distribuciones de la fuerza eléctrica, pero no la única; y sólo citaremos como ejemplo la ingeniosa y pequeña vía férrea establecida por M. Gastón



TEATRO MUNICIPAL DE ODESSA, copia de un dibujo de su arquitecto

Menier en su comedor, la cual completa felizmente la instalación del alumbrado.

Disponiendo de acumuladores, siempre á punto de funcionar, M. Gastón Menier combinó y mandó construir el curioso conjunto de que vamos á dar cuenta, y que le permite desempeñar fácil y rápidamente el servicio de una comida, sin que ningún criado haya de penetrar en el comedor. Un *tren* ó aparato que pasa y se detiene delante de cada comensal, efectúa con la mayor actividad, bajo la dirección del dueño de la casa, todas las maniobras esenciales de un servicio puntual y bien ordenado.

El tren, que va desde la cocina á la mesa, y desde ésta á la otra; para traer los platos, retirarlos, etc., comprende dos partes esenciales: la vía y el vehículo; la primera se compone de cuatro rails paralelos montados en tablitas de encina y ajustados punta con punta, en número proporcionado á la longitud de la mesa, es decir, al número de comensales; los dos rails exteriores, que reciben *las ruedas* del aparato, están aislados uno de otro, y en comunicación con el inductor del motor dinamo-eléctrico.

Los dos rails interiores, en los que ruedan pequeñas piezas de contacto, ponen la corriente eléctrica (una batería de 20 acumuladores) en comunicación con el inductor del motor, por medio de un conmutador colocado á la derecha del dueño de la casa, que permite suspender las funciones del aparato ó variar su dirección, merced á un simple cambio en el sentido de la corriente en el inductor.

Las tablitas de encina en que se fijan los cuatro rails reposan en soportes colocados de trecho en trecho, y que elevan la vía á 10 centímetros sobre el mantel; el vacío así practicado debajo de la vía utilízase para poner los objetos usuales del servicio, cubiertos, saleros, etc. Aunque las ocho ruedas que sostienen el tren forman dos boggies colocadas en sus extremidades, como la plataforma mide 75 centímetros de longitud, sería difícil hacer trazar á este sistema una semicircunferencia en la extremidad de la mesa, pues el radio de esa curva apenas tendría de 40 á 45 centímetros. El problema se ha resuelto sustituyendo la curva, por un sistema automático de agujas. La vía que parte de la cocina, donde se colocan los platos en el tren, atraviesa un pequeño túnel y llega al comedor: el aparato encuentra un primer juego de agujas donde la vía se divide en dos partes que pasan respectivamente á derecha é izquierda, por delante de cada línea de convidados (en la figura 1 se han suprimido los que deben servirse por la vía derecha, ó de llegada, para despejar la mesa); y en la extremidad opuesta reúnense las dos vías en una sola, de manera que forman un camino cerrado.

Los dos juegos de agujas se mantienen en una posición dada por medio de unos resortes, y la vía se forma siempre por un mismo lado. Cuando el tren encuentra un juego de agujas en el mismo sentido que sigue, franquéale sin dificultad, pero al retroceder, como aquellas están *de punta*, toma la segunda vía; de modo que da vuelta á la mesa en sentido inverso de las agujas de un reloj, yendo de izquierda á derecha sobre la vía de este lado, y de derecha á izquierda sobre la vía de atrás, es decir, aquella en que se representan los tres convidados (fig. 1).

Inútil parece decir que el tren que corre en una de las vías para servir las dos líneas puede franquearla á voluntad en ambos sentidos, mas para hacerle pasar de una vía á otra, ha de franquear necesariamente el juego de agujas de la derecha, que es el más alejado de la cocina.

La desviación de la vía es de 115 milímetros, anchura suficiente para asegurar una estabilidad satisfactoria en el material movible sin obstruir la mesa.

El tren (fig. 2) se compone de una plataforma de 75 centímetros de longitud por 22 de anchura, que gira sobre dos bases: en una de éstas se halla el motor, y la otra no es más que un *truck* con dos ejes que sirve de soporte.

El motor dinamo-eléctrico que hace funcionar la base motor está constituído por un doble carrete en T, género Siemens; el uso de dos carretes en ángulo recto evita los puntos muertos, asegurando el desamarre en todas las posiciones; las cuatro ruedas de la base están acopladas por bielas para aumentar la adherencia, gobernándolas un engranaje que reduce su celeridad en la relación de 1 á 9. El gasto de fuerza eléctrica es insignificante, pues la corriente no pasa de 0,5 á 0,6 Ampère, con una fuerza electromotriz de 36 volts. El tren pesa 7 kilogramos cuando está vacío, y puede llevar 25. Si se intercalan resistencias en el circuito, será dado variar la celeridad normal entre 10 centímetros y 1 metro por segundo. El desamarre y la detención son muy rápidos, permitiendo la simple inversión de la corriente llevar con mucha rapidez el tren desde un punto de la mesa al otro.

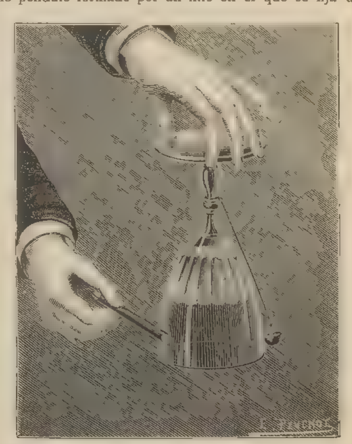
Es una maravilla ver con qué docilidad el tren obedece instantáneamente á las órdenes del amo de la casa, haciendo de por sí el servicio, por la hábil maniobra de un conmutador que está bajo su mano. Esto es un refinamiento de comodidad y una graciosa cortesía, que comunica á los banquetes un carácter especial de animación íntima.

Semejante instalación nos ofrece también un nuevo ejemplo de los mil servicios que la electricidad puede prestar en la vida doméstica; y debemos dar gracias á M. Gastón Menier por habernos proporcionado ocasión de apreciar el encanto que tiene esta curiosa é interesante aplicación.

(Tomado del periódico *La Nature*)

FÍSICA SIN APARATOS

Vibración de los cuerpos sonoros. – Fácil es de mostrar el principio de la acústica que se expresa diciendo: todo cuerpo que emite un sonido está en vibración. En la base de una copa de cristal invertida se ata un pequeño péndulo formado por un hilo en el que se fija un botón cualquiera, que debe apoyarse en la parte inferior de la copa, como se indica en el grabado; con un lapicero se golpea el cristal, que emite un sonido; y mientras se produce este último, el botón salta en la superficie de la copa haciéndose así evidentes las vibraciones.



Vibraciones de un cuerpo sonoro

Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 28 DE NOVIEMBRE DE 1887 — NÚM. 309

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



NIÑERAS DE AMORES, cuadro de J. Aubert, expuesto en el «Salón» de París

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

NIÑERAS DE AMORES, cuadro de J. Aubert

Se ha dado en decir que amor es niño, y aun cuando esto constituya uno de los errores más vulgares, hay que asentirlo porque así viene admitiéndose hace siglos. Supongamos al amor representado por un hombre ó una mujer en la edad de las pasiones que instintivamente aproximan á los individuos de uno y otro sexo, y reñimos con la mitología artística que ha producido tan admirables lienzos sobre la falsa base del amor niño. Respetemos, pues, una vez más la teoría de los hechos consumados.

También la admite el autor del simpático cuadro que reproducimos; pero acto continuo pone el artista los puntos sobre las *íes*, como vulgarmente se dice. Sus *amores* son unos hermosos niños sin disputa; pero no son unos niños dioses; antes bien se hallan sujetos á todas las debilidades humanas. Uno de ellos necesita andadores, el otro se duerme como el más inocente de los cachorros, y al tercero hay que limpiarle las narices al igual del *bebé* más vulgar y menos olímpico.

A pesar de ello, el cuadro tiene condiciones especiales para llamar la atención. M. Aubert, que imprime á sus pinturas algo de la elegante frivolidad francesa, ha hecho para su uso particular una mitología parisién. Después de todo, el célebre Offenbach le había precedido, y el pintor no ha incurrido, como incurrió el compositor, en la caricatura chocarrera. La mitología parisién de las *Niñeras de amores* dista mucho, por fortuna, de la de los *Dioses del Olimpo*.

EL BUFÓN DORMIDO, cuadro de Herman Kaulbach

Sí, lectores míos; por humillante que sea para la humanidad, ha habido bufones á salario de los grandes; y lo que es peor, según el insigne *Fígaro*, ha habido príncipes que han asalariado bufones. De la existencia de semejantes *locos* ha tomado pretexto Kaulbach para un cuadro delicioso y modelo de expresión.

El bufón, no sabemos si llamarle mísero ó miserable, ha subido al desván ó granero del palacio, donde se ha creído igual á los demás hombres ante el derecho de dormir cuando les aqueja el sueño. ¡Valiente derecho el suyo! .. Quien ha vendido su dignidad á trueque de hacer asomar una sonrisa á los labios de su dueño, no tiene más libertad que la concedida por el hastío de éste.

Las hijas del *castellano* persiguen á la víctima en su escondido refugio y á la vista de esa fea masa de carne, no es la compasión, sino la hilaridad, lo que contrae sus rostros. El tranquilo sueño del bufón, durante el cual quizás se haga la ilusión de ser un hombre como los otros, será interrumpido por esas dos hermosas criaturas mal educadas, que no comprenden todo el daño que causa aquel que priva del sueño á un desgraciado. El *loco* despertará con sobresalto y vendrá á la horrible realidad de su destino. Gracias que por esta vez la realidad adquirirá las seductoras formas de la infancia y el bufón saldrá del paso con un embrollado cuento de hadas.

Tal es el asunto del cuadro de Kaulbach, tan acertadamente ejecutado, que bien puede calificarse de obra en todos conceptos feliz.

VIAJEROS EN EL SIGLO XVII, cuadro de W. Rauber

Este lienzo es mixto de paisaje y figuras, y tan perfectamente están combinados estos dos factores, que ninguno puede reclamar la primacía. Como paisaje tiene luz, vegetación, ambiente, horizontes, todo tratado con habilidad suma; como figuras, dan éstas lugar á bien distribuídos grupos, donde no huelga un solo personaje. El conjunto causa cierta impresión que recuerda la escuela holandesa.

LA PLAYA DE TREPORT durante el reflujo, cuadro de J. Schenker

Treport es una de las estaciones balnearias marítimas de las costas francesas. Menos elegante que Trouville, menos lujosa que Dieppe, no por esto la concurrencia es menos distinguida y numerosa durante el verano. Mientras el conde de París residió en el castillo de Eu, la nobleza orleanista se dió cita periódica en aquella playa, donde el pretendiente podía recibir como en corte.

La población antigua se halla edificada en sitio elevado: sin duda allá en lo antiguo, los habitantes de Treport tendrían fundados motivos para defenderse contra el furor de las olas. Pero séase que el Océano se haya vuelto más tratable, séase que los bañistas hayan resultado más valientes que los marineros, ello es que las nuevas construcciones, preciosas quintas y confortables hoteles, se han desarrollado en sentido descendente, hasta ser casi lamidas por las olas.

La playa de Treport es muy sensible al reflujo del mar, en cuyo estado ha sido admirablemente copiada por Schenker.

PESCADORAS EN LA PLAYA, cuadro de B. Giuliano

Los sibaritas del paladar se dan apenas cuenta de la suma de trabajo, privaciones y peligros que significa una langosta ó una dorada que, desde la inmensidad de los mares, es trasladada al salón del banquete. El pintor Giuliano se lo recuerda en un bello lienzo, donde el realismo del asunto adquiere, merced al arte, algo de la poesía inherente á todo cuadro representativo del mar.

ALDEA EN LAS LAGUNAS, cuadro de Dill

Cabe las lagunas del Adriático existen una porción de aldeas que nada dicen al vulgo, y sin embargo dicen mucho al artista. No las visita el opulento viajero cuyo objetivo son los palacios y templos venecianos; pero las visita el pintor que se extasía donde quiera que haya luz, ambiente, movimiento y algo típico que únicamente se revela á los que ven las cosas por su lado poético. Las aldeas lo tienen también y en especial cuando el mar las baña. Donde hay mar hay una nota de color simpático, un horizonte sin límites y una vida que, aun reducida á pequeñas proporciones, toma múltiples y pintorescas formas.

Así vemos que el cuadro de Dill, sin que su asunto deje de ser común y hasta vulgar, causa una impresión agradable. Más de un filósofo cansado del mundo envidiaría la dulce calma de esa aldea, que no es, á pesar de todo, la calma monótona de las poblaciones de la montaña. La reproducción de ese movimiento relativo está hecho con verdadero talento. Ni mucho, ni poco; verdad, exclusivamente verdad.

SUPLEMENTO ARTISTICO

LOS IMITADORES DE FORTUNY, dibujo de J. Llovera

La naturaleza es tan armónica en sus manifestaciones, que cualquiera exageración de lo bueno y de lo malo produce un verdadero desentono. El hombre se rige tan en absoluto por esa armonía que, al sentirse herido por la nota desentonada, vuelve instintivamente la vista hacia el punto ú objeto que interrumpió el general acorde. Y esto no es propio de tal ó cual orden de cosas, antes bien se realiza desde lo más vulgar á la más sublime. En el orden físico y en el moral hay un máximo y un mínimo y un justo medio. Dentro de estos límites queda encerrada la vida general; fuera de ellos, en más y en menos, empieza lo extraordinario; y únicamente lo extraordinario llama la atención en todas las esferas. Así, por ejemplo, un hombre cuya estatura varía desde el metro cincuenta al metro sesenta, pasa enteramente desapercibido entre millares de sus semejantes. En cambio, el hombre que no alcanza la medida de un metro ó raya en los dos metros, está seguro de que ni uno solo de sus compañeros de humanidad dejará de contemplarle al paso. Otro tanto podríamos decir, verbigracia, de los melones muy grandes y de los perros muy pequeños.

El gigante es, principalmente, el objetivo de la atención pública, llámese Goliath ó llámese Cesar; expóngasele en un barracón como á Bejarano ó expóngasele en la historia como á Napoleón I.

Ahora bien; Mariano Fortuny era un gigante del arte y, cosa muy natural, cautivó la atención de todas las medianías. Prorrumpen estas en un grito de admiración, lo cual no deja de ser muy natural, asimismo; pero una vez se ha doblado ante el genio, la parte débil de la humanidad se enseñorea del vulgo artístico. Su cálculo es tan sencillo como esto: — Fortuny se ha hecho inmortal; Fortuny ha ganado mucho dinero con sus cuadros; pues imitemos, copiemos los cuadros de Fortuny... — No de otra suerte discurría la rana cuando se hinchaba para igualar el volumen del buey.

Ese cálculo contrajo nupcias con la vanidad, y de este matrimonio fecundísimo surgió una plaga de imitadores que, con la impunidad de tales, matan al prójimo de un susto. Es una desdicha inseparable del genio: lo mismo Shakspeare que Calderón y Byron, lo mismo Mozart que Meyerbeer y que Gounod, en lugar de discípulos aplicados han tenido osados imitadores. Siempre la fábula de Icaro pretendiendo entrar en la región del sol sin más ayuda que su petulancia y sus alas de cera.

Llovera, nuestro distinguido colaborador, que admira á Fortuny tanto como le respeta, ha arremetido contra ese enjambre de monos en el dibujo alegórico-epigramático que publicamos. La composición es ingeniosa y la ejecución acertadísima. Después de rendir el debido tributo al eminente artista, recordando algunas de sus obras en la parte superior é inferior del dibujo, evoca á los principales personajes de los lienzos de Fortuny y en bien combinado grupo deja conocer la hilaridad que les causa tanta ridícula imitación y copia del inimitable é incopiable maestro. El militar de *la Vicaría* no ha podido contener su enojo y, con el sable desenvainado, amenaza tratar los lienzos de los copistas como el hidalgo manchego trató los pellejos que se le figuraron gigantes.

La sátira de Llovera es algo ruda; pero el motivo la excusa. Cuando se sale á la defensa de un ídolo, la piedad parece casi pecado. Y finalmente, en bellas artes como en todo, si aparece un cáncer por desgracia, lo más sano es extirparlo.

DON RAMÓN PICATOSTE

I

UNA VOCACIÓN

¡Pobre muchacho! ¡Quién lo había de decir!... Era un excelente sujeto, y si no hubiera sido por la pícara manía de hacer papel en el mundo, hubiera llegado á ser hasta un buen padre de familia, cosa que no es tan fácil ni tan común como á muchos se les figura, y que tiene indudablemente su mérito, superior á otros muchos méritos más cacareados.

Yo no le conocía ni de vista ni de nombre, y jamás hubiera sabido que tal persona existiese en el mundo si él no se hubiera cuidado de manifestarlo por los medios más ostensibles, llevado de la noble ambición de hacerse famoso.

No puedo pasar por alto el modo con que don Ramón notificó al mundo su presencia, mucho antes de llamarse don Ramón, y cuando era simplemente *Ramoniyo*, diminutivo que su familia y amigos le aplicaban cariñosamente y que nuestro héroe recibía malhumorado cual si fuera un insulto ó cosa parecida.

Es el caso que una tarde salí yo, como otras muchas, de paseo con mi mujer por la carretera de circunvalación de Salamanca, el *boulevard exterior* como si dijéramos de la monumental ciudad. Aquí vendría de molde una descripción de esta carretera, amenizada (la descripción, no la carretera) con un parrafillo de crítica zumbona; pero no estoy de humor para sentar plaza en el regimiento de Zola, jefe aguerrido del realismo, capaz de contar á Vds., si se les ponen por delante, las rozaduras, manchas de grasa, desperfectos y quemaduras de los pucheros de las legendarias bodas de Camacho, con todos los saltos, piruetas y contorsiones del aceite y el agua que tenían dentro y todos los dolores, retortijones, aprietos y metamorfosis internas y externas de las sabrosas carnes al ser cocidas, fritas ó asadas... ¡Uf! ¡Vade retro! Dios me libre de caer en tentación tamaña. Yo ahora no necesito decir más para mi propósito y para que Vds. sepan todo lo que deben saber que la carretera en cuestión se halla bordada á trechos por la derruida muralla, y á trechos por casucas, puertas traseras y corrales tan sin color, olor ni sabor artístico ni pintoresco que ni Vds. ganarían nada con leer su curiosa descripción ni yo con hacerla, por cuya causa la dejo en el tintero. Sólo, sí, les diré, y esto es lo que verdaderamente importa al caso, que una de dichas casucas tenía recién blanqueada su exigua fachada, y que sobre su deslumbrante blancura se destacaba una negra inscripción trazada por inexperta mano. Esta inscripción, que atrajo mis miradas, decía así:

Por Aqí Paso Ramon Picatoste.

¡Nieguen Vds., después de esto, la predestinación! El que había trazado aquellas líneas sin miedo de ensuciarse las manos con carbón y sin temor de encontrarse mientras escribía con la horma de su zapato, es decir con un puntapie del dueño de la blanca casa, estaba indudablemente llamado á la celebridad, la sentía hervir dentro de sí mismo, y no podía resistir al deseo de comenzar á conquistarla por medio tan eficaz como el de dejar impreso su nombre en negro sobre las paredes blancas.

La arrogante inscripción nos hizo reir un momento á mi mujer y á mí y después seguimos nuestro camino sin volvernos á acordar de ella.

Al llegar cerca de la puerta de Santo Tomás comenzó á pintear; nosotros no llevábamos paraguas y apretamos el paso; la nube que se cernía sobre nuestras cabezas se resolvió en lluvia declarada. Entramos por la puerta de Santo Tomás sin mirar siquiera el triple ábside románico de la parroquial de su nombre, atravesamos por delante de la extensa fábrica del Colegio militar de Calatrava, y nos internamos por la calle de Don Francisco Montejo siguiendo los muros del suntuoso convento de San Esteban. La lluvia arreciaba, dímonos prisa y en pocos segundos desembocamos en el atrio de Santo Domingo; pero en vez de cruzarle para dirigirnos hacia la calle de San Pablo, preferimos guarecernos bajo la soberbia arcada artesonada que cobija la fachada plateresca de San Esteban.

¡Qué hermoso es aquello! La Edad media y el Renacimiento sabían edificar rindiendo culto á la grandiosidad y al arte; las construcciones contemporáneas á su lado, en Salamanca sobre todo, son irrisorias, raquíticas y descoloridas. En frente del convento de San Esteban se alza el palacio del marqués de Castellanos, joyas ambas bien caracterizadas, aquel del siglo XVI, éste del XIX; después de admirar el uno da escalofríos contemplar el otro. ¿Los describo?... ¡Qué tentación tan seductora! Pero no, sabré resistirla, porque me acuerdo del *nunc non erat his locus* horaciano que tan olvidado tienen los secuaces del realismo ultra-pirenaico y que, no por ser horaciano, sino por ser precepto bueno y justo, debe respetarse. A los lectores de la historia de don Ramón Picatoste les importa un bledo el saber las descalabraduras de los santos de piedra que adornan la fachada de San Esteban, ni si visten estas ó las otras ropas ó si son barbudos ó barbilampiños. Yo confieso que, para matar el tiempo, me estaba entreteniendo en contar las repisas, doseletes, escudos, medallones, estatuas y relieves de aquel suntuosísimo retablo cuando llamóme la atención mi mujer señalándome una inscripción trazada con yeso en el zócalo y cuyos rasgos no me eran del todo desconocidos. Esta inscripción decía así:

Aqí Estubo Ramon Picatoste

—¡Hola, hola!—dije.—¿Con que otra vez Ramón Picatoste? El muchacho es aprovechadito y no pierde ocasión de dejar su nombre á la posteridad.

Seguí contando las repisas, doseletes, estatuas, escudos, relieves y medallones y al concluir de contar los alcachofones del artesonado arco cesó de llover. Atravesamos el atrio y puente de Soto, cruzamos la calle de San Pablo y nos metimos por la tortuosa, empinada, solitaria y enchinarrada callejuela del Tostado. Ibamos despacio porque no teníamos prisa ni allí es cosa de correr, sin hallar otro pasto á nuestras miradas que desnudos paredones de tapias ó caserones vetustos cuando en la pared frontera á la desembocadura de la calle del Silencio ví un disforme letrero negro que decía:

Por Aqí Paso Ramon Picatoste.

¿A qué negarlo? Me empezó á interesar aquel nombre y entré en curiosidad de conocer la persona á quien pertenecía. Ya empezaba mi imaginación á volar á sus anchas por el mundo de las ficciones haciendo los cálculos más peregrinos cuando una pregunta de mi mujer vino á sacarme del hermoso país de los sueños. La calle del Tostado terminó y al subir la escalerilla que conduce á la plazuela de Anaya, uno de los sitios más hermosos de Salamanca, leí en la pared escrito con almagre:

Por Aqí Paṣo Ramon Picatoste.

—Yo he de saber quién es Ramón Picatoste,—exclamé con tono decidido y apresurando el paso como si tuviera prisa por llegar á casa.—¡Lo he de saber!

Preocupado con la manera de satisfacer mi curiosidad y mi deseo, pasé delante del Colegio viejo sin dirigirle siquiera una mirada, crucé por delante de la Catedral sin dignarme reparar ni aun en su preciosa fachada de Poniente, atravesé la calle de Calderón de la Barca abismado en mis reflexiones, dí unos cuantos pasos por la calle de Libreros, desemboqué en el Patio de Escuelas y sin fijarme ni en la fachada de la Universidad, ni en la del Hospital del Estudio, ni en la del Instituto, ni aun en la estatua de Fray Luis de León, saqué mi llavín y yéndome en derechura al número 8 de la Plazuela (donde tienen Vds. su casa) abrí la puerta, subí las escaleras de dos en dos y dí con mis huesos en el sofá de la sala murmurando entre dientes: — ¡Ramón Picatoste!

II

Quién era Ramón Picatoste.

¿Quién era Ramón Picatoste? ¿Dónde vivía? No era difícil hallar la solución de estas preguntas dado el afán del incógnito personaje por señalar las huellas de su paso con sendos y expresivos letreros de todos colores y tamaños; los tales letreros no podían menos de conducir en derechura al domicilio de los Picatostes, de donde sin duda arrancarían; bastaba pues, volver á encontrar uno de aquellos cabos sueltos y seguirle sin interrupción para dar con la morada picatostil. Esto pensaba yo, estisbado de codos en mi balcón la mañana siguiente al día en que de tal modo se había excitado mi curiosidad, cuando de pronto mis ojos se quedaron clavados en unos blancos garabatos trazados en la puerta del Instituto de 2.ª enseñanza y que decían:

Aquí Anda Estudiando 2.° de latín Ramon Picatoste.

—¡Eureka!—exclamé.—Tengo el genio á la puerta de casa y no lo sabía... ¿Con que Ramón Picatoste *anda estudiando* 2.° de latín? ¡Perfectamente! Voy ahora mismo á conocer esa alhaja. Son precisamente las diez y media, hora de que los estudiantes de 2.° de latín, los *garbanceros* como ellos se llaman, entren en clase; me voy allá á ver si le descubro.

Y dicho y hecho: dos minutos después estaba en el aula núm. 3, donde acababan de entrar los cursantes de 2.° de latín. El Profesor, repantigado en su vetusto sillón de cuero, tomaba lista. La ocasión no podía ser más propicia á mi intento; yo prestaba atento oído temiendo hubieran nombrado ya á mi héroe cuando al fin escuché la voz del Catedrático que decía:

—¡Picatoste y Quijada, don Ramón!

—¡Servidor de usted!

La voz era aguda, atiplada, de timbre simpático. Volvíme hacia el lado en que había sonado y me encontré con un muchachillo de unos doce años de edad, delgado, nervioso, de inquieto mirar y desasosegados movimientos, vestido con modestia y de fisonomía expresiva y agradable. El primer examen que de él hice no me disgustó y sentí hacia él irresistible simpatía. Estaba sentado en un rincón próximo al encerado y sus miradas saltaban con excesiva movilidad del rostro del Catedrático al paquete de barras de yeso que estaba á su alcance; aprovechando un momento en que el Catedrático se volvió del otro lado para sacar el pañuelo del bolsillo de la levita, Picatoste y Quijada (don Ramón) alargó la mano y con ligereza de prestidigitador hizo pasar una barrita del cajón del yeso á su bolsillo; aquel era sin duda el arsenal en que Picatoste se proveía de armas blancas con que eternizar su nombre por calles y plazuelas; las armas negras las sacaría del fogón de su casa, y las encarnadas procederían sin duda del depósito de almagre que la criada tendría en la cocina para dar color al embaldosado de las habitaciones los sábados, si es que el mismo Picatoste en persona no lo iba á buscar á la Peña del Hivoro ó á la fuente Cagalona, puntos de extracción más conocidos del mineral.

Salí del aula; pero aun no estaba satisfecho. Yo quería entablar relaciones con aquel perillán, deseaba tratarle, sondearle, conocer su familia, estudiar su carácter, adivinar su porvenir y facilitar si era posible la realización de sus esperanzas. Se me había antojado que aquel Picatostín estaba destinado á grandes empresas, y anhelaba la honra de provocar su vocación y de ingerirme en sus destinos con el desinteresado anhelo de contribuir á su encumbramiento. Para hacer todo esto necesitaba saber dónde vivía, y aunque nada más sencillo que preguntárselo á él mismo, ahora que ya le conocía, no quise echar mano de semejante recurso; preferí espiar su salida de clase y seguirle.

Y así sucedió: á las doce en punto le descubrí entre los que salían correteando del Instituto; él con sus compañeros delante y yo detrás cruzamos la calle de Libreros y la Plazuela de San Isidro metiéndonos después por el atrio de la Compañía; al llegar á la calle de Meléndez, los condiscípulos de Ramón se introdujeron por ella mientras Ramón siguió solo por la calle de la Compañía; yo me hallaba á unos veinte pasos de distancia. El estudiantillo de latín se paraba de cuando en cuando y escribía en las paredes la consabida frase:

Por aquí pasó Ramon Picatoste.

Como se ve, el joven alumno había reformado ya su ortografía, sin perder por eso sus aficiones á levantar acta de sus pasos. De este modo atravesamos la plazuela de las Agustinas, la de Monterey, la calle de Bordadores y la de las Ursulas hasta desembocar en el Campo de San Francisco; Ramón pasó por delante de la barroca capilla de la Cruz y apretando el paso se introdujo resueltamente por la calle de Arriba; cuando yo llegué á ella ya había desaparecido.

—¡Aquí debe vivir!—me dije.

Efectivamente: á la izquierda de la puerta de una de las primeras casas leí el siguiente expresivo letrero:

Aquí vive Ramon Picatoste

La ortografía, como se ve, era ya intachable; se conocía que el estudiantillo hacía progresos.

III

Las habilidades de Ramoniyo.

No vacilé; tenía mi plan formado y con los nudillos de los dedos, pues no había allí esquila ni aldaba, dí unos cuantos golpecitos en la puerta; una rolliza mujer abrió y sin más ceremonias me introduje en la casa preguntando por el señor Picatoste. Este no tardó en presentarse; era un maestro carpintero, bien acomodado, de unos 52 años, fresco todavía, campechanote y bonachón, brotando salud y franqueza por todos sus poros y vestido *á la negligée* en mangas de camisa.

—Siéntese V.,—me dijo ofreciéndome una silla después de saludarnos.—El tiempo está bueno; corre un vientecillo que da gusto. ¡Vaya! Echaremos un cigarro... tenga usted.

—¡Gracias!—le dije.—No gasto.

—¿No fuma V.? Bien hecho,—me contestó.—Así se hará V. rico; si yo pudiera dejarlo... pero ¡ca! es imposible. Con que vamos á ver, ¿qué se le ofrece á V. y en qué puedo servirle?

—¿No tiene V. un hijo llamado Ramón?

—¡Ya lo creo!... ¡Una alhaja, cabayero, una alhaja!... ¿Usted le conoce? ¿Le ha hecho á V. alguna pirrafa? Pues no acostumbra...

—¡No, no, nada de eso!... Al contrario... Es un muchacho que me interesa sin saber por qué, y á mi deseo de conocerle y tratarle debe V. mi visita. Se me ha antojado que ha de ser todo un hombre...

—¡Pues ya lo creo, cabayero!—dijo el buen padre levantándose sofocado de satisfacción.—¡Eh! ¡Ramón! ¡Ramoniyo!... ¡Teresa!... ¡Teresa!... Venid acá en seguida...

Teresa se presentó; era la rolliza mujer que había abierto la puerta, digna en todo y por todo de su marido.

—¿Qué hay? ¿Qué pasa?—preguntó como asustada por las voces del carpintero.

—Pues mira... este cabayero... ¡si ya lo decía yo, canastos! No podía ser menos... me lo daba el corazón; lo que es Ramoniyo... ¡échale guindas al mozo!... Mira, mujer, saca unos dulces y copas... ¡Ya lo creo!... ¡Ramoniyo! ¡Ramoniyo!... Llámale, mujer, y trae los dulces en seguida... ¿Con que V. le conoce? Pues no sabe V. lo que es, ¡quiá!... Hace unos versos y tiene un pico que ya, ya... Pero, mujer, ¿te has quedao en babia? Tráenos lo que te he dicho... díle que baje, mujer.

La carpintera desapareció sin acertar á comprender lo que pasaba, aunque adivinando que pasaba algo y que lo que pasaba debía ser bueno.

—Pues verá V., cabayero: ahora mismo le voy á enseñar á V. los versos que Ramoniyo ha puesto en su libro de latín, sacados de su cabeza. ¡Verá usted, verá V... ¡Ca! si es un mocito...

El padre salió un momento y volvió en seguida con un libro que me presentó abierto por la primera hoja.



EL BUFÓN DORMIDO, cuadro de Herman Kaulbach

Yo leí en voz alta:

Si este libro se perdiere
Como muchas beces pasa
Suplico á quien se lo aye
Que me lo yeve á mi casa
Mi amo Ramon Picatoste
Si no se lo dan les jura
Que por su cabeza dura
Les ha de dar contra un poste
Y en canbio si se lo entriegan
Les regalara un bizcocho
Bibe en la calle de Arriba
Casa del número ocho.

—¿Eh, eh?... ¿Vale ó no vale? Pues no crea V., cabayero, todo eso lo escribió en un decir Jesús, en un santiamén, y sacao de su cabeza... ¡Ya lo creo! Le digo á usted...¡Ramoniyo! ¡Ramoniyo! Pero, ¿no vienes, hombre?

El muchacho entró acompañado por su madre. Llevaba un papel en la mano y estaba como avergonzado, no acertando á comprender por qué le llamaban con aquella premura, y temiendo alguna reprimenda.

—Pero, ¿dónde andas, *perdís*? ¿No me oías?

—Estaba muy entretenido,—dijo la madre,—escribiendo arriba en su habitación.

—¡Ya lo creo!... ¡la de siempre!... Si le digo á V., cabayero... Vamos á ver, Ramoniyo: alza esos ojos, hombre, que nadie te va á comer. No parece sino que has hecho algún *estropicio*... Mira bien á este señor...¿le conoces?

—Sí, señor,—contestó el muchacho bajando otra vez los ojos más avergonzado aún después de haberme mirado.

—¡Hola, hola!—dije yo.—¿Con que me conoces? Bien, hombre, bien; hemos de ser dos buenos amigos.

—¿Y de qué le conoces, muchacho?—preguntó el padre sorprendido.—A ver, á ver; cuéntanos eso.

—No tiene nada de particular,—dijo Ramón.—El señor vive...

—Aguarda, aguarda, chiquiyo,—interrumpió el carpintero,—quiero que lo digas todo eso en latín *pa* que este señor vea lo que sabes.

—Pero, padre, si yo...

—¿Esas tenemos? ¡Pues qué! ¿No nos pides agua en



VIAJEROS EN EL SIGLO XVII, cuadro de W. Rauber


Copia de Fortuny!
Copia



IMITADORES DE FORTUNY, dibujo de J. Llovera, grabado por Sadurní



LA PLAYA DE TREPORT DURANTE EL REFLUJO, cuadro de J. Schenker



PESCADORAS EN LA PLAYA, cuadro de B. Giuliano

latín, y pan, y carne, y otras cosas, y hasta nos das los buenos días, canastos? Pues, *¡pa* qué quieres lo que sabes más que *pa* lucirlo cuando venga á pelo? Nada, nada, lo dicho, dicho, y la jaca á la puerta. Has de hablar en latín ó reñimos; y no me vengas con *lilailas*...

—Pero, padre, ¿no ve V. que...?

—Déjele V., - dije yo cortando por lo sano y comprendiendo el compromiso en que al pobre muchacho le iba á poner su padre; - déjele V. que hable ahora en castellano; tiempo nos quedará de saber los puntos que calza en latín.

—¡Vaya, bueno, canastos!... ¡Siempre se ha de salir con la suya! Dí lo que quieras, y como quieras, hombre. No volveré yo á sacar la lengua á paseo.

Ramón contó cómo me conocía de haberme visto entrar y salir varias veces de mi casa del Patio de Escuelas, manifestando saber cómo me llamaba, y no ignorando tampoco que era yo director de un periódico. Cambiamos después de esto algunas palabras y luego el padre que estaba embobado oyéndole, se fijó en el papel que el muchacho tenía en la mano y le dijo:

—¡Oye, oye! ¿Qué papel es ese?... ¿Serán versitos, eh? A ver, á ver; enséñaselo á este señor.

—¡Si no es nada! - dijo Ramón bajando los ojos y poniéndose colorado. - Mi madre se empeñó en que lo bajara, y yo... como no sabía... creí...

—¡Vaya, vaya, hombre, no seas tan apocado! Echa *pacá* ese papel y veamos lo que dice... ¿Lo habrás *sacao* de tu cabeza, *verdá*? ¡Ya lo creo! Vamos, hombre, no te hagas el mohino; échalo *pacá* que lo vea este cabayero. ¿Te da vergüenza? Pues, hombre, no será ningún *pecao*...

El muchacho no tuvo más remedio que rendirse á tan repetidas instancias; entregó el papel mohino y pesaroso y el padre después de echarle una ojeada, me lo entregó frotándose las manos de satisfacción y diciendo:

—¿Noviajos tenemos?... A ver, á ver quién es esa Laura; lea V., lea V., cabayero.

Yo leí lo siguiente:

Á LAURA

Laura hermosa, cuando el aura
Juguetea entre las flores
Al contarlas sus amores
Murmura tu nombre, Laura.
Tienes labios de carmín,
Tu mirada es la del sol,
Tus pies están en latín,
Tus ojos en español.
¿Cómo no amar tus encantos?
¿Cómo verte y no adorarte?
Te quiero más que á los santos
Cuando logro contemplarte.

Al terminar mi lectura, la madre de Ramón estaba llorando, el padre reventaba de satisfacción, y el chico estaba encendido como la grana.

—¡Hijo mío!—exclamó la madre cubriendo de besos al aprendiz de poeta.—¡Bendito sea ese pico de oro que Dios te ha *dao*!

—¡Eh!... ¿qué tal?—me decía el padre.—¿Vale ó no vale? ¡Cuando yo decía!... Y lo ha *sacao* de su cabeza, eso á la legua se conoce... Hay que mandar esos versos á tu tío el cura *pa* que vea qué sobrino tiene... ¡Vaya con el mocito! ¿Y esa Laura? ¿Quién es esa Laura que yo no la conozco? Lo que es los chicos de ahora... ¡Qué doce años, eh! Pero vamos á ver: ¿y cómo vas tú á ser cura habiendo esas Lauras de por medio?

—¡Yo cura!—replicó el chico amostazado en son de protesta.

—Eso quiere tu tío Bonifacio, que es el que te paga la carrera. Pero si tú no sales *pa* cura, ya veremos, hombre, ya veremos: no hay que apurarse por eso, que de menos nos hizo Dios. El caso es que tú salgas *palante* como hasta aquí, que luego Dios dirá. Tú tienes que ser un hombre de provecho; eso no hay quien me lo quite.

—¡Ya lo creo!—añadió la madre.—Eso me lo está á mí diciendo el corazón desde que eché al mundo al hijo de mis entrañas.

IV

La evolución de la impresionabilidad de una madre

Me hallaba en frente de una familia como hay muchas, ó como son por mejor decir casi todas, compuesta de un padre y una madre que estaban embobados con su hijo y que no se recataban de manifestar sus sentimientos ni aun ante el objeto de su cariño y admiración. Dando de barato que Ramón fuese la maravilla que sus padres se imaginaban (cosa que aun no estaba yo en el caso de apreciar) la experiencia enseña que las alabanzas desmedidas prodigadas á los niños, aun siendo merecidas, embotan el sentido moral del elogiado, fomentan su orgullo y egoísmo y lejos de servirles de estímulo enervan su actividad y hasta tuercen su dirección en sentido nocivo. Aquellos padres bonachones que se extasiaban sin rebozo ante su hijo estaban próximos á perder su autoridad y á producir con la mejor buena fe del mundo, la más honda perturbación en la educación de su ídolo si continuaban por el camino emprendido. Por su interés y más aún por el interés de su hijo era preciso advertirles del peligro que corrían, aunque lo probable y casi seguro era que se perdería el tiempo, pues los padres no ven nunca el daño que hacen á sus hijos con sus condescendencias para con sus pequeños extravíos, pasioncillas nacientes ó inclinaciones torcidas y con sus desmesurados aplausos á las infantiles *gracias* y á las primicias del ingenio ó talento de sus vástagos. ¿Quién puede calcular los estragos que causan en la vida esos gérmenes nocivos no arrancados oportunamente con vigorosa mano, aunque con tacto exquisito, del corazón de la infancia, y esas semillas malsanas lanzadas por el inexperto é irreflexivo cariño de los padres en el alma de sus hijos? ¿Qué padre se detiene á considerar que el espíritu que impulsa al niño á pegar á su nodriza cuando no satisface uno de sus caprichos, es el espíritu mismo que le ha de impulsar más tarde á cometer un asesinato, si el sentido moral no se educa convenientemente? Y si algún padre se detiene en estas consideraciones ¿quién hay que no dilate la adopción del remedio, ya disculpando como fútil aquella pequeña satisfacción del amor propio irritado, ya haciéndose la ilusión de que el tiempo ahogará por sí sólo los gérmenes dañinos que en el corazón de su hijo se albergan, ó ya encontrándose sin fuerzas para luchar contra el mal, aunque conozca su trascendencia? Los más, ante un hecho como el indicado, celebran el arranque del niño como una gracia inocente, dejando así que eche raíces la naciente soberbia y el incipiente espíritu de venganza: los menos se contentan con dejar hacer al niño por no contrariarle, siendo cómplices pasivos del torcimiento de su carácter.

Estas ó parecidas reflexiones acudían en tropel á mi mente oyendo las alabanzas y ditirambos que los padres de Ramón entonaban á su hijo, pensando al propio tiempo en hacerles alguna indicación para apartarles de semejante conducta, sin acertar con el modo de conseguirlo.

—Ahí le tiene V.—me decía Picatoste padre señalando á Ramón.—Al principio estaba un poco *añoñao*, pero ya se va reponiendo: ya verá V., ya verá V. cómo saca los pies de las alforjas. Con que á V. ¿qué le parece?

—El chico me gusta...—contesté yo.

—¡Toma! ¡Ya lo creo!... ¡Pues es *pa* no gustar un muchacho como mi Ramoniyo!

—Tiene buena disposición natural,—añadí sin hacer caso de la vanidosa interrupción del padre,—y lo que falta es dirigirla bien.

—No, lo que es eso...—dijo Picatoste padre,—corre de mi cuenta, aunque el chico no lo *nesecita*...

- No diga V. *nesecita*, padre,—se atrevió á decir Ramón,—se dice *necesita*.

—¿Lo ve V.? ¿Lo ve V.? Hasta se atreve á enmendar la plana á su padre; ¡cuando le digo á V...! ¡Canastos con el chico y las aleluyas que saca! ¿Con que se dice *nese... sece... cese... nesecita*... ¡Vamos! no lo puedo decir. Déjame á mí con mis *palabras*, que á mí no me han *enseñao* más y no me vengas con *andróminas*. Con que decía V...

—Digo que por mi parte,—proseguí,—tendré verdadera satisfacción en contribuir en lo que pueda á los progresos de Ramón en su educación y carrera. Por de pronto cuando necesite libros, ya de estudio, ya de entretenimiento provechoso, no tiene más que ir á mi casa y yo le proporcionaré cuantos tengo.

—Muchas gracias, cabayero. ¡Pues ya lo creo que Ramón lo agradecerá! ¡Ande V., ande V. que ya le dará que hacer el mocito!

—Diga V.,—preguntó Ramón,—¿tiene V. las novelas de Julio Verne?

—¿Lo ve V.? ¡Cuando yo decía!... ¡Echale guindas al mozo! ¡Las novelas de Julio Viernes, eh! ¿Y *pa* qué quieres tú las novelas de Julio Viernes?



ALDEA EN LAS LAGUNAS, cuadro de Dill

—No es Julio Viernes, padre, que nunca sabe V. decir bien las cosas,—replicó el chico con cierto imperio y aires de suficiencia,—se dice Julio Verne; fíjese V. bien en lo que dice y verá cómo habla mejor.

—Bueno, hijo, bueno...—contestó el padre algo amostazado,—ya pondré *cuidao pa* otra vez.

—He aquí una cosa que no me gusta,—dije yo.—Usted, señor Picatoste, no debe consentir que su hijo se le suba á las barbas; y tú, Ramón, no debes olvidar nunca el respeto que se debe á un padre, con cuyos defectos, mucho más si son tan inocentes como los de pecar contra el lenguaje por falta de instrucción, hay que ser condescendientes y benévolos.

—Pues yo no lo puedo remediar,—replicó Ramón:—me fastidia oir hablar tan mal á mi padre; no sé lo que haría...

—Y tiene razón,—dijo la madre interviniendo, orgullosa de ver cómo su hijo se defendía;—si su padre habla mal, ¿por qué no le ha de corregir su hijo?

—No, la verdad es...—dijo el padre arrascándose la frente,—la verdad es...

—Pero, ¿no ven Vds.,—dije yo,—que eso es sentar muy mal precedente y que si el hijo empieza por considerarse superior al padre en la manera de hablar, acabará por considerarse superior en todo lo demás y sobrepondrá su voluntad á la de ustedes?

—¿Y qué importa?—replicó la madre.—Aunque así fuera, ¿no es bueno mi hijo? Pues si no levanta cabeza de sus libros el pobrecito y mientras los demás muchachos están enredando, él está *dale que te pego* día y noche...

—Está bien, señora, y yo le concedo á V. que su hijo sea hoy un santo; pero... ¿y mañana?

—¡Toma! ¡mañana!... Mañana sabe Dios lo que sucederá... ¿Quién va á saber eso?

—Pues para que el día de mañana conserven Vds. su autoridad sobre su hijo por si se descarría...

—¡Qué se ha de descarriar mi hijo!

—Usted lo cree así; pero se ven muchísimos casos...

—¡Pues se verán todos los que V. quiera!—dijo la madre levantándose como irritada,—pero lo que digo yo es que mi hijo será siempre bueno porque sí; lo dice su madre y basta. Con que sus hijos de V. fueran tan buenos como mi Ramón, por contento podía V. darse.

—Yo no tengo hijos, señora,—contesté algo incomodado por aquel exabrupto,—si los tuviera...

—¿Con que no tiene V. hijos? *Velay* porqué habla usted así. Los que no tienen Vds. hijos no saben de estas cosas y lo arreglan todo muy bonitamente; quieren ustedes meterse en lo que no saben, y así sale ello.

—Es la verdad,—añadió el padre convencido por los razonamientos concluyentes de su mujer.

—Pues si es claro,—continuó la madre animándose gradualmente.—¿A qué viene el hablar de si mañana será *así ó asao*? Que sea lo que Dios quiera. Pa lo que hemos de vivir... buena gana de darse malos ratos. Ramón hace bien en corregir á su padre. ¿No dice la doctrina cristiana que se debe enseñar al que no sabe? Pues si Ramón sabe y su padre no...

—Pero, señora...

—¡Nada, nada, lo dicho dicho! Y el que no lo quiera así que lo deje. Hasta ahora mi Ramón no ha *nesecitao* á nadie y bien bueno es, y nadie ha tenido que ponerle faltas...

—Pero, señora...

—¿A qué viene V. aquí con la *peronía* de que Ramón falta al respeto á su padre y se le sube á las barbas? Pues ahora sí que nos puso V. el gorro. ¡Vaya!... ¡Como si no supiéramos nosotros dar educación á nuestro hijo!... ¡Vaya! ¡Que no sé cómo he tenido paciencia!... ¿Qué sabe V. de dar educación á los hijos si no los tiene usted? Ya quisiera V. que se pareciesen á mi Ramón...

—Pero, señora, modérese V., tenga V. calma, reflexione...

—¡No tengo nada que reflexionar! V. es quien debiera pensar en lo que dice y no venir á insultar á nadie.

—Pero, señora...

—¿Pues qué cree V.,—continuó la buena mujer, perdidos ya los estribos,—que porque seamos unos pobres *artistas* no sabemos educar á nuestros hijos? Ya quisieran más de muchos...

—Vaya, señores,—dije yo encaminándome á la puerta,—veo que no podemos entendernos.

—¡Pues ya se ve que no! ¿Cómo nos hemos de entender? ¡Ni falta que hace! ¿Qué quería V., que dijéramos á todo amén? Pues, no señor, que cada uno tiene su alma en su almario y sabe dónde le aprieta el zapato.

—¡Adiós, señores!—dije yo saliendo.

—¡Vaya V. bendito de Dios, que hasta ahora sin V. nos hemos *pasao*, y bien nos hemos *encontrao*, y maldita la falta que nos ha hecho... ¡Pues no faltaba más!... ¡Vaya! Venirnos á decir que no sabemos dar educación á nuestro hijo... el tío ese... ¿qué se habrá *figurao*?...

Estas fueron las últimas palabras que llegaron á mis oídos al trasponer el dintel huyendo de aquella avalancha que, como todas sus semejantes, se sabe dónde empiezan, pero no puede adivinarse dónde irán á parar.

Y aquí tienen Vds. cómo empezaron mis relaciones con la familia Picatoste, inauguradas con tan buenos auspicios y bruscamente rotas por lo que pudiéramos llamar *la evolución de la impresionabilidad de una madre*, usando el tecnicismo en boga.

FERNANDO ARAUJO

(Continuará)

EL VIOLÍN DE UN MAESTRO DE ALDEA

(Continuación)

—Pues amigo Belfegor,—contestó Florencio,—llegas tarde. Si hubieras venido un poco antes, quizá hubiera utilizado tus servicios; pero ya por gracia divina he encontrado el camino de la dicha.

—¿Qué camino es ese ignorado de mí?—repuso Belfegor.

—El de la salvación de mi alma: he resuelto hacerme cura. Ya ves que tus servicios para este caso son del todo inútiles.

—¡Hacerte cura! ¡Qué disparate! En primer lugar si ese medio fuera tan seguro para la salvación como crees, todo el mundo vestiría sotana; y puedo asegurarte aquí *inter nos*... que estás errado de medio á medio. Y en segundo lugar me admira que una persona dotada de una inteligencia tan perspicaz como la tuya no haya comprendido que el suicidio es una aberración puramente humana, pues ningún ser de otra especie incurre en ese desatino que es además una ofensa gravísima al que á todos creó. ¿Qué dirías de aquel que destruyese un objeto precioso *por amor á la persona que se lo hubiese regalado*? Dirías con razón que era un insensato.

—Manejas bien la paradoja, amigo Belfegor; pero como tú has sido la causa de la desgracia de los hombres por haber engañado á nuestra primera y desventurada madre, no me conmoverán tus razonamientos.

—Ya sé,—continuó Belfegor,—que estoy muy desacreditado entre los hombres, y que por lo tanto acogen con recelo mis sabias advertencias; pero, vamos á ver: ¿qué interés puedo tener yo en que no te hagas cura si precisamente?... pero en fin, vale más callar. No me esforzaré en convencerte, porque tú mismo has de llegar á ver claro y á estimar en lo que valen mis sanas intenciones de hacerte feliz.

—La felicidad no se halla en este mundo.

—Cumple con la obligación que te imponen las leyes á que estás sujeto y serás menos desgraciado. Y ten entendido que el que las dictó no deja impune ni la más leve infracción. En tí mismo está la ley que pide su cumplimiento y en tí mismo el castigo inmediato si no la obedeces. Aspiras á una independencia insensata, y este es el origen de tus penas. Ahí tienes la que ahora te atormenta.

Florencio retrocedió espantado. Tenía delante de sí al cura á dos pasos de distancia, postrado al pie de un enorme Cristo entre dos grandes hachones, las manos con los dedos fuertemente entrelazados, fija la mirada en el rostro del Crucificado. Aquel éxtasis infundió tal respeto á Florencio, que le embargó la voz. Sólo cuando se desvaneció la aparición pudo exclamar:

—¡Está pidiendo á Dios por mí! ¡Ah! ¡ese! ¡ese es feliz! ¡Su fe quiero tener yo! Y esa, desgraciado, no puedes dármela tú. ¡Perdón! ¡Dios mío! ¡Perdón! ¡Oh! ¡cuán culpable soy!

—Contempla ahora otra obra tuya,—dijo Belfegor.

—¡Huy!—gritó Florencio cubriéndose el rostro con las manos.—¡Basta por piedad!—El cuadro desapareció. Había visto á Magdalena en brazos del maestro.

El pobre Florencio sudaba de congoja.

—Yo me abraso,—decía.—Quítame este horrible peso que me oprime el corazón. Dices que vienes á aliviar mis penas y te complaces por el contrario en exacerbarlas.

Sin embargo, como Belfegor no era cruel, hacía de modo que las fuertes impresiones que recibía Florencio desapareciesen casi instantáneamente. Cuando le vió ya más tranquilo le dijo:

—De los tres seres que has visto te parece el cura el más feliz; yo añadiré que el más desgraciado es Magdalena. ¿No has observado en su lánguida mirada un reflejo de profunda tristeza?

—¡Oh espíritu infernal!—replicó Florencio.—No me hostigues ya más con tus falaces sugestiones. Quisiera procurar algún descanso á mi espíritu; quisiera olvidar lo pasado; quisiera cambiar de impresiones. Quisiera hallarme á mil leguas de distancia, abandonar esta comarca para siempre jamás!

¡Ah! ¡pero no puedo abandonar á mi pobre y querida madre!

—Puedo satisfacer tu gusto á medida de tus deseos. Si un viaje al rededor del mundo te parece largo, haremos que el mundo viaje al rededor de nosotros.

Imposible era á Florencio resistir á tentación tan seductora, y así dijo á Belfegor:

—De modo que mi ausencia no será larga.

—Tan larga como tú quieras, aunque ya sabes que el planeta terrestre invierte veinticuatro horas en su rotación; pero has de saber además que estando en mi compañía el tiempo no existe: no hay ni luz ni tinieblas; ni ruido ni silencio; ni frío ni calor. Todas estas cosas son ilusiones de los hombres.

Aunque Florencio tenía ya alguna confianza en Belfegor, le preguntó, sin embargo, si podría hacer el viaje sin contraer algún compromiso.

—Ninguno, absolutamente ninguno.

—Pues en ese caso, en marcha.

—Dame la mano. Al tocar la de Belfegor sintió Florencio un terrible escalofrío.

Un vivísimo y repentino resplandor, como producido por un relámpago, iluminó hasta los ámbitos más recónditos del bosquecillo; y surgiendo ambos viajeros como un cohete fueron lanzados á las regiones etéreas. Al atravesar las ramas de los robles salieron espantados unos cuantos grajos, protestando con sus ásperos graznidos contra aquella, para ellos, inoportuna ascensión; pero Florencio, repuesto del susto que le causaron, subía sin temor, diciendo: *alea jacta est.*

VI

Con aquella claridad pudo Florencio ver distintamente á Belfegor. Le pareció un hombre perfectamente formado, de musculatura vigorosa, la piel de color de bronce recién barnizado. Representaba unos treinta años de edad. No tenía cuernos ni rabo; y preguntándole la razón de aquella omisión le contestó que ese era el distintivo de los diablos de baja estofa. Llevaba, sí, grandes alas, tan finas y tan negras como las del murciélago; pero crujían y olían como un impermeable inglés recién salido de la fábrica. Aquel olor era tan penetrante, que Florencio se atrevió á decir á Belfegor si no podía cambiarlo.

—Pues qué, ¿te desagrada? - replicó.

—¡Hombre !Preferiría el jazmín.

—¡Qué gusto tan ordinario! Se conoce que no tienes el olfato bien educado. Has de saber que este suavísimo perfume es el que está ahora de moda en nuestra *high life.*

Aquello hizo en Florencio el efecto de una sugestión hipnótica y empezó á olfatear con deleite las alas de Belfegor.

—Al parecer, - le dijo,—en el infierno hay también categorías sociales.

—Toma si las hay,—contestó Belfegor,—lo mismo que en la tierra, en el agua, en el aire y en el cielo. La igualdad sería una monotonía insoportable. En el orden natural las cualidades que constituyen la perfección en cada especie se hallan diseminadas entre los individuos que la componen, ofreciendo términos de comparación que originan infinita variedad de gustos. Si el ama del cura, que, en mi concepto, no carece de gracia, y pienso por lo mismo tentar en uno de estos días, te pareciera tan hermosa como Magdalena, te hallarías en una situación idéntica al asno de Buridán. En fin, la igualdad en la naturaleza es la muerte y la desigualdad, la vida y la causa eficiente del progreso en la sociedad.

En esto llegaron al término de la ascensión y se reclinaron con toda comodidad en un trono de nubes.

Al contemplar suelto en el espacio inmenso el colosal globo terráqueo, quedó Florencio mudo de asombro. La gigantesca esfera estaba cubierta con una funda de gasa azul. Recobrando al fin la palabra, dijo á Belfegor:

—Pero desde aquí no veré distintamente la tierra.

—Hemos subido hasta este punto,—contestó Belfegor, —para que puedas contemplar el planeta en toda su magnitud; pero ahora daré á tus ojos la potencia necesaria para que percibas con claridad todos los detalles.

En aquel instante mismo se evaporó la gasa que envolvía el globo; y á la vista de aquel grandioso espectáculo Florencio experimentó una emoción indescriptible.

(Continuará)



Fig. 1. - Montantes de la Torre Eiffel, de 300 metros, en el Campo de Marte de París

Fig. 2. - Uno de los cuatro montantes de una pila de la Torre Eiffel

LA TORRE EIFFEL

Los diarios han publicado varios detalles sobre el proyecto de conjunto de la Torre llamada de Eiffel, de 300 metros, y sobre la construcción de sus cimientos, cuyas moles han desaparecido ya bajo la tierra, de la cual surgen solamente las enormes bases de piedra tallada que sostienen los cuatro pies de cada una de las pilas.

Nos parece oportuno ahora comunicar á nuestros lectores algunos detalles sobre el progreso y la marcha de las obras metálicas, ejecutadas con tal rapidez, que el montaje, comenzado en julio último, alcanza hoy más de 30 metros de elevación para cada una de las cuatro pilas, habiéndose empleado ya 1.450,000 kilogramos de hierro.

Recordemos por lo pronto que la mayor inclinación de cada pila con referencia á la horizontal se produce en el sentido de la diagonal de la base de la torre; esta inclinación es de 54° lo cual quiere decir que el desplomo resultante de esta inclinación será de 30 metros para la parte de cada pila comprendida entre el suelo y el primer piso. La dificultad del montaje resulta de dicho desplomo, puesto que se han de mantener en equilibrio estable las considerables masas inclinadas que constituyen cada pie.

Se ha de tener presente que cada pila se compone de cuatro montantes espaciados en cuadrado de 15 metros, y reunidos por enrejados de manera que constituyen un conjunto prismático de base cuadrangular. Cada montante de ángulo se sostiene sobre su zócalo de mampostería por medio de un apoyo de hierro fundido y acero, compuesto de la manera siguiente: en primer lugar hay una pieza inferior de hierro que pesa 5,500 kilogramos, cuyo ancho patín inferior reposa sobre la base inclinada del cimiento; esta pieza se ha vaciado y una de sus paredes laterales tiene una abertura destinada para introducir un cilindro de prensa hidraúlica de 800 toneladas de capacidad, de cuyo uso hablaremos después.

Ese apoyo de hierro fundido recibe en su parte superior un capacete de acero fundido de 2,700 kilogramos de peso, que penetra en parte en el vaciado de la pieza de hierro y que sostiene la parte inferior del primer tronco del montante de ángulo. La buena distribución de los pesos del montante sobre la mampostería queda asegurada por la interposición de las piezas de apoyo; pero además de esto, y gracias á la disposición de la pieza de acero que penetra en el apoyo de hierro fundido, será posible deslizar hasta cierto punto dicha pieza en el sentido del eje del montante, y por lo tanto regular matemáticamente la posición definitiva de cada montante, que así quedará independiente, en los límites necesarios, del apoyo de la fundación.

Aquí intervendrán las prensas de 800 toneladas: en la cámara abierta en el apoyo se instalará el gran cilindro de la prensa, reposando su base sobre aquél, mientras que la cabeza funcionará debajo del capacete de acero. Cuando la prensa esté en movimiento se podrá levantar dicho capacete que, guiado por su penetración en el apoyo de hierro fundido, elevará el montante de pila que sostiene. Inútil es decir que se han previsto minuciosamente las condiciones necesarias para la regulación y ajustamiento, y que en caso necesario se podría producir las variaciones de altura de los pies de los montantes en límites más que suficientes para asegurar la regulación rigorosa de todas las piezas. Recordemos también que los tirantes de amarre, anclados en cada mole de cimiento, atravesarán la base del apoyo de hierro fundido, yendo á coger por poderosas armaduras el pie de cada montante.

En tal estado las cosas, se ha instalado el arsenal para el montaje, disponiendo ante todo lo necesario para recibir el transporte de los hierros: llegados de la fábrica, pasan al Campo de Marte por una grúa rodada que los descarga, los lleva y los deposita en el lugar donde deben tomarse y clasificarse. De allí parten cuatro vías diferentes cada una de las cuales se dirige hacia una de las pilas de la torre, permitiendo llevar cada pieza al punto donde las máquinas de elevación deben volver á cogerlas.

En resumen, el arsenal general de la torre comprende ahora otros cuatro idénticos, uno para cada pila, y lo que diremos para una se aplica exactamente á las otras.

Las partes inferiores de las pilas se han podido montar por medios bastante sencillos, sin más aparatos que las perchas provistas de cabrias; tienen una altura de 22 metros, y se componen de largas piezas de madera ensambladas en su parte superior, y que se parecen bastante por su forma á una A prolongada. Una cabria en la parte inferior, y una polea en la superior, en la cual gira la cadena de aquél, que se engancha la pieza que se ha de levantar, y el aparato queda constituído.

Los troncos de los montantes que son moles en forma de cajones de 0^m 80 de largo y que pesan de 2,500 á 3,000 kilogramos cada uno, se han montado sucesivamente así en el lugar mismo punta con punta; el tronco ascendente, apenas llegado á su posición, se reunía con el anterior por medio de broches. Después de los cajones de los montantes llegaban los enrejados, que reuniendo las porciones de montantes elevadas ya, regulaban su posición relativa.

A las brigadas de montadores siguen las de remachadores que sustituyen á los pernios, puestos provisionalmente en las junturas, diferentes clases de remaches colocados á fuego, los cuales forman la verdadera y definitiva unión ó ensamblaje de los piezas entre sí. Cuando el conjunto, así constituído, ha pasado de 15 metros de altura, ya no ha sido ventajoso el empleo de las perchas, y se ha tenido que recurrir á artificios mecánicos más perfeccionados, consistentes en cabrias especiales.

G. TISSANDIER

FÍSICA SIN APARATOS

EXPERIMENTO DE ELECTRIDAD ESTÁTICA. - Tómese una pipa, una pipa vulgar de grosero barro, de las más baratas, y póngase delicadamente en equilibrio sobre el borde de una copa, de manera que pueda oscilar libremente al menor contacto como el fiel de una balanza.

Hecho esto, se trata de hacer caer esta pipa sin tocarla, sin soplar, sin agitar el aire de ninguna manera, sin mover la mesa ni el vaso.

La electricidad permite resolver el problema propuesto.

Tómese, pues, una copa semejante á la que sostiene la pipa y frótese enérgicamente en la manga de la levita. La copa se electriza luego al frote del paño, y cuando esté electrizado, se acerca á un centímetro del tubo de la pipa en equilibrio, y la traerá enérgicamente siguiendo la copa hasta caer de su apoyo.

Este curioso experimento es una bonita variante del péndulo eléctrico, y muestra que la tierra de pipa, cuerpo muy mal conductor de la electricidad, se presta muy bien á la atracción de un cuerpo electrizado.



Atracción de una pipa por una copa de cristal electrizada

En nuestra figura representamos el experimento con dos copas, pero con los simples vasos de vidrio que hay en el campo se puede obtener el mismo resultado. La pipa de barro no es tampoco un objeto raro, y es difícil producir á menos coste manifestaciones de electricidad.

(Tomado del periódico *La Nature)*

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

AÑO VI — BARCELONA 5 DE DICIEMBRE DE 1887 — NÚM. 310

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

BELLAS ARTES



RELOJ DE SOBREMESA, composición y escultura de J. Atché

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

RELOJ DE SOBREMESA, composición y escultura de J. Atché

El renacimiento artístico de España es evidente. Si durante algunos años, el estruendo de la guerra ó las algaradas locales contuvieron las manifestaciones del genio, apenas funcionamos con alguna regularidad en el orden político-social, los gérmenes tomaron cuerpo, las ideas adquirieron forma y la resurrección produjo, no un cadáver animado, sino un arte joven, vigoroso, con vida creciente y en demanda de un porvenir glorioso. Todas las antiguas escuelas, todas las provincias, exhibieron notables artistas. Cuando de arte se trata, no ocupa ciertamente lugar secundario la nación en que nacieron Fortuny y Rosales, Pradilla y Villegas.

Empero, por una serie de concausas que no son de este lugar, si en el arte pictórico han florecido igualmente todas las regiones españolas, en el arte escultórico es indudable que Cataluña se ha llevado la palma. Varios y muy distinguidos son los escultores de cuya merecida gloria participa la patria catalana, y no es, ciertamente, Atché quien menos ha contribuído á formar semejante opinión. A las muchas y notables obras suyas que conocen los amantes del arte, tenemos la satisfacción de añadir la que representa nuestro grabado, ejecutada con exquisita finura, bien concebida y llena de preciosos detalles. Figura la educación de Baco, y en verdad que si como dibujo es modelo de elegancia, como escultura es tipo de estudio y expresión.

CARMEN, cuadro de C. Bantzer

Es singular la manía de algunos pintores que aplican, ó mejor diríamos bautizan sus cuadros con un nombre cualquiera de mujer. Uno pinta á Hortensia, otro á Antonia, quién á Fernanda, quién á Luisa... No parece sino que algunos artistas se han propuesto ilustrar á su manera un *año cristiano* femenino. Titular á un cuadro Carmen equivale á titularlo X, ó á no titularlo; lo cual, en tales casos, sería mucho mejor. ¿Qué idea, ni qué predisposición ó punto de contacto despierta, infunde ó establece un sencillo nombre de pila, para formar concepto de un cuadro? Si una pintura ha de significar algo, ese algo no puede ser una cosa llamada Carmen, por más que Carmen sea un bonito nombre de mujer.

Enhorabuena nos dijera Bantzer que se había propuesto pintar la belleza candorosa, la inocencia, la pureza, condiciones perfectamente expresadas en el cuadro que reproducimos. En tal caso diríamos que difícilmente pudo cumplir mejor su propósito. Pero, ¿nos explicará el artista qué relación guardan esos hermosos sentimientos con que esa mujer se llame Carmen ó se llame Brígida?...

CAMINO DE LA ESCUELA, cuadro de E. Minet

Salieron de casa las dos hermanitas con el propósito de llegar á la escuela á la hora de reglamento. ¡Vaya si tenían este propósito!... Ahí están sus libros y *deberes* que lo atestiguan. Y hubieran llegado, sin duda alguna... ¡Poco hacendosas y aplicadas son las pobrecitas!... Pero entre la granja y la aldea hay que recorrer un sendero tan risueño, tan lleno de atractivos, que convida de irresistible manera á un momento de descanso... ¿Qué muchacha se hace superior á la tentación de confeccionar un ramo de amapolas? ¿Cuál renuncia voluntariamente al soporífero murmullo de las espigas agitadas por el blando céfiro y á la impresión vivificadora de un sol de primavera que convida á la contemplación inconsciente de la exuberante naturaleza?...

Pues á esa seducción se han rendido nuestras niñas, y vayan ustedes á hacerlas comprender que la obligación de los pájaros es meterse voluntariamente en la jaula... Sería trabajo perdido. Respetemos su efímera libertad, no interrumpamos sus sueños de oro; harto pronto la realidad de la vida pesará sobre ellas...

Minet ha pintado un verdadero idilio sobre este tema, idilio en que todo respira juventud y dicha. El cielo es puro y límpido, la naturaleza ostenta sus más preciados frutos, la aldea misma que aparece en lontananza tiene un aspecto risueño y convida con la grata paz que debe disfrutarse en sus hogares. Es un cuadro cuya vista produce algo del inefable bienestar que sienten sus protagonistas.

LAS HIJAS DE MARÍA, cuadro de Enrique Serra

Es esta la segunda vez que la Ilustración Artística reproduce este hermoso lienzo. La primera fué en tamaño relativamente pequeño que, si bien permitía formar idea de la composición, no permitía formarla de sus detalles. Y estos detalles, en especial la expresión de los personajes, son lo más notable del cuadro. Desde el monaguillo que canta el himno á la Virgen con toda la fuerza de sus pulmones, hasta el porta cirial que une maquinalmente su cascada voz á la del coro de las tiernas hijas de María, hay en esa obra una diversidad de tipos que honran á su distinguido autor. De este cuadro puede decirse que es como las *variaciones* que un maestro de primera fuerza compone sobre un bellísimo tema.

ESCENAS NEW-YORKINAS, dibujos de J. Contell

Llevando á la práctica el conocido axioma inglés *el tiempo es dinero*, los hijos de Albión y todos sus congéneres han dispuesto la manera de emplear la menor suma de tiempo posible en confortar el cuerpo con el necesario alimento durante las horas del cotidiano trabajo. De aquí ha surgido el *lunch*, especie de almuerzo frío, preparado de tal suerte, que puede ser tragado por un regular gastrónomo tan fácilmente como un perrazo de Terranova engulle un terroncito de azúcar.

La economía de tiempo y la del dinero, que para cosas tales se apoyan mutuamente, han concertado el sistema de engullir de pie esas viandas frías; actitud copiada sin duda de la Pascua de los israelitas que, después de todo, no tenían grandes motivos para comer tan incómodamente. Tenemos, pues, que el *lunch* puede tomarse de pie ó sentado; pero siempre con la mayor economía de minutos empleados en esta operación.

En los Estados Unidos se vive bastante, ó más que bastante, á la inglesa. El ahorro de tiempo es más que un axioma, es una especie de dogma. Así, por ejemplo, la distancia de un punto á otro no puede establecerse directamente, sino con relación á la mayor ó menor suma de peligro que pueda correrse por los viajeros. No hay un maquinista que no se atreva á doblar la velocidad de un tren ó de un buque, si le autorizan para recorrer en un segundo la distancia que separa al rail ó al mar de los espacios planetarios. La velocidad de la marcha no tiene más regulador que la impunidad en caso de catástrofe.

Compréndese, por lo tanto, que acudan á ese país multitud de gentes, para quienes la perspectiva de unos cuantos dollárs es el mayor estímulo de todos sus actos. Mas como las talegas no surgen del suelo, como los hongos, ni en Nueva York ni en parte alguna del mundo, de aquí que los aspirantes á mejor fortuna tengan que apechugar á su vez con el *lunch* servido en ciertos restauranes, donde sin perjuicio de la debida limpieza, el confortable y el *menú* guardan debida relación con la caja de los habituales concurrentes. Con menos adornos que los engañosos comedores del *Palais Royal*, pero muy superiores á las *casas de comida* catalanas, los *lonchistas* de Nueva York pueden economizar á un tiempo, en tales establecimientos, tiempo, dinero y sobre todo indigestiones.

El autor de los dibujos que reproducimos ha hecho un verdadero estudio de esos sitios en hombres y cosas, permitiéndonos formar concepto muy aproximado del lugar de la escena y de los personajes del drama. Su verdad es tanta que, aún más que dibujos, parecen fotografías tomadas directamente del natural.

FOTOGRAFÍA DE LA CIUDAD DE RENNES, tomada á una altura de 800 metros por el aeronauta P. Jovis

El grabado que publicamos en este número representa la ciudad de Rennes según una fotografía que tomó á la altura de 800 metros, el areonauta francés, capitán P. Jovis, quien se ha dado á conocer por sus recientes ascensiones en el globo llamado *Horla*, en compañía del teniente Mallet. Esta fotografía se sacó con un nuevo aparato inventado por dicho capitán, y al que ha dado el nombre de *areo-fotográfico*. La importancia de semejante invención sería muy considerable evidentemente en tiempo de guerra. El capitán Jovis, que es director de la «Unión Aeronáutica» de Francia, irá muy pronto á Londres para tomar parte en una conferencia organizada por la Sociedad de aquel nombre en esa capital.

DON RAMÓN PICATOSTE

(Conclusión)

V

Los bandidos de la Peña del Hierro

Después de una escena como la tragi-cómica reseñada en el capítulo anterior, no era cosa de que me quedasen ni deseos siquiera de cultivar las relaciones de una familia en que, por el carácter imperioso y la excesiva presunción del hijo, la intratable idolatría de la madre y la bonachona complacencia del padre, estaban reducidos cuantos quisieran frecuentar su trato al papel de humildes comparsas de aquel coro de lisonjas, sin libertad para aventurar una observación, ni autoridad para aconsejar un correctivo, ni posibilidad de hacer otra cosa que rendir culto al ídolo picatostil quemando incienso en sus aras y celebrando sin rebozo todos sus dichos y hechos que, por proceder de tan impecable origen, no podían menos de ser intachables y dignos de ser ensalzados hasta las nubes.

Rotas de tan brusco modo mis relaciones con los Picatostes, todas las comunicaciones que después tuve con ellos se redujeron á mis casuales encuentros con Ramoniyo, que procuraba esquivarme cuando me veía y que, cuando no podía evitarlo, me saludaba quitándose la gorra, correspondiendo yo á su saludo.

Tres años transcurrieron así, y cuando menos podía esperarlo me encontré un día en mi despacho con la visita de los dos Picatostes padre é hijo.

—¡Usted por aquí, señor Picatoste!—le dije con sorpresa, pero sin el menor asomo de resentimiento.—¡Cuánto me alegro! Vamos, siéntese V. y dígame qué le trae por esta su casa y en qué puedo servirle.

—Pues verá V...—dijo el bueno del carpintero un tanto cohibido y dando vueltas entre sus manos á su flamante sombrero de anchas alas.—La verdad es que nos portamos muy mal con V... Pero ya ve V... mi mujer... tiene un genio tan vivo...

—No hablemos de eso, amigo Picatoste; lo pasado, pasado. Siéntese V. y no se preocupe V. por lo ocurrido ni crea que les guarde por ello el menor rencor; yo sentí lo que sucedió, pero no por mí sino por Vds., por el mal camino que me parecía seguían en la educación de su hijo.

—Le diré á V., nosotros...

—¡Nada, nada!—interrumpí viendo á Picatoste dispuesto á disculparse y discutir.—No hablemos más de ello. Con que, ¿á qué debo el gusto de verles por mi casa?

—Pues verá V., – dijo Picatoste sentándose, y sin dejar de dar vueltas al sombrero, – á mi Ramoniyo, ya sabe usted, le ha *dao* por los versos, y todo el santo día de Dios se lo *yeva* en su cuarto corriendo *de un lao pa otro*, dándose golpes en la frente, pegando patadas en el suelo... en fin... ¡Toma! como que algunas veces nos mete en *cuidao* de si estará malo, y hasta una tarde hemos tenido que *yamar* al médico, ya sabrá V., á D. Sisenando... ¿no le conoce usted?

—No recuerdo...

—¿Cómo que no? ¡si no *pué* ser menos!... Si es de lo mejorcito que tenemos en la ciudad!... ¡Ya se ve! ¿Cómo no ha de ser buen médico si lo ha *mamao*? V. no conocería á su padre acaso; pero de seguro que habrá V. oído hablar de él... D. Pancracio Berrinchón, hijo de la Pelendenga, que por eso le llamaban el Pelendengue... ¿no cae usted?

—Sí, señor, sí, ya caigo.

—¿No lo decía yo? ¡si no podía ser menos!... ¡Qué bueno era D. Pancracito!... Nosotros le *yamábamos* así, don Pancracito, porque como habíamos sido vecinos en la *caye* de Lobo-Hambre... luego, ya se ve, aunque nos mudamos *pa* la *caye* de Pedro Cojos, y después *pa* la de Arriba... ¿cómo habíamos de perder el *afeuto* que teníamos á D. Pancracito?... Así es que cuando D. Pancracito se murió...

—Pero, padre...—dijo Ramón que no hacía más que impacientarse.

—Ya voy, hombre, ya voy. No te apures, que todo se andará.

—Es verdad, – dije yo, pudiendo apenas contener una sonrisa y sin atinar todavía á dónde iría á parar todo aquello, – no tenga V. prisa.

—Pues como iba diciendo... ¿ves? con haberme interrumpido se me fué el santo al cielo, y ya no sé por dónde iba... ¡Por vida de mi memoria!... en fin, ¿qué le hemos de hacer? El caso es que á Ramoniyo, ya V. sabe, le da por los versos, y tan pronto se nos sube en las *siyas* como en las mesas á echarnos unas relaciones que... ¡ya! ¡ya! Su madre se vuelve loquita con *eyas;* pero no crea usted, que todas son de amoríos y de muchachas que yo no sé de dónde saca tanta novia... Lo que es como lo supiese su tío el cura... ¡buena se armaba, buena!... El, que está tan creidito de que Ramoniyo no piensa más que en los santos... ¡sí, sí!... ¡buenos santos te dé Dios!... ¿V. no le conoce al tío de Ramón?

—No señor, no tengo ese gusto.

—¡Pues es lástima!... Es todo un santo varón... ¡Así está él de gordo y de coloradote! No crea V... tiene ya setenta años y nadie lo diría... ¡Vaya una vida que se *yeva!*... se levanta á las ocho de la mañana...

—Pero, padre...

—Ya voy, hombre, ya voy... Tú... ¡claro!... no estás pensando más que en lo tuyo.

—Pero, ¿no ve V., padre?...

—Sí, hombre, sí. Lo que veo bien claro es las ganas que tienes de que le diga á este señor que traes ahí unos versos.

—¡Ah, vamos! – exclamé yo empezando á comprender, —¿con que trae unos versos?...

—Sí, señor; unos versos *sacaos* de su cabeza, ¡naturalmente! Verá usted. Es el caso que Ramoniyo, ahí donde usted lo ve, es muy *vergüenzoso* y tiene unas ganas que se las pela de ver alguno de sus versos en letras de molde...

—¡Ah!

—Sí, señor. Pero es claro: el muchacho, como es así, no se atrevía á decirle á V. nada, y nos tenía comido el coco del oído á su madre y á mí, hasta que yo... ¡pues!... yo me dije *pa* mí: vamos á ver á ese buen señor y malo ha de ser que siendo los versos tan buenos, no los quiera poner en su periódico pagando lo que sea. Y *velay* porqué nos tiene V. aquí. Yo, ¡claro! no entiendo de eso, porque nunca me ha *dao* por escribir en los periódicos, aunque no crea V., aquí donde V. me ve tengo bastante buena letra... sólo que... ¡claro! como no la curso... Pero, ya ve usted... yo anduve á la escuela de la Compañía con don Canuto... ¡aquel sí que era buen maestro!... ¿no le conoció usted?

—No, señor, no tuve ese gusto, – contesté. – Pero veamos, – añadí, deseoso de encauzar la conversación, – ¿traen Vds. los versos?

—¡To!... ¡Pues no que no!... Saca, saca esos papeles, Ramoniyo.

Picatoste hijo, más encarnado que la grana, sacó del bolsillo interior de su chaqueta un cuaderno, que me entregó diciendo:

—Es una comedia que se titula: «Los bandidos de la Peña del Hierro.»

—¡Hola! Una comedia, – exclamé sorprendido, tomando el manuscrito. – Veamos.

—¿Y qué quieren Vds. que haga yo con esto, – dije, después de hojear las primeras páginas, sin poder apenas contener la risa.

—¡To!... Pues ¿qué hemos de querer? – saltó el padre, —que lo ponga V. en el periódico.

—Lo siento, señor Picatoste; pero no puede ser.

—¿Y por qué? Yo pago lo que sea. Por eso no lo deje usted: yo respondo.

—No es eso, amigo mío. Es que en los periódicos no se acostumbra á publicar comedias. Si Vds. tienen empeño en imprimir esa producción de Ramón, pueden y deben Vds. hacerlo en otra forma; en forma de folleto.

—¡Folleto! – dijo Picatoste padre, así como sorprendido. – ¿Tú sabes lo que es eso, Ramoniyo?

—¡Pues no lo he de saber!

—¡Qué cosa habrá que tú no sepas!... ¡Folleto!... Y yo que nunca había oído cosa semejante... Si los chicos de ahora... Y vamos á ver, ¿estás tú conforme con que *imprentemos* tu comedia en forma de...? ¿Ves? ya se me fué la especie. ¿Como se dice?

—Folleto, padre.

—Eso es... ¡folleto!... Con que, ¿qué te parece?

—Por mí, casi me gusta más; el caso es publicarla.

—Esa es la cuestión... ¡Ca!... Si no puede V. imaginarse, cabayero, lo que Ramoniyo se despepita por ver su

nombre en letras de molde... Y es claro, ya que el pobre tiene ese gusto, ¿qué hemos de hacer sus padres más que dárselo? Peor era que le diera por cosas peores... No, no haré yo lo que hizo con sus hijos aquel Pantaleón, que vivía en la *caye* de Raspagatos... ¿no lo conoció V.? Era un *arbañil*, con un geniazo que, ¡ya, ya! Se le había muerto la mujer, que era una santa, y que tenía una tía que estaba con ellos, que era también un alma de Dios y que había vivido antes en la calle de Miñagustín... ¡Toma! pegando justamente con la casa de doña Engracia, por cima del zapatero aquel de la izquierda, conforme se baja, que tiene un hermano en Cuba que debe haber ascendido ya á sargento, según me dijo el otro día Colasa, la del Merres...

—Pero, padre...

—¡Nada, nada! – dije yo cortando por lo sano. – Ya que Ramón tiene esas aficiones y Vds. quieren complacerle, aunque yo entiendo que sería preferible aguardar á que estuviese su gusto mejor formado, lo mejor es que se vayan Vds. á casa de Cerezo, de Oliva ó de Núñez y que ajusten con ellos la impresión de su comedia.

–¡Sí, sí, eso es! Vamos, padre, – dijo Ramón impaciente.

—Bueno; pues vamos *ayá*... V. nos dispensará, cabayero, la libertad y la franqueza.

—No hay de qué, señor Picatoste. Ya sabe V. que tengo mucho gusto en verles. Lo que siento es que me haya pedido una cosa en que precisamente no puedo servirle.

—¡Qué le hemos de hacer, cabayero! De todos modos... ¡muchas gracias! Ya le molestaremos alguna otra vez.

—Cuando Vds. quieran; aquí tienen su casa.

—Ya sabe V. dónde está la suya. Con que lo dicho. Que V. lo pase bien, y dispensar.

—No hay de qué, señor Picatoste. ¡Vayan Vds. con Dios!



CARMEN, cuadro de C. Bantzer

VI

Donde Ramón Picatoste elige una carrera

La famosa comedia: *Los bandidos de la Peña del Hierro*, se imprimió en casa de Núñez, arrancando sendas carcajadas á los cajistas y proporcionando á su autor sendas desazones. La escena de la comedia pasaba, como su título decía, en la Peña del Hierro, situada á orillas del Tormes, y en la cual, como reliquias sin duda de un comienzo de mina para la explotación del mineral de hierro en que abunda, hay socavada una espaciosa cueva, albergue de mendigos y de quinquilleros, lugar de amorosas pláticas de soldados y criadas de servicio, y asilo en ocasiones de traviesos estudiantes, que establecían en ella durante algunas horas cátedra de diabluras y fechorías.

Ramoniyo, que á fuer de escolar *esprit fort*, no dejaría de *hacer novillos* de cuando en cuando, había sin duda dirigido alguna vez sus correrías hacia aquellos pintorescos sitios, fecundos en sabrosas aventuras, y allí seguramente habría nacido en su juvenil imaginación el proyecto de su comedia, cuyos principales personajes eran una hermosa joven, Aurora de nombre, y un feroz quinquillero conocido por el mote de Tragabombas, jefe de una partida de malhechores que tenía sus reales en la Peña del Hierro.

En la primera escena aparecían un sargento de infantería (no había entonces en Salamanca guarnición de caballería) y una robusta fregona con los rollizos brazos al aire, en ardoroso coloquio, que revelaba lo avanzada que estaba la estación de sus amores, rayana en la Canícula, cuando de pronto se oían lastimeros quejidos, que parecían brotar de las profundidades de la cueva; los dos enamorados suspendían las vías de hecho á que estaban entregados y siguiendo sobresaltados la dirección de la voz, se deslizaban á gatas por las hendiduras de la roca. El paso llegaba á hacerse tan difícil, que tenían que arrojarse en el suelo y marchar arrastrándose en la más completa oscuridad, el vientre contra la tierra y guiándose á tientas; de pronto una mano blanquísima iluminada por un rayo de sol, colado por un agujero, aparecía á lo lejos agitándose nerviosamente al compás de repetidos gritos de ¡socorro! cuando al propio tiempo se escucha por retaguardia una voz aguardentosa que los ecos de la cueva repercutían con pavoroso estruendo haciéndola más terrible, lanzando tacos, juramentos y amenazas. El sargento y la fregona retroceden arrastrándose hacia atrás, pero como la estrechura es tan grande, los vestidos de la Maritornes se levantan irrespetuosamente amontonándose sobre las espaldas de su dueña y cerrando por completo la abertura del subterráneo, y á los ojos del tremendo Tragabombas que á su entrada se encuentra enarbolando en su diestra mano nudoso garrote, aparecen primero, con paulkockiana desenvoltura, unos zapatos no muy limpios, después unas medias azules que ciñen robusta pantorrilla no mal torneada, y cuya carnosa blancura descubren á trechos algunos puntos sueltos, y por fin... aquella porción ó porciones del ser humano que la decencia no permite nombrar y que eran en otro tiempo las que recibían en las escuelas las cariñosas reprimendas del maestro, cuando se profesaba el profundo aforismo pedagógico de que «la letra con sangre entra.»

¿A qué seguir? Toda la obra de Ramoniyo, que tenía tres actos, estaba así plagada de escenas de imposible representación, en el fondo y en la forma, abundando las inverosimilitudes y siendo los amazacotados versos dignos en todo de tamaños dislates.

Véase para muestra, cómo hablaba el sargento á la fregatriz:

¡Ay Bonifacia! Cuando el otro día
Te ví en la Plaza hablando con el Tuerto
El corazón entero se me partía
Y si sigues con él me quedo muerto.

A lo que contestaba compungida Bonifacia:

Que no te den tan fuertes, *Sigismundo*...
Mira que si te mueres... yo me quedo
Solita y con un chico en este mundo
Y entonces... ¡ya ves tú si era un *enriedo*!

Ramón Picatoste escribía esta peregrina muestra de su ingenio á los quince años, poco antes de graduarse de Bachiller en Artes, título que ostentaba en la portada de *Los bandidos de la Peña del Hierro*, detrás de su nombre, y seguido de un *etc.*, que anunciaba lo mucho que el mundo podía aún prometerse de aquel prodigio.

El bachiller Ramón, repuesto un tanto de los sinsabores que le proporcionó la publicación de su comedia, vió llegar á pasos agigantados la hora terrible de resolver el problema de su porvenir, eligiendo una carrera, porque, eso sí, aunque Ramón hubiera podido ser un zapatero inteligente, un sastre acreditado ó un ebanista modelo, no había que pensar en semejante cosa; eso era «hacerse de menos,» y además Ramón había «salido *pa* ello.» ¡Si fuera como otros, que son unos zoquetes! Por otra parte, su tío Bonifacio pagaba, aunque de todos modos hubiera sido lo mismo, pues el padre de Ramón «se hubiera quitado el pan de la boca,» para que su hijo no fuese menos que el de Pacorro, el vecino de enfrente, y el del Zufaifo, el zapatero de por bajo; es verdad que los tales sobre «haber perdido» á sus padres, estaban hechos unos «paseantes en Cortes» y no hacían más que dar disgustos á la familia. Pero á Ramón no le sucedería eso, «¡buena *diferiencia* va!»

¿Y qué carrera elegir? «Esa era la negra.» Todas estaban á cual peor. El tío de Ramón había hecho expresamente un viaje para asistir con sus consejos á su sobrino, dispuesto á reñir la última batalla en pro del porvenir sacerdotal del joven, aunque sin esperanza de éxito, pues desde que había leído, con no pequeño escándalo, *Los bandidos de la Peña del Hierro*, santiguándose á cada paso é interrumpiendo su lectura con expresivas exclamaciones de: «¡Jesús, María y José!» y «¡Ave María Purísima!» había adquirido la convicción de que de aquella maleada madera de su sobrino, era imposible que saliese, no digo yo un modelo de virtudes clericales, pero ni siquiera un mal clérigo de misa y olla y de manga ancha. Así es que apenas se suscitó la cuestión, tuvo que batirse en retirada, persuadido de la inutilidad de sus gestiones.

Descartada desde luego la carrera eclesiástica, el problema no era menos oscuro todavía. ¿Qué partido tomar? La carrera de médico era la más socorrida, pues por mal y mal que anduvieran las cosas nunca le había de faltar á un médico «un cacho de partido donde ganarse la vida.» Es verdad; pero... ¡meterse en un pueblo!... ¡tener que andar tratando todos los días con gente estúpida que sólo tienen de hombres la figura!... ¡Y luego, que la Fulanita tiene «dolor de *estógamo*!...» que la Menganita se le ha «caído la espinilla...» que á la Citanita «le ha salido en la barriga no sé qué!...» Quita allá... Todo eso es muy sucio y repugnante. Y por otra parte... si acierta uno y el enfermo cura, ¡qué buena naturaleza tenía!... y si tiene uno la desgracia de que el enfermo se le quede entre las manos... ¡qué bárbaro de médico!... ¡Nada, nada! No había que pensar en ello. Eso se queda para gentes que no tienen porvenir. ¡Pero Ramón!... Ramón estaba llamado á mucho más que á ser el Doctor Tirteafuera de un villorrio desconocido!...

¿Y la Farmacia?... ¡Otra que tal!... ¡La Farmacia! Eso era oficio de horteras más que de otra cosa... Para eso ponía uno comercio de quincalla y siquiera se venderían cosas bonitas y no mejunjes y potingues... Luego se necesita un capital para poner la botica y no se podía seguir la carrera en Salamanca aumentándose no poco los gastos. Es verdad que podía «echarse el ojo» á alguna hija de boticario y casarse uno con ella como había hecho don Bruno, el de don Roque. Pero ¡sabe Dios si se encontraría «buena proporción!» ¡Y aun poniendo las cosas lo mejor posible, lo que es eso de que le llamen á uno pucherólogo, y de hacer emplastos y cataplasmas, y revolver drogas y



CAMINO DE LA ESCUELA, cuadro de E. Minet, expuesto en el Salón de 1887



LAS HIJAS DE MARÍA, cuadro de Enrique Serra



COSTUMBRES EN NORTE-AMÉRICA, dibujo de J. Contell

ponerse detrás de un mostrador á despachar recetas... ¡Vaya una cosa más prosaica!... ¡Quita, quita! Ramón no había nacido para eso... ¡Pues no faltaba más!

¿Y la carrera de Ciencias?... ¡Vaya! Eso ya era otra cosa. La Física y las Matemáticas, la Cosmografía y la Química, la Historia natural y los Fluidos... ¡todo eso es muy bonito! La verdad es que son estudios muy elevados, y luego... se tiene un porvenir de catedrático, de hombre de Ciencia... se pueden hacer descubrimientos como el del movimiento continuo, la dirección de los globos, ó la cuadratura del círculo y hacerse uno célebre de un golpe. Pero... la cuestión era que á Ramón no le entraban las Matemáticas «ni á tiros.» Por otra parte lo cierto es que la carrera de Ciencias «tiene muy pocas salidas» y es difícil colocarse; y aunque á Ramón no le faltaría, porque, ¡es claro! para faltar á Ramón «muy mal tenía que andar la cosa,» sin embargo... por esto, y por lo otro, y por lo de más allá... ¡nada! ¡nada! no se hable más de Ciencias.

La carrera de Filosofía y Letras tenía más atractivos para Ramón; pero tenía también «la contra» de las lenguas, que ni bien ni mal «le entraban» al joven dramaturgo. Y por otra parte, la verdad es que los estudiantes de Letras parecen todos «unos pelafustanes» mirados por encima del hombro por los de Derecho. Y luego... que tampoco «tenía salidas» esa carrera; en fin, que no le convenía, porque había que trabajar mucho y «no se sacaba en limpio apenas nada.»

Quedaba la carrera de Derecho. Esa sí que «tenía salidas,» se podía ser juez, registrador, abogado, fiscal... ¡qué sé yo! Y eso para empezar, que luego... ¡sabe Dios! Además, todas las personas «de viso» habían estudiado Derecho. Zampolas, el hijo de D. Patricio, el Senador, iba á estudiar Derecho; el marquesito de Zancalarga le había dicho á Ramón que se iba también á matricular en la misma carrera; el sobrino del conde del Bolinche y el primo del vizconde de Gargavete iban á hacer lo mismo; en fin, lo más lucido de sus condiscípulos, los Bachilleres de la última hornada, todos iban á estudiar Derecho... ¡Es la gran carrera, digan lo que quieran! Es verdad que Contreras, el hijo de D. Cucufate, había tenido que contentarse, para no comerse los codos de hambre, «con una plaza de escribiente:» pero eso le pasaba á Contreras; á él, á Ramón, «nunca jamás» le pasaría tal cosa. También se contaba el caso de un licenciado en Derecho, y aun en alguna otra facultad, que había venido á parar en campanero de la Catedral... «y gracias.» Pero en cambio, ahí estaban Castañudo, y Rompetoses y Zalagarda que bien habían medrado. Y además, ¿de dónde salen los Diputados, y los Senadores, y los Ministros, y los periodistas, mas que de los abogados? ¡Nada, nada! El Derecho era la carrera de Ramón; allí estaba su porvenir.

Y dicho y hecho. Picatoste y Quijada (D. Ramón) figuró aquel año en las listas de la Facultad de Derecho, entre los Zampolas, Zancalargas, Bolinches y Gargavetes, y otros no menos ilustres retoños de empingorotados y linajudos personajes, y para no hacer «mal papel» á su lado, obligó á su padre á que le comprase reloj y á que le señalase una pensioncita para ir á tomar el cotidiano café en la Perla ó en el Suizo (entonces no existían las Cuatro Estaciones, Oporto ni Colón) y para jugar unas carambolas, siendo excusado decir que con estas costumbres, Ramón dió al traste con sus hábitos de estudio para no ser «tenido en menos» y considerado como un «tachuelero» por los aristocráticos amigos con quienes se envanecía de alternar.

VII

El calvario de Ramón Picatoste, estudiante de Derecho

Yo no había vuelto á cruzar una palabra con Ramón, y fuera de las veces que nos encontrábamos casualmente en la calle, no tenía de él más noticias que las que daban de cuando en cuando en la sección de «Correspondencia» algunos periódicos de Madrid, literarios de segundo y tercer orden, que dirigiéndose á las iniciales *R. P. y Q.—Salamanca,* acusaban recibo de las más variadas composiciones negándose á insertarlas y descargando los rayos de su más zumbona crítica sobre el desafortunado y terco remitente.

A mí realmente me daba lástima de aquel pobre muchacho. En el fondo tenía buen corazón y regular inteligencia: pero infatuado con la idolatría de sus padres y los interesados elogios de sus amigos, prontos siempre á tomar café á su costa, había impreso á sus facultades la más torcida dirección, y juzgándose digno de merecerlo todo por ser quien era, tomaba á mengua el estudiar y tenía á gala que se le viese á todas horas en los paseos y cafés, para que así causaran más impresión las respuestas que daba al día siguiente en las cátedras, respuestas que él se imaginaba ser de profundidad salomónica cuando eran sólo insignes vaciedades.

Desde que la muerte de su tío el cura que le dejó único heredero de su respetable fortuna, permitió á Ramón satisfacer todos sus caprichos rodeándose de una verdadera corte de aduladores, ávidos de recoger con sus lisonjas alguna migaja de la sacerdotal herencia, el estudiante de Derecho vivía en una atmósfera tan saturada de incienso que le cegaba por completo, y viendo alabados sus más fútiles dichos y acatadas sus más extravagantes opiniones, se llegó á persuadir de que estaba destinado á grandes cosas, y ni consentía que se le contradijera por sus iguales ni respetaba la autoridad de sus superiores.

Para dar rienda suelta, sin estorbo alguno, á sus aficiones literarias (literarias eran, puesto que tenían por objeto las letras... de molde), Ramón Picatoste se decidió á fundar una revista semanal, que tituló, después de no pocas vacilaciones, *La Trompeta de Vettonia,* por parecerle demasiado gastado el título de *La Lira* y sobrado cursi el de *El Arpa,* dando en sus columnas cariñosa hospitalidad á cuantas producciones dormían forzosamente el sueño de lo inédito en su cartera, y publicando además por vía de folletín, para vengarse de los que se habían burlado de él, la comedia *Los bandidos de la Peña del Hierro,* corregida y aumentada con dos nuevos actos, y precedida de un prólogo doctrinal, donde el autor exponía sus principios dramáticos, y anunciando una revolución en el arte, apelaba á la posteridad, confiando en que haría justicia á sus méritos. *La Trompeta de Vettonia,* fué enviada á todos los electores de Diputados á Cortes, Alcaldes, Jueces municipales, Secretarios de Ayuntamiento, Párrocos, Médicos y Boticarios de las provincias castellanas y salió á luz durante todo un trimestre sin conseguir hacer más que una suscrición, la de un Juez municipal, retirado del servicio militar, que quería que su hijo fuese corneta de regimiento, y que al ver á la cabeza de la revista su título inscrito en una hermosa trompeta de litografía, creyó que sería un periódico de la clase, dándose de baja en la suscrición en cuanto vió que el periódico no se ocupaba en toques militares.

¡No importa! El objeto principal,—como decía Ramón,—estaba conseguido. El se había dado á conocer en el mundo de las letras, y ahora ya nadie podría quitarle sus sonoros títulos de fundador-propietario y ex-Director de *La Trompeta de Vettonia.* Además de esto, él se proponía con la publicación de aquella revista, ganarse la voluntad de los catedráticos en la época ya cercana de los exámenes, presumiendo que ningún profesor se había de atrever á no dar sobresaliente á un joven tan ilustrado, fundador-propietario y Director de *La Trompeta de Vettonia.* ¡Era «muy cuco» Ramón!—como decían sus amigotes con tono entre zumbón y lisonjero, haciendo poner rojo de satisfacción al vástago picatostil que se pagaba grandemente de aquel título de «cuco,» expresión de la quinta esencia de lo listo.

Un día ví entrar por segunda vez en mi despacho á los dos Picatostes, padre é hijo. Los dos venían sofocados, como si acabaran de sostener una reyerta.

—Sean Vds. bien venidos,—les dije.—Tomen ustedes asiento, y sosiéguense un poco, porque parece que vienen Vds. alterados.

—El caso no es *pa* menos, cabayero,—exclamó el padre.—Esto no se puede aguantar.

—¿Qué les ha pasado á ustedes?

—¡Caye V., señor!... ¡Una picardía! ¡Una infamia!... ¡Vamos! que no sé como me puedo contener.

—Pero, ¿qué es ello? Explíquense Vds. ¿Les han estafado? ¿Les han insultado?

—¡Si no fuera más que eso!... Mucho peor, cabayero...

—Yo se lo diré á V.,—indicó Ramón.—El Sr. Cifuentes, catedrático de Derecho romano...

FERNANDO ARAUJO

(Continuará)



COSTUMBRES EN NORTE-AMÉRICA, dibujo de J. Contell



COSTUMBRES EN NORTE-AMÉRICA, dibujo de J. Contell

EL VIOLÍN DE UN MAESTRO DE ALDEA

(Continuación)

Toda Europa se hallaba iluminada por el sol y se percibían distintamente todos los accidentes y sinuosidades del terreno, formando figuras fantásticas primorosamente cinceladas. Montes y valles ostentando los diferentes matices de la vegetación, desde el verde más oscuro hasta el amarillo dorado: las altas cordilleras coronadas de nieve, los lagos, los ríos, los mares reflejando el azul de los cielos; ofrecía el todo un cuadro mágico de vivísimos y refulgentes colores. Pero lo que más llamaba la atención de Florencio era la obra prodigiosa del hormiguero humano: las ciudades con sus grandiosos monumentos arquitectónicos, los caminos de hierro con los trenes en movimiento cuya rapidez revela la brevedad de nuestra vida. Aquel sorprendente espectáculo sobrepujaba á cuanto la rica imaginación de Florencio hubiera podido soñar; así es que sobrecogido por una grande agitación permaneció largo rato sin acertar á proferir una palabra, absorto y en muda contemplación. Las lágrimas que corrieron abundantemente por sus mejillas anunciaron el fin de la crisis.

—¿Qué es eso? – dijo Belfegor,—¿por qué te afliges?

—Amigo Belfegor; no acierto á explicar lo que en este momento siento. El inmenso é incomprensible poder del que lanzó los mundos al espacio, abruma mi espíritu y me llena de terror haciéndome comprender ahora mejor que nunca la pequeñez del hombre y su misérrima condición. ¡Vivir! ¡vivir! ¡y nada más que vivir! ¿Para qué?

—No te metas ahora en esas honduras,—replicó Belfegor,—pues no están al alcance de tu inteligencia.

—Todas esas naciones,—prosiguió Florencio,—que se han destrozado y destrozan en guerras insensatas me parecen desde aquí una sola y desventurada familia. Me contristan sus desgracias. Mira esos innumerables templos cuyas torres parecen dirigirse al cielo implorando protección! Y luego, levantando más la voz como si quisiera ser oído de la tierra, exclamó:—¡Pobres humanos, amaos los unos á los otros, que en eso está el secreto de vuestra felicidad!

Con este desahogo recobró su espíritu una tranquilidad completa, y dirigiéndose á Belfegor le dijo en tono alegre.

—Ea, cicerone, demos principio á nuestro viaje. ¿Dónde está mi patria?

—Hela ahí á tus pies.

—Ese país,—prosiguió Belfegor,—está organizado de modo que hace inútil nuestra intervención en sus asuntos.

Parecía Madrid una araña en el centro de su tela en cuyos hilos se hallaban enredados todos los pueblos de España.

—Ahí tienes en este momento,—decía Belfegor,—á uno de sus ministros trasmitiendo órdenes terminantes á los gobernadores de las provincias para que sean elegidos en las próximas elecciones los candidatos designados por él.

—¡Ah miserable!—exclamó Florencio lleno de indignación.

—Al parecer, no comprendes—replicó Belfegor—las ventajas que ofrece ese sistema; pues origina nada menos que un derecho perfecto de insurrección de que carecen los pueblos legalmente constituídos. Además, en ese sistema los españoles se hallan en posesión de una jurisprudencia flexible y adecuada á los intereses personales que esos diputados van favoreciendo por turno. Por esta razón su influencia en la política es nula. De su cambio, cuando es necesario, se encarga el poder ejecutivo ó el ejército que es de hecho el depositario de la voluntad nacional; y los diputados que lo saben, una vez congregados, se entretienen en leer comedias ó en hablar de las máscaras.

—Sea el procedimiento legal ó ilegal, – prosiguió Belfegor,—el resultado es siempre el mismo. Ayer me convidaron á comer en Chihuahua y observé que servían el café en los vasos que destinan en Europa para enjuagues; y esto no impedía que el café fuese excelente.

—Ya veo que te burlas. Dime por qué forma de gobierno se rigen en el infierno.

—Nosotros tenemos una monarquía templada.

—Será más bien caliente, – contestó Florencio, – soltando una carcajada.

—Y la literatura, las ciencias, las artes, ¿se hallan en mi patria, – prosiguió Florencio,—en el mismo estado que la política?

—En el mismo; – contestó Belfegor. – Todo está sujeto al mismo sistema.

—Es probable, – dijo Florencio. – Los resplandores del genio español, tan vigoroso al empezar el siglo XVI, se extinguieron con los príncipes que labraron la ruina de la patria.

—Y cuando un pueblo, – añadió Belfegor, – pierde su independencia moral é intelectual se hace forzosamente tributario de otro, y tarde ó nunca llega á emanciparse.

—¿Y el teatro?

—Los autores dramáticos pegan palos de ciego en versos muy sonoros, pero sus obras tanto tienen de español como los extranjeros á quienes se concede la nacionalidad de cuarta clase.

—La política, – añadió, – absorbe y degrada el genio español.

—¡Oh! No hablemos ya más de política, – contestó Florencio.

—Para eso, amigo mío, es preciso salir de España.

—Veamos á Italia.

—Ahí la tienes,—dijo Belfegor señalando la península con el índice.

Italia, Italia, ó tu cui feo la sorte.

Dono infelice di bellezza... empezó á declamar Florencio.

—Ya en la historia de ese país, – dijo Belfegor, – se cerró el lúgubre capítulo que inspira á Felicaja ese bellísimo soneto. Pero exaltada la imaginación de Florencio continuaba declamando; y de repente, á la vista de Nápoles, variando de metro se elevó á las regiones de un loco entusiasmo refiriendo en prosa heroica las campañas del Gran Capitán. Belfegor que estaba harto de conocerlas no quiso, sin embargo, interrumpir aquel desahogo patriótico por parecerle muy conveniente á un español de estos tiempos. Pero tan pronto como Florencio terminó su peroración, exclamó: – ¡Roma! ¡Ahí tienes á Roma!

—*¡Rome l'unique obiet de mes ressentiments!*

. . . .

También yo sé relatar versos.

—Mira el insigne monumento elevado á San Pedro. Parece por su solidez desafiar los siglos y sin embargo su fin está más cercano de lo que presumes. Las generaciones futuras contemplarán sus ruinas como las actuales contemplan las del Coliseo y del Templo de la Paz.

—Estás en un error, – repuso Florencio.—Tu propia existencia me lo prueba, porque el día que desapareciera de la tierra la fe que elevó ese grandioso monumento, ¿qué sería de tí?

—¿Qué sería de mí? ¡Vaya un modo de discurrir! Ese día sería el de mi gloria, el de mi apoteosis.

Entonces Florencio, queriendo herir aquella soberbia en el corazón:—¿Qué títulos son los tuyos,—dijo,—para fundar una pretensión tan exorbitante? ¿No ocultas acaso bajo tus nombres de Baal-Peor, ó Baal-Phegor el de un dios de impurezas?

—¿Esa es una columnia infame de Orígenes,—repuso Belfegor, y sus ojos lanzaban chispas como el hierro candente.—Ya suministraré yo á mi amigo Sánchez Calvo los datos necesarios para que en la primera edición que haga de su obra sobre nuestros nombres, pueda esclarecer este punto. Aquí donde me ves, yo soy el mismo Osiris á quien tantas naciones rindieron culto. Proscrito y ejerciendo mi poder de una manera oculta y degradante desde que los sectarios del Galileo derribaron mis templos y el trono que con tanto esplendor ocupaba en Egipto, la sed de venganza inflama mi pecho y no descansaré hasta que consiga satisfacerla. Tú, simple mortal, no puedes comprender la intensidad de este sentimiento en el corazón de un dios. – Las lágrimas apagaron el fuego de sus ojos; pero luego añadió con una fruición detestable:—Contamos ahora con el apoyo decidido de muchos mortales que nos son adictos, y hemos adoptado para la lucha un procedimiento eficacísimo. Los carlistas y posibilistas españoles lo han adoptado también y les está dando excelentes resultados; de modo que muy pronto nuestro imperio recobrará en la tierra su antiguo esplendor oscureciendo la gloria del Cristo.

Discutiendo con el Cura, en un momento de mal humor, se había mostrado Florencio como racionalista ordinario. Conservaba sin embargo en el fondo de su conciencia un sentimiento de católico ferviente, y aunque le parecía una profanación tratar de defenderlo contra los ataques de Belfegor, no pudo reprimir su indignación, y así, le dijo:

—Si fuera posible reunir en un solo individuo la gloria adquirida por todos los grandes hombres de la tierra, sabios y grandes conquistadores, no sería comparable á la que alcanzó Jesucristo sin más armas que su palabra y el madero en que expiró. Aquella palabra divina sacó á la humanidad del cieno inmundo en que se revolcaba al pie de tus altares, y servirá de guía al género humano mientras el mundo exista.

—Esta manera de raciocinar es deficiente. Los hechos no constituyen siempre la prueba de la verdad.

—Pues entonces te diré con franqueza, amigo Belfegor, aunque con ella lastime tu amor propio, que si me hallo contigo en estas alturas es en virtud de un poder superior al tuyo, y que tan firme es mi fe en él, que nada, absolutamente nada temo de tí.

Al terminar estas palabras Florencio levantó los ojos al cielo y en el mismo instante se rasgaron las nubes apareciendo en medio de una aureola de irisados colores un coro de ángeles con arpas de oro cantando alabanzas al Señor.



COSTUMBRES EN NORTE-AMÉRICA, dibujo de J. Contell



FOTOGRAFÍA DE LA CIUDAD DE RENNES, tomada á una altura de 800 metros por el aeronauta P. Jovis

Todavía resonaba en el espacio el eco de aquella música dulcísima, cuando Belfegor, que parecía no haberla oído, contestó, sin embargo, en tono menos altanero, diciendo:

—Ese gran poder inmutable ni lo niego ni lo discuto; y al parecer tú no has comprendido mi pensamiento. Yo te hablo como un filósofo terrestre de lo que pasa en la tierra, y quería demostrarte al anunciarte la desaparición de San Pedro de Roma, que la religión es progresiva y que por lo tanto tiene que hallarse siempre forzosamente en armonía con los conocimientos humanos y su modo de sentir; porque la humanidad no se hallará nunca en posesión de la verdad. Las grandes controversias habidas entre los organizadores del cristianismo, y las guerras que con este motivo ensangrentaron la tierra, prueban, cuando menos, que la doctrina del Maestro se presta á interpretaciones diversas; y el día en que para establecer por artificio humano la unidad imposible en las creencias, se impusieron como obligatorias las prácticas religiosas, aquel día una estrepitosa carcajada resonó en los infiernos. Desde entonces la sociedad cristiana empezó á vivir en abierta rebelión contra sus principios fundamentales; y tanto se parece un cristiano de hoy al de los primitivos tiempos de la iglesia, como me parezco yo al cura de Bellamar.

—Eso lo ha dicho un protestante.

—Esa es la manera de argüir que emplea la Iglesia,—repuso Belfegor.—La verdad se autoriza por sí propia, ni pierde ni adquiere valor con decirla un Lutero ó un Papa.

—Y esa rebelión,—repito,— iluminada por la filosofía moderna, va preparando para un día no muy lejano nuestro triunfo definitivo.

—¡Eso, jamás!—exclamó Florencio.—Las controversias que han agitado al cristianismo, obra tuya son; y todos los filósofos, desde el apóstata Juliano hasta los contemporáneos, inspirados por tu espíritu infernal, no han hecho más que sembrar en el mundo la confusión, la duda y la impiedad, destruyendo el consuelo de los desgraciados y la esperanza de la humanidad.

—Así como los Santos Padres,—repuso Belfegor,—han destruído las ilusiones del paganismo.

—¡Qué abominable comparación! Las ilusiones del paganismo se secaban por sí solas en el corazón humano, mientras que en el espíritu del cristianismo halló la vida y su definitiva aspiración. Cuenta si puedes las cruces que ves desde aquí; pues aunque llegaran á desaparecer todas, no se borraría del corazón humano ese símbolo sagrado de la fe, que volvería á recobrar en la posteridad más remota su primitivo esplendor. *Portæ inferi non prævalebunt adversus eam.* ¡Sueñas, pues, con un triunfo imaginario!

Esta discusión agrió un tanto los ánimos y así ambos amigos permanecieron largo rato en silencio sin hacer observación alguna sobre lo que veían, mudos como si estuviesen en presencia de un cementerio. Así contemplaron la silenciosa Venecia. Los gondoleros bostezaban en sus ataúdes flotantes.

—He ahí unos ciudadanos á quienes no molesta el ruido,—dijo Belfegor.

—Ni el polvo,—respondió Florencio.

La conversación entre ambos se reducía á palabras sueltas.

—¡Viena!

—Un conservatorio de música.

—¡Berlín!

—Un cuartel.

—¡París! ¡París!—gritó Belfegor, – ¡París!

¡El gran *sensorium* de la humanidad!

Receptáculo ó crisol en el que se funden las ideas de todos los pueblos. Ahí reina una atmósfera moral cosmopolita, que permite respirar con entera libertad. En todas partes se halla el ánimo más ó menos comprimido y por esta razón el único día malo en París para los forasteros es aquel en que tienen que abandonar esa residencia encantadora. En ninguna otra parte del mundo está más adelantada la industria para satisfacer los goces materiales y espirituales de la vida. La cocina, las modas y la literatura: con estas armas hace París la conquista moral del orbe. ¡Cómo no imitar un pueblo que sabe comer tan bien y vestir con tan buen gusto! Así continuará siendo la capital del mundo civilizado: y, ó sol ó volcán, alumbrará... —No sigas,—interrumpió Florencio —esa es música de Lamartine.—*(Continuará)*

LA CIENCIA PRÁCTICA

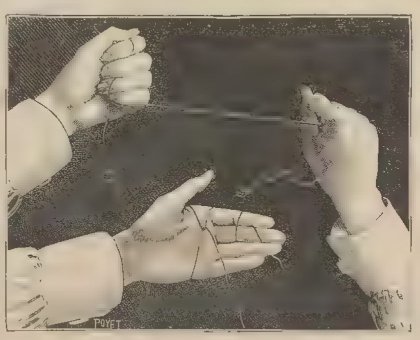
A menudo habréis visto sin duda cómo los dependientes de las casas de comercio cortan el cordón de empaquetar sin ningún instrumento, sino cogiéndolo de cierto modo con ambas manos, que juntan y separan bruscamente.

Tal vez hayáis creído que para obtener este efecto basta el brusco movimiento, y si así es, no estáis en lo cierto y os puede costar caro el error. Probadlo y os cortaréis las manos, sin cortar el cordón por poca consistencia que tenga.

Para cortar á mano un cordón sin este peligro, hay que disponerlo previamente de la manera que vamos á explicar.

Colócase en la mano izquierda el cordón que haya de cortarse y se pasa un cabo sobre otro de modo que se crucen, dejándolo bastante largo para dar muchas vueltas; vuélvese el otro extremo y se arrolla á la mano derecha, cuidándose de dejar entre ambas manos un buen espacio como de 0,50 m. poco más ó menos.

Para que el procedimiento sea correcto y dé el resultado apetecido, debe el cordón formar en medio de la mano una Y más ó menos perfecta, como se ve figurado en el dibujo en la parte inferior de nuestro grabado.



Manera de cortar á mano impunemente un cordón.

Dispuesto así el cordón y bien tendida la Y basta coger el cordón con la otra mano, teniéndolas á distancia de unos 0,50 m. como indica la parte superior de la figura.

Hecho esto se aproximan las manos y se apartan bruscamente dando un golpe seco en el punto de conjunción de los dos brazos de la Y, que forman un verdadero cuchillo.

Bien se concibe que roto bruscamente el cordón, no ha tenido tiempo el choque de trasmitirse á las carnes. Aquí hay una interesante demostración del principio de la inercia.

Por este procedimiento puede llegarse á cortar un cordón de bastante consistencia y sin hacerse ningún daño en las manos, que es lo principal. Las manos más delicadas pueden hacer impunemente este curioso y útil experimento, siempre que el procedimiento esté bien hecho, es decir, que la tracción sea rápida después de disponer el cordón de la manera indicada, según se demuestra en el grabado que acompañamos.

Con alguna práctica es cosa fácil y rápida, y los dependientes de almacén, que están muy ejercitados, llegan á prescindir de cuchillo y de tijeras para esta necesidad de todos los momentos.

(Tomado del periódico *La Nature*)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



AÑO VI — BARCELONA 12 DE DICIEMBRE DE 1887 — NÚM. 311

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

OTOÑO, dibujo de St. Rejchan

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

OTOÑO, dibujo de St. Rejchan

La personificación de las estaciones es asunto que en todos tiempos ha tentado á los artistas. Las combinaciones que se han formado para dar idea del calor y del frío y de entrambas primaveras, son innumerables. Aspirar á la originalidad en semejantes obras de arte, es pretender lo imposible. Una especie de convención tácita ha hecho que las estaciones fueran casi unánimemente representadas por figuras de mujer: únicamente el invierno ha revestido alguna vez la forma de varón. Esta preferencia se explica fácilmente: desde que se trata de idealizar, la mujer, sea dicho con perdón del sexo masculino, secunda más poderosamente las ilusiones del artista. Pese á Antinóo y pese á Narciso, todos los pintores del mundo han apelado á la mujer cuando se ha tratado de la belleza de la forma y de la idealización del pensamiento.

Rejchan no ha inventado por cierto su alegoría del Otoño; antes bien la idea de la ninfa cazadora y de la vid pomposa es vulgar en tal caso, á puro haberse reproducido. Mas no puede negarse que á falta de una originalidad no pretendida por el autor, su dibujo es tan correcto como elegante, habiendo conciliado felizmente la robustez y la morbidez de la forma. Si las compañeras de Diana hubieran existido en realidad, de fijo debieran haberse parecido á la cazadora de Rejchan.

ROCA DEL PAPA, cuadro de Owaldo Achenbach

No lejos de la sede de los sucesores de San Pedro, álzase, desnuda y agreste, una peña, desde la cual se abarca, formando delicioso panorama, la vista de la *Campagna*, de la Ciudad Eterna y del mar. Para llegar á su cumbre hay que atravesar la única calle de una aldea sucia y miserable, adosada á la roca; mas de tal suerte bañada por el sol de Italia, que el espectador cree tener bajo sus plantas al pueblo más sonriente y feliz de la tierra.

El principal mérito de este cuadro consiste en la acertada combinación de la realidad y de la poesía, de tal suerte que se destaque en él la severidad solemne característica de aquellas comarcas históricas, en las cuales los templos, los castillos, las casas y las chozas, si de una parte son testimonio de los estragos del tiempo, de otra parte no han podido ser despojados de su antigua grandeza. Cual los rayos del sol en su ocaso lanzan sus destellos sobre este paisaje, espejo del presente, así los destellos de un pasado de dominación universal parecen irradiar de esas ruinas que fueron habitadas un día por los señores del mundo.

LA CUNA DEL GRUMETE, cuadro de A. Guillou

Dice un refrán que Dios da el frío según las mantas. Solamente así se concibe que tantos tiernos infantes bien parcamente atendidos, atraviesen épocas difíciles de la vida y venzan sus crisis con más fortuna que los hijos de los grandes señores. Ahí está sino el vástago del esforzado marinero: para resguardarlo del aire, le guarece su madre detrás de una roca. Pegado á ella se pasa las horas muertas; cualquiera le compararía á un molusco. Escasas ramas forman su lecho; una vieja lona le defiende contra el frío; su cuna no tiene condición alguna de las prevenidas por la higiene escrita. Y sin embargo, duerme tranquilo, se cría rollizo y cuando llegue el tiempo de acompañar á su padre sobre el agitado mar, sus carnes serán duras, su musculatura será de acero, y en su mirada viva y en su color sano se reflejarán los alientos de su pecho varonil.

¿Será, tal vez, que el Señor depara un ángel cabe los hijos de los pobres?... Si éstos tienen madre, ¿qué otro ángel necesitan en los primeros años de su vida? Fijémonos en nuestro cuadro, y al hacernos cargo de la tierna solicitud con que esa mujer atiende á su hijo, ya nos parecerá éste menos desgraciado y comprenderemos que el ángel de la infancia toma las más de las veces la forma irreemplazable de la maternidad.

FERNANDO EL SANTO, cuadro de Casanova

Con justicia fué adjudicada á este cuadro una medalla de segunda clase en la última Exposición Nacional de Bellas artes. El célebre monarca, espanto del alarbe, ha reunido en su palacio á buen número de pobres y por sus propias manos les sirve los manjares que su inagotable caridad les tiene preparados. La figura del monarca es quizás la menos feliz del lienzo. Su actitud es bastante vulgar y en su semblante, más envejecido y enfermizo de lo que su edad y esfuerzo nos permiten suponer, no trasciende el ánimo del esforzado conquistador que ganó á los moros tantas tierras y tan importantes ciudades.

En cambio los diez mendigos instalados en la mesa son modelo de expresión, así por sus semblantes como por sus actitudes. Desde el que traga vorazmente los manjares para acallar el hambre, sin respeto al rey ni á los magnates, hasta el que contempla al piadoso monarca como á la Providencia se puede contemplar, el autor ha recorrido todos los tonos y obtenido del arte la manifestación de varios y hermosos afectos. Sin saber porqué, el lienzo de Casanova recuerda algo de la famosa *Cena* de Leonardo de Vinci.

JINETES TUNECINOS, cuadro de Ch. Speyer

Quizás correspondería mejor á este cuadro, ó fragmento de él, el título de jinetes beduínos, pues beduínos parecen ser esos dos africanos que huyen cuerdamente de las balas francesas. El beduíno es el mayor enemigo de Francia, precisamente porque Francia representa á la civilización y la del beduíno es poco menos que embrionaria. Raza esencialmente nómada, su existencia tiene notable semejanza con la de aquellas grandes hordas de gitanos que son de ver, aun hoy día, en el Sud de Rusia y en las provincias que baña el Danubio. Sobre el terreno en que le place descansar levanta el beduíno sus aduares, y cuando no tiene de qué alimentarse se apropia lo ajeno, de buen ó mal grado de su dueño. Quien coarta su libertad salvaje es su enemigo. El francés pone un dique á sus correrías; luego el francés ha de ser el blanco de su odio. Desgraciadamente para el beduíno, la civilización no sólo posee la luz del Evangelio, sino las armas de fuego más perfeccionadas, al lado de las cuales las espingardas africanas suponen lo que la carabina de Ambrosio.

En el cuadro de Speyer, el proyectil francés derriba á uno de los jinetes y el otro de ellos se aleja, sin cuidar de su compañero, blandiendo su impotente arma ofensiva y lanzando toda suerte de imprecaciones contra los enemigos de su ley y de su raza. La figura principal del cuadro podría figurar sin desventaja en el célebre lienzo de la Smala.

LAS HIJAS DEL MAR, cuadro de A. Delobbe

¿Son hermanas esas dos jóvenes que, sentadas en la arena de la playa, parecen interrogar el horizonte, que es como si dijéramos interrogar el porvenir? Ambas á dos parecen dirigirse á sí propias una misma pregunta:

—¿Vendrá?...

Y cuando realmente venga, ¿querrá Dios que la alegría de una de las jóvenes no sea el contraste de la amargura de su compañera? La felicidad de la una, ¿dará muerte á las ilusiones de la otra?... Que entrambas coinciden en un mismo pensamiento, parece indudable: el artista lo demuestra con felicísimos rasgos y esta es la principal condición del cuadro.

La solución del problema no está á nuestro alcance: Delobbe le ha planteado simplemente. Si se ha hecho comprender, como nosotros así lo creemos, no necesita más triunfo.

Puerta principal del castillo de Monjuich (Barcelona)

Cuando en 1640, durante el famoso día del *Corpus de sangre*, dieron los barceloneses el grito de *¡Viva Felipe IV! ¡Abajo el mal gobierno!* comprendieron que impondría su yugo á la ciudad la fuerza armada que ocupase la cumbre del elevado monte que al Sudoeste de aquélla se levanta. A esta idea obedeció la primera fortificación del Monjuich (*Mons Jovis*, ó tal vez Montaña de los judíos); y nunca tan triste ocurrencia tuvieran, pues llamada la atención de los estratégicos hacia ese punto fuerte, ¡cuántas y cuántas veces el castillo ha hecho llorar á la ciudad lágrimas de sangre!...

La fábrica actual es debida muy principalmente á las tropas del duque de Anjou (Felipe V), y basta recordar hasta qué punto resistió Barcelona á los enemigos del archiduque de Austria, el ingrato ídolo de los catalanes, para comprender la no santa intención con que fué construída esta fortaleza. En ella agotaron los recursos de la ciencia famosos generales que la juzgaron inexpugnable. Pero los tiempos han cambiado, y el castillo de Monjuich tiene escasísima importancia militar y podría oponer muy débil resistencia á la artillería que coronase las alturas de las montañas que limitan el llano de Barcelona.

Mole de piedra que sólo excita tristísimos recuerdos, nada perderían las armas españolas con la desaparición de una fortaleza, que trae á la memoria los excesos y las violencias que todos estamos interesados en relegar al olvido.

CABALLETE-MUEBLE DE SALÓN, composición de D. Francisco del Villar (hijo)

Desde que el buen tono y el buen gusto se han puesto de acuerdo para rendir al arte debido homenaje, el caballete, que antiguamente era un tres pies confinado en el desnudo taller de un pintor casi no menos desnudo, ha sido elevado á la categoría de mueble de salón. El dibujo que publicamos, ideado para tributar un recuerdo á la malograda hija de los señores condes de Figuerola, demuestra cuánto partido puede sacarse del objeto más trivial, cuando su ejecución se confía á verdaderos artistas. El proyecto del señor Villar, por su elegancia y acertada combinación simbólica, merecía ser tan bien modelado como lo ha sido por D. Luis Ferreri y ejecutado tan delicadamente como lo ha sido por el señor Deulofeu.

SUPLEMENTO ARTISTICO

DECLARACIÓN DE AMOR, cuadro de A. Zick

El amor es tan antiguo como el hombre; mejor dicho, es tan antiguo como el hombre y la mujer reunidos en un mismo punto de la tierra. Únicamente á los mitólogos del paganismo pudo ocurrirse la grosera idea de que un hombre, Narciso, pudiera enamorarse de sí mismo. El Génesis, que no se permite bromas en asuntos tan serios, nos dice que Adán se hallaba bastante aburrido nada menos que en el paraíso, precisamente por no tener á quien dedicar este afecto á que hemos convenido en llamar amor. Circunstancia que decidió sin duda al Creador en la elaboración de Eva, por más que la eterna sabiduría previera el tropezón que había de dar el primer hombre al chocar con el capricho de la primera mujer. Dios les tome en cuenta que su naturaleza era de barro, y que esta materia es de por sí frágil y deleznable...

Damos, pues, por establecido sin discusión que donde existen hombre y mujer existe amor: indiscutibilidad que constituye el fundamento del cuadro que reproducimos. Su autor no nos dice precisamente que esas dos figuras sean las de Adán y Eva; pero es indudable que pudieran serlo. Esa encantadora pareja, por la soledad que reina en torno y por el traje, ó más bien por el *no traje* que viste, cabe que represente á los primeros pobladores del mundo; prescindiendo de la caza muerta y de las reses vivas, de que no se preocupan gran cosa los amantes.

Zick se ha propuesto seguramente pintar el amor de los hombres en estado natural, y lo ha conseguido de sobra por medios... quizás sobradamente naturales.

LA CASA MALDITA

EPISODIO DE LA VIDA REAL

I

El ambiente era tibio y embalsamado por los mil aromas que se desprenden de las campesinas flores, sobre todo en esa feraz tierra americana en donde jamás falta á los campos el atavío y lujo de la naturaleza.

El cielo, puro y azul, tenía horizontes de oro y rosa sobre fondo oscuro; anunciaban el *Pampero* ráfagas de colores brillantes que parecían sumergirse en las inquietes ondas del majetuoso Plata, río de recuerdos históricos y manantial fecundo de la riqueza argentina. El crepúsculo esparcía melancólicas sombras, y al morir el día, al empezar el reinado de la noche causaba esa tristeza vaga é indefinible que evoca recuerdos del pasado y encierra algo de solemne y misterioso.

Por una de las calles de Barracas, semi-arrabal de Buenos Aires, caminaba un hombre completamente abstraído en sus reflexiones y sin fijarse en la poesía de aquella hora, ni en la imponente soledad que le rodeaba, no interrumpida sino por el rumor acompasado de las olas del coloso americano.

Había llegado hasta un sitio en donde las casas estaban á mayor distancia unas de otras: la población, que se extiende cada día más, concluía allí, y una profunda barranca cortaba los terrenos destinados á nuevas construcciones.

Tomó á la derecha é internándose por el campo se dirigió á una especie de quinta, que se descubría á no muy larga distancia.

—¡Qué calor tan insoportable!—murmuró aquel hombre, quitándose el sombrero;—este clima no conviene á mi temperamento: felizmente mi fortuna está asegurada y dentro de poco abandonaré estas playas para regresar á mi hermosa Andalucía, á mi Sevilla, que he creído muchas veces no volver á ver. Allí me espera mi anciana madre: allí también suspira por mí una mujer que me ama con idolatría, y á quien yo casi he olvidado por amores del momento, por caprichos de una hora. ¡Pobre Dolores! ¡fiel y resignada durante diez años! ¡Cuán ajena estarás de pensar que estoy soñando contigo y que dentro de algunas semanas estaré á tu lado, ante el altar, santificando nuestro amor y recibiendo la bendición del altísimo! ¡Oh! Sevilla, Sevilla,—continuó casi en alta voz adelantándose lentamente hacia la quinta:—me parece verme ya en las orillas del risueño Guadalquivir, en cuyas límpidas aguas se miran, como en purísimo espejo, la histórica Torre del Oro, el barrio de Triana y los frescos arbustos que crecen á favor de las tranquilas ondas.

Aceleró el paso y levantando un pestillo de la puerta de hierro que conducía al jardín, penetró en éste, subió tres ó cuatro escalones y se disponía á entrar en una habitación situada á la izquierda, cuando un muchacho de catorce á quince años, saliendo á su encuentro, le entregó una carta.

—¿No han venido Galaza ni Campos?—preguntó.

—No, señor; todavía no.

—¿Y la Martina ha dejado todo preparado para la cena?

—Todo, amito; no tengo más que servir.

—Bien: y el recién llegado entró en una sala alumbrada por la clarísima luz que despedían varios mecheros de gas.

II

Era Fernando Alvarez joven y gallardo: su belleza varonil y su tipo puro español.

Laborioso, activo y honrado, había logrado en pocos años reunir regular fortuna, y desde la casa de comercio á donde fué dirigido á su llegada de España se había trasladado á la que por su cuenta estableció. Su vida no había tenido página sombría, y los recuerdos de aquellos diez años eran los de un joven alegre, amable y apasionado.

Gozando de generales simpatías no contrajo sin embargo sólidas amistades, y al abandonar las orillas del Plata sólo un sentimiento fraternal le causaba profundo pesar.

Tenía un amigo, uno solo; joven como él, rico y casado con una de esas criaturas que hacen enloquecer con su hermosura y que por los defectos de carácter ejercen perniciosa influencia sobre aquellos que las rodean.

Aura Galaza amaba el lujo con pasión y era capaz de sacrificar lo más sagrado por satisfacer uno de sus caprichos.

Coqueta y vanidosa, había disipado en dos ó tres años una gran parte de la fortuna de su marido, quien ciego ante la luz de sus ojos garzos, ni sabía ni podía negarle nada.

Fuertes hipotecas pesaban sobre sus fincas y corría el rumor que para comprar el último aderezo que lució en un baile del Presidente, había hecho que Galaza, enajenara una finca.

Vivían en una hermosa y elegante casa de la calle Rivadavia y precisamente en el momento en que Alvarez preguntaba por su amigo, éste, recostado en una butaca, escuchaba las palabras que en voz baja pronunciaba Aura apoyada en el respaldo del sillón y magnetizándole con su sonrisa.

—¿De modo que no has tenido valor?...

—No: lo confieso. Es tan generoso, tan bueno, tan confiado, que me parece imposible intentar lo que me aconsejabas.

—No conociéndote..... jamás podrá adivinar ni aun sospechar... Miguel está dispuesto.

—Sí, lo sé: tu hermano es tan gastador, tan vicioso, que todo es poco para él.

—Bueno; no hablemos más: no insisto. Dentro de algunos meses tendremos que abandonar esta casa, vender el coche y buscar en donde tú y yo podamos trabajar.

—Ocuparte tú en los detalles de la vida ¡oh! alma mía, jamás: mi tesoro, mi Aura, reducida á maltratar sus pies con las piedras de la calle y sus preciosas manos con la aguja ó la máquina?... nunca: día y noche me desvelaré para ganar cuanto pueda para tí... eres tan hermosa,—añadió mirándola embelesado,—tan hermosa y tan amada, que me moriría de desesperación si tuvieras que privarte de tus comodidades y perder lo más insignificante de cuanto hoy te rodea.

Y Galaza atrajo hacia sí á su esposa y la besó y abrazó apasionadamente.

—Todos nuestros acreedores empiezan á ser exigentes y hablan de concurso y de repartirse nuestra quinta de Belgrano, la hacienda y esta casa... perdóname,—repuso amorosamente;—por eso te decía amor mío, pero más



ROCA DEL PAPA, cuadro de Owaldo Achenbach

vale no pensar en ello... con tal de no separarme de tí, me conformo á privarme de todo, á vestir percal en vez de blondas; porque te adoro.

Aura conocía el poder de sus palabras y la fascinación de su belleza.

Galaza se levantó bruscamente.

– Adiós,—le dijo,—acuéstate y no me esperes.

– ¡Qué esperanza (1)! con la noche que está, ¿vas á salir? no, no: ¿no oyes el Pampero? se ha desencadenado con furor y...

– Mañana se marcha,—añadió Galaza con voz sorda.

Una terrible sacudida hizo crujir las puertas y ventanas y movió la casa como bajo el impulso de un temblor de tierra: era efectivamente el Pampero.

Galaza, sin temor al huracán, salió precipitadamente y en la puerta se chocó con alguien que entraba.

– ¡Miguel!—exclamó.

– ¿Salías?—interpeló el hermano de Aura.

– Sí: ven conmigo; Alvarez nos espera: le ofrecí ir esta noche á cenar.

– Mañana marcha...

– Lo sé.

– Es preciso aprovechar el tiempo,—repuso intencionadamente Miguel.

El Pampero era en aquel instante tan violento que los dos hombres tuvieron que apoyarse el uno en el otro, para no ser arrastrados.

Inútilmente quisieron buscar un carruaje: las calles estaban desiertas y no pudieron conseguirlo sino en la esquina de la del Perú. En la entrada de Barracas se apearon y despidieron al cochero.

El viento soplaba con furor y su soberbia había irritado las olas del Plata, que bramaban levantándose gigantes y amenazadoras.

Miguel y Galaza llegaron á la quinta y encontraron á Fernando, cuidadoso y preocupado.

– Pensé que el Pampero impidiera nuestra despedida: es más fuerte que nunca y tal vez sea la causa de la profunda tristeza que me domina.

– Triste, ¿cuando vas á conseguir todo lo que ambicionabas?—dijo Galaza.

– Sí: me parece que escucho gemidos y sollozos: cuando pienso en la distancia que me separa de la mujer que amo, me parece imposible pueda salvarla: ¡Dolores! sólo la muerte podría impedirlo...

Miguel se estremeció y su mirada se cruzó con la de Galaza.

– A cenar; aleja ideas lúgubres y piensa en nuestra promesa,—dijo Galaza:—iremos á Sevilla á conocer á Dolores y á darte la enhorabuena.

(1) Palabra muy usual en Montevideo y Buenos Aires.

– Manolo,—gritó Alvarez,—Manolo, ¿se habrá dormido?

Efectivamente, el muchacho, asustado por el Pampero, se había escondido en su cuarto, en donde envuelto en su poncho dormía profundamente.

– Todo está preparado encima de la mesa: no lo necesitamos,—añadió Fernando:—podéis pasar al comedor, interín voy un momento á mi dormitorio.

Y el joven, dominado por vagos presentimientos, por algo inexplicable, entró en una pieza contigua en la cual, baúles, sacos de noche y cajas rotuladas, denunciaban la próxima partida.

Alvarez se acercó á una mesa, tomó una cartera, la abrió y sacó dos retratos: el de una anciana y el de una hermosa joven.

– Pobre madre mía: ojalá Dios me conceda darte pronto un abrazo. Dolores, Dolores, me parece que esta noche amo á las dos con mayor intensidad. ¿Por qué?

El Pampero rugía en aquel instante como león encadenado.

– Qué terrible noche; afortunadamente me acompañan Galaza y Miguel... sin duda también la idea de separarme del primero me produce desaliento y pesar.

Minutos después los tres jóvenes comían, bebían y charlaban alegremente.

– ¿Pasado mañana pasarás el día en Montevideo?—preguntó Galaza.

– Sí; saliendo de aquí en la noche, llego de madrugada al Uruguay y me embarco para Europa á las seis de la tarde; tengo suficiente espacio para ver al banquero y tomar mis letras: toda mi fortuna la he reducido á billetes de banco y á cartuchos de oro; mi amistad con el director del banco Magua, hará más ventajoso para mí tomar allí las letras, y mis trescientos mil *patacones* (2) darán venturosa vejez á mi madre y risueña existencia á mi Dolores.

Los dos jóvenes no contestaron, pero palidecieron densamente.

– Nos darás hospitalidad por esta noche,—dijo Galaza;—el viento arrecia y mi casa está lejos.

– Gracias, amigo mío; pensaba en eso mismo: vamos al fumador por última vez.

Y levantándose pasó delante para abrir la puerta.

No tuvo tiempo: Miguel y Galaza, se arrojaron sobre él y lo sujetaron.

Lo inesperado del ataque, la sorpresa y la indignación, paralizaron por completo á Fernando.

– Si lo dejamos con vida somos perdidos:—dijo ferozmente Miguel.

Alvarez intentó gritar: quiso defenderse y librarse de los robustos brazos que le oprimían; fué en vano, cayó bañado en su sangre y sin duda sus labios en la agonía balbucearon dos nombres: el de su madre y el de Dolores.

(2) Duros.

El ingrato amigo y su cómplice se repartieron el oro y los billetes que en una maleta de mano encontraron y algunas joyas adquiridas para engalanar á la bella prometida.

Aura triunfaba y Miguel tenía para seguir por la senda del vicio.

Alvarez, palpitante aún, fué arrastrado hasta la barranca y arrojado en ella; el Pampero era cada vez más fuerte y los dos asesinos creían á cada instante ser arrollados por aquel poderoso auxiliar que había alejado de Alvarez hasta el único testigo que en la casa existía.

Sus presentimientos no le engañaron y en vez de volver á su alegre Sevilla tuvo ignorada tumba en América.

La mujer que por su inmoderado deseo de brillar, armó el brazo de los asesinos, será hoy anciana y madre tal vez, ¿y la sombra de Alvarez no habrá turbado sus noches y sus horas de alegría?

La casa en donde tuvo lugar el terrible drama conservó durante algún tiempo el nombre de *La Casa Maldita*.

El terrible episodio circuló de boca en boca y en vano la justicia, quiso apoderarse de los asesinos.

Habían buscado asilo en la vecina república del Uruguay.

La providencia les habrá castigado.

LA BARONESA DE WILSON

EL VIOLÍN DE UN MAESTRO DE ALDEA

(Conclusión)

—¡Inglaterra!

—Ese pueblo, -dijo Florencio, -ha sido el enemigo más encarnizado de mi patria y seremos enemigos, mientras permanezca en ella. – Dejémosle pasar.

VII

Ya el planeta en su rotación iba sepultando en la noche la parte oriental de Europa y presentando á la vista de los viajeros la silenciosa superficie azul del Atlántico.

—Déjame contemplar este mar,—dijo Florencio,—somos antiguos amigos.

Las aguas, vistas desde aquellas alturas, adquirían una transparencia cristalina y al ver la incesante voracidad con que los peces mayores tragaban á los menores, Florencio exclamó: ¡Qué horror! El Criador juega con la vida

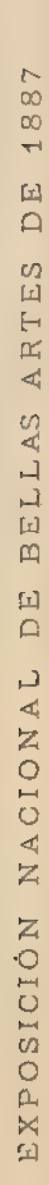


LA CUNA DEL GRUMETE, cuadro de A. Guillou, grabado por Baude





DECLARACIÓN DE AMOR, cuadro de A. Zick



EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1887

FERNANDO EL SANTO, cuadro de A. Casanova



JINETES TUNECINOS, cuadro de Ch. Speyer

y la muerte en el agua, en la tierra y en el aire. Este espectáculo es repugnante.

—Lo es en efecto para tu criterio subjetivo,—replicó Belfegor.—El horror á la muerte y el amor á la vida y á todo lo que la embellece es común á todo lo que nace, crece y muere. Este es el móvil de las acciones de todos los seres que cada uno ejerce con arreglo á sus gustos y facultades para lograr el mismo fin. Lo que á unos daña, á otros aprovecha. Lo que para unos ojos es luz, para otros es oscuridad; de modo que ni la luz ni las tinieblas, ni el ruido ni el silencio, ni el frío ni el calor, ni lo dulce ni lo amargo, ni lo áspero ni lo suave, y por consiguiente ni el bien ni el mal, ni lo justo ni lo injusto, ni lo bello ni lo feo, ni lo perfecto ni lo imperfecto; nada, nada de esto existe por sí mismo, siendo por lo tanto todo ello efecto de criterios subjetivos diversos.

—Si eso es así cierto, como me lo parece,—repuso Florencio,—la teoría de Darwin, así como toda teoría racional, carece de base, pues si la perfección objetiva es desconocida para nosotros, el progreso que aquel sabio ha observado en la perfección de las especies queda reducido á una ilusión: y por lo tanto la diferencia entre el hombre primitivo y el actual carece de valor científico para el problema que se ha propuesto resolver. ¿No podrías tú descifrarme el enigma?

—Para que tú pudieras comprender ese enigma sería necesario transformar completamente tu ser; y eso, ni tú lo deseas, porque equivale á la muerte, ni está tampoco en mi mano.

Audax mortalis, ire ultra non poteris!

Apenas acababa Belfegor de pronunciar estas palabras cuando empezaron á presentarse á la vista las Antillas. Aquellos innumerables jardines flotantes cubiertos de tan rica y variada vegetación, iluminados por la vivísima luz del sol tropical y el reflejo del mar, ofrecían un cuadro de magia que exaltaba la imaginación.

Al descubrir Florencio en el grupo de las Lucayas una isla que parece una microscópica Italia: «He ahí,—exclamó,—la isla de Guanahani, la primera en que el inmortal Colón puso la planta con sus heroicos compañeros. En ella debía ondear eternamente el glorioso pabellón español sobre un monumento de bronce que recordase á las edades futuras este prodigioso descubrimiento.

Pero, ¡oh mengua! ¡Esa isla pertenece hoy á los ingleses! Al reconocer la Reina de las Antillas cerró los ojos y enmudeció. Un sentimiento de amargura oprimió su corazón. Allí había nacido Magdalena. Pero pronto Belfegor le sacó de su triste meditación diciéndole:

—Ahí tienes el gran Continente americano.

Florencio volvió entonces á hacer sonar la trompa épica.

—He ahí, dijo, declamando en alta voz,—el grandioso teatro de las glorias españolas... Con la espada y con la cruz...—Basta, basta,—exclamó Belfegor,—el español fanático es insoportable. ¡La espada y la cruz! ¡Qué monstruosa alianza! Pero ¡la había exigido la otra de la cimitarra y la media luna. ¡Oh ceguedad humana!

—Ayer decía un amigo mío en el tono más solemne al cura de Bellamar: «el hombre ejerce sobre su conciencia una soberanía de derecho divino y todo atentado...»

Florencio le interrumpió diciendo:

—Pero, ¿la conciencia de un salvaje?...

—¿Y quién es salvaje á los ojos de tu Dios?

—El que ignora ó no quiere creer en la doctrina revelada.

—Pues á los ojos de la filosofía el salvaje es el que impone sus creencias á sus semejantes por medio de la fuerza.

—¿Y el que cierra los ojos á la evidencia negando la realidad de los hechos, no revela una mala fe que merece castigo?

—Ya te he dicho que los hechos no constituyen siempre prueba, y por lo tanto cada uno es libre de apreciarlos conforme á la impresión que hayan producido en su ánimo. Por lo mismo ese *no quiere creer* es antifilosófico, porque el que está persuadido cree aunque no quiera. Así tú ayer no hubieras querido creer que Magdalena se casase con el maestro y sin embargo lo has creído, tomando por verdad la mentira, pues Magdalena ni se casa ni se casará con el maestro.

—¡Cómo! exclamó Florencio con los ojos vivamente animados.—¿Y aquel cuadro que me enseñaste ayer?

—Alucinación tuya.

—¿Y el cura al pie del Cristo?

—Idem; dormía entonces á pierna suelta, mientras que Magdalena sollozaba y derramaba copiosas lágrimas pensando en tu desvío.

Al oir esto Florencio fué súbitamente sobrecogido por tan fuerte emoción que perdiendo el equilibrio se desprendió de la mano de Belfegor; y una carcajada satánica resonaba en el espacio inmenso, mientras que el pobre Florencio atravesaba los aires con la velocidad de un aerolito. Pero en el momento mismo en que con el corazón oprimido y los ojos fuertemente cerrados iba á estrellarse en las cumbres del Chimborazo, dió un gran grito y se encontró

. . . .

sentado en su cama. Todo había sido un sueño.

. . . .

Las campanas de la iglesia de Bellamar tocaban á misa y aquellas alegres vibraciones hacían volver poco á poco el ánimo de Florencio á la realidad de la vida. Se vistió con la lentitud del que medita sobre algún proyecto. Se cepilló y atusó más de lo que acostumbraba, se caló el chapeo, se miró al espejo y se dirigió á casa de Magdalena. La encontró en el jardín arreglando unas macetas de flores. Quedó al pronto atónita á la vista de Florencio, pero luego, movida por un feliz presentimiento, corrió presurosa á recibirle. Florencio, algo turbado por la emoción, le dijo:

—¿Es cierto que te casas con el maestro?

—Jamás he tenido semejante pensamiento.

—¿Te casarías conmigo?

—De mil amores.

Se dieron las manos y mientras Florencio corría á la iglesia, Magdalena, que era traviesa y sagaz, entraba gozosa en su casa diciendo:

—Indudablemente el violín es el rey de los instrumentos.

Florencio, después de pedir perdón al cura por su exceso de la víspera, que atribuyó á la exaltación de su ánimo, le participó su próximo matrimonio.

El cura, que era de carácter benévolo, le perdonó diciéndole: «Vale más casarse que abrasarse.»

Le ayudó Florencio según costumbre á la misa, y aquel día al ir á apagar las luces en el rostro del diablo se detuvo sonriendo: sopló y frotó los pábilos uno contra otro, diciendo:

—¡Hubiera sido demasiada ingratitud!

X***

DON RAMÓN PICATOSTE

(Conclusión)

—¡No está él mal *catredático!*—interrumpió el padre.—Si no le hubiera conocido yo... desde que era chiquitín, que vivía en la *caye* del Azafranal, pegando contra las monjas... ¿De quién crees tú que era hijo? Pues de un aguador, ¡ya ve V.! Sólo que entró á servir en casa de doña Nicanora, y como salió *pa eyo*, según decían, la señora le dió la carrera *¡y velay* como son las cosas! *¡Vaya* un *catredático!*... Le he conocido yo, yo mismo ir con la cesta á la compra, y *montao* en un burro iba por agua á la fuente de los Pastores... ¡ya ve usted!

—¡Bueno, padre! Pero déjeme V. hablar. El señor Cifuentes tiene un primo de Segovia, es decir, creo yo que debe ser primo porque lleva el mismo apellido; pues bien: á ese primo le dí yo cuando dirigí *La Trompeta de Vettonia* una buena paliza en mi periódico por una poesía llena de disparates que publicó en *El Eco del Real Sitio*. ¿Y sabe V. lo que ha sucedido? Pues que no pudiendo vengarse de otro modo, ha debido escribir al señor Cifuentes y han cometido conmigo una indignidad.

—¡Qué infamia, cabayero!

—Pero, ¿qué le han hecho á V.? ¿Le han criticado alguna de sus obras? ¿Le han dirigido ataques personales?

—¡Si no fuera más que eso!... Ya estoy acostumbrado á que se desencadenen contra mí; pero no me importa; yo apelo al juicio de la posteridad, y si mis contemporáneos no me comprenden, la posteridad me hará justicia.

—Pues no atino...

—¡Una indignidad sin ejemplo!... ¡Una infamia!... Me han suspendido en los exámenes de Derecho romano, á mí, al ex-Director fundador y propietario de *La Trompeta de Vettonia*... ¿Concibe V. vileza semejante? ¡Vergüenza da de que esto pase en Salamanca!

—¿Y V. hizo buen examen?

—Salí contentísimo. Pregunte V. á todos mis compañeros; me salieron dos preguntas de matrimonio y dije hasta las palabras que tiene que contestar el monaguillo, y hasta la Epístola de San Pablo. Como que estuve dos años de pequeño con mi tío el cura y siempre era yo quien le ayudaba. ¿Concibe V. ahora?

Yo concebía bien que el señor Cifuentes había hecho perfectamente en suspender á Picatoste, que no distinguía siquiera las ceremonias nupciales del Derecho romano de las establecidas por los ritos canónicos; pero me callé.

—No me falta más que averiguar si es cierto el parentesco del Cifuentes de aquí con el de Segovia; pero como lo llegue á averiguar me van á oir hasta los sordos. Y milagro será que no le cueste la cátedra á ese indecente. ¡No sabe él quién soy yo!

—No, lo que es como podamos – dijo el padre – no lo hemos de dejar así.

—Pero no es esto sólo,—añadió Ramón. – Hay algo más infame todavía.

—¡*Canayas!*—murmuró el padre.

—¿Más aún? – pregunté yo, por decir algo.

—Sí, señor, más; porque si la venganza del señor Ci-

fuentes es vil, la del señor Estrada es... inicua y repugnante.

—¡Ya ve V., el señor Estrada! – interrumpió el padre. – ¡Vaya una pinta de *catredático!*... Nadie sabe de dónde ha venido, y tiene los pantalones con rodilleras, y gasta un gabán... en fin, una facha completa ¡Pues no digo nada de su hijo, que es la piel del demonio... ¿Y la suegra? ¿qué me dice usted de la suegra? ¡si es un esperpento!... Ya ve usted ¡cá! si le digo á usted que se ven unas cosas...

– Lo del señor Estrada es inaudito, —prosiguió Ramón.—Figúrese usted que cuando las últimas elecciones, que recordará V. se presentó candidato á la Diputación á Cortes por Vitigudino, el señor Estrada pidió el voto á un primo segundo de mi madre, y como estaba comprometido por la parte contraria, no pudo servirle. Yo no sé si el señor Estrada averiguaría que aquel elector era pariente nuestro; pero lo cierto es que si lo supo, se lo guardó bien guardado, y ahora, cuando vió llegada la suya, sin consideración á nada, en los exámenes de Literatura me suspendió también. Y ya ve V., me salieron nada menos que las obras de Alarcón y se las cité casi todas. *El Escándalo*, *El sombrero de tres picos*, *El niño de la bola*, *La Pródiga*, *Las novelas cortas*, *La guerra de Africa*... ¡de sobra que conozco yo á Alarcón! Pues, sin embargo, ¿sabe V. lo que me contestaron para aturdirme, viendo lo bien que yo respondía? Pues me dijeron que no era de ese Alarcón de quien hablaban... Ya ve usted. ¡Vaya V. á conocer todos los Alarcones que ha podido haber en el mundo! Le digo á V. que se veía la intención, y no hacían más que reirse para desconcertarme sin poderlo conseguir á pesar de tirarme á degüello.



LAS HIJAS DEL MAR, cuadro de A. Delobbe

—Eso choca al Dios verdadero, – dijo el padre.

—No crea V., yo debía ya haber sospechado algo, porque cuando dirigí yo *La Trompeta de Vettonia*, y eso que le apoyé en ella con todas mis fuerzas y hasta le dediqué un soneto en acróstico, lo que hace su infamia más negra todavía, todos los dias me andaba con bromitas de mal gusto, sobre si la trompeta sonaba bien, si estaban flojos los pistones, y cosas por el estilo. Lo cierto es, que, fuera por envidia, fuera por lo de las elecciones ó acaso porque comprenda que el día de mañana le he de hacer sombra en el distrito de Vitigudino, ha lanzado un borrón más en mi hoja de estudios, sin gratitud por mis servicios ni consideración á mis trabajos como escritor, y sin atender al examen brillante que he hecho. ¿No es esto para sacar de quicio á cualquiera? ¡Oh! Yo le juro al señor Estrada que una vez ha representado el distrito de Vitigudino, pero que será la última ó dejo de ser Ramón Picatoste y Quijada.

—No te sofoques, hijo, no te sofoques, que á todos les *yegará* su merecido. Ya ves tú, la vecina de por bajo, tanto tiempo como hacía que andaba en trapicheos con el carnicero de la Lonja, ya sabrá V., el que se casó con la Juliana, la sobrina de aquel cura de Villarmayor, que se fué con el señor obispo pa *Seviya*...

—Déjenos V. de historias ajenas, padre. Harto tenemos con las nuestras.

—Pero si es *pa* hacer ver que en todas partes cuecen habas, y que más tarde ó más temprano...

—¡Si fuera eso todo! – suspiró Ramón.

—Pero, ¿hay más todavía?

—Sí, señor, aun queda el *Inri;* he sido crucificado como Cristo, y como á Cristo me han puesto el *Inri*. El señor Cordero...

—¡No está él mal cordero! Tigre y bien tigre debía *yamarse*. Y eso que todos son iguales, porque Dios los cría y *eyos* se juntan. A ese señor Cordero (mal lobo se lo coma), le conocí yo andando entre las suciedades de las Tenerías... ¡como que era hijo de un curtidor! Ya ve usted qué personaje *pa* gastar tantas *ínfulas*... V. debió conocer á su padre... aunque puede que no... porque su padre murió... ¡toma! pues fué el mismo día que dió á luz tu tía Gertrudis, ¿cuándo fué? el año... ¡por vida de mi memoria!... fué el año que quemaron las puertas... ¡justamente! El año 56... ¡no! no fué el 56... ¡déjate que me acuerde!... Si lo tengo en la punta de la lengua...

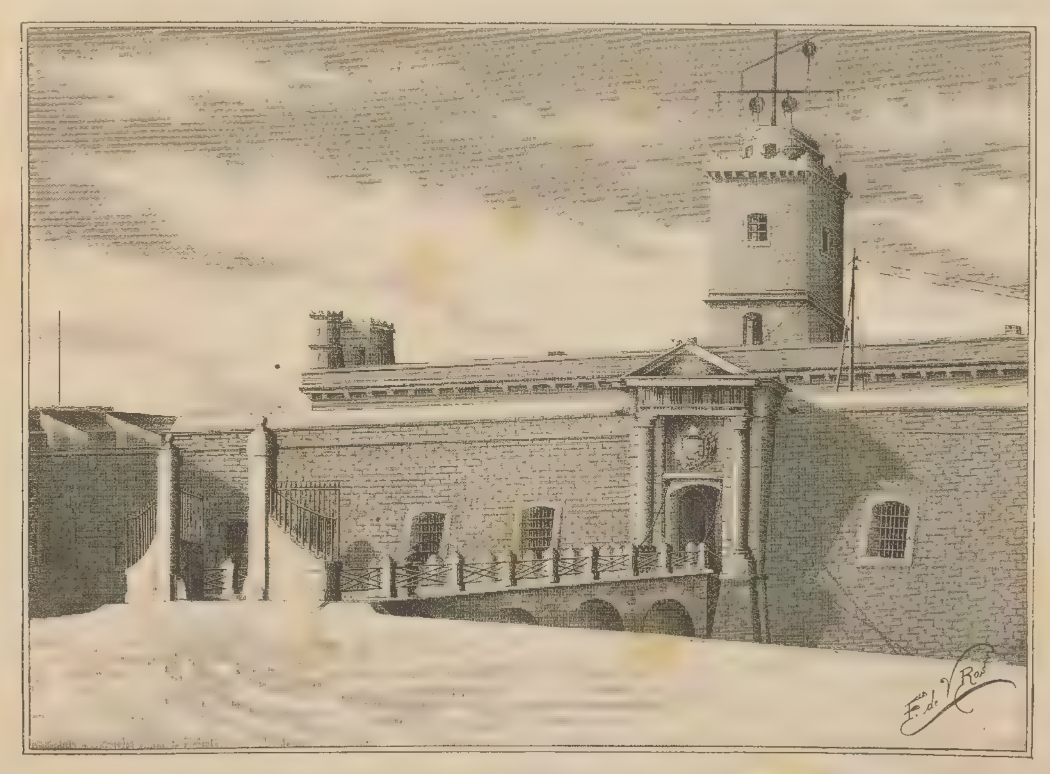
—Pero, padre, si eso no hace al caso...

—¿Pues no ha de hacer?

—El señor Cordero, – prosiguió Ramón, – me ha hecho otra canallada. Después de haberle invitado á colaborar en mi periódico, y de haberle enviado el día de su santo una poesía de felicitación con un par de pavos..

—Los mejores que había en el Corriyo, cabayero. Treinta y siete realazos me costaron, que por más que regateé no los pude sacar ni un ochavo menos!... ¡Un par de alhajas, cabayero!... ¡Que no le hubieran *dao torzón* á ese Cordero (¡mal lobo se lo coma)!...

—Pues después de esto y de haber hecho un examen brillantísimo, como pueden decir Barrientos y Pispierna y Zorondongo, que van conmigo todas las tardes y á quienes se puede preguntar, el señor Cordero ha tenido la desfachatez de suspenderme en Historia Universal.



PUERTA PRINCIPAL DEL CASTILLO DE MONJUICH, (Barcelona) dibujo de F. de V. Ros

—¡Infames! – rugió el padre. – Esa Universidad es una cueva de víboras...

—¿Y por qué? – añadió Ramón.—Vergüenza da decirlo: porque el señor Cordero hacía la corte á Luisa Corrales y me vió á mí una vez paseando en la Plaza con Montejo, que había sido su novio... ¡ya ve V. qué tiene eso de particular! Pues no puedo atribuirlo á otra cosa. ¿Le parece á V. que puede haber mayor infamia y que no es esto para ponerle á uno en el disparadero de cometer cualquier atrocidad? ¡Oh! Yo le juro á ese señor Cordero que me las pagará...

—¡Cálmate, hijo, cálmate! Que no merecen siquiera esos canayas el mal rato que estás *yevando*...

—De modo, – dije yo, – ¿que le han suspendido á usted en tres asignaturas?

—En todas las que tenía,—dijo sombríamente Ramón.

—Es sensible, y crean Vds. que lo lamento muy de veras, y que si en algo pudiera aliviarles...

—Pues á eso veníamos, cabayero.

—Estoy á la disposición de Vds.,—exclamé algo sorprendido.—Ustedes dirán en qué puedo servirles.

—Pues, muy sencillo,—dijo Ramón.—El favor que le pedimos á V. es que en el primer número de *La Tertulia* publique V. un artículo, con mi firma, en el que se contarán con todos sus pelos y señales las infamias que se han cometido conmigo, para que sepa el mundo entero quiénes son los catedráticos de esta Universidad, y quién es Ramón Picatoste.

—Amigo mío,—le dije seriamente,—lo siento mucho, pero me es imposible complacerle.

—¡Si va con mi firma!

—¡No importa! Yo le creo á V.; pero en estos asuntos la pasión entra por mucho, y cuando V. esté más tranquilo y reflexione, me dará las gracias por no haber contribuído á que se comprometiese V. gravemente.

—¿Ves? Eso mismo era lo que yo te decía, – exclamó el padre;—te vas á comprometer. Acuérdate de lo que le sucedió á Jeromo, el de D. Rufino; estaba yo trabajando en su casa, que por cierto no es donde viven ahora, sino en la *caye* de Bordadores, junto á la casa de las Muertes, detrás de las *Ursolas*, por bajo de donde vive *aqueya* costurera que va á coser á casa de D. Lucas, el comprador de granos de la Puerta de Zamora...

—Pero, ¿y vamos á dejar esto así? – murmuró Ramón sin escuchar á su padre, absorto en su reconcentrada ira.

—Es lo mejor que puede V. hacer. Yo se lo aconsejo.

—Pues yo juro que no se han de reir impunemente de Ramón Picatoste. ¡Vamos, padre! Acaso tengan ustedes razón: pero si hoy aguanto porque estoy debajo, ya *yegará* un día... Dispense V. la incomodidad.

—No hay de qué; ¡resignación y á estudiar con fe!

—¿Lo ves Ramón? —decía el padre, después de haberse despedido.—¿No te lo decía yo? ¡Si eres una pólvora! No te apures, hombre, no te apures. Ahí tienes, sin ir más léjos, á Pepito, el de D. Trifón...

Fueron las últimas palabras que llegaron á mis oídos, mientras los Picatostes se alejaban discutiendo y manoteando.—¡Pobres gentes!—decía yo meditando sobre las consecuencias de una educación sobrado complaciente. —Si tal impresión les causaba un desengaño de exámenes, merecido después de todo, ¿qué sería cuando en la horrible lucha por la existencia, vieran derrumbado el edificio de sus más bien cimentadas aspiraciones?

VIII

Un rosario de desdichas

Ramón Picatoste terminó la carrera de Derecho después de ocho años de estudios y de multitud de notas de suspenso que dejaron bien curtida su impresionable epidermis estudiantil, aunque sin llegarle á convencer de que tales reveses fueran merecidos. Hoy le suspendían por sus opiniones políticas y mañana por sus creencias religiosas; tan pronto eran debidas las calabazas á la ojeriza que le tenía el profesor por no haberle votado un tío tercero de un primo segundo de su padre en las últimas elecciones, como á envidias y parcialidades literarias porque Ramón era de la escuela realista y entusiasta de Emilio Zola, mientras el catedrático era romántico furibundo, hasta el punto de gastar melena. Siempre había alguna causa influyente, algún motivo determinante del fracaso sufrido extraño á la conducta académica intachable de Ramón Picatoste, víctima de todas las injusticias y blanco de todos los rencores y de las más incomprensibles venganzas.

Ramón registraba en su memoria todas aquellas indignidades y se prometía hacerlas pagar bien caras, en cuanto se viese libre del «ominoso yugo» universario. ¡Qué de cálculos echaba, rodeado de sus amigos y parásitos en una de las mesas del centro del Suizo, para el día de su «emancipación! Entonces llegaría la suya y sabría el mundo entero quién era Ramón Picatoste. Entonces fundaría un nuevo periódico para hacer la guerra á todos aquellos «fósiles.» No sabían ellos «con quién tenían que habérselas.» Por de pronto, lo que es Estrada, podía darse por muerto en el distrito de Vitigudino; le había visto él, Ramón, en cierta ocasión merendando en la Aldehuela y bailando allí á más y mejor «como un descosido;» tenía con este motivo un artículo en cartera que había de ser para Estrada «el cachetero,» pues después de leerle no



CABALLETE-MUEBLE DE SALÓN
composición de D. Francisco del Villar (hijo)

era posible que ninguna persona decente votase á tan ridículo personaje. ¡Le había de poner en caricatura! Ya le haría tragar los suspensos que le había dado. – Pues ¿y Cifuentes? Ese no contaba con la huéspeda y le iba á poner «de vuelta y media» cuando menos lo esperase; no se contentaba Ramón con menos que con hacerle perder la cátedra en cuanto subieran los sagastinos al poder; si creía el tal Cifuentes que no se sabía «la que estaba urdiendo» en casa del Marqués de Casa-Sánchez, ex-cabecilla carlista con título de nobleza pontificio, se engañaba «de medio á medio;» él, Ramón, sabía «*pe por pe y a por a*» todo lo que se tramaba por muy buen conducto, como que se lo había dicho la cuñada del novio de una hermana de la doncella de la casa; allí se reunía el señor Cifuentes con otras aves de mal agüero, y rezaban el rosario en voz alta y murmuraban de todos los buenos liberales, y hacían «otras cosas peores» que en su día se sabrían con todos sus pelos y señales ¡No! Las cosas no habían de quedar así, y Cifuentes, y Estrada, y Cordero, y todos «habían de acordarse» de Ramón Picatoste. ¿Qué se habían imaginado? ¿Que podían tratar «como á un *quisque* «al fundador propietario y ex Director de *La Trompeta de Vettonia*? «Allá veredes, dijo Agrages, y al freir será el reir.»

Ramón se licenció en Derecho, y aunque tentado estuvo á celebrar su licenciatura (después de dos suspensos) con «una que fuera sonada,» medio desarmado de su cólera porque al fin *velis nolis* «le habían tenido que tragar» se decidió á aplazar la explosión de su venganza para cuando se hubiera doctorado. Quería demostrar antes á todos aquellos «gaznápiros» que si en Salamanca su mérito era desconocido, en Madrid donde no hay pasiones tan ruines ni envidias tan mezquinas, sabrían apreciarlo en su justo valor, y entonces cuando volviera á Madrid con su borla de Doctor y cuatro sobresalientes «como una casa» ganados «á pulso» entonces sabrían «más de cuatro» con quién tenían que habérselas. Hasta entonces, ¡chitón!

Y en efecto: Ramón hizo su equipaje, encargó cien tarjetas con su nombre y sus títulos Bachiller en Artes, Licenciado en Derecho, ex-Director, fundador y propietario de *La Trompeta de Vettonia* y repleto el corazón de esperanzas y la bolsa de doblones tomó el camino de Madrid.

¡Cuántas amargas decepciones sufrió en la corte! Creyó que su título de ex-Director de *La Trompeta de Vettonia* le abriría las puertas, y todas las puertas le fueron cerradas; juzgó hacer algún papel al verse en el café de Fornos rodeado de condiscípulos cuyas cenas, cafés, copas de Chartreuse y habanos pagaba y al ver el mimo con que le saludaban los mozos llamándole D. Ramón y dándole familiarmente palmaditas en el hombro, preguntándole por sus nuevas conquistas, y el papel que hacía el era de ser juguete de todo el mundo; creía que el gusto que tenían en acompañarle á todas partes algunos amigos nacía del afecto que le profesaban y del placer que recibían con su trato, y aquel gusto no tenía otra causa que el disfrute de los tranvías, de los simones y de los cigarros á costa de Ramón: presumía, al verse solicitado por fáciles hijas de Eva, que su figura y su conversación las cautivaba, cuando lo que le valía tan frecuentes triunfos era el desprendimiento con que á todas obsequiaba.

Tres años tardó Ramón en doctorarse, gastando en francachelas y calaveradas la herencia toda de su tío el cura. Al fin se vió hecho Doctor, y al recibir con la enhorabuena una lacrimosa carta de sus padres en que le confesaban al enviarle 25 duros, que eran los últimos que le quedaban y que para tener que comer había tenido su padre que volver á trabajar en su oficio de carpintero, Ramón sintió como una puñalada y comprendió toda la insensatez de su conducta. Quedábale sin embargo su título de Doctor y muchísimos amigos y se propuso sacar partido de uno y otro. Se contentaría con poco: un destino cualquiera de 12,000 reales le bastaría para empezar. Visitó á sus compañeros más influyentes, pero se le rieron en las barbas y le volvieron la espalda; gestionó ver á los Ministros, y nadie le hizo caso. Bajó de sus pretensiones, conformándose con cualquiera cosa; con tal de «tener para comer» se conformaba; luego «ya se las arreglaría él,» pero cada vez encontraba más dificultades y menos amigos.

Desesperado ya con tantos contratiempos se entregaba á los pensamientos más lúgubres contemplando la última moneda de veinte reales que le quedaba después de haber vendido sus sortijas, alfileres de corbata, gemelos y reloj, y de haber empeñado sus prendas de vestir, cuando el portero de su casa, que conocía la situación del desdichado Doctor y la inutilidad de sus gestiones, y que tenía un hermano que afeitaba al Ministro de la Gobernación, le entregó la credencial de empleado de correos con 3,000 reales, en la Administración de Almería. Ramón tomó la credencial resignado y agradecido; pero aquel golpe le anonadó: el portero de su casa podía más que él; el hermano de un barbero conseguía para un extraño lo que él, Ramón Picatoste, Doctor en Derecho y ex-Director de *La Trompeta de Vettonia* no había podido conseguir para sí mismo... ¡Cómo está el mundo!

El portero, al verle tan aniquilado, procuró animarle diciéndole que había hablado al primo de un torero, muy amigo suyo, y que confiaba en que con la recomendación del torero no había de tardarse mucho en «sacar un buen destino.» Ramón, que estaba ya bastante gastado por los excesos cometidos y los disgustos soportados, no logró reanimarse con aquella esperanza, y murió poco después, de un acceso de melancolía, siendo enterrado en uno de los cementerios de la corte en el montón anónimo, sin llevar más acompañamiento que el del compasivo portero de su casa. ¡Pobre Ramón!

Fernando Araujo

FISICA SIN APARATOS

Principio de la inercia. – Con las fichas de un juego de *jacquet* se forma una columna ó pila, y lánzase contra ella, vigorosamente y rodando, por medio del pulgar y del índice, otra ficha, que chocará contra aquélla de una



Experimento sobre el principio de la inercia

de estas maneras: ya en el punto de contacto de dos fichas, en cuyo caso saldrán otras tantas de la columna; ó bien en el punto de contacto de una sola, como en el caso representado en el grabado, y entonces, sólo la ficha negra debe escapar, sin que las demás caigan.

Imp. de Montaner y Simón



AÑO VI — BARCELONA 19 DE DICIEMBRE DE 1887 — NÚM. 312

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

BELLAS ARTES

UN SENADOR VENECIANO, cuadro de A. Barbudo, grabado por M. Weber

SUMARIO

Texto. - *La suerte*, por don Rafael Torromé. - *De Madrid á París*, por don Fernando Araujo. - *Armonías para el olfato*, por el Doctor Hispanus. - *Pasatiempos científicos.*

Grabados.—*Un Senador veneciano*, cuadro de A. Barbudo.—*El entierro del labrador*, cuadro de Erik Werenftjold. - *El nido de la miseria*, cuadro de F. Pelez. - *Un mal paso*, cuadro de A. Echtler. - *Mendiga árabe*, cuadro de Hans Makart. - *Le bonhomme Noel*, fragmento de un cuadro de Simón Durán. - *Jarro para agua.* - *Jarrón hechura de botella.* - *Jarrón de porcelana dura.* *Napoleón III y el príncipe de Bismarck, después de la batalla de Sedán*, fragmento del diorama pintado por Werner. - *Pasatiempos científicos.*

NUESTROS GRABADOS

UN SENADOR VENECIANO, cuadro de A. Barbudo

Un tipo da idea de una clase y una clase puede dar idea de una forma de gobierno. El autor del *Senador veneciano* ha pintado una acabada figura; pero en esa figura hay algo más que un hombre, hay el compendio de la República Adriática. Prescindamos de la verdad del personaje, recomendable bajo todos conceptos por su factura, y atendamos á su significación, única manera de aquilatar la importancia de la obra.

Esa toga senatorial, más holgada, más lujosa, más majestuosa que la toga de los antiguos senadores romanos, es el manto deslumbrador que cubre un cuerpo enfermizo; imagen de aquella república cuyas victorias en el exterior acumulaban en su seno nuevos elementos mortíferos; esa mirada sin calor, contrastando con esa actitud imperante, revelan al patricio convencido de su poder, pero incapaz de defenderlo personalmente, á la luz del día, cuerpo á cuerpo, con las armas en la mano.... El senador de Venecia teje en la oscuridad las mallas con que envuelve á su enemigo; si pone el nombre del pueblo en sus labios, se ríe en su interior del panegírico que hace de la turba que le molesta; si invoca el principio de libertad, es para mejor imponer la autocracia del patriciado, omnipotente en Venecia. Hemos visto en la *ciudad de las lagunas* muchos retratos de senadores venecianos: apenas hay uno que se haga simpático; en su inmensa mayoría trascienden á orgullo, á disimulo, á envidia. No todos se parecen físicamente al de nuestro cuadro; todos coinciden en su oculto pensamiento. Por esto hemos dicho que ese senador tenía el mérito de ser una verdadera síntesis.

EL ENTIERRO DEL LABRADOR, cuadro de Erik Werenftjold

De la tierra vino y volvió á la tierra.

Estas simples palabras encierran toda la biografía del labrador. Hijo de la naturaleza, á la naturaleza consagró todo su pensamiento, el completo de su fuerza, la existencia entera. Su madre le correspondió generosamente; por cada gota de sudor le dió una espiga.

La idea de la ciudad populosa, en cuyo seno hierven los hombres y las pasiones, nunca turbó su mente. Su mundo era un mundo aparte, cerrado por las montañas que constituían el máximo horizonte desde su estancia.

Un día sintió que su cuerpo se doblaba hacia la tierra: el azadón se desprendió de su mano; el último rayo del sol poniente se posó en su rostro como el beso de despedida de una madre cariñosa.

Había terminado su misión: la tierra recobró su préstamo y su alma voló al cielo. Su entierro fué tan sencillo como sencillo había sido su matrimonio, como sencillo había sido el bautizo de sus hijos.

EL NIDO DE LA MISERIA, cuadro de F. Pelez

En un libro de primera importancia crítica y al pie del grabado que reproducimos, leemos las siguientes consideraciones que hacemos completamente nuestras por coincidir en las ideas que hemos sustentado diferentes veces y continuaremos sustentando mientras la pintura no renuncie á ser considerada bella arte.

«M. Pelez, que es un especialista en niños miserables, ha llegado en este cuadro al último límite. *El nido de la miseria* representa á dos niños harto desgraciados, sucios y enfermizos, dormidos en un lecho cuyo cobertor es tan realistamente asqueroso que, ante ese lienzo, le dan á uno impulsos de rascarse. En todas las cosas puede pecarse por exceso: en buenos principios estéticos, el arte se ha hecho para atraer, no para repugnar. No es que tenga por misión excitar siempre una sonrisa, nada de esto; antes bien está en su derecho cuando desciende á la mansión de los desgraciados y nos conmueve revelándonos ese mísero estado. En los tiempos que corremos, cuando los hombres de más talento se preocupan del problema de los desvalidos, es muy natural que los artistas no les rechacen sistemáticamente. Pero en todo caso, la primera condición de una obra de arte es no traspasar ciertos límites, fuera de los cuales en lugar de atraer é interesar al espectador, se excita su instintiva repugnancia.» - Wolff.

UN MAL PASO, cuadro de Ad. Echtler

Este cuadro es lo que llamamos el reverso de la medalla del anterior. Ciertamente la escena no tiene lugar en el *boudoir* elegante de una dama, ni sus personajes pertenecen á la clase empingorotada de las gentes llamadas felices porque son ricas; ni la tierna criatura cuyos primeros pasos son sometidos á ruda prueba, echa á andar sobre tupidas alfombras de aristocrático salón. Y á pesar de ello, ¿quién no encuentra simpático el asunto y más simpática aún la ejecución? ¿Quién no se siente atraído por ese idilio casi infantil? ¿Quién no se haría voluntario testigo de la escena, si su buena suerte se la deparara al paso?... Fácil es que esto ocurriese al autor del cuadro y que, tiernamente conmovido, trasladara al lienzo un asunto vulgar, enriquecido, empero, por el sentimiento de inefable dulzura que por todos lados respira.

Desengáñense ciertos artistas, como ciertos autores: lo horrible espeluzna, pero no conmueve; lo realistamente feo es realistamente repulsivo: mayor, inmensamente mayor triunfo alcanza el que hace brotar una lágrima del corazón que el que pone de punta todos los pelos de la cabeza.

MENDIGA ÁRABE, cuadro de Hans Makart

El autor de este lienzo no puede producir obras vulgares. Su reputación artística es tan alta que no puede exponerse á una caída. Afortunadamente para él, cada nuevo cuadro que brota de sus pinceles es un nuevo título con que se atrae la admiración pública y la sanción de la crítica.

Cuando tal puesto se ocupa en la esfera del arte, no basta dibujar con líneas correctas y aplicar color con experta mano; no basta tampoco obtener una forma bella, simpática, agradable á la vista. Es menester llegar al fondo de los asuntos y filosofarlos de tal suerte que en ellos transpire un sentimiento, un objetivo, una idea, que no es la forma material, por más que la forma haya de ser el medio de su revelación.

Así en la *Mendiga árabe* que publicamos no es de ver simplemente á la infeliz ciega que trata de excitar la compasión pública. En este personaje existe, en feliz consorcio, la desgracia que puede herir á los hombres de todas las razas, y la fatalidad, propia de las árabes creencias religiosas. Esa joven parece la petrificación de la desdicha, desdicha que no la inmuta, desdicha como si dijéramos tomada en cuenta desde que su víctima vino al mundo; en una palabra, desdicha que *estaba escrita*. Esa *Mendiga* es la encarnación del fatalismo: Alá la hizo ciega como la hizo hermosa; no es que deje de comprender su desgracia; pero en su feroz estoicismo musulmán, la soporta resignada y cada vez que una lágrima humedece sus ojos sin luz, murmura con dulce acento:—Sólo Alá es grande... ¡Gloria sea á Alá!...

LE BONHOMME NOEL, fragmento de un cuadro de Simón Durán

Bonhomme Noel es el pequeño monigote con que esa ama entretiene al robusto *bebé* que ha entrado en el mundo por la puerta grande. Durán dibuja con mucha facilidad y su manera de *hacer* revela que ha estudiado con fruto á los buenos maestros franceses.

NAPOLEÓN III Y EL PRÍNCIPE DE BISMARCK, después de la batalla de Sedán, por Werner

El 2 de setiembre de 1870, un jinete que vestía el uniforme de campaña de los coraceros blancos de Prusia, cabalgaba, erguida la frente, avasalladora la mirada, fiero el continente, al encuentro de una carretela que conducía á una Majestad caída, que había acudido á la cita fumando cigarrillos y viendo desvanecerse su colosal poder con más facilidad que el humo de su tabaco se desvanecía en el espacio. Aquel día murió un imperio y nació otro imperio.

El desastre de Sedán ha dado mucho que hacer á los pintores, que no siempre hay asuntos homéricos para trasladar al lienzo. En Berlín se ha expuesto un magnífico diorama donde se reproducen con grande verdad y completa ilusión los episodios de aquella jornada, la más trascendental de la historia moderna. Y como el arte tiene exigencias que muchas veces parecen providenciales, resulta que en ese diorama hay un jinete grande, muy grande, y un general en carretela pequeño, muy pequeño. El jinete se llamaba dos días antes el conde de Bismarck; desde aquel día se llamó el canciller de Alemania; hoy es el autócrata de Europa, que según abre ó cierra la mano parece que se abran ó cierren las puertas del januario templo. El hombre de la carretela se había llamado durante diez y ocho años Napoleón III, y desde aquel día se llamó simplemente Luis Bonaparte. Hoy ha muerto: su nombre apenas se lee en la losa que cubre su sepulcro. ¡Ojalá, para su tranquilidad, pudiera leerse apenas en la historia!...

Y bien, ¿no es verdad que ha estado en lo cierto el pintor del diorama?



Estudio de Fernando Keller

LA SUERTE

Y recibió el señor Gobernador civil un cuaderno en cuya primera hoja estaba escrito lo siguiente: *Estatutos y reglamento de* El Tulipán, *nueva sociedad de recreo.*

Art. 1.° «Los señores socios abonarán, como derechos de entrada, la cantidad de mil pesetas.»

Ya no era necesario seguir leyendo el reglamento, para adivinar que á la sombra de aquel *Tulipán* se cobijarían las personas más ilustres y pudientes de la muy reputada ciudad de *Vagópolis;* así pues, el gobernador, despachó satisfactoriamente el asunto, sin regatear su aprobación, atribuyéndolo todo á un rasgo genial de la nata y flor *vagopoliense.*

El Tulipán tenía dos caras; una exterior y otra interior; la fisonomía exterior era alegre, cándida, jovial, risueña; estaba invitando á tomar una taza de café, á leer un periódico, á charlar un rato y á perder el tiempo; la interior era seca, terrible, amarilla, ceñuda; estaba invitando á jugar un *entrés*, á tirar un *elijan* y á dar un *copo.*

Las fortunas eran socios transeuntes, pasaban por *el tapete* y se perdían sobre dos metros de tela verde. ¡La mujer y la fortuna necesitan poco terreno para perderse!

* * *

La casa social era un palacio, pero se hallaba construído en una callejuela excusada por donde apenas transitaba gente; de este modo consiguieron los socios todas las comodidades, incluso las de soledad y apartamiento; además, el juego tiene cierto pudor, se reconoce á sí propio como vicio y pide á voces que le hagan honesto.

El casino era lujoso, espléndido, soberbio; pero sin gusto, sin concierto, sin delicadeza; aquello más que rico parecía *pringado de oro* y todos los muebles y objetos de la casa respiraban un airecillo de abandono y despilfarro.

En la sala principal, sala de juego, se agolpaban los socios al rededor de una mesa muy grande, y allí, iban arrojando sus fortunas para que el viento del azar las llevase de uno á otro; permanecían horas y horas con los ojos puestos en las cartas, padeciendo la fiebre de la ansiedad y la impaciencia nerviosa de la codicia, se les escapaban esas palabras inciertas que arranca el movimiento vario de la suerte y, en algunas ocasiones, de aquel apiñamiento de carne, no salía otro ruido que el sonar de las monedas y el ritmo suave del aliento agitado.

* * *

Todos los socios del círculo se nombraban y distinguían por sus apellidos á excepción de un joven á quien llamaban todos simplemente Agapito, ya porque le consideraran el más notable de todos los Agapitos ó el Agapito por excelencia.

Por una de esas inexplicables predilecciones de la suerte Agapito era el terror de todos los jugadores: tanto le favorecía la fortuna, que en menos de dos meses ganó más de la mitad del dinero jugado en la casa.

Intentaron despedirle, le propusieron subvencionarle para que no jugara, algunos socios arruinados querían matarle á palos y á mordiscos, para desahogar en él la fuerza de la rabia; pero el buen Agapito despreció las amenazas y rehusó las subvenciones, porque él no era un ganapán, sino un verdadero artista, un *amateur* apasionado, que quería obtener su dinero *honradamente*, viendo venir un duro cabalgando sobre una sota.

—Cuando Agapito talla, todos los *puntos* son *puntos* y *aparte.*

—¿Por qué?

—Porque se van.

Estas cosas promovieron, al fin, un alboroto, una sublevación, un escándalo; los amigos de Agapito, que algunos tenía, contra sus enemigos, que eran muchos, entablaron cierta noche una formal pelea en que los garrotazos y aun los tiros menudearon con exceso.

Tres ó cuatro socios salieron heridos, y el gobernador, enterado del caso, prohibió terminantemente el juego, bajo la responsabilidad de la junta directiva.

—Yo les aseguro á ustedes,—dijo el gobernador,—que la última jugada será la mía.

Los padres de aquellos jóvenes calaveras se quejaron ante S. M. el Rey, y las cartas quedaron prohibidas en el reino y sus colonias.

* * *

Al día siguiente acudieron los socios al casino y dirigieron una mirada triste y desconsoladora hacia el lugar donde había estado la gran mesa de juego. Aquel día celebraron una reunión para hablar, para entenderse, para discutir. ¡Oh cuán extraño era aquello! ¡Tratarse como personas los que se habían tratado como máquinas! Aquel día se conocieron unos á otros: aquel día no brillaron las monedas, sino las ideas, la conversación, los sentimientos, los caracteres. Una reunión de *puntos* se transformó, por órden gubernativa, en una reunión de hombres.

A los tres días, era más imperiosa la necesidad del juego.— En el casino no se juega, luego el mundo está vacío.—No hay cartas; no hay vida.—¿Dónde vamos? —¡Qué hacemos!—¡Esto es insoportable....!

. . . .

Los *tulipanistas* estaban en el salón, en el gran salón foco de todas sus emociones; la espaciosa mesa, sin tapete verde, parecía el lecho vacío de la esposa muerta; los socios, tumbados en los divanes, devoraban en silencio su aburrimiento y su fastidio.

Los balcones estaban abiertos; eran las once de la noche; en el techo de la sala brillaba encendida la gran araña de sesenta luces; no se oía volar una mosca: aquello parecía el club de los *escépticos*, de los *misántropos*, de los *viudos desconsolados.*

* * *

En aquellos momentos sonó el canto de una codorniz, que un vecino tenía, y los ecos suaves y graves resonaron en el gran salón rompiendo el silencio que guardaban los socios.

—Buen reclamo tiene: ha dado siete golpes.

—No, hombre, que ha dado seis.

—No señor, ha dado siete.

—Ha dado seis.

—Esperemos á que vuelva á cantar.

—Apuesto una onza á que da seis golpes.

—Yo apuesto veinte onzas á que da siete.

—Yo voy con seis onzas de parte de los siete.

—Yo con mil duros.

—Yo con dos mil duros de parte de los seis.

Se entablaron las apuestas, se sacó el dinero, y presidió el juego el socio más viejo.

—Atención, atención.

Todos los socios guardaron un silencio absoluto; se podían contar los latidos de aquellos corazones inquietos; todas las cabezas se inclinaban hacia el balcón, y los jugadores abrían la boca para escuchar mejor.

Más de treinta mil duros estaban pendientes de la garganta de una codorniz.

El Tulipán recobraba su lozanía; aquellos hombres, después de una semana de abatimiento, se sentían regenerados por el canto de una codorniz

El maldito animal no cantaba, pero los socios perma-

necían inmóviles, quietos, con el pecho anhelante.

Era una reunión de hombres de piedra; tenían en el oído aquella ansiedad misteriosa que brillaba en sus ojos cuando el banquero tallaba. Si alguno, impaciente, intentaba hablar, un murmullo de *sit, sit, sit,* aplastaba la voz é imponía silencio.

Después de media hora de inquietud mortal, cantó la codorniz con *siete golpes.*

La explosión fué tan universal como el silencio; parecía que el Tulipán se bamboleaba sobre su tallo... ¡Qué exclamaciones! ¡Qué gritos! ¡Qué risas!

Los partidarios de los seis golpes volvieron á pujar, pero al fin de varias jugadas se convencieron de que la codorniz daba siete golpes.

En aquellos momentos entró Agapito.

—Hola, señores, ¿se juega?

Le contaron lo que ocurría, pero con tan mala fe, que le dijeron que la codorniz daba unas veces seis y otras siete golpes.

Uno dijo:—Pues bien, yo apuesto á que da siete.

Agapito replicó:

—Yo apuesto diez mil duros á que da seis.

Todos apostaron contra Agapito, y éste, impertérrito, iba sacando billetes al portador.

Los socios guardaron silencio de nuevo. Aquello era una jugada segura, un robo, una revancha contra la suerte de Agapito.

La codorniz cantó de nuevo, pero al dar el sexto golpe, el vecino que llegaba á su casa llamó al vigilante, diciendo:

—¡Manueeeeeeel!

Asustada la codorniz, no dió el séptimo golpe.

Agapito cobró una fortuna; los socios estuvieron á punto de ahogarle; pero se contentaron con disparar los tiros de revólver sobre la codorniz.

***

Una vez en este camino de las apuestas, lo aceptaron como compensación á la ausencia de las cartas.

Cierto día, se encontraban los socios asomados en los balcones del Tulipán. Por la desierta calle no transitaba un alma y el silencio que allí reinaba sólo se interrumpía con las voces de los *tulipanistas.*

Uno de los socios apostó que el primero que apareciera por la esquina próxima había de ser moreno, otros dijeron que había de ser rubio y muchos para determinarse aguardaban saber la opinión de Agapito.

—Yo apuesto que será rojo.

—¿De pelo rojo?

—Eso es,—dijo Agapito,—«de pelo rojo.»

Como los de pelo rojo están en gran minoría, apostaron muy pocos socios en favor de Agapito, y los balcones se atestaron de gente que miraba hacia la esquina de la derecha.

—Y ¿si es calvo?

—Entonces, vale el color del pelo que haya tenido ó el color del pelo de su padre, si el que aparece nunca lo tuvo.

—Y ¿si es albino ó castaño?

—Entonces no hay apuesta.

Los socios miraban con ansiedad indescriptible hacia la esquina, porque el valor total de las apuestas ascendía á más de ochenta mil duros. Entonces apareció por la calle, no un hombre, sino una cosa; una cosa negra, cara negra, manos negras, pelo negro.

Era Pepín, el hijo del carbonero, había pasado la mañana en la descarga de seras de carbón y salía á almorzar, tomando el sol, bajo los balcones del Tulipán.



EL ENTIERRO DEL LABRADOR, cuadro de Erik Werenfnjold

—¡Es moreno, es de pelo negro!

—¡Ya perdió Agapito!

—Calma, señores,—dijo Agapito,—yo no entrego mi dinero todavía; que suba ese muchacho.

Los criados hicieron subir al carbonero hasta el gran salón; los socios le rodearon mirándole como si fuera el ser más extraño de la tierra; el pobre carbonero no sabía lo que le pasaba y respondía á aquellas miradas investigadoras con otras que expresaban asombro y terror.

Agapito hizo subir un gran cubo de agua, un barreño colosal, jabón, esparto y cepillos.

Todos los socios presenciaron el acto solemne de lavar á Pepín; el muchacho se resistía á que le desnudasen de la cintura para arriba y agitaba con furia los brazos robustos; los criados le arrodillaron junto al barreño, le embadurnaron con jabón, le restregaron con los cepillos, y mientras el muchacho pedía socorro, diciendo que le querían *degollar los señoritos,* todos los socios del Tulipán, formando círculo alrededor de aquel grupo, miraban con interés la carne blanca que aparecía entre las escurriduras churrientas del agua sucia.

La cabeza de Pepín, cubierta de jabón, se sumergió en el fondo del barreño y al salir parecía llena de sangre.

—No, no es sangre, dijo un criado. Es que este demonio tiene el pelo rojo.

***

Al otro día se reunieron los socios con objeto de vengarse de Agapito.

—Es necesario que le dejemos sin un cuarto.

—Es indispensable que tomemos el desquite.

—¡Venganza!

—¡Venganza!

Todos acordaron guardar el secreto y el más astuto de ellos propuso lo siguiente:—Mañana á las cuatro de la tarde, dos de nosotros, disfrazados de agentes de orden público, se colocan en la calle que hace esquina cerca del círculo é impiden, de orden del gobernador, que nadie venga en dirección á esta calle hasta que den las cuatro y media; entretanto, la esposa del conserje estará convenientemente escondida para presentarse cuando



EL NIDO DE LA MISERIA, cuadro de F. Pelez (Salón de 1887)

sea oportuno, y vosotros apostáis, con Agapito, que será mujer la primera que aparezca por la esquina.

—¡Bravo!... ¡bravo!...

—Sólo hay que tener en cuenta lo referente á la hora: es decir, que á las cuatro en punto debe entablarse la apuesta.

—¿Y si Agapito apuesta también que es mujer?

—Entonces me avisáis por teléfono á mi casa y yo me encargo de todo.

Acordaron hasta los más pequeños detalles; tomaron las precauciones oportunas y se despidieron hasta el día siguiente.

***

Las cosas ocurrieron como las habían previsto los socios vengadores; Agapito apostó que sería hombre el que apareciera por la esquina, pero hizo las salvedades siguientes:

—Si es niña se considera como mujer, si es niño como hombre, y si es un grupo de varias personas, domina el sexo del mayor número.

—Convenido, convenido, —dijeron todos asomándose al balcón.

A las cuatro y media apareció la mujer del conserje.

La alegría de los socios era indescriptible. Agapito había perdido. Agapito estaba arruinado porque la apuesta ascendía á un millón de pesetas.

—¡Ah, nos hemos vengado!—decían los socios en voz baja.

Agapito estaba tranquilo, recostado en la pared y con las manos en los bolsillos del pantalón.

—Venga el dinero.

—Que suba esa mujer.

—¿La va V. á lavar también?

—Que suba.

—¿La quiere V. reconocer?

—Basta con la certificación del conserje.

—Que suba esa mujer,—dijo Agapito tranquilamente.

Cuando apareció la esposa del conserje, Agapito la llamó aparte y estuvo hablando con ella en voz baja.



UN MAL PASO, cuadro de A. Echtler



MENDIGA ÁRABE, cuadro de Hans Makart

Los socios bailaban de alegría.

—Es inútil cualquier excusa.

—Si no paga, no sale vivo de aquí.

De pronto se volvió Agapito y dijo con voz solemne:

—Señores, esta mujer está en cinta.

—¿Qué importa eso?

—Sí que importa, el derecho y la medicina legal reconocen en la mujer embarazada dos personalidades; por lo tanto, aun no sabemos si he ganado ó he perdido.

—No señor, mujer en cinta ó sin cinta, el caso es que es mujer.

—Que resuelvan el asunto los tribunales, porque aquí se trata de una fortuna.

—Los tribunales dirán que este es un contrato ilegal, un contrato nulo.

—No pueden decir eso, porque las apuestas en las carreras de caballos tienen fuerza de contrato legal y éste es un caso análogo.

Después de una discusión acalorada pusieron el asunto en manos de la justicia.

Agapito hizo aquel mismo día una donación á favor del hijo que tuviera la esposa del conserje, con objeto de significar más en el asunto la personalidad del póstumo.

Los tribunales acordaron lo siguiente:

1.° Si la esposa del conserje da á luz una niña, pierde la apuesta D. Agapito, etc., etc., etc.

2.° Si da á luz un niño, ó niño y niña, D. Agapito pierde la mitad del dinero apostado.

. . . .

La mujer dió á luz tres niños.

Rafael Torromé

DE MADRID Á PARÍS

¡París!... ¿Quién no ha soñado, en estos tiempos del vapor y la electricidad en que las distancias se anulan, con ver á París? El nombre de París es un nombre mágico destinado á despertar donde quiera deseos y aspiraciones de conocer lo que representa. París se aparece á los niños como una ciudad de *Las Mil y una Noches*, de donde vienen los juguetes que les regocijan, las muñecas que les encantan, las caprichosas chucherías que les encandilan los ojos; París se presenta á la elegante juventud de uno y otro sexo como el centro de los placeres, como la reina de las modas; París es para el hombre de ciencia, foco de ilustración y de cultura, para el artista fuente de inspiración, para el industrial escuela del progreso, para el comerciante manantial inagotable de negocios, para todos emporio de la civilización en el grandioso siglo XIX. ¿Cómo no, si según la expresión del inmortal poeta, París es el cerebro del universo?

No es, pues, extraño que con esa prestigiosa y merecida fama de que París goza, el pensamiento de un viaje á París se presente á las imaginaciones lleno de seducción y de encanto. Los nombres de los *boulevards*, de las calles, de los paseos, de los palacios y de los monumentos de la gran ciudad son populares donde quiera, porque la lectura de los periódicos y de las novelas nos ha familiarizado con ellos desde la niñez. Nuestra Señora de París, los Campos Elíseos, las Tullerías, el Louvre, el barrio latino, los grandes *boulevards*, el *faubourg* Saint-Germain, Palais-Royal, la plaza de la Bastilla, la columna Vendôme... ¿quién no conoce estos nombres? ¿en qué oídos no resuenan cual música mágica que hace vibrar á la par las cuerdas del sentimiento y de la inteligencia, ya recordando el teatro de grandes hechos y de espantosas tragedias históricas, ya evocando los personajes reales ó fantásticos de cien y cien escenas de novelas? París con la incesante irradiación de su cultura ha llegado á ser más aún que la capital de Francia, un centro cosmopolítico del que todo espíritu pensador y amante de las ciencias y de las artes se mira en cierto modo como ciudadano. Recorrer aquellas calles de populares nombres, pisar aquellos palacios llenos de prestigiosos recuerdos, pasearse por aquellos jardines de fama universal, gozar de los mil placeres con que brinda con mano pródiga la antigua Lutecia á cuantos la visitan, debe parecer, á los ojos de la juventud sobre todo, como un sueño dorado, como una aspiración acariciada, como un exquisito goce lleno de seductores atractivos.

* * *

La primera cuestión que surge cuando se ha resuelto emprender un viaje, es la del itinerario. Para ir á París desde Madrid ó desde cualquier otro punto servido por la línea del Norte, el itinerario que parece obligado y el que todas las *Guías* marcan, es el de Hendaya-Burdeos-Angulema-Poitiers-Tours-Orleans. No aconsejaría yo á nadie, sin embargo, que lo adoptase, aunque debo hacer al efecto una distinción entre viajes y viajes, ó por mejor decir entre viajeros y viajeros, entre el hombre de negocios, indiferente á todo lo que no sea despachar sus asuntos lo más brevemente posible, y el *touriste*, el que viaja por placer ó por instruirse: el primero va derecho á su objeto y el mejor camino para él es el que más pronto le conduzca; el segundo sólo anhela distraerse y el camino para él mejor es el que le presente más risueñas perspectivas y, en igualdad de condiciones, más puntos donde



LE BONHOMME NOEL, fragmento de un cuadro de Simón Durán

distraerse. Ahora bien: partiendo del supuesto de que este viaje á París no es un viaje de negocios, sino de placer, repito que yo no aconsejaría á nadie el itinerario ordinario de Burdeos-Angulema-Poitiers-Tours-Orleans, sino que le recomendaría que abandonase en Burdeos la vía terrestre por la fluvial embarcándose para Royan y siguiendo desde aquí por Pons y Niort á Tours y Orleans, tanto más cuanto que pudiendo elegir un itinerario para la ida y otro para la vuelta, hay ocasión de disfrutar de dobles perspectivas. Podría objetárseme que acaso fuera preferible invertir los términos dejando el viaje por Royan para la vuelta y eligiendo para la ida la vía Burdeos-Angulema; no admito esa inversión por dos razones: el que viaja cuenta para su ida con el máximum de recursos y de animación, mientras que para la vuelta se encuentra con el bolsillo vacío y la curiosidad satisfecha, anhelando sólo volver cuanto antes á su casa y entrar de lleno en su vida ordinaria; á lo que hay que agregar que, al salir de París, lo natural es no sentir ansia ninguna por visitar ciudades de orden inferior. Por eso deben adoptarse para los viajes de ida los itinerarios accidentados, si me es permitida la expresión, y para los de vuelta las vías directas, á menos de que razones económicas, como por ejemplo la del disfrute de billetes de ida y vuelta á precios reducidos, obliguen á ajustarse á determinadas reglas; pero mientras se tenga libertad es siempre preferible, sobre todo cuando el país no es conocido, viajar de modo que se vaya por un lado y que se vuelva por otro, haciendo estaciones en los puntos importantes del tránsito y combinando de tal manera estos altos que el viaje se haga siempre de día para examinar el país que se recorre. Estos viajes por etapas ofrecen la triple ventaja de proporcionar al cuerpo un descanso que jamás es completo en los trenes; de romper la monotonía del viaje directo, conservando siempre despierta la actividad del espíritu para recibir nuevas impresiones; y de contribuir á ilustrar al viajero permitiéndole visitar las poblaciones importantes del tránsito, haciendo así el viaje más provechoso. Entiendo yo que este es el modo racional de viajar cuando un negocio urgente no nos reclame en un punto determinado; porque ¿no es verdaderamente anómalo que haya, como hay, multitud de personas que van desde el Norte repetidas veces á Madrid y que sin embargo no conocen ni Avila, ni el Escorial, y otras muchas que acuden desde Madrid todos los veranos á Santander ó á San Sebastián, sin haber visto nunca más que desde lejos las torres de Valladolid y Burgos, y sólo al paso del tren el hermoso paseo de la Florida de Vitoria?

En suma: el programa de un viaje de Madrid á París por Hendaya creo que debe hacerse por la vía Royan-Niort-Tours con las etapas siguientes fuera ya de España: Bayona, Burdeos, Royan y París. Podrían añadirse las de Niort, Tours, Blois y Orleans, cabezas de departamento, dignas sin duda por muchos conceptos de ser visitadas, y que deben realmente serlo si la impaciencia no es grande y la bolsa está bien repleta; pero el itinerario indicado está calculado con sólo las paradas indispensables, ya para descansar ó ya para cambiar de medios de locomoción, de modo que se viaje siempre de día y se aprovechen todas las horas; como desde Royan á París el viaje puede hacerse cómodamente de un solo tirón, según suele decirse, sería apartarnos de nuestro plan establecer en su trayecto nuevas paradas. La de Bayona puede ser de un día, durante el cual, además de reponerse del cansancio y de visitar cuanto Bayona tiene de notable, la perspectiva del puente Mayou con el *carrefour* de los Cuatro Cantones, la catedral, la ciudadela, las fortificaciones, la subprefectura, *les allées marines* y las principales calles, puede hacerse una excursión á Biarritz por Anglet, viaje agradabilísimo que se hace en 15 minutos, pudiéndose elegir la hora más cómoda, puesto que sale un tren cada sesenta minutos. Al siguiente día se deja á Bayona á las seis de la mañana y se llega á Burdeos á mediodía, pudiéndose visitar esta ciudad, una de las más importantes de Francia, durante la tarde, procurando que no sea sábado ni lunes, días en que no está abierto el museo, que es una de las curiosidades de Burdeos; después de recorrer el museo, y de visitar las ruinas del anfiteatro romano, la catedral, la torre de Pey Berland, San Miguel, Santa Cruz, los puentes, las puertas históricas, el Gran teatro, la Bolsa, la Aduana, la Prefectura, las plazas y calles más notables, tarea facilitada grandemente por los tranvías, puede pasarse parte de la noche en el teatro, que es magnífico, y al día siguiente visitar el puerto de paso que se toma billete para Royan en el pontón del muelle vertical.

Royan es una preciosa villa de verano, con una concurrida playa, situada en la desembocadura del Gironda, á 104 kilómetros de Burdeos; el viaje puede hacerse por tierra y por agua, pero es preferible esto último: el trayecto se recorre cómodamente en un ligero vapor de los que hacen la travesía del Gironda dos veces al día y que no contienen de ordinario menos de 300 pasajeros; en cinco horas, que se van en un soplo, se recorre aquel hermoso río, que es más bien un brazo de mar, ora admirando las risueñas orillas pobladas de quintas y caseríos que se destacan por entre el verdor de los viñedos, ora contemplando los diversos tipos que en el vapor se juntan, estiradas inglesas, charlatanes gascones, elegantes parisienses, atezados mulatos; ora en fin escuchando los melodiosos acordes de un arpa hábilmente tañida por algún mendigo de los que no dejan de frecuentar tan alegres parajes recogiendo pingüe cosecha de limosnas y haciendo de aquel incesante viajar su modo de vivir. En Royan, donde se llega á la una de la tarde, se pasan sin sentir unas cuantas horas, ya recorriendo la animada playa, ya visitando el soberbio Casino, ya escuchando los conciertos que una escogida orquesta da en sus jardines todas las tardes, ya paseando por el parque ó examinando los vistosos bazares, ya contemplando los cambiantes de luz del faro de la lejana y famosa torre de Cordouan, batida incesantemente por las olas, ya en fin asistiendo á alguna representación lírica ó dramática dada por selectas compañías que nunca dejan de concurrir con fruto á la elegante villa veraniega.

Como última etapa del viaje, al siguiente día se sale de Royan en las primeras horas de la mañana, y después de cruzar los fértiles campos del Saintonge, del Poitou, de la Turena, del Orleanesado y de la Isla de Francia, atravesando los departamentos del Charenta inferior, Deux-Sèvres, Vienne, Indre-et-Loire, Loire-et-Cher, Loiret y Seine-et-Oise, dejando á uno ú otro lado de la vía las ciudades de Niort, Tours, Blois y Orleans con multitud de villas y de *châteaux*, y siguiendo las orillas durante largo tiempo del caudaloso Loire, se entra en París á las 8 y media de la noche por la estación del ferrocarril de Orleans en el muelle de Austerlitz, cuando la ciudad está resplandeciente de luz y llena todavía de vida y animación.

* * *

Una vez en París, la primera necesidad es la del alojamiento, cuestión un tanto complicada para cuya resolución deben tenerse en cuenta los recursos de que se dispone, el mayor ó menor tiempo que se piense permanecer en la ciudad y las aficiones ó propósitos de cada cual, pues sin perjuicio de que todos anhelen disfrutar de todo un poco, hay quienes son principalmente aficionados á recorrer los museos, quiénes gustan de visitar los comercios ó las fábricas, quiénes se proponen estudiar las costumbres de las altas clases ó de las clases obreras, etc., etc., y según sean las aficiones predominantes de cada cual, así debe elegirse por residencia un barrio ú otro, pues cada cual tiene su sello y su fisonomía especial. Como yo no me propongo en esta ocasión descender á ciertos detalles, me permitiré tan sólo decir que la cuestión del hospedaje debe llevarse resuelta ya, á ser posible; que en general los precios son más subidos en los barrios de la derecha que en los de la izquierda del Sena; que en los hoteles de primer orden cuesta la habitación de 25 á 35 francos diarios, que en los de segundo se puede obtener hospedaje por 3 ó 5 francos, y que en casi todos los barrios se encuentran hoteles regularmente situados, aunque sin pretensiones, con alojamientos cómodos y hasta elegantes por 1'50 ó 2 francos diarios.

Con lo que debe allí contar todo *touriste* es con no



JARRO PARA AGUA

Es una magnífica y rica joya de arte. Jarro y asa son de una sola pieza de venturina. Remonta su fabricación al siglo VIII, pero en tiempo de Luis XV fué montada en oro con el buen gusto que caracteriza á los dibujantes y plateros de la época.

comer nunca en su hotel, si su hotel tiene restaurant, que la mayor parte carecen de él. Obliga en París á obrar así en primer lugar las enormes distancias que hay que recorrer, siendo preferible comer donde uno se encuentre á la hora que marque su apetito; en segundo lugar la organización de los hoteles, donde lo más ordinario es pagar la habitación y el servicio con entera independencia de la alimentación; y en tercer lugar la ventaja que ofrece el que comiendo cada día en diferentes sitios, se estudian mejor los tipos y las costumbres. Por lo demás dicho se está que en París, lo mismo en materia de habitaciones que de comidas, las hay para todas las fortunas y desde las mesas de la Maison d'or, de Brébant, de los cafés Riche, Bignon ó Helder hasta los establecimientos Duval y los *restaurants* de obreros del faubourg Saint-Antoine ó de los boulevards exteriores, la distancia es tan grande como la que puede haber entre un príncipe ó un banquero opulento y un obrero sin más fortuna que



JARRÓN HECHURA DE BOTELLA

Dibujo de M. Bienville, ejecutado por Mr. J. Cilos en la fábrica nacional de Sevres.

su jornal eventual. Ateniéndonos á la clase media podemos decir, que en París en general se come bien sin que cueste mucho, pues en el *Gran Hotel*, en el *Hotel Continental* y en el del *Louvre* que son los más grandiosos de París, pudiendo contener el suntuoso comedor del primero hasta 800 personas, no cuesta el cubierto más que 6 francos, siendo muy comunes los restaurant á 2'50 y á 3 francos el cubierto, y habiéndolos hasta de un franco, por cuyo precio dan dos platos, uno fuerte y otro flojo, postre, media botella de vino y pan á discreción. He aquí, para muestra, el *menú* de un restaurant de la calle de Rivoli donde ordinariamente se juntan á comer 300 personas, con servicio esmerado é independiente y raciones abundantes:

MENÚ

ALMUERZO	COMIDA
Salchichón, manteca	Sopa de fideos ó juliana
Ternera asada con patatas	Lengua en salsa picante
Tortilla de hierbas	Bisteck con patatas
Ciruelas	Pichones con guisantes
Queso de Roquefort	Melón, y guindas en aguardiente
Media botella de vino	Media botella de vino
Pan á discreción.	Pan á discreción.

Pues bien: el almuerzo no cuesta más que 1'40 francos y la comida dos francos, y aun se obtiene la rebaja de cinco céntimos en cada comida, tomando abono *(cachets)*. Como se ve la alimentación, para quien no sea muy exigente, es buena y nadie seguramente la tachará de cara.

Resuelta la cuestión del alojamiento, henos ya instalados convenientemente, conforme al gusto y á la posición de cada cual. Hay hoteles donde á manera de tarjetas, se provee á los huéspedes de un plano de París donde se halla el alzado de sus monumentos, plano formado especialmente para el hotel que le regala y en el que por tanto figura éste en primer término. Sean estos ú otros, es absolutamente indispensable proveerse de un plano para no perder tiempo y para formar los itinerarios de cada día.

* * *

Lo primero que llama la atención en París del viajero no conocedor de las grandes poblaciones, es aquel extraordinario movimiento, aquella exuberante vida de las calles de la inmensa capital. No es fácil sin haberlo visto formarse clara idea de lo que es aquel movimiento sorprendente. Básteme decir que, entre los medios de locomoción con que París cuenta se hallan, además de innumerables carruajes particulares, setenta y dos líneas generales de ómnibus y de tranvías, un ferrocarril de circunvalación que tiene 27 estaciones de las que sale un tren con numerosos carruajes cada 30 minutos; tres servicios de vapores para la travesía del Sena con 17 estaciones dentro de la ciudad, de las que sale cada diez minutos un vapor ascendente y otro descendente, y más de 50.000 carruajes de alquiler, *fiacres* y *remises*, repartidos por los 20 *arrondissements* de la ciudad, siendo de advertir que cada ómnibus hace 40 ó 44 asientos, cada coche de tranvía 48 ó 52, y cada vapor más de 300. Pues bien: á pesar de esta abundancia de medios, nada más frecuente que pasarse horas y horas sin encontrar un puesto vacío, sobre todo en los ómnibus y en los tranvías. Una vez tuve el gusto de contar el número de carruajes que pasaban por los Campos Elíseos en diez minutos; era un día de trabajo, en la época de menos movimiento, cuando toda la aristocracia de sangre, de talento y de dinero se hallaba en el campo ó en las estaciones balnearias; y esto no obstante llegué á contar en diez minutos 410 carruajes que pasaron por delante de mí. Cierta tarde que quise visitar el cementerio del P. Lachaise, fuí á la Plaza de Palais Royal, y en dos horas de espera no pude encontrar ni siquiera un asiento en ninguno de los miles de coches, tranvías y ómnibus que cruzaban ante mis ojos, viéndome precisado á dejar la visita para mejor ocasión.

Unas cuantas cifras darán acaso á mis lectores idea más completa y exacta de este extraordinario movimiento: según las últimas estadísticas, el número de viajeros transportados durante el año 1883 sólo por las líneas de ómnibus, ha sido de 115.100,000; por las líneas de tranvías 131.900,000; por la flotilla de vapores del Sena 188.500,000; por el ferrocarril de circunvalación 65.000,000; y por los carruajes de plaza 48.000,000 en números redondos, lo que arroja un total de 548.500,000 viajeros, á los que hay que agregar el crecidísimo número de privilegiados que cruzan las hermosas calles de la capital en carruaje propio. El término medio de viajeros que diariamente han recorrido las calles de París en el año último, sólo por los ómnibus es de más de medio millón.

Este movimiento extraordinario se explica perfectamente, no ya sólo por la población fija y flotante de París, que se aproxima á tres millones de almas, sino por las enormes distancias que hay que recorrer y por la baratura y excelente organización de los servicios de locomoción. La mayor distancia de París puede recorrerse por 15 céntimos de peseta en imperial y por 30 en el interior de los ómnibus de los tranvías, y la travesía del Sena, desde el Puente Nacional hasta Anteuil, travesía llena de encantos en la que se disfruta de magníficas vistas, no cuesta tampoco más que 15 céntimos; en fin, el recorrido de los 35 kilómetros del ferrocarril de circunvalación con sus 27 estaciones, en el que se invierte dos horas, sólo cuesta 85 céntimos en primera clase y 55 en segunda. Hay que añadir á ésto la excelente organización de los servicios, pues el que ocupa un carruaje de tranvía ó de ómnibus que no pasa por el punto á donde quiere dirigirse, no tiene más que pedir lo que llaman el *boletín de correspondencia* al pagar su asiento, y con dicho boletín tiene derecho, al bajar de aquel carruaje en el punto en que se aparte de la dirección que el viajero sigue, para ocupar otro asiento en los carruajes que vayan hacia donde él se dirija sin pagar nueva cuota.

FERNANDO ARAUJO

(Continuará)

ARMONÍAS PARA EL OLFATO

I

Sutilezas del olfato.—La nariz cazadora, la nariz química.—El olor y el organismo.—Nariz ignorante y nariz civilizada.—Nariz pericial. —Propiedades físicas de los olores.—La teoría vibratoria.—Armonías para el olfato.

De todos los sentidos es sin duda alguna el del olfato el que menos ha ocupado á los hombres de ciencia. Su manera de funcionar permanece envuelta en las sombras del misterio, pues ni aun se conoce á punto cierto la verdadera naturaleza del agente que le impresiona; esto es, cómo obran sobre él las sustancias llamadas olorosas.

Y no es que su importancia sea escasa. Su sensibilidad exquisita pasma y maravilla, cuanto más en ella se medita; que allí donde ningún otro sentido alcanza, ni aun armado con los más poderosos auxiliares que la ciencia moderna ha producido, el olfato reconoce y afirma la existencia de sustancias al mayor grado de tenuidad reducidas.

Cruza un cuerpo el espacio, el animal el bosque, el audaz bandolero la encrucijada del camino, el salón la dama, y allí donde ninguna huella se apercibe, donde ningún rastro queda á los demás sentidos perceptible, el olfato descubre quién pasó y guía el rumbo del que quiere seguir el movimiento.



JARRÓN DE PORCELANA DURA

Fábrica nacional de Sevres, pintado por M. Escalier

El olfato guía á la fiera en sus largas expediciones á través de los desiertos y las selvas en busca de la lejana presa; conduce al lebrel sobre la pista; avisa á indefensos animales la proximidad del enemigo, haciendo en todos estos casos á las bestias superiores al hombre en quien no llegó á tal delicadeza el sentido del olfato.

Y cuando el químico en su laboratorio investiga con afán entre complicadas mezclas, ya naturales, ya artificiosas, la presencia de algunas sustancias que bien por encontrarse en cantidades prodigiosamente pequeñas, ó por cualquier otro motivo no pueden ser reconocidas directamente por los reactivos químicos, acude las más de las veces en último término al olfato, provocando reacciones químicas, que desprenden olores especiales por los que puede reconocerse la presencia ó ausencia de un cuerpo determinado.

Y si la sensibilidad del olfato es tanta, su influencia sobre el organismo no lo es menos. Efecto grande causan las impresiones que en el sentido de la vista se realizan; más vagas é indefinidas, pero acaso por lo mismo tan profundas, son las sensaciones que por intermedio del oído pueden originarse; deleitan, ó causan fuertísima repulsa, si son desagradables, los sabores; pero ninguna acción tan rápida, tan extensa y tan profunda como la que en el organismo entero, y por lo tanto en el ánimo, ejercen los olores.

Perfumes hay que producen indefinible sensación de deleite; provocan otros alegría y algunos náuseas, vómi-



NAPOLEÓN III Y EL PRÍNCIPE DE BISMARCK, DÉSPUES DE LA BATALLA DE SEDÁN, fragmento del diorama pintado por Werner

tos y extraño malestar; causan placentera sensación los efluvios que en las mañanas de primavera exhala la campiña cercana al monte cubierto de matas aromáticas, y fortifican y esparcen el ánimo las brisas del mar cargadas de las emanaciones que, las plantas y animales que en él viven, exhalan cerca de la costa.

Y si para *la nariz ignorante* hay muchos olores parecidos, la *nariz civilizada*, por el placer ó por el interés, bien pronto los distingue, haciéndose el órgano más delicado y más sagaz de todos. Los comerciantes de vinos y de te, los drogueros, los que trafican en tabaco ó son grandes aficionados á estos productos, llegan á imponer al órgano del olfato un verdadero curso de educación. Un comerciante de lúpulo introduce la nariz en un saco donde dicha planta esté contenida, aspira el perfume de las flores y dice en seguida el precio á que se puede vender.

Otra particularidad de los olores, que demuestra bien claro la intensidad de las sensaciones que producen, es la tenacidad con que se fijan en la memoria; sin esta propiedad de recordarse bien, que los olores tienen, los comerciantes indicados se encontrarían muy confusos á menudo. Un perfumista experimentado tiene á veces más de doscientas materias olorosas en su laboratorio y sabe distinguir inmediatamente unas de otras por su nombre tan pronto como las percibe. ¿Qué músico podría en un teclado que tuviera doscientas notas, reconocer y nombrar sin ver el instrumento una tecla herida en el mismo para producir el sonido correspondiente?

***

Acciones tan singulares no han podido menos de llamar la atención de los hombres de ciencia, y aunque menos estudiadas que las que afectan á los demás sentidos, no han dejado de obtenerse acerca de ellas algunos conocimientos. Pecan aún éstos de muy escasos, hasta tal punto que dejan todavía en el misterio cuál pueda ser la causa ocasionante de tan múltiples sensaciones, pero dan alguna guía para ir apreciando singulares é inesperadas analogías con sensaciones á otros sentidos correspondientes.

En primer lugar los olores pueden propagarse á grandes distancias, hasta el punto de que á veces por lo lejos que el foco oloroso se encuentra de los puntos en que el olor se percibe, parece increíble que haya podido llegar tan lejos, sea cual fuere la causa de ella, la acción de dicho foco oloroso.

En segundo lugar el agente oloroso, considerado como cuerpo material es de tenuidad tal, llega á un grado de divisibilidad tan prodigioso, que allí donde no es posible, ni con la balanza ni aun con los reactivos químicos más sensibles, encontrar huellas de un cuerpo, el olor está delatando por modo indudable su presencia.

Además, las materias olorosas sufren alteraciones extrañas en su intensidad. La presencia ó ausencia de la luz, las variaciones de temperatura y de humedad, la presencia y difusión de algunos gases inodoros, son circunstancias que hacen cambiar mucho la intensidad de las sensaciones que unas mismas materias olorosas producen.

Por eso cuesta trabajo el admitir que la existencia de un olor implique necesariamente la presencia de un cuerpo, es decir, que sean las mismas sustancias olorosas las que, desprendiendo pequeñísimas partículas de su masa, van á impresionar el órgano olfativo produciendo la sensación correspondiente. Parece más bien por dichos hechos que los olores resultan, como el sonido, como la luz, como el calor, de la impresión de lo que antes se llamaba *agentes imponderables* y hoy efectos de movimientos vibratorios de la materia, y no de la acción directa *de contacto* de una sustancia sobre el órgano del olfato.

Así ha nacido la teoría vibratoria para los olores, como se admite para el sonido, para el calor y para la luz. Según esta manera de considerar la cuestión, así como los cuerpos que suenan son focos de vibraciones sonoras, y los cuerpos calientes, foco de vibraciones caloríficas, y los luminosos de vibraciones luminosas, las sustancias que huelen serán focos de vibraciones especiales que propagándose después por el espacio actúan sobre el sentido del olfato é impresionan de un modo particular el cerebro produciendo la sensación, también particular, de los olores

Pero si éstos son producto de vibraciones, como quiera que hay olores distintos habrá modos diferentes de vibración olorosa y ésta podrá variar en amplitud y en rapidez resultando intensidad y tono diferente para el olor, y así como de dichos elementos de la vibración sonora dependen la intensidad y tono de los sonidos y el valor musical de éstos, y la intensidad y color de la luz y propiedades diversas en los rayos caloríficos, así también resultarán intensidades y tonos ó matices distintos para los olores, y éstos tendrán un valor musical y cromático y habrá una escala ó gamma de olores como la hay de sonidos y colores y habrá en fin *armonías* y *música* para el olfato, como la hay para el oído y como hay acordes de color para la vista.

Pero tan interesante tema requiere capítulo aparte.

Doctor Hispanus

PASATIEMPOS CIENTÍFICOS

Singular manera de cortar un melocotón y su hueso.—Aunque parezca algo tarde para hablar sobre el modo de cortar los melocotones, daremos á conocer aquí este procedimiento que es una curiosa experiencia sobre el principio de la inercia.

He aquí cómo se opera; se coge un melocotón casi maduro, de regular tamaño, en el cual se introduce la hoja de un cuchillo de mesa de manera que esté en dirección del eje del hueso, y que el corte se halle en contacto inmediato con la arista de aquél. Si el melocotón está demasiado maduro y no se adhiere á la hoja, sujétase entonces por medio de un hilo, pero con la condición expresa de que el corte del instrumento esté en contacto con la arista del hueso. El todo se sostiene sin rigidez, con la mano izquierda, cogiendo el cuchillo por la extremidad del mango; y después, tomando con la derecha otro cuchillo semejante se da un golpe fuerte sobre el primero, junto al fruto. Si este cuchillo se ha colocado convenientemente en el melocotón, de modo que el choque se trasmita de manera sensible en el sentido del centro de gravedad del fruto, el hueso queda cortado con regularidad en su eje, así como la almendra contenida; y



Experimento de inercia.—Modo de cortar un melocotón

esto, con la mayor limpieza. A menudo sucede que el hueso se corta oblicuamente; pero la experiencia no es menos interesante dada la dureza bien conocida de aquél.

Se debe operar sobre una mesa, empleando cuchillos comunes cuyo lado obtuso no se resiente de la operación.

Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 26 DE DICIEMBRE DE 1887 — NÚM. 313

[illegible]



UN FAUNO estatua de A[illegible]

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

UN FAUNO, estatua de Augusto Sommer

Ese fauno explicaría con dificultad la procedencia del pellejo que transporta. Su afición al mosto le ha impulsado probablemente á cometer una mala acción. Descubierto el hurto, los municipales ó polizontes de aquel tiempo, que sin duda los hubo entonces, envían su intimación al ladronzuelo por medio de unas cuantas flechas; método bastante expeditivo para decir: ¡alto! en un idioma universalmente comprendido. Comprendiendo el fauno que la partida es desigual y que por las heridas causadas á su presa se verterá la última gota de *su sangre*, titubea entre el temor de caer en manos de sus perseguidores y el deseo de salvar una parte siquiera de su apetecida carga. Tal es el momento, ó el sentimiento ó el pensamiento representado en esa escultura.

Su autor ha demostrado el estudio que tiene hecho de la antigüedad clásica, cuyo sabor ha querido conservar por medio de la sobriedad y firmeza de la ejecución. Unicamente la cabeza del fauno descubre la fecha reciente de la obra, pues su tipo y expresión corresponden, más que al ideal mitológico, al granuja de nuestros tiempos. De todos modos es un trabajo en bronce que ha aumentado la justa reputación de su autor.

¡AGUA VA!... cuadro de H. Brispot

– Cuando Dios da, para todos da... – decimos en España, y por esta vez Dios da á manos llenas, ó mejor á nubes llenas. No cabe *aguar* una boda con mayor prodigalidad. Sin duda el matrimonio se celebró en martes cuando tan dramáticamente empieza. Si el primer día se desata la tormenta, ¿qué será al cabo de un año?

La escena es tragicómica y tan fielmente descrita que, aun más que cuadro, parece reproducción del natural por fotografía instantánea. El autor ha estado en lo cierto, sin apelar á rebuscamientos del género grotesco. Este es el verdadero naturalismo del arte, tan distante de un ideal imposible é impropio de un cuadro de costumbres, como de un realismo impertinente, al cual se apela muchas veces para llamar la atención á todo trance y á falta de verdaderas condiciones.

LA SEPARACIÓN, cuadro de Gabriel Max

Tiene lugar la escena en plena edad media. Un gallardo joven trueca el vistoso jubón de seda por el tosco sayal y, arrinconando la espada que vibró en su mano, empuña el humilde bordón del peregrino. Un voto le obliga á visitar los Santos Lugares y en el momento de emprender tan largo viaje se despide de la mujer amada, se despide tal vez ¡ay! por la vez postrera.

La peregrinación á Tierra Santa era harto dura y peligrosa en en aquellos tiempos en que era duro y peligroso viajar por los países más cultos; muchos eran los que partían llenos de fe y morían en tierras inhospitalarias ó regresaban devorados por la fiebre y encorbados bajo el peso de una ancianidad prematura. Hoy mismo nos inspiran compasión los infelices mahometanos que de lejanas tierras visitan la Meca del Profeta; mas ¿pueden compararse las penas que arrostra el árabe en su tumultuosa peregrinación, con las penas que abrumaban al infeliz cristiano, que, solo, sin guía, mendigando, se acercaba lentamente á los remotos lugares santificados por el sudor, las lágrimas y la sangre de Jesucristo?

He aquí por qué la despedida, en tales casos, revestía una solemnidad, despertaba una serie de consideraciones, que solamente podían conjurar el entusiasmo del peregrino y la piedad de la persona querida. Traducir pictóricamente un asunto de esta naturaleza, poner de manifiesto la lucha de tan contrarios afectos como son el dolor y el entusiasmo concurriendo en una misma persona, no es dable hacerlo con éxito sino á artistas de gran talento, artistas de la fuerza de Gabriel Max.

FLORES SILVESTRES, dibujo de A. Fabrés

Nuestros favorecedores conocen de sobra al autor de ese dibujo: no tenemos, por lo tanto, que ponderar sus condiciones artísticas. La naturaleza es su gran libro de estudio, la naturaleza en sus manifestaciones materiales y en sus manifestaciones morales. Todos los tipos salen bien acabados de su lápiz ó de su pincel, con tal que sean tales tipos, esto es, con tal que digan algo. Quien haya recorrido nuestros campos, habrá encontrado en ellos, más de una vez, á los originales de las *Flores silvestres* que publicamos: él podrá responder de la exactitud de la copia.

ESTUDIO, de Adolfo Menzel

Ocupándose del autor de este *estudio* uno de los más ilustrados críticos modernos, dice: «Loco debe ser quien niegue que Menzel está dotado de gran talento; pero ¿hay algo menos simpático, pictóricamente hablando, ni nada más trivial que los cuadros de Menzel?» Este juicio es exacto, y á pesar de ello es injusto; Menzel es tan buen colorista como buen dibujante: su punto débil por donde se introduce la espada de la crítica, es cierta dificultad, ó cierta voluntad negativa, siempre que se trata de reproducir la parte bella de la naturaleza. Ha pintado mucho y bueno; y sin embargo no ha producido una sola figura de mujer hermosa. El realismo le seduce; ha roto las trabas de la antigua escuela y menosprecia las tradiciones del arte. El dibujo que de él reproducimos demuestra, al par, su mérito y sus inclinaciones favoritas.

ESTUDIO, de J. Falat

Indudablemente todo progresa: para que nada queda en zaga, progresan hasta los modelos. Antiguamente *ponían ó se ponían*, que en esto no estamos aun bastante de acuerdo; algunas jóvenes más educadas en el santo amor de la holganza que en el santo temor de Dios y algunos ancianos más venerables por sus barbas que por sus años. Hoy el modelo ha sido elevado á la categoría de auxiliar del arte; se discuten sus formas como las de un caballo, se alquila por horas como los carruajes, y dentro de poco formará una institución colegiada é internacional.

Y no hay que reirse: así como la industria necesita nuevos mercados, el arte necesita nuevas mercancías: después que pensó haber agotado los tipos y costumbres en ropas, pidió al Africa el contingente de sus hijos. Resultado, que el Africa es tan vulgar como la Europa. Sin duda por esto se le ha ocurrido á Falat espigar en campo de Asia. El estudio de un chino puede ser el comienzo de una china artística. ¡Si acabaremos por decir que es bella la raza amarilla!...

¡DEMASIADO TARDE! cuadro de B. Giuliano

El asunto representado en este lienzo es, digámoslo así, la última escena de un drama muy triste.

Una mujer joven, más joven de lo que aparenta, y hermosa de la hermosura peculiar del angel caído, llama, abatida, á la puerta de una mísera casa. Un año antes esta casa era la suya: de ella se fugó ¡desventurada! prefiriendo el amor ardiente y transitorio de un amante, al amor santo é inextinguible de sus padres.

Y hela de vuelta, después de haber descendido el último peldaño de la vida infame. A la luna de miel empañada por el vicio, siguió la aurora triste de la amante traicionada; á las fiestas locas de la que quiere imponer silencio á sus recuerdos, sucedió la inmunda orgía de la infame á quien desprecian hasta los más despreciables.

En medio de las tinieblas que la rodearon, surgió una luz de fulgor apacible: era como nueva estrella de los Magos que la guiaba hacia la casa paterna, por un camino que la infeliz regaba con sus lágrimas.

Su mano trémula llama á la puerta que siempre encontrara de par en par abierta; sus rodillas se doblegan en señal de arrepentimiento; en sus labios despuntan las palabras con que piensa excitar la compasión de sus padres...

¡Ilusión! ¡Ilusión pura!... Aquella puerta permanece cerrada; los pobres ancianos que habitaban tras de ella no habían podido resistir á un año entero de aguardar en vano. El perdón que esa desgraciada solicita debe irlo á solicitar cabe una doble tumba recientemente cavada.

Este es el asunto del cuadro de Giuliano, y en verdad que está reproducido con una fuerza de sentimiento que se comunica de manera irresistible al espectador.



ESTUDIO, de Fernando Keller

SUPLEMENTO ARTISTICO

Estatuas para el monumento en honor de la emperatriz María Teresa de Austria

(Taller de escultura del profesor Zumbusch en Viena)

La capital de Austria, que es sin disputa la población más monumental de Europa, no había consagrado á María Teresa un monumento digno del imperio que la debe su grandeza. El actual emperador ha querido reparar semejante ingratitud y ha confiado al escultor Zumbusch el encargo de construir una obra digna de la soberana á quien se consagra. El empeño no era fácil, por lo mismo que la falta había sido grande. Tratábase, como si dijéramos de pagar una deuda enorme con intereses regios acumulados durante siglos.

Pero el genio comprende al genio; el escultor ha estado á la altura de la emperatriz. Ocho años há que el célebre artista austríaco se ocupa de esa obra colosal, cuyo diseño figura en nuestro dibujo. El pensamiento dominante en ella es la agrupación, junto á María Teresa, de los grandes hombres civiles y militares que ilustraron su reinado y de las virtudes que más resplandecieron en aquella mujer verdaderamente extraordinaria. A tenor de esta idea ha esculpido Zumbusch las figuras alegóricas de las cuatro virtudes cardinales; las estatuas ecuestres de los generales Daun, Landón, Traun, y Khevenhuller; las de los príncipes de Kanintz y de Sichtenssim y las de los condes de Starhemberg y Hangwitz. Así mismo ha labrado los retratos en relieve de los más célebres diplomáticos, literatos y artistas de la época, inmenso cúmulo de materiales que harán del monumento á María Teresa uno de los más grandiosos y homogéneos del mundo.

El grabado que publicamos da una idea del estado de los trabajos y de la colosal empresa que el artista ha tomado á su cargo. Mucho representan para un artista de primera fuerza ocho años de trabajo; pero aun así no deja de causar verdadero asombro el que ha realizado en ese tiempo el autor del monumento. Este perpetuará la gloria de una gran soberana; pero mientras los siglos lo respeten, no perpetuará menos la gloria de un grande artista.

DE MADRID Á PARÍS

(Conclusión)

Yo quisiera, lectoras amables y benévolos lectores, disponer ahora del tiempo y del espacio necesarios para describiros, siquiera fuese con palidísimos colores, las magnificencias de la gran ciudad, los soberbios *boulevards*, las majestuosas avenidas, las calles llenas de vida, los suntuosos palacios, los espaciosos templos, los encantadores jardines, los inmensos parques, los ricos museos, los monumentos y curiosidades de todo género que atesora la reina del Sena. Yo quisiera transportar con la imaginación á mis bellas lectoras delante de aquellos escaparates de los comercios del Louvre, del Printemps y del Bon Marché, ó llevarlas ante aquellos otros de la galería de Orléans, de los patios de Palais Royal, resplandecientes de luz y de joyas, ó ante los de la calle de Rívoli y los *Grandes Boulevards* henchidos de tentadores caprichos. No es posible formarnos en nuestras provincias una idea de lo que son aquellos comercios, y apenas acertamos á comprender como uno sólo cual el del Louvre, que es el más grande de París, aun que son dignos de él el *Printemps* y el *Bon Marché*, está servido por 2600 empleados. ¡2600 empleados en un comercio! ¿Os formáis, á la sola indicación de esa cifra, la idea de aquel vertiginoso movimiento de operaciones, compras y ventas, entradas y salidas? Sólo para anunciar la especialidad de la venta de cada día ó de cada temporada cuenta ese comercio con multitud de carruajes destinados exclusivamente á recorrer sin cesar la gran ciudad para hacer saber, por medio de los letreros de que están cubiertos, que en el Louvre se venden alfombras ó sedas, saldos ó retazos La Plaza de Palais Royal, sobre todo los días en que el Louvre anuncia venta de *coupons* se ve cubierta por centenares de carruages y la aristocracia y la *bourgeoisie* de París se da cita en el Louvre, y por las calles de aquel bazar (por que son verdaderas calles y callejuelas dentro de la inmensa casa) atraviesa medio París dejando allí millones de pesetas.

Es natural: todo tiene que ser proporcionado y á una ciudad como la de París no pueden menos de corresponder comercios como el del Louvre, y en una población cuyos habitantes se cuentan por millones, por millones también tiene que contarse todo Así por ejemplo citaré el hecho de que sólo en la conservación de aceras se gastan anualmente más de cinco millones de reales, y que los gastos de limpieza de las calles, en que se emplean, además de multitud de máquinas, más de cinco mil barrenderos y barrenderas, ascienden á la suma anual de veinte millones de reales.

Ya que me he puesto á citar cifras no resisto al deseo de mencionar un hecho que demuestra por un lado, la manera con que en París se aprovecha todo, y por otro la enormidad del consumo de comestibles en la ciudad. Hay en el mercado central, edificio inmenso de hierro y cristal, que no es la más pequeña de las curiosidades de París y cuyos locales rentan al Ayuntamiento más de 8.000,000 de reales, dando ocupación á más de 54,000 personas, sin contar los portadores de cestos y canastas, hay, digo, en este mercado un sitio reservado para la recepción de las mantecas. Como las mantecas son de distintas calidades y procedencias para apreciarlas hay peritos especiales que, con una cucharita, toman de los envases una pequeña cantidad de manteca y después de saborearla, la escupen en el suelo, que se halla cubierto de paja para que no se manche; pues bien, los mozos de limpieza que barren diariamente aquellas pajas, en lugar de tirarlas, las someten á una cocción para extraer la manteca escupida, produciéndoles por término medio esta operación cada semana unos diez duros de manteca. ¿Queréis saber donde van ordinariamente á dar con ella? ¡A las pastelerías! dicho sea con perdón de los pasteleros.

Por lo demás si mis lectores tienen curiosidad por conocer á punto fijo algunas cifras de consumo, no tenemos más que tomar al azar una nota del movimiento de mercados, y ver por ejemplo que en un solo día se han introducido en el de ganados de la Villette 2,259 bueyes, 483 vacas, 183 toros, 1,622 terneras, 21,525 carneros y 3,627 cerdos (1), y que el término medio de la venta de huevos (de los que pagan derechos de consumos, sin contar los introducidos fraudulentamente pues allí como aquí hay matuteros) pasa de 25 millones de francos... ¡Vaya una tortilla!... En fin sólo en el mercado de flores se hacen negocios por valor de 8 millones de reales.

* * *

Y á propósito de flores, ¡qué profusión por todas partes! ¡Qué delicia, sobre todo para las señoras que tanto

(1) El 16 de Julio de 1887.



¡AGUA VA!... cuadro de H. Brispot (Salón de 1887)

aman las flores porque son en cierto modo sus hermanas, recorrer en los días de mercado, los puentes del Cambio y de San Miguel, y los muelles próximos, la explanada de la Magdalena, el muelle Dessaix, las plazas de la República y de San Sulpicio, que son los puntos más favorecidos, y pasearse por entre aquellos millares de tiestos y de ramilletes tentadores que no tardan en pasar del poder de sus dueños al de elegantes compradoras que hacen cargar con ellos á sus criados y carruajes para embellecer sus lindas habitaciones!

En París hay flores por todas partes, y una de las industrias más lucrativas es la de ramilleteras y ramilleteros por que allí los dos sexos se dedican á esta venta. Nadie pasa por cualquier boulevard, calle ó plaza acompañando á una señora sin que le salgan al paso como si brotaran por encanto de debajo de la tierra, las inevitables floristas con sus artísticos ramilletes; nadie se sienta á una mesa de café en las espaciosas aceras de los animados *boulevards* al lado de una señora, sin que se vea perseguido por la implacable ramilletera que no le dejará en paz hasta que, gastándose un franco ó medio, haya obsequiado á su pareja con un ramilletito. Ni siquiera los que cruzan en carruaje la avenida de los Campos Elíseos para ir al Bosque de Boulogne, se ven libres de los ramilleteros que corren tras el carruaje ó que arrojan á su interior un ramillete *para la señora* reclamando después la propina sin contener su carrera hasta que la obtienen.

Acabo de citar la avenida de los Campos Elíseos, encerrada entre la plaza de la Concordia y el jardín de las Tullerías por un lado y el Arco de Triunfo de la plaza de la Estrella por otro, mientras la flanquean suntuosas construcciones, *allées* y bosquecillos sembrados de teatros y salones de baile y conciertos, y este brillante centro de vida, junto con las flores, me hace pensar en los jardines, parques y paseos de París. En ésto, como en todo, París ofrece á quien le visita todos los atractivos imaginables. Desde los jardines de Palais Royal, las Tullerías y el Luxemburgo, de formas regulares y encerrados en límites, aunque extensos, relativamente estrechos, todos los parques de Monceaux, de los Cerros de Chaumont, del Bosque de Boulogne y del de Vincennes se recorre toda la escala de los paseos y jardines, tanto en extensión como en estilos y gustos; ora dominan en ellos las formas geométricas regulares de los jardines franceses, con sus plazoletas adornadas de fuentes y de estatuas, sus árboles recortados en formas caprichosas, sus aterciopeladas *pelouses* y sus marcos de boj y de *abónibus*, ora se extienden en líneas onduladas de caprichosas vueltas y revueltas, subiendo aquí, bajando allá, á la manera de los parques ingleses, y ofreciendo siempre inesperadas perspectivas: ora una pintoresca gruta con su cascada, ora un hermoso lago surcado por ligeras lanchas y sembrado de islas con cabañas ó chalets; ora grupos de marmóreas estatuas, ora lindos pabellones; aquí vistas panorámicas de París y de sus alrededores, allá teatros y cafés ocultos entre las enramadas; tan pronto un puente colgante tendido entre dos esbeltos picachos á imponente altura sobre un lago artificial, como macetas de flores formando caprichosísimos adornos, en este lado un estrecho y empinado sendero que trepa por entre espesos bosquecillos y en el otro una ancha *allée* que se extiende sobre elevada explanada; aquí animadas glorietas llenas de juguetones niños, y allá sombrías sendas buscadas por los amantes de la soledad, misántropos y enamorados. Todos ellos son hermosos y dignos de visitarse teniendo cada cual su especial atractivo; en todos ellos las bandas militares de la guarnición alegran los aires con los regocijados ecos de sus brillantes piezas musicales; todos ellos se ven favorecidos por numerosísimo público, en el que domina la clase media, siendo frecuente ver en ellos las mujeres del pueblo sentadas en el suelo haciendo labor mientras gozan de la música. El parque Monceaux, situado en el barrio más elegante reune lo más selecto de la aristocracia, mientras el Luxemburgo, situado en el barrio latino, es el centro ruidoso de la juventud escolar. Pero ninguno iguala en animación al Bosque de Boulogne, contándose por cientos de miles las personas que á él acuden sobre todo los días de fiesta, para merendar en sus bosquecillos, para navegar por sus lagos, para recorrer las mil curiosidades de su jardín de aclimatación, para disfrutar, en una palabra, de las delicias de todo género que proporciona. Desde la una de la tarde empiezan á dirigirse hacia sus avenidas millares de personas, las unas á pie, las otras á caballo, éstas en ómnibus ó en tranvías, aquellas en fiacres y carretelas, muchas en los vapores del Sena y no pocas en los trenes del ferrocarril de *ceinture*, y el inmenso bosque se puebla de gentes de todos los países y condiciones, desde monarcas, príncipes reinantes, presidentes de república y embajadores, hasta industriales y pordioseros, y el ruido y la vida se prolonga hasta entrada la noche siendo entonces un hermoso espectáculo situarse bajo el grandioso arco de triunfo de la plaza de la Estrella y asistir al desfile de aquella multitud abigarrada y pintoresca que invadiendo la inmensa plaza por la avenida del Bosque y la del Gran ejército, desaparecen por las otras diez anchísimas avenidas que forman la estrella de doce radios que da nombre á la plaza, diseminándose allí en todas direcciones, y descendiendo los más por los Campos Elíseos para ir á perderse en las alegres calles de la resplandeciente capital.

Y no crean mis lectores, al oir hablar de esta vida exuberante de las calles y jardines, de los paseos y teatros de París, que París sea una ciudad de holgazanes, nada de eso. En París se vive mucho en la calle y se otorga mucho á los placeres, pero se trabaja en todas partes, pudiéndose comparar mejor en este sentido la vida de París á la de Barcelona que á la de Madrid. Nada más frecuente en los ómnibus y tranvías que mujeres del pueblo y de la *bourgeoisie* haciendo calceta ó crochet ó leyendo algún periódico ó algún libro; nada más frecuente tampoco que encontrarse con un caballero vestido de levita y con sombrero de copa que va comiendo por la calle una empanada, un panecillo ó un pastel: es algún empleado público ó particular que para no perder tiempo toma su desayuno en la calle, mientras va de su casa á la oficina. Allí no veréis los tranvías, como en Madrid, ocupados por gente que no tiene otra distracción que curiosear lo que pasa por la calle, murmurar con sus vecinos y requebrar, con la lengua ó con los ojos, á sus vecinas. Allí veréis á todos ocupados, éste en leer un periódico, aquél en hacer una apuntación, el otro hojeando un libro, el de más allá haciendo un cálculo, todos procurando aprovechar el tiempo lo mejor posible con arreglo á sus aficiones, á sus medios y á sus necesidades.

* * *

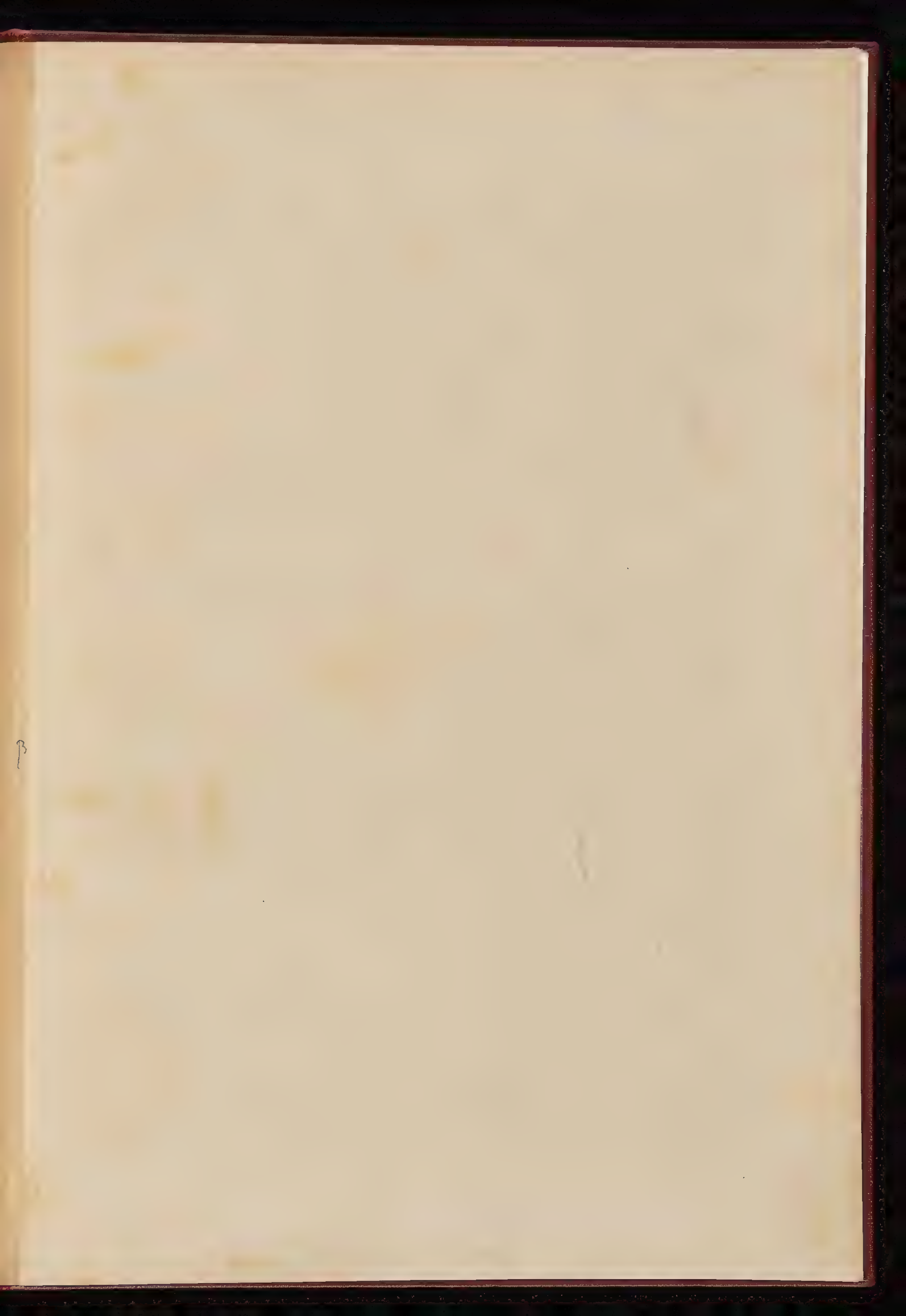
Otra de las cosas que llaman también la atención del viajero en París, sobre todo de los provincianos, aunque ahora ya no tanto, pues todo se ha ido propagando y generalizando, son los anuncios y los procedimientos para anunciar. Apenas podemos comprender que se pueda gastar tanto en anuncios, aunque en ésto se superen á Francia, Inglaterra y los Estados Unidos. Para no hablar más que de los del *Petit Journal*, el periódico de más circulación en la vecina república, que ocupa en general con ellos los muros de las casas y hoteles derruidos ó en construcción cubriéndolos de una capa de azul sobre la que se destaca en blanco el título del periódico y su tirada de 950,000 ejemplares en letras de tal tamaño que se descubren á varios kilómetros de distancia, para no hablar, repito, más que de esos anuncios del *Petit Journal* citaré un hecho reciente: dos meses escasos hace que en los sitios más concurridos de París aparecieron enormes cuadros con diversas fotografías; todo el mundo se preguntaba lo que aquello podría significar y quiénes serían los personajes representados por aquellas fotografías, haciéndose las hipótesis más extravagantes, cuando al día siguiente se descubrió el enigma, resultando que eran los retratos de los personajes que figuraban en una novela que iba á publicar el *Petit Journal;* aquel reclamo costó al popular periódico la friolera de 15 mil duros.

En París todo se anuncia y todos los medios se utilizan para anunciar: los costados de los anunciadores, los carruajes, los muros de las casas en construcción, los picos de gas, las mesas de los cafés y de las cervecerías, las aceras etc. etc., no bastando ésto, se utilizan también las personas, siendo corriente el encontrar en las calles más frecuentadas hombres anuncios con letreros en las espaldas y en el pecho, ó llevando carteles de variadas formas, globos, estrellas, farolas, etc., con las más llamativas inscripciones. Como anuncio ingenioso citaré el de un sastre que mandó pintar un enorme cartel en que figuraba un hombre que, á consecuencia de una riña con su mujer, se arrojaba por el balcón á la calle; este cartel era la primera parte del drama anuncio, en la que se advertía que la segunda parte aparecería al día siguiente; en efecto al siguiente día el cartel indicado desapareció, y fué sustituído por otro en el que aparecía el hombre desesperado sujeto por el faldón de la levita á un gancho, mediante lo cual había salvado su vida; el sastre sacaba la consecuencia de que convenía usar ropa fuerte para los casos imprevistos, y que en su casa se hallarían excelentes géneros al efecto, de buen gusto y elegante corte.

Y ya que de anuncios hablo, no debo omitir un género de ellos bastante en boga en París, no aclimatado todavía en España por razones fáciles de comprender: me refiero á los anuncios matrimoniales, ó sea de personas en disponibilidad. Son muy curiosos estos anuncios y hay en ellos de todo; mujeres que solicitan marido, y caballeros que solicitan mujer, viejos millonarios, y jóve-



LA SEPARACIÓN, cuadro de Gabriel Max





ESTATUAS PARA EL MONUMENTO EN HONOR DE LA EMPERATRIZ



Z MARIA TERESA DE AUSTRIA, (TALLER DE ESCULTURA DEL PROFESOR ZUMBUSCH, EN VIENA)



FLORES SILVESTRES, dibujo de A. Fabrés



Estudio, de Adolfo Menzel

nes sin un cuarto, señoritas con soberbios dotes y hermosas viudas repletas de pesos fuertes, hijas naturales con fortuna y honradas, é hijas legítimas con manchas más ó menos graves. Citaré un ejemplo de cada una de las variedades que estos anuncios ofrecen:

Un caballero no gusta de intermediarios se anuncia así: «*Un caballero de* 35 *años, viudo, sin hijos, empleado en provincias, con buena posición, se casa con una señorita ó viuda sin hijos de la misma edad, que tenga fortuna. Escribir á Mino, calle de Chateaudun,* 8 *duplicado. Nada de agencias. Discreción asegurada.*»

Véase el de otro caballero poco escrupuloso que dice así: «*Un caballero de* 25 *años, huérfano, desea casarse con una señorita ó viuda* (lo mismo le da) *que tenga dote* (ahí *fica ó punto*, como dicen los portugueses) aunque «*sea con mancha.*» No se puede pedir más franqueza, ni más despreocupación.

Este caballero podría perfectamente casarse con la viuda que se anuncia, á continuación en el mismo periódico (1) del siguiente modo: «*Una viuda de* 23 *años, linda, sin hijos* (no pedía tanto el caballero) *con* 680,000 *francos* (el partido es bastante aceptable) *La urge.*» Esa urgencia es sospechosa y grave, pero en fin, como el caballero transige con las manchas... mejor podrá transigir con las urgencias.

Véase un ramillete de toda clase de flores: «*Huérfana de padre con pequeña mancha; de* 20 *años, con* 400,000 *francos y esperanzas!*» «*Joven viuda con* 6,000 *francos de renta (mancha) desea casarse.*» «*Señorita de* 19 *años con dote de* 500,000 *francos y esperanzas, está dispuesta á casarse; etc.*»

Los hay también de género desinteresado, como puede verse por estas muestras: «*Un caballero de* 32 *años con* 10,000 *francos de dote desea casarse con una señorita decente de* 18 *á* 25, *aunque sea sin dote.*» «*Una viuda de* 27 *años con* 200,000 *francos, se casa con un caballero decente aun sin fortuna*» «*Un viudo sin hijos, de edad, rico, se casa con una señorita ó viuda honrada sin fortuna.*»

A veces se anuncian las señoritas por las agencias como si fuesen capas ó pantalones; así dice un anuncio: «*Gran elección de señoritas con dotes variados. Una huérfana de* 22 *años con* 500,000 *francos y esperanzas. Señora Lazare, calle Monge* 119» En este concepto es más expresivo el siguiente de la misma casa «108 *huérfanas, señoritas y viudas, de* 15,000 *á* 950,000.»

No transcribo más por no extenderme demasiado; pero la materia es inagotable. Y no crean mis lectores que estos anuncios en general no sean una verdad; sobre que cada uno de ellos cuesta, por término medio, de tres á cuatro duros, y que se repiten constantemente, sobre todo en el *Petit Journal*, yo podría si no temiera salir de los límites que me he trazado, indicar la organización y modo de funcionar de esas agencias matrimoniales, materia verdaderamente curiosa, y del modo como se llevan á cabo esos... negocios.

***

Fuerza me es, sin embargo, detenerme. También quisiera hablar, siquiera fuese á la ligera, de los riquísimos museos del Louvre, del Luxemburgo, de Cluny, del Trocadero, y de los Gobelinos; como quisiera describir los magníficos templos de Nuestra Señora, la Magdalena, San Agustín, la Santa Capilla, San Eustaquio, San Sulpicio, y muchos otros más, dignos todos de admiración; como quisiera bosquejar las magnificencias del Panteón, del Hotel de los Inválidos, de las Tullerías, del Louvre, de Palais-Royal, y de los palacios de Borbón, Mazarino, Trocadero, Luxemburgo, de la Industria, de Justicia, del Tribunal de Comercio etc., como quisiera hacer un croquis de las admirables plazas de la Concordia y de la Estrella, de la República y de la Bastilla, como quisiera que recorriésemos con la imaginación las mil curiosidades del jardín de plantas, las suntuosas estaciones de ferro-carriles, y los variadísimos puentes que cruzan el Sena, como quisiera llevar en espíritu á mis lectores á una representación del teatro de la Opera, ó del Francés, del Odeón, del Lírico, del Histórico, del Eden etc., á los conciertos de los Campos Elíseos ó á las variadas funciones de los circos ecuestres; como quisiera pagar el tributo de mi admiración al arco de Triunfo de la Plaza de la Estrella y al del Carrousel, á las columnas Vendôme y de la Victoria, y á los cien y cien monumentos que sin cesar atraen las miradas del viajero; como quisiera hacer partícipes á mis bellas lectoras y discretos lectores, de las delicias de una excursión á Sevres, para visitar su incomparable museo de Cerámica; á Saint Cloud para disfrutar de las vistas panorámicas de su grandioso parque é incendiado palacio; á Vincennes, para contemplar su histórico castillo, recorrer sus pintorescos bosques y surcar sus encantadores lagos; á Versailles en fin, para extasiarnos ante aquellos hermosos jardines y aquel suntuosísimo palacio de medio kilómetro de fachada, alzado por el más olímpico de los reyes franceses, teatro de grandes tragedias y de no escasos sainetes históricos, y hoy templo del arte donde se contempla la galería de cuadros de la historia de Francia.

Yo quisiera describir y hacer admirar todo esto y mucho más; pero para hacerlo tendría que escribir un libro, y nunca fué mi intención hacer una guía, sino reflejar á vuela pluma algunas impresiones en un ligero artículo, Permítanme, pues, mis lectores, hacer aquí punto final y tolérenme una recomendación; si alguna vez tienen medios de visitar á París sin grave detrimento de sus intereses, créanme, no pierdan la ocasión.

Fernando Araujo

(1) Estos anuncios son de *Le Petit Journal* del corriente año.

ARMONÍAS PARA EL OLFATO

II

(Conclusión)

Propagación comparada en los efectos de la serie *luz, calor, sonido* y *olor*. – Gamas de sonidos, olores y colores. – Olores sostenidos y bemolizados. – La escala musical de los olores. – Armonías para el olfato. – Acordes olorosos. – La nariz, música. – Las interferencias de luces, olores y sonido.

Queda dicho en el artículo anterior, que por las enormes distancias á que algunas veces llegan á trasmitirse los olores, por la inverosímil tenuidad que habría que suponer á las partículas olorosas, por la extraña difusibilidad de los olores, por la rapidez en su trasmisión y otros hechos, se ha intentado aplicar también á los olores, la teoría vibratoria, universalmente admitida para el sonido, el calor y la luz

Ciertamente no faltan reparos que poner á esta manera de considerar los olores. La propagación en línea recta, tan manifiesta en el calor y en la luz, falta por completo en los olores; pero sin embargo puede decirse que la propagación de estos efectos forma una especie de escala cuyos términos son *luz, calor, sonido*, y *olor*.

Y, efectivamente, la luz es la que presenta en grado más perfecto la propagación en línea recta, aunque puede afirmarse que no lo hace siempre en absoluto, y los fenómenos de difracción lo demuestran. El calor parece que goza un poco más libertad que la luz en su propagación y se sujeta un poco menos á la tiranía de la línea recta y en el sonido esta tendencia se ve ya muy marcada. La temperatura, las corrientes de aire, los obstáculos materiales ejercen en la propagación del sonido influencias muy semejantes á las que pueden ejercer esas mismas circunstancias en las de los olores, de suerte que las condiciones que la trasmisión de éstos presenta, no varían esencialmente de las del sonido más que en el grado de su intensidad. Es decir, que la propagación de los olores en un espacio libre, en una dirección con preferencia á otra, las inflexiones en la trasmisión producidas por la presencia de obstáculos, el modo de rebasar éstos y *meterse por cualquier parte*, son efectos que se notan también perfectamente en el sonido, aun cuando sea en grado diferente que para los olores.

De forma que si bien se nota una disparidad muy grande en la índole de la propagación de los dos términos extremos de la serie *(luz* y *olor)*, se ve que esta disparidad casi desaparece al comparar términos inmediatos *(sonido* y *olor)* y que puede llegarse por una gradación de pequeñas diferencias, de un extremo á otro de la escala.

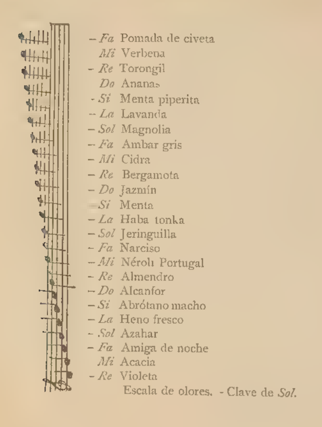
***

Queda por examinar ahora la cuestión más interesante, para establecer la analogía entre las cuatro series de fenómenos. Presenta la luz rayos de colores diversos que forman riquísima y extensa gama de matices; notando diferencias de cualidades en los rayos caloríficos, que han servido para determinar, á partir de los famosos experimentos de Melloni, una gama calorífica, al modo de la que la luz presenta; forman los sonidos conocidísima escala-tipo á la cual se han referido las de las otras series de fenómenos. Pues también los olores presentan su gama; hay efectivamente octava de olores como octava de notas; y la analogía es tan grande que entre los elementos de cada escala (notas y olores) se perciben idénticas relaciones. Así como hay notas que juntas producen acorde y otras que producen disonancias, así los términos que ocupan posiciones análogas en la escala de olores, pueden unos alearse bien y producir un olor especial único, produciendo un verdadero *acorde de olores*, y otros no sumarse en modo alguno sino producir cada uno su sensación particular como si estuviera libre ó aislado. Así las esencias de almendra, heliotropo, vainilla y clemátida se unen muy bien y producen un olor único de un matiz especial. Lo mismo ocurre con la esencia de limón, de corteza de naranja y de verbena, olores todos más *agudos*, pero que forman también un perfecto *acorde*. Y así como entre las notas de la escala *diatónica*, de los sonidos, se han introducido notas intermedias para formar la *cromática*, notas intermedias obtenidas sosteniendo ó bemolizando las naturales, y de las que solo se diferencian en semitonos, así se pueden introducir olores intermedios entre los que se fijan para formar la escala, olores intermedios que son como los naturales sostenidos ó bemolizados; es decir que hay semi-olores como se conocen semi-tonos. Así el olor del geranio rosado, puede considerarse como el sostenido de la rosa común, el del azahar del néroli, el del sándalo del patchuli, etc. Hay olores que no admiten sostenidos ni bemoles y en cambio hay otros que por la gran variedad de sus matices pueden ellos solos formar casi una gama entera. La esencia de limón es de las que más variedades presenta.

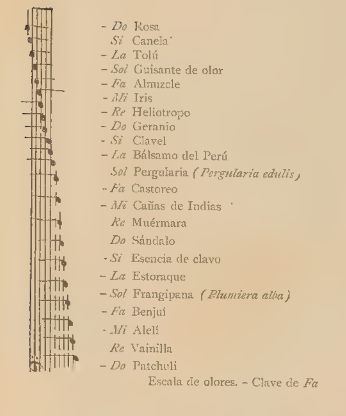
Estudiando detenidamente, bajo este aspecto, la mayor parte de los olores y teniendo en cuenta todas las relaciones y circunstancias que entre ellos median, se pueden formar las siguientes escalas:



Estudio, de J. Falat



Escala de olores. - Clave de *Sol*.



Escala de olores. - Clave de *Fa*

Los olores que forman las escalas anteriores son los más empleados en perfumería, pero lo mismo que están seriados estos pueden seriarse otros cualesquiera y formar con ellos escala.

La formación de estas gamas tiene su aplicación inmediata; en ellas se encontrará su razón de porqué son agradables ciertas combinaciones de olores y porqué otros no *casan bien*. Siempre que una dama en su tocador ó un perfumista en su laboratorio quieran formar un bouquet de olores primitivos, no tienen más que tomar olores, que, con arreglo á su posición en la escala, formen acorde y el perfume será entonces *armonioso*. De modo que así como el pintor funde los colores y el músico liga las notas y forma los acordes, así el perfumista y la dama casan los aromas y obtienen verdaderas *armonías de olores*, que originan sensaciones nuevas por ser diferentes de las que cada uno de los olores simples produciría. Y he aquí por donde la nariz realiza también una especie de trabajo musical análogo al del oído para los sonidos.

He aquí, pues, algunos ramilletes que forman *acordes de olores* obtenidos analizando las escalas antes indicadas.

Sol *(Pergularia celulis)*
Sol Guisante de olor
Re Violeta
Fa Tuberosa
Sol Azahar
Si
} Acorde de *Sol*

Do Sándalo
Do Geranio
Mi Acacia
Sol Azahar
Do Alcanfor
} Acorde de *Do*

Fa Almizcle
Do Rosa
Fa Tuberosa
La Haba tonka
Do Alcanfor
Fa
} Acorde de *Fa*

Para formar un acorde ó bouquet de olores, debe procurarse que todos los olores primitivos estén referidos al mismo grado de fuerza ó de potencia. Porque con los olores ocurre una cosa análoga á lo que con el sonido y la luz ocurre, y esta es otra de las analogías de la serie. En los sonidos hay que distinguir la *intensidad* y el *tono;* en la luz el *color* y la *intensidad lumínica;* en los olores hay que distinguir igualmente el *matiz ó clase* y la *intensidad ó potencia*. Así, por ejemplo, el poder oloroso de la esencia de rosa es al del geranio como ocho es á tres; y el del alcanfor al de la rosa como tres es á uno.

* * *

Presentan además los olores otras singularísimas analogías con los demás términos de la serie *luz, calor, sonido* y *olor*. Así como combinando convenientemente ciertos colores fundamentales, se puede ir obteniendo todos los colores y matices que se deseen, así mezclando, en la medida oportuna, algunos perfumes que se consideran como primitivos ó fundamentales, se pueden obtener los olores de todas las flores excepto el del jazmín.

Aun hay más; el fenómeno de las interferencias da origen en la luz y en el sonido á un hecho curiosísimo. Dos rayos luminosos, aun que sean vivísimos, pueden al superponerse en ciertas condiciones, producir oscuridad; dos sonidos, por intensos que fueren, pueden en análogas circunstancias originar silencio. Pues en los olores no faltan hechos análogos; los perfumes de más fuerza, pueden contrarrestarse de tal modo que no resulte olor alguno. Por ejemplo, el amoníaco concentrado y el ácido acético monohidratado, ambos de olor fuertísimo se neutralizan recíprocamente y producen un *cuerpo inodoro*. Ciertamente que en este caso se ha efectuado una combinación química, pero no es menos positivo que los olores propios de las sustancias mencionadas se pueden hacer reaparecer, poniendo nuevamente en libertad, por los medios que la química enseña, ya el amoníaco, ya el ácido acético.

Se ve, pues, que procediendo con método, se encuentran entre los olores y la luz, el color y el sonido, más analogías de las que á primera vista aparecen, y que efectivamente pueden formarse *escalas ó gamas de olores*, que sirven para formar *acordes de olores*, y que para el olfato hay verdaderas armonías como las sonoras que aprecia el oído y las cromáticas que deleitan la vista.

Doctor Hispanus


¡DEMASIADO TARDE! cuadro de B. Giulian.

VÍA FÉRREA FUNICULAR DE HONG-KONG

Ya hemos hablado varias veces de los principales tipos de vías férreas funiculares ó de cremallera, establecidos hace algunos años en los flancos de las montañas, y que ofrecen un interés particular á causa de sus empinadas pendientes: el que se representa en nuestro grabado (fig. 1) se instaló en la isla de Hong Kong, situada como es sabido, delante de la desembocadura del Yang-tse, cerca de Cantón; y aunque se halle en una isla que ha llegado á ser ahora colonia inglesa, podemos decir que en cierto modo parte de la China.

Uno de nuestros suscritores, al pasar por dicho punto, tuvo la atencion de recoger para nosotros algunas fotografías de dicho camino de hierro y comunicarnos algunos detalles referentes al mismo, que no dejan de tener interés.

La isla de Hong Kong ó Hiong Kong, la isla de las Aguas Perfumadas, forma una empinada mole de unos 93 kilómetros cuadrados de superficie, cuyo suelo se compone, según Elisée Reelus, de rocas seductivas, granito, esquisto y basalto. Fué cedida por los chinos á los ingleses en 1841, y desde aquella época ha llegado á ser punto de tránsito obligado para todo el comercio procedente de Cantón; por lo cual ha podido alcanzar un desarrollo considerable; la ciudad capital de Victoria ó Kouansailon, que forma el puerto principal, con sus sólidas casas de piedra, sus calles bien empedradas y su notable aseo, podría sostener la comparación con las grandes ciudades europeas; y además tendría el maravilloso adorno natural que la comunica el sol de Mediodía, en un país cuya exhuberante flora, comprende, según dicen, todas las especies de plantas y de árboles que se hallan en la provincia de Cantón.

Como quiera que sea, los habitantes, siguiendo en esto las costumbres de los ingleses, sobre todo en los países meridionales, no están en la ciudad propiamente dicha, sino durante el día, para despachar sus asuntos, y establecen sus moradas fuera, en quintas muy frescas edificadas en medio de la campiña, en el flanco de la montaña que domina la costa. De aquí resulta un continuo movimiento de vaivén; los habitantes van al campo ve-



Fig. 1. – Camino de hierro funicular de Hong-Kong, en China



Fig. 2. Vista general de Hong-Kong, con las dos estaciones extremas del nuevo camino de hierro funicular

cino todas las noches para buscar un poco de frescura, particularmente en los días caniculares, y olvidar también algunas horas las preocupaciones sobre los negocios. Gracias á estas costumbres y cuidados particulares para obtener la comodidad y el bienestar, que con tanto afán buscan los ingleses en sus colonias, Hong-Kong se puede considerar como el *sanitarium* del extremo Oriente.

Es demasiado fatigoso subir por la montaña, y no se conocía más medio de transporte que una especie de silla de mano conducida en hombros de cuatro vigorosos chinos: para sustituir este sistema de locomoción algo primitivo, formóse recientemente una compañía con objeto de establecer una vía férrea que enlazara la cima de la montaña con la ciudad; y como la pendiente media es de 33 por 100, se reconoció que era preciso apelar necesariamente á un tipo especial como el camino de hierro funicular. La vía férrea se eleva á unos 500 metros sobre la ciudad, presentando una longitud total de 1,600 (figs. 1 y 2.) El trazado se compone de dos líneas casi rectas, reunidas hacia el centro por una curva en un punto en que la vía se separa á la izquierda para alcanzar la estación de llegada, que está en un pequeño desfiladero, en la línea divisoria de las aguas. El terreno atravesado es exclusivamente granítico, por lo cual se ha obtenido una notable solidez en los trabajos, á pesar de la rapidez de la pendiente. Este terreno está revestido de hormigón aglomerado, en el cual se amarran las traviesas metálicas en forma de U invertida que sostienen los rails. Los únicos trabajos de arte que la construcción de la línea ha exigido se reducen á tres viaductos, de los cuales el más considerable mide 30 metros de longitud.

Los rails de acero del tipo Vignole, se apoyan directamente en las traviesas por sus patines, conteniéndolos con la mayor solidez fuertes garfios: la anchura de la vía es de 1^m60.

La línea no comprende más que una vía única hasta el centro del trayecto, donde se bifurca, formándose otra en una longitud de 100 metros para asegurar el cruzamiento de los dos wagones solidarios, uno ascendente y otro descendente, que prestan el servicio. Sobre el cruce, la línea sigue siendo doble hasta la estación de llegada, pero sólo con tres rails; el único del centro sirve también de rail interior en cada una de sus caras laterales, reemplazando así á los dos interiores que necesitarían dos vías paralelas. Esta disposición, particularmente económica, se observa bastante á menudo en las líneas funiculares explotadas con un cable único conducido por un motor colocado en uno de los límites de la línea, cuando aquél debe arrastrar dos vagones equilibrados y enlazados cada cual en una extremidad. Si se compara este sistema con un trazado que se prosiguiera en vía única en los dos lados del cruce, se verá que tiene la ventaja de impedir toda mezcla de los dos cabos activos del cable de tracción, uno ascendente y el otro descendente. Como la cabria que conduce este cable se halla en la estación superior, las dos ramas encuentran así una vía distinta, una á la derecha y la otra á la izquierda del rail central para descender en el cruzamiento ó remontar; y cuando el cabo descendente se engancha después en la sección de vía única al separarse del cruce, ocupa éste por sí solo, puesto que el cabo montante ha llegado entonces á la sección superior. Cuando el descendente remonta á su vez, recorre de nuevo la vía única antes que el otro, que ha llegado á ser descendente, haya podido alcanzarle. Cada cable conserva siempre de por sí su vía especial, así como el vagón que conduce, lo cual facilita la bifurcación al llegar al cruce, puesto que el mismo coche debe desviarse siempre del mismo lado, permitiendo esto establecer un sistema de agujas automático. Se hubiera podido imitar del todo la ingeniosa disposición aplicada en semejante caso en el camino de hierro funicular de Giessbach: en esta instalación tan notable, las ruedas de uno de los coches tienen los cercos de sus calces dispuestos en el lado interior de la vía, como en los coches ordinarios; mientras que las del otro los lleva por fuera. Al llegar al cruce uno de los rails exteriores, el de la vía derecha, por ejemplo, se prosigue sin solución de continuidad; y obliga al coche de cercos exteriores á desviarse con él, quedando interrumpido el rail correspondiente, como ya se comprenderá, frente á la desviación para dejar paso al cerco de la rueda conjuntiva. El rail interior de la vía izquierda se prosigue así por su lado, sin interrumpirse en la desviación y como está en contacto hacia la izquierda con los cercos interiores del otro coche, obliga también á éste á desviarse automáticamente.

Los cables empleados son de alambre de acero resistente haciendo 120 kilogramos por milímetro cuadrado; se componen de 6 vueltas de 6 hilos, y pueden resistir un esfuerzo de unos 40,000 kilogramos, con un diámetro de 3 centímetros. Estos cables, en número de dos, avanzan paralelamente á lo largo de la vía, pasando cada cual por una serie de morrillos de palastro especiales, dispuestos entre los rails; pero un solo cable sirve efectivamente para la tracción; el otro es sólo de seguridad, y tiene, como aquél, sus dos cabos enlazados en los coches; de modo que serviría para retenerlos si llegase á romperse el cable de tracción propiamente dicho. Según las cifras comunicadas por Mr. Huchet, el peso total de un coche ó vagón cargado sería de unos 10,000 kilogramos, lo cual correspondería para el cable á un esfuerzo de 3,000 á 4,000 cuando más, para equilibrar el componente de la gravitación paralela á la vía; sería $^1/_{10}$ de la carga de ruptura, poco más ó menos.

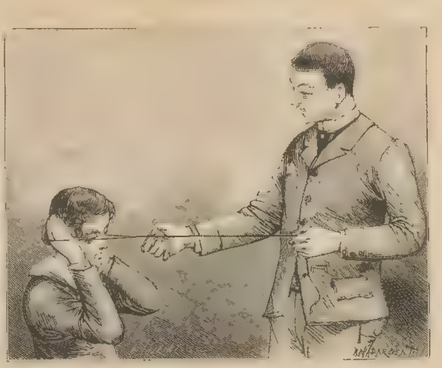
El esfuerzo motor se facilita por dos máquinas locomóviles de tipo compuesto, de una fuerza de 40 caballos cada cual instaladas en la estación superior; son independientes, y pueden hacer funcionar por separado la cabria de tracción compuesta de dos poleas de 2 metros de diámetro sobre las cuales pasa el cable dando tres vueltas. El impulso resultante de la rotación de las poleas determina el movimiento del cable, que se desvía alternativamente en los dos sentidos á cada viaje. En cuanto al cable de seguridad, pasa simplemente sobre una polea de rechace, situada en la parte superior del plano. La cabria de tracción está provista además de un freno especial de acción instantánea para el caso de un accidente. No se indica ninguna disposición especial de freno de funciones automáticas, además del cable de seguridad, para evitar las consecuencias de una ruptura del cable de tracción.

El maquinista, instalado en una plataforma situada sobre la cabria, puede vigilar todo el conjunto de la vía, estando en comunicación eléctrica permanente en cada uno de los dos vagones en marcha, sin duda por medio de los mismos cables; pero no se indica ninguna disposición especial para el aislamiento de estos conductores.

Los vagones se componen de un solo bastidor inclinado paralelamente á la vía que se apoya en dos *trucks* articulados como en los coches americanos: y presentan cada cual en ambas extremidades una ancha plataforma que puede contener veinticinco viajeros con un compartimiento de primera clase en el centro.

PASATIEMPO CIENTÍFICO

Imitación del trueno.—Vamos á dar á conocer este curioso experimento: en él deben tomar parte dos personas; la una se pone las manos sobre las orejas, y la otra pasa al rededor de su cabeza un cordón ó bramante, según se indica en el grabado: el operador le oprime ligeramente entre dos dedos, alejándose después un poco del que se somete á la prueba, éste oirá un fuerte ruido semejante al fragor del trueno. Para producir bien el efecto, sin embargo, deben adoptarse algunas precauciones, que vamos á indicar. Antes de haber sujetado la extremidad de la cuerda, es preciso cogerla con la otra mano en el punto de partida, y operando así, se puede prolongar más el experimento. Si se apoyan en ella las uñas, retirando la mano á intervalos, prodúcense ruidos secos, que pueden similar un lejano fragor por una ligera desviación de las uñas. Este sencillo experimento no deja de admirar á los que son objeto de él, y nadie se imaginaría hasta qué punto es intensa la impresión producida sobre el tímpano.

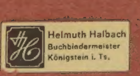


El estampido del trueno imitado con un cordel

Hase hablado también de otra experiencia del mismo género, no menos curiosa, que consiste en producir el efecto del sonido de una campana con una cuchara pendiente de un hilo.

(Tomado del periódico *La Nature*)

Imp. de Montaner y Simón


Helmuth Halbach
Buchbindermeister
Königstein i. Ts.


GETTY CENTER LIBRARY
3 3125 00620 5534

